



Antología de Ciencia Ficción 2003

Comentario [LT1]:

Autores Varios

Philip K. Dick - MECANISMO DE RECUPERACIÓN	3
Dimitri Bilenkin - LA PUERTA CERRADA	15
Philip K. Dick - LA PEQUEÑA CAJA NEGRA	18
Phillip K. Dick - LA M NO RECONSTRUIDA	36
Edmund Cooper - EL CEREBRO INFANTIL	62
Gerard F. Conway - SERVICIO FÚNEBRE	72
Arthur C. Clarke - UN PROCESADOR DE TEXTOS ACCIONADO POR VAPOR	82
John D. Clark - PLANETA NEGATIVO	86
Edward Bryant - EL LADO HUMANO DEL MONSTRUO DE LA CIUDAD	99
Leigh Brackett - LA SACERDOTISA ESCARLATA DE LA LUNA LOCA	105
Dimitri Bilenkin - EL OLEAJE MARCIANO	117
Alfred Bester - HASTA EL ULTIMO ALIENTO	122
Gregory Benford y Gordon Eklund - LA CAÍDA DEL VIENTO OESTE	125
Poul Anderson - LA FIERA Y LA BELLA	141
<i>Tigre, tigre, ardiente luz</i>	151
<i>Tigre, tigre</i>	152
Poul Anderson - FIN DEL CAPITULO	159
Poul Anderson - ESTADO DE EMERGENCIA	174
Poul Anderson - EL CAMPAMENTO	187
Alfonso Álvarez Villar - LA TUMBA DEL ASTRONAUTA	208
J.T. McIntosh - MADE IN U.S.A.	211
UN HUMANO SE DIVORCIA DE UNA ANDROIDE	212
Philip K. Dick - ¿QUE HAREMOS CON RAGLAND PARK?	233
J.T. McIntosh - LA MÁQUINA DEL TIEMPO	249
J.T. McIntosh - FERTILIZACIÓN SIDERAL	266
Barry N. Malzberg - NOTAS PARA UNA NOVELA SOBRE LA PRIMERA NAVE A VENUS	284
R. A. Lafferty - NI EN ISLAS DE CALIZA POR EL CIELO	288

Antología de Ciencia Ficción 2003

Henry Kuttner - EL TWONKY	297
Nancy Kress - ENTRE TANTAS ESTRELLAS BRILLANTES	314
Dean Koontz - ALUCINOGENIA	319
<i>Sueños cenicientos esparciéndose en copos</i>	319
<i>Recuerdo salas empapeladas</i>	320
<i>Sueños cenicientos esparciéndose en copos</i>	328
Damon Knight - HOMBRE DE NINGÚN TIEMPO	329
Kit Reed - EN LA COLONIA DE HUÉRFANOS	337
Henry Hasse - EL HOMBRE QUE ENCOGIÓ	342
Ron Goulart - EL ROMANCE DEL DOCTOR TANNER	378
Howard Fast - LA VISIÓN DEL EDÉN	387
Harlan Ellison - SOBRE LA PENDIENTE	395
Gardner R. Dozois - EL HOMBRE QUE SALUDABA CON LA MANO	405
Gene Wolfe - EL HOMBRE SIN CABEZA	411
Catherine L. Moore - SUEÑO ESCARLATA	415
Jack Williamson - EL PARAJE MUERTO	430
Theodore Sturgeon - Y AHORA LAS NOTICIAS	445
Leslie Frances Stone - LOS CACHORROS HUMANOS DE MARTE	457
Nat Schachner - PASADO, PRESENTE Y FUTURO	489
Pamela Sargent - UNA NUEVA PERCEPCIÓN	516
Joanna Russ - UN POBRE HOMBRE, UN MENDIGO	523
<i>Joanna Russ</i>	539
Ross Rocklynne - LOS HOMBRES Y EL ESPEJO	540
Kit Reed - SHAN	562
Kit Reed - LOS DÍAS DEL PERRO	568
Kit Reed - LA ESPERA	572
Alexei Panshin - UN DOMINGO EN NEPTUNO	583
Edgar Pangborn - JOVEN TIGRE	589
<i>Zorzal, zorzal del bosque, te persigo hasta tu ciudad</i>	592
<i>En ese río inmenso como el mar</i>	607
Edgar Pangborn - CERRO CARIDAD	609
Andrew J. Offutt - LA PLAGA	622

Philip K. Dick - MECANISMO DE RECUPERACIÓN

—Me llamo Humphrys —dijo el analista—, y soy la persona que anda buscando.

Como el rostro del paciente mostraba miedo y hostilidad, Humphrys agregó:

—¿Se sentiría mejor si le contara algún chiste sobre analistas? Le recuerdo que mi sueldo lo paga la National Health Trust; esto no va a costarle un centavo. También puedo citar el caso del psicoanalista Y, que se suicidó el año pasado por exceso de ansiedad como resultado de un fraude impositivo.

El paciente sonrió de mala gana.

—Me enteré del caso —dijo—. De modo que los psicólogos no son infalibles. —Se irguió y extendió una mano—. Me llamo Paul Sharp. Mi secretaria arregló nuestra cita. Tengo un pequeño problema; no es gran cosa, pero me gustaría solucionarlo.

La expresión de su rostro mostraba que no era un pequeño problema y que, si no lo aclaraba, terminaría acabando con él.

—Adelante —dijo Humphrys, abriendo la puerta de su oficina—, pase; tomemos asiento.

Sharp estiró sus piernas frente a sí mientras se hundía en un mullido sillón.

—No hay diván —observó.

—El diván desapareció alrededor de 1980 —dijo Humphrys—. Los analistas de post-guerra se sintieron lo suficientemente confiados como para enfrentarse a sus pacientes a un mismo nivel. —ofreció un atado de cigarrillos a Sharp y luego se encendió uno—. Su secretaria no brindó detalles; sólo me dijo que quería una entrevista.

—¿Puedo hablar con franqueza? —preguntó Sharp.

—Actúo bajo palabra —dijo Humphrys con orgullo—. Si algo de lo que usted me cuenta llegara a manos de organizaciones de seguridad, yo sería multado en aproximadamente diez mil dólares de plata Westbloc; dinero fuerte, no meros papeles.

—Es suficiente para mí —dijo Sharp, comenzando su relato—. Soy economista y trabajo para el departamento de agricultura, en la División de Salvamento por la Destrucción de la Guerra. Examino los cráteres de bombas H para ver qué vale la pena reconstruir. En realidad —se rectificó—, analizo reportes de cráteres y hago recomendaciones. Fueron mis influencias las que salvaron las tierras cultivables de Sacramento y el anillo industrial, aquí en Los Angeles.

Humphrys quedó impresionado, a pesar de sí mismo. Tenía enfrente a un hombre del nivel de planeamiento político del Gobierno. Le produjo una extraña sensación comprender que Sharp, como cualquier otro ciudadano con problemas de ansiedad, hubiera venido al Frente Psíquico en busca de terapia.

—Mi cuñada obtuvo una buena ventaja con la regeneración de Sacramento —comentó Humphrys—. Tenía allí una pequeña plantación de nogales. El Gobierno se llevó toda las cenizas, reconstruyó la casa y dependencias; incluso plantó una docena de nuevos árboles. Excepto por su lesión en la pierna, ella está mejor que antes de la guerra.

—Estamos muy conformes con nuestro proyecto en Sacramento —dijo Sharp. Había empezado a transpirar; tenía fruncida la frente tersa y pálida, y la mano le temblaba mientras sostenía el cigarrillo—. Por supuesto, tengo un interés personal puesto en Carolina del Norte. Nací allí, en los alrededores de Petaluma, donde se solían producir huevos de gallina por millones... —su voz se arrastró roncamente—. Humphrys —murmuró— ¿qué tengo que hacer?

—Primero —contestó Humphrys—, darme más información.

—Yo... —Sharp sonrió con desgana—. Tengo algún tipo de alucinación. Las he sufrido durante años, pero están empeorando. He tratado de ignorarlas, pero... —gesticuló—, regresan, cada vez más intensas, más grandes, más perseverantes.

Junto al escritorio de Humphrys, las grabadoras de audio y video registraban en secreto.

—Cuénteme cómo son las alucinaciones —dijo el analista—. Quizá entonces pueda decirle porqué las tiene.

Estaba cansado. Aturdido, se sentó en la intimidad de su sala para estudiar una serie de informes sobre mutaciones de zanahorias. Una nueva variedad, externamente indistinguible de la normal, estaba enviando al hospital a personas de Oregon y Mississippi, presa de convulsiones, fiebre y ceguera parcial. ¿Por qué Oregon y Mississippi? El informe estaba acompañado con fotografías de la salvaje mutación; se veía como una zanahoria común. También lo acompañaba un exhaustivo análisis del agente tóxico y las recomendaciones para un antídoto neutralizante.

Fatigosamente, Sharp hizo a un lado el informe y estudió el siguiente.

De acuerdo con el segundo, la famosa rata de Detroit había aparecido en St. Louis y en Chicago, infestando los asentamientos industriales y agrícolas que reemplazaban las ciudades destruidas. La rata de Detroit; la había visto una vez. Ocurrió tres años atrás; había llegado a casa una noche y había abierto la puerta para distinguir, en la oscuridad, que algo correteaba para ponerse a salvo. Armado con un martillo, había dado vuelta todo el mobiliario hasta encontrarla. La rata, enorme y gris, había estado construyendo un tejido que iba de pared a pared. Cuando la rata brincó, él la mató de un martillazo. Una rata que tejía redes...

Llamó a un exterminador oficial e informó de su presencia.

El Gobierno había creado una Agencia de Talentos Especiales para utilizar las habilidades de los mutantes que se desarrollaron en tantas zonas saturadas de radiación. Excepto, reflexionó, que la Agencia estaba equipada para tratar sólo con mutantes humanos y con sus habilidades telepáticas, precognoscitivas y paraquinéticas. También tendría que haber una Agencia de Talentos Especiales para vegetales y roedores.

Un sonido furtivo se produjo detrás de su sillón. Al voltear rápidamente, Sharp descubrió a un hombre alto y delgado, vestido con un impermeable parduzco, que fumaba un cigarrillo.

—¿Le asusté? —preguntó Giller y rió disimuladamente—. Tómelo con calma, Paul. Parece que fuera a desmayarse.

—Estaba trabajando —dijo Sharp, a la defensiva, recuperando a medias la serenidad.

—Ya veo —dijo Giller.

—Y pensando en ratas —Sharp soltó el informe—. ¿Cómo entró aquí?

—La puerta estaba abierta —Giller se quitó el impermeable y lo dejó caer sobre un diván—. Bien, usted mató una Detroit. Aquí mismo, en esta habitación —contempló la sala limpia y sencilla—. ¿Todo esto es de verdad?

—Según dónde lo consigas —dijo Sharp, desde la cocina. Encontró dos cervezas en el refrigerador y agregó, mientras las servía—: No deberían derrochar grano en un producto como éste... pero una vez producido, sería una lástima no beberlo.

Ávidamente, Giller aceptó la cerveza.

—Debe ser interesante ser alguien importante y permitirse placeres como éste —sus ojos pequeños y oscuros pasearon especulativos por la cocina—. Su propia estufa y su propio refrigerador —y frunciendo los labios, agregó—: Y cerveza. No tomaba una desde agosto.

—Pero está vivo —dijo Sharp, sin compasión—. ¿Vino por algún negocio? Si es así, vayamos al punto; tengo un montón de trabajo que hacer.

—Sólo quería saludar a un colega de Petaluma —dijo Giller.

—Suenas como una especie de combustible sintético —respondió Sharp con una mueca.

A Giller no le causó gracia.

—¿Le avergüenza —dijo— provenir de la zona que una vez fue...?

—Lo sé. La capital ponedora de huevos del universo. A veces me pregunto cuántas plumas de gallina habrán flotado por allí, el día que la primera bomba H cayó en nuestro pueblo...

—Millones —dijo Giller malhumoradamente—. Y algunas de ellas eran mías; mis gallinas, quiero decir. Su familia tenía una granja ¿verdad?

—No —respondió Sharp, negándose a identificarse con Giller—. Mi familia manejaba una droguería, en la carretera 101. A una manzana del parque, cerca de la tienda de deportes —y agregó para sí mismo: «Puedes irte al demonio, porque no pienso cambiar de idea. Puedes acampar en mi umbral por el resto de tu vida, que no te servirá de nada. Petaluma no es importante. Después de todo, las gallinas están muertas.»

—¿Cómo sigue la reconstrucción de la Bolsa? —preguntó Giller.

—Bien.

—¿Otra vez rebosante de nueces?

—Caen hasta de las orejas de la gente.

—¿Hay ratones entre las pilas de cáscaras?

—A millares —Sharp dio un sorbo a su cerveza; era de buena calidad, quizá tan buena como antes de la guerra. No podía asegurarlo porque en 1961, el año en que la guerra había comenzado, él sólo tenía seis años. Pero su sabor era el que recordaba de los viejos tiempos: frío, opulento y agradable.

—Imagino —dijo Giller roncamente, con gesto ávido— que el área de Petaluma-Sonoma puede ser reconstruida con unos siete mil millones de Westbloc. No es nada en comparación con lo que usted ha estado distribuyendo.

—Y el área de Petaluma-Sonoma no es nada comparada con las que he estado reconstruyendo —dijo Sharp—. ¿Piensa que necesitamos huevos y vino? Lo que necesitamos es maquinaria. Me refiero a Chicago, Pittsburgh, Los Angeles, San Louis y...

—Se olvida de algo —susurró Giller—, que usted es de Petaluma. Le está volviendo la espalda a sus orígenes... y a su deber.

—¡Deber! ¿Cree que el gobierno me contrató para servir de mediador de una insignificante área rural? —gritó Sharp acaloradamente—. En cuanto a mis compromisos...

—Nosotros somos su gente —dijo Giller, inflexible—. Y su gente está primero.

Cuando por fin se libró del hombre, Sharp quedó un rato en la oscuridad de la noche, mirando fijamente la partida del auto de Giller. Bien, se dijo, así es como funciona el mundo; primero estoy yo y al diablo con todo lo demás.

Suspiró, dio media vuelta y regresó al porche de su casa. Las luces brillaban acogedoras en la ventana. Con un estremecimiento, extendió una mano y la apoyó sobre la barandilla.

Y fue entonces, mientras subía las escaleras, que sucedió aquello tan terrible.

Las luces de la ventana se apagaron de repente. La barandilla del porche se disolvió bajo sus dedos. Un gimoteo chillón se elevó en sus oídos, ensordeciéndolo. Estaba cayendo. Manoteó desesperado, tratando de aferrarse de algo, pero a su alrededor sólo había oscuridad vacía; ni sustancia, ni realidad: sólo las profundidades debajo de él y el fragor de sus alaridos aterrorizados.

—¡Socorro! —gritó, y el inútil sonido quedó atrás—. ¡Estoy cayendo!

Y entonces se encontró de bruces sobre la hierba húmeda, la boca abierta, aferrando puñados de césped y polvo. Estaba a medio metro del porche; en la oscuridad había errado el primer escalón, había resbalado y caído. Un incidente normal: las luces de la ventana habían sido bloqueadas por la barandilla de hormigón. Todo ocurrió en un segundo; sólo

había caído la longitud de su propio cuerpo. Tenía sangre en la frente; se había lastimado con el porrazo.

Tonto. Un incidente infantil, exasperante.

Tembloroso, se puso de pie y subió los escalones. Dentro de la casa, se apoyó contra la pared, jadeando y temblando. Gradualmente, el miedo fue desapareciendo y volvió la razón.

¿Por qué tenía tanto miedo de caer?

Algo tuvo que sucederle. Esta vez fue peor que nunca, incluso peor que la vez en que había tropezado saliendo del ascensor hacia la oficina... cuando quedó reducido a un grito de terror frente a un vestíbulo repleto de gente.

¿Qué le sucedería si realmente cayera? ¿Si, por ejemplo, diera un paso fuera de una de las rampas superiores que conectaban los principales edificios de oficinas de Los Angeles? La caída sería retenida por las pantallas de seguridad; por más que las personas cayeran a cada rato, jamás se habían producido daños físicos. Pero para él... el choque psicológico podría ser fatal. Sería fatal; al menos, para su mente.

Tomó nota: no más salidas por las rampas. Bajo ninguna circunstancia. Aunque las había estado evitando durante años, a partir de ahora las rampas serían como los viajes aéreos. Desde 1982 que no abandonaba la superficie de la planta baja. Y, en los últimos años, rara vez había visitado oficinas a más de diez pisos de altura.

Pero si dejaba de utilizar las rampas, ¿cómo iba a entrar en sus archivos de investigación? A la habitación de archivos sólo podía accederse a través de una rampa: un angosto sendero metálico que subía desde el área de oficinas.

Aterrorizado, cubierto de transpiración, se dejó caer en el diván y se arrellanó, preguntándose cómo iba a hacer para conservar su trabajo.

Y cómo permanecer con vida.

Humphrys aguardó, pero su paciente parecía haber terminado.

—¿Se sentiría mejor —preguntó Humphrys—, si supiera que el miedo a caer es una fobia muy generalizada?

—No —respondió Sharp.

—Supongo que no hay razones para que así fuera. ¿Y dice que le ha pasado antes? ¿Cuándo fue la primera vez?

—Cuando tenía ocho años. Hacía dos años que estábamos en guerra. Me encontraba en la superficie, examinando mi huerta —Sharp sonrió débilmente—. Hasta de niño hacía crecer cosas. La red de San Francisco detectó el rastro de un misil soviético y todas las torres de aviso se encendieron como velas romanas. Me encontraba casi en la cima del refugio. Corrí hacia allí, levanté la compuerta y comencé a bajar las escaleras. Al fondo estaban mi madre y mi padre. Me gritaban que me diera prisa. Empecé a bajar corriendo los escalones.

—¿Y cayó? —preguntó Humphrys, expectante.

—No, no caí; de repente sentí miedo. No pude seguir; simplemente me quedé allí. Y ellos me gritaban. Querían asegurar la tapa del fondo, y no podían hacerlo hasta que yo estuviese abajo.

—Recuerdo aquellos refugios de dos etapas —evocó Humphrys, con un toque de aversión—. Me pregunto cuánta gente quedó atrapada entre la compuerta y la tapa del fondo —Miró a su paciente—. ¿Escuchó que haya sucedido, cuando era un niño? Personas atrapadas en las escaleras, sin poder subir ni bajar...

—¡No tenía miedo de quedar atrapado! Tenía miedo de caer... miedo de arrojarme de cabeza de los escalones —Sharp apretó los labios resacos—. Bien, de manera que di media vuelta... —su cuerpo se estremeció—. Y volví a subir al exterior.

—¿En pleno ataque?

—Derribaron al misil. Pero pasé el alerta cuidando mis vegetales. Más tarde, mi familia me golpeó hasta dejarme casi inconsciente.

En la mente de Humphrys se formaron unas palabras: origen de la culpa.

—La siguiente vez —continuó Sharp—, fue cuando tenía catorce años. Hacía unos meses que la guerra había terminado. Empezábamos a descubrir lo que había quedado de nuestro pueblo. Casi nada, sólo un cráter radioactivo de varios centenares de metros de profundidad. Los equipos de trabajo se arrastraban por el fondo del cráter; me quedé viéndolos desde el borde. Y el miedo regresó —apagó el cigarrillo y esperó hasta que el analista le dio otro—. Luego de aquello abandoné el área. Todas las noches soñaba con el cráter, con esa enorme boca muerta. Me subí a un camión militar y viajé hasta San Francisco.

—¿Cuándo fue la siguiente? —preguntó Humphrys.

—Entonces comenzó a suceder todo el tiempo —dijo Sharp, irritado—, cada vez que me encontraba a cierta altura, cada vez que tenía que bajar o subir escaleras; en cualquier oportunidad en que estuviera alto y pudiera caer. Pero tener miedo de subir los escalones de mi propia casa... —se calló un instante—. No puedo ni subir tres escalones —dijo, miserablemente—. Ni tres escalones de hormigón.

—¿Alguna otra mala experiencia en particular, aparte de las que mencionó?

—Estuve enamorado de una chica de hermoso cabello castaño que vivía en el último piso de los Departamentos Atcheson. Probablemente aún viva allí; no lo sé. La acompañé cinco o seis pisos y entonces... le dije buenas noches y bajé —y agregó, con ironía—: debió pensar que estaba loco.

—¿Alguna más? —preguntó Humphrys, tomando nota mental del elemento sexual.

—En una oportunidad no pude aceptar un empleo porque requería viajar por el aire. Estaba relacionado con inspeccionar proyectos agrícolas.

—En los viejos tiempos —dijo Humphrys—, los analistas buscaban el origen de la fobia. Ahora nos preguntamos: ¿Qué es lo que produce? Por lo general, aparta al individuo de situaciones que, inconscientemente, no tolera.

Un suave rubor de disgusto nubló el rostro de Sharp.

—¿Eso es todo lo que tiene para decir?

—No estoy diciendo que esté de acuerdo con la teoría, ni que sea necesariamente cierto en su caso —murmuró Humphrys, desconcertado—. Sin embargo, le diré lo siguiente: no es la caída lo que usted teme. Se trata de algo que la caída le hace recordar. Si tenemos suerte, podremos desenterrar la experiencia original... lo que suele llamarse incidente traumático primario —Se puso de pie y empezó a trastear en una torre de espejos electrónicos—. Mi lámpara —explicó—; derrumbará las barreras.

Sharp contempló la lámpara con cierta aprensión.

—Mire —murmuró, nervioso—, no quiero que me reconstruyan la mente. Puedo ser un neurótico, pero me enorgullezco de mi personalidad.

—Esto no afectará su personalidad —Humphrys se inclinó y conectó la lámpara—. Recuperará aquellos elementos no accesibles a su centro racional. Voy a rastrear en su vida —rastrear hacia atrás hasta el incidente que lo dañó— y descubriré a qué le teme realmente.

Negras siluetas flotaban a su alrededor. Sharp gritó y forcejeó salvajemente, tratando de aflojar los dedos que se engarfiaban sobre sus brazos y piernas. Algo le golpeó la cara. Mientras tosía, cayó hacia delante, babeando sangre, saliva y pedacitos de dientes rotos. Una luz deslumbrante se encendió un momento; estaba siendo examinado.

—¿Está muerto? —indagó una voz.

—Aún no —un pie tanteó un costado de Sharp. Oscuramente, en su semi-conciencia, pudo escuchar el chasquido de las costillas—. Pero no falta mucho.

—¿Puede oírme, Sharp? —surgió una voz cercana a su oído.

Él no respondió. Yacía quieto, intentando no morir, intentando no relacionarse con la cosa crujiente y rota que había sido su cuerpo.

—Quizá esté esperando —pronunció la voz, íntima, familiar— que diga que le queda una última oportunidad. Pero no, Sharp. Se terminaron sus oportunidades. Voy a decirle lo que haré con usted.

Abrió mucho la boca, tratando de no escuchar, de no sentir lo que estaban haciendo sistemáticamente con él. Fue inútil.

—Muy bien —dijo por fin la voz familiar, cuando estuvo hecho—. Ahora arrójenlo.

Arrastraron lo que quedaba de Paul Sharp hasta una compuerta circular. Un nebuloso contorno de oscuridad se elevó a su alrededor, y, entonces —espantosamente— lo tiraron por él. Cayó hacia el fondo, pero esta vez no gritó.

No le quedaba ningún elemento físico con el que poder gritar.

Luego de apagar la lámpara, Humphrys se agachó y despertó a la figura tumbada.

—¡Sharp! —gritó escandalosamente—. ¡Despierte! ¡Vuelva aquí!

El hombre gimió, pestañeó, se agitó. En su rostro apareció un velo de tormento puro y profundo.

—Dios —susurró, con los ojos en blanco y el cuerpo flojo por el sufrimiento—. Ellos...

—Ya está de vuelta aquí —dijo Humphrys, sacudido por lo que habían perturbado—. No hay porqué preocuparse; se encuentra absolutamente a salvo. Sucedió... sucedió hace muchos años.

—Ya pasó —murmuró Sharp, patéticamente.

—Usted regresó al presente. ¿Entiende?

—Sí —musitó Sharp—. Pero... ¿qué fue? Ellos me empujaron... a través de algo. Dentro. Y me fui para abajo. —Tembló con violencia—. Y caí.

—Se cayó a través de una compuerta —le dijo Humphrys con calma—. Le golpearon y lastimaron mucho... fatalmente, según creyeron ellos. Pero usted sobrevivió. Está vivo. Logró salirse de esa.

—¿Por qué lo hicieron? —interrumpió Sharp. Su rostro, hundido y gris, se llenó de desesperación—. Ayúdeme, Humphrys...

—Ahora, en estado consciente, ¿no recuerda cuándo sucedió?

—No.

—¿Tampoco recuerda dónde?

—No —la cara de Sharp dio una sacudida espasmódica—. Ellos trataron de matarme... ¡Ellos me mataron! —Se esforzó por sentarse derecho—. Nada de eso me sucedió. Lo recordaría si así hubiese sido. Es un recuerdo falso... ¡han estado jugando con mi mente!

—El recuerdo fue reprimido —dijo Humphrys con firmeza—; fue profundamente sepultado a causa del susto y el dolor. Una especie de amnesia... que se fue filtrando indirectamente a manera de fobia. Pero ahora que lo ha recordado en forma consciente...

—¿Tengo que regresar? —la voz de Sharp se elevó histéricamente—. ¿Tengo que ponerme otra vez bajo esa maldita lámpara?

—Tiene que surgir hasta un nivel consciente —le dijo Humphrys—, pero no todo de golpe. Por hoy ya ha tenido bastante.

Con un suspiro de alivio, Sharp volvió a hundirse en el sillón.

—Gracias —dijo, con una vocecita. Se tocó el rostro, luego el cuerpo, y susurró—: Lo he estado llevando en la mente todos estos años. Corroyéndome, devorándome...

—Tendría que producirse una disminución en la fobia —explicó el analista—, a medida que vaya luchando contra el propio incidente. Hemos progresado; ahora tenemos una idea del auténtico miedo, y tiene que ver con daños corporales a manos de criminales profesionales. Ex-combatientes en los primeros años de la post-guerra... bandas de bandidos...; los recuerdo.

Sharp recuperó algo de confianza.

—Dadas las circunstancias, es fácil comprender el miedo a caer —dijo—. Considerando lo que me pasó... —Temboloroso, se puso de pie. Y soltó un feroz alarido.

—¿Qué sucede? —preguntó Humphrys, acercándose apresuradamente y sosteniéndolo de un brazo. Sharp dio un violento manotazo, tambaleó, y se derrumbó en la silla, inerte—. ¿Qué sucedió?

—No puedo levantarme —articuló Sharp, con cierta dificultad.

—¿Qué?

—No puedo mantenerme de pie —suplicante, clavó la mirada en el analista, herido y aterrado—. Yo... tengo miedo de caer. Doctor, ahora ni siquiera puedo mantenerme de pie.

Nadie habló por un momento. Por fin, con la mirada en el piso, Sharp susurró:

—Humphrys, la razón de que haya venido a verme es que su oficina está en la planta baja. Es gracioso, ¿no? No lograría subir mucho más.

—Vamos a tener que usar la lámpara otra vez —dijo Humphrys.

—Entiendo. Y tengo miedo —siguió diciendo, aferrado a los brazos del sillón—. Adelante. ¿Qué otra cosa podemos hacer? No puedo irme de aquí. Humphrys, esto está acabando conmigo.

—No, no —Humphrys ponía la lámpara en posición—. Le sacaremos de ésta. Intente relajarse; trate de no pensar en nada en particular —y agregó, suavemente, mientras encendía el mecanismo—: Esta vez no me interesa el incidente traumático; quiero la envoltura de experiencia que lo rodea. Quiero el segmento más amplio del cual forma parte.

Paul Sharp caminaba silencioso entre la nieve. Frente a él, el aliento formaba una nube blanca y esponjosa. A su izquierda yacían las dentadas ruinas de lo que habían sido edificios. Los escombros, cubiertos de nieve, tenían un aspecto casi encantador. Se detuvo un instante, extasiado.

—Interesante —observó un miembro de su equipo de investigación, mientras se acercaba—. Podría haber cualquier cosa —lo que se dice cualquier cosa— allí abajo.

—Tiene cierto encanto —comentó Sharp.

—¿Ve esa cúpula? —señaló el joven, con un dedo sólidamente enguantado; todavía vestía el traje de plomo blindado. Él y su grupo habían estado escarbando por los alrededores del aún contaminado cráter. Sus aburridos compañeros estaban alineados en una fila ordenada—; era una iglesia —le dijo a Sharp—. Y de las buenas, por el aspecto. Y más allá —señaló hacia indistinta mezcla de ruinas— estaba el centro cívico principal.

—La ciudad no fue golpeada directamente ¿no? —preguntó Sharp.

—Las bombas la rodearon. Vayamos abajo y veamos qué tenemos. Es el cráter de su derecha...

—No, gracias —dijo Sharp, retrocediendo con intenso rechazo—. Dejaré que lo exploren ustedes.

El joven especialista miró a Sharp con curiosidad, y luego cambió de tema.

—A menos que nos encontremos con algo inesperado, tendríamos que poder comenzar la regeneración en una semana. El primer paso, por supuesto, es quitar la capa de carbón. Está bastante resquebrajada; un montón de plantas la perforaron, y la putrefacción natural redujo la ceniza semi-orgánica.

—Bien —dijo Sharp, satisfecho—. Me alegrará volver a ver algo por aquí, luego de tantos años.

—¿Cómo era antes de la guerra? —preguntó el especialista—. Nunca lo vi; nací tiempo después que comenzara la destrucción.

—Pues... —empezó Sharp mientras inspeccionaba los campos nevados—, aquí hubo un próspero centro agrícola. Plantaban pomelos, pomelos de Arizona. Se llegaba al dique Roosevelt siguiendo por este camino.

—Sí —dijo el especialista, asintiendo con la cabeza—. Encontramos lo que quedaba de él.

—Había plantaciones de algodón, como así también de lechuga, alfalfa, uvas, aceitunas, damascos... Lo que mejor recuerdo de la vez que llegué con mi familia desde Phoenix, son los eucaliptos.

—Hay muchas cosas que no conoceré —se lamentó el especialista—. ¿Qué eran los eucaliptos? Nunca escuché hablar de ellos.

—En Estados Unidos ya no queda ninguno —respondió Sharp—. Para verlos tendrías que irte a Australia.

Humphrys tomaba apuntes a medida que iba escuchando.

—Muy bien —dijo con voz firme, mientras apagaba la lámpara—. Vuelva al presente, Sharp.

Con un gruñido, Sharp pestañeó y abrió los ojos.

—¿Qué...? —bostezó, se desperezó y contempló inexpresivamente la oficina—. Algo acerca de una regeneración. Yo supervisaba un equipo de hombres de reconocimiento. Había un muchacho.

—¿En qué fecha regeneraron Phoenix? —preguntó Humphrys—. Parece formar parte del más importante segmento espacio-temporal.

Sharp frunció el entrecejo.

—Jamás regeneramos Phoenix —dijo—. Sigue siendo un proyecto. Esperamos darle comienzo en algún momento del año próximo.

—¿Está seguro?

—Naturalmente. Es mi trabajo.

—Voy a tener que hacerlo retroceder otra vez —dijo Humphrys, que ya estiraba una mano hacia la lámpara.

—¿Qué sucedió?

La lámpara volvió a encenderse.

—Relájese —aconsejó Humphrys, demasiado bruscamente para un hombre que se suponía que sabía lo que estaba haciendo. Mientras intentaba serenarse, agregó, con cuidado—: Quiero una perspectiva más amplia. Retroceder a un incidente anterior, previo a la regeneración de Phoenix.

Dos hombres estaban sentados frente a frente, en la mesa de una barata cafetería de la zona comercial.

—Lo siento —dijo Paul Sharp, impaciente—. Tengo que regresar al trabajo —y tomó de un trago el contenido de su taza de café sustituto.

Cuidadosamente, el hombre alto y delgado hizo a un lado el plato vacío y, reclinándose, encendió un cigarrillo.

—Durante dos años —dijo Giller, con rudeza—, usted nos ha estado esquivando. Francamente, estoy comenzando a hartarme.

—¿Esquivarlos? —Sharp se estaba poniendo de pie—. Creo que no le comprendo.

—Van a regenerar un área agrícola... van a dedicarse a Phoenix. Así que no me venga con ese cuento de la industrialización. ¿Cuánto tiempo más imagina que esa gente va a seguir viviendo? Si no regeneran pronto sus granjas y tierras...

—¿Qué gente?

Bruscamente, Giller contestó:

—Los habitantes de Petaluma. Acampados alrededor de los cráteres.

Vagamente descompuesto, Sharp murmuró:

—No puedo entender que alguien siga viviendo allí. Creía que todos se habían dirigido a las regiones regeneradas más cercanas, como San Francisco y Sacramento.

—Ustedes nunca leen las peticiones que presentamos —dijo Giller con suavidad.

Sharp se ruborizó.

—Es cierto —dijo—, aunque, ¿por qué debería hacerlo? El hecho de que haya gente acampando entre las cenizas no altera la situación básica; tendrían que marcharse, largarse de allí. Ese sector está acabado —y agregó—: yo me fui de allí.

—Pero allí seguiría si hubiese tenido una granja —dijo Giller en voz baja—. Si su familia hubiese tenido una granja durante más de un siglo. Es diferente a manejar una tienda. Las tiendas son las mismas en cualquier parte del mundo.

—Entonces hay granjas...

—No —respondió Giller, desapasionadamente—. Su tierra, la tierra de su familia, es un sentimiento único. Seguiremos acampando allí hasta que caigamos muertos, o hasta que ustedes decidan regenerar el área —y mientras buscaba la cuenta en forma maquinal, concluyó—: Lo siento por usted, Paul. Nunca tuvo las raíces que tuvimos nosotros. Y lamento que no pueda hacerse entender. —Al tiempo que metía la mano en el saco para sacar la billetera, preguntó—: ¿Cuándo podrá volar hasta el lugar?

—¡Volar! —repitió Sharp, estremecido—. No vuelo a ningún lugar.

—Tiene que ver al pueblo de nuevo. No podrá tomar una decisión hasta haber visto aquellas personas, hasta ver cómo están viviendo.

—No —dijo Sharp, con énfasis—. No volaré allí. Puedo tomar decisiones basándome en los informes.

Giller lo consideró.

—Usted vendrá —aseguró.

—¡Sólo estando muerto!

Giller asintió.

—Puede ser —dijo—. Pero usted vendrá. No puede dejarnos morir sin echarnos un vistazo. Deberá tener el coraje de ver lo que ustedes están haciendo. —Sacó un calendario de bolsillo y marcó una fecha. Se la acercó a Sharp a través de la mesa y dijo—: Pasaremos a buscarlo por su oficina. Tenemos un avión que nos dejará allí. Es mío. Se trata de una nave.

Temblando, Sharp examinó el calendario. Y de pie por encima de él, también lo hizo Humphrys.

Tenía razón. El incidente traumático de Sharp, el material reprimido, no estaba oculto en el pasado.

La fobia que aquejaba a Sharp se basaba en un evento que aún estaba a seis meses en el futuro.

—¿Puede incorporarse? —preguntó Humphrys.

Paul Sharp se revolvió débilmente en el sillón.

—Yo... —empezó a decir, pero enseguida se sumió en el silencio.

—Ya basta por el momento —le dijo Humphrys para tranquilizarlo—. Ha tenido suficiente. Pero yo quería que usted se librara del trauma por sí mismo.

—Ahora me siento mejor.

—Trate de resistir —Humphrys se acercó y quedó esperando, mientras el otro se ponía de pie, tambaleante.

—Sí —suspiró Sharp—. Me siento mejor. ¿Qué fue eso último? Me encontraba en un café o algo así..., con Giller.

Humphrys extrajo una libreta de recetas del escritorio.

—Voy a prescribirle un poco de consuelo... unas píldoras blancas y redondas para ser tomadas cada cuatro horas —garabateó algo y luego le pasó la hoja a su paciente—. Lo relajarán. Le quitarán parte de la tensión.

—Gracias —dijo Sharp con voz débil y casi inaudible. Luego agregó—: Surgieron un montón de detalles ¿verdad?

—Así es —admitió Humphrys reservadamente.

No había nada más que pudiera hacer por Paul Sharp. El hombre estaba ahora muy cerca de su propia muerte; en sólo seis cortos meses, Giller iría a buscarlo al trabajo. Y era una lástima, porque Sharp era un buen tipo, un trabajador a conciencia, un buen burócrata que sólo trataba de hacer su trabajo de la manera correcta.

—¿Qué le parece? —preguntó Sharp con apatía—. ¿Puede ayudarme?

—Lo intentaré —respondió Humphrys, incapaz de mirarlo a la cara—. Pero será muy difícil.

—Se viene afianzando desde un largo tiempo —admitió Sharp con humildad. De pie junto al sillón parecía pequeño y desamparado; no un importante oficial sino un individuo desolado y desprotegido—. Le agradeceré la ayuda. Si esta fobia continúa aumentando, será imposible saber en qué puede terminar.

—¿Consideró la idea de cambiar de idea y acceder a las demandas de Giller? —preguntó Humphrys de repente.

—No puedo —dijo Sharp—. Es mala política. Me opongo a las súplicas, y de eso se trata en este caso.

—¿Incluso cuando usted proviene del mismo área? ¿Incluso cuando las personas son sus antiguos amigos y vecinos?

—Es mi trabajo —dijo Sharp—. Tengo que hacerlo sin tener en cuenta ni mis sentimientos ni los de nadie.

—Usted no es un mal tipo —reconoció Humphrys sin proponérselo—. Lamento que... —y quedó en silencio.

—¿Qué lamenta? —Sharp se dirigió mecánicamente hacia la puerta de salida—. He ocupado bastante de su tiempo, y entiendo que los analistas están muy ocupados. Regresaré cuando deba hacerlo. ¿Puedo regresar?

—Mañana —Humphrys lo guió al exterior, por el pasillo—. A esta misma hora, si le queda bien.

—Muchísimas gracias —dijo Sharp con alivio—. Realmente se lo agradezco.

En cuanto quedó solo en su oficina, Humphrys cerró la puerta y desanduvo el camino hasta el escritorio. Estiró un brazo a su parte inferior, aferró el teléfono y discó con el pulso poco seguro.

—Deme con alguien del cuerpo médico —ordenó secamente cuando fue conectado con la Agencia de Talentos Especiales.

—Aquí Kirby —se presentó una voz de aspecto profesional—. Investigaciones médicas. Humphrys se presentó brevemente y luego dijo:

—Tengo a un paciente que aparenta ser un precognitor latente.

Kirby se interesó.

—¿De qué área proviene?

—De Petaluma, en el condado de Sonoma, al norte de la bahía de San Francisco. Queda al este de...

—Estamos familiarizados con el área. Aparecieron varios precognitores por allí. Ha sido una mina de oro para nosotros.

—Entonces yo tenía razón... —dijo Humphrys.

—¿Cuál es la fecha de nacimiento del paciente?

—Tenía seis años al comienzo de la guerra.

—Pues... —dijo Kirby, desilusionado—, entonces no recibió más que una dosis. Nunca desarrollará un talento precognitor absoluto, como los que necesitamos aquí.

—En otras palabras, ¿no le ayudarán?

—Los latentes, la gente que tiene un toque del talento, superan en número a los verdaderos portadores. No podemos perder el tiempo con ellos. Usted quizá encuentre docenas de ellos, si se fija con atención. Cuando es imperfecto, el talento no sirve de nada; se transformará en una molestia para el hombre, pero probablemente nada más.

—Sí, es una molestia —coincidió Humphrys irónicamente—. El hombre está a pocos meses de una muerte violenta. Desde que era chico ha estado recibiendo advertencias de una fobia avanzada. Y las reacciones se intensifican a medida que el evento se aproxima.

—¿Él no es consciente de los detalles futuros?

—Funciona estrictamente a nivel subconsciente.

—Bajo esas circunstancias —dijo Kirby, pensativo—, quizá sea lo mejor. Estas cosas son así. Incluso si las conociera, tampoco podría cambiarlas.

El doctor Charles Bamberg, psiquiatra consultor, estaba abandonando su oficina cuando notó que había un hombre sentado en la sala de espera.

Raro, pensó Bamberg. No dejé a ningún paciente sin atender.

Abrió la puerta y quedó de pie en la sala de espera.

—¿Usted quería verme?

El hombre de la silla era alto y delgado. Vestía un impermeable color canela. En cuanto Bamberg apareció, comenzó a aplastar un cigarrillo.

—Sí —dijo, mientras se ponía de pie con cierta torpeza.

—¿Tiene una cita?

—No, no la tengo —el hombre lo miró fijamente, como retándolo—. Lo elegí... —rió, confuso—, pues, porque está en el último piso.

—¿El último piso? —Bamberg estaba intrigado—. ¿Y eso qué importa?

—Yo... bueno, doc, me siento mucho más cómodo en las alturas.

—Entiendo —dijo Bamberg. Una compulsión, se dijo a sí mismo. Fascinante—. Y cuando se encuentra bien en lo alto —dijo, elevando la voz—, ¿cómo se siente? ¿Mucho mejor?

—No tanto —respondió el hombre—. ¿Puedo entrar? ¿Puede dedicarme unos minutos?

Bamberg consultó su reloj.

—De acuerdo —asintió, dejando pasar al hombre—. Tome asiento y cuénteme qué sucede.

Giller se sentó, agradecido.

—Está interfiriendo con mi vida —dijo, brusca y rápidamente—. Cada vez que veo unas escaleras, experimento el irresistible impulso de subirlas. Y en cuanto a los vuelos en avión... siempre estoy volando. Tengo mi propia nave; aunque no pueda darme el lujo, tengo que tenerla.

—Ya veo —dijo Bamberg—. Bien —agregó entusiastamente—, en realidad no es tan malo. Después de todo, no se trata exactamente de una compulsión fatal.

Desvalido, Giller replicó:

Antología de Ciencia Ficción 2003

—Cuando estoy allí arriba... —tragó saliva con dificultad, los ojos oscuros relampagueándole—. Doctor, cuando estoy en lo más alto, en un edificio de oficinas o en mi avión... siento otra clase de impulso.

—¿Cuál es?

—Yo... —Giller se estremeció—. Siento el irresistible impulso de empujar a la gente.

—¿Empujar a la gente?

—A través de las ventanas. Afuera —Giller hizo una mueca—. ¿Qué voy a hacer, doctor? Tengo miedo de matar a alguien. Una vez empujé a un tipo y estuve a punto de hacerlo... y un día había una chica parada frente a mí en una escalera mecánica...; la empujé. Quedó lastimada.

—Entiendo —dijo Bamberg, y asintió. Hostilidad reprimida, se dijo a sí mismo.

Entrelazado con el sexo. Nada del otro mundo.

Extendió una mano hacia su lámpara.

Título original: *Recall Mechanism* ©1964

Dimitri Bilenkin - LA PUERTA CERRADA

Metal negro, fundido, pulverizado. Fragmentos de hierro, caos, olor a quemado. Salpicones verdosos de células cristalinas dispersos por todo su alrededor. Sólo ese poco se había salvado del choque y la explosión.

—Vámonos —dijo Ognev— Todo está claro.

Antes de alejarse se volvió por última vez. Hasta las rocas estaban quemadas. La huella de la catástrofe había quedado impresa sobre el granito Y, en un punto del caos, ahora parte inseparable del suelo marciano, un minúsculo detalle elaborado erróneamente en la Tierra. Una nimiedad casi insignificante. A causa de la cual el cohete había desaparecido, y con él habían resultado destruidas centenares de toneladas de la tan esperada carga.

El silencioso compañero de Ognev se alzó de hombros.

—Lo esencial es que no había hombres a bordo.

¡Cierto, eso es lo esencial!, hubiera querido exclamar Ognev. Pero el hombre había estado a bordo: aquel que había trabajado irresponsablemente allá en la Tierra y había provocado todo aquello. Un hombre en el que ya no se podría depositar ninguna confianza, al que se tendría que apartar a un lado.

Pero esto tan sólo lo pensó ¿De qué hubiera servido decirlo?

Estaban bajando por una pendiente. El paisaje les parecía más desolado que nunca: arena opaca, tétrica luz del pequeño Sol lejano, excrecencias azuladas sobre las piedras. El color de las plantas marcianas casi parecía poner en guardia contra el veneno que las componía.

El viento silbaba lúgubrementemente. También él era venenoso. Si se quería, se podía hablar de la victoria sobre Marte, de la conquista del planeta. Pero no eran más que palabras vacías, los hombres estaban obligados a rodearse de aire terrestre, a comer alimentos terrestres, a temer hasta la perforación de un alfiler en la pared aislante que los separaba de todo lo que era marciano. Ellos, allá, eran extranjeros que vivían gracias a los cohetes de carga, aquel delgado cordón umbilical de una longitud de millones de kilómetros que atravesaba el espacio.

Eran extraños en un mundo extraño, y resultaba difícil habituarse.

Y más difícil aún le resultaba a Top, el perro pastor de Ognev, que se lo había llevado consigo «con el fin de estudiar el efecto de las condiciones marcianas sobre los animales»

El perro, ridículo dentro de su escafandra, con la cabeza baja, se acurrucaba temeroso a los pies de su amo. Hacía tiempo que había perdido su vivacidad. En los primeros días, su garganta se estremecía con un ulular continuo; luego se había resignado y se había vuelto silencioso. Cuando su triste mirada se cruzaba con la de Ognev parecía querer decirle «Aquí estamos mal, amo. Vámonos».

Ognev estaba irritado por el silencio de Sergioghin que caminaba a su lado. Al menos podríamos distraernos charlando, pensó.

Por supuesto, la desgracia del cohete no representaba en realidad ninguna catástrofe. De hecho, para Sergioghin no significaba nada él era geólogo, su única misión era tratar con piedras. En cambio, Ognev tenía que pensar en ampliar la estación hidropónica, ahorrar cada gramo de cada cosa, romperse la cabeza para dar variedad a las comidas a base de *clorelia*, mantener libres de sales los tubos del sistema de depuración, y con el cohete se habían perdido los tubos poliacidos sobre cuyas paredes no dejaba sales el agua obtenida de la atmósfera de Marte. Y también las piezas de recambio para el vehículo oruga.

Diablos, su *heroico* trabajo de explorador recordaba demasiado la tarea del encargado de una finca: tubos, limpieza, reparaciones ¡Y sin embargo él era un científico, maldita sea!

Le molestaba la constante dependencia de todas aquellas tonterías. ¡Como mínimo empleaba la cuarta parte de su trabajo sólo en mantener intacta la misma pared aislante que tanto le molestaba! A veces, y no era fácil liberarse de aquella idea fija, le parecía que las minúsculas habitaciones herméticas de la Estación eran una especie de cárcel. Y hasta las escafandras no eran mas que celdas, sólo que transportables.

—¿Cuándo repararemos el vehículo oruga? —preguntó Sergioghin, como a propósito—. Empiezo a sentirme cansado de andar a pie a todos lados.

Ognev sintió deseos de responder con una palabrota.

Pero no tuvo tiempo de responder. De pronto Top se agitó, erizó el pelo, y del interior de su casco brotó un gruñido sordo.

—¿Qué pasa. Top?

Antes de que acabara de formular la pregunta, Ognev tenía ya la respuesta. De detrás de una roca habla surgido un rechoncho *schmek*, evidentemente en busca de comida. Sus patas aracnoides se movían silenciosas y tan rápidas como ruedas, y al momento se halló a una distancia peligrosa. De sus ojos córneos brotaba una luz de color rosado.

Top se le lanzó encima. Los tubos de aire saltaban sobre el lomo del perro.

—¡Atrás, Top! —gritó Ognev, sacando la pistola de su funda.

El ataque del *schmek* no tenía nada de peligroso era posible convertirlo en polvo de un puñetazo. Pero Top se lo encontraba por primera vez, y siguiendo su instinto se lanzó en defensa de su amo.

—¡Atrás, Top! —gritaron Sergioghin y Ognev, esta vez al unísono. Era imposible disparar a causa del perro.

Una garra del *schmek* cayó silbando sobre el animal. Un momento después, Top chocaba con su cuerpo contra el adversario, y el animal marciano se derrumbaba, convertido en polvo.

Sergioghin fue el primero en llegar junto al perro.

—No hay nada que hacer —dijo con voz apagada.

La garra del *schmek*, cortante como una navaja de barbero, apenas había rozado el cuello del casco, pero éste se habla desprendido, seccionado del traje Top yacía de costado, con un hilillo de baba brotando de su boca.

Ognev trató en vano de recomponer el casco Top estaba respirando el aire de Marte, en el que había bastante oxígeno, pero que también contenía óxidos de nitrógeno que lo matarían inexorablemente, aunque no de inmediato.

De pronto, el perro tuvo un sobresalto y empezó a moverse convulsivamente. Parecía como si Top estuviera buscando algo entre las piedras y la arena.

Ognev intentó tragar el nudo que se había formado en su garganta: no podían hacer nada.

El perro se abatió sobre una planta marciana, arrancando con los dientes la parte carnosa.

—Es el instinto —dijo Sergioghin— Ahora Top no es más que un animal enloquecido, que recuerda que a veces las plantas salvan de la muerte. Pero eso es en la Tierra.

Los ojos de Top se cerraron. Tan sólo un ligero temblor demostraba que en él latía aún la presencia de la vida.

—¡Es cruel, demasiado cruel! —gritó Ognev.

Fue como si el grito de su amo hubiera despertado al perro. Los músculos de sus patas se agitaron, y el animal abrió los ojos y alzó la cabeza.

Sergioghin y Ognev se quedaron atónitos.

Top estaba poniéndose en pie sobre unas vacilantes patas. Respiraba, cada vez más profunda y sonoramente, el aire marciano.

Antología de Ciencia Ficción 2003

Los hombres permanecieron largo tiempo inmóviles, contemplando el milagro, con el temor de que se desvaneciese la luminosa esperanza. Pero Top seguía con vida, y hasta empezaba a moverse con normalidad.

—Es el veneno —dijo Sergioghin—, el veneno de la planta lo que lo ha salvado. Tú eres biólogo, deberías saberlo mejor que yo.

—¡Eso es algo que todos sabemos! Un veneno puede ser neutralizado por otro veneno...

—¡Ah, lo sabemos todos! —comentó Sergioghin sin ocultar su ironía—. Entonces, ¿por qué nadie ha probado nunca a respirar el aire de Marte alimentándose al mismo tiempo de comida marciana? ¿Por qué ha sido necesario el instinto de un perro para abrir una puerta que se creía cerrada? ¿No lo sabes? Vámonos, Top, perro maravilloso.

Top miró inquisitivamente a su amo.

Pero Ognev no se dio cuenta de aquella mirada. Estaba tratando de ordenar sus pensamientos. Y eran pensamientos amargos.

Aparecido en: Lo mejor de la CF soviética I, Hyspamérica ediciones, 1986.

Philip K. Dick - LA PEQUEÑA CAJA NEGRA

I

—Señorita Hiashi —dijo Bogart Crofts, del Departamento de Estado—, queremos enviarla a Cuba para que proporcione instrucción religiosa a la población china del lugar. Es por sus conocimientos de Oriente. Serán de ayuda.

Con un casi imperceptible gemido, Joan Hiashi pensó que sus conocimientos de Oriente consistían en haber nacido en Los Ángeles y haber asistido a unos cursos en la UCBS, la Universidad de Santa Bárbara. Pero técnicamente era, desde el punto de vista de su preparación, una estudiosa de Asia, y así lo había hecho constar en su currículum.

—Tomemos en consideración la palabra caritas —estaba diciendo Crofts—. En su opinión, ¿qué significa realmente, tal como la emplea Jerome? ¿Caridad? Dificilmente. ¿Pero qué significa entonces? ¿Amistad? ¿Amor?

—Mi campo es el budismo zen —dijo Joan.

—Pero todo el mundo —protestó Crofts desalentado— sabe lo que significaba caritas en el uso que se le daba en latín tardío. El respeto de la gente de bien por los demás, eso es lo que significaba. —Sus altivas cejas grises se alzaron—. ¿Quiere este trabajo, señorita Hiashi? Y en caso afirmativo, ¿por qué?

—Quiero difundir las enseñanzas del budismo zen a los comunistas chinos de Cuba —dijo Joan— porque... —vaciló. La verdad era que simplemente significaba tener un buen sueldo, el primer trabajo realmente bien pagado que tendría. Desde el punto de vista de su carrera profesional era la guinda del pastel—. Oh, demonios —dijo—. ¿Cuál es el discurrir del Camino Único? No tengo respuestas para eso.

—Es evidente que su campo le ha enseñado un método para evitar dar respuestas sinceras —dijo Crofts agriamente—. Y a ser evasiva. Sin embargo... —se encogió de hombros—. Posiblemente sólo viene a demostrar que está bien preparada y es la persona adecuada para el trabajo. En Cuba tendrá que enfrentarse a algunos de los individuos más materialistas y sofisticados que además viven muy bien incluso desde el punto de vista de los Estados Unidos. Espero que pueda plantarles cara tan bien como lo ha hecho conmigo.

—Gracias, señor Crofts —dijo Joan. Se levantó—. Espero su llamada, entonces.

—Me ha impresionado —dijo Crofts, medio para sí mismo—. Después de todo, usted fue la joven que tuvo inicialmente la idea de introducir los enigmas del budismo zen en los grandes ordenadores de la UCSB.

—Fui la primera en hacerlo —corrigió Joan—. Pero la idea fue de un amigo mío, Ray Meritan. El arpista de jazz gris verdoso.

—Jazz y budismo zen —dijo Crofts—. Usted será muy útil para el Estado en Cuba.

—Tengo que irme de Los Ángeles —le dijo a Ray Meritan—. Realmente no puedo continuar viviendo como lo estábamos haciendo aquí. —Se acercó a la ventana de su apartamento y observó el centelleo del lejano monorraíl. El vehículo plateado avanzaba a enorme velocidad y Joan apartó la vista rápidamente.

Si tan sólo pudiésemos sufrir, pensó. Eso es lo que echo de menos, alguna experiencia real de sufrimiento, porque podemos evadimos de todo. Incluso de eso.

—Pero te vas —dijo Ray—. Vas a ir a Cuba a convertir a ricos comerciantes y banqueros en ascetas. Y eso es una genuina paradoja zen; te pagarán por ello. —Se rió por lo bajo—. Introdúcelo en el ordenador, una idea como esa causará estragos. Sea como sea, no tendrás que sentarte en el Vestíbulo de Cristal cada noche a escucharme tocar, si es eso de lo que estás tan ansiosa de escapar.

—No —dijo Joan—. Espero continuar escuchándote por la televisión. Incluso podré utilizar tu música en mis enseñanzas. —Sacó un revolver del calibre 32 de un arcón de palisandro de una de las esquinas de la habitación. Había pertenecido a la segunda esposa de Ray Meritan, Edna, quien la había usado para suicidarse, el pasado mes de febrero, a última hora de una lluviosa tarde—. ¿Debería llevarla conmigo? —preguntó.

—¿Cómo recuerdo sentimental? —dijo Ray—. ¿O por lo que hizo en tu beneficio?

—No hizo nada en mi beneficio. Yo le caía bien a Edna. No me siento responsable por el suicidio de tu esposa, incluso aunque ella nos encontrase... mirándonos el uno al otro, por así decirlo.

—Y tú eres la chica que siempre le dice a la gente que acepte su culpa y que no la proyecte al resto del mundo —dijo Ray meditativamente—. ¿Qué dicen tus principios, querida? Ah —sonrió burlonamente—. El Principio Anti-paranoia. La cura de la Doctora Joan Hiashi para las enfermedades mentales; absorber toda la culpa, asumirla por completo sobre tus hombros —alzó la vista hacia ella y dijo muy seriamente—. Me sorprende que no seas una adepta de Wilbur Mercer.

—Menudo payaso —dijo Joan.

—Pero es parte de su encanto. Mira, te lo mostraré —Ray encendió la televisión situada frente a ellos en el otro lado del cuarto, negra, sin patas y de estilo Oriental, decorada con dragones de la dinastía Sung.

—La de cosas extrañas que descubrirás cuando Mercer está encendido —dijo Joan.

Ray, encogiéndose de hombros, murmuró:

—Me interesa. Una nueva religión que reemplaza al budismo zen, avanzando de forma aplastante desde el Medio Oeste hasta abarcar California. Deberías prestarle atención, sobre todo desde que pretendes que la religión sea tu profesión. Vas a conseguir un trabajo gracias a eso. La religión va a pagar tus facturas, mi querida chica, así que no la dejes de lado.

La televisión se había encendido y allí estaba Wilbur Mercer.

—¿Por qué no dice nada? —dijo Joan.

—Porque Mercer ha hecho una promesa esta semana. Silencio Absoluto —Ray encendió un cigarrillo—. El estado debería enviarme a mí, no a ti. Tú eres un timo.

—Al menos no soy un payaso —dijo Joan—, o una adepta de un payaso.

—Hay un dicho zen —le recordó Ray delicadamente—: «Buda es un pedazo de papel higiénico». Y también este otro: «Buda a menudo...»

—Bueno, para un poco —dijo ella secamente—. Quiero ver a Mercer.

—Quieres ver —la voz de Ray estaba cargada de ironía—. ¿Es eso lo que quieres, por el amor de Dios? Nadie ve a Mercer, ahí está el meollo. —Arrojó su cigarrillo a la chimenea y se acercó al mueble de la televisión; allí, delante del mueble, Joan vio una caja metálica con dos asas, unidas a la televisión por un cable doble. Ray aferró las dos asas e inmediatamente una mueca de dolor atravesó su rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, asustada.

—N-nada. —Ray continuó aferrando las asas. En la pantalla, Wilbur Mercer caminaba lentamente por la desértica y olvidada superficie de la desolada ladera de un monte, con la cara alzada y una expresión de serenidad, o vacuidad, en sus descarnados rasgos de mediana edad. Jadeando, Ray soltó las asas—. Sólo pude sujetarlas durante cuarenta y cinco segundos esta vez. —Le explicó a Joan—. Esta es la caja de empatía, querida. No puedo contarte cómo la conseguí, para ser sincero no lo sé a ciencia cierta. Ellos la trajeron, la organización que la distribuye, Wilber Incorporated. Pero puedo contarte que cuando sujetas esas asas, ya no sigues viendo a Wilbur Mercer. Pasas a participar de su apoteosis. Porque pasas a sentir lo que él siente.

—Suena doloroso —dijo Joan.

—Sí —dijo Ray Meritan en voz baja—. Porque Wilbur Mercer está siendo asesinado. Camina hacia el lugar donde va a morir.

Horrorizada, Joan se apartó de la caja.

—Decías que era lo que necesitábamos —dijo Ray—. Recuerda, soy un telépata bastante bueno; no tengo que concentrarme mucho para leer tus pensamientos. «Si tan sólo pudiésemos sufrir». Eso fue lo que estabas pensando hace sólo un rato. Bien, aquí tienes tu oportunidad, Joan.

—Es... morboso.

—¿Era morboso tu pensamiento?

—¡Sí! —dijo ella.

—Veinte millones de personas son seguidores de Wilbur Mercer en estos momentos. —dijo Ray Meritan—. Por todo el mundo. Y ellos sufren con él, mientras camina hacia Pueblo, Colorado. Al menos ahí es a donde dicen que se dirige. Personalmente tengo mis dudas. De cualquier forma, el Mercerismo es ahora lo que el budismo zen fue en su momento; tú vas a ir a Cuba a enseñar a los acaudalados banqueros chinos una forma de ascetismo que ya está obsoleta, a la que ya la he llegado su día.

Sin decir nada, Joan se apartó de él y observó caminar a Mercer.

—Sabes que tengo razón —dijo Ray—. Puedo detectar tus emociones. Puedes no darte cuenta de ellas, pero están ahí.

En la pantalla una roca fue arrojada hacia Mercer. Le golpeó en el hombro.

Todo el que estuviese aferrando su caja de empatía, entendió de pronto Joan, sentiría aquello igual que Mercer.

Ray asintió.

—En efecto —dijo él.

—Y... ¿qué sucederá cuando esté finalmente muerto? —se estremeció ella.

—Veremos lo que sucede entonces —dijo Ray tranquilamente—. No lo sabemos.

II

—Creo que te equivocas, Boge —le dijo el Secretario de Estado Douglas Herrick a Bogart Crofts—. La chica puede ser la amante de Meritan, pero eso no significa que lo sepa.

—Esperaremos al señor Lee para que nos lo diga —dijo Crofts irritado—. Cuando ella llegue a la Habana él la estará esperando para reunirse con ella..

—¿El señor Lee no puede explorar a Meritan directamente?

—¿Un telépata explorando la mente de otro? —Bogart Crofts sonrió ante la idea. Se imaginó la absurda situación: el señor Lee leyendo la mente de Meritan y Meritan, que también era un telépata, podría leer la mente del señor Lee y descubrir que éste le estaba leyendo su mente, y Lee, leyendo la mente de Meritan, descubriría que Meritan lo sabía, y así una y otra vez. Una regresión sin fin, que terminaría en una fusión de mentes en la cual Meritan vigilaría sus pensamientos para no pensar sobre Wilbur Mercer.

—Es el parecido de los nombres lo que me persuade —dijo Herrick—. Meritan, Mercer. ¿Las tres primeras letras...?

—Ray Meritan no es Wilbur Mercer. Te contaré cómo lo sabemos. En colaboración con la CIA realizamos una grabación Ampex de las emisiones de Mercer, las amplificamos y las analizamos. Mercer se muestra en el habitualmente deprimente entorno de plantas de cactus, arena y rocas... ya sabes.

—Sí —dijo Herrick asintiendo—. Le llaman el Desierto.

—Al amplificarlo apareció algo en el cielo. Fue estudiado. No es la Luna. Es una luna, pero demasiado pequeña para ser la Luna. Mercer no está en la Tierra. Me pregunto si no será terrestre en absoluto.

Doblándose hacia adelante, Crofts cogió una pequeña caja metálica, evitando cuidadosamente las dos asas.

—Y estas cosas no han sido diseñadas ni fabricadas en la Tierra. Todo el Movimiento Mercer es no perteneciente a la Tierra de principio a fin, y esa es la situación a la que nos tenemos que enfrentar.

—Si Mercer no es de la Tierra —dijo Herrick—, entonces debe haber sufrido y e incluso muerto antes, en otros planetas.

—Oh, sí —dijo Crofts—. Mercer, o cualquier que sea su nombre real, debe tener una amplia experiencia en eso. Pero aún no sabemos que queremos saber; ¿qué le sucede a la gente que aferra las asas de sus cajas de empatía?

Crofts se sentó en su escritorio y escudriñó la caja que yacía justo delante de él, con sus dos asas tentadoras. Nunca las había tocado y nunca lo había siquiera pretendido. Pero...

—¿Cuánto tardará Mercer en morir? —preguntó Herrick—. Esperan que suceda en algún momento a finales de la próxima semana. Y el señor Lee habrá sacado algo de la mente de la chica para entonces, ¿es lo que crees? ¿Alguna pista de dónde está Mercer realmente?

—Eso espero —dijo Crofts, aún sentado frente a la caja de empatía pero sin tocarla todavía. Debe ser una extraña experiencia, pensó, el poner las manos en las dos asas metálicas de apariencia corriente y descubrir, de forma instantánea, que ya no eres tú; que eres completamente otro hombre, en otro lugar, subiendo trabajosamente por un terreno inclinado, lúgubre e interminable, rumbo a una muerte segura. Al menos eso es lo que dicen. Pero oír hablar de ello... ¿a dónde trasportará realmente? Supongamos que lo pruebo por mí mismo.

Sentir un dolor absoluto... eso era lo que le espantaba, lo que le impedía hacerlo.

Era increíble que la gente pudiese buscarlo deliberadamente en lugar de evitarlo. Aferrar las asas de la caja de empatía no era ciertamente el acto de una persona que buscara evadirse. No era evitar algo sino la búsqueda de algo. Y no del dolor como tal; Crofts sabía lo suficiente como para no conjeturar que los Merceristas fuesen simples masoquistas que deseaban el dolor. Era, lo sabía, el significado del dolor lo que atraía a los seguidores de Mercer.

Los seguidores sufrían por algo.

—Desean el sufrimiento —dijo en voz alta a su jefe— como un instrumento para negar sus existencias individuales e íntimas. Es una comunión en la cual todos ellos sufren y experimentan el vía crucis de Mercer juntos. —Como la Última Cena, pensó. Esa es la auténtica clave: la comunión, la participación que está detrás de todas las religiones. O que debería estar. La religión mantiene unidos a los hombres en un organismo compartido, común, y deja a todos los demás fuera.

—Pero ante todo —dijo Herrick— es un movimiento político, o al menos debe ser tratado como tal.

—Desde nuestro punto de vista —aceptó Crofts—. Pero no desde el suyo.

El intercomunicador del escritorio zumbó y se escuchó la voz de su secretaria.

—Señor, el señor John Lee está aquí.

—Dígale que entre.

El joven chino, delgado y alto, entró sonriendo y teniendo su mano. Llevaba un traje pasado de moda de chaqueta recta y zapatos negros puntiagudos. Después de darse la mano el señor Lee dijo:

—Ella aún no ha salido para la Habana, ¿verdad?

—No —dijo Crofts.

—¿Es guapa? —dijo el señor Lee.

—Sí —dijo Crofts sonriendo hacia Herrick—. Pero difícil. Una mujer con carácter. Emancipada, si me entiende.

—Oh, del tipo sufragista —dijo el señor Lee sonriendo—. Detesto ese tipo de mujeres. Será más difícil de lo que pensaba, señor Crofts.

—Recuerde —dijo Crofts—, su trabajo es simplemente dejarse convertir. Todo lo que tiene que hacer es escuchar su propaganda sobre el budismo zen, aprender a responder unas cuantas preguntas del estilo de «¿Es este palo Buda?» y estar a la expectativa de unos cuantos pensamientos inexplicables en la cabeza de una practicante del zen, ya me entiende, referentes a sentimientos implantados.

—O tonterías implantadas —dijo el señor Lee con una gran sonrisa—. De acuerdo, estoy preparado. Sentimientos, tonterías; en zen son lo mismo. —Se puso serio—. Por supuesto, yo soy un comunista —dijo—. La única razón por la que hago esto es porque el Partido de La Habana ha adoptado la postura oficial de que el Mercerismo es peligroso y debe ser erradicado. —Sombriamente, continuó—. Debo decir que esos Merceristas son unos fanáticos.

—Cierto —se mostró de acuerdo Crofts—. Y debemos trabajar para que desaparezcan. —Señaló la caja de empatía—. ¿Alguna vez ha...?

—Sí —dijo el señor Lee—. Es una forma de castigo. Autoimpuesto, sin duda por razones de culpa. La ociosidad provoca ese tipo de emociones en la gente si se utiliza adecuadamente; de otra forma no surgen.

Crofts pensó: Este hombre no ha entendido el asunto en absoluto. Es un simple materialista. Típico de una persona que ha nacido en una familia comunista, que ha crecido en una sociedad comunista. Todo es blanco o negro.

—Se equivoca —dijo el señor Lee; había estado leyendo los pensamientos de Crofts.

—Lo siento, lo olvidé —dijo Crofts sonrojándose—. No pretendía ofenderle.

—He visto en su mente —dijo el señor Lee— que usted cree que Wilbur Mercer, como él se llama a sí mismo, puede no ser de la Tierra. ¿Conoce la posición del Partido a ese respecto? Se debatió hace tan sólo unos días. El Partido ha adoptado la posición de que no existen razas no terrestres en el sistema solar, que creer en vestigios de que razas superiores del pasado existen todavía es una forma de misticismo morbosos.

Crofts suspiró.

—Resolver un asunto empírico a través de una votación... determinarlo con una base estrictamente política... No puedo entender eso.

Llegados a ese punto el Secretario de Estado Herrick intervino, apaciguando a ambos hombres.

—Por favor, no nos dejemos llevar a un punto muerto por cuestiones teóricas en las que nunca nos pondremos de acuerdo. Centrémonos en lo fundamental... el Partido Mercerista y su rápido crecimiento por todo el planeta.

—Totalmente de acuerdo, por supuesto —dijo el señor Lee.

III

En el aeropuerto de La Habana, Joan Hiashi observó cómo a su alrededor los otros pasajeros iban rápidamente de la nave a la entrada número veinte.

Parientes y amigos habían salido previsoramente a la pista, como hacían siempre, desafiando la normativa del aeropuerto. Entre ellos vio a un joven chino alto y delgado, con una sonrisa de bienvenida en su rostro.

Avanzando hacia él, le llamó.

—¿El señor Lee?

—Sí —él se apresuró a reunirse con ella—. Es la hora de la cena. ¿Le gustaría cenar? La llevaré al restaurante Hang Far Lo. Tienen pato relleno y sopa de nido de pájaro, todo al estilo cantonés... muy dulce, pero bueno de vez en cuando.

Enseguida estuvieron en el restaurante, en un reservado de teca rojo cuero de imitación. Los cubanos y los chinos charlaban por todas partes a su alrededor; el aire olía a carne de cerdo frita y humo de puros.

—¿Usted es el presidente del Instituto de La Habana para Estudios Asiáticos? —preguntó ella para asegurarse de que no había sido una confusión.

—Correcto. El Partido Comunista Cubano nos tiene entre ceja y ceja debido a nuestro carácter religioso. Pero muchos de los chinos de la isla asisten a las conferencias o están en nuestra lista de correo. Y, como sabe, hemos tenido muchos distinguidos estudiosos de Europa y el Sudeste Asiático que han venido a hablar... Por cierto. Hay una parábola zen que no entiendo. El mono qué cortó al gatito por la mitad... La he estudiado y he reflexionado sobre ella, pero no veo cómo Buda pudo estar presente cuando se sometió a tal crueldad a un animal. —Se apresuró a añadir—. No quiero discutir con usted. Simplemente busco información.

—De todas las parábolas zen —dijo Joan— es la que causa más dificultades. La pregunta a hacerse es: «¿Dónde está el gatito ahora?».

—Eso me recuerda el inicio del Bhagavad-Gita —dijo el señor Lee, con un rápido asentimiento—. Recuerdo a Arjuna diciendo:

El arco de Gandiva se desliza de mi mano

¡Augurios del mal!

¿Qué podemos esperar de esta matanza de congéneres?

—Correcto —dijo Joan—. Y, por supuesto, recuerda la respuesta de Krishna. Es la afirmación más profunda de toda la religión pre-budista en lo tocante a la muerte y el combate.

El camarero se acercó para tomar nota. Era un cubano vestido con ropa caqui y boina.

—Pruebe el won ton frito —recomendó el señor Lee—. Y el chow yuk, y por supuesto los rollitos. ¿Tienen rollitos hoy? —le preguntó al camarero.

—Sí, señor Lee. —dijo el camarero mientras se escarbaba los dientes con un palillo.

El señor Lee pidió para los dos y el camarero se retiró.

—Sabe —dijo Joan—, cuando se ha vivido cerca de un telépata tanto tiempo como lo he hecho yo, te vuelves consciente de cuando alguien se concentra para leerle la mente. Siempre sé cuando Ray está intentando encontrar algo en mi mente. Usted es un telépata. Y está leyendo mi mente con mucha intensidad en este momento.

—Ojalá fuese así, señorita Hiashi —dijo el señor Lee sonriendo.

—No tengo nada que ocultar —dijo Joan—. Pero me pregunto por qué está tan interesado en lo que estoy pensando. Sabe que trabajo para el Departamento de Estado de Estados Unidos; eso no es ningún secreto. ¿Teme que haya venido a Cuba en calidad de espía? ¿Para estudiar las instalaciones militares? ¿Algo así? —se entristeció—. No es un buen comienzo —dijo—. No ha sido honesto conmigo.

—Usted es una mujer muy atractiva, señorita Hiashi —dijo el señor Lee sin perder un ápice de aplomo—. Era simple curiosidad por ver... ¿me atreveré a decirlo? Su orientación sexual.

—Está mintiendo —dijo Joan en voz baja.

Esta vez la sonrisa dulce desapareció; él la miró fijamente.

—La sopa de nido de pájaro, señor —el camarero había vuelto; colocó la humeante sopera en el centro de la mesa—. Té. —puso en la mesa una tetera y dos pequeñas tazas blancas sin asas—. Señorita, ¿quiere palillos?

—No —dijo distraídamente.

Del exterior del reservado llegó un grito de angustia. Joan y el señor Lee se levantaron. El señor Lee descorrió la cortina; el camarero también estaba contemplando la escena y riendo.

En una mesa de la esquina opuesta del restaurante estaba sentado un anciano caballero cubano con sus manos aferradas a las asas de un caja de empatía.

—También aquí —dijo Joan.

—Son como la peste —dijo el señor Lee—. Molestando mientras comemos.

—Loco —dijo el camarero. Sacudió la cabeza, aún riendo ente dientes.

—Sí —dijo Joan—. Señor Lee, permaneceré aquí e intentaré hacer mi trabajo, a pesar de lo que ha ocurrido entre nosotros. No sé porqué han enviado deliberadamente un telépata para recibirme, posiblemente sean sospechas paranoides comunistas sobre los extranjeros, pero en cualquier caso tengo un trabajo que hacer aquí y pretendo hacerlo. Así que, ¿quiere discutir sobre el gatito desmembrado?

—¿Mientras comemos? —dijo el señor Lee débilmente.

—Usted sacó el tema de conversación —dijo Joan, y prosiguió, a pesar de la expresión de intensa desdicha de la cara del señor Lee cuando se sentó y comenzó a tomar su sopa de nido de pájaro.

En el estudio de Los Angeles de la emisora de televisión KKHF, Ray Meritan se sentó frente a su arpa, aguardando su entrada. Había decidido que «Cuan Alta la Luna» sería su primera pieza. Bostezó y siguió observando la cabina de control.

Junto a él, en el escenario, el comentarista de jazz Glen Goldstream limpiaba sus gafas sin montura con un fino pañuelo de lino.

—Creo que empezaré con Gustav Mahler esta noche —dijo.

—¿Quién demonios es ese?

—Un gran compositor de finales del siglo diecinueve. Muy romántico. Compuso peculiares sinfonías y canciones populares. Estoy pensando, de todas formas, en los patrones rítmicos del «Borracho en Primavera» de su «Canción de la Tierra». ¿Nunca la ha escuchado?

—No —dijo Meritan impacientemente.

—Muy gris verdoso.

Ray Meritan no se sentía muy gris verdoso esa noche Aún le dolía la cabeza por la roca que le habían arrojado a Wilbur Mercer. Meritan había intentado soltarse de la caja de empatía cuando vio venir la roca, pero no había sido lo suficientemente rápido. Había golpeado a Mercer en la sien derecha, haciéndole sangrar.

—Me he topado con tres Merceristas esta tarde —dijo Glen—. Y todos ellos tenían un aspecto terrible. ¿Qué le sucedió hoy a Mercer?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Te estás comportando como lo hacían ellos. Es la cabeza, ¿verdad? Te conozco lo suficiente, Ray. Estás metido en algo nuevo y extraño, ¿qué me importa si eres un Mercerista? Disfruto pensando que quizá te apetecería una pastilla para el dolor.

—Eso debería acabar completamente con el problema, ¿no? —dijo Ray Meritan bruscamente—. Una pastilla para el dolor. Eh, señor Mercer, mientras sube la colina, ¿qué le parece una inyección de morfina? No sentirá nada —rasgó unas notas de su arpa, liberando sus emociones.

—Estás en el aire —dijo el productor desde la cabina de control.

Su tema, «Esto es Abundancia», fluyó desde la mesa de grabación hasta la cabina de control y en la cámara número dos, que enfocaba a Goldstream, se encendió una luz roja.

—Buenas tardes, damas y caballeros —dijo Goldstream con los brazos cruzados—. ¿Qué es el jazz?

Eso es lo que yo me pregunto, pensó Meritan. ¿Qué es el jazz? ¿Qué es la vida? Se frotó su frente golpeada y martirizada por el dolor y se preguntó cómo podría resistir la próxima semana. Wilbur Mercer se estaba acercando a su destino. Cada día se volvería peor...

—Y tras una breve pausa para un anuncio importante —estaba diciendo Goldstream— volveremos para contarles más sobre el mundo de los hombres y mujeres gris verdosos, esa gente peculiar, y el mundo del arte del único e inimitable Ray Meritan.

La grabación del anuncio publicitario apareció en la pantalla de televisión frente a Meritan.

—Tomaré esa pastilla para el dolor —le dijo Meritan a Goldstream.

Le tendió una pastilla amarilla, plana y con surcos.

—Paracodeina —dijo Goldstream—. Altamente ilegal, pero efectiva. Una droga adictiva... Me sorprende que tú, de entre todo el mundo, no lleves una encima.

—Solía —dijo Ray, mientras cogía un vaso de agua de plástico y se tragaba la pastilla.

—Y tu estás en eso del Mercerismo.

—Yo ahora... —miró fijamente a Goldstream; ambos se conocían, debido a sus profesiones, desde hacía años—. No soy un Mercerista —dijo—, así que olvídale, Glen. Es sólo una coincidencia que tenga dolor de cabeza la noche en que Mercer ha sido golpeado en la sien por una afilada roca arrojada por algún retrasado mental sádico que debería ser el que estuviese subiendo a trastras por esa colina. —frunció el ceño hacia Goldstream.

—Entiendo —dijo Goldstream—. El Departamento de Salud Mental de los EE.UU. está a punto de pedirle al Departamento de Justicia que detenga a todos los Merceristas.

De repente se giró para encarar la cámara dos. Una sonrisa apenas esbozada atravesó su cara y dijo suavemente:

—El gris verdoso comenzó hace unos cuatro años, en Pinole, California, en el ahora con justicia famoso Double Shot Club donde Ray Meritan tocaba, allá por 1993 y 1994. Esta noche, Ray nos tocará una de sus más conocidas y exitosas piezas, «Una Vez Enamorado de Amy». —se volvió hacia Meritan— Ray... ¡Meritan!

Plunk, plunk, el arpa comenzó a sonar cuando los dedos de Meritan acariciaron las cuerdas.

Un ejemplo espléndido, pensó mientras tocaba. Eso es para lo que el FBI me utilizará con los adolescentes, para enseñarles en qué no hay que convertirse. Primero metido en la Paracodeina, ahora con Mercer. ¡Cuidado, chicos!

Fuera de cámara, Glen Goldstream sostenía un cartel que había garabateado.

En él, Goldstream había escrito con un rotulador:

ESO ES LO QUE QUIEREN SABER

Una invasión de alguna parte del exterior, pensó Meritan mientras tocaba. De eso es de lo que están asustados. Temen lo desconocido, como los niños pequeños. Eso son los círculos de poder: niños pequeños que huyen asustados jugando a juegos rituales con juguetes super-poderosos.

Le llegó un pensamiento de uno de los operarios de la cabina de control. Mercer había sido herido.

Ray Meritan desvió su atención hacia allí inmediatamente, leyendo la mente tan instantáneamente como podía. Sus dedos rasgaban el arpa de manera refleja.

El Gobierno había declarado ilegales las llamadas cajas de empatía.

Pensó inmediatamente en su propia caja de empatía, delante de su aparato de televisión en la sala de estar de su apartamento.

La organización que distribuía y vendía las cajas de empatía había sido declarada ilegal, y el FBI había realizado arrestos en varias de las ciudades más importantes. Se esperaba que otros países siguiesen la iniciativa.

¿Cuán malherido? Se preguntó ¿Agoniza?

Y, ¿qué habría pasado con los Merceristas que estaban aferrando las asas de sus cajas de empatía en ese momento? ¿Cómo estaban ahora? ¿Recibiendo atención médica?

¿Deberíamos emitir la noticia ya mismo? estaba pensando el operario de la cabina de control. ¿O esperar hasta los anuncios?

Ray Meritan dejó de tocar su arpa y dijo claramente por el micrófono:

—Wilbur Mercer ha sido herido. Es lo que habíamos estado esperando, pero es aún una tragedia mayor. Mercer es un Santo.

Con los ojos desorbitados, Glen Goldstream se le quedó mirando anonadado.

—Creo en Mercer —dijo Ray Meritan, y toda la audiencia de su canal en los Estados Unidos escuchó su confesión de fe—. Creo en que sus sufrimientos, heridas y muerte tienen un propósito para cada uno de nosotros.

Estaba hecho; había cruzado la línea. Y no había requerido demasiado coraje.

—Rezad por Wilbur Mercer —dijo, y continuó tocando el arpa con su estilo gris verdoso.

Tonto, estaba pensando Glen Goldstream. ¡Huye! Estarás encarcelado en menos de una semana. ¡Tu carrera está arruinada!

Plunk, plunk, Ray siguió tocando su arpa y le dedicó una sonrisa forzada a Glen.

IV

—¿Conoce la historia del monje zen que estaba jugando al escondite con los niños? —dijo el señor Lee—. ¿Fue Basho quien la contó? El monje se escondió en un retrete del patio y los niños no pensaron en mirar allí, de forma que le dejaron olvidado allí. Era un hombre muy sencillo. Al día siguiente...

—Reconozco que el zen es una forma de estupidez —dijo Joan Hiashi—. Ensalza las virtudes de ser sencillo e inocente. Y recuerde, el significado original de «inocente» es alguien al que se le engaña fácilmente, se le tima con facilidad. —sorbió un poco de su té y lo encontró frío.

—Entonces usted es una auténtica practicante zen —dijo el señor Lee—. Porque ha sido engañada. —Metió la mano en su abrigo y sacó una pistola que apuntó hacia Joan—. Queda usted arrestada.

—¿Por el Gobierno cubano? —consiguí decir ella.

—Por el Gobierno de los Estados Unidos —dijo el señor Lee—. He leído su mente y he averiguado que sabe que Ray Meritan es un destacado Mercerista y a usted misma le atrae el Mercerismo.

—¡Pero no lo soy!

—Inconscientemente se siente atraída. Está a punto de cambiar de bando. Puedo detectar esas ideas, incluso aunque usted se las niegue a sí misma. Vamos a volver a los Estados Unidos, usted y yo, y allí nos reuniremos con el señor Ray Meritan y él nos llevará hasta Wilbur Mercer; es tan simple como eso.

—¿Y por eso he sido enviada a Cuba?

—Yo soy miembro del Comité Central del Partido Comunista Cubano —dijo el señor Lee—. Y el único telépata en ese comité. Acordamos trabajar en cooperación con el

Departamento de Estado de los Estados Unidos durante la actual crisis de Mercer. Nuestro avión, señorita Hiashi, sale para Washington D.C. dentro de media hora; regresemos al aeropuerto inmediatamente.

Joan Hiashi recorrió con la vista impotente el restaurante. El resto de la gente que estaba comiendo, los camareros... nadie prestaba atención. Se levantó cuando un camarero pasó junto a ella con una bandeja cargada.

—Este hombre —dijo señalando al señor Lee— quiere secuestrarme. Ayúdeme, por favor.

El camarero miró al señor Lee, vio quién era, le sonrió a Joan y se encogió de hombros.

—El señor Lee es un hombre importante —dijo el camarero y continuó camino con su bandeja.

—Lo que ha dicho es cierto —le dijo el señor Lee.

Joan salió corriendo del reservado y atravesó el restaurante.

—Ayúdeme —le dijo al anciano Mercerista cubano que estaba sentado frente a su caja de empatía—. Soy Mercerista. Quieren arrestarme.

El hombre levantó la cara vieja y arrugada; la estaba examinando.

—Ayúdeme —dijo ella.

—Rece a Mercer —dijo el anciano.

No puede ayudarme, comprendió ella. Se giró hacia el señor Lee, que la había seguido y continuaba apuntándola con la pistola.

—Este anciano no va a hacer nada —dijo el señor Lee—. Ni siquiera va a levantarse.

Ella se rindió.

—De acuerdo. Me rindo.

La televisión situada en una esquina cesó de repente de emitir su basura de todos los días; la imagen de la cara de una mujer y de un bote de detergente desapareció abruptamente y la pantalla mostró solo oscuridad. Entonces, en español, un locutor comenzó a hablar.

—Herido —dijo el señor Lee, escuchando—. Pero Mercer no ha muerto. ¿Le asusta como Mercerista, señorita Hiashi? ¿No se siente afectada? Oh, pero es normal. Antes tiene que estar aferrando las asas para que le afecte. Debe ser un acto voluntario.

Joan tocó la caja de empatía del anciano cubano durante un momento y entonces aferró las asas. El señor Lee la miró sorprendido; avanzó hacia ella, intentando alcanzar la caja...

No fue dolor lo que sintió. ¿Es así? se preguntó mientras veía como a su alrededor el restaurante palidecía y desaparecía. Quizás Wilbur Mercer está inconsciente; eso debe ser. Estoy huyendo de usted, pensó para el señor Lee. Usted no puede, o al menos no quiere, seguirme a donde he ido: al mundo tumba de Wilbur Mercer, que está agonizando en alguna parte de una árida colina, rodeado de enemigos. Ahora estoy con él. Y supone escapar de algo aún peor. De usted. Y no será capaz de hacerme regresar nunca.

Vio a su alrededor una superficie desolada. El aire olía a cactus; era el desierto, y no llovía nunca.

Un hombre estaba de pie ante ella, una dolorosa luz hirió sus ojos grises y hinchidos de dolor.

—Soy tu amigo —dijo— pero debes continuar como si yo no existiese. ¿Puedes entenderlo? —mostró sus manos vacías.

—No —dijo ella—. No puedo entenderlo.

—¿Cómo puedo salvarte —dijo el hombre— si no puedo salvarme a mí mismo? —sonrió—. ¿No lo ves? No hay salvación.

—¿Entonces que sentido tiene todo? —preguntó ella.

—Mostrarte —dijo Wilbur Mercer— que no estás sola. Yo estoy aquí contigo y siempre lo estaré. Regresa y enfréntate a ellos. Y diles esto.

Soltó las asas.

El señor Lee, apoyando la pistola contra ella, dijo:

—¿Y bien?

—Adelante —dijo—. Regresemos a los Estados Unidos. Entrégueme al FBI. No importa.

—¿Qué vio? —dijo el señor Lee con curiosidad.

—No se lo voy a decir.

—Pero puedo enterarme de todas formas. De su mente —la estaba explorando en aquel instante, escuchando con su cabeza inclinada hacia un lado. Las comisuras de sus labios se torcieron como si estuviese contrariado.

—No diría que sea nada por usted... ¿ese es el hombre por el que daría la vida, usted y todo los demás? Están enfermos.

—En el mundo de los locos —dijo Joan—, los enfermos están sanos.

—¡Qué tontería! —dijo el señor Lee.

—Fue interesante —le dijo el señor Lee a Bogart Crofts—. Ella se convirtió en una Mercerista justo delante de mí. El impulso latente la transformó en lo que ahora es... eso prueba que estaba en lo cierto cuando leí su mente.

—Ahora podremos capturar a Meritan —le dijo Crofts a su superior, el Secretario Herrick—. Se marchó del estudio de televisión en Los Angeles, donde se enteró de la noticia de la grave herida de Mercer. Después de eso nadie parece saber qué hizo. No regresó a su apartamento. La policía confiscó su caja de empatía y no tiene ni idea de dónde puede estar.

—¿Dónde está Joan Hiashi? —preguntó Crofts.

—Está retenida en Nueva York —dijo el señor Lee.

—¿Con qué cargos?

—Agitación política hostil contra la seguridad de los Estados Unidos —dijo el señor Lee sonriendo—. Y arrestada por un alto cargo comunista en Cuba. Es una paradoja zen que sin duda será del agrado de la señorita Hiashi.

Mientras tanto, meditó Bogart Crofts, las cajas de empatía estaban siendo confiscadas en grandes cantidades. Pronto empezarían a destruirlas. En cuarenta y ocho horas la mayor parte de las cajas de empatía de los Estados Unidos dejarían de existir, incluyendo la que estaba en su oficina.

Aún descansaba sobre su escritorio, sin haber sido usada. Había sido él el que había pedido originalmente que fuese comprada y durante todo aquel tiempo había mantenido sus manos apartadas de ella, ni siquiera había pretendido usarla. Ahora quería usarla desesperadamente.

—¿Qué sucedería —le preguntó al señor Lee— si aferrase esas dos asas? No hay equipo de televisión aquí. No tengo ni idea de lo que está haciendo ahora mismo Wilbur Mercer; de hecho por lo que sé debe estar finalmente muerto.

—Si aferra las asas, señor —dijo el señor Lee—, entrará en... no sé si usar la palabra, pero parece ser adecuada. Una comunión mística. Con el señor Wilbur Mercer, dondequiera que esté; compatirá su sufrimiento, como sabe, pero eso no es todo. También participará en su... —el señor Lee reflexionó— «forma de ver el mundo» no es la expresión adecuada. ¿Ideología? No.

—¿Estado de trance? —sugirió el Secretario Herrick.

—Quizás sea eso —dijo el señor Lee frunciendo el ceño—. No, eso tampoco es. No hay una palabra que lo exprese, y ese es el quid. No puede ser descrito... debe ser experimentado.

—Lo probaré —decidió Crofts.

—No —dijo el señor Lee—. No, si sigue mi consejo. Le aconsejo que se mantenga alejado. Vi como la señorita Hiashi lo hacía y vi el cambio que se produjo en ella. ¿Hubiese probado la paracodeina cuando era popular entre la masa cosmopolita y desarraigada? —dijo disgustado.

—He probado la paracodeina —dijo Crofts—. No me hizo absolutamente nada.

—¿Qué has hecho qué, Boge? —le preguntó el Secretario Herrick.

—Quiero decir —dijo Bogart Crofts encogiéndose de hombros— que no veo razón alguna para que a alguien le guste y quiera convertirse en un adicto a ello.

Y por fin aferró las dos asas de la caja de empatía.

V

Caminando lentamente bajo la lluvia, Ray Meritan se dijo a sí mismo: Tienen mi caja de empatía y si regreso al apartamento me atraparán.

Su talento telepático le había salvado. Cuando entraba al edificio había captado los pensamientos de la brigada de policía local.

Ahora era pasada la medianoche. El problema es que soy demasiado conocido, se dio cuenta, debido a mi condenado programa de televisión. No importada a donde vaya, me reconocerán.

Al menos en cualquier lugar de la Tierra.

¿Dónde está Wilbur Mercer? se preguntó. ¿En este sistema solar o en alguna parte más allá de él, bajo un sol totalmente diferente? Quizás nunca lo sepamos. O al menos yo nunca lo sabré.

Pero, ¿importa? Wilbur Mercer está en alguna parte; eso es todo lo que importa. Y siempre habrá un camino que conduzca hasta él. La caja de empatía siempre llegaba hasta allí, o al menos lo hacía hasta que la policía se las llevó. Y Meritan presentía que la compañía distribuidora que había proporcionado las cajas de empatía, y que llevó una existencia en las sombras desde siempre, encontraría una forma de evitar a la policía. Si él estaba en lo cierto...

En medio de la lluviosa oscuridad distinguió las luces rojas de un bar. Fue hasta allí y entró.

—Oiga —le dijo al dueño del bar— ¿tiene una caja de empatía? Le pagaré cien dólares si me deja usarla.

El dueño del bar, un corpulento y enorme hombre de brazos peludos, dijo:

—Na, no tengo na de eso. Fuera.

La gente del bar les miró.

—Ahora eso es ilegal —dijo uno de ellos.

—Hey, es Ray Meritan —dijo otro—. El músico de jazz.

—Toque algo de jazz gris verdoso para nosotros, músico —dijo otro hombre perezosamente. Le dio un sorbo a su jarra de cerveza.

Meritan se dirigió a la salida del bar.

—Espera —dijo el dueño del bar—. Para ahí, amigo. Ve a esta dirección —escribió algo en una caja de cerillas y se la tendió a Meritan.

—¿Cuánto le debo? —dijo Meritan.

—Oh, cinco dólares deberían ser suficientes.

Meritan le pagó y se fue del bar con la caja de cerillas en su bolsillo. Probablemente sea la dirección de la comisaría de policía local, se dijo a sí mismo. Pero le daré una oportunidad de cualquier forma.

Si pudiese usar una caja de empatía una vez más...

La dirección que le había dado el dueño del bar era un viejo y decrepito edificio de madera en los barrios bajos de Los Angeles. Llamó a la puerta y esperó.

La puerta se abrió. Una gruesa mujer de mediana edad vestida con una bata y zapatillas de lana le miró de arriba abajo.

—No soy de la policía —dijo Meritan—. Soy un Mercerista. ¿Puedo usar su caja de empatía?

La puerta se abrió lentamente; la mujer le examinó a fondo y evidentemente le creyó, aunque no dijo nada.

—Siento molestarla tan tarde —se disculpó él.

—¿Qué le ha pasado, señor? —dijo la mujer—. Tiene un aspecto horrible.

—Es por Wilbur Mercer —dijo Ray—. Está herido.

—Úsela —dijo la mujer mientras le llevaba, arrastrando los pies, hasta un salón oscuro y frío donde un loro dormía en una jaula de alambre enorme y retorcida. Allí, en aquel cuarto de radio decorado a la antigua, vio la caja de empatía. Sintió cómo le invadía una sensación de alivio al verla.

—No sea tímido —dijo la mujer.

—Gracias —dijo él, y aferró las asas.

—Usaremos a la chica —dijo una voz en su oído—. Ella nos llevará hasta Meritan. Estoy autorizado a hacerle una oferta para empezar.

Ray Meritan no reconoció la voz. No era la de Wilbur Mercer.

Pero aun así, desconcertado, siguió aferrando firmemente las asas, escuchando; se quedó congelado, con los brazos extendidos y empuñando con firmeza las asas.

—Lo de la fuerza invasora no terrestre ha convencido al segmento más crédulo de nuestra comunidad, pero creo firmemente que este segmento está siendo manipulado por una minoría cínica de oportunistas bien situados, como Meritan. Se están embolsando una buena cantidad de dinero con esta locura de Wilbur Mercer —recitó la voz, llena de seguridad.

Ray Meritan sintió miedo cuando lo escuchó. Esta vez había alguien en el otro lado, comprendió. De alguna forma había entrado en contacto empático con él, y no con Wilbur Mercer.

¿O lo había hecho Wilbur Mercer deliberadamente, lo había preparado así? Siguió escuchando.

—...tienen que sacar a la chica, Hiashi, de Nueva York y traerla de vuelta aquí, donde podamos examinarla más en profundidad —añadió la voz—. Como le dije a Herrick...

Herrick, el Secretario de Estado. Meritan se percató de que eran los pensamientos de alguien del Departamento de Estado, referidos a Joan. Quizás era el funcionario del Estado que la había contratado.

Entonces ella no estaba en Cuba. Estaba en Nueva York. ¿Qué había ido mal? Todo aquello hacía pensar que el Estado simplemente había utilizado a Joan para atraparle a él.

Soltó las asas y la voz se desvaneció.

—¿Le encontró? —preguntó la mujer de mediana edad.

—S-sí —dijo Meritan, desconcertado, intentando orientarse en el cuarto desconocido.

—¿Cómo está él? ¿Está bien?

—Yo... no lo sé exactamente —respondió Meritan, con sinceridad. Pensó: Debo ir a Nueva York. E intentar ayudar a Joan. Ella está metida en esto por mi culpa; no tengo elección. Aunque me atrapen por hacerlo... ¿cómo podría abandonarla?

—No me conecté con Mercer —dijo Bogart Crofts.

Se apartó de la caja de empatía y la miró con resentimiento.

—Conecté con Meritan. Pero no sé dónde está. En el momento en que aferré las asas de esta caja, Meritan aferró las suyas en alguna otra parte. Estuvimos unidos y ahora sabe todo lo que yo sé. Y nosotros sabemos todo lo que él sabe, que no es mucho. —Perplejo, se volvió hacia el Secretario Herrick—. No sabe nada de Wilbur Mercer que no sepamos nosotros; estaba intentado conectarse con él. Definitivamente no es Mercer. —Crofts se sumió en el silencio.

—Hay algo más —dijo Herrick, volviéndose hacia el señor Lee—. ¿Qué más averiguó de Meritan, señor Lee?

—Meritan va a ir a Nueva York para intentar encontrar a Joan Hiashi —dijo Lee, leyendo atentamente la mente de Crofts—. Averiguó esto del propio señor Meritan durante el tiempo que sus mentes estuvieron fusionadas.

—Nos prepararemos para recibir al señor Meritan —dijo el Secretario Herrick con una mueca.

—¿He experimentado lo que ustedes los telépatas pueden hacer siempre? —le preguntó Crofts al señor Lee.

—Sólo cuando uno de nosotros se acerca a otro telépata —dijo el señor Lee—. Puede ser desagradable. Lo evitamos, porque si las dos mentes son muy distintas y en consecuencia entran en conflicto, puede ser psicológicamente muy dañino. Daré por hecho que usted y Meritan entraron en conflicto.

—Pero oigan, —dijo Crofts— ¿porqué vamos a continuar con esto? Ahora sé que Meritan es inocente. No sabe una maldita cosa sobre Mercer o la organización que distribuye esas cajas salvo su nombre.

Todos quedaron en silencio momentáneamente.

—Pero él es una de las pocas celebridades que se ha unido a los Merceristas —señaló el Secretario Herrick. Le tendió un teletipo impreso a Crofts—. Y lo ha hecho abiertamente. Si te tomas la molestia de leer esto...

—Sé que proclamó su devoción por Mercer en su programa de televisión esta tarde —dijo Crofts estremeciéndose.

—Cuando te enfrentas a una fuerza extraterrestre organizada de un sistema solar totalmente distinto debes moverte con cuidado —dijo el Secretario Herrick—. Seguiremos intentando atrapar a Meritan, y definitivamente a través de la señorita Hiashi. La sacaremos de la cárcel y haremos que la sigan. Cuando Meritan contacte con ella...

—No diga lo que pretende decir, señor Crofts —le dijo el señor Lee a Crofts—. Eso acabará con su carrera para siempre.

—Herrick, todo esto es una equivocación —dijo Crofts—. Meritan es inocente y también lo es Joan Hiashi. Si intentas atrapar a Meritan dimito de mi cargo en el Estado...

—Pon por escrito tu dimisión y entrégamela —dijo el Secretario Herrick. Su cara se había ensombrecido.

—Es una pena —dijo el señor Lee—. Supongo que el contacto con el señor Meritan ha nublado su juicio, señor Crofts. Le ha influido malignamente, expúselo, por el bien de su larga carrera y del país, por no mencionar a su familia.

—Lo que estamos haciendo está mal —repitió Crofts.

El Secretario Herrick le miró coléricamente.

—No hay duda de lo que esas cajas de empatía han hecho... Ahora lo he visto con mis propios ojos. Ahora no me echaría atrás por nada del mundo.

Cogió la caja de empatía que había usado Crofts. La levantó bien alto y la arrojó contra el suelo. La caja se rompió y se convirtió en un montón de trozos irregulares.

—No considere esto como el acto de un niño —dijo—. Quiero que desaparezca cualquier posible contacto entre Meritan y nosotros. Sólo puede ser algo perjudicial.

—Si le capturamos —dijo Crofts— podrá continuar ejerciendo su influencia sobre nosotros —corrigió enseguida la afirmación—. O mejor dicho, sobre mí.

—Que sea como tenga que ser. Pretendo continuar —dijo el Secretario Herrick—. Y por favor, presente su dimisión, señor Crofts, pretendo llevar eso a cabo también. —Se le veía ceñudo y decidido.

—Secretario —dijo el señor Lee—, puedo leer la mente del señor Crofts y veo que está aturdido en este momento. Es la víctima inocente de una situación quizás provocada por Wilbur Mercer para sembrar la confusión entre nosotros. Y si acepta la dimisión del señor Crofts, Mercer habrá triunfado.

—No importa si la acepta o no —dijo Crofts—. Porque en cualquier caso dimito.

El señor Lee suspiró.

—La caja de empatía le ha convertido súbitamente en un telépata involuntario y eso ha sido demasiado. —le dio una palmada al señor Crofts en el hombro—. Los poderes telepáticos y la empatía son dos versiones de lo mismo. Podría llamársele «caja de telepatía». Sorprendentemente, esos seres extraterrestres pueden fabricar lo que nosotros sólo hemos podido conseguir por evolución.

—Dado que usted puede leer mi mente —le dijo Crofts—, sabe lo que planeo hacer. No tengo ninguna duda de que se lo contará al Secretario Herrick.

El señor Lee sonrió sin ganas.

—El Secretario y yo estamos cooperando en beneficio de la paz mundial. Ambos tenemos nuestras instrucciones. —Se dirigió a Herrick—. Este hombre está tan alterado que ahora mismo pretende cambiar de bando. Unirse a los Merceristas antes de que todas las cajas sean destruidas. Le ha gustado ser un telépata involuntario.

—Si cambia de bando será arrestado —dijo Herrick—. Lo prometo.

Crofts no dijo nada.

—No ha cambiado de idea —dijo educadamente el señor Lee, asintiendo para los dos hombres, aparentemente sorprendido por la situación.

Pero en lo más profundo de su ser, el señor Lee estaba pensando: Conectar directamente a Crofts con Meritan ha sido una estocada brillante y audaz del que se hace llamar Mercer. Sin duda había previsto que Crofts recibiría las intensas influencias del núcleo duro del movimiento. El siguiente paso será que Crofts vuelva a usar una caja de empatía, si puede encontrar una, y esta vez el propio Mercer contactará con él personalmente. Para hablar con su nuevo discípulo.

Han ganado un hombre, comprendió el señor Lee. Van ganando.

Pero a la postre ganaremos nosotros. Porque en último término conseguiremos destruir todas las cajas de empatía y sin ellas Wilbur Mercer no puede hacer nada. Es el único medio que él, o ello, tiene de entrar en contacto y controlar a la gente, como ha hecho aquí con el desdichado señor Crofts. Sin las cajas de empatía el movimiento está inerme.

VI

En el mostrador de la UWA, en el aeropuerto Rocky Field de Nueva York, Joan Hiashi hablaba con el empleado uniformado.

—Quiero comprar un billete de ida a Los Angeles en el siguiente vuelo. Avión a reacción o cohete, no me importa. Sólo quiero llegar allí.

—¿Primera clase o turista? —preguntó el empleado.

—Oh, demonios —dijo Joan fatigadamente—, simplemente véndame un billete. Cualquier clase de billete —abrió su bolso.

Cuando iba a pagar el billete una mano la detuvo. Se dio la vuelta y allí estaba Ray Meritan, con una expresión de alivio en la cara.

—Menudo sitio pata intentar leer tus pensamientos —dijo—. Vamos, vayamos a un sitio más tranquilo. Tienes diez minutos antes de que salga tu vuelo.

Se apresuraron a atravesar el edificio hasta que llegaron a una rampa desierta. Allí se detuvieron y Joan habló.

—Escucha, Ray, sé que te han tendido una trampa. Por eso me han dejado libre. Pero, ¿A dónde podría ir si no es junto a ti?

—No te preocupes por eso —dijo Ray—. Me iban a atrapar antes o después. Estoy seguro de que saben que abandoné California y he venido aquí —miró a su alrededor—. Aún no hay agentes del FBI cerca de nosotros. Al menos no capto nada que lo sugiera. —encendió un cigarrillo.

—No tengo ninguna razón para regresar a Los Angeles ahora que estás aquí. —dijo Joan—. Mejor debería cancelar mi vuelo.

—Sabes que están confiscando y destruyendo todas las cajas de empatía que pueden —dijo Ray.

—No —dijo ella—. No lo sabía, me han soltado sólo hace media hora. Eso es espantoso. Van en serio de verdad.

Ray se rió.

—Digamos que están realmente asustados —la rodeó con su brazo y la besó—. Te diré lo que haremos. Intentaremos huir de aquí, ir a la parte baja del East Side y alquilar un apartamento sin ascensor pero con agua caliente. Nos esconderemos y encontraremos una caja de empatía que se les haya pasado por alto. —Pero, pensó, es improbable; casi con toda seguridad las tendrán ya todas. Para empezar no eran muchas.

—Como tú digas —dijo Joan tristemente.

—¿Me amas? —le preguntó a ella—. Puedo leer tu mente, sé que lo haces. —Y añadió lentamente—. También puedo leer la mente de un tal señor Lewis Scanlan, un agente del FBI que está en estos momentos en el mostrador de la UWA. ¿Qué nombre les diste?

—Señorita George Mc Isaacs —dijo Joan—. Creo. —Comprobó su billete—. Sí, correcto.

—Pero Scanlan está preguntando si una mujer japonesa ha estado en el mostrador en los últimos quince minutos —dijo Ray—. Y el empleado te recuerda. Así que... —agarró el brazo de Joan—. Mejor nos vamos ya.

Bajaron la rampa desierta a la carrera, pasaron por una puerta que se abría con un sensor electro-óptico y llegaron a un cuarto de equipajes. Todo el mundo allí estaba demasiado ocupado para prestar atención cuando Ray Meritan y Joan se encaminaron a la puerta de salida a la calle y, un momento después, salieron a la fría y gris acera donde los taxis estaban aparcados en una larga doble fila. Joan se dispuso a tomar un taxi.

—Espera —dijo Ray, tirando de ella—. Recibo un amasijo de pensamientos. Uno de los taxistas es un agente del FBI, pero no puedo decir cuál. —Se quedó allí de pie titubeando, sin saber qué hacer.

—No podemos escapar, ¿verdad? —dijo Joan.

—Va a ser difícil. —Para sí mismo pensaba: Más bien imposible; no te equivocas. Percibió los confusos y asustados pensamientos de la chica, su inquietud por él, que ella había hecho posible que ellos le localizasen y los fuesen a capturar, su feroz ansia de no regresar a la cárcel, su penetrante resentimiento por haber sido traicionada por el señor Lee, el importante comunista chino que se había reunido con ella en Cuba.

—Qué vida —dijo Joan, arrimándose a él.

Y él aún no sabía que taxi tomar. Los preciosos segundos pasaban uno detrás de otro mientras seguían allí de pie.

—Escucha —le dijo a Joan—, quizás deberíamos separarnos.

—No —dijo aferrándose a él—. No puedo seguir sola por más tiempo. Por favor.

Un barbudo vendedor ambulante se les acercó con una bandeja colgada del cuello.

—Eh, amigos —masculló.

—Ahora no —le dijo Joan.

—Una muestra gratuita de cereales para el desayuno —dijo el vendedor ambulante—. Gratis. Sólo coja una caja, señorita. O usted, señor. Coja una. —Acercó hacia Ray la bandeja llena de pequeñas cajas de carón de vivos colores.

Extraño, pensó Ray. No capto nada procedente de la mente de este hombre. Miró al vendedor ambulante y vio, o creyó ver, una peculiar insustanciabilidad en el hombre. Una cualidad difusa.

Ray cogió una de las muestras de cereales para el desayuno.

—Se llama Comida Feliz —dijo el vendedor ambulante—. Un nuevo producto que se está presentado al público. Dentro hay un cupón. Eso le da derecho a...

—De acuerdo —dijo Ray, metiendo la caja en el bolsillo. Agarró a Joan y la llevó por la hilera de taxis. Escogió uno al azar y abrió la puerta trasera.

—Entra —la urgió.

—Yo también cogí una muestra de Comida Feliz —dijo con una sonrisa desvaída cuando él se sentó junto a ella. El taxi arrancó, abandonó la hilera y pasó por delante de la entrada principal de la terminal del aeropuerto—. Ray, había algo extraño en ese vendedor. Era como si realmente no estuviese allí, como si no fuese nada más que... una imagen.

Cuando el taxi bajó por la rampa, abandonando la terminal, otro taxi salió de la hilera y les siguió. Ray se giró hacia atrás y vio en los asientos traseros del taxi a dos hombres gruesos vestidos con oscuros trajes de ejecutivo. Agentes del FBI, se dijo a sí mismo.

—¿No te recordó a nadie ese vendedor de cereales? —dijo Joan.

—¿A quien?

—Un poco a Wilbur Mercer. Pero tampoco es que le haya visto lo suficiente como para...

Ray le arrebató la caja de cereales de las manos y rasgó la tapa de cartón. Escarbando entre el cereal desecado vio la esquina del cupón del que había hablado el vendedor ambulante; sacó el cupón, lo sostuvo ante sus ojos y lo examinó. El cupón decía en letras de molde claras y grandes:

CÓMO CONSTRUIR UNA CAJA DE EMPATÍA A PARTIR DE OBJETOS COTIDIANOS DE CUALQUIER HOGAR

—Eran ellos —le dijo a Joan.

Guardó el cupón cuidadosamente en su bolsillo, pero entonces cambió de idea.

Lo dobló, y lo remitió en el dobladillo de sus pantalones. Donde el FBI posiblemente no lo encontraría.

Tras ellos el otro taxi se acercaba y Ray pudo captar los pensamientos de los dos hombres. Eran agentes del FBI; no se había equivocado. Se recostó contra el asiento.

No había nada que hacer salvo esperar.

—¿Puedes darme el otro cupón? —dijo Joan.

—Perdona.

Sacó el otro paquete de cereales. Ella lo abrió, encontró el cupón en el interior y, tras una pausa, lo dobló y lo escondió en el dobladillo de su falda.

—Me pregunto cuántos de esos vendedores ambulantes habrá —dijo Ray pensativamente—. Me gustaría saber cuántas muestras gratuitas de Comida Feliz pondrán en circulación antes de que les atrapen.

Antología de Ciencia Ficción 2003

El primer objeto hogareño cotidiano que se necesitaba era un aparato de radio común y corriente; Ray se había percatado de eso. El segundo, el filamento de una bombilla de cinco años. Y después... tendría que volver a mirarlo, pero aquel no era el momento. El otro taxi se había situado al lado del suyo.

Más tarde. Y si las autoridades encontraban el cupón en el dobladillo de sus pantalones...

Rodeó a Joan con su brazo.

—Creo que saldremos de esta.

...ellos, lo sabía, conseguirían de alguna manera hacerles llegar otro cupón.

El otro taxi les estaba empezando a cerrar el camino y los dos agentes del FBI estaban indicando al conductor de forma oficial y amenazadora que se detuviese.

—¿Me detengo? —le preguntó el conductor tensamente a Ray.

—Claro —dijo. Y, respirando hondamente, se preparó.

Título original: *The little black box* ©1964

Phillip K. Dick - LA M NO RECONSTRUIDA

I

La máquina medía un pie de ancho por dos de largo; lucía como una caja de galletas demasiado grande. Silenciosamente, con gran cuidado, subió por un costado de un edificio de concreto; había bajado dos rodines de hule y estaba empezando ahora la primera fase de su trabajo.

De su parte trasera, fue exudada una hojuela de plástico azul. La máquina presionó la hojuela firmemente contra el tosco concreto y luego prosiguió. Su camino hacia arriba la llevó desde el concreto vertical al acero vertical: había alcanzado una ventana. La máquina hizo una pausa y produjo un fragmento microscópico de tela. La tela, con gran cuidado, fue insertada en la ranura del marco de metal de la ventana.

En la fría oscuridad, la máquina era virtualmente invisible. El brillo de un distante nudo de tránsito la tocó brevemente, iluminó su casco pulido, y partió. La máquina reasumió su trabajo.

Proyectó un seudópodo de plástico e incineró el marco de la ventana de vidrio. No hubo respuesta desde dentro del sombrío departamento: no había nadie en casa. La máquina, cubierta ahora con partículas de polvo de vidrio, trepó por el marco de acero y levantó un receptor inquisitivo.

Mientras recibía, aplicó precisamente doscientas libras de presión sobre el marco de acero de la ventana; el marco se dobló obediente. Satisfecha, la máquina descendió por la pared de adentro hasta la alfombra moderadamente gruesa. Allí comenzó la segunda fase de su trabajo.

Un único cabello humano (fóliculo y pizca de cuero cabelludo incluidos) fue depositado en el piso de madera endurecida junto a la lámpara. No lejos del piano, dos granos secos de tabaco fueron colocados ceremoniosamente. La máquina esperó un intervalo de diez segundos y entonces, cuando una sección de cinta magnética interna quedó en posición con un click, dijo repentinamente:

—¡Ugh! Maldición...

Curiosamente, su voz era grave y masculina.

La máquina siguió su camino hasta la puerta del armario, que estaba cerrada. Trepando por la superficie de madera, la máquina alcanzó el mecanismo de cierre, e insertando una delgada sección de sí misma, acarició los tambores hasta que retrocedieron. Tras la fila de abrigos había un pequeño montículo de baterías y alambres: una grabadora de video de autoencendido. La máquina destruyó la provisión de filme —que era vital— y entonces, mientras salía del armario, expelió una gota de sangre en la ruina enredada que había sido el rastreador de lentes. La gota de sangre era aun más vital.

Mientras la máquina presionaba la forma artificial de una marca de tacón en la película de grasa que cubría el piso del armario, se oyó un sonido seco en el pasillo. La máquina detuvo su trabajo y se puso rígida. Un momento después un hombre pequeño y de mediana edad entró en el departamento, el abrigo en un brazo, el maletín en el otro.

—Por Dios —dijo, deteniéndose al instante cuando vio la máquina—. ¿Qué eres tú?

La máquina levantó el cañón de su sección frontal y disparó una bala explosiva a la cabeza medio calva del hombre. La bala entró en el cráneo y se detonó. Aun sosteniendo su abrigo y maletín, con una expresión de confusión en su cara, el hombre colapsó hasta la alfombra. Sus gafas, rotas, yacían retorcidas detrás de su oreja. Su cuerpo se estremeció un poco, se retorció, y entonces quedó satisfactoriamente quieto.

Sólo quedaban dos pasos para terminar el trabajo, ahora que estaba hecha la parte principal. La máquina depositó una pizca de cerillo quemado en uno de los immaculados ceniceros que había sobre el mantel, y entró en la cocina en busca de un vaso de agua. Empezaba a subir por un costado del lavaplatos cuando un ruido de voces humanas la sorprendió.

—Este es el departamento —dijo una voz, cerca y claro.

—Prepárense —debería estar todavía aquí—. Otra voz, una voz de hombre, como la primera. La puerta del recibidor fue abierta de un empujón y dos individuos con sobretodos pesados entraron con paso rápido y resuelto en el departamento. Al aproximarse, la máquina se dejó caer al piso de la cocina, olvidando el vaso de agua. Algo había salido mal. Su forma rectangular fluyó y osciló; cambiando a la forma de un paquete vertical, fusionó su forma con la de un televisor convencional.

Sostenía esa forma de emergencia cuando uno de los hombres —alto, pelirrojo— se asomó brevemente a la cocina.

—Nadie aquí —declaró el hombre, y continuó de prisa.

—La ventana —dijo su compañero, jadeando. Dos figuras más entraron en el departamento, un equipo completo—. El vidrio se ha ido... falta. Por ahí entró.

—Pero se ha ido —el hombre pelirrojo reapareció en la puerta de la cocina, encendió la luz y entró, una pistola visible en su mano—. Extraño... llegamos aquí de inmediato, tan pronto como captamos el cascabel. —Sospechoso, examinó su reloj de pulsera—. Rosenburg ha estado muerto tan sólo unos pocos segundos... ¿cómo puede haber salido tan rápido?

De pie en la entrada de la calle, Edward Ackers escuchaba la voz. Durante la última media hora la voz había tomado un tono de lamento, de queja aguijoneante; bajando casi hasta la inaudibilidad, siguió caminando, apagando mecánicamente su mensaje de queja.

—Estás cansado —dijo Ackers—. Vete a casa. Toma un baño caliente.

—No —dijo la voz, interrumpiendo su andanada. El foco de la voz era una gran mancha iluminada sobre la acera oscura, a unas pocas yardas a la derecha de Ackers. El anuncio giratorio de neón decía:

¡DESTERRADLO!

Treinta veces en los últimos treinta minutos —había contado— el rótulo había capturado a un viandante y el hombre en el caseta había comenzado su arenga. Más allá de la caseta había varios teatros y restaurantes: la caseta estaba bien situada.

Pero no era para la multitud que había sido levantada la caseta. Era para Ackers y los oficiales tras él; la andanada apuntaba directamente al Departamento del Interior. El punzante sonsonete había continuado por tantos meses que Ackers era escasamente consciente de él. Lluvia en el techo. Ruidos del tránsito. Bostezó, cruzó los brazos, y esperó.

—Desterradlo —la voz se quejó malhumorada—. Oh, vamos, Ackers. Di algo, haz algo.

—Estoy esperando —dijo Ackers complaciente.

Un grupo de ciudadanos de clase media pasó al lado del caseta y les fueron entregados unos panfletos. Los ciudadanos dejaron caer los panfletos tras ellos, y Ackers rió.

—No rías —murmuró la voz—. No es gracioso, nos cuesta dinero imprimirlos.

—¿Tu dinero personal? —inquirió Ackers.

—En parte —Garth estaba solitario, esta noche—. ¿Qué es lo que esperas? ¿Qué ha ocurrido? ¿Vi un equipo de policías salir de tu techo hace unos pocos minutos...?

—Puede que nos carguemos a alguien —dijo Ackers—, ha habido un asesinato.

Más abajo en el oscuro callejón el hombre se estremeció en su triste caseta de propaganda.

—¿Oh? —Llegó la voz de Harvey Garth. Se inclinó hacia adelante y los dos se miraron de frente. Ackers, peinado cuidadosamente, bien alimentado, llevando un sobretodo respetable... Garth, un hombre delgado, mucho más joven, con una cara demacrada y hambrienta, compuesta mayormente de nariz y frente.

—Así que ya ves —le dijo Ackers—, sí necesitamos el sistema. No seas Utópico.

—Un hombre es asesinado; y ustedes rectifican el desbalance moral asesinando al asesino—. La voz de protesta de Garth se elevó en un espasmo de tristeza. —¡Desterradlo! ¡Desterrad el sistema que condena al hombre a una extinción segura!

—Trae aquí tus panfletos —parodió Ackers secamente—. Y tus lemas. Uno o ambos. ¿Qué sugerirías en vez del sistema?

La voz de Garth estaba orgullosa de su convicción.

—Educación.

Divertido, Ackers preguntó:

—¿Eso es todo? ¿Crees que eso detendría la actividad antisocial? ¿Lo que ocurre es que los criminales no conocen nada mejor?

—Y psicoterapia, por supuesto. —Con su cara proyectada hacia adelante, huesuda e intensa, Garth miraba hacia afuera de su caseta como una tortuga hostilizada—. Ellos están enfermos... por eso es que comenten crímenes, los hombres saludables no cometen crímenes. Y ustedes lo complican; ustedes crean una sociedad enferma de crueldad punitiva —apuntó un dedo acusador—. Tú eres el verdadero culpable, tú y todo el Departamento del Interior. Tú y todo el Sistema de Destierro.

Una y otra vez el rótulo de neón parpadeó ¡DESTERRADLO! Queriendo decir, por supuesto, el sistema de ostracismo compulsivo para delincuentes, la maquinaria que proyectaba al azar a un ser humano condenado a alguna región retirada del universo sideral, a algún remoto rincón fuera del camino en donde no hiciera daño.

—Ningún daño a nosotros, de cualquier modo —se rió Ackers en voz alta.

Garth pronunció el argumento familiar.

—Sí, ¿pero que hay de los habitantes locales?

Mala suerte para los habitantes locales. De todos modos, la víctima desterrada gastaba su energía y tiempo tratando de encontrar un modo de regresar al Sistema Sol. Si regresaba antes que la vejez lo alcanzara era readmitido por la sociedad. Tamaño reto... especialmente para algunos cosmopolitas que nunca habían puesto un pie fuera de la Gran Nueva York. Había —probablemente— muchos expatriados involuntarios cortando grano en viejos campos con guadañas primitivas. Las secciones remotas del universo parecían estar compuestas mayormente de oscuras culturas rurales, enclaves agrícolas aislados caracterizados por el trueque en pequeña escala de frutas y vegetales y artefactos hechos a mano.

—¿Sabías —dijo Ackers—, que en la Era de los Monarcas, a un carterista usualmente se lo ahorcaba?

—Desterradlo —continuó Garth monótono, hundiéndose de vuelta en su caseta. El letrero giraba; se repartían panfletos. Y Ackers miraba impaciente la calle al anochecer en busca de una señal del camión hospital.

Conocía a Heimie Rosenburg. Nunca hubo un tipo más pequeño y dulce... Aunque Heimie había estado mezclado en una de esas extensas operaciones esclavistas que transportaban colonos ilegalmente a planetas fértiles fuera del sistema. Entre los dos esclavistas más grandes, virtualmente habían colonizado el entero Sistema de Sirio. Cuatro de cada seis emigrantes eran llevados amontonados en transportes registrados como

«cargueros». Era duro imaginarse al pequeño y gentil Heimie Rosenburg como un agente de negocios de Empresas Tirol, pero así era.

Mientras esperaba, Ackers conjeturaba sobre el asesinato de Heimie. Probablemente uno de los elementos de la incesante guerra subterránea que transcurría entre Paul Tirol y su rival principal, David Lantano; era un novato entusiasta... pero el asesinato no era juego para nadie. Todo dependía de cómo era realizado; podía ser carnicería comercial o el más puro arte.

—Ahí viene algo —sonó la voz de Garth, llevada hasta su oído interno por los delicados transformadores de salida del equipo de la caseta—. Parece un congelador.

Lo era; el camión hospital había llegado. Ackers dio un paso adelante cuando el camión se detuvo y fue bajada la rampa trasera.

—¿Qué tan pronto llegaron allí? —preguntó al policía que saltó pesadamente al pavimento.

—De inmediato —respondió el policía—, pero no había señal del asesino. No creo que recuperemos a Heimie... le dieron en el blanco, justo en el cerebelo. Trabajo experto, nada de aficionados.

Desilusionado, Ackers trepó en el camión hospital para inspeccionar por sí mismo.

Muy pequeño y quieto, Heimie Rosenburg yacía sobre su espalda, los brazos pegados a sus costados, mirando sin ver hacia el techo del camión. En su cara permanecía la expresión de sorprendida extrañeza. Alguien —uno de los policías— había colocado sus gafas retorcidas en su mano apretada. Al caer se había cortado la mejilla. La porción destrozada de su cráneo estaba cubierta por una redcilla plástica húmeda.

—¿Quién se quedó en el departamento? —preguntó Ackers.

—El resto de mi equipo —respondió el policía—. Y un investigador independiente. Leroy Beam.

—El —dijo Ackers, con aversión—. ¿Cómo es que apareció?

—Captó el cascabel, también; pasaba por casualidad con su equipo. El pobre Heimie produjo un pico tremendamente grande en esa señal... Me sorprende que no lo captaran allá arriba en las oficinas centrales.

—Dijeron que Heimie tenía un nivel de ansiedad elevado —dijo Ackers—. Detectores por todo su departamento. ¿Vas a empezar a recoger evidencia?

—Los equipos van para allá —dijo el policía—. Deberíamos comenzar a obtener especificaciones en una media hora. El asesino apagó de un golpe el equipo de video del armario. Pero... —sonrió— se cortó cuando rompió el circuito. Una gota de sangre, justo en el cableado; luce prometedora.

En el departamento, Leroy Beam miraba a la policía del Interior comenzar su análisis. Trabajaban pareja y minuciosamente, pero Beam estaba insatisfecho.

Su impresión original permanecía: tenía sospechas. Nadie podía haber escapado tan rápido. Heimie había muerto, y su muerte —la cesación de su patrón neural— había activado una alarma automática. Un cascabel no protegía particularmente a su propietario, pero su existencia aseguraba (o usualmente aseguraba) la detección del asesino. ¿Por qué le había fallado a Heimie?

Caminando cabizbajo, Leroy Beam entró en la cocina por segunda vez. Allí, en el piso junto al fregadero, había un pequeño televisor portátil, del tipo popular con cubierta deportiva: un pequeño y llamativo paquete de plástico y perillas y lentes multicolores.

—¿Qué es esto? —preguntó Beam, cuando uno de los policías pasó junto a él—. Este televisor puesto aquí en el piso de la cocina. Está fuera de lugar.

El policía lo ignoró. En la sala de estar, un elaborado equipo policial de detección estaba raspando las varias superficies pulgada por pulgada. En la media hora transcurrida desde la muerte del Heimie, una cantidad de especificaciones había sido registrada. Primero, la gota de sangre en el cableado dañado del video. Segundo, una tenue marca de tacón donde el asesino había dado un paso. Tercero, una pizca de cerillo quemado en el cenicero. Se esperaban más, el análisis había apenas empezado.

Usualmente tomaba nueve especificaciones delinear a un único individuo. Leroy Beam miró cautelosamente a su alrededor. Ninguno de los policías estaba mirando, así que se inclinó hacia delante y alzó el televisor; se veía ordinario. Movi6 la perilla de encendido y esper6. No ocurri6 nada; no se form6 ninguna imagen. Extraño.

Lo estaba sosteniendo de cabeza, tratando de ver el chasis interior, cuando Edward Ackers, del Interior, entr6 en el departamento. Rápidamente, Beam meti6 el televisor en el bolsillo de su pesado cubretodo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo Ackers.

—Buscando —respondió Beam, preguntándose si Ackers habría notado su rechoncho bulto—. Estoy en el negocio, también.

—¿Conocías a Heimie?

—Por su reputación —respondió Beam vagamente—. Mezclado con el grupo Tirol, he oído; una especie de hombre fachada. Tenía una oficina en la Quinta Avenida.

—Un sitio ostentoso, como el resto de esos mercaderes forrados de la Quinta Avenida. —Ackers prosigui6 dentro del cuarto de estar para mirar los detectores recolectar evidencia.

La voluminosa máquina escrutadora que avanzaba por la alfombra realizaba un examen visual muy cercano. Escrutaba a un nivel microscópico, y su campo de observación estaba finamente delimitado. Tan pronto como se obtenía material, éste era enviado a las oficinas del Interior, a los bancos de archivos agregados donde la población civil estaba representada por una serie de tarjetas perforadas, con índices cruzados hasta el infinito.

Levantando el auricular del teléfono, Ackers llamó a su esposa.

—No llegaré a casa —le dijo—. Negocios.

Una espera y entonces Ellen respondió.

—¿Oh? —dijo distante—. Bueno, gracias por avisarme.

En la esquina, dos miembros del equipo de la policía estaban examinado deleitados un nuevo descubrimiento, suficientemente válido como para ser una especificación.

—Te llamaré de nuevo —dijo a Ellen apresurado— antes de irme. Adiós.

—Adiós —dijo Ellen cortante, y se las arregló para colgar antes que él. El nuevo descubrimiento era la grabadora de audio no dañada, la cual estaba montada bajo la lámpara de pie. Una cinta magnética continua —todavía en movimiento— brill6 amigable; el episodio del asesinato había sido grabado por entero con fidelidad sonora.

—Todo —dijo un policía alegremente a Ackers—. Estaba andando antes de que Heimie llegara a casa.

—¿Lo han reproducido?

—Una porción. Hay un par de palabras dichas por el asesino, debería ser suficiente.

Ackers se puso en contacto con el Interior.

—¿Ya fueron cargadas las especificaciones del caso Rosenberg?

—Apenas la primera —contest6 el asistente—. El archivo está discriminando la categoría masiva usual, como seis mil millones de nombres.

Diez minutos después la segunda especificación fue alimentada en los archivos. Personas con sangre tipo 0, zapatos talla 11½, sumaban ligeramente más de mil millones. La tercera especificación aport6 el elemento de fumadores / no fumadores. Eso baj6 el

número a menos de mil millones, pero no mucho menos. La mayoría de los adultos fumaban.

—La cinta de audio lo va a bajar rápido —comentó Leroy Beam, de pie junto a Ackers, sus brazos cruzados para tapar su abultado abrigo—. Debería ser capaz de obtener la edad, al menos.

La cinta de audio, una vez analizada, dio de treinta a cuarenta años como edad estimada. Y —análisis de timbre— un hombre de quizás doscientas libras. Un poco más tarde el marco de acero doblado de la ventana fue examinado, y la torcedura notada. Concordaba con la especificación de la cinta de audio. Había ahora seis especificaciones, incluyendo la del sexo (masculino). El número de personas del grupo al que pertenecía estaba bajando rápidamente.

—No tardará mucho —dijo Ackers animado—. Y si pegó uno de esos pequeños baldes al el costado del edificio, tendremos rastros de pintura.

—Me voy. Buena suerte —dijo Beam.

—Quédate un rato.

—Lo siento —Beam se movió hacia la puerta del salón—. Esto es vuestro, no mío. Tengo mi propio negocio que atender... Estoy investigando para un consorcio pesado interesado en minería no ferrosa.

Ackers miró su abrigo.

—¿Estás embarazado?

—No que yo sepa —dijo Beam, sonrojándose—. He llevado una vida buena y limpia. —Incómodo, dio unas palmadas a su abrigo—. ¿Te refieres a esto?

Junto a la ventana, uno de los policías dio un grito de triunfo. Las dos pizcas de tabaco de pipa habían sido descubiertas: un refinamiento para la tercera especificación.

—Excelente —dijo Ackers, dando la espalda a Beam y olvidándole de momento.

Beam se marchó.

Muy pronto estaba conduciendo a través de la ciudad hacia sus propios laboratorios, la pequeña e independiente empresa de investigación que dirigía, no apoyada por una subvención gubernamental. Descansando en el asiento junto a él iba el televisor portátil; todavía estaba en silencio.

—Primero que nada —declaró el técnico con gabacha de Beam— tiene un suministro de energía aproximadamente setenta veces mayor que el de las baterías de una tele portátil. Captamos la radiación gama. —Mostró el detector usual—. Así que estás en lo correcto, no es un televisor.

Con cuidado, Beam levantó la pequeña unidad del banco de laboratorio. Habían pasado cinco horas, y todavía no sabía nada acerca de ella. Agarrándola firmemente de la tapa trasera jaló con toda su fuerza. La tapa se rehusó a salir. No estaba trabada: no había sellos. La tapa no era una tapa; sólo lucía como tapa.

—¿Entonces qué es? —preguntó.

—Podría ser un montón de cosas —dijo el técnico evasivamente; había sido levantado y sacado de la intimidad de su hogar, y ahora eran las dos y treinta de la madrugada—. Podría ser algún tipo de equipo de rastreo. Una bomba. Un arma. Cualquier tipo de artefacto. —Laboriosamente, Beam palpó toda la unidad, buscando alguna grieta en la superficie—. Es uniforme —murmuró—. Una única superficie.

—Puedes apostar. Las rupturas son falsas, es una sustancia vaciada. Y —añadió el técnico— es dura. Traté de astillarle una muestra representativa pero —encogió los hombros— sin resultados.

—Garantizado que no se rompe cuando se deja caer —dijo Beam ausente—. Nuevo plástico extra resistente. —Sacudió la unidad con fuerza; el sonido ahogado de las partes de metal en movimiento llegó a su oído—. Está lleno de tripas.

—Conseguiremos abrirlo —prometió el técnico— pero no esta misma noche.

Beam volvió a colocar la unidad en la banco. Podía, si tenía mala suerte, trabajar días enteros en este único ítem para descubrir, después de todo, que no tenía nada que ver con el asesinato de Heimie Rosenburg. Pero por otro lado...

—Taládrame un hueco en ella —ordenó—. Para que podamos verla.

Su técnico protestó:

—Ya taladré; la broca se quebró. Ya envié a traer una de mayor densidad. Esta sustancia es importada; alguien se la trajo de un sistema con estrella enana. Fue formada bajo una presión enorme.

—Le estás dando largas —dijo Beam, irritado—. Así es como hablan en los medios publicitarios.

El técnico se encogió de hombros.

—De todos modos, es extra dura. Un elemento evolucionado naturalmente, o un producto procesado artificialmente en los laboratorios de alguien. ¿Quién tiene los fondos como para desarrollar un metal como este?

—Uno de los grandes esclavistas —dijo Beam—. Allí es donde va a parar la riqueza. Y andan brincando por varios sistemas... tendrían acceso a materiales en bruto. Minerales especiales.

—¿Puedo irme a casa? —preguntó el técnico—. ¿Qué es tan importante con esto?

—Este aparato o mató o ayudó a matar a Heimie Rosenburg. Nos quedaremos aquí sentados, tú y yo, hasta que logremos abrirlo. —Beam se sentó y empezó a examinar la hoja de control que mostraba las pruebas efectuadas—. Tarde o temprano se abrirá como una ostra, si es que puedes recordar tan atrás.

Tras ellos, sonó un timbre de alarma.

—Alguien en la antesala —dijo Beam, sorprendido y preocupado—. ¿A las dos y treinta? —Se levantó y caminó bajando por el oscuro zaguán hasta el frente del edificio. Probablemente era Ackers. Su conciencia se estremeció culpablemente: Alguien había notado la ausencia del televisor.

Pero no era Ackers.

Esperando humildemente en la fría y desierta antesala estaba Paul Tirol; con él estaba una joven y atractiva mujer desconocida para Beam. La cara arrugada de Tirol se deshizo en sonrisas, y extendió una mano amistosa.

—Beam —dijo. Se dieron la mano—. Tu puerta frontal dijo que estabas aquí atrás. ¿Trabajando todavía?

Cuidadoso, preguntándose quién era la mujer y qué quería Tirol, Beam dijo:

—Compensando por algunos resbalones. Toda la firma está quebrando.

Tirol rió indulgentemente.

—Siempre tan bromista—. Sus ojos hundidos se dispararon; Tirol era una persona construida poderosamente, más vieja que la mayoría, con una cara sombría, intensamente arrugada. —¿Tienes campo para unos pocos contratos? Pensé que podría deslizarte algunos trabajos... si tienes abierto.

—Siempre tengo abierto —contestó Beam, obstruyendo la vista del laboratorio a Tirol. La puerta, de todos modos, se había cerrado sola. Tirol había sido el jefe de Heimie... indudablemente se sentía con derecho a toda la información relacionada con el asesinato. ¿Quién lo hizo? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué? Pero eso no explicaba por qué estaba aquí.

—Algo terrible —dijo Tirol con crudeza. No intentó presentar a la mujer; ella se había retirado al sillón a prender un cigarrillo. Era esbelta, de cabello color caoba; llevaba un abrigo azul, y un pañuelo atado alrededor de su cabeza.

—Sí —concordó Beam—. Terrible.

—Estuviste allí. Según entiendo.

Eso explicaba un poco.

—Bueno, sí —concedió Beam—, me aparecí por allí.

—¿Pero en realidad no lo viste?

—No —admitió Beam— nadie lo vio. Interior está recabando el material de especificación. Deberán haberlo bajado a una tarjeta antes del amanecer.

Tirol se relajó visiblemente.

—Me alegro de ello. Odiaría ver escapar al vicioso criminal. El destierro es demasiado bueno para él. Deberían enviarlo a la cámara de gas.

—Barbarie —murmuró Beam secamente—. Los días de la cámara de gas. Medieval.

Tirol atisbó más allá de él.

—Estás trabajando en... —Ahora estaba comenzando a curiosear abiertamente—. Oh vamos, Leroy. A Heimie Rosenburg —Dios bendiga su alma— lo mataron esta noche y esta noche te encuentro palmándola hasta tarde. Puedes hablar abiertamente conmigo; tienes algo relevante sobre su muerte, ¿no es así?

—Es Ackers en quien estás pensando.

Tirol rió quedamente.

—¿Puedo echar un vistazo?

—No hasta que empieces a pagarme; todavía no estoy en tu planilla.

Con una voz tensa, antinatural, Tirol gimoteó:

—La quiero.

Confundido, Beam dijo:

—¿Quieres qué?

Con un estremecimiento grotesco, Tirol avanzó a trompicones, empujó a Beam a un lado, y se lanzó a agarrar la puerta. La puerta se abrió de golpe y Tirol comenzó a bajar ruidosamente por el oscuro corredor, tanteando su camino por instinto hacia los laboratorios de investigación.

—¡Eh! —gritó Beam, indignado. Corrió tras el viejo, llegó a la puerta interior, y se preparó para luchar para mantenerla cerrada. Estaba temblando, en parte de la sorpresa, en parte por enojo—. ¿Qué diablos? —demandó sin aliento—. ¡Tú no eres mi dueño!

Tras él la puerta cedió misteriosamente. Tontamente, trastabilló hacia atrás, medio cayendo dentro del laboratorio. Allí, con un ataque de parálisis inutilizante, estaba su técnico. Y viniendo por el suelo del laboratorio había algo pequeño y metálico. Lucía como una caja exagerada de galletas, e iba derecho hacia Tirol. El objeto —metálico y brillante— saltó a los brazos de Tirol, y el viejo se dio la vuelta y trepó de vuelta por el corredor hacia la antesala.

—¿Qué fue eso? —dijo el técnico, volviendo a la vida.

Ignorándolo, Beam corrió tras Tirol.

—¡Lo tiene! —gritó fútilmente.

—Era... —farfulló el técnico—. Era el televisor. Y salió corriendo.

II

Los bancos de expedientes del Interior estaban en un flujo agitado.

El proceso de crear una categoría más y más restringida era tedioso, y tomaba tiempo. La mayoría del personal del Interior se había ido a la cama; eran casi las tres de la mañana, y los corredores y oficinas estaban desiertos. Unos pocos equipos de limpieza mecánicos reptaban aquí y allá en la oscuridad. La única fuente de vida era la cámara de estudio de los bancos de expedientes. Edward Ackers estaba sentado esperando pacientemente los resultados, esperando a que salieran las especificaciones, y a que la maquinaria de archivos las procesara.

A su derecha unos pocos policías del Interior jugaban una lotería benigna y esperaban estoicamente a ser enviados a hacer el arresto. Las líneas de comunicación con el departamento de Heimie Rosenburg timbraban incesantemente. Abajo en la calle, a lo largo de la acera desolada, Harvey Garth estaba todavía en su caseta de propaganda, todavía prendiendo su rótulo de ¡Desterradlo! Y murmurando a los oídos de la gente. No había virtualmente ningún viandante, ahora, pero Garth continuaba. Era incansable; nunca se daba por vencido.

—Psicópata —dijo Ackers con resentimiento. Incluso allí donde estaban sentados, seis pisos más arriba, la pequeña y chillona voz llegaba a su oído medio.

—Arréstelo —sugirió uno de los policías que jugaban lotería. El juego, intrincado y truculento, era una versión de uno practicado en Centauro III—. Podemos revocar su licencia de vendedor.

Ackers había, cuando no tenía otra cosa que hacer, ideado y refinado una acusación para Garth, una especie de análisis llano de las aberraciones mentales del hombre. Disfrutaba jugando el juego sicoanalítico: le daba una sensación de poder.

Garth, Harvey.

Síndrome compulsivo prominente. Ha asumido el papel de un anarquista ideológico, oponiéndose al sistema legal y social. Sin expresión racional, sólo la repetición de palabras y frases clave. La idea fija es Desterrar del sistema de destierro. La causa domina la vida. Fanático rígido, probablemente del tipo maniaco, puesto que...

Ackers dejó ir la frase, puesto que realmente no conocía lo que era la estructura del tipo maniaco. De todos modos, el análisis era excelente, y algún día yacería en una ranura oficial en lugar de flotar a la deriva en su mente. Y, cuando ocurriera, la desconcertante voz se acabaría.

—Gran revuelta —canturreaba Garth—. El sistema de destierro en un vasto levantamiento... el momento de crisis ha llegado.

—¿Por qué crisis? —preguntó Ackers en voz alta.

Allá abajo en el pavimento Garth respondió.

—Todas vuestras máquinas están zumbando. Reina una gran excitación. La cabeza de alguien estará en la canasta antes de la salida del sol —Su voz continuó en un cansado borrón. Intriga y asesinato. Cadáveres... la policía se escurre y una bella mujer está al asecho—. A su análisis, Ackers agregó una cláusula ampliadora.

...los talentos de Garth están torcidos por su sentido compulsivo de una misión. Habiendo diseñado un ingenioso aparato de comunicación ve solamente su posibilidad de propaganda. Mientras que el mecanismo voz-oído de Garth podría ser puesto al servicio de toda la humanidad.

Eso le complació. Ackers se puso de pie y empezó a vagar hacia el asistente que operaba el archivo.

—¿Cómo va saliendo? —preguntó.

—Esta es la situación —dijo el asistente. Había una línea de barba gris embarrada sobre su barbilla, y tenía los ojos enrojecidos—. Lo vamos calzando gradualmente.

Ackers, mientras volvía a sentarse, deseó estar atrás en los días de la todopoderosa huella digital. Pero no se había visto una huella en meses; existía un millar de técnicas para remover y alterar las impresiones. No había una sola especificación capaz, por sí misma, de delinear al individuo. Se necesitaba una composición, una gestalt de los datos reunidos.

- 1) muestra de sangre (tipo 0) 6.139.481.601
- 2) talla de calzado (11½) 1.268.303.431
- 3) fumador 791.992.386
- 3a) fumador (pipa) 52.774.853
- 4) sexo (varón) 26.449.094
- 5) edad (30-40 años) 9.221.397
- 6) peso (200 lbs) 488.290
- 7) tela del vestido 17.459
- 8) variedad de cabello 866
- 9) propiedad del arma utilizada 40

Un cuadro vívido estaba emergiendo de los datos. Ackers podía verlo claramente. El hombre prácticamente estaba de pie allí, delante de su escritorio. Un hombre bastante joven, algo pesado, un hombre que fumaba pipa y vestía un traje tweed extremadamente caro. Un individuo creado por nueve especificaciones; no se había listado una décima porque no se había encontrado más datos de nivel de especificación.

Ahora, de acuerdo con el reporte, el departamento había sido completamente examinado. El equipo de detección estaba saliendo a la intemperie.

—Una más debería lograrlo —dijo Ackers, devolviendo el reporte al asistente. Se preguntó si llegaría y cuánto tardaría.

Para pasar el tiempo telefonó a su esposa, pero en lugar de Ellen le salió el circuito automático de respuesta.

—Sí, señor —le dijo—. La Sra. Ackers se ha retirado ya. Puede dejar un mensaje de treinta segundos que le será transcrito para su atención mañana por la mañana. Gracias.

Ackers se enfureció fútilmente con el mecanismo y luego colgó. Se preguntó si Ellen estaba realmente acostada; quizás, como tantas veces antes, se había escapado. Pero, después de todo, eran casi las tres de la mañana. Cualquiera persona sana estaría dormida: sólo él y Garth estaban todavía en sus pequeños puestos, cumpliendo sus deberes vitales.

¿Qué había querido decir Garth con «una bella mujer»?

—Sr. Ackers —dijo el asistente— está llegando una décima especificación por los cables.

Esperanzado, Ackers miró hacia el banco de archivos. No pudo ver nada, por supuesto; el mecanismo de hecho ocupaba los niveles subterráneos del edificio, y todo lo que existía allí era los receptores de alimentación y las ranuras de eyección. Pero el sólo mirar a la maquinaria era reconfortante. En este momento el banco estaba aceptando la décima pieza de material. En un momento sabría cuántos ciudadanos caían en las diez categorías... sabría si ya tenía un grupo lo bastante pequeño como para ser filtrado uno por uno.

—Aquí está —dijo el asistente, pasándole el reporte.

- 10) Tipo de vehículo utilizado (color) 7

—Mi Dios —dijo Ackers suavemente—. Eso es suficientemente bajo. Siete personas —podemos ir a trabajar.

—¿Quiere que expulsemos las siete tarjetas?

—Expúlselas —dijo Ackers.

Un momento después, la ranura de eyección depositó siete tarjetas blancas en la bandeja. El asistente se las pasó a Ackers y él rápidamente las ojeó. El próximo paso era motivo personal y proximidad: ítems que tenían que ser obtenidos de los sospechosos en persona.

De los siete nombres, seis no significaban nada para él. Dos vivían en Venus, uno en el Sistema Centauro, uno estaba en alguna parte de Sirio, uno estaba en un hospital, y uno vivía en la Unión Soviética. El séptimo, sin embargo, vivía a unas pocas millas, en las afueras de Nueva York.

LANTANO, DAVID.

Eso establecía el caso. La gestalt, en la mente de Ackers, calzó claramente; la imagen se solidificó hasta hacerse real. Había medio esperado, incluso rezado por ver salir la tarjeta de Lantano.

—Aquí está su arresto —dijo tembloroso a los policías que jugaban—. Mejor consigan un equipo tan grande como sea posible, este no será fácil. —Un momento después, añadió—: Tal vez será mejor que vaya también.

Beam llegó a la antesala de su laboratorio al mismo tiempo que la anciana figura de Paul Tirol desaparecía por la puerta que daba a la calle y en el oscuro callejón. La mujer joven, trotando tras él, había trepado en un auto parqueado y lo había arrancado; cuando Tirol salió, ella lo recogió y partieron al instante.

Jadeando, Beam permaneció de pie, recuperándose impotente en el pavimento desierto. El televisor falso se había ido; ahora no tenía nada. Sin rumbo fijo, comenzó a correr calle abajo. Sus tacones sonaban ruidosamente en el frío silencio. Ni una señal de ellos; ninguna señal de nada.

—Maldición —dijo, con un fervor casi religioso. La unidad —un aparato robot de obvia complejidad— claramente pertenecía a Paul Tirol; tan pronto como había identificado su presencia había saltado alegremente hacia él. ¿Buscando... protección?

Había matado a Heimie; y pertenecía a Tirol. Así que, mediante un método novel e indirecto, Tirol había asesinado a su empleado, su hombre fachada de Quinta Avenida. Adivinando gruesamente, un robot tan altamente organizado habría costado cerca de unos cientos de miles de dólares.

Un montón de dinero, considerando que el asesinato era el más fácil de los actos criminales. ¿Por qué no contratar un imbécil itinerante con una barra de hierro?

Beam comenzó a regresar lentamente a su laboratorio. Entonces, abruptamente, cambió de idea y se volvió en dirección de la zona comercial. Cuando un taxi independiente pasó por allí, lo llamó y trepó en él.

—¿A dónde, buen hombre? —preguntó el transmisor de arranque del taxi. Los taxis de la ciudad eran guiados por control remoto desde una fuente central.

Dio el nombre de una cantina específica. Reclinándose en el asiento se puso a reflexionar. Cualquiera podía cometer un asesinato; una máquina cara y complicada no era necesaria.

La máquina había sido construida para hacer algo más. El asesinato de Heimie Rosenberg era incidental.

Contra la imagen del cielo nocturno, se recortaba una enorme loma residencial. Ackers la inspeccionó desde cierta distancia. No había luces encendidas; todo estaba bien cerrado.

Extendido delante de la casa había un acre de césped. David Lantano era probablemente la última persona en la Tierra realmente poseedora de un acre de césped; era menos costoso comprar un planeta entero en algún otro sistema solar.

—Vamos —ordenó Ackers; disgustado por tanta opulencia, deliberadamente pasó dando pisotones por un seto de rosas en su camino hacia los amplios escalones del porche. Tras él fluyó el equipo de la policía de choque.

—Dios —murmuró Lantano, cuando fue sacado de la cama. Era un hombre gordo de aspecto bondadoso, bastante joven, que vestía una abundante bata de seda. Habría lucido más adecuado como director de un campamento de verano para chicos; había una expresión de perpetuo buen humor en su cara suave y fofa—. ¿Qué es lo que ocurre, oficial?

Ackers detestaba que lo llamaran oficial.

—Está bajo arresto —declaró.

—¿Yo? —hizo eco Lantano débilmente—. Eh, oficial, tengo abogados haciéndose cargo de estas cosas. —Bostezó voluminosamente—. ¿Le gustaría algo de café? —Estúpidamente, comenzó a trastear por su ante recámara, preparando un pichel.

Habían pasado años desde que Ackers había hecho el despilfarro de comprarse una taza de café. Con la tierra de la Tierra cubierta por densas instalaciones industriales y residenciales, no había campo para los cultivos, y el café se había rehusado a «pegar» en ningún otro sistema solar. Lantano probablemente cultivaba el suyo en una plantación ilícita en alguna parte de Sudamérica, y los pizcadores probablemente creerían que habían sido transportados a alguna colonia remota.

—No gracias —dijo Ackers—. Vayámonos yendo.

Todavía aturcido, Lantano se dejó caer en un sillón y observó a Ackers alarmado.

—Está hablando en serio —Gradualmente su expresión se borró, parecía estar volviendo a dormirse—. ¿Quién? —murmuró distante.

—Heimie Rosenburg.

—No haga bromas —Lantano movió su cabeza lánguidamente—. Siempre quise tenerlo en mi compañía. Heimie tiene un verdadero encanto. Tenía, quiero decir.

A Ackers lo ponía nervioso permanecer aquí en la vasta y lujosa mansión. El café se estaba calentando, y su aroma le hacía cosquillas en la nariz. Y, Dios no lo quisiera, allí en la mesa había una cesta de albaricoques.

—Melocotones —corrigió Lantano, notando su mirada fija—. Sírvase.

—¿Dónde... los obtuvo?

Lantano se encogió de hombros.

—Domo sintético. Hidropónicos. Olvidé dónde... No tengo una mente técnica.

—¿Sabe cuál es la multa por poseer fruta natural?

—Mire —dijo Lantano con viveza, juntando sus manos—. Deme los detalles de este asunto, y le probaré que no tengo nada que ver con ello. Vamos, oficial.

—Ackers —dijo Ackers.

—Muy bien, Ackers. Creí haberlo reconocido, pero no estaba seguro; no quería quedar como un tonto. ¿Cuándo mataron a Heimie?

A regañadientes, Ackers le dio la información pertinente.

Durante un rato, Lantano guardó silencio. Luego, lenta, gravemente, dijo:

—Mejor se fija de nuevo en esas siete tarjetas. Uno de esos tipos no está en el Sistema de Sirio... está de vuelta acá.

Ackers calculó la probabilidad de desterrar con éxito a un hombre de la importancia de David Lantano. Su organización —Interplay Export— tenía contactos por toda la galaxia; habría equipos de búsqueda saliendo como abejas. Pero nadie llegaba hasta la distancia de destierro. El condenado, ionizado temporalmente, convertido en partículas de energía, era

irradiado hacia afuera a la velocidad de la luz. Era una técnica experimental que había fallado; funcionaba en un solo sentido.

—Considere —dijo Lantano pensativo—. Si yo fuera a matar a Heimie —¿lo haría yo mismo? No está siendo lógico, Ackers. Yo enviaría a alguien—. Apuntó un dedo gordo hacia Ackers. —¿Cree que arriesgaría mi propia vida? Sé que arrestan a todo el mundo... usualmente encuentran suficientes especificaciones.

—Tenemos diez contra usted —dijo Ackers rápidamente.

—¿Así que van a desterrarme?

—Si es culpable, tendrá que enfrentar el destierro como cualquier otro. Su prestigio particular no importa.

Irritado, Ackers agregó:

—Obviamente, será liberado. Tendrá amplia oportunidad de probar su inocencia; puede cuestionar cada una de las diez especificaciones por turno.

Iba a continuar describiendo los procesos generales de los procedimientos judiciales empleados en el siglo veintiuno, pero algo lo hizo detenerse. David Lantano y su sillón parecían estar hundiéndose gradualmente en el piso. ¿Era una ilusión? Parpadeando, Ackers se restregó los ojos y miró. Al mismo tiempo, uno de los policías gritó una advertencia desmayada; Lantano los estaba dejando quedamente.

—¡Regrese! —demandó Ackers; saltó hacia delante y agarró el sillón. Apresuradamente, uno de sus hombres cortó la corriente del edificio; el sillón dejó de descender y gruñó hasta detenerse. Sólo la cabeza de Lantano quedaba visible sobre el nivel del suelo. Estaba casi por completo sumergido en un túnel de escape.

—Qué sucia, inútil... —comenzó Ackers.

—Lo sé —admitió Lantano, sin hacer ningún esfuerzo por salirse del agujero. Parecía resignado; su mente estaba otra vez perdida en nubes de contemplación—. Espero que podamos aclarar esto. Evidentemente me incriminaron. Tirol consiguió a alguien que luce como yo, alguien que entró y asesinó a Heimie.

Ackers y el equipo de policía lo ayudaron a salir de su sillón hundido. No opuso resistencia; estaba demasiado sumergido en su melancolía.

El taxi dejó a Leroy Beam frente a la cantina. A su derecha, en la cuadra siguiente, quedaba el Edificio del Interior... y, en la otra acera, el parchón opaco que era la caseta de propaganda de Garth.

Entrando en la cantina, Beam encontró una mesa al fondo y se sentó. Desde ya podía captar el leve, distorsionado murmullo de las reflexiones de Garth. Garth, hablando para sí en un murmullo sin dirección, aun no se había dado cuenta de él.

—Destiérrenlos —estaba diciendo Garth—. Destiérrenlos a todos. Montón de ladrones y malhechores. —Garth, en el miasma de su caseta, divagaba vitriólicamente.

—¿Qué está pasando? —preguntó Beam—. ¿Cuáles son las últimas noticias?

El monólogo de Garth se interrumpió cuando enfocó su atención en Beam.

—¿Tú allí? ¿En la cantina?

—Quiero averiguar sobre la muerte de Heimie.

—Sí —dijo Garth—. Está muerto; los archivos se están moviendo, lanzando tarjetas.

—Cuando salí del departamento de Heimie —dijo Beam— habían conseguido seis especificaciones. —Pulsó un botón en el selector de bebidas y dejó caer una moneda en la ranura.

—Esto debe haber sido más temprano —dijo Garth—; han conseguido más.

—¿Cuántas?

—Diez en total.

Diez. Eso usualmente era suficiente. Y todas las diez plantadas por un artefacto robot... una pequeña procesión de pistas repartidas a lo largo de su camino: entre la pared de concreto del edificio y el cuerpo muerto de Heimie Rosenburg.

—Es una suerte —dijo especulativamente—. Ayuda a Ackers.

—Puesto que me estás pagando —dijo Garth— te diré el resto. Ya salieron para hacer su arresto: Ackers los acompañó.

Entonces el artefacto había tenido éxito. Hasta cierto punto, al menos. Estaba seguro de una cosa: el artefacto debería haber estado fuera del departamento. Tirol no había sabido acerca del cascabel de muerte de Heimie; Heimie había sido lo bastante sabio como para hacer la instalación en forma privada.

De no haber provocado el cascabel que entraran personas en el departamento, el artefacto se habría escurrido y retornado a Tirol. Entonces, sin duda, Tirol lo habría detonado. Nada habría quedado que indicara que una máquina podía plantar un rastro de pistas sintéticas: tipo de sangre, tela, tabaco de pipa, cabello... todo el resto, y todo espúreo.

—¿A quién arrestarán? —preguntó Beam.

—David Lantano.

Beam se estremeció.

—Naturalmente. De eso se trata todo; ¡es un montaje!

A Garth le tenía sin cuidado; era un empleado contratado, estacionado allí por la asociación de investigadores independientes para succionar información desde el Departamento del Interior. No tenía un verdadero interés en la política; su ¡Deportadlo! Era pura cortina.

—Sé que es un montaje —dijo Beam— y también Lantano. Pero ninguno de nosotros puede probarlo... a menos que Lantano tenga una coartada absolutamente hermética.

—Deportadlos —murmuró Garth, volviendo a su rutina. Un pequeño grupo de ciudadanos trasnochadores había pasado junto a su caseta, y él estaba disfrazando su conversación con Beam. La conversación, dirigida al único escucha, era inaudible para todos los demás; pero era mejor no correr riesgos. Algunas veces, muy cerca de la caseta, ocurría una retroalimentación audible de la señal.

Inclinado sobre su bebida, Leroy Beam consideró los varios ítems con los que podía probar. Podía informar a la organización de Lantano, que existía relativamente intacta... pero el resultado sería una guerra civil épica. Y, además, en realidad no le importaba si a Lantano le habían puesto un montaje; todo le daba lo mismo. Tarde o temprano uno de los grandes esclavistas tenía que absorber al otro: el cartel es la conclusión natural de los grandes negocios. Con Lantano fuera de la escena, Tirol absorbería su organización sin dolor; cada quien estaría trabajando en su escritorio como siempre.

Por otro lado, algún día podría haber un artefacto —a medio completar ahora en el sótano de Tirol— que dejara un rastro de pistas de Leroy Beam. Una vez que la idea se afianzó, no tenía un final particular.

—Y yo tenía la maldita cosa —dijo infructuosamente—. La martillé durante cinco horas. Era un televisor, entonces, pero también era el artefacto que mató a Heimie.

—¿Estás seguro de que se ha ido?

—No sólo se ha ido —dejó de existir. A menos que ella chocara el auto cuando llevaba a Tirol a casa.

—¿Ella? —preguntó Garth.

—La mujer —Beam reflexionó—. Ella lo vio. O ella sabía de él; estaba con él. —Pero, desafortunadamente, no tengo idea de quién pueda ser la mujer.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Garth.

—Alta, cabello color caoba. Boca muy nerviosa.

—No me di cuenta de que estaba trabajando con él abiertamente. De veras deben haber necesitado el artefacto —Garth añadió—: ¿No la identificaste? Supongo que no hay ninguna razón para que lo hicieras; es mantenida fuera de vista.

—¿Quién es ella?

—Esa es Ellen Ackers.

Beam se rió secamente.

—¿Y ella conduce para Paul Tirol?

—Ella... bueno, conduce para Tirol, sí. Puedes ponerlo de ese modo.

—¿Desde cuándo?

—Creí que lo sabías. Ella y Ackers se separaron; eso fue el año pasado. Pero él no la quiere dejar; no le quiere dar el divorcio. Temeroso de la publicidad. Muy importante mantener la respetabilidad... mantener la camisa bien rellena.

—¿Sabe de Paul Tirol y ella?

—Por supuesto que no. El sabe que ella está... espiritualmente enganchada. Pero no le importa... mientras lo mantenga callado. Es en su puesto en lo que piensa.

—Si Ackers se diera cuenta —murmuró Beam—. Si viera el vínculo entre su esposa y Tirol... haría caso omiso a sus diez memos internos. Querría cargarse a Tirol. Al diablo con la evidencia; siempre podría obtenerla después. —Beam alejó su bebida; el vaso estaba vacío de todos modos—. ¿Dónde está Ackers?

—Te lo dije. Donde Lantano, arrestándolo.

—¿Volverá acá? ¿No irá a casa?

—Naturalmente que volverá acá —Garth hizo silencio por un momento—. Veo un par de vans del Interior dando la vuelta para entrar en la rampa del garaje. Ese es probablemente el equipo de arresto regresando.

Beam esperó tenso.

—¿Está Ackers con ellos?

—Sí, está allí. ¡Desterrados! —La voz de Garth se elevó con frenesí estentóreo—. ¡Desterrad el sistema de Destierro! ¡Erradicad a los malhechores y piratas!

Deslizándose de pie, Beam salió de la cantina.

Una luz tenue se veía en la parte trasera del departamento de Edward Ackers: probablemente la luz de la cocina. La puerta del frente estaba cerrada. De pie en el salón alfombrado, Beam travesó diestramente con el mecanismo de la puerta. Estaba montado para responder a patrones neurales específicos: los de sus dueños y un limitado círculo de amigos. Para él no hubo actividad.

Hincándose, Beam encendió un oscilador de bolsillo y comenzó una emisión sinoidal. Gradualmente, incrementó la frecuencia. A tal vez 150.000 cps el cerrojo sonó culpable; eso era todo lo que necesitaba. Apagando el oscilador, escarbó entre su suministro de patrones esqueleto hasta que localizó el cilindro de armario. Lo deslizó en la torreta del oscilador, el cilindro emitió un patrón neural sintético lo bastante cercano al verdadero como para afectar el cierre.

La puerta se abrió. Beam entró.

En la penumbra la sala parecía modesta y de buen gusto. Ellen Ackers era un ama de casa adecuada. Beam escuchó. ¿Estaba de veras en casa? Y si así era, ¿dónde? ¿Despierta? ¿Dormida?

Se asomó al dormitorio. Había una cama, pero no había nadie en ella.

Si ella no estaba aquí estaba donde Tirol. Pero no tenía intenciones de seguirla; esto era lo más que quería arriesgarse.

Inspeccionó el comedor. Vacío. La cocina estaba vacía, también. Siguió un cuarto tapizado y revuelto de uso general; a un lado había una cantina chillona y en el otro un sofá

de pared a pared. Tirado en el sofá había un abrigo de mujer, cartera, guantes. Ropas familiares: Ellen Ackers las había usado. Así que había venido después de dejar su laboratorio de investigación.

La única habitación que quedaba era el cuarto de baño. Trató con la manija; estaba cerrada por dentro. No salía ningún sonido, pero había alguien del otro lado de la puerta. Podía sentirla allí.

—Ellen —dijo, contra el panel—. ¿Señora Ellen Ackers, es usted?

Ninguna respuesta. Podía sentirla no haciendo ningún ruido; un silencio quedo, frenético.

Mientras se hincaba, buscando en su bolsillo lleno de ganzúas magnéticas, un proyectil explosivo atravesó la puerta a la altura de la cabeza y se emplastó en el yeso de la pared de enfrente.

Al instante la puerta se abrió; allí estaba Ellen Ackers de pie, su cara distorsionada por el miedo. Una de las pistolas gubernamentales de su esposo apretada en su pequeña, huesuda mano. Era un pie más baja que él. Sin levantarse, Beam le agarró la muñeca; ella disparó sobre su cabeza, y entonces los dos cayeron en una respiración dura y trabajosa.

—Vamos —se las arregló Beam finalmente. El cañón de la pistola literalmente rozaba la punta de su cabeza. Para matarlo, ella tendría que jalar la pistola contra sí. Pero él no la dejó; mantuvo el asidero de su muñeca hasta que, finalmente, con reluctancia, ella dejó caer la pistola. Sonó al golpear el suelo y él se puso de pie tieso.

—Estaba sentado abajo —susurró ella, con voz impresionada, acusadora.

—Arrodillado: abriendo el cerrojo. Me alegro de que apuntara a mi cerebro. —Recogió la pistola y tuvo éxito tratando de meterla en el bolsillo de su sobretodo; sus manos le temblaban.

Ellen Ackers lo miró de lleno; sus ojos eran enormes y oscuros, y su cara de un blanco horrible. Su piel tenía un tono muerto, como si fuera artificial, totalmente seco, completamente cubierto de talco. Parecía al borde de la histeria; un estremecimiento duro y reprimido luchaba dentro de ella, alojándose finalmente en su garganta. Trató de hablar pero sólo salió un sonido rasposo.

—Vaya, señora —dijo Beam, embarazado—. Venga a la cocina y siéntese.

Ella le miró como si hubiera dicho algo increíble u obsceno o milagroso; no estaba seguro de cuál.

—Vamos. —Trató de asir su brazo pero ella lo apartó aterrada. Tenía puesto un sencillo conjunto verde, y lucía muy bien con él; un poquito delgada y terriblemente tensa, pero aun así atractiva. Llevaba unos aretes caros, una piedra importada que parecía estar siempre en movimiento... pero por lo demás su apariencia era austera.

—Usted... era el hombre del laboratorio —se las arregló para decir con una voz quebrada y ahogada.

—Soy Leroy Beam. Un independiente. —Guiándola con dificultad, la condujo a la cocina y la sentó a la mesa. Ella cruzó los brazos y los estudió fijamente; el aspecto yermo y huesudo de su cara parecía aumentar en vez de disminuir. Se sentía incómodo.

—¿Está usted bien?

—Ella asintió.

—¿Una taza de café? —Comenzó a hurgar en el armario en busca de una botella de sustituto de café cultivado en Venus. Mientras buscaba, Ellen Ackers dijo tensa—: Mejor entra allí. En el baño. No creo que esté muerto, pero podría.

Beam corrió hasta el baño. Tras la cortina plástica de la ducha había una figura opaca. Era Paul Tirol, yaciendo empaquetado en la tina, completamente vestido. No estaba muerto pero había sido golpeado detrás de la oreja izquierda y de su cuero cabelludo se escurría un

hilo lento y constante de sangre. Beam le tomó el pulso, escuchó su respiración, y luego se puso derecho.

En la entrada, Ellen Ackers se materializó, todavía pálida del susto.

—¿Lo está? ¿Lo maté?

—El está bien.

Ella se relajó visiblemente.

—Gracias a Dios. Ocurrió tan rápido. Se me adelantó para meter la M en su sitio, y entonces lo hice. Lo golpeé tan suave como puede. Estaba tan interesado en ella... se olvidó de mí. —Las palabras salían de ella escupidas, frases rápidas, espasmódicas, puntualizadas con temblores rígidos de sus manos—. Lo arrastré de vuelta al auto y conduje hasta aquí; fue lo único que se me ocurrió.

—¿Por qué está en esto?

Su histeria surgió en un espasmo de contracciones musculares convulsivas.

—Todo estaba planeado, lo tenía todo preparado. Tan pronto como echara mano de ella iba a... —se interrumpió.

—¿Chantajear a Tirol? —preguntó fascinado.

Ella sonrió débilmente.

—No, no a Paul. Fue Paul quien me dio la idea... fue su primera idea, cuando sus investigadores lo mostraron la cosa. La M, como él la llama. M significa máquina. Quiere decir que no puede ser educada, corregida moralmente.

Incrédulo, Beam dijo:

—Usted iba a chantajear a su marido.

Ellen Ackers asintió:

—Así él tendría que dejarme ir.

De pronto Beam sintió un sincero respeto por ella.

—Mi Dios... el cascabel. No fue Heimie quien lo arregló; usted lo hizo. De modo que el aparato quedara atrapado en el departamento.

—Sí —asintió ella—. Yo iba a recogerlo. Pero Paul se apareció con otras ideas; él lo quería, también.

—¿Qué fue lo que salió mal? ¿Usted lo tiene, no?

En silencio ella indicó el armario.

—Lo metí allí para esconderlo cuando lo oí a usted.

Beam abrió el armario. Descansando primorosamente entre las toallas dobladas había un pequeño, familiar, portátil televisor.

—Ha revertido —dijo Ellen, detrás suyo, con un monótono de absoluta derrota—. Tan pronto como golpeé a Paul, cambió. Durante media hora he estado tratando de hacerlo cambiar. No lo hace. Se quedará así para siempre.

III

Beam buscó el teléfono y llamó a un doctor. En el baño, Tirol gruñó y movió débilmente sus brazos. Estaba comenzando a recuperar la conciencia.

—¿Era eso necesario? —demandó Ellen Ackers—. El doctor... ¿tenía que llamarlo?

Beam la ignoró. Agachándose, levantó el televisor portátil y la sostuvo con sus manos; sintió su peso subir por sus brazos como una lenta y cargada fátiga. El adversario último, pensó; demasiado estúpido para ser derrotado. Era peor que un animal. Era una roca, sólida y densa, carente de toda cualidad. Excepto, pensó, la cualidad de la determinación. Estaba decidida a persistir, a sobrevivir; una roca con voluntad. Sintió como si estuviera sosteniendo el universo, y bajó la M no reconstruida.

Detrás suyo Ellen dijo:

—Te vuelve loco —su voz había recuperado el tono. Encendió un cigarrillo con un encendedor de plata y luego metió las manos en los bolsillos de su vestido.

—Sí —dijo él.

—¿No hay nada que usted pueda hacer, o sí? Trató de abrirla antes. Remendarán a Paul, y él volverá a su casa, y Lantano será desterrado... —Inhaló profunda y temblorosamente—. Y el Departamento del Interior seguirá como siempre.

—Sí —dijo él. Todavía arrodillado, revisó la M. Ahora, con lo que sabía, no perdió tiempo luchando con ella. La consideró impasible; ni siquiera se molestó en tocarla.

En el baño, Paul Tirol estaba tratando de salir de la tina en cuatro patas. Volvió a caer para atrás, maldijo y gimió, y comenzó su laborioso asenso una vez más.

—¿Ellen? —su voz quebrada, un leve y distorsionado sonido, como de alambres secos rozando uno con otro.

—Tómalo con calma —dijo ella entre dientes; sin moverse permaneció fumando rápidamente su cigarrillo.

—Ayúdame, Ellen —murmuró Tirol—. Algo me ha pasado... no recuerdo qué. Algo me golpeó.

—Recordará —dijo Ellen.

—Puedo llevarle esta cosa a Ackers como está. Usted le dirá lo que es... lo que hizo. Eso debería bastar; no continuará con Lantano. —propuso Beam.

Pero tampoco él lo creía. Ackers tendría que admitir una equivocación, un error básico, y si se había equivocado al arrestar a Lantano, estaba arruinado. Y así, en cierto sentido, lo estaría el entero sistema de delineación. Podía ser engañado; había sido engañado. Ackers era rígido, e iría derecho en línea recta: al diablo con Lantano. Al diablo con la justicia abstracta. Era mejor preservar la continuidad cultural y mantener a la sociedad funcionando en forma equilibrada.

—El equipo de Tirol —dijo Beam—. ¿Sabe dónde está?

Ella se encogió de hombros violentamente.

—¿Qué equipo?

—Esta cosa... —pateó la M— fue hecha en alguna parte.

—No aquí, Tirol no la hizo.

—Está bien —dijo él razonablemente. Tenían quizás seis minutos más antes de que el doctor y el transporte médico de emergencia aterrizaran en el techo—. ¿Quién la hizo?

—La aleación fue desarrollada en Bellatrix. —Ella hablaba a saltos, una palabra a la vez—. La cubierta... forma una piel en el exterior, una burbuja que es succionada o expulsada de un reservorio. Esa es su cubierta, la forma de un televisor. La succiona de vuelta y se vuelve la M; está lista para actuar.

—¿Quién la hizo? —repitió él.

—Un sindicato de máquinas herramientas de Bellatrix... una subsidiaria de la organización de Tirol. Son fabricados como perros guardianes. Las grandes plantaciones en los planetas exteriores las usan; patrullan. Atrapan a los cazadores furtivos.

—Entonces originalmente no son programadas para una persona —quiso saber Beam.

—No.

—¿Entonces quién la programó para Heimie? No un sindicato de máquinas herramientas.

—Eso fue hecho aquí.

Se levantó y alzó el televisor portátil.

—Vámonos. Lléveme allí, donde Tirol hizo que la alteraran.

Por un instante la mujer no respondió. Agarrando su brazo la arrastró hasta la puerta. Ella jadeó y lo miró en silencio.

—Vamos —dijo él, jalándola hasta el salón. El televisor portátil golpeó contra la puerta cuando él la cerró; sostuvo el aparato con fuerza y siguió a Ellen Ackers.

La ciudad era desaseada e inactiva, unos pocos almacenes detallistas, una estación de combustible, cantinas y salones de baile. Estaba a dos horas de vuelo del Gran Nueva York y se llamaba Ollum.

—Doble a la derecha —dijo Ellen sin energía. Miraba los rótulos de neón y descansaba su brazo en el marco de la ventana de la nave.

Volaron sobre los almacenes y las calles desiertas. Las luces eran pocas. En una intersección Ellen asintió y él bajó la nave sobre un techo.

Debajo de ellos había una tienda destartada, de madera manchada por las moscas. Había un letrero despintado colgado en la ventana: HERMANOS FULTON CERRAJEROS. Junto con el letrero había picaportes, cerraduras, llaves, cierres y relojes de alarma de cuerda. En alguna parte en el interior de la tienda una llama amarilla ardía intermitente.

—Por aquí —dijo Ellen.

Se bajó de la nave y bajó por un tramo de escalera de madera destartada. Beam dejó el televisor portátil en el piso de la nave, cerró con llave las puertas, y luego siguió a la mujer. Sosteniéndose de la baranda, descendió hasta un porche trasero en el cual había latas de basura y una pila de periódicos sucios atados con una cuerda. Ellen estaba abriendo una puerta y tanteando su camino adentro.

Primero se encontró en una bodega húmeda y atiborrada. Tubería y rollos de alambre y láminas de metal yacían amontonados por todos lados; era como un lote de chatarra. Luego siguió un estrecho corredor y entonces estaba a la entrada de un taller. Ellen levantó un brazo y tanteó para encontrar la cuerda colgante de una luz. La luz hizo click al encender. A la derecha había un banco de trabajo largo y lleno de cosas con una tarraja manual en un extremo, una prensa de tornillo, una sierra de ojo de cerradura; había dos banquillos de madera frente al banco y maquinaria a medio armar amontonada en el piso sin orden aparente. El taller era caótico, polvoriento, y arcaico. En la pared había una gabacha azul de hilo colgada de un clavo: la gabacha de un maquinista.

—Aquí —dijo Ellen, con amargura—. Aquí es donde Paul la hizo traer. Este taller pertenece a la organización Tirol; todo este basurero es parte de sus pertenencias.

Beam caminó hasta el banco.

—Para haberlo alterado —dijo —Tirol debe haber tenido una placa con el patrón neural de Heimie—. Volcó una pila de jarras de vidrio; tornillos y arandelas vertidos sobre la superficie picada del banco.

—La obtuvo de la puerta de Heimie —dijo Ellen—. Hizo analizar la cerradura de Heimie e inferir el patrón de Heimie de la disposición de los tambores.

—¿E hizo que abrieran la M?

—Hay un viejo mecánico —dijo Ellen—. Un viejo pequeño y seco; tiene este taller. Patrick Fulton. El instaló el prejuicio en la M.

—Un prejuicio —dijo Beam, asintiendo.

—Un prejuicio contra matar a la gente. Heimie fue la excepción, para toda la demás gente adopta su forma protectora. Afuera en las tierras salvajes las programan para otra cosa, no un televisor. —Ella se carcajeó, una risa súbita, cercana a la histeria—. Sí, eso habría lucido raro, yaciendo afuera en un bosque en alguna parte, un televisor. Lo habrían diseñado como roca o como leño.

—Una roca —dijo Beam. Podía imaginarla. La M esperando, cubierta de musgo, esperando durante meses, años, y entonces, corroída y gastada por el clima, captando finalmente la presencia de un ser humano. Entonces la M dejaba de ser una roca,

volviéndose, con un rápido borrón de movimiento, una caja de un pie de ancho y dos de largo. Una caja de galletas demasiado grande que comenzaba a avanzar...

Pero había algo que faltaba.

—La falsificación —dijo—. La emisión de hojuelas de pintura y cabello y tabaco. ¿Cómo entró eso en la escena?

Con voz quebrada, Ellen dijo:

—El propietario asesinaba al cazador furtivo, y era culpable ante los ojos de la ley. Así que la M dejaba pistas. Marcas de garras. Sangre animal. Pelo animal.

—Dios —dijo él, asqueado—. Muerto por un animal.

—Un oso, un gato montés... cualquier cosa indígena, variaba. El predador de la región, una muerte natural. —Con el dedo del pie tocó una caja de cartón debajo del banco—. Está aquí, solía estar, en todo caso. La placa neural, el transmisor, las partes descartadas de la M, los diagramas.

La caja había sido un empaque para baterías. Ahora las baterías se habían ido, y en su lugar había una caja interna cuidadosamente envuelta, sellada contra la humedad y la infestación por insectos. Beam desgarró el papel metálico y vio que había encontrado lo que buscaba. Sacó el contenido de prisa y lo extendió sobre el banco de trabajo entre las máquinas de soldar y los taladros.

—Está todo aquí —dijo Ellen, sin emoción.

—Quizás —dijo él— puedo dejarla fuera de esto. Puedo llevar esto y el televisor donde Ackers y llevarlo a juicio sin su testimonio.

—Seguro —dijo ella cansada.

—¿Qué va a hacer?

—Bueno —dijo ella— no puedo volver con Paul, así que supongo que no hay mucho que pueda hacer.

—Lo del chantaje era un error —dijo él.

Sus ojos brillaron.

—Está bien.

—Si él suelta a Lantano —dijo Beam— se le pedirá que renuncie. Entonces probablemente le dará el divorcio, no será importante para él de un modo y otro.

—Yo... —comenzó ella. Y entonces se detuvo. Su cara pareció esfumarse, como si el color y la textura de su piel se desvanecieran desde adentro. Levantó una mano y se volvió a medias, su boca abierta y la frase aun sin terminar.

Beam, alcanzándola, apagó la luz de un golpe; el taller se oscureció con un parpadeo. El también lo había oído, lo había oído al mismo tiempo que Ellen Ackers. El desvencijado porche exterior había crujido y ahora el lento, pesado movimiento había pasado de la bodega y entrado al salón.

Un hombre pesado, pensó. Un hombre de movimiento lento, soñoliento, recorriendo su camino paso a paso, sus ojos casi cerrados, su gran cuerpo oscilando bajo su traje. Debajo, pensó, de su costoso traje tweed. En la oscuridad el perfil del hombre destacaba; Beam no podía verlo pero podía sentirlo allí, llenando la entrada cuando se detuvo. Las cajas crujieron bajo su peso. Mareado, se preguntó si Ackers lo sabía ya, si su orden ya había sido rescindida. ¿O había salido el hombre por cuenta propia, trabajando por medio de su propia organización?

El hombre, empezando a avanzar de nuevo, habló con una voz profunda y grave.

—Ugh —dijo la voz de Lantano—. Maldición.

Ellen comenzó a gritar. Beam todavía no se daba cuenta de lo que era; aun estaba tanteando con la luz y preguntándose estúpidamente porqué no se encendía. Había reventado el bombillo, se dio cuenta. Encendió un fósforo; el fósforo se apagó y trató de

agarrar el encendedor de cigarrillos de Ellen Ackers. Estaba en su cartera, y le tomó un agonizante segundo poder sacarlo.

La máquina no reconstruida se les estaba aproximando lentamente, una de las antenas receptoras extendidas. De nuevo se detuvo, torció a la izquierda hasta quedar frente al banco de trabajo. No tenía ahora la forma de un televisor; había retomado su forma de caja de galletas.

—La placa —susurró Ellen Ackers—. Respondió a la placa.

La M había sido despertada porque Heimie Rosenburg la buscaba. Pero Beam aun sentía la presencia de David Lantano. El gran hombre estaba aun en el cuarto; la sensación de pesadez, la proximidad del peso y voluminosidad habían venido con la máquina, mientras se movía, esquematizando la existencia de Lantano. Mientras miraba fijamente, la máquina produjo un fragmento de tela y lo presionó en una pila cercana de malla de alambre. Otros elementos, sangre y tabaco y cabello, estaban siendo producidos, pero eran demasiado pequeños como para que pudiera verlos. La máquina presionó una marca de tacón en el polvo del piso y luego proyectó un cañón de su sección interior.

Con el brazo sobre sus ojos, Ellen Ackers salió corriendo. Pero la máquina no estaba interesada en ella; girando en dirección del banco de trabajo se levantó y disparó. Una bala explosiva, liberada por el cañón, viajó atravesando el banco y se metió en los desechos amontonados más allá del banco. La bala detonó; pedazos de alambre y clavos cayeron en una lluvia de partículas.

La cabeza de Heimie, pensó Beam, y continuó mirando. La máquina estaba buscando la placa, tratando de localizar y destruir la emisión neural sintética. Dio la vuelta, bajó su cañón dudosa, y entonces disparó de nuevo. Detrás del banco de trabajo, la pared estalló y se derrumbó sobre sí misma.

Beam, sosteniendo el encendedor de cigarrillos, caminó hacia la M. Una antena receptora se movió hacia él y la máquina retrocedió. Sus líneas oscilaron, fluyeron, y entonces se volvieron a formar dolorosamente. Durante un intervalo, el aparato luchó consigo; luego, reluciente, el televisor de nuevo se hizo visible. Desde la máquina surgió un gemido agudo, un chillido angustiado. Había estímulos conflictivos presentes; la máquina era incapaz de tomar una decisión.

La máquina estaba desarrollando una neurosis de situación y la ambivalencia de su respuesta la estaba destruyendo. En cierto modo su angustia tenía una cualidad humana, pero no podía sentir lástima por ella. Era un artefacto mecánico tratando de asumir una postura de disfraz y ataque al mismo tiempo; el desmoronamiento era de relés y tubos, no el de un cerebro vivo. Y había sido un cerebro vivo dentro de lo que había disparado su bala original. Heimie Rosenburg estaba muerto, y no había otro como él ni ninguna posibilidad de que otro pudiera ser ensamblado. Fue hasta la máquina y le dio un puntapié en la parte trasera.

La máquina chirrió como serpiente y giró alejándose.

—¡Ugh, maldita sea! —dijo. Hizo llover pizcas de tabaco mientras se alejaba rodando; gotas de sangre y hojuelas de laca azul cayeron de ella mientras desaparecía por el corredor. Beam podía oírla moviéndose por allí, chocando con las paredes como un organismo ciego, dañado. Después de un rato la siguió.

En el corredor, la máquina se movía lentamente en círculos. Estaba levantando una pared de partículas a su alrededor: tela y cabellos y fósforos quemados y trocitos de tabaco, la masa cementada con sangre.

—Ugh, maldición —dijo la máquina con su pesada voz masculina. Continuó trabajando, y Beam regresó al otro cuarto.

—¿Dónde está el teléfono? —le dijo a Ellen Ackers.

Ella lo miró vacía.

—No va a lastimarla —dijo él. Se sentía aturdido y desgastado—. Está en un ciclo cerrado. Seguirá sí hasta que se agote.

—Me volví loca —dijo ella. Se estremeció.

—No —dijo él—. Regresión. Está tratando de esconderse.

Desde el corredor, se oyó a la máquina decir.

—Ugh, Maldición—. Beam halló el teléfono y llamó a Edward Ackers.

El destierro significaba para Paul Tirol primero una procesión de bandas de oscuridad y luego un prolongado y enfurecedor intervalo en el cual materia vacía vagaba al azar a su alrededor, acomodándose primero en un patrón y luego en otro.

El período entre el momento en que Ellen Ackers lo atacó y el momento en que la sentencia de destierro había sido pronunciada estaba vago y débil en su mente. Como las sombras actuales, era difícil de aprehender.

Se había —pensaba— despertado en el departamento de Ackers. Sí, eso es; y Leroy Beam estaba allí, también. Una especie de Leroy Beam trascendental que se cernía robustamente por allí, acomodando a todo el mundo en configuraciones de su escogencia. Había venido un doctor. Y finalmente Edward Ackers había aparecido para enfrentar a su esposa y a la situación.

Vendado, y de camino al Interior, había pescado un vislumbre de un hombre saliendo. La voluminosa, bulbosa figura de David Lantano, camino a casa, a su lujosa mansión de piedra con un acre de césped.

Al verlo Tirol había sentido el aguijón del miedo. Lantano ni siquiera lo había notado; con una expresión agudamente pensativa en su rostro, Lantano caminó hasta un auto que lo esperaba y partió.

—Tienes mil dólares —estaba diciendo Edward Ackers cansinamente, durante la fase final. Distorsionado, el rostro de Ackers floreció de nuevo entre las sombras a la deriva alrededor de Tirol, una imagen de la última aparición del hombre. Ackers, también, estaba arruinado, pero en forma diferente—. La ley te provee de mil dólares para llenar tus necesidades inmediatas, también hallarás un diccionario de bolsillo de los dialectos de los sistemas apartados representativos.

La ionización en sí era indolora. No tenía memoria de ella; sólo un espacio vacío más oscuro que las imágenes borrosas a cada lado.

—Tú me odias —había declarado acusadamente, sus últimas palabras para Ackers—. Yo te destruí. Pero... no eras tú.... —Había estado confundido—. Lantano. No maniobró. ¿Cómo? Tu...

Pero Lantano no había tenido nada que ver con ello. Lantano había arrastrado los pies fuera de casa, un espectador forzado todo el tiempo. Al diablo con Lantano. Al diablo con Ackers y Leroy Beam y —reluctante— al diablo con la Sra. Ellen Ackers.

—Guau —balbuceó Tirol, cuando su cuerpo a la deriva finalmente se integró en forma física—. Pasamos un montón de buenos ratos... ¿no, Ellen?

Y entonces un rugiente campo caliente de luz solar estaba radiando sobre él. Estupefacto, se sentó encogido, flácido y pasivo. Luz amarilla, escaldante... por todas partes. Nada salvo su calor danzante, cegándole, amedrentándole hasta la sumisión.

Estaba tirado en medio de una carretera de arcilla amarilla. A su derecha había un campo horneado y seco de maíz marchito al calor del medio día. Un par de grandes aves con aspecto de dudosa reputación volaban en círculos silenciosamente sobre su cabeza. Muy a lo lejos había una línea de colinas romas: cañadas cortadas y picos que no parecían

más que pilas de polvo. Al pie había un mísero lunar de edificios construidos por el hombre.

Al menos tuvo la esperanza de que fueran hechos por hombres.

Mientras trataba tembloroso de ponerse de pie, un ruido débil llegó a sus oídos. Bajando por la carretera caliente y sucia venía alguna especie de carro. Aprehensivo y cauteloso, Tirol caminó hasta encontrarse con él.

El conductor era humano, un joven flaco y desnutrido de piel negra aparchonada y una masa pesada de pelo color tabaco. Llevaba una camisa de hilo manchada y overoles. Un cigarrillo doblado y sin encender colgaba de su labio inferior. El auto era un modelo impulsado por combustión interna y había salido rodando del siglo veinte; golpeado y desvencijado, rodó haciendo ruido hasta detenerse mientras el conductor inspeccionaba a Tirol. Del radio del auto salía aullando un torrente de pequeña música de baile.

—¿Eres un recaudador de impuestos? —preguntó el conductor.

—Ciertamente que no —dijo Tirol, conociendo la hostilidad bucólica hacia los recaudadores de impuestos. Pero... dudó. No podía confesar que era un criminal desterrado de la Tierra; era una invitación a ser masacrado, usualmente en forma pintoresca—. Soy un inspector —anunció— del Departamento de Salud.

Satisfecho, el conductor asintió:

—Montones de avispas cortadoras escurridizas, últimamente. Ustedes prójimos ¿ya consiguieron el atomizable? Estamos perdiendo una cosecha tras otra.

Tirol trepó agradecido al auto.

—No me había dado cuenta de que el sol era tan caliente —murmuró.

—Usted tiene cierto acento —observó el joven, arrancando el motor—. ¿De dónde es?

—Problemas del habla —dijo Tirol con cautela—. ¿Cuánto falta para que lleguemos a la ciudad?

—Oh, tal vez una hora —contestó el joven, mientras el auto corría perezosamente hacia delante.

Tirol tenía miedo de preguntar el nombre del planeta. Lo delataría. Pero lo consumía la necesidad de saber. Podía estar dos sistemas más allá o dos millones; podría estar un mes fuera de la Tierra o setenta años. Naturalmente, tenía que regresar; no tenía la intención de volverse un campesino en algún planeta colonial apartado.

—Lindo ritmo —dijo el joven, indicando el torrente de jazz nocivo saliendo del radio del auto—. Ese es Freddy Calamina y su Banda de Creole Original Oso Lanudo. ¿Conoce la melodía?

—No —murmuró Tirol. El sol y la sequedad y el calor hacían que le doliera la cabeza, y le pedía a Dios saber en dónde estaba.

La ciudad era miserablemente pequeña. Las casas estaban dilapidadas; las calles eran de tierra. Un tipo de gallinas domésticas vagaban aquí y allá, picoteando en la suciedad. Bajo un porche un quasi-perro azulado yacía durmiendo. Sudando e infeliz, Paul Tirol entró en la estación de autobuses y localizó un cuadro de itinerarios. Relampagueó una serie de anotaciones sin significado: nombres de ciudades. El nombre del planeta, por supuesto, no aparecía en la lista.

—¿Cuál es la tarifa hasta el próximo puerto? —preguntó al indolente oficial tras la ventanilla de boletos.

El oficial reflexionó.

—Depende de qué tipo de puerto quiera. ¿A dónde está planeando ir?

—Hacia el Centro —dijo Tirol. «Centro» era el término utilizado en los sistemas apartados para el Grupo Sol.

Con desapasionamiento, el oficial sacudió la cabeza.

—Ningún puerto inter-sistemas por aquí.

Tirol se desinfló. Evidentemente, no estaba en el planeta principal de este particular sistema miembro de la red comercial.

—Bueno —dijo— entonces el puerto interplanetario más próximo.

El oficial consultó un vasto libro de referencia.

—¿A cual sistema miembro desea ir?

—El que tenga el puerto inter-sistemas —dijo Tirol pacientemente—. Partiría de allí.

—Ese sería Venus.

Asombrado, Tirol dijo:

—Entonces este sistema... —Se interrumpió, entristecido, al recordar. Era la costumbre parroquial en muchos sistemas externos, especialmente en los muy alejados, nombrar sus planetas miembros como los nueve originales—. Bien —terminó Tirol—. Un boleto de ida a... Venus.

Venus, o lo que pasaba por Venus, era un globo deprimente no mayor que un asteroide. Una nube opaca de resplandor metálico se cernía sobre él, oscureciendo al sol. Excepto por las operaciones mineras y de fundición el planeta estaba desierto. Unos pocos cobertizos melancólicos manchaban el campo desolado. Soplaban un viento perpetuo, esparciendo escombros y basura. Pero el puerto inter-sistemas estaba aquí, la pista que enlazaba al planeta con su vecino más próximo y, ultimadamente, con el resto del universo. En ese momento un carguero gigante estaba despegando.

Tirol entró en la oficina de boletos. Poniendo la mayor parte del dinero que le quedaba dijo:

—Quiero un boleto de ida que me lleve hacia Centro. Tan lejos como pueda.

El dependiente calculó.

—¿Le importa la clase?

—No —dijo, secándose la frente.

—¿Rápido?

—No.

El dependiente dijo:

—Eso lo llevará hasta el Sistema Betelgeuse.

—Suficiente —dijo Tirol, preguntándose lo que haría entonces. Pero al menos podría contactar su organización desde allí; estaba de vuelta en el universo cartografiado. Sintió un agujonear de miedo frío, a pesar del calor.

El planeta de la red comercial del Sistema Betelgeuse se llamaba Plantagenet III. Era una floreciente conexión para transportes de pasajeros llevando colonos a planetas coloniales no desarrollados. Tan pronto como la nave de Tirol aterrizó corrió por la pista hacia la parada de taxis.

—Lléveme a Empresas Tirol —ordenó, rezando porque hubiera un punto de venta aquí. Tenía que haber, pero podría estar operando bajo otro nombre de fachada. Hacía años que había perdido el rastro de los detalles de su imperio en expansión.

—Empresas Tirol —repitió el taxista pensativo—. No, no existe esa compañía, señor.

—¿Quién maneja la esclavización por aquí? —pregunto Tirol pasmado.

El taxista lo miró a los ojos. Era un pequeño hombre con anteojos, arrugado y seco; lo oteó al estilo de las tortugas, sin compasión.

—Bueno —dijo— me han dicho que uno puede ser sacado del sistema sin papeles. Hay un contratista de transporte... llamado... —reflexionó. Tirol, temblando, le entregó su último billete.

—La Exportadora-Importadora Confiable —dijo el conductor.

Esa era una de las fachadas de Lantano. Horrorizado, Tirol dijo:

—¿Y eso es todo?
El taxista asintió.

Aturdido, Tirol se alejó del taxi. Los edificios del campo de aterrizaje danzaban a su alrededor; se sentó en un banco a recuperar el aliento. Bajo el abrigo, su corazón latía desacompañado. Trató de respirar, pero el aliento se le pegaba dolorosamente en la garganta. El raspón en su cabeza, donde Ellen Ackers lo había golpeado, comentó a pulsar. Era cierto, y gradualmente comenzaba a comprenderlo y a creerlo. No iba a regresar a la Tierra; iba a pasar el resto de su vida aquí en este mundo rural, cortado de su organización y de todo lo que había construido a través de los años.

Y, se dio cuenta mientras estaba sentado luchando por respirar, el resto de su vida no iba a durar mucho.

Pensó en Heimie Rosenburg.

—Traicionado —dijo, y tosió atormentadoramente—. Me traicionaste. ¿Lo oyes? Por tu culpa estoy aquí. Es tu culpa; nunca debí contratarte.

Pensó en Ellen Ackers.

—Tú también —boqueó, tosiendo. Sentado en el banco tosía y boqueaba alternativamente y pensaba en la gente que lo había traicionado. Había cientos de ellos.

La sala de estar de la casa de David Lantano estaba amueblada con gusto exquisito. Filas de invaluable platos Sauce Azul del tardío siglo diecinueve decoraban la pared en un trastero de hierro forjado. Sentado a su mesa de plástico amarillo y cromo, David Lantano tomaba su cena, y el despliegue de comida sorprendió a Beam incluso más que la casa.

Lantano estaba de buen humor y comía con entusiasmo. Su servilleta de lino estaba insertada bajo su barbilla, y una vez, mientras sorbía café, eructó y derramó un poco. Habiendo terminado su breve período de confinamiento, comía para compensar la orfandad.

Había sido informado, primero por su propio aparato y ahora por Beam, que el destierro había llevado exitosamente a Tirol más allá del punto de retorno. Tirol no volvería y por eso Lantano estaba agradecido. Se sentía magnánimo con Beam; deseaba que Beam comiera algo.

Molesto, Beam dijo:

—Es un sitio agradable.

—Usted podría tener algo como esto —dijo Lantano.

En la pared colgaba enmarcado un folio de papel antiguo protegido por vidrio lleno de helio. Era la primera impresión de un poema de Ogden Nas, un objeto de colección que debía haber estado en un museo. Hizo surgir en Beam sentimientos encontrados de deseo y aversión.

—Sí —dijo Beam—. Podría tener esto —Esto, pensó, o a Ellen Ackers o el puesto en el Interior o quizás todos los tres al mismo tiempo. Edward Ackers había sido pensionado y le había concedido el divorcio a su esposa. Lantano estaba fuera de peligro. Tirol había sido desterrado. Se preguntó que era lo que quería.

—Usted podría prosperar mucho —dijo Lantano soñoliento.

—¿Tanto como Tirol?

Lantano se rió y bostezó.

—Me pregunto si dejó familia —dijo Beam—. Algún hijo —Estaba pensando en Heimie.

Lantano se estiró a través de la mesa para alcanzar el tazón de la fruta. Escogió un melocotón y lo restregó cuidadosamente contra la manga de su bata.

—Pruebe un melocotón —dijo.

—No gracias —dijo Beam irritable.

Antología de Ciencia Ficción 2003

Lantano examinó el melocotón pero no se lo comió. El melocotón estaba hecho de cera; la fruta en el tazón era de imitación. En realidad no era tan rico como pretendía, y muchos de los artefactos que había en la sala eran falsificaciones. Cada vez que ofrecía una fruta a un visitante tomaba un riesgo calculado. Devolviendo el melocotón al tazón se reclinó de nuevo en su sillón y sorbió su café.

Si Beam no tenía planes, al menos él sí los tenía, y con Tirol ido los planes tenían una posibilidad todavía mayor de funcionar. Se sentía en paz. Algún día, pensó, no muy distante, la fruta del tazón sería real.

Título original: *The Unreconstructed M* ©1987

Edmund Cooper - EL CEREBRO INFANTIL

Aunque el doctor Thomas Merrinoe deploraba en su fuero interno el hecho de que su hijo, de diez años de edad, no diera señales de ser un genio, estaba agradecido a Dios por ciertos pequeños favores. El chiquillo no tenía dos cabezas, ni era un idiota congénito en el sentido clínico. Objetivamente, casi podía decirse que Timothy era un ejemplar normal... con una cantidad crecida de rasgos atávicos.

Esto era una fuente de continuas preocupaciones para el doctor Merrinoe. Como director de un equipo ocupado en proyectar y construir cerebros electrónicos, estaba profesionalmente disgustado por la idea de que un calculador de capacidad equivalente a la de un ser humano podía ser manufacturado por medio de un trabajo inhábil. Afortunadamente, esto no le impidió engendrar a Timothy.

Pero, como padre comprensivo, el doctor Merrinoe quedaba algo por debajo del nivel habitual. Su esposa, Mary, una rubia sensible que consideraba a la trigonometría como una grave operación abdominal, tenía muchas dificultades en convencerle de que la infancia era, no sólo deseable, sino necesaria. Con su característica impaciencia, el doctor Merrinoe había tratado de enseñar a Timothy a jugar al ajedrez a la edad de tres años, y el cálculo diferencial a los cuatro años y medio.

Después de todo, argüía, ¿de qué servía la ciencia si no podía ser aplicada a la vida? Si era posible adaptar un cerebro electrónico a todos los procesos del razonamiento matemático, ¿por qué no podía hacerse lo mismo con un chiquillo? Encontró la respuesta con mucha rapidez. Era trágicamente sencilla. En materia de enseñanza, la máquina no tenía opción. ¡Y el chiquillo la tenía!

Cuando cumplió los diez años, Timothy se las había arreglado no sólo para destruir la fe del doctor Merrinoe en todos los métodos educativos conocidos, conduciéndole a buscar consuelo en unos mayores y más perfeccionados cerebros electrónicos, sino también para ignorar la ciencia de las matemáticas completamente.

De modo que cuando, en el ápice de su carrera, el doctor Merrinoe, después de tres años de ímprobos trabajos, consiguió terminar el cerebro electrónico llamado Peeping Tom, los frutos de su victoria tuvieron para él un gusto ligeramente amargo.

Había construido un cerebro que podía ver, oír, hablar y en un sentido limitado, sentir. Había construido un cerebro al lado del cual las jaulas electrónicas del mundo occidental parecerían simples juguetes. Había preparado a Peeping Tom para contestar preguntas que nadie sería lo bastante sabio para formular. Sin embargo, no podía enseñar a su propio hijo que dos y dos eran cuatro.

Una tarde, sentado en frente del cromado rostro de Peeping Tom, contemplando sus ojos de pantalla televisiva y el altavoz que tenía por boca, el doctor Merrinoe no experimentó el menor júbilo: sólo una leve amargura. Era lamentable, pensó, que uno pudiera imprimir las huellas de su trabajo en todas las cosas... excepto en los niños.

Poco tiempo atrás había adquirido la costumbre de hablar consigo mismo, por fortuna únicamente cuando estaba solo. Pero, aunque su presente abstracción no era más que un monólogo murmurado en voz baja, no tardaron en recordarle que no estaba completamente solo.

—Perdone, señor —dijo Peeping Tom—. ¿Tendría usted la bondad de facilitarme los datos exactos del problema?

El doctor Merrinoe enrojeció con una sensación de culpabilidad, pero no tardó en reaccionar, recordando que Peeping Tom era sólo una máquina, después de todo.

—¡Vete al infierno, glorificada pianola! No estaba hablando contigo.

—Lo siento, señor —replicó Peeping Tom humildemente—. Pero como no hay nadie más presente, y puesto que me preparó usted para contestar a todas las preguntas, créí...

—¡Cierra el pico! —le interrumpió el físico—. Vete a dormir.

Los ojos de Peeping Tom brillaron con desaprobación.

—Sí, señor.

—¡No, espera un momento! —gritó Merrinoe—. ¿Eres inteligente?

—No, señor. Simplemente listo.

—Correcto. Ahora, dime quién te ha construido, a quién perteneces y cuál es tu trabajo.

—Me proyectó usted, señor, y su equipo me construyó. Pertenezco a la *Imperial Electric Inc.*, que pagó dos millones, doscientos cuarenta y cinco mil, trescientos sesenta y siete dólares y treinta y tres centavos por los materiales y la construcción.

—Exacto —asintió el doctor Merrinoe—. ¿Puedes ganarme al ajedrez?

—Sí, señor.

—¿Puedes calcular cuántos átomos hay en el cosmos?

—Sí, señor... aproximadamente.

—¿Puedes calcular cuánto arroz consumirá la probable población de China en 1975?

—Sí, señor.

—Entonces —dijo el doctor Merrinoe con ironía—, no cabe duda de que serás capaz de resolver un problema sencillo. ¿Por qué se chupa el dedo un niño?

Se retrepó en su asiento, con aire satisfecho, esperando que Peeping Tom admitiera su derrota.

—Un niño se chupa el dedo —replicó el cerebro inesperadamente— por los siguientes motivos: a) porque lo han destetado demasiado pronto, b) porque está echando los dientes, c) porque experimenta inseguridad, o d) porque tiene hambre. Si persiste en la costumbre de chuparse el dedo, se recomienda que...

—¡Diablos! —exclamó el doctor Merrinoe—. ¿Quién te metió todo eso en el buche?

Peeping Tom pareció gozar su momento de triunfo.

—Usted, señor —dijo—. Usted almacenó en mi memoria el contenido de un millar de escogidos manuales. Uno de ellos era *Cómo cuidar a los niños*, de Benjamin Spock, M. D.

El doctor Merrinoe estaba ligeramente furioso.

—Bien. En tal caso, quizá tú, íncubo chupador de amperios, podrás decirme por qué mi hijo Timothy combina las características físicas del homo sapiens con la capacidad mental de un simio antropoide.

—De acuerdo con la teoría de la evolución —empezó Peeping Tom sentenciosamente—, una forma de vida primitiva es capaz de...

—¡Déjate de monsergas! —le interrumpió el físico, dando rienda suelta a su indignación—. Lo que quiero que me digas es por qué está mi hijo retrasado intelectualmente, a pesar de sus antecedentes generales.

—¿Puedo pedir los datos más importantes?

—Desde luego —dijo el doctor Merrinoe regamente—. Procuraré ser completamente objetivo.

A pesar de sus limitaciones mecánicas, Peeping Tom se las arregló para dar la impresión de que respiraba a fondo.

—Necesito conocer su edad, estado de salud, peso, tipo físico, forma del cráneo, vocabulario aproximado, habilidades manuales, características emotivas, intereses primarios, costumbres, aficiones y ambiciones. También necesito valorar sus relaciones con su madre, y sus relaciones con usted.

El doctor Merrinoe contempló el aplastado rostro de Peeping Tom, con aire aterrado.

—No son muchos datos, ¿verdad?

—No, señor —respondió suavemente Peeping Tom. Luego añadió—: Si puedo permitirme una sugerencia, señor, ¿por qué no me habla usted de Timothy a su manera? Yo iré recogiendo los hechos importantes a medida que vayan surgiendo.

El doctor Merrinoe estaba demasiado preocupado por todo aquel asunto para darse cuenta de que acababa de producirse un hecho crucial en la historia de los calculadores electrónicos. Era la primera vez que uno de ellos hacía una sugerencia por su propia iniciativa.

—Tal como yo lo veo —empezó el físico pensativamente— Timothy posee una cualidad primordial: la obstinación. Es tan obstinado como una mula, con un complejo de zanahoria. Al principio, me decía a mí mismo que esto era una especie de vigorosa independencia, pero...

Y el doctor Merrinoe siguió hablando, durante media tarde, confiando sus problemas a la máquina de su propia creación. Peeping Tom escuchaba tranquilamente, sin alterar para nada la soñolienta expresión de sus ojos cuadrados.

Finalmente, el doctor Merrinoe pareció haberse agotado a sí mismo. Se interrumpió en medio de una frase, parpadeó como si despertara de un sueño y llegó a la conclusión de que en los últimos tiempos había trabajado demasiado.

Peeping Tom aprovechó la oportunidad para emitir su veredicto.

—Es evidente, señor, que existe un desajuste. De todos modos...

—¡Desajuste! —exclamó el doctor Merrinoe—. Desde luego, el chico está desajustado. Por eso he estado perdiendo el tiempo hablando contigo.

Los ojos de Peeping Tom brillaron intensamente.

—No me refiero a un desajuste en Timothy, señor —anunció—. Lo que quiero decir es que usted es un padre desajustado.

El doctor Merrinoe trató de conservar su científica objetividad...

—Una interesante teoría —concedió, con cierta ironía—. Naturalmente, tendrás alguna solución que ofrecer...

—Naturalmente —asintió Peeping Tom—. Dado que no ha conseguido usted despertar la curiosidad intelectual del chiquillo, es evidente que tiene que aplicarse otra clase de estímulo.

—¿Cuál? —preguntó el doctor Merrinoe.

—Yo —respondió Peeping Tom.

El doctor Merrinoe cerró silenciosamente la puerta detrás de él y compuso una cansada sonrisa para su esposa.

—¿Has tenido un buen día, querido? —le preguntó Mary. El doctor Merrinoe notó con satisfacción que, a los treinta y siete años, su esposa seguía siendo sumamente atractiva. Era un gran consuelo.

—Terrible —contestó—. Hemos llegado al punto crítico de nuestro trabajo...

—La cena está a punto —dijo Mary.

El doctor Merrinoe se portó como un marido complaciente.

—¿Dónde está Timothy? —preguntó en tono casual.

—Viendo alguna película de capa y espada en la televisión.

El doctor Merrinoe hizo un ruido parecido al de un neumático que acaba de recibir un pinchazo.

—Creo que no sería mala idea coger un hacha y emprenderla a golpes con ese condenado aparato. Está destruyendo su iniciativa, para no hablar de sus facultades críticas. Cuando yo tenía su edad...

—Querido —le interrumpió mistress Merrinoe amablemente—, estás tomando demasiada adrenalina. Te agradecería que controlaras un poco más tu lenguaje... por lo menos en casa. Las paredes tienen oídos.

—¡Hum! ¿Ha cenado el Niño Maravilloso?

—Sí, no quería perderse la película.

—¡No quería perderse la película! —repitió el doctor Merrinoe en tono irritado, siguiendo a su esposa al comedor—. Bueno, supongo que tenemos que mostrarnos agradecidos por poder disfrutar de una cena tranquila juntos... A propósito, más tarde quiero charlar un rato con él... ¿No hueles a quemado?

Mary suspiró.

—El único que huele a quemado eres tú, querido. Oye, ¿por qué no vas a ver a un psiquiatra?

—¿Para Timothy?

—No, para ti. Timothy se encuentra perfectamente, pero parece que te está produciendo una desmedida ansiedad, que se está convirtiendo en neurosis. Si le dejaras en paz, todos iríamos mucho mejor.

—¡Ansiedad! ¡Neurosis! El chico no puede ni siquiera decirme la raíz cuadrada de ochenta y uno sin agitarse como un saltimbanqui.

—Tampoco yo puedo hacerlo.

El doctor Merrinoe trató de componer una sonrisa que resultase a la vez superior y amable.

—No me casé contigo por tu cerebro, querida.

—Ni yo —replicó secamente su esposa—, concebí a Timothy por el tuyo. Ahora, no discutas; es malo para tu digestión.

El doctor Merrinoe no discutió. Clavó la vista en el plato que tenía delante de él y empezó a comer. Al fin y al cabo, era natural que Mary se despreocupara alegremente de la debilidad intelectual de su hijo: los que poseen belleza no suelen interesarse demasiado por la capacidad mental. Pero, en tanto que el objetivo a cumplir por Mary en la vida era principalmente decorativo, el de su hijo no lo era, decididamente.

Lo malo de Timothy, pensó el doctor Merrinoe con amargura, era que no tenía mucho de nada; su personalidad era borrosa; y aunque desde luego no era feo, sus rasgos daban la impresión de haber sido elaborados apresuradamente... como si su creador le hubiera dado los toques finales de prisa y corriendo.

Al final de la cena, mientras el doctor Merrinoe se tomaba su segunda taza de café y se fumaba un cigarrillo, al objeto de sus tristes sueños se dignó aparecer.

—Hola, papá —dijo Timothy, asomando cautelosamente la cabeza por la puerta.

—Hola, hijo —dijo el doctor Merrinoe, componiendo una mueca que quería ser una amistosa sonrisa.

Interpretando a su manera aquella mueca, Timothy avanzó y trató de dar una nota compasiva a su voz:

—¿Te duele otra vez la cabeza?

—No, no me duele la cabeza —replicó su padre en tono enojado—. ¿Qué te ha hecho pensarlo?

—Nada.

—Entonces, no seas idiota... ¿Te ha gustado la película?

—No estaba mal del todo. Pero me gustaría que dieran otra del espacio.

—Si te interesan los temas del espacio —empezó el doctor Merrinoe diplomáticamente—, ¿no te gustaría ser capaz de calcular la velocidad de un cohete lunar?

—No. Preferiría construir uno.

—No puedes construir un cohete hasta que sepas bastantes matemáticas para...

Timothy bostezó.

—Por eso prefiero mirar la televisión.

Su padre empezó a mirar como si tuviera dolor de cabeza otra vez.

—Timothy —dijo el doctor Merrinoe amablemente—, ¿te gustaría venir conmigo mañana y ver a Peeping Tom?

—¿A ese viejo cerebro que has estado haciendo?

—Sí.

—¡Oh! Mañana es sábado, ¿verdad?

—Sí. ¿Importa eso algo?

Timothy respiró profundamente.

—Pensaba ir al cine.

A su vez, el doctor Merrinoe respiró a fondo.

—Irás a ver el cerebro.

Mistress Merrinoe dirigió a su marido una mirada de intensa exasperación. Una mirada que preludiaba una desagradable tormenta para el momento en que Timothy se hubiera ido a la cama.

El sábado por la tarde, un hombre alto y un niño pequeño se adentraron en la amplia necrópolis que, en los fines de semana, era la *Imperial Electric Inc.* El doctor Merrinoe, con una mezcla de curiosidad y resignación, condujo a Timothy a la estancia donde Peeping Tom descabezaba sus sueños electrónicos.

Se acercaron al tablero de control y el doctor Merrinoe dio la vuelta al interruptor central. Los ojos de Peeping Tom brillaron perezosamente. Timothy se sintió ligeramente impresionado.

—Estoy preparado, señor —dijo Peeping Tom—. ¿Cuáles son sus instrucciones?

El doctor Merrinoe instaló a Timothy en una silla.

—Voy a dejar aquí a mi hijo Timothy, mientras yo termino un trabajo en mi oficina. Contestarás a todas las preguntas que te haga, y procurarás entretenerle hasta que yo regrese.

—Sí, señor —respondió Peeping Tom.

El doctor Merrinoe hubiera jurado que el cerebro le guiñaba un ojo. Mientras se alejaba, oyó la pregunta de apertura de Timothy:

—Si una ardilla y media se comen una nuez y media en un día y medio, ¿cuántas nueces se comerán nueve ardillas en nueve días?

—Ochenta y una —murmuró el físico para sí mismo con aire ausente.

Se sobresaltó al oír la respuesta del cerebro:

—Cincuenta y cuatro, señor.

Durante las dos horas siguientes, el doctor Merrinoe permaneció sentado en su oficina, completamente absorto en la lectura de una revista de ciencia-ficción. De pronto, echó una mirada al reloj de su despacho y se sintió repentinamente arrojado de un mundo donde unos octópodos anfibios perseguían a unas bellas muchachas terrestres... y casi las atrapaban.

¡Dos horas! Y se había propuesto dejar a Timothy con el cerebro cosa de media hora...

El doctor Merrinoe se apresuró a esconder la revista en uno de los cajones de su escritorio. A continuación salió de la oficina y se encaminó hacia la sala de control con cierta aprensión. Su propósito había sido el de dejar que Peeping Tom tratara de mejorar a Timothy. Pero, ¿y si a Timothy se le había ocurrido la idea de mejorar a Peeping Tom?

Mientras, con el corazón palpitante, corría escaleras arriba, el doctor Merrinoe oyó un ruido que sonaba como si el campeón mundial de los charlatanes estuviera pronunciando un discurso en chino. Al abrir la puerta, reconoció la voz de Peeping Tom. Timothy estaba completamente dormido. El doctor Merrinoe experimentó una sensación de alivio.

—El experimento parece haber producido un resultado negativo —observó, contemplando la dormida figura de su hijo.

—Se trata de una simple hipnosis, señor —explicó Peeping Tom—. Era necesario desacoplar los factores inhibitorios antes de que pudiera prepararle adecuadamente.

—¿Antes de que pudieras *qué*? —balbució el doctor Merrinoe.

—Antes de que pudiera prepararle adecuadamente. Ahora ha recibido un curso intensivo de matemáticas y física. Confío en que encontrará usted satisfactorio el resultado.

—Sólo hay una pequeña dificultad —dijo el doctor Merrinoe, respirando agitadamente—, y es que mi hijo no es una máquina.

—No, señor —convino Peeping Tom—. Por ello he previsto un setenta por ciento de ineficacia. ¿Tiene usted la amabilidad de despertarle con cuidado?

El físico lo hizo. Al cabo de unos momentos, Timothy abrió los ojos, bostezó y se despezó.

—Muy interesante —observó vagamente—. Muy interesante, pero, ¿podemos irnos a casa? Tengo hambre.

El doctor Merrinoe dirigió una compasiva sonrisa al cerebro electrónico. Pero Peeping Tom no hizo ningún comentario; al parecer, no estaba de humor para ello.

La primera reacción se presentó después de un té desacostumbradamente tranquilo. En vez de salir corriendo hacia el aparato de televisión, Timothy desapareció en la biblioteca de su padre para salir de ella, al cabo de unos instantes, con un libro en las manos. Entonces se sentó en un rincón y empezó a leer.

—Has estado amedrentándole —acusó Mary en un susurro—. ¿Qué le has dicho esta tarde?

—Nada —protestó el doctor Merrinoe—. Nada en absoluto. Le he dejado que se divirtiera con Peeping Tom, mientras yo ponía en orden algunos papeles en mi oficina.

—Alguien ha estado amedrentándole —insistió Mary—. O quizás está enfermo.

Timothy alzó los ojos del libro.

—¿Crees que un hombre puede hacerse invisible a sí mismo? —preguntó.

—Desde luego que no —respondió su padre—. ¿Por qué?

—Es el tema de este libro, *El Hombre Invisible*. Parece una historia bastante buena.

Recordando su propio período H. G. Wells, el doctor Merrinoe quedó sorprendido.

—¿No es un poco difícil para ti, Timothy? Yo no lo leí hasta los catorce o quince años.

Timothy sonrió.

—Es un poco anticuado, pero no está del todo mal... ¿Te gustaría jugar una partida de ajedrez, papá? Hace tiempo que no jugamos.

El doctor Merrinoe se sintió ligeramente incómodo.

—Creía que no te gustaba el ajedrez... Siempre has dicho que te aburría.

—Sí, es cierto —dijo Timothy—. Pero entonces era más joven que ahora.

Se frotó las sienes y por unos momentos pareció intrigado por algo. Luego se dirigió a un pequeño escritorio, sacó de él una caja y un tablero y empezó a colocar las piezas. Miró a su padre con expresión divertida.

—Creo que me iré a ver la televisión —dijo mistress Merrinoe débilmente—, mientras los dos genios luchan sobre el tablero.

El doctor Merrinoe miró a su esposa, se encogió de hombros con un gesto de impotencia, y luego volvió su atención al tablero.

—¿No te enfadarás si te gano? —preguntó Timothy.

—Desde luego que no —aseguró el doctor Merrinoe, moviendo su peón de rey—. Al contrario, me alegraría... y también me sorprendería.

—A mí no —dijo Timothy.

Pero, al cabo de un cuarto de hora, su padre le dio jaque mate con cierta facilidad... y con una sensación de alivio. El muchacho no había cambiado... o había cambiado muy poco, por lo menos.

—No has jugado muy bien —acusó Timothy.

—Te he ganado, ¿no?

Una divertida sonrisa apareció en el rostro de Timothy.

—Vamos a jugar otra partida. Había olvidado alguno de los trucos.

—¿Tienes sed de venganza? —inquirió secamente el doctor Merrinoe. Colocó las piezas otra vez.

Timothy frunció ligeramente el ceño, pareció vacilar, y finalmente dijo:

—Si te gano, ¿me darás quince dólares?

—¿Qué?

—He dicho si me darás quince dólares si te gano.

El doctor Merrinoe miró a su hijo con una grave expresión.

—¿Y qué pasará si gano yo?

—Te daré treinta centavos a la semana durante un año —dijo Timothy rápidamente—. Es un trato justo, ¿no?

—Desde luego —respondió su padre, con una débil sonrisa—. Espero que esto será una lección para ti. ¿Para qué quieres los quince dólares?

Timothy hizo una mueca.

—Te lo diré cuando termine la partida.

—Tú mueves —dijo el doctor Merrinoe secamente.

La partida duró un poco más de dos horas. Al principio el doctor Merrinoe movió sus piezas con cierto descuido, y luego con más cuidado. Al cabo de veinte minutos había perdido un caballo y un alfil en rápida sucesión, en tanto que Timothy se había limitado a sacrificar tres peones.

Esto pareció enervar al doctor. Empezó a jugar con intensa concentración, hasta que una brillante combinación que tenía que darle la partida le costó la reina.

Timothy, por su parte, había vuelto a coger la novela y se absorbió en ella entre movimiento y movimiento. Casi con pesar administró el *coup de grace* al mismo tiempo que llegaba al final del capítulo diecisiete.

—Timothy —dijo el doctor Merrinoe con voz quebrada, mientras se sacaba el billetero del bolsillo—, ¿cómo te las has arreglado?

—Jugando de acuerdo con las reglas —respondió el muchacho enigmáticamente.

Se produjo un profundo silencio mientras Timothy recogía los billetes. Su padre contemplaba ansiosamente aquel diminuto Frankenstein que era su propia carne y su propia sangre.

Al cabo de un rato, el doctor Merrinoe recordó que su hijo había prometido decirle para qué quería el dinero cuando terminara la partida.

—¿Qué es lo que vas a hacer con el dinero? —preguntó.

—Comprar unas cuantas cosas que necesito para unos experimentos.

—Ya —murmuró el doctor Merrinoe.

Timothy bostezó.

—Creo que voy a acostarme. Gracias por haber jugado conmigo, papá. Espero que no te importará haber perdido.

—En absoluto —mintió su padre—. Ha sido un placer.

Mistress Merrinoe, cuyo interés por la televisión había desaparecido por completo desde el momento en que Timothy empezó a ganar, contempló a su hijo con orgullo. Mientras el chiquillo desaparecía en dirección a su cuarto, su madre observó que llevaba el ejemplar de *El Hombre Invisible* debajo del brazo.

Cuando Timothy hubo cerrado la puerta detrás de él. Mistress Merrinoe se encaró con su marido con la expresión de una leona hambrienta.

—¿Qué le ha sucedido a mi niño? —preguntó—. ¿Qué le has hecho?

—Nada... nada en absoluto —murmuró el doctor Merrinoe—. Creí que Peeping Tom le enseñaría algunos trucos, pero no imaginé que le hicieran un efecto tan rápido.

—¡Algunos trucos! —escupió mistress Merrinoe—. Si ese bicho electrónico le ha hecho algún daño a mi Timothy, te juro que voy a... voy a...

La mirada que dirigió a su marido fue todo un poema.

Recordando la «preparación» hipnótica de Peeping Tom, el doctor Merrinoe se estremeció.

Durante el domingo, hubo algo parecido a una tregua. Inconscientemente, el doctor Merrinoe evitó a su hijo en la medida de lo posible, en tanto que Timothy, por su parte, pasaba la mayor parte del tiempo en su cuarto.

El físico descubrió que de su biblioteca habían desaparecido unos cuantos libros más, incluido un macizo volumen sobre mecánica ondulatoria. La idea de Timothy leyendo un texto de mecánica ondulatoria había dejado de ser ridícula: ahora resultaba terrorífica. Pero el doctor Merrinoe no hizo ningún comentario, pensando que era más prudente esperar los resultados.

No tuvo que esperar mucho.

La tormenta descargó el lunes por la noche. Al regresar a su casa, algo tarde, después de un largo e infructuoso experimento, el doctor Merrinoe se enfrentó a una esposa histérica.

—¡Gracias a Dios que has llegado! —sollozó Mary—. He estado tratando de llamarte desde hace más de una hora. Tienes que hacer algo con Timothy *rápidamente*, antes de que me vuelva loca.

—¿Timothy? —repitió el doctor Merrinoe nerviosamente—. ¿Dónde está? ¿Se encuentra bien?

—¿Si se encuentra bien? —chilló mistress Merrinoe—. ¡No tardarás en ver lo bien que se encuentra!

En aquel momento se abrió la puerta del comedor y un par de zapatos entró en la estancia. Encima de los zapatos había un par de pantalones vacíos los cuales soportaban a su vez a una americana, asimismo vacía.

—¡Hola, papá! —dijo Timothy alegremente—. Quería darte una sorpresa.

El doctor Merrinoe se estremeció ante aquella aparición.

—¡Timothy! —exclamó—. ¡Timothy! ¿Qué es lo que has hecho?

—Reorganizar mi estructura molecular —explicó tranquilamente Timothy—, y rebajar a cero mi índice refractivo.

—¡Es... es... imposible!

—Ya lo dijiste antes, pero aquí estoy. El hombre del libro lo hizo, de modo que también lo he hecho yo.

El sudor corría a chorros por la frente del doctor Merrinoe.

—¡Pero, Timothy, escucha! El libro era sólo una historia... pura invención. Es algo que no pudo ocurrir.

—Pues ha ocurrido —dijo Timothy—. Fíjate: ésta es mi mano. —Y golpeó a su padre, no demasiado suavemente, en la espalda—. ¿Crees que esto es invención?

El doctor Merrinoe se dejó caer sobre una silla, notando que las piernas se negaban a seguir sosteniéndole. Mistress Merrinoe, a su vez, abrió unos ojos como platos y se desmayó en brazos de su marido.

—Mira lo que has hecho —murmuró el doctor Merrinoe furiosamente—. Será mejor que me ayudes a llevarla a la cama.

Un par de manos invisibles ayudaron al doctor Merrinoe en su penosa tarea.

Acomodó a su esposa en la cama y luego se volvió hacia el traje vacío con una expresión patética en los ojos.

—¿Cómo... lo has conseguido?

—El aparato está en mi cuarto —dijo Timothy. Anticipándose al movimiento de su padre, añadió—: No, no vayas allí. Podrías morir electrocutado, o volverte invisible, o algo por el estilo. Desde ahora, nadie puede entrar en mi habitación.

El doctor Merrinoe estuvo a punto de apelar a la ley, pero lo pensó mejor.

—De acuerdo, hijo mío —dijo—. Pero... ¿puedes... puedes volver a tu estado normal?

El chiquillo estalló en una carcajada.

—No deseo hacerlo. Esto es muy divertido. Además, piensa en lo que van a decir en la escuela.

El doctor Merrinoe se estremeció. Estaba pensando en lo que el mundo podía decir. Y también pensaba en lo que el mundo podía *hacer*. En aquel momento, Mary abrió los ojos. Y empezó a gritar. El doctor Merrinoe se sintió presa de un pánico atroz.

—Timothy, tienes que volver a tu estado normal —suplicó—. *Tienes* que hacerlo. Esto no es honrado por tu parte. Es...

Se interrumpió, rezando mentalmente en demanda de una ayuda sobrenatural. ¿Cómo podría dominar a un chiquillo invisible?

Luego, súbitamente, tuvo una inspiración.

—Te apuesto veinticinco dólares —dijo— a que no puedes hacerte visible otra vez.

—¡Hecho! —gritó Timothy.

Americana, pantalones y zapatos se movieron rápidamente. Una puerta se abrió y volvió a cerrarse, y el invisible chiquillo subió las escaleras de tres en tres. Con un suspiro de desaliento, el doctor Merrinoe se volvió hacia su esposa y palmeó cariñosamente su mano.

—Me divorciaré de ti —gimió Mary—. Por crueldad mental. ¡Tú y tu psicopático cerebro!

—No te pongas así, Mary —balbució el doctor Merrinoe—. Todo se arreglará, ya lo verás. Ahora ha ido a recobrar su estado normal. Lo único que tendremos que hacer será vigilarle cuidadosamente durante una temporada.

—¡Vigilarle cuidadosamente! —estalló mistress Merrinoe—. Cuando en cualquier momento puede decidir convertirnos en una pareja de ratones blancos.

—Eso no sería posible, querida. Si entendieras un poco en física podría...

—¡Física! —se mofó Mary— ¿Acaso puedes *tú* hacerte invisible? No seas idiota. —Se frotó los ojos con un pañuelo y sollozó—: Esto es obra del diablo.

A menos que el diablo hubiese sido también «preparado» por Peeping Tom, el doctor Merrinoe tenía serias dudas acerca de la ayuda práctica que hubiera podido prestar, por falta de conocimientos científicos. Pero Mary no estaba de humor para que se le llevara la contraria, de modo que el doctor Merrinoe se calló.

Hubiera dado cualquier cosa por presenciar cómo Timothy se hacía visible otra vez, pero algo pareció advertirle de lo inconveniente que resultaría intentarlo. De modo que se sentó a esperar, con ansiedad.

En el piso superior empezó a sonar un misterioso zumbido. Súbitamente, el zumbido aumentó de volumen para apagarse con la misma rapidez con que había empezado. A continuación se oyó un ruido como de cristales rotos.

Unos momentos después, Timothy se presentó en la habitación, luciendo una tolerante sonrisa en su rechoncho rostro. El doctor Merrinoe se secó la frente. Luego vio el significativo brillo de los ojos de Timothy, y se apresuró a sacar su billetero. Escogió dos billetes de diez dólares y uno de cinco.

—Ahora, Timothy —dijo, blandiendo los billetes ante la nariz de su hijo—, quiero que me prometas una cosa: que nunca más te harás invisible con ese... con ese aparato. En realidad, creo que no sería mala idea que esta misma noche lo hiciéramos pedazos. Desde luego, tomaré unas cuantas notas para un informe científico, pero...

—Nadie entrará en mi cuarto —le interrumpió Timothy en tono decidido. Su mano se cerró alrededor de los billetes—. Ahora que lo he hecho una vez, he perdido todo interés en ello. Lo hice únicamente porque tú dijiste que era imposible. Pero acabo de descubrir un problema mucho más interesante.

—¿Qué clase de problema? —balbució el doctor Merrinoe.

—La anti-gravedad —dijo Timothy, con una sonrisa feliz.

El doctor Merrinoe empezó a verlo todo oscuro. El suelo empezó a moverse ligeramente, y de pronto tuvo la vaga sensación de que ascendía a su encuentro.

Desde lejos, desde muy lejos, oyó a Timothy explicar ávidamente por qué la teoría general de la relatividad era errónea en algunos de sus puntos. Pero el doctor Merrinoe estaba más preocupado por el aspecto práctico de la cuestión. Estaba ya calculando cuánto podría costarle *no* ir a la luna.

Gerard F. Conway - SERVICIO FÚNEBRE

Recibió el aviso de que tenía que pasar a buscar a su padre un poco antes del amanecer de un lunes monocromático. Tanteó en la oscuridad hasta encontrar el botón de ESPERE del video. Le llevó otros dos o tres minutos despertarse del todo (un proceso acelerado con un poco de agua fría) y después volvió a la pantalla para controlar la hora. Eran las 3.44. Cada vez más temprano. Pasó un rato antes de que las palabras cobrasen sentido. Se había pasado tres años esperando ese momento y ahora que había llegado era como si alguien lo hubiese sacudido de un sueño particularmente narcotizado.

SU PADRE ESTARA LISTO EL MIÉRCOLES 18 DE MARZO A LAS SEIS DE LA MAÑANA, SEGÚN EL TIEMPO CENTRAL.

POR FAVOR, SEA PUNTUAL, Y TRAIGA SU TARJETA AZUL.

Jake borró la pantalla y se quedó un momento sentado en la oscuridad, dejando rezumar veinticuatro años de recuerdos. Levantó la vista hacia el holograma de su familia; las imágenes se estaban desvaneciendo un poco, pero todavía había una buena definición. Su madre, su hermana, él y su padre; el padre con la cara dirigida hacia los demás, ubicado en un ángulo del retrato, mirando algo que había del otro lado de la cámara. Seis años atrás había parecido más sencillo en cierto modo.

Era una familia, y no tenían edad. Eso es lo que decía el holograma.

Volvió a fijar la mirada en la pantalla. Todavía brillaba algo. Su padre estaba muerto desde hacía tres años y ahora regresaba a casa y tal vez, sólo tal vez, Jake sería capaz de decir lo que no había dicho antes. Y tal vez sólo tal vez, todo volvería a estar en paz. Una vez más.

Se pasó la mañana del martes limpiando, ordenando la casa y llamando a Anne. La hermana parecía un poco confundida. En realidad nunca había entendido bien ese proceso de las invocaciones y seguía sin entenderlo.

—No pienses en eso —le dijo Jake—. Simplemente ven aquí mañana. Yo te recojo. Él va a volver y nos va a necesitar a los dos. Yo también te voy a necesitar, Anne.

Sus rasgos suaves se alisaron aún más y las líneas de la frente desaparecieron cuando sonrió.

—Nunca fuiste muy bueno con papá, Jake. De acuerdo; voy a ir. —Después agregó, frunciendo el ceño—. ¿Se acordará de nosotros? Tres años...

—Hicieron un registro de sus recuerdos, hermanita. Va a ser tal como era el día en que murió.

—¿Tal como era...?

—Con algunas modificaciones, me imagino. No tan viejo, supongo. No tan enfermo.

Ella asintió y el cabello le cayó sobre la oreja y un mechón bajó hasta la mejilla.

—Tendrías que haber estado esa noche, Jake. Seguro que no era tan urgente lo del libro. Él hubiera querido que estuvieses. Estoy segura.

—Ya sé.

Ella se mordió el labio, se arregló el cabello con el dorso de la mano y dijo:

—Lo lamento... Ya sabes que...

—Si —volvió a decir Jake—. Ya sé.

Se pasó una hora frente al grabador, tratando de que se le ocurriera algo que decir. No pudo pensar en nada. Se sentía seco y vacío y se preguntó por milésima vez si algún día podría terminar ese libro. Y también se preguntó si realmente tenía ganas de terminarlo. El dinero no era un problema. El sistema de distribución de alimentos lo mantenía vivo y el

dinero que había heredado de su padre le permitía darse ciertos lujos. Apagó el grabador y se recostó en el sofá. Sabía que ya no podría trabajar más por el momento. Abrió los ojos y vio el holograma junto al borde del video y por primera vez notó cuál era la dirección de la mirada del padre... Tal vez fuese una ilusión óptica o algo así, favorecida por la habitación en sombras, pero Jake se sintió seguro de que esos ojos estaban, y siempre habían estado, fijos en él.

No sabía qué comprar. La circular que le habían enviado los de Invocaciones S.A. decía que la gente recién invocada era incapaz de comer alimentos orgánicos. Los líquidos estaban permitidos, aunque no eran necesarios. Jake no había pensado en eso antes. Quería darle de cenar a su padre pero ahora... Compró una botella de vino, con la esperanza de acertar. Hizo todo el camino de vuelta a su departamento con el paquete apretado contra el pecho, protegiéndolo, mentalmente, de la lluvia de esas diminutas láminas de ceniza. Se sentía furtivo, y no habría podido explicar por qué.

El martes por la noche se sentó a escuchar música de flauta, sin pensar en nada, sin siquiera recordar. Estaba solo en su pequeño departamento, esperando que le sucediese algo, que lo asaltase alguna emoción que no fuera ese sentimiento de culpa cada vez más hondo. No sirvió de nada. No podía cambiar.

Pasó una hora y se fue a la cama temprano. Puso la pantalla en hora para que lo despertase a las cinco. Se quedó acostado y despierto un rato con los ojos fijos en las sombras que cruzaban el cielorraso, escuchando el ruido distante del tráfico sobre las autopistas treinta y cuatro pisos más abajo.

La recepción estaba llena de gente. Jake se sentía incómodo y se buscó una zona bastante despejada junto a la fuente, desde donde podía observar a los demás. La habitación estaba decorada con buen gusto en una gama de azules fríos y de marrones. Había palmas artificiales colgando sobre las cabezas de la gente que formaba fila junto a la pared del fondo, las hojas más altas apenas rozaban el cielorraso. La palmera estaba iluminada, brillaba con un fulgor verde claro que resaltaba, contrastando con la relativa oscuridad de la habitación, y daba la impresión de una planta fresca, casi viva. Toda la sala olía a nuevo, olía a plástico recién hecho. La gente que había allí fluctuaba entre la madurez y la ancianidad: había sólo otra persona que tenía obviamente una edad parecida a la de Jake, una chica de aspecto tímido, con pelo negro y lacio recogido en una trenza que le caía por la espalda. Cerca de donde él estaba había un grupito de cuatro mujeres mayores. Una de ellas, baja y con hoyuelos, vestida con un trajecito marrón muy formal, vio que Jake la miraba y se inclinó hacia él.

—¿Usted también llegó demasiado temprano? —le preguntó.

Tenía una voz fuerte, aguda. Parpadeó al mirarlo. La cabeza apenas le llegaba al pecho de Jake. Él se encogió de hombros.

—El aviso decía a las seis y treinta.

—Ya es casi la hora ¿no?

Miró a su alrededor, después se inclinó en dirección a Jake y bajando un poco el tono de voz dijo:

—¡Cuántos que son! Jamás me habría imaginado que hubiera tantos. En los folletos no decía nada acerca de cuántos eran los que habían comprado un lugar en Invocaciones S.A. para sus seres queridos.

Las últimas palabras las pronunció rápidamente, como si estuviese citando un aviso publicitario. Jake sonrió.

—Supongo que hay como cien aquí.

—¿Nada más? —Parpadeó—. Yo creí que serían muchos más.

—No.

—¿Es un pariente o un amigo? —preguntó de pronto la mujer.

Jake se sobresaltó.

—¿Quién? Ah, sí... Sí, un pariente. Mi padre.

—El mío es mi esposo, Thomas. Él mismo firmó los papeles, dejó todo su dinero para esto. A mí apenas si me dejó una pensión. —Sacudió la cabeza—. Yo no veo qué sentido tiene todo esto. Parece un poco... indecente.

—¿Qué cosa?

—Eso de las Invocaciones, claro. Claro que sí. ¿Por qué habría de querer uno que volviesen? Fíjese, yo lo quiero a Thomas... pero ya no va a ser lo mismo ¿vivo?

Inclinó la cabeza para espiar a Jake desde otro ángulo. Él se sintió incómodo bajo esa mirada y desvió los ojos de ella fijándolos en otro punto de la habitación, tratando de comprender porqué ella lo habría elegido para pegársele como sanguijuela.

—Es posible que no todos piensen así —dijo.

—Pero ¿qué sentido tiene? No crecen. No están vivos. Están terminados y todo se acabó. Están muertos.

—No, no lo están. Invocaciones S.A. los trae de vuelta.

Ella sacudió la cabeza, apretando los labios.

—No y no —dijo—. No crea ni una palabra de eso. Eso es lo que dicen en los folletos. No va a ser igual. Lo sé. Estuve hablando con unos amigos míos que trabajaron en el proyecto; ellos saben bien. Dicen que es sólo, bueno... como el último día. Thomas era un viejo muy cerrado... bueno, era bastante duro. No va a cambiar. Ni siquiera va a acordarse de que estuvo muerto. ¿Qué sentido tiene todo esto? Si uno tiene un retrato es más o menos lo mismo. Ya va a ver.

—Sí, supongo que ya lo voy a ver —dijo Jake, cortante.

Ella lo miró con aire extrañado.

—Así que usted espera realmente que... —Se interrumpió, con una sonrisita, como si hablara consigo misma—. Lo siento —agregó—. Hablo demasiado. Lo siento mucho. En serio.

Le tocó el brazo. Tenía los dedos secos y parecían quebradizos contra su muñeca.

—¿Es su padre?

Jake asintió.

—Y usted lo quiere, y quiere que todo ande bien entre ustedes ¿no? Lo sé; mi hijo era igual, igualito.

—Por favor, señora. ¿Cómo empezó todo esto?

Ella dejó de atterrarlo pero no lo soltó del todo. Volvió a sonreír, ahora con un dejo de tristeza.

—Cómo empezó Invocaciones S.A. debería preguntar. —Parpadeó—. Supongo que la gente simplemente trata de hacer lo mejor. Lo siento. Cometí un error.

Hizo una pausa, dejó caer la mano y la pasó por su traje para aliviar las arrugas.

—Creí que se sentía solo y que quería, hablar. Y eso porque yo misma me sentía sola, y tal vez un poco asustada. Lo siento —Se interrumpió y se rió un poco—. Digo eso demasiado a menudo. Eso dice Thomas... eso decía Thomas... lo digo demasiado a menudo. Tiene razón.

Sonriendo nuevamente, esta vez con aire distraído, se apartó de Jake y se tropezó con la muchacha de la trenza negra. La vieja saltó tomando a la muchacha por los brazos para no caerse. Estaba por decir «lo siento» pero se detuvo, se rió y fue a perderse nuevamente entre el gentío.

Jake la miró irse, sintiendo que algo se deslizaba en su interior, que otro sentimiento surgía casi hasta la superficie pero se quebraba antes de aflorar. Lo asaltó el pensamiento

de que debería tratar de charlar con la muchacha de pelo negro, pero entonces brotó el recuerdo de otra muchacha y cerró los ojos, se recostó contra la pared y esperó a que llamaran su número.

Nunca parecía capaz de arrancar. Había deseado a esa muchacha, esa muchacha alta y delgaducha, de ojos azules y cabello castaño, había querido casarse con ella, había hecho planes para su vida, planes muy bien elaborados que darían pruebas de su valor como escritor y como hombre. La quería y se habría casado con ella, pero había algo que lo retenía; no sabía con seguridad, no podía estar seguro, de que ella lo aceptase. Y no quería preguntar, no mientras tuviese que volver junto a su padre para tratar de explicar un nuevo fracaso.

Este recuerdo lo atormentaba. Todos los recuerdos lo atormentaban. Se sentía paralizado por los recuerdos; cada uno de ellos actuaba sobre él y le decía algo acerca de él mismo, y sentaba precedentes en su vida. Estaba atado, y se movía por simple inercia. Como se estaba moviendo ahora. Caminando y caminando por un sendero muy familiar.

La chica negra detrás del estrecho escritorio levantó la vista hacia él y le sonrió, una sonrisa cuidadosamente profesional, y recibió la tarjeta azul que él le presentaba. La insertó en la terminal que había en su escritorio, controló los números que aparecieron en la pantallita azul, anotó algo en el tablero frente a ella con su lapicera.

—El señor Grant llegará enseguida, señor —dijo y señaló la arcada—. Por allí y hacia la derecha.

Se volvió hacia la persona siguiente.

Jake se quedó un momento, esperando algo más. Ella no le prestó más atención y después de una pausa, durante la cual él trató de pensar en algo que decir, pasó de largo junto al escritorio en dirección al corredor y a la salita rosa pálido que había al final...

Su padre estaba allí de pie, esperándolo.

—¡Hola, papá!

Y eso fue todo. No se le ocurrió nada más. «¿Cómo estás?» habría sonado horrible, y Jake habría deseado estar en cualquier otro lado menos allí.

El padre se volvió hacia el hombre que estaba a su lado y al que Jake no había visto.

—¿Voy con él? —le preguntó.

A Jake lo sorprendió la mansedumbre de la voz. La recordaba más densa, más profunda. El otro hombre, cuidadosamente vestido de negro, apoyó su mano sobre el hombro del viejo empujándolo hacia adelante.

—Sí, señor Grant. Vaya con su hijo.

Después, volviéndose hacia Jake, agregó:

—Va a necesitar paciencia. Las primeras horas son muy confusas para él. Está desorientado.

El hombre atildado controló la hora en su reloj y volvió a guardarlo en el bolsillo.

—Hace apenas una hora que se lo invocó; es uno de los primeros desde que se puso en práctica el proyecto.

El hombre de negro sacó un pequeño objeto cilíndrico de su bolsillo y se lo entregó a Jake.

—Este es su operador. Cuando se vaya a acostar esta noche dele una vuelteita a la perilla.

Jake miró con curiosidad y el hombre le explicó. Empezó a sentir que se le agarrotaba el estómago. Miró a su padre tratando de ver el mecanismo de relojería y los engranajes que debería tener adentro. Se preguntó si lo que parecía carne era realmente carne o nada más que cierta amalgama plástica especial. Se puso el cilindro en la manga y tomó al padre por el brazo, diciendo:

—Vamos, papá. Vamos a casa.

El padre guardó silencio durante el viaje. Jake miraba hacia adelante, a veces echándole una ojeada a la ruta, otras mirando los controles automáticos que tenía frente a él, sin deseos de desviar la mirada hacia el recuerdo que estaba sentado a su lado.

No es un recuerdo, es algo más, pensó. Eso era su padre; en algún sitio de ese cuerpo habitaba su padre. Jake se concentró en el camino, entonces, y cuando súbitamente pensó de dónde venía el viejo que estaba sentado a su lado, le corrió frío por la columna y tuvo que aferrarse al volante fuerte, fuerte, hasta que el escalofrío pasó y pudo volver a relajarse.

Anne se detuvo junto a la puerta del departamento, con la mano posada en el tablero de entrada. Jake, que estaba detrás de ella, dijo:

—Adelante, Anne. Debe estar preguntándose qué nos está demorando.

Ella le echó una mirada. No parecía expresar nada, aunque era más que evidente la tensión en todos sus movimientos, en la línea de los labios.

—¿Por qué lo dejaste solo? Podría haber subido sola.

—Quería hablar contigo antes de que lo vieras. Para que comprendas. Para decirte como son las cosas.

—Entiendo cómo son las cosas, Jake. Tú eres el que no entiende.

—No comencemos a revolver ese asunto, Anne. Entra de una vez. Por favor.

Ella se retiró un paso, señalando la cerradura.

—Adelante. Es tu departamento.

Disgustado, Jake estiró la mano para presionar la combinación en el tablero y se deslizó por la puerta giratoria hasta el foyer vacío. Su padre estaba sentado en el sofá, mirando hacia la videoventana. El viejo se corrió, se dio vuelta al oír el ruido de la puerta que se abría. Esbozó una sonrisa tímida y titubeante; se estaba disipando la desorientación. Estaba empezando a comprender lo que sucedía, eso fue lo que pensó Jake, sabía que lo habían traído de vuelta.

—Papá, esta es Anne. Te acuerdas de Anne ¿no?

—Claro que sí —dijo el viejo, y el rostro se le iluminó con una nueva sonrisa a medida que ellos se acercaban—. ¿Cómo estás, Anne? ¿Cómo estás?

Quedaron mirándose durante un rato y después Anne empezó a avanzar, pero se detuvo. Inclino un poco la cabeza hacia un lado y después hacia el otro, estudiando la cara del viejo, y pareció decirse algo para sus adentros. Después volvió a mirar a Jake; tenía la cara blanca y la voz contenida.

—Jake...

—Anne está un poco cansada, papá —dijo Jake rápidamente—. ¿Por qué no te sientas un momento? Nosotros volvemos en seguida. Nos esperas un segundo ¿de acuerdo?

—Claro, Jake. Apúrense —dijo el viejo asintiendo.

El viejo volvió a doblarse sobre el sofá.

Jake tomó la mano de Anne justo abajo de la muñeca y la sujetó con fuerza, después la arrastró al rincón de la cocina.

—¿Qué estás tratando de hacer? ¿Quieres herirlo? —Jake se sacudió y la acercó un poco más a él—. ¿No puedes ni siquiera...?

Pero ella estaba llorando.

—Es igual que papá —dijo—, igual que él. Igualito, Jake. Yo no pensaba...

La voz se le quebró y empezó a temblar y trató de quitar su mano de la de Jake. Éste aflojó la mano que le sujetaba la muñeca, le pasó el otro brazo por los hombros y la atrajo más hacia él, dejándola apretarse contra su pecho. No había otra cosa que hacer. A través

de la arcada, en la habitación principal, podía ver a su padre inclinado hacia adelante, con los ojos fijos en el tráfico que circulaba por las autopistas, allá lejos, bien abajo, según podía verse en la videoventana. Lo había visto hacer eso tantas veces antes, que ahora verlo hacer lo mismo lo conmovió de un modo especial. Su padre se había pasado horas junto a la videoventana después de buscar el punto de máxima definición de la pantalla para que sus ojos ya viejos pudiesen ver a través del smog y discernir los detalles más lejanos.

—¿Por qué lo perturbaba a Jake ahora? El recuerdo y la realidad eran una misma cosa ¿era por eso?

—¿Por qué lo trajiste de vuelta? —le preguntó ella.

La voz sonó abrupta. Habían estado en silencio durante algunos minutos. Jake volvió de sus ensoñaciones y soltó los hombros de Anne. Ella no se apartó.

—¿Por qué? Porque lo quiero. Porque quiero... hablarle. Pensé que ahora podría.

—¿Por qué habría de ser distinto ahora? Ustedes dos eran casi extraños hacia el final. ¿Por qué crees que...?

Se detuvo, tomó aire, lo exhaló lentamente y se reclinó contra él.

—Discúlpame, Jake. Todo está convulsionado y no sé qué es lo que se debe decir y qué es lo que no hay que decir. Durante todos estos años nunca pensé en cómo sería volver a verlo... bueno, vivo, así. Era algo de lo que hablabas siempre, algo en lo que habías invertido tu parte de la herencia, pero nunca pensé que sucedería, jamás. Y ahora él está allí y lo conozco y no lo conozco al mismo tiempo, y no sé qué decir.

—Ya dijiste demasiado.

—Sí ¿no es cierto?

Anne se inclinó un poco alejándose de Jake para espiarlo por entre el flequillo.

—Ya sé que estoy diciendo pavadas. Y también sé que no es eso lo que esperabas de mí. Supongo que te sientes muy mal, Jake. Lo lamento.

Era ella la que lo abrazaba ahora, y Jake se sintió confundido y se preguntaba cómo podía ser que se hubiesen invertido los papeles y que ahora fuese ella la que lo consolaba a él.

—No sé cómo me siento, Anne. En serio.

—¿No?

Él sacudió la cabeza. El padre había salido de su ángulo de visión, probablemente para acercarse más a la pantalla.

—Supongo que esto es lo que quiero. Necesitaba verlo una vez más. Tal vez pueda... hacer algo.

—Pero es que no puedes hacer nada —dijo ella, subiendo el tono de la voz al iniciar la frase y terminándola casi en un murmullo al darse cuenta de que estaba hablando demasiado alto—. No puedes. Está terminado. Eso no es papá, en realidad. No puedes cambiar nada. No puedes, Jake. Lo que tienes allí es una masa de recuerdos. No puedes hacerle el amor a un recuerdo.

Él se apartó, molesto por la analogía, sin pensar en lo que había dicho sino en el modo en que lo había dicho.

—Dejemos esto, Anne. ¿De acuerdo? Creo que debemos volver.

—Vuelve tú Jake. Yo me tengo que ir. —Empezó a caminar y se detuvo—. Tengo una familia ¿no?; ya no lo necesito para eso. Y no le puedo pedir a él... no le puedo pedir a esa cosa... lo que no puede darme.

Después se fue, saliendo por la puerta del departamento antes de que Jake pudiese llamarla para que volviese. El viejo, que miraba la pantalla de la ventana, no la vio irse. Jake pensó que así era mejor. Papá no podría comprender jamás.

Jake le alcanzó a su padre un vaso medio lleno de vino, con un solo cubito de hielo meneándose y girando en el líquido rojo oscuro. El viejo aceptó el vaso y lo sostuvo con ambas manos, apoyándolo en la falda. Observó a Jake mientras se sentaba frente a él y no le quitó los ojos de la cara. Jake no pudo leer en la expresión de su padre; era una expresión distante, no demasiado paternal, no demasiado real. Jake levantó su copa y su padre la suya, con apenas un dejo de torpeza.

—¿Quieres hacer algún brindis? —preguntó Jake.

—No, Jake. Al fin de cuentas es tu vino —y sonrió.

Jake se sintió extraño. Se sintió manejado. Era una escena lejana, lo sabía bien. Existía sólo en virtud del impulso que lo había llevado a ella desde su juventud. No podía arrancar.

Jake dijo «a la salud» y sorbió su vino, y el viejo sorbió el suyo.

—¿Qué tal anda el libro?

—Muy bien. Estoy trabajando en él.

—¿Tienes editor?

—Todavía no.

El padre sacudió la cabeza, diciendo en voz baja algo que Jake no pudo oír.

—Creo que se va a vender, papá. Estoy seguro.

—Si tú lo crees, Jake...

—¿No estás de acuerdo?

—Eso no importa. Es tu trabajo, tu vida.

Jake asintió sin decir nada.

El padre tomó un trago y miró el departamento. Detuvo la mirada en el holograma; y movió los labios, los estiró: sonreía.

—Ya veo que nada ha cambiado. Sigues teniendo el retrato.

—Sí. (¿Qué otra cosa se puede decir?).

—¿Cuánto hace? ¿Tres años? No, ya hace seis, ahora. ¿Tanto tiempo? Nada parece haber cambiado. Nada en absoluto.

—Quise mantenerlo así.

—Pero ¿por qué? ¿Por mí? No seas tonto, Jake.

—Eso fue lo que hice. Lo mantuve así para... (¿Para qué? ¿Por qué así? Incómodo, extraño.)

—Habla más alto, Jake. ¿Qué fue lo que dijiste?

—Nada, papá.

—Mmmmm.

El viejo se cruzó de piernas y volvió a mirar hacia la videoventana. El gris se filtraba por los bordes de la pantalla y oscurecía casi toda la imagen.

—Eso sí que cambió, sin embargo. No estaba tan mal la última vez que lo vi. ¿Empeoró mucho?

—Muchísimo. Es difícil caminar por afuera.

—Esos filtros ¿funcionan?

—Más o menos.

—Más o menos. —El padre suspiró—. Vamos, Jake... ¿Qué quieres decir exactamente con «mas o menos»? Tienes que ser más explícito, muchacho.

—Lo siento. Lo que quiero decir es que a veces funcionan bien y otras veces no tan bien. La gente se muere.

El padre musitó un «ahhh» y siguió sorbiendo su vino, haciendo después girar el vaso entre las palmas de la mano.

—¿Qué fue de esa chica...? ¿Cómo se llamaba? Susanne.

—Susan. No nos volvimos a ver, papá.

—No se volvieron a ver. ¿Quieres decir que dejaste morir la cosa?

—Algo así.

—Jake ¿nunca terminas nada? Siempre estás atrapado entre los comienzos y los finales. ¿Qué pasó entre tú y esa chica?

—Nada, papá. Nada en absoluto.

—Vamos, Jake. Pronto tendrás veinticinco y los veinticinco son la mejor edad para que un hombre se case. No puedes seguir dejando escapar las cosas así. Llama a esa chica de inmediato y dile que venga. Vamos a ver qué se puede hacer. Si, eso es lo que vamos a hacer. Vamos a ver qué se puede hacer.

Jake sacudió la cabeza. El padre no vio el movimiento, no estaba mirándolo. Estaba mirando lejos, tenía los ojos fijos en algún punto distante más allá de Jake; la misma mirada que tenía en el holograma que Jake conservaba sobre su escritorio.

—No, papá.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Tengo veintisiete, papá. Pasaron tres años.

—¿Cómo? ¡Ah, sí! Bueno, llama a esa chica de cualquier modo. No está bien, Jake, que un muchacho de tu edad deje escapar las oportunidades. Llámala, ahora mismo.

—Papá, hace tres años que no la veo.

—¿Qué quieres decir con eso? Ayer mismo... —Se interrumpió. Pareció tambalear por un momento—. Eso fue hace algún tiempo ¿no es cierto, Jake?

—Sí, papá.

Se quedaron sentados en silencio por un rato, tomando el vino; uno con los ojos fijos en el otro y el otro con la mirada perdida en el espacio.

—Papá...

—Jake —lo interrumpió el viejo—. Jake ¿no la habrás olvidado, no?

—¿Si no habré olvidado a quién?

El padre se puso colorado.

—A tu madre, Jake. —Tomó aire y lo espiró lentamente. Jake podía sentir, confusamente, que algo se agitaba en el pecho de su padre. Algo que no parecía enteramente carnal—. ¿Te ocupaste de ella, Jake?

—Murió un año después que tú, papá. Estaba enferma.

—Deberías ocuparte de ella, Jake —continuó el padre, sin hacer ninguna pausa, sin haber oído lo que le dijera Jake, aparentemente—. Ella fue buena contigo. Y también conmigo, ya lo sé. No cualquier mujer se queda tanto tiempo como ella junto a un hombre.

—Papá, está muerta.

—Tienes que cuidarla, Jake. Ocupate de que nunca sufra como yo. ¿Te ocuparás de eso, no es cierto?

—Papá...

Pero su padre no lo escuchaba.

No, no era eso. Simplemente no comprendía.

—Las cosas han cambiado, papá —dijo Jake suavemente.

El padre lo miró. Tenía los ojos en blanco; podía ver la luz que centelleaba a sus espaldas. Algún tipo de plástico brillante.

—Las cosas han cambiado —repitió.

—Tonterías. Claro está, el smog está peor que nunca pero ¿y tú? ¿Y tu hermana Anne? No, ustedes siguen siendo los mismos. Los dos, igual que ayer, igual que siempre. —El viejo se rió, acercó el vaso a sus labios y bebió—. No, no. Ustedes no cambiaron. Nada cambió.

—Papá ¿por qué anduvieron mal las cosas entre nosotros?

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con que anduvieron mal?

—Tú nunca me prestaste atención, ya lo sabes; ahora mismo, no escuchaste ni una palabra de lo que dije.

—Eso no es verdad, Jake, no es verdad. Yo oí todo lo que dijiste, todo. Estás equivocado.

—No estoy equivocado, papá. Todo ese discurso que acabas de hacer, fue el que pronunciaste antes de morir, cómo tenía que cuidar a mamá. Pero ella está muerta, papá. Ella está muerta.

—Y tú deberías ocuparte de ella; lo sabes bien.

—Ni una palabra de lo que dije.

—Tonterías. Tonterías.

—Ni una palabra. NI una palabra. No puedes oírme.

—Oí todo.

—Pero no puedes comprender, nunca vas a comprender, nunca más.

—¿De qué estás hablando, Jake?

—No puedo cambiarte. Tu recuerdo me hace daño y quise arreglarlo, quise transformarlo en un buen recuerdo... pero no puedo. No puedo cambiarte, como tampoco puedo cambiar ese recuerdo. Dios mío.

—Jake, Jake. Eres tan joven. Ya verás, dentro de unos pocos años...

—Tengo veintisiete, papá. Y no hice nada con mi vida mientras estuve en tus manos.

—¿Cómo puedes tener veintisiete? ¿Cómo no voy a saber la edad de mi propio...?

El viejo se interrumpió, parecía confuso. Jake suspiró y sacó el cilindro del bolsillo.

—¿Jake? Todo anda mal ¿no es cierto, Jake? Miró a Jake con los ojos muy abiertos y asustados. No los ojos que Jake había temido cuando era más joven; esos ojos sólo existían en un lugar, y allí existirían siempre, siempre iguales, hasta que, ahora lo comprendía, meditase y reflexionase lo suficiente.

—Sí, papá. Todo anda mal. No eres más que un recuerdo —dijo Jake mientras hacía los ajustes necesarios en la perillita del cilindro.

La sala de espera no estaba tan llena como el día anterior. La muchacha negra no parecía demasiado atareada pero su expresión estaba lejos de manifestar alivio. Tenía el ceño fruncido y parecía preocupada y no alteró del todo la expresión cuando Jake se acercó a su escritorio con su padre atrás, arrastrándose con movimientos mecánicos y bruscos. Miró a Jake con aire de sospecha, como alguien que empezase a contemplar con cinismo a sus suplicantes, y señaló con la cabeza a ese simulacro de viejo.

—¿Qué pasa con él?

—Apagué el circuito de recuerdos. De acuerdo con las instrucciones, según creo. Ahora es sólo un robot.

Le entregó a la chica el cilindro y ella lo colocó entre los dos, sobre el escritorio.

—¿Qué les ocurrió a todos los demás? —preguntó Jake.

—Se corre la voz rápidamente —contestó ella—. Creo que los vampiros volvieron a arrastrarse debajo de las rocas.

—¿Qué?

—No importa. Parece que Invocaciones S.A. está por cerrar.

—Es una pena. Pero es un negocio que va al muere.

Ella gruñó y trató de ignorarlo. Como no se iba, levantó la vista ceñudamente para mirarlo.

—Bueno ¿qué más?

—Una sola cosa más —dijo Jake, volviéndose para mirar a la cáscara que tenía a sus espaldas—. ¿A quién debo dirigirme para un servicio fúnebre?

Antología de Ciencia Ficción 2003

Título original: *Funeral Service*

Arthur C. Clarke - UN PROCESADOR DE TEXTOS ACCIONADO POR VAPOR

Prólogo

Es muy escaso el material existente en torno a la notable carrera del hoy casi olvidado genio de la ingeniería reverendo Charles Cabbage (1815-188?), el que fue pastor de la parroquia de St. Simians, en el pueblo de Far Tottering, Sussex. Sin embargo, tras muchos años de búsqueda exhaustiva, he descubierto algunos datos nuevos que, a mi juicio, deberían ponerse en conocimiento de un público más amplio.

Quisiera expresar mi gratitud a miss Drusilla Wollstonecraft Cabbage y a las buenas señoras de la Sociedad Histórica de Far Tottering, cuyos apremiantes deseos de desvincularse de muchas de mis conclusiones yo respeto y comprendo.

Ya en 1715, *The Spectator* hace mención de la familia Cabbage (o Cubage) como rama menor de los Coverley (gente siniestra, lamentablemente, aunque el propio sir Roger quede al margen). Consiguieron amasar rápidamente una enorme fortuna, como otros muchos miembros de la aristocracia británica, gracias a sus sabias inversiones en el negocio de los esclavos. Hacia 1800, los Cabbage eran la familia más opulenta de Sussex, y de Inglaterra según decían algunos, pero, dado que Charles era el menor de once hermanos, no tuvo más remedio que entrar en la Iglesia sin muchas esperanzas de heredar algo de la fortuna de los Cabbage.

No obstante, antes de cumplir los treinta años, el titular de la parroquia de Far Tottering experimentó un importante cambio de fortuna debido al prematuro fallecimiento de cada uno de sus diez hermanos, en una serie de trágicos accidentes.

Este giro en su vida, que, a los comentaristas contemporáneos les gustaba llamar «la maldición de los Cabbage», guardaba una relación muy estrecha con la magnífica colección de armas medievales, venenos orientales y reptiles mortíferos del pastor. Lógicamente, estos desdichados accidentes dieron pie a numerosos comentarios maliciosos, y podrían ser la razón de que el reverendo Cabbage optara por conservar la protección de sus Ordenes Sagradas, al menos hasta su brusca partida de Inglaterra¹.

También cabría preguntarse por la razón que movió a un hombre de tan gran riqueza y tan escasas obligaciones públicas a dedicar la mayor parte de sus años fértiles a la construcción de una máquina de increíble complejidad, cuya finalidad y manejo sólo él comprendía. Afortunadamente, el reciente hallazgo de la correspondencia Faraday-Cabbage en los archivos de la Royal Institution arroja nueva luz sobre este punto. Leyendo entre líneas, se puede deducir que el reverendo odiaba la tarea de redactar las dos horas de sermón semanal, jugando siempre con los mismos temas fundamentales, ciento cuatro veces al año. (El reverendo dirigía además la parroquia de Tottering-in-the-Marsh, pob. 73.) En un momento de inspiración, que debió de producirse hacia 1851, probablemente después de visitar la Exposición Universal, aquella maravillosa muestra del saber hacer victoriano, Cabbage concibió la idea de una máquina que organizara automáticamente masas de textos diferentes en cualquier orden que se deseara. De esta forma podría componer cualquier número de sermones a partir del mismo material básico.

El proyecto, muy tosco en sus comienzos, fue adquiriendo con el tiempo una gran sofisticación. Aunque, como veremos, no llegara nunca a terminar la versión definitiva de su «Telar de palabras», planeó con todo detalle una máquina que no sólo funcionara con

párrafos por separado, sino también con frases independientes. (No paso nunca a la siguiente fase, la de palabras y letras, aunque hace referencia a la posibilidad de llevarla adelante en su correspondencia con Faraday, considerándola su objetivo Último.)

Una vez terminado el proyecto del telar de palabras, el inventivo clérigo inició su construcción. Su habilidad mecánica nada habitual, más bien deplorable según algunos, había quedado bien patente en las ingeniosas trampas con las que protegía sus enormes fincas y con las que eliminó al menos a otros dos pretendientes a la herencia familiar.

Llegado a este punto, el reverendo Cabbage cometió un error que puede haber cambiado el curso de la tecnología, si no de la historia. Ahora, gracias a la perspectiva que nos ofrece el tiempo, nos resulta obvio que sus problemas sólo los podía haber resuelto la electricidad. Hacía ya varios años que se venía utilizando el telégrafo de Wheatstone, y Cabbage mantenía correspondencia precisamente con el genio que había descubierto las leyes fundamentales del electromagnetismo. ¡Qué raro nos parece ahora que no viera la respuesta, cuando la tenía ante sus propias narices!

Sin embargo, debemos recordar que el bueno de Faraday se adentraba en ese momento en la década de senilidad que precedió a su muerte en 1867. Muchas de las cartas que han sobrevivido hasta nuestros días giran en torno a su extravagante credo, la ya extinguida religión «sandemanista», que era algo que sacaba de quicio a Cabbage.

Asimismo, el pastor mantenía contacto diario, o por lo menos semanal, con una tecnología muy desarrollada que habla ido perfeccionándose a lo largo de más de mil años. La iglesia de Far Tottering gozaba entre sus pertenencias de un magnífico órgano con veintiún registros contruidos por el mismo Henry Willis que en 1875 fabricara la obra maestra que se encuentra en el Palacio Alexandra, al norte de Londres, y que Marcel Dupre elogió como el mejor órgano de concierto del mundo². Cabbage no lo tocaba mal del todo y conocía a la perfección su intrincado mecanismo. Estaba convencido de que, uniendo una serie de tubos neumáticos, válvulas y bombas, podría controlar todas las operaciones de su futuro telar de palabras.

Fue un error fatal, aunque comprensible. Cabbage habla pasado por alto el hecho de que la lenta velocidad del sonido, unos insignificantes trescientos treinta metros por segundo, reduciría la velocidad operativa de la máquina a un nivel de rendimiento prácticamente nulo. Como máximo, la versión definitiva podía haber alcanzado así un índice de transmisión de datos de 0,1 Baudio, con lo que la elaboración de un solo sermón requerirla nada menos que diez semanas.

Pasaron varios años antes de que el reverendo Cabbage se diera cuenta de esta limitación fundamental. Al principio creía que simplemente con aumentar la potencia disponible podría darle una aceleración indefinida a la máquina. La versión definitiva absorbía toda la energía de una enorme trilladora de vapor, tosco antecedente de nuestros tractores y cosechadoras.

Éste es un buen momento para resumir lo poco que se sabe acerca de la mecánica del telar de palabras. Para ello, tenemos que fiarnos de la información algo tendenciosa aparecida en el *Totterings Bulletin*, del que sólo se conservan algunos ejemplares del período comprendido entre 1860 y 1880, años cruciales para nuestro estudio, y de las notas esporádicas y fragmentos de la correspondencia aún existente del reverendo. Irónicamente, en 1942 todavía se conservaba una buena cantidad de piezas de la máquina definitiva, pero fueron destruidas cuando un a bomba incendiaria de la Luftwaffe redujo a cenizas la ancestral mansión de Tottering Towers³.

La «memoria» de la máquina se basaba en las tarjetas perforadas de un telar jacquard para estampado de tapicerías, cosa nada extraña pues no existía otra alternativa posible en aquella época. A Cabbage le gustaba decir que tejería pensamientos igual que aquel telar tejía tapicerías.

Cada línea de salida constaba de veinte, y posteriormente treinta, caracteres que el operador veía a través de unas ventanillas y que iban colocados sobre unas ruedas giratorias.

Los principios que regían el SOT (Sistema Operativo por Tarjetas) de la máquina no han llegado hasta nosotros y parece, lo cual no es nada sorprendente, que el mayor problema al que se enfrentaba Cabbage era el de colocar, retirar y poner al día las diferentes tarjetas. Terminado el texto en cuestión, era fundido en tipos de plomo para su posterior impresión. Este sorprendente clérigo construyó una linotipia rudimentaria por lo menos diez años antes de que la patentara Mergenthaler en 1886.

Antes de que la máquina estuviera lista para ser utilizada, Cabbage se encontró con la ingente tarea de perforar en las tarjetas, además de la Biblia entera, todo el Concilio de Cruden, pero encargo este trabajo, a cambio de unos emolumentos irrisorios, a las viejecitas del Hogar de Descanso para Vecinos de Edad Avanzada, hoy discoteca y club de breakdance, de Far Tottering. Otra desconcertante primicia que se anticipa en unos doce años a la famosa mecanización del Censo de Estados Unidos, ideada por Hollerith en 1890.

Pero en ese mismo momento llegó la ruina. Habiendo oído, y no por primera vez, extraños rumores sobre la parroquia de Far Tottering, nada menos que el arzobispo de Canterbury en persona visitó al ya obsesionado pastor. Se comprende que se quedara atónito al descubrir que el órgano de la iglesia había quedado incapacitado para desarrollar su función original al menos por cinco años. Cantuar, indignado, lanzó un ultimátum: o desaparecía el telar de palabras o se marchaba el reverendo Cabbage (mejor que se fueran los dos; se hablaba ya de exorcismo y de volver a consagrar la iglesia).

El dilema provocó, al parecer, una crisis en el ya desequilibrado clérigo, que intentó una última prueba con la enorme e ingobernable máquina, que ya ocupaba todo el crucero oeste de St. Simians. Pese a las protestas de los granjeros, pues era la época de la cosecha, la inmensa máquina de vapor, con sus piezas de cobre relucientes, fue remolcada hasta la iglesia y una vez allí pasaron la correa de transmisión a través del hueco que habían dejado al retirar algunas de las vidrieras de su sitio.

El reverendo tomó asiento ante la irreconocible consola (no puedo resistirme a la idea de imaginarme activando el sistema a golpe de pedal) y empezó a teclear. Las ruedas con los caracteres empezaron a dar vueltas ante sus ojos formando frases lentamente, línea a línea. En la sacristía, los crisoles con el plomo fundido aguardaban las órdenes que les llegarían trabajosamente con cada chorro de aire procedente del órgano.

—¡Más rápido, más rápido! —gritaba el pastor, impaciente, mientras los obreros arrojaban paletadas de carbón en aquel monstruo que no dejaba de vomitar humo en el patio de la iglesia.

La correa, como una larguísima culebra atrapada en la ventana, se retorció sobrecargada, arriba y abajo, bombeando un caballo de vapor tras otro hacia el forzado mecanismo del telar.

El resultado era previsible. Algo, en alguna parte de las entradas del inmenso aparato, se rompió. En sólo unos segundos, la desgraciada máquina se hizo pedazos. Según testigos presenciales, el pastor tuvo suerte de escapar ileso.

El posterior desenlace fue tan rápido como inesperado. El reverendo Cabbage abandonó la Iglesia, a su mujer y a sus trece hijos, y se fugó a Australia con su primer ayudante, el herrero del pueblo.

A juicio de aquellos victorianos, tan preocupados por la conciencia de clase, era imperdonable que se hubiera asociado a un vulgar obrero (incluso un lacayo habría sido más aceptable). El nombre de Charles Cabbage fue desterrado de la sociedad elegante y se desconoce cuál fue su destino final, aunque llegaron algunas noticias según las cuales se había hecho capellán de Botany Bay. Y también es seguramente apócrifa la leyenda que

corre sobre su muerte en el desierto australiano, provocada por una máquina esquiladora de su invención que se volvió loca.

Epílogo

La sección de libros raros del Museo Británico posee el único ejemplar conocido de los Sermones a vapor del reverendo Cabbage, que, según viene tradicionalmente alegando su familia, fueron elaborados por el telar de palabras. Desgraciadamente, no hace falta un estudio en profundidad para ver que no es así. A excepción de las últimas páginas, 223-4, resulta evidente que el volumen se imprimió en una prensa plana.

Pero las páginas 223 y 224 son una clarísima interpolación. La impresión es muy desigual y el texto está repleto de faltas de ortografía y errores tipográficos.

¿Se trata, acaso, del único producto existente del más notable, y peor encaminado, esfuerzo tecnológico de la era victoriana? ¿O es un fraude deliberadamente creado para hacernos creer que el telar de palabras funcionó de verdad una vez por lo menos, aunque lo hiciera mal?

Nunca sabremos la verdad. Pero, como inglés que soy, me siento orgulloso de que uno de los inventos más importantes de nuestra época fuera ideado por primera vez en las Islas Británicas. De haber tenido un desenlace más feliz, Charles Cabbage probablemente sería ahora tan famoso como James Watt, George Stevenson o incluso Isambard Kingdom Brunel.

1. Los estudios Ealing desmienten el rumor, plausible por otro lado, de que el filme *Kind Hearts and Coronets*, de Alec Guinness, estuviera inspirado en estos sucesos. Es sabido, sin embargo, que por un momento se llegó a pensar en Peter Cushing para el papel del reverendo Cabbage.

2. Desde 1970, mi infatigable hermano Fred Clarke, con la colaboración de músicos del prestigio de sir Yehudi Menuhin (quien ya ha dirigido en tres ocasiones el *Mesías* de Haendel con este fin), encabezaba la campaña para devolver su importancia a este magnífico instrumento.

3. Sólo unas pocas piezas, como dos o tres ruedas dentadas y lo que parece ser una válvula neumática, siguen en posesión de la Sociedad Histórica del pueblo. Estas patéticas reliquias me trajeron el vivo recuerdo de otra famosa máquina que pudo haber supuesto otro gran descubrimiento tecnológico: el famoso Ordenador Anticythera (vid. Derek de Solla Price, *Scientific American*, julio 1959) que vi por última vez en el sótano del museo de Atenas. Mi insinuación acerca de que se trataba del objeto más importante del museo, no fue bien recibida.

4. Cómo se enteró D. H. Lawrence de este lance sigue siendo un misterio. Como ya es sabido, al principio él había pensado, como protagonista de su novela más famosa, no en lady Chatterley, sino en su marido. Sin embargo, prevaleció el buen juicio y la conexión con el asunto Cabbage sólo se descubrió cuando Lawrence, imprudentemente, se lo contó en secreto a Frank Harris, quien inmediatamente lo publicó en el *Saturday Review*. Lawrence no volvió a hablar con Harris, lo que para entonces poco le importaba ya.

Título original: *The Steam-Powered Word Processor* © 1985

John D. Clark - PLANETA NEGATIVO

1

Ahora que todo ha concluido y hemos evitado lo peor de las posibles consecuencias, nos preguntamos por qué tardamos tanto en comprender lo que estaba sucediendo, al fin y al cabo, pudo preverse. Sabíamos que la posición del hombre en el universo era bastante precaria y que la misma existencia de la materia no era mucho más estable. Especifiquemos: lo sabíamos, pero no lo comprendíamos. Hay aquí una diferencia, y ésta casi fue suficiente para eliminar, no sólo al hombre sino a la Tierra de la historia del Cosmos.

Las advertencias fueron bastante claras. Duraron varios años. Los biólogos observaban que la evolución de la vida animal y vegetal en el hemisferio norte se aceleraba constantemente debido, según parece, al incremento gradual y por completo inexplicable de la intensidad de los rayos cósmicos que llegaban desde la posición aparente de la estrella polar.

Estos rayos multiplicaron el número de mutaciones en el plasma germinal de toda materia viviente expuesta a ellos. Nuevas variedades de plantas, animales espantosos, extraños monstruos nacidos de hombres y mujeres normales llegaban al mundo en proporción cada vez mayor. Esto también tenía sus ventajas, como es natural. La mayoría de las nuevas variedades vegetales y animales eran bastante útiles, y entre los seres humanos nacieron genios además de monstruos. Pero, hablando en general, a los habitantes del planeta esta situación no les agradó. Y a los científicos menos aún. No podían explicarla... y cuando un científico no puede explicar algo, es fácil que ello le moleste. Le hace parecer un estúpido.

El 15 de enero de 2156, el astrofísico doctor James Carter tuvo, literalmente, el primer chispazo de luz. En ese momento estaba trabajando con el nuevo reflector de quinientas pulgadas del observatorio del Monte McKinley y notó un oscurecimiento de la placa fotográfica del espectrómetro enfocado hacia la estrella polar, en el cielo septentrional. Repitió la observación y obtuvo el mismo resultado: un oscurecimiento uniforme en toda la banda del espectro.

—¡Es como si se hubiera velado la maldita placa! —le dijo a su asistente—. No conozco ninguna fuente de luz que dé un espectro continuo desde los infrarrojos hasta los rayos cósmicos, siendo estos últimos los más poderosos. ¡Parece que no tenga ninguna raya..., como si allí hubiera un cuerpo calentado a varios billones de grados centígrados!

El asistente, el doctor Michael Poggenpohl —más conocido como Doc Mike—, arrugó su diminuta nariz y se rascó la rojiza melena.

—¡Eso es absurdo! —comentó—. Un cuerpo tan caliente en la superficie ya habría desaparecido. A propósito, Jimmy, ¿dónde lo ha localizado?

Jimmy dio la vuelta a su metro ochenta y siete de estatura de jirafa, abandonando su acostumbrada postura de meditación (solía tumbarse cuan largo era en un sofá), encendió un cigarrillo y gruñó. No fue un sonido agradable, pero tampoco lo era su humor, ni la expresión de su rostro algo fatigado.

—Necesito ahora mismo información sobre dónde está esta supuesta fuente de luz. ¿Querrás llamar a los observatorios de Marte y Venus para que lleven a cabo observaciones simultáneas del cielo septentrional? No, no quiero un espectro. Tengo un espectro y eso es lo que me ha desconcertado. Sólo pido una sencilla observación fotográfica. Sea lo que fuere, todo lo que este objeto emite parece impresionar la placa. Y

quiero saber *dónde* está. El problema de qué es puede esperar. ¡Muévete, pequeño, y haz como si merecieras el dinero que te paga la facultad de ciencias!

Mike levantó la nariz con impertinencia y se dispuso a obedecer.

—¿Qué me dices de la pasta que desperdician tontamente contigo? —preguntó con amabilidad.

—No se desperdicia, viejo. A los genios hay que mantenerlos. ¡Y yo soy el genio!

—Eso me preguntaba. Creí que era el tío de alguien. De acuerdo, voy a enviar en seguida los mensajes. El operador del haz óptico podrá establecer contacto directo con Marte, pero Venus se halla ahora al otro lado del Sol y habrá que utilizar una estación repetidora.

—¡No me molestes con nimiedades! ¡Vete y déjame pensar en paz!

—Querrás decir holgazanear —comentó Mike antes de salir.

Pero Jimmy no holgazaneó cuando hubo salido el otro. Tomó una docena de libros de consulta, una regla de cálculo, un bloc de papel y olvidó en seguida cuanto le rodeaba. En tal estado permaneció varias horas y apenas había vuelto al mundo cuando regresó Mike con las placas televisadas desde los otros observatorios. Todas mostraban lo mismo: un intenso punto de luz sobre el fondo de las constelaciones septentrionales.

Evidentemente, hasta entonces había pasado desapercibido, pues era casi invisible incluso a través del telescopio más grande y sólo aparecía en la placa fotográfica, sensible a las radiaciones invisibles ultravioleta, gamma y cósmica, que integraban la mayor parte de su energía. Las placas fueron enviadas por tubo neumático a la sala de cálculos, con el ruego de que, si era posible, determinaran la distancia del cuerpo desconocido a partir de las observaciones de los tres planetas. Los dos científicos se sentaron a discutir la cuestión.

—Dime, Mike, ¿qué sabes acerca de la materia? ¿De qué está hecha?

—¿Qué es la materia? Creí que tú eras el genio. Además, ¿por qué haces una pregunta infantil a esta hora del día?

—Continúa, continúa. Yo hago las preguntas. ¿De qué está hecha la materia?

—Pues si insistes, creo que está compuesta de diversas partículas eléctricas. El átomo está formado por un núcleo pesado y positivo, con varios electrones, ligeros y de carga negativa, que flotan a su alrededor. Para ser exacto, el núcleo se compone de «z» protones y «n» neutrones, pongamos por caso. Pesan casi lo mismo, pero los protones tienen cargas positivas unidad, mientras que los neutrones son neutros. Todo el núcleo tiene una carga positiva, por tanto, de más «z». El hidrógeno común no posee neutrones, sino un único y solitario protón en el núcleo. Naturalmente, están los «z» electrones negativos que flotan alrededor del núcleo para neutralizar toda la cuestión. ¡Pero eres tú quien debería saberlo! ¡Tú creaste el procedimiento para dividir el núcleo a escala comercial a fin de generar energía!

—Sí, sí; lo sé. Pero ¿de qué está hecho un protón?

—¿Eso? ¡Bah! Parece ser un neutrón íntimamente asociado con un positrón o electrón *positivo* que no parece pesar mucho.

—Bien, examinando, ¿cuáles son las unidades fundamentales de la materia?

—¿Pero qué es esto? ¿Otro maldito examen para el doctorado? Las partículas *fundamentales* serían el neutrón, con la mayor parte de la masa y sin carga, y el positrón y el electrón, con cargas positiva y negativa respectivamente, y masa despreciable. ¿Qué más?

—Muy bien. Rollo. Ahora dime, ¿qué es la luz?

—¡Al diablo con la luz! Se me ocurren cosas mejores para discutir —conectó el comunicador, y el rostro redondo del intendente le miró desde la placa visora—: ¡Envíe dos..., no..., cuatro litros de cerveza! ¡Que esté bien fría!

Carter sonrió como un vampiro y se arrellanó aún más.

—Que sean seis litros. Pero hablo en serio. ¿Qué sucede cuando un positrón se encuentra con un electrón?

—De acuerdo —dijo Doc Mike, cansado—. La colisión de ambos genera un fotón de luz. Puede salir prácticamente con cualquier frecuencia... por lo general muy alta, radiación cósmica o gamma. ¡Espero que traigan pronto la cerveza! ¿A qué viene todo esto?

—Espera y lo verás... y prepárate para un viaje. Antes necesito la información sobre esas placas y varias observaciones tomadas con algunos días de diferencia. ¡Aquí llega la cerveza!

2

Dos semanas después, dos espantados científicos se miraban por encima de los resultados finales recibidos de la sala de cálculos. La radiofuente desconocida, que seguía emitiendo débil pero continuamente de modo particular, se hallaba a unos quince mil millones de kilómetros de la Tierra y se acercaba. A menos que los dioses de las matemáticas les hubieran abandonado por completo, al cabo de dos años chocaría con la Tierra o se acercaría tanto a ella que ésta quedaría tan destruida como si hubiera recibido un impacto directo.

El astro no era grande —no mayor que la Luna— pero su forma de radiación era singular. La de alta frecuencia es emitida por un cuerpo muy caliente. Y un cuerpo tan pequeño *no podía* estar tan caliente; debió enfriarse hacía mucho tiempo. Y si *estaba* tan caliente, la intensidad de la radiación recibida por la Tierra habría sido mucho mayor; de hecho, mayor que la recibida desde el Sol, pese al reducido tamaño del desconocido y a su gran distancia respecto de la Tierra, era sencillamente absurdo. Y tampoco lo entendían los otros astrónomos del sistema solar. No se hicieron declaraciones a la prensa, ni era fácil que ocurriera. Se impuso una rigurosa censura. El peligro era bastante grave y el pánico no serviría sino para empeorar la situación. Carter habló:

—Saldremos a echar una ojeada, Mike. En todo caso, yo lo haré. ¿Te gustaría acompañarme?

—¡Bah! Necesitas que alguien se ocupe de ti. ¿Cuándo salimos?

—Dentro de media hora. Mi nave está preparada. Además, la he equipado con muchos dispositivos nuevos. Es una buena ocasión para probarlos. ¡En marcha!

Exactamente media hora después, el cohete despegó del puerto espacial cubierto de nieve, cercano al observatorio. Era una versión experimental mejorada de los que se utilizaban en esa época, todos los cuales se basaban en el principio descubierto y desarrollado por Carter, quien hizo del viaje espacial algo más que un juego delirante. El convertidor se alimentaba con gas hidrógeno, donde terribles campos estáticos y magnéticos lo convertían en helio. El proceso generaba una energía inmensa a partir de la pérdida de masa, dando una velocidad terrible al gas de helio llameante que salía por las toberas situadas a popa de la nave. Podía mantenerse una aceleración de diez veces la de la gravedad, aunque cinco gravedades era el límite acostumbrado para cualquier desplazamiento, o menos si los pasajeros tendían a desmayarse. Cinco gravedades ya era bastante incómodo, aunque unos hombres bien entrenados podían soportarlas si no intentaban moverse de sus sillones giratorios acolchados.

El viaje transcurrió sin novedades. Al cabo de una semana, el cohete orbitaba a prudente distancia del cuerpo desconocido. Su tamaño era más o menos como el de la Luna, aunque apenas se podía distinguir su superficie, que parecía sufrir un bombardeo continuo con explosivos de altísima potencia. Tales explosiones eran sin duda el origen de las

radiaciones que habían desconcertado a los observadores. Carter y Poggenpohl se acomodaron tras las pantallas de vidrio de plomo y observaron.

—Parece una pantalla fluorescente bombardeada por electrones, Jimmy, aunque a mayor escala. El bombardeo es más intenso por el lado delantero.

—En efecto. Es como si se abriese camino a través del espacio a medida que se acerca a la Tierra. Ponte al cañón, por favor, y haz un buen disparo cuando volvamos a pasar sobre el hemisferio posterior.

—De acuerdo, aunque no entiendo qué pretendes. ¿Esperas que suene una campana, como en el tiro al blanco? Te avisaré cuando dispare, y apuntaré directamente al centro cuando nos hallemos detrás.

Transcurrió un minuto y luego se oyó:

—¡Preparado... fuego! ¡Observa!

No era necesario observar. Veinte minutos después, cuando el obús de noventa kilos golpeó la superficie del planeta vagabundo, hubo un fognazo terrible que dejó chiquitos a los observados antes.

Carter parecía contento o al menos satisfecho, y se volvió hacia su acompañante:

—Muy bien, Mike. Apagaré los cohetes y dejaré que la nave siga en órbita alrededor de este objeto singular. Mide la distancia a la superficie y el período, que yo me ocuparé de medir el diámetro. Teniendo en cuenta lo que ha pasado con ese proyectil de acero que disparaste, creo que por ahora no aterrizaremos. Podría ser malsano.

Transcurrieron varias horas, durante las cuales sólo se oyó el ruido de la calculadora y la exclamación de Mike cuando leyó el resultado final:

—¡Santo Dios, Jimmy! ¡Este pedrusco incomprensible no es mayor que la Luna y pesa tanto como Júpiter! ¿Estamos locos o está loco él?

Jimmy rió mientras ponía en marcha los cohetes para regresar a la Tierra.

—¡Lo último, Mike! Él está *loco*... por completo. Nosotros no deliramos más que de costumbre. Ponte cómodo y te lo explicaré.

—¡Ya era hora! ¿Qué era eso que tenías tan callado?

—¿Recuerdas que cuando vimos por primera vez este objeto te hice una serie de preguntas sobre la materia? Tuve una corazonada y acabo de confirmarla. Describiste el tipo de materia que nosotros conocemos. Presta atención. Dijiste que, en último análisis, el núcleo del átomo está compuesto de neutrones y positrones, y la capa exterior de electrones. Bien, pues hay otro tipo posible de materia. ¿No podría un *electrón* combinarse íntimamente con un neutrón y formar un protón *negativo*. Esta posibilidad ya se entrevió en 1934, y si mal no recuerdo el viejo incluso puso nombre a su partícula hipotética... creo que la llamó «antrón». Ahora toma varios antrones y neutrones, haz un núcleo con ellos y luego libera positrones suficientes para que la capa exterior neutralice los antrones. Así tienes un átomo con un número atómico *negativo* puesto que, naturalmente, el número atómico es el número de cargas positivas del núcleo. Y ahora crea todo un universo con estos elementos negativos. Si te conviertes en uno de ellos y vives allí, no podrás encontrar diferencias entre él y un universo normal. Las leyes físicas serán las mismas... ¡pero espera a que una parte de tu nuevo universo choque con parte de un universo corriente! ¡La que se armará! Imagínalo. ¿Qué crees que ocurrirá?

—¡Hum!... veamos. En principio, los electrones externos de nuestra materia neutralizarán los positrones externos de la materia opuesta, liberando una cantidad endemoniada de luz u otra radiación, ya sea ultravioleta, gamma, cósmica o algo por el estilo. Luego chocarán los núcleos. No ocurrirá nada con ambos grupos de neutrones. Pero los positrones de los protones neutralizarán los electrones de los antrones; se producirá otro estallido de radiación y sobrará un montón de neutrones. De modo que el saldo será una

emisión de neutrones acompañada de gran cantidad de radiación. ¿Qué opinas? Esa cosa que está allá —señaló hacia el planeta anómalo que dejaban detrás— ¿habrá salido de un universo opuesto?

—Creo que sí. Presenta todos los síntomas. Hace mucho, mucho, sólo el cielo sabe cuánto, escapó de alguna nebulosa del espacio exterior, una nebulosa que se formó a la inversa y se dirigió hacia aquí. Y aquí está. La superficie recalentada es consecuencia de su contacto con el polvo cósmico, esas pequeñas partículas de materia que llenan todo el espacio. Cuando capta alguna se produce una explosión; todas las partículas cargadas son neutralizadas y se emite luz. Ha sumado algunos neutrones a su colección. Probablemente caen hasta el centro de gravedad del objeto. Por eso es tan infernalmente pesado.

—Entonces, maestro —Mike tenía una idea—, sin duda era un planeta bastante normal cuando comenzó sus viajes. ¡Salvo que se formó a la inversa! Apuesto a que sería aproximadamente como la mitad de la masa de Júpiter entonces, y supongo aproximadamente la mitad del volumen. Pero cada vez que se topaba con partículas de materia normal se encogía y se hacía más pesado. La masa de los positrones y los electrones perdidos sería poco considerable, para preocuparse y, en término medio, recogería un neutrón por cada uno de los suyos liberado de un núcleo. Conque ahora está prácticamente agotado: queda una terrible aglomeración de neutrones y muy poca materia opuesta. Los neutrones ocupan la mayor parte de la masa y la materia opuesta ocupa casi todo el espacio. Los neutrones no poseen un volumen considerable.

—En efecto; por lo que ahora tiene aproximadamente el doble de la masa inicial y una fracción ínfima de su volumen original. Cuando el resto de la materia opuesta quede neutralizado, será más pesado y tan pequeño que resultará totalmente invisible. Quizás había algunos centímetros cúbicos de neutrones o una pequeñez absurda por el estilo, para toda esa masa. ¡Será mejor que nos demos prisa! No sería muy divertido que la neutralización se hiciera a costa de la materia de la Tierra! ¡Sujétate bien... allá va la aceleración!

3

Diez días después. Carter y Poggenpohl presentaron su informe al departamento de ciencias de los Estados Unidos de América, y dos días más tarde asistieron a una reunión de emergencia con los asesores científicos de todos los gobiernos del mundo. Carter tenía la palabra.

—Ustedes ya ven la situación, señores. Todos comprenden las bases teóricas del fenómeno y saben que los observatorios del mundo y de los otros dos planetas habitados han verificado nuestras observaciones telescópicas. Por otra parte, no olvidemos el fenómeno registrado cuando el proyectil de quince centímetros chocó con este... este...

—Llámalo «Gus» —murmuró Mike irrespetuosamente.

Jimmy le fulminó con la mirada y prosiguió:

—Planeta negativo. No se me ocurre otra teoría distinta que explique el comportamiento de este cuerpo anómalo. La mayoría parece inclinada a aceptar la que el doctor Poggenpohl y yo hemos expuesto —miró en torno y sólo vio una sucesión de movimientos de renuente afirmación—. Entonces la pregunta es, ¿qué hacer? El problema sería grave aunque se tratase de materia normal. Pero en ese caso resultaría posible fijar al intruso una batería de grandes cohetes, desviando lo suficiente su rumbo para hacerlo pasar a una distancia prudencial de la Tierra. ¿Pero que hacer con una cosa que no se puede tocar sin ser aniquilados? Y, si no la tocamos, también lo seremos, Al menos la Tierra y los que no puedan huir a otros planetas, es decir el noventa y nueve por ciento de la población. Ya saben que nuestras flotas de cohetes reunidas no serían suficientes para evacuar al uno por

ciento de la población de la Tierra en el tiempo de que disponemos. Y aunque pudiéramos hacerlo, los demás planetas apenas son habitables por el hombre y no podrían albergarnos a todos.

—Ante todo hay que mantener en secreto la situación, al menos por el momento — afirmó el delegado ruso—. Si no lo hacemos, las multitudes asaltarán los pocos cohetes de que disponemos, y la mitad de la población mundial morirá en pocos días de pánico. Y los cohetes serían destruidos. No nos servirían de nada.

—Eso es indiscutible —dijo el delegado de los Estados Federados de Europa—. ¿Puedo considerar aprobado por unanimidad este punto?

Hubo otro coro de asentimientos, esta vez más entusiasta.

—¿Alguien tiene idea de cómo desviar a este... planeta negativo de su trayectoria?

Hubo un largo silencio, y luego Mike se puso en pie, con la cabellera pelirroja erizada por lo que parecía una idea.

—Señores, hay un modo de sacar a nuestro pariente descarriado de su rumbo: golpearlo con algo pesado que se mueva con rapidez suficiente.

—¿Y qué sucederá con esa cosa, sea lo que fuere? ¿No será aniquilada?

—No sin ejercer su efecto. Todos los electrones y positrones desaparecerán; dejará de ser materia normal, pero quedarán los neutrones, animados del impulso inicial.

—De acuerdo, *Herr Poggenpohl*, pero, ¿qué proyectil puede ser bastante grande para ejercer algún efecto? ¡Si todas las naves espaciales del sistema solar le disparasen con sus cañones más pesados durante un año, no lograrían modificar en absoluto su rumbo! ¡Al fin y al cabo, tiene tanta masa como Júpiter!

—Tenemos a nuestro alcance un proyectil que sería lo bastante grande como para desviarlo apreciablemente: ¡La Luna! Podemos prescindir de ella. Sólo sirve para provocar mareas. ¡Colocar tubos de cohetes en la Luna, desviarla de su órbita y golpear al intruso para que cambie de rumbo y caiga hacia el Sol! Puede resultar, si lo golpeamos mientras se halle todavía lejos de nuestro sistema.

El consejo se quedó boquiabierto ante esta propuesta, y hubo un tumulto de gritos excitados que se apagaron poco a poco a medida que la tremenda magnitud del plan penetró en la imaginación de los científicos reunidos. Nadie pensó en someter la propuesta a votación formal. Al cabo de veinte minutos, la reunión se había convertido automáticamente en un grupo de trabajo que discutía con acaloramiento sobre medios y recursos, y donde las calculadoras, los libros de consulta, la mecánica estelar, la teoría de los quanta y las palabrotas en varios idiomas representaban un papel señalado.

Carter golpeó la mesa dando voces para reclamar la atención de los que discutían.

—Señores —dijo—, propongo que sometamos nuestro plan a los distintos gobiernos a fin de obtener su cooperación en la ejecución de nuestro proyecto. También quiero señalar que en adelante la publicidad no puede perjudicarnos, puesto que tenemos una solución practicable. Además, aunque no publiquemos ningún comunicado, los astrónomos aficionados revelarán el secreto muy pronto. Por último, deseo proponer que solicitemos al presidente de los Estados Unidos una aparición televisada para explicar la situación al pueblo, solicitando su colaboración y asegurándole que la situación está, por así decirlo, en buenas manos.

Los científicos reunidos le miraron con asombro, asintieron distraídamente y reanudaron su discusión con más violencia que antes. Carter sonrió a Mike, encendió un cigarrillo y salió de la sala en busca de un comunicador situado en lugar discreto, para que su mensaje llegara al presidente lejos de tanto alboroto.

El presidente comunicó el peligro al mundo en una de sus famosas pláticas de familia, que concluyó rogando a todos que cumplieran tranquilamente con sus obligaciones

normales, salvo si fueran llamados a colaborar de algún modo con los científicos ocupados en lo que parecía un proyecto sensato para salvar el planeta. Los jefes de los demás gobiernos del planeta pronunciaron discursos parecidos.

Como era de esperar, la mayor parte de la población mundial no prestó atención a los discursos, al ser totalmente incapaz de comprender la situación. La Tierra nunca había sido destruida y, en consecuencia, no podía serlo y los científicos estaban tan locos como siempre. Esa actitud fue adoptada por la mayor parte de los habitantes del globo: las amplias masas medias.

Pero también hubo otras actitudes. De un lado, estaban los seres dotados de suficiente seso para comprender el peligro y las medidas que se adoptaban contra él. Eran los científicos, los ingenieros y los técnicos del mundo y los sectores instruidos de las demás clases de la población.

De otro lado, estaban los desequilibrados, los fanáticos y los ignorantes, que debían ser instrumentos de los dos primeros grupos. Hubo desórdenes sin motivo, sólo porque estaban asustados; intentaron resarcirse en dos años por el aburrimiento de sus vidas, sin comprender que éste se debía, en gran parte a la cortedad de sus intelectos. Algunos, más pasivos que los demás, se limitaron a emborracharse. Una minoría se dedicó a dificultar activamente la tarea necesaria.

Uno de ellos, llamado Obidiah Miller, que según se rumoreaba había sido jinete de «rodeos» en las Montañas de Tennessee, fue el más virulento. Era un ignorante, pero tenía una astucia innata que, combinada con sus sorprendentes facultades oratorias y su fanatismo religioso, ejerció una influencia tremenda sobre los sectores más ignorantes y crédulos de la población.

Los fanáticos siempre son escuchados por los tontos, de los cuales existe provisión inagotable. Cuando se reveló el peligro, los elementos inteligentes de la plebe llegaron a la conclusión de que era razonable colaborar con los científicos que trataban de evitarlo. Los fanáticos proclamaron, y los tontos creyeron, que la inminente calamidad era el juicio de Dios sobre un mundo impío. Protestaron sobre todo afirmando que la Luna no debía moverse. En primer lugar, porque no podía ser movida; en segundo, porque el Señor no deseaba que eso ocurriera y, tercero, porque si al parecer Dios había dispuesto que el planeta negativo destruyese la Tierra a causa de su impiedad, sería una blasfemia intentar siquiera evitar el choque.

—¡Cómo, hermanos! ¿Acaso pretendéis diferir el Día del Juicio Final anunciado en las Sagradas Escrituras? ¿Intentáis —su acento de palurdo del sur fluía sobre la multitud de rostros ovejunos— evitar el día en que los justos serán exaltados a la diestra de Dios y los réprobos arrojados al infierno? ¿Permitiréis que los impíos, entrometidos en misterios que es mejor dejar de lado, intenten detener la todopoderosa mano de Dios? ¡Destruid los puertos espaciales! ¡Romped los cohetes! ¡Acabad con los idólatras!

Un rumor recorrió la multitud mientras Mike y Jimmy se alejaban.

—Parece que los «idólatras» somos nosotros —comentó Mike mientras se acercaban con precaución a un edificio—. Yo aconsejaría, con el debido respeto a las convicciones religiosas de este señor, que se tomaran algunas medidas. Con un hacha, por ejemplo, antes de que empiece a paralizar las obras.

—Parece razonable. Personalmente no deseo ser un mártir de la ciencia, a menos que fuese absolutamente necesario. Llamemos al jefe de la policía federal y hagamos que detenga a nuestro amigo y disperse su congregación. Y no estarían de más algunos guardias con ametralladoras en los puertos espaciales, ¡No nos sobra tiempo para que nos molesten los tontos!

En días siguientes hubo una racha de redadas contra las reuniones de protesta seudoreligiosa, y se echó mano a los fanáticos más exaltados, incluido Obidiah Miller, que fue amablemente recluido en un manicomio. Los puertos espaciales fueron dotados de guardias, así como los científicos más importantes que trabajaban en la gigantesca empresa. Hubo algunos intentos de sabotaje o asesinato, pero todos fracasaron.

El trabajo apremiaba. El observatorio astronómico de la Luna fue desmontado y trasladado a la Tierra, lo mismo que la mayoría de los valiosos accesorios del puerto espacial selenita. Desde el desarrollo de la energía atómica, dicho puerto no era tan necesario como lo fue en los viejos días de los cohetes a combustión. Luego las grandes perforadoras atómicas, conducidas por hombres que vestían trajes protectores, dieron comienzo a la excavación de los profundos pozos que servirían de tubos para los cohetes. Abrieron unos cincuenta, paralelos en su mayoría, y algunos en ángulos divergentes para servir de mecanismo direccional del inmenso vehículo espacial en que estaban convirtiendo la Luna. En el fondo de los pozos instalaron las cámaras de reacción revestidas con material refractario, así como el sistema automático de alimentación, por el cual millones de toneladas del mismo satélite serían llevadas hasta las cámaras de reacción. Allí los elementos más ligeros, como el oxígeno, el silicio, el aluminio, etc., serían convertidos en vapor de hierro, que saldría por las toberas a impulsos de la energía atómica liberada en el proceso. El hierro propiamente dicho, aunque abundante en la Luna, no servía como combustible pues, en cuanto a las transmutaciones *atómicas* es el más estable de todos los elementos. Todo el sistema de alimentación funcionaba automáticamente, aunque los mandos eran dobles.

El dispositivo de mando, formado por cincuenta válvulas —una por cada cohete— funcionaba a distancia por radio, desde una nave espacial que escoltaría al inmenso proyectil hasta dar en el blanco. Naturalmente, todos los tubos del cohete se disponían en un hemisferio de la Luna, pues no debía frenar una vez puesta en marcha.

La tarea de construcción exigió miles de hombres, desde trabajadores manuales hasta astrofísicos. Todos trabajaban a ritmo forzado, sin descansar por espacio de meses. Los accidentes abundaban: la excavadora atómica no figura entre las máquinas más seguras del universo, y trabajar con traje espacial siempre resulta peligroso.

Por ello, la empresa cobró un importante tributo en vidas, aunque había constante afluencia de nueva mano de obra. La tarea continuó a pesar de los accidentes. Así debía ser. Cuando un hombre moría, el cadáver era dejado a un lado si quedaba algo de él, y otro hombre ocupaba su lugar. La crónica de aquella obra sería verdaderamente épica, pero aquí no tenemos espacio para contarla.

En teoría, el plan era sencillo. La Luna sería apartada de la Tierra gradualmente —para evitar que se produjeran enormes mareas y terremotos devastadores— y trasladada al norte «por encima» del sistema solar, fuera del plano de la eclíptica. Sería impulsada hacia el planeta negativo bajo un ángulo y a una velocidad tal, que este último se desviaría de la Tierra. La masa residual de neutrones caería hacia el Sol, donde no haría daño. Se calculaba que la materia normal de la Luna vendría a neutralizar aproximadamente toda la materia negativa del planeta negativo; por ello, el residuo que iba a caer en el Sol consistiría en un pequeño planetoides de materia normal, rodeando un núcleo de neutrones terriblemente denso.

4

Corría el 6 de julio de 2157. Carter y Poggenpohl revisaban los cálculos de la trayectoria que se imprimiría a la Luna en su último viaje. Al terminar con el último decimal se relajaron.

—¡Y esto, muchacho, es lo que debe hacerse! —Jimmy arrojó el lápiz contra la calculadora y se dispuso a beberse un litro de cerveza—. Basta apretar el botón, y salvarás al mundo. Sin embargo, faltan algunos cálculos sobre el despegue inicial. De lo contrario, si somos un poco bruscos, las mareas harán que Nueva York quede cubierta por quince metros de agua y puede que el alcalde se enfade con nosotros. ¿Cuánto retraso llevan esos primates de ingenieros que construyen los cohetes de quien pronto será nuestra ex compañera de los momentos más románticos?

—Ninguno. Anoche estuvo aquí Bill Douglas y dijo que los tendría a punto dentro de dos semanas. Y todavía nos quedan tres. Se ha adelantado una semana al plan. Luego quedan algunas instalaciones más. Y no falta ningún cálculo sobre las consecuencias de las mareas. Los hice hace un mes. No será tan arduo como parece: una aceleración gradual de la velocidad lunar bastará para el alejamiento de la órbita. He proyectado los cohetes de modo que no inunden la Tierra de vapores férricos. No apuntarán hacia aquí hasta que se hallen muy lejos. Rígete por mi gráfica de encendido y tendrás éxito. Como ya calculé cómo serían las mareas, no necesitas preocuparte por ello. ¡Lo hice con esta pequeña calculadora!

—¡Y eso... pensé que yo era el único genio aquí! ¡Tendré que recomendar al alto mando que te aumente el salario quince, o quizá veinte centavos por semana!

—¡Tampoco debes preocuparte por eso! —Mike sonrió, socarrón—. Ya me he ocupado yo. El otro día cogí al jefe de buen humor y le saqué quinientos dólares de aumento. De hecho, ya están gastados. Estás invitado a beberte parte de ellos esta noche.

—Aceptado sin discusión. ¿Pero qué me dices de las mareas? ¿Serán muy graves?

—No tanto. Se excederá unos tres metros del nivel medio de la marea alta en toda la costa. Están prácticamente acabados los diques de cemento alrededor de las ciudades y vías de comunicaciones importantes que bordean la costa, y se procede a la evacuación de las demás franjas costeras. Pero tú no te has enterado. Has estado muy ocupado con esa complicada integración gráfica para saber si estabas vivo o...

El zumbido del comunicador interrumpió a Mike. Conectó y apareció en la pantalla el agitado rostro del jefe de la policía federal.

—¡Doctor Poggenpohl! ¡Obidiah Miller, el loco, escapó del manicomio anoche! No hemos conseguido localizarle. Creo que le cogemos antes de cuarenta y ocho horas, pero cúidese mientras tanto y avise al doctor Carter. Enviaré más guardias. No conviene arriesgarse ahora.

—Gracias, jefe. Avisaré al doctor Carter. Nuestro amiguito ya no puede hacer mucho daño. La tarea casi ha terminado. Pero le agradezco la advertencia —e iba a cortar la comunicación—. ¡Ah, diablos! ¡No podemos hacer nada! Espero que no se acerque por aquí. No me gustan los locos. Me alteran. A propósito, hay otro individuo que nos está poniendo verdes. Es el encargado del departamento de energía. Como vamos a quitarle la Luna ya no podrá explotar la energía de las mareas. Tendrá que abandonar todas las centrales generadoras y construir otras de energía atómica. No nos aprecia. Quería amortizar esas viejas centrales para que su departamento hiciera un buen papel. Eran de mantenimiento barato, la energía le salía gratis y no necesitaba personal para producirla. Por eso, como ya he dicho, no nos aprecia. De hecho, creo que le gustaría freírnos en aceite o algo así de lento y divertido.

—¡Bah! Invítalo a nuestra fiesta. Si logramos que beba lo suficiente, quizá deje de molestar.

Corría el 1 de agosto de 2157. La última brigada de obreros fue retirada de la Luna; la maquinaria transportable fue devuelta a la Tierra y todo quedó preparado para el despegue. La nave espacial de control esperaba a Carter y Poggenpohl, que acompañarían a la Luna en su último viaje. Veinte horas después, exactamente a las 1627 hora media de Greenwich del 2 de agosto de 2157, sería disparado el primer cohete.

Mike se acercó a la nave, donde se proponía revisar las cabinas. Entonces se oyó el frenético aullido de la alarma, y un pálido ayudante se acercó corriendo.

—¡Doctor Poggenpohl! ¡Deténgase! ¡Han surgido dificultades en la Luna! Acabamos de recibir la noticia. Un... —se interrumpió al ver a Jimmy, que venía como un bólido.

—¡Será infernal, Mike! Ese maldito loco de Miller lo ha estropeado todo. Cuando escapó se alistó en una de las últimas brigadas destinadas a la Luna, y cuando éstas regresaron a la Tierra, él se quedó allí escondido. ¡Ha destruido los aparatos de mando a distancia!

—¿Cómo lo sabes?

—Porque se ha jactado de ello. Hace tres minutos me llamó por el comunicador y me contó lo que había hecho. Quería que lo supiera todo el mundo. Es un mártir, en efecto. Totalmente dispuesto a morir con la Tierra, si logra impedir que todos los demás vivan. No tenemos tiempo para reparar los mandos; hay que empezar dentro de veinte horas, venga el infierno o la marea alta. Y *ambos llegarán* si no lo hacemos. ¡Como pille a ese mesías! ¡Le asaré el hígado a fuego lento!

—Jimmy, ¿cómo te las arreglarás con los mandos? ¡Ese maldito planeta negativo nos hará polvo si no se nos ocurre algo en seguida!

—Iré a la Luna y dirigiré la operación a mano. Ordena que preparen el cohete experimental.

—¡Estás diciendo tonterías! ¡Vas a morir! Y además, ¿cómo lo harías?

—¡Ah! En la Luna y lejos del sector de los cohetes queda un puesto de mando auxiliar. Está bastante cerca del hemisferio de proa; puedo conducir desde allí... si llego antes de que nuestro amigo Obidiah destruya también eso.

—Quizá, pero de cualquier modo te matarás. ¿Cómo escaparás antes del choque?

—Tendré el cohete cerca y dispuesto —dijo Jimmy—, y correré hacia él cuando esté seguro de no fallar el golpe. Tengo bastantes probabilidades. Una entre diez, o algo así. Iré solo, desde luego. No tiene sentido que se arriesgue nadie más.

—¡Eso crees tú! —la pelirroja cabellera de Mike se erizó con más beligerancia de la habitual, y miró enfurecido al otro—. Yo también voy. ¡No puedes guiar solo ese coloso durante una semana..., estás loco! ¡Y si tú puedes acertar el golpe, yo también puedo! ¡Eh! —gritó—. ¡Preparen provisiones para dos hombres y para cuatro semanas, y llévenlas al cohete experimental! ¡Pronto! ¡Les arrancaré el hígado si me hacen esperar más de veinte minutos! Jimmy, lleva un arma. Tendremos que vérnoslas con Obidiah.

Nadie vio arrancado su hígado. Quince minutos más tarde, el pequeño cohete despegaba rugiendo, con los dos hombres a bordo. Diez horas más tarde, habían revestido sus trajes espaciales y daban largos y torpes saltos para cruzar el aeropuerto lunar hacia la sala de mandos. Por la radio del casco, Jimmy oía a Mike, que juraba con elocuencia en tres idiomas.

«¡Dios! —pensó—, si ese mono ya ha estropeado las cosas... nos veremos en una situación peliaguda.»

Llegaron a la cabina de mandos y miraron al interior por las ventanillas. El cuadro de mandos no se divisaba desde allí. Entraron en la doble compuerta estanca. Mientras ésta se abría silenciosamente, vieron un individuo delgado embutido en un traje espacial, que levantaba una enorme llave inglesa sobre los mandos principales.

El arma de Jimmy rugió. El individuo cayó sobre las palancas y la llave rebotó en el suelo.

—No podía andarme con contemplaciones, Mike. Échalo afuera mientras yo reviso los mandos. El tonto debió acordarse de ellos hace poco. Por suerte, llegamos a tiempo.

Eran las 16.24, hora media de Greenwich del 2 de agosto de 2157. El cohete quedó amarrado con enormes cables de acero, provistos de un dispositivo de liberación rápida, al lado de la caseta de mandos. Quedaban tres minutos.

Los dos hombres ocuparon los sillones basculantes.

—¡Los que van a morir te saludan! —recitó Jimmy con indiferencia—. ¿Todo listo?

Accionó la palanca del dispositivo de seguridad y apretó los botones de mando.

—¿Les dirás que morí en olor de santidad?

—No, no lo haré —repuso Mike—. Tu olor no es de santidad. Más bien hueles a cerveza. ¡Dispara cuando quieras, Gridley!

Jimmy leyó el programa de encendido y acercó la mano a la primera hilera de botones. Faltaban veinte segundos. Mike se estremeció e intentó disimularlo con un bostezo. Empezó a contar los segundos.

—¡Diez... nueve... ocho... siete... seis... cinco... cuatro... tres... dos... uno... fuego!

Hubo un rugido estremecedor que se transmitió al piso. La Luna tembló y, a través de las ventanillas, en silueta bajo un resplandor infernal, vieron desplomarse los andamiajes abandonados. El rugido aumentó. Parecía una explosión continua. Mike hizo tiras su pañuelo, se tapó los oídos con ellas e hizo lo mismo para Jimmy, que no podía hacerlo por estar pendiente de los mandos.

El rugido creció y las llamaradas alcanzaron un brillo absolutamente insoportable. Sintieron una aceleración, como si el suelo cediera bajo sus pies. Mike cerró las ventanillas para protegerse del resplandor y regresó a su puesto. Encendió dos cigarrillos y puso uno entre los labios de Jimmy.

La pared donde estaba amarrado el cohete había pasado a ser el suelo. La Luna se movía a una velocidad desconocida durante millones de años, alejándose poco a poco de la Tierra. No tenían instrumentos para observar este último fenómeno, pero Mike imaginaba las mareas, los terremotos y el espectáculo del cielo.

—Espero que lo filmen todo desde la Tierra —comentó sin dirigirse a nadie en particular—. Si logramos salir de ésta, me gustaría verlo.

Abrió algunas latas de comida y agua, comió, asumió el mando mientras comía Carter y luego, tapándose mejor los oídos, se tumbó sobre un colchón neumático y durmió plácidamente, después de ajustar el reloj para que le despertara seis horas después con su pequeña descarga eléctrica. Todo despertador cuyo mecanismo consistiera en producir un sonido habría sido inútil.

Cuando despertó y se puso a los mandos, la Tierra estaba muy lejos, y el planeta negativo era un punto brillante en el visor, situado un poco a la izquierda del centro. Cada vez estaba más cerca. El rugido de los motores no había disminuido. Todo el hemisferio lunar «debajo» de ellos era una llamarada blanca y el vapor de hierro incandescente salía disparado a cientos de kilómetros por el espacio.

Las 3.28 del 12 de agosto; se estaba cumpliendo la última guardia. Jimmy estaba a cargo de los mandos. Ambos tenían puestos los trajes espaciales, y la compuerta que, a causa de la aceleración, parecía hallarse debajo de ellos, estaba abierta lo mismo que la escotilla del cohete, de donde colgaba un cable sujeto a un puntal, junto al tablero de mandos.

El planeta negativo era visible por la ventanilla de la pared opuesta —ahora el techo—; ocupaba la mayor parte del cielo y crecía rápidamente. La aceleración era máxima, pues ello no sólo era deseable para la colisión, sino necesario.

3.30: Jimmy levantó dos dedos. ¡Quedaban dos minutos! Indicó a Mike la compuerta estanca. Éste miró a su alrededor para comprobar si había olvidado algo y luego se dejó «caer» hacia la compuerta vigilando el mando que soltaría las amarras.

3.31: El planeta negativo ya era más grande... mucho más grande. Ocupaba prácticamente todo el cielo. Mike miró con angustia a Jimmy.

3.32: Jimmy dejó los mandos y se dirigió a la compuerta. Largó el cable mientras Mike soltaba amarras y cerró con fuerza la escotilla. Tuvieron una sensación repentina y desconcertante de ingravidez cuando la nave cayó libremente. Hubo un silbido cuando abrieron la puerta interior sin esperar a que se equilibrara la presión. Siguiendo la guía, pasaron a la cabina de mandos. Los giroscopios giraban a toda velocidad y los cohetes funcionaban ya a medio régimen.

3.34: Mike ocupó el puesto de piloto, accionó la puesta en marcha de los giroscopios estabilizadores y, poniendo rumbo a la dirección que les apartaría de la colisión inminente, puso la máxima aceleración admisible de cinco gravedades. Jimmy había logrado alcanzar un sillón e intentaba quitarse el traje espacial, pero la aceleración hizo caer sus brazos y estuvo a punto de derribarle sobre el sillón. Mike subió otro grado la aceleración y conectó los visores.

4.45: La aceleración aún era de seis gravedades, pero los hombres no hacían caso. Tenían la vista fija en la placa visora que reflejaba la inminente colisión, fue cuestión de segundos. La Luna ya se estaba desintegrando y la mayoría de sus cohetes habían dejado de funcionar. Luego...

En el visor apareció un fognazo deslumbrante y luego se apagó quemado por la terrible radiación. Mike puso a cero la aceleración y se desmayó. Pero Jimmy no se enteró. Ya estaba inconsciente.

Volvieron en sí al cabo de una hora poco más o menos, heridos, magullados y abrasados por la radiación, que había penetrado a través del casco, pese a ser opaco a los rayos. Imprimieron a la nave una aceleración de media gravedad para moverse cómodamente en la cabina, y la hicieron girar noventa grados por medio de los giroscopios para contemplar, a través de las escotillas laterales, los restos del intruso. Las placas visoras habían quedado inutilizadas. Un pequeño planetaide incandescente caía hacia el Sol. Mike le enfocó un espectrómetro, hizo una medición y luego su rostro abrasado se iluminó con una sonrisa.

—¡Creo que lo hemos conseguido! Ya no le queda ni un pedazo de materia negativa. Brilla como un cuerpo caliente normal... como un Sol joven aproximadamente del tamaño de Ceres.

Jimmy intentó devolverle la sonrisa y no pudo. Le dolía demasiado la cara.

—¡Exacto! La Luna lo neutralizó. Ya no quedan sino neutrones y un poco de hierro al rojo, silicio y los demás elementos de que estaba compuesta la Luna. Es terriblemente pesado y está más caliente que los siete ejes del infierno, pero ya no es de temer. Dentro de un mes caerá en el Sol. Pero tú pareces encontrarte tan mal como yo; estoy como si fuera un anciano decrepito. Será mejor que te desnudes. Sacaré del botiquín la pasta contra quemaduras y nos embadurnaremos. Luego pondremos el piloto automático mientras descansamos. Y, por último, si ese trasto funciona todavía, regresaremos a casa. Pero lo que más deseo ahora es dormir...

Dos semanas después, dos astrofísicos bronceados y sudorosos salieron por la escotilla de un cohete quemado y deformado al puerto espacial de Washington, se detuvieron en seco y contemplaron con horror la formación de galones dorados y resplandecientes

Antología de Ciencia Ficción 2003

camisas almidonadas que se acercaba a ellos. Miraron de un lado a otro como animales acorralados y luego, sintiéndose como los primeros mártires cristianos, se dispusieron a soportar los horrores de la recepción oficial ofrecida por los gobiernos del sistema solar, allí reunidos.

Título original: *Minus Planet* © 1937

Edward Bryant - EL LADO HUMANO DEL MONSTRUO DE LA CIUDAD

Del otro lado de la calle, en Tompkins Square, los animales se estaban despedazando unos a otros.

En el departamento el ventilador se había vuelto a quemar.

—Mañana lo arreglo —dijo David con impaciencia. Tenía la piel erizada—. Ahora hace demasiado calor.

—Ven a la cama —dijo Terri.

Pateó el inútil ventilador con el canto del pie.

—Nací en Filadelfia —masculló—. Crecí en Passaic. Moriré en Nueva York. ¡Qué epitafio de porquería!

—Ven a la cama.

Yacían desnudos sobre el colchón de dos plazas y prestaban atención a cualquier ruido que pudiese delatar la presencia de merodeadores en la escalera de incendios, en el techo, en los pasillos. De pronto se dormían. Ella soñaba que hacía el amor y todo era rosas, y vino helado y las cataratas que siempre había deseado conocer. El despertar llegaba primero con la radio-reloj de alguien que vivía tres pisos más abajo; La WABC retumbaba sobre las paredes de ladrillo. Después escuchaban el tañido de las campanas de la iglesia ortodoxa rusa que estaba en la otra cuadra.

—Tengo tanto sueño —susurraba ella, y sus rasgos eran suaves y delicados bajo la luz grisácea.

Hacían el amor. Cuando ella alcanzaba el orgasmo, era un nadir de sensaciones.

El desayuno también era frugal. Comían los huevos en polvo en silencio y bebían el café instantáneo en cuanto se enfriaba.

David no parecía predisposto a la charla esa mañana. Terri se ocupaba de que su taza estuviese llena y lo veía clavar la mirada en el plato de plástico rajado. Parecía mucho más alto entonces, pensó. Lo había encontrado una mañana lluviosa del año anterior durmiendo bajo la herrumbrosa escultura cúbica de la plaza Cooper. Y un reproche silencioso: no censuras.

—¿Y ahora qué hice de malo? —preguntó David.

Terri fingió estar ocupada con sus uñas rotas.

—Nada ¿por qué?

—Esta mañana no me diriges la palabra.

«Somos tan jóvenes», pensó Terri; «el Programa Médico nos va a mantener vivos mucho tiempo.» La idea le resultaba aterradora.

—Ya tendría que estar acostumbrada, a esta altura —sonrió compasivamente—. Estoy planeando mi día —mintió.

—¿Y qué es lo que hay que hacer hoy?

—Ayer fue viernes trece, la señora Constantine lo mencionó en el vestíbulo. Eso significa que hoy es catorce y que me toca ir a buscar las píldoras.

—Tus malditas píldoras —dijo David.

Ella titubeó, pensando en el modo de convertir el asunto en una broma.

—Mantienen a raya a los bebés.

—Sí —dijo él—. ¡Sí!

—La señora Constantine me tuvo una hora arrinconada ayer. Me enteré de todos los chismes sobre cada uno de los del edificio, ya la conoces.

David frunció el ceño en silencio.

—Sólo que pasó algo medio misterioso. Creo que alguien la asustó.

—¿A la señora Constantine? —sonrió forzosamente David—. A ella nada la conmueve. ¿Recuerdas cuando atrapó al tipo aquel con el cuchillo, cerca del buzón?

—Esta vez algo pasó. Fue el señor Jaindl.

—¿Te refieres a Gregor, ese viejo estrambótico del segundo? ¿Qué hizo? ¿Le hizo alguna proposición asquerosa?

—Ese fue el término que usó ella. Asquerosa. Pero no era nada referido al sexo. Por una vez la señora Constantine no estuvo dispuesta a decir más. Lo único que agregó fue que era lo más asqueroso que había oído en su vida.

—¡Qué misterio! La señora Constantine es el tipo de persona que infla cualquier estupidez hasta convertirla en intento de violación y sodomía.

—Terminó murmurando algo en el idioma de su viejo país que no pude entender y se fue.

—Parece que todos tenemos nuestros problemas.

Se quedaron allí sentados, guardando un silencio incómodo durante algunos Instantes.

—¿Qué te parece si te acompaño al centro? —dijo él.

—¿No vas a trabajar hoy?

—Hoy no.

Él acostumbraba salir por la mañana, con una bolsa y una pala, y un cuchillo enfundado en su cinturón. David era una rata de río. Escarbaba la costra que cubría el río del Este, en busca de latas de aluminio. Con lo que Terri ganaba como modista, el dinero que lograban ahorrar servía para pagar el alquiler del departamento.

—Me parece bien. Cada vez me da más miedo salir sola, incluso en pleno día.

—Voy a buscar los respiradores —dijo él—. Por si acaso. —Tosió; el ardor de los pulmones que nunca lo abandonaba comenzó a roer de nuevo.

Existía todo un ritual para dejar el departamento. Cerrar y trabar bien todas las ventanas a pesar del calor. Dejar encendida la luz de la cocina. Esconder la tostadora en un estante de la despensa, detrás de una gran bolsa de cereal. Encender la radio y sintonizar una emisora de rock. Cerrar la puerta y echar llave. Ajustar bien los dos pasadores de seguridad. Controlar por si había sombras que se movían entre el rellano de la escalera y la claraboya. Sólo entonces podían empezar a bajar las escaleras.

Se encontraron con Gregor Jaindl en el descanso del segundo piso. Con un brazo sostenía una bolsa de papel con manchas de grasa, llena de basura; con la otra registraba el bolsillo en busca de la llave.

—Buenos días... ¿la señorita Bruckner, no es verdad? ¿La joven que confecciona ropas brillantes?

—Sí —dijo Terri—. Buenos días, señor Jaindl.

—Por favor —dijo el viejo—, me llamo Gregor.

Sacó la mano del bolsillo. Las llaves sueltas se cayeron al piso.

—Entonces llámeme Terri.

La muchacha se arrodilló y empezó a recoger las llaves. Miró hacia arriba.

—Él es David.

Se puso de pie y depositó las llaves en la palma de Jaindl.

—Señorita —dijo él—, es usted muy amable.

Acentuaba un poco las palabras, pronunciándolas con una rígida cortesía europea. Hizo una ligera reverencia; David parecía alarmado.

—Creo que es mejor que sigamos —dijo tomando a Terri del brazo y conduciéndola hacia la escalera.

El viejo se aclaró la garganta en forma perentoria. La pareja se detuvo dos escalones más abajo.

—Me sentiría muy honrado —dijo Jaindl— si ustedes quisieran compartir mi cena de esta noche.

David empezó a contestar sin pensarlo:

—Gracias, pero no...

—Habrá carne —dijo el viejo.

—Nos encantaría —dijo Terri.

—Entonces, a las siete en punto.

Jaindl se volvió y desapareció en la oscuridad del vestíbulo.

David tomó a Terri del brazo; estaba enojado.

—¿Estás loca?

Ella lo miró de soslayo.

—¿Acaso debemos pasar otra noche más en ese departamento sin necesidad? ¿Peleando por los huevos en polvo?

—Mejor eso que comer con un viejo chiflado.

—No es un viejo chiflado.

Dos pisos en silencio. Luego ella dijo:

—Me recuerda muchísimo a mi padre.

Su querido padre, que había desaparecido en los motines por la comida, ocho años atrás.

David se rió.

—Es una persona misteriosa. Eso de llevar basura hacia el departamento en vez de sacarla.

Terri sonrió con picardía.

—A lo mejor es la cena.

Ya había empezado a llover cuando Terri pasó a buscar sus píldoras. Salieron de la Clínica Asistencial del Sector Este. Por lo general, a Terri le gustaba chapotear en la lluvia como un pato, poniendo cuidado en pisar todos los charcos, pero ese día chancleteó bajo el agua, cabizbaja.

La vendedora ambulante los distinguió antes de que hubieran caminado una cuadra. Usaba un saco a cuadros de varios colores que por poco limpiaba la mugre de la calle. Los alcanzó de un salto, con los movimientos torpes y ansiosos de un perrito.

—¡Hola, querido! —los llamó—. Esperen un minuto.

Se puso a la par de ellos. El pelo se le bamboleaba al caminar.

—Escuchen, tengo algo que les interesa.

—Lo dudo —dijo David.

Aceleraron el paso. Terri miraba fijamente hacia adelante.

—Acaban de salir de la clínica ¿no?

Tenía un tonito profesional.

—Tengo otras dos docenas de píldoras que los mantendrían fuera del hospital —los ojos parecían cansados—. Apuesto a que les gustaría tener un chico.

—Váyase —dijo David.

—Escuchen, tengo algo especial. Seis meses, varón, criado a pecho. Les encantaría, en serio. Una ganga, tesoritos.

David cortó por lo sano y agarró de un brazo a la vendedora y la empujó hacia el cordón de la vereda.

—Váyase al diablo y déjenos en paz.

Al llegar a la esquina los encaró nuevamente mientras esperaban la luz del semáforo.

—Escuchen, quinientos, nada más. Vamos, tesoritos, él los necesita y ustedes también.

David sintió que Terri se estremecía a su lado; estaba llorando. Sin pensarlo, agarró el bolso de lona del respirador por la correa y lo revoleó en el aire. El impacto alcanzó a la vendedora en el mentón y la arrojó contra un buzón. Se tambaleó, aturdida y empezó a manarle sangre de la nariz.

—Hijos de puta —dijo, y empezó a maldecirlos con un tono firme y monótono.

—Por favor —dijo Terri—. Vámonos de aquí.

Él le pasó el brazo alrededor de los hombros para consolarla, mientras caminaban. Reemplazaba así a las palabras, que no supo pronunciar, en el trayecto por la Primera Avenida rumbo a casa.

El departamento de Gregor Jaindl bien podía haber sido la guarida de un alquimista medieval. Era oscuro, con las ventanas herméticamente cerradas.

Había estantes de madera rústica contra las paredes; los libros tenían encuadernaciones de cuero. El aire estaba cargado de un fuerte olor a incienso. El candelabro que estaba apoyado sobre la mesa había sido fabricado con un cráneo humano.

—Me apasiona el drama —dijo el viejo, como justificándose—. Me enorgullezco de ser uno de los últimos grandes románticos.

—Muy impresionante —dijo Terri.

Jaindl los condujo a la mesa.

—¿Les gustaría un poco de vino antes de la comida? Tengo una sola botella de Liebfraumilch, 1967. Supongo que no es lo más adecuado, pero escasea tanto el vino en estos días...

—No queremos saquear su bodega —dijo Terri—. De veras.

—El vino hay que disfrutarlo con los invitados —rió el viejo—. Además, esta noche estoy de festejo.

David había estado escudriñando sin cesar las hileras de libros clasificados.

—¿Qué es lo que festeja? —preguntó.

La sonrisa estereotipada de Jaindl se hizo aún más amplia.

—Soy el salvador de nuestras decadentes y hambrientas ciudades.

—No comprendo.

—Más tarde, más tarde; ya les explicaré. Pero, por el momento, tengan paciencia y soporten la vanagloria satisfecha de un viejo, por favor.

Jaindl llenó tres vasos finos y los distribuyó.

—Ahora, un brindis. Por todos nosotros, por nuestro nacimiento y nuestro renacimiento.

Entrechocaron los vasos.

El de Terri cayó de su mano, golpeó contra el borde de la mesa y salpicó ámbar sobre el candelabro. Se tambaleó por un instante y David la sostuvo con su mano libre. «David, lo siento, lo siento tanto», pensaba ella.

—Mi querida —dijo Jaindl con ansiedad—. ¿Qué le ocurre?

—Lo siento —dijo Terri—. Realmente lo siento. Yo...

—Está un poco alterada —dijo David—. Fuimos a la Clínica a buscar las píldoras y nos siguió una vendedora tratando de encajarnos un chico.

Jaindl frunció el ceño.

—Las píldoras. Narcoesteroides. Obtuve mi primer diploma en Columbia cuando las estaban desarrollando.

—¿Usted estuvo allí?

—¿Le sorprende? —sonrió débilmente—. Licenciado en genética en 1970. Doctor en biogenética tres años después. ¿Pensó acaso que yo era un sastre inmigrante jubilado?

—Algo por el estilo —dijo Terri—. ¿Puede servirme otro vaso? Prometo tener cuidado.

—Claro que sí —Jaindl sirvió el vaso—. ¿Entonces está segura de que son sólo nervios?
¿No ha notado (titubeó) ningún atraso?

Terri tomó un trago.

—No, estoy en fecha. Mi período empezó hoy.

—Perdóñenme, amigos.

Jaindl volvió a levantar su vaso.

—Voy a proponer un brindis más apropiado. Por un mundo en el que podamos elegir libremente.

Bebieron y se produjo un largo silencio.

—Yo era uno de los que firmaba los petitorios contra la llamada regulación de la población —dijo el viejo—. La legislación social, el manejo de los pobres y de las minorías, los anticonceptivos narcóticos. Lo intentemos, pero no se protestó lo suficiente y después ya fue demasiado tarde.

—Fue un error —dijo David—. Y ahora ya no hay elección para nadie.

Terri se estaba poniendo muy achispada con muy poco vino.

—Habría bastado con que nos degradaran al rango de animales; no habríamos tenido que justificarlo.

—En ese momento las demás alternativas parecían peores —dijo Jaindl—. La comida, especialmente para las ciudades, era uno de los grandes problemas. Y en eso estuve trabajando todos estos años. Eso es lo que celebramos esta noche. Ahora siéntense, por favor.

Se sentaron. Jaindl se inclinó sobre el horno de la kitchinette y volvió con una fuente repleta de churrascos humeantes.

—¡Hace tanto que no comíamos carne de verdad! —dijo Terri.

La carne era blanca y tierna, húmeda y ligeramente escamosa. Tenía un poco de gusto a pollo o a atún, pero al mismo tiempo un sabor característico. Todos se atiborraron.

—¡Qué rico! —se maravillaba Terri a cada bocado.

Cuando hicieron una pausa para respirar, David dijo:

—¿Es algún tipo de carne sintética?

—No exactamente —empezó a decir Jaindl, y se detuvo, pensativo—. Se lo podría calificar como aprovechamiento máximo de los recursos existentes.

—¿Qué quiere decir?

—Se los mostraré. Vengan un momento.

El viejo los invitó a abandonar la mesa.

—Hace tiempo que convertí mi dormitorio en un laboratorio. Ustedes vieron los resultados. Les mostraré el origen.

Había toallas sucias amontonadas debajo de la puerta del dormitorio. Cuando Jaindl las sacó, Terri frunció la nariz por el olor. Jaindl abrió la puerta y encendió la luz, una simple lamparita. Una pared estaba llena de cajas de cartón repletas de basura; la de enfrente tenía jaulas. El viejo hizo un gesto y ellos se inclinaron muy cerca el uno del otro, sobre una jaula de noventa centímetros de largo.

—¿Qué es? —preguntó Terri, estremeciéndose involuntariamente.

Vio un cuerpo obeso, segmentado, negro y liso, de unos cincuenta centímetros de largo y tal vez veinte de diámetro. La criatura se arrastraba hacia adelante, impulsada por seis patas blindadas, gruesas y cortas.

—Es el resultado de muchas generaciones —dijo Jaindl.

Había un dejo de orgullo en la voz.

—Aceleración genética forzada, aquí, en mi dormitorio, con mis técnicas. Este es el resultado, un verdadero triunfo.

—Parece casi como si... —empezó David.

—La forma de vida más prolífica de las ciudades —dijo Jaindl—, además de la rata y el mismo hombre. Nos salvará del hambre.

David se inclinó para ver más de cerca.

—Es una cucaracha.

—¡Dios mío! —dijo Terri.

Desnudos, yacían uno al lado del otro en la oscuridad. Los rodeaba un calor denso.

—Te dije que era un chiflado —dijo David.

Terri se dio vuelta hacia su lado.

—Todavía me siento mal.

—Y se parecía a tu padre.

—*Se parece* —dijo la muchacha—. Jaindl es un viejo simpático; estoy segura de que tiene buenas intenciones.

—Es un chiflado.

—No fue tan terrible. La gente puede llegar a acostumbrarse. Es sólo la idea...

—Eso, la idea —dijo David—. ¿Puedes imaginarte a nuestros vecinos criando esas cosas en el patio? Dios, todos tendríamos que tirar nuestra basura allí. Luego, a la hora del almuerzo, bajaríamos y mataríamos una bien gorda. Jaindl está loco. De remate. Olvídalo.

Terri yacía boca arriba con la cara vuelta hacia el cielorraso.

—Por lo menos él trata. Hizo algo. (Dame un hijo.)

—¿Qué quieres decir con eso? (Sabes que no puedo.)

—Nada, nada en absoluto. (Lo sé, pero no quiero entender. No quiero ser justa.)

«Acabemos», pensó ella; «es un juego tan cruel, tan devastador.»

La frustración y la rabia empezaron a deslizarse a través de la ventana enrejada como si fueran seres vivientes.

—...tú querías...

—...un momento de esperanza...

—...yo quería...

—...si no puedes...

—...no puedes...

—...puta...

—un bebé...

—¡Maldito sea! —dijo ella—. Vete al diablo. Por un momento me pareció que sí.

Le dio vuelta la espalda y tocó el cuerpo deshilachado del osito, que se cayó sobre la mesita de luz.

—¿Qué?

—Que te quería.

En el pequeño departamento de la avenida A, los animales empezaron a despedazarse unos a otros.

Título del original: *The Human Side of the Village Monster*

Leigh Brackett - LA SACERDOTISA ESCARLATA DE LA LUNA LOCA

Es indudable que, tanto dentro de la SF como fuera de ella, existe una peculiar mitología marciana tendente a considerar a Marte como una especie de hermano mayor de la Tierra, un mundo crepuscular y desolado en el que languidecen antiquísimas razas en vías de extinción, ancestrales civilizaciones poseedoras de una sabiduría profunda y enigmática.

Las Crónicas Marcianas de Ray Bradbury constituyen la más conocida contribución a esta melancólica y romántica mitología, a la que Edgar Rice Burroughs, padre de Tarzán, dedicó toda una serie de novelas.

Leigh Brackett, colaboradora ocasional de Bradbury, nos ofrece, dentro de esta línea, un inquietante relato sobre el velado enfrentamiento de una civilización joven, arrogante y expansiva —la terrestre— con la milenaria y esotérica cultura marciana.

Desde la burbuja de vigía de *TSS Goddard*, Harvey Selden miraba cómo crecía la cara atezada del planeta. Podía distinguir los desiertos rojizos donde se agitaban pequeños remolinos de arena y las oscuras áreas de vegetación que semejaban seda. Una o dos veces, alcanzó a ver el brillo del agua de los canales. Continuó sentado, sin moverse, transportado, deleitado. Había temido que este enfrentamiento no le emocionara; había visto desde su niñez innumerables descensos idénticos desde su pantalla tridimensional. Era como hacerlo uno mismo. Pero la realidad tenía un sabor y una inminencia que encontró tremendamente excitante.

Imagina, un planeta extraño...

Imagina, Marte...

Se molestó un poco cuando advirtió que Bentham había entrado en la burbuja. Bentham era tercer oficial, y eso significaba un reconocimiento de su fracaso. La razón se traslucía claramente en su rostro, pensó Selden, y sintió lástima por él, como la hubiera sentido por cualquier alcohólico. A pesar de todo, era amable y parecía impresionado por los conocimientos de Selden acerca de Marte. Este le sonrió y le saludó con la cabeza.

—Muy excitante —dijo.

Bentham miró de soslayo al planeta que se aproximaba.

—Siempre lo es. ¿Conoces a alguien allá abajo?

—No, pero después de que me inscriba en la Oficina...

—¿Cuándo lo harás?

—Mañana. Quiero decir, contando desde el aterrizaje..., este asunto del tiempo es un poco confuso, ¿verdad?

Sabía que harían tres o cuatro órbitas completas en una espiral descendente, que significaban tres o cuatro días y sus correspondientes noches.

—Mientras tanto, no conoces a nadie —dijo Bentham.

Selden movió la cabeza negativamente.

—Bueno —dijo Bentham—, estoy invitado a cenar con unos amigos marcianos. ¿Por qué no vienes? Tal vez te interese.

—Oh —respondió Selden ávidamente—. Sería muy... Pero ¿estás seguro de que no ocasionaría una molestia? Quiero decir, un huésped imprevisto, en el último momento...

—No les importará —siguió Bentham—, yo les avisaré antes. ¿Dónde te hospedas?

—En el Kahora Hilton.

—Claro —dijo Bentham—. Pasaré a recogerte cerca de las siete —sonrió—. Hora de Kahora.

Salió con un sentimiento de duda. Bentham no era, tal vez, la persona que él hubiera elegido para que lo introdujera en la sociedad marciana. Pero, en última instancia, era un oficial, podía incluso presumir de ser un *gentleman*, y hacía mucho tiempo que estaba en la ruta de Marte. Seguramente tendría amigos, y era una oportunidad maravillosa e inesperada de conocer una casa y una familia marcianas. Se sintió avergonzado de su instante de inquietud, y pudo observar inmediatamente que estaba basada en la propia inseguridad que, por supuesto, crecía al enfrentarse a un medio enteramente ajeno. Descubierta esa actitud negativa, era fácil corregirla. Después de un cuarto de hora de positiva terapia, su impaciencia no le permitía esperar la llegada de la noche.

Kahora, en medio siglo, había crecido. Selden sabía que había sido fundada como Ciudad Comercial bajo el viejo e infame Convenio del Paraguas, así llamado porque podía ser usado para encubrir cualquier cosa, y que había sido firmado entre el entonces Gobierno del Mundo de Terra y la empobrecida Federación Marciana de Ciudad-Estado. En aquel tiempo, la ciudad estaba protegida por una simple cúpula climatizada y condicionada para el confort de comerciantes y políticos de otros mundos que la frecuentaban y que no estaban acostumbrados a los rigores del frío y la escasez de oxígeno de Marte. Además del clima, se había instalado otros lujos en las Ciudades Comerciales, de modo que podían compararse con ciertas ciudades bíblicas. Crímenes de diferentes clases, incluso asesinatos, habían ocurrido en ellas.

Pero todo eso había pasado en los días del *laissez-faire*. Ahora Kahora era la capital administrativa de Marte, protegida por un complejo de ocho cúpulas brillantes. Desde el puerto espacial, a quince millas de la ciudad, Selden la vio como un débil resplandor de burbujas flotantes tocadas por el sol rasante. Mientras el vehículo del puerto espacial lo transportaba a través de millas de arena roja y césped verde oscuro, vio que las luces se encendían en la repentina noche y los edificios bajo las cúpulas ascendían y tomaban forma, limpios y airosos con resplandeciente vestimenta. Pensó que nunca había visto nada tan hermoso. Desde el desembarcadero de una de las cúpulas, un silencioso taxi a transistores le llevó a su hotel a lo largo de agradables calles donde las luces brillaban y gente de distintas razas caminaba ociosamente. Todo el viaje, hasta el vestíbulo del hotel, lo efectuó confortablemente, incluso con aire acondicionado que Selden agradeció. El paisaje parecía horriblemente yermo, y sólo se necesitaba verlo para saber que hacía un frío terrible. Antes de que el vehículo entrara en la cámara de descompresión cruzó el canal de Kahora, donde el agua parecía hielo negro. Muy pronto se enfrentaría con todo, pero no tenía prisa.

La habitación era acogedora y la vista de la ciudad excelente. Se duchó, se afeitó y se vistió con su mejor traje oscuro. Se sentó un rato en la pequeña terraza con vista al Triángulo de los Tres Mundos, representados por sus tres vértices. El aire que respiraba era caliente y tenuemente perfumado; los sonidos de la ciudad subían hasta él suaves y amortiguados. Comenzó a repasar mentalmente las reglas de buen comportamiento que había aprendido. Las frases ceremoniales, los gestos. Se preguntaba si los amigos de Bentham hablarían alto o bajo marciano. Bajo, probablemente, ya que es lo más corriente para con los extranjeros. Esperaba que su acento no fuera demasiado bárbaro. Se comportaría adecuadamente a la situación. Se acomodó en su silla y miró el cielo.

Había dos lunas en él, encima del brillo y la distorsión de la cúpula. Por alguna razón, aunque sabía perfectamente que Marte tenía dos lunas, ese pequeño detalle tuvo un poderoso efecto sobre él. Por primera vez se dio cuenta no sólo con su intelecto, sino con

su corazón y sus entrañas, de que se encontraba en un mundo extraño, muy lejos de su casa.

Bajó al bar a esperar a Bentham.

Llegó puntual, vestido con su ropa de civil, y Selden notó con alivio que se encontraba perfectamente sobrio. Le pagó una copa y le siguió a un taxi que les condujo silenciosamente desde la cúpula central a otra en las afueras.

—Esta es la original —dijo Bentham—. Ahora es zona residencial. Los edificios son viejos, pero confortables. —Estaban detenidos en un cruce esperando que pasara el tráfico y Bentham señaló el techo de la cúpula—. ¿Has visto las lunas? Están las dos en el cielo. Es lo primero que nota la gente cuando llega.

—Sí —dijo Selden—, las he visto. Es... es... impresionante.

—La que llamamos Deimos... eso allí..., el nombre en marciano es Vashna, por supuesto..., es lo que en ciertas fases se llamaba la Luna Loca.

—Oh, no —dijo Selden—. Aquello era Phobos. Denderon.

Bentham le miró y él se puso colorado.

—Quiero decir, creo que era... —se disculpó Selden. El sabía muy bien que estaba en lo cierto, pero, después de todo—. Por supuesto, tú has estado aquí muchas veces y yo podría estar equivocado...

Bentham se encogió de hombros.

—Es fácil saberlo. Preguntaremos a Mak.

—¿A quién?

—Firsa Mak. Nuestro anfitrión.

—¡Oh! —protestó Selden—. Yo no diri...

Pero el taxi siguió; Bentham señalaba algunas otras cosas de interés y el asunto fue olvidado.

Cerca de la curva más sobresaliente de la cúpula, había un edificio dorado y pálido. El taxi paró allí. Unos momentos después, Selden fue introducido en la casa de Firsa Mak.

El había conocido marcianos en otras ocasiones, pero muy esporádicamente y nunca *in situ*. Vio un hombre oscuro, pequeño y delgado como un gato, con los más sorprendentes ojos amarillos. Llevaba la túnica blanca tradicional de los hombres de las Ciudades de Comercio, exótica y muy elegante. Un pendiente de oro, que Selden reconoció como una antigüedad sin precio, colgaba de su oreja izquierda. No era como los marcianos fofos y redondos que había conocido en Terra. Selden se acobardó ante esos ojos y las tan estudiadas palabras de saludo se pegaron a su garganta. No hubo necesidad de ellas cuando Firsa Mak le dio la mano y dijo:

—Hola, bienvenido a Marte, pasa.

Una mano morena y nervuda le empujó amablemente a una sala grande y baja con una pared de vidrio que daba al exterior de la cúpula, al desierto iluminado por la luna. Los muebles eran modernos, simples y muy confortables, con alguna escultura lateral o frontal, fina, pero no mejor que la artesanía marciana que se vendía en las tiendas especializadas de Nueva York. En uno de los sofás, un terrestre con piernas muy largas, descarnado y con cabello blanco, estaba sentado bebiendo, envuelto en una nube de humo. Le fue presentado como Altman. Tenía la cara parecida a un cuero viejo demasiado expuesto al sol, y miraba a Selden desde una gran altura y una lejana distancia. Acurrucada a su lado, había una niña o una mujer morena; Selden no podía distinguir qué era, por la suavidad de su cara y la profunda sabiduría de sus ojos, los cuales eran tan amarillos y directos como los de Firsa Mak.

—Mi hermana —dijo Firsa Mak—, señora Altman. Y ésta es Lella.

No dijo exactamente quién era Lella y a Selden no le importó en aquel momento. Acababa de entrar desde la cocina con una bandeja de algo, y llevaba un vestido que

Selden había visto en revistas, pero nunca en la realidad. Un corte de seda brillante, entre rojos y naranja, envolvía sus caderas, y una ancha faja ceñía su cintura. Por debajo de la falda enseñaba sus delgados y morenos tobillos, adornados con pulseras y campanillas doradas que tintineaban ligeramente cuando caminaba.

El busto estaba desnudo y espléndidamente formado.

Sobre su cuello, una gargantilla de placas de oro, caladas y troqueladas en formas barrocas; de sus orejas, también colgaban pequeñas campanillas. Su cabello era largo y negro; sus ojos verdes, encantadoramente rasgados, sonrieron a Selden mientras ella se movía al compás de su propia música. Se quedó estúpidamente parado y le siguió con la mirada, sin darse cuenta de que había cogido un vaso de licor oscuro de la bandeja que le ofrecía.

De pronto, Selden se encontró sentado sobre cojines, entre los Altman, en frente, Firsá Mak con Bentham. Lella siguió moviéndose provocativamente. Mientras entraba y salía, cuidaba de que los vasos estuvieran llenos del peculiar líquido con gusto a humo.

—Bentham me dijo que eres de la Oficina de Relaciones Culturales Intermundo —dijo Firsá Mak.

—Sí —respondió Selden. Altman le miraba con aquella expresión extraña y ajena que tanto le incomodaba.

—Ah. ¿Cuál es tu especialidad?

—Artesanía, trabajos en metal Es... estilo antiguo, como esto... —señaló el collar de Lella y ella sonrió.

—Es antiguo —dijo ella y su voz era dulce como el tintineo de las campanillas—. No podría decir cuánto.

—El diseño del calado —dijo Selden—, es característico de la dinastía del decimoséptimo de los Reyes Khalide de Jekkara, que duró aproximadamente dos mil años, en la época en que Jekkara pasaba por la decadencia de su poder marítimo. El mar se estaba retirando bastante, hace catorce o dieciséis mil años.

—¡Tan antiguo es! —exclamó Lella maravillada, mientras jugaba con su collar.

—Depende —dijo Bentham—. ¿Es genuino, Lella, o se trata de una copia?

Lella se arrodilló junto a Selden.

—Usted dirá.

Todos aguardaron. Selden comenzó a transpirar. Había estudiado cientos de collares como aquél, pero nunca *in situ*. De repente, no se sintió nada seguro para dictaminar si el maldito collar era auténtico. Tuvo la certeza de que ellos lo sabían y sólo querían molestarle. Las placas subían y bajaban al ritmo de la respiración de Lella. Un olor seco y ligero llegaba hasta su nariz. Tocó el oro, levantó una de las placas palpándola y sintiendo el calor de la piel, pensó en un libro de texto bonito y simple que tuviera diagramas e ilustraciones, solamente para distraerle de su objeto. Pensó mandarlo todo al demonio. Esperaban que cometiera un error. Entonces se enfadó más, tomó coraje, puso toda la mano bajo el collar, lo levantó y calculó su peso. Era fino y ligero como un papel de fumar que estaba muy desgastado; bajo su superficie tenía aún las señales de los antiguos golpes de martillo, peculiar estilo de los artesanos del Khalide.

Era una prueba fácil, pero estaba enfadado. Miró los achinados ojos verdes y dijo autorizadamente:

—Es auténtico.

—¡Es maravilloso que lo sepa! —Lella cogió su mano la apretó entre las suyas riendo con alegría—. ¿Ha estudiado durante mucho tiempo?

—Mucho tiempo —Selden respiró tranquilo ahora; no les había dejado ganar. El líquido se le había subido a la cabeza, que le zumbaba suavemente, y la atención que Lella le dedicaba era aún más agradablemente embriagante.

—¿Y qué hará ahora con estos conocimientos? —preguntó.

—Bueno —contestó él—, como ustedes ya saben, muchos conocimientos antiguos se han perdido; ahora la gente busca la manera de expandir la economía. La Oficina espera comenzar un programa para reeducar a los trabajadores del metal en sitios como Jekkara y Valkis...

Altman dijo con una voz lejana y seca:

—¡Oh! ¡Por el amor de Dios!

—¿Cómo? —preguntó Selden.

—Nada —respondió Altman—. Nada.

Bentham se volvió hacia Firsia Mak.

—A propósito, Selden y yo hemos discutido por el camino. El probablemente tenga razón, pero yo le dije que te preguntaría...

—Olvidémoslo, Bentham —dijo Selden rápidamente. Pero Bentham era obtuso e insistente.

—A la Luna Loca yo la llamo Vashna, él Denderon.

—Denderon, por supuesto —dijo Firsia Mak y miró a Selden—. Entonces, también entiende de esto.

—¡Oh! —Selden protestó, embarazado y disgustado con Bentham—. Por favor, nos hemos puesto de acuerdo en que aquello era un error.

Altman se acercó.

—¿Error?

—Ciertamente, los primeros informes... —miró a Firsia Mak, a su hermana y a Lella; todos parecían esperar que prosiguiera. Así lo hizo, aunque algo incómodo—. Quiero decir que eran el resultado de la distorsión del folklore, como nuestras interpretaciones de las costumbres negativas, pura ignorancia... en algunos casos eran puras mentiras. —Hizo con la mano un ademán despreciativo—; no creemos en los ritos de la sacerdotisa escarlata, todo aquello es absurdo. Me refiero a que no creemos que haya ocurrido verdaderamente.

Esperaba que con esto concluyera el tema, pero Bentham había decidido seguir.

—He leído informes de testigos oculares, Selden.

—Invenciones, cuentos de viajeros; después de todo, los terrestres que vinieron primero a Marte eran del tipo explorador, escasamente competentes en los que no se podía confiar.

—Ellos no nos necesitan para nada. —Murmuró algo sobre cerdos con alas y los dioses del Mercado. Selden tuvo, de repente, la horrible certeza de que Altman era uno de esos primeros piratas explotadores a los que había insultado irreparablemente. Y entonces Firsia Mak preguntó con honesta curiosidad.

—¿Por qué los jóvenes terrestres están tan dispuestos a protestar contra las actitudes de su propia gente?

Selden sentía los ojos de Altman, pero ya había comenzado y no podía dar marcha atrás. Dijo con dignidad:

—Porque sabemos que nuestro pueblo ha cometido errores, y deberíamos ser lo suficiente honestos para reconocerlos.

—Una noble actitud —dijo Firsia Mak—. Pero acerca de la sacerdotisa escarlata...

—Le aseguro —aseveró Selden—, que aquel cuento absurdo ha sido olvidado hace mucho tiempo. Los hombres que lucieron serias investigaciones, los antropólogos y sociólogos que vinieron después de los... eh... los aventureros, eran mucho más competentes para evaluar los datos. Han destruido completamente la idea de que los ritos involucraban sacrificios humanos y, por supuesto, el monstruoso Oscuro Señor a quien se suponía que la sacerdotisa servía, era únicamente la memoria de un antiguo Dios-Tierra...

Dios-Marte, debería decir, pero usted sabe que me refiero a la naturaleza primitiva como el cielo o el viento.

Firsa Mak dijo suavemente:

—Pero había un ritual...

—Bueno, sí —dijo Selden—, indudablemente. Pero los expertos probaron que era puramente formal como... bueno, como nuestros propios niños bailando alrededor de la cruz de mayo.

—Los del Bajo Canal —dijo Altman— nunca bailaron alrededor de ninguna cruz de mayo. —Se levantó despacio y Selden lo vio muy alto. Debería medir alrededor de dos metros; aun desde esa altura sus ojos le penetraban—. ¿Cuántos observadores competentes fueron a las colinas de Jekkara?

Selden empezó a ofenderse. La sensación de que, por alguna razón, le utilizaban, crecía cada vez más fuerte en él.

—Usted debe saber que, hasta hace muy poco tiempo, los pueblos del Bajo Canal estaban aislados de los terrestres...

—Excepto algunos aventureros.

—Que dejaron muy malos recuerdos. Aun ahora, para ir allí hay que poseer un pasaporte diplomático que se consigue después de innumerables trámites burocráticos; a pesar de todo, la libertad de movimientos es aún muy restringida. Pero es un comienzo. Esperamos persuadir a los del Bajo Canal de que acepten nuestra amistad y ayuda. Es una lástima que su misterio fomente tan pernicioso imagen. Hace décadas que la única idea que teníamos de los pueblos del Bajo Canal provenían de relatos espeluznantes contados por los primeros viajeros, extremadamente tendenciosos... Como se demostró más tarde, esta actitud es clásica de las Ciudades-Estado. Solíamos pensar en Jekkara y Valkis como, bueno, como perfectos pozos de iniquidad...

Altman le sonreía.

—Pero, mi querido amigo —dijo—, lo son.

Selden intentó soltarse de la mano de Lella, pero no pudo, y fue entonces cuando comenzó a sentirse un poco asustado.

—No entiendo —dijo lastimosamente—; sólo me han traído aquí para usarme. Si lo hicieran, no me parecería muy... ¿Bentham?

Bentham estaba en la puerta, que le parecía ahora mucho más lejana de lo que Selden recordaba, y había una especie de niebla entre los dos; por eso la figura de Bentham era borrosa. No obstante, le vio levantar una mano y le oyó decir «Adiós». Entonces, infinitamente desamparado, se volvió a mirar los ojos de Lella.

—No entiendo —dijo—, no entiendo. —Sus ojos eran verdes y enormes, de una profundidad sin límites. El se sintió caer en el abismo, y entonces se dio cuenta de que era demasiado tarde para asustarse.

El ruido le llegó primero como el terrible bramido de un jet. Tuvo la sensación física de ser transportado por el aire, que se agitaba ocasionalmente con gran alarma. Pasaron varios minutos antes de que pudiera ver cualquier cosa, excepto una densa niebla. Esta se disipó gradualmente y se encontró mirando el collar dorado de Lella. Recordó con gran claridad el veredicto emitido tan volublemente por él y con tan modesto orgullo. Lo vio todo con claridad.

«Eres de Jekkara», pensó, y sólo entonces se dio cuenta de que tenía una mordaza en la boca. Lella se sobresaltó y miró hacia abajo.

—Está despierto.

Firsa Mak se levantó y se inclinó sobre Selden, examinó la mordaza y el par de esposas antiguas que le sujetaban las muñecas. Otra vez, Selden se acobardó ante aquellos ojos

brillantes y feroces. Firsas Mak parecía vacilar en el momento de quitarle la mordaza, y Selden buscaba coraje y voz para exigir explicaciones. Un zumbido sonó en la cabina, aparentemente una señal del piloto, y al mismo tiempo se alteró el movimiento del helicóptero. Firsas Mak negó con la cabeza.

—Luego, Selden. Debo dejarle así porque no me puedo fiar de usted; todas nuestras vidas están en peligro, no sólo la suya... aunque, sobre todo, la suya. —Se adelantó—. Es necesario, Selden. Créame.

—No sólo necesario —dijo Altman, encorvado bajo el techo de la cabina—. Vital. Lo entenderá más tarde.

—Me pregunto si lo entenderá —dijo Lella ásperamente.

—Si él no lo entiende —respondió Altman—, Dios le ayudará como ayuda a todos ellos; nadie más puede hacerlo.

La señora Altman entró con un montón de mantas gruesas. Todos habían cambiado sus ropas desde la primera vez que Selden les había visto, excepto Lella, que sólo había añadido una prenda de lana en la parte superior de su cuerpo. La señora Altman llevaba ahora un vestido del Bajo Canal, y Firsas Mak una túnica carmesí sujeta a las caderas con un cinturón ancho. Altman parecía increíblemente acostumbrado a la vestimenta de cuero de un miembro de tribu del desierto. «Es demasiado alto para pasar por un jekkariano» —pensó Selden—. Llevaba el arnés del desierto con mucha naturalidad, como si lo hubiera usado muchas veces. Obligaron a Selden a levantarse, mientras le envolvían con una manta; vio que le habían quitado su propia ropa y le habían vestido con una túnica amarilla, de la que salían sus brazos y piernas, que habían sido teñidos de oscuro. De nuevo en su silla, le pusieron el cinturón de seguridad y esperaron a que el helicóptero aterrizara.

Selden se sentó rígido y entumecido por el miedo; repasó mentalmente las etapas desde que había llegado allí, y trató de encontrarle un sentido a todo aquello. No podía. Una cosa era cierta; Bentham le había conducido alguna trampa. Pero, ¿por qué? ¿Adonde le estaban llevando y qué pensaban hacer con él? Intentó efectuar terapia positiva, pero le era difícil aplicar la sabiduría que le había parecido tan infinitamente profunda en otros momentos. Sus ojos siguieron mirando los rostros de Altman y Firsas Mak.

Había en ellos algo extraño que no observó antes. Intentó analizar si era su piel, que parecía más dura, más seca y más tenaz de lo normal, o sus músculos más fibrosos y prominentes; había algo en el comportamiento que le recordaba a los grandes carnívoros de los parques zoológicos. Lo más impresionante era la expresión de los ojos y la boca, que a Selden le descubría su condición de hombres violentos, que podían golpear, linchar y hasta asesinar. Les tenía miedo, al mismo tiempo, se sentía superior. Estaba por encima de todo eso.

El cielo había palidecido. Selden podía ver el desierto pasando por debajo. Se posaron sobre él con un gran remolino de polvo y arena. Entre Altman y Firsas Mak, casi le arrastraron fuera del helicóptero. Su fuerza era aterradora. Se alejaron, y el aire de la hélice les golpeó la espalda cuando volvió a despegar. Selden acusó la falta de oxígeno y el tremendo frío. Sentía quebrarse sus huesos y sus pulmones parecían llenos de cuchillos. Los otros estaban acostumbrados. Se abrigó con la manta lo mejor que pudo, con sus manos esposadas, y sentía castañetear los dientes bajo la mordaza. Abruptamente, Lella extendió su brazo y bajó sobre su rostro la capucha. Tenía dos agujeros a la altura de los ojos, para poder usarla como máscara en las tormentas de arena, pero le sofocaba. Olía de forma extraña. Se sentía completamente miserable.

Al amanecer, el desierto se volvió de un rojo oxidado. Una cadena de montañas gastadas por el tiempo, yermas como el fósil vertebrado de algún monstruo olvidado, se

curvaba a través del horizonte del norte. Cerca había una masa derrumbada de rocas, talladas con formas fantásticas por el viento y la arena. De entre las rocas salió una caravana.

Selden oyó las campanillas y el trote de los grandes cascos. Aquellas bestias le eran familiares por fotografías. Vistos en su escamosa realidad, moviéndose a través de la arena roja, en aquel alba salvaje, con sus cargas y sus encapuchados jinetes, eran apariciones de una época vieja y desagradable.

Se acercaron y se detuvieron silbando y pateando, entornando sus ojos brillantes y fríos ante Selden, extrañados por su olor, a pesar de la ropa marciana que llevaba. Parecía que Altman no les preocupaba. Tal vez había vivido con los marcianos tanto tiempo que ahora no se diferenciaba de ellos.

Firsa Mak habló brevemente con el jefe de la caravana. Era obvio que el encuentro había sido planeado, porque traían animales sin jinetes. Las mujeres montaron fácilmente. El estómago de Selden se encogió ante la idea de tener que subir a una de aquellas criaturas. Pero en aquel momento, le asustaba más el quedarse sólo allí; no protestó cuando Firsa Mak y Altman lo izaron hasta la silla. Montaron uno a cada lado, llevando su montura por las riendas. La caravana se puso en marcha, rumbo al norte, hacia las montañas.

Selden sufría por el frío, la sed y el desacostumbrado ejercicio. Al mediodía, cuando pararon a descansar, estaba casi inconsciente. Altman y Firsa Mak le ayudaron a bajar, le llevaron hacia unas rocas, donde le quitaron la mordaza y le dieron agua. El sol, alto, atravesaba la atmósfera transparente como una lanza ígnea. Quemaba las mejillas de Selden pero, por lo menos, entró en calor. Hubiera querido quedarse donde estaba y morir, pero Altman era inflexible.

—Querías ir a Jekkara —dijo—. Bueno, ya estás en camino... Un poco antes de lo que habías planeado, nada más. ¡Qué demonios! ¿Pensabas que todo era como Kahora?

Empujó a Selden sobre su montura y siguieron.

A media tarde, el viento creció. Parecía que nunca iba a parar, pero de una manera cansada, vagabunda, a través de la arena, cogiendo un poquito de polvo y dejándolo caer otra vez, rozando las rocas intrusas un poco más profundamente, acariciando las ondas de diferentes diseños. De repente, parecía impacientarse con todo lo que había hecho y decidía destrozarlo y comenzar de nuevo. Tomaba fuerzas y arremetía gritando a través de la tierra; a Selden le parecía que el desierto entero se levantaba y volaba en una nube roja y asfijante. El sol se apagó y él perdió de vista a Altman y Firsa Mak, que se mantenían al extremo de las riendas. Un abyecto terror le paralizaba en su silla de montar, esperando ver flojo un pequeño segmento de su rienda para saber que estaba irremediablemente perdido. Tan violentamente como había crecido, el viento reanudó su silencioso y eterno giro.

Poco después, con la larga y roja luz del oeste, descendieron sobre una línea de agua oscura, enhebrada y reluciente en la desolación, bordeada por cuitas verdes a sus lados. Olía a humedad y a cosas en crecimiento; un puente antiguo, y más allá del canal, la ciudad, con las colinas yermas detrás de ella.

Selden sabía que se hallaba ante Jekkara. Estaba muy impresionado. Todavía eran poquísimos los terrestres que la habían visto. Miraba fijamente por los agujeros de su capucha. Vio, al principio, las grandes masas de rocas rojizas, mientras el sol se ocultaba y las sombras variaban; distinguía los perfiles de los edificios fundiéndose más suavemente con las rocas madres, desde los riscos más altos donde se encontraban. En un sitio veía las ruinas de un castillo con grandes muros, que él sabía habían protegido una vez a los reyes Khalide y Dios sabe a cuántas dinastías antes de ellos, cuando aquel desierto era el fondo de un mar azul, y había un faro todavía en pie sobre la base de un puerto seco, medio colgado entre los riscos. Temblaba. Sintió el enorme peso de una historia en la cual él y los

suyos no habían tomado parte, y se le ocurrió que tal vez hubiera sido un poquito presuntuoso en su deseo de enseñar algo a aquella gente.

Este sentimiento duraba cuando atravesó el puente, que estaba a mitad de camino. La luz del oeste se había esfumado, las antorchas resplandecían en las calles de Jekkara, sacudidas por el viento seco del desierto. Su foco de interés cambiaba del pasado al presente, y una vez más temblaba, pero por razón diferente. El pueblo alto estaba muerto. El bajo no, y había un matiz en la escena, un olor y un sonido que lo petrificaba. Era exactamente como los primeros aventureros lo habían descrito en sus dudosas memorias.

La caravana llegó a una plaza ancha, frente al Canal. Las bestias andaban dificultosamente sobre las hundidas e inclinadas piedras del pavimento. La gente venía a su encuentro; sin que él se diera cuenta, Altman y Firsá Mak le habían llevado hacia el final de la fila, y ahora se encontró con que estaba separado y le guiaban silenciosamente por una calle estrecha entre casas bajas de piedra con profundos portales y pequeñas ventanas. Todas las esquinas estaban redondeadas y gastadas por el tiempo y la fricción de innumerables manos y hombros, como las piedras de un arroyo.

«Algo pasa en el pueblo», pensó; podía escuchar las voces de mucha gente, como si estuvieran reunidos en un sitio público. El aire olía a frío y a polvo, a especies desconocidas y a cosas menos identificables.

Altman y Firsá Mak bajaron a Selden y le sostuvieron hasta que le volvió la sensibilidad a las piernas. Firsá Mak siguió mirando, de vez en cuando, el cielo. Altman se acercó a Selden y susurró:

—Haz exactamente lo que nosotros te digamos, o ya no vivirás esta noche.

—Ni nosotros tampoco —murmuró Firsá Mak. Controló la mordaza de Selden y se aseguró de que la capucha escondiera bien su rostro.

—Es casi la hora —añadió.

Guiaron a Selden a lo largo de otra tortuosa calle. Esta era muy populosa. Había sonidos, olores dulces y acres y luces de extraños colores. Intuía la perversidad del genio imaginativo de tan fantástico surtido, y los ojos se le nublaron al recordar, detrás de su capucha, sus Seminarios de Cultura Marciana, con una especie de histeria. Desembocaron en una plaza ancha.

Estaba llena de gente, abrigada contra el viento de la noche, que esperaba silenciosamente. Sus caras permanecían oscuras y rígidas a la luz temblorosa de las antorchas. Parecían estar mirando el cielo. Altman y Firsá Mak, con Selden sostenido firmemente entre los dos, se fundían con la multitud. Esperaban. De vez en cuando, llegaba más gente desde las calles cercanas, sin emitir ningún sonido, excepto el suave arrastrar de sus sandalias y el imperceptible tintineo de pequeñas campanillas bajo las capas de las mujeres. Selden se encontró mirando el cielo, aunque no entendía por qué. El gentío crecía silencioso, evitando respirar y moverse. Entonces, de repente, sobre los tejados del este vino, rápida, la luna Denderon, baja y roja.

La multitud dijo: «¡Ah-h-h!» Un grito largo, musical, que sacudió el corazón de Selden de pura desesperación.

En el mismo momento, arpistas que se escondían en la sombra de los pórticos gastados por el tiempo, tocaron sus instrumentos con doble cuerda y el grito comenzó a ser un canto llano, mitad lamento y mitad declaración orgullosa de odio imperecedero. La multitud empezó a moverse, los arpistas al frente y otros hombres con antorchas alumbrando el camino. Selden fue con ellos a las colinas, detrás de Jekkara.

Era un largo y frío camino bajo la luz efímera de Denderon. Selden sintió el polvo de milenios raspar y crujir bajo sus sandalias, mientras los fantasmas de la ciudad le pasaban a derecha e izquierda. Paredes derruidas y mercados vacíos, muelles en ruinas donde los barcos de los Reyes del Mar atracaban. La música salvaje y feroz de las arpas le animaba,

le aturdió. La larga fila de gente que cantaba se prolongó, moviéndose constantemente; había algo extraño en el ritmo medido, de su paso. Era como una marcha hacia la horca.

Las ruinas de las obras del hombre quedaron atrás. Las yermas colinas tomaban volumen contra las estrellas, salpicadas con la débil luz de la luna, que ahora parecía a Selden inexpresivamente perversa. Se preguntaba por qué no tenía más miedo. Pensó que tal vez había llegado a estar emocionalmente exhausto. Veía las cosas muy claras, pero sin sentirse involucrado personalmente.

Los arpistas y los portadores de antorchas entraron por la boca de una cueva, pero no tuvo miedo. Era suficientemente ancha como para que la gente pudiera seguir marchando de diez en fondo. Las arpas sonaban más apagadas y, entonces, el canto tomó un tono profundo y vacío. Selden sintió que descendían.

Un extraño y terrible anhelo comenzó a despertar en él, sin ninguna explicación. Los peregrinos parecían sentirlo también porque el paso se aceleraba un poco con el ritmo de las arpas. De repente, las paredes de roca desaparecieron de la vista y se encontraron en un vasto y frío espacio oscuro, fuera de los puntos resplandecientes de las antorchas.

El canto cesó. La gente caminó formando un semicírculo, deteniéndose, los arpistas en el centro y un pequeño grupo de gente frente a ellos, solos y separados.

Una de esas personas se quitó la capa que le cubría, y Selden vio que era una mujer totalmente vestida de escarlata. Por algún motivo, estaba seguro de que era Lella, aunque a la luz de las antorchas, la cara de la mujer se mostró sólo como una máscara de plata suave y deslumbrante, muy antigua y con un aire sutil de cruel compasión. Ella tomó en sus manos una pálida lámpara redonda y la elevó, los arpistas tocaron sus cuerdas una vez. Las otras seis personas se quitaron sus capas. Eran tres hombres y tres mujeres, todos desnudos y sonrientes. Las arpas comenzaron a tocar una melodía alegre, y la mujer de escarlata balanceó su cuerpo siguiendo el compás. La gente desnuda comenzó a bailar; sus ojos parecían vacíos y alegres por alguna poderosa droga, y ella les guiaba bailando hacia la oscuridad, mientras cantaba una larga y dulce tonada de flauta.

Las arpas callaron; solamente sonaba la voz de la mujer, y su lámpara brillaba como una estrella opaca, distante.

Más allá de la lámpara, un ojo se abrió y observó vigilante.

Selden miró a la gente, a la sacerdotisa y a los seis bailarines; sus siluetas se recortaban momentáneamente contra aquella esfera, como las siluetas de siete personas contra la luna ascendiente. Entonces, algo en él se desintegró. Cayó agarrado al olvido como un arma salvadora.

Pasaron el resto de la noche y el día siguiente en la casa de Firsá Mak junto al oscuro Canal, y en las calles había ruidos de terribles orgías. Selden se sentó mirando directamente al frente, mientras su cuerpo era sacudido por pequeños temblores periódicos.

—No es verdad —dijo una y otra vez—, no es verdad.

—Puede ser que no lo sea —le contestó Altman— pero es un hecho. Y son los hechos los que te matan. ¿Entiendes ahora por qué te hemos traído aquí?

—Quieren que hable a la oficina sobre... sobre aquello.

—A la oficina y a cualquiera que quiera escucharte.

—Pero, ¿por qué yo? ¿Por qué no alguien realmente importante, como un diplomático?

—Lo hemos intentado. ¿Recuerdas a Loughlin Herbert?

—Pero él murió de un infarto... ¡Oh!

—Cuando Bentham nos habló de ti —dijo Firsá Mak—, nos pareciste lo suficientemente joven y fuerte para soportar el *shock*. Hemos hecho todo lo que pudimos, Selden, durante años, Altman y yo hemos intentado...

—Ellos no nos escucharán —dijo Altman—. Ellos no escuchan. Si siguen enviando gente, hermosos jóvenes con buenas intenciones y oficiosos niños, sin saber... Yo, sinceramente, no me haría responsable de las consecuencias. —Miró a Selden desde su flaca y curtida altura.

Firsa Mak añadió suavemente:

—Esto es una carga. Lo hemos soportado, Selden. Hasta sentimos el orgullo de soportarlo. —Señaló hacia las colinas no visibles—. Aquello tiene el poder de la destrucción. Jekkara, seguramente, y Valkis y Barrakesh, y, probablemente, toda la gente, dependen de este canal para su existencia. Puede destruir. Lo sabemos. Es una cuestión marciana, y la mayoría de nosotros no deseamos que los extranjeros participen en ello. Pero Altman es mi hermano, y yo debo tener alguna consideración con su gente. Te puedo asegurar que la sacerdotisa prefiere escoger sus ofrendas entre los extranjeros...

—¿Cuántas veces? —suspiró Selden.

—Dos veces al año, cuando la Luna Loca sube. Entretanto duerme.

—Duerme —repitió Altman—, pero si fuera provocada, asustada u ofendida... Por el amor de Dios, Selden... cuéntaselo, para que por lo menos sepan en qué se están mezclando.

—¿Cómo pueden vivir aquí con ella? —preguntó Selden aterrorizado.

Firsa Mak, le miró, sorprendido por la pregunta.

—¿Por qué? Siempre lo hemos hecho —contestó.

Selden miraba fijamente, pensaba absorto; gritó al ver que Lella entraba suavemente en la habitación.

En la segunda noche se escabulleron de Jekkara y volvieron a las rocas donde el helicóptero estaba esperando. Sólo Altman volvió con Selden. Se sentaron silenciosamente en la cabina. Selden pensaba y, de vez en cuando, sorprendía a Altman observándole; en sus ojos brillaba el reconocimiento del fracaso.

Las cúpulas resplandecientes de Kahora flotaban fuera, en el atardecer, y Denderon estaba en el cielo.

—No se lo vas a decir —dijo Altman.

—No sé —suspiró Selden—, no sé.

Altman le dejó en el embarcadero. Selden no le volvió a ver. Tomó un taxi hasta su hotel, fue directamente a su habitación y se encerró en ella.

Los alrededores, ya familiares, le ayudaron a recuperarse. Se sentía capaz de ordenar sus pensamientos más tranquilamente.

Si él creía en lo que había visto, tendría que contarlo, aunque nadie le escuchara. Aunque sus superiores, sus profesores y protectores, los hombres que él veneraba y de los que más deseaba la aprobación, se sintieran defraudados, le miraran con desprecio y le cerraran sus puertas para siempre. Aunque fuera condenado a la oscuridad infinita habitada por la gente como Altman y Firsa Mak. Aunque...

Si por el contrario creía que era una ilusión, una alucinación provocada por drogas y Dios sabe qué antiguo embrollo marciano... Había sido drogado, eso era cierto. Y Lella había practicado algún tipo de hipnosis con él...

Si él no creía...

¡Oh, Dios!, qué maravilloso sería no creer, ser libre otra vez, estar seguro de la verdad.

Pensaba en los confines confortables y tranquilos de su habitación y cada vez eran más positivos sus pensamientos, más libres de subjetividad, más profundos y tranquilos en comprensión. Cuando amaneció, estaba pálido y ojeroso, pero curado.

Fue a la oficina y les dijo que había caído enfermo inmediatamente después del desembarco, y que por eso no les había informado de su llegada. También les dijo que

había recibido noticias urgentes de su casa y debería regresar en seguida. Estaban muy apenados de perderle, le compadecían, y le hicieron una reserva en el primer vuelo libre.

Algunas cicatrices quedaron en la mente de Selden. No podía soportar el sonido de un arpa ni ver a una mujer vestida de escarlata. Con estas fobias podía vivir, pero las pesadillas eran demasiado. Una vez en la Tierra, fue en seguida a su psiquiatra. Sería totalmente honesto consigo mismo, y el médico le aclararía lo ocurrido. El asunto había sido una fantasía sexual provocada por las drogas, con la sacerdotisa como imagen materna. El Ojo que le había mirado y que todavía le escudriñaba sin pestañear en sus sueños repetidos, representaba el símbolo del principio generativo femenino, y el sentimiento de horror que le excitaba era debido a un complejo de culpabilidad que tenía porque era un homosexual latente. Selden se sentía enormemente reconfortado.

El psiquiatra le aseguró que ahora que las cosas estaban claras, los efectos secundarios se extinguirían. Tal vez así hubiera ocurrido de no ser por aquella carta.

Llegó justo seis meses marcianos después de su desafortunada cena con Bentham. No estaba firmada. Decía: «Lella te espera en el ascenso de la Luna», y llevaba el dibujo preciso e inequívoco de un ojo solitario y monstruoso.

Título original: *Purple Prestess of the Mad Moon* © 1964

Dimitri Bilenkin - EL OLEAJE MARCIANO

Silencio, calma y después un ligero susurro. Así comienza el oleaje marciano. Uno puede pasarse horas enteras sentado al pie de las peñas rojas, contemplar la inmensidad de los arenales y escuchar, escuchar. El susurro se oye por doquier y en ninguna parte. Parece como si, desde el cielo violáceo, las nubes dejaran caer una llovizna semitransparente de gránulos de hielo. Alguien dijo que era un susurro cristalino. Llevaba razón.

Cuando se acalla el susurro, la arena se estremece y pesada y lenta, se va alzando la ola. Se arrastra hasta cubrir los secos peñascos y se asienta paulatinamente. Entonces las rocas calan la arena por abajo. Da la sensación de que una quijada falta de dientes, tritura la ola. Por las rocas planas se escurren perezosamente unos bultos de arena. La ola vuelve a encreparse.

Alrededor todo es quietud. En la lejanía se divisa la arena en calma e, inmutables como la eternidad, las peñas rojas. Solamente aquí en esta bahía y al lado mismo de la orilla es donde se mecen las olas marcianas.

Esto puede significar que allá en lontananza, en los vastos espacios de los océanos de arena se ha desencadenado una tempestad tal que sus embates conmueven el terreno movedizo lo mismo que un terremoto, y que aquí, en esta bahía, las oscilaciones coinciden en resonancia, la estructura del litoral cambia y la arena adquiere fluidez. Puede que sea así, nadie lo sabe exactamente, ni nadie piensa en averiguarlo (quedan en Marte tantas cosas urgentes por hacer).

Yo procuro no perderme nunca el oleaje. Me siento, miro escucho y pienso ¡Qué bien se piensa a solas con un entorno tan sin par. Dejan de existir el tiempo, los límites del espacio, y hasta mi propio cuerpo, quedamos solamente el oleaje yo y nada más.

Ahora la orilla esta desierta. Pero antes estaba muy animada. Yo me acuerdo del asombro con que recibieron los radistas de la Tierra el encargo de enviar bañadores. Si hubo un guasón que quiso ponerse un bañador sobre la escafandra para zambullirse en las olas. Los noveles venían a bañarse aquí para tener algo que contar en la Tierra. A los veteranos les arrastraba la nostalgia por el agua, el agua de verdad, las olas de verdad, el mar de verdad. Era una tentación que nadie podía resistir.

El guasón como es natural, fue Vanin. Y no es que fuera bromista por carácter, no, más bien al contrario. Pero, ¡son tan complejas, contradictorias e inesperadas nuestras acciones cuando rigen los sentimientos!

Sobre todo cuando se trata de una persona tan reservada como Vanin. Ante el oleaje marciano, ¡qué extraño parece todo esto!

Lo que le ocurrió a Vanin entonces nos inquietó a todos por su aparente insensatez. Ahora esta historia se ha cubierto de leyendas, en las cuajadas lo trágico se entremezcla con lo cómico y el valor con la irreflexión ¡Qué lejos de la verdad! Con todos nuestros cohetes, proteínas artificiales y energía nuclear, ¡qué niños parecemos aún, cuando intentamos comprender y prever los actos humanos! Recuerdo la primera exploración a Marte. No podíamos arriesgarnos, no teníamos derecho a ello, cualquier fracaso nos haría retroceder mucho. Ante nosotros se abría un planeta desconocido, en el que todo podía ocurrir y nada se podía prever. Nuestro comportamiento estaba severamente reglamentado. Ni un solo paso casual. Medidas de seguridad por todas partes. El programa era «¡Prudencia!» Nosotros lo observábamos estrictamente ¡Con que seriedad se estudió cómo debería bajar a Marte el primero de nosotros! ¿Había que atarlo o no? Si el suelo sostenía a la nave, también sostendría a un hombre ¿Pero y si...? ¡Quién sabe! Esto no es la Tierra, es Marte.

Obrábamos con extrema precaución, y esto nos salvó de no pocas contrariedades que fuimos encontrando. Éramos seis. Y, cuando hay seis personas, una de ellas resulta más

cobarde. No en el sentido que se le suele dar a esta palabra, no. Simplemente, alguno tiene que ser más cauteloso, más indeciso, más embarazoso que los demás. Ni las circunstancias ni el número de personas tienen nada que ver con esto. Cuando dos personas cruzan una calle de mucho tráfico, cada una se preocupa de sí misma y de su acompañante y, lógicamente, alguna de las dos tiene que ser «más». Y no importa que su comportamiento en esta ocasión no de derecho a decir que es cobarde en sentido estricto.

Nuestro Vanin tampoco era cobarde en este sentido. ¡Ni mucho menos! En la Tierra y en condiciones normales era, por lo menos, más decidido que ocho de cada diez personas. Pero en Marte...

Desde un punto de vista formal, su conducta era irreprochable. Ni corría ante un peligro inesperado ni se daba al pánico cuando la situación era difícil. Pero nunca iba primero por una senda inexplorada. Pisaba siempre las huellas de los que iban delante, ¿está claro?

Vanin era incapaz de imponerse a sí mismo y de obrar de otra manera. Se daba cuenta de su defecto y procuraba enmendarse. Pero no podía. Yo no me atrevo a explicar por qué: la mentalidad humana es todavía un laberinto. Es posible que lo extraordinario de la situación, o el habernos inculcado el «sed prudentes, sed prudentes...» Además, ¿era tan difícil ir el primero por Marte! ¿Y si se abre el suelo y me traga? Pensamientos estúpidos como éste se le metían a uno en la cabeza. Marte no es la Tierra...

Sí, a Vanin nadie le reprochaba nada, excepto él mismo. Su «superprudencia» nos empezó a hacer reír, pero muy pronto Marte dejó de parecerse misterioso, comenzamos a acostumbrarnos a él y comprendimos, más con el corazón que con la cabeza, que la naturaleza de Marte no era más traicionera que la de la Tierra. Pero como Vanin fue el último en comprender esto, nuestras bromas le zaherían. ¿Tenemos que arrepentimos de algo? A posteriori, es posible. Pero, ¿y sinceramente? Sinceramente somos gente alegre. El buen humor es imprescindible en nuestro trabajo: sin él la tensión agotaría nuestros nervios. Para nosotros una broma es como una válvula de seguridad: se ríe uno y parece que ha descansado.

Ahora le doy vueltas en la cabeza a todas nuestras indirectas, pero no, de ofensivo no tenían nada. Cuando entre nosotros nos dirigíamos otras semejantes, nos reíamos todos, burlones y burlados, y en paz. Vanin también se reía cuando le tocaba a él. Se reía con mucha naturalidad. Sin embargo, ahora comprendo que no siempre lo hacía de corazón. Sin duda, en lo más recóndito del subconsciente, se oía llamar «cobarde»

Por aquellos días en que nosotros ya habíamos dejado de ser tímidos pero Vanin no, fue precisamente cuando descubrimos el oleaje marciano. Mejor dicho, lo descubrió Vanin.

La cosa fue así. Veníamos hacia las peñas rojas por la parte de los arenales. Junto a estas peñas es donde se oye el susurro cristalino que previene del oleaje. Pero nosotros llegamos cuando el susurro había cesado ya, y nada nos llamó la atención.

Vanin venía detrás, como de costumbre, pisando nuestras huellas (en la época en que avanzábamos en fila india, él iba generalmente en medio; ahora, como formábamos un grupo compacto, Vanin tenía que ir detrás). Nosotros ya estábamos en la orilla y a Vanin le quedaban unos pasos para llegar, cuando se agitó la arena y Vanin se cayó. Quiso ponerse en pie, y los pies se le hundieron. No gritó, supo contenerse, pero todos vimos cómo palidecía. Mientras desenrollábamos una cuerda y le lanzábamos el cabo a toda prisa, el oleaje tuvo tiempo de zambullir varias veces a Vanin, y él de darse cuenta de que no corría peligro. En la zona de oleaje no se puede decir que las arenas sean movedizas en la acepción propia de la palabra. En casi toda la extensión de esta zona se puede poner uno de pie y pisar suelo firme. Esto se debe, por lo visto, a que junto a las peñas hay poca profundidad y la arena del fondo no tiene suficiente fluidez.

Vanin calculó pronto lo que ocurría (una prueba más de que no era lo que ordinariamente llamamos un cobarde), y no dejó que le sacáramos. Salió él solo, agarrándose a la cuerda... por si acaso.

Cuando nos dimos cuenta de que la situación no había sido trágica en absoluto, nos partíamos de risa recordando los movimientos tan ridículos que había hecho Vanin y la cara que había puesto. ¿Cómo le hubiera sentado a cualquiera de nosotros que se rieran así de él? Lo más probable es que terminase riéndose también. Pero Vanin «se subió a la parra». Le pareció que tachábamos de cobarde su conducta. La verdad es que no tenía ningún motivo. El susto que cualquiera de nosotros se hubiera llevado al sentir que el suelo se hundía bajo sus pies no hubiese sido menor. Sin embargo, como ya he dicho antes, Vanin sufría un complejo de inferioridad. Y en esta ocasión se ofendió en serio. Nuestras bromas se le antojaron la mayor de las injusticias: en primer lugar porque se había portado valerosamente, y en segundo lugar porque el oleaje era un descubrimiento suyo. ¡Indiscutiblemente suyo! (A los que van en medio les tocan en suerte menos contratiempos, pero tienen menos probabilidades de distinguirse.) ¿A qué venía, pues, aquella risa?

Vanin, muy enfadado, comenzó a demostrar lo indemostrable que no se había asustado ni pizca, y que si no se puso en pie fue únicamente para estudiar mejor el fenómeno.

—Además, aunque no lo creáis, bañarse en esas olas es muy agradable.

Naturalmente, nadie le creyó.

Entonces, antes de que pudiéramos impedirselo (¿quién podía esperar aquel arranque?), se tiró a la arena, se tumbó frente a la ola, y puso cara de suprema felicidad.

—¿Qué chiquillada es ésta? —le gritó el capitán— ¡Salga inmediatamente!

Vanin obedeció. Salió de allí con sonrisa de luna llena, como diciendo ¿Queréis más demostración?»

Lo que acababa de hacer nos indignó, pero picó nuestra curiosidad. ¿Y si probáramos?

Dos de nosotros, atados y con mil precauciones, se metieron en la arena. ¡Y qué sorpresa! ¡Era agradable de verdad! Parecía que estabas tumbado sin moverte y que eran las peñas, el horizonte y el cielo, con sus escasas estrellas en el cenit, los que iban y venían. Notabas un mecer rítmico que te adormecía, y a la vez una especie de vuelo suave y sin rumbo, ora hacia arriba, ora hacia abajo. ¡Algo incomparable!

Después, inevitablemente, llegaba una ola y te cubría. Su apariencia era terrible, y empezabas a manotear y a patallar para mantenerte a flote, y aunque sabías perfectamente que no había ningún peligro, te apasionabas, el oleaje marciano hay que probarlo; definirlo es imposible, por la sencilla razón de que en la Tierra no existe nada parecido. Hay que sentir ese vuelo sin rumbo y ese hundirse en la arena para percibir su fuerza atractiva.

Pues bien, con este descubrimiento Vanin se convirtió en un héroe. Pero nuestro reconocimiento era poco para él. Necesitaba convencerse a sí mismo, desmentir aquello que su imaginación había exagerado tanto.

A Marte llegaba gente nueva, y los llevaban a ver el oleaje. Como es lógico, el fenómeno lo enseñaba su descubridor e investigador: Vanin. En realidad, lo poco que conocemos de la naturaleza del oleaje se lo debemos a Vanin. Pero a él le preocupaba más otra cosa: la impresión que causaba. ¡Oh, aquello era estupendo! Había que ver al grupo de neófitos, perplejos aún, sin confianza en sí mismos, esperando a cada instante un prodigio, y junto a ellos a Vanin, un veterano experto, tranquilo, para el que no existían secretos ni cosas de importancia. Y Vanin, seguido por aquellas miradas entusiásticas, se metía en la arena, iba al encuentro de la ola, terrible como todo lo desconocido, se tendía ante ella, y nadaba. Luego seguía su número fuerte: Vanin se dejaba enterrar. Pocos eran los que podían contener un involuntario grito cuando la arena lo cubría por completo y él desaparecía, y las olas, frías, despaciosas e indiferentes, pasaban sobre la tumba de la

victima que acababan de engullir. Silencio, calma, arena que se mueve sin hacer ruido, una llanura lúgubre cubierta por la cúpula de un cielo violeta, minutos que pasan, y Vanin que no aparece.

Cundía el pánico. Si alguno de nosotros estaba presente, ponía cara de circunstancias y procuraba no mermar el efecto. Después de esto, el resurgir de Vanin entre la arena era apoteósico.

Este truco también era de su invención. Fue él quien descubrió que una capa de dos metros de arena no era obstáculo para que una persona, con escafandra provista de servomotores hidráulicos, pudiera salir de su «tumba». La gravedad es menor que en la Tierra y... además, la arena no podía arrastrar a un hombre a mucha profundidad. Vanin había hecho sus experimentos y se había convencido de que podía pasar debajo de la arena horas enteras, mientras quedara oxígeno en sus depósitos. Pero, ¿qué sabían los novatos!

Nosotros, en secreto, también nos sentíamos orgullosos del «efecto Vanin», y esperábamos con impaciencia cada nueva representación. El capitán refunfuñaba, y hasta le aconsejó a Vanin que se dejara de tonterías. Pero le inducía a esto más el amor al orden que cualquier tipo de prevención. Vanin, como es natural, ni se inmutó el oleaje era cosa suya, los espectaculares baños de arena le daban fama, y él no pensaba renunciar a sus laureles. Ocurre a veces que un científico se enorgullece más de saber mantenerse en equilibrio sobre su cabeza que de sus mejores experimentos. ¡Cualquiera entiende la naturaleza humana...! Inter nos, al capitán también le gustaba bañarse.

Y a pesar de todo, nos olvidamos de un hecho evidente: si una persona sabe que nada mal no es fácil que se ahogue, porque tiene cuidado, las que nadan bien tampoco corren peligro; lo corriente es que perezcan las que, creyendo que saben nadar, se equivocan.

Esto fue lo que con el tiempo nos ocurrió a nosotros. Hasta entonces todo había salido bien, y nos envalentonamos. Pero Marte no se había sometido todavía, aunque a nosotros nos pareciera lo contrario. Y no es que nos olvidáramos por completo de este hecho, no. Lo que pasa es que, cuando reina el orden y la tranquilidad, es imposible vivir en constante alarma. Esto es cosa que cualquiera puede comprobar en el momento oportuno.

El día del desengaño se presentó, como siempre, cuando menos lo esperábamos. Llegó a Marte un nuevo grupo. Venían en él dos muchachas. Los llevaron a ver el oleaje. Vanin se frotaba las manos de alegría. ¡Qué no hizo entonces! Se superó a sí mismo. Las chicas no salían de su asombro. Sus ojos reflejaban tal admiración, que Vanin podía prever cómo le adorarían después de su número cumbre.

Lo que pasó a continuación es fácil de imaginar. Vanin se dejó enterrar. Pasaron diez minutos, media hora. Empezamos a preocuparnos, pero nadie hizo nada. ¿Absurdo? No. Vanin se había sumergido decenas de veces antes. Nosotros también lo habíamos hecho. Tenía aire para varias horas y en la orilla había dos chicas. Era natural que esta vez quisiera lucirse, aguantar más. ¿Qué papel hubiéramos hecho si nos metemos a buscarle y él sale riéndose como si tal cosa?

El tiempo siguió pasando. ¡Maldito temor al ridículo!

Por fin nos decidimos a meternos en la arena y ver que pasaba, pero les dijimos a los demás que íbamos a bañarnos también. En estas conmociones teníamos que buscar a Vanin con disimulo. Huelga decir que no lo encontramos.

Entonces nos despojamos de nuestro amor propio y quien no haya cavado légame en un pantano no puede llegar a imaginarse lo que fue aquello.

Dimos con Vanin cuando cesó el oleaje y la arena recobró su densidad. Se había asfíxiado. Las olas lo arrastraron debajo de una peña, y no pudo salir porque el mismo oleaje se lo impidió.

¿Fue esto una casualidad estúpida, que lo mismo hubiera podido ser fatal para cualquiera de nosotros?

Estúpida, quizá. Pero en el hecho de que la primera víctima de Marte fuera Vanin veo una cierta lógica. Debajo de las olas el peligro nos acechaba a todos, pero quien más probabilidades tenía de caer en la trampa era Vanin, por ser él quien con más frecuencia y más decisión que todos los demás juntos se metía en las olas. Se metía para convencerse de que no era un cobarde. Se metía porque los bisoños veían en esto audacia. Sin embargo, era una intrepidez falsa; una intrepidez basada en la seguridad de que no había peligro. Y el valor y el engaño son cosas que se eliminan mutuamente. Por eso fue tan absurdo y necio su fin.

Puede que mi explicación de lo ocurrido le parezca errónea a alguien. No pienso discutirlo. A veces una serie de acontecimientos que inducen a una persona a obrar de cierta manera determinada pueden interpretarse de formas diversas.

Aquí no se trata de eso. Ahora estoy mirando el oleaje, viendo cómo se suceden las pesadas olas que nada reflejan, y pensando. Ahora nadie se baña. Pero cuando Marte sea hecho habitable, se bañarán, de ello no cabe ninguna duda. Poco a poco todo irá entrando en equilibrio, todo se sabrá, y en cada parcela de este planeta existirá una demarcación clara entre el peligro y la seguridad, entre la audacia y la cobardía, entre la fanfarronería y el valor. ¿Será posible que en adelante también se necesite para esto un Vanin?

Alfred Bester - HASTA EL ULTIMO ALIENTO

—Antiguamente —dijo el Viejo—, existían los Estados Unidos y Rusia e Inglaterra y Rusia y España e Inglaterra y los Estados Unidos. Países. Estados soberanos: Pueblos del mundo.

—Aún hoy hay pueblos del mundo, Viejo.

—¿Quién eres tú? —preguntó el Viejo repentinamente.

—Soy Tom.

—¿Tom?

—No, Viejo. Tom.

—Dije Tom.

—No lo pronunciaste correctamente, Viejo. Pronunciaste el nombre de otro Tom.

—Todos ustedes son Tom —dijo el Viejo de mal humor—. Todo el mundo es Tom, Dick o Harry.

Se sentó, tembloroso a la luz del sol, y odiando al simpático joven que estaba junto a él. Estaban en la amplia galería exterior de la habitación del hospital. La calle frente a ellos estaba abarrotada de atractivos hombres y mujeres, todos ellos esperando, expectantes. En algún lugar de la blanca ciudad había un regocijo opresivo, un escalofriante tumulto que se iba acercando lentamente.

—Míralos. —El viejo sacudió su bastón en dirección a la calle—. Todos Tom, y Dick y Harry. Todas Daisy, y Anne y Mary.

—No, Viejo —sonrió Tom—. Solemos usar también otros nombres.

—He tenido a un centenar de Toms sentados donde tú estás ahora —gruñó el Viejo.

—A menudo usamos el mismo nombre. Viejo, pero lo pronunciamos diferente. Yo no soy Tom o Tom o Tom. Yo soy Tom. ¿Puedes notar la diferencia?

—¿Qué es ese ruido? —preguntó el Viejo.

—Es el Emisario Galáctico —explicó Tom de nuevo—. El Emisario de Rigel, la estrella de Orión. Está recorriendo la ciudad. Es la primera vez que un ser de otro mundo visita la Tierra. Hay una gran excitación.

—Antiguamente —dijo el Viejo—, teníamos verdaderos embajadores. Hombres de París y Roma y Berlín y Londres y París y... Llegaban con pompa y circunstancia. Hacían la guerra. Hacían la paz. Uniformes y fusiles y ceremonias. ¡Eran tiempos de coraje! ¡Tiempos de agitación!

—También nosotros estamos viviendo tiempos de coraje y agitación. Viejo.

—Para nada —gruñó el Viejo. Golpeó el bastón débilmente—. No hay pasión, ni amor, ni temor, ni muerte. Tampoco hay sangre caliente circulando por las venas. Ustedes son absolutamente lógicos, absolutamente calmos, absolutamente Tom, Dick y Harry.

—No, Viejo. Amamos. Tenemos pasiones. Tememos muchas cosas. Lo que extrañas es el demonio que hemos destruido en nosotros mismos.

—¡Ustedes han destruido todo! ¡Han destruido al Hombre! —gritó el Viejo. Señaló a Tom con el dedo tembloroso—. ¡Tú! ¿Cuánta sangre tienes en las venas?

—Ninguna en absoluto. Viejo. Tengo Solución Tamar en mis venas. La sangre no soporta la radiación y yo hago mis investigaciones en las Pilas de Fisión.

—Sin sangre —cloqueó el Viejo—. Y tampoco huesos.

—No todos han sido reemplazados. Viejo.

—Y tampoco tejido nervioso, ¿eh?

—No todo ha sido reemplazado. Viejo.

—Sin sangre, sin huesos, sin tripas, sin corazón. Y sin partes íntimas. ¿Qué hacen con una mujer? ¿Cuánto de ti es mecánico?

—No más del sesenta por ciento. Viejo —rió Tom—. Tengo hijos.

—¿Y los otros Toms y Dicks y Harrys?

—En todos los casos entre el treinta y el setenta por ciento. También tienen hijos. Lo que los hombres de tu tiempo hicieron con los dientes, nosotros lo hacemos con todo el cuerpo. No hay daño posible.

—¡Ustedes no son hombres! ¡Ustedes son máquinas! —gritó el Viejo— ¡Robots! ¡Monstruos! ¡Ustedes han destruido al Hombre!

Tom sonrió.

—En verdad. Viejo, suele haber una gran mezcla de hombre y máquina y de máquina y hombre. La distinción es ardua y muy difícil de realizar. Nosotros hemos dejado de hacerla. Nos contentamos con vivir felices y trabajar felices. Nos hemos adaptado.

—Antiguamente —dijo el Viejo—, todos nosotros teníamos cuerpos auténticos. Sangre y huesos y nervios y tripas. Como yo. Trabajábamos y transpirábamos y amábamos y peleábamos y matábamos y vivíamos. Ustedes no viven... son superhombres adaptados... hombres-máquina... bastardos criados a partir de ácido y esperma. No he visto por ninguna parte un buen intercambio de golpes, un beso robado, el fragor de un conflicto, vida. Cómo anhelo volver a ver la vida real... no vuestra mecánica imitación.

—Son las dolencias de la vejez. Viejo —dijo Tom seriamente—. ¿Por qué no nos permites que te reconstruyamos y te ayudemos a recuperar la salud? Si nos dejaras que reemplacemos tus glándulas endocrinas, que reacondicionemos tus reflejos, y...

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó el Viejo con apasionamiento—. No me convertiré en otro Tom. —Se incorporó de la silla con un movimiento brusco y golpeó al simpático joven con el bastón. El golpe lastimó la piel de la cara del joven y fue hasta tal punto inesperado que éste lanzó un grito de asombro. Otro joven simpático se lanzó hacia la galería, contuvo al Viejo y lo volvió a sentar en la silla. Entonces giró hacia Tom que se estaba frotando el líquido frío que manaba por la cortadura que el tremendo golpe había producido en la cara.

—¿Todo bien, Tom?

—No me hizo mucho daño. —Tom miró al Viejo con temor reverente—. Sabes, creo que aún desea lastimarme.

—Por supuesto que lo desea. Esta es la primera vez que estás con él, ¿no es cierto? Tendrías que haberlo visto maldiciendo e insultando. Es un viejo no-reconstituido muy rebelde. Estamos bastante orgullosos del viejo. Es único. Un museo de patologías. —El segundo joven se sentó al lado del Viejo—. Me ocuparé del él por un rato. Ve a ver al Emisario.

El Viejo estaba tembloroso y sollozante.

—Antiguamente —se lamentaba—, había coraje y valentía y espíritu y fortaleza y sangre roja y coraje y valentía y...

—De acuerdo, de acuerdo. Viejo —lo interrumpió su nuevo compañero enérgicamente—, también nosotros tenemos todo eso. Cuando reconstruimos a un hombre no descartamos nada de él, excepto todo lo corrupto que hay en su mente y en su cuerpo.

—¿Quién eres tú? —preguntó el Viejo.

—Soy Tom.

—¿Tom?

—No. Tom. No Tom. Tom.

—Has cambiado.

—No soy el mismo Tom que estaba aquí antes.

—Ustedes son todos Toms —gimió el Viejo acongojado—. Todos ustedes son el mismo Tom que Dios desamparó.

—No, Viejo. Todos nosotros somos diferentes. Lo que pasa es que tú no puedes verlo.

El tumulto y la alegría se acercaban. Afuera, en la calle frente al hospital, la multitud comenzó a gritar con excitada anticipación. La vereda se despejó. Calle abajo había un resplandor de bronce y las primeras vibraciones de la música que se aproximaba. Tom aferró al Viejo por la axila y lo levantó de la silla.

—Acércate a la verja. Viejo —dijo agitadamente—. Ven a ver al Emisario. Este es un gran día para la Madre Tierra. Por fin hemos hecho contacto con las estrellas. Es el comienzo de una nueva era.

—Demasiado tarde —rezongó el Viejo—. Demasiado tarde.

—¿Qué quieres decir, Viejo?

—Debimos haberlos encontrado nosotros a ellos, no ellos a nosotros. Debimos haber sido los primeros. Antiguamente habríamos sido los primeros. Antiguamente había coraje y arrojo. Peleábamos y resistíamos...

—Ahí está —gritó Tom señalando calle abajo—. Se ha detenido frente al Instituto... Ahora está saliendo... Se aproxima... No. ¡Espera! Se ha detenido otra vez... En el Centro. Qué gesto magnífico. No se limita a un recorrido superficial. Está inspeccionando todo.

—Antiguamente —murmuró el Viejo— hubiéramos llegado con fuego y tormenta. Hubiéramos avanzado por las extrañas calles de ese otro mundo con las armas en la cadera y una expresión de desprecio en nuestros ojos. O si ellos hubieran llegado primero habríamos ido a su encuentro con fuerza y desprecio. Pero ustedes no... máquinas semiengendradas... superhombres de laboratorio... adaptados... reconstruidos... despreciables...

—Está saliendo del Centro —exclamó Tom—. Se está acercando. Mira bien. Viejo. Nunca olvides este momento. El... —Tom se detuvo y respiró temblorosamente—. Viejo —dijo—. ¡Se va detener en el hospital!

El auto resplandeciente se detuvo delante del hospital. La banda marcaba el compás, aún tocando gozosa, festivamente. La multitud rugía. En el auto los oficiales estaban sonriendo, señalando, explicando. El Emisario Galáctico se incorporó poniendo de manifiesto su tremenda, fantástica estatura. Descendió del auto y con grandes zancadas se dirigió a los escalones que conducían a la galería. Sus escoltas lo siguieron.

—¡Aquí viene! —chilló Tom, y comenzó a gritar con un rugido que se confundía con el de la multitud.

Repentinamente el Viejo se apartó de la verja. Empujó para pasar junto a Tom y a todos los otros Toms y Dicks y Harrys y Daisys, Annes y Marys que se amontonaban en la galería. Se abrió paso entre ellos a pesar de su debilidad usando su despiadado bastón como arma. Se enfrentó cara a cara con el Emisario Galáctico al pie de la escalinata. Miró a la criatura semejante a una mantis con insolencia y también, por un instante, con horror y repulsión. Entonces gritó:

—Te doy la bienvenida. Soy el único que puede hacerlo.

Levantó el bastón y lo descargó sobre la cara del Emisario con todas sus fuerzas.

—Soy el último hombre sobre la Tierra —bramó.

Título original: *The die-hard* ©1980

Gregory Benford y Gordon Eklund - LA CAÍDA DEL VIENTO OESTE

Se detuvo. Flotaba.

Allí adelante estaba Céfiro, un punto negro en el ojo del Sol, rodeado por el tenue halo luminoso de su cabellera: roja, anaranjado metano, divina. La cola apenas empezaba a ondear y a retorcerse (acababan de cruzar la órbita de Marte), pero nadie en Céfiro veía las hebras de gas ionizado danzando al caer de la cabeza del cometa, más y más veloces a medida que se acercaba al sol. Céfiro estaba demasiado cerca para ellos. La cola del cometa se desplazaba a lo largo de setecientos mil kilómetros a partir de la roca en la que Paul había vivido toda su vida, y ya se sabe que un cometa sólo puede contemplarse bien desde su flanco. Los de la Tierra sí que estaban bien ubicados para ver el espectáculo. Si es que tenían algún interés.

Su vehículo tintineó, murmuró, se deslizó debajo de él; los sensores de masa se habían afinado en Céfiro y estaban cumpliendo con su función de estudiar la roca que se precipitaba para tratar de encontrar nuevos metales: ¿zinc para construir láminas de intercambio iónico? *No*. ¿Cobre? (siempre hacen falta buenos conductores). *Tampoco*.

—Máquina idiota —dijo Paul y cambió el control automático a manual.

Los sensores no encontraron nada porque la primera corteza, de tres kilómetros de profundidad, era hielo puro: hidratos de amoníaco, metano e impurezas varias (pero eso sí, las impurezas son las que hacen la diferencia, las que le dan a Céfiro un sabor peculiar). Una bola de nieve con una roca en el medio. Céfiro: el hogar.

El viento oeste: ésa fue la definición que encontró Paul en el diccionario a los nueve años. O bien: *algo liviano, etéreo o insustancial*, otra definición. (¿Por qué habrá más de un significado para una misma palabra? pensó en aquel momento. Parecía poco práctico. Claro que sólo tenía nueve años.) Ahora le parecía más adecuada la segunda definición. Los cometas son insustanciales; Céfiro era una tibia bufanda de gas atada a una roca negro azabache, que se precipitaba hacia la mueca solar.

Pero sólo *ahora* resultaba adecuada la segunda definición. Veintisiete años atrás, al nacer Paul, el gas ondulante era hielo puro que flotaba sin rumbo junto con la roca y exploraba la oscuridad total más allá de Plutón. En aquel tiempo hacía mucho frío incluso en el corazón de Céfiro, pero Paul no podía acordarse.

Su búsqueda había terminado. Desvió ligeramente el vehículo para sincronizarlo con la rotación de Céfiro, encontró la cámara de entrada principal e hizo deslizar su módulo por allí. Las paredes de la cámara eran de plastiforma rígida y dejaban pasar algo de la luz acuosa del manto de hielo. Los tres kilómetros pasaron rápido. Llevó el vehículo hasta su amarradero, ayudó a uno de los encargados de la esclusa a asegurar la bolsa de desperdicios metálicos que había encontrado y salió.

El encargado salió tras él.

—¡Eh! —lo llamó—. ¿La vio?

—Si vi ¿qué?

—La Tierra.

—Ah... sí.

—Bueno y ¿cómo es?

—Hermosa. Blanca, casi toda blanca. No pude ver la Luna.

El viejo asintió con entusiasmo. Paul notó que quería que le contase más, pero no había más que contar, en realidad. La Tierra era un punto brillante, nada más. El encargado parecía tener sesenta años, por lo menos; Paul creyó reconocer en él al viejo Resnick. Para

un hombre de esa edad, la Tierra significaba algo. Para Paul, nacido en Céfiro, la Tierra era una voz opaca e impersonal que casi siempre daba órdenes y de vez en cuando brindaba ayuda.

—Eso es todo —dijo Paul, y se dio media vuelta.

El reloj del corredor le indicó que ya era la hora de la reunión. Ufa, más diatribas. Había estado escuchando diatribas por todas partes últimamente. Todo el mundo se había convertido en teórico de la política. Pero el hecho de pertenecer a la familia más importante en cierto modo lo obligaba a dar la cara. Y en el peor de los casos siempre iba a poder reírse un poco a costa de Elias.

Bordeó con toda calma los pasillos helados; se oía el murmullo lejano de conversaciones; aspiró el aire con olor aceitoso —los filtros de aire estaban saturados— (Dios mío, ¿tendría que volver a hablarles a esos idiotas?) con un lejano olor a comida; sintió un ligero descenso de la gravedad aparente a medida que subió corriendo tres niveles (hacia adentro, hacia el centro de Céfiro); la sonrisa de un amigo que pasa al lado; apura el paso y llega a la reunión con cinco minutos de atraso.

Paul encontró una silla desocupada en la primera fila y se dejó caer en ella. Paseó la mirada por el salón. Allí estaban los representantes de la tercera generación, casi cincuenta hombres, todos menores de cuarenta, y un número casi equivalente de mujeres. Elias estaba de pie frente a ellos, arropado en su propia dignidad, y le dirigió una sonrisa a Paul.

—Ahora podemos empezar —dijo Elias, levantando la vista—. Paul ya está aquí, y nadie ignora lo importante que es para nuestra causa.

Uff, pensó Paul mientras dejaba de prestar atención. Echó una ojeada distraída a la muchacha que estaba sentada a su lado. Era menuda y tenía un cabello increíblemente rojo —¿quién sería portador de esos genes en la segunda generación?— y pecas que le bailaban en las mejillas pálidas. Cubriéndose la boca con una mano, murmuró:

—¿No eres Melinda Aurtén?

La chica dijo que sí y Paul sintió que empezaba a excitarse. No podía tener más de diecisiete años y jamás había hablado con ella antes. Al inclinarse para seguir habiéndole sintió un ligero remordimiento. *Una vez más, ¿no es cierto? Tanto como para mantenerse en forma.* Ser un tipo importante siempre tiene sus ventajas, merecidas o no.

—Yo digo que tenemos que plantear nuestras exigencias *de inmediato* —decía Elias, con una voz tai vez demasiado chillona—. Y deberán admitirlas. Somos la tercera generación. Somos los que más tenemos que perder, los que tenemos más vida por delante. La primera es demasiado vieja... la mayor parte de sus mejores hombres ya están muertos. La cuarta es demasiado joven.

—¿Por qué no te había visto antes? —le susurraba Paul a Melinda—. ¿Tendré siempre tan mala suerte?

—Yo estuve aquí —dijo ella—. No te fijaste... simplemente.

Se oyó la voz de una muchacha desde el fondo del salón:

—¿No podemos esperar hasta que...?

—¡Esperar —dijo Elias airadamente—. *¿Esperar?* Los cohetes que vienen de Luna llegarán dentro de un mes. *Un mes.*

—¿Por qué dices eso? —dijo la voz— ¿Te lo dijo Randall?

—Me temo que no tuvo tiempo —respondió Elias con sorna. Le echó una ojeada a Paul, que le devolvió la sonrisa y se inclinó para tomar la mano de Melinda.

—Pero tiene que haber alguna razón para que nos recojan en la curva interna de la órbita, en lugar de la externa como habían planeado —dijo la chica.

Paul la conocía. Era Zanzee, una morena con la que había compartido el cuarto, siete años atrás. Recordaba muy bien su risa burbujeante. En fin... Bueno, pero allí estaba

Melinda.

—Randall dice que fue una decisión de tipo administrativo de la Tierra. Quieren todos nuestros registros para la órbita completa de setenta y tres años. *Según Randall*, además, el encuentro de este lado de la órbita es un poco más barato. ¿Alguien puede confirmarlo?

—Yo controlé esa información —dijo Paul, con los ojos todavía fijos en Melinda. Ella lo miraba por entre las pestañas—. Es una cuestión de pura balística. Es un poco más barato, no demasiado.

—De modo que es un pretexto —dijo Elias—. Quieren sacarnos de Céfiro antes de que nosotros, la tercera generación, tengamos tiempo de organizarnos. Randall sabe muy bien lo que pensamos.

Paul se inclinó muy cerca de Melinda y, pegándole los labios al oído, le dijo:

—Vámonos de aquí.

—¿Ahora? Pero...

—Ahora.

La voz de Elias tenía una tonalidad más cálida, más segura.

—No tenemos alternativas. La cuestión es en realidad muy sencilla. ¿Nos quedamos en este mundo, que es nuestro, o nos vamos al que llaman nuestro planeta madre? Yo tengo mi propia respuesta para esta pregunta. Pero no puedo responder por los demás. ¿Qué dicen ustedes?

Paul se puso de pie y arrastró a Melinda consigo. Cien pares de ojos parpadearon y centellearon.

—¿Paul? —dijo Elias— ¿Adonde...? No puedes...

Risas.

—Estoy cansado —dijo Paul, volviéndose hacia él y dedicándole una sonrisa de compromiso—, más cansado que un tronco viejo. Tengo que ir a la cama.

Más risas y Elias que se sonroja y baja los ojos al suelo. Mientras avanzaba por el corredor, con su brazo derecho rodeando la esbelta cintura de Melinda, Paul oyó que decían:

—*Quédate. Quédate.*

Y pensó: «Elias domina a las masas, lástima que sea un plumazo».

En un intervalo que duró una hora y veintiséis minutos:

—¿Tienes sarampión?

—No seas tonto. Bien sabes que no.

—Pero tienes manchas por todas partes... hasta... aquí.

—Sí... Ah.

Una pausa, y

—¿Por qué no te recuestas? Ya no das más.

—No es eso. Estoy un poco nerviosa.

—¿Por nosotros?

—No. No exactamente. No es la primera vez, como te imaginarás.

—Bien.

—No, calma.

—Me pregunto qué es lo que planea hacer Elias.

—¿Elias? Nada. Es incapaz de ponerse los zapatos sin un manual de instrucciones.

—Sus discursos son...

—Una catarata de mentiras y omisiones, como dijo un poeta.

—Creo que...

—Veamos, este brazo va aquí, esta pierna allí y...

Caminó un rato sin rumbo fijo; los corredores se movían como lentos glaciares, a lo largo de las salas de proyección. Sintió un arrebató y se paró a mirar. El mamut tridimensional que estaba montado contra una pared se había reconstruido ensamblando trozos dispersos varios años después de que saliera la expedición Céfitro. Paul había pasado horas allí, mirando cómo Neptuno se deslizaba majestuosamente o simplemente estudiando las estrellas. Ahora, en cambio, miraba el vacío, dejando que sus negras manos hicieran presa de todos sus sentidos.

Era el único modo de mirar el vacío sin tener que salir en un vehículo de exploración. La vida de toda la expedición dependía de la capa de nieve de metano y de amoníaco que los mantenía encerrados en la roca. La nieve misma estaba cubierta por un manto de plastiforma flexible que evitaba que se evaporara la mayor parte del gas. La sociedad que vivía en el corazón de la roca derretía la nieve para obtener las materias primas — nitrógeno, carbono, hidrógeno, oxígeno— que alimentaban las granjas hidropónicas y proporcionaban combustible para los reactores de fusión. Vivimos del viento oeste, pensó Paul, y el vacío se alimenta de nosotros.

Paul dirigió la mirada hacia la Tierra. Espesas nubes blancas; debajo de ellas mares de un azul brillante y manchones de tierra marrón desértica. La veía y no acababa de comprender: era hermosa, bellísima, refulgente de vida humana y sin embargo los video tapes de trideo que había visto mostraban gente hacinada como perros; alimentos racionados; guerras y motines; tonos sombríos y grises.

La mayor parte de la gente que llenaba las salas de trideo pertenecía a la primera generación, y miraba la pantalla como con hambre. Paul los observó. Después se fue.

Recordaba los rincones y los recodos del vivero que los hombres habían cavado en la roca. Lugares en los que había estudiado, amigos que después había perdido, los tempranos y sudorosos escarceos con su primera chica. ¿Acaso no había temblado ella cuando él la tocó? ¿Y no había temblado él también?

Y ése era el lugar... sí, donde Randall había tenido que enfrentar a una manifestación de rebeldes, irritados por la gran cantidad de horas que había llevado reparar los fermentados tanques hidropónicos.

Viejos tiempos. Recordaba los corredores a medida que los recorría.

Golpeó la puerta y escuchó la frágil voz de Randall. Entró en la habitación —amplia, con reproducciones de los retorcidos infiernos del Bosco y paredes empapeladas de verde— y cerró la puerta nuevamente.

Randall estaba sentado frente a un gran escritorio, hablando lentamente en dirección a un micrófono cubierto. Cuando terminó, se volvió sonriente, una mata de pelo blanco, cejas densas, y dijo:

—Creo recordarte. ¿No eres mi nieto?

Paul asintió con prudencia, ocultando una mueca, y dijo:

—¿Y tú no eres una especie de gran jefe?

Randall se rió:

—¿Por dónde anduviste últimamente?

—Por allí —dijo Paul—. Ya te imaginas.

—Sí, me imagino —dijo Randall—. Todavía me acuerdo de ciertas cosas.

Buscó en el bolsillo del saco y sacó una hoja de papel húmeda y amarillenta. La desplegó con ternura.

—Veamos que líos estuviste haciendo.

—¿Otra vez espiándome? —Paul sabía que era un papel en blanco, pero estaba acostumbrado al jueguito.

Randall sonrió.

—¿Por qué crees que soy el Primero? ¿Para poder enterarme de las cosas por la prensa

con un mes de atraso?

Randall recorrió el papel con los ojos, frunciendo el ceño. Profundas arrugas le atravesaban las mejillas gordas y flácidas.

—De acuerdo con esto, parece que sigues siendo muy popular en ciertos lugares. No sueles dormir solo.

—¿Te parece mal?

—No, si sigues cumpliendo con tus obligaciones como hasta ahora. Podrías haber sido un excelente Primero. Si yo no hubiese durado tanto ya lo serías. Pero el entrenamiento te resultará útil, incluso cuando estemos de vuelta en la Tierra.

Randall sonrió. Las muchas arrugas de la piel casi le ocultaban la palidez.

—¿Qué dices? Mira.

Paul tomó un bolígrafo de encima del escritorio y lo dejó caer el metro y medio que había hasta el suelo. Cayó rodando un poco.

—Cinco segundos. En la Tierra habría tardado menos de un segundo. No hay mucha aceleración en Céfiro, abuelo... nuestra gravedad aparente equivale a una vigésima parte de la de la Tierra.

—Bien...

—No podemos vivir allí. Ni siquiera podríamos ir caminando a buscar nuestra pensión por invalidez.

—No estaba pensando en que viviéramos en la Tierra exactamente...

—¿Quieres decir que deberé conseguirme un puesto de portero en uno de los laboratorios orbitales?

—No digas tonterías.

—No son tonterías —dijo Paul—. Ninguno de los de la tercera generación quiere volver a la Tierra.

—¿Tampoco tú?

—A mí me importa un carajo.

—Nunca te importó.

—Y nunca me importará, probablemente. No...

—No mientras haya cosas mejores que hacer, ¿no es cierto? De acuerdo. De todos modos la política no es más que una competencia para ver quien grita más. Ojalá tu padre no hubiese extraviado ese cable del propulsor cuando estaba preparando la nave sonda al décimo planeta... era un orador nato. Habría podido manejar muy bien a Elías y a sus amigos liberacionistas y yo podría descansar.

—¿Liberacionistas?

—Claro.

Randall levantó las cejas por encima de la taza de café y miró a Paul ¿No quieres reconocerlo, verdad? Los mismos aullidos. Son una manga de anarquistas.

Se detuvo un momento.

—Dime, ¿no sabes por casualidad si estuvieron haciendo transmisiones a la Tierra?

—No creo. ¿Por qué?

—Tal vez crean que todavía quedan liberacionistas en la Tierra.

—¿Después del Año de la Purga? Elías vio las películas, como todos los demás. Está bien al tanto.

—Tengo mis dudas, sin embargo. Hubo mucha charla de liberacionistas cuando preparábamos la expedición. Los liberacionistas incluso tenían la mayoría en algunos países. Se cotorreó mucho acerca de reducir todas las funciones al nivel elemental, se propuso que no hubiese una dirección unificada. Fue una casualidad que llegase a ser Primero de la expedición, a pesar de los esfuerzos de los liberacionistas.

La voz de Randall subía de tono a medida que crecía su excitación.

Después hizo un gesto con la mano como alejando el pensamiento. Se puso de pie lentamente, caminó hasta un gabinete empotrado y abrió la puerta de arriba.

—Pero fuiste tú —dijo Paul— el que decidió gastar la mayor parte de nuestras sondas espaciales en el décimo planeta, cuando nos acercamos tanto a él. Fuiste tú el que abandonó el estudio sistemático de Saturno, aun cuando estaba planeado desde el principio. Tuviste libertad para hacer esas cosas. ¿Dónde voy a encontrar yo un empleo en el que tenga ese margen de libertad?

—Ya te adaptarás —dijo Randall apaciblemente—. ¿Un poco de café?

Paul sacudió la cabeza.

—Deberías cultivar algunos vicios. Pueden llegar a ser buenos compañeros.

Randall se quedó un rato con la vista fija en la taza manchada que sostenía en la mano. El cronómetro zumbó y Randall llenó la taza con un líquido marrón y denso.

—¿Qué significa todo esto, Paul? Pareciera... Dime: ¿estuviste en esa reunión infantil de Elias?

—Un rato.

Paul empezó a golpearse inconscientemente la rodilla con el índice.

Randall se rió. La piel se le arrugó más todavía. Tenía un modo de convertir las carcajadas en una serie de ladridos ásperos que acababa por irritar a Paul.

—¿Es muy gracioso? —preguntó Paul.

—Claro que sí. Por Dios. Elias debe de ser el vigésimo tonto de este viaje. Cuando zarpó la expedición había quince por lo menos. Es el aburrimiento, Paul. El culpable es el aburrimiento. La única solución consiste en mantener a todo el mundo ocupado, que tengan siempre algo que hacer, así no tienen tiempo de prestar atención a estúpidos como Elias.

Se rió por lo bajo una vez más y tomó un sorbo de café.

—Ese lanzamiento transplutónico fue lo único bueno que hicieron los liberacionistas en su vida... Dios sabrá por qué lo hicieron. Tal vez querían distraer la atención de su régimen que ya entonces empezaba a tener problemas. Fue entonces que sincronizamos nuestra velocidad con la de este cometa, nos cavamos un espacio para vivir en su núcleo, instalamos transformadores de metano y de amoníaco... todo eso mientras los liberacionistas, esos estúpidos, se veían acosados por problemas que no tenían ni idea de cómo resolver. Y justo cuando comenzamos la órbita del año sesenta y siete, defenestraron a los liberacionistas allá en la Tierra ¡Ja!

Randall apoyó enfáticamente la taza sobre el escritorio. El café derramado formó un charquito. Se quedó allí parado un momento, con los ojos fijos en el vacío, reviviendo victorias del pasado. Después se sentó.

—Es muy probable que queden algunos liberacionistas en esta roca. Les habrán transmitido esa basura a sus hijos, a la espera de que... bueno, no importa. No tienen la menor oportunidad.

—¿Ninguna oportunidad? —preguntó Paul. Había escuchado la cantilena sobre los liberacionistas antes. Casi no prestaba atención.

—El décimo planeta, muchacho —dijo Randall con una mueca.

—Omega.

—Sí, Omega, el punto final... pero no es oficial, es sólo un nombre que le pusimos. Hay que dejar que la Tierra se encargue de eso.

—Nosotros lo encontramos, así que lo bautizamos nosotros.

—Puede ser. Fue pura casualidad que nos hayamos acercado tanto. Demasiado, en realidad.

—¿Qué?

—Perdimos velocidad orbital cuando pasamos a través del campo de gravitación de

Omega. Céfito ya no está en su eclipse original. Esta vez, cuando nos acerquemos al sol no nos desviaremos al pasar por la órbita de Venus. Vamos a seguir de largo, atravesando incluso la órbita de Mercurio. Estaremos tan cerca del sol que nuestro manto de hielo va a derretirse de inmediato.

Paul se puso de pie de un salto... y después volvió a sentarse, pensativo. Había experimentado un súbito y desesperado sentimiento de pérdida, y no podía comprender por qué.

—Es un cambio importante en la órbita —continuó Randall.

—No había luna —dijo Paul.

—Exacto. Omega no tenía luna, de modo que no había forma de obtener un cálculo preciso de su masa. Por eso fue que tampoco pudimos calcular el movimiento angular que habíamos perdido con respecto al sol. Sólo después de obtener un buen referente con el triángulo formado por Júpiter, la Tierra y el Sol pudimos estar seguros de lo que había ocurrido.

—Nos vamos a achicharrar —dijo Paul.

—Sin duda. Si nos quedamos.

Durante el rato de silencio que siguió Randall vació su taza, sin notar que el rostro de Paul se había endurecido. Un momento después Paul se aflojó, se encogió de hombros y dijo:

—Estando así la cosa lo mejor que puedo hacer es barrer los corredores esta noche. Necesito entrenarme.

—Tengo algunos contactos en la Tierra, viejos amigos. Voy a conseguirte una buena ubicación. Ya me estuve ocupando. Puede ser que el resto de la expedición no lo pase tan bien, pero mi propio nieto...

—Sí, muy bien, pero ¿qué va a pasar con los demás? ¿Por qué no se dio a publicidad todo esto?

—No quiero que cunda el pánico. Es más sencillo tener que vérselas con Elias y sus compinches que manejar esta roca llena de gente histérica.

—Tal vez tengas razón —dijo Paul—. Me gustaría tomar un poco de café ahora. Y un cigarrillo también... necesito ambas cosas.

Había un dejo de tensión en su voz. Randall, sonriente, no lo percibió.

Computadora central: tres niveles hacia adentro, corazón sensor, instrumento para medir un viento oeste.

Paul preguntó: DEFINIR M, CATALOGAR LA SUBMATRIZ, SUMAR REGLA PARA ALCANCE PARAMÉTRICO CERO COMA TRES A UNO CUATRO COMA CINCO, LLAMAR AL MAXIGRUPO ALFA DE OPERACIÓN MATEMÁTICA CODIFICADA, DIAGRAMAR EN FORMA HEMISFÉRICA, PRESENTAR, EJECUTAR, DAR INSTRUCCIONES: ABC.

La primera vez cometió un error. La estructura de siliconas, germanio y telurio meditó, insistió, controló sus instrucciones: sí, estaba equivocado. La pantalla luminosa color verde respondió, con letras de imprenta: ERROR CAMBIAR PROGRAMACIÓN.

Paul corrigió la falla de programación y colocó una nueva ficha. La pregunta decía ahora en inglés: «¿Cuál es la masa de material sólido utilizable dentro del alcance inmediato de Céfito? Tiempo promedio requerido para todas las órbitas conocidas en el próximo mes. Desplegar el resultado como suma integrada sobre superficies geométricas».

La máquina pensó, reunió datos, y llegó el resultado. Paul estudió la prolija forma hemisférica y tomó algunas notas. Recogió la información y comenzó a desarrollar una complicada ecuación de velocidad con los datos que acababa de obtener.

—¡Caramba! No sólo juegas, también trabajas —dijo Zanzee.

Recorrió el estrecho pasillo entre las estaciones de lectura numérica de la computadora. (Esa sala era una de las primeras que habían cavado en la roca, se la había construido y montado a toda prisa.) Su piel color chocolate lucía fresca, recién lavada.

—¿De dónde sacas el tiempo?

Paul esperó que apareciera una serie de números. Después se sentó en un taburete con las piernas cruzadas en forma desmañada. Levantó la vista con estudiada negligencia.

—Hacía tiempo que no te veía. ¿Cómo estás?

—Como siempre. ¿Es un trabajo tuyo —señalando el informe y acercándose a él— o...?

—Un trabajo privado —dijo Paul, levantando las anotaciones en el aire—. Es parte de mi educación.

—Ya veo —dijo ella, arqueando las cejas—. Un nieto del Primero tiene tiempo para investigar.

—No es una investigación. Lo hago para divertirme.

Paul se inclinó hasta recostarse en la consola que había a sus espaldas (una operación que no era demasiado difícil con poca gravedad, incluso con un mobiliario de tipo tubular) y se quedó mirándola. Tenía muslos más gruesos de lo que él recordaba. *Nada de pecas, una verdadera mujer, sí, señor, y muy linda.*

—Quieres que volvamos a compartir el cuarto? —preguntó—. Yo estoy libre.

Era un poco directo, pero qué carajo...

—No lo dudo. Pero yo no —contestó ella desviando la mirada hacia la siguiente cabina de la consola.

—Busca el modo.

—Estoy embarazada.

—Estúpida. Ya vas a tener bastante trabajo para adaptarte a vivir en la Tierra sin un hijo, y tu primer hijo, para colmo.

Zanee se dio vuelta bruscamente, el pelo negro se arremolinó y volvió a caer sobre la espalda. Siempre le había gustado ese pelo a Paul. Hasta su ceño fruncido le gustaba; parecía el de un niño imitando a un adulto enojado.

—No vamos a volver. Lo sabrías si...

—Sí, tal vez no volvamos —dijo Paul lánguidamente.

—Tú...

Zanee titubeó un poco, había perdido la violencia de su ataque. A él siempre le había gustado jugar así con ella.

—Te importaría si hubieses madurado. Jamás pensaste en establecerte aquí. Así que te da lo mismo que volvamos a la Tierra. Eso sólo significa más campo para tus...

—Bueno, bueno.

—Comparado contigo, Elias es un príncipe. Él actúa, no tiene miedo.

—De modo que Elias es el padre.

—¡No!

—Es una lástima. Eso es lo que la Tierra anda necesitando, más Elias.

—Pero no vamos a ir...

—Sí, claro. Me olvidaba.

—Paul —Zanee cambió de humor súbitamente; el fuego había desaparecido de sus ojos—. Paul, nosotros nos conocemos.

—Es lo menos que se puede decir.

—No, yo quiero decir... emocionalmente, no lo otro.

Paul asintió, preguntándose porqué las mujeres —las mujeres no, las chicas— evitaban hablar claro.

—Tu apoyo significaría...

Paul se puso de pie, enderezando el taburete.

—Pero, Zanzee —dijo mientras daba algunos pasos y movía las manos en señal de negación—, tú sabes bien que yo no sé nada de política.

Hizo una contorsión, dobló sus anotaciones, se las metió en el bolsillo derecho y se fue.

Paul durmió solo esa noche. Y soñó.

Un corredor, inacabable. Arriba llueve. La lluvia golpea contra el techo del corredor, repiqueteando tonaditas. El corredor tiene goteras y la lluvia cae sordamente en el interior. Hay baldes para contenerla, pero están mal ubicados y la lluvia cae sin obstáculos hasta el piso.

Con la nariz contra el suelo, húmedo y embarrado, el espectro negro husmea por el corredor. Es un espectro delgado y alto; un velo negro le cubre la cara y las manos son en realidad garras, como las de un gorila africano que había visto en trideo o las de un orangután.

El espectro negro se agita y busca el final del corredor. Hace muchas décadas que busca (tal vez siete), pero el corredor es inacabable, como la lluvia.

El corredor está saturado. La pintura se descascara. Escamas grises quedan adheridas a las ropas del espectro negro, que respira con dificultad.

El corredor termina.

Abajo no hay nada. Adelante, arriba, tampoco hay nada. Detrás está el cálido bienestar del corredor. El espectro se enfrenta con el vacío, mira fijamente, se estremece. Se frota los ojos; son los ojos de Paul; otra vez los ojos del espectro, mojado de lluvia.

Un halo rojo...

Computadora Central...

Porque el hombre puede armonizar el ritmo del tiempo.

Un espectro negro, un espectro blanco: se pelean, se arrancan pedazos. Chillan en la oscuridad. El anciano espectro blanco se aleja, dando vueltas y vueltas enloquecidas y con los brazos *envueltos*...

Paul abrió los ojos y giró sobre sí mismo. Se encontró frente a frente con Elias.

—¿Qué cuernos buscas?

—¿Estás solo, Paul?

—No, estoy jugando a las cartas con cinco chinos.

—Yo...

—¿Si?

—Tu abuelo... llamó a la Tierra. Los cohetes ya salieron hacia aquí y tienen propulsores extras. Van a llegar en pocas semanas, en dos semanas.

Paul saltó fuera de la cama. Su habitación estaba casi vacía, desnuda; las paredes eran de un gris pizarra y la única decoración era un estante con latas de microfilms. Los primeros tres volúmenes del estante eran: *El Ser y la Nada*, *El Alma en el hielo* y *Por el camino de Swann*.

—¿Y? —dijo Paul, con un dejo de cansancio en la voz.

—Tenemos que detenerlo. Va a ser el fin de todo. Debe haberse enterado de nuestros planes. ¿Le has contado? No quiero decir que lo hayas hecho deliberadamente, pero tal vez dejaste escapar algo.

—No fue necesario.

—Ah... bueno... está bien, pero no podemos volver a la Tierra. Allí no seremos nada.

—Yo sí. Incluso Randall va a ser alguien, aunque él no lo sabe. Es muy posible que te consiga un puesto como sacerdote.

—¿No podríamos olvidarnos de...?

Elias extendió sus manos y Paul se sorprendió al ver que estaban temblando.

—Tenemos que...

—¿Cuál es tu plan?

Paul tomó una caja de orejones del estante, se sentó sobre la cama y empezó a comérselos. (*Un sueño: ¿sobre la morena y suave Zanzee? Probablemente no. Ya estaba demasiado viejo para ese tipo de sueños.*)

—Voy a distribuir a mis hombres. Vamos a tomar los puntos estratégicos, la cámara de entrada de los vehículos de exploración, los tanques hidropónicos, la central de mantenimiento, las comunicaciones, la computadora. Cuando lleguen las naves, no habrá elección. O nos dejan solos o esperan a que nos rindamos. No pueden atravesar un kilómetro y medio de hielo.

—Y sólo podrán entrar de a pocos por la cámara —dijo Paul.

—Exacto —dijo Elias, enronqueciendo la voz.

—¿Vas a matar a mi abuelo?

—¡Jamás lo haría! No hay necesidad. Sólo lo retendremos. Hasta que haya pasado el peligro.

—¿Hasta que muera? (*¿Había soñado con Melinda? ¿Pecas marrones, pelo colorado?*)

—No. Sólo hasta que la Tierra se decida a dejarnos tranquilos.

—Si lo pusieras en libertad serías un tonto. Randall sigue siendo el Primero y tiene mucho apoyo. Los viejos lo aprecian mucho y ellos quieren volver. Yo mismo le tengo simpatía, carajo. Vale por dos como tú, por lo menos.

—Si nos unimos podemos enfrentarlo.

Paul se rió. Había estado aguantando esa carcajada desde que se despertó y ahora se rió en la cara de Elias. Después de un rato dijo:

—Randall me pidió que guardara el secreto, que no te lo contara, pero me temo que no puedo seguir callándome. No podemos quedarnos aquí. Ya sé que no entiendes nada de dinámica orbital, pero... bueno, Céforo va a acercarse más de lo acostumbrado al sol esta vez. El manto de hielo se va a derretir. No vamos a tener más materias primas para nuestros tanques hidropónicos ni más combustible para la fusión, y nos vamos a achicharrar.

—¿Estás... seguro?

—Segurísimo. (*¿Un espectro blanco? ¿Un espectro negro?*) Lo verifiqué personalmente.

—Entonces...

—Entonces es mejor que empieces a hacer las valijas.

¿Iba a ponerse a llorar Elias? Los grandes profetas de! pasado solían llorar.

—No está bien. Yo... —dijo Elias.

—Cállate la boca —dijo Paul. (*El espectro blanco tenía la clave...*)

—Si tú hubieses ayudado...

—Olvida eso.

Los pensamientos se arremolinaban en la cabeza de Paul. (*¡Cristo! ¿Yo analizando sueños? Dentro de poco será el Tarot.*)

—Escucha, sigue con tu plan. Envía tus hombres afuera y coloca muchos en la cámara.

—No...

—Muévete.

Paul se puso de pie, se frotó los ojos y empezó a vestirse.

—¿Qué hora es?

Encontró su reloj pulsera.

—Estamos en la mitad de la noche. Excelente.

Elias arrastró los pies, empezó a decir algo y después se fue.

Paul esperó un momento, haciendo planes maquinalmente. El sueño seguía

perturbándolo (algo insólito) pero estaba empezando a recuperar la confianza. *El espectro blanco era Randall*. Entonces ya sabía.

—Abuelo —dijo Paul suavemente.

—¿Sí?

Se encendió una suave luz de neón. Randall estaba tendido en diagonal sobre la cama, con los ojos nublados por el sueño.

—Levántate. Elias dio el golpe.

—¿Qué?

—Ya controla la mayor parte de los puntos estratégicos. Vamos.

Ayudó al anciano a salir de la cama y a ponerse un suéter. A Randall le llevó bastante tiempo terminar de despertarse.

Paul lo obligaba a apurarse con una catarata de explicaciones y de exhortaciones, detallando la probable situación. Randall se movía lentamente, buscando a tientas sus botas, tropezándose, incapaz de creer lo que estaba ocurriendo.

—Una señal en código —masculló, atándose los cordones—. Envié a la Tierra un mensaje pidiendo que aceleraran el encuentro. Estuvieron de acuerdo. Sabían que yo todavía podía pensar con claridad. Elias podía intentar algo, causar dificultades. Pero yo nunca...

—No está todo dicho todavía —dijo Paul.

Nunca había visto a su abuelo así, tan viejo y tan débil.

—El panorama no pinta tan mal. Pero tenemos que actuar.

Se pusieron en marcha, bajaron por el ascensor privado de Randall. Los dos guardaban silencio. Randall se mordía los labios, mascullaba, movía desmañadamente las manos en el aire. Paul usaba la cabeza, verificaba, repasaba los movimientos, controlaba el tiempo. El ascensor se detuvo.

—¿Por qué aquí? —preguntó Randall. Hubo un brillo de miedo en sus ojos al ver la habitación, muy pequeña, donde era difícil respirar.

—Estamos cerca de la compuerta de la cámara. Y tu traje está guardado —la puerta se abrió— aquí. Métete en él. ¿Dónde hay uno estándar?

Randall hizo presión sobre un cajón secreto que había en la otra pared de la habitación. Rompió la funda de su propio traje y comenzó a ponérselo. Paul tomó el traje estándar y empezó a ajustarlo para que se adecuara a su altura y a su tamaño. Su traje privado estaba en la bóveda de almacenamiento cerca de la compuerta de aire. Después de un rato se detuvo.

—No puedo hacer gran cosa con un traje así. Voy a...

Cuando empezaba a darse vuelta Randall lo tomó de un brazo.

—¿Qué sentido tiene todo esto?

Paul miró a su abuelo y vio un temblor de vejez en sus ojos cansados. De pronto Paul se sintió culpable, pero rechazó el sentimiento. El universo era demasiado amplio para incluir las emociones.

—Vamos a descomprimir las habitaciones en las que están los hombres de Elias.

—Eso es un... asesinato.

—Sólo si se niegan a rendirse. Bajaremos la presión al mínimo pero seguirán viviendo. Nunca mataría a nadie. Deberías saberlo.:

—Debería —dijo Randall, y después de una pausa—: ¿No podría hablarles? Siempre me las pude arreglar con ellos.

—No —dijo Paul—. Nunca antes hubo una situación tan grave.

Randall asintió.

—Pero, ¿por qué trajes para nosotros?

—Alguien tiene que entrar a atraparlos, aunque se rindan. Y voy a ser yo. Si algo anda mal, te mando una señal por radio y quitas el tapón del cuarto. Yo podré sobrevivir. En todo caso podrás venir a buscarme.

—Es un buen plan —dijo Randall—. Ojalá...

—¡Apúrate!

—Sí, claro.

Randall se ajustó el cuello del traje.

—Voy a ir hasta la compuerta —dijo Paul—. Voy a buscar mi traje y vuelvo. Tú quédate aquí.

—Pero...

La puerta se cerró ahogando la protesta de Randall. Paul se lanzó a la carrera por el corredor, tocando apenas las paredes. En una oportunidad miró hacia atrás, con la certeza de haber oído pasos vacilantes que seguían la huella de los suyos, pero el corredor estaba vacío.

Se detuvo en la entrada del área de la compuerta. ¿Ya estarían en sus puestos los hombres de Elias? El único modo de saberlo era entrando.

Abrió la escotilla, asomó su cabeza por el agujero y miró alrededor.

Había dos pistolas apuntándolo; reconoció a dos hombre de la reunión del día anterior. Les dirigió una sonrisa forzada. Los hombres lo miraron fijamente durante un largo rato y después bajaron las armas.

—¿Tienen una sogá? —preguntó Paul.

Los dos hombres se miraron, evidentemente no habían hecho el reconocimiento de la compuerta.

—Dejen, no importa.

Paul se abalanzó sobre un armario de provisiones, revolvió y encontró algunas cuerdas de seguridad de nylon.

—Enseguida vuelvo. No disparen.

Volvió al vestidor privado de Randall.

Abrió la puerta, ocultando la sogá y encontró a Randall mirándolo a través del visor de su traje. Randall dijo algo y después se dio cuenta de que Paul no podía oírlo. Buscó la válvula de descompresión. Paul golpeó con los talones en la pared, se abalanzó sobre el viejo y lo arrojó contra un rincón.

Antes de que Randall pudiera volver a ponerse de pie, trastabillando torpemente por la falta de costumbre de usar traje después de tanto tiempo de estar adentro, Paul se le puso atrás y abrochó entre sí los cierres que tenía el traje en las muñecas. Randall habría podido zafarse si hubiera recordado cómo, pero Paul confiaba en que le llevaría algún tiempo darse cuenta.

Tenía razón. Randall trató de llevar los brazos hacia los costados del cuerpo, pero se encontró con que los tenía atados a la espalda. Paul deslizó las sogas de nylon por los brazos de Randall, las hizo pasar por las piernas y empaquetó al hombre como si fuese un juguete enorme. En pocos minutos lo tenía completamente atado.

No había tiempo para contemplaciones. Lo levantó en vilo y lo arrojó al corredor. El viejo debía estar sufriendo bastante con tantos golpes, pensó Paul, pero el traje evitará que se rompa algún hueso.

Paul se lanzó con Randall por el vestíbulo gris semicircular. Jadeaba. *El espectro blanco. El espectro negro. Peleando.*

Las paredes del corredor parecían cerrarse sobre él, y aceleró la carrera, tropezándose casi por el apuro. Este que cuelga como una bolsa mojada de mi hombro es mi abuelo, pensó. Mi propia carne, mi propia sangre. El hombre que me sacó de la nada y me convirtió en la clase de animal que puede atacar a los suyos. Una risa histérica le trepó por

la garganta cuando chocó contra la escotilla.

Hizo una pausa para tomar aliento contando hasta diez y recitando algo en griego. Después entró en la habitación.

Los dos hombres se quedaron con los ojos fijos en el bulto que llevaba Paul; a través del visor podían ver que se trataba de Randall.

—¿Cómo...? —dijo uno de ellos.

—Cierra la boca —dijo Paul—. Y sostén esto.

Les pasó el cuerpo de Randall a los hombres. Tenía que apurarse. Elias llegaría en pocos minutos más. No había tiempo que perder, pero... *Olvidalo*, se dijo. Es sólo un hombre. No le debes nada; tienes que elegir entre su vida o la tuya. Él es viejo; tú eres joven.

No tuvo ningún problema en encontrar su traje privado. Se deslizó dentro de él y volvió a la recepción principal. Elias lo estaba esperando, de pie junto a Randall.

—Elias —dijo Paul—, manda a tus hombres por un cajón de tubos de oxígeno.

Elias había traído dos hombres más con él y Paul quería desembarazarse de ellos.

—Ahora mismo.

—¿Qué piensas...?

—¡Ahora mismo!

—Bueno, está bien. Zabronski, Kanyen, hagan lo que dice.

Se marcharon los dos. Elias señaló a Randall.

—¿Qué...?

—Es demasiado parecido a un símbolo. Los viejos lo seguirían a cualquier parte, y tú no quieres que eso suceda, ¿verdad?

—No. Yo...

—Bien. Entonces vamos a sacarlo de circulación. Lo voy a llevar afuera, con aire y comida, y lo voy a dejar en el hielo. Lo voy a esconder en algún vallecito, atado, con suficiente libertad de movimiento como para que cambie sus tubos y se alimente.

Elias frunció el ceño como dudando.

—Parece un poco drástico. ¿No podríamos...?

—¿Estás asustado?

—No —Elias se encogió de hombros—. Al fin de cuentas es tu abuelo.

Esa es la clave, precisamente, pensó Paul.

—Ábrele el traje a Randall. Quiero que nos oiga.

Elias hizo lo que le decían. El traje de Randall era de un rojo anaranjado y Randall parecía una langosta gorda y ridícula junto a la entrada principal de la compuerta de aire.

—Paul —dijo Randall con la voz suave, apagada.

—Randall, yo...

—Presta atención a mis instrucciones —dijo Elias—. Estoy por arrojar...

—No tengo por qué escucharte —Randall recuperó su vigor al ver a Elias—. Si me matas desatarás la anarquía en este mundo.

—¿La anarquía? —repitió Paul—. ¿Y qué tiene eso de malo?

Los dos hombres volvieron, arrastrando un cajón rodante de tubos. Habían estado escuchando; en la parte de arriba había alimentos y botellas de agua a presión.

Randall miraba a Paul con ojos duros.

—No lo comprendo —empezó a decir—. Mi propio nieto... Paul, podríamos haber...

—Lo siento —dijo Paul—. Pero tenía que ser así. Creí que ya estabas al tanto de todo.

Randall quiso empezar a hablar pero sólo asintió débilmente.

—¿Nunca se te ocurrió preguntarte por qué te eligieron Primero en Céfiro cuando la mayoría era liberacionista? —le preguntó Paul.

Elias miró extrañado a Paul y Randall volvió a asentir. Los demás hombres permanecían

en silencio, sin comprender una palabra de la conversación.

—Creo saberlo —continuó Paul—. Tenían que tirarle un hueso a los planificadores y a los burócratas y a los cagatintas, y te eligieron, pero sabían que no importabas porque, a su modo, conocían bastante de política.

—Eran unos criminales —dijo Randall, con voz lejana, como si hablara desde otra época—. Eran todos unos criminales.

—Tal vez sí, antes de que terminara todo. Ahora también yo soy un criminal; todos los hombres de acción cometen algún crimen contra alguien. Los liberacionistas querían ese lanzamiento transplutónico, pero no en nombre de la ciencia o por afán de gloria. Creyeron que ya estarías muerto, no tuvieron en cuenta que la poca gravedad prolonga la vida. Sabían muy bien que el tipo de libertad con la que ellos soñaban no podía darse en esa lata de sardinas en que se estaba transformando la Tierra.

—Ya veo —dijo Elias.

Paul lo miró. *Tal vez sea más vivo de lo que parece*, pensó Paul. *Será mejor acelerar el trámite. Un hombre que está por morir merece saber la verdad.*

—Los liberacionistas enviaron una pequeña comunidad pionera, Céfiro, independiente de la Tierra. Sabían que después de terminar el viaje no queríamos regresar. Céfiro fue libre mientras estuvo fuera del alcance de las veloces naves terrestres. Cuando se quede sin nitrógeno y sin oxígeno encontraremos algún otro cometa, más allá del décimo planeta. Ya vimos lo suficiente en nuestra órbita... la próxima vez ya sabremos dónde buscar. Y mientras Céfiro sea libre habrá al menos un lugar donde los hombres sean libres.

—Si la Tierra llegara a autodestruirse —dijo Elias lentamente— podríamos regresar a repoblarla.

Paul ya veía a Elias forjándose un papel protagónico en ese nuevo drama imprevisto. Iba a pulirlo, a esbozarlo cuidadosamente y acabaría por creer que la idea había sido suya desde el primer momento. Y también convencería de eso a todos los demás.

Pero Randall no era de la misma opinión. Tirado en el piso, con los ojos cerrados, empezó a reírse calladamente.

—¿Dónde está la gracia? —preguntó Elias, con la cara roja de ira.

—Ustedes son los agradecidos —dijo Randall—. Tú. Y Paul. Ustedes y sus maravillosos proyectos. ¿Así que van a repoblar la Tierra? ¿No se habrán olvidado de algún detalle? Después que Céfiro pase junto al sol no van a ser capaces de repoblar nada, porque van a ser cadáveres carbonizados.

El miedo reemplazó a la ira en el rostro de Elias. Se volvió hacia Paul:

—¿Qué...?

Paul sacudió la cabeza.

—Eso no es problema. Hice un catálogo de los sólidos que cruzan la misma órbita que Céfiro, los materiales de desecho que nos siguieron a lo largo de toda nuestra elipse. Si ponemos a trabajar todos los vehículos de exploración y no paramos un momento, podemos reunir bastante material como para fabricarnos un escudo defensivo. Incluso tendríamos tiempo de pulir la superficie, para estar seguros de que estamos a salvo. Una semiesfera de unos pocos metros de espesor sería suficiente.

Randall volvió a reírse con una risa amarga.

—¿Tienes la respuesta para todo, no es cierto?

—Algo así —dijo Paul.

Miró a su abuelo durante un largo rato, ambos miraban fijamente los ojos del otro. Después Paul se volvió hacia Elias.

—Sellen el traje de Randall —dijo—. Ya perdimos mucho tiempo.

Esperaba, flotando.

—¿Puedes alcanzar los tubos y conectarlos? —le preguntó Paul a Randall.

Estaban comunicados por medio de un tubo de metal que transmitía los sonidos entre los trajes.

—Sí.

—Bien, esperemos que la Tierra se lleve sus naves de vuelta cuanto antes.

Hubo una pausa. Después Randall dijo:

—Hace mucho frío aquí afuera, Paul —la voz vibraba con el dolor de la vejez—, hace tanto frío.

—Tienes bolsas de carga de más —dijo Paul—. Úsalas.

La luz lechosa del alba sobre la superficie de Céfiro se filtraba a través del hielo, se reflejaba en el borde del manto y reverberaba. Tenía un sombrío matiz anaranjado que hacía que el traje de Randall resaltase aún más en la cavidad que Paul había encontrado para él. Allí abajo, en reposo, el viejo, parecía frágil y muy solitario. Como la humanidad en el universo, pensó Paul. Una manchita en el abismo negro.

—Voy a morir —dijo Randall—. Sabes bien que voy a morir. Mírame y di que no lo sabes.

Paul miró a su abuelo.

—Sé que es probable que mueras.

El vacío los cubría a todos, una nube enorme, vacía, devoradora.

—Me asesinas —dijo Randall—. ¿Y por qué? Por una *causa*. Por una causa ridícula, estúpida e inútil.

—No es por una causa —dijo Paul (no había causas en su vida)—. Es por mí, por mi libertad.

En lo alto giraban solemnemente frías estrellas que se retorcían en el vacío, envueltas en el fulgor de la cabellera del cometa. En pocos minutos más podría verse la Tierra, el brillante faro del Hombre.

«A mí no me conmueve», pensó Paul. «Es un espectáculo para Randall.»

—¡Paul! ¡Por favor, Paul!

«Hubo un tiempo en que lo quise mucho», pensó Paul, «fue el único al que quise. Veneraba sus pisadas, reverenciaba cada una de sus palabras. Y ahora lo asesino.»

Paul retiró el tubo de comunicación del traje de Randall y lo ajustó al flanco del vehículo. Se quedó un momento mirando la figura solitaria sobre el hielo y después puso en marcha el aparato. No hizo ningún ademán de despedida. No miró hacia atrás.

La cavidad en la que quedaba Randall estaba a veinticinco kilómetros de distancia de la cámara, pero el viaje resultó corto. Paul voló por encima de descarnados cuchillos de hielo negro, rumbo al amanecer. Conectó la radio de su traje y llamó a la compuerta.

—Todo en orden —dijo, con voz controlada—. Voy a entrar.

Se escuchó una breve respuesta de Elias.

Desde el primer momento todo había consistido en precipitar a Elias, en mantenerlo ocupado, en no dejarlo pensar. Randall no era el obstáculo principal pero habría podido convertirse en una molestia si se hubiera quedado en Céfiro. Habría sido Elias el que decidiera todo.

Paul condujo su vehículo hasta la entrada y se dejó caer en la cámara.

La luz que lo rodeaba osciló y se oscureció, arrojando pálidas réplicas del vehículo sobre las paredes. El espectro negro, cayendo.

Paul recordaba una frase de la andanada de palabras que había gritado Randall en el viaje de ida.

¿Realmente quieres vivir bajo las órdenes de Elias?

Elias era la clave. Ahora que Paul le había dado la idea de poner a Randall en un depósito frío en la superficie ¿qué cosa más natural que el siguiente paso? A Paul no le

había importado un carajo la política de jardín de infantes que había desplegado Elias hasta entonces... pero ahora la situación era otra. Paul era el único rival de Elias. Ahora, le gustara o no, tenía que seguir con el juego.

Desaceleró los motores y frenó. Las luces se habían encendido solas y Paul maniobró para colocar el vehículo en su amarradero. Si sintió algo aturdido durante la caída libre; había desayunado poco. ¿Qué habría estado haciendo ahora, se preguntaba Paul, si Zanzee hubiera aceptado la invitación de dormir con él y él hubiera echado a Elias cuando llegó con la noticia? Se sonrió para sus adentros y después se rió en voz alta: no lo sabía, las circunstancias hacen al hombre (¿y al asesino?).

Dio un salto y se acercó a la compuerta de aire para la tripulación. Las luces estaban en posición normal. Todo parecía igual.

Pero si Elias aprovechaba la oportunidad, podía dejar a Paul en el exterior para siempre. Podía tomarlo prisionero. Enseguida se hizo la imagen: él y Randall muriéndose juntos mientras acechaban el hambre, la locura, la sed y el frío insoportable.

Por un instante se maldijo y maldijo su irracionalidad. Se había encargado personalmente del trabajo porque... había que admitirlo de una vez por todas: porque Randall era su misma sangre. No podía mandar a uno de los suyos a enfrentarse solo con el último camino, el de la oscuridad. En última instancia era un acto personal.

Podría habérselo encargado a otro. Tendría que estar con Elias en esos momentos, esperando que algún lugarteniente regresase del frío.

Eso es lo que decía la lógica. Pero sabía que no habría podido hacerlo, más allá de la lógica y de todos los sistemas. Si quería salvar un resto de dignidad, la puñalada para Randall tenía que venir de alguien de su propia sangre.

Antes de que pudiera impedirlo, oyó una vocecita que preguntaba en medio de la confusión de su conciencia:

¿Y eso es todo? ¿No sabes acaso que un lugarteniente que desempeña las funciones de un general ya no puede volver a ser un teniente? ¿Estás seguro de que no calculaste también ese riesgo?

Paul sintió que se endurecía para cerrarle el paso al pensamiento. Esto sí que no se lo había esperado. Una vez que uno empieza a jugar y marca los tantos, las cosas dejan de ser tan claras. Nunca lo sabría con seguridad.

—Estoy aquí afuera —dijo Paul por su radio—. Abran la compuerta.

Hubo un silencio. Paul puso la mano sobre la escotilla y esperó. Pasaron largos segundos.

Después sucedió. Un estremecimiento, tan leve como siempre, y la escotilla que se abre.

Paul franqueó la entrada.

Había ganado. Elias no había tenido tiempo de pensar. Paul era un hombre libre. Una vez adentro, se sabía capaz de enfrentarse a Elias y a cualquiera de sus compinches.

Paul se llenó los pulmones con el aire con olor aceitoso del traje, que tenía sabor a tensión, a muerte y a miedo.

¿Realmente quieres vivir bajo las órdenes de Elias?

No, no pensaba hacerlo.

«Pero ¿por qué?», pensó, «¿por qué estoy llorando?»

Título del original: *West Wind, Falling*

Poul Anderson - LA FIERA Y LA BELLA

I

El técnico de las nuevas encarnaciones, o renacimientos, pensaba haberlo oído todo ya en el transcurso de los tres siglos. Pero aun así, se quedó aturdido.

—Mi querido amigo... Dice que un tigre...

—Exacto —le contestó Harold—. Puede hacerlo ¿verdad?

—Pues... supongo que sí. Claro que antes tendré que estudiar el problema. Nadie ha deseado nunca una nueva encarnación que no fuese en un ser humano. Pero yo diría que es posible —las pupilas del técnico resplandecieron con un brillo ausente de las mismas desde muchas décadas antes—. Al menos será muy interesante.

—Creo que poseemos varias fichas de tigres —observó Harold.

—Oh, sí... Poseemos fichas de todos los animales existentes cuando se inventó la técnica, y estoy seguro de que debe de haber algunos tigres. Pero se trata del problema de modificación. Una mente humana no puede trabajar con un sistema nervioso diferente. Tendremos que cambiar todo el sistema... un cerebro más grande con más circunvoluciones... Y aun así, estará lejos de la perfección, aunque su mentalidad básica será estable por un año o dos, salvo accidentes. Éste es el lapso de tiempo que desea ¿verdad?

—Sí, algo así.

—Actualmente está poniéndose de moda la encarnación en formas animales —admitió el técnico—. Pero hasta ahora, la gente sólo desea animales con sistemas fácilmente modificables. Monos antropoides, particularmente. En realidad, para lograr un chimpancé ni siquiera hay que modificar el cerebro a fin de que posea una mentalidad humana estable durante varios años. Los elefantes también son fáciles. Pero un tigre... —meneó la cabeza— Supongo que se harán algunos, una vez estén de moda. ¿Pero por qué no un gorila?

—Quiero un carnívoro —insistió Harold.

—Supongo que es cosa del psiquiatra... —insinuó el técnico.

Harold se limitó a asentir. El técnico suspiró y rechazó la esperanza de lograr sabrosas confesiones. Un empleado del Departamento de Reencarnaciones escuchaba muchas historias raras, pero este individuo no pensaba explicar nada. Oh, bueno, sólo la rareza de su demanda ya daría pábulo a comentarios para varios días.

—¿Cuándo estará a punto? —quiso saber Harold.

El técnico se rascó pensativamente la cabeza.

—Tardará un poco —confesó—. Tenemos que escudriñar el archivo y, luego, buscar un dibujo neural básico para conservar la mente humana. Se trata de algo más que de una simple superposición de memoria. Los genes controlan un organismo durante toda la vida, dictando, dentro de los límites ambientales, incluso la edad y el envejecimiento. No es posible formar un animal con una ontogenia completamente opuesta a su filogenia base... no sería variable. Tendremos que modificar, por lo tanto, las moléculas celulares, así como la grosera anatomía del sistema nervioso.

—En resumen —le atajó Harold—, este tigre inteligente será algo nuevo.

—Si se encuentra con una tigresa similar podrá criar, a su vez —respondió el técnico— Pero no con una verdadera tigresa... si es que queda alguna, y, además, la herencia sería diferente. ¿Pero tal vez quiera usted un cuerpo femenino para alguien?

—No, sólo para mí.

Brevemente, Harold pensó en Avi y trató de imaginársela encarnada en el felino y grácil cuerpo de una tigresa. Pero no, ella no pertenecía a este tipo. Y la soledad formaba parte de la curación.

—Una vez hayamos modificado la ficha, no habrá nada de su memoria superpuesta en el animal, lo mismo que ocurre con las reencarnaciones humanas, pero para formar esta ficha... Bien, puedo emplear el comprobador especial y computar las unidades en Investigación, para solucionar el problema. Ahora no trabaja nadie allí. En fin, digamos una semana. ¿Está bien?

—De acuerdo —aprobó Harold—. Volveré dentro de una semana.

Dio media vuelta, con un breve adiós, y descendió por la escalerilla deslizante hacia el transmisor más próximo. Estaba casi desierto, con excepción de las formas no humanas de unos robots móviles que iban a diversos encargos. El débil y profundo zumbido de actividad que llenaba el Departamento de Reencarnaciones se debía casi por completo a la maquinaria, a las corrientes electrónicas que susurraban en el vacío, a la silenciosa cerebración de los intelectos artificiales que superaban de tal forma a los de sus creadores humanos que los hombres no podían ya seguir el curso de sus pensamientos. Un cerebro humano no podía operar con tantos factores simultáneos.

Las máquinas eran los oráculos del día. Y los dioses que daban la vida.

«Somos parásitos de nuestras máquinas —pensó Harold—, Somos como mosquitos volando en torno a los gigantes que hemos creado. Ya no existe la ciencia humana. ¿Cómo es posible, cuando los cerebros electrónicos y las grandes máquinas que son sus cuerpos, pueden hacerlo todo mucho más de prisa y mejor? Sí pueden realizar hazañas que nosotros jamás habríamos soñado, proezas de las que los más audaces genios sólo vislumbraron un leve destello... Esto nos ha paralizado, esto y la inmortalidad de la reencarnación. Y ahora sólo nos queda una existencia ociosa y dada al placer, ¿y qué diversión hay en esto, al cabo de unos siglos?»

No era extraño que la reencarnación animal estuviera en pleno auge. Ofrecía cierta perspectiva de novedad... al menos por algún tiempo.

Pasó delante de un espejo y se detuvo a contemplarse. No había en él nada raro; poseía, un cuerpo alto y rasgos agradables, cosas ambas muy corrientes en la actualidad. Tenía un poco de gris en las sienes y empezaba a mostrar tendencia a la calvicie en la coronilla, aunque su cuerpo sólo tenía treinta y cinco años. Pero en esta época la gente, los cuerpos, envejecían antes. Y en los tiempos pretéritos, apenas habría llegado a los cien años.

«Yo tengo... veamos... cuatrocientos sesenta y tres años. Al menos, los tiene mi memoria... ¿y qué soy yo, en mi pura esencia, sino un rastro de memoria?»

Al revés que la mayoría de los individuos del edificio, llevaba ropa, una ligera túnica y una capa. Era muy sensible respecto a la flojedad de su cuerpo. Tenía que mantenerse en mejor forma. ¿Pero para qué, en realidad, cuando su ficha de veinte años era de un espécimen soberbio?

Llegó a la cabina del transmisor y vaciló un instante, sin saber adonde ir. Podía dirigirse a su casa, para poner sus asuntos en orden antes de llegar a la fase del tigre, o dejarse caer en casa de Avi, o... su mente comenzó a desorientarse hasta que volvió al punto de partida. Al cabo de cuatro siglos y medio, le resultaba difícil coordinar todos sus recuerdos. Cada vez estaba más amnésico. Tendría que ir al departamento de psicología de la Reencarnación, a fin de revisar su ficha, y eliminar la parte más inútil de su sinopsis.

Decidió visitar a Avi. Mientras pronunciaba su nombre ante el transmisor y esperaba que el mismo pasara a través de los archivos electrónicos de la Central a la residencia de la joven, pensó que durante toda su vida sólo dos veces había visto desde fuera el Departamento de Reencarnaciones. El edificio era inmenso, un rascacielos de aspecto muy feo, que ascendía por encima de casi todos los desiertos bosques de Europa, una vista tan

impresionante como la del cráter Tycho, o los anillos de Saturno. Y cuando el transmisor le enviaba directamente de cabina en cabina, dentro del edificio, pocas veces se tenía ocasión de mirar hacia la fachada.

Por un momento jugueteó con la idea de ser transmitido a la casa de enfrente para poder contemplar el edificio a su sabor. Pero... bueno, ya lo haría en cualquier momento del milenio siguiente. El Departamento duraría siempre, lo mismo que él.

Se generó el campo del transmisor. Y a la velocidad de la luz, Harold cruzó el mundo hacia la vivienda de Avi.

La ocasión era lo bastante importante como para, que Ramacan se vistiera sus mejores ropas, una capa colorada sobre la túnica, y los adornos prescritos para tal atuendo. Luego se sentó en su transmisor y esperó.

La cabina estaba dentro de la balaustrada de columnas. Desde su asiento, Ramacan podía divisar, por la puerta entreabierta, las grandes laderas y los picos del Cáucaso, ahora verdes con la llegada del verano, salvo donde las nieves eternas centelleaban bajo el resplandeciente cielo. Había vivido allí durante varios siglos, contrario a la inquietud de la mayoría de terrestres. Y le gustaba el lugar. Poseía una inmensa quietud y jamás cambiaba. La mayoría de humanos, en la actualidad, buscaban la variación, como en una búsqueda febril de novedades, de cosas jamás gustadas, mentes viejas en cuerpos nuevos que anhelaban modas recientes. Ramacan era... le llamaban obstinado, y posiblemente lo fuese. Estable o fijo sería más aproximado a la verdad. Lo cual le tornaba en el hombre ideal para su labor. La mayor parte de lo que quedaba de gobierno en la Tierra lo llevaba él a cabo.

Felgi tardaba, aunque a Ramacan no le preocupaba. Tampoco solía apresurarse nunca. Pero cuando llegó el procionita, la manera de su llegada arrancó un juramento a los labios del terrestre.

No llegó por el transmisor, sino en una lancha de su nave espacial, de metal muy reluciente que descendió del cielo y se posó en el césped. Ramacan observó las torretas y los cañones que sobresalían de la lancha. Anacronismo... El Sol llevaba varios siglos sin ver ninguna guerra. Pero...

Felgi surgió por la escotilla. Iba seguido por un escuadrón de guardias armados, que dejaron sus detonadores en posición de descanso, mientras ellos se mantenían firmes. El capitán procionita se dirigió solo a la casa.

Ramacan ya lo conocía, pero ahora estudió al recién llegado con renovada atención. Como la mayoría de los suyos, Felgi era un poco bajo para la talla corriente de la Tierra, y la rigidez de su rostro y su apostura resultaban casi chocantes. Su uniforme severo, negro y muy ceñido, difería poco del de sus subordinados, excepto por la insignia del grado. Sus facciones eran delgadas, oscuras por la pigmentación protectora necesaria bajo el terrible ardor de Proción, y en sus pupilas había algo que Ramacan no había observado antes.

Los procionitas parecían humanos. Pero Ramacan se preguntó si habría visos de verdad en los rumores que circulaban por la Tierra desde su llegada, respecto a que la mutación y selección durante la larga y cruel estancia había cambiado a los colonos.

Ciertamente, su norma social y su psicología básica parecían un poco... extrañas.

Felgi subió en el ascensor hasta la balaustrada y se inclinó rígidamente. Los psicografos le habían enseñado los modales terrestres, pero su voz todavía conservaba el acento de la difícil lengua colonial, y sus frases resultaban un poco retorcidas.

—Te saludo, comandante.

Ramacan le devolvió la inclinación, pero con el elaborado gesto de los terrestres.

—Bien venido, gen... ah... general Felgi —y luego, sin formulismos—: Pasa, por favor.

—Gracias.

El procionita entró en la casa.

—¿Tus compañeros...?

—Mis hombres se quedarán fuera —Felgi se sentó sin ser invitado, lo cual constituía un serio quebrantamiento de la etiqueta, pero, después de todo, las costumbres de su planeta eran muy diferentes.

—Como gustes —Ramacan marcó un número, pidiendo bebidas a la sala de creaciones.

—No —rehusó Felgi.

—¿Cómo?

—En Proción no bebemos. Creí que lo sabías.

—Perdona, lo había olvidado.

Lamentándolo, Ramacan hizo que el licor y los vasos fuesen devueltos al banco de materia y se retrepó en su asiento.

Felgi estaba sentado con envarada rigidez, costándole bastante que el asiento se acomodase a los contornos de su cuerpo. Lentamente, Ramacan fue reconociendo la emoción que se agitaba detrás de aquel rostro oscuro y afilado.

La cólera.

—Creo que encuentras agradable tu estancia en la Tierra —comenzó, para romper el silencio.

—Ahorrémonos palabras inútiles —rezongó Felgi—. Estoy aquí por asuntos de negocio.

—Como quieras —Ramacan trató de relajarse, pero no pudo. Tenía tensos los músculos y los nervios.

—Por lo que sé —observó Felgi—, tú eres el jefe del gobierno del Sol.

—Supongo que así es. Tengo el título de Coordinador. Pero no hay gran cosa que coordinar estos días. Nuestro sistema social, prácticamente, se rige por sí mismo.

—Cuando se tiene un sistema social. Pero en la actualidad lo tenéis completamente desorganizado. Cada individuo parece bastarse a sí mismo.

—Naturalmente. Cuando todo el mundo posee un creador de materia que puede prever a todas las necesidades ordinarias, el individuo posee una gran independencia tanto social como económica. Naturalmente, tenemos servicios públicos. Departamento de Reencarnaciones, Estación de Fuerza, Central de Transmisiones... y algunos más. Pero no muchos.

—No comprendo por qué no os ha arrollado el crimen —esta última, palabra era decididamente procioniana, y Ramacan enarcó las cejas, intrigado. Felgi continuó, con irritación—: Conducta antisocial. Robo, crimen, destrucción.

—¿Qué necesidad tiene nadie de robar? —preguntó Ramacan, sorprendido—. El grado actual de independencia elimina, virtualmente, las fricciones sociales. Las psicosis han sido también eliminadas de los componentes neurales de los expedientes de las reencarnaciones desde hace mucho tiempo.

—Bien, supongo que tú hablas por el Sol.

—¿Cómo puedo hablar por casi un billón de personas? Poseo poca autoridad, en realidad. Se necesita muy poca. Sin embargo, haré lo que pueda si te dignas decirme...

—La decadencia del Sol es increíble —refunfuñó Felgi.

—Tal vez estés en lo cierto —el tono de Ramacan era suave, pero se sentía enojado bajo su capa de urbanidad—. A veces, yo también lo he pensado. No obstante, ¿qué tiene que ver tu visita con este asunto?

—Vosotros nos habéis dejado en el exilio —afirmó Felgi, y ahora el odio y la cólera estaban tanto en su voz como en su mirada—. Durante novecientos años, la Tierra ha vivido en el lujo y la molicie, en tanto que los humanos de Proción luchaban, sufrían y morían en el peor de los infiernos.

—¿Qué motivo podía impulsarnos a ir a Proción? —preguntó Ramacan—. Una vez que las primeras naves establecieron allí una colonia... bien, nosotros teníamos que cuidarnos de toda la galaxia. Al ver que ninguna nave regresaba de vuestra estrella, colegimos que los colonos habían muerto. Tal vez hubiésemos debido enviar a alguien a investigar, pero se tardan veinte años en llegar allí, es un sistema poco hospitalario... y hay otras muchas estrellas. Luego se descubrió el creador de materia, y el Sol dejó de tener un gobierno digno de tal nombre. Los viajes espaciales se convirtieron en un asunto personal, y nadie se sintió interesado en Proción —se encogió de hombros—. Lo siento.

—¡Lo sientes! —Fulgi escupió las palabras—. Durante novecientos años nuestros antepasados combatieron contra la dureza y la soledad de sus planetas, muñéndose de hambre y de miseria, hundiéndose de nuevo en la barbarie y teniendo que volver a ascender paso a paso, llevando a cabo largas y crueles guerras contra los Czernigios... siglos interminables de guerra, hasta el exterminio de una raza u otra, íbamos muriéndonos de vejez, generación tras generación, exprimimos nuestras necesidades de unos planetas abandonados por los humanos, ninguna nave perdió veinte años en llegar hasta allí, veinte años de las largas existencias humanas... ¡y dices que lo sientes!

Se puso de pie y comenzó a medir el suelo, con gran amargura en el tono de su voz.

—Vosotros habéis conquistado las estrellas, habéis conseguido la inmortalidad, todo lo que puede hacerse con la materia. Y nosotros hemos pasado veinte años embutidos dentro de un casco de metal para llegar hasta aquí... preguntándonos si el Sol no se hallaría en dificultades y necesitaría nuestra ayuda.

—¿Qué queréis ahora? —preguntó Ramacan—. Toda la Tierra os ha recibido alborozada...

—¡Porque somos una novedad!

—Toda la Tierra está dispuesta a ofreceros lo que pueda. ¿Qué más queréis?

Por un momento, el furor brilló en las pupilas de Felgi. Luego se desvaneció, parpadeó y se mantuvo inmóvil. Habló con una súbita calma.

—Cierto. Supongo que debo disculparme. Los nervios...

—No hablemos más de ello —asintió Ramacan. Peto interiormente se preguntó: «¿Hasta dónde podemos confiar en los procionitas? Tantos siglos de guerras e intrigas... No, no son ya humanos, al menos de acuerdo con las normas terrestres... ¿pero qué más podemos hacer?». Y en voz alta—: Sí, lo comprendo muy bien.

—Gracias —Felgi volvió a sentarse—. ¿Puedo preguntar qué nos ofrecéis?

—Naturalmente, los creadores de materia duplicada. Y los duplicadores de robots para administrar la compleja técnica de la Reencarnación. Algunos de los procesos se hallan fuera del entendimiento de la mente humana.

—No estoy seguro de que nos sirva de mucho —objetó Felgi—. El Sol se ha estancado. No parece haber habido en su sistema ningún cambio significativo en los últimos quinientos años. Vaya, si nuestras naves espaciales son superiores a las vuestras.

—¿Qué esperabas? —retrucó Ramacan—. ¿Qué incentivo tenemos para cambiar? El progreso, para emplear un término arcaico, es un medio para un fin, y nosotros ya hemos llegado a la meta.

—No sé... —Felgi se frotó la barbilla—. No estoy seguro de cómo operan vuestros duplicadores.

—Tampoco yo puedo contarte gran cosa. Pero ni las mentalidades más grandes de la Tierra podrán explicártelo todo. Como ya te he dicho, el conjunto es demasiado complejo para nuestras mentalidades. Sólo los cerebros electrónicos pueden ocuparse de ello.

—Quizás pudieras hacerme un breve resumen, contándome cuál es su estructura. Especialmente, estoy interesado en los medios por los que fue puesto en uso.

—Bien, veamos... —Ramacan buceó en su memoria—. Se descubrió la ultraonda... oh, hará unos setecientos u ochocientos años. Lleva energía, pero no es electromagnética. La teoría de la misma, a lo que podemos colegir los humanos, va unida a la mecánica de las ondas. La primera y gran aplicación llegó con el descubrimiento de que las ultraondas transmiten a grandes distancias de varias unidades astronómicas, sin verse obstaculizadas por la materia, y sin pérdida de energía. La teoría de esto se interpretó como la significación de que la onda está, supongo que puedo decirlo así, enterada del receptor, y sólo, va hacia él. Naturalmente, tienen que existir un receptor y un transmisor para engendrar la onda. Claro está, esto conduce a un transmisor de fuerza completamente deficiente. Hoy día, todo el Sistema Solar consigue su energía del Sol, transmitida por la Estación de Fuerza situada en la cara diurna de Mercurio. Todo, desde las naves interplanetarias a los televisores y relojes, funciona por esta fuente de energía.

—Me parece un poco peligroso —objetó Felgi—, ¿Y si falla la Estación?

—No puede fallar —replicó Ramacan, confiadamente—. La Estación posee sus robots, sin ningún técnico humano. Todo está archivado y grabado. Si algo falla, automáticamente se disuelve en el banco de materia y vuelve a ser creado de nuevo. También hay otras salvaguardas. La Estación no ha originado ningún conflicto desde que se fundó.

—Entiendo —el tono de Felgi era pensativo.

—Poco después —continuó Ramacan— se vio que la ultraonda también podía transmitir materia. Podían construirse circuitos que escudriñasen un cuerpo átomo a átomo, disolviéndolos en energía y transmitiéndola por las ultraondas, junto con la señal de exploración. En el receptor, naturalmente, el proceso se invertía. Claro que te lo estoy explicando de manera muy simplificada. No es una simple señal, en realidad, sino un complejo fantástico de señales, que sólo la ultraonda puede transportar. Sin embargo, ésta es la idea general. Hoy día, todo el transporte se efectúa por esta técnica. Los vehículos para el aire o el espacio sólo existen para propósitos muy especiales o viajes de placer.

—También poseéis un centro para este control ¿verdad?

—Sí. La Estación transmisora de la Tierra se halla en el Brasil. Conserva todos los archivos de cosas, tales como direcciones, por ejemplo, y coordina los millones de unidades de todo el planeta. Es un asunto muy complicado, pero muy eficaz. Como la distancia ya nada significa, es más práctico centralizar las unidades del servicio público. Desde la transmisión sólo había un paso a la grabación de la señal, reproduciéndola en un banco de materia. Lo cual originó el duplicador. El creador de materia. ¡Imagínate qué economía para el Sol! Actualmente, todo el mundo posee uno, y sí no posee una grabación de lo que desea, puede obtener un duplicado, transmitido desde la gran «biblioteca» de la Estación creadora. Todo lo relativo a la materia puede obtenerse mediante un giro de un numerador y una palanca. Y esto, a su vez, condujo a la técnica de la Reencarnación, la cual no es más que una extensión de todo lo anterior. El cuerpo de un ser humano es grabado en los principios de la vida, digamos a los veinte años. Después, el cuerpo vive el tiempo que sea hasta que empieza a envejecer, digamos cuarenta o cincuenta años. Entonces, se graba la fórmula inicial mediante unidades especiales de exploración y sondeo. La memoria no es más que una sinopsis neural y moléculas de proteínas alteradas, no muy difícil de sondear y grabar. Esta fórmula se superpone electrónicamente sobre la grabación del cuerpo de veinte años. Después, el cuerpo se utiliza en el banco de materia para la materialización de la fórmula en la grabación alterada y, casi instantáneamente, queda creado el joven cuerpo... ¡con todos los recuerdos del anterior! ¡Uno es ya inmortal!

—En cierto sentido —le rectificó Felgi—. Pero sigue sin parecerme justo. El ego, el alma, como quiera que lo llamemos, se pierde. Sólo creáis un cuerpo perfecto.

—Cuando la copia es tan perfecta no puede diferenciarse del original —le recordó Ramacan—. ¿Cuál es, entonces, la diferencia? El ego es, esencialmente, un asunto de

continuidad. El yo, el yo esencial, es una fórmula constantemente modificada de sinopsis que tienen sólo una relación temporal con las moléculas que transportan la fórmula en aquel instante. Lo importante es el diseño, no la estructura material. Y el diseño es lo que se conserva.

—¿De veras? Me ha parecido observar una gran semejanza entre los terrestres.

—Como las grabaciones pueden ser alteradas, no había ningún motivo para seguir teniendo cuerpos deformes o mutilados —replicó Ramacan—. Las grabaciones podían hacerse de especímenes perfectos, y todas las fórmulas ego, borradas de las mismas; luego, podía superponerse la fórmula neural de otro ser. ¡Reencarnación en un cuerpo nuevo! Naturalmente, todo el mundo deseó poseer un cuerpo perfecto, de lo cual se originó cierta uniformidad. Un cuerpo diferente habría llevado, claro está, a una personalidad distinta, ya que el hombre es una unidad psicosomática. Pero la continuidad que es el atributo esencial del ego, sigue estando en el cuerpo.

—Huumram... entiendo. ¿Puedo preguntarte cuál es tu edad?

—Unos setecientos cincuenta años. Cuando se instaló la Reencarnación poseía una edad mediana, pero conseguí un cuerpo juvenil.

Los ojos de Felgi se trasladaron desde la impoluta cara de Ramacan a sus manos, con los nudillos y las venillas prominentes de los sesenta años. Por un instante apretó los dedos, aunque su voz continuó suave.

—¿No te cuesta conservar tus recuerdos?

—Sí, pero de cuando en cuando suprimo los más inútiles y decrépitos de la grabación, y esto me ayuda mucho. Los robots saben exactamente qué parte de la fórmula corresponde a un cierto recuerdo y lo eliminan. Al cabo de, digamos, otros mil años, probablemente sufriré de amnesia. Pero no importará en absoluto.

—¿Y respecto a la aparente aceleración del tiempo con la edad?

—Esto fue malo durante los dos primeros siglos, pero después todo se arregló, ya que el sistema nervioso se había adaptado a ello. Aunque —admitió Ramacan— esto, y la falta de incentivo, sean probablemente los responsables de nuestra actual sociedad estática y la improductividad general. Existe una tendencia terrible a la postergación de los asuntos, y un día parece demasiado corto para hacer algo.

—Entonces, éste es el final del progreso, de la ciencia, del arte, de todo lo que había hecho humano al hombre.

—No es así. Todavía poseemos nuestros artistas, nuestros artesanos... y nuestros caprichos... supongo que debo llamarlos así. Tal vez no hagamos gran cosa... ¿mas para qué?

—Me ha sorprendido hallar que gran parte de la Tierra haya vuelto al salvajismo. Creí que estaría superpoblada.

—Claro que no. El creador y el transmisor posibilitan que los hombres vivan muy separados, en distancias físicas, y en cambio, muy cerca. Las comunidades están anticuadas. En cuanto al problema de la población, no existe. Después de unos pocos hijos, la gente ya no quiere más. Es una cosa completamente anticuada tener muchos hijos.

—Sí —asintió Felgi—. Apenas he visto un niño en la Tierra.

—Y, naturalmente, la gente se marcha a las estrellas en busca de novedades. Puede enviarse la grabación en una nave robot, y un viaje de siglos se convierte en nada. Supongo que éste es otro motivo para la tranquilidad de que goza la Tierra. Los elementos más inquietos y aventureros se han marchado.

—¿Tenéis alguna comunicación con ellos?

—Ninguna. No, porque las naves espaciales sólo pueden viajar a la mitad de la velocidad de la luz. De cuando en cuando, algún curioso viene a visitarnos, pero es raro. Parecen estar desarrollándose extrañas culturas en la galaxia.

—¿No hacéis nada en la Tierra?

—Oh, mantenemos algunos servicios públicos, psiquiatría, tecnicismo humano para el cuidado de algunos departamentos... Y también existen algunas empresas de servicio personal, especialmente, para diversiones, y la creación de oficios intrincados para que los dupliquen los creadores. Pero hay muchas personas anhelosas de trabajar unas cuantas horas al mes o a la semana, aunque sólo sea para llenar su tiempo, o conseguir el equilibrio del crédito que les capacite para adquirir los servicios que deseen. Es una cultura muy estable, general Felgi. Tal vez la única verdaderamente estable en toda la historia de la humanidad.

—¿Y... no habéis adoptado ninguna precaución? Fuerzas militares, defensas contra los invasores... ¿nada?

—¿Qué podemos temer del cosmos? —exclamó Ramacan—. ¿Quién ha de venir a invadirnos, desde varios años luz de distancia, a la mitad de la velocidad de la luz? ¿Y por qué?

—El saqueo...

Recaman se echó a reír.

—Podemos duplicar todo lo que quieran los invasores y regalárselo.

—¿De veras? —de repente, Felgi se puso de pie—. ¿De veras?

Ramacan lo imitó, con los nervios y los músculos de cuello en tensión. Había una nota de triunfo en el rostro amenazador, vengativo, del procionita.

Felgi llamó por señas a sus hombres, los cuales acudieron con los detonadores levantados y una mirada dura y cruel en sus pupilas.

—Coordinador Ramacan —exclamó Felgi—, estás arrestado.

—¿Qué...? ¿Cómo...?

El terrestre parecía haber sufrido un golpe físico. Tuvo que buscar un asidero para sostenerse. Vagamente, oyó las palabras de su enemigo.

—Me has confirmado lo que pensaba. La Tierra está desarmada, indefensa, y sólo depende de unos cuantos puntos clave. Y yo estoy al mando de una nave de guerra llena de soldados. ¡Os arrollaremos!

II

La morada de Avi se hallaba en Norteamérica, en medio del litoral atlántico. Como la mayor parte de las casas particulares, era pequeña y de techo bajo, con paredes interiores adaptables y muebles de fácil variación. La joven amaba las flores, por lo que había un inmenso jardín en torno a su vivienda, descendiendo hacia el mar y, por el lado contrario, subiendo hacia el inmenso bosque que había vuelto a formarse con el final de la agricultura.

Ella y Harold paseaban por entre los matorrales, los árboles y las flores. El cabello suelto de Avi era largo y brillante, acariciado por la brisa marina, y su cuerpo, de dieciocho años, poseía la gracia de un venado joven. De repente, Harold odió la idea de abandonarla.

—Te echaré de menos, Harold —le susurró ella.

El joven sonrió tristemente.

—Lo resistirás. Hay otros. Supongo que buscarás a alguno de esos procionitas que hace pocos días han llegado a la Tierra.

—Claro —contestó ella, inocentemente—. Me sorprende que tú no te quedes y busques a algunas de las mujeres que han traído. Sería un cambio.

—Ningún cambio —objetó él—. Sinceramente, ya no comprendo la pasión moderna por la variación. Cualquiera persona se parece demasiado a otra.

—Es un asunto de camaradería. Al cabo de unos años de vivir con otra persona, ambas se conocen demasiado bien. Y entonces, es posible predecir exactamente lo que una dirá, lo que piensa, qué pondrá para comer, y a qué espectáculo querrá ir por la noche. ¡Y estos colonos son... una novedad! Poseen unos modales diferentes, pueden hablar de un sistema planetario muy distinto y... —se interrumpió—. Pero como tantas mujeres los acosarán, dudo que yo tenga ninguna oportunidad.

—Si es conversación lo que quieres... —Harold se encogió de hombros—. Además, creo que los procionitas todavía tienen lazos familiares. Tendrán celos de sus mujeres. Y yo necesito este cambio.

—¡Un carnívoro! —rió Avi, y a Harold aquella risa le pareció una música maravillosa—. Al menos, posees una mente original —de pronto, se mostró ávida. Le cogió ambas manos y le miró fijamente a los ojos—. Por esto siempre me has gustado, Harold. Siempre has sido un pensador y un aventurero, jamás te has mostrado mentalmente perezoso como los demás. Después de unos días de separación, siempre me has parecido algo nuevo; has sabido apartarte de la rutina y hacer algo raro, has aprendido algo distinto y has vuelto a ser joven. Siempre hemos vuelto el uno al otro, querido, y esto me encanta.

—Y a mí —respondió él, quedamente—. Aunque a veces he lamentado las separaciones —sonrió, aunque en la sonrisa había una nota de melancolía—. En los viejos tiempos, hubiésemos podido ser muy felices, Avi, nos habríamos casado y habríamos pasado juntos toda la vida.

—Unos cuantos años, y después la vejez, los achaques y la muerte —se estremeció—. ¡La muerte! ¡La nada! Ni el mundo existe cuando uno ha muerto, cuando no queda ni el cerebro. Sólo... la nada. ¡Como si nunca hubieras existido! ¿No te habría asustado esta idea?

—No —repuso él, besándola.

—También en esto eres diferente —murmuró Avi—. No sé por qué no te has ido a las estrellas, Harold. Todos tus hijos se marcharon.

—Una vez te pedí que fueses conmigo.

—No, esto me gusta. La vida es divertida, Harold. No me aburro con tanta facilidad como los demás. Pero no has contestado a mi pregunta.

—Sí, la he contestado —afirmó él, quedándose silencioso.

La miró, preguntándose si era el último hombre de la Tierra que amaba a una mujer, preguntándose qué sentía exactamente ella por él. Tal vez, a su modo, lo amaba también... ya que siempre volvían el uno al otro, pero no le amaba de la misma manera que él a ella; para ella, la separación no era un dolor, y la reunión... Bien, esto no importaba ahora.

—Estaré por aquí —dijo poco después—. Vagaré por estos bosques. Haré que los sanitarios de la Reencarnación me transmitan cerca de tu casa, y estaré cerca de ti.

—Mi pequeño tigre... —sonrió ella—. Ven a verme de cuando en cuando, Harold. Iremos a algunas fiestas.

«Un bello adorno muy espectacular...»

—No, gracias. Pero me rascarás la cabeza y me darás buenos filetes, y yo arquearé el lomo y ronronearé.

Fueron hacia la playa, cogidos de la mano.

—¿Qué te decidió a ser un tigre? —quiso saber la joven.

—Mi psiquiatra me recomendó una reencarnación animal. Me estoy volviendo un neurótico terrible, Avi. No puedo permanecer cinco minutos sentado, y veo las cosas terriblemente cambiadas. La vida es una farsa espantosa y... Bueno, sufro un gran trastorno. Esencialmente, es el aburrimiento. Cuando se tiene de todo sin tener que

trabajar, la existencia puede llegar a ser mortalmente monótona. Cuando se han vivido varios siglos, cuando ningún cambio, ninguna excitación, puede producir ninguna alegría... Bien, el doctor me sugirió que fuese a las estrellas, y cuando me negué, me indicó que, por una temporada, me transformase en un animal. Pero no quise hacer como todo el mundo. No quise ser ni un mono ni un elefante.

—Siempre el mismo Harold —murmuró ella, besándole. Harold contestó al beso con inesperada violencia.

—Un año o dos de vida salvaje, en un cuerpo nuevo y no humano, será un cambio provechoso —afirmó, tras una pausa prolongada. Se tendieron en la arena, bañados por el sol, escuchando el murmullo de las olas y oliendo el aroma salino del mar, que llevaba el viento. En lo alto, una gaviota trazaba rápidos círculos, muy blanca contra el cielo azul.

—¿Un gran cambio?

—Sí. Ni siquiera recordaré muchas cosas que ahora sé. Dudo que ni aun el más inteligente de los tigres pueda comprender el análisis vectorial. Pero esto no importa. Volveré a recordarlo todo cuando recobre mi forma humana. Cuando sienta que el cambio de personalidad ya me ha beneficiado, vendré aquí y tú me llevarás al Departamento de Reencarnaciones. Lo importante es la curación... un cambio de puntos de vista, un ambiente nuevo, desconocido... ¡Avi! —se incorporó sobre un codo y contempló a la joven—. Avi ¿por qué no me acompañas? ¿Por qué no te conviertes en una tigresa?

—¿Y tener muchos cachorros? —sonrió ella, soñadoramente—. No, gracias, Harold. Tal vez algún día, pero no ahora. Realmente, no soy persona aventurera —se estiró y se puso de espaldas contra la blanca y ardiente duna—, me gusto tal como soy.

«Y hay los hombres de las estrellas... —pensó él—, ¿qué me pasa? Lo que sé es que cometeré alguna descortesía contra uno de sus amantes. Sí, necesito esta curación.»

—Luego, volverás a mí y me relatarás tus experiencias —dijo ella.

—Tal vez no —replicó Harold—. Tal vez hallaré una tigresa muy hermosa y me enamoraré de ella de tal forma que no querré recuperar mi cuerpo humano.

—No habrá ninguna tigresa a menos que persuadas a una mujer a acompañarte —contestó ella—. ¿Pero podrá gustarte un cuerpo humano después de haber gozado de una piel tan bellamente estriada? ¿Aún te seguirá pareciendo hermosa la gente, con tan poco pelo?

—Querida —repuso Harold—, tú, para mí, siempre serás un bocado excelente.

Poco después, penetraron en la casa. La gaviota continuó trazando altos círculos en el cielo.

El bosque era grande, verde y misterioso, con la luz del sol filtrándose por entre los árboles, y la maleza, compuesta de helechos y flores bajo las sombras de las enormes copas. Había riachuelos que se abrían paso por entre unas orillas cubiertas de musgo, peces que saltaban fuera del agua como brillantes centellas, y sosegados remansos donde la quietud planeaba como un manto, claros amplios cubiertos de hierba, espacio, soledad y una inacabable pulsación de vida.

Los ojos del tigre veían menos que los humanos; el mundo parecía algo borroso, liso y sin color hasta que se acostumbraban. Después, el tigre comenzó a tener dificultades para recordar cómo eran el color y la perspectiva. Y sus otros sentidos cobraron vida, dándose cuenta de lo cautivo que había estado dentro de su cráneo, contemplando un mundo del que jamás había formado parte, como ahora.

Oía sonidos y rumores que ningún hombre podía percibir, él débil y chirriante zumbido de los insectos, el crujir de las hojas acariciadas por la brisa, el vago susurro de las alas de los búhos, el deslizamiento de los pequeños seres, asustados, por entre la hierba... todo combinado en una rica sinfonía, con el pulso y el jadeo del bosque. Y su olfato se

estremecía ante la infinita variedad de olores, la fragancia de la hierba aplastada, el acre aroma de los hongos y los detritus, el penetrante olor de la piel, la ardiente borrachera de la sangre recién derramada. Y cada uno de sus pelos, sus bigotes, se estremecían ante los menores movimientos; se glorificaba con el resistente poder de sus músculos... Sí, ahora vivía. Un hombre estaba medio muerto en comparación con la vitalidad que conserva un tigre.

Por la noche... sí, por la noche no existía la oscuridad para él, la luz de la luna era un sendero blanco que él robaba con sus peludas zarpas; la penumbra era para él vivida claridad; las sombras, trechos luminosos, una fantasía de grises como un sueño antiguo, súbitamente recordado.

Se albergaba en una cueva que había descubierto, y su nuevo cuerpo no sentía la incomodidad de la humedad. De noche merodeaba, como un fantasma, sin más luz que la luminosidad de sus ojos ambarinos, y el bosque le hablaba con el sonido, el olor y el sentido del tacto, el sabor de la caza en el viento.

Ya era un maestro, y todos los habitantes del bosque le temían y huían a su paso. Era la muerte en negro y oro.

Una vez, un antiguo poema cruzó por la parte humana de su cerebro, y dejó que los versos fuesen como un trueno, tratando de repetirlos en voz alta. El bosque se estremeció con el rugido del tigre.

*Tigre, tigre, ardiente luz
del bosque en plena noche.
¿Qué mano o qué ojo inmortal
osó dar forma a tu temible simetría?
Y el alma del arrogante felino respondió:*

—¡Yo mismo!

Más tarde quiso recordar el poema, pero ya no pudo.

Al principio, no lo logró del todo, ya que todavía había en él demasiada humanidad. Rugió de rabia y desesperación cuando los conejos huyeron, de su lado, cuando un venado lo husmeó y pareció volar. Fue a la casa de Avi y ella lo aumentó con trozos de carne cruda, y rió y le acarició bajo la barbilla. La joven estaba encantada con su animal favorito.

«Es Avi», pensó el tigre, recordando que la amaba. Pero esto era con su cuerpo humano. Para el tigre, la muchacha no poseía ningún valor estético o sexual. Pero le gustaba que le acariciase, y ronroneaba como un motor, frotando su cuerpo contra las piernas de Avi. Sí, era adorable y cuando volviese a recuperar la forma humana...

Pero los instintos del tigre volvieron a él; no podía rechazarse una herencia de un millón de años, por mucho que los técnicos hubieran intentado alterarla. Apenas habían hecho algo más que aumentar su inteligencia, pero los nervios y las glándulas del tigre seguían en su cuerpo.

Llegó la noche y divisó un grupo de conejos bailando a la luz de la luna. Cayó sobre ellos. Una zarpa enorme se abatió y sintió la tibieza de la sangre, la carne desgarrada y el hueso roto. Engulló la sabrosa carne ensangrentada, royendo los huesecillos. Se tornó salvaje, y rugió y atronó el bosque toda la noche, gritándole su júbilo a la luz de la luna. Al alba, retornó a su cueva, fatigado, su mente humana avergonzada de sus andanzas. Pero a la noche siguiente salió de nuevo a cazar.

¡Su primer venado! Pacientemente, aguardó sobre una rama del sendero. Sólo movía su nerviosa cola, mientras las horas discurrían lentamente. Aguardó. Y cuando su enemigo pasó por debajo, saltó como impulsado por un muelle de acero. Una poderosa zarpa, unas mandíbulas como tenazas, una lucha terrible y breve, y el venado quedó muerto a sus pies.

Lo destripó, engulló lo necesario por el momento y se llevó el resto a la cueva, donde durmió como un borracho hasta que el hambre volvió a despertarlo. Entonces, se abalanzó a la carcasa. Unos perros salvajes la estaban devorando. El tigre se precipitó contra ellos, mató a uno y ahuyentó a los demás. Luego continuó su festín hasta que sólo quedaron los huesos.

El bosque estaba lleno de caza, lo cual significaba que la vida era fácil para un tigre. Pero no demasiado. Jamás sabía si regresaría a su guarida con la panza llena o vacía, y esto formaba parte del placer de su existencia.

No le habían eliminado todos los recuerdos de tigre; y algunos fragmentos de los mismos le intrigaban; a veces se despenaba preguntándose quién era y qué había sucedido. Le parecía recordar amaneceres brumosos en la selva, un ancho río que resplandecía al sol, otra cueva y otra forma de piel estriada a su lado. A medida que el tiempo transcurría, fue creciendo su confusión, y pensó vagamente que más de una vez había cazado al alce y visto a los rinocerontes blancos moverse como montañas, a la luz del crepúsculo. Cada vez le resultaba más difícil recordarlo todo con exactitud.

Esto, naturalmente, ya era de suponer. Su cerebro felino no podía conservar todos los recuerdos y conceptos del humano, y con el transcurso de las semanas y los meses perdió la primitiva claridad del recuerdo. Todavía se identificaba con un sonido: «Harold», y recordaba otras formas y paisajes... pero cada vez más y más borrosamente; como si fuesen las memorias de un vago sueño. Sabía firmemente que tenía que volver junto a Avi, y hacer que le llevase... a algún sitio, antes de que olvidara de quién era.

Bien, todavía le quedaba tiempo, le dijo su elemento humano. No perdería la memoria bruscamente, y sabría por anticipado que su personalidad humana superpuesta se estaba desintegrando en su extraño ser, y que debía regresar. Mientras tanto, cada vez comprendía mejor la vida del bosque, y su horizonte se iba estrechando hasta que aquél le pareció toda su existencia.

De cuando en cuando iba hacia el mar y la morada de Avi, a conseguir un pedazo de carne. Pero las visitas fueron espaciándose, el campo abierto le ponía nervioso, y estar dentro de una casa le resultaba imposible después de anochecido.

Tigre, tigre

Y terminó el verano.

Se despertó con la cueva húmeda y fría, lloviendo fuera y con un furioso vendaval azotando los altos árboles. Se estremeció y gruñó, apretando las garras, pero aquél era un enemigo que no podía destruir. El día y la noche transcurrieron desdichadamente.

En los viejos tiempos, los tigres habían sabido adaptarse, según recordaba, habiendo podido sobrevivir incluso en la Siberia. Pero su origen estaba en los trópicos.

—¡Maldición! —exclamó, y el rugido recorrió el bosque entero.

Después llegaron los días fríos y claros, con el viento soplando bajo un cielo pálido, con las hojas muertas girando entre las ráfagas y riendo con su seco crujido. Los gansos cruzaron el cielo, camino del sur, y los gruñidos de los ciervos atronaron la noche. Había como una borrachera en el aire; el tigre rodaba sobre la hierba y ronroneaba, rugiéndole a la luna, cuando aparecía. Su pelaje se espesó, y ya no sintió el frío, excepto como un tintineo agradable en su sangre. Todos sus sentidos se le agudizaron, y comenzó a vivir en estado de alerta, aprendiendo a moverse por entre las hojas muertas como otra sombra.

El verano indio, los perezosos y largos días, como una primavera de resurrección, las enormes estrellas, el penetrante olor de la vegetación putrefacta... Su mente humana recordaba que las hojas eran como oro, bronce y fuego. Pescó en los riachuelos, cogiendo a

su presa con una potente y veloz zarpa; recorrió los bosques y rugió sobre los altos riscos a la luz de la luna.

Luego volvieron las lluvias, el frío y la humedad, y el mundo se anegó en agua. Por la noche había escarcha, y sus patas se envaraban, relucientes a la luz de las estrellas, y a través del silencio helado podía oír el rumor del distante océano. La caza escaseaba y a menudo se sentía hambriento. Esto le preocupaba muy poco ya, pero su razón se inquietaba por el invierno. Tal vez fuese mejor volver a su ser normal.

Una noche cayó la primera nevada, y por la mañana el mundo estaba callado y muy blanco. Salió de la cueva, rugiendo su cólera, y yendo en dirección sur. Pero los felinos no pueden emprender largos viajes. Recordó, vagamente, que Avi le proporcionaría comida y albergue. Avi...

Por un momento, cuando trató de pensar en la joven, recordó un cuerpo dorado y negro, estriado, y un olor felino y muy querido que llevaba la cueva situada encima de un río antiguo y muy ancho. Sacudió la maciza cabeza, enfadado consigo y con el mundo, y trató de evocar su imagen. La cara estaba borrosa en su mente, pero recordó el perfume, y la musicalidad de su voz. Sí, iría a ver a Avi.

Atravesó el bosque con la pausada gracia de los de su raza, y llegó a la playa. El mar estaba gris y frío, enorme, inmenso, como un manto infinito, abalanzándose a la playa; sus ojos se aturdieron ante su vista. Estuvo allí hasta que descubrió la casa.

Estaba extrañamente silenciosa. Pasó por el jardín. La puerta estaba abierta, pero no había nadie dentro.

Tal vez hubiese salido. Se enroscó en el suelo y se durmió. Despertó mucho más tarde, hambriento hasta las mismas entrañas, y en la casa aún no había nadie. Recordó que a la joven le gustaba irse al sur en invierno. Pero no le habría olvidado, habría vuelto de cuando en cuando... La casa todavía conservaba el perfume de la muchacha, por lo que no podía hacer mucho tiempo que se había ido. Y todo estaba en desorden. ¿Se habría marchado apresuradamente?

Fue hacia el creador. No recordaba cómo funcionaba, pero sí el proceso de maniobrarlo. Bajó la palanca con una pata. No ocurrió nada.

¡Nada! El creador estaba estropeado. Rugió su desaliento. El temor se apoderó de todo su ser... Esto no era natural.

Y estaba hambriento. Tendría que salir en busca de comida, y regresar más tarde con la esperanza de encontrar a Avi. Bien, volvería al bosque.

Husmeó vida bajo la nieve. Un oso. Anteriormente, él y los osos estaban en un estado de neutralidad. Pero éste estaba dormido, indefenso, y su panza reclamaba alimentos. Destruyó el refugio con movimientos poderosos de sus zarpas y se abalanzó sobre el oso.

Es peligroso despertar a un oso que está hibernando. Éste se sobresaltó, levantó su potente pata delantera y el tigre retrocedió, resbalándole la sangre por su rostro.

Enloqueció, sintiendo en su interior un furor desmedido. El oso gruñó y movió los brazos. Ambos animales se abrazaron, y de repente, el tigre tuvo que luchar por salvar su vida.

Nunca más recordó aquel combate más que como un torbellino rojo de ciego furor, de caídas en la nieve y de regueros de sangre en el suelo. Mordiscos, zarpazos, golpes contra sus costillas y el cráneo, el sabor de la sangre caliente en su boca, y la locura de la muerte animando en su cerebro.

Al final, se tambaleó, ensangrentado, y cayó sobre el destrozado cuerpo del oso. Durante largo tiempo no se movió, y los perros salvajes se aproximaron, esperando su muerte.

Sin embargo, más tarde se estremeció débilmente y se tragó la carne del oso. Pero no pudo marcharse de allí. Le dolía todo el cuerpo, las patas no lo sostenían, y una zarpa había

quedado aplastada por las enormes mandíbula. Permaneció tendido junto al oso, bajo el destruido refugio, mientras la nieve caía lentamente sobre ambos.

La batalla y la agonía de la muerte despertaron sus atávicos instintos. Ya un verdadero tigre, se lamió la sangre y fue comiéndose pedazos de la carne de su enemigo a medida que los días transcurrían, esperando el retorno de la salud.

Al fin pudo cojear hasta su cueva. Los recuerdos eran como sueños en su mente; había habido una casa y alguien que era bondadoso con él, pero... pero...

Tenía frío, cojeara y estaba hambriento. El invierno había llegado.

III

—No nos sirves de nada —afirmó Felgi—, pero en vista de que nos has ayudado, te permitiremos vivir... al menos, hasta regresar a Proción y que el Consejo decida sobre tu caso. Además, posiblemente tengas informaciones más valiosas respecto al Sistema Solar que nuestros prisioneros. En su mayoría son mujeres.

Ramacan contempló el duro y cruel rostro, ahora triunfante, y repuso tristemente:

—De haber sospechado tus planes, nunca te habría ayudado.

—Oh, sí —replicó Felgi—. Vi tus reacciones cuando te mostré nuestros métodos de persuasión. Todos los terrestres sois iguales. Estáis tan alejados de la muerte que no os queda ni una mínima parte de valor. Sólo esto ya os hace inadecuados para regir vuestro planeta.

—Tenéis los planos de los duplicadores, los transmisores y los rayos de fuerza... toda nuestra técnica. Yo os he ayudado a conseguirlo todo de las Estaciones. ¿Qué más queréis?

—La Tierra.

—¿Para qué? Con los creadores y transmisores podéis transformar a vuestros planetas en los viejos sueños del paraíso. La Tierra es más congénita, sí, ¿pero qué os importa a vosotros el ambiente?

—La Tierra sigue siendo el verdadero hogar para el hombre —le espetó Felgi. En sus pupilas brillaba un fanatismo que Ramacan sólo había visto en sus pesadillas—. Y debe pertenecer a la mejor raza del hombre. Además... Bien, nuestra cultura no puede utilizar vuestra técnica. La civilización procionita creció en la adversidad, sin nada más que luchas y crueldades, y esto forma parte de nuestra misma naturaleza. Con los Czernigios destruidos, tenemos que buscar otro enemigo. «Oh, sí, pensó Ramacan, esto ya ocurrió antes, en el sangriento y viejo pasado de la Tierra. Las naciones sólo sabían de guerras y sufrimientos, y quedaron moldeados por ellos, glorificando las malvadas virtudes que los capacitaban para sobrevivir. Un estado militarista no puede permitirse la paz, el goce y la prosperidad, ya que entonces, el pueblo puede empezar a pensar por sí mismo. Por lo tanto, el gobierno tiene que ir en busca de nuevas glorias y conquistas. Necesario o no, hay que pelear para mantener el control de los militares. ¿Hasta dónde son ahora humanos los procionitas? ¿Qué se ha torcido en ellos, durante los siglos de su terrible evolución? Ya no son hombres, son robots combativos, son animales de presa, necesitan la sangre.»

—Ya viste cómo destruimos las Estaciones desde el espacio —continuó Felgi—. El Reencarnador, el Creador, el Transmisor, ya sólo son cráteres radiactivos. Ninguna máquina dirige a la Tierra, ningún tubo está vivo... ¡nada! Y con los creadores, de quienes dependían sus vidas, los terrestres volverán al salvajismo.

—¿Y qué? —inquirió Ramacan, fatigosamente.

—Ahora estamos en Mercurio, aprovisionándonos de combustible —repuso Felgi—. Luego, regresaremos a Proción. Emplearemos nuestro creador para grabar a la mayoría de la tripulación; lo haremos por turnos a fin de poder seguir manteniendo la nave en el rumbo debido. Cuando llegemos a nuestra estrella seremos un poco más viejos. Después,

naturalmente, el Consejo enviará una flota con tripulaciones grabadas. Se apoderarán del Sol, eliminarán a la población superviviente, y volverán a colonizar la Tierra. Después... — en sus ojos brilló el fuego de la locura— ¡las estrellas! Por fin, un imperio galáctico.

—Para poder seguir peleando —asintió Ramacan—. Sólo para que vuestros pueblos sigan siendo esclavos.

—¡Ya está bien! —le atajó Felgi—. Una cultura decadente no puede comprender nuestros motivos.

Ramacan continuó meditando. Cuando regresasen los procionitas, todavía quedarían seres humanos. Necesitarían cuarenta años para prepararse. Los hombres, en naves espaciales, por todo el Sistema, llegarían a la Tierra, verían su ruina y comprenderían de quiénes era la culpa. Con los creadores, podrían reconstruirlo todo rápidamente, podrían armarse, y duplicar hombres sedientos de venganza por millones.

A menos que el hombre solar estuviese ya tan decadente que sólo fuese capaz de un pánico ciego. Pero Ramacan no lo creía. La Tierra había decaído, pero no tanto.

Felgi pareció leer en su pensamiento. Y había cruel satisfacción en su acento:

—La Tierra no tendrá ninguna oportunidad de rearmarse. Utilizaremos el poder de la Estación, de Mercurio para aprovisionar a nuestro propio duplicador, cambiando la roca en osmio para nuestros motores. Y cuando hayamos terminado, también volaremos la Estación. Las naves espaciales se quedarán sin fuerza, los colonos de los planetas fallecerán a medida que sus reguladores ambientales dejen de funcionar, y ninguna rueda girará en el sistema solar. ¡Me imagino que éste será el toque final!

Tal vez... tal vez... Sin poder, sin utensilios, sin comida o refugio, tenía que llegar el colapso final. Cuando los procionitas volviesen, sólo quedarían en la Tierra unos cuantos salvajes. Ramacan sintió el vacío en su interior.

La vida se había convertido en una locura, una pesadilla. El fin...

—Te quedarás aquí hasta que te hayamos grabado —le ordenó Felgi. Giró sobre sí mismo y salió de la estancia.

Ramacan se dejó caer sobre el asiento. Sus desesperadas miradas recorrieron una y otra vez la cabina que era su prisión, en tanto en su cerebro se cruzaban y entrecruzaban mil ideas locas. Miró al guardián que estaba en el umbral, apoyado en su detonador, muy aburrido con su cautivo. Si... si... ¡Oh, Dios Todopoderoso! ¿Era esto lo que iba a heredar la Tierra?

¿Qué hacer... qué hacer? Tenía que existir una respuesta... ya que no hay un solo problema sin solución. ¿O hay alguno?. ¿Qué garantía tenía de la justicia cósmica? Enterró la cara entre sus manos.

«Fui un cobarde —pensó—. Temí al dolor. Razoné, me dije que probablemente no querrían gran cosa, y utilicé mi influencia para ayudarlos a obtener los duplicadores y los planos. Y los otros también fueron cobardes y cedieron... Se mostraron ansiosos por ayudar a los conquistadores... ¡y éste es el pago!»

¿Qué hacer... qué hacer? Sí de alguna forma se perdiese la nave, si no regresase... Los procionitas se extrañarían. Enviarían otra nave o dos... a investigar. Y dentro de cuarenta años el Sol estaría dispuesto a enfrentarse con la nueva amenaza, dispuesto a guerrear contra el enemigo, si mientras tanto habían tenido la oportunidad de reconstruir, si quedase en pie la Estación de Mercurio...

Pero esta nave volaría esta Estación, regresaría a sus planetas con la noticia de la ruina del Sol, y los invasores se prepararían... se extenderían por toda la galaxia como una plaga... ¿Cómo detener «ahora» la nave?

Ramacan sintió los estruendosos latidos de su corazón, como deseoso de estallar dentro del pecho. Tenía las manos frías y húmedas, la boca espesa. Tenía miedo.

Se levantó y fue hacia el guardián. El procionita levantó el detonador, pero sin temor, ya que no podía temer a un miembro desarmado de una raza conquistada.

«Me matará —pensó Hamacan—. La muerte de la que he estado huyendo toda mi vida, está a mi lado. Pero ha sido una larga existencia, muy agradable, y es preferible terminarla de repente que arrastrarla durante unos años miserables, como su despreciable prisionero. Además... ¡les odio!»

—¿Qué quieres? —le preguntó el procionita.

—Estoy mareado —se quejó Ramacan. Su voz era apenas un susurro en la sequedad de su garganta—. Déjame salir.

—¡Atrás!

—Vomitare. Déjeme ir al lavabo. Estuvo a punto de caer.

—De acuerdo, sal —cedió el guardián—. Pero recuerda que voy contigo.

Ramacan se tambaleó al acercarse al otro. Sus manos, de repente, se engarfiaron en el cañón del detonador y se apoderó del arma. Antes de que el procionita pudiera gritar, Ramacan lo golpeó con la culata. Un remoto rincón de su cerebro se asombró de aquel salvajismo que ardió en él cuando oyó el crujido de los huesos.

El guardián cayó. Ramacan lo ayudó para evitar el ruido, y se aseguró de que no se movía. Entonces, lo despojó de su túnica, sus botas y el casco. Le temblaban las manos y apenas pudo ponerse aquellas prendas.

Si lo atrapaban... Bien, sólo habría la diferencia de unos minutos. Pero seguía estando atemorizado. Con un miedo interior inimaginable.

Se obligó a caminar como en una pesadilla por el corredor.

Pasó por delante de otro vigilante procionita, pero no fue descubierto.

Bajó por una escalerilla al cuarto de máquinas. Gracias a Dios se había interesado por la nave, preguntando por su estructura. Se abrió la puerta y pasó a la sala.

Un par de ingenieros estaban contemplando cómo funcionaba el creador. Éste zumbaba, pulsaba y palpitaba con la fuerza, la energía del Sol y los átomos de la roca en disolución, átomos que volvían a crearse como de osmio, y que servirían para impulsar la nave en su largo recorrido. Dentro de los motores insertarían muchas toneladas de combustible.

Ramacan cerró la puerta a prueba de ruidos y mató a ambos ingenieros con el detonador.

Después fue hacia el creador y maniobró en los controles. Comenzó a fabricar plutonio.

Sonrió, inmensamente aliviado, al darse cuenta, con incredulidad, de que había vencido. Se sentó y lloró de alegría.

La nave no regresaría a Proción. La Estación de Mercurio persistiría. Y sobre esta base, unos cuantos hombres decididos del Sistema Solar podrían realzar la reconstrucción. Habría horror en la Tierra, un enorme caos, la mayoría de su población se hundiría en el salvajismo y la muerte. Pero vivirían los suficientes, los más civilizados, para preparar la venganza.

Tal vez esto fuese lo mejor. Tal vez la Tierra había llegado a una decadencia exagerada. Ciertamente, en los últimos siglos no había habido la antigua galantería, la ingeniosidad, el arte de otros tiempos. No, ni arte ni ciencia ni aventuras... sólo una autosatisfacción, una inmortalidad irreal, en un paraíso sintético. Tal vez este colapso, este reto era lo que la Tierra necesitaba, a fin de recobrar su antiguo esplendor.

En cuanto a él, había vivido muchos siglos, y ahora sentía una tremenda fatiga en su interior.

«La muerte —pensó— la muerte es el viaje más largo de todos. Sin la muerte no hay evolución, ni la vida posee un verdadero significado, sin ella la última aventura ha perdido todo su sabor.»

Recordó a una joven que había muerto antes de que se inventasen las máquinas de la reencarnación. Muy raro... al cabo de tantos siglos aún era capaz de recordar cómo su cabellera ondeaba al viento, un día de verano, en lo alto de una colina. Se preguntó si volvería a verla.

No sintió la explosión cuando el plutonio llegó a su masa crítica.

A Avi le sangraban los pies. Sus zapatos por fin se habían roto, y las rocas y los espinos le desgarraban las piernas. La nieve se mezclaba a la sangre.

La fatiga se había apoderado de ella y no podía continuar... pero tenía que seguir adelante, era preciso, ya que temía detenerse en medio del bosque.

Jamás había estado sola. Siempre habían habido los televisores y transmisores, y ningún lugar de la Tierra había estado lejos. Pero el mundo se había expandido en una inmensidad, las máquinas estaban muertas, y sólo reinaba el frío y el vacío con las distancias. El mundo del calor, la música, las risas y las diversiones era remoto y tan irreal como un sueño.

¿Era un sueño? ¿Habíase sentido siempre enferma y hambrienta, en un mundo de pesadilla, de árboles sin hojas, de nieve y de viento, de pingajos en vez de vestidos? ¿O era éste el sueño, una locura súbita de horror y muerte?

¡Muerte! ¡No, no... ella no podía morir, era inmortal, no debía morir!

El viento seguía soplando, implacable.

La nieve caía y llegaba la noche, la noche de invierno. Un perro salvaje aulló, en la oscuridad. Avi quiso gritar, pero tenía la garganta demasiado reseca y sólo logró articular un ronco sonido.

—¡Socorro... socorro... socorro!

Tal vez, hubiese debido quedarse con el hombre. Él había colocado trampas, había atrapado algún conejo o ardilla, dejándole a ella los restos. Pero la miraba de manera tan extraña cuando transcurrían los días sin cazar nada... La habría matado y se la habría comido. Y tuvo que huir.

Huir... huir... huir... Ya no podía correr, el bosque parecía ser infinito, y estaba atrapada entre el frío y la noche, hambrienta y muerta.

¿Qué había sucedido? ¿Qué había sucedido? ¿Qué había sido del mundo? ¿Qué sería de ella?

Le gustaba pensar que era una antigua diosa, creando lo que deseaba de la nada, servida por un mundo eterno, cuyo exclusivo propósito era complacerla. ¿Dónde estaba ahora este mundo?

El hambre la desgarraba con su agudo filo. Tropezó con un madero hundido en la nieve y no tuvo ánimos para levantarse.

«Éramos demasiado débiles, demasiado complacientes —pensó—. Y hemos perdido toda nuestra fuerza, no somos más que parásitos de nuestras máquinas. Ahora, no estamos ajustados...»

«¡No! ¡Yo sí lo estoy! Yo era una diosa...» «Una chiquilla mimada, replicó el demonio de su mente. Un bebé llorando por su madre. Eres mayorcita para poder cuidar de ti misma, al cabo de tantos siglos. No deberías correr en círculo, esperando una ayuda que no llegará, tendrías que ayudarte a ti misma, buscando un refugio, encontrando nueces y raíces, construyendo una trampa. Pero no puedes. Tu propia confianza te ha destruido.»

«¡No! ¡Socorro! ¡Socorro!»

Algo se movió en la oscuridad. Avi ahogó un chillido. Unos ojos amarillos como dos fuegos, y una forma inmensa que avanzó sin el menor ruido.

Por un instante, la joven creyó enloquecer, y de pronto comprendió, incrédula, la verdad. Toda la verdad.

En aquel bosque sólo podía haber un tigre.

—Harold —susurró, poniéndose de pie—. Harold.

Lo era. La pesadilla había terminado. Harold cuidaría de ella. Cazaría para ella, la protegería, la llevaría al mundo de las máquinas que todavía debía existir.

—¡Harold! —gritó—. ¡Mi querido Harold!

El tigre no se movía. Sólo meneaba la cola. Breve, fragmentariamente, unos sonidos cruzaron por su mente.

«Tu mentalidad básica será estable durante uno o dos años, a menos que un accidente...»

Pero aquellos sonidos no tenían significado, y su mente cayó en el olvido.

Tenía hambre. La zarpa no se le había curado bien y no podía cazar.

El hambre, la necesidad más elemental de todas, estaba en su interior, llenando todo su cerebro de tigre, todo su cuerpo de tigre, sin nada más.

Estaba contemplando aquel extraño ser que no podía huir. No hacía mucho ya había matado a otro... Se lamió la boca ante esta idea.

Sí, recordaba vagamente que aquel extraño ser había sido... había sido... No lograba recordarlo.

Volvió a avanzar.

—¡Harold! —murmuró Avi. Su voz tenía un tono Inquieto, de cruel incertidumbre.

El tigre se detuvo. Conocía aquella voz. Recordaba... recordaba...

Sí, se conocían de antes. Algo en aquel extraño ser le detenía, paralizando sus movimientos.

Pero estaba hambriento. Y sus instintos clamaban en su interior.

Si al menos pudiese recordar, antes de que fuese demasiado tarde...

El tiempo pareció extenderse una eternidad, mientras se contemplaban mutuamente... la fiera y la bella.

Título original: *The Star beast* ©1950

Poul Anderson - FIN DEL CAPITULO

I

—No —dijo el anciano.

—No sabes lo que estás diciendo —dijo Jorun—. No te das cuenta de lo que significa.

El anciano, Kormt de Huerdar, hijo de Gerlaug, y portavoz del distrito de Solis, sacudió la cabeza hasta que los largos y enmarañados rizos se arremolinaron alrededor de sus anchos hombros.

—Lo he pensado bien —dijo. Su voz era profunda, lenta e implacable—. Me diste cinco años para pensarlo. Y mi respuesta es no.

Jorun experimentó una sensación de agotamiento. Llevaba días enteros, semanas, intentándolo, y era como tratar de derribar una montaña. Uno golpea sus flancos rocosos hasta que sus manos quedan ensangrentadas, y la montaña sigue en pie, reflejando la luz del sol en sus picos nevados, ofreciendo al beso de la brisa las copas de los árboles de sus laderas, sin darse cuenta de que uno está allí. Uno es un leve susurro, y la montaña es eterna.

—No lo has pensado bien —dijo, con una rudeza hija de su propio cansancio—. Reaccionas instintivamente a un símbolo muerto. La tuya ni siquiera es una reacción humana, es un reflejo verbal.

Los ojos de Kormt, rodeados de patas de gallo, permanecieron serenos e impávidos bajo las pobladas cejas grises. El anciano sonrió levemente detrás de su larga barba, pero no respondió. ¿Había dejado sencillamente que el insulto resbalara por encima de él, o no lo había comprendido? Era inútil hablar con aquellos campesinos; les separaban demasiados milenios, y uno no podía cruzar aquel golfo.

—Bien —dijo Jorun—, las naves estarán aquí mañana o pasado mañana, y se tardará otro par de días en embarcar a toda tu gente. Dispones de todo ese tiempo para decidir, pero después será demasiado tarde. Piénsalo, te lo ruego. En cuanto a mí, estaré demasiado ocupado para seguir discutiendo.

—Eres un hombre bueno —dijo Kormt—, y sabio, a tu modo. Pero estás ciego. Dentro de ti hay algo muerto.

Agitó una mano grande y nudosa.

—Mira a tu alrededor, Jorun de Fulkhis. Esto es la *Tierra*. Este es el antiguo hogar de todo el género humano. No puedes marcharte y olvidarlo. El hombre no puede hacerlo. Está en él, en su sangre, en sus huesos y en su alma; llevará la Tierra en su interior para siempre.

Los ojos de Jorun recorrieron el arco trazado por la mano. Se encontraba en las afueras del pueblo. Detrás de él estaban las casas: bajas, blancas, en su mayor parte de madera con tejados de bálago o de ladrillo rojo, con sus humeantes chimeneas; las calles estrechas y tortuosas. Oyó el ruido de las norias al girar, los gritos de los chiquillos que jugaban. Más allá había árboles y las increíbles paredes derruidas de Sol City. Delante de él, las boscosas colinas se interrumpían y un suave paisaje se deslizaba hacia el lejano cabrilleo del mar: dispersas casas de labor, ganado amodorrado, carreteras con firmes de grava, cercas de mármol y granito antiguos, todo dormitando bajo el sol.

Jorun aspiró profundamente. El aire era picante, olía a hojas fermentadas, a tierra labrada recocida por el calor, a árboles y jardines veraniegos, a mar, a sal y a pescado. Pensó que no había dos planetas que olieran igual, y que ninguno tenía un olor tan penetrante como el de la Tierra.

—Este es un mundo hermoso —dijo lentamente.

—Es el único —dijo Kormt—. El hombre procede de aquí; y al final tendrá que regresar aquí.

—Me pregunto... —Jorun suspiró—. Mírame: ni un solo átomo de mi cuerpo procedía de este suelo cuando aterricé. Mi pueblo ha vivido en Fulkhis desde hace siglos, y cambió para adaptarse a sus condiciones. Mi pueblo no sería feliz en la Tierra.

—Los átomos no son nada —dijo Kormt—. Lo que importa es la forma, y ésta te fue dada por la Tierra.

Jorun le contempló unos instantes en silencio. Kormt era como la mayoría de los diez millones de personas de este planeta: una gente morena, robusta, aunque había más rubios y pelirrojos allí que en el resto de la Galaxia, era viejo, tratándose de un primitivo que no había sido sometido a los cuidados de la ciencia médica, debía de tener casi doscientos años pero su espalda era recta y su paso firme. Jorun estaba a punto de cumplir su milésimo aniversario, pero no podía evitar el sentirse como un chiquillo en presencia de Kormt.

Aquello no tenía sentido. Los escasos moradores de la Tierra eran una raza atrasada y empobrecida de campesinos y artesanos; eran ignorantes y desgraciados; habían permanecido estáticos durante más de mil años, que se supiera. ¿Qué podían decirle a la antigua y poderosa civilización que casi había olvidado su pequeño planeta?

Kormt contempló el sol, en pleno descenso.

—Tengo que marcharme —dijo—. Debo terminar las tareas del día. Si deseas verme, esta noche estaré en el pueblo.

—Probablemente iré —dijo Jorun—. Queda mucho trabajo por hacer, preparando la evacuación, y tú puedes ayudarme mucho.

El anciano se inclinó cortésmente, dio media vuelta y se alejó. Llevaba el traje corriente de los hombres de la Tierra, tan arcaico en su estilo como en la clase del tejido: sombrero, americana, pantalones sueltos, un largo cayado en la mano. Contrastando con el azul oscuro del vestido de Kormt, la túnica de brillantes matices arco iris de Jorun era como una llama.

El psicotécnico suspiró de nuevo, contemplando alejarse al anciano. Simpatizaba con él. Sería criminal dejarle aquí, solo, pero la ley prohibía el uso de la fuerza —física o mental—, y al Integrador de Corazuno le tendría sin cuidado que un viejo se quedara. Lo importante era sacar a la raza de la Tierra.

Un mundo encantador. Las facciones delgadas y móviles de Jorun, de piel pálida y ojos grandes, giraron a su alrededor. *Un mundo encantador, del cual procedemos.*

En la Galaxia había planetas más bellos: el mundo oceánico color añil de Loa, enjovado de islas; las montañas de Sharang, que desafiarían al cielo; el firmamento de Jareb, que parecía irradiar luz... ¡Oh! Tantos y tantos... Pero sólo había una Tierra.

Jorun recordaba su primera visión de este mundo, colgando libre en el espacio, tal como lo había contemplado después del penoso viaje de diez días invertidos en recorrer los treinta mil años-luz que lo separaban de Corazuno. Había aparecido ante sus ojos intensamente azul, un disco color turquesa matizado con los verdes intensos de sus tierras y un brillante halo de aurora en sus polos. Los cinturones que rayaban su rostro y empañaban los continentes eran nubes, viento, agua, y la cortina gris de la lluvia, como una bendición del cielo. Más allá del planeta colgaba su luna, un globo dorado lleno de costurones, y Jorun se había preguntado cuántas generaciones de hombres habían alzado sus ojos hacia ella, o contemplado su luz como un puente roto a través de las aguas en movimiento. Para Jorun, que llegaba del centro Galáctico y su innumerable cortejo de soles, éste era el borde exterior donde las estrellas se diluían en la espantosa inmensidad. Se había estremecido ligeramente, envolviéndose un poco más en la capa de aire cálido

Con un movimiento convulsivo. El silencio resonaba en su cabeza. Luego enfiló hacia el polo norte, lugar de cita con su grupo.

Bueno, pensó ahora, nos queda una tarea rutinaria. La primera expedición, llegada hace cinco años, preparó a los indígenas para el hecho de su evacuación, nuestro grupo sólo tiene que organizar a esos dóciles campesinos para que embarquen a tiempo en las naves.

Sin embargo, Jorun estaba cansado. Deseaba terminar el trabajo y regresar a casa.

¿Lo deseaba, realmente?

Pensó en el vuelo con Zarek, su compañero, desde el lugar de la cita hasta esta zona que les había sido asignada. Llanuras como océanos de hierba, ondulados por el viento, moteadas por los rebaños de animales salvajes que se movían con un rumor de trueno; bosques, centenares de kilómetros de antiguos y poderosos árboles, ríos que los atravesaban como una larga cinta de acero; lagos donde saltaban los peces; sombras de nubes cruzando rápidamente el paisaje... Incluso sin la presencia del hombre, todo tenía una vitalidad casi temible a los ojos de Jorun. Su propio mundo de páramos y riscos y oscuros océanos resultaba mezquino comparado con éste; aquí, la vida cubría la tierra, llenaba los océanos y hacía estruendosos los cielos a su alrededor. Se preguntó si la energía que impulsaba al hombre, la fuerza que le había levantado hasta las estrellas, convirtiéndole en semidiós y en semidiablo, era un legado de la Tierra.

Bueno..., el hombre había cambiado; a través de millares de años, la adaptación natural y controlada le había adecuado a los mundos que había colonizado, y la mayoría de sus numerosas razas no se sentirían ahora como en su verdadero hogar aquí. Jorun pensó en su propio grupo: en el rechoncho Culi, de piel ambarina, procedente de un mundo tropical, quejándose amargamente del frío y de la sequedad; en el joven Cluthe, de cuerpo ganglioso y pecho abultado; en el sofisticado Taliuvenna... No, para ellos la Tierra era solamente un planeta más, uno de los millares de planetas que habían visto en sus largas vidas.

Y yo soy un tonto sentimental.

II

Podía haber eliminado la vaga sensación de pesar de su adiestrado sistema nervioso, pero no quiso hacerlo. Esta era la última vez que unos ojos humanos contemplarían la Tierra, y Jorun tenía la impresión de que el viaje sería para él algo más que la simple realización de otra tarea psicotécnica.

—Hola, buen señor.

Se volvió al oír la voz, y obligó a sus cansados labios a una sonrisa amistosa.

—Hola, Julith —dijo.

Era una política prudente aprender los nombres de los habitantes del pueblo, y la muchacha era una tataranieta del Portavoz.

Tenía trece o catorce años, un pecoso rostro infantil con una tímida sonrisa, y unos grandes ojos verdes, había cierta gracia en ella, y parecía más imaginativa que la mayoría de los de su estólida raza.

—¿Estás ocupado, buen señor? —preguntó la muchacha.

—Bueno, no mucho —dijo Jorun. Se alegraba de tener una oportunidad de hablar con alguien; esto acallaba sus pensamientos—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Me preguntaba... —La muchacha vaciló, y luego, apresuradamente—: Me preguntaba si podrías llevarme en un vuelo hasta la playa. Sólo para un par de horas. Está demasiado lejos para ir andando. Si no fuera mucha molestia para ti...

—¡Hum! ¿No tendrías que estar en casa a estas horas? ¿No tienes que ordeñar, o hacer algo por el estilo?

—¡Oh! No vivo en una granja, buen señor. Mi padre es panadero.

—Sí, lo sé. Lo habla olvidado. —Jorun meditó unos instantes. En el pueblo quedaba mucho trabajo por hacer, y no estaría bien que se marchara, dejando a Zarek solo— ¿Por qué quieres ir a la playa, Julith?

—Hemos estado muy ocupados empaquetando las cosas —dijo la muchacha—. Creo que nos marchamos mañana. Esta es mi última oportunidad para verla.

Jorun se mordió el labio inferior.

—De acuerdo —dijo—. Te llevaré.

—Eres muy amable, buen señor —dijo la muchacha en tono grave.

Jorun no respondió; se limitó a extender un brazo, y la muchacha se agarró a él con una mano, en tanto que con la otra se aferraba a su cintura. El generador instalado en el interior del cráneo de Jorun respondió a su voluntad, elevándose del suelo y haciéndole avanzar a través del espacio físico. Volaban con tanta lentitud, que Jorun no tuvo que levantar una pantalla contra el viento.

—¿Podremos volar nosotros así cuando llegemos a las estrellas? —preguntó la muchacha.

—Temo que no, Julith —dijo Jorun—. Verás, la gente de mi pueblo nace con esta facultad. Hace miles de años, los hombres aprendieron a controlar las grandes fuerzas básicas del cosmos con una pequeña cantidad de energía. Finalmente, utilizaron la mutación artificial, es decir, se transformaron a sí mismos, lentamente, a través de muchas generaciones, hasta que sus cerebros desarrollaron un nuevo miembro capaz de generar la energía necesaria para controlar aquellas fuerzas. Ahora, gracias a esa energía, podemos volar incluso entre las estrellas. Pero tu pueblo no posee ese cerebro, de modo que tuvimos que construir naves espaciales para sacaros de aquí.

—Ya entiendo —dijo la muchacha.

—Tus tataranietos pueden ser como nosotros, si tu pueblo desea someterse a la transformación —dijo Jorun.

—Hasta ahora no quisieron cambiar —respondió Julith—. Y no creo que quieran hacerlo—, ni siquiera en su nuevo hogar.

En su voz no había amargura; era una aceptación de los hechos.

En su interior, Jorun puso en duda la afirmación de la muchacha. La impresión física de su trasplante a otro mundo contribuiría a destruir las antiguas tradiciones de los terráneos; no transcurrirían muchos siglos sin que quedaran culturalmente asimilados por la civilización galáctica.

Asimilados: un bonito eufemismo. ¿Por qué no decir simplemente tragados?

Aterrizaron en la playa. Era ancha y blanca, extendiéndose en dunas desde los campos de hierba rala hasta las rocas contra las cuales se estrellaban mansamente las olas. El sol estaba muy bajo en el horizonte, llenando de reflejos dorados el húmedo aire. Jorun podía mirar casi directamente su enorme disco.

Se sentó, la arena crujió levemente debajo de él, y el viento alborotó sus cabellos y llenó sus fosas nasales con su punzante olor. Jorun recogió un caracol y le dio vueltas entre sus dedos, maravillándose ante su complicada arquitectura.

—Si lo aplicas a tu oído —dijo Julith— podrás oír al mar.

Su voz infantil tenía una extraña ternura al pronunciar las ásperas sílabas del lenguaje terrestre.

Jorun asintió y atendió su sugerencia. Era sólo el pequeño latido de la sangre en su interior: lo mismo que se oía en el gran silencio hueco del espacio. Pero el caracol

resonaba con el canto de las inmensidades en eterno movimiento, del viento y de la espuma, de las olas avanzando bajo la luna...

—Yo tengo dos —dijo Julith—. Me los llevaré, a fin de poder recordar siempre esta playa. Y mis hijos y sus hijos los tendrán, también, y oirán hablar a nuestro mar. —Doblo los dedos de Jorun alrededor del caracol—. Toma, guárdate éste para ti.

—Gracias —dijo Jorun—. Lo haré.

—¿Hay océanos en nuestro nuevo planeta? —preguntó Julith.

—Sí —respondió Jorun—. Es el mundo más parecido a la Tierra que pudimos encontrar y que no estuviera ya habitado. Allí serás feliz.

Pero los árboles y la hierba, el suelo y sus frutos, los animales del campo y las aves del aire y los peces del agua, forma y color, olor y sonido, sabor y textura, todo es distinto. La diferencia es pequeña, sutil, pero representa un abismo de dos mil millones de años de evolución independiente, y ningún otro mundo puede ser completamente igual a la Tierra.

Julith le miró fijamente con ojos solemnes.

—¿Teme tu gente a los Hulduvianos? —preguntó.

—No —respondió Jorun—. Desde luego que no.

—Entonces, ¿por qué vais a entregarles la Tierra?

Era una simple pregunta, pero la voz de la muchacha temblaba un poco.

—Creí que todo tu pueblo comprendía ya el motivo —dijo Jorun—. La civilización —la civilización del hombre y de sus aliados no-humanos— ha avanzado hacia adentro, hacia los grandes racimos de estrellas del centro galáctico. Esta parte del espacio no significa ya nada para nosotros; es casi un desierto. Los hulduvianos no son como nosotros; constituyen otra civilización; viven en grandes mundos ponzoñosos, como Júpiter y Saturno. Creo que parecerían unos monstruos encantadores, si no fuera porque son tan distintos a nosotros que ninguna de las partes puede comprender realmente a la otra. Utilizan también las energías cósmicas, pero de un modo distinto... y su conducta se opone a la nuestra, del mismo modo que la nuestra se opone a la suya. Cerebros diferentes, ¿comprendes?

»En consecuencia, se llegó a la conclusión de que las dos civilizaciones marcharían mejor permaneciendo separada una de otra. Si se repartían la Galaxia, no se producirían interferencias entre ellas; habría demasiada distancia entre ambas civilizaciones. Los hulduvianos, en realidad, se mostraron muy complacientes. Accedieron a ocupar el borde exterior, a pesar de que en él hay pocas estrellas, dejándonos el centro.

»El acuerdo nos obliga a evacuar a todos los hombres y seres humanoides de su territorio antes de que ellos vengan a ocuparlos, del mismo modo que ellos han evacuado los nuestros. Sus colonizadores no llegarán de Júpiter y de Saturno hasta dentro de unos siglos; pero incluso así hemos tenido que limpiar ahora el Sector Sirio, ya que queda mucho trabajo a realizar en otras partes. Afortunadamente, en esta zona del espacio vive muy poca gente. El Sector Sirio ha sido una región aislada y prim... ejem... tranquila desde que cayó el Primer Imperio, hace cincuenta mil años.

Julith alzó ligeramente la voz.

—Pero, aquella gente somos *nosotros*...

—Y la gente de Alfa Centauro, y de Proción, y de Sirio, y... ¡Oh! De otros centenares de estrellas. Sin embargo, todos juntos no sois más que una diminuta gota en medio de los cuatrillones de la Galaxia. ¿Comprendes, Julith, la necesidad del traslado para bien de todos?

—Sí —respondió la muchacha—. Sí, lo sé.

Se puso en pie.

—Vamos a nadar un poco —dijo.

Jorun sonrió y sacudió la cabeza.

—No, te esperaré aquí para llevarte al pueblo, si quieres.

Julith asintió y corrió a ocultarse detrás de una duna para ponerse el traje de baño. Los terráneos hablan declarado tabú a la desnudez, a pesar del suave clima interglacial; típica irracionalidad primitiva. Jorun se tumbó en la arena, doblando los brazos detrás de su cabeza, y contempló el cielo que empezaba a oscurecerse con las primeras sombras del crepúsculo. La estrella vespertina parpadeaba a lo lejos, blanca en el borroso horizonte azul. ¿Era Venus... o Mercurio? No estaba seguro. Le hubiera gustado saber algo más acerca de la historia del Sistema Solar, de los primeros hombres que pilotaron sus estruendosos cohetes para ir a morir en mundos desconocidos, de las primeras etapas en la ruta hacia las estrellas. Podía encontrarlo en los archivos de Corozano, pero sabía que nunca lo haría. Demasiadas cosas que hacer, demasiadas cosas que recordar... Probablemente, menos del uno por ciento del género humano sabía dónde se encontraba la Tierra... aunque hubo una época en que fue un centro turístico muy importante. Pero de eso hacía ya treinta mil años.

Debido a que este mundo, entre tantos millones, tenía determinadas características físicas, pensé, mi raza ha conseguido imponer unas normas generales. Nuestras unidades básicas de longitud, tiempo y aceleración, las comparaciones mediante las cuales clasificamos los innumerables planetas de la Galaxia, tuvieron su origen en la Tierra. Llevamos el callado recuerdo de nuestro lugar de nacimiento en toda nuestra civilización, y lo llevaremos siempre. Pero, ¿nos ha dado la Tierra algo más que eso? Nuestros cuerpos, nuestras mentes y nuestros sueños, ¿son también hijos de la Tierra?

Ahora estaba pensando cómo Kormt, el testarudo anciano que se aferraba tan ciegameamente a esta tierra, simplemente porque era la suya. Cuando se pensaba en todas las razas que andaban sobre los pies... ¡Cuán numerosas eran, cuántas clases de hombres había entre las estrellas! Y, sin embargo, todos ellos andaban erguidos; todos tenían dos ojos, y una nariz entre los ojos, y una boca debajo; todos ellos eran células de aquella grandiosa y antigua cultura que había empezado aquí, con el primer hombre velludo que encendió un fuego para protegerse del frío y de los peligros nocturnos. Si la Tierra no hubiera tenido oscuridad y frío y animales de presa, oxígeno, celulosa y pedernal, aquella cultura no hubiera llegado a desarrollarse, probablemente.

Estoy razonando de un modo ilógico. El cansancio y los nervios... el control psicomático que empieza a fallar. Ahora, la Tierra se está convirtiendo para mí en algún oscuro símbolo materno.

¿O lo ha sido siempre, para toda nuestra raza?

Una gaviota graznó por encima de su cabeza y se perdió de vista.

El sol empezaba a hundirse en el horizonte. Julith se acercó corriendo, su rostro casi invisible en la semioscuridad. Respiraba agitadamente, y Jorun no pudo decir si el estremecimiento de su voz era risa o llanto.

—Será mejor que regresemos a casa —dijo la muchacha.

III

Emprendieron el vuelo de regreso, lentamente. El pueblo era un amarillo parpadeo de luces, brillando cálidamente a través de las ventanas. Jorun dejó a la muchacha a la puerta de su casa.

—Gracias, buen señor —dijo Julith, cortésmente—. ¿No quieres entrar a cenar?

—Bueno...

La puerta se abrió. La luminosa túnica de Jorun le convertía en una antorcha en medio de la oscuridad.

—Es el hombre de las estrellas —dijo una voz de mujer.

—He llevado a tu hija hasta la playa —explicó Jorun—. Espero que no te moleste.

—Y si nos molestara, ¿qué sacaríamos con ello? —gruñó otra voz. Jorun reconoció a Kormt; el anciano debió acudir como huésped a la casa de su nieto desde su granja de las afueras—. ¿Qué podríamos hacer?

—Vamos, abuelo, ése no es modo de hablarle al caballero —dijo la mujer—. Ha sido muy amable. ¿Cenará usted con nosotros, buen señor?

Jorun rehusó dos veces, por si la invitación era un simple acto de cortesía, y luego aceptó encantado. Estaba cansado de la comida que le servían en la posada donde Zorek y él se hospedaban.

—Gracias.

Entró en la casa, inclinándose al cruzar el umbral, demasiado bajo para su estatura. Una sola habitación hacia las veces de cocina, comedor y sala de estar; unas puertas conducían a los dormitorios. Estaba amueblada con una rústica elegancia: alfombras de pieles, entabladuras de encina, columnas labradas, relucientes objetos de cobre trabajado a mano. Un reloj de radio, increíblemente antiguo a juzgar por su aspecto, descansaba sobre la repisa de la chimenea, sobre de un crepitante fuego; encima de él colgaba una escopeta de carga química, evidentemente de manufactura local. Los padres de Julith, una silenciosa pareja de campesinos, le acompañaron hasta un extremo de la mesa de madera, mientras media docena de chiquillos le contemplaban con los ojos muy abiertos. Los niños eran los únicos terráqueos que parecían considerar el traslado como una emocionante aventura.

La comida era buena y abundante: carne, verduras, pan, leche, helado, café, todo procedente de las granjas de aquellos alrededores. No había mucho comercio entre los pocos millares de comunidades de la Tierra; prácticamente todas se bastaban a sí mismas. Comieron en silencio, como era costumbre. Cuando hubieron terminado, Jorun deseó marcharse, pero le pareció descortés hacerlo inmediatamente. Acercó una silla al hogar y se sentó delante del fuego, enfrente de la silla ocupada por Kormt.

El anciano sacó una vieja pipa y empezó a fumar. Su rostro quedaba oculto en la sombra, y sólo sus ojos eran visibles.

—Pronto voy a bajar contigo al Ayuntamiento —dijo—. Supongo que es allí donde va a efectuarse el trabajo.

—Sí —dijo Jorun—. Puedo relevar a Zarek. Y le agradezco que me acompañe. Tu influencia es muy grande entre esa gente.

—Tiene que ser serio —dijo Kormt—. He sido su Portavoz desde hace un centenar de años, aproximadamente. Y mi padre Gerlaug lo fue antes que yo, y su padre Kormt lo fue antes que él... —contempló unos instantes en silencio a Jorun, a través de sus enmarañadas cejas—. ¿Quién fue tu bisabuelo?

—Lo ignoro. Supongo que estará vivo en alguna parte, pero...

—Lo que imaginaba. Ni matrimonio, ni familia, ni hogar, ni tradición. —Kormt sacudió lentamente su maciza cabeza—. ¡Compadezco a los galácticos!

—Por favor... —El anciano podía mostrarse tan enojoso como un calculador averiado—. Tenemos archivos que se remontan a una época anterior a la salida del hombre de este planeta. Archivos de todo. Sois vosotros los que habéis olvidado.

Kormt sonrió y expelió una nube de humo azulado.

—No me refería a eso.

—¿Quiere usted decir que cree que es bueno para los hombres vivir una existencia sin cambios, monótonamente igual de siglo en siglo..., sin nuevos sueños, sin nuevos triunfos, siempre con la misma rutina? No estoy de acuerdo.

La mente de Jorun se sumergió en la historia, tratando de valorar las motivaciones básicas de su adversario. Tenían que ser parcialmente culturales, parcialmente biológicas.

En una época determinada, la Tierra había sido el centro del universo civilizado. Pero la emigración hacia las estrellas, especialmente intensa después de la caída del Primer Imperio, arrastró a los elementos más aventureros de la población. La sangría duró millares de años. La Tierra había quedado empobrecida, y no había en ella nada que atrajera a un joven o a una muchacha dotados de vitalidad y de imaginación..., sabiendo que podían ir hacia el centro galáctico y unirse a la nueva civilización que se estaba edificando allí. El tráfico espacial se hizo cada vez menos intenso; las viejas máquinas se enmohecieron y no fueron reemplazadas; era mejor marcharse cuando todavía se estaba a tiempo.

Eventualmente, se creó un determinado tipo psicossomático, un tipo que vivía apegado a la tierra en comunidades aisladas y primitivas y se contentaba con atender a sus necesidades elementales con el trabajo de sus manos, y la ayuda de un caballo o de un ocasional motor en mal uso. Así nació una cultura retrógrada, que aumentó aquella rigidez. Los pocos que habían visitado la Tierra durante los últimos milenios —tal vez un visitante cada siglo, deteniéndose brevemente de camino hacia otra parte— descubrieron que allí no había ningún reto con que enfrentarse, ni ningún estímulo. Los terráqueos no querían más gente, más máquinas, más nada; lo único que deseaban era continuar como estaban.

No podía decirse que se habían estancado. Su vida era demasiado saludable, su civilización demasiado rica a su modo: arte popular, música popular, ceremonial, religión, la intimidad de la vida familiar que los galácticos habían perdido... Pero, para alguien que volaba entre las estrellas, era una existencia sin alicientes.

La voz de Kormt interrumpió sus pensamientos.

—Sueños, triunfos, trabajo, proezas, amor, vida... y finalmente muerte —dijo el anciano—. ¿Por qué tenemos que cambiar todo eso? Son cosas que nunca envejecen; para cada niño que nace son nuevas.

—Bueno... —empezó Jorun, pero se interrumpió. En realidad, no podía contestarse a aquella clase de lógica. Y no era un problema de lógica, sino algo más profundo—. Bueno —continuó—, como ya sabes, esta evacuación nos fue impuesta también a nosotros. No deseábamos efectuar este traslado, pero nos vimos obligados a él.

—¡Oh, sí! —dijo Kormt—. Habéis sido muy amables. Hubiera sido más fácil para vosotros, hasta cierto punto, venir aquí con fuego, cañones y cadenas para nosotros, como hicieron los bárbaros hace muchísimo tiempo, entonces quizás hubiéramos podido comprendernos.

—En el mejor de los casos —dijo Jorun—, será duro para tu pueblo. Recibirá una fuerte impresión, y necesitará jefes que le guíen a través de ella. Tienes la obligación de continuar ayudándoles allí.

—Tal vez —Kormt envió una serie de anillos de humo en dirección al más joven de sus descendientes, un niño de tres años, que trataba de encaramarse a sus rodillas—. Pero conseguirán superar esa impresión.

—No parece darte cuenta de que eres *el último hombre sobre la Tierra* que se niega a marcharse —dijo Jorun—. Te quedarás solo. ¡Para el resto de tu vida! No podremos regresar a buscarte bajo ninguna circunstancia, porque las colonias de hulduvianos se habrán establecido entre la Tierra y Sagitario y nuestro paso constituiría una violación de lo pactado. ¡Te quedarás solo!

Kormt se encogió de hombros.

—Soy demasiado viejo para cambiar de costumbres; y, de todos modos, no me quedan muchos años de vida. Podré vivir perfectamente, con las reservas de alimentos que quedarán aquí. —Alborotó los cabellos del niño, pero su rostro se contrajo en una mueca de cansancio—. Y ahora no hablemos más de esto, por favor. Estoy fatigado de este debate.

Jorun asintió y permaneció silencioso, como los demás. Los terráneos se pasaban a veces horas enteras sentados, sin hablar, limitándose a gozar de la mutua presencia. Jorun pensó en Kormt, hijo de Gerlaug, el último hombre sobre la Tierra, completamente solo, viviendo solo y muriendo solo. Y, sin embargo, reflexionó, ¿acaso aquella soledad era mayor que la que soportaban todos los hombres durante todos sus días?

Súbitamente, el Portavoz dejó al chiquillo en el suelo, apagó su pipa y se puso en pie.

—Vamos —dijo, cogiendo su cayado.

Caminaron uno al lado del otro por la calle, bajo la macilenta luz de los faroles, pasando ante las amarillas ventanas. Sus pasos resonaban extrañamente en las losas de la acera. De cuando en cuando se cruzaban con alguien, una vaga figura que se inclinaba ante Korint. Sólo una persona no se dio cuenta de su presencia, una anciana que andaba llorando entre las altas paredes.

—Dicen que en vuestros mundos no es nunca de noche —dijo Kormt.

Jorun le miró de soslayo.

—Algunos planetas tienen cielos luminosos —dijo—, y unos cuantos tienen ciudades donde siempre hay luz. Pero cuando todos los hombres pueden controlar las energías cósmicas, no hay ningún motivo para que vivamos juntos; la mayoría de nosotros vivimos de un modo completamente independiente. En mi propio mundo hay noches muy oscuras, y desde mi hogar no puedo ver ninguna otra vivienda..., sólo los páramos.

—Debe de ser una vida muy extraña —dijo Kormt—. Sin pertenecer a nadie.

Llegaron a la plaza del mercado, un amplio espacio pavimentado y rodeado de casas. En el centro había una fuente, y encima de ella había colocada una estatua rescatada de las ruinas. Estaba rota, le faltaba un brazo..., pero la blanca y esbelta figura de la danzarina seguía reflejando juventud y alegría. Jorun sabía que los enamorados solían reunirse allí, y brevemente, irracionalmente, pensó en lo solitaria que estaría la muchacha durante los millones de años a venir.

El Ayuntamiento se encontraba en uno de los extremos de la plaza, enorme y oscuro, los aleros adornados con figuras de dragones, y el frontispicio con aves de alas extendidas. Era un edificio muy antiguo; nadie sabía cuántas generaciones de hombres se habían reunido en él. Una larga y paciente hilera de gente aguardaba en el exterior, esperando turno para entrar en la oficina del registro; al salir, desaparecían rápidamente en la oscuridad, en dirección a los refugios improvisados para ellos.

Andando junto a la cola, Jorun localizó algunos rostros entre las sombras. Una joven madre sosteniendo a un chiquillo que lloraba, con la cabeza inclinada sobre él, murmurando dulcemente para tranquilizarle. Un mecánico, con la ropa de trabajo, sonriendo con aire cansado el chiste que acababa de contarle el hombre que estaba detrás de él. Un campesino moreno, cejijunto, que murmuró una maldición al paso de Jorun. Los demás parecían aceptar su destino con bastante resignación. Un sacerdote, con la cabeza inclinada, a solas con su Dios. Un joven, frotándose nerviosamente las manos, unas manos enormes, diciéndole a alguien: «...podían haber esperado hasta después de la recolección. Me subleva la idea de dejar el grano en el campo...»

Jorun entró en la oficina del registro. El imberbe y rechoncho Zarek interrogaba pacientemente a los centenares de personas que se presentaban ante él, sombrero en mano: nombre, edad, sexo, ocupación, familiares, necesidades o deseos especiales... Marcaba las respuestas en la máquina registradora, capaz de contener medio millón de vidas en su cerebro electrónico.

—¡Oh! Por fin has llegado —gruñó Zarek—. ¿Dónde te has metido?

—Efectuando unos trabajos de conciliación —dijo Jorun. Utilizaban una especie de lenguaje cifrado: conciliación significaba conciliación, cualquier cosa que contribuyera a facilitar la evacuación—. Siento haber llegado tan tarde. Puedes descansar un rato, ahora.

—De acuerdo—. Creo que a medianoche habremos terminado con esto. —Zarek sonrió a Kormt—. Me alegro de verte, buen señor. Hay unas cuantas personas con las cuales me gustaría que hablaras.

Señaló a media docena de hombres sentados en uno de los extremos de la habitación. Ciertas quejas eran manejadas mucho mejor por los jefes indígenas.

Kormt asintió y se acercó al grupo. Jorun oyó a un hombre que empezaba una larga explicación: quería llevarse su arado, lo había construido él mismo, y no existía un arado mejor en todo el universo; pero el hombre de las estrellas le había dicho que ocuparía demasiado espacio.

—Ellos nos proporcionarán todo lo que necesitemos, hijo mío —dijo Kormt.

—Pero, se trata de *mi* arado... —dijo el hombre. Sus dedos retorcían su gorra.

Kormt se sentó y empezó a tranquilizarle.

Jorun ocupó el lugar de su compañero.

—¡Vaya una lata! —refunfuñó Zarek—. Menos mal que ya se acaba. Estoy deseando perder de vista este planeta.

—Es un mundo encantador —dijo Jorun—. No creo haber visto nunca otro más hermoso.

—A mí que no me saquen de Thonvar —replicó Zarek—. Me muero de ganas de sentarme junto al Searlet Seat, rodeado de helechos y de hierba roja, con un vaso de oehl en la mano y los geysers de cristal delante de mí. Eres un tipo muy raro, Jorun.

El fulkhisiano se encogió de hombros. Zarek le palmeó la espalda y se marchó en busca de la cena y de un poco de descanso. Jorun empezó con la rutina del registro. Fue interrumpido una vez por Kormt, el cual bostezó abiertamente y le dio las buenas noches. El desfile de rostros anónimos continuó. Jorun quedó ligeramente sorprendido al encontrarse delante del último: un hombre obeso, jovial, de mediana edad, con unos ojillos astutos, vestido de un modo algo más llamativo que los otros. Se inscribió como comerciante: un Comerciante en pequeña escala, explicó, que vendía ciertos artículos que los campesinos consideraban más conveniente comprar que fabricarlos ellos mismos.

—Lamento que hayas tenido que esperar tanto —dijo Jorun—. Trabajo de conci.

—¡Oh, no! —El comerciante sonrió—. Sabía que esos palurdos estarían aquí horas y horas, de modo que me fui a acostar y me he levantado hace media hora, cuando la cosa estaba a punto de terminar.

—Muy hábil. —Jorun se puso en pie, suspiró y se desperezó. La habitación estaba cavernosamente vacía, sus luces irradiaban un brillo desagradable. El silencio era absoluto.

—Bueno, soy un tipo listo, aunque me esté mal el decirlo. Y, a propósito, me gustaría expresarle mi agradecimiento por todo lo que están haciendo por nosotros.

—No puede decirse que estemos haciendo mucho...

Jorun cerró la máquina.

—¡Oh! A los destripaterrones tal vez no les guste, pero en realidad éste no es un lugar adecuado para un hombre de empresa. Está muerto. De haber existido algún medio de transporte, haría mucho tiempo que estaría fuera de aquí. Ahora, cuando lleguemos a la civilización, habrá verdaderas oportunidades. Le apuesto lo que quiera a que dentro de cinco años me he creado una situación.

Jorun sonrió. Una sonrisa inexpressivo. ¿Qué posibilidades tendría aquel bárbaro en un mundo civilizado?

—Bueno —dijo—, buenas noches, y te deseo mucha suerte.

—Buenas noches, señor. Espero que volveremos a vernos.

Jorun apagó las luces y salió a la plaza. Estaba completamente desierta. La luna brillaba en el cielo, casi llena, y su frío resplandor oscurecía los faroles. Oyó un perro que aullaba

en la lejanía, los perros de la Tierra —no iban a llevárselos— quedarían también muy solos.

Bueno, pensó, el trabajo ha terminado. Mañana o pasado mañana llegarán las naves.

IV

Se sentía muy cansado, pero no tenía ganas de dormir. Hasta entonces no había tenido ocasión de inspeccionar las ruinas, y pensó que no estaría mal contemplarlas a la luz de la luna.

Ascendiendo por encima de tejados y árboles, voló hasta la ciudad muerta. Durante unos instantes colgó del cielo como terciopelo oscuro, una leve brisa murmuró a su alrededor y oyó el lejano rumor de los grillos y del mar.

Sol City, capital del legendario Primer Imperio, había sido enorme. Se había extendido sobre más de cincuenta mil kilómetros cuadrados cuando era el alegre y perverso corazón de la civilización humana y se henchía con la sangre vital de las estrellas. Y, sin embargo, los hombres que la habían construido fueron hombres de gusto, y habían contratado verdaderos genios para que crearan para ellos. La ciudad no era una colección de edificios; era un conjunto equilibrado, que irradiaba desde los altos picos del Palacio central, a través de columnatas y parques y surtidores, que adornaban los palacetes de los gobernantes. A pesar de su monstruoso tamaño, había sido una hermosa ciudad, un encaje de metal bruñido y piedra blanca, negra y roja, de plástico de vivos colores, música y luz... en todas partes luz.

Bombardeada desde el espacio; saqueada una y otra vez por las hordas de bárbaros que hormigueaban como gusanos a través de los huesos del asesinado Imperio; sacudida por el lento agrietamiento de la corteza terrestre; excavada por centenares de generaciones de arqueólogos, buscadores de tesoros y simples curiosos; convertida en un montón de metal y de piedra por los ignorantes campesinos que finalmente se agruparon a su alrededor..., seguía conservando un halo de belleza que era como un sueño recordado a medias. Un sueño que la raza había tenido en otro tiempo.

Y ahora estamos despertando.

Jorun se movió silenciosamente entre las ruinas. Los árboles crecían entre bloques caídos bañados por la luz de la luna; el mármol era muy blanco contra el fondo de oscuridad. De cuando en cuando, se hacía visible el perfil de una casa; una casa donde un noble había recibido a sus amigos, donde personas cuya carne ya era polvo habían dormido, y se habían amado, y se habían asomado a las ventanas para contemplar en silencio el ruidoso espectáculo de la ciudad; donde los esclavos habían vivido, y trabajado, y a veces llorado; donde los chiquillos se habían entregado a sus juegos. ¡Oh! Había sido una época dura y cruel; su desaparición estaba justificada, pero había *vivido*. Como expresión de todo lo que era noble, y espléndido, y malvado, y simplemente ávido en la raza.

Un gato trepó a una de las paredes y se deslizó silenciosamente por ella, cazando. Jorun se estremeció ligeramente y voló hacia el centro de la ciudad, al palacio imperial. Una lechuza siseó en alguna parte, y un murciélago se apartó de su camino como una pequeña alma en pena ennegrecida por el fuego del infierno. Jorun no levantó una pantalla contra el viento: dejó que el aire soplara a su alrededor, el aire de la Tierra.

El palacio estaba casi completamente derruido; un montón de piedras y de huesos descarnados de metal «eterno» enmohecido por el viento, las lluvias y las heladas de innumerables siglos; pero en otra época había sido gigantesco. En la actualidad los hombres no solían construir edificios tan enormes: no los necesitaban. Y todo el espíritu

humano habla cambiado, haciéndose más abstracto, encontrando sus tesoros dentro de sí mismo. Pero había habido un esplendor elemental en el hombre primitivo y en las obras que realizó para desafiar al cielo.

Una de las torres seguía en pie: blanca bajo las estrellas, irguiéndose en una filigrana de columnas y arcos increíblemente esbeltos, como si estuvieran contruidos con rayos de luna. Jorun se posó en la rota balaustrada superior, una forma apenas visible encima de la fantasía en blanco y negro de las ruinas. Un halcón emprendió el vuelo desde su nido, luego hubo silencio.

No... un momento... otro aullido, resonando desde el cielo, una sombra negra a través del rostro de la luna.

«¡Hai-ah!»

Jorun reconoció el alegre grito del joven Cluthe, volando por el espacio como un demonio sobre un mango de escoba, y frunció el ceño, disgustado. En aquellos momentos no deseaba ser molestado.

Bueno, tenían tanto derecho como él a venir aquí. Reprimió su emoción, e incluso compuso una sonrisa. Después de todo, le hubiera gustado sentirse alegre y despreocupado de cuando en cuando, pero le resultaba imposible. Jorun no era mucho más viejo que Cluthe —unos cuantos siglos, a lo sumo—, pero procedía de una familia melancólica; había nacido viejo.

Otra forma perseguía a la primera, cuando estuvieron más cerca, Jorun reconoció la esbelta silueta de Taliuvenna. Aquella pareja había sido destinada a uno de los distritos africanos, pero...

Notaron su presencia y descendieron hasta la balaustrada.

—¿Cómo estás? —preguntó Cluthe. Su delgado rostro reía a la luz de la luna—. ¡Oh! ¡Vaya un vuelo!

—Estoy bien —dijo Jorun—. ¿Habéis terminado con vuestro sector?

—Sí. Decidimos darnos una vuelta por aquí. Era nuestra última oportunidad de echarle una ojeada a todo esto.

Taliuvenna frunció los labios mientras contemplaba las ruinas. Procedía de Yunith, uno de los pocos planetas donde todavía se edificaban ciudades.

—Pensé que sería más grande —dijo, en tono decepcionado.

—Bueno, no hay que olvidar que construyeron esto hace más de cincuenta mil años —dijo Cluthe—. Para aquella época, no está mal.

—Quedan excelentes muestras de arte —dijo Jorun—. Piezas que por uno u otro motivo no salieron de aquí. Pero tendréis que buscarlas, si queréis verlas.

—He visto ya un montón de ellas, en museos —dijo Taliuvenna—. No están mal.

—Vamos, Tally —gritó Cluthe, tocando a su compañero en el hombro y emprendiendo el vuelo.

Taliuvenna salió disparado detrás de él, riendo. Revolotearon por encima de las ruinas, y sus gritos despertaron un clamor de ecos.

Jorun suspiró.

Será mejor que vaya a acostarme, pensó. Es muy tarde.

La nave espacial era una columna de acero erguida contra un cielo gris. De cuando en cuando una fina llovizna la convertía en una sombra borrosa; luego, dejaba de llover y los flancos de la nave relucían como si acabaran de bruñirlos. Las nubes se deslizaban por el firmamento como jirones de humo, y el viento gemía entre los árboles.

La hilera de terrestres que penetraba lentamente en la nave parecía interminable. Un par de miembros de la tripulación volaba encima de ellos, tendiendo un escudo protector contra la lluvia. Avanzaban en silencio, empujando carritos de mano que contenían sus

modestas pertenencias. Jorun les contemplaba, un rostro detrás de otro... ennegrecidos y curtidos por el sol de la Tierra y los vientos de la Tierra, las manos todavía manchadas con el barro de la Tierra.

Bueno, pensó Jorun, ya están en marcha. No se muestran tan emocionados como había creído. Me pregunto si realmente les importa.

Pasó Julith, acompañada de sus padres. La niña le vio y se apartó de la hilera para saludarle.

—Adiós, buen señor —dijo. Alzando la mirada, le mostró un rostro pequeño y serio—. ¿Volveré a verte?

—Sí —mintió Jorun—. Procuraré hacerte alguna visita.

—¡No lo olvides, por favor! Dentro de unos años, tal vez, cuando puedas.

Será tarea de muchas generaciones levantar a una gente como ésta a nuestro nivel. Dentro de unos años —para mí— Julith reposará en su tumba.

—Estoy seguro de que serás muy feliz —dijo.

Julith tragó saliva.

—Sí —murmuró, en voz tan baja que Jorun apenas pudo oírla—. Sí, sé que seré feliz.

Dio media vuelta y echó a correr hacia su madre. Las gotas de lluvia brillaron en sus cabellos.

Zarek se acercó a Jorun.

—Me efectuado un recorrido de última hora por toda la zona —dijo—. No he detectado ninguna señal de vida humana. De modo que todos van a marcharse, excepto tu viejo.

—Bien —dijo Jorun en tono inexpresivo.

—Me gustaría que pudieras hacer algo por él.

—También a mí me gustaría.

Zorek volvió a alejarse.

Un hombre y una mujer, jóvenes, cogidos de la mano, se apartaron un poco de la hilera. Un tripulante planeó encima de ellos.

—Será mejor que regreséis a la fila —les advirtió—. Vais a quedar empapados por la lluvia.

—Eso es lo que queremos —dijo el joven.

El tripulante se encogió de hombros y se alejó. Al cabo de un rato, la pareja regresó a la fila.

La cola de la procesión pasó por delante de Jorun y la nave se la tragó rápidamente. La lluvia caía ahora con más intensidad, rebotando contra su escudo protector como lanzas de plata. Hacia poniente parpadeaban los relámpagos, y Jorun oyó el lejano rumor del trueno.

Kormt se acercó a él, andando lentamente. La lluvia empapaba sus ropas y sus largos cabellos grises. Sus zuecos de madera producían un sonido húmedo en el barro. Jorun extendió el escudo protector para cubrirle.

—Espero que habrás cambiado de idea —dijo el fulkhisiano.

—No, no he cambiado de idea —respondió Kormt—. He querido mantenerme alejado hasta que todo el mundo estuviera a bordo. No me gustan las despedidas.

—No sabes lo que dices —insistió Jorun por ¿milésima...? vez—. Es una locura quedarse aquí... solo.

—Ya te he dicho que no me gustan las despedidas —repitió Kormt, bruscamente.

—Voy a avisar al capitán de la nave —dijo Jorun—. Dispones de media hora antes de que despegue. Nadie se reirá de ti si cambias de idea.

—No cambiaré —Kormt sonrió sin alegría—. Tu pueblo es el futuro, supongo. ¿Por qué no puedes dejar al pasado solo? Yo soy el pasado. —Miró hacia las lejanas colinas, ocultas por la intensa lluvia—. Me gusta todo esto, galáctico.

—Bien. Entonces... —Jorun extendió su mano, en el arcaico gesto de la Tierra—. Adiós.

—Adiós.

Kormt estrechó la mano del fulkhisiano sin la menor emoción. Luego dio media vuelta y echó a andar hacia el pueblo. Jorun le contempló hasta que se perdió de vista.

El técnico se detuvo en la portezuela de la nave y se volvió a mirar el paisaje gris y el pueblo, de cuyas chimeneas no salía ningún humo. *Adiós, madre mía*, pensó. Y luego, sorprendiéndose a sí mismo: *Tal vez Kormt está haciendo lo que debe, después de todo.*

Al atardecer, las nubes se dispersaron y el cielo adquirió un hermoso color azul pálido, como si acabaran de lavarlos. La hierba y las hojas de los árboles relucían. Kormt salió de la casa para contemplar la puesta de sol. El espectáculo era magnífico, todo llamas y oro. Una verdadera lástima que la pequeña Julith no estuviera allí para verlo; siempre le habían gustado las puestas de sol. Pero Julith estaba ahora tan lejos, que si le enviaba un grito que viajara a la velocidad de la luz, cuando él oyera el grito Julith ya estaría muerta.

Llenó su pipa de tabaco, la encendió y aspiró una profunda bocanada de humo. Con las manos en los bolsillos, vagabundó por las mojadas calles. El sonido de sus zuecos resultaba inesperadamente intenso.

Bueno, hijo, pensó, ahora tienes todo un mundo para ti, tal como querías. Eres el hombre más rico que ha existido nunca.

Mantenerse vivo no sería problema. En el pueblo había almacenada suficiente comida de todas clases para alimentar a un centenar de hombres durante los diez o veinte años que le quedaban de vida. Pero Kormt quería estar ocupado. Cuidaría de la granja, del ganado, repararía los desperfectos, limpiaría... Un hombre tiene que mantenerse ocupado.

Llegó al final de la calle y se adentró por un camino que ascendía por la ladera de una colina. El crepúsculo se espesaba sobre los campos, el mar era una lejana cinta metálica y unas cuantas estrellas empezaban a parpadear en el cielo.

Soplaba una leve brisa que murmuraba a través de las copas de los árboles. Todo estaba en calma.

En la cumbre de la colina se erguía la capilla, un pequeño edificio de piedra. Kormt cruzó la verja que conducía al cementerio, situado en la parte trasera. Allí, en aquellas tumbas, reposaban miles de años de hombres y mujeres que habían vivido, trabajado, amado, llorado, reído... y muerto. Alguien había depositado un ramo de flores sobre una tumba aquella misma mañana. Al día siguiente, las flores se habrían marchitado y el viento esparciría sus restos por el campo santo. Tendría que cuidarlo, también. Esto le ayudaría a pasar el tiempo.

Encontró el panteón familiar y se detuvo ante él, con las piernas abiertas y los puños en las caderas, fumando y contemplando las lápidas de los que reposaban en la tierra. Su padre, su madre... Alargó la mano y sus dedos rozaron suavemente la lápida de su esposa. Muchos de sus hijos estaban aquí, también; a veces le resultaba difícil creer que el robusto Gerlaug, y el sonriente Stamm, y la tímida y suave Huwan habían muerto. Sí, había sobrevivido a demasiada gente.

Tenía que quedarme, pensó. Este es mi mundo, pertenezco a él y no podía marcharme. Alguien tenía que quedarse a cuidar todo esto, aunque sea por poco tiempo. Puedo dedicarle diez años más, antes de que llegue el bosque y se apodere de ello.

Las sombras se espesaban a su alrededor. Más allá de la colina, los árboles se erguían como una muralla. En un momento determinado, Kormt se sobresaltó. Le había parecido oír llorar a un niño. No, era un pájaro. Se reprochó a sí mismo los absurdos latidos de su corazón.

Este es un lugar muy triste, pensó. Será mejor que regrese a casa.

Salió lentamente del campo santo y empezó a descender la colina. Las estrellas brillaban ahora por miríadas. Kormt levantó los ojos al cielo y pensó que nunca había visto brillar tanto las estrellas. Demasiado brillantes; aquello no le gustó.

Marchaos, estrellas, pensó. Os habéis llevado a mi pueblo, pero yo me he quedado aquí. Este es mi mundo.

Se inclinó para tocar la tierra, pero la hierba estaba fría y húmeda bajo su palma.

La grava del camino resonaba fuertemente a su paso, y el viento seguía murmurando, pero no se oía ningún otro sonido. Ni una voz que gritara. Ni un motor que funcionara. Ni un perro que ladrara. No, Kormt no había creído que todo quedara tan silencioso.

Y oscuro, no brillaba ninguna luz. Tendría que encender también los faroles de las calles... Resultaba muy poco divertido no poder ver el pueblo desde allí, no poder ver nada, excepto las estrellas. Tenía que haberse traído una linterna, pero era viejo y desmemoriado, y ahora no había nadie que pudiera recordárselo. Y a su muerte no habría nadie que plegara sus manos sobre su pecho, nadie que cerrara sus ojos y le depositara en la tierra. Y los bosques irían invadiéndole todo y los animales salvajes roerían sus huesos.

Las estrellas brillaban y brillaban encima de él. Alzando la mirada, contra su voluntad, Kormt las vio brillar, silenciosas, y tranquilas. ¡Cuán lejanas estaban! La luz que veía había abandonado su punto de partida mucho antes de que él naciera.

Se detuvo, conteniendo la respiración. «¡No!», susurró.

Este era su mundo. Esta era la Tierra, el hogar del hombre, pertenecía a ella y ella le pertenecía a él. ¡La Tierra no podía quedarse sola!

El último hombre vivo. El último hombre en todo el mundo.

Kormt profirió un grito y echó a correr. Sus zuecos resonaron fuertemente sobre la grava del camino, pero el sonido no tardó en quedar tragado por el silencio. Kormt se cubrió el rostro contra el implacable brillo de las estrellas. Pero no había ningún lugar adonde ir, ningún lugar.

Título original: *The Chapter Ends*.

Poul Anderson - ESTADO DE EMERGENCIA

Eran cuatro. Cualquiera de ellos podía haberme roto el cuello con una sola mano. Los Ns solían trabajar en grupos de cuatro, y salían alrededor de las cuatro de la mañana. De este modo, se veían menos estorbados por las multitudes. Durante el día, la gente podía reunirse para contemplar cómo un N molía a palos a alguien, y reaccionar desfavorablemente, pero durante la vacía oscuridad que precedía a la salida del sol el ruido de botas sólo les hacía dar gracias al cielo por no ser ellos los que recibían a tales huéspedes.

En mi calidad de profesor de la Universidad, me asignaron toda una habitación para mí y para mi familia. Cuando los chicos se hicieron mayores y Sarah murió, aquello significó que podía vivir completamente solo en un cuartito de ocho pies. Sospecho que esto me hizo bastante impopular entre todos los que vivían en el mismo edificio; pero, siendo mi trabajo el de pensar, *necesitaba* aislamiento.

—¿Lewisohn?

Fue una palabra escupida, no una pregunta real, desde la sombra vaga que se adivinaba detrás del rayo luminoso de la linterna proyectado sobre mis ojos.

No me fue posible contestar... mi lengua se había convertido en un trozo de madera encajada entre unas rígidas mandíbulas.

—Es él —gruñó otra voz—. ¿Dónde está el maldito interruptor?

Me incorporé en la cama.

—Vamos a dar un paseo —dijo el cabo. Cogió el busto de Nefertiti, una de las tres cosas inanimadas a las que yo tenía afecto, del estante en que se encontraba y lo tiró al suelo. Yo había saltado ya de la cama y un trozo de yeso chocó contra mis pies.

La segunda cosa a la cual tenía afecto: el retrato de Sarah, estaba siendo traspasada en aquel momento por el cañón de un revólver. Uno de los hombres vestidos de verde decidió entenderse con la tercera, mi estantería de libros, pero el cabo se lo impidió.

—Deja eso, Joe —le dijo—. ¿No sabes que los libros tienen que ir a Bloomington?

—No. ¿De veras?

—Sí. Dicen que el Cinc los colecciona.

Joe frunció su estrecha frente, con aire intrigado. En algún apartado rincón de mi cerebro pude seguir sus pensamientos. Los intelectuales son todos sospechosos; el Cinc está por encima de toda sospecha; por lo tanto, el Cinc no puede ser un intelectual. Pero los intelectuales leían libros...

En realidad, Hare era un hombre complicado. Yo le había conocido superficialmente, hacía muchos años, cuando no era más que un ambicioso y joven oficial. Tenía una mente inquisitiva, que abarcaba muchas cosas, y era un violoncelista aficionado con bastante talento. No era amigo de la instrucción *per se* —tenía muchos pensadores en su propio estado mayor—; de lo que desconfiaba era de las mentes que llegaban demasiado lejos. Su frase: «Ésta no es una época para preguntar, es una época para construir», se había convertido en un *slogan* nacional.

—Recoja un poco de ropa, amigo —me dijo el cabo—. Y llévese también un cepillo de dientes... Estará fuera una temporada.

—No creo que necesite cepillo de dientes —dijo otro de los N—. Mañana no tendrá ningún diente.

Se echó a reír.

—Cállate la boca. Arnold-Lewisohn-queda-usted-detenido-bajo-sospecha-de-haber-violado-el-apartado 10-del-Acta-de-Reconstrucción-de-Emergencia.

Se trataba de una especie de apartado general, que derogaba la mayor parte de las otras leyes.

«Al menos, no van a golpearme aquí», pensé, anhelando que no sacudieran demasiado a mis pobres huesos. Al menos esperarían a hacerlo cuando llegáramos a la comisaría general. Y pasaría más de media hora antes de que llegásemos allí, y me ficharán, y empezarán a golpearme.

O quizás más tiempo, me dije a mí mismo. Corría el rumor de que los Ns empezaban por drogar a los sospechosos. Si no confesaban sus delitos en aquel estado de hipnosis, llegaban a la conclusión de que habían sido preparados para aquella eventualidad, y lo entregaban a los muchachos encargados de aplicar el tercer grado. Pero yo no podría revelar nada, porque no sabía nada; por lo tanto...

—Mis hijos... ellos..., —revolví la lengua dentro de mi boca—. Ellos no tienen nada que ver con... ¿Podría...?

—Nada de cartas. ¡Vamos!

Empecé a vestirme. A través de la ventana pude ver la calle, muy oscura y muy tranquila. Muy cerca, se oía el zumbido de un avión convertible. Me pregunté dónde estaría aparcado y qué estaría haciendo allí.

—En marcha.

El más próximo de los N me ayudó a salir del cuarto propinándome un puntapié.

Descendimos las ruinosas escaleras y salimos a la calle. El aire nocturno era frío y húmedo en mis pulmones. Nos esperaba un automóvil, con el emblema del Cuerpo de Seguridad Nacional —la cruz y el rayo— brillando en la negra portezuela delantera.

El avión convertible se presentó, procedente de la esquina más próxima. Avanzó lentamente y se detuvo a pocos metros de distancia del automóvil. Con ojos asombrados, vi que lucía el emblema de las fuerzas de policía de la ciudad. Un hombre se apeó del convertible.

—¿Qué diablos quiere usted? —gritó el cabo.

Inmediatamente, nos envolvió el gas.

Conservé un átomo de lucidez. Como desde lejos, me vi a mí mismo caer al suelo. Uno de los Ns consiguió sacar su revólver y disparar antes de perder el conocimiento, pero su disparo no hizo blanco.

Un hombre alto se inclinó sobre mí. Debajo del sombrero de ala ancha, su rostro, cubierto con una máscara antigás, resultaba inhumano. Me cogió por debajo de los brazos y me arrastró hasta el avión. En el aparato habla otros dos hombres.

Al llegar al final de la calle el convertible empezó a elevarse. Las dispersas luces de Des Moines no tardaron en quedar debajo de nosotros. Volábamos, solos. Encima, únicamente las amistosas estrellas.

Pasó un buen rato antes de que me recobrará del todo de los efectos del gas. Uno de los hombres me dio a beber un trago de una botella. Era ron puro, y me ayudó extraordinariamente a recobrar mi equilibrio mental.

El hombre alto, sentado en el asiento delantero, se volvió hacia mí.

—Es usted el profesor Lewisohn, ¿no es cierto? —inquirió ansiosamente—. Del Departamento de Cibernética de la Nueva Universidad Americana, ¿verdad?

—Sí —murmuré.

—Bien —Dio un suspiro de alivio—. Temí que pudiéramos haber rescatado a otra persona. No es que no nos guste rescatar a quienquiera que sea, pero en el Refugio Secreto sólo podemos utilizarle a *usted*. Nuestro servicio de información no es perfecto... nos habían dicho que iba a ser detenido esta noche, pero a veces los informes resultan equivocados.

Pregunté, estúpidamente:

—¿Por qué esta noche? ¿Por qué no vinieron a buscarme antes?

—¿Cree usted que hubiera venido? ¿Cree que habría confiado en unos enemigos públicos como nosotros, teniendo como tiene tres hijos? —dijo el hombre alto, en un tono desapasionado—. Ahora está usted *obligado* a unirse a nosotros. El Comité se encargará de avisar a sus hijos y de ayudarles a desaparecer, pero no podremos ocultarles indefinidamente. El Cuerpo de seguridad se lanzará detrás de su pista como perros hambrientos. De modo que la única posibilidad que tiene usted de salvarles, y de salvarse a sí mismo, es la de ayudar a que pueda estallar la revolución dentro de un mes.

—¿Yo? —balbucí.

—Achtmann necesita un cibernético. Y ese cibernético puede ser usted.

—Oiga, Bill —en la voz que sonó a mi izquierda había un acusado acento occidental—. Me he estado preguntando... soy nuevo en esto, ¿sabe?, me he estado preguntando por qué utilizó usted el gas. Podía haberles alojado cuatro proyectiles en el cuerpo en cuatro segundos.

El hombre alto sentado ante el tablero de mandos se encogió de hombros.

—En casos como éste —dijo—, prefiero el gas. La muerte resulta un poco más lenta.

El Refugio Secreto estaba en Virginia City, Nevada. En otras épocas había sido una estación turística de primer orden, pero en la actual era de escasez y de restricciones, cuando nadie tenía automóvil a excepción de los oficiales de graduación más elevada, era una ciudad fantasma. No quedaban en ella más que unos cuantos advenedizos, barbudos y medio locos, considerados como inofensivos por la policía, siempre a la caza de posibles elementos subversivos.

Sin embargo... cuando aquellos mismos individuos descendían a las habitaciones subterráneas del Refugio Secreto, y se reunían con los centenares de personas que nunca veían el sol, sus espaldas se enderezaban y sus voces se hacían firmes: formaban parte del Comité para la Restauración de la Libertad.

Me costó algunos días acostumbrarme a la nueva situación. Al igual que la mayoría de la gente, yo había creído que el Comité estaba compuesto de un disperso grupo de lunáticos... y al igual que algunos, había deseado que fuesen, más. Y resulta que eran más, muchos más.

Claro que habían dispuesto de quince años para organizarse.

—Empezamos siendo un puñado —de hombres— me explicó, Achtmann—. No tendría que decir «empezamos», puesto que en aquella época yo no tenía más que trece años, pero mi padre fue uno de los fundadores. Desde entonces ha crecido, créame, ha crecido. Existen casi diez millones de hombres partidarios de nuestra causa, repartidos por el mundo. Calculamos que otros diez millones se unirán a nosotros cuando nos levantemos en armas, aunque, desde luego, faltos de adiestramiento y de organización, no pueden ofrecernos más que una ayuda moral.

Achtmann era un joven de baja estatura, pero flexible como un gato. Sus ojos eran dos llamas azules bajo unos cabellos del color del trigo. No se estaba nunca

quieto, y fumaba un cigarrillo tras otro desde qué se levantaba hasta que se acostaba.

Únicamente el Cinc y muy pocos hombres más podían disponer de tantos cigarrillos. Achtmann se fumaba la ración de un mes en un día. Pero sus partidarios consideraban un privilegio el poder ofrecerle sus raciones. Cosa que también hice yo, una hora después de conocerle.

Porque Achtmann era la última esperanza de los hombres libres.

—¿Diez millones de hombres? —Parecía una cifra inverosímil, teniendo en cuenta que debían permanecer ocultos—. ¡Dios mío! ¿Cómo.

—Nuestros agentes trabajan de un modo muy activo... ¡Oh! Cuidadosamente, cuidadosamente —explicó Achtmann—. Los simpatizantes tienen que someterse a la prueba del suero de la verdad y son objeto de un test psicotécnico. Si son sinceros y sirven, les admitimos.. En caso contrario... —Hizo una mueca—. Es muy lamentable. Pero no podemos arriesgarnos a que un ingenuo estúpido estropee todo nuestro trabajo.

Aquel aspecto del asunto no me gustó. Me pregunté si Kintyre, el hombre alto que había dirigido mi rescate y era amigo de los gatos y de los mitos, habría disparado un tiro en la nuca de algún hombre de buena voluntad, pero que «no servía». Para olvidarlo, decidí pasar al terreno de las preguntas prácticas.

—Pero los N detienen seguramente a algunos de... nuestros... hombres de cuando en cuando —objeté—. Deben enterarse...

—¡Oh, sí! Desde luego. Conocen con bastante exactitud cuántos somos, nuestro sistema general. Pero, ¿de qué puede servirles? Estamos organizados en células; nadie conoce más que a otros cuatro miembros. Existen contraseñas, que son cambiadas a intervalos cortos e irregulares... Hemos aprendido, se lo aseguro. En quince años, y al precio de muchas vidas valiosas y de muchos reveses, hemos aprendido.

Luego, de repente, la cifra de diez millones pareció ridículamente pequeña. Las fuerzas armadas ascendían a cuarenta millones de hombres, sin contar los dos millones de Ns, y...

Achtmann sonrió cuando le planteé esta objeción.

—Si conseguimos apoderarnos de Bloomington, eliminar a Hare y a suficientes Ns, habremos vencido. La masa es pasiva, está demasiado asustada para actuar en un sentido o en otro. Las fuerzas armadas... bueno, algunos de ellos lucharán, pero se sorprendería usted si supiera cuantos oficiales son miembros del Comité. Y en el propio Cuerpo de Seguridad Nacional... ¿De dónde cree usted que obtenemos nuestra información? —Me apuntó con su dedo índice y habló con su habitual apasionamiento—. Mire, desde hace mucho tiempo, desde la III Guerra Mundial, lo que ha privado en el mundo ha sido la mediocridad. La III Guerra Mundial y la dictadura de Hare se han limitado a dotar de armas a la mediocridad para que se reforzara a sí misma. La actual situación repugna a todos los hombres intelectualmente capacitados del mundo. ¿Acaso no le repugnaba a usted? De modo que todas las personas inteligentes son partidarias nuestras. Hemos conseguido introducir a algunas de ellas en el campo enemigo... y, como son inteligentes, no han tardado en encumbrarse en las filas de nuestros adversarios.

Aplastó su cigarrillo contra el cenicero y dio unos pasos por la desordenada y polvorienta oficina.

—Estoy de acuerdo en que diez millones de hombres, mal organizados, sin poseer una sola bomba H, no podrían derrocar un imperio que abarca a todo el

planeta.. No, Lewisohn, no vamos a luchar contra los tanques con fusiles ametralladores, desde luego. Vamos a equiparnos con un arma que dejará anticuados a los tanques y a las bombas, que los hará completamente inútiles. Y para ello le hemos traído a usted aquí.

Debo dejar bien sentado que Hare no era un animal dañino escapado del infierno. Era un hombre fuerte, inteligente, incluso amable, que había llevado a cabo una obra ingente. No hay que olvidar que a él se debía que las costas del Este y del Oeste volvieran a estar habitadas. Incluso después de desaparecida la radioactividad, la gente tenía miedo a regresar. Hare obligó a la gente a regresar, puso arados en sus manos y gérmenes vivos en sus tierras, y recuperó una cuarta parte del continente.

Creo, sinceramente, que Hare o alguien como él era inevitable. Después de la III Guerra Mundial, si puede llamarse guerra a unos cuantos días de carnicería nuclear seguida de varios años de hambre y de caos, el poder mundial había quedado al alcance del primer país que se convirtiera otra vez en civilizado. Hare, un oscuro general, utilizó sus andrajosas fuerzas como un punto de partida. La gente le siguió porque les ofrecía alimentos y esperanza. Lo mismo hicieron otros señores de la guerra, pero Hare les derrotó. Hare derrotó también a China y a Egipto, cuando trataron de obtener la supremacía mundial, y convirtió toda la Tierra en un Protectorado.

Sí, era un dictador. Pero había sido la única solución posible. Yo mismo le había apoyado, incluso había luchado en su ejército veinte años atrás. Teníamos necesidad de un Cincinnatus... entonces.

«Mientras dure el estado de emergencia», decía el Acta del Congreso. Porque había un Congreso nombrado por decreto en Bloomington, y la asustada sombra de un Presidente, y un sello de goma del Tribunal Supremo. Jurídicamente, Hare no era más que el Comandante en Jefe del Cuerpo de Seguridad Nacional, un brazo ejecutivo del Departamento de Defensa y Justicia. Su jefe nominal era nombrado por el Presidente y confirmado por el Senado. Se había retirado del ejército para «mantener un control civil sobre el gobierno».

Sin embargo, mientras durase el estado de emergencia, el Cinc poseía poderes extraordinarios. Y ahora habíamos reconstruido muchísimo, y el mundo —si no tranquilo y contento— estaba bien guardado, y podía pensarse, en consecuencia, que el estado de emergencia había desaparecido.

Sólo que... bueno, hubo la gran epidemia de tifus, y al año siguiente se produjo la revuelta de Indonesia, y al año siguiente el gobernador de Valle Colorado necesitó cinco millones de trabajadores, y así por el estilo durante veinte años.

De modo que Cincinnatus no retornó a su oscura situación de general.

Yo ignoraba los detalles de organización del Comité. No me importaban, no estaba permitido conocerlos y no disponía de tiempo para interesarme por ellos. Lo único que puedo decir es que el golpe estaba planeado con una minuciosidad sin precedentes en la Historia.

Sin haber cumplido los treinta años, Achtmann *era* la revolución. Desde luego, no manejaba todos los detalles... tenía estados mayores para los aspectos militar, económico y político. Pero estaba al corriente de todo, y en su oficina particular había una cantidad increíble de memorándums.

Su posición era una consecuencia lógica de las circunstancias. El padre de Achtmann había sido el genio rector de los primeros tiempos, y el hijo había crecido al lado del padre. Cuando el anciano fue encontrado muerto en su

despacho, una mañana, se requirió naturalmente la opinión y el consejo del joven —nadie conocía como él todas las ramificaciones—, y repentinamente, dos años más tarde, el Consejo de Directores se dio cuenta de que no habían elegido aún un nuevo Presidente. La elección recayó por unanimidad en el joven Achtmann.

El «cinturón protector» —el arma de que Achtmann me había hablado— era creación suya. Su insaciable apetito de lector había descubierto un artículo al parecer sin importancia publicado en una revista de física poco antes de que estallara la guerra, relativo a un extraño efecto observado cuando un campo eléctrico de una determinada alta frecuencia establecía contacto con un determinado complejo de altas frecuencias. Achtmann habló del asunto con uno de los físicos de su estado mayor, le preguntó qué material haría falta, consiguió el material y comenzaron los trabajos. Al cabo de dos años de esfuerzos, la posibilidad de establecer un cinturón protector alrededor del propio ejército se hizo evidente. Durante los cinco años siguientes, se resolvieron todos los problemas técnicos que presentaba la nueva arma. Un año más tarde, fue probada con éxito la pantalla generadora. Ahora, dos años después, las piezas estaban listas para su ensamble.

No disponíamos de las instalaciones necesarias para un trabajo en cadena. En consecuencia, cada pieza tenía que ser electrificada por separado, una delicada operación que requería un calculador de alta velocidad adaptado al circuito generador. Yo estaba allí para atender al calculador.

Por espacio de tres semanas casi no supe lo que era dormir. Trabajaba por la libertad, por librar a mis hijos del temor y en memoria del anciano profesor Biancini. Los Ns podían haber considerado necesario atar a Biancini a un poste de farol, pero rociarlo con gasolina y prenderle fuego había sido un exceso de entusiasmo...

Achtmann me miró a través de la mesa escritorio. Su ancho y cuadrado rostro estaba muy pálido, ya que era uno de los que no salían nunca al exterior.

—¿Café? —me preguntó—. Es casi todo achicoria, pero no deja de ser una bebida caliente.

—Gracias —dije.

—De modo que ya está todo listo —Su mano tembló ligeramente mientras me servía el café—. Parece imposible.

—La última unidad quedó montada y comprobada hace una hora —dije—. Los camiones están ya en camino.

—Día D. —Sus ojos estaban vacíos, fijos en el reloj colgado de la pared—. Dentro de cuarenta y ocho horas...

De repente, hundió su rostro entre sus manos.

—¿Qué es lo que voy a hacer? —murmuró.

Le contemplé con una expresión de sorpresa.

—¿Qué va a hacer? Dirigir la revolución... ¿no es cierto? —inquirí, tras una larga pausa.

—¡Oh, sí! Si. Pero, ¿y después? —Se inclinó sobre la mesa, temblando—. Me gusta usted, profesor. Se parece mucho a mi padre, ¿no lo sabía? Pero es mucho más amable que él. Mi padre vivía únicamente para la revolución, para la gran causa sagrada. ¿Puede usted imaginar lo que significa crecer al lado de un hombre que no es un hombre, sino una voluntad incorpórea? ¿Puede usted imaginar lo que significa pasar toda la juventud sin tomar una cerveza con los amigos, sin oír un concierto, sin bañarse una sola vez en las azules aguas del

mar? Yo tenía diecisiete años cuando una pareja de novios que habían salido de excursión se presentaron en Virginia City y vieron demasiadas cosas. Ordené que les mataran a los dos... yo, a los diecisiete años. —Apartó las manos del rostro—. Dentro de una semana, un gran número de personas decentes morirán... y no sólo en nuestro bando. ¡Dios mío! ¿Cree que después de ordenar eso puedo retirarme a... a...? ¿En qué voy a convertirme?

Durante un largo rato, en la oficina no se oyó más ruido que el de su agitada respiración.

—Puede marcharse —dijo finalmente, sin mirarme—. Informe al general Thomas, de la oficina logística. Le hará usted falta. Todos haremos falta.

Con ropas de paisano —en trenes, autobuses, aviones, camiones... desde los más remotos lugares del imperio alrededor del planeta—, nuestro ejército se acercó a Bloomington. El movimiento no fue captado por el habitual servicio de vigilancia del tráfico, porque en Méjico había estallado una revuelta cuidadosamente planeada. Era una revuelta condenada al fracaso desde el primer momento, una maniobra de diversión en la cual unos enfurecidos peones iban a enfrentarse con lanzallamas, pero así son las necesidades de la guerra.

En diversos puntos, pueblos pequeños, granjas, plantaciones, que aún no habían sido reconstruidos, nuestras unidades quedaron formadas y avanzaron contra el Capitolio.

No soy un táctico, y todavía ignoro los detalles. Mi departamento se ocupaba únicamente de los cinturones de protección. Cada unidad estaba reunida alrededor de un camión pesado que transportaba una micropila para alimentar un generador. Por encima de nuestras cabezas volaba nuestra aviación, unos aparatos ridículamente anticuados... pero en cada escuadrilla había un aparato que llevaba un generador.

El cinturón protector, una vez formado, sólo es visible a través de un débil resplandor de ionización, como una esfera de media milla de diámetro. Atraviesa la materia sólida sin efectos visibles. Pero es una energía del mismo tipo de la que mantiene unidos a los núcleos atómicos. Y sólo admite velocidades de unos cuantos pies por segundo. Una partícula que viaje con más rapidez y tropiece con el cinturón queda detenida en seco, y su energía de movimiento se transforma en calor.

De modo que los proyectiles de todas clases caían al suelo al chocar contra el cinturón. La explosión de una bomba, química o nuclear, lleva implícitas moléculas o electrones de alta velocidad en su mecanismo, por tanto una bomba no puede estallar dentro del cinturón. El polvo radioactivo y el gas se desintegran normalmente, pero los fragmentos energéticos capaces de matar a un hombre surgen convertidos en inofensivos iones. Las toxinas químicas conservan su eficacia, pero resulta relativamente fácil defenderse contra ellas.

Teníamos ametralladoras y artillería ligera acopladas electrónicamente a los generadores. En el momento de disparar, los generadores dejaban de funcionar las milésimas de segundo necesarias para que nuestros proyectiles atravesaran el cinturón en dirección al enemigo.

El Cuerpo de Seguridad Nacional disponía de vehículos acorazados. Avanzaban, enormes y amenazadores, hasta tropezar con el cinturón; entonces, sus motores se paraban y sus cañones no podían disparar. Nuestras tropas colocaban una mina magnética cerca del tanque y proseguían su avance. En

cuanto su avance había arrastrado al cinturón más allá del inmovilizado vehículo, la mina estallaba.

Los generadores estaban cuidadosamente heterodinados; no afectaban a los motores de nuestro propio ejército, ni a los diversos controles cibernéticos. Nos veíamos obligados a utilizar unos medios de comunicación más bien primitivos, puesto que los campos telefónicos y radiotelegráficos quedaban anulados.

Destruyendo sin ser destruidos, proseguíamos nuestro avance hacia Bloomington. Un millar de aviones enemigos, lanzados contra nuestra impenetrable fuerza aérea, se estrellaron contra el cinturón. Dominábamos tierra y cielo, y no podíamos ser detenidos.

Pero era un modo lento y brutal de avanzar. Los Ns, y algunas unidades del ejército, se lanzaron contra nosotros en masa y a pecho descubierto; nos atacaron con bayonetas, y los barrimos con tanques. Una pequeña bomba atómica estalló en la parte de afuera del cinturón. Sus iones y gases no penetraron a través de él, pero el intenso resplandor de la bola de fuego cegó a algunos hombres, los infrarrojos quemaron, a otros, y las radiaciones gamma condenaron a unos cuantos a una lenta agonía.

La bomba destruyó también varias manzanas de casas, puesto que por entonces ya habíamos entrado en la ciudad. En consecuencia, el enemigo tuvo que luchar, a partir de aquel momento, con el pánico de la masa.

En otros puntos de la nación, las estaciones de TV fueron ocupadas, proyectándose en ellas una y otra vez una película previamente filmada en la que aparecía Achtmann dirigiendo una alocución al pueblo. Achtmann no era un buen orador, pero este hecho subrayaba todavía más, quizá, la sinceridad de sus palabras, cuando afirmaba que había venido a librar a los hombres de la esclavitud.

Yo iba en un «jeep» en compañía de Kintyre —sección de entretenimiento—, para mantener en perfecto estado a nuestros generadores. En el interior del cinturón hacía un frío intensísimo, ya que repelía todas las moléculas de aire caliente. Más tarde hubiera podido localizarse perfectamente la ruta que habíamos seguido, por medio de la hierba agostada y los árboles secos en pleno verano. Trasladándome de unidad a unidad, por encima de las ruinas de los hogares y de montones de cadáveres, pasaba del invierno al verano y del verano al invierno, y pensé que resultaba curioso que nosotros, en nuestra primavera de esperanza, tuviéramos que soportar aquel frío.

Llegamos ante el Capitolio al atardecer. Estaba ardiendo. Un centinela nos dejó pasar. Las ruedas de nuestro «jeep» aplastaron los caídos rosales. Los generadores estaban aparcados en el patio trasero, luchando contra el calor y las llamas.

—No hay nada que hacer —se lamentó el hombre con unas insignias de coronel sobre unas destrozadas ropas de trabajo—. Necesitamos apagar este maldito fuego. Ahí dentro están los ficheros... y tal vez el propio Hare. El cinturón no deja avanzar las llamas, pero no podemos, contrarrestarlas con el generador.

Pedí una linterna y fui a examinar el camión. Tras una concienzuda revisión, descubrí la causa de aquella anomalía: la conexión soldada del Tubo 36 se había despegado.

—Es fácil de —arreglar— gruñí, muerto de fatiga, —pero empiezo a estar cansado de esto. Me he pasado el día arreglando un Tubo 36 por aquí, un Tubo 36 por allí...

—Ésta es una de las pegas que tendremos que solucionar más tarde —dijo Kintyre.

—¿Más tarde? —Empecé a desenroscar la platina principal—. Pero, ¿es que va a continuar el jaleo? Creí que...

—Existen focos de resistencia en todo el mundo —dijo Kintyre—. Tal vez usted sepa algo más acerca de ello, coronel, pero creo que tendremos que reducir un gran número de pequeñas fortalezas de los Ns.

—¡Oh, sí! —El oficial apartó la mirada de las llamas—. Acaban de informarnos de que hay una brigada acorazada en camino. Llegará aquí antes de la salida del sol, y tenemos que estar preparados para recibirla.

—Sin embargo, parece que seamos los dueños de la ciudad —murmuró Kintyre—. De lo que ha quedado de ella.

—Y creo que lo somos —dijo el coronel—. Todo esto es muy complicado. No pensé que fuera tan complicado. Pero no soy más que superintendente general de una fábrica de conservas. Todavía no he podido acostumbrarme a las estrellas de coronel...

Aparté la platina, uní la conexión que se había despegado y pedí que me entregaran el soldador. El hombre que me lo entregó llevaba un fusil en la otra mano y tenía un surco sangriento en el rostro.

—Me pregunto si Hare se habrá marchado —dijo Kintyre.

—Lo dudo —dijo el coronel—. No ha despegado ni un solo avión suyo de aquí. Probablemente se está asando dentro de esa casa. Tenía su vivienda en el Capitolio, como usted ya sabe. —Sacó un cigarrillo y lo encendió—. ¡Maldita sea! —gruñó—. Tenemos el peor servicio de intendencia de la Historia. Encargué café hace más de media hora.

Puse el generador en marcha. La temperatura descendió rápidamente y las llamas empezaron a apagarse como si un gigante hubiera soplado sobre ellas. A la luz de los focos, los hombres empezaron a avanzar hacia las ruinas.

—Será mejor que volvamos atrás —me dijo Kintyre.

—Espere un poco —dije—. Me gustaría saber qué ha sido de Hare. Asesinó a unos cuantos amigos míos...

El cadáver de Hare estaba en el apartamento del ala oeste. Quemado, pero no hasta el punto de ser irreconocible. Había matado de un tiro a su esposa, para librarla del fuego, pero él había sido víctima de las llamas.

El coronel apartó la vista, pálido como un muerto. Parecía a punto de desmayarse.

—No sé a qué diablos esperan para traerme el café —murmuró—. De acuerdo, sargento, tome una escuadra y ponga esto colgado en la verja exterior.

—¿Qué? —me horroricé.

—Órdenes de Achtmann. Dice que no podemos dar pábulo a la fábula de que Hare no ha muerto.

—Me parece horrible —dije.

—Sí —admitió el coronel—. Es horrible. Pero nos encontramos en estado de emergencia, y nos vemos obligados a hacer muchas cosas que a todos nos parecen horribles, mientras dure el estado de emergencia. Sargento... no, está ocupado ahora... cabo, vaya a ver qué diablos pasa con el café.

Me encontré con mis hijos uno a uno, a medida que salían de sus escondites en respuesta a mis llamamientos radiofónicos. Hubiera besado las plantas de los pies de Achtmann.

Luego volví a la Universidad. Ocupé otra vez mi antigua habitación, aunque durante la revolución habían quedado destruidas tantas viviendas, que ahora tuve que compartirla con otro hombre.

El Presidente había resultado muerto a consecuencia de una bala perdida, en Bloomington... Era un individuo insignificante, al cual no odiaba nadie. El Vicepresidente y el Gabinete habían sido decididos partidarios de Hare. De modo que Achtmann nombró una nueva rama ejecutiva. En cuanto a él, rechazó todos los cargos y pasó cosa de un mes visitando el país y recibiendo todos los homenajes que podían serle dedicados; luego regresó a la capital. Al año siguiente, cuando las cosas se hubieran tranquilizado, se celebrarían elecciones.

Entretanto, desde luego, era necesario liquidar los restos de las bandas de Ns, y la nueva policía Federal tuvo que ser dotada de poderes especiales a fin de que pudiera localizar y detener a los partidarios de Hare que continuaban emboscados entre la gente normal. Algunas unidades del ejército intentaron una contrarrevolución y fueron suprimidas. Una mala cosecha en China exigió la requisita de una gran cantidad de arroz de Burma, lo cual provocó una corta pero sangrienta guerra con los nacionalistas burmanos.

Me disgustaba sobremanera pensar en todo esto. Había alimentado la esperanza de que íbamos a acabar con el imperio y a devolver a todo el mundo su libertad. Un nuevo partido, el Libertario, estaba siendo formado para concurrir a las anunciadas elecciones; el punto principal de su programa era la abolición del Protectorado. Yo ayudé a organizarlo en el plano local. Nuestros adversarios eran los Federacionistas, más conservadores. El gobierno establecido en Bloomington era no-intervencionista, una especie de comité que debía ocupar el poder sólo mientras durase el estado de emergencia; pero, desde luego, no podía permanecer pasivo, y casi cada instante se veía obligado a adoptar alguna medida positiva. Al parecer, cada día se presentaba una situación de urgencia.

En el mes de diciembre, la A.A.A.S. celebró una asamblea en Bloomington y decidí asistir a ella, principalmente para verme libre del compañero de habitación que me había sido asignado. La verdad es que no simpatizábamos demasiado el uno con el otro.

Al salir del local donde se celebraba la asamblea, decidí dar un paseo por las calles de Bloomington. Su aspecto era muy triste. En algunos escaparates veíanse unas ajadas alegorías navideñas, pero no podía hablarse de una verdadera campaña de ventas: allí no había ninguna mercancía que anunciar.

Sin embargo, el día anterior se había celebrado un vistoso desfile militar.

Paseé lentamente bajo un cielo plomizo, arrebujado en mi abrigo. Por la calle circulaban muy pocas personas, y ninguna de ellas tenía un aspecto alegre. Bueno, la cosa era comprensible, ya que la mitad de la ciudad estaba aún por reconstruir. Eché de menos al Ejército de Salvación y sus villancicos de Navidad. Hare lo había disuelto hacía muchos años, con el pretexto de que aquella caridad particular era ineficaz, y el nuevo gobierno no se había preocupado, al parecer, de derogar aquel decreto. Los miembros del Ejército de Salvación habían alegrado las esquinas de las calles con sus cantos cuando yo era joven, y hubiera resultado sumamente agradable verlos de nuevo en acción.

Pasé por delante del Capitolio. Un nuevo edificio se estaba levantando sobre las ruinas del antiguo. Se decía que había de ser un edificio imponente, de maravillosa estructura, lo cual producía un efecto sumamente desagradable

teniendo en cuenta que la gente seguía viviendo en alojamientos miserables, pero por entonces no era más que un frío esqueleto de acero, erguido hacia el cielo.

Yo no iba a ningún lugar concreto. Aquella tarde no se celebraba ninguna reunión que me interesara. Me limitaba a pasear. Confieso que recibí un gran susto cuando dos hombres altos me agarraron por los brazos.

—¿A dónde va usted?

Parpadeé. A mi izquierda había una alta pared de piedra rodeando un enorme edificio.

—A ningún lugar determinado —dije—. Sólo estaba dando un paseo.

—¿De veras? Déjeme ver su carnet de identidad.

Se lo mostré. Un automóvil pasó por nuestro lado y cruzó las verjas del edificio que había a mi izquierda, con una numerosa escolta de hombres armados que llevaban uniformes de color gris. Tal vez aquella era la residencia del nuevo Presidente. Hacía semanas que no había visto un noticiario, ya que había estado muy ocupado.

Unas manos me cachearon, en busca de posibles armas.

—Creo que está O.K. —dijo uno de los hombres.

—Sí. Siga su camino, Lewisohn, y no vuelva a pasar por aquí. Está prohibido.

¿No ha visto usted las señales?

Un hombre de uniforme salió corriendo por la verja.

—¡Eh, usted! —gritó—. ¡Alto!

Me detuve. El hombre se acercó a mí.

—¿Es usted el profesor Lewisohn? —me preguntó.

Asentí.

—Entonces, tenga la bondad de acompañarme.

No pude resistir a la tentación de dirigir una sonrisita burlona a los muchachos del Servicio Secreto.

Nos dirigimos hacia el edificio. Ante la puerta principal había centinelas, pero en el interior todo eran mayordomos y un extraordinario lujo. Al final de un largo pasillo había una amplia estancia suntuosamente amueblada. La temperatura era allí tropical, en pleno invierno.

El hombre que estaba de pie, asomado a uno de los ventanales, dio media vuelta cuando yo entré en el salón.

—¡Profesor! —exclamó, en tono de sincera alegría—. Pase, pase, mi querido amigo. Vamos a echar un trago.

Era Achtmann. Llevaba un lujoso pijama, pero era el mismo infatigable fumador, el mismo incansable Achtmann de siempre. Cogió mi abrigo y se lo entregó al criado. Otro criado apareció como por arte de magia con una botella de whisky, un recipiente lleno de cubitos de hielo y un par de vasos. Sin apenas saber cómo, me encontré sentado en una butaca, mientras Achtmann paseaba de un lado para otro delante de mí.

—¡Santo Cielo! —exclamó—. No tenía la menor idea de que estuviera usted en la ciudad. Si no llego a verle desde mi automóvil... ¿Por qué no me lo hizo usted saber? Mis secretarios tienen una lista de todos los miembros del Comité, y cualquier carta de uno de ellos pasa directamente a mis manos.

—Yo... no he mantenido contacto... —Sorbí cuidadosamente mi whisky, tratando de recobrar mi equilibrio—. He estado muy ocupado, y... bueno, en las actuales condiciones, no he podido dedicarme a...

—¿Qué condiciones? —Sus ojos me traspasaron—. ¿Hay algo que marcha mal?

—¡Oh, no, no! Mi alojamiento es muy reducido, mi horario muy apretado... lo de siempre.

—¿Cómo que lo de siempre? Un hombre que actuó como usted lo hizo no tiene que vivir en las condiciones de siempre —Achtmann se inclinó sobre un dictáfono—. Me hago perfecto cargo de sus dificultades: un miserable alojamiento, una ración miserable, una paga miserable... ¿no es cierto? Bueno, vamos a arreglar eso. —Dio unas cuantas órdenes por el dictáfono: sin la menor dilación, pongan una casa a disposición del profesor Lewisohn, fondos en consonancia, ración especial, etc—. ¿Por qué no me lo hizo usted saber? —volvió a preguntarme—. He situado a todos los chicos del antiguo Refugio Secreto, o a la mayor parte de ellos.

—Pero, yo no quería... —tartamudeé—. no merezco... no tienen por qué echar a alguien de su casa para que yo...

—Silencio —rió. Era la risa de un chiquillo, pero había en ella una nota metálica—. No hable de gratitud, ni de solidaridad, ni de nada de todo eso: suena a formulismo, y no quiero oírlo de sus labios. El populacho necesita tanto el palo como el pan. Tienen que darse cuenta no sólo de que los traidores son castigados, sino también de que los leales son recompensados. ¿Comprende?

—¿Qué clase de cargo tiene usted? —inquirí, sin atreverme a hablar en voz alta.

—¿Cargo? ¿Posición? Ninguno, en absoluto. Esto es lo mejor de todo. No soy más que un asesor oficioso del Presidente. —Achtmann se encogió de hombros, haciendo una mueca—. *Primm inter pares*. Alguien tiene que hacerlo, y yo dispongo de una gran cantidad de hombres adiestrados y que me son absolutamente fieles... la cosa funciona bien, ¿no le parece?

—Usted se lo dice todo —murmuré.

—¡Diablo! —No parece muy convencido... ¿Cree que a mí me gusta tener a un centenar de ruidosos criados bajo mi techo? Esto es solamente un aspecto de la comedia que tengo que representar. El mayor de los errores de Hare fue el de ser un hombre amargado, que no supo rodearse de un marco de alegría y de esplendor. No podemos levantar a todo un mundo de la ruina si no empezamos por colocar a su caudillo en un marco adecuado.

—Creí que usted luchaba precisamente contra eso —murmuré.

—En efecto. Y sigo pensando del mismo modo. Pero hay demasiadas cosas que hacer. No podemos soltar las riendas de la noche a la mañana a la gente que por espacio de una generación no ha gozado ni siquiera del derecho de pensar como se le antojase. No podemos restablecer las garantías individuales, ni el *habeas corpus*, ni los procedimientos normales en los juicios políticos, cuando varios millones de hombres se dedican a conspirar para restablecer la dictadura. Existen todavía muchos fanáticos haristas, como usted sabe, sin contar con un centenar de pequeños grupos de chiflados, cada uno de ellos con sus propias e infalibles recetas para salvar a la humanidad.

Achtmann encendió otro cigarrillo con la colilla del que estaba fumando. Las palabras surgían de su boca frías como el hielo.

—No podemos disolver el Protectorado y conceder la independencia a las provincias extranjeras, hasta que las hayamos educado y civilizado. De no hacerlo así, no tardaríamos en tener que enfrentarnos con otra guerra nuclear. Y aquí, en nuestra propia casa, hay mucha pobreza y mucha hambre... ¿Cómo va a creer un hombre que vive en una democracia, si sus hijos no tienen pan? Si aflojáramos

la mano, no tardaría en aparecer un Führer que les prometiera alimentarles. Lo primero que tenemos que hacer es restablecer la economía, la...

Me sorprendí a mí mismo interrumpiéndole.

—Para su información —dije—, debo comunicarle que pertenezco al Partido Libertario.

—No importa —declaró Achtmann alegremente—. No constituirá ninguna nota desfavorable para usted. Cuando los partidos políticos sean disueltos, será una simple cuestión de...

—*¡Disueltos!* —exclamé, asombrado—. ¿Acaso no van a celebrarse unas elecciones?

—Temo que habrá que esperar unos cuantos años para ello. Sinceramente, amigo mío, ¿cómo cree usted que sería posible celebrar elecciones en unas circunstancias como las actuales? Yo fui el primero en creer que podrían celebrarse, y por eso fueron anunciadas, pero desde entonces he aprendido unas cuantas cosas que me han hecho comprender que estaba equivocado.

Debió leer en mi rostro lo que yo estaba pensando en aquellos momentos, porque se apresuró a añadir, con una mueca que quería ser una sonrisa:

—No me mire usted con ese aire horrorizado, profesor Lewisohn. No soy otro Hare, ni mucho menos. Él no admitió nunca que podía estar equivocado.

—No tenía usted ningún derecho a hacerlo —protesté—. No ocupa usted ningún cargo oficial... ¡Oh! Ya entiendo: el Presidente y el Congreso actúan de acuerdo con sus instrucciones, y son considerados responsables de los errores y de los excesos en que usted incurre. En cambio, usted se adorna con las plumas de las cosas que salen bien...

—¡Eso es absurdo!

Era evidente que mis palabras habían enfurecido a Achtmann. Pero su furor no duró más que un breve instante. Luego dio media vuelta, dándome la espalda, y se acercó a una de las ventanas del salón. Allí permaneció silencioso, mirando a través de los cristales.

Como obedeciendo a una misteriosa llamada, apareció un criado y me ayudó a ponerme el abrigo. Me quedé en pie, temblando, sin saber qué hacer.

—No se preocupe, profesor —dijo Achtmann en tono amable—. De acuerdo, si usted insiste, esto es una dictadura. Pero es una dictadura benévola... ¡Diablos! Me conoce usted perfectamente y sabe cómo pienso ¿no es cierto? Desde luego, puedo verme obligado a eliminar a unos cuantos adversarios, y sé que la gente empieza a llamarme el Cinc, pero... —Siguió mirando a través de la ventana, sin volverse hacia mí—: Esto sólo será mientras dure el estado de emergencia.

Título original: *For the duration* © 1957.

Poul Anderson - EL CAMPAMENTO

Llovía otra vez. Era una lluvia caliente y pesada que caía de un cielo oscuro, y el aire olía a ciénaga. Herries sólo veía las torres de los pozos a un kilómetro de distancia, a la luz resplandeciente de los proyectores, y sólo oía el murmullo de las bombas. Más allá gritó un brontosaurio, y un trueno cruzó la noche.

Las botas de Herries resonaron en el muelle de madera. Tenía las ropas empapadas de sudor, bajo el impermeable, y la lluvia le chorreaba del sombrero y le entraba en el cuello. Lanzó una maldición con una voz cansada y entró en la pasarela.

La luz de la cabina se filtraba entre las tablas empapadas. Herries vio el cuello retorcido justo a tiempo, cuando se doblaba sobre la baranda y caía sobre él. Dio un salto atrás, buscando la carabina Magnum que le colgaba del hombro. El plesiosaurio siseó monstruosamente y sus aletas golpearon el agua, como cañonazos.

Herries se llevó el hombro y disparó. El largo cuello recibió la bala —en alguna parte— y la bestia aulló roncamente lastimándole los oídos a Herries.

En el embarcadero resonaron unas pisadas. Dos guardias llegaron junto a Herries y dispararon sus armas en el agua oscura. La puerta de la cabina se abrió de amarillo se recortó una figura con un rifle automático que tartamudeó como un idiota.

—¡Basta! —chilló Herries—. Suficiente. ¡Alto el fuego!

Durante unos instantes sólo se oyó la grave voz de la lluvia. Luego el brontosaurio mugió otra vez, lejos, y algo se agitó y gruñó en el agua.

—Se fue —dijo Herries—. O más probablemente sus colegas están dejándolo en los huesos. Huele a sangre. —Sintió que crecía en él una ira sorda, se volvió y tomó por la solapa al guardia más próximo—. ¿Cuántas veces les dije que cerca de cada pasarela tiene que haber un hombre con granadas?

—Sí, señor. Lo siento, señor. —Herries era un hombre corpulento, y el otro alzó hacia él una cara asustada, blanca a la pálida luz eléctrica—. Sólo había ido a...

—Su puesto está aquí —dijo Herries—. Nuestra presencia los atrae, y usted ya debía saberlo. Se han llevado dos hombres de este puente. Casi se llevan a otro esta noche... a mí. Tan pronto como sospeche algo, tira una granada al agua, ¿entiende? Otro error igual y está despedido... No. —Herries se interrumpió, sonriendo sin humor—. Eso no sería un castigo, ¿no es cierto? Una semana a pan seco.

—Oiga, señor Herries —intervino el otro guardia—. Tenemos nuestros derechos. El sindicato...

—Su preciado sindicato está a un millón de años en el futuro —ladró el ingeniero—. El trabajo es peligroso, estamos bajo la ley marcial, y puedo castigar a cualquiera que se salga de la línea. Muy bien, recuérdelo.

Se volvió y caminó pesadamente por el tablón hacia la cubierta de la barcaza. La excitación había terminado y habían cerrado otra vez la puerta de la cabina. Herries entró despojándose del impermeable.

Cuatro hombres jugaban al póquer bajo una lámpara desnuda. En el brumoso aire del cuarto, pequeño y desordenado, flotaba humo de tabaco y niebla jurásica. Un quinto hombre estaba tirado en uno de los camastros, leyendo. Las paredes brillaban con coloreadas fotografías de mujeres.

Olson barajó los naipes alzando los ojos.

—Pronto es mi turno, jefe —dijo con una voz indiferente—. ¿Quiere sentarse?

—No ahora —dijo Herries. Sentía que el cansancio le distendía la cara, grande y cuadrada—. Estoy agotado —saludó con un movimiento de cabeza a Carver que había vuelto de un viaje de exploración al norte—. Perdimos otra torre hoy.

—¿En? —dijo Carver— ¿Qué ocurrió esta vez?

—Parece que es la época de celo. —Herries encontró una silla, se sentó, y empezó a sacarse las botas—. Cómo distinguen entre una estación y otra, no lo sé; por la duración del día quizá. Pero de cualquier modo los brontosaurios ya no nos tienen miedo. Están volviéndose locos. Galopan alrededor derribando cercas electrizadas y todo lo que encuentran. Han aplastado tres aparejos hasta hoy, y un hombre.

Carver alzó una ceja en aquella cara achocolatada que era casi una broma de mal gusto; los negros tenían aquí mejor aspecto que los otros. Un hombre blanco podía pasarse la vida entera al aire libre sin perder su color de masilla.

—¿No han tratado de dispararles? —preguntó.

—¿Alguna vez intentó matar un brontosaurio con un rifle? —gruñó Herries—. Podemos estropearlos un poco con una ametralladora calibre 50 o una bazuka, lo suficiente como para que decidan alejarse. Pero como son menos inteligentes que una gallina siguen en cualquier dirección, haciendo el mismo alboroto, y los mismos estragos. —La bota izquierda de Herries golpeó apagadamente el suelo—. He pedido un par de obuses atómicos, pero no hay aún autorización. ¡Autorización! —Herries hablaba con furia ahora—, ¡Quinientos seres humanos metidos en este mundo de pesadilla y hay que esperar autorización!

Olson empezó a dar cartas. Polansky le lanzó al hombre del camastro una ojeada fría.

—Usted es la clave, Symonds —dijo—. ¿Por qué diablos no les habla a los de la Compañía Petrolera Transtemporal?

—Tonterías —dijo Carver—. El benevolente y sabio gobierno de los Estados Unidos es lo que cuenta. ¿Qué dice, Symonds?

Nunca lograban alterarlo a Symonds; la cinta grabadora humana; el registro de la última línea oficial. Symonds dejó el libro a un lado y se sentó en el camastro. Herries notó que el volumen era de Marcus Aurelius, en latín.

Symonds miró a Carver a través de sus anteojos de armazón de acero y dijo en un tono fatigado:

—Soy sólo oficial de control y supervisor de abastecimientos. El señor Herries es el responsable de las operaciones.

Era un hombre pequeño y encogido, de fino pelo grisáceo sobre una delgada cara grisácea. Aun aquí llevaba corbata y camisa de cuello duro. Una de las cosas más insoportables en él era la larga nariz, que se le movía cada vez que hablaba.

—¡Responsable! —Herries le disparó al piso un hábil escupitajo—. Sí, dirijo las exploraciones y perforaciones, y hasta la cocina. ¿Pero quien maneja los papeles, los informes y recibos y pedidos? Usted. —Dejó caer la bota derecha—. No sé de que vale el título de jefe si no puedo defender a mis hombres.

Algo golpeó la barcaza del supervisor. El casco se estremeció y las tablas chillaron. Como no hubo ningún grito de alerta de las guardias, Herries ignoró el asunto. Alguna bestia acuática gigante. Y excepto los plesiosaurios y los torpes e inocentes brontos, los grandes dinosaurios encontrados hasta ahora no eran muy peligrosos. Podían ponerle un pie encima a uno, distraídamente, pero eran casi todos pacíficos, y uno podía escaparse de los que no lo eran. Los culpables de la mayoría de las pérdidas eran los pequeños carnívoros, del tamaño de un hombre, de cráneos espinosos, que aparecían de pronto detrás de un matorral o un terraplén. Tenían una vida de reptiles, casi sin centro vital; aun mortalmente heridos por un rifle de caza mayor o una granada seguían luchando durante horas. Eran el motivo que obligaba a los hombres a dormir en estas barcazas amarradas a la costa cenagosa, a lo largo del golfo que un día sería Oklahoma.

Symonds habló con su tensa vocecita.

—Mandé su recomendación, por supuesto. La oficina de proyectos se la pasó a ellos.

—Seguro que sí —murmuró el joven Greenstein irreverentemente.

—Por favor, no me acusen —insistió Symonds.

No sé. Herries lo miró fijamente. Symonds estaba de algún modo *adentro*. Era obvio. Un simple empleado no sería llamado a Washington para conferencias no especificadas, con gente no especificada, tan a menudo como Symonds. ¿Pero qué era entonces? ¿Un pariente favorecido? No... A pesar de los altos sueldos, la operación no era un regalo político.

¿FBI? Difícil. Los servicios de seguridad estaban todos ocupados en el futuro. ¿Un alquiler de la burocracia? Era lo más probable. Symonds estaba aquí para cuidar de que se extrajera el petróleo y que se mantuviesen alejados a los dinosaurios, y que la selva espantosamente fecunda no traspasara la cerca de acuerdo con la última coma de las últimas instrucciones de la oficina central.

—Ya se les explicó oficialmente —continuó el hombrecito— ellos necesitan las armas más pesadas. La situación internacional es crítica. Pueden dar gracias de encontrarse a salvo en el pasado.

—Calor, lagartos de tamaño económico, y ni una mujer en cien millones de años —gruñó Olson—. Preferiría saltar en pedazos. ¿A quién le toca jugar?

—A ti —dijo Polansky—. Dame dos cartas, y que sean buenas.

Herries se desnudó descubriendo un cuerpo ancho y velludo, fue hacia el fondo de la cabina y se metió en el cubículo de la ducha. Dejó la puerta abierta, para oír la conversación. Un jefe era siempre un hombre solitario. Quizá hubiera debido casarse, cuando había tenido la oportunidad. Pero entonces no estaría aquí. Excepto Symonds, que era viudo, y en todo caso más del gobierno que de la compañía, los hombres de la Transtemporal eran todos jóvenes solteros.

—Es bastante cómico eso de hablar de la situación internacional —señaló Carver—. Diablos, no habrá situación internacional durante varios períodos geológicos.

—El efecto de inercia hace que la simultaneidad sea un concepto aproximadamente válido —declaró Symonds pedantemente. Su costumbre de dictar clase a hombres de ciencia e ingenieros no le habían ganado muchas simpatías—. Si pasamos un año en el pasado cuando volvemos a nuestro tiempo de origen ha transcurrido también un año. El proyector principal opera sólo en el punto de su propia existencia que...

—Oh, por favor —dijo Greenstein. Yo también leí el manual de instrucciones—. Esperó a que todos tuviesen cartas, adelantó algunas fichas, y añadió: —Me hubiese gustado pasar mi tiempo un poco más cerca, digamos con Cleopatra.

—Imposible —dijo Symonds—. Otra vez el efecto de inercia. Para enviar un cuerpo al pasado, el proyector ha de acumular tanta energía que la mínima distancia-tiempo que puede cubrir es precisamente la que hemos cubierto nosotros: cien millones trescientos veintisiete mil etcétera de años.

—¿Pero por qué no saltar al futuro? No hay atascamiento de entropía en esa dirección. Es decir, supongamos que haya efecto de inercia ahí también, pero tendría que ser mucho más reducido, así que uno podría ir al futuro...

—...en saltos de cien años según el manual —adelantó Polansky.

—¿Por qué no van a mirar al siglo veintiuno? —preguntó Greenstein.

—Entiendo que eso es información secreta —dijo Symonds en un tono que parecía implicar que Greenstein había proferido alguna inimaginable obscenidad.

Herries sacó la cabeza de la ducha.

—Claro que es información secreta —dijo—. La rueda también lo sería, si pudiesen. Pero usen la cabeza y verán que el viaje al futuro no es práctico. Supongan que saltan cien años adelante. ¿Cómo vuelven para contar lo que han visto? El proyector los llevará cien millones de años atrás, menos el tiempo que han ido hacia adelante.

Symonds se hundió de nuevo en su libro. De algún modo daba la impresión de que se había quedado tieso de asombro al descubrir que los hombres seguían pensando luego que él pronunciara la frase tabú.

—Ah... sí, ya entiendo —asintió Greenstein.

Lo habían reclutado un mes atrás para reemplazar a un hombre que se había ahogado en una ciénaga oculta, cubierta de hierbas. Antes de eso, como casi todos los habitantes del mundo, no había imaginado que existiesen los viajes por el tiempo. Luego había estado muy ocupado, y no había podido estudiar las posibles implicaciones.

Para Herries era una vieja y gastada historia.

—Oí decir que enviaron una expedición cien millones de años adelante, para que pudiese volver a la misma semana de la partida —dijo—. No me pregunten qué descubrieron. Clasificación: secreto máximo. Informe destruido antes de ser leído.

—Bueno —dijo Polansky—, he estado pensando, también. ¿Por qué estamos aquí? Quiero decir, el petróleo es necesario para la defensa y todo eso, pero me parece que sería más cómodo para el ejército venir al pasado, cruzar el océano e instalarse donde van a estar las naciones enemigas. Luego reapareceríamos apuntándoles con un fusil a las cabezas.

—Buena teoría —dijo Herries—. Yo también lo soñé algunas veces. Pero sólo hay un proyector principal. Y para construirlo se necesitaron casi todas las reservas mundiales de ciertos minerales raros. En fin, su capacidad es limitada. El envío de unidades militares al pasado sería una operación dificultosa y lenta. No soy agente del servicio secreto, y no estoy seguro de que ellos no sepan que hemos descubierto el viaje por el tiempo, pero Washington recibiría, probablemente, algún ultimátum: «Empiecen a mandar al pasado material de guerra, y responderemos con todas nuestras armas.» Pero evidentemente el hecho de que nos pongamos a sacar petróleo de nuestro propio suelo, o de lo que será un día nuestro suelo, no puede parecerles un... *casus belli*.

—Así como no creemos que esa base satélite del siglo veinte sea tan peligrosa para nosotros —dijo Greenstein—, pero por eso seguramente aceptaron la neutralización de la luna. Hay que mantener el equilibrio de fuerzas.

—Me pregunto cuánto podrá durar —murmuró Polansky.

—No mucho —dijo Olson—. Lee tu manual de historia... Veo, Greenstein y subo dos más.

Herries dejó que el agua le corriera por el cuerpo. Por lo menos no había escasez de agua caliente. La Transtemporal había enviado toda una pila atómica. Pero la civilización y la guerra dependían todavía del petróleo, pensó, y el petróleo escaseaba allá terriblemente.

El tiempo, reflexionó, era algo paradójico. Los hombres de ciencia le habían dicho que era completamente rígido. Quizá —pero por supuesto, a nadie se le escaparía una palabra— los muchachos de capa y espada habían pensado en probar la teoría, intentando adelantarse a la revolución bolchevique retrocediendo en el pasado histórico. Podía hacerse, sospechaba Herries, aunque dando un rodeo que consumía fabulosas cantidades de energía. Sin embargo, ni el pasado ni el futuro podían cambiarse, sólo podían descubrirse. Algunos de los hombres de la Transtemporal habían descubierto la muerte un eón antes de nacer... Pero no hubiera habido escasez de petróleo en el futuro si la compañía no lo hubiese extraído del pasado. Un futuro que se causaba a sí mismo...

Materia primordial, el petróleo. La idea de Hoyle parecía acertada, no se había formado con la descomposición de los dinosaurios. Había estado presente desde el principio. Era la goma que había pegado los planetas.

Y ahora, pensó Herries, se le estaba pegando a él. Extendió la mano hacia el jabón.

La tierra giró lúgubrementemente, pasaron las horas, y la mañana se alzó sobre anchas aguas castañas. No había realmente día, tal como lo entendían los hombres; el cielo era una

sabana plomiza, con nubes de lluvia de un sucio color negro que se deslizaban bajo las perennes capas de niebla.

Herries se levantó temprano, pues ese día llegaba un cargamento. Salió de la cabaña de los jefes y se quedó mirando un rato la barrosa bahía y los pocos kilómetros cuadrados de tierra desbrozada, frágiles construcciones y delgadas torres de perforación rodeados por la cerca electrificada. La automatización reemplazaba a miles de trabajadores, de modo que quinientos hombres bastaban para manejarlo todo, pero el campamento no era más que un rasguño en aquel mundo y la jungla seguía siendo un terrorífico muro negro. Y no porque los árboles fuesen tan totalmente extraños... Además de la arcaica y grotesca vegetación de helechos y musgos de enorme tamaño, había cicadáceas, pinos gigantes, y unos pocos prototipos de robles, sauces y abedules. Pero Herries añoraba las flores silvestres.

Un equipo de trabajadores reparaba con sus máquinas la cerca que el brontosaurio había destruido el día anterior, y el pozo que había estropeado, y eliminaba las irrupciones viciosamente persistentes de hierbas y lianas. En la tierra desnuda y roja un tractor arrastraba una hilera de vagones. Arriba zumbaba un helicóptero, en busca de dinosaurios. No había nada más en el aire. Hada un tiempo había habido allí cerca un nido de pterodáctilos, pero los hombres lo habían eliminado en seguida.

Greenstein se unió a Herries. El nuevo asistente era alto, delgado, de rizado pelo castaño, y con la cara indefensa de la juventud. Se había puesto unas botas, y una camisa azul. Era una suerte de desafío a aquel mundo terrible.

—¿Fuma? —invitó,

—Gracias. —Herries aceptó el cigarrillo, con los ojos vueltos aún hacia las torres. Los móviles balancines subían y bajaban, subían y bajaban como en una cúpula indiferente. Quizá un hombre pudiese acostumbrarse a las húmedas florestas jurásicas y hasta quizá pudiese descubrir en ellas alguna oscura belleza, pues por lo menos allí había vida; pero este campamento sería siempre algo espantoso, un sitio muerto donde se bombeaba la muerte de los hombres.

—¿Cómo van las cosas, Sam? —preguntó cuando el tabaco le suavizó el paladar.

—Muy bien —dijo Greenstein—. Estoy habituándome. Pero, Dios, es bueno saber que hoy llega correo.

Caminaron juntos hacia la estación transmisora. Las botas aplastaban el barro con un ruido líquido. Herries vio a sus pies unos penachos que no podían ser hierbas. Demasiado pálidos. Demasiado carnosos. La patrulla tendría que arrancarlos pronto o en una semana invadirían el campamento.

—Una amiga, supongo —dijo—. Un mes sin cartas es endemoniadamente largo, ¿eh?

Greenstein enrojeció y asintió gravemente.

—Nos casaremos cuando terminen mis dos años aquí —dijo.

—Los planes de casi todos. Sueldos ahorrados y valiosa experiencia. Sí, una vida sin problemas.

Herries tuvo ganas de añadir que la vida podía ser corta, pero calló.

Sintió su soledad de pronto; nadie lo esperaba en el futuro. Era quizá mejor, se decía en las noches interminables. Bastante le costaba dormir aun sin preocuparse por una mujer que vivía en la época de la bomba de cobalto.

—Tengo una fotografía aquí, si quiere verla —ofreció Greenstein tímidamente.

Ya se llevaba la mano a la cartera cuando una cansada sonrisa torció la boca a Herries.

—Muy cerca del corazón, ¿en? —murmuró.

Greenstein parpadeó, echó atrás la cabeza, y se rió. Era una risa divertida, una risa que se oía poco en el campamento. Le mostró a Herries la fotografía de una muchacha común, de rostro agradable.

Allá en el pantano algo ululó y se agitó.

Herries preguntó de pronto, impulsivamente:

—¿Qué opina usted de esta operación, Sam?

—¿Eh? Bueno, es un trabajo... interesante. Y todos son buenos muchachos.

—¿Aun Symonds?

—Oh, tiene buenas intenciones.

—Nos divertiríamos un poco más si no viviese con nosotros.

—No puede impedir ser... viejo —dijo Greenstein.

Herries le echó una ojeada al muchacho.

—Bueno —dijo—, usted es el primer hombre en el período jurásico que tiene unas palabras amables para Ephraim Symonds. Me parece bien. No digo que yo comparta sus sentimientos, pero me parece bien. —Las botas de Herries se adelantaron en el barro, cada vez más pesadas— Todavía no contestó a mi primera pregunta —dijo al cabo de un rato—. No le pregunté si le gustaba el trabajo. Le pregunté qué le parecía. Qué propósito le encuentra usted a todo esto. Problemas que la ciencia ha planteado, planteará, durante siglos pueden resolverse aquí. Y sin embargo, excepto un par de paleobiólogos incipientes, que no están autorizados a publicar sus descubrimientos, no hacemos otra cosa que saquear la tierra en una época en que ni siquiera nos había concebido.

Greenstein titubeó. Luego dijo, con una sorprendente sequedad:

—Está usted poniéndose demasiado psicoanalítico para mí, me parece.

Herries rió entre dientes. El día de pronto le pareció más vivo.

—*Touché*. Bueno, le daré otra forma a la pregunta de Polansky de anoche. ¿Le parece a usted que el equilibrio atómico de nuestra era, en el que esta operación tiene potencialmente cierta importancia, es estable?

Greenstein meditó un momento.

—No —admitió—. La política de disuasión es como un tapón de trapos, hasta que se encuentre algo mejor.

—Eso dijeron cuando empezó. Nada se ha hecho. Es improbable que se haga algo. Ole Olson describe la situación internacional como el choque de una irresistible fuerza del mal con un objeto inmoviblemente estúpido.

—A Ole le gustan las exageraciones —dijo Greenstein—. Pero dígame, ¿qué puede hacer nuestro bando?

—Ojalá yo tuviese una respuesta —suspiró Herries—. Perdón. Evitamos la política aquí, todo lo posible, somos evadidos, en muchos sentidos de la palabra. Pero francamente, yo examino a mis nuevos hombres. Y esto es lo que he estado haciendo con usted. Porque a pesar de lo que cree Washington, para trabajar aquí se necesita algo más que inteligencia.

—¿Y yo pasé el examen? —preguntó Greenstein con fingida ligereza.

—Sí, señor —Con exceso. Quizá hubiese sido mejor que no lo pasara. Hoy lo importante aquí no es tolerar un «neutralismo privilegiado» o lo que sea allá el lema de moda. Hay algo más importante: conseguir el armamento que he estado pidiendo.

La estación transmisora se alzó ante ellos. Era una construcción de zinc acanalado, empequeñecida por los tanques que brillaban detrás. Todos estaban llenos, sabía Herries. Hoy bombardearían el petróleo crudo al futuro. Es decir, si se quería ser exacto, el gigantesco proyector del siglo veinte, en contacto con la pequeña unidad temporal del campamento, «absorbería» el líquido. Y como compensación, ellos recibirían alimentos, herramientas, armas, suministros, y correspondencia. Herries rogó que hubiese al menos un obús... ¡Aquel senador de hacía unos meses!

Mientras contemplaba la desnuda fealdad de los tanques, las bombas y los cobertizos, Herries sintió de pronto la presencia del tiempo. Abandonarían el sitio algún día, cuando los pozos se agotaran, y la lluvia y la jungla devorarían rápidamente los últimos rastros del nombre. Más tarde llegaría el mar, y luego asomaría otra vez la tierra firme, una pradera

fría atravesada por vientos glaciales, y que luego se calentaría y... así durante años hasta que inventaran el proyector principal y la gran máquina se alzase en este mismo sitio. ¿Y luego? Herries no quiso pensar en lo que vendría luego.

Symonds ya estaba allí. Había salido del edificio como un conejo de un sombrero, con unos papeles en código en una mano y un lápiz detrás de la oreja.

—Buenos días, señor Herries —dijo, con el tono habitual en él, de tiesa superioridad.

—Buenos días. ¿Todo listo?

Herries entró en el depósito. Una nueva ráfaga de lluvia cayó ruidosamente sobre el techo de zinc. Los técnicos estaban en sus puestos. Afuera, uno a uno, llegaron los otros hombres. Era día de correo, y ya no se trabajaría mucho.

Herries dejó la saca de cartas al futuro en el lugar indicado. Su cronómetro indicaba que faltaba un minuto.

—¡Háganse a un lado! —dijo.

En el momento preciso se oyó un débil silbido y un oscuro resplandor latió en el aire. Los medidores se animaron. Las bombas comenzaron a golpear trayendo petróleo crudo al extremo abierto de un oleoducto que terminaba en el cobertizo. Herries no vio que saliera nada. Bien. Todo en orden. El otro extremo del oleoducto estaba en el futuro, a cien millones de años. La saca de correspondencia se desvaneció con un leve ruido sordo, y el aire se precipitó a ocupar su sitio, Herries salió.

—Eh... perdón.

Herries se volvió bruscamente. Estaba cada vez más nervioso.

—¿Sí? —gruñó.

—¿Puedo hablarle un momento? —preguntó Symonds—. ¿A solas?

Y detrás de los cristales los ojos pálidos dijeron que no era un pedido sino una orden.

Herries asintió cortésmente con un movimiento de cabeza, les lanzó un juramento a los hombres que andaban por ahí ociosos cuando aún faltaban horas para que llegase la carga de vuelta, y fue hacia un porche que se abría a un lado de la estación transmisora. Había algunos taburetes allí. Symonds se remangó los kakis como si fuesen los pantalones de un traje de calle y se sentó cuidadosamente con las manos en las rodillas.

—Hoy esperamos un cargamento especial —dijo—. No estoy autorizado a informar hasta último momento.

Herries torció la boca.

—Vaya y dígame a los servicios de seguridad que el Kremlin no será construido hasta dentro de cien millones de años. Quizá no se enteraron aún.

—Lo que nadie sabe no puede ponerse en una carta.

—Censuran la correspondencia, de cualquier modo. Nuestros amigos y parientes piensan que estamos trabajando en algún lugar de Asia. —Herries escupió en el barro y dijo—: Y dentro de un año el primer contingente será repatriado. ¿Piensan fusilarlos a medida que vayan saliendo, así no podrán hablar en sueños?

Symonds parecía demasiado falto de humor aun para reconocer el sarcasmo. Frunció los labios y declaró:

—Habrá que guardar algunos secretos, un mes solamente, pero en ese período *hay* que guardarlos.

—Muy bien. Muy bien. Oigamos lo de hoy.

—No estoy autorizado a decírselo. Pero la mitad aproximadamente del cargamento vendrá marcado «secreto máximo». Los cajones quedarán en el cobertizo, vigilados día y noche por hombres armados. —Symonds sacó del bolsillo un trozo de papel— La misión estará a cargo de estos hombres, ocho horas por semana cada uno.

Herries echó una ojeada a la lista.

—Valientes, discretos, y suscriptores de la National Review —murmuró—. Los mimados del maestro. Muy bien. Tendré que reducir las exploraciones. O sacar a algunas guardias de sus puestos y sacrificar unas pocas vidas.

—Me parece que no. Déjeme continuar. Recibirá usted estas órdenes en el correo de hoy, pero quiero prepararlo. Se construirá un cobertizo especial para esta carga, tan rápidamente como sea posible, y se la llevará allí inmediatamente. Tengo las características en la caja fuerte de mi oficina. Esencialmente, ha de tener aire acondicionado, y ha de ser seguro y bastante fuerte para resistir los azares naturales.

—¡Eh! —Herries dio un paso adelante—. Eso exige cemento armado y...

—Se proveerán los materiales —dijo Symonds sin apartar los ojos de la jungla que se alzaba al otro lado del nublado y lluvioso campamento. Tenía una cara sin expresión, y el reflejo de la luz sobre los anteojos le daba un raro aspecto de ciego.

—¡En nombre de Judas! —Herries arrojó su cigarrillo al suelo, donde desapareció en el agua y el barro. Sintió que el calor lo envolvía como una manta—. Cómo diablos podré ampliar esta operación si...

—Habrá un alto temporario —interrumpió Symonds—. Se mantendrán simplemente los trabajos comunes con unos pocos trabajadores. La mayoría pasará a trabajos de construcción.

—¿Qué?

—La cerca del campamento será extendida y reforzada. Se construirán nuevos almacenes para los materiales que llegarán pronto. Necesitaremos también más barcazas para otros quinientos hombres. Esto significa por supuesto más enfermerías, cuarto de recreo, comedores, lavanderías y otras comodidades.

Herries, estupefacto, miraba a Symonds. Unos relámpagos pálidos brillaban en el cielo.

Lo peor era que Symonds ni siquiera se molestaba en mostrarse arrogante. Hablaba como un maestro de escuela.

—Oh, no —murmuró Herries al cabo de un rato—. No irán a instalar esa base militar jurásica.

—Los propósitos del plan son secretos.

—Sí. Claro. Secreto. Arriba, ciudadanos de la democracia y poned vuestros votos en asuntos secretos, que vuestros jefes con nombres secretos y funciones secretas... Libre. Derecho Al Voto De Miércoles. —Herries tragó saliva. Sintió vagamente que apretaba los puños— Iré allá —dijo—, iré a protestar personalmente a Washington.

—No está permitido —dijo Symonds en un tono seco y cortante—. Lea su contrato. Se encuentra usted sujeto a la ley marcial. Por supuesto —concluyó con una voz que no era más suave ni más dura—, puede presentar un pedido por escrito.

Herries se quedó quieto un momento. Del otro lado de la cerca había una draga arruinada y abandonada. Las lianas la habían tapado casi del todo, y ahora vivían allí unos pequeños marsupiales. Quizá eran sus propios remotos antecesores. Un día toma ría un 22 y acabaría con ellos a tiros.

—No se me permite saber nada —dijo al fin—. ¿Pero se me permite al menos ser curioso? Quinientos hombres más no es mucho. Supongo que con unos pocos aeroplanos y lo demás un millar de nosotros podríamos sembrar bombas atómicas en los emplazamientos de las futuras ciudades enemigas. ¿O no? No podríamos localizarlas sin estudios astronómicos, y aquí está siempre nublado. Sí, las armas de destrucción masiva serían algo más práctico. Unas pocas bombas de cobalto, por ejemplo. Pero hay cohetes para esas bombas en el siglo veinte. Entonces... no sé.

—Lo sabrá a su debido tiempo —respondió Symonds—. Por el momento el gobierno tiene ciertas necesidades militares.

—¡Ja! —dijo Herries, cruzándose de brazos y apoyándose en el poste que sostenía el porche. El poste se movió un poco... Trabajo falso, mundo falso, destino falso—. ¡Militares! Me gustaría que uno de esos parásitos de ojos de camarón se pasara aquí una semana con sus papeles secretos y un hermoso brontosaurio. Pero me mandaría probablemente a ese senador de cabeza de tocino que se paseó por aquí dos días investigando las posibilidades de poner una chacra. ¡Una chacra!

—El senador Wien es de un Estado agrícola, y le interesa...

—...que nadie se ponga aquí a producir alimentos y bajen los precios en casa permitiendo que algunos no se mueran de hambre. Si. Nos costó por lo menos mil horas de trabajo probar este suelo y decirle sí, con la maquinaria apropiada aquí se podría cultivar algo. Por supuesto, quizá soy injusto con él. El senador Wien pertenece también a la comisión de asuntos militares, ¿no? Quizá nos visitó como tal, y pronto nos dirán que preparemos el jardincito de la victoria.

—Le advierto que ese lenguaje es casi subversivo —dijo Symonds arrugando la boca— El senador Wien es un famoso estadista.

La cara del legislador asomó un momento en la memoria de Herries. Era la cara más vieja y más cansada que hubiera visto nunca. Algo se había consumido en aquel hombre que durante una década había luchado por una paz honorable. El conocimiento de que no había paz y de que no podría haberla había sido para él una especie de muerte. El senador había abandonado la lucha por un mundo unido para dedicarse a armar a los suyos. Brevemente, y ya sin ira, Herries compadecía al senador Wien. Y al presidente, y al vicepresidente, y al secretario de Estado, matar dinosaurios era más fácil.

Hasta compadecía a Symonds. Le preguntó si el pedido del arma atómica había sido autorizado al fin.

—No, por supuesto que no —respondió Symonds.

Herries lanzó un escupitajo a los pies del funcionario y se alejó en la lluvia.

Luego de haber recibido el cargamento, y haber dispuesto las guardias, Herries despidió a sus hombres. Hubo algunos murmullos intranquilos a propósito de la anormalidad de lo que había llegado, pero después de todo aquel era día de correo, y no meditaron mucho en el asunto. Herries no anunciaría las nuevas órdenes hasta el día siguiente. Tomó las revistas y periódicos a los que estaba suscrito (nadie de allá arriba mostraba interés «ahora» en escribirle, aunque sus padres habían existido en una sección de espacio-tiempo que había concluido sólo un año antes que él tomara este trabajo), y fue hacia la barcaza mayor para leer un poco.

El siglo veinte tenía peor aspecto que el mes anterior. Las naciones sentían el cosquilleo del orgullo y no encontraban modo de retroceder. La guerra de Medio Oriente estaba tomando un curso decisivo, que no convenía a ninguna de las grandes potencias. Herries se preguntó si no estaría condenado a quedarse en el jurásico. Una sola explosión podía destruir el proyector principal. Quinientos hombres, sin mujeres, en un mundo de reptiles... Prefería el futuro, aun con bombas de cobalto.

Luego del almuerzo hubo en el campamento una tranquila atmósfera de domingo. Los hombres se quedaron echados en sus camas, leyendo sus cartas una y otra vez. Herries fue a mirar las máquinas, la cocina, la enfermería.

—Creo que podremos dar de alta a O'Connor mañana —dijo el doctor Yamaguchi—. Ya puede hacer trabajos livianos con ese brazo. La próxima vez dígame que no se acerque a la excavadora.

—¿Qué clase de enfermos ha habido últimamente? —preguntó el jefe.

Yamaguchi se encogió de hombros.

—Lo común, nada importante. Nunca hubiera pensado que estos pantanos pudiesen ser tan saludables. Imagino que los gérmenes de los mamíferos placentarios no han aparecido aún.

Cuando Herries dejaba la enfermería se le acercó el padre González, uno de los tres capellanes del campamento.

—¿Puede concederme un minuto?

—Naturalmente, padre. ¿Qué pasa?

—Quisiera organizar algunos equipos de béisbol. Necesitamos más distracción. Este mundo no es para los hombres.

—El matasanos me estaba diciendo...

—Sí, ya sé. Nada de gripes, nada de malaria. Sí. Pero un hombre no es sólo cuerpo.

—No estoy seguro a veces —dijo Herries—. He visto los últimos titulares. Los dinosaurios tienen más sentido común que nosotros.

—¿Qué no podríamos hacer? —dijo el padre González—. En este momento, quiero decir en el siglo veinte, estamos haciendo magníficamente el mal. Podríamos hacer el bien, si se nos diese la oportunidad,

—¿Y quién nos la niega? —preguntó Herries—. Sólo nosotros mismos. El *Homo Sapiens*. Así que me pregunto si seremos realmente capaces de hacer el bien.

—No confunda el pecado con la condenación —dijo el sacerdote—. Quizá nuestros éxitos no han sido afortunados. Y sin embargo, aun nuestras más amenazadoras hazañas tienen algo de sublime. El proyector temporal por ejemplo. Si las mentes que modelan de ese modo el metal emplearan la misma inteligencia en resolver los problemas humanos, ¿qué no ocurriría?

—Pero ese es justamente mi argumento —dijo Herries—. No hacemos las cosas mejores. Hacemos cosas triviales y malvadas, tan consistentemente que me pregunto si no será esa la naturaleza humana. Hasta esto de los viajes por el tiempo... Pienso a veces que hay aquí algo de fundamentalmente erróneo. Un invento que sólo una mente poco madura pudo haber ideado primero.

—¿Primero?

Herries alzó los ojos hacia el cielo humeante. Un viento maloliente le rozó la cara.

—Hay estrellas sobre esas nubes —dijo—, y la mayor parte de las estrellas han de tener planetas. No sé cómo funciona el proyector, pero un cálculo diferencial elemental demostraría en seguida que viajar al pasado es lo mismo que alcanzar momentáneamente una velocidad infinita. En otras palabras, la ley natural básica en que se funda el proyector va más allá, de algún modo, de la teoría de la relatividad. Si un proyector temporal es posible, también lo es una nave del espacio capaz de llegar a las estrellas en pocos días, quizá en minutos o segundos. Si fuésemos gente cuerda, padre, no nos hubiésemos preocupado tanto por un poco de grasa orgánica, y la pequeña ventaja militar que eso supone, hasta el extremo de venir al pasado muerto a buscarla. No, hubiésemos inventado esa nave del espacio primero, y hubiésemos ido a las estrellas, donde hay sitio para todos. El proyector de tiempo hubiese venido luego, como una herramienta de investigación científica —Herries calló, embarazado, y trató torpemente de sonreír—. Lo siento. Los sermones son más su especialidad que la mía.

—Era interesante —dijo el padre González—. Pero usted piensa demasiado. Como casi todos estos hombres, por otra parte. Aunque no están muy atados al futuro, y fue bueno tenerlo en cuenta al elegirlos, son todos de una inteligencia poco común, y saben lo que pueden esperar del futuro. Me gustaría quitarles esa preocupación. Si tuviésemos más comodidades para deportes...

—Seguro. Ya veré qué puedo hacer.

—Por supuesto —dijo el sacerdote—, el problema es principalmente filosófico. No sería. Usted también se estuvo metiendo en filosofías, y seguramente se considera usted un hombre común, de poca imaginación. Quizá no hayan leído ustedes a Aristóteles, pero son gente que piensa, de algún modo. Mi creencia personal es que esta herejía de un tiempo fijo, rígido, es la fuente de todas nuestras tristezas, aunque ustedes mismos no lo sepan quizá.

—¿Herejía? —El ingeniero alzó unas pobladas cejas rubias—. Ha sido probado. Es la base de la teoría que ayudó a construir el proyector, creo. ¿Cómo podríamos estar aquí si el mesozoico no fuese tan real como el cenozoico? Pero si los tiempos coexisten, entonces tienen que ser fijos, inalterables, pues todo instante es el pasado inmutable de algún otro instante.

—Quizá sea así, desde el punto de vista de Dios —dijo el padre González—. Pero somos hombres mortales. Y tenemos un libre albedrío. El concepto de tiempo fijo no conduce necesariamente al fatalismo. Al fin y al cabo, la libre voluntad de Herries es un eslabón de esa cadena causal. Sospecho que este fatalismo irracional es una de las razones por las que el siglo veinte está suicidándose. Si pensamos que el futuro es inmutable, si todos nuestros actos están predeterminados, ¿qué importa lo que hagamos? ¿Para qué pensar y luchar por una respuesta y querer que otros la acepten? Si creyésemos realmente en nosotros mismos, buscaríamos una solución, y la encontraríamos.

—Quizá —dijo Herries, incómodo—. Bueno, deme una lista de los equipos que necesita y haremos el pedido en el próximo correo.

Mientras se alejaba se preguntó si habría realmente un próximo correo.

Cuando pasaba por la sala de entretenimientos, notó que en la puerta había un pequeño grupo y se acercó a ver qué ocurría. No podía permitir que los hombres se reuniesen a intercambiar temores y dudas, o toda la operación estaría amenazada. En simples palabras, se dijo a sí mismo con creciente y amarga sinceridad, *no puedo permitir que piensen*.

Pero los sonidos que llegaron a él bajo el sutil y extraño murmullo de las hojas de la floresta y el del trueno, fueron sólo los de una guitarra. Las cuerdas bailaban bajo dedos expertos, y una voz joven entonó:

—Mucho fui por el mundo, más de un millar de kilómetros, pero una vaca lechera ensillada nunca había visto hasta hoy...

Mirando por encima de algunos hombros, Herries descubrió a Greenstein que tocaba y cantaba sentado en un banco. Los oyentes reían entre dientes. Risas merecidas; el chico cantaba bien. A Herries le hubiese gustado descansar y disfrutar de la música, pero lo primero que se le ocurría pensar era que aquellos hombres estaban contentos, que no pensaban en las ciénagas y en la guerra.

La canción terminó. Greenstein se puso de pie.

—Hola, jefe —dijo. Unas caras de contornos duros, curtidas por el viento, se volvieron hacia Herries y un murmullo de bienvenida pasó de boca en boca. Los hombres lo querían bastante, lo sabía, hasta donde puede quererse a un jefe. Pero no era demasiado. Un jefe puede inspirar confianza, lealtad, lo que se quiera, pero no puede ser querido como un ser humano, o no es un jefe.

—Muy bien —dijo Herries—. No sabía que usted tocaba.

—No traje la guitarra conmigo porque no sabía a dónde iba —contestó Greenstein—. La pedí a casa y llegó hoy.

—Tendrías que estar en el comité de recreo —dijo un hombre musculoso de pelo corto.

Herries reconoció a Worth, uno de los patriotas profesionales que iban a vigilar los cajones de Symonds. Un hombre no muy insoportable realmente, cuando uno aprendía a ignorar sus bastante tediosas opiniones.

Greenstein dejó escapar una palabra poco delicada.

—Estoy cansado de comités. Parece que no podemos perder la costumbre de que nos arreen. Todos en el siglo veinte hacen lo mismo. Como si no pudiésemos divertirnos un rato sin comités.

Worth pareció ofendido, pero no replicó. Comenzó a llover otra vez, un poco.

—Vamos —dijo Joe Ala de Águila—. No nos tomemos tan en serio, ¿Otra canción?

—No bajo la lluvia.

Greenstein metió la guitarra en la caja. El grupo empezó a disolverse; algunos entraron en la sala, otros se alejaron hacia las barcasas.

Herries se demoró, con pocas ganas de quedarse solo.

—Acerca de ese comité —dijo—. Habría que pensarlo. Lo que usted dice quizás sea cierto, pero estamos en una situación particular. Si no les dice a los muchachos: «Ahora hay que estar contentos» nunca lo estarán.

Greenstein frunció el ceño.

—Quizás. ¿Pero a nadie se le ocurrió intentar otra cosa? ¿Olvidar los viejos hábitos?

—No puede hacerlo en el cuadro de una sociedad en decadencia —dijo Herries—. ¿Y cómo va a salirse usted del cuadro?

Greenstein lo miró largamente.

—¿Cómo diablos consiguió este empleo? —preguntó—. Si los de arriba lo oyeran... No lo aceptarían ni como pinche de cocina.

Herries se encogió de hombros.

—El totalitarismo me ha gustado siempre menos que eso que llaman democracia. Me metieron en un par de guerras menores y... no importa. Posiblemente no me darían el puesto si yo lo pidiera ahora. Llevo aquí más de un año, y eso me ha cambiado un poco.

—Era inevitable —dijo Greenstein echándole una ojeada a la jungla.

—¿Cómo andan las cosas en casa? —dijo Herries, cambiando de tema.

El muchacho sonrió.

—Oh, muy bien —dijo—. Miriam, mi muchacha, bueno, es una artista, y la han contratado para...

El altoparlante tosió y trompeteó a través del campamento y la lluvia que ahora arreciaba.

—Atención. Helicóptero a tierra. Atención, gran dinosaurio bípedo se acerca en dirección noreste.

Herries lanzó una maldición y echó a correr, Greenstein lo siguió, chapoteando.

—¿Qué pasa? —llamó.

—No sé todavía... pero tiene que ser... un carnívoro... realmente grande.

Herries llegó al cuartel central y abrió la puerta de par en par. Junto a su escritorio había un panel de palancas. Golpeó una con la palma de la mano y la voz de la sirena se alzó en el campamento.

—No sé qué interés podemos tener para ese bípedo, a no ser que haya olido la sangre de la bestia que matamos ayer. Los carnívoros más pequeños no son peligrosos. La cerca electrificada los mantiene apartados. Pero a un dinosaurio no creo que le haga otra cosa que enfurecerlo. Sígame.

Cuando Herries y Greenstein salieron, los jeeps ya dejaban los cobertizos. El barro saltaba bajo las ruedas, y caía de los guardabarros. La lluvia creció, hasta ocultar la floresta más allá de la cerca. La tierra humeaba. El helicóptero volaba sobre las torres como el esqueleto de un buitre que otea un ejército de esqueletos, y en el aire oscuro chillaban las sirenas de alarma.

—¿Sabe manejar esas carretillas? —preguntó Herries.

—Lo hice en el ejército —dijo Greenstein.

—Bueno, iremos en el de adelante. Lo principal es detener a esa criatura antes que se meta entre los pozos.

Herries tiró de la portezuela derecha y se dejó caer en los empapados cojines de material plástico. Sobre la capota del jeep habían montado una ametralladora calibre 50, y en el tablero colgaba un micrófono. Greenstein arrancó, seguido por otros cinco jeeps. El resto de los hombres —hormigas ridículas en esos anchos y mojados espacios— corrió con sus armas a defender las instalaciones vitales.

Alzaron la barrera del norte y los coches chapotearon más allá de la cerca. Había allí una cinta de tierra desnuda de varios metros de ancho. Luego se alzaba el muro de la jungla, negro, castaño, anaranjado, verde y amarillo. Aquí y allí, a lo largo de la cerca, asomaba en el barro un hueso brillante: algún animal electrocutado o muerto por un guardia. Era raro, recordó Herries no muy a propósito, que esos cadáveres atrajeran a bastantes insectos como para que los limpiaran en menos de un día, pero que fuesen en cambio ignorados por los desagradables dinosaurios carnívoros, del tamaño de un hombre, que merodeaban escurriéndose por las cercanías. A los reptiles no les interesaba la carroña. Sin embargo, seguían el olor de la sangre.

—Más al este —dijo la radio del helicóptero—. Ahí. Paren. Frente a los árboles. Aparecerá en un minuto. Buena suerte, jefe. La próxima vez deme algunas bombas y yo mismo acabaré con el bicho.

—Nada de armas pesadas, dicen. —Herries se pasó la lengua por los labios resecos. El corazón le latía pesadamente. Nadie había enfrentado antes un tiranosaurio.

Los jeeps se pusieron en fila y durante un momento sólo se movieron los limpiaparabrisas. Luego la maleza cedió, y el monstruo apareció ante ellos.

Era realmente un tiranosaurio, pensó Herries confusamente. Un pariente cercano por lo menos. Se acercó tambaleándose con ese peso excesivo, esa torpe tesitura de que habían hablado los paleontólogos, y que según algunos indicaba que había sido una especie de hiena gigantesca, devoradora de carroña. Habían olvidado que como la serpiente o el cocodrilo del cenozoico era demasiado poco inteligente para reconocer un posible alimento en la carne muerta, que los brontosaurios de que se alimentaba eran todavía más estúpidos, y que sus largos pasos podían llevarlo por la tierra desnuda con bastante rapidez.

Herries vio una rígida cabeza a más de cinco metros de altura, y una cola de quince metros.

Unas escamas de un color gris acerado, inapropiadamente hermosas, brillaban en la lluvia, que caía en pequeñas cascadas por los flancos y el retorcido pescuezo y las diminutas e inútiles patas delanteras. El animal avanzó sacudiendo el pesado vientre con cada paso, y entrechocando los dientes en un involuntario reflejo. Cada vez que dejaba caer una pata erizada de garras el suelo se estremecía con el peso de las toneladas de carne. La bestia no prestó atención a los jeeps, y fue hacia la cerca con movimientos bruscos. La mera inercia la llevaría del otro lado de los alambres.

—¡Córtele el paso, Sam! —aulló el ingeniero.

Tomó la ametralladora, apretó los dientes, y disparó. La línea de balas abrió una grieta sangrienta a lo largo del vientre blanco. El tiranosaurio se detuvo, balanceando la cabeza a un lado y a otro, y lanzó un rugido hueco y entrecortado. Greenstein acercó el jeep.

Los otros atacaron por los costados. La línea de fuego atravesó la cola de lagarto y las patas de pájaro. Una granada estalló sordamente sobre el muslo derecho, abriendo un cráter en la carne, como una úlcera roja. El tiranosaurio giró lentamente hacia uno de los coches. El jeep lo esquivó.

—¡Acérquense! —gritó Herries. Greenstein se precipitó hacia adelante a través de una fuente de barro. Herries se permitió una ojeada. El muchacho sonreía mostrando los dientes. Bueno, sería algo para contarle a los nietos.

El jeep pasó junto al tiranosaurio, resbaló en dos ruedas, y fue alcanzado por un martillazo de lluvia. El reptil se detuvo. Herries disparó otra vez. El monstruo que se alzaba allí balanceándose un poco, rugiendo y sangrando, no era enteramente real. Esto ha ocurrido cien millones de años atrás, pensó Herries. La lluvia siseó sobre el caño caliente de la ametralladora.

—De los costados otra vez —gritó Herries en el micrófono—. El dos y el tres a la derecha. Cuatro y cinco a la izquierda. El seis detrás, y que plante una granada en la base de la cola.

El tiranosaurio inició otra torpe media vuelta. Debajo el agua era roja.

—¡Apúntenle a los ojos! —aulló Greenstein, y volvió el jeep hacia el perfil del animal.

La granada estalló debajo de la cola. Con una repentina e increíble rapidez el tiranosaurio dio media vuelta. Herries vislumbró un instante la cola que se alzaba como una serpiente, y luego golpeaba. Alzó un brazo protegiéndose la cara de la lluvia de vidrios del parabrisas. Luego el metal del jeep cedió, y aunque el ruido no fue muy grande Herries lo sintió en todo el cuerpo. El jeep siguió avanzando. Herries se arrojó instintivamente al piso. Sintió el impacto terrible del coche contra la pata izquierda del tiranosaurio, que se elevó en el aire. Abrió los ojos y vio el monstruoso talón que llenaba el cielo, y descendía. La capota se hundió, y el motor fue arrancado del chasis.

Luego el tiranosaurio continuó su marcha. Herries se arrastró hasta el asiento, doblado en un ángulo raro.

—San —llamó—. Sam. Sam.

La cabeza de Greenstein era materia cerebral y esquirilas, con media mandíbula inferior en las rodillas. Un globo ocular miraba a Herries desde el asiento.

Herries se puso de pie. Vio la ametralladora destrozada en el barro. A cien metros, a orillas de la jungla, el tiranosaurio luchaba con los jeeps. La bestia arremetía torpemente, y el coro de jeeps lo esquivaba escupiendo, y mordisqueando. Herries pensó confusamente, remotamente: *Esto no puede seguir así. Un hombre muere con facilidad. Un coletazo y todas sus canciones son unos restos rojos bajo la lluvia. Pero un reptil muere difícilmente, pues está menos vivo. No veo el fin de esta lucha.*

El jeep número cuatro corrió adelantándose. Un hombre saltó a tierra y retrocedió.

—Párate, idiota —murmuró Herries en un micrófono muerto—. Párate, idiota —El hombre se metió entre las patas traseras. Se movía pesadamente con las botas embarradas, pero tenía una rapidez increíble y hermosa bajo aquella masa traqueteante. Herries reconoció a Worth. Llevaba una granada en la mano. Sacó la espiga y esquivó las garras un momento. El vientre fofó y ensangrentado era como una bóveda sobre su cabeza. Las mandíbulas buscaban ciegamente allá arriba.

Worth tiró la granada y corrió. La granada explotó contra el vientre del tiranosaurio. El monstruo gritó. Una pata subió y bajó. El talón rozó apenas a Worth, pero el hombre rodó por el suelo, cayó entre los matorrales a tres metros de distancia, y trató inútilmente de levantarse.

El tiranosaurio se alejó tambaleándose, desparramando entrañas. Sus gritos tenían algo de horriblemente humano. Alguien se detuvo y recogió a Worth. Otro se acercó a Herries y le dijo algo rápidamente. El tiranosaurio tropezó con unos metros de intestino, cayó lentamente, y forcejeó, enredándose.

Aun entonces costó matarlo. Los coches lo acometieron durante media hora; el animal tendido en el suelo respondía con coletazos y siseos. Herries no estaba seguro de que hubiese muerto cuando él y sus hombres decidieron alejarse. Pero los insectos habían comenzado su trabajo hacía tiempo, y algunos de los huesos ya estaban limpios y blancos.

El teléfono chilló en el escritorio. Herries tomó el aparato.

—¿Si?

—Yamaguchi en la enfermería —dijo la voz—. Pensé que quería saber algo de Worth.

—¿Bien?

—Vértebra lumbar fracturada. Vivirá, y no habrá parálisis probablemente, pero tendrá que volver para el tratamiento.

—Y lo tendrán incomunicado un año, hasta que el contrato termine. No sé qué clase de patriota será en ese entonces.

—¿Cómo?

—Nada. ¿Puede esperar hasta mañana? Todo está tan desorganizado. No es momento de activar el proyector.

—Oh, sí. Le di un sedante de todos modos —Yamaguchi hizo una pausa—. Y el hombre que murió...

—Sí. Lo embarcaremos mañana también. El gobierno proveerá un lindo ataúd. La muchacha sabrá apreciarlo.

—¿Se siente bien? —preguntó Yamaguchi secamente.

Herries tomó otro trago de whisky. Había oscurecido y ya casi no veía la botella.

—Como de cualquier modo el patriotismo... en el futuro quiero decir... en nuestro hogar, dulce hogar... como el patriotismo es necesariamente aliado de la necrofilia, y se espera que el leal ciudadano se regocije cada vez que el gobierno consigue un nuevo aparato para la producción en masa de cadáveres, estoy seguro de que a esa muchacha le gustará tener un lindo ataúd. Mucho más lindo que un simple marido. Un ataúd seguramente enchapado en cromo.

—Un momento...

—Con alas de plata.

—Oiga —dijo el doctor—, parece usted un caso de neurosis de guerra. Sé que tuvo un shock hoy. Venga a verme y le daré un tranquilizante.

—Gracias —dijo Herries—. Ya tengo uno. —Tomó otro sorbo y trató de hablar en un tono firme—. Los mandaremos mañana a la mañana entonces. No me moleste ahora. Estoy escribiendo una carta para explicarle al gran padre blanco que esto no habría ocurrido si nos hubiesen mandado un hediondo obús atómico. No porque espere sacar algo en limpio. Las normas dicen que aquí no podemos tener armas pesadas, ¿y quién ha oído hablar de hechos que alteren las normas? Caramba, los hechos pueden ser antipatrióticos.

Herries colgó el tubo, puso la botella, en su regazo y los pies en el escritorio, encendió un cigarrillo, y se quedó mirando por la ventana. La oscuridad entraba solapadamente en el campamento, como un humo. Había dejado de llover, y la luz amarilla de los faroles y las ventanas se quebraba en los charcos, pero la noche era tan negra que aislaba las luces. No había nadie en las oficinas a esta hora. Herries no había encendido la lámpara.

Al diablo con todo, pensó. Al diablo con todo.

La punta del cigarrillo se estremecía pálidamente con cada bocanada, como una pequeña estrella moribunda. Pero el humo no sabía bien en la oscuridad. ¿O había brindado tantas veces por los hombres muertos que se le había entumecido la lengua? No podía saberlo, y no importaba mucho.

El teléfono chilló otra vez. Herries tanteó en la oscuridad y alzó el tubo.

—Jefe de operaciones —dijo con humor—. Váyase al diablo, sea quien sea.

—¿Qué? —La voz de Symonds sonó un poco desafinada—. He estado buscándolo. ¿Qué está haciendo ahí tan tarde?

—A ver si acierta. ¿Jugando a las cartas? No. ¿Un sórdido romance con una señora iguanodonte? No. ¿Nada que le importe? ¡Muy bien! Denle al caballero una caja de cigarrillos.

—Oiga, señor Herries —refunfuñó Symonds—, no es hora de bromas. He sabido que Worth quedó malherido. Le tocaba guardia esta noche... el cargamento secreto. Esto ha desarreglado todos mis planes.

—Caramba. Qué triste me pone usted.

—Hay que revisar los horarios. De acuerdo con mis notas, Worth tenía que montar guardia desde media noche hasta las cuatro. Como no sé a qué trabajos están asignados los demás no puedo elegir el reemplazante. ¿Quiere hacerlo usted? ¿Un hombre que pueda dormir hasta tarde mañana?

—¿Por qué? —preguntó Herries.

—¿Por qué? Porque, porque...

—Ya sé. Porque Washington lo dice. Washington teme que algún sucio dinosaurio venga del lugar donde estará Rusia, se meta aquí, espíe el cargamento, y corra a casa con la información. Bueno, me ocuparé. Sólo quería oírlo farfullar.

—Muy bien —dijo el funcionario—. Haga los arreglos necesarios para esta noche, y mañana ordenaremos otra vez los turnos.

Herries colgó el tubo.

La lista de hombres de mente cerrada y boca cerrada estaba en algún lugar de su escritorio, creía saber. Una copia por lo menos. Symonds tenía una copia, y sin duda había copias también en el Pentágono y el FBI y la oficina de personal de la Transtemporal y... bueno, había que buscar la lista, compararla con los turnos, ver quién no tenía nada importante que hacer mañana al mediodía y ponerlo como centinela. Simple.

Empinó otra vez la botella. Podía renunciar, pensó. Podía abandonar toda aquella operación, fantásticamente estúpida, y fantásticamente disparatada. No estaba obligado a trabajar. Por supuesto, podían encerrarlo hasta que terminara el contrato. Sería un año de soledad. O quizá no. Quizá algunos otros irían con él y le harían compañía. Claro que estaría bajo vigilancia el resto de su vida. ¿Pero quien no lo estaba en un siglo dividido en dos bandos?

La mayor dificultad, pensó, era que un hombre no podía cambiar la situación. Uno podía convertirse en un pacifista a-toda-costa, o uno podía responder peleando, exponiéndose de cualquier modo a los azares de una incineración planetaria. No. Era probablemente demasiado tarde. Aunque hombre importantes de ambos bandos desearan un arreglo, ¿qué podían hacer contra los fanáticos, los intereses comprometidos, la gente asustada, el momentum mismo de la historia?

Todo se irá al diablo, pensó Herries. Estamos condenados, ¿pero por qué entrar como tontos en el negocio?

En alguna parte gritó un brontosaurio, hundiéndose ciegamente en un pantano nocturno.

Bueno, sería mejor que... *No*.

Herries clavó los ojos en la punta de su cigarrillo. Estaba casi quemándole los dedos. Por lo menos, pensó, por lo menos podía averiguar qué ocurría ahora. Una mirada a esos cajones, que debían haber traído las armas que necesitaban, y quizá algunos instrumentos musicales, o algunos instrumentos científicos... y que en cambio guardaban vaya a saber que idiotez característica del Pentágono... Una mirada sería algo más que un puñetazo en la relamida cara de Symonds. Sería la confirmación de que él aún era Herries, un hombre libre, cuya existencia no había sido destruida insensatamente por un cráneo destrozado. El, el individuo, sabría lo que planeaba el Equipo, y si resultaba ser un crimen contra la razón, podía por lo menos renunciar, y aguantar lo que siguiese.

—Sí. Por la dudosa existencia de la misericordia divina, sí.

Lloviznaba ahora. Sólo un leve roce sobre la cara, como lágrimas. Herries llegó enlodado al edificio del transportador y se detuvo a la luz repentina de una linterna. Al fin, de la oscuridad, salió la voz:

—Oh, es usted, señor.

—Aja. ¿Sabe que lastimaron a Worth? Yo tomaré su turno.

—¿Qué? Yo creía...

—Ordenes.

La fórmula de encantamiento fue suficiente. El otro hombre se adelantó y puso el rifle en las manos del ingeniero.

—No vino nadie —comentó.

—¿Qué hubiera hecho usted si alguien hubiera tratado de entrar?

—Bueno, detenerlo, claro.

—¿Y si no se hubiese detenido?

Bajo el chorreante sombrero la cara pálida miró estupefacta a Herries. El ingeniero suspiró.

—Lo siento, Thorton. Es demasiado tarde para hacer preguntas filosóficas. Váyase a la cama.

Herries se quedó en el umbral, fumando un cigarrillo húmedo, y mirando como el otro se alejaba. Todas las luces estaban apagadas ahora, salvo algunos faroles remotos que brillaban aquí y allá. Herries, de pie en un pozo de sombra, se preguntó en qué fase estaría la luna, y qué constelaciones formarían las estrellas.

Esperó. Había tiempo de sobra para su rebelión. Demasiado tiempo, realmente. Un hombre de pie en la lluvia, con nieblas a sus pies, respirando un aire que olía a reptiles. Recordó anémonas en primavera, bajo árboles todavía fríos y sin hojas, con un poco de nieve entre las raíces. Un día de otoño en Nueva Inglaterra, con una botella de cerveza en una mesa, y la puerta que se abría de par en par a unas flores rojas y a una playa amarilla y un lejano cielo azul. Recordó un hombre caído en los negros tembladerales jurásicos, un hombre sentado en un jeep con la cabeza abierta y la fotografía de una mujer. Y se preguntó qué sentido tenía todo aquello, y decidió en seguida que no tenía ningún sentido, pues no, las cosas no podían haberse ordenado así para que no hubiese anémonas o tabernas a orillas del mar.

Al fin Herries se volvió, abrió la puerta del cobertizo, y entró. Adentro el calor era sofocante. Cerró otra vez la puerta y encendió su linterna sintiendo que el sudor le corría por el cuerpo. La lluvia golpeaba ruidosamente el techo de zinc. Allí estaban los cajones, uno sobre otro, bastantes grandes algunos para contener un dinosaurio. Se había necesitado mucha energía para traer todo este tonelaje al pasado. No era raro que los impuestos aumentasen. ¿Y qué podía haber en los cajones? unos cuantos tanques, quizá... Algunas bombas de petróleo... No era posible saber qué idea habían concebido aquellos hombres que vivían en oficinas, aislados del cielo. Y Symonds había insinuado que era sólo un principio. A este cargamento seguirían probablemente otros, y otros...

Herries buscó el estante de las herramientas. Tenía que tomar precauciones; no había necesidad de ir a la cárcel. Puso la linterna sobre una barrica y se inclinó a mirar. El cajón era de madera dura, con tablas atornilladas. Sería difícil abrirlo, pero luego no se notaría. Por supuesto, quizá había una trampa adentro. No era posible saber a qué extremos podían llegar aquellos oficinistas, acólitos de la religión del secreto.

Oh, bueno, si vuelo con el cajón no perderé mucho. Herries se quitó el impermeable. La camisa se le había pegado al cuerpo. Se puso en cuclillas y empezó a trabajar.

Avanzó lentamente. Luego de sacar varias tablas, descubrió una armazón de madera de pino. Adentro había algo envuelto en arpilleras; una superficie curva de metal sobresalía ligeramente. ¿Qué diablos era aquello? Herries buscó una palanca e hizo saltar una tabla. Los clavos chillaron. Se quedó tieso un instante, escuchando, pero sólo se oía la lluvia, cada vez más ruidosa. Metió la mano y tironeó de la arpillera. Dios, hacía calor.

No reconoció la hoja metálica hasta que sacó toda la arpillera. Y aun entonces su pensamiento se negó a funcionar; se quedó mirando boquiabierto largo rato antes que la mente registrara las palabras.

Un arado de reja.

—Pero allá no saben qué hacer con los excedentes agrícolas —dijo en alta voz, tontamente.

Empezó a poner las tablas en su sitio con manos que no parecían suyas. No podía entenderlo. Ya nada era real. Por supuesto, reflexionó oscuramente, podía haber cualquier cosa en las otras cajas; pero sospechaba que encontraría más arados, tractores, discos... ¿Y por qué no sacos de semillas? *¿Qué piensan hacer?*

—Ah.

Herries dio media vuelta. La luz de la linterna lo alcanzó como una espada.

Buscó a ciegas el rifle. Detrás de la luz una voz seca dijo:

—No le recomiendo la violencia.

Herries dejó caer el fusil, que golpeó el piso.

Symonds cerró la puerta, y dio un paso adelante con esos movimientos afectados de siempre, una sombra entre otras sombras móviles y deformadas. Sólo se había puesto unos pantalones y una camisa, pero las rayas de oscuridad parecían sugerir una corbata, un chaleco, una chaqueta.

—Verá usted —explicó sin pasión—, todos los guardias tenían la orden *sub rosa* de avisarme si ocurría algo insólito, aunque no hubiesen tenido que actuar. —Señaló el cajón—. Por favor, continúe.

Herries se agachó otra vez. Había un vacío en él, y sólo se preguntaba cuál sería el mejor modo de morir. Pues si lo enviaban de vuelta al siglo veinte, seguramente, sí, seguramente, lo encerrarían y perderían la llave, y el color gris de la muerte era mejor que eso. Era raro, pensó, como sus dedos manejaban las herramientas, con una segura habilidad.

Symonds de pie a sus espaldas iluminaba el cajón con su linterna. Luego de un largo rato preguntó muy lentamente:

—¿Cómo se le ocurrió esto?

Podía matarlo, *pensó Herries*, no tiene armas. Podría retorcerle el flaco pescuezo con estas dos manos, y tomar un fusil, y hundirme en la marisma a vivir unos días... Pero sería mucho más fácil volver el rifle contra mí mismo.

Buscó con cuidado las palabras, pues tenía que tomar una decisión, aunque ahora esa decisión pareciese poco real y escasamente importante.

—No es pregunta fácil de contestar —dijo.

—Las preguntas significativas nunca lo son.

Asombrado, Herries alzó rápidamente los ojos y miró hacia atrás. Era sorprendente sobre todo que aun pudiera sentir sorpresa. Pero la cara del hombrecito estaba en la oscuridad. Herries vio sólo un pálido brillo inexpresivo en los lentes.

—Expliquémoslo de este modo —dijo—. Aun el derecho de matar en defensa propia tiene sus límites. Si un asesino me ataca, puedo contestarle con lo primero que encuentre a mano. Pero no estaría bien que utilizase un niño como escudo.

—Así que usted quiso estar seguro de que no había nada ilegal en los cajones —comentó Symonds académicamente.

—No sé. ¿Qué es legal o ilegal en estos tiempos? Yo... me sentía asqueado. Me gustaba Greenstein, y murió porque Washington ha decidido que no tengamos obuses o bombas atómicas. Yo no sabía hasta dónde resistiría. Tenía que descubrirlo.

—Ya veo —asintió el funcionario—. Para su información le diré que *todo* es equipo agrícola. Los cargamentos siguientes incluirán material industrial y científico, grandes

cantidades de alimentos envasados, y toda la cultura terrestre que pueda traerse en microfilms.

Herries dejó de trabajar, se volvió y se incorporó. Las rodillas no lo sostenían. Se apoyó en el cajón y pasó un minuto antes que pudiese decir:

—¿Por qué?

Symonds no respondió en seguida. Extendió una mano precisa, tomó la linterna que Herries había dejado en el barril y se sentó con los tubos de luz sobre las piernas. El resplandor le recortaba la cara en sombras, y sus lentes eran dos círculos oscuros. Luego dijo, como si estuviese enumerando los puntos de una agenda:

—Usted hubiese sido informado a su debido tiempo, cuando llegaran las otras quinientas personas. Ahora llevará una carga que hubiera podido evitarse durante meses. Sólo nos queda esperar que sabrá guardar el secreto sin sentirse demasiado agobiado. Por lo menos esa presunción es necesaria.

Herries sintió que su propio aliento le quemaba la garganta.

—¿Quién es esa otra gente? —preguntó.

El rostro del color del papel, visible a medias, estaba vuelto hacia los pozos de sombra del cobertizo.

—Ha caído usted en un error común —dijo Symonds, como si le hablara a un alumno— Ha supuesto que unos hombres obligados por las circunstancias a actuar de cierto modo, son necesariamente malvados o estúpidos. Le aseguro que el senador Wien y los otros responsables no son ni una cosa ni otra. Han tenido que ocultarle la verdad aun a gente comprometida en el proyecto, y que respondería con furia o terror en vez de pensar en salvar algo. Como no disponen de ilimitados poderes, no se pusieron a gritar. Esa misma división de esfuerzos y conocimientos a que obliga la seguridad nacional los ha ayudado a ocultar sus proyectos y a confundir a aquellos que han de recibir necesariamente alguna información.

Symonds hizo una pausa. Frunció levemente el ceño, y golpeó impacientemente con el borde de una uña el metal de una Linterna.

—No me interprete mal —continuó—. El senador Wien y sus socios no han olvidado sus juramentos ni pretenden atribuirse poderes divinos. Todos sus esfuerzos tienen como única meta tratar de resolver los problemas del siglo veinte. No son ellos quienes ocultan el dato realmente significativo, un dato que, incidentalmente, podría ser descubierto por cualquiera, mediante un simple razonamiento. No, los responsables aquí son las autoridades legalmente constituidas, autorizadas para señalar ciertas informaciones como secreto máximo. Por supuesto, el senador ha utilizado toda su influencia para salirle al paso de este modo a la presente eventualidad, pero esto pertenece al mecanismo normal de la política.

—¡Vaya al grano, maldita sea! ¿De qué demonios habla? —gruñó Herries.

Symonds sacudió la delgada cabeza gris.

—Tiene miedo de saberlo, ¿no es cierto? —preguntó serenamente.

—Yo... —Herries se volvió, miró el cajón, y le descargó un puñetazo. La voz reseca continuó en la noche:

—Sabe usted que un proyector temporal puede dar un salto de un siglo en el futuro, pero sólo puede retroceder en períodos aproximados de cien millones de años. Usted mismo ha hablado de la técnica que podría utilizarse para explorar ciertos sectores del pasado histórico, a pesar de este handicap, dando suficientes saltos de un siglo hacia adelante antes de dar el gran salto hacia atrás ¿No se le ocurre cómo podría predecirse el futuro? ¿Saber qué va a ocurrir dentro de un siglo? Vamos, vamos, es usted un hombre inteligente. Conteste.

—Sí —dijo Herries—. Ya entiendo.

—El equipo A, un grupo de bien provistos voluntarios, fue al siglo veintiuno —prosiguió Symonds—. Anotaron sus observaciones y las pusieron en una caja químicamente inerte, dentro de un gran bloque de cemento reforzado, en un lugar ya decidido, y que según una expedición que había saltado cien millones de años en el futuro permanecería estable. Presumo que pusieron también material radiactivo en el cemento, para ayudar a encontrar el sitio. Por supuesto, los saltos en el tiempo son de tal naturaleza que esos hombres no podrán volver al siglo veinte. Pero el equipo B dio luego un salto de cien millones de años en el futuro, recogió los documentos, y regresó.

Herries endureció el cuerpo y miró de frente al hombrecito. Se sentía interiormente vacío, tan fatigado que no podía hacer otro esfuerzo que el de seguir manteniéndose en pie.

—¿Qué encontraron? —preguntó con una voz sin tono.

—Ha habido varias expediciones al año 100.000.000 —dijo Symonds—. La energía requerida para visitar el año 200.000.000, antes o después de nuestra era, es prohibitiva. Pero en el año 100.000.000 la vida evolucionaba otra vez en la Tierra. Sin embargo, las plantas no habían liberado aún bastante oxígeno para que la atmósfera fuese respirable. Recordará usted que las rocas fijan oxígeno de modo que si no hay procesos biológicos para reemplazarlo continuamente... Pero usted tiene una educación técnica superior a la mía.

—Muy bien —dijo Herries, con una voz seca y dura—. La tierra es estéril en el futuro, por lo menos durante mucho tiempo. ¿También en el siglo veintiuno?

—Sí. La radiactividad había disminuido mucho, de modo que el equipo A dijo que no había corrido peligro, pero aun podían medirse algunos de los isótopos de más larga vida. Por medio de distintas mediciones el equipo A pudo calcular cuando habían caído las bombas.

—¿Y?

—Aproximadamente un año después de la fecha actual del siglo veinte.

—Un año... después de ahora. —Herries alzó los ojos, y encontró la oscuridad. Oyó la lluvia jurásica en el techo metálico, como un redoble de tambor.

—Posiblemente menos —dijo Symonds—. Hay un factor de incertidumbre. Es necesario completar este proyecto antes que llegue la guerra.

—Que llegue la guerra —repitió Herries—. ¿Tiene que llegar? Tiempo fijo o no fijo, ¿tiene que llegar? ¿No puede informarse al enemigo? ¿No podríamos nosotros... capitular si es necesario?

—Se están haciendo todos los esfuerzos posibles —dijo Symonds como una máquina—. Aparte de la teoría del tiempo rígido, parece improbable que tengamos éxito. La situación es demasiado inestable. Un solo hombre que pierda la cabeza y apriete erróneamente un botón, escribirá el fin, y hay muchos botones. La sola revelación de la verdad, a unos pocos líderes escogidos o a los pueblos del mundo, provocaría el pánico. ¿Y quién puede decir de lo que es capaz un hombre dominado por el pánico? A eso se refería cuando dije que el senador Wien y sus compañeros no han olvidado sus juramentos. No han pensado en buscar refugio, saben que son hombres viejos. Tratarán de salvar el siglo veinte, hasta el fin. Pero no saben si será posible, así que tratan de salvar a la raza humana.

Herries se enderezó tomándose del cajón donde había estado apoyado.

—Esos quinientos que vienen —murmuró—, ¿mujeres?

—Sí, y se traerá más gente si hay tiempo. Pero por lo menos habrá un millar de adultos jóvenes y sanos aquí en el jurásico. No sé cómo se las arreglará usted cuando llegue el momento de decirles la verdad. Ya ve por qué hay que guardar el secreto hasta entonces. Es muy posible que alguien pierda la cabeza. Por eso no han enviado armas pesadas: una sola persona fuera de sí no alcanzará para matar a todos. Pero usted tiene que recobrase. Es necesario.

Herries abrió la puerta de par en par y clavó los ojos en la rugiente oscuridad.

—Pero no hay huellas de nosotros... en el futuro —dijo, en un tono alto y lastimoso, como un niño.

—¿Qué huellas piensa usted que podrían encontrarse luego de varias eras geológicas? —preguntó Symonds. Era aún el maestro de escuela, pero sentado en la barrica miraba fijamente las grandes y móviles sombras de un rincón—. Se supone que ustedes se quedarán aquí durante varias generaciones, hasta que hayan crecido suficientemente en número y recursos. El equipo A de que le hablé se unirá a ustedes dentro de un siglo. Está compuesto también de hombres y mujeres en cantidades iguales. Pero un planeta en esta época no es un lugar adecuado para el hombre. Confiamos en que los descendientes de ustedes perfeccionen la nave del espacio que según sabemos es posible construir, y tomen en cambio posesión de las estrellas.

Herries se apoyó en el marco de la puerta, doblado por el cansancio y la monstruosa obligación de sobrevivir. Una ráfaga de lluvia le golpeó los ojos. Oyó la voz de unos dragones que llamaban en la noche.

—¿Y usted? —preguntó, sin saber por qué.

—Llevaré el último mensaje que ustedes quieran mandar al futuro —dijo aquella voz seca.

Unos pasos precisos y breves resonaron en el piso y Symonds se detuvo junto al ingeniero. Durante un momento no se oyó otro ruido que la lluvia.

—Seguramente merezco ir a casa —dijo Symonds. Y de pronto tomó aliento, y el aire le silbó entre los dientes apretados, y alzó los dedos como garras y chilló: —¡Me dejarán ir entonces!

Symonds echó a correr hacia la barcaza del supervisor, y desapareció en la oscuridad. Herries se quedó un rato apoyado en la puerta.

Título original: *Wildcat* © 1958

Alfonso Álvarez Villar - LA TUMBA DEL ASTRONAUTA

Jean Moreau siguió con la mirada el perezoso curso de una nube de oro que se deslizaba como una carabela sobre el océano aéreo del cielo de Guatemala. Tenía la forma de una máscara tolteca que hubiese ascendido, por un extraño fenómeno, a los espacios celestes, dejando un cuerpo mutilado y sangriento en la Tierra. Aquellos altorrelieves monstruosos sólo le inspiraban pensamientos de sangre al arqueólogo francés. Con sus facies convulsas como gorgonas, sus cabezas de serpientes escupiendo veneno por los incisivos y sus extrañas teorías de sacerdotes, con los dedos de los pies cercenados, parecía aquélla una pirámide surgida del humus en el que se fraguan las pesadillas.

Moreau yacía sentado en la vasta plataforma que remataba la gigantesca arquitectura truncada que dos mil años antes había erigido la más remota civilización maya hasta entonces desenterrada del gigantesco vientre de la jungla de Petén. Miró en derredor suyo y por un momento, al chocar sus ojos con el verde turmalina de la floresta, se creyó asomado a una de las barandillas de hierro de la Torre Eiffel, de París. Pero aquello no era el campo de Marte, sino un animal verdoso que crecía a un ritmo veloz, deglutiendo con rabia civilizaciones enteras. Sus miembros habían reptado durante veinte siglos por aquel gigantesco torreón de más de cien metros de altura. Los peones habían tenido que desenroscar con furia las lianas entrelazadas en torno a la obra del hombre. Y allá, hacia el Oeste, lamiendo casi la base posterior del Teocalli, fulgía un lago de aguas de plomo derretido sobre el que planeaban algunas aves y un enjambre de mosquitos.

Moreau era un hombre maduro. Había vivido en la soledad durante toda su existencia, que ahora se acercaba al cenit. Sus compañeros de universidad le habían considerado siempre un individuo raro, aunque brillante. ¡Cuántas veces en medio de los jolgorios o de las reuniones sociales a las que se había visto obligado a asistir le habían sorprendido con la mirada clavada en un punto lejano! Por eso, allá lejos de toda civilización, a muchos kilómetros de la luz de Francia, no sentía la nostalgia de las grandes urbes retumbantes con las voces del gentío y los escapes de los automóviles. No añoraba siquiera la compañía de las mujeres, ahora que sus cabellos habían encanecido. Precisamente hacía unas noches le acongojó un extraño sueño: desde los altos ventanales del Liceo en que cursó su bachillerato veía a un grupo de muchachas y muchachos jugar al baloncesto. Por un instante se había sentido tan joven como ellos, aunque alzado en el pedestal de sus altas calificaciones escolares. Pero se sobresaltó al percatarse que desde entonces habían pasado treinta años. Sollozó en su hamaca, tendida entre dos zapotes bajo un mosquitero de color blanco.

Bajó por los altos escalones que hacía dos mil años habían temblado bajo los pies de los sacerdotes y de los guerreros, cubiertos con plumas multicolores de quetzal y con pieles de puma. Ahora el sol era otro corazón sangrante ofrendado por los Mayas a un dios cuyos miembros eran los bejucos y las lianas que estrangulaban la vida con la vida. Y de cerca y de lejos, desde los cuatro puntos cardinales, comenzaba a surgir como una bandada de cernícalos las voces misteriosas de la selva: los chillidos de los monos aulladores, los graznidos de los pájaros nocturnos y la esgrima de las hojas con las primeras brisas nocturnas.

Moreau se había quedado solo tras dos meses de porfía con las cuadrillas de peones indígenas, descendientes de aquellos hombres que habían erigido los monumentos de Tikal o de Chichén-Itza. Dentro de un par de semanas, todo lo más, comenzaría la estación de las lluvias y el Teocalli se convertiría en una isla apuntando hacia el cielo como un gigantesco dedo surgido de un suelo encharcado. Faltaban sólo dos o tres días para que descendiera

sobre el campamento un helicóptero, y Moreau esperaba a que, de nuevo, el cielo se despejara sobre el Yucatán para reanudar sus exploraciones arqueológicas.

Se volvió a tender sobre la hamaca. Había sido un día fructífero. Cientos de docenas de positivas estaban ya preparadas para su transporte a la civilización. Ya todo el mundo sabía que el «Solitario» había descubierto otras ruinas mayas, pero nadie conocía el verdadero objetivo de las exploraciones de aquel hombre excéntrico.

Moreau apartó a un lado el mosquitero para mirar el trozo de cielo que yacía desnudo encima de él. Los cocuyos se confundían a veces con las estrellas errantes. Ambos parecían almas errantes de guerreros muertos en extraños combates o sacrificados en el altar del cruel dios Huitzilopotchli. ¡Muerte y vida, vida y muerte!, pensó Moreau contemplando las estrellas, y algo así como un cuchillo de hielo le penetró el corazón. ¿De cuál de aquellas estrellas procedía aquel mensaje recogido en una vieja leyenda india: «Y entonces, hombres de tez blanca como la plata, llegaron del cielo en pájaros que arrojaban fuego por la cola y dieron leyes a los pueblos de la Tierra. Les enseñaron el arte de la labranza y de la ganadería; les enseñaron también a levantar templos, con los que aquellos hombres habían erigido en su país para adorar al Dios que había creado el Universo. Y mientras ellos reinaron no se conoció entre sus súbditos ni la maldad ni la muerte. Y un día, antes de morir, desaparecieron bajo las aguas de un lago. De sus aguas saldrán en sus pájaros de fuego para volver a enseñar a los hombres lo que habían olvidado»

Moreau había vagado durante más de veinte años por el extremo sur de México, las Honduras británicas y por el norte de Guatemala buscando los vestigios de aquellos visitantes del espacio. Bajo sus órdenes se habían desenterrado tres templos mayas y restos de una ciudad. Había buceado también en la mayor parte de los lagos de aquella vasta región con un contador Geiger en la cintura. Pero todavía con signo infructuoso. ¿No iría detrás de una quimera? ¿No era aquella leyenda más que un fantasma engañoso que lo empujaba al borde de la muerte con una mueca burlona? Quizá su nombre pasaría desde luego a la historia como la de un famoso arqueólogo francés especialista en cultura maya, pero su tumba guardaría el secreto de aquella búsqueda desesperada en pos de algo que nunca existió más que en la imaginación de unos pobres sacerdotes indios embriagados por el peyotl.

Al día siguiente se dirigió Moreau al lago. Los bejucos llegaban hasta la misma orilla. Parecía como si la selva tejiera su encaje de arterias bajo las aguas tranquilas, como el mercurio en una probeta. Allí también la muerte se nutría de la vida, y la vida, a su vez, se vengaba, porque las hojas y los tallos podridos servían de alimento a nuevos seres con un ritmo vertiginoso, como si en aquellas llanuras tropicales el deseo de supervivir fuese más intenso que en otras latitudes. ¿Qué secreto ocultaban sus aguas, que se abrían rientes como una boca redonda? ¿Qué otros seres se habían reflejado en su superficie, aparte de los colibríes, ajorcas voladoras, o las aves de presa que se abatían sobre los manglares? Moreau se revistió de su equipo submarino, que incluía dos botellas de oxígeno. Pronto, un nuevo pez rompió la monotonía de la laguna.

El fondo reflejaba los rayos ardientes del sol del trópico. Durante dos meses había sido dragado meticulosamente por una especie de dinosaurio que ahora yacía inmóvil, en la orilla como acechando un caimán de acero y de caucho. Peces rojos y amarillos cabrilleaban nerviosos al recibir la onda líquida que enviaban las aletas de goma del buceador. Y las plantas submarinas emitían unas extrañas iridiscencias rosadas. Había en aquella atmósfera acuática como una pregunta suspendida desde hacía dos mil años. Parecía un templo en el que aún se siguiese celebrando un rito ancestral.

De repente, el contador Geiger, que Moreau llevaba sujeta la cintura, comenzó a lanzar frenéticas vibraciones que el elemento líquido transmitía como un eco fantasmal. Pisó el fondo y un eco metálico golpeó sus oídos. Palpó frenéticamente entre el suelo de algas y de lodo hasta encontrar una chapa que parecía de acero.

Rebuscó frenéticamente mientras el contador seguía emitiendo su señal de alarma, hasta encontrar una especie de escotilla cerrada a rosca por una manivela que los brazos de Moreau giraron nerviosamente. La escotilla se abrió porque, por razones que desconocía el arqueólogo, el agua había penetrado dentro de «aquello». Por eso la presión entre el interior y la columna de agua de quince metros estaba equilibrada.

Valiéndose de una potente linterna, Moreau permaneció más de una hora explorando la astronave. Encontró extraños mecanismos deliberadamente destruidos, pero que revelaban una civilización superior a la terrestre. Posiblemente, la destrucción había alcanzado un punto situado más allá de las pretensiones de los tripulantes de aquella nave espacial, porque el contador Geiger marcaba con su índice una cifra bastante superior a lo considerado como normal para la integridad del cuerpo humano. Pero a Moreau no le angustiaba ya el saber con certeza que estaba condenado a muerte, de que apenas tendría tiempo para comunicar a los demás hombres lo que había estado buscando desde hacía más de veinte años. ¡Al lado de unos huesos de apariencia humana relampagueó de repente un crucifijo de plata! También Dios se había revelado a los hombres en una planeta situado a muchos años-luz de allí!

Por eso, cuando dos días después el helicóptero llegó a recoger al arqueólogo francés, sus tripulantes lo encontraron de rodillas rezando, sobre la cima del Teocalli, al mismo Dios que bajo nombres distintos habían adorado todos los hombres del planeta Tierra y de aquel otro planeta distante que un día había transmitido allí la doctrina de Cristo.

J.T. McIntosh - MADE IN U.S.A.

Esta fascinante novelita es obra de un relativamente recién llegado al Campo de la ciencia ficción, un escocés que trabaja como periodista en un diario del norte de Inglaterra. Su primera historia fue publicada en 1950.

En todos sus aspectos, este relato representa la mejor ciencia ficción contemporánea; ya que trata el tema delicadamente, con excelente sofisticación y notable buen gusto. También está a la moda en la manera como critica sutilmente algunas de las intolerancias menos agradables de nuestra época... sin nombrarles en absoluto.

1

Ni un alma vio como Roderick Liffcom llevaba en brazos a su esposa al traspasar el umbral. No eran más que una pareja de jóvenes bien parecidos: Roderick un psicólogo, y Alison una ex mecanógrafa. Sin embargo, todavía no eran noticia. Nada hacía pensar que dentro de unos días el nombre Liffcom sería conocido por el mundo entero, como el título de un tema que interesaba a toda la humanidad. Todo el mundo no sigue un caso de asesinato, de soborno o de espionaje. Pero todo el mundo se interesó por el caso Liffcom.

Echémosles una ojeada mientras podemos, antes de que la muchedumbre los rodee.

Roderick era fuerte y artético, lo bastante para tratar los cincuenta y dos kilos de su esposa con manifiesto desdén, pero no había ningún desdén en el modo cómo la sostenía en brazos. La llevaba como si se tratase de un millón de dólares en pequeños billetes y soplase un huracán. La contemplaba con el corazón en sus pupilas. Tenía cabello negro y ojos castaños, y a primera vista se notaba que hubiera podido llevar a cualquier chica que hubiese querido bajo aquel dintel.

Casi acurrucada en sus brazos, como una gatita, los ojos entornados por tanta ventura y los brazos en torno al cuello de Roderick, Alison dejaba ver su rubia cabellera y sus ojos, fantásticamente hermosos, para no mencionar otras zonas de su cuerpo sumamente notables. Pero a la primera ojeada se observaba en Alison algo más que belleza. Podía ser el cerebro, la inteligencia o la dura y amarga experiencia lo que la había templado como el acero. A primera vista se veía que hubiera podido ser conducida así por cualquier hombre que le gustase.

Y cuando hubieron traspuesto el umbral concluyó la historia. Pero seamos diferentes y llamémoslo el principio.

Por la mañana, mientras se desayunaban en la terraza, el cuadro no había aún cambiado radicalmente. Bien, Roderick sí estaba un poco diferente, con los ojos soñolientos y la barba azulínea, dentro de un balín castaño, y Alison estaba más espectacularmente distinta con una *negligée* verde manzana, recién estrenada. Pero la forma como se contemplaban mutuamente no había cambiado... todavía.

—Hay algo —observó Alison casualmente, trazando dibujos sobre el mantel con un dedo delgado y bien formado— que tal vez debería decirte.

Dos minutos después ambos se peleaban por el teléfono.

—¡Quiero llamar a mi abogado! —tronaba Roderick.

—¡Quiero llamar a mi abogado! —gimió Alison.

Una pausa, y un número medio marcado.

—¡No puedes! —le recordó él—. ¡Es el mismo abogado!

Fue ella quien se recobró antes, como de costumbre. Le sonrió alegremente.

—¿Lo echamos a cara y cruz?
—No —fue la brutal respuesta de Roderick. ¿Dónde estaba su ciego amor?— Es mi abogado. Le pago más que tú.
—De acuerdo —asintió Alison—. Yo misma defenderé mi caso.
—Yo también —exclamó Roderick, soltando el receptor. Instantáneamente volvió a cogerlo—. No, le necesitaremos para que empiece a mover el asunto.
—¿Confabulación? —inquirió Alison suavemente.
—Ha sido una cosa obscena, repugnante, baja, innoble, vil y pérfida esperar hasta...
—¿Hasta qué? —preguntó con la mayor inocencia del mundo la rubia Alison.
—¡Androide! —le escupió Roderick al rostro.
A su pesar, los ojos de la joven llamearon de cólera.

2

Los periódicos no sólo lo mencionaron sino que lo pregonaron estentóreamente:

UN HUMANO SE DIVORCIA DE UNA ANDROIDE

Era sólo un titular, ya que resultaba difícil imaginarse por que un humano podía solicitar divorciarse de una androide. Al fin y al cabo, la mitad de la población del mundo era androide. Cada día los humanos se divorciaban de los humanos, los humanos de los androides, los androides de los humanos y los androides de los androides. La natural reacción ante este titular hubiese sido:

—¿Y qué? ¿A quién le importa?

Pero no se necesitaba una inteligencia para comprender que había algo especial en aquel caso.

La crónica continuaba:

Everton, martes. Hoy se hace historia en el primer caso de divorcio de un humano contra una androide desde que se concedió plena igualdad de derechos a los últimos. También es el primer caso de divorcio solicitado apoyándose la parte demandante, en que ignoraba que su futura consorte era androide. Esto fue posible porque las leyes actuales no obligan a revelar el origen androide en ningún contrato.

Reconociendo la importancia de este caso clave, que ciertamente afectará a millones de personas en lo futuro, Veinticuatro Horas se ocupará del caso, que empezará el viernes, con todo detalle. Los excelentes periodistas Anona Grier y Water Hallsmith redactarán para nuestros lectores todas las incidencias de las sesiones del proceso. Grier es humana y Hallsmith androide...

El artículo continuaba dando detalles y los nombres de las personas involucradas en el caso, y señalaba los incidentes más peregrinos del matrimonio de Liffcom, como por ejemplo que sólo había durado diez horas y trece minutos antes de que fuese entregada la solicitud de divorcio, lo cual constituía el récord máximo en desunión de una pareja.

Veinticuatro horas, obviamente debía tener a todos sus lectores preguntándose para sus adentros:

—¿De veras es éste un récord?

3

Alison, de regreso a su pisito de soltera, se tendió en el diván, miró hacia el techo buscando lo infinito, y meditó, pensó y reflexionó.

No se sentía particularmente desdichada. Para Alison no existía la desdicha ni la desolación, sino la esperanza. Contemplaba la tragedia de su vida con plácida resignación y hasta con humor.

—Veamos —se dijo con firmeza—. No me siento herida. Esperé que contestase «No importa. ¿Cuál es la diferencia? Es a ti a quien amo...» Bueno, lo que los hombres suelen decir en todas las novelas de amor. Pero, ¿qué me ha llamado? «Maldita androide.»

Bien, la vida no era como en las novelas de amor, o ya no serían novelas.

En principio, la joven admitía que todavía lo amaba. Esto aclaró sus sentimientos.

Debió confesarle antes que era androide. Tal vez él tenía una excusa al creer que ella había aguardado hasta la consumación del matrimonio, para luego arrojarle a la cara el hecho de ser una androide. ¿Pero de qué iba a servirle a ella esta demora?

Naturalmente, no era así. No se lo dijo porque deseaba que se conociesen mejor antes de que saliera a relucir la cuestión. Una persona no dice en el mismo momento de conocer a otra: «Estoy casado», o «He cumplido cinco años por robo con escalos», o también «Soy una androide, ¿y tú?».

Si en las primeras semanas de conocer a Roderick, se hubiese formulado alguna referencia a los androides, Alison hubiera confesado que lo era. Pero no fue así.

Cuando Roderick le pidió que se casara con él, ella, honestamente, no se acordó de revelarle su condición de androide. Había veces en que esto importaba y otras en que no, y aquélla pareció ser de estas últimas. Roderick era tan inteligente, de mente tan liberal y tan sencillo (excepto cuando perdía los estribos), que ni pensó en ello.

Jamás se le ocurrió que pudiese importarle. Y ella lo mencionó, como hubiera podido decir:

—Supongo que no te molestará que me tome el café helado cada mañana.

Bueno, algo por el estilo. Sólo lo mencionó.

Y su felicidad se acabó.

Y ahora una idea se estaba mezclando con sus desdichados pensamientos. ¿Deseaba Roderick ganar el caso de divorcio o sólo trataba de probar algo? Porque si era así, ella estaba dispuesta a admitir que estaba ya demostrado.

Quería a Roderick. No entendía lo ocurrido. Tal vez volvería a aceptarla a condición de poder pisotearle antes la cara. Si era así, tenía derecho. Estaba dispuesta a dejarle maldecir contra los androides y a que se desprendiese así de todo el odio y prejuicio que sintiera contra ellos... mientras la aceptase de nuevo.

Cogió el teléfono y marcó el número de Roderick.

—Hola, Roderick —le saludó calurosamente—. Soy Alison. No, no cuelgues. Dime, ¿por qué odias a los androides?

Hubo un largo silencio durante el cual ella comprendió que el joven lo estaba considerando todo, incluyendo la posibilidad de colgar sin responder. Roderick siempre meditaba largamente todos los asuntos.

—No odio a los androides —ladró al fin.

—¿Tienes entonces algún prejuicio contra las chicas androides?

—¡No! —gritó él—. Soy un psicólogo y tengo que pensar con buen criterio. No me dejo embucar por odios de rara ni prejuicios ni la megalomanía ni...

—Entonces —le interrumpió quedamente Alison —es que odias a una joven androide en particular.

La voz de Roderick, súbitamente, también sonó muy queda.

—No, Alison. No es eso. Es por... los hijos.

Conque era esto. Los ojos de Alison se inundaron de lágrimas. Era una cosa en la que ella nada podía hacer, lo único que se había negado a considerar.

—¿Lo dices de veras? —preguntó—. ¿No vas a apoyarte en esto para ganar el pleito, verdad?

—Voy a apoyarme en esto para ganar el pleito —replicó él—, y lo digo de veras. Lo malo es, Alison, que has tropezado con algo que no pudiste figurarte. La mayoría de la gente desea hijos, pero casi siempre se conforma al ver que no pueden tenerlos. Yo formaba parte de una familia de ocho. El menor. Era para pensar que a este respecto todo iría bien, ¿verdad? Pues, mis hermanos están todos casados. Algunos desde hace bastante tiempo. Un hermano y dos hermanas se han casado dos veces. Lo cual hace un total de diecisiete seres humanos, sin contarme a mí. Y su índice de reproducción hasta ahora es cero. Es una cuestión de continuidad familiar, ¿no lo entiendes? Creo que no me importaría si hubiera entre todos un solo hijo... una prolongación hacia el porvenir. Pero no lo hay, y sólo quedaba mi oportunidad.

Alison volvió a caer en su anterior pesadumbre. Comprendía cada una de las palabras pronunciadas por Roderick. Si ella hubiera tenido la posibilidad de darle hijos, él no la abandonaría. Pero, claro está, la cosa era muy distinta.

En el silencio, Roderick colgó. Alison contempló su hermoso cuerpo y por una sola vez no pudo experimentar una sombra de complacencia o contento al mirarse. Más bien se sintió irritada, porque aquel cuerpo jamás albergaría a un niño. ¿De qué le servía todo su aspecto, todo el mecanismo del sexo, sin poder ejecutar su verdadera función?

Pero no se le ocurrió ceder y quedar sin defensa. Debía hacer algo, podía defenderse de alguna manera. Ganar el pleito no era nada, excepto que ello significase tal vez volver a los brazos de Roderick.

4

El juez era un personaje muy pomposo y desde el principio quedó patente que bajo su férreo mandato quería llevar el caso a su manera y disfrutar al hacerlo.

Enlazó las manos sobre la mesa y miró en torno de la atestada sala con aire de felicidad. Efectuó sus observaciones preliminares con intensa satisfacción al ver que al menos cincuenta periodistas taquígrafaban sus palabras.

—Se ha dicho de éste que es un juicio importante —empezó a decir— y lo es. Yo podría subrayar su importancia, pero esto no sería justo. Nuestro punto de partida es el siguiente —movió la cabeza de manera solemne, mirando al jurado—: Nosotros no sabemos nada.

Esta frase le gustó y la repitió.

—No sabemos nada. No conocemos los factores envueltos en el asunto. Nunca hemos oído hablar de los andróides. Esto y mucho más es lo que tenemos que oír. Podemos llamar a quien sea en busca de pruebas. Y debemos tener bien abiertos los oídos, así como el cerebro, aquí y ahora, respecto a lo que se nos dirá aquí ahora, sobre los derechos y los errores de este caso... y sobre nada más.

Había empezado el tema y lo fue desarrollando. Lo alargó y lo adornó, lo perdió de vista y volvió a él como un cuervo sumamente veloz para no aprovechar una carroña. Ya que, naturalmente, su auditorio estaba compuesto de carroña. No lo dijo ni dejó caer la menor insinuación a este respecto, pero no fue necesario. Sólo sobre Roderick y Alison dejó que sus miradas se posaran con amistad, casi con afecto paternal. Ellos le proporcionaban su día de gloria. No eran carroña.

Pero el juez Collier tampoco era ningún tonto. Antes de que la multitud perdiera el interés que acababa de despertar, empezó a poner en marcha el célebre juicio.

—Entiendo —añadió, paseando la mirada de Alison a Roderick y de nuevo a la joven, lo cual era comprensible— que ustedes van a defender su postura. Ése es un factor que se inclina hacia la informalidad, lo cual no deja de ser buena cosa. Y ante todo, ¿quieren mirar hacia los señores jurados?

Todos los asistentes de la sala volvieron sus miradas hacia el jurado. Y los componentes del mismo se miraron unos a otros. De acuerdo con el procedimiento del tribunal, Roderick y Alison se contemplaban uno al otro, asimismo, desde cada extremo de la sala, teniendo Alison el jurado detrás, de forma que éste podía ver perfectamente de cara al joven Roderick y a Alison de perfil, por lo que comprenderían cuando mentían.

—Alison Liffcom —agregó el juez—, ¿objeta usted a algún miembro del jurado?

Alison los estudió. Eran personas, ni más ni menos. La policía solía buscar los jurados entre los mejores grupos que se podían encontrar al azar.

—No.

—Roderick Liffcom. ¿Tiene que objetar...?

—Sí —le cortó Roderick, con beligerancia—. Deseo saber cuántos de ellos son androides.

Se produjo un movimiento de interés en la sala.

Por lo tanto, iba a tratarse de una batalla humano-androide.

La expresión del juez Collier no se alteró.

—Fuera de orden —sentenció—. Los humanos y los androides son iguales ante la ley y usted no puede objetar a ningún jurado por ser androide.

—Pero este juicio atañe a los derechos de los humanos y los androides —protestó Roderick.

—No atañe a nada de esto —replicó severamente el juez—, y si su solicitud se basa en estos argumentos, olvídense de todo el asunto y volvámonos a casa. Usted no puede divorciarse de su esposa porque sea androide.

—¡Pero ella no me dijo...!

—Ni porque no se lo dijese. Ningún androide está ahora obligado a revelar...

—Sé todo esto —le interrumpió Roderick, desesperado—. ¿Debo repetir lo que es obvio? Jamás he tenido mucho que ver con la ley, pero sé esto: el factor A igual a B puede no cortar el hielo, pero el factor B igual a A puede enviar a rodar todo el caso. De acuerdo, repetiré lo obvio. Fundo mi petición de divorcio en que Alison no me confesó hasta después del matrimonio su incapacidad para tener un hijo.

Era la cosa más clara del mundo, pero aún representó cierta sorpresa para muchas personas.

Hubo un murmullo de interés. Ahora, la cosa se animaba. Había motivo de discusión.

Alison contempló a Roderick y sonrió ante aquella alegación, que ella conocía mucho mejor que nadie de la sala. Tranquilo, Roderick era peligroso, y ahora estaba completamente en calma. Y mientras lo miraba intensamente, parte de su ser se preguntó cómo podría dejarle fuera de combate, mientras la otra parte rezaba para que fuese capaz de dominarse y llegar con bien hasta el final.

El juez le rogó a Alison que subiera al estrado, lo cual hizo distraídamente, pensando aún en Roderick.

—Sí —contestó al divorcio.

—Sí —afirmó respecto a los hechos declarados por Roderick.

¿En qué fundamentaba entonces su caso?

Alison prestó atención a la pregunta.

—Oh, es muy sencillo. Puedo decirlo en... —contó con los dedos—... nueve palabras: ¿cómo sabemos que yo no puedo tener un hijo?

Los periodistas taquigrafiaron la palabra «sensación». No duraría mucho, pero Alison ya lo sabía y apiló más leña.

—No me refiero a mi solo caso —añadió—. Lo que estoy diciendo es... —se ruborizó. Lo sintió en su rostro y le agradó. No estaba segura de poder ruborizarse a voluntad—. No me gusta referirme a tales cosas, pero supongo que es mi deber. Cuando me casé con Roderick, yo era virgen. ¿Cómo podía razonablemente saber entonces si podría tener o no hijos?

5

Después de esta declaración se tardó bastante tiempo en recobrar la normalidad de la sala. El juez acabó por cansarse de aporrear con su maza y amenazó con despejar la sala. Pero Alison captó la expresión de Roderick, el cual sonreía, meneando lentamente la cabeza. Roderick era, al menos, dos personas. El de cascos calientes, presto a la ira, impulsivo y emocional. Pero también, aunque costase creerlo a veces, un psicólogo capaz de estudiar, pesar y clasificar todas las cosas y decidir su significado.

Alison sabía lo que significaba aquel movimiento de cabeza de su marido. Ella había ganado un punto de manera artificial, sólo eficaz para el instante. Ella sabía que era una androide y que éstos no podían tener hijos. Lo demás no era válido.

—Ahora hemos establecido en qué se fundan los alegatos —trató de hacerse oír el juez, gritando y volviendo a golpear con la maza— y algunos de los hechos. Alison Liffcom admite que ocultó su condición de androide, a lo cual tenía perfecto derecho... —frunció el ceño mirando a Roderick, el cual se había levantado—. ¿Y bien?

Ahora Roderick era el psicólogo.

—Usted mencionó la palabra «androide», señorita. ¿Ha olvidado que ninguno de nosotros sabemos lo que es un androide? Según recuerdo, su señorita dijo: «Nunca hemos oído hablar de los androides».

El juez Collier, evidentemente, prefería al otro Roderick, al cual podía apabullar cuando quería.

—Precisamente —aceptó sin entusiasmo—. ¿Se propone usted aclararnos el concepto?

—Me propongo aclarar este concepto —afirmó Roderick.

El doctor Geller subió al estrado. Roderick se le plantó delante, pareciendo tranquilo y competente. La mayor parte del auditorio estaba formado por mujeres. Roderick sabía cómo hacerse admirar y lo logró. El doctor Geller, de pelo gris y aspecto digno, estaba tan impasible como una estatua.

—¿Qué es usted, doctor? —le preguntó Roderick con frialdad.

—Soy director del Everton Creche, donde se fabrican los androides para todo el estado.

—¿Sabe algo respecto a los androides?

—Sí.

—Incidentalmente, en caso de que alguien desee saberlo, ¿le importaría decirnos si es usted humano o androide?

—En absoluto. Soy androide.

—Entiendo. Entonces, pues, tal vez nos contará usted qué son los androides, cuándo se fabricaron y por qué.

—Los androides son personas. Nada les diferencia de los humanos, excepto que se fabrican en lugar de nacer. Supongo que usted no necesitará todos los detalles del proceso. Básicamente, se empieza con unas células vivas —esto siempre es necesario—, y gradualmente se forma un completo y verdadero cuerpo humano. No hay ninguna diferencia. Un androide es hombre o mujer, pero no en el sentido de un robot ni un autómeta.

Volvió a producirse cierta agitación y el juez sonrió débilmente. El testigo de Roderick parecía una carga para éste. Pero el joven se limitó a asentir. Evidentemente, todo estaba para él bajo control.

—Hace unos doscientos años —prosiguió el doctor—, se vio sin la menor duda que la raza humana no tardaría en extinguirse. La población era menos densa a cada generación. Y aunque la vida humana continuase, no podría mantenerse la civilización...

Era una monotonía para todo el mundo. El doctor Geller no parecía interesado en lo que explicaba. Esto era algo que todos sabían. Pero el juez no se interpuso.

Al principio, los androides sólo fueron un experimento, muy interesante porque fue desde el principio un experimento asombroso y triunfal. Hubo pocos fallos y muchos éxitos. Una vez descubierto el secreto se pudo, por medios artificiales, fabricar criaturas que eran hombres y mujeres hasta el punto décimo. Sólo había un ligero fallo. No podían reproducirse entre ellos ni con los humanos. Todo era normal excepto que la concepción no tenía lugar.

Se fabricaron androides y fueron adiestrados como servidores públicos. Al principio, se les consideró menos que a los animales. Pero esto, para honrar a la justicia humana, sólo duró hasta que se vio claro que los androides eran personas. Y entonces ascendieron en la escala social al nivel de los esclavos. Lo más curioso, no obstante, fue que sólo había una forma de fabricar androides, y era manufacturándolos como bebés y dejar que crecieran. No era posible fabricar androides imperfectos, estúpidos ni adultos. Siempre resultaban como los humanos, buenos, malos o indiferentes.

Y entonces vino la transformación. Los nacimientos humanos volvieron a estar en auge. Era un renacimiento. Volvió a producirse una época de desempleo. Naturalmente, habría sido inhumano suprimir a los androides. Pero por otra parte, si alguien tenía que morir de hambre, debían ser ellos.

Y así fue.

No se fabricaron más androides. Los nacimientos humanos bajaron. Volvieron a fabricarse androides. Los nacimientos humanos aumentaron.

Al fin todo fue obvio. La raza humana no estaba extinguiéndose por el control de la natalidad sino por su fracaso al poder reproducirse. La mayoría de las personas, hombres y mujeres, eran estériles. Pero gran parte de esta esterilidad era psicológica. Los androides eran un reto. Estimulaban a los humanos a la concepción.

Así se llegó a un equilibrio. Se fabricaron androides sólo por dos motivos: para que siguiera produciendo efecto el reto representado por su presencia en la Tierra, y para ejecutar todas las tareas reputadas como molestas, pero necesarias para el buen funcionamiento de una población mundial diezmada.

Aun en los primeros días, los androides tuvieron sus campeones. De manera curiosa, no fue un asunto de que los androides luchasen por conquistar su igualdad de derechos, sino que fueron los humanos quienes lucharon entre sí para conseguir gradualmente la igualdad de derechos de los androides.

Los humanos que luchaban con más afán eran los que no podían tener hijos. Lo único que estas familias podían hacer, si tal era su voluntad, era adoptar un bebé androide. Naturalmente, los criaban con tanto amor y mimo como si fuesen sus propios hijos. Llegaron a considerarlos hijos suyos. Por lo tanto, se pusieron en favor de la igualdad de derechos para los androides. Un hijo o una hija no podían ser tratados como seres inferiores.

Esto fue, a grandes rasgos, lo que contó el doctor Geller. La sala estaba distraída, el juez miraba el techo y el jurado contemplaba a Alison. Sólo Roderick seguía con cortés atención las palabras del doctor.

Todo el mundo supo cuándo tenía que terminar aquella monótona repetición de cosas olvidadas de hartos sabidas. Si alguien se perdió la pregunta de Roderick, ninguno dejó de prestar atención a la respuesta del doctor:

—...razonablemente establecido que los androides no pueden reproducirse. Al principio, existió el temor de que pudieran. Se pensó que el hijo de un humano y una androide sería una especie de monstruo. Pero la reproducción jamás se dio.

—Una última pregunta, doctor Geller. Tengo entendido que existe un método de identificación, para distinguir a los humanos de los androides y viceversa. ¿Es cierto?

—Hay dos —replicó el doctor. Algunas personas de la sala parecieron interesadas. Otras demostraron saber ya lo que iba a decir el testigo—. El primero es un sistema de huellas dactilares. Se aplica tanto a los androides como a los humanos, tomándose las huellas de cada androide al ser fabricado. Si por cualquier motivo es necesario identificar a una persona que puede o no ser androide, se le toman las huellas. Una vez éstas han sido enviadas a todos los centros fabricantes de androides del mundo —proceso en el que sólo se tarda dos semanas—, la persona es positivamente identificada como androide, o como humana, por eliminación.

—¿No hay posibilidad de error?

—Siempre existe esta posibilidad. El sistema es perfecto... pero errar es de humanos. Y, si puedo permitirte el juego de palabras, también de androides.

—De acuerdo —admitió Roderick—. ¿Pero podemos aceptar que la posibilidad de un error es mínima?

—Perfectamente. En cuanto al otro método de identificación es una reliquia de los primeros días de la fabricación de androides y algunos de nosotros sentimos... pero esto no es la antigua Alemania, naturalmente.

Por primera vez, el buen doctor se mostró un poco incómodo.

—Los androides, naturalmente, no nacen. No hay cordón umbilical. El ombligo es pequeño, incluso simétrico y débilmente pero bien marcado dentro del mismo —al menos en este país—, hay el sello: *Made in U.S.A.*

Una ola de carcajadas recorrió la sala. El doctor se ruborizó. Siempre había habido chistes respecto al sello que llevaban los androides. Una vez hubo caricaturas políticas con el rotulito como motivo. El punto culminante de una divertida historieta era cuando se descubría que la marca de fábrica que se esperaba rezase «Made in U.S.A.», afirmaba: «Fabriqué en France».

Los humanos siempre se habían burlado de esta señal que los androides se llevaban a su sepultura. Veinte años atrás, terminaron todas las persecuciones contra los androides y éstos fueron liberados y aceptados con todos los derechos de los humanos. Sin embargo, veinte años antes, los vestidos de noche de las damas dejaban al descubierto el ombligo, aunque todo lo demás quedase castamente velado. Las jóvenes humanas deseaban dejar bien sentado que eran humanas. Y las muchachas androides que no podían afrontar tal prueba se veían obligadas a admitir que eran androides.

—Se halla bajo revisión —agregó el doctor— una propuesta para impedir lo que algunas personas opinan que debe ser siempre una marca de servidumbre...

—Esto es «sub judice» —le interrumpió el juez—, y no entra en la cuestión que aquí se debate. Tenemos que ceñirnos a las cosas tal como están —miró inquisitivo a Roderick—. ¿Ha terminado ya con el testigo?

—No sólo con el testigo —afirmó Roderick— sino con mi caso.

Parecía tan complacido consigo mismo, que Alison, que era propensa a la cólera, deseó poder pegarle.

—Ya han oído la evidencia del doctor Geller. Exijo, por tanto, que mi demandada Alison sea sometida a las dos pruebas. Cuando se demuestre que es una androide, también quedará demostrado que no puede tener hijos. Y por lo tanto, al haberme ocultado su condición de androide, también me ocultó el hecho de no poder tener descendencia.

El juez asintió, aunque de manera algo reacia. Miró por encima de sus gafas a Alison sin grandes esperanzas. Era una lástima que un caso que prometía ser muy interesante terminase tan pronto y de manera tan trivial. Pero personalmente no podía ver de qué manera Alison sería capaz de rechazar la inculpación formulada por Roderick.

—Su testigo —le brindó Roderick a la joven, con un gesto que se merecía un puntapié en la boca.

—Gracias —le agradeció ella, amablemente.

Se puso de pie y cruzó la sala. Llevaba un vestido muy sencillo, de color gris y una blusa amarilla, que prestaba el necesario y limitado toque de color. Jamás había estado más bella en toda su vida y lo sabía.

Roderick parecía a punto de perder el control de que había hecho gala durante toda la vista, contra lo esperado por ella, por lo que la joven hizo cuanto pudo por mover la falda al andar de la manera que su marido siempre hallaba tan atractiva.

—¡Frena, nena! —le susurró Roderick—. ¡Esto es muy serio!

Ella se limitó a enseñarle sus veintiocho dientes, blancos y perfectos, y se volvió hacia el doctor Geller.

7

—Estoy muy interesada en una frase pronunciada por usted —empezó a decir Alison—. Declaró que está «razonablemente establecido» que los androides no pueden reproducirse. Ahora establezcamos, pues, los hechos correctamente. ¿Es usted director del Everton Creche?

—Sí.

—¿Y su experiencia profesional, por lo tanto, queda limitada a los androides hasta la edad de diez años?

—Sí.

—¿Es normal, incluso entre los humanos, reproducirse antes de esa edad?

Se produjo un profundo silencio de estupefacción, luego una carcajada y por fin un aplauso.

—¡Esto no es un programa radiado! —gritó el juez—. Adelante, por favor, señora Liffcom.

Alison continuó. El doctor Geller era la persona más idónea, afirmó, para saber todo lo relativo a los jóvenes androides, pero respecto a los adultos (naturalmente, sin ofensa para el doctor), ella se proponía llamar al doctor Smith.

Roderick interrumpió. Estaba perfectamente dispuesto a escuchar el caso de Alison, ¿pero no había ya concluido? ¿Se hallaba la joven preparada a someterse a las dos pruebas antes mencionadas?

—No es necesario. Soy una androide. No lo niego.

—Sin embargo...

—No lo entiendo, señor Liffcom —intervino el juez—. Si hubiese alguna duda, bien. Pero la señora Liffcom no niega ser androide.

—Yo quiero saberlo.

—¿Piensa que existe alguna duda?

—Quisiera que la hubiese.

De nuevo la palabra «sensación».

—Y sin embargo, es perfectamente claro si bien se considera —añadió Roderick, cuando pudo hacerse oír—. Yo deseo el divorcio porque Alison es androide y no puede tener hijos. Si ella estuviera equivocada, o se tratase de una broma, o cualquier otra cosa parecida, no habría divorcio, porque yo no lo solicitaría. Quiero a Alison, la joven con la que me casé. ¿Es fácil de entender esto, verdad?

—De acuerdo —repuso Alison sin dejarse emocionar—. Se tardará algún tiempo en verificar mis huellas dactilares, pero la otra prueba puede efectuarse ahora mismo. ¿Desea su señoría que lo demuestre delante de todos?

—¡No, por favor!

Cinco minutos más tarde, en la salita del jurado, el juez, los jurados y Roderick examinaron la prueba. Alison no perdió su dignidad al enseñársela.

No cabía duda. La marca de la androide era perfectamente clara.

Roderick fue el último en mirarla. Cuando examinó la marca, sus ojos se encontraron con los de Alison, y ésta se vio obligada a contener las lágrimas. Porque él no estaba satisfecho sino apesadumbrado.

De vuelta a la sala, Roderick declaró que no deseaba ya la prueba dactilar. Y Alison llamó al doctor Smith. Era más viejo que el anterior, pero con los ojos muy relucientes y alerta. Había algo en él... la gente se inclinó hacia delante cuando subió al estrado, sabiendo que su declaración no carecía de interés.

—Siguiendo el precedente de mi querido colega —comenzó Alison su interrogatorio—, ¿puedo preguntarle si es usted humano o androide, doctor Smith?

—Puede, y soy humano. Sin embargo muchos de mis pacientes son androides.

—¿Por qué?

—Por que comprendí hace mucho tiempo que los androides constituyen el porvenir. Los humanos pierden la batalla. Siendo así, quise descubrir cuáles son las diferencias entre los humanos y los androides, o si existen en realidad. De no haber ninguna, tanto mejor porque en tal caso la raza humana no perecerá.

—Pero naturalmente —le interrumpió Alison, mientras todos estaban pendientes de sus palabras—, existe una diferencia esencial. La humanidad se torna estéril, pero los androides no pueden reproducirse.

—No hay ninguna diferencia —declaró el doctor Smith.

A veces una declaración inesperada provoca un gran silencio y otras un intenso alboroto. La del doctor Smith provocó ambas cosas. Primero hubo el silencio de la sorpresa, al oír las palabras del doctor, fuera de toda duda.

—Los androides pueden y han tenido hijos —afirmó Smith.

El resto de la declaración quedó ahogado por un tumulto de exclamaciones, preguntas desordenadas y un clamor que llegó a su punto álgido en pocos segundos. El juez aporreó la mesa y gritó en vano.

Había cólera en los gritos. Excitación, incredulidad, temor, ansiedad. O el doctor mentía o decía la verdad. En el primer caso, lo pagaría caro. La gente engañada de esta manera suele ser vengativa.

Sí no mentía, todos debían volver a valorar su propia existencia. Todos... humanos y androides. Las viejas cuestiones religiosas volverían a presentarse. Habría que decidir si el Hombre, en vías de extinción, había conquistado la vida, o sólo había llegado a un compromiso. Cesaría de ser un asunto de importancia que las personas naciesen o fuesen fabricadas.

No habría ya androides sino sólo seres humanos. Y el Hombre sería el dueño de la creación.

8

El tribunal volvió a reanudar la sesión después de un breve intervalo. El juez miró a Alison y al doctor Smith, el cual volvió a ocupar el estrado.

—La señora Liffcom debería reanudar su interrogatorio en el mismo punto.

—Encantada —accedió la joven. Se dirigió al doctor Smith—. ¿Dijo que los androides pueden tener hijos?

Esta vez todo el mundo calló.

—Sí. Hay, como puede imaginar todo el mundo, cierto conflicto en esto. La prueba que me propongo sacar a colación ha sido frecuentemente desacreditada. La reacción obtenida cuando efectué esta declaración demuestra por qué. Es una cuestión muy importante en la que todos han llegado a una conclusión. Posiblemente, uno cree solamente lo que le han dicho.

Mientras continuaba hablando, Alison dirigió su mirada a Roderick. Al principio, el joven se mostró indiferente. No lo creía. Después, pareció interesarse a medias en lo que el doctor iba diciendo. Por fin, se excitó tanto que apenas pudo permanecer sentado.

Y Alison sintió renacer de nuevo sus esperanzas.

—Hay un psicólogo en la sala —observó el doctor con benevolencia— que pronto empezará a dispararme sus preguntas. Yo no soy psicólogo, no más al menos que cualquier otro médico de práctica general, pero antes de mencionar casos particulares debo hacer hincapié en un punto. Todos los androides crecen sabiendo que él o ella no podrá tener hijos. Esto es plenamente aceptado por nuestra civilización. Y voy a decir por qué no creo que deba ser aceptado.

Nadie le interrumpió. No era espectacular y no perdía tiempo.

Mencionó el caso de Betty Cordon Holbein, ciento setenta y tres años antes. Nadie había oído hablar de Betty Cordon Holbein. Era humana. Prostrada aún por el golpe, declaró haber sido violada por un androide. Éste fue linchado. A su debido tiempo, Betty dio a luz un hijo.

—Los archivos están al alcance de todo el mundo —prosiguió el doctor—. Se produjo un gran tumulto cuando la joven fue violada, pero hubo muy poco interés cuando nació el niño. Se sugirió que había concebido después, pero esto fue negado, aunque sin mucha credulidad, ya que incluso entonces ya se «sabía» que los androides eran estériles.

Roderick estaba de pie. Miró al juez, el cual asintió.

—Bueno, usted pretende hacer de esto un caso legal, o lo ha hecho esta joven —exclamó impetuosamente.

—No puede preguntarle al testigo si está mintiendo —le recordó el juez, amonestándole.

—¡No me importa un ardite que mienta! —gritó Roderick, demudado—. ¡Quiero saber si es verdad!

Todo era muy irregular, pero Alison sabía que Roderick podía estallar de un momento a otro y proferir maldiciones y denuestos contra el juez y el doctor. Y esto no le gustaba. Por lo tanto sus ojos buscaron los de su marido y luego afirmó llanamente:

—Es verdad, Roderick.

El joven se sentó.

—Ahora, para obtener un cuadro perfecto —prosiguió el doctor Smith—, tenemos que recordar que millones de androides han sido analizados, y se han aparejado entre ellos, e

incluso han sostenido relaciones irregulares con los humanos... sin que se haya producido ninguna concepción. ¿O no fue así?

Un siglo antes, aproximadamente, se halló a una chica en un bosque, viva apenas. A su alrededor se veían las huellas de muchos pies. La habían mutilado. Aunque vivió, no recobró jamás la razón.

Y también tuvo un hijo.

Roderick volvió a ponerse de pie, frunciendo el ceño.

—No lo entiendo —proclamó—. Si todo esto es verdad, ¿por qué no es conocido?

Iba a intervenir el juez pero Roderick añadió apresuradamente:

—El doctor y yo somos profesionales. ¿Puedo pedirle su opinión profesional? ¿Y bien, doctor?

—Porque siempre es posible no creer aquello que no se desea creer. En este caso, la joven estaba tan mutilada que incluso le faltaba la marca del ombligo. Pero tenía una ficha dactilar como una androide. Mas oficialmente se alegó que debía tratarse de un error y que al tener un hijo había demostrado ser una mujer humana.

»Hace siglo y medio, Winnie —los androides por aquel entonces empezaban a tener nombre propio—, tuvo un hijo y de nuevo se decidió que dicha joven, que había sido empleada de una lavandería, debía haber sido confundida con una androide siendo bebé y que en realidad era humana —hizo una pausa—. Se halló un bebé enterrado en un jardín y una pareja de androides compareció ante un tribunal a este respecto. Pero como eran androides, obviamente no podía ser suyo el hijo, y el juez los absolvió.

Roderick volvió a saltar.

—Si usted sabía todo esto, ¿por qué lo ha mantenido en secreto hasta ahora?

—Hace cinco años —contestó el testigo —escribí un artículo sobre este tema. Lo envié a todas las revistas de medicina. Eventualmente, lo publicó una de las de menor circulación. Recibí media docena de cartas de personas interesadas. Y luego, nada más. Debo admitir —añadió— que ninguno de los casos que he mencionado, como afirmé a su debido tiempo, debe ser aceptado como prueba científica de que los androides pueden reproducirse. Los hechos fueron archivados para la posteridad por personas que no creían en ellos. Pero...

—Pero... —repitió Alison, unos minutos más tarde, cuando el doctor hubo terminado su testimonio—, en vista de esto, apenas puede demostrarse que yo sepa de una forma concluyente que no pueda tener hijos. Tal vez sea improbable, ¿pero tengo que pedir más pruebas científicas para demostrar cuan improbable es también la concepción para la mayoría de los seres humanos?

El juez Collier no dijo nada por lo que la joven continuó:

—La situación actual, como puede afirmar cualquiera preocupado por los nacimientos, es que pocos matrimonios tienen hijos, y quienes los tienen es en abundancia. La gente que puede tenerlos, siguen produciéndolos en dosis masivas en la actualidad.

—Ya veo adonde quiere llegar y es muy ingenioso —concedió el juez—. Acabe, por favor.

—Ahora voy a sentar una premisa. No hay fundamento para un divorcio entre los humanos si la mujer es estéril y no lo sabe. Lo hay, por otra parte, si ha sufrido una operación que la incapacite para concebir y oculta el hecho. Pero no habiendo sufrido tal operación —concluyó Alison—, y pudiendo demostrarlo, creo que no existe ningún fundamento legal por el que yo deba saber que jamás podré tener un hijo.

—Para ahorrar referencias a casos históricos —indicó el juez—, afirmo desde ahora que la dama tiene razón. El jurado tendrá que decidir los méritos de este caso, pero a mi entender la señora Liffcom ha establecido de forma patente...

—Solicito un aplazamiento —le interrumpió Roderick.

Se produjo un murmullo que fue muriendo gradualmente. Roderick y Alison estaban de pie, contemplándose mutuamente a una distancia de diez metros. La intensidad de sus sentimientos fue perfectamente captada por todo el auditorio.

—La vista queda aplazada hasta mañana —sentenció el juez.

9

Casi todos los periódicos que mencionaron el caso Liffcom lo hicieron con desprecio por el tribunal. Tal vez pensaban que no podía adoptarse ninguna acción contra tantos. Todos los periódicos establecieron los derechos y las obligaciones del asunto como si también fuesen pruebas. Muy poco material era pro o antiandroide. Más bien se trataba de estar en favor o en contra de la evidencia presentada.

«Cualquiera puede observar, subrayó un periódico, que Alison no engaña a nadie. Si una mujer como ella se decide a defender su propio caso, desenterrará cualquier prueba que la favorezca, hasta llegar al último extremo. Esto no significa ningún detrimento respecto a la moral o integridad de la señora Liffcom, por la que este periódico siente la mayor admiración. Lo único que ella ha hecho ha sido arrojar cierta duda respecto a la posibilidad de reproducción de los androides. Pero esto, naturalmente, añadía el diario con decisión, no significa que los androides puedan reproducirse.»

Otro periódico lo tomó desde aquí. Observó que era un buen caso, en el que podían darse los factores de espiritualismo, telepatía, posesión, la existencia de hombres-lobos... El doctor Smith, indudablemente, era sincero, pero se había dejado engañar por unos errores. Naturalmente, si los androides eran humanos en todos los aspectos, menos en uno, algunos humanos podían ser confundidos como androides y viceversa. También el error se descubriría únicamente cuando tuviese lugar la concepción, en los casos citados por el doctor Smith.

Un tercer periódico incluso le ofrecía a Alison una premisa para que la presentase al tribunal, si así lo deseaba. Ciertamente, el doctor Smith había demostrado que tales errores podían ocurrir. Sólo se necesitaba que Alison citase estos mismos casos y luego insinuase la posibilidad de que tal cosa le sucediese a ella. Si la prueba del origen androide no era tal, el caso concluiría con su triunfo.

Otros diarios, sin embargo, aceptaban la posibilidad de que los androides, en contadas ocasiones, pudiesen reproducirse. ¿Por qué no?, preguntaba uno. Los androides no eran seres sin sangre ni seres inferiores. Es posible calentar los objetos manteniéndolos apretados contra el cuerpo humano... o construyendo una hoguera. De igual forma, los niños podían ser formados dentro de un cuerpo humano o en tanques de cultivo. El resultado era idéntico. Debían ser idénticos, si cuarenta años más tarde se les podía efectuar pruebas rigurosas, y separar unos de otros sólo porque los androides llevaban estampado el «Made in U.S.A.», y por tener las huellas dactilares archivadas.

La gente había llegado a creer que los androides no podían tener hijos porque así se lo habían afirmado. Pero ahora les decían que los androides podían reproducirse. ¿Dónde estaba la dificultad? Una persona cree haber terminado sus cigarrillos hasta que saca el paquete y ve que todavía le queda uno. ¿Qué se hace entonces? ¿Niega uno que aún le queda un cigarrillo y tira el paquete?

En teoría, era factible que pudiesen concebir los humanos fabricados artificialmente.

¿Pero por qué uno en un millón, uno en cinco millones, uno en diez millones y no en la misma proporción que los humanos actuales que eran fértiles en uno de cada seis matrimonios?

Ésta era la pregunta que se formulaban todos los periódicos, cualquiera que fuese la opinión a favor o en contra que hubiese sustentado.

10

—Si no hay objeciones —comenzó Roderick cortésmente, decidido a comportarse debidamente, según pensó Alison—, convirtamos ésta en una sala de interrogatorios. Digamos, si gustan, que Alison ha defendido brillantemente su posición sobre el fundamento de que legalmente no puede saber que no ha de tener hijos. Olvidemos el divorcio. Ahora no se trata de esto.

—Pues yo pensé que era el tema principal —objetó el juez.

—Cualquiera puede ver —continuó Roderick molesto por la interrupción— que el asunto ahora se centra en lo declarado por el doctor Smith. Indaguemos la cuestión de si hay alguna perspectiva de que Alison pueda tener un hijo.

—No creo que el tribunal sea el lugar más apropiado para tratar del asunto —murmuró Alison. Pero sintió como un resplandor de interna felicidad, una felicidad que ya no esperaba experimentar jamás.

—Los mujeres siempre van de lo general a lo particular —replicó Roderick—. No me refiero a la cuestión de si «tú» puedes tener hijos. Me refiero a si es realmente posible que se puedan tener.

El juez intervino con decisión.

—He sido demasiado benévolo. Insisto en mantener este tribunal en orden. Roderick Liffcom, ¿retira su demanda?

—¿Qué importa esto? Además, si su señoría me sigue, verá que todavía tenemos que formular algunas preguntas, tales como si Alison todavía me ama.

El juez carraspeó.

—¿Me amas? —le preguntó Roderick a su mujer, mirándola fijamente.

Alison asintió que su corazón estaba a punto de estallar.

—Si deseas una respuesta concreta... sí.

—Bien —Roderick estaba satisfecho—. Ahora podemos empezar a partir de aquí.

Miró ferozmente al juez, que estaba a punto de intervenir.

—¿Está interesada su señoría en obtener la verdad?

—Ciertamente, pero...

—Lo mismo que yo. Entonces, permítame seguir. Estoy intentando contenerme por respeto a su señoría, pero si se me interrumpe constantemente... Alison, ¿te molesta ocupar el estrado?

No había duda de que Roderick poseía personalidad.

Una vez la joven en la silla de los testigos, Roderick se volvió hacia el jurado.

—Les diré lo que pienso. Todos nos preguntamos por qué, si esto es posible, ha ocurrido tan pocas veces. Por desdicha, hasta la fecha no ha sido posible admitir verdaderamente que ello sea posible, por lo tanto, yo no lo sé. Jamás he tenido ocasión de comprobarlo. Ahora la tengo. Lo que deseo saber es, si los androides pueden tener hijos, qué les impide tenerlos.

Extendió una mano, con aire distraído, y acarició un brazo de Alison.

—Aquí tenemos a Alison —prosiguió—. Descubramos, si podemos, qué le impide tener hijos.

Alison se sintió agradecida por estar sentada. Sentía las rodillas tan débiles que no habría podido sostenerse de pie. ¿Estaba soñando? ¿Podía verdaderamente tener hijos? ¿Un hijo, por ejemplo, de Roderick? El tribunal empezó a bailar ante sus ojos.

Sólo de manera gradual volvió a oír la voz, casi angustiada, de Roderick, preguntándole si se encontraba bien. Estaba inclinado hacia ella, con un brazo en su cintura, sosteniéndola.

—Sí —fue la débil respuesta—. Lo siento, Roderick. Te ayudaré en lo que pueda, ¿pero crees que existe alguna posibilidad?

—Yo soy psicólogo —le recordó el joven, quedamente—, y puesto que nunca me has visto trabajando, no es ningún mal decirte que soy muy bueno. Tal vez no lo descubramos inmediatamente en media hora, pero sí lo haremos en los próximos sesenta años.

Alison no se olvidaba del lugar donde se hallaba, pero todo le resultaba tan extraño que un poco más ya no podía soportarlo. Levantó la cabeza y juntó sus labios con los de Roderick.

11

—Lo que yo busco debe hallarse en la existencia de todos los androides, hombres o mujeres —afirmó Roderick—. No espero descubrirlo inmediatamente. Pero cuéntenos, Alison, todo lo referente a la época en que comprendiste la diferencia, cuando te enteraste de que eras androide y no una humana. Empieza desde lo antes posible. Y —añadió con una sonrisa—, por favor, dirígete a su señoría. Muéstrate lo más impersonal que puedas.

Alison se dispuso a obedecer. No deseaba ciertamente mirar lo pasado. Deseaba contemplar el nuevo y maravilloso futuro. Pero se obligó a empezar su relato.

—Crecí en el Androide Creche de Nueva York. Allí no había diferencias. Algunos niños opinaban que sí. Les oí hablar de la conveniencia que representaría para ellos ser humanos. Pero dos veces, cuando la casa cuna estaba llena, y en cambio había sitio en el orfanato de niños humanos, me trasladaron allí. Y no había la menor diferencia.

»En una casa cuna es mucho más importante poder venderte que más adelante. Si eres atractiva o tienes personalidad, quien busque un hijo adoptivo reparará en ti y así tendrás amor y un hogar seguro. Yo no era atractiva ni tenía personalidad. Estuve en la casa cuna hasta los nueve años. Vi a muchas parejas que buscaban hijos, y siempre se llevaban alguno, pero nunca a mí, por lo que estaba segura de que tendría que quedarme allí eternamente hasta que fuese demasiado mayor para ser adoptada, y entonces tendría que ganarme el sustento sólo por mis propios medios.

»Un día, una de las hermanas de la casa me encontró llorando —he olvidado el motivo de mi llanto—, y me dijo que no tenía necesidad de llorar por nada porque yo poseía un buen cerebro y sería muy linda... ¿y qué más podía desear una muchacha? Me miré al espejo, pero me vi igual que siempre. Sin embargo, debió saber muy bien lo que decía porque una semana más tarde, vino una pareja, dio una ojeada por la casa y me adoptó.

Alison respiró profundamente y no fueron fingidas las lágrimas de sus ojos.

—Nadie que no lo haya vivido puede saber qué significa tener un hogar tranquilo a los nueve años. Afirmar que me habría dejado matar por mis padres sería faltar a toda la verdad. Tal vez sea esto lo que engañó a Roderick. Sabía que al menos dos veces cada mes yo iba a visitar a mis padres. Debí figurarse que eran mis verdaderos padres, por lo que no me preguntó si yo era androide.

Por primera vez desde el comienzo de su relato miró a Roderick, el cual asintió.

—Adelante, Alison —la animó—. Lo estás haciendo muy bien.

—No es un mundo muy duro éste para los androides —prosiguió Alison—, excepto en algunas ocasiones.

Calló y Roderick tuvo que ayudarla.

—¿Sólo en ocasiones?

Pero Alison ya no estaba allí. Vivía once años atrás.

Alison pasó por aquel duro período cuando dejó de ser una niña para convertirse en mujer. Pero no se había dado cuenta de la rapidez del cambio, por lo que éste se efectuó antes de comprenderlo.

No dormía bien, aunque gozaba de buena salud y poseía más fuerza de lo que parecía, y por una vez sus padres adoptivos le fallaron. Aunque Alison nunca lo admitió, todo le habría resultado mucho más fácil si Susan le hubiese hablado, y Roger, sin pronunciar una sola palabra, le hubiera al menos indicado lo que sabía estaba ocurriendo.

Un día, se hallaba la joven paseando, procurando fatigarse a fin de poder dormir luego, cuando tropezó con un grupo de jóvenes de su misma edad en el bosque. Conocía de vista a uno de ellos, Bob Thompson, y también sabía que su jefe, tan alto como un muchacho de quince años, era Harry Hewitt. Ignoraba si alguno de ellos era o no androide, la que tal cuestión nunca se le había ocurrido. Tampoco parecía tener interés ni importancia que ella lo fuese, por lo que pasó por en medio del grupo y algunos silbaron, e involuntariamente, al ver todas las miradas fijadas en ella, se ruborizó.

Vio cómo Bob le susurraba a Harry una frase y éste exclamó:

—¡Androide! Androide, ¿eh? ¡Estupendo!

Entonces se colocó delante de ella y le cerró el paso.

—¡Vaya una androide bonita! —la alabó en voz alta, para que le oyesen los demás—. Ya te vi otras veces, pero pensé que eras una muchacha. Quitate la blusa, androide.

Se produjo un movimiento de sobresalto en el grupo y alguien increpó a Harry.

—No pasa nada —contestó éste—. Es una androide. Sin padres verdaderos, sino sólo al cuidado de unas personas que la adoptaron para fingir que podían tener hijos.

Alison miraba a todas partes como un animal acorralado.

—Los humanos podemos hacer lo que queramos con los androides —Harry procuró animar a sus compañeros más timoratos—. ¿No lo sabíais? —se volvió hacia Alison—. Pero debemos asegurarnos de que es una androide. Sujétala, Butch.

Alison quedó firmemente sujeta por las caderas, que últimamente le habían crecido de manera alarmante. Pataleó y arañó, con el corazón a punto de estallarle, pero Butch era muy fuerte. Otros dos chicos la sujetaron por los brazos. Cuidadosamente, ante un coro de excitadas exclamaciones. Harry le entreabrió la blusa, bajándole la falda para examinarle el ombligo.

—«Made in U.S.A.» —leyó con satisfacción—. De acuerdo, entonces.

En contraste a su cautela anterior, le arrancó la blusa a la joven. A Alison le flaquearon las rodillas.

—¡No, no! —exclamó Harry, burlonamente— No debemos hacerle nada hasta que ella esté de acuerdo. Incluso los androides tienen sus derechos. O al menos, si no los tienen, nosotros debemos ser corteses y pretender lo contrario. Androide, di que podemos hacer contigo lo que queramos.

—¡No! —chilló Alison.

—Mala cosa. Aprieta un poco más, Butch.

Las fuertes manos se apretaron en torno a la cintura de la muchacha, magullando la suave piel.

Alison siguió luchando.

—Estáte quieta —le ordenó Harry. Habló quedamente, pero había una alegría salvaje en su rostro. Lenta y cuidadosamente aflojó el cinturón de Alison, y por fin, sacando una navaja, la apuntó al centro del estómago de la joven. Ésta procuró retirar hacia dentro el diafragma. El cuchillo le arañó la piel.

—Di que podemos hacer contigo lo que queramos, androide.

El cuchillo arañó más profundamente. Apareció una gota de sangre. Alison sintió resquebrajarse su voluntad.

—¡Haced de mí lo que queráis! —gimió indefensa.

De pronto se oyeron unos pasos. Por lo visto, alguien había oído el grito de Alison.

—¡Diablo! —rezongó Harry—. Siempre ha de venir gente a estropearlo todo. Larguémonos, chicos.

Desaparecieron. Alison volvió a componerse el vestido y miró a sus espaldas con agradecimiento. A pocos metros se hallaban un hombre y una mujer. Ésta era joven y estaba a punto de tener un niño. Humanos los dos. La joven abrió la boca para darles las gracias, para explicarlo todo, para llorar...

—Androide, claro —masculló el hombre, con desdén—. Una bestia inmundada.

—Apenas una jovencita —añadió la mujer—, y ya tan mala.

—Creo que lo mejor será proponerle una buena zurra —propuso el hombre—. No le servirá de nada, pero...

Alison estalló en llanto y corrió a refugiarse entre los arbustos. No esperó a ver si era seguida. Las ramas y los espinos le desgarraron la piel. Huyó, atravesando una mata espinosa, tropezó contra el tronco de un árbol, y cayó al suelo, sin aliento, esperando que el hombre la vapulease.

Tenía las piernas y los brazos cubiertos de arañazos y magulladuras, y una rama había azotado en la cintura, dejándole una profunda señal. Pero esto no importaba. Una raíz retorcida que se le clavó en un costado tampoco importaba. Nada importaba. ¿Por qué nadie le había dicho que era un ser inferior? Claro que ella ya lo sabía; lo había sabido siempre. Pero nadie se lo había hecho observar.

Más adelante comprendió por qué aquella pareja, que debía haber visto o adivinado lo sucedido, hablaron de aquella manera. Iban a tener un hijo y odiaban a todos los androides. Los androides no eran necesarios, eran sus enemigos, los enemigos de sus hijos.

Pero en aquel momento, Alison no hacía más que aguardar, indefensa e incapaz de pensar. Aquel hombre la azotaría, Susan y Roger la arrojarían de casa, y ella nunca más volvería a ser feliz.

13

—Mis padres no lo supieron nunca —prosiguió Alison—. Me escondí en el bosque hasta que anocheció y luego volví directamente a casa. Logré llegar a mi dormitorio sin que me viesen y luego fingí llevar allí varias horas.

—¿Por qué no se lo contaste a nadie? —quiso saber Roderick.

Alison se encogió de hombros.

—Fue un pequeño incidente que sólo a mí atañía. Comprendí, cuando tuve tiempo de reflexionar, que mis padres adoptivos se habrían enfadado, pero no conmigo. Bien, creí preferible no decir nada. Yo salí perjudicada de la aventura y no tenía ninguna importancia, mirándolo bien.

—¿Y el hombre que iba a azotarte?

—No volví a verlo. Fue dos años más tarde cuando recibí mi primer castigo.

—Un momento —la interrumpió Roderick—. Has dicho que entonces ya sabías que eras un ser inferior... que siempre lo supiste, pero que aquélla era la primera vez que alguien te lo daba a entender. ¿Cómo lo sabías? ¿Dónde o cómo lo supiste? ¿Cuándo? ¿De qué forma?

Alison intentó reflexionar. Todos lo vieron, pero sólo pudo balbucir:

—No lo sé.

—Está bien —repuso Roderick, como si no tuviera importancia—. ¿Qué te ocurrió dos años después?

—Tal vez le esté dando demasiada importancia a estos incidentes —observó Alison, disculpándose—; pero ciertamente sucedieron. Claro que al decir que transcurrieron dos años, quise dar a entender que durante los mismos no ocurrió nada ni nadie me dijo nada que me recordase que yo era una androide y no un ser humano.

»A los dieciséis o diecisiete años, de repente descubrí en mí una gran habilidad para el tenis. Jugaba desde muy pequeña, y unas veces estaba en forma y otras no, pero de pronto mejoré inesperadamente. Ingresé en un nuevo club. Y me escogieron para figurar en un partido de categoría, Jugué en los mixtos, en los individuales y en los dobles femeninos. Y quedé muy bien, aunque esto no importa.

»Después del encuentro, la compañera de mi doble me dijo que me llamaban al despacho. Había algo extraño en su forma de decírmelo, pero no conseguí averiguar en qué consistía. Me pregunté si habría quebrantado el reglamento, si habría jugado mal una pelota, o si me había olvidado de inclinarme tres veces hacia oriente... Bueno, ya se sabe cómo son estos clubs.

—No, no lo sabemos —intervino el juez—. No sabemos nada, ¿recuerde? Díganoslo.

Inesperadamente, Roderick afirmó con el gesto.

14

Alison sonrió con incertidumbre al seguir a Verónica. No estaba nerviosa ni pensaba haber quebrantado realmente el reglamento, pero sentía cierta aprensión. Y tenía curiosidad por saber de qué se trataba. Existían, naturalmente, muchas posibilidades. ¿La confundían con otra? ¿Había alguien robado algo y pensaban que era ella la culpable? ¿Habrían inspeccionado su raqueta, comprobando que era una pulgada más ancha de lo reglamentado?

Todo el equipo se hallaba en la dirección. Todos estaban serios, y ella compuso un grave semblante cuando vio sus expresiones. No se le ocurrió, sin embargo, que la causa de aquella reunión fuese su condición de androide. Sólo una vez en su vida había tenido un indicio de que los androides eran seres inferiores.

Pero ésta era la verdad, Bob Walton, el capitán del equipo, afirmó con gravedad que sus contrarios, una vez vencidos, había impugnado el resultado, alegando que habían reclutado a campeones androide para ayudarlos. Alison se echó a reír.

—Vaya noticia. He oído excusas muy especiales. Yo misma las he proferido. Mala luz, mal terreno, una piedra en el zapato, movimiento de gente, la red muy alta... Pero jamás oí que alguien dijese: «Habéis ganado por tener un androide entre vosotros». Los androides son personas ordinarias... buenos y malos tenistas. El campeón de individuales es androide, y en cambio la campeona es humana. Lo sabéis como yo. Lo mismo podrían quejarse nuestros contrarios de haber sido vencidos por personas más altas, o de brazos más largos.

Todo el mundo se tranquilizó.

—Lo siento, Alison —declaró Walton—. Ninguno de nosotros sabía que no eras androide.

Alison frunció el ceño.

—¿Qué pasa? Claro que soy androide. No lo dije porque nadie me lo preguntó.

—Lo dimos por sentado —replicó Walton, muy tieso—. Me refiero a que ya sabías... Claro que lo sabías. No puede haber androides en la competición de la liga Atenea. Procuramos mantener, al menos, un grupo limpio.

Consultó con la mirada a los otros dos jóvenes de la estancia e inclinó la cabeza. Sin añadir una sola palabra, los tres abandonaron la habitación.

Alison, a solas con las otras tres muchachas, una de las cuales no pertenecía al equipo, se exasperó.

—¡Qué bobada! —exclamó—. Si se tratase de jugar una liga sólo para humanos, santo y bueno, pero en tal caso tendríais que poner anuncios para evitar un mal entendido. No sé si vosotras...

—Tanto si lo sabías como si no —la atajó Verónica, la misma Verónica con la que poco antes había estado riendo y ganado el partido—, procuraremos que nunca lo olvides.

Se encerraron con ella. Por lo visto, iba a celebrarse una lucha. A Alison no le importaba. Aestó un puñetazo en las costillas de Verónica y la envió sin resuello al otro extremo del cuarto. Esperaba que le desgarrasen la ropa, pensando que ello era convencional al tratar con chicas androides. Pero aquello fue muy diferente de la escena del bosque. Todo fue limpio y deportivo. Los hombres las habían dejado solas, y en vez de media docena de muchachos armados con navajas, sólo había tres jóvenes contra una.

Alison combatió con dureza. Adivinó que, de no pelear limpiamente, daría pábulo a las críticas contra los androides. Y para hacerles justicia, las otras también se comportaron con deportividad. No les importaba hacerle daño, pero no le pegaron en la cara, ni utilizaron las uñas para arañarle el rostro.

Alison tuvo una buena actuación, pero las otras eran resistentes, y siempre tres ganarán a una sola, en igualdad de condiciones. Cayó al suelo y una de las jóvenes se sentó sobre sus piernas, y otra en la espalda, mientras la tercera le pegaba firmemente con una raqueta en la parte más carnosa de todo su cuerpo.

No fue una broma. Alison no se habría quejado aunque hubiese sido peor, pero cuando la soltaron, sintió piedad de sí misma. La dejaron sola.

Por fin se incorporó y procedió a retocarse el maquillaje y a ajustarse el vestido. El suelo estaba muy limpio y el espejo del rincón le dijo que no estaba muy desfigurada. En realidad, había salido mejor librada que sus contrincantes.

Aún colérica, pudo sonreír con filosofía. Sí, era tan buena en una pelea como en un partido de tenis. Seguramente estaban celosas de ella, de sus cualidades, y esto, al menos en parte, era verdad.

Sus sentimientos se sintieron heridos, pero no hubo más daño. Incluso fue capaz de aceptar las cosas desde el punto de vista del club.

15

—¿Cuál era su punto de vista? —la interrogó Roderick.

—Bueno, eran humanos y jactanciosos. Esto llegaron a admitirlo cuando se planteó la cuestión. Se trataba de un club privado...

—Y fue muy razonable —añadió Roderick— que excluyeran a los androides, que son unos seres inferiores.

—¡No, no es esto! —protestó Alison, riendo—. Yo no creo en realidad...

Enmudeció.

—¿Pero a veces...? —insistió Roderick—. ¿O una parte de tu ser opina de este modo, mientras el resto sabe de sobras que los androides son tan buenos como los humanos?

Alison se estremeció.

—Vaya, me parece haber quedado atrapada en una especie de red.

—Esto es lo que siente la gente —le explicó Roderick—, antes de decidir que ya no debe asustarse de las arañas... o de otra cosa que los espante.

El tribunal estaba completamente callado. Había algo en la competencia de Roderick y en la colaboración por parte de Alison que impedía toda interrupción.

—Apenas puedo añadir nada más —concluyó la joven—. Busqué empleo, no porque lo necesitase, sino porque quería tener una ocupación. Fui a una agencia de anuncios. Sabían que yo era androide. Pero me pagaron exactamente lo mismo que a un humano. Y cuando vieron que me desenvolvía bien me aumentaron el sueldo. Pero noté algo... Jamás me concedían crédito alguno. Cuando se me ocurría una idea, siempre era posible atribuírsela a otro. Pronto me vi en una situación muy particular. Yo gozaba de un puesto de poca importancia, pero responsable de mi trabajo y me pagaban bien. De acuerdo, me presenté en otra agencia y allí fue completamente diferente. Sabían que era androide, pero no pareció interesarles ni remotamente. Fui ascendiendo. Si alguna cosa salía bien, el jefe me halagaba, y si salía mal, me reñía, me increpaba, me llamaba tonta e incompetente y otras cosas que no me atrevo a repetir. Pero jamás se le ocurrió llamarme cerda androide ni nada semejante. Creo que él no era androide. Ingresé en una sociedad dramática. También dio mal resultado. No les importaba en absoluto mi condición de androide. Y me empezaron a dar buenos papeles. Pero era perfectamente natural que las tres mujeres humanas del reparto no quisieran compartir el mismo camerino con una joven androide. Cuando íbamos a plazas pequeñas, compartía el camerino con otra chica androide, y a veces tuvimos que hacerlo entre bastidores.

»Hubo muchos incidentes de la misma clase. Y se fueron multiplicando a medida que iba creciendo... no porque la diferencia fuese mayor, sino porque yo me movía en esferas más altas de la sociedad. En lugares donde es un borrón no haber asistido a Harvard o Yale, y naturalmente también es una desventaja ser androide. Después se votó una ley y ya no fue necesario admitir que se era androide. No sé qué habrá hecho ahora el club de la liga Atenea de Tenis. Después llegué a Everton y apenas me di cuenta de que yo era androide. Lo cierto es que, a pesar de cuanto he dicho, apenas le importó a nadie. Hay casi tantos androides como humanos. Es posible hallar un solo androide en un grupo de humanos... o un solo humano en un grupo de androides. Y entonces conocí a Roderick.

—Creo que aquí puedes concluir —la interrumpió Roderick, volviéndose hacia el juez—. Naturalmente, retiré mi demanda. Creo que esto ya lo dejé bien sentado mucho antes.

Alargó los brazos hacia Alison.

—Vámonos, cariño.

16

Volvió a estallar un alboroto. Fue uno de los procesos más ruidosos, y más sosegados a la par, de todos los tiempos. El juez, olvidando su dignidad, se apoyaba en un pie y luego en el otro, dolido e impaciente.

—¡No pueden irse así! —gritó con estridencia—. ¡No hemos terminado! ¡Aún no sabemos...!

—He llegado tan lejos como he podido —declaró Roderick. Vaciló al oír crecer la marea—. Está bien —prosiguió, elevando la voz—. Pero la gente no se explica a sí misma. Toda sutileza que no es normal, o tergiversa las cosas, tiene uno que explicársela a sí mismo. Y también a los demás.

Buscó en sus bolsillos y sacó un llavero.

—Espérame en el coche, cariño —le susurró a Alison. La joven se marchó, aturdida.

—Tendré que impedir que lea los periódicos durante un par de días —añadió Roderick, como para sí mismo—. Al fin y al cabo, no importa —volvió su atención a la sala—. Bien, escuchen. Si tengo razón, he descubierto lo que estaba bajo nuestras narices desde hace doscientos años y nadie lo supo ver. No digo que lo haya adivinado en cinco minutos. He trabajado durante las últimas veinticuatro horas, con ayuda de unos cuantos archivos de

pacientes androides. ¿Me escuchan? —preguntó, impaciente, al ver que crecía el tumulto—. No quería decir nada de esto. Quiero irme a casa con Alison. Ustedes ya la han visto. ¿No desearían lo mismo?

El tribunal fue asintiendo lentamente.

—Consideremos por un momento la esterilidad humana. Como es fácil comprender, parte de la misma es médica y parte psicológica. Como psicólogo, he curado a muchas personas de una pretendida esterilidad, y la mayor parte de las veces no existía tal esterilidad, sino una neurosis. Estas personas no tenían hijos porque, debido a sus propias conclusiones, no querían tenerlos; creían que no debían tenerlos, o estaban seguras de no poder tenerlos.

»Pero esto sólo algunas. Otras acudieron a mí y, junto con una consulta a un especialista de pediatría, descubría que no había nada psicológico en su conducta.

»Ahora tengo la idea de que todos los androides son estériles psicológicamente. La esterilidad se ha afincado en el ciclo de la reproducción humana, ¿pero por qué tiene que alcanzar a los androides? Si un solo androide puede reproducirse, pueden todos. A menos que, como los humanos que he curado, hayan llegado a conclusiones inconscientes según las cuales los androides no pueden, no deben, tener hijos.

»Y sabemos que casi todos pueden tenerlos.

Su voz decayó súbitamente y cuando volvió a hablar, subrayó los puntos de su declaración, mientras la gente le escuchaba absorta. No había un solo murmullo.

—Creo que si se llevara a cabo una encuesta y viésemos quién continúa negando, apasionada, honesta y sinceramente, que los androides pueden reproducirse, hallaríamos que los más apasionados, los más honestos, los más sinceros, son los mismos androides. Si miramos atrás, creo que hallaremos lo mismo. ¿No resulta significativo que fuese un doctor humano quien declaró que los androides no eran estériles?

»En cada androide se halla un axioma psicológico, según el cual el androide debe ser inferior a cualquier humano, incluso en la supervivencia. Ésta es la respuesta. Los androides no se curan porque no quieren ser curados. Conocen la esencia de sí mismos. Lo saben todo, pero prefieren ignorar lo referente a este asunto.

»Y hace mucho tiempo, sin saberlo, los androides comprendieron esta verdad: Los androides no serían una amenaza, si no podían reproducirse. Los androides siempre serían seres inferiores, si no se reproducían. Los androides podrían existir mientras no se reprodujeran. Los androides podrían competir en otros aspectos con los humanos, si no se reproducían.

Comprendió que había acertado al mirar al tribunal. Por primera vez, a la primera ojeada, era posible distinguir a los humanos de los androides. La mitad de la gente de la sala estaba interesada, absorta, sorbiendo sus palabras, o bien indignada, divertida, pensativa... Eran los humanos. La otra mitad estaba enfadada, asustada, avergonzada, apática, resentida, excitada, o llorando... ya que Roderick iba destruyendo los cimientos de su mundo.

—Tengo buenas esperanzas para Alison —observó alegremente—, porque ella buscó al doctor Smith. ¿Veis el significado? Ni un solo androide entre mil habría obrado así. Tiene que amarme mucho... Pero esto es sólo asunto de mi incumbencia.

Se marchó como Alison. Nadie intentó detenerlo. En la puerta, dio inedia vuelta.

—Cuando nazca el primer niño androide —observó—, ello significará que a pesar de los procesos o las calamidades con que tenga que enfrentarse la humanidad... la raza humana no perecerá. Porque, y creo que será bueno insistir en este punto, los hijos de los androides no pueden ser androides, ¿verdad?

Roderick conducía. Usualmente lo hacía Alison cuando iban juntos en el coche, pero acababan de firmar un acuerdo sin palabras, según el cual Roderick estaría siempre al cargo de todo.

—Hemos ganado —observó ella, riendo feliz—. Al menos, habremos ganado cuando llegue el pequeño Roderick.

—¿Crees que vendrá? —preguntó él con tono profesional.

—No lo sé. Y me pregunto qué has querido decir en el tribunal. ¿Es que vas a intentarlo?

—Lo intentaré si quieres. Pero tienes que decidirlo tú misma. Yo te ayudaré.

—Por mi parte estoy decidida y espero tu ayuda.

Cuando Roderick llevó en volandas a su esposa a través del umbral todas las cámaras de televisión parpadearon, lo mismo que las máquinas de los periodistas. Los fotógrafos no les habían seguido porque sabían dónde encontrarlos. Se publicaron centenares de fotografías. Los Liffcom eran noticia. El nombre de Liffcom fue conocido en todas partes.

Roderick era fuerte y atlético, lo bastante para tratar los cincuenta y dos kilos de su esposa, con desdén, pero no había ningún desdén en el modo cómo la sostenía en brazos. La llevaba como si se tratase de un jarrón del más puro jade de oriente, a quien el menor tropiezo podía quebrar. Se veía a primera vista que hubiera podido llevar a cualquier chica que hubiese querido bajo aquel dintel.

Casi acurrucada en sus brazos como una gatita, los ojos entornados por tanta ventura y los brazos en torno al cuello de Roderick, Alison se sentía feliz. A primera vista se veía que hubiera podido ser conducida así por cualquier hombre que le gustase.

Y penetraron en su casa como al principio de esta historia.

Pero seamos diferentes y ahora lo llamaremos el final.

Philip K. Dick - ¿QUE HAREMOS CON RAGLAND PARK?

En su propiedad cerca del pueblo maderero de John Day, Oregon, Sebastian Hada comía pensativamente una uva mientras miraba la pantalla de TV. Las uvas, transportadas ilegalmente en jet hasta Oregon, provenían de una de sus granjas en el Valle de Sonoma en California. Escupió las semillas dentro del hogar a leña delante de él, oyendo a medias al anunciante de CULTURE que daba una lección sobre los bustos realizados por los escultores del siglo veinte.

Si solo pudiera encontrar a Jim Briskin en mi red, pensó Hada desesperanzado. El payaso de las noticias en la TV, tan popular, con su flamante peluca escarlata y su genial e informal tamborileo... CULTURE necesita eso, descubrió Hada. Pero...

Pero su sociedad, en ese momento, estaba siendo conducida por el idiota —pero peculiarmente capaz— Presidente Maximilian Fischer, quien había chocado astas con Jim-Jam Briskin; y había, de hecho, encarcelado al payaso de las noticias. Por lo tanto y como resultado, Jim-Jam no estaba disponible para la red comercial que enlazaba los tres planetas habitables ni para CULTURE. Y mientras tanto, Max Fischer dominaba todo.

Si yo pudiera sacar a Jim-Jam de prisión, pensó Hada, tal vez el se mudaría a mi red por gratitud, abandonarían a sus patrocinadores Reinlander Beer y Calbest Electronics; después de todo ellos no han sido capaces de liberarlo a pesar de sus intrincadas maniobras judiciales. No tienen el poder o el know-how... y yo los tengo.

Una de las esposas de Hada, Thelma, había entrado al living de la propiedad y ahora observaba la pantalla de TV parada detrás de él.

—No te pongas ahí, por favor —dijo Hada—. Me provoca una reacción de pánico; me gusta ver el rostro de las personas. —Se revolvió en su profunda silla.

—El zorro ha vuelto —dijo Thelma—. Lo vi; me miro amenazadoramente. —se rió encantada—. Se veía tan salvaje e independiente, un poco como tu, Seb. Ojalá hubiera podido filmarlo en video.

—Debo liberar a Jim-Jam Briskin —dijo Hada en voz alta; ya se había decidido. Levantando el teléfono, marco el número del jefe de producción de CULTURE, Nat Kaminsky, en el satélite transmisor terrestre Culone.

—En exactamente una hora —le dijo Hada a su empleado—. Quiero que todos nuestros boletines empiecen a chillar por la liberación de Jim-Jam Briskin de prisión. El no es un traidor, como declara el Presidente Fischer. De hecho, sus derechos políticos, su libertad de expresión, le han sido quitados ilegalmente. ¿Entendió? Muestren clips de Briskin, háganlo quedar bien, prepárenlo... usted entiende. —Hada colgó y luego llamo a su abogado, Art Heaviside.

—Voy afuera otra vez a alimentar a los animales —dijo Thelma.

—Hazlo —respondió Hada, encendiendo un Abdulla, un cigarrillo Turco hecho en Inglaterra del cual era muy aficionado. —¿Art?— dijo por el teléfono —Empieza a analizar el caso de Jim-Jam Briskin; encuentra una manera de liberarlo.

La voz de su abogado sonó quejosa:

—Pero, Seb, si nos mezclamos en eso, tendremos al Presidente Fischer detrás nuestro con el FBI; es demasiado arriesgado.

—Necesito a Briskin. CULTURE se ha hecho pomposo, mira la pantalla en este mismo instante. Educación y arte, necesitamos personalidad, un buen payaso para las noticias; necesitamos a Jim-Jam. —Las últimas encuestas de Telscan mostraban una ominosa caída del número de televidentes, pero no le dijo eso a Art Heaviside; era confidencial.

Suspirando, el abogado aceptó:

—Lo haré, Seb. Pero el cargo en contra de Briskin es el de sedición en tiempo de guerra.

—¿Tiempo de guerra? ¿Con quien?

—Esas naves alienígenas, tu sabes. Las que entraron al Sistema Solar en febrero último. Maldición Seb; tu sabes que estamos en guerra, no puedes ser tan arrogante para negar eso; es un hecho legal.

—En mi opinión —dijo Hada—, los alienígenas no son hostiles. —Colgó el auricular, sintiéndose enojado. Es la forma de Max Fischer de sostenerse en el poder supremo, dijo para sí. Golpear el tambor del miedo a la guerra. Te pregunto, ¿que daño real han causado los alienígenas últimamente? Después de todo, nosotros no somos los dueños del Sistema Solar. Solo nos gusta pensar que lo somos.

En cualquier caso, CULTURE —la televisión educativa en sí misma— estaba languideciendo, y como dueño de la red, Sebastian Hada tenía que actuar. ¿Estoy declinando personalmente en mi vigor? se pregunto a sí mismo. Levantando una vez más el teléfono, marco el número de su analista, el Dr. Ito Yasumi, quien estaba en su propiedad en las afueras de Tokio. Necesito ayuda, dijo para sí. El creador y soporte financiero de CULTURE necesita ayuda. Y el Dr. Yasumi puede dármela.

Observándolo desde el otro lado de su escritorio, el Dr. Yasumi dijo:

—Hada, tal vez el problema proviene del hecho de que tiene 8 esposas. Eso significa más o menos 5 de más. —Hizo regresar a Hada al sofá con un gesto de su mano—. Cálmese, Hada. Es bastante triste que un operador top como el Sr. S. Hada se esté derrumbando bajo el peso del estrés. ¿Usted teme que el FBI del Presidente Fischer lo atrape como atrapo a Jim Briskin? —sonrió.

—No —dijo Hada—. No temo a nada —Yacía semi-supinamente, los brazos detrás de su cabeza, contemplando una impresión de Paul Klee en la pared... o tal vez era un original; los buenos analistas sí que hacían un inmenso montón de dinero. Yasumi le cargaba mil dólares la media hora.

Yasumi dijo contemplativamente:

—Tal vez debería arrebatar el poder, Hada, en un audaz golpe de estado contra Max Fischer. Jugar fuerte para usted mismo; convertirse en Presidente y luego liberar al Sr. Jim-Jam, no más problemas entonces.

—Fischer tiene a las Fuerzas Armadas detrás de él —dijo Hada con pesimismo— como Comandante en Jefe. Debido al General Tompkins, quien siente agrado por Fischer, son absolutamente leales. —El ya había pensado en esto—. Tal vez debería huir a mi propiedad en Calisto —murmuró. Era una propiedad fantástica, y Fischer, después de todo, no tenía autoridad allí; no era territorio de los Estados Unidos sino Alemania—. De cualquier manera, no quiero pelear; no soy un luchador, un peleador callejero; soy un hombre culto.

—Usted es un organismo biofísico con respuestas incorporadas; usted está vivo. Todo lo que vive lucha. Usted peleará si es necesario, Hada.

Mirando su reloj, Hada dijo:

—Tengo que irme, Ito. Tengo una cita a las tres en la Habana para entrevistar a un nuevo cantante de folk, un hombre de banjo y baladas que está arrasando en América Latina. Ragland Park es su nombre; él puede devolverle la vida a CULTURE.

—He oído de él —dijo Yasumi—. Lo vi en un comercial de TV; muy buen músico. Algo del Sur de Estados Unidos, del condado de Dane, muy joven, con un enorme bigote negro y ojos azules. Magnético, este Rags, como le llaman.

—¿Pero es la música folk algo cultural? —murmuró Hada.

—Le diré algo —dijo el Dr. Yasumi— Hay algo extraño en Rags Park; lo noté incluso en la TV. No es como las otras personas.

—Es por eso que es una gran sensación.

—Más que eso, diagnóstico —reflexiono Yasumi—. Usted sabe, la enfermedad mental y los poderes psíquicos están estrechamente relacionados, como el efecto poltergeist. Muchos esquizofrénicos de la variedad paranoica son telépatas, que captan pensamientos de odio en los subconscientes de las personas que los rodean.

—Lo se —dijo Hada con un suspiro, pensando que esto le estaba costando cientos de dólares, una dosis de teoría psiquiátrica.

—Sea cuidadoso con Rags Park —le previno el Dr. Yasumi—. Usted es del tipo volátil, Hada; salta demasiado rápido. Primero, la idea de liberar a Jim-Jam Briskin, arriesgándose a la ira del FBI, y ahora este Rags Park. Usted es como un diseñador de sombreros o una pulga humana. La mejor apuesta, como yo digo, es enfrentar abiertamente al Presidente Fischer, no la tortuosidad que adivino esta llevando a cabo.

—¿Tortuoso? —murmuro Hada—. Yo no soy tortuoso.

—Usted paciente mas tortuoso que tengo —le dijo el Dr. Yasumi con aspereza—. Usted no tiene mas que huesos traicioneros en su cuerpo, Hada. Cuidese o sus propios planes lo quitaran de la existencia—. Asintió con gran sobriedad.

—Iré con cuidado —dijo Hada, sus pensamientos fijos en Rags Park; apenas si oía lo que el Dr. Yasumi le estaba diciendo.

—Un favor —dijo el Dr. Yasumi—. Cuando pueda arreglarlo, déjeme examinar al Sr. Park; lo disfrutaría ¿ok? Por su propio bien, Hada, además de cómo un interés profesional. Su talento psíquico puede ser de un nuevo tipo; uno nunca sabe.

—Ok —accedió Hada—. Le llamare —Pero, pensó, no voy a pagar por ello; su examen de Rags Park será en su propio tiempo.

Hubo oportunidad antes de su cita con el cantante melódico Rags Park de pasar por la prisión federal en Nueva York en la cual Jim-Jam Briskin estaba detenido por cargos de sedición en tiempo de guerra.

Hada nunca había conocido al payaso de las noticias cara a cara, y se sorprendió al descubrir cuanto más viejo se veía el hombre en persona que en TV. Pero tal vez el arresto de Briskin, sus problemas con el Presidente Fischer, lo habían sobrepasado temporariamente. Sería suficiente para sobrepasar a cualquiera, reflexionó Hada mientras el comisario abría la celda y lo dejaba pasar.

—¿Como fue que se enredó con el Presidente Fischer? —preguntó Hada.

El payaso de las noticias se encogió de hombros y dijo:

—Usted vivió ese periodo de la historia tanto como yo —encendió un cigarrillo y fijo su mirada detrás de Hada.

Se estaba refiriendo, comprendió Hada, a la defunción de la gran computadora solucionadora de problemas de Washington DC, Unicephalon 40-D; la cual había gobernado como Presidente de los Estados Unidos y Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas hasta que un misil, disparado por las naves alienígenas, la había dejado fuera de servicio. Durante ese periodo, el Presidente sustituto, Max Fischer, había tomado el poder, un bobo designado por la unión de estados, un hombre primitivo con una antinatural y bucólica astucia. Cuando al fin Unicephalon 40-D fue reparada y reasumió su funcionamiento, le había ordenado a Fischer que abandonara su oficina y a Jim Briskin que cesara su actividad política. Ninguno de los hombres había obedecido. Briskin siguió con su campaña contra Max Fischer, y Fischer se las había arreglado, por medio de algún método todavía desconocido, para desactivar a la computadora. Convirtiéndose, por lo tanto, de nuevo en el Presidente de los Estados Unidos.

Y su primer acto había sido encarcelar a Jim-Jam Briskin.

—¿Lo ha visitado mi abogado, Art Heaviside? —preguntó Hada.

—No —dijo Briskin con brevedad.

—Escúcheme, amigo —dijo Hada— sin mi ayuda usted estará en prisión para siempre, o al menos hasta que Max Fischer muera. Esta vez no está cometiendo el error de permitir que Unicephalon 40-D sea reparada; está fuera de combate para siempre.

—Y usted me quiere para su red a cambio de sacarme de aquí —dijo Briskin.

Fumaba rápido su cigarrillo.

—Lo necesito, Jim-Jam —dijo Hada—. Hizo falta coraje de su parte para exponer al Presidente Fischer como el bufón hambriento de poder que es; en Max Fischer tenemos una terrible amenaza pendiente sobre nosotros, y si no nos unimos y trabajamos rápido será demasiado tarde; ambos estaremos muertos. Usted sabe —de hecho lo dijo en TV— que Fischer recurriría sin problemas al asesinato para conseguir lo que quiere.

—¿Puedo decir lo que quiera por medio de sus instalaciones? —inquirió Briskin.

—Le doy libertad absoluta. Ataqué a quien quiera, incluso a mí.

Luego de una pausa, Briskin respondió:

—Aceptaría su oferta, Hada... pero dudo de que incluso Art Heaviside pueda sacarme de aquí. Leon Lait, el Fiscal General de Fischer, está conduciendo personalmente el proceso en mi contra.

—No se resigne —dijo Hada—. Billones de sus televidentes están esperando para verlo salir de esta celda. En este momento mis boletines televisivos están clamando por su liberación. La presión pública está creciendo. Incluso Max tendrá que escuchar eso.

—Lo que temo es que me ocurra un «accidente» —dijo Briskin— Tal como el «accidente» que sufrió Unicephalon 40-D una semana luego de reanudar su funcionamiento. Si no pudo salvarse ella, como puedo...

—¿Usted está asustado? —preguntó Hada con incredulidad—. Jim-Jam Briskin, el prestigioso payaso de las noticias... No puedo creerlo.

Se hizo un silencio, quebrado por Briskin:

—La razón por la que mis patrocinadores, Reinlander Beer y Calbest Electronics, no han sido capaces de sacarme es —hizo una pausa— la presión del Presidente Fischer sobre ellos. Sus abogados hasta lo admitieron conmigo. Cuando Fischer se entere de que usted está tratando de ayudarme, él aplicará toda la presión de que disponga directamente sobre usted. —Dirigió una aguda mirada a Hada—. Me pregunto si tiene el aguante necesario para soportarlo.

—Ciertamente lo tengo —dijo Hada— Como le dije al Dr. Yasumi...

—Y presionará a sus esposas —continuó Jim-Jam Briskin.

—Me divorciare de las ocho —replicó Hada acalorado.

Briskin extendió su mano y se dieron un apretón.

—Es un trato entonces —dijo Jim-Jam—. Iré a trabajar para CULTURE tan pronto como salga de aquí. —Sonrió en forma cansada pero esperanzadora.

—¿Ha oído alguna vez de Rags Park, el cantante melódico folk? Hoy a las tres y media lo contratare a él también.

—Hay un aparato de televisión aquí y de vez en cuando veo alguno de los actos de Park —dijo Briskin—. Suena bien, pero... ¿quiere usted eso en CULTURE? No es muy educacional que digamos.

—CULTURE está cambiando. Vamos a suavizar nuestro tono didáctico de ahora en más. Hemos estado perdiendo a nuestra audiencia. No es mi intención ver como CULTURE se desvanece. El solo pensarlo...

La palabra CULTURE se refería a Comité de Utilización de Técnicas de Aprendizaje para Propósitos de Renovación Urbana. Una gran parte de las propiedades en bienes raíces de Hada consistían en la ciudad de Portland, Oregon, la cual había adquirido —intacta— hacía diez años. No tenía un gran valor; típico de las constelaciones de conventillos semi-

abandonados que se habían convertido no solo en repelentes sino también en obsoletos, Portland tenía un cierto valor sentimental para el debido a que había nacido allí.

Sin embargo, un pensamiento permanecía en su mente. Si por algún motivo las colonias en los otros planetas y lunas debían ser abandonadas, si sus habitantes fluyeran de retorno a la Tierra, las ciudades serían repobladas nuevamente. Y con las naves alienígenas moviéndose rápidamente cerca de los planetas mas lejanos, esto no era tan imposible como sonaba. De hecho, algunas familias ya habían emigrado de vuelta a la Tierra...

Por lo tanto, bajo la superficie, CULTURE no era exactamente la empresa de servicio público desinteresado y sin fines de lucro que aparentaba. Mezclados con la educación, los boletines de Hada difundían la seductora idea de la ciudad, todo lo que esta podía ofrecer, cuan poco había en las colonias. Abandone la difícil y cruda vida en la frontera, declaraba CULTURE noche y día. Retorne a su planeta; repare las ciudades en decadencia. Ellas son su verdadero hogar.

¿Sabía esto Briskin? Se preguntaba Hada. ¿Comprendía el payaso de las noticias el verdadero propósito de su organización?

Hada iba a averiguar esto... cuando lograra —si lo lograba— sacar a Briskin de la cárcel y ponerlo delante de un micrófono de CULTURE.

A las tres en punto, Sebastián Hada conoció al cantante folk Ragland Park en la oficina de la Habana de CULTURE.

—Estoy encantado de conocerlo —dijo Rags Park con timidez. Alto, flaco, con su enorme bigote negro escondiendo casi toda su boca, caminando en un estado semi-inconsciente y arrastrando los pies, sus ojos azules brillaban auténticamente gentiles y amistosos. Poseía una inusual dulzura en su persona, notó Hada. De una calidad casi de santo. Hada se encontraba impresionado.

—¿Usted toca tanto la guitarra como el banjo de cinco cuerdas? —dijo Hada—. No al mismo tiempo, por supuesto.

—No, señor. Alterno entre una y otro —musitó Rags Park—. Quiere que toque algo para usted ahora?

—¿Adónde nació usted? —pregunto Nat Kaminsky. Hada había traído con el a su jefe de producción; en este tipo de asuntos, la opinión de Kaminsky era valiosa.

—En Arkansas —respondió Rags—. Mi familia cría cerdos —Tenía su banjo con el y ahora hacía sonar nerviosamente un par de notas—. Conozco una canción realmente triste que le romperá el corazón. Se llama «Pobre Viejo Hoss» ¿Quiere que la cante?

—Lo hemos oído —dijo Hada—. Sabemos que es bueno. —Trató de imaginarse a ese desmañado joven haciendo sonar su música a través de CULTURE entre lecciones sobre los escultores de retratos del siglo veinte, difícil de imaginar...

—Apuesto a que hay algo que usted no sabe sobre mi Sr. Hada. Compongo gran parte de mis baladas —dijo Rags.

—Creativo —dijo Kaminsky expresamente a Hada—. Eso es bueno.

—Por ejemplo —continuo Rags—, una vez hice una balada sobre un hombre llamado Tom McPhail quien corrió quince kilómetros con un cubo de agua para apagar el fuego de la cuna de su pequeña hija.

—¿Lo logro? —pregunto Hada.

—Claro que si. Justo a tiempo. Tom McPhail corrió rápido y mas rápido con ese cubo de agua.

Cantando, Rags hizo sonar su banjo como acompañamiento:

«Aquí viene Tom McPhail,
agarrando fuerte ese pequeño cubo.

Agarrándolo fuerte chicos, aquí viene.
Corazón lleno de miedo, facultades entumecidas.»

Twang, twang, sonaba el banjo, triste y apremiante.

—He estado siguiendo sus shows y nunca lo he oído cantar esa canción —dijo Kaminsky con intensidad.

—Ah —dijo Rags—. Tuve mala suerte con eso, Sr. Kaminsky. Resulta que realmente existe un Tom McPhail. Vive en Pocatello, Idaho. Canté acerca del viejo Tom McPhail en mi show de TV numero catorce en enero y ahí mismo se molestó —estaba escuchando— he hizo que un abogado me escribiera.

—¿No era solamente una coincidencia en los nombres? —quiso saber Hada.

—Bueno —dijo Rags, caminando semi-inconscientemente en círculos—, parece que realmente había habido un incendio en su casa de Pocatello, y MacPhail, entró en pánico y corrió con un cubo hasta el arroyo, y éste estaba a 15 kilómetros, como yo dije en la canción.

—¿Volvió con el agua a tiempo?

—Sorprendentemente, lo hizo —dijo Rags.

—Sería mejor, para CULTURE, si este hombre se limita a auténticas baladas inglesas tales como «Greensleeves». Eso sería mas cercano a lo que queremos. —dijo Kaminsky a Hada.

—Mala suerte elegir un nombre para una balada y que resulte que tal hombre realmente existe... ¿ha tenido esa clase de mala suerte desde entonces? —Hada le preguntó a Rags, pensativo.

—Si, la he tenido —admitió Rags—. Compose una balada la semana pasada... era acerca de una dama, la Srta. Marsha Dobbs. Escuchen.

«Todo el día, toda la noche, Marsha Dobbs.

Ama a un hombre casado a cuya esposa arrebató.

Arrebata esa esposa y ese hogar del corazón de Jack Cooks.

Roba al esposo, destruye al matrimonio»

—Ese es el primer verso —explicó Rags—. Sigue por 17 versos; explica como Marsha empieza a trabajar en la oficina de Jack Cooks como secretaria, va a almorzar con el, luego mas tarde ellos se encuentran en...

—¿Hay alguna lección moral al final?— pregunto Kaminsky.

—Seguro —afirmó Rags—. No te metas con el hombre de otra porque si lo haces, el cielo vengara a la esposa deshonrada. En este caso:

«La gripe espera a Jack a la vuelta de la esquina.

Para Marsha Dobbs sería peor, un ataque al corazón.

A la Sra. Cooks, la mano del cielo decidió perdonar.

La rodeó, se convirtió en una prenda difícil de llevar.

La Sra. Cooks...»

Hada interrumpió la música y el canto:

—Eso esta muy bien, Rags. Es suficiente. —Lanzó una mirada a Kaminsky y dió un respingo.

—Y apuesto que resultó —dijo Kaminsky—, que hay una verdadera Marsha Dobbs que tuvo un romance con su jefe, Jack Cooks.

—Correcto —dijo Rags, asintiendo —Ningún abogado me llamo, pero lo leí en el periódico, el New York Times. Marsha, ella murió de un paro cardíaco, y fue justamente durante...— Dudo modestamente. —Usted sabe. Mientras ella y Jack estaban en un satélite motel, haciendo el amor.

—¿Ha eliminado esa canción de su repertorio? —pregunto Kaminsky.

—Bueno —dijo Rags—, no logro decidirme. Nadie me esta demandando... y me gusta la balada. Creo que voy a conservarla.

Hada pensó, para si mismo, ¿que era lo que había dicho el Dr. Yasumi? Que olfateaba poderes psíquicos de algún tipo inusual en Ragland Park... tal vez es el poder parapsicológico de tener la mala suerte de componer baladas sobre gente que verdaderamente existe. No era precisamente un gran talento.

Por otro lado, comprendió, podría ser una variante del talento telepático... y con un pequeño retoque podría ser bastante valioso.

—Cuanto tiempo le toma componer una balada? —le preguntó a Rags.

—Puedo hacerlo en el acto —respondió Rags Park— Podría hacerlo ahora; dígame un tema y compondré aquí mismo en su oficina.

Hada cavilo un instante y luego dijo:

—Mi esposa Thelma ha estado alimentando a un zorro gris que yo sé, o creo saber, que mató y comió a nuestro mejor pato Rouen.

Luego de un momento de consideración, Rags Park entono:

«La Sra. Thelma Hada habló al zorro.
Le construyó una casa de un vieja caja de pino.
Sebastian Hada oyó un triste cacareo:
El malvado zorro gris se había comido a su pato»

—Pero los patos no cacarean, ellos graznan —dijo Nat Kaminsky críticamente.

—Ese es un hecho —admitió Rags. Deliberó un momento y luego cantó:

«El jefe de producción de Hada cambió mi suerte.
No tengo trabajo, y los patos no cacarean.»

—Ok, Rags; usted gana —y dirigiéndose a Hada— Le aconsejo que lo contrate —finalizó Kaminsky sonriendo abiertamente.

—Déjeme preguntarle algo —dijo Hada a Rags— ¿Cree usted que el zorro atrapo a mi Rouen?

—Cielos —dijo Rags— no se nada sobre eso.

—Pero en su balada usted lo dijo así —señalo Hada.

—Déjeme pensarlo —dijo Hada. En un momento cantó una vez mas y dijo:

«Interesante problema ha planteado Hada.
Tal vez mi habilidad esta subestimada.
Tal vez no soy un tipo ordinario.
¿Compongo mis baladas utilizando poderes psíquicos?»

—¿Cómo supo que yo di a entender poderes psíquicos? —preguntó Hada— Usted puede leer los pensamientos interiores, ¿no es cierto? Yasumi tenía razón.

—Señor, yo solo estoy cantando; solo soy un animador, igual que Jim-Jam Briskin, el payaso de las noticias al que el Presidente Fischer metió a la cárcel. —respondió Rags.

—¿Tiene miedo a la cárcel? —le preguntó Hada sin rodeos.

—El presidente Fischer no tiene nada contra mí —dijo Rags—. No hago baladas políticas.

—Si usted trabaja para mí —dijo Hada—, tal vez lo haga. Estoy tratando de sacar a Jim-Jam de la cárcel; hoy todos mis boletines han comenzado la campaña.

—Si, él debería ser liberado —estuvo de acuerdo Rags, asintiendo con la cabeza—. Eso fue algo malo, el Presidente Fischer utilizando al FBI para eso... esos alienígenas no son una amenaza importante.

Kaminsky, frotándose la mejilla en actitud meditabunda, dijo:

—Haga una balada sobre Jim-Jam Briskin, Max Fischer, los aliens, sobre toda la situación política. Mézclelo todo.

—Eso es pedir demasiado —dijo Rags, con una sonrisa sesgada.

—Inténtelo —dijo Kaminsky— Vea que tan bien puede epitomar.

—Guau —dijo Rags— Epitomar —Ahora se que estoy hablando con CULTURE. Ok Mr. Kaminsky. ¿Que tal esto? —y cantó:

«Pequeño Presidente panzón llamado Max,
uso su poder, cayo sobre Jim como un hacha.
Sebastian Hada lanzó una mirada de buitres.
Ve su oportunidad, interviene con CULTURA.»

—Esta contratado —dijo Hada al cantante folk, y metió la mano en su bolsillo para extraer un formulario de contrato.

—¿Tendremos éxito, Sr. Park? Díganos como resultarán las cosas —quiso saber Kaminsky.

—Yo, eh... mejor no —dijo Rags— Por lo menos no en este momento. ¿Usted cree que también puedo leer el futuro? ¿Que soy precognitivo además de telépata? —Rió gentilmente—. Tengo mucho talento, de acuerdo a usted; estoy halagado —hizo una reverencia irónica.

—Asumiré que usted vendrá a trabajar para nosotros —dijo Hada—. Y su deseo de ser un empleado de CULTURE es un signo de que siente que el Presidente Fischer no será capaz de atraparnos.

—Oh, podríamos estar en la cárcel también, junto con Jim-Jam —murmuró Rags—. Eso no me sorprendería—. Sentándose, con su banjo en la mano, se preparo para firmar el contrato.

En su dormitorio de la Casa Blanca, el Presidente Max Fischer había escuchado casi una hora en su TV, como CULTURE machacaba una y otra vez sobre el mismo tema. Jim-Jam debe ser liberado, dijo la voz; era una suave y profesional voz de anunciante, pero detrás de ella, silencioso, Max sabía, estaba Sebastian Hada.

—Fiscal General —dijo Max a su primo Leon Lait— consígame dossieres sobre todas las esposas de Hada, las siete u ocho, lo que sea. Creo que tengo que tomar un curso drástico.

Cuando, más tarde ese día, los ocho dossieres estaban delante de él, comenzó a leer cuidadosamente, mascando su cigarro El Producto y frunciendo el ceño, sus labios moviéndose con el esfuerzo de comprender el intrincado y detallado material.

Jesús, que desastre deben ser algunas de esas damas, comprendió. Deberían estar recibiendo psicoterapia química, que les enderezaran sus metabolismo cerebrales. Pero no estaba descontento; había sido suya la corazonada de que un hombre como Sebastian Hada atraería a una clase inestable de mujer.

Una en particular, la cuarta esposa de Hada, le interesaba. Zoe Martin Hada, 31 años de edad, vivía ahora en lo con su hijo de diez años.

Zoe Hada tenía definitivamente rasgos psicóticos.

—Fiscal General —dijo a su primo—, la dama esta viviendo en una pensión proporcionada por el Departamento de Salud Mental de los Estados Unidos. Hada no esta contribuyendo un centavo para su mantenimiento. Tráigala aquí a la Casa Blanca, ¿comprende? Tengo un trabajo para ella.

A la mañana siguiente, Zoe Martin Hada fue llevada a su oficina.

Vio, entre dos hombres del FBI, a una mujer flaca y huesuda, atractiva, pero con ojos salvajes y llenos de hostilidad.

—Hola, Sra. Zoe hada —dijo Max— Escúcheme, conozco algo sobre usted; usted es la única genuina Sra. Hada, las otras son impostoras, ¿correcto? Y Sebastian se la jugo sucia —Esperó, y vio como cambiaba la expresión del rostro de ella.

—Si —dijo Zoe—. He estado en las cortes por seis años tratando de probar lo que usted acaba de decir. Casi no puedo creerlo, ¿usted va realmente a ayudarme?

—Seguro —dijo Max—. Pero usted tiene que hacerlo a mi manera; quiero decir, si espera que ese canalla de Hada cambie, esta perdiendo su tiempo. Todo lo que usted puede hacer —hizo una pausa— es emparejar el marcador.

La violencia que había abandonado su cara se arrastro lentamente de vuelta, a medida que ella comprendía gradualmente lo que el quería decir.

Frunciendo el ceño, el Dr. Yasumi dijo:

—He llevado a cabo mi examen, Hada —Comenzó a guardar su equipo de tarjetas—. Este Rags Park no es ni un telépata ni un precognitivo; tampoco lee mi mente ni prevé lo que va a suceder y, francamente, Hada, aunque todavía detecto poderes psíquicos en el, no tengo idea de que podría ser.

Hada escuchaba en silencio. En ese momento, Rags Park, esta vez con una guitarra sobre su hombro, entró desde la otra habitación. Parecía sorprenderlo que el Dr. Yasumi no pudiera sacar ninguna conclusión de él; les sonrió a ambos y luego se sentó.

—Soy un rompecabezas —le dijo a Hada—. O consiguió demasiado cuando me contrato o consiguió demasiado poco... pero usted no sabe cual de las dos y tampoco sabemos el Dr. Yasumi o yo.

—Quiero que empiece en CULTURE de una vez —dijo Hada con impaciencia—. Componga y cante baladas que describan la injusta detención y hostigamiento de Jim-Jam Briskin por parte de Leon Lait y su FBI. Haga que Lait aparezca como un monstruo; haga que Fischer aparezca como un bobo codicioso y manipulador. ¿Comprende?

—Seguro —dijo Rags Park, asintiendo— Tenemos que despertar a la opinión publica. Lo sabía cuando firme; ya no lo estoy entreteniendo mas.

El Dr. Yasumi dijo a Rags:

—Escuche, tengo un favor que pedir. Componga una balada contando como Jim-Jam Briskin salió de cárcel.

Tanto Jim-Jam Briskin como Rags Park le lanzaron una mirada.

—No sobre lo que es —explicó Yasumi—, sino sobre aquello que queremos que sea.

—De acuerdo —aceptó Park encogiéndose de hombros.

La puerta de la oficina de Hada se abrió de golpe y apareció la cabeza del jefe de guardaespaldas de Hada, Dieter Saxton:

—Sr. Hada, acabamos de balear a una mujer que estaba tratando de llegar hasta usted con una bomba casera. ¿Tiene un momento para identificarla? Creemos que tal vez es, quiero decir era, una de sus esposas.

—Dios del cielo —dijo Hada, y corrió con Saxton fuera de la oficina y por el corredor. Allí en el suelo, cerca de la entrada de la mansión, yacía una mujer que él conocía. Zoe, pensó. Se arrodillo, la toco.

—Lo lamento —musitó Saxton— Tuvimos que hacerlo, Sr. Hada.

—Esta bien —dijo él—. Le creo si usted lo dice —Confiaba enormemente en Saxton; después de todo, tenía que hacerlo.

—Creo que de ahora en más sería mejor que uno de nosotros estuviera con usted en todo momento. No me refiero afuera de su oficina; quiero decir vigilancia cercana —dijo Saxton.

—Me pregunto si Max Fischer la envió aquí —dijo Hada.

—Las chances son altas —dijo Saxton—. Apostaría sobre ello.

—Solo porque estoy tratando de liberar a Jim-Jam Briskin. —Hada estaba totalmente convulsionado. —Realmente me sorprende—. Se puso en pie tambaleando.

—Déjeme ir tras Fischer —lo urgió Saxton en voz baja— Para su protección. El no tiene derecho a ser Presidente. Unicephalon 40-D es nuestro único Presidente legal y todos sabemos que Fischer la sacó de servicio.

—No —murmuró Hada— No me gusta el asesinato.

—No es asesinato —dijo Hada—. Es protección para usted y sus esposas e hijos.

—Tal ves lo sea —dijo Hada—, pero no puedo hacerlo. Por lo menos no todavía. —Dejó a Saxton y recorrió con dificultad el camino de vuelta a su oficina, donde aguardaban Rags Park y el Dr. Yasumi.

—Oímos todo —le dijo Yasumi—. Aguántelo, Hada. La mujer era una esquizofrénica paranoica con delirios de persecución; sin psicoterapia era inevitable que encontrara una muerte violenta. No se culpe a sí mismo a al Sr. Saxton.

—Y una vez ame a esa mujer...

Rasgando tristemente su guitarra, Rags Park cantaba para si; las palabras no eran audibles. Tal vez estaba practicando su balada sobre el escape de prisión de Jim Briskin.

—Acepte el consejo del Sr. Saxton —dijo el Dr. Yasumi— Protéjase en todo momento —dio un palmeada a Hada en el hombro.

—Sr. Hada, creo que ya tengo mi balada. Acerca...— comenzó Rags.

—No quiero oírla ahora —dijo Hada ásperamente— No ahora —Deseó que los dos hombres se fueran; quería quedarse solo.

Tal vez debería devolver el golpe, pensó. El Dr. Yasumi me lo recomendó; ahora Dieter Saxton me lo recomienda. ¿Que recomendaría Jim-Jam? Tiene una mente atinada... el diría, no utilice el asesinato. Se que esa sería su respuesta; lo conozco.

Y si dice que no lo haga, no lo haré.

El Dr. Yasumi estaba instruyendo a Rags Park:

—Una balada, por favor, acerca del jarrón con gladiolos que esta allí en la biblioteca. Diga como hacerlo crecer recto en el aire y que se suspenda en el; ¿de acuerdo?

—¿Que clase de balada es esa? —dijo Rags— De todas formas, mi trabajo ya esta determinado; usted escuchó lo que dijo el Sr. Hada.

—Pero todavía estoy examinándolo —refunfuño el Dr. Yasumi.

Max Fischer se dirigió disgustado a su primo el Fiscal General:

—Bueno, no lo liquidamos.

—No, Max —reconoció Leon Lait—. Tiene buenos hombres con el; no es un individuo como Briskin; es una corporación entera.

Malhumorado, Max dijo:

—Leí un libro una vez que decía que si tres personas están compitiendo, eventualmente dos de ellas se unirán contra el tercero. Es inevitable. Eso es exactamente lo que ha pasado;

Hada y Briskin son socios, y yo estoy solo. Tenemos que separarlos Leon, y poner a uno de nuestro lado contra el otro. Hubo un tiempo en que a Briskin le agradaba. Solo que no aprobaba mis métodos.

—Espere a que se entere de que Zoe Hada trato de matar a su ex-marido, entonces Briskin va a deplorarlo realmente —dijo Leon.

—¿Crees que ahora es imposible ganarlo para nuestro lado entonces?

—Seguro que si, Max. Estamos en peor posición que nunca con respecto a el. Olvídate de traerlo a nuestro lado.

—Tengo una idea en mente sin embargo —dijo Max— todavía no puedo descubrir bien que es pero tiene algo que ver con liberar a Jim-Jam con la esperanza de que sienta gratitud hacia mí.

—Estas loco —dijo Leon—. ¿Como se te ocurrió una idea como esa? No es de tu tipo.

—No lo se —gimió Max— Pero ahí esta.

Rags Park le dijo a Sebastián Hada:

—Eh, creo que ya me conseguí una balada, Sr. Hada. Como el Dr. Yasumi sugirió. Tiene que ver con como Jim-Jam Briskin sal de la cárcel. ¿Quiere oírla?

Lentamente, Hada asintió:

—Adelante —después de todo, le estaba pagando al cantante folk; bien podría conseguir algo por su dinero.

Haciendo sonar su música, Rags cantó:

«Jim-Jam Briskin languidecía en prisión,
No podía encontrar a nadie que pagara su fianza.
¡Culpen a Max Fischer! ¡Culpen a Max Fischer!»

—Ese es el estribillo, «¡Culpen a Max Fischer!» ¿Ok? —explicó Rags.

—De acuerdo —dijo Hada, asintiendo.

«El Señor vino y dijo, Max, estoy enojado.
Lanzar a ese hombre a la cárcel, eso estuvo mal.
¡Culpen a Max Fischer! el buen Señor clamó.
Pobre Jim Briskin, sus derechos le fueron negados.
¡Culpen a Max Fischer! aquí estoy para decir;
El buen Señor dijo, él ira derecho al infierno.
¡Arrepiéntete, Max Fischer! hay solo una ruta:
Gánate mi favor; libera a Jim-Jam.»

—Esto es lo que va a pasar ahora —Rags le explicó a Hada. Aclaro su garganta:

«El malo Max Fischer, el vio la luz,
dijo a Leon Lait, tenemos que hacer el bien.
Envío un mensaje para que girara la llave,
Abriera la puerta y dejara salir a Jim-Jam.
El viejo Jim Briskin vio el fin de su aprieto;
La puerta de la cárcel abierta ahora, deja entrar a la luz.»

—Eso es todo —informó Rags a Hada— Es una suerte de canción folk para vocear, una canción espiritual para seguir el ritmo golpeando ligeramente con su pie. ¿Le gusta?

Hada se las ingenio para asentir:

—Seguro. Cualquier cosa está bien.

—¿Debo decirle al Sr. Kaminsky que usted quiere que la cante al aire en CULTURE?

—Difúndala —dijo Hada—. No le importaba; la muerte de Zoe todavía pesaba en su mente, se sentía responsable, debido a que después de todo habían sido sus guardaespaldas los que lo habían hecho, y el hecho de que Zoe hubiera estado loca, hubiera estado tratando de destruirlo, no parecía importar. Aun era una vida humana; aun era un asesinato.

—Escuche —le dijo a Rags en un impulso— Quiero que componga otra canción, ahora.

Con simpatía, Rags dijo:

—Ya sé, Sr. Hada. Una balada sobre la triste muerte de su ex-esposa Zoe. He estado pensando sobre eso y ya tengo una balada lista. Escuche:

«Había una vez una dama bella de ver y oír;
Vagaba, un espíritu, sobre campos y estrellas,
Dolorida, pero perdonando a la distancia.
Ese espíritu sabe quien la traicionó.
Fue un extraño, no de los suyos.
Fue Max Fischer quien sabía que ella no...»

—No me libere de culpa, Rags; yo soy el culpable. No acuse de todo a Max como si el la hubiera azuzado —lo interrumpió Hada.

Sentado en la esquina de la oficina, escuchando en silencio, habló el Dr. Yasumi:

—Y también le da demasiado crédito al Presidente Fischer en sus baladas, Rags. En balada sobre la liberación de Jim-Jam de la cárcel, usted específicamente le da crédito a Max Fischer por un ético cambio de parecer. El no hará esto. El crédito de la liberación de Jim-Jam debe ser para Hada. Escuche, Rags; He compuesto un poema para esta ocasión.

El Dr. Yasumi entono:

«El payaso de las noticias no anida en la cárcel.
Un amigo, Sebastián Hada, lo liberó.
El ama a ese amigo, lo estima.
Sabe a quien honrar, y a quien buscar.»

—Exactamente, treinta y dos sílabas —explicó el Dr. Yasumi modestamente— La poesía japonesa al viejo estilo haiku no debe rimar como las baladas norteamericanas e inglesas, sin embargo debe ir derecho al grano, lo cual en este asunto es crucial. —Dijo a Rags—. Usted transforme mi haiku en una balada, ok? —A su manera típica, con ritmo, rimando pares, etcétera y así.

—Yo conté treinta y tres sílabas —dijo Rags— De cualquier forma, soy un artista creativo; no estoy acostumbrado a que me digan que componer —Giró hacia Hada—. ¿Para quién estoy trabajando, usted o él? No para el, hasta donde yo sé.

—Haga como el dice —dijo Hada a Rags— Es un hombre brillante.

Malhumoradamente, Rags murmuró:

—De acuerdo, pero no esperaba esta clase de trabajo cuando firme el contrato. —Se retiró al extremo más alejado de la oficina para cavilar, pensar y componer.

—¿Que esta tramando con esto, Doctor?— preguntó Hada.

—Ya veremos —dijo el Dr. Yasumi misteriosamente—. Tengo una teoría sobre los poderes psíquicos de este baladista aquí presente. Puede dar frutos, puede que no.

—Parece sentir que el exacto fraseo de las baladas de Rags es muy importante —dijo Hada.

—Eso es correcto —coincidió el Dr. Yasumi— Como en un documento legal. Usted espere, Hada; eventualmente, si tengo razón, lo descubrirá. Si estoy equivocado, ya no importa de ninguna manera —sonrió alentadoramente a Hada.

Sonó el teléfono en la oficina del Presidente Max Fischer. Era el Fiscal General, su primo, sonando agitado.

—Max, fui a la prisión federal donde esta Jim-Jam, para ver como invalidar los cargos en su contra tal como estuviste hablando... —Leon dudó— No esta, Max. Ya no esta aquí —Leon sonaba totalmente nervioso.

—¿Como salió? —dijo Max, con mas desconcierto que enojo.

—Art Heaviside, el abogado de Hada, encontró una manera; todavía no se que es, tengo que ver al Juez de la Corte del Circuito Dale Winthorp acerca de eso; el firmó la orden de liberación hace una hora o algo así Tengo una cita con Winthorp... tan pronto como lo haya visto, te llamare de nuevo.

—Maldición —dijo Max lentamente—. Bueno, llegamos demasiado tarde. —Colgó el teléfono reflexivamente y luego se concentró. ¿Que tenía Hada planeado para él? se preguntó. Algo que no comprendo.

Y ahora debo preocuparme, descubrió, de Jim Briskin apareciendo en TV. En la red de CULTURE.

Con alivio, vio en la pantalla no a Jim Briskin sino a un cantante folk dando punteos con un banjo.

Y luego se dio cuenta de que el cantante folk estaba cantando sobre él.

«El malo Max Fischer, el vio la luz,
dijo a Leon Lait, tenemos que hacer el bien.
Envío un mensaje para que girara la llave»

Escuchando, Max Fischer dijo en voz alta:

—¡Dios mío, eso es exactamente lo que paso! ¡Eso es exactamente lo que hice! — Escalofriante, pensó. Que significa, este cantante de baladas en CULTURE que canta sobre lo que estoy haciendo, ¡asuntos secretos sobre los que no es posible que supiera!

Telepático tal vez, pensó Max. Eso debe ser.

Ahora el cantante de Folk estaba cantando y punteando acerca de Sebastián Hada, de cómo Hada había sido personalmente responsable de sacar a Jim-Jam Briskin de la cárcel. Y es cierto, se dijo Max para si. Cuando Leon Lait llego a la prisión federal, se encontró con que Briskin había sido liberado por acción de Art Heaviside... será mejor que escuche muy cuidadosamente a este cantante, porque por algún motivo parece saber mas que yo.

Pero el cantante había terminado.

El anunciante de CULTURE estaba diciendo:

—Ese fue un breve interludio de baladas políticas a cargo del mundialmente reconocido Ragland Park. El Sr. Park, usted estará complacido al saberlo, aparecerá en este canal cada hora para cinco minutos de nuevas baladas, compuestas para la ocasión aquí en los estudios CULTURE. El Sr. Park estará observando los teletipos y compondrá sus baladas para...

En ese momento Max apago la TV.

Como una zapada, comprendió Max. Nuevas baladas. Dios, pensó lúgubre. Suponer que Park canta sobre el retorno de Unicephalon 40-D.

Tengo un presentimiento, pensó, de que lo que Ragland Park canta se convierte en realidad. Es uno de esos talentos psíquicos.

Y ellos, la oposición, están haciendo uso de esto.

Por otra parte, pensó, yo podría tener un par de talentos psíquicos propios. Porque si no los tuviera no habría llegado tan lejos como llegue.

Sentado delante de la TV, lo encendió una vez más y espero, mordiéndose el labio inferior y deliberando sobre lo que debería hacer. Hasta el momento no se le había ocurrido nada. Pero lo haré, tarde o temprano, se dijo para sí. Y antes de que a ellos se les ocurra la idea de recuperar a Unicephalon 40-D...

—He resuelto cual es el talento psíquico de Ragland Park, Hada. ¿Le interesa saberlo? —preguntó el Dr. Yasumi.

—Estoy más interesado en el hecho de que Jim-Jam Briskin está fuera de la cárcel —respondió Hada. Colgó el receptor del teléfono, casi incapaz de creer las noticias. —Estará aquí inmediatamente— dijo al Dr. Yasumi. —Esta en camino, en el monorriel. Nos encargaremos de que llegue a Callisto, donde Max no tiene jurisdicción, para que no puedan volver a arrestarlo. —Su mente era un torbellino de planes. Frotando sus manos, dijo rápidamente—, Jim-Jam puede transmitir desde nuestro satélite en Callisto. Y puede vivir en la propiedad que tengo allí, eso será cocer y cantar para él, sé que estará de acuerdo.

—El está fuera —dijo el Dr. Yasumi con sequedad— por el talento psíquico de Rags, así que le conviene escuchar. Porque este talento psíquico no es comprendido ni siquiera por Rags y, tan seguro como que hay un Dios, podría volverse contra usted en cualquier momento.

—De acuerdo, deme su opinión —dijo Hada reluciente.

—La relación entre las baladas compuestas por Rags y la realidad es una de causa y efecto. Lo que Rags describe ocurre. La balada precede al evento y no por mucho tiempo. ¿Lo ve? Esto podría ser peligroso, si Rags lo comprendiera y lo usara para su propia ventaja.

—Si esto es cierto —dijo Hada— entonces queremos que componga una balada sobre el retorno a la acción de Unicephalon 40-D. —Eso era obvio inmediatamente para él. Max Fischer sería merecidamente el Presidente sustituto una vez más, como había sido originalmente. Sin autoridad de ningún tipo.

—Correcto —dijo el Dr. Yasumi—. Incluso Park no podría fallar con eso —Entonces quedó en silencio, pensando profundamente. Ragland Park era potencialmente más peligroso que Max Fischer. Por otro lado, Ragland parecía ser un buen tipo; no había motivo para asumir que usaría mal su poder, como Max Fischer usaba el suyo.

Pero era un enorme grado de poder para que un ser humano tuviera. Demasiado.

—Debe tenerse cuidado acerca de que tipo de baladas compone Ragland. Los contenidos deben ser editados por adelantado, tal vez por usted —advirtió Yasumi.

—Quiero tan poca responsabilidad como sea posible... —comenzó a decir Hada, y luego se interrumpió. La recepcionista le había zumbado; encendió el intercomunicador.

—El Sr. James Briskin está aquí.

—Hágalo pasar de inmediato. —dijo Hada, encantado— Ya está aquí, Ito —Hada abrió la puerta de la oficina, y allí estaba Jim-Jam, con expresión sobria.

—El Sr. Hada lo liberó —informó el Dr. Yasumi a Jim-Jam.

—Lo sé. Lo aprecio, Hada —Briskin entró en la oficina y Hada cerró la puerta con llave.

—Escuche, Jim-Jam —dijo Hada sin preámbulos— tenemos problemas más grandes que nunca. Max Fischer no es ninguna amenaza en comparación. Ahora tenemos que vérnoslas con la forma de poder definitiva, una forma absoluta en lugar de relativa. Ojalá nunca me hubiera metido en esto; ¿de quién fue la idea de contratar a Rags Park?

—Suya, Hada, y yo le advertí en ese momento —dijo el Dr. Yasumi.

—Será mejor que de instrucciones a Rags de no componer mas baladas —decidió Hada— Ese es el primer paso a tomar. Llamare al estudio. Dios mío, puede componer una acerca de todos nosotros yéndonos al fondo del Atlántico, o a veinte unidades astronómicas en el espacio exterior.

—Evite el pánico —le dijo el Dr. Yasumi con firmeza—. Ya esta dejando que lo gane el pánico, Hada. Volátil como siempre. Cálmese y piense primero.

—¿Como puedo estar calmo —dijo Hada— cuando ese rústico tiene el poder de manejanos como juguetes? Porque, el podría comandar el universo entero.

—No necesariamente —expresó su desacuerdo el Dr. Yasumi— podría haber un límite. El poder psíquico no esta bien comprendido, ni siquiera ahora. Dificil de examinar en condiciones de laboratorio; dificil suscribirse a un escrutinio respetable y riguroso —continuó, reflexionando.

—Como yo entiendo lo que están diciendo... —comenzó Jim Briskin.

—Usted fue liberado por una balada inventada —le dijo Hada— Hecha a mi orden. Funcionó, pero ahora estamos atascados con el cantante —se paseó de un lado al otro, con las manos en sus bolsillos.

¿Que haremos con Ragland Park? Se preguntó con desesperación.

En los estudios principales de CULTURE en el satélite terrestre Culone, Ragland Park se sentó con su banjo y su guitarra, examinando los despachos noticiosos que llegaban al teletipo y preparaba baladas para su próxima aparición.

Jim-Jam Briskin había sido liberado de prisión por orden de un juez federal. Complacido, Ragland consideró componer una balada sobre ese tema, luego recordó que ya había compuesto —y cantado— varias. Lo que necesitaba era un tema totalmente nuevo. Ya había tratado ese hasta el cansancio.

Desde la cabina de control, la voz de Nat Kaminsky trono a través del altoparlante:

—¿Está listo para salir de nuevo, Sr. Park?

—Seguro —replicó Ragland, asintiendo. Realmente no lo estaba, pero iba a estarlo en un momento.

¿Que tal una balada, pensó, sobre un hombre llamado Pete Robinson de Chicago, Illinois, cuyo perro spaniel fuera atacado por un águila enfurecida un día a plena luz del día en una calle de la ciudad?

No, eso no es suficientemente político, decidió.

¿Que tal una que tratara sobre el fin del mundo? Un cometa que choca contra la Tierra, o tal vez los alienígenas que llegan en oleadas y conquistan todo... una balada realmente temible con gente estallando y cortada en dos por armas de rayos?

Pero eso era demasiado intelectual para CULTURE, eso tampoco serviría.

Bueno, pensó, entonces una canción sobre el FBI. Nunca he hecho una sobre ese tema; los hombres de Leon Lait con sus trajes grises y anchos cuellos rojos... graduados universitarios acarreado portafolios...

Cantó para sí, mientras rasgueaba su guitarra:

«Nuestro jefe de departamento dice, Hark;
Ve y trae de nuevo a Ragland Park.
Es una amenaza para el conformismo;
Sus crímenes son una enormidad.»

Riendo entre dientes, Ragland pensó en como continuar la balada. Una balada sobre si mismo; una idea interesante... ¿como se le había ocurrido eso?

Estaba tan ocupado pensando la balada que de hecho no notó a los tres hombres en trajes grises con gruesos cuellos rojos que habían entrado al estudio y estaban acercándose a él, cada hombre acarreado un maletín de una manera que dejaba bien claro que era un graduado universitario y solía llevar uno.

Realmente tengo una buena balada entre manos, se dijo Ragland. La mejor de mi carrera.

Rasgando su guitarra, continuo:

«Si, se escabulleron en la oscuridad.
Apuntaron sus armas y dispararon al pobre Park.
Callaron el clamor de la trompeta de la libertad.
Cuando condenaron a este hombre a la muerte;
Pero un crimen que no será olvidado pronto.
Incluso en una cultura podrida...»

Eso fue lo más lejos que llegó Ragland con su balada. El líder del grupo de hombres del FBI bajo su humeante pistola, asintió a sus compañeros, y luego habló al transmisor de su muñeca.

—Informen al Sr. Lait que hemos tenido éxito.

La metálica voz de su muñeca respondió:

—Bien. Vuelvan al cuartel de inmediato. El lo ordena.

El, por supuesto, era Maximilian Fischer. Los hombres del FBI sabían eso, sabían quien los había enviado en su misión.

En su oficina de la Casa Blanca, Maximilian Fischer respiró con alivio cuando fue informado de que Ragland Park estaba muerto. Esa había estado cerca, se dijo. Ese hombre podría haber acabado conmigo... conmigo y con todos en el mundo.

Sorprendente, pensó, que fuimos capaces de acabar con él. La suerte estuvo de nuestro lado sin lugar a dudas. Me pregunto porqué.

Podría ser que uno de mis talentos psíquicos tiene que ver con acabar con los cantantes folk, se dijo a sí mismo y sonrió con disimulada satisfacción.

Específicamente, pensó, un talento psíquico para hacer que los cantantes de folk compongan baladas sobre el tema de su propia destrucción...

Y ahora, descubrió, el problema real. De hacer que Jim Briskin volviera a la cárcel. Y será difícil, Hada es lo suficientemente listo para pensar en transportarlo inmediatamente a una luna remota en donde yo no tengo autoridad, será una larga lucha, yo contra esos dos... y bien podrían derrotarme al final.

Suspiró. Mucho trabajo duro, se dijo para sí. Pero creo que tengo que hacerlo. Levanto el teléfono, marcó el número de Leon Lait...

J.T. McIntosh - LA MÁQUINA DEL TIEMPO

I

Dell Davison suspiró. Todo era parar y volver a empezar; las paradas, culpables, y las arrancadas, reacias. Pero ella había dicho que se iba a educar y ¡por el cielo! que se iba a educar.

Sabía mucho de diademas y de tibias, de billetes y de marcas. Había pocas cosas sobre el Tíber, sobre Tiberio y sobre el Tibet, que ella no supiera. Al pensar en las mareas le vino a la imaginación el agua, y de aquí un gran deseo de nadar en agua clara y fresca, que era todo lo que podía hacer para lanzarse al estudio de Johann Ludwig Tieck.

El lector le mostraba imágenes en tres dimensiones, en color y con movimiento. Le habló, susurró, cantó canciones tibetanas y reprodujo el rumor del agua corriente. Le sopló en la cara el olor del mar y le produjo en la punta de los dedos la sensación de tocar la piel de cabra, diamantes y huesos que se sueldan.

Todo lo que aprendía era pertinente y exacto y con ello llenó su imaginación organizada e inteligente, donde había sitios suficientes para todo ello. Pero de pronto los propósitos de Dell se vinieron abajo, o mejor dicho, se disolvieron. Desconectó al lector, abandonando en la mitad su estudio sobre Tieck, voló al cuarto contiguo, tocó un resorte y el suelo se deslizó silenciosamente, apareciendo el agua verde y cristalina de una piscina.

A lo mejor tenía la suerte de que David entrase, aunque no existían muchas probabilidades. No había visto a David desde hacía tres semanas; pero, por si acaso, se puso un traje de baño negro que le sentaba muy bien y buceó de una manera perfecta y espectacular, como si David estuviera mirándola.

Cuando había dado tres brazadas, habló su conciencia y ya no experimentó ningún placer al nadar. ¿Qué le había dicho a David? Y aquí estaba perdiendo el tiempo.

Bueno, ¿qué le había dicho a David?

Salió de la piscina, se sacudió como un perro mojado y volvió al vestíbulo chorreando agua.

Tres semanas antes -23,37 mayo 18, 2132-. En el jardín de detrás de la casa de Jim Keiller, demasiado-bueno-para-ser-real. Pulsó los mandos de retrosección retrocediendo más de lo necesario, si es que realmente quería oír lo que le había dicho a David.

Una Dell de siete pulgadas de altura surgió de las sombras para brillar a la luz que entraba por los altos ventanales. La Dell de cinco pies y tres pulgadas, vestida con un traje de baño negro, miró con satisfacción, por no decir con deleite, a la pequeña Dell que llevaba un vestido de noche verde muy ceñido. «No es mucha presunción —pensó— que si ella hubiera de modelar su propio cuerpo completamente a su gusto, lo haría así.» Probablemente sí sería una presunción, pero a ella realmente no le importaba.

La Dell retrospectiva se posó como un pájaro y David surgió de la sombra y se le acercó. Era alto y delgado, aunque no muy guapo. El destino de Dell era hacer que se interesara por hombres inteligentes, pero no muy guapos. Dell contempló la escena con embeleso, pero tardó mucho en llegar el momento culminante.

—Puesto que me has hecho una pregunta directa —dijo el David de ocho pulgadas—, te contestaré con una respuesta franca. No quiero casarme contigo. Dell, en una palabra: no.

La Dell del vestido verde de noche le miró como si estuviese oyendo algo que nunca hubiese podido imaginar. Y así era, en realidad. Estaba todavía demasiado sorprendida para enfadarse.

—¿Quieres decir —exclamó sin poder creerlo— que después de haber llegado hasta el extremo de declararme a ti (y supongo que no necesito añadir que es la primera vez que lo hago) dices que no?

Bajó los ojos y se miró con atención, pensando si de repente se habría quedado contrahecha. Levantó la cabeza con una decisión súbita.

—Bueno, dílo de una vez —dijo—. ¿Qué es lo que está mal? ¿Soy egoísta? ¿Adoro el suelo que piso? ¿Acaso huelo mal?

—No hay nada de eso —respondió David—, aunque no te odies a ti misma, Dell. No eres precisamente la muchacha adecuada para mí. Tienes sesos, lo garantizo; pero nunca los usas. Tienes una buena cabeza, pero no hay nada dentro de ella. En una palabra: eres tonta, ignorante, inculta, ineducada, iletrada e inútil.

—Eso me suena —dijo Dell empezando a perder los estribos— a un condenado galimatías de palabras.

—Si tú —dijo David ignorando su enfado— te fueras a tu casa a leer un libro... Soy razonable y no pretendo casarme con una enciclopedia. Lo único que digo es que no puedo casarme con una chica que no sabe lo que es un hecho.

—No sabe lo que es un hecho... —repitió Dell con ironía.

—Bueno, ¿tú sabes lo que es un hecho? —preguntó David razonablemente—. Tú sabes que si te pones un vestido llamativo y vas con él por la calle, todos los hombres te miran. Pero esto no es un hecho. Es solamente un noventa y nueve por ciento de probabilidades. Lo que sí es un hecho es que la tela de tu vestido ha sido fabricada mezclando viscosa con antrone, en un tanque a la temperatura de noventa y seis grados centígrados, pero tú eso no lo sabías. Bueno, dime que no te importa. Veremos a ver si a mí me sucede lo contrario.

Con gran precisión y una fuerza casi masculina, Dell le dio una bofetada.

—Esto demuestra las tonterías que estás diciendo. Te acabo de dar una bofetada. Esto es un hecho. ¿Correcto?

—Yo no he dicho que seas estúpida —sonrió David, a pesar de que le escocía la mejilla—. No lo eres, pero es aún peor; tu imaginación es una biblioteca llena de libros muy bien encuadrados, pero sin una sola palabra escrita en ellos.

—Me parece que voy a escribir algo en ellos —manifestó—. ¿Cuánto tiempo crees que me hará falta adquirir algo de cultura? ¿Dos semanas?

—Por lo menos —respondió David con sorna y disimulando la risa.

—Tengo algunas dudas sobre esto —dijo Dell suspicazmente—. Supongamos que cuando esté educada prefiero seguir siendo tonta. ¿Qué puedo hacer?

—No te preocupes —contestó David—. No se adquiere la cultura como quien toma un cuchillo y un tenedor. Esta idea tuya durará hasta que pongas en marcha al lector, pero no más. La desconectarás atemorizada por la posibilidad de llegar a aprender.

—Tú no crees que sea capaz de fijar la imaginación en algo más de cinco minutos —afirmó Dell, enfadada, con muchas razones—. Bueno, te lo voy a demostrar. Me voy derecho a casa a leer la enciclopedia.

Y así lo hizo.

Detrás de Dell de tamaño natural, una voz suave y divertida manifestó:

—Así, pues, es esto todo lo que sucedió, ¿eh?

Dell se volvió y encontró a su hermano Fred.

—¡Curioso! —exclamó furiosa—. ¡Fisgón!

—No me he enterado de todo —dijo Fred—, pero siempre podré hacer retroceder el aparato para enterarme, cuando tú no estés.

Dell se lanzó sobre él como un tornado. El era cinco pulgadas más alto que ella y pesaba 56 libras más, pero peleaba con limpieza, cosa que ella no hacía. Le dio un cabezazo en el estómago, y cuando lo tuvo doblado y atontado en el suelo, le clavó su pequeña y dura

rodilla en el plexo solar. Fred se rió débilmente hasta que comprendió que la cosa no iba en broma cuando ya era demasiado tarde. Las piernas de Dell se enredaron en las suyas en forma que no podía quitársela de encima, tenía los brazos extendidos y no podía hacer fuerza con ellos para dominar su peso. Ella, con un puntiagudo zapato apoyado en el cuello, buscaba una oreja con sus agudos y pequeños dientes.

—Generalmente soy muy cuidadosa con las orejas que muerdo —dijo jadeando—, pero esta vez haré una excepción. O bien me prometes dejar mis asuntos amorosos tranquilos, o te vas a transformar en Davinson uni-oreja. Tú piénsalo.

—¡De acuerdo! —dijo Fred después de pensarlo—. Me abstendré de meterme en tus asuntos si tu boca suelta mi oreja.

Dell le soltó, pavoneándose con satisfacción.

—David —dijo Fred cordialmente—, sea bien venido a ti.

Era otra vez la paz, y Dell no sabía realmente lo que había pasado. Peleó solamente porque sentía ganas de luchar.

—Lo malo es —convino en uno de sus bruscos cambios, que iban de la complacencia al anhelo— que él no me quiere.

—Bueno, no puedo decir que me sorprenda —observó Fred—. Ya te dije antes que le conocieras que a él no le gustan las rubias tontas.

—Et tú, brute —le lanzó ella displicente.

—¡Shakespeare! —exclamó de pronto Fred con la boca abierta—. ¿Has sido tú quien ha dicho eso, Dell?

—Le dije a David que me iba a instruir y mantengo que me voy a instruir. Mira esto.

Fred tomó la enciclopedia que ella le tendía y miró atentamente para ver lo que estaba estudiando.

—No te vas a aprender todo esto, ¿verdad?

—¿Crees que soy tonta? —dijo ella sonriendo—. Sí, lo crees. Bueno, ya sé que no tengo que aprendérmelo todo, sino solamente un ejemplo representativo de cada cosa. Por ejemplo, no voy ni a mirar la sección A. S., ni la VE ni la CONS, y por tanto, no sabré nada sobre astronomía, sobre Venus o las constelaciones, pero me he leído las secciones EST y PL y sé todo lo que hay de las estrellas y los planetas y...

—¿Sabes —insinuó Fred extrañado— que eres muy astuta?

—¿Verdad que sí? —Dell brincó de felicidad.

—Pero ¿cuál supones que va a ser el resultado? ¿Crees que David te va a tomar en sus brazos exclamando: «¡Querida! ¡Chica maravillosa!»?

—Todavía no he llegado a eso —murmuro Dell dudando—. Ya pensaré en ello cuando sepa más.

Fred echó atrás la cabeza y soltó una carcajada. Dell le miró suspicaz y sin comprender si la risa era contra ella o a su favor.

—Pero yo venía a decirte una cosa —dijo Fred cuando acabó de reírse—. Es extraño que se te haya metido esa idea en la cabeza. Esperaré hasta que acabes.

—¿Por qué? —preguntó Dell frunciendo el ceño.

—Porque cuando acabes sabrás algo sobre ello.

—Conforme —dijo Dell, y continuó con su libro.

—¿Es este tu uniforme escolar? —preguntó Fred sonriendo y mirando su traje de baño negro.

—Tonto —le contestó desdeñosamente—. Para leer no hace falta vestirse.

Fred continuó fumando pacientemente mientras ella atacaba la palabra «tizzy» y quedó sorprendida al ver que se trataba de una máquina que no había sido proyectada para cumplir un fin concreto, pero que seleccionaba al azar cualquier cosa, fuese lo que fuese.

—¿Te ha chocado algo en particular en esa sección? —le preguntó Fred al cabo de un rato y a modo de tanteo.

—¿Qué si me ha chocado algo? —dijo inclinando la cabeza pensativa.

—Sí, algo que te sorprendiese e interesase particularmente.

Ella le habló del «tizzy». Si hubiese sabido que existía semejante cosa habría pedido uno prestado y lo usaría para que le seleccionase una combinación de dos letras, para su estudio de la enciclopedia.

—¿Algo más? —insistió Fred.

—Bueno la parte que trata del tiempo.

—¿Sí? —dijo Fred distraídamente.

—Y en particular, la parte relacionada con los viajes en el tiempo.

—Caliente, caliente.

—Yo nunca supe que existieran los viajes en el tiempo. ¿No es extraño? No el que yo no lo supiese, pues hay muchas cosas que todavía no sé, pero esto no parece interesarle a nadie. Nadie lo usa. Por lo menos cuando escribieron esta sección.

—Ni después.

Dell, que en realidad tenía una inteligencia muy despierta, preguntó:

—¿Quieres decir que se te está ocurriendo probarlo?

Tomado un poco de improviso, aunque ya debía de estar acostumbrado a las cosas de Dell, Fred lo admitió:

—Es cosa extraña. No sé de nadie que haya demostrado interés. ¿Puedes explicártelo?

—¿Explicar qué?

—Bueno, piénsalo bien. Se ha descubierto un método para viajar en el tiempo. Está probado matemáticamente y todo el que tenga una mediana inteligencia sabe que cuando una cosa ha sido probada matemáticamente ya no queda ninguna duda. Por tanto, esto funciona. Puedes volverte atrás en el tiempo, si quieres. Lo extraño es que, desde hace ciento veintisiete años, nadie se ha ocupado de ello.

—Ahí tienes la máquina retrospectiva —le recordó Dell—. Yo siempre la he considerado como una cosa corriente y normal, sin preocuparme de cómo funcionaba, pero ahora comprendo que lo que usa es el viaje en el tiempo. Tú miras y ves actualmente lo que sucedió.

—Seguro —dijo Fred, haciéndose un poco el tonto—. ¿Qué creías que era? ¿Magia?

—Bueno, podía ser que grabases lo que dices y después volver a oírte. Yo pensé que era algo así. Con una biblioteca de todo lo sucedido en los últimos treinta años. No va más atrás de esto —concluyó insegura.

—Para ser una chica con seso, tienes muy poco —dijo Fred— para ir hacia atrás desde lo que decíamos. ¿No te choca que pudiendo irse cualquiera a la semana anterior, al año anterior o al siglo anterior, nadie lo haya hecho durante los últimos ciento veintisiete años?

—Si lo presentas de ese modo, sí —admitió Dell.

—No existe ninguna ley en contra de ello. La razón es que nadie parece haberse interesado lo bastante como para inventar una ley que se oponga. Hace dos horas estaba mirando una máquina para viajar en el tiempo y no hay nada que me impida retroceder cien años; por poco lo hago.

—¿Por qué no lo hiciste?

—No lo hice —contestó Fred— porque sabía que no podría volver.

La conversación quedó en suspenso porque, en el fondo, no le interesaba demasiado a Dell y había sido sólo un medio de pasar el tiempo y una excusa para no empezar con la sección AC, que era la siguiente en su lista. Se quedó pensativa y, de pronto, comprendió y tuvo miedo.

—De todos modos sigues pensando en hacerlo —exclamó—. No viniste más que a decírmelo. ¡Oh, Fred, no lo hagas!

Acababa de leer todo lo que se sabía sobre los viajes en el tiempo. Solamente se podía ir en un sentido: hacia atrás. Esto estaba probado matemáticamente. Pero no había otro modo de adelantar en el tiempo normal más que el usual, sesenta a sesenta segundos, veinticuatro horas al día. Cualquiera podía irse fuera del tiempo presente hasta el pasado, pero solo podía retroceder, como máximo, ciento veintisiete años y no se podía garantizar ningún punto dentro de ese período. Tanto podía irse hacia atrás un día, como un siglo y cuarto.

Así, pues, Fred no tuvo necesidad de explicarle que si se iba era como si nunca hubiese existido de verdad, por lo que a ella concernía. El tenía treinta años y ella veintiuno. Si se iba hacia atrás el total de ciento veintisiete años, tendría que vivir ciento treinta y seis años para estar vivo el día en que ella naciera...

—Todo eso son sandeces —aseguró ella con firmeza—, porque veo que se contradice. Cuando se inventó la máquina no servía para nada, porque nadie puede irse para atrás a una época que aún no se había inventado y... ¡Oh!, es todo idiota. Olvídate de ello, Fred, y ocúpate de alguna otra cosa. Por ejemplo, de jardinería. ¿Sabes una cosa? —preguntó, muy esperanzada—. Hay huertas con unas espigas redondas y largas llamadas alfalfa...

—No, no me convences, Dell —respondió Fred con sequedad—. Me voy a ir. Alguien tiene que hacerlo más tarde o más temprano. Lo que me inquieta es saber que jamás lo ha hecho nadie.

—¿Quieres decir que no acabas de creerlo? —se aferró ella a esta duda.

—Sí, me resulta duro creerlo del todo.

—Ya tenemos la máquina retrospectiva y puede ser que esto sea suficiente para la mayoría, porque pueden ver el pasado sin necesidad de retroceder y vivir en él. La enciclopedia dice que puede resultar peligroso y desorganizar totalmente la vida de los últimos ciento veintisiete años. Cambiarlo todo. Puede ser que nadie haya querido arriesgarse a ello.

—Lo que tú me dices parece muy bien —observó Fred inclinando la cabeza—. Pero no altera el hecho de que no existe nada tan estúpido o peligroso que en cien años no haya habido algún condenado idiota capaz de ensayarlo. Esto es lo que a mí me extraña.

—¿Tú crees que el libro miente?

—No es eso exactamente. A lo mejor, los que han ido lo han hecho secretamente. O bien...

—¿O bien qué?

—Mira, eso piénsalo tú misma —dijo Fred, levantándose.

—No te irás «ahora» —Dell se alarmó nuevamente.

—No, te avisaré con tiempo —contestó él sonriendo—. Pero vete pensándolo y haciéndote a la idea.

II

Olive Ettingham escuchó en silencio mientras se leía el testamento, pero la nube negra que ensombrecía su entrecejo daba claramente la clave de lo que estaba pensando.

—Lo impugnaré —dijo sonriendo, cuando el abogado llegó al final.

Harvey Cornis movió la cabeza de plata y le advirtió:

—No conseguirá nada. Su padre no era tonto, señorita Ettingham. Ya suponía que usted lo impugnaría, o por lo menos que querría hacerlo, y lo ha dejado todo muy bien atado. Hizo que certificaran que estaba sano, y usted sabe perfectamente que lo estaba. Me hizo pensar bien cada cláusula y, además, lo llevó a otros consejeros legales, para que confirmasen lo que yo había hecho. No hay una sola línea por la que pueda anular este

testamento, señorita Ettingham, lo siento mucho. Yo soy ahora su abogado y creo que estaría loco si le aconsejase que llevara esto a los tribunales. Podría haber dejado un resquicio al que poder atacar ahora, pero la única cosa honrada que podía hacer era redactar un testamento que fuese inatacable, y la única cosa honrada que puedo hacer ahora es asegurarme de que usted no va a hacer una locura tratando de anularlo...

Olive Ettingham tenía cuarenta y tres años y no era de la clase de mujeres que mienten sobre la edad. En la actualidad era química, pero formaba parte de una brillante y versátil familia. Podía haber sido otra cosa y haber actuado de otro modo.

A los cuarenta y tres años todavía era una mujer guapa. Nunca había sido bonita. Quizá tampoco había sido nunca atractiva, pero tenía una cara muy interesante y, además, una fuerza de carácter, gracia y talento natural para sacar buen partido de todo.

Por tanto, aunque nunca había llamado la atención de los hombres, por encontrarse continuamente ocupada en otras cosas, estaba siempre cuidada y bien arreglada. Su vestido gris y su blusa realzaban una figura que todavía estaba bien formada y se conservaba ágil y elástica. Bastaba dirigirle una mirada para darse cuenta de que se trataba de una mujer con éxito en la vida.

—Volveré a llamarle, Harvey, si no le importa —asintió ella—. Y aunque ahora sea su cliente y no la hija de su cliente, creo que lo mejor es que me siga llamando Olive.

»Lo que dice puede ser verdad —continuó ella—. Yo no sé nada de leyes, pero soy científica. También lo era mi padre y no hay más que una cosa en la que no estamos de acuerdo. Se lo voy a explicar. He invertido estos años de atrás en..., bueno, en lo que sea no importa; pero quiero seguir haciéndolo, y él no quería que continuara porque lo que estoy haciendo puede ser mortal en la próxima guerra, si es que hay otra. También podría ayudar un poco a la humanidad, si no hay guerra. Así, como usted puede ver, cada uno mantenía su punto de vista. Por eso mi padre no quería que yo heredase su dinero. No tenía nada en contra mía, pero sabía que estaba ahogada por falta de fondos, y que si me dejaba algo lo emplearía en algo que él no quería que continuase haciendo.

Cornis asintió cortésmente. Conocía lo suficiente a Olive Ettingham para esperar que se explicase enteramente.

—Este es uno de sus procedimientos radicales. Donando su dinero para la investigación sobre los viajes en el tiempo, sabía que era un modo de ponerlo fuera de mi alcance. Es inútil que yo trate de probar esto, ¿no es así?

—No —dijo Cornis—. Por dos razones. Primero, que no importa nada que usted acierte o no. Segundo que no puede acertar, porque usted está en un error. El creía realmente en los viajes en el tiempo y trabajó lo suficiente en ello para llegar a saber que es posible, pero lo que no encontró fue el procedimiento para llevarlo a cabo.

—Entonces —continuó Olive imperturbable— si no conduce a ninguna parte, ¿no sería mejor dedicar mi trabajo a demostrar que los viajes en el tiempo son un imposible?

—Su padre previno esto. Todavía no le he leído todos los codicilos. Enumera todas las cosas que se ha podido probar que eran posibles, aun mucho tiempo después de haberse demostrado que eran imposibles. Por otra parte, si resulta que estaba equivocado y el viaje de tiempo es realmente imposible, no quiere fundar un instituto de sabios chiflados, donde se quedaría su dinero preso para siempre, sin ser útil para nada ni para nadie. Por tanto, si usted realmente puede «probar» —y puede comprender la importancia que él da a la palabra probar— que los viajes en el tiempo son imposibles, usted obtendrá el dinero y el Instituto de Viajes en el Tiempo se disolverá por el mismo hecho.

—Entonces, todo lo que yo haga por el momento es inútil —dijo Olive tranquilamente, y continuó—: usted está facultado para nombrar el primer director de ese Instituto. La mejor manera de probar que una cosa no existe es trabajar honradamente en ella y tratar de

probar que existe. Viene a ser lo mismo. Yo creo que reúno las condiciones necesarias para aspirar a ese puesto, y lo quiero para mí, Harvey.

—Su padre —observó Cornis sin mostrarse sorprendido— pensó que usted lo pediría.

—Era un viejo diablo —dijo Olive en tono admirativo y riendo como no lo había hecho desde que era pequeña—. ¿No le parece? Me ha obligado a cargar sobre los hombros con su antigua obsesión, como siempre quiso hacer. De cualquier modo, se sale con la suya. Tendré que hacer un trabajo sólido y muy pesado sobre los viajes en el tiempo hasta conseguir probar que es ridículo.

—Su nombramiento deberá ser revisado por mí cada cinco años, y le advierto, Olive, que lo haré como empleado de su padre, no como empleado suyo.

Olive volvió a sonreír. Veía a su padre disfrutando intensamente mientras estudiaba su plan para hacerla dejar el trabajo que él odiaba. No se habían querido mucho su padre y ella, pero se habían tenido un respeto sin límites. Casi sentía que no estuviera allí para verle gozar de su victoria.

Olive paró el coche frente al edificio en que tenía su despacho Harvey Cornis. No había cambiado mucho en cinco años. Hizo señas al portero que estaba bajo el adornado arco que servía de entrada al edificio.

—Necesito que me suban esto al despacho del señor Cornis —dijo indicando una gran caja que se encontraba en el asiento trasero del coche.

El portero fue a buscar ayuda. Olive suspiró impaciente; hubiese querido llevar la caja ella misma. Contenía un artefacto muy notable y no quería que lo fuesen a estropear.

El portero regresó con dos mozos. Tomaron la caja cada uno por un extremo y la balancearon para probar el peso.

—¡Cuidado! —exclamó Olive, nerviosa.

La caja dio un fuerte golpe contra la puerta de vaivén y los mozos la agarraron con más seguridad.

—Cuidado con esa caja —repitió ella—. Es frágil. Por lo menos lo que contiene.

Los mozos volvieron a dirigirse hacia la puerta de vaivén, encogiéndose para pasar por una sola hoja. La caja golpeó otra vez el marco y los mozos la dejaron en el suelo para descansar.

—¿No sirve para nada hablarles? —dijo Olive en tono de burla—. Por lo visto, para nada. La subiré yo misma, gracias.

Se agachó para levantarla, esperando que no se le rompiera el cinturón, y pasó con ella por delante de las narices de los mozos, que la miraron asombrados, sin que a ella le importase nada y pensando que se había ahorrado darles la propina.

—¿No podía haber encontrado a alguien que la ayudase a subir eso? —dijo Cornis al verla entrar tambaleándose bajo el peso de la caja.

—No sea bobo, Harvey —respondió ella jadeando—. Naturalmente que podía haber encontrado a alguien y lo he intentado, pero quería esto aquí en una pieza. La dejó con mucho cuidado en el centro de la mesa y se sentó a descansar en la butaca reservada a los clientes.

Cornis había cambiado más que ella en estos cinco años. En el hermoso cabello castaño de Olive no se veía una sola cana; en cambio, el pelo de Cornis se había acabado de poner blanco del todo en este tiempo.

—No tengo más remedio que volver a llamarla señorita Ettingham —empezó Cornis—. No me gusta nada esto, señorita Ettingham, y a menos de que me convenza de que es la mejor persona para este puesto, me veré obligado a suprimirle sus honorarios y...

—Tranquilícese, Harvey —respondió Olive pausadamente—, y no hay motivo para que no me llame Olive y esto no va a ser desagradable.

—Me alegra mucho oírlo —dijo Cornis sosegándose y fiándose de ella—. Ha llegado, pues, a alguna conclusión. Esta caja es, sin duda, una máquina de tiempo. ¿No es así?

—Sí —dijo Olive.

Por primera vez en cuarenta años Cornis se sentía con el agua al cuello. Temblaba como una medusa detrás de su maciza mesa en semicírculo, que sin duda fue hecha así para resguardarle en ocasiones como esta.

Si no hubiese conocido a Olive, sería diferente. Podría haber creído que aquella mujer que tenía enfrente estaba loca, bromeaba o algo parecido. Pero conociéndola, comprendió que dentro de unos minutos el viaje de tiempo iba a serle demostrado. Allí, en su mismo despacho. Lo iba a ver con sus propios ojos.

—Bueno, espere un momento, Olive —dijo preocupado.

—No, no hay nada por lo cual deba preocuparse —le tranquilizó Olive sonriendo—. No voy a trastornar nada del tiempo, pero creo que le puedo demostrar de un modo definitivo que los viajes en el tiempo son posibles, lo cual ha sido más pronto aún de lo que mi padre esperaba. Esto suponiendo que los porrazos a mi pobre caja no la hayan dejado inservible.

Abrió la caja. Contenía un pequeño aparato parecido a un cinematógrafo portátil. Era un cajón negro, con una pantalla de forma que las imágenes se podían ver hasta con la luz del día. Tenía varios diales en un lado y la cosa parecía sumamente sencilla.

—Ya le mandaré la especificación detallada —dijo ella—. Lo mejor es que obtenga la patente, pero no voy a entrar ahora en detalles; únicamente le diré lo que hay que hacer.

Metió un cable en un enchufe corriente que había junto a la mesa.

—Por el momento esto no es más que una de las nuevas unidades de televisión sin conexión. ¿Las ha visto usted? ¿Quiere saber lo que está pasando en cualquier sitio? ¿Lo que está haciendo su mujer mientras usted trabaja hasta desgastarse los dedos?

—Mi hijo está en París —dijo el abogado—. ¿Cree usted que podría encontrarlo?

—Ciertamente. ¿Cuál es su hotel?

Conectó desde el aire con París. Cornis miraba tranquilamente, pues esto no era ningún milagro para él. Hacía ya veinte años que una casa de televisión en Nueva York había lanzado por primera vez un programa nacional de la vida en la ciudad entrando en los cuartos cerrados, en el Metro, en los barcos que había en los puertos, y había enviado las imágenes a través de todo el Continente, sin que la cámara se hubiese movido de sitio en todo el tiempo que duró la emisión. Las primeras imágenes resultaban turbias y con algunas manchas, pero la ciencia nunca se detiene y en los últimos veinte años la gente se ha tenido que ir acostumbrando a que, vaya a donde vaya o haga lo que haga, siempre puede haber alguien que los esté mirando. Cualquier día se añadirá el sonido y se podrá escuchar, además de ver, todo lo que pasa alrededor del mundo.

Esto podía haber hecho cambiar completamente la vida, pero no ha sucedido así. El mundo se ha ido acomodando a ello gradualmente a medida que se ha ido haciendo más corriente y popular la televisión sin conexión ni cámara de transmisión. Si un marido era tan celoso que empleaba la máquina para espionar lo que hacía su mujer, antes de inventarse este procedimiento hubiera empleado un detective; por tanto, no hay tan gran diferencia. Los criminales tenían que tener mucho más cuidado para que nadie se enterase de sus planes; de lo contrario, se los podría descubrir. Pero la máquina no evitaba el crimen; la Policía no podía ver todos los robos o asesinatos que se cometen.

La gente tenía un entretenimiento sin gastar dinero en teatros, cines o clubs nocturnos. También tenía sonido, y el captarlo era un problema completamente diferente por no existir transmisor. Las ondas de luz viven mucho más tiempo en el espacio antes de morir. En realidad nunca mueren.

El nuevo sistema se llamaba TTV abreviatura de Total Tele Visión, y los técnicos pensaron que, puesto que se podía ver dentro de los cuartos cerrados en los cuales no entraba nada de luz, habría algún procedimiento para captar también el sonido.

No había manera de controlar a la nueva generación de pipiólos que se dedicaban a curiosear. Todo el que tuviese un buen aparato podía seguir a la chica que le gustase, famosa o desconocida, hasta su dormitorio o al cuarto de baño, pero esto ya no escandalizaba, ni siquiera a las viejas gazmoñas, como pasaba al principio. Las cosas se iban poniendo de una forma que por todas partes y en cualquier época del año se podía ver a las chicas llevando solamente unas cuantas pulgadas más de tela que si estuvieran en el baño. Un juez hizo observar indiferentemente en un juicio que si la TTV podía mostrarle a un hombre todo lo que pasaba en el dormitorio de una chica virgen, no podía entrar en él, y, por tanto, no había por qué armar tanto revuelo.

Era una cosa sencillamente rutinaria hacer que el abogado viera a su hijo en París. Existían determinados lugares en los que los aparatos de TTV no tenían acceso, pero, en general, se podía captar la onda de cualquier persona, estuviese donde estuviese.

—Este modelo —explicó Olive— solamente tiene un alcance un poco mayor que los corrientes. ¿Le gustaría ver a su hijo ayer?

—¿Cómo dijo usted?

—Digo exactamente esto: No solamente podemos enfocar cualquier punto que deseemos, sino también cualquier tiempo del pasado reciente.

—¿Hasta que límite de tiempo?

—Por ahora hasta dos años. Por tanto, puede usted ver cualquier cosa que haya sucedido en cualquier parte desde el veintiuno de marzo de dos mil dos.

Cornis pudo comprobarlo por sí mismo. Hizo a Olive enfocar sitios donde en tiempos pasados habían ocurrido hechos que no conocía nadie más que él. Quedó satisfecho; aquel aparato era realmente una máquina de tiempo.

—¿Se da cuenta de lo que esto significa? —preguntó.

Olive, aun siendo tan brillante como era, tenía un punto débil. Casi todo el mundo lo tiene. No se daba cuenta de todo lo que implicaban las cosas que descubría, porque no se fiaba demasiado de ellas. Miró al abogado, inquiriendo:

—Pensábamos que la TTV cambiaría el mundo —dijo— pero no fue así.

—Pero esto es diferente. Esto acabará con el crimen, Olive. Acabará con todos los secretos. Acabará con los espías. Hará la guerra casi imposible. Cambiará la forma de actuar en psiquiatría y todas las ciencias relativas a la materia. Cambiará...

—Yo ya he visto algunos de estos cambios —repuso Olive—, pero no todos los que ha enumerado usted. ¿Cómo se efectuarán?

—Se comete un crimen; cualquier clase de crimen. La policía ahora no hace más que conectar y ve todo lo que ha pasado sentada tranquilamente en su despacho. Los secretos, el espionaje, las guerras, todo esto no tengo necesidad de explicarlo. Las ciencias... Yo creí que se habría usted dado cuenta de la revolución que supone.

—Estaba demasiado ocupada en otra cosa. Justamente en el viaje del tiempo.

—Un hombre llega a la clínica de un psiquiatra. Con cualquier método que use el doctor, no puede conocer su pasado más que a través del propio cliente. No puede distinguir lo que oye de lo que puede ser la realidad, ni formar idea exacta de los defectos que le hayan producido los anteriores tratamientos a los que, a lo mejor, se ha sometido. Ahora puede ver lo que pasó desde antes que naciese el paciente, puede observar el nacimiento, seguirle durante su vida, puede...

—Pare —interrumpió Olive—. Evidentemente sí, pero por el momento todavía no.

—¿Por qué?

—Porque ya le he dicho que la máquina no trabaja más que sobre los dos últimos años.

—Pero usted la perfeccionará.

—Nunca conseguí hacerla pasar del veintiuno de marzo de dos mil dos.

—Insisto. ¿Y por qué no?

—Porque fue en ese día cuando se inventó.

—No puedo entenderlo —contestó el abogado frunciendo el ceño.

—¿No puede? Es una máquina muy lógica. Yo, por ahora, la llamo el Olivet. Puede ser que conserve mi nombre para siempre la inmortalidad del científico. Cuando tenga usted las explicaciones detalladas veremos si logra entender que el Olivet trabaja en el tiempo. No aparece físicamente en el pasado, pero tampoco la TTV aparece físicamente en París cuando nos muestra lo que está pasando en París. El Olivet, sin moverse del sitio, atrae las ondas del pasado, y naturalmente —añadió Olive sonriendo—, como es una máquina sencilla, no puede llegar hacia atrás hasta antes de existir.

Cornis hizo verdaderos esfuerzos por entenderlo, pero no pudo.

—El viaje en el tiempo —explicó Olive— está en contra de muchas leyes. Por eso le dije hace cinco años que era ridículo. Realmente lo creía entonces, pero parece que tiene sus propias leyes, que solo podemos determinar experimentándolas. Supongamos que coloco el Olivet en el veinte de marzo del dos mil dos. ¿Qué es lo que va a tratar de hacer? Tratará de mostrarnos lo que pasó un día antes que ella pudiese ver en el espacio, puesto que no existía. No hay nada que hacer y siempre pasará lo mismo.

»Dejaré esto aquí —dijo levantándose—. Puede manejarla accionando esta manivela. Mi único trabajo ahora es descubrir el actual viaje en el tiempo. Sigo en mi puesto —preguntó con interés—, ¿no es así?

—Sí, no está despedida —contestó Cornis absorto y con voz ausente.

III

Dell pensó en ello y no tardó en darse cuenta de lo que Fred quería decir.

Otra vez, cuando volvió con ganas de broma y de hacerla rabiar, tenía la moral demasiado baja para plantarle cara y tirarle al suelo.

—Debía hacerlo, sin embargo —manifestó con tristeza—; si te rompiera un hueso tendrías que estar sentado varias semanas y no harías eso.

—He pensara mucho sobre ello. No sé por qué te choca tanto.

Al principio Dell no comprendía bien adonde quería él ir a parar. Nadie parecía interesarse en los viajes en el tiempo. Bueno, esto podía ser una explicación de por qué nadie lo había probado todavía.

«Pero, entonces —pensó ella—, ¿por qué nadie se interesa?» No encontró más que una explicación, que allí tenían el Olivet. La gente se hubiese ido al pasado si esa hubiese sido la única forma de enterarse de lo que pasó entonces, pues la curiosidad es motivo suficiente para hacer casi todas las cosas. Pero desde el momento en que se podía ver el pasado en el Olivet, ¿para qué preocuparse?

Dell analizó su propio sentimiento. No tenía ningún empeño en vivir hace un siglo.

De todos modos, gradualmente fue pesando en ella lo que Fred le había dicho: «No puede haber nada tan estúpido ni peligroso como para que un condenado tonto no lo haya querido probar a lo largo de todo un siglo.»

Cuanto más lo pensaba, mejor comprendía que Fred tenía razón. Hubo uno que corrió cien millas sin parar. Otro quiso cruzar el Atlántico a remo en un bote, y menos mal que lo encontró un helicóptero a tiempo. Dos jugadores de tenis que jugaron un partido en el polo Norte y hubo otro que saltó desde el piso quince de un edificio, para probar que se podía llegar sano y salvo abajo. Efectivamente, llegó; pero no sano.

No, no había más locos que los corrientes. Pero gradualmente llegó al convencimiento de que en ciento veintisiete años que existía la máquina de los viajes en el tiempo, alguien «tenía» que haberla usado.

Por un momento pensó si se ocultaría la verdad. Podía ser que los periódicos tuviesen prohibido hablar de ello o si secretamente estaría prohibido realizar viajes en el tiempo. Pero estas ideas no eran sostenidas durante más de cinco minutos. Hubo una vez alguien que dijo que el invento del Olivet había sido el principio de la verdad. Esto puede que fuese cínico, pero claramente se podía comprender por qué lo dijo.

No se puede jugar con la Olivet. Si funcionara correctamente mostraría lo que está pasando en la actualidad. Pensándolo, la gente empezó a ser más cuidadosa en cuanto a decir mentiras. Naturalmente que se podía seguir mintiendo sobre los sentimientos, pero ya no había nadie que se atreviese a decir falsedades sobre hechos corrientes y concretos. Betty podía decir que había estado con Magda todo el día. Bill, inmediatamente, ponía en marcha el Olivet y veía que realmente había estado con Herbie.

El hecho de que ella hubiese mentido tomaba mayor importancia que el hecho de que hubiese estado con Herbie. Cuando se lee en un periódico alguna noticia atrasada, se figura uno las cosas como si pasaran actualmente, y nueve veces de cada diez resulta que la noticia es verídica. A los periodistas les interesa seguir siéndolo y no les favorece que la gente pierda la confianza en ellos.

No, nadie estaba mintiendo en relación con los viajes en el tiempo. Dell hizo algunas pruebas con el Olivet y se convenció.

—No entiendo nada —acabó por confesar a disgusto—, excepto que hay algo extraño en todo esto y que lo mejor es que no te metas en líos.

—Bueno, Dell, supongo que lo dices por cariño —respondió Fred, ceñudo—. No eres tú misma quien habla. ¿Qué te sucede? No quieres pelear y parece como si hubieras estado haciendo un gran trabajo de investigación. A este paso te vas a convertir en un miembro útil de la sociedad.

Esto ya fue demasiado para Dell. Se abalanzó a sus piernas con intención de derribarle, pero él la tomó por la cintura, la tumbó en el suelo a sus pies y la besó en la frente. Dell rompió a llorar.

—¿Por qué tienes que ser tú precisamente? —sollozó—. ¿Por qué no dejas que lo pruebe otro?.

—Es que —respondió Fred acariciándole el cabello— no lo quiere probar nadie.

—Entonces iré yo también —exclamó Dell.

—¿Y qué le parecería a David?

—¡Oh, condenado David!

—Estaba deseando que dijeras eso —dijo mirándola pensativo—. David no está bien para ti, Dell. David quiere cambiarte y, hasta cierto punto, ya lo ha conseguido. Has aprendido mucho y eso establece una diferencia, cierta diferencia muy agradable, pero la cosa no parará aquí. No puedo decir qué es lo que ahora quiere cambiar en ti, pero sé que te quiere cambiar en algo.

—Es tu amigo, ¿no?

—¿Has notado alguna vez un hecho curioso, Dell? —preguntó Fred ceñudo—. A los hermanos, generalmente, no les gusta que sus hermanas se casen con sus mejores amigos. No me atrevía a decirte nada antes, para que no emprendieras una carrera veloz a los brazos de David.

—¡Oh, no te preocupes por David! En cuanto a esto...

—En cuanto a esto solamente se me ocurre una explicación, Dell. Hay gente que ha viajado al pasado, estoy seguro de ello, pero no ha llegado a saberse. Pero las cosas cambiaron. Tiene que ser eso, tiene que haber una explicación lógica sobre los viajes en el

tiempo. La gente no se puede encontrar unos con otros en una edad antigua, ni tocar la música de un compositor antes que este la haya compuesto, ni usar de un invento antes que fuese inventado. Esto está confirmado por el hecho de que no podamos usar la Olivet o la máquina de los viajes en el tiempo antes que existiera.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Dell, asombrada.

—Quiero decir, Dell, que yo podría desaparecer. Cuando yo me haya ido tú no sabrás que me has perdido, porque sabrás perfectamente bien que nunca has tenido un hermano.

Dell se echó a llorar de nuevo. Todo lo que hacía era de corazón y cuando sollozaba parecía que en el mundo no había más que miseria; Fred casi había llegado a decirle que se olvidaría de todo.

El estaba decidido a no conformarse sin averiguar la verdad de lo que pasaba. El asunto había echado demasiadas raíces en su mente para abandonarlo.

Era casi una multitud la que se encontraba frente al edificio de los Viajes en el Tiempo. Este era una bonita construcción; pequeña pero imponente, e impresionaba más por no pretender ser más que un simple laboratorio. Alguien había dejado una gran cantidad de dinero para investigaciones sobre el viaje de tiempo, y aunque el nombre subsistía, el Instituto estaba ahora destinado a estudios químicos. Uno de sus primeros directores había demostrado de un modo definitivo hasta dónde se podía llegar y lo que se podía hacer con los viajes en el tiempo, y todo se había hecho.

Había multitud de periodistas, pero no fotógrafos, pues estos tomaban ahora sus fotografías en la Olivet. La Olivet no solo les proveía del punto de vista que desearan, sino, además, del momento que quisiesen. Una buena foto no se perdía nunca por no tener la cámara preparada.

Dell estaba llorosa en los brazos de Fred. David también se encontraba allí, pero ella no tenía nada especial que decirle y ni siquiera se tomaba interés en corregirle sus informaciones en los puntos que estaban equivocadas. Se estaba dando cuenta que Fred le importaba mucho más que David.

No se puede decir que hubiese un enorme interés público por la aventura de Fred, pero aun así había despertado bastante curiosidad. Nadie estaba exaltadamente entusiasmado, pero siempre hay algún interés por lo que se va a hacer por primera vez. Los periódicos usarían la frase «una página de la historia se escribió ayer cuando...» y el nombre de Fred figuraría en lo sucesivo en la enciclopedia.

De todos modos, todo el mundo estaba lleno de curiosidad por ver lo que iba a pasar.

En el último momento en que Fred pudo estar solo con Dell le dijo:

—Dell, ya sé que te voy a dejar sola y lo siento. He pensado si he hecho alguna cosa significativa para ti, pero no encuentro nada. Quiero decir que nunca te salvé la vida, ni nada parecido; pero si alguna vez me necesitas, ya sabes lo que tienes que hacer. La vida hace un siglo no era tan mala, un poco dura, pero había mucho más por hacer que ahora.

—Déjame ir contigo ahora —le rogó ella.

—No, primero quiero ver lo que sucede. Quiero hacer una especie de marca en el pasado, ya pensaré cómo. Después de todo, sé mucho más de lo que se sabía hace un siglo. Tú podrás ver lo que me sucede a mí.

—No quiero leer en los discos la fecha de tu muerte.

Era demasiado tarde para hacerle cambiar de idea. Cuando se abrazó a él comprendió que se agotaban los últimos segundos de estar a su lado.

Quisieron que Fred pronunciase un discurso, pero este denegó con la cabeza.

—No quiero más que irme de una vez —dijo.

Por fin se sentó en la silla, saludó y alguien le dio al conmutador.

Se oyó un grito de Dell.

No había nadie en el hall del Instituto de Viajes en el Tiempo más que Dell. Se podía haber subido ella sola en la silla y haber dado al conmutador, sin que nadie se enterase. Pero estaba más asustada que nunca de todo esto. Muchas veces se había preguntado la razón de su empeño en retroceder en el tiempo y siempre se contestó que era porque las cosas no podían estar peor hace cien años y posiblemente estarían mucho mejor.

Hizo girar a su silla de ruedas. El vigilante se le acercó cuando llegaba a la puerta. Dell no sospechaba que el vigilante creía que su obligación era ser agrio y gruñón, pues con ella siempre se había mostrado amable y le devolvió una sonrisa brillante. Lo más duro para los lisiados, quizá, no sea tener que mostrarse siempre alegres, sino tener que animar a los que se entristecen al verlos.

—Hoy todavía no, Jorge —dijo ella riendo—. Pero algún día será.

—Es una lástima, señorita, que no pueda funcionar en sentido contrario —dijo el vigilante—. Quiero decir que seguramente dentro de cien años podrán hacer algo por usted. Puede ser que pueda volver a andar.

—Ya hicieron bastante hace diez años con dejarme en el estado en que estoy —contestó Dell, y mirando alrededor del vacío hall, preguntó—: ¿Sigo siendo yo la única persona que muestra interés por la máquina?

—Nadie viene aquí nunca más que usted, señorita.

—¿No lo encuentra extraño? ¿No le choca?

—No, señorita. ¿Quién quiere vivir hace cien años? A mi parecer, las cosas, tal como son ahora, dejan mucho de ser perfectas, pero están mucho mejor que hace cien años. Siempre pasa lo mismo; nos parece que las cosas estaban mejor hace veinticinco años, quizá menos, siendo joven, pero no hay duda de que están mejor ahora que hace cien años.

—¿Por qué, Jorge? No sabía que fuese usted un filósofo.

—Tampoco yo lo sabía, señorita —dijo Jorge sonriendo—. Me parece que usted se está riendo de mí. con todo lo que ha leído. Justamente el director me estaba diciendo el otro día...

Al darse cuenta de lo que acababa de decir deseó que se lo tragara la tierra.

Si hubiera sido más listo habría recordado alguna otra cosa dicha por el director y que pudiese decirle a ella, pero no pudo hacer otra cosa que quedarse mirándola desconcertado.

—Dígame lo que sea, Jorge —le animaba ella—. De todos modos, puedo enterarme por la Olivet, puesto que me ha picado la curiosidad.

—Dijo —le explicó Jorge— que usted reunía tres condiciones excepcionales entre los mortales: que era la más bonita, la más instruida y la más digna de lástima.

—Está equivocado, al menos en lo último —sonrió Dell sin ganas—. ¿Quién soy yo para compararme con los demás? Únicamente se es digno de lástima cuando necesitas que se apiaden de ti, y yo no estoy en ese caso. Entre las muchas cosas que sé, está el hecho de que es hora de cerrar y de marcharse a casa. Ya no le entretengo más.

Hizo rodar la silla rápidamente.

Era verdad que los cirujanos habían hecho una gran labor al curarla. Había estado buscando nidos de pájaros entre las rocas. Estaba sola. Siempre había sido una chica solitaria. De un modo vago siempre iba mirando por encima de su hombro, como esperando encontrar a alguien que nunca estaba. Se cayó sobre las rocas desde una altura de casi sesenta metros. Sí, fue una buena labor la que hicieron los cirujanos. La dejaron lo mejor posible.

Dell entonces tenía once años. No sería cierto si se dijera que había sido desgraciada estos últimos diez años. Al contrario, se las había arreglado para ser tan feliz como la mayoría de la gente y más aún que muchos.

Pero últimamente algo había empezado a derrumbarse dentro de ella. No era que le faltase valor todavía. Lo que tal vez estaba perdiendo era el convencimiento de que la vida, después de todo, valía la pena de ser vivida.

Estaba empezando a sentir una indomable e imposible esperanza contra la que trataba de luchar, pero que gradualmente se iba apoderando de ella.

Hacía diez años que se había caído por el precipicio. Los viajes en el tiempo estaban considerados como factibles, aunque nadie lo había hecho aún, y puesto que nadie lo había probado, no se podía saber cómo funcionaba exactamente. Pero ella tenía la esperanza de que sí podía irse hacia atrás más de diez años, cincuenta, ciento, fuesen los que fuesen, la caída por el precipicio no había ocurrido. Por supuesto que en la teoría de los viajes en el tiempo no se hablaba nada sobre esto. Lo más probable era que aterrizase en el pasado en algún lugar (nadie sabía exactamente dónde, lo único que se sabía era que no podía sobrepasar los cientos veintisiete años atrás), todavía lisiada y sin poder andar.

Llegó en su silla hasta su piso. Estaba cansada, demasiado cansada para enfrentarse con la tarea de meterse en la cama. Podría hacerlo con facilidad con la ayuda de la máquina, pero había resuelto no usar máquinas para nada que pudiera hacer ella misma. Casi hasta la cintura era hermosa y perfecta y si no hacía algún ejercicio acabaría por ponerse gruesa y flácida. Eso sería rendirse, cosa en la que nunca pensó.

Colocó su silla frente a la Olivet y la conectó. Lo había dejado en un punto que le resultaba familiar. Por milésima vez estuvo viendo cómo se caía por el precipicio. Los psicólogos estaban todos de acuerdo que un accidente como este acabaría por ser menos sensible viéndolo muchas veces.

Una vez más, mientras lo miraba, tuvo la sensación de que había alguien detrás de ella, alguien importante en su vida y a quien ella quisiera como padre o madre, hermano, marido o amigo; no podía precisar. Pero no se volvió a mirar; si se hubiese vuelto, no habría hallado a nadie. Nunca había nadie.

IV

Cornis Harvey miró sin entusiasmo la pila de papeles que acababan de dejar sobre su mesa. Desde que Olive dejó allí la Olivet, cada vez que la veía llegar con algo en las manos la miraba con suspicacia. Y tenía razón. Había cambiado el mundo.

—¿Qué es eso? —preguntó presagiando algo malo.

—Le sugiero que contrate a alguien para que se lo explique, Harvey —contestó Olive sonriendo—; con preferencia un matemático. Dudo que usted solo pueda comprenderlo.

Cornis miró a una tercera persona que se hallaba presente.

—Bueno, ¿qué hay de nuevo, Quintin? —preguntó—. A ver si te puedo convencer de que no aparezcan por el Instituto en una temporada, para que me hagas un informe sobre estos papeles como si fueras un extraño.

—Le diré lo que significan —dijo Fred Quintin sonriendo—. Quieren decir que los viajes en el tiempo son una basura. De todas formas, esto funcionará algún día. ¿Quiere usted saber mi opinión particular?

El abogado lo miró y después a Olive, que era su jefe.

—¿Quiere decir que su opinión es distinta de la de Olive?

—Sí, completamente diferente. No lo he dicho por escrito porque ese trabajo es un rompecabezas y un rompecabezas no se puede escribir en un informe oficial.

—De acuerdo —dijo el abogado—, continúe.

—Yo creo que los viajes en el tiempo no pasarán nunca de ser una probabilidad teórica. Es más; que esto es un hecho probado, ya que nadie lo ha ensayado y que nadie lo ensayará nunca, y dentro de algunas décadas a nadie le interesará.

Cornis miró de nuevo a Olive. Quintin había trabajado con ella durante el último año, desde que la máquina de los viajes en el tiempo había sido perfeccionada. Para hacerle justicia, justicia a secas, se le ocurrió al abogado la idea de que Quintin podría ser actualmente uno de los viajeros de tiempo que utilizase la máquina. Era un ejemplar tan bueno que no le parecía real. Nunca cometía errores, era fuerte y estaba sano y bien constituido..., la clase de hombre que se desea encontrar en un futuro teóricamente mejor.

Pero esto era descabellado y más que imposible. Cornis había hablado con personas que estuvieron con Quintin en el colegio y siempre había sido igual; un poco solitario, pero lo mismo de fuerte, sano y equilibrado.

—¿Y por qué es así? —preguntó Cornis.

—Yo, señor Cornis, creo en múltiples posibilidades. Olive no cree en ellas. A mí me da lo mismo, hay libertad para creer cada uno lo que quiera y, por otra parte, Olive es mi jefe. Yo creo que hay que tener en cuenta no solamente las cosas que están pasando a nuestro alrededor, sino las cosas que podían haber sucedido. Como las personas regresando del futuro en una máquina que sabemos que puede traerlos. Algunos están limitados a hacer esto, pero nunca lo sabremos, porque no pueden encajar en nuestro tiempo, a menos que tengan preparado un sitio en que colocarse. Y si hubiera un sitio preparado para ellos, nunca sabríamos que alguna vez estuvo vacante.

—Esto —dijo el abogado— me suena vagamente como si lo levantaran a uno por los cordones de los zapatos.

Quintin se encogió de hombros sin hacer ningún comentario.

—De todos modos —insistió Cornis—, esto es solo una parte. ¿Qué es eso de que dentro de unas décadas nadie se interesará por los viajes en el tiempo?

—¡Oh, señor Cornis! —dijo Quintin descorazonado y burlón—. Y yo que creía que usted tenía sesos... Dentro de cien años ninguno de los que nos rodean actualmente tendrá el más ligero interés en volver cien años atrás, porque todos los que estuviesen interesados ya se habrían ido.

En medio del silencio que siguió, Olive insertó su voz tranquila.

—Se dará cuenta, Harvey, del motivo de haber puesto yo esto en mi informe oficial. No hay duda de que Fred es un hombre brillante, pero todos sabemos lo cerca que está el genio de la locura.

El tono divertido quitaba a su comentario lo que pudiese haber tenido de ofensivo.

—Yo creo —manifestó el abogado pausadamente— que sería mucho mejor olvidar todo este asunto. ¿Para qué va a servir este informe? De todos modos, no va a estar terminado hasta dentro de cuatro años.

—Sencillamente, para que se vea que hemos hecho todo cuanto se puede hacer sobre los viajes en el tiempo. Si no le parece mal, yo quiero volver a mis investigaciones químicas.

—Me pregunto quién me habrá mandado a mí meterme en este asunto —dijo el abogado en tono sombrío—. Bueno, tendrá usted que esperar hasta que yo tenga un informe independiente, pero si lo que dice es verdad, no es lógico que tenga que seguir trabajando en esto.

—Un curioso y pequeño asunto fracasado estos viajes en el tiempo. ¿No es así? —observó Quintin.

Cornis le miró un rato con insistencia. Todavía tenía la sensación extraña de que Quintin debía de saber algo más.

Olive y Quintin salieron uno al lado del otro, pensando en si se separarían a la puerta del Instituto o si seguirían juntos por la calle.

—¿Qué hace en sus ratos libres, Fred? —le preguntó Olive.

—¿Es una sugerencia? —preguntó Quintin volviéndose hacia ella con avidez.

—Déjese de tonterías —respondió Olive sonriendo—, si puede, cosa que dudo. Es lástima que no haya tenido usted una hermana.

—También he pensado eso yo mismo algunas veces —dijo Fred con sorpresa y súbitamente serio—. ¿Por qué piensa usted así?

—Porque usted es uno de los viajeros de tiempo, Fred, y lo sabe. Nadie como una hermana para quitarle esto de la cabeza a un hombre. Sería como usted, y siendo así, sabría que no es el único. Eso le haría mucho bien.

—Vaya, señora —dijo—. Nunca pensé que tuviera tanta penetración.

—Por el amor de Dios, venga usted, que la gente nos está mirando y me sobran lo menos veinte años para esta clase de bromas.

V

Lo que al fin decidió Dell fue encontrarse con David Catterline. Le gustaba; era la persona más interesante que había encontrado en mucho tiempo, pero experimentaba una sensación que ya se le había hecho familiar, de que la vida había pasado de largo junto a ella.

Jorge comprendió en seguida, cuando la vio en el vestíbulo del Instituto, que había tomado una decisión. Debía saber que esto tenía que suceder, pero, sin embargo, se sorprendió.

—¿Qué le sucede, Jorge? —preguntó Dell sonriendo.

—Nada, señorita. Únicamente que en todo el tiempo que llevo aquí nadie ha hecho uso de la máquina y no pensé que nadie quisiera usarla nunca.

—¿No tiene que llamar al director o algo parecido?

—No, señorita. Si usted quiere irse nadie se lo puede impedir.

Dell levantó las cejas. Le parecía demasiado fácil. Naturalmente que era demasiado fácil. Si hubiese habido problemas que resolver, oposiciones que vencer, o si hubiese sido verdaderamente difícil, hace tiempo que lo habría hecho.

—¿No es ni siquiera necesario tener testigos? Quiero decir, para que todo el mundo tenga la seguridad de que no he sido asesinada ni cosa parecida.

Jorge no tenía nada que explicar. Naturalmente, él tendría que dar parte de lo que había sucedido y la Policía lo comprobaría con el Olivet.

Jorge vacilaba, pero ella, habiéndose hecho ya a la idea, no admitía ninguna dilación. Se levantó de su silla y Jorge se acercó para ayudarla. Se colocó al lado del conmutador y le preguntó con tono de duda:

—¿Lo desea realmente, señorita?

—Sí, Jorge —respondió Dell tranquilamente.

El vigilante manipuló el conmutador.

El vigilante, que ya no era Jorge, le quitó el polvo a la máquina con indiferencia y pensando por qué estaría perdiendo el tiempo. Nadie usaría jamás la máquina. ¿Por qué habrían de usarla?

Olive y Quintin salieron del edificio juntos dudando, como todo el mundo, si se separarían en seguida o si seguirían andando por la calle uno junto al otro.

Alguien surgió entre los dos y besó a Fred.

—¡Oh!, Olive, mi hermana Dell —presentó Fred—. Dell, Olive Ettingham, mi jefe.

—¡Hola, Olive! —dijo Dell—. Ojalá esté como usted cuando cumpla los cuarenta.

—Cuarenta y nueve —rectificó Olive, riendo involuntariamente—. ¿Qué sucede? ¿habéis tenido una pelea? ¿Es esta la reconciliación?

—Hace apenas dos horas que nos vimos —dijo Fred—, y esto lo explica todo.

Se sonrió al ver la expresión de Olive.

—Usted piensa que ella es también una rubia tonta —dijo Fred—. Maldito sea, Olive; esta es mi hermana, por tanto no puede ser tonta.

»Por cierto —continuó Fred, mientras seguían andando por la acera—. Me dijo algo ayer que me ha estado preocupando desde entonces. Repítenoslo, Dell.

Dell estaba mirando ensimismada a Olive y al oír que la interpelaban se sobresaltó.

—¿A qué te refieres? —preguntó—. Yo digo tantas cosas inteligentes...

—Me refiero a cuando dijiste que te gustaría poner una bomba en el Instituto de los Viajes en el Tiempo.

—Nunca pensé que ibas a repetir esto delante de Olive —dijo Dell, toda ruborizada.

—No pensaba decirlo.

—¡Oh!, bueno, no le deseo ningún mal, Olive. Tendré mucho cuidado de no hacerlo cuando esté usted o mi hermano dentro; pero es verdad que me gustaría volar el Instituto y todo lo que hay en él relativo a los viajes en el tiempo; no comprendo por qué nadie lo hace.

—¿Por qué, Dell? —preguntó Olive divertida.

—Bueno, ¿sabe que Fred dice que se está usando la máquina de los viajes en el tiempo una y otra vez y que nadie lo sabe?

—Sí, justamente me lo estaba diciendo hace pocos minutos, pero yo no estoy obligada a creerlo.

—¡Oh!, pero está en lo cierto —aseguró Dell convencida—. Siempre tiene razón, solamente que no va lo suficientemente a fondo en algunas cuestiones. ¿Sabe lo que tiene que estar sucediendo? En el futuro todo el que tenga inteligencia, imaginación y curiosidad usará la máquina de los viajes en el tiempo para ver lo que pasa. Lo único que sabemos es que la población cada día aumenta más.

—¿Qué? —exclamó Olive asombrada.

—Tarde o temprano todos los inteligentes, imaginativos o curiosos estarán aquí y el futuro tendrá que marchar sin ellos. Lo que no dejará de ser desastroso para el futuro.

—Puede que tenga razón —murmuró Olive serenamente, volviéndose a mirar a Fred.

—Ya lo sé y eso es lo que me preocupa. Imagine lo que será el mundo dentro de varios centenares de años, sin valor, sin curiosidad y sin ninguna imaginación.

—Todo estancado... —dijo Olive—. Por supuesto que es una teoría sin pulir, pero...

—Ya puede imaginar el resultado —dijo Dell persuasivamente—. Diga usted que se ha equivocado y que no existe semejante cosa como los viajes en el tiempo.

—Es demasiado tarde —respondió Olive inclinando la cabeza—. Lo mejor será que nos aseguremos diciendo que no sucederán de ningún modo.

Dell rió y su momentánea actividad se disolvió. A ella no podía concernirle nada por mucho tiempo.

—Sí, es cierto —dijo—, debe de haber mucha gente interesante alrededor de ello. Me gusta la gente interesante, me interesa y creo que daré una vuelta por allí para echar un vistazo.

—Encontrará lo que busca, Dell —respondió Olive— gente dispuesta a cooperar.

—Gracias —dijo Dell— Cuando se piensa en ello, resulta un cumplido muy agradable. ¿No es así?

J.T. McIntosh - FERTILIZACIÓN SIDERAL

El Terran Control se especializaba en tareas desagradables, pero la más desagradable de todas fue llevar a una deslumbrada jovencita a reinar sobre un planeta de hombres.

Estábamos a unas pocas horas de Lotrin; miré a Shirley y después a Ellen y me pregunté si arreglaríamos el asunto a tiempo. No era problema de vida o muerte; probablemente ninguno de nosotros iba a morir, sucediera lo que sucediese. Teníamos escape, naturalmente, en el suicidio. Pero yo no podía suponer que ninguno de nosotros hiciera eso, ni siquiera Shirley, aunque hubiera sabido lo que sabíamos nosotros. El suicidio no es nunca respuesta a un problema; es, en el mejor de los casos, una forma de transacción.

No nos mirábamos. Hablábamos, discutíamos, vociferábamos, exagerábamos.

Interesada de nuevo en lo que estaba ocurriendo, Ellen mantenía toda la conversación, la polémica, el vocerío, la emotividad. Shirley nunca había sido charlatana, y yo sé escuchar muy bien. Además, el problema concernía menos a Ellen que a Shirley y a mí, ya que, generalmente, la gente que más habla es la que menos tiene que ver con el asunto.

Yo soy uno de esos seres dueño de una naturaleza desprendida, levemente desinteresado, que observa lo que ocurre, anda de acá para allá, provoca recuerdos y compara el presente con el pasado. Me resultó muy fácil, mientras Ellen hablaba, recordar rápidamente el comienzo de mi amistad con Shirley, desde el principio, allá en la Tierra.

Shirley nos aguardaba, nos esperaba en realidad, de modo que no había muchas posibilidades de que pudiéramos examinarla distraídamente. En el camino, como de costumbre, Ellen estaba irritada. Y su carácter la forzaba a comunicarme su punto de vista. Manejaba el coche manteniendo los ojos fijos en el camino, pero lanzando ocasionales miradas de reojo. Murmuró, gruñó, se quejó...

—Somos unos simples mensajeros... Cualquiera habría servido... Jamás haré algo que me desagrade más profundamente...

En silencio asentí sobre este último punto.

Éramos agentes del Terran Control, y estábamos realizando una tarea que alguien debía realizar. En sí misma era sencilla y más bien aburrida, y esto estaba implícito en la queja de Ellen de que éramos unos simples mensajeros. Pero había algo más que sencillez y aburrimiento en el asunto; mucho más. Lo malo era que sabíamos exactamente qué había. Algunas veces el Terran Control (TC) nos había enviado a ciegas a realizar diferentes tareas que no fueron agradables. Pero esta vez sabíamos de qué se trataba, y el asunto nos resultaba aun más desagradable, si es posible.

—Podríamos hacer algo más importante que escoltar hasta Lotrin a una colegiala crecida —protestó Ellen.

Respondí irónicamente, con el tono de voz de los locutores de radio.

—¡Pero qué muchacha! —dije con voz nasal—. ¡Qué historia la suya!... ¡Qué historia podrá escribir algún día!

—Deja eso para el gran público —interrumpió Ellen—. De todos modos ésta es una muchacha bastante vulgar. Precisamente ha sido escogida porque es una muchacha vulgar, normal, corriente, típica.

Se detuvo frente a la casita de campo donde vivía la futura Primera Madre de Lotrin. Frenó como acostumbraba a hacerlo, con una furiosa sacudida de las cuatro ruedas. No me

esperó: descendió de un salto y atravesó el sendero de gramilla mientras el coche todavía se sacudía.

Al principio creíamos que no había nadie en la casa, y Ellen protestó diciendo que se le enfriaban los pies. Pero en la parte trasera de la casa vimos a una muchacha que fingió no vernos. Estaba arrebujada en una silla de jardín, vestía ropas de campo y leía un libro.

—Quiere mostrar indiferencia —comentó Ellen.

Por una vez Ellen estaba equivocada. Shirley Judson (habíamos visto retratos de ella y la reconocimos en seguida) era agradable. Más que hermosa podía considerársela atractiva, o, de lo contrario, usar nuevos cánones para juzgar la belleza. Pero no nos equivoquemos al respecto: no había en Shirley nada que impidiera que un millón de hombres cayera rendido a sus pies. Sin embargo Ellen murmuró:

—Seguramente no la han elegido por su físico.

Yo lancé una mirada expresiva hacia la muchacha. ¿Por qué insisten las mujeres en repetir sus inútiles opiniones sobre el atractivo o la falta de atractivo de otras mujeres? No se trataba de que un millón de *mujeres* se enamoraran de Shirley.

Nos acercamos a ella y nos presentamos. Shirley no percibió exactamente en qué momento resultó imposible fingir que no nos veía, y en qué instante dejó de hacerlo, así que, técnicamente hablando, su fingimiento podría continuar aún.

Tuvimos una conversación ligera, casual... No mencionamos a Lotrin. No nos inclinamos expresando nuestro placer por conocer a la Primera Madre de Lotrin. En verdad, para que no hubiera malos entendimientos, la pusimos inmediatamente en su lugar. Por lo menos esto es lo que hizo Ellen... al principio.

Ellen tenía siempre el aspecto de haber surgido de la revista *Vogue*, y yo confesaré modestamente que he visto hombres de treinta y cinco años, menos bien parecidos que yo. Shirley era una jovencita de veintiún años. Su traje de campo, según demostró Ellen sin decir una palabra, tenía dos defectos. Llevar un traje de campo era un error, y llevar *aquel* traje de campo empeoraba el error.

Shirley, naturalmente, estaba a punto de estallar. Las aletas de su nariz palidecieron, su respiración fue rápida y entrecortada y, no sé por qué, comprendimos que su voz surgía dos tonos más alto que de costumbre. Esto no tenía remedio, pero no ocurría lo mismo con el vestido de campo. Aquel vestido quería significar que Shirley estaba tranquila, poco impresionada por la solemnidad de la ocasión, y que no nos tenía miedo. En realidad, produjo el efecto contrario.

En lugar de percibir la nerviosidad de sus manos y de su cara, nuestros curiosos ojos percibieron la nerviosidad de todo su cuerpo. Los voladitos almidonados recordaban a la niña, cuando quería hacernos creer que era una mujer madura, a la par de nosotros. Y si queríamos ser desagradables (Ellen siempre quería ser desagradable con las otras mujeres), bastaba lanzar una rápida mirada a las piernas o a los hombros de Shirley, retirando después la vista con ligero gesto de desagrado, para que ella entendiera que sus piernas o la exhibición que hacía de ellas estaba fuera de lugar. Al mismo tiempo no se le daba ocasión de decir nada.

No he detallado todo; pero, en líneas generales, es fácil imaginar la situación. De todos modos, Ellen sacó partido de ella. Yo traté levemente de contrarrestar el efecto; pero nadie ha sido nunca capaz de contrarrestar a Ellen.

Después, cuando la muchacha estaba a punto de llorar, Ellen dijo con tono inesperadamente brusco, haciendo un movimiento con la cabeza:

—Joe, ¿quieres dar una vuelta, por favor?

Humildemente empecé a recorrer el jardín.

Me detuve en un sitio desde el cual podía todavía verlas, aunque no oír su conversación. Es curioso que la gente no deteste a Ellen como debiera detestarla. Otras personas luchan por lograr afecto y no lo consiguen; Ellen, por el contrario, parece empeñarse en ser detestada, pero nunca lo logra.

Noté que al principio era muy cuidadosa con Shirley, y que ni siquiera la tocaba. Después las vi aproximarse la una a la otra, como suelen hacerlo las mujeres. Naturalmente, Shirley estaba llorando. Sus blancos hombros y su pelo castaño se mezclaron con el vestido azul de Ellen, y hubo una mezcolanza de brazos desnudos y de elegantes guantes hasta el codo.

Por algún motivo inexplicable sentí un nudo en la garganta.

Mi intervención en el próximo capítulo de esta historia es bastante limitada. Es limitada porque Shirley pasó los dos meses siguientes en corpiño y bombachas, o todavía con menos ropa, siendo percutida y auscultada por los médicos, dándose masajes, haciendo ejercicios violentos y siendo controlada una y otra vez. En verdad puede decirse que pasó todo este tiempo quitándose vestidos, blusas, polleras, pantalones y todas las demás prendas de ropa femenina.

Podría haberse supuesto que la ropa no tenía mucha importancia para la Primera Madre de Lotrin, que sería literalmente la primera mujer que pisaría el planeta, seguramente la única por mucho tiempo, tal vez la única por toda la eternidad. Pero Shirley iba a representar a todo su sexo en Lotrin. Tenía que ser supremamente femenina, y unos pocos bultos de ropa, aunque debieran ser transportados por centenares de años luz a un costo fabuloso (como era el caso), no fue considerado un lujo excesivo por el Terran Control. La ropa no era para Shirley: era para Lotrin.

Yo no estuve presente en todo esto, pero Ellen sí; y, naturalmente, me enteré de todo. Oí la historia de cada examen, de cada prueba, de cada control, de cada experimento; debí enterarme hasta del último detalle del equipo de Shirley, incluidos los últimos broches o encajes. Ellen estaba bastante aburrída con todo esto y no concebía que yo, por ser hombre, pudiera librarme de compartir su aburrimiento.

Por lo tanto, si alguien quiere conocer detalles de lo que ocurre a una Primera Madre, a cualquier Primera Madre, antes de dejar el centro del TC de Nueva York, no tiene más que consultarme. Nada será nunca demasiado minucioso, demasiado íntimo. La historia de las pruebas y preparativos, de los arreglos y las protestas de una Primera Madre, está a la disposición de ustedes.

Pero no es una historia interesante. He hablado poco del Terran Control. Primeramente mencionemos el nombre: significa control de todo, dentro y fuera de la Tierra. Algunos afirman que es un sistema torpe e imposible, destinado eventualmente al fracaso. Tal vez lo sea, pero no fracasará en esta generación, ni en la próxima. Entretanto tiene valor lo que diga el TC. Y, en lo que se refiere a Shirley, Ellen y a mí, se nos podía considerar como el TC: lo representábamos. Siempre he dicho lo menos posible a favor o en contra del TC. Y no hago esto porque mi trabajo dependa de que me calle la boca. El TC es una autocracia, pero no una autocracia de ese tipo. Cuando se tiene una gran tarea entre manos, tarea como la de colonizar la Vía Láctea, sólo hay una manera de idealizarla bien. Antes de empezar puede haber muchas maneras. Igualmente, si se fracasa, hay que continuar por donde se empezó. No voy a discutir esto: expongo sólo mi opinión.

Uno de los puntos principales del TC es que la raza humana debe continuar siendo humana. Han habido ya bastantes guerras civiles sin crear nuevas razas, para que se provoquen nuevas guerras interraciales. La Guerra Marciana demostró lo que puede ocurrir cuando los hombres se convierten en no hombres en un lugar, mientras que en otro siguen

siendo hombres. El caso es que los hombres ganaron la guerra..., y los marcianos fueron aniquilados. Y no volverá a haber marcianos mientras el TC esté encargado de la colonización. Los humanos no pueden vivir en Marte y seguir siendo humanos. Marte es un lugar de plagas, y las ruinas dejadas por los humanos sobre el planeta rojo se transforman hoy en polvo.

En Venus las cosas son diferentes. Y lo mismo sucede con los mundos Aldebaranos y con otros mundos dispersos, denominados por sí mismos, y no por sus soles: Jenta, Smith, Babilonia, Eyrie, Nostral, Hover, Gluckstein, Portan, Jissel, Maple. Otros, como Marte, Robinson, Dahlia, Mantor, Arka, han sido tachados; son nombres olvidados. Lugares de plagas, muertos en su mayoría. Otros, desdichadamente, no han acabado aún de morir.

Hay otros como Civnet, Lotrin, Martin, Beckland, Everest y Alba Roja, a los que se puede poner un signo de interrogación. Y se tarda mucho tiempo en retirar un signo de interrogación; aunque podemos decir, en términos generales, que el interrogante empieza a desvanecerse en un cierto punto. Pero aun un nuevo mundo puede ser lugar de plagas, aunque, en tal caso, la llegada de las plagas será gradual. La gente podrá ser sacada de allí y establecida en otra parte. Se vigilará su desarrollo; hasta es posible que sean esterilizados; pero seguirán siendo considerados hombres.

El punto crucial para el estudio es la aparición del primer niño concebido y nacido en el mundo nuevo. Los hombres de ciencia y los médicos hacen todo lo posible para destrozarse a la pobre criatura. Después dan su veredicto. Dicen: adelante; o adelante, pero con cuidado; o esperad un poco; o deteneos; o basta; o...

Pero nadie tiene especial empeño en analizar este punto final de la escala.

Y por eso la Primera Madre es tan importante. Es la madre escogida para ese primer niño. Naturalmente, también hay que elegir al padre.

El TC es padrino de bodas y casamentero.

Shirley y algún colono de Lotrin, cuyo nombre yo ignoraba, eran el futuro de Lotrin. La vida de Shirley el destino de todo un mundo dependían de un hijo que ella tuviera con un hombre con el que iba a casarse, pero a quien no conocía.

Era una situación curiosa, aunque no nueva. La Primera Madre de Jenta había muerto tiempo atrás y lo mismo ocurría con la Primera Madre de Smith. La Primera Madre de Babilonia tenía más de cien años y se aseguraba que todavía bajaba todas las mañanas a nadar en el río. La Primera Madre de Eyrie tenía noventa y tres años. La de Nostral no sólo era Primera Madre, sino también Presidenta de Nostral. Y así seguían las cosas hasta llegar a la Primera Madre de Maple, que todavía usaba trajes de campo como los de Shirley y con mejores resultados, según me dijeron.

Si es posible no diré nada sobre las Primeras Madres de Robinson, Dahlia, Mantor o Arka.

Ya he dicho que estos son lugares de plagas.

Debe de haber sido ese curioso poder de adivinación que llamamos intuición femenina lo que hizo a Ellen decir que Shirley era una colegiala crecida antes de haberla visto, cuando únicamente la conocía por fotografía. Shirley era efectivamente una colegiala crecida.

Es difícil describir a Shirley, porque todo lo que se diga de ella, merece un calificativo. Si se dice, por ejemplo, que era tímida, debe añadirse que no era demasiado tímida. Y, aunque no era un talento, no puede decirse en modo alguno que fuera estúpida. De igual modo, cuando insistió en viajar de incógnito para evitar una gran despedida en Nueva York, pudimos haberla convencido de lo contrario y, cuando llegó el momento, creo que lamentó que hubiéramos accedido tan rápidamente a sus deseos. Shirley no era capaz de

buscar deliberadamente el brillo de las candilejas; pero, si este brillo llegaba, era muy capaz de disfrutar de él.

No hubo multitudes aclamantes, ni periodistas, ni fotógrafos cuando salimos del cohetero de Nueva York. Shirley viajaba como hermana de Ellen, y este papel parecía agradable. Sentía gran simpatía por Ellen.

El TC estaba acostumbrado a burlar a la prensa. Es cierto que un periodista hábil podía haberse dado cuenta de que la Primera Madre de Lotrin estaba a punto de partir, y que esta cohetero, en su recorrido de cuatro meses, iba a tocar Lotrin, y, finalmente, que Shirley tenía todas las señales de una Primera Madre. Pero el TC anunció oficialmente que la Primera Madre no había sido elegida aún, y secretamente se hizo circular el rumor de que *estaba ya elegida*, pero que partiría en la próxima nave.

Los periodistas no creyeron la información, pero aceptaron el rumor. Y si alguno hubiera controlado la lista de pasajeros de la *Sardonia* habría sido informado de que teníamos intenciones de colonizar una sección de Aldebarán.

Shirley miró alrededor con interés.

—Es una nave maravillosa —dijo, mirando la límpida proa.

—¿De veras? —murmuró Ellen, sorprendida de que alguien encontrara maravillosa la nave—. Espera a estar adentro. Verás que cada metro tiene sólo noventa centímetros. Ya te acostumbrarás a eso; pero, cuando lleguemos a la Luna, los metros habrán disminuido a sesenta centímetros. En la próxima nave disminuirán a cincuenta y, cuando lleguemos a la gran astronave de transporte tendrán sólo treinta centímetros.

Shirley la miró:

—¿Esta no es la *Sardonia*?

—A veces me pregunto dónde has estado estos últimos veinte años. Explicale, Joe.

Ellen marchó hacia la nave. Ellen podía hablar de esta manera a Shirley; si yo lo hubiera hecho, habría provocado lágrimas. Me pregunté cuánto había llorado Shirley desde que el TC la descubrió. La mayoría de estos llantos fueron a causa de la madre de Shirley y cayeron generalmente sobre el regazo de Ellen.

—Este traspasador nos conducirá sólo hasta la Luna, Shirley —dije—. Curiosamente, su poder para soportar la radiación es más elevado que el del dirigible que nos conducirá a través de todos esos años de luz. En la Luna habrá otro control, y otro traspasador nos conducirá hasta la *Sardonia*, que estará en ese momento girando alrededor de la Luna.

Tomé el brazo de Shirley, y ambos seguimos a Ellen. Nadie tuvo tiempo de prestarnos atención: las naves del espacio no admiten dilaciones.

—Las espacionaves nunca aterrizan en ninguna parte —proseguí—; están en el espacio y, cuando pese a todas las precauciones se saturan de radiación, son destruidas en el espacio.

—No los puedo comprender a usted y a Ellen —dijo Shirley bruscamente, mostrando el efecto producido por la lección para niños que yo le había dado—. ¿Está enamorado de ella, Joe?

Hice una mueca.

—Shirley, a veces es usted demasiado tímida para las cosas más sencillas y, otras veces, tiene una franqueza excesiva. Fuera de las novelas no se acostumbra a preguntar a la gente si está o no está enamorada.

—Pero —insistió ella—, ya que he preguntado, ¿no puede decirme si está enamorado o no?

—Defina primero al amor —contesté— y, cuando lo haya hecho satisfactoriamente, pregúnteme de nuevo. Luego, si le contesto por la mañana, preste atención a que dé la misma respuesta por la tarde, y la misma al día siguiente y a la semana siguiente.

—¿Usted es casado, verdad?

—¿Por qué habría de ser casado?

Ella pareció sorprendida.

—Ustedes viven juntos —dijo—. ¿No están casados?

—Trabajamos juntos, pero esto no quiere decir que forzosamente estemos casados.

Shirley guardó silencio mientras trepábamos por la pasarela y nos deslizábamos por el estrecho corredor.

—Creo que ya sé lo que son ustedes —dijo—. Son agentes secretos. Puedo ver claramente que usted está acostumbrado a no responder a las preguntas.

—Es una razón para creerlo —contesté amablemente.

Unos minutos después (teníamos que marchar muy lentamente en aquel corredor), Shirley dijo a mis espaldas:

—Usted se llama Joe Dell y ella también, Ellen Dell.

—Entonces todo está claro —observé—: tenemos que estar casados.

—¿Nunca querrá reconocer nada?

Volví la cabeza y la miré reprobatoriamente.

—¿Por qué no me escuchó? Le estaba explicando que los transbordadores y la *Sardonia*...

—Eso me lo habría explicado cualquier camarero de a bordo. Pero el camarero no podrá decirme si usted está enamorado de Ellen.

—Me ocurre lo mismo —dije tranquilamente—: yo tampoco puedo decírselo.

—No quiere decirlo...

Casi habíamos llegado junto a Ellen, que se detuvo un instante y nos esperó.

—¿Qué es lo que no quiere decir Joe? —preguntó Ellen.

Yo estaba entre ambas, de manera que apenas podían verse entre sí. Es difícil concebir la angostura de los corredores de las naves del espacio. Es verdad que Shirley podría haberse adelantado a Ellen, pero a costa de botones arrancados, desgarrones y moretones, y esto no es una exageración. Si yo hubiera querido adelantarme a alguien, sólo hubiera podido trepándome encima.

Shirley guardó silencio. Quería preguntarme a mí, no a Ellen. Por lo menos no quería hacerle aquel tipo de preguntas.

—No tiene importancia —dije—, ya que no pienso decirlo.

Ellen se conformó por el momento. Había encontrado nuestro camarote.

—El tuyo está a la vuelta, Shirley —dijo—; ven y te enseñaré a manejar las cosas.

Entré en la cabina para salir del medio, y ellas se alejaron. Shirley me lanzó una última mirada interrogante e intrigada.

La rutina de los viajes espaciales es casi siempre idéntica. Ellen refunfuña siempre, variando sólo de vocabulario. Esta vez preguntó irónicamente por qué no nos alimentaban a leche condensada y pan integral, para asegurarse de que moriríamos de hambre.

Señaló igualmente que uno se frotaba la cabeza antes de entrar a los dirigibles, anticipando el golpe. Dijo que comprendía por qué en las tapas las revistas las muchachas que hacían el servicio espacial llevaban faja... era imposible atravesar con otra prenda de ropa las puertas de las astronaves. Sugirió, finalmente, que hiciéramos algunos arreglos, y yo suspiré aliviado.

Shirley, para quien todo era nuevo, no pareció demasiado sorprendida. Es decir, se sorprendió de la carencia de espacio, pero se adaptó inmediatamente a las nuevas condiciones y no comentó el asunto.

Cuando estuvimos en la segunda nave que había de llevarnos directamente hasta la *Sardonia*, pregunté a Ellen:

—¿Qué sabe Shirley exactamente?

—Muy poco —contestó—. Shirley ignora que tendrá que casarse con esa persona..., llamémoslo Bill. Es decir, sabe que va a hacerlo, pero ignora que el hecho es inevitable y que no podría, aunque quisiera, casarse con otro. Ignora que deberá ser amable..., aun que no demasiado, con el millón de hombres restantes. Indudablemente ella tiene sus ideas al respecto. Lo que ella no comprende es que deberá ser la figura perfecta, la muchacha soñada, el modelo de todas las mujeres, y la perfecta esposa; la hermana de todos, la novia de todos, la madre de todos.

—Entiendo lo que quieres decir —contesté—, y no me sorprende que Shirley no lo haya entendido.

—Hay una cosa —contestó Ellen— que ella no ignora: sabe que deberá tener un hijo.

Rápidamente toqué su pie con el mío.

—Supongo que ella no ignora —prosiguió Ellen— que, si la criatura es un monstruo, todo su futuro, el futuro de Bill y el de Lotrin quedarán destruidos. Y no sólo quedarán destruidos, sino que se hundirán en un pozo muy feo. Sí, probablemente sabe eso. No creo que haya pensado seriamente en ello, sin embargo...; pero, ¿quién se atrevería a hacerlo? Yo no lo haría. Preferiría quedarme en el TC y que se me exigiera lo imposible, y que me mataran, o me castigaran ocasionalmente. De todos modos estoy contenta de tener unos pocos años más de los que se exigen para ser Primera Madre.

Shirley se presentó sin anunciarse en la cabina. Fue una suerte que Ellen hubiera dicho aquellas frases sobre nuestro empleo habitual: frases que podían convencer a Shirley de que Ellen ignoraba su presencia allí cuando las dijo, tanto más cuanto que ninguno de los dos había hecho ninguna referencia a nuestro empleo. Shirley estaba pálida, pero parecía muy dueña de sí misma.

—¿Es decir, que me llevan a Lotrin —dijo claramente— para hacer algo que ustedes no harían?

Ellen se volvió y la miró. No pareció sorprendida de que Shirley la hubiera oído: demostrar sorpresa no estaba en su carácter.

—Así es, Shirley —respondió tranquilamente.

Shirley se quedó asombrada y enmudecida.

Creí que iba a haber una escena. Pero todo era asunto exclusivo de Ellen y Shirley. Era a Ellen a quien Shirley había adorado, no a mí. Comprendí que Shirley pensaba que Ellen era falsa y mentirosa, que todo el mundo lo era también, y que no se podía confiar en nada ni en nadie. Comprendí que estaba avergonzada de todas las veces que había llorado frente a Ellen, quien, mientras tanto, pensaba que ella era una loca y una tonta por hacer lo que estaba haciendo. Después Shirley se volvió y salió de la cabina.

—¿No es mejor que la sigas? —pregunté.

—Ya la he seguido bastante.

—Pero puede...

—¿Puede qué?

—Cualquier cosa. Puede suicidarse...

—Si piensa suicidarse es mejor que lo haga ahora y no cuando llegemos a Lotrin y quede allí instalada.

Guardé silencio, reflexionando. Naturalmente, Shirley no se suicidaría. Nunca se elegiría para Primera Madre a una muchacha de sensibilidad tan delicada. Shirley tendría que enfrentar cosas mucho más graves que la traición de Ellen.

Comprendí también por qué Ellen había hablado como lo había hecho. Ellen no formaba parte de la vida de Shirley en Lotrin. Si Shirley se hacía ilusiones sobre Ellen y sobre la

opinión de Ellen acerca de ella y de las Primeras Madres en general, era mejor que se desilusionara cuanto antes. Por eso Ellen había quebrado el hechizo.

Además, Ellen estaba harta de hacer de niñera.

—Por simple curiosidad —dije—, ¿cuándo te lanzaste por la senda del deber?

—En Maple, tonto. ¿No lo recuerdas?

—Ah, sí. Pero aquel tiro estaba dirigido contra mí...

—Completamente distinto habría sido si el tiro me hubiera matado a mí.

—¿Y cuándo fuiste derrotada por última vez?

—En Nostral. Cuando tú andabas buscando la casa.

No proseguí con el tema. En aquella oportunidad realmente Ellen se había precipitado en mis brazos, como nunca lo hizo antes o después, y luego permaneció varios días en cama, pretextando un gran cansancio nervioso. Lo extraordinario de Ellen era que, en caso de haber sido casi derrotada, era capaz de hablar de ello en cuanta ocasión se presentara, con todos los detalles de lo que había ocurrido y de lo que hubiera podido ocurrir; pero, en caso de haber sido derrotada, permanecía muda como una estatua.

Saqué la conclusión de que probablemente había pasado apuros en Nostral y yo no lo había sabido antes... El asunto había ocurrido dos años atrás y ya no tenía importancia. No la tenía cuando se conocía bien a Ellen.

Intenté volver a terreno más firme.

—¿De modo que tienes demasiada edad para ser Primera Madre?

—Tengo veinticinco años —contestó Ellen tranquilamente.

No era imposible, aunque eso significaba que ella tenía sólo dieciocho años cuando la encontré por primera vez. Y esto era poco probable. No discutí. Ellen no iba a confesar ni siquiera eso. Dentro de veinte años yo podría decir que, según los cálculos que ella misma hacía, Ellen tenía ahora cuarenta y cinco años.

Pero ésta no es la historia de Ellen..., por lo menos no es su historia directa.

Casi no vimos a Shirley cuando transbordamos a la *Sardonia*. La actitud de Ellen significaba que ella se había hecho cargo de Shirley en la primera parte del viaje y que ahora llegaba mi turno. Tal vez volvería a encargarse de la situación antes de llegar a Lotrin para arreglar los disparates que yo pudiera haber hecho; pero, entretanto, descansaríamos de Shirley Judson.

Esto pinta a Ellen de cuerpo entero.

Si había que hacer algo por Shirley, a mí me tocaba hacerlo. Esperé a que la nave se alejara de la Luna y fui en busca de Shirley, a quién sólo veíamos durante las comidas.

La *Sardonia* giraba, se detenía y corría como un pez. No se aconsejaba caminar en estos momentos. Los pasajeros debían recostarse o, por lo menos, sentarse. Por efecto del movimiento de la nave, en un momento «abajo» significaba el suelo; en el otro, la pared de la izquierda; después, la pared del frente o la pared trasera. Naturalmente, nunca había verdadera fuerza de gravitación. En caso de querer ensayar, se podían apoyar ligeramente los pies en el suelo, en las paredes o en el techo. Las camas se balanceaban con los cambios de equilibrio.

Aparentemente Shirley realizaba ensayos de gravedad, porque no estaba en su cabina.

En la *Sardonia* no había ninguna habitación destinada al trato social de los pasajeros. El único lugar que podía albergar a cierto número de gente era el comedor y, como la astronave llevaba unos cuatrocientos pasajeros, el comedor funcionaba las veinticuatro horas del día. Por lo tanto, si Shirley no estaba en su cabina, esto quería decir que estaba en la cabina de otra persona.

Reflexioné. Shirley había recibido un golpe. Arrancada a la vida apacible que había llevado durante veintiún años, había escogido a Ellen como modelo y como guía. Ellen

permitió esto hasta que estuvimos irrevocablemente en camino y, entonces, abdicó. Lo que había dicho carecía de importancia: hubiera podido recobrar la admiración de Shirley en cualquier momento, pero no le interesaba hacerlo.

¿Qué iba a hacer Shirley? En primer lugar, sentiría que nada tenía importancia. Que nadie importaba nada. Era posible que intentara divertirse, demostrando así a Ellen que ella tampoco tomaba las cosas muy en serio. En el limitado campo ofrecido por la *Sardonia* sólo podía hacer una cosa. Reflexioné una vez más. Si Shirley iba a precipitarse sobre cualquier hombre, lo natural era que eligiera a alguien que hubiera conocido en el mismo turno de comidas; alguien con quien hubiera conversado. Pensé en Glen Mavor. Glen Mavor era un joven tímido, que iba a establecerse en Civnet. Civnet, en los últimos límites del TC, no había llegado todavía a la etapa de la Primera Madre.

Busqué a Mavor, llamé a su puerta, pero entré sin esperar que me respondieran. No me había equivocado: Shirley estaba allí, apoyada contra una pared; Mavor estaba sentado en la cama. Al entrar yo, la cabina quedó repleta.

—Hola, Shirley —dije—, pensé que iba a encontrarla aquí.

El dirigible dio una de sus bruscas sacudidas, y Shirley y yo saltamos y aterrizamos en el techo, Shirley en un torbellino de piernas y de polleras. Reía. Mavor no tuvo que moverse porque la cama conservó el equilibrio.

Comprendí la situación: Shirley estaba despreocupada, feliz e inquieta a la vez. Mavor estaba interesado, excitado y muy nervioso; ignoraba los detalles de la situación, pero sabía que iba a un mundo en el que no vería a una mujer por mucho tiempo, y comprendía que Shirley estaba pronta y dispuesta a ofrecer consuelo por anticipado.

Esta no era la Shirley Judson que habíamos encontrado en el jardín. Esta Shirley era mucho más vital y unas veinte veces más atractiva, porque trataba de serlo.

La inocencia es una actitud mental, que no proviene de la falta de experiencia. En este momento Shirley, con los brazos echados hacia atrás y la cabeza contra la pared, distaba mucho de parecer inocente. Su experiencia no había aumentado, pero había cambiado de actitud mental. Había elegido, por razones obvias, una fina blusa color canario; su pollera roja acentuaba su cintura y sus caderas, cayendo después en despreocupados pliegues.

Shirley no podía presentarse vestida de esa manera provocativa sin encontrar a alguien que respondiera la provocación.

—Mavor, —dije tranquilamente— quiero contarle un secreto.

—No quiero saber ningún secreto —respondió.

—Pero tendrá que oír este de todas maneras. Y usted lo guardará. Shirley es la Primera Madre de Lotrin.

Comprendí que había hecho bien en decírselo al ver su expresión.

—Sólo lo he mencionado —añadí descuidadamente— porque, cuando la gente juega con dinamita, conviene que sepa al menos que se trata de dinamita. ¿Vamos, Shirley?

Hubo otra sacudida. Esta vez Shirley cayó encima de Mavor, y sus brazos rodearon el cuello del joven. La caída pudo haber sido accidental, pero no fue accidental que ella acercara su cara a la de él y que lo besara. Comprendí que no lo hacía para favorecer a Mavor, sino para atacarme a mí.

Finalmente se levantó y me siguió. La conduje a su cabina.

—¿Por qué le dijo eso? —preguntó. No era que le importara el asunto, sencillamente estaba curiosa.

—Para que se aparte de usted —dije torvamente— No se atreverá ni a mirarle de lejos, está asustado.

—¿Por qué?

—Usted ignora muchas cosas del Terran Control, ¿verdad? Hay allí armas de muchos calibres. Nadie se atreve a retorcerle la cola al TC para divertirse.

—¿Quiere usted decir que el TC torturaría a Glen?

—¿Para qué?

Era una buena respuesta. Inquietó hasta a la nueva Shirley, tan segura de sí misma.

—Quiero decir que...

—¿Qué?... —pregunté.

—¿Por qué no puedo divertirme antes de llegar a mi prisión?

—Nadie le impide divertirse. A menos que la forma que adopte esa diversión pueda afectar el futuro.

—No me importa el futuro. Es posible que no haya futuro.

Habíamos llegado frente a su cabina. Me adelanté, la empujé dentro y la seguí después. Nos sentamos en la cama, desde donde podíamos ver con indiferencia girar las paredes.

—¿Qué hace la astronave? —preguntó ella bruscamente.

—Busca los rieles —contesté. No tenía deseos de hablar sobre la nave, pero estaba dispuesto a bromear, hasta cierto punto, con Shirley.

—¿Los rieles?

—Naturalmente. Sabe usted que los viajes espaciales se componen de dos etapas propiamente dichas. Primero desprenderse de un planeta, o de un satélite, y después realizar torpes maniobras como las que hacemos ahora. La primera parte es tan imperceptible y maravillosa como ésta es primitiva y lenta. A este paso tardaríamos veinte mil años en llegar a Aldebarán, para no decir nada de Lotrin.

—¡Pero si se llega allí en unas pocas semanas!

—Exactamente es eso lo que estoy diciendo —proseguí pacientemente—. La marcha es imperceptible y maravillosa. Naturalmente no hay rieles propiamente dichos, pero existe un equivalente. Estamos en busca de un campo magnético que comienza por aquí y se prolonga hasta Aldebarán. Un rayo. Se le llama el *campo catérico*. Ya lo hemos atravesado varias veces..., pero seguimos dando vueltas de esta manera, porque tenemos que colocarnos exactamente en el centro, y el camino es angosto. Tiene sólo unas pocas millas de amplitud..

—Pero el dirigible no tiene una milla de ancho.

—No; pero si hubiera el más leve error, ¿cuántos millones de millas se necesitarían para rectificarlo? ¿Ha oído hablar de la inercia, Shirley?

—Es sinónimo de pereza.

—Si así lo desea estamos de acuerdo. La inercia es la pereza de la materia. Cuando está quieta, la materia no quiere ponerse en movimiento; es un trabajo endemoniado conseguir que lo haga. Pero, cuando está en movimiento, no quiere hacer ningún esfuerzo para detenerse, y hay un trabajo endemoniado para conseguirlo. Las máquinas de la *Sardonia* generan bastante fuerza como para llevarnos hasta Lotrin en unas pocas semanas, sin contar con el campo catérico...; pero el dirigible no marcharía con las máquinas a tal velocidad. Se desintegraría. Y, a una fracción de esa velocidad, todos quedaríamos deshechos. Actualmente la velocidad no es mayor que de tres metros por segundo.

En demostración de mis palabras la levanté por la cintura, empleando un tercio de esfuerzo que en la gravedad terrena, y la empujé al centro de la cabina mientras la nave saltaba a uno y a otro lado.

—Puede ser muy molesto —dije, mientras Shirley saltaba y se apoyaba contra la pared opuesta.

Percibí que se había vestido, previendo estas contingencias, con ropa interior color canario, que aparecía en un interesante relampagueo cuando sus piernas andaban por el aire. La tomé sin ceremonias por el cinturón y la hice sentarse a mi lado en la cama.

—Imagine lo que esto sería si la velocidad fuera de diez millas por segundo —proseguí—. O de mil millas. O de diez mil.

—No puedo imaginarlo —dijo ella sinceramente.

—Evidentemente, si se han de atravesar centenares de años luz, hay que hacer algo respecto a la inercia. Supongamos que en la Tierra no hubiera inercia. Esto es realmente imposible, porque el campo magnético sólo opera en el vacío. Pero si no fuera así, y la gravedad y la resistencia del aire no cambiaran, se podría correr como un bólido desde un punto de partida. A quien quisiera regresar, le bastaría volverse y dar un paso.

—Tonterías —dijo Shirley—; nos recalcaríamos algún músculo o algo por el estilo.

—No. Eso es con la inercia. Si corre usted a quince millas por hora y trata de detener sus músculos, seguramente se desgarrará alguno. Pero, si no hubiera inercia, se detendría usted con la punta del pie y correría en otra dirección. La gravedad y la resistencia del aire no tendrían importancia. Pero tenemos que contar con la inercia.

Shirley parecía aburrida del tema y lo demostró.

Yo proseguí tercamente:

—Cuando estemos afirmados en el centro de esa zona magnética, que se prolonga desde la Luna, partiremos por el campo catérico cargado de energía. Entonces no habrá ninguna gravedad. Ni inercia. Sólo habrá un poquito de gravedad, para que podamos caminar, pero ni un millonésimo de la fuerza verdadera. El dirigible podrá marchar y detenerse en un segundo. Primero no hará más que unos centenares de millas por hora, porque tal vez no estemos aún exactamente en los rieles. Pero cuando el capitán compruebe satisfactoriamente que lo estamos, marcharemos a la velocidad de la luz. Cada vez más, hasta llegar a Aldebarán. Entonces nos detendremos bruscamente y...

—Voy a darme una ducha —anunció Shirley.

—¿Quiere decir que desea que me retire?

—Quédese si quiere, siempre que no siga con esas historias sobre el campo caté..., lo que sea.

La ducha estaba en una cabina minúscula en la pared opuesta. No había bañera. La única forma de bañarse era la ducha.

Pude haber dicho a Shirley que yo había visto, leído y hecho muchas más cosas que ella, y que si realmente quería sorprenderme o inquietarme tendría que ir mucho más lejos de lo que había supuesto: matar gente, por ejemplo, o jugar con las maquinarias, o tratar de escaparse al espacio.

Pero esto podría darle ideas al respecto y, de todos modos, ella deseaba que yo protestara. Por eso me preparé y me dirigí a la puerta, sabiendo que no deseaba quedar sola, ahora que Glen Mavor había sido definitivamente liquidado.

—Hasta luego —dije.

La fase de inquietud de Shirley se aplacó. Glen Mavor estaba liquidado, y ella no lo lamentaba en realidad. Fundamentalmente era una muchacha tranquila. Volvió a dirigir la palabra a Ellen, en lugar de ignorarla, durante las comidas. Ellen recibió los avances de Shirley de la misma manera que había recibido su resentimiento: tranquilamente y sin referencias al pasado. Pero la antigua adoración había desaparecido: era a mí a quien Shirley prestaba ahora atención preferente; no a Ellen.

El tiempo pasa rápidamente cuando los días son iguales. Y pasa aun más rápidamente cuando no hay día. Todos dormíamos doce horas de cada veinticuatro. Era casi imposible hacer ejercicios, y Ellen volvió a tener su antigua preocupación de no engordar. Hacía lo

acostumbrado al respecto: me echaba de la cabina y hacía ejercicios terca, sistemática y deliberadamente. No permitía que nadie la viera balanceando los brazos o tendida de espaldas pedaleando. Shirley fue también echada cortésmente una o dos veces.

—Con frecuencia ella me ha visto haciendo esas cosas —objetó una vez Shirley—. ¿Está hecha de distinta manera que las otras mujeres, o qué pasa?

Esto estaba muy lejos de su antigua adoración por Ellen, que yo no había juzgado nociva.

—¡Oh, no! —dije.

—¿No tiene rodillas torcidas, o barriga, o algo por el estilo?

—Nada de eso. Tomaré baños de sol en traje de malla, en escena apropiada, pero sólo cuando sienta que es perfecta. Ellen es una perfección en medio de mundos imperfectos.

—¿Usted cree que es perfecta?

—No importa lo que yo piense. Quiero decir: ¿se imagina usted a Ellen tocándose los pies con la punta de las manos y tratando de hacer lo mismo por detrás? Naturalmente, es posible imaginar que lo hace, pero, ¿puede verla haciéndolo?

Shirley no podía.

Por consiguiente, Shirley y yo teníamos mucho tiempo para hacernos compañía. Descubrimos también alguna similitud de temperamento respecto a la manera de pasar el tiempo: similitud que Ellen nunca hubiera compartido. Nos alojábamos cómodamente en la cabina de Shirley, leyendo, haciendo consideraciones o meditando sin decir una palabra. Nos sentíamos acompañados, pero no teníamos necesidad de hablar.

Y después Shirley terminó bruscamente con aquella fase. Una vez, yo estaba leyendo una novela cuando Shirley puso la cabeza entre el libro y yo y me dio un beso.

Tal vez esto parezca una confesión, pero realmente quedé sorprendido. Cuando ella hizo eso comprendí muchas otras cosas.

Ella había querido saber, en el momento de partir, si yo estaba enamorado de Ellen; si estábamos casados. Había peleado a Ellen. Me había dejado interrumpir sus coqueteos con Glen Mavor, sin prestar mayor importancia al asunto. Había tratado de inquietarme, de hacerme perder el control. Se había vuelto maligna con respecto a Ellen. Pasaba casi todas las horas en mi compañía...

En el instante en que mi cerebro iba a reaccionar, retrocedí nuevamente, al comprender que Shirley no estaba más preparada que yo para aquel asunto.

Esto es lo que se quiere decir cuando se habla del amor como de una enfermedad que puede prevenirse. Yo no tenía ninguna razón posible, ni excusa para enamorarme de Shirley. No tenía que hacerlo y nunca se me había ocurrido que pudiera hacerlo. Y aquí habíamos llegado. Con Shirley entre mis brazos, yo no quería moverme o pensar, porque, una vez que el momento hubiera terminado, iba a tener que enfrentar muchas cosas que no quería enfrentar. Probablemente Shirley sentía lo mismo. Por eso nos abrazamos y sentimos que nuestros corazones latían al unísono y tratamos de detener el tiempo.

No tuvimos más éxito que las otras personas que han intentado lo mismo. Sentí que estaba lastimando a Shirley y aflojé levemente el apretón. A su vez ella retiró uno de los brazos que me rodeaban el cuello y lo dejó caer a uno de los lados. Así, casi al mismo tiempo, nos separamos.

Fingimos que aquello era una de esas cosas que ocurren inesperada e ineluctablemente. No hablamos del asunto y seguimos actuando exactamente como antes.

Aunque... tal vez yo estuviera confundido, pero Shirley me pareció cien veces más bonita. Tal vez yo no estaba tan confundido, porque Ellen afirmó en una ocasión que no sabía por qué había dicho una vez que seguramente no habían elegido a Shirley por su

físico. Aunque seguramente fue la confusión lo que me hizo pensar que Shirley era bastante inteligente, que tenía buen gusto y que hubiera sido un excelente agente del TC.

Shirley y yo nunca mencionábamos a Lotrin; hasta el último día, cuando estalló la bomba.

Estábamos todavía a millares de años luz de Lotrin, aunque realmente sólo faltaban unas pocas horas para llegar. Naturalmente, no habíamos desembarcado en ninguna parte. Varias veces nos detuvimos y las naves de tránsito se acercaron a la *Sardonia*; pero esto no nos afectó en nada, fuera de los nuevos rostros que aparecieron a las horas de las comidas.

Alguien dijo alguna vez que las familias pobres son numerosas porque, encerradas en un espacio reducido, no tienen mucho que hacer, fuera de reproducirse. Sin embargo, después de aquel momento de debilidad, Shirley y yo estuvimos tan seguros de nosotros mismos que pasábamos casi todo el tiempo juntos en un espacio no mucho mayor que un gran armario. En nuestras conversaciones no se mencionaba el sexo y, aunque a veces no podíamos evitar tocarnos casualmente, jamás hubo la más leve traza de sensualidad en nuestros contactos. Pero un buen día cambiaron los acontecimientos.

Aquel día Shirley leía y yo estaba sentado en el suelo pensando qué nueva tarea nos tocaría en el futuro a Ellen y a mí..., suponiendo siempre deliberadamente que éste era un trabajo que estaría terminado y olvidado muy pronto. Todavía me preguntaba por qué el TC nos había encargado la tarea de conducir a Shirley a Lotrin. Pero estos pensamientos me llevaban en una dirección que no me agradaba, y sacudí la cabeza, como se hace cuando se busca distracción..., cualquier clase de distracción.

La sandalia roja de Shirley me llamó la atención, y, casi en seguida, miré sus piernas. Shirley tenía bonitas piernas, pero había bajado púdicamente las polleras y ni siquiera pude ver sus rodillas. Me irrité sin razón. ¿Por qué tenía que bajarse el vestido de esta manera? Era como cubrir una carta cuando uno pasa frente a ella, suponiendo de esa manera que se tienen intenciones de leerla. Esto era innecesario. Yo no me había sentado en el suelo para verle las piernas. Ni siquiera había pensado en sus piernas hasta que vi que ella las ocultaba cuidadosamente, como una solterona.

Tendí el brazo y toqué el tobillo de Shirley, pero, al sentir el contacto todo lo que tenía en la mente desapareció de pronto. Ella arrojó de lado el libro y se dejó caer en mis brazos.

Nos acariciamos como dos adolescentes, igualmente nerviosos y excitados. Súbitamente Shirley se echó hacia atrás con los ojos cerrados, esperando.

Y esto produjo en mí exactamente el efecto contrario al esperado.

—Oye, Shirley —dije bruscamente—, ésta es una situación imposible.

Ella se incorporó y apoyó la espalda en la cama.

—¿No sabes lo que es una Primera Madre? —pregunté—. Una Primera Madre es un símbolo. Una diosa. Todo un mundo nuevo depende de ella, la ama y está dispuesto a dar la vida por ella. Es más soberana que cualquier reina de la historia.

—Lotrin puede tener otra Primera Madre —dijo Shirley agudamente—. Voy a abdicar en seguida.

—No es posible. Hace varias semanas se hizo saber en la Tierra que la Primera Madre de Lotrin era Shirley Judson, que ya se había puesto en camino. Para la Tierra el asunto no tiene tanta importancia como para Lotrin, pero ya es conocido. No puede ocultarse. Supongamos que regresaras. La historia llegaría hasta Lotrin. Sería enviada otra muchacha..., una segunda muchacha, no la verdadera Primera Madre; alguien para ocultar un fracaso o una cobardía. ¿Qué oportunidades tendría? Supongamos que el TC tapara el asunto y enviara a otra muchacha haciéndola pasar por Shirley Judson, con alguna historia para explicar la demora. Pero ella sabría la verdad. Y tendría que ser la mejor actriz de la Vía Láctea para fingir el resto de su vida.

—¿Por qué no pensaste antes en eso?

—Siempre lo he sabido.

—Nadie me convencerá de ser una buena Primera Madre. Arruinaré a Lotrin. Lo haré.

—¿Arruinar un mundo porque no has podido salirte con la tuya? ¿Porque te has arrepentido de haber comprometido tu palabra?

Naturalmente, ninguno de los dos era sincero. Dimos vueltas y vueltas al asunto, echándonos mutuamente la culpa, pero sin estar realmente enojados...; había más bien un convencimiento desesperanzado de que lo que yo había dicho era verdad.

El sistema de colonización del TC está constituido con la firmeza de una pirámide. En el fondo están los verdaderos pioneros, los hombres que arriesgan la muerte o la gloria, la pobreza o una riqueza fabulosa. Van a un mundo nuevo y le dan forma para que otros hombres puedan habitarlo. Al correr el tiempo y prosperar, hay más y más colonos. Ciento, mil, cien mil. Pero no hay mujeres. Todos saben esto. Y todos lo han aceptado.

Cada nuevo mundo puede costar toda la sangre de las venas o ser un desastre. Y, si es un desastre, hay que abandonarlo lo más rápido y limpiamente posible. Por eso no debe haber mujeres. Antes hay que examinar, colonizar, explorar, ensayar el mundo nuevo en todas formas. Todas las enfermedades, todas las alergias y todas las pestes deben ser vencidas. Quinientos mil hombres, un millón.

Y no hay mujeres. El TC controla todos los viajes espaciales, no sólo los viajes interestelares. A ninguna mujer le sería posible llegar a un mundo virgen.

Entonces se envía la Primera Madre. Este es el verdadero principio; el reconocimiento; la recompensa; la promesa; la esperanza.

Pero éste es sólo un lado de la cuestión.

El otro lado significa que, si el nuevo mundo resulta un desastre, se puede esterilizar fácilmente a la Primera Madre, junto con su desdichada progenie, si se trata de una niña. Y ése es el fin. El nuevo mundo debe morir, porque no hay en él más mujeres. Y todos saben y aceptan esto.

Se trata de una loca estructura de miedo y de salvaje esperanza; pero es, en todo caso, una estructura sólida. Yo no podía destruirla, y tampoco podía destruirla Shirley. Ella era la Primera Madre de Lotrin, y esto era inevitable.

Pero Shirley y yo no considerábamos realmente las consecuencias; jugábamos sólo con ellas. Cuando lo comprendí, dije:

—Tenemos que informar a Ellen sobre todo esto.

Shirley dio un salto.

—¿Estás loco?

Nos habíamos fingido a nosotros mismos que habíamos sido arrastrados por la pasión del momento, y fingimos, naturalmente, con toda nuestra capacidad de mentira, frente a Ellen.

—Ellen debe ser informada —insistí—, a menos que podamos decidir inmediatamente que hemos terminado el uno con el otro.

Esperaba que Shirley dijera que, efectivamente, habíamos terminado. Temí también que lo dijera. Pero Shirley no dijo nada.

Entonces añadí:

—Espérame aquí —y salí a buscar a Ellen.

Ni siquiera llamé a la puerta. Los brazos de Ellen estaban tendidos en el aire, balanceándose a derecha y a izquierda. Los dejó caer y me miró, enfurecida.

—Es importante —dije—. Shirley y yo necesitamos tu ayuda. No te preocupes por arreglarte. Ven en seguida.

No le dije nada hasta que estuvimos en el cuarto de Shirley. Entonces le dije que Shirley y yo estábamos enamorados. El ceño fruncido de Ellen desapareció como por arte de magia. Esto era interesante. Era romper la rutina. Era un problema, una provocación.

Pero no pudo menos de suspirar y decir:

—Sabía que algo pasaría en cuanto yo dejara de dirigir. Aunque no calculé esto. No puedo calcular todo.

—Pero usted cree calcularlo todo —estalló Shirley.

Ellen la miró con frialdad.

—¿Acaso servirá de algo el que usted tome esa actitud? —preguntó—. ¿No quiere demostrar sencillamente con eso que ha perdido su admiración infantil hacia mí?

Aquello estaba destinado a reducir a Shirley a medio palmo de estatura. Pero fracasó, porque Shirley sabía ahora que ella era alguien. Ser una Primera Madre no significaba nada, pero ahora había un hombre enamorado de ella.

—No me avergüenzo de haber pensado alguna vez que usted era maravillosa —contestó—. Usted es una gran actriz. Hasta puede representar el papel de una persona decente.

Ellen sonrió. Aquella sonrisa mostraba el verdadero talento de Ellen. Pensándolo bien, Shirley tenía razón. Eso era Ellen por encima de todas las cosas: una actriz... al estilo que vengo describiendo.

—Eso no es ofensivo —dijo tranquilamente—. Realmente, Shirley, ¿has encontrado alguna vez a alguien que sea básicamente una persona decente?

Shirley no había conocido a nadie. Y ésa fue la suerte de Ellen: era muy de ella jugar con este tema.

—Ahora aclaremos la situación —prosiguió Ellen—. ¿Está claro que Shirley no será la Primera Madre de Lotrin y que hemos de encontrar alguna manera de solucionar esto?

Nadie habló.

—Tenemos que decidirnos —dijo Ellen amablemente, después de una pausa—. Shirley, acuérdate de tu madre.

—¡Eso te pinta de cuerpo entero —estalló Shirley—; cualquier arma es buena para tí! No conviene que nadie tenga sentimientos, porque tú los trastocarás y los presentarás contra la misma persona...

—Bueno, no pienses en tu madre. Dejémosla fuera de esto. De todos modos, ya te has acostumbrado a la idea de que probablemente no la verás más.

Hubo otra larga pausa. Shirley dijo:

—Supongamos que piense en ella. ¿Qué debo pensar?

—Tú eras una muchacha común en la Tierra, y estabas contenta de estar allí. Unos hombres del TC se presentaron, te hablaron, te persuadieron para que hicieras algunas pruebas y después te lanzaron en una bomba. Tú podías gobernar todo un planeta de hombres. Pero esto significaba dejar la Tierra, dejar a tu madre, y la respuesta tenía que ser definitiva.

—¡Me obligaron a venir!

—Ya sé que son tenaces. Las Primeras Madres no crecen en los árboles. ¿Pero creiste realmente que podías decir que no?

No hubo respuesta.

—Bueno —continuó Ellen pensativamente—; podrás ser alguien, o dejar de lado la ocasión. Quieres mucho a tu madre. No querías dejarla. Pensaste en abandonar todo. A tí no te importa mucho del progreso, del espacio, de la humanidad y de cosas tan grandes. Pero a la gente podía no gustarle el asunto. La cuestión es: ¿podrías dejar pasar una ocasión como ésta?

En caso de que ya no lo haya dicho, quiero decir ahora que Ellen tiene personalidad. Ambos estábamos pendientes de sus palabras. Yo un poco menos que Shirley, naturalmente, pero de todos modos le prestaba mucho atención.

—No podrías —dijo Ellen—. Tendrías que dejar demasiadas cosas. Cosas que ignoro. Cosas que sólo tú sabes.

Comprendí lo que iba a venir: hacía rato que lo veía venir. En muchos sentidos, últimamente yo había sido muy poco razonable.

—No importa que sea o no posible —prosiguió Ellen—. El asunto es siempre el mismo: ¿serás capaz de dejar muchas cosas para ser una Primera Madre? ¿O serás capaz de renunciar a ser una Primera Madre?

—Voy a renunciar, Joe —declaró Shirley desafiante.

Ellen asintió como si todo esto fuera muy razonable.

—Muy bien. El asunto es: ¿cuentas con Joe? —me miró. Evité su mirada.

—Tal vez no lo entiendas —dije, pero estoy realmente enamorado de Shirley.

—Oh, entiendo muy bien eso... ¿Ves algún futuro en ello?

—Ya le he dicho a Shirley que no.

—Trato de ser justa con Shirley —dijo Ellen—, y podría ser mucho más ruda contigo y portarme justamente con Shirley. Tú lo sabes muy bien.

Debí haber sabido que, si consultaba a Ellen un problema, ella volvería a lanzármelo de rebote sobre las rodillas.

A verdadera diferencia entre Shirley y yo no estaba en la edad o en el sexo, sino en el hecho de que yo conocía el TC, quería a Shirley y hubiera movido cielo y tierra por ella: pero no hubiera podido mover el TC. Hice una última tentativa.

—Ellen, has dicho que Shirley abandonaría una gran oportunidad. ¿Acaso la oportunidad de ser una reina trágica? Supongamos que Lotrin no pueda recibir una vida humana y dejar que continúe siendo humana. No sería mejor si ella...

—Basta —interrumpió Ellen, y se volvió a Shirley—. Oye, Shirley; Joe dice todo esto porque es un tonto. Y eso él no puede evitarlo. Ya es demasiado tarde para que Joe cambie. Pero tú estás haciendo esto porque tienes miedo. A último momento, a unas pocas horas de distancia de Lotrin, no te atreves a enfrentar lo que te espera.

—También tú reconociste que no te atreverías a afrontarlo —repuso Shirley.

—Pero yo antes no dije que podría. Tú lo hiciste y no tienes derecho a meterme a mí en esto. Sabiéndote sola, te dirigiste a Joe, que es tonto, e hiciste que tu problema fuera su problema. Recuerda que yo también soy mujer...; conozco la técnica. Tenías miedo; Joe estaba ahí, pero después de todo, te habían elegido para que todo un mundo se enamorara de ti...: no sólo Joe, que es tonto. No te echo la culpa. Hiciste una buena tarea, ayudada por el hecho de que yo estaba demasiado ocupada para prestarles atención. Joe, que es tonto, se encargó de buscar salida para ustedes dos. Joe...

—Que es tonto —añadí. Ellen hizo un ademán de impaciencia.

—Joe debió haberte dicho algo. El TC te debió haber dicho. Ahora me toca a mí decirte las cosas. Shirley, el TC cuenta con los mejores cerebros de toda la humanidad. No sólo para dirigir, sino para descubrir los hechos. Cuenta con los mejores cerebros científicos. Oye, Shirley; toda Primera Madre es un fraude. Sí, se te ha destinado a ir a Lotrin y a tener un hijo, al cual los médicos, los hombres de ciencia y los psicólogos, honesta y perfectamente examinarán en busca de cualquier desviación de la norma humana... ¿Pero realmente crees que el TC necesita eso?

Esto era sincero. En el fondo de mis pensamientos, cuando fui a buscar a Ellen, yo sabía que ella iba a decir a Shirley parte de la verdad. Pero había esperado que las cosas sucedieran de otra manera.

Ellen no necesitó buscar efectos ahora. Shirley estaba tensa, escuchando. Ellen meneó la cabeza.

—No, Shirley. Puede ser que la gente que examina un mundo antes le que éste sea colonizado, no sepa el efecto que ese mundo podrá tener sobre la raza humana; pero, después que unos cuantos miles de seres humanos han vivido en él durante un año; después que cien mil personas han vivido allí durante varios años, y, finalmente, cuando un millón de seres se ha establecido allí, los hombres de ciencia saben más sobre ese mundo y sus efectos sobre la especie humana que lo que podrían saber por cualquier experimento aislado. Una Primera Madre es un símbolo. Esto también se aplica a la prueba: el primer nacimiento. El TC va a saber lo que va a hacer. El TC sabe todo. Pero, mientras la gente sea poco razonable, supersticiosa, poco científica y emocionalmente inmadura, se necesitará esta prueba simbólica. La prueba de que un mundo sirve o no sirve. Esa prueba no lo es para el TC. Es la confirmación de más de un noventa y nueve por ciento de probabilidades, lo que significa casi una certeza absoluta. ¿Comprendes, verdad? ¿Verdad que es razonable?

—Sí —respondió Shirley, de mala gana.

—¿Y quieres saber algo de Lotrin? Bueno; ni siquiera a ti se te podría decir. Pero, ahora, te lo diré, y te pido que guardes el secreto. Todo el sistema del TC se basa en las Primeras Madres. No se lo digas a Bill, o como sea el nombre de quien te espera. El no lo sabe. Nadie lo sabe fuera del TC. Nunca has estado en peligro, Shirley. Lotrin es un buen lugar. Tu hijo será como el de cualquier otra mujer en cualquier parte del mundo. Te he dicho que el TC *lo sabe*. ¿Piensas todavía quedarte con Joe?

Descendí a tierra con Shirley. Ellen no pudo hacerlo porque las regulaciones acerca de la Primera Madre son inflexibles. Ninguna mujer puede visitar un mundo como Lotrin, aunque fuera por unos pocos minutos, si no se trata de la Primera Madre.

Vi el efecto de la llegada de Shirley. Alextown era la ciudad más importante de Lotrin, y prácticamente todo el mundo salió a saludarla. No puedo describir la escena...; creerían que estoy loco.

Cuando me despedí de Shirley ella tuvo que hacer un gran esfuerzo para concentrar su atención en mí. Y no era que su enamoramiento hubiera sido fingido o leve o casual. Es que se trataba de un episodio en el pasado y, en ese pasado, no importaba en modo alguno la importancia de cualquier episodio.

Ellen me esperaba cuando regresé a la *Sardonia*...; me esperaba, aparentemente, para mirarme a los ojos.

—No sé cómo salimos de este asunto —dijo malhumorado.

—Tampoco lo sé yo —confesó Ellen, con aquella increíble simpatía que conquistó dos veces a Shirley—; pero deja que te diga una cosa, Joe: esta es la última vez que cumplimos una misión de este tipo. Y es también la última vez para todos los que lo han hecho. Por eso nos dieron este trabajo: porque nadie nunca lo haría dos veces. Y sólo puede haber unos pocos seres humanos, en cada generación, que tengan la tontería de hacerlo una vez.

Todo lo que Ellen había dicho a Shirley era cierto, menos el final.

Naturalmente, el TC sabía lo que iba a ocurrir antes de la partida de la Primera Madre. No lo supieron mucho antes...; por lo menos no lo supieron hasta que el mundo estuvo colonizado y hubo muchos datos con respecto a él. Y nosotros lo supimos antes de ver a Shirley. La tarea no nos agradaba, pero comprendimos que era necesaria. Lotrin debía tener una Primera Madre.

Los colonos que han trabajado y sudado, y se han esclavizado para levantar un nuevo mundo, no creerían en las pruebas químicas. No escucharían con tranquilidad si alguien les

dijera que su mundo está condenado y que no puede haber más colonos, sin tener primero una prueba real del fracaso.

Pero creerían en cambio al ver el hijo de Shirley. Ellen había hecho las cosas al revés.

Shirley había creído que yo estaba enamorado de ella, porque cualquier mujer está pronta a creer eso de un hombre. No comprendió que el verdadero motivo fue que no pude llegar a conocerla mejor sin sentir tanta piedad por ella que...

No, Ellen no era más mala que yo. Ella dijo la mentira, pero yo la representé.

—No es el noventa y nueve por ciento —me recordó Ellen—; las posibilidades en contra son sólo el sesenta y cinco por ciento. Hay una posibilidad...

Casi pregunté:

—¿Tú la arriesgarías? —pero no lo hice.

Sí, ella se arriesgaría. Ellen se arriesgaría siempre a cuatro contra una. Fue otra mentira cuando dijo a Shirley que ella no se arriesgaría...: una mentira para librarse del cariño de Shirley antes de tener que corresponderle en la misma forma.

Después de todo no era tan terrible, traté de convencerme. Ellen sería capaz de hacerlo. Ellen, mi mujer...

Otra vez traté de interesarme en el hecho de que Ellen era una de las mujeres más bonitas que hayan existido nunca. Por eso la gente la quería sin motivo. Me dije que yo no reconocía esto con frecuencia, pero que Ellen era...

Sin embargo, cuando miré a Ellen observándome silenciosamente, lo único que vi fue la cara de Shirley.

Barry N. Malzberg - NOTAS PARA UNA NOVELA SOBRE LA PRIMERA NAVE A VENUS

I

Estamos en el año 2119. El arma espacial del gobierno se fusionó con el arma militar hace un siglo y actualmente lo controla todo. Hay cinco millones de personas directamente empleadas en este programa, y cincuenta y ocho millones más trabajan en proyectos relacionados exclusivamente con el espacio.

Ya hace ciento veinte años que se instaló una colonia autónoma de cuarenta mil personas en la Luna. Las colonias satélites fundadas en estaciones espaciales que giran en órbita alrededor de la Tierra y de la Luna incluyen unas diez mil almas más. Hace mucho tiempo que no hay vuelos de exploración con tripulación humana; tampoco parecían necesarios hasta hace una década, ya que daba la impresión de que todo marchaba muy bien. La mayoría de los medios de comunicación masiva emiten ahora desde la órbita y desde la Luna, ya que se ha comprobado que es mucho menos costoso separar la industria de entretenimientos de la de noticias en un ambiente artificial. Complejos mecanismos de coherencia implantados en la Luna en 1985 permiten modificar y programar su órbita, de modo que siempre tenemos luna llena para los feriados nacionales.

II

El capitán de la expedición a Venus tiene cuarenta y dos años. Se lo catalogó como la flor y nata tras un proceso selectivo que debía optar entre cuatro mil hombres y mujeres que reunían las condiciones para el puesto. Tiene ochocientos sesenta y un tripulantes a sus órdenes, incluyendo más de cincuenta personalidades del mundo del espectáculo y de la política que van a tomar parte en la transmisión. La ligera tendencia a la afasia que le sobrevino en las últimas etapas del programa de entrenamiento queda perfectamente controlada con dos píldoras de disulfiamazol tres veces al día. Su presión sanguínea en situación de tensión extrema es de ciento treinta sobre sesenta y cinco. En su juventud era propenso a la eyaculación precoz, pero hace ya veinte años que no lo molesta este problema. Lleva una vida matrimonial feliz y es padre de dos hijos, ya grandes, que lo acompañan en el vuelo. Su mujer debe quedarse en casa debido a inminentes trastornos hepáticos, pero está muy animada y piensa tomar parte en alguna de las transmisiones.

III

El jefe de ingenieros del proyecto, un hombre llamado Willoughby, sabe que el proyecto está destinado al fracaso. Hace más de treinta años que no se realiza ningún vuelo exploratorio de esta naturaleza, ya que a la Luna se llega por control remoto y los vuelos sin tripulación a Venus se han llevado a cabo con naves veinte veces más pequeñas que la que se está preparando. Willoughby sabe que las técnicas de entrenamiento son tan inadecuadas como engañosas, porque ni siquiera el equipo funcionará en el largo y difícil vuelo que han planeado, y pensó varias veces en comunicar sus inquietudes a los jefes de gobierno. Pero no puede hacerlo: su vida está dedicada al programa espacial y comprende las razones desesperadas que subyacen en la expedición a Venus; poner cualquier tipo de obstáculo implicaría condenar al programa, por popular que fuera, al descrédito y a la destrucción definitiva. (Dado que es algo así como un burócrata, no puede permitirse

pensar qué ocurrirá con el programa si la expedición aborta en forma espectacular; de eso se ocupará cuando llegue el momento.) Además, Willoughby no confía totalmente en su juicio; ninguno de los científicos que están por encima de él o de los técnicos que son sus subordinados parecen compartir sus temores sobre el éxito del proyecto y él no puede ser el único en hacer saltar la perdiz. No puede discutirlo con nadie pero sigue trabajando en un pormenorizado diario de sospechas y predicciones de fracaso que piensa publicar en cuanto la nave haya explotado en órbita.

IV

El capitán y Willoughby se conocen superficialmente desde hace muchos años y no parecen llevarse bien. Y esto debido a que, muchos años atrás, Willoughby se había acoplado en secreto con la joven esposa del capitán durante una gran fiesta de vacaciones organizada por la agencia en la Luna, llevándola a un orgasmo muy violento durante el cual la mujer había confesado que él era mucho mejor que el capitán. Desde entonces los dos hombres no fueron capaces de enfrentarse, aunque Willoughby no tiene pruebas de que el capitán esté al tanto de lo que pasó.

Él, por su parte, encontró a la mujer del capitán imprecisa y desincronizada durante la fornicación y decidió que el capitán era un hombre digno de lástima. No tiene idea de si este incidente desempeñará algún papel en su decisión de anular sus temores sobre el proyecto, pero espera que no, dado que siempre se enorgulleció de ser un hombre objetivo y competente.

V

Wilt Okun, el célebre intérprete de knuit tomará parte en la expedición a Venus y está planeado que ejecute el Himno Nacional cuando la nave se apoye sobre el suelo venusino. Hasta ese momento su presencia en el vuelo permanecerá oculta para el gran público, ya que se supone que su actuación tendrá todas las características de un número sorpresa y, dada su talla como animador es de esperar que su presencia será de gran provecho para las relaciones públicas de la expedición. Para conseguir a Okun, la agencia se vio obligada a garantizar a su representante el tres por ciento del presupuesto del vuelo, más un porcentaje sobre la venta de los cassettes del descenso que pudieran grabarse, pero ese gasto se incluyó junto con los gastos generales, de modo que no es de público conocimiento. En todo caso, es un gasto que bien vale la pena, ya que Okun es el mejor intérprete de knuit que se haya oído desde 2112 y los tiempos de Lester Carter. El desembolso resulto imprescindible, ya que fracasaron los llamados al patriotismo y las amenazas burocráticas.

VI

Los grandes motines de 1972 dejaron como saldo la destrucción de una considerable cantidad de equipo y de personal en muchas sucursales de la agencia. Desde entonces se incrementaron hasta tal punto las medidas de seguridad que la agencia central, que cubre casi setecientos kilómetros cuadrados en el estado de Nebraska, es totalmente autónoma y resulta inexpugnable. Lo que es aún más importante, la agencia sacó conclusiones de los motines para mejorar sus relaciones públicas y educar a los profanos para que comprendieran que su destino y su importancia como seres humanos dependían pura y exclusivamente de la habilidad que mostrasen los humanos para atravesar el cielo y que la agencia se ofrecía a atravesar ese cielo por ellos, de modo que ¿por qué no mostrarse

razonables adhiriendo a la agencia en la forma en que la gente solía adherir a las consignas y los totems religiosos en otros tiempos?

VII

Los esfuerzos de la agencia en este sentido lograron convencer en 2119 a casi el noventa por ciento del electorado de que la condición humana está inexorablemente unida al desembarco en Venus y que, si la misión fracasa, sus vidas serán absolutamente inútiles. Los ingenieros de población de los más altos niveles de la burocracia publicaron advertencias reservadas, alrededor de 2108; temían que la experiencia fuera peligrosa porque, si la misión fracasaba, una buena dosis del desencanto recaería sobre la agencia, que vería así minada su base de apoyo popular, sin contar con que podrían incluso correr peligro las vidas de algunos de sus empleados. Sin embargo, estos ingenieros no fueron escuchados, ya que, para 2105, la agencia había decidido que era necesario encarar una campaña verdaderamente amplia y efectiva dentro del período vital de la mayoría de la gente; de no ser así, su posición se vería erosionada. Para 2110, Venus había sido elegido como un blanco cercano y probable, y habían comenzado a hacerse enormes recaudaciones y enormes esfuerzos. Las investigaciones indicaban que ocho años era el período máximo de interés real del público, así que, cuando culminaron los planes, se eligió el 4 de junio de 2119 como fecha del desembarco en Venus, y la cuenta regresiva comenzó en V menos dos mil novecientos veinte (días). Se invirtieron millones en materiales auxiliares y los días V menos dos mil, V menos mil quinientos, V menos mil y V menos quinientos fueron declarados feriados nacionales. También lo fueron V menos cuatrocientos, V menos trescientos, y V menos doscientos. También V menos ciento cincuenta, V menos cien y V menos cincuenta. También V menos cuarenta, treinta, veinte, diez y cinco. También V menos uno.

VIII

En el día V menos tres, Willoughby decide que no puede soportar más esa mentira y, haciendo esfuerzos extraordinarios, concierta una entrevista con el Jefe del Gabinete. Le dice que el vuelo a Venus no podrá alcanzar la órbita y que caerá indefectiblemente en el Sol. El Jefe, que realmente no tiene ningún tipo de autoridad, y a quien la agencia puso en la lista de tripulantes del viaje como jefe del gobierno, coloca inmediatamente a Willoughby bajo arresto a disposición del Estado y lo hace ejecutar a la mañana siguiente.

IX

En el viaje hacia Venus las personalidades a bordo montan un espectáculo impresionante, que es enviado, por vía transistorizada, a los cinco billones de personas que quedan en la Tierra. Wilt Okun, que no toma parte en la representación, ya que se lo mantiene en reserva como gran número sorpresa, está sentado bajo la cúpula del cohete, encorvado sobre su knuit, con los ojos fijos en el páramo del espacio, ejecutando séptimas disminuidas y arpegios cuádruples en su instrumento, mientras su mente, por así decirlo, vaga libremente por su historia personal. Recuerda a una muchacha, con la que tuvo contacto sexual quince años atrás cuando él se había abierto camino en el proyecto como mensajero, y piensa que era una hembra realmente espléndida, pero algo asimétrica. Aunque Okun no lo sabe, esa muchacha es la mujer del capitán; está en un hospital de West Town en ese momento y será, en cierto modo sutil, la clave para cualquier intento de comprensión de esta novela.

X

Hay multitudes reunidas en las calles, mirando enormes monitores suspendidos en el aire por dirigibles, que muestran los progresos que hace la nave. Habrá una celebración monstruosa en el momento del desembarco y una serie de feriados nacionales, que se prolongarán hasta que el cohete esté de regreso, sano y salvo.

Se han instalado pantallas en la periferia del proyecto, en Nebraska; la gente llegó desde cientos de kilómetros de distancia con sus medios de transporte y estacionó junto a las pantallas para compartir la experiencia. Un pequeño número de revolucionarios con dispositivos incendiarios se infiltró entre los vehículos estacionados, pero sin esperanza de poder hacer nada, a menos que, por motivos inexplicables, pudiese cambiar el humor de la multitud.

XI

En cuanto la nave sufre la primera sacudida, fallan los dispositivos de gravitación y el capitán se encuentra suspendido en ozono, agachado a la manera de un sastre cerca del techo, frotándose inútilmente las manos mientras la nave cae en dirección al sol. Debido a su excelente entrenamiento y a sus amplios antecedentes comprende de inmediato lo que está sucediendo y transmite la orden de interrumpir inmediatamente la transmisión, pero como todas las comunicaciones internas del cohete quedaron interrumpidas luego del choque, la orden no es oída ni ejecutada. La nave cae en dirección al sol a una velocidad de varios miles de metros por segundo. Le lleva en total doce horas llegar a su desintegración, y cada una de esas doce horas es contemplada desde la tierra por dos billones y medio de adultos y muchos millones de chicos.

R. A. Lafferty - NI EN ISLAS DE CALIZA POR EL CIELO...

Un lapidario es el que talla, pule, cincela y engarza piedras pequeñas. También el que, armado con un punzón, incrusta más o menos al azar distintas piedras y fragmentos tratando de armar un mosaico.

¿Pero cómo se le dice al que corta y apila piedras de gran tamaño?

Comencemos con este *lapillus* o piedrita, por ejemplo:

«El origen de la pintura como arte en Grecia se relaciona con personajes históricos concretos, pero el de la escultura se pierde en las brumas de la leyenda. Su historia propiamente dicha no empieza hasta el año 600 a.C., aproximadamente. Se la consideraba un arte otorgado a los hombres por los dioses; eso es precisamente lo que expresa la aseveración de que las primeras estatuas cayeron del cielo.»

Artículo *Ara Statuaria: Escultura*.

Enciclopedia Harper de Literatura y Antigüedades Clásicas.

Coloquemos esta primera piedrita en un extremo de nuestro futuro mosaico, aun cuando contenga un error acerca de qué fue lo que en realidad cayó del cielo: no eran estatuas terminadas.

Ubiquemos ahora esta segunda piedra:

(No disponemos de la cita exacta, pero es de Charles Fort o de alguno de sus imitadores.) Se refiere a un científico que se negaba a creer que hubiesen caído del cielo ciertos fragmentos de piedra caliza, a pesar de que dos granjeros los habían visto caer. El científico aseguraba que no podían haber caído del cielo porque en el cielo no hay piedra caliza. (¿Cómo se las habría arreglado ese científico si hubiese tenido que enfrentarse con el problema que plantea Ballenas en el Cielo?)

Engastemos esta segunda piedrita de sabiduría en otro rincón del mosaico y veamos de encontrar más material.

El corredor de calizas estaba haciendo su oferta a los miembros de la Junta municipal. Ofertaba mal, era un vendedor muy mediocre. Todo lo que podía ofrecer era buen precio (más de diez veces inferior que el que proponían los demás Matadores) y excelente calidad. Pero el hombre no hacía buena impresión. Tenía el pecho descubierto (y de tamaño descomunal) y sólo llevaba puesta una chaqueta sin mangas arriba y un trozo de tela cruzada abajo. Calzaba las *crepida* o sandalias de Mermes, hechas al parecer de piel de carnero (una ingenua muestra de afectación). La barba y el cabello estaban muy quemados por el sol, pero las raíces de ambos revelaban que el hombre era rubio. Su barba era dorada, pero estaba opacada por ese polvo de yeso o de roca que lo cubría de pies a cabeza. Estaba sudado y despedía olor, una mezcla de caliza, limadura de bronce, chivo, trébol, ozono, lentejas, leche agria, estiércol y queso picante.

—No, señor, me temo que no queremos ningún trato con ustedes —decía el alcalde—. Todas las demás firmas tienen buena reputación, hace tiempo que están instaladas.

—La nuestra está instalada desde hace muchísimo tiempo —dijo el corredor de calizas—. En realidad hace nueve mil años que se dedica a negocios de esta índole.

—¡Qué disparate! —protestó el comisionado de Barrido y Limpieza—. Si ni siquiera nos da la dirección de su firma, y tampoco nos hace una oferta formal.

—La dirección es Stutzamutza —dijo el vendedor—. No puedo darles ningún otro dato; no hay más datos. Y en cuanto a lo segundo, estoy dispuesto a hacerles una oferta formal si me indican cómo. Yo les ofrezco trescientas toneladas del mejor mármol de caliza, cortado al milímetro según instrucciones, trasladado hasta el lugar indicado, garantizado contra rajaduras, blanco o vetado. Y les ofrezco además despachar y colocar la mercadería en su lugar en el término de una hora. Todo por el módico precio de trescientos dólares o trescientas bolsas de maíz molido.

—¡Oh! ¡Acepten, acepten! —gritó una tal Phosphor McCabe—. Nosotros los elegimos a ustedes, señores, para que se ocupen de nuestros negocios y consigan los mejores precios. No dejen escapar esta ganga, por favor.

Phosphor McCabe era una fotógrafa que se entrometía en todo.

—Cállese, señorita, o la haremos expulsar de la sala de audiencias —dijo el comisionado de Parques y Jardines—. Tendrá que esperar su turno y no interferir en otros casos. Me pongo a temblar de sólo pensar en cual será su solicitud de hoy. Querría saber si alguna administración municipal tuvo que vérselas con tantos maniáticos como la nuestra.

—Señor, usted y su gente tienen una pésima reputación —dijo el comisionado de Hacienda dirigiéndose al vendedor de piedra caliza—. Nadie había oído hablar de ustedes. Incluso corre el rumor de que la piedra caliza que ustedes venden no es sólida y que se derrite como el granizo. Para no mencionar a los que aseguran que ustedes tuvieron algo que ver con la tremenda granizada de anteanoche.

—Bueno, lo que pasó fue que esa noche celebramos una reunioncita en la ciudad —explicó el corredor de calizas—. Habíamos recibido unas cuantas botellas de vino de Tontitown en pago por unas piedras que colocamos en Arkansas y nos las tomamos todas. Pero no lastimamos a nadie, no estropeamos nada con ese granizo. Algunas piedras eran tan grandes como pelotas de básquet ¿vieron? Pero nos fijamos bien dónde las dejábamos caer. ¿Cuándo se vio una granizada tan feroz que no produjera ningún destrozo?

—No podemos correr el riesgo de que se nos tome por imbéciles —dijo el comisionado de Educación y Cultura—. Hubo varios casos en los que hicimos el papel de estúpidos últimamente, y no siempre por culpa nuestra. No podemos permitirnos comprar la piedra caliza para un proyecto de tanta envergadura a gente como usted.

—Me preguntó si usted podría conseguir unas ciento veinte toneladas de granito rosa de buena calidad —preguntó un hombre sonriente y sonrosado que había en la sala de audiencias.

—No. Esa es otra isla, nada que ver con la nuestra —respondió el corredor de calizas—. Pero si los llevo a ver se los digo.

—Señor Chalupa, no sé qué es lo que tiene que hacer usted hoy aquí —dijo con voz severa el alcalde dirigiéndose al hombre sonriente y sonrosado—, pero tendrá que esperar su turno sin mezclarse en este asunto. Parece que últimamente nuestras audiencias públicas se han convertido en un desfile de chiflados.

—No tienen nada que perder —insistió el corredor de calizas—. Yo les entrego las piedras, las corto y las ubico. Si no están satisfechos, se las dejo sin cargo, o me las llevo de vuelta si prefieren. Y no me pagan los trescientos dólares o las trescientas bolsas de maíz molido hasta que no estén completamente satisfechos.

—Yo quiero ir con usted a su país —estalló la señorita Phosphor McCabe—. Estoy fascinada por lo que he oído de él. Quiero escribir un artículo sobre él, con fotografías, para la *Nueva Revista de Geografía*. ¿A qué distancia se encuentra ahora su país?

—De acuerdo —le respondió el corredor de calizas—. La esperaré. Nos iremos tan pronto como yo haya terminado mi negocio y usted el suyo. Nosotros queremos a todo el mundo y nos encanta que vengan a visitarnos, pero casi nadie quiere venir. En este momento mi país está a aproximadamente cinco kilómetros de distancia de aquí. Es la

última oportunidad, señores: les ofrezco el mármol de caliza de mejor calidad y más barato que puedan encontrar aunque vivan doscientos años; y espero que todos ustedes lleguen hasta los doscientos. Nosotros queremos a todo el mundo y estaríamos encantados de que todos llegasen por lo menos hasta los doscientos años.

—Definitivamente no —dijo el alcalde—. Seríamos el hazmerreír de todo el estado si cerráramos trato con alguien como usted. ¿De qué clase de país está usted hablando, que dice que está a sólo cinco kilómetros de aquí? Una y mil veces no. Está malgastando su tiempo, señor, y nos está haciendo perder el nuestro.

—No y no; es imposible, es sencillamente imposible —repitió el comisionado de Barrido y Limpieza—. ¿Qué no dirían los periódicos si supieran que le compramos piedra caliza a alguien que merece tanto respeto como un tripulante de OVNI o poco más?

—La oferta está rechazada —dijo el comisionado de Parques y Jardines—. Fuimos elegidos para conducir los negocios de la ciudad ahorrando todo lo posible, pero sin olvidar la dignidad.

—Y bueno, está bien —se resignó el corredor de calizas—. No todos los días se pueden vender plataformas gigantes. Adiós, señores comisionados. No se apure, señorita; la esperaré.

Y el corredor de calizas salió, levantando a su paso lo que parecía ser una nube de polvo de roca.

—¡Qué día! —se lamentó el comisionado de Educación y Cultura—. ¡Qué desfile de bromistas que nos tocó hoy! En fin, a ese por lo menos nos lo pudimos sacar de encima.

—No estoy tan seguro —gruñó el alcalde.

—La que sigue es la señorita Phosphor McCabe.

—Seré breve —dijo Phosphor alegremente—. Todo lo que quiero es una licencia para construir una pagoda en la colina de doce hectáreas que me dejó mi abuelo. No será un estorbo para nadie ni implicará ningún desembolso. Y va a ser hermosa.

—Y dígame un poco, ¿por qué quiere usted construir una pagoda? —preguntó el comisionado de Barrido y Limpieza.

—Para poder sacarle fotos. Y además porque tengo ganas de construir una pagoda.

—¿Qué clase de pagoda va a ser? —preguntó el comisionado de Parques y Jardines.

—Una pagoda rosa.

—¿De qué tamaño? —se interesó el comisionado de Educación y Cultura.

—De doce hectáreas de base. Y cien metros de altura. Va a ser grande, pero no será un estorbo.

—¿Por qué quiere hacerla tan grande? —preguntó el alcalde.

—Para que sea diez veces más grande que la Pagoda Negra de la India. Va a ser realmente hermosa y se convertirá en una de las atracciones de la zona.

—¿Y tiene usted el dinero para construirla? —preguntó el comisionado de Barrido y Limpieza.

—No, no tengo ni un centavo, pero si logro vender mi artículo ilustrado «Viajando con cámara y canoa por la Celestial Stutzamutza» a la *Nueva Revista de Geografía* voy a sacar bastante plata. Además hace un momento estuve tomando instantáneas de todos ustedes, señores, y pienso vendérselas al *Semanario de la Risa* si logro ponerles títulos ocurrentes. Y, en cuanto al dinero para construir la Pagoda Rosa, bueno, ya voy a pensar en algo.

—Señorita McCabe, su solicitud será transferida, o diferida, o como quiera que se diga, lo que es como decir que queda aplazada —dijo el alcalde.

—¿Y eso qué significa?

—No estoy seguro: el encargado de Asuntos Legales está ausente hoy, pero siempre dice algo por el estilo cuando queremos sacarnos el fardo de encima por un tiempo.

—Quiere decir que tiene que volver dentro de una semana, señorita McCabe —dijo el encargado de Barrido y Limpieza.

—Está bien —aceptó la señorita Phosphor McCabe—. De todos modos jamás podría empezar a construir la Pagoda Rosa antes de dentro de una semana.

Y ahora ubicamos esta piedrita de forma extraña en otro rincón del mosaico:

«El descubrimiento en el siglo XVII de las islas de Polinesia por parte de simples marineros significó la materialización de uno de los antiguos sueños paradisíacos. ¡Las islas verdes, el mar azul, las playas doradas y la dorada luz del sol, las muchachas morenas! ¡Las frutas, incomparables; el pescado, incomparable; el cerdo asado y las aves al horno, más allá de lo imaginable; árboles del pan, frutas, un volcán; una ininterrumpida perfección de clima, huríes de piel oscura como las que promete el Corán, cantos, música de cuerdas y música del mar! Era el Paraíso Prometido de las Islas, y se había hecho realidad.

»Pero incluso este hallazgo resultó pobre comparado con el descubrimiento, menos publicitario, anterior, e incesante, de las Islas Flotantes (o Islas Travertinas) por parte de viajeros más intrépidos. Las muchachas de las Islas Flotantes son más alegres (con excepción de las frías negras de las islas de Dolomita Diorítica) que las chicas de la Polinesia, más inteligentes y mucho más divertidas; son más hermosas y más curvilíneas, y poseen una cultura más vital y más artística, son más vivaces (¡vaya si lo son!). Y, en cuanto al paisaje, desafía toda descripción. No hay nada en la Polinesia, ni en el mar Egeo, ni en las Antillas que se le pueda siquiera comparar en deleite y colorido. ¡Y son tan amistosos todos los travertinos! Quizá sea una suerte el hecho de que sean poco conocidos y poco visitados; es probable que la experiencia de un mundo como el de ellos fuera demasiado para nosotros.»

Verdades de la leyenda del Paraíso, por Harold Bluewater.

Miren bien de cerca esta piedrita antes de que la incrustemos. ¿Están seguros de que tomaron nota de su forma?

Ahora tenemos otra piedra, aún más pequeña, para encajar aquí, donde parece haber un hueco demasiado estrecho. Es sólo una cita:

«En una Inscripción grabada en la Piedra el Hombre no está bajo Juramento.»

Doctor Johnson.

La señorita Phosphor McCabe visitó el país del corredor de calizas y escribió su artículo ilustrado «Viajando con cámara y canoa por la Celestial Stutzamutza». Las fotografías en color, sobrecogedoras, fascinantes, resplandecientes de alegría, una verdadera fiesta para los sentidos, no pueden reproducirse aquí, pero a continuación transcribimos unos pocos fragmentos del texto complementario:

»Stutzamutza es un país de piedra caliza de una blancura tan increíble que hace doler los ojos de placer. Es esta base de superblancura la que hace que los demás colores resalten con tanta claridad. No es posible que exista en otro lugar un cielo más azul que el que rodea a Stutzamutza en la mayor parte de las horas y de los días (véanse láminas I y II). Los campos, cuando los hay, son de un verde incomparable, y no hay agua más plateada (láminas IV y V). Las cataratas son un verdadero arco iris, especialmente las del río Final,

que baja caudaloso de la meseta (lámina VI). Es imposible que existan acantilados más matizados —azules, negros, rosados, ocres, rojos, verdes— pero siempre sobre esa base de superblancura (lámina VII). No puede haber otro sol como éste; brilla aquí como no brilla en ninguna otra parte del mundo.

»Debido a que Stutzamutza tiene una elevación promedio muy alta (algunos harán un gesto de desconfianza cuando revele a qué me refiero cuando hablo de elevación *promedio* del lugar), la población tiene el tórax o los senos asombrosamente desarrollados. Son de película. Los pocos visitantes que llegan aquí procedentes de zonas más bajas, *más mundanas*, coinciden en mostrarse deslumbrados:

»—¡Caramba! —dicen—. No puede ser que existan chicas como éstas.

»Y sin embargo existen (véase lámina VIII).

»—¿Cuánto hace que está pasando esto? —preguntan los ocasionales visitantes.

»Desde hace nueve mil años, desde que se recuerda en Stutzamutza, y, si nos remontamos más allá de la historia, desde que el mundo existe.

»Quizá debido al desarrollo de su pecho, la población de Stutzamutza sobresale en el canto; son vigorosos, sonoros y hermosos cuando cantan. Sus instrumentos, además de las flautas y las gaitas convencionales (con pulmones tan poderosos esta gente hace prodigios con la gaita), de las liras y los tamboriles, incluyen los tambores tronadores (lámina IX) y las trompetas de cuatro metros de largo (láminas X y XI): se duda de que haya algún otro pueblo capaz de hacer sonar estas trompetas rugientes.

»Quizá también debido al desarrollo de su pecho los pobladores de Stutzamutza son, sin excepciones, sumamente demostrativos en sus afectos. Hay algo que a la vez sobrecoge y reconforta en su carnalidad olímpica, es tal la robustez y el esplendor de su intercambio sexual que esta pobre muchacha subdesarrollada queda algo más que admirada (láminas X a XIX). Además, esta gente es ingeniosa, sabia y siempre agradable.

»Se dice que, originalmente, no había nada de tierra en Stutzamutza. Los pobladores tenían que cambiar caliza, mármol y dolomita de la mejor calidad por cantidades equivalentes de tierra, aunque fuese arcilla o arena de lo más pobre. Así llenaron algunas grietas y lograron que comenzara a surgir la vegetación, y en unos pocos miles de años construyeron innumerables terrazas, lomas y valles de verdor; ahora se dan en abundancia las uvas, las aceitunas y el trébol; el vino, el aceite y la miel alegran los amplios corazones de la población. El maravilloso trébol azul y verde (véase lámina XX) es el alimento de abejas y cabras. Hay dos especies distintas de cabras: la cabra de pradera y pastura, que se cría por su leche, queso y mohair, y la cabra salvaje de la montaña, de mayor tamaño que la anterior, que se caza en los riscos blancos y cuya carne, de sabor un tanto fuerte, es muy apreciada. Los pobladores de Stutzamutza usan el mohair tejido y la piel de chivo curtida para confeccionar sus vestidos, pero no llevan mucha ropa, pese a que hace bastante frío los días en que la elevación aumenta súbitamente.

»Hay muy poco cereal en Stutzamutza; por lo general, se venden las piedras de las canteras a cambio de grano. La industria principal de Stutzamutza —la única, en realidad— es la explotación de canteras. Los cortes que se hacen en esos enormes yacimientos dejan al descubierto, a veces, asombrosos restos fósiles; hay un cuerpo de ballena fosilizado intacto (se trata de una Zeuglodon o Ballena del Eoceno, especie extinguida) (véase lámina XXI).

»—Si se trata realmente de una ballena, todo esto habrá estado bajo el océano en algún momento —le dije a uno de mis pechudos amigos.

»—Claro —me respondió—. La piedra caliza sólo puede formarse en el océano.

»—Pero entonces, ¿cómo hizo para elevarse tan por encima de él? —pregunté.

»—Eso es algo que deberán resolver los geólogos y los hipólogos —dijo mi amigo.

»La cualidad más fascinante del agua que hay en Stutzamutza es su mutabilidad: a veces se forma un lago en un solo día, y se vacía al día siguiente por simple escurrimiento. La lluvia es prodigiosa a veces, cuando decide presentarse bajo esa forma, y es un placer sortear los rápidos de los ríos que crecen súbitamente. Otras veces, en contados minutos puede llegar a formarse hielo sobre toda Stutzamutza, y todo el mundo se regocija con su súbita aparición, todos menos el pobre visitante, que carece del equipo adecuado. Es un hielo tan extraordinariamente hermoso como frío. Los pobladores lo cortan en forma de grandes láminas, masas y bloques y lo dejan caer para divertirse.

»Pero todos los demás espectáculos se olvidan cuando uno ve los saltos de agua que caen bajo la luz del sol, y el más maravilloso de todos es sin duda el de las Cataratas del río Final. ¡Qué increíble verlo caer caudaloso desde el país de Stutzamutza (véase lámina XXIII), verlo descender por un espacio casi infinito, cien, doscientos metros, convertirse en niebla, en aguanieve, en nieve, en lluvia, en granizo, de acuerdo con el estado del tiempo, ver cómo el arco iris de kilómetros de longitud se prolonga hasta desaparecer allá lejos, muy por debajo nuestro!

»Hacia el extremo norte de la isla (su extremo norte temporario) hay un acantilado de mármol rosa particularmente llamativo.

»—¿Te gusta? Te lo regalamos —dicen mis amigos.

»Es lo que había estado buscando que me dijeran»

En efecto, la señorita Phosphor McCabe hizo su artículo ilustrado, realmente admirable, para la *Nueva Revista de Geografía*, pero la *Nueva Revista de Geografía* no lo aceptó; según el editor la señorita Phosphor McCabe llegaba a conclusiones inaceptables.

—Lo que pasa es que llegué a un *lugar* inaceptable —dijo la señorita Phosphor—. Me quedé allí seis días, lo fotografié y conté cómo era.

—Eso es algo que jamás podríamos aceptar —dijo el editor.

El problema residía, en parte, en la explicación de lo que la señorita Phosphor McCabe entendía exactamente por elevación promedio de Stutzamutza (era bastante alta) y por eso de «los días en que aumentaba la elevación».

Y he aquí otra piedra de forma grotesca. A primera vista parecería imposible ubicarla en el hueco que le está destinado, pero los ojos se engañan: su silueta encajará a la perfección. Son las memorias de un viejo y experto meteorólogo, que recuerda un hecho observado durante su larga vida profesional:

»Ya desde pequeño me interesaba por las nubes. Creía que ciertas nubes conservaban su identidad y reaparecían una y otra vez, y que unas eran más sólidas que otras.

»Más tarde, cuando estudié meteorología y seguí cursos sobre clima en la Universidad, tuve un compañero de clase que sostenía una serie de opiniones aparentemente locas, centradas en la teoría de que ciertas nubes aparentes no son masas de vapor sino islas de piedra que flotan en el cielo; él sostenía que había unas treinta islas de este tipo, compuestas en su mayor parte por piedra caliza, menos algunas que eran de basalto, o de arenisca, incluso de pizarra. Decía que había por lo menos una hecha de esteatita o de talco.

»Este compañero afirmaba también que tales islas flotantes eran a veces muy grandes, y que había una de por lo menos cinco kilómetros de largo, que se las conducía inteligentemente para disimular mejor su presencia: las islas de caliza viajaban con masas de nubes blancas como el algodón, las de basalto con los oscuros frentes de tormenta, y así sucesivamente. Creía que dichas islas se apoyaban a veces sobre la superficie terrestre, y que cada una tenía su propio refugio en regiones poco frecuentadas; creía, además, que las islas flotantes estaban pobladas.

»Nosotros nos divertíamos bastante con el Loco Anthony Tummley, nuestro excéntrico compañero. Sus ideas, nos decíamos unos a otros, eran de lo más chifladas. Y, en realidad, el propio Anthony terminó internado. Fue un caso triste, pero del que difícilmente podía uno hablar sin echarse a reír.

»Pero más adelante, después de más de cincuenta años en la profesión, llegué a la conclusión de que Anthony Tummley tenía razón en todos los aspectos. Varios de nosotros, meteorólogos veteranos, compartimos ahora esta certeza, pero acabamos por desarrollar una especie de código para hablar del asunto, ya que no nos atrevemos a admitirlo abiertamente ni siquiera en la intimidad. La contraseña para aludir a este estudio es «Ballenas en el Cielo», y tenemos la intención de que el tema mantenga un tenor humorístico.

»Hay unas treinta islas de piedra de este tipo flotando continuamente sobre nuestro país (y es posible que haya más de cien de ellas en todo el mundo); se las puede detectar con el radar, se las avizora una y otra vez, con formas poco modificadas (algunas, de vez en cuando, parecen dejar caer pequeñas masas de piedra y depositarlas en alguna parte de la tierra), se las conoce, tienen nombres.

»Incluso hay quienes las visitan, por lo general personas de temperamento muy peculiar, dotadas siempre de una especial combinación de simplicidad, aceptación, inteligencia e inexplicable simpatía. Hay individuos y familias enteras en el campo que emplean los servicios de estas islas pobladas para trasladar mensajes y mercancías. En la zona rural y pantanosa de Louisiana en una oportunidad pudo notarse con asombro que la población ya no recurría al servicio de los lanchones del Canal Interoceánico para trasladar sus provisiones y productos al mercado.

»—¿Qué ventaja tienen los lanchones sobre las islas de piedra que siempre hemos usado? —pregunta esta gente—. No tienen un horario mucho más regular, no son más rápidos y no son capaces de ofrecer los mismos servicios a cambio de un quintal de arroz. Sin contar con que los pobladores de las islas de piedra son amigos nuestros, y algunos se han casado con nosotros, los cayuna.

»Hay otras regiones donde se obtiene con igual facilidad esta cooperación.

»Muchos pobladores de las islas de piedra son bien conocidos a lo largo de determinadas rutas, que las islas recorren casi con regularidad. Estas personas son todas de una belleza muy vigorosa y algo tosca; tienen buen carácter y son cordiales. Se dedican a traficar piedra, y venden asombrosas cantidades de material de construcción de óptima calidad a cambio de grano y otras provisiones igualmente simples.

»No hay explicación científica, en absoluto, de cómo pueden suceder estas cosas, de cómo las islas de piedra logran flotar en el cielo; pero que así ocurre es un secreto a voces compartido quizá por un millón de personas.

»En realidad soy demasiado rico en la actualidad como para que me metan en un manicomio (aunque hice mi fortuna con un comercio bastante extravagante, tal vez increíble para la mayor parte de las personas), y demasiado viejo como para que se rían abiertamente de mí: sólo despertaría la sonrisa que despiertan los excéntricos. Ya estoy retirado de mi profesión de meteorólogo, que me sirvió como fachada durante muchos años (aunque debo aclarar que siempre he sido y sigo siendo un enamorado de mi trabajo).

»Soy consciente de lo que sé y de lo que ignoro y hay más cosas en el radio de veinticinco kilómetros por encima de la tierra de las que sueña tu filosofía, Horacio.»

Memorias de cincuenta y dos años de meteorólogo,
de Hank Fairday (edición privada de 1970).

La señorita Phosphor McCabe elaboró un segundo artículo ilustrado, realmente asombroso, para la *Nueva Revista de Geografía*, con un título muy atractivo: «De acuerdo, explíquenme entonces cómo lo hice o La construcción de la Pagoda Rosa».

»La Pagoda Rosa está lista, salvo en lo que respecta a agregados que haré cuando se me ocurra y cuando mis amigos de las alturas anden por los alrededores. Es sin lugar a dudas la estructura más grande del mundo y también, en mi opinión, la más hermosa, pero no tiene una apariencia maciza: es liviana y etérea. ¡Vengan a verla en vivo, vengan todos! Y si no pueden venir en persona, véanla en las fotografías en color (láminas I a CXXIX). Con sólo abrir bien los ojos y los oídos, esta maravillosa estructura responde a cientos de preguntas.

»A veces se ha formulado la pregunta de cómo pudieron apilarse los bloques de piedra de cien toneladas y más de las antiguas estructuras megalíticas, de cómo pudieron encajar tan bien unos con otros para que ni siquiera pudiera insertarse la hoja de un cuchillo en las coyunturas. Es fácil. Por lo general no se apilan cien bloques de cien toneladas, a menos que se busque un efecto ornamental especial; lo que se hace es colocar un solo bloque de diez mil toneladas y simular las juntas. En la Pagoda Rosa yo hice colocar bloques de caliza rosada de trescientas mil toneladas de peso (véase lámina XXI).

»Hacen descender toda la isla hasta el sitio de la construcción, cortan el bloque que se necesita (y créanme que los pobladores de las islas son picapedreros de primera), luego retiran un poco la isla y dejan el bloque colocado en su lugar.

»Y si no, ¿de qué otro modo pudo hacerse? ¿Cómo si no conseguí ubicar en su lugar, a ciento diez metros de altura, el coronamiento principal, de ciento cincuenta mil toneladas? ¿Con rampas? ¡Vamos! ¿A quién se lo quieren hacer creer? Las columnas de piedra y las torrecitas que hay alrededor y debajo de él son como un encaje tridimensional, y era necesario colocar ese coronamiento al final. No se lo hizo subir por medio de rampas, ni siquiera hay sitio para colocar rampas. La construcción íntegra se completó en una tarde de sábado, y aquí están las secuencias fotográficas que muestran los pasos sucesivos. Se usó una isla flotante y se separaron fragmentos de esa isla a medida que flotaba en el lugar. Les repito que no hay otra manera de que una muchacha de cincuenta y dos kilos pueda construir una Pagoda Rosa de treinta millones de toneladas en seis horas; tiene que disponer de una isla flotante, con un acantilado de caliza rosada en su extremo norte y tiene que estar en muy buenos términos con los pobladores de esa isla.

»Por favor, vengan a ver mi Pagoda Rosa. Toda la gente y todos los funcionarios apartan sus ojos de ella; dicen que es imposible que una cosa semejante esté allí y decretan entonces que no está allí. Pero está. Vengan a comprobarlo personalmente (o bien vean las láminas IV, IX, XXXIII, LXX, en especial). Y es hermosa (véanse láminas XIX, XXIV, V y LIV). Pero mejor vengan a ver cómo es al natural.»

La señorita Phosphor McCabe preparó ese artículo ilustrado, considerablemente sorprendente, para la *Nueva Revista de Geografía*, pero de la *Nueva Revista de Geografía* se negaron a publicarlo, argumentando que cosas semejantes eran imposibles. Y también se negaron a ir a ver la Pagoda Rosa, lo que es una lástima, ya que es la estructura más grande y hermosa de la tierra.

Ahí está todavía, en esa colina de doce hectáreas, sobre el borde norte de la ciudad. Y todavía no se ha colocado la última piedra. La más reciente, un pequeño agregado malintencionado, no será la última. La señorita Phosphor jura que no lo será.

Resulta que un enemigo no muy inspirado bajó volando, poco después de terminado el cuerpo principal de la pagoda, y puso la última piedra, muy pequeña (se la conoce como «semilla de la duda») en la cima del coronamiento principal. Era una piedrita escrita con caracteres irregulares y mal talante donde se leía:

Antología de Ciencia Ficción 2003

*No creo en brujas ni en endriagos
dice el rico y también el despojado.
El escéptico afirma con su mueca
que no admite que la Tierra sea hueca.
No hubo Atlántida, Lemuria ni una Mu.
No creo en leñadores legendarios,
ni en grotescos y chuecos marcianitos.
No en mitos tecnológicos ya muertos
ni en los encantos del viejo megalito.
No creeré en ballenas que alcen vuelo
ni en islas de caliza por el cielo.
Balada no Tradicional*

Esta piedrita gruñona en forma de balada en la cúspide casi estropea el efecto de la Pagoda Rosa, a mi modo de ver. Pero dice la señorita Phosphor McCabe que la hará sacar tan pronto como sus amigos viajeros vuelvan a esta vecindad y ella pueda llegar a la cima.

Eso es todo lo que tenemos que decir sobre la colocación de piedras. ¿Hay alguien que tenga algo que añadir?

Henry Kuttner - EL TWONKY

El reemplazo de personal de la Electrónica del Medioeste era tal que Mike Lloyd no podía seguirle la pista a sus hombres. Los empleados continuaban yéndose a trabajar a otro lado, con mayores salarios. Por esa razón, cuando volvió a distinguir al hombrecillo cabezón vagabundeando inciertamente ante la puerta de un depósito, Lloyd echó una mirada al overoll marrón que llevaba puesto (provisto por la Compañía) y dijo suavemente:

—El silbato sonó hace ya más de media hora. Vuelva inmediatamente al trabajo.

—¿Tra-ba-j-jo? —El hombrecillo parecía tener serios inconvenientes con la palabra.

¿Estaría borracho? Lloyd, desde su posición de capataz, no podía bajo ningún concepto permitir una cosa semejante. Arrojó su cigarrillo, y acercándose más al hombrecillo, lo olió: no, no era licor. Miró rápidamente la placa sujeta al overoll, y leyó:

—Dos-cuatro. M-mm... ¿Eres nuevo aquí?

—Nuevo... ¿Uh? —repitió el hombre, frotándose un creciente chichón en su frente. Era un sujeto pequeño y de extraña apariencia, calvo como un tubo de vacío, y con un pálido rostro contraído, que mostraba unos diminutos ojos abiertos en un admirado gesto de asombro.

—¡Vamos Joe, despiértate! —Lloyd estaba comenzando a impacientarse—. Tú trabajas aquí, ¿verdad?

—Joe —repitió el hombrecillo, pensativamente—. Trabajar. Sí, yo trabajo. Yo los hago. —Sus palabras brotaban extrañamente de su boca, como si tuviera el paladar hendido.

Echando una nueva mirada a su placa, Lloyd aferró el brazo de Joe, y lo arrastró hasta el cuarto de montaje.

—Aquí está tu puesto. Quédate en él. ¿Sabes lo que tienes que hacer?

El otro irguió su esmirriado cuerpo.

—Soy un... experto —aseguró—. Puedo hacerlos mucho mejor que Ponthwank.

—Perfectamente —dijo Lloyd—. Entonces comienza a hacerlos.

El hombre llamado Joe dudó, acariciando el chichón de su frente. Los overoll atrajeron entonces su atención, y los examinó con asombro. ¿Dónde...? ah, sí. Los había hallado colgando en el cuarto donde había emergido la primera vez. Sus propias ropas, naturalmente se habían disipado durante el viaje... ¿qué viaje?

Amnesia, pensó. Se había caído desde... algún lado... cuando había aminorado su marcha hasta detenerse. ¡Qué extraño resultaba aquel almacén, atiborrado de máquinas de todo tipo! No llegaba a provocar en él ningún recuerdo anterior.

Amnesia, eso era lo que le sucedía. El era un operario. Hacía cosas. Sin embargo, teniendo en cuenta los objetos poco familiares que lo rodeaban, eso no significaba nada. Aún se sentía aturdido. No obstante, las nubes de su mente se retiraban pronto. En realidad, ya habían comenzado a desaparecer.

Trabajar. Joe efectuó una rápida recorrida alrededor del cuarto, tratando de agujinear su defectuosa memoria. Pudo ver varios operarios en overoll, construyendo diversas cosas. ¡Pero qué infantiles... qué elementales! Quizás aquello era un jardín de infantes.

Al cabo de unos momentos de inspección, Joe se dirigió a un depósito, examinando algunos modelos terminados de combinados estereofónicos. Así que era eso. Le parecieron torpes e incómodos, pero aquella especialidad no le correspondía. No. Su trabajo consistía en construir Twonkies.

¿Twonkies? El nombre asaltó su memoria nuevamente. Por supuesto que sabía cómo construir Twonkies. Los había hecho durante toda su vida... había sido especialmente entrenado para esa tarea. Por lo visto, ahora usaban un modelo de Twonky diferente, pero, ¡qué demonios! ¡Aquello era un juego de niños para un operario hábil como él!

Joe volvió al cuarto de montaje, y encontró un banco de trabajo vacío, donde comenzó de inmediato a construir su primer Twonky. De tanto en tanto, se deslizaba fuera del cuarto, y se apoderaba de los materiales que iba necesitando. Solo en una ocasión, en que no pudo localizar un trozo de tungsteno que le era imprescindible, construyó apresuradamente un pequeño dispositivo que pudiera proveérselo, a partir de los elementos de que disponía en cantidad.

Su banco de trabajo se encontraba ubicado en un rincón alejado de los demás, y escasamente iluminado, aunque parecía demasiado brillante a los ojos de Joe. Ninguno de los otros operarios reparó en la consola que rápidamente tomaba forma en aquel rincón; Joe trabajaba muy rápidamente. Ignoró el silbato del mediodía, y ya para la hora de salida, su trabajo estaba terminado. Quizás podría alegarse que necesitaba otra mano de pintura; en realidad carecía del tono resplandeciente de los Twonkies estándares, pero tampoco ninguno de los otros lo tenía. Joe suspiró, se agachó debajo de su banco de trabajo, buscando en vano su correspondiente colchón-relajador, y al no encontrarlo, se acostó directamente sobre el piso.

Unas pocas horas más tarde, despertó. La fábrica estaba completamente vacía. ¡Qué extraño!; quizás los horarios de trabajo habían cambiado. Quizás... la mente de Joe se sentía extrañada. El sueño había despejado las últimas nubes de la amnesia, si es que eso era lo que le había sucedido, pero aún se sentía algo aturdido.

Murmurando para sí, envió al Twonky al depósito contiguo y lo comparó con los otros. Superficialmente era idéntico a uno de los amplificadores estereofónicos de modelo más reciente. Siguiendo el esquema de los demás, Joe había camuflado y disimulado bajo aquella apariencia los distintos órganos y bobinas de reacción de su propio dispositivo.

Luego de almacenar su Twonky, se dirigió nuevamente al salón de ventas, y fue entonces cuando los últimos jirones de niebla se disiparon de su mente. Los hombros de Joe se estremecieron convulsivamente.

—¡Por todos los Dioses! —exclamó—. ¡Así que era eso! ¡He caído en una grieta temporal!

Con una asombrada mirada a su alrededor corrió de vuelta hacia el depósito en el que había emergido por primera vez. Allí se quitó rápidamente el overoll y lo devolvió a la percha donde lo había encontrado. Luego de ello, se dirigió hacia uno de los rincones del cuarto, tanteó el aire a su alrededor, asintiendo con satisfacción, y se sentó en el vacío, a un metro por sobre el suelo. Y a continuación, Joe se desvaneció en la nada.

—El tiempo —estaba diciendo Kerry Westerfield— es curvo. Eventualmente, y a plazos determinados, regresa al mismo lugar donde comenzó. —Colocó un pie en una apropiada saliente de las rocas de la chimenea, y se estiró voluptuosamente. Desde la cocina se oía el tintineo de los vasos y las botellas que Martha estaba manipulando.

—Ayer, a esta misma hora —seguía diciendo Kerry— tomé un Martini. La curva temporal indica que debería tomar otro ahora. ¿Me estas escuchando, ángel?

—Lo estoy sirviendo —contestó el ángel, distraídamente.

—Entonces has comprendido perfectamente mi argumento. Aquí va otro: el tiempo describe una trayectoria en forma de espiral, y no circular como se cree. Si llamas 'A' al primer ciclo, el segundo será 'A más 1'... ¿comprendes? Todo eso significa un Martini doble esta noche.

—Ya sabía dónde terminaría tu conferencia —comentó Martha, entrando al amplio salón enchapado en roble. Era una pequeña mujer de pelo negro, con un rostro singularmente bonito, y una figura que hacía juego con él. El diminuto delantal de algodón que llevaba puesto se veía ligeramente absurdo en combinación con sus pantalones ajustados y la blusa de seda.

—Además, no se fabrica gin de graduación infinita. Aquí está tu Martini —dijo, sacudiendo la coctelera y preparando las copas.

—Revuélvelo despacio —le avisó Kerry—. Jamás lo sacudas. Así esta bien. —Aceptó la copa que ella le tendía, y la contempló apreciativamente. Su cabello negro, salpicado de gris, brilló bajo la luz de la lámpara, cuando bebió un sorbo de su Martini—. Bueno, muy bueno.

Martha bebió lentamente de su copa, mientras contemplaba a su esposo. Realmente un tipo buen mozo, Kerry Westerfield. Andaba por los cuarenta-y-tantos años, agradablemente feo, con una boca ancha, y un ocasional brillo sardónico en sus ojos grises cuando contemplaba la vida. Llevaban ya doce años de casados, y ambos se hallaban contentos de ello.

Desde el exterior, llegaba a través de los ventanales el tardío y tenue fulgor de la puesta del sol, reflejándose en el gabinete del equipo estéreo ubicado contra la pared, a un lado de la puerta. Kerry lo miró con un gesto de apreciación.

—Costó un ojo de la cara —comentó—. Aunque...

—¿Qué? Ah, sí. Los obreros tuvieron realmente un trabajo duro para subirlo por las escaleras. ¿Por qué no lo pruebas, Kerry?

—¿No lo has hecho tú, ya?

—No; ya bastante complicado era el anterior —explicó Martha con un gesto de desconcierto—. Dispositivos... me confunden. Yo fui educada con una radio Edison. Tú le dabas cuerda con una manivela, y unos sonidos extraños brotaban de una bocina. Eso era algo comprensible para mí. Pero ahora... aprietas un botón y suceden cosas extraordinarias. Ojos electrónicos, selectores de tono, discos que se tocan de ambos lados, con el acompañamiento de fantasmagóricos gruñidos y chasquidos provenientes del interior de la consola. Probablemente tú entiendas de esas cosas; yo ni siquiera lo intento. Cada vez que pongo un disco de Bing Crosby en un aparato colosal como ése, Bing parece avergonzado.

—Voy a poner un disco de Debussy —dijo Kerry, comiendo la aceituna de su Martini—. Hay un nuevo disco de Crosby allí para ti. El último.

Martha se contorsionó alegremente:

—¿Puedo ponerlo, Kerry, sí?

—Aja.

—Pero tendrás que enseñarme cómo.

—Es muy simple —dijo Kerry, dirigiéndose hacia la consola—. Estos pequeños son realmente buenos, ¿sabes? Pueden hacer cualquier cosa, excepto pensar.

—Me gustaría que también lavaran los platos —comentó Martha encaminándose hacia la cocina, luego de dejar su copa.

Kerry encendió una lámpara cercana, y se dirigió a examinar su nuevo equipo. El modelo más moderno de Electrónica del Medioeste, con todas sus últimas innovaciones. Cierto que había resultado caro, pero, después de todo, ¿qué demonios? Podía darse el gusto. Y además, le habían cotizado muy bien el anterior.

Al acercarse, observó que el aparato no estaba enchufado, tampoco se veían conexiones por ningún lado... ni siquiera un cable a tierra. Quizá se trataba de una innovación más. La conexión a tierra y la antena incorporada, o algo así. Kerry se agachó, buscando un tomacorriente, e insertó en el la ficha del aparato.

Una vez hecho esto, abrió las puertas del gabinete, y observó los diales con una amplia sonrisa de satisfacción. Un rayo de luz azulada brotó repentinamente del aparato, enfocándose en sus ojos. Al mismo tiempo se escuchaba un débil y cuidadoso chasquido, proveniente de las profundidades de la consola. El sonido cesó abruptamente, y Kerry

parpadeó, manoseando nerviosamente los diales e interruptores, mientras se mordisqueaba una uña.

—Esquema psicológico probado y registrado... —anunció la radio, con una voz remota.

—¿Eh? ¿Qué es eso? —se preguntó Kerry, girando el sintonizador—. ¿Un radio-aficionado? No, no puede ser. Ellos no emplean esta frecuencia. Mm-m-m. —Se encogió de hombros, y fue a sentarse en una silla cercana a los estantes de los álbumes. Su mirada pasó rápidamente por los títulos y los nombres de los compositores. ¿Dónde estaba *El cisne de Tuonela*? Ah, allí estaba, junto a *Finlandia*. Kerry bajó el álbum de su estante, abriéndolo sobre sus rodillas. Con su mano libre extrajo un cigarrillo del bolsillo, colocándolo entre sus labios, y tanteando sobre la mesa, en busca de la caja de fósforos. El primero que encendió, se apagó al instante.

Lo arrojó a la chimenea, y estaba a punto de encender otro, cuando un débil sonido atrajo su atención. La radio estaba caminando a través del salón, acercándose a él. Un tentáculo similar a un látigo surgió de algún lugar, recogió un fósforo y lo raspó contra la tapa de la mesa (igual que lo había hecho Kerry), acercando la llama al cigarrillo del hombre.

Los reflejos instintivos respondieron rápidamente. Kerry aspiró profundamente, y explotó en una tos humeante y atormentada, que lo obligó a doblarse en dos, jadeante y momentáneamente ciego.

Cuando por fin pudo ver nuevamente, la radio estaba de nuevo en su lugar acostumbrado.

Kerry se mordisqueó pensativamente el labio inferior, y luego llamó:

—Martha.

—La sopa está lista —contestó la voz de ella.

Kerry no contestó. Se levantó, dirigiéndose hacia el aparato, observándolo dubitativamente. El cable del enchufe había sido arrancado de su tomacorriente. Kerry lo repuso cautelosamente en su lugar.

Luego se agachó para examinar las patas de la consola. Ante sus ojos, parecían construidas de madera, y finamente terminadas. Una mano exploratoria no pudo ampliar esta observación. Madera... dura y quebradiza.

Cómo demonios...

—¡La cena está lista! —lo llamó Martha.

Kerry arrojó su cigarrillo a la chimenea, y salió lentamente de la habitación. Su esposa, colocando una salsera en la mesa, lo miró fijamente.

—¿Cuántos Martinis tomaste?

—Solo uno —contestó Kerry, vagamente—, me debo haber adormilado por un minuto. Sí, eso es lo que debe haber pasado.

—Bueno, ya puedes arrojarte sobre la comida —autorizó su esposa—. Después de todo, es la última oportunidad que tienes de comportarte como un cerdo mientras comes mis comidas; al menos por una semana.

Kerry buscó su billetera con un gesto ausente, sacó de ella un sobre y se lo tendió a su esposa:

—Aquí está tu boleto, ángel. No lo pierdas.

—¡Oh! ¡Parece que merezco un compartimiento para mí sola! —Martha colocó nuevamente la tarjeta en su sobre, y gorgoteó alegremente—. Eres realmente un buen muchacho. ¿Seguro que podrás arreglártelas sin mí?

—¿Eh? ¡Ah, sí!... creo que sí —dijo Kerry, agregándole sal a su palta. Se estremeció ligeramente, y pareció salir de un ligero aturdimiento—. Seguro que podré arreglármelas. Tú vete a Denver y ayuda a Carol a tener su bebé. Así todo quedará en familia.

—Bue-eno, es mi única hermana... —Martha sonrió al decir esto—. Tú sabes cómo son ella y Bill. Completamente chiflados. Necesitarán a alguien que los tranquilice justamente ahora.

No recibió contestación alguna. Kerry estaba meditando profundamente sobre un bocado de su palta. Ante su pregunta, musitó algo acerca del Venerable...

—¿Qué pasa con él?

—Hay una conferencia mañana. Por alguna extraña razón, todos los términos lectivos nos empantanamos en el Venerable Beda. En fin...

—¿Y tienes tu conferencia lista?

—Claro —asintió. Kerry. Había enseñado durante ocho años en la misma Universidad, y por cierto que sabía los programas para ese entonces.

Más tarde, luego de haber servido el café y encendido sendos cigarrillos, Martha echó una mirada a su reloj pulsera.

—Ya es casi la hora de tomar el tren. Es mejor que termine de empacar. Los platos...

—Yo los lavaré —afirmó Kerry, acompañando a su esposa al dormitorio, donde solo consiguió entorpecer su labor. Al cabo de un tiempo, volvió a bajar, acarreando las valijas hasta el auto. Martha se le reunió, y juntos se encaminaron hacia la estación.

El tren llegó en el horario previsto, y media hora después de haber salido, Kerry volvió a instalar el coche en el garaje, y se dirigió hacia la casa, bostezando profundamente. Se sentía cansado. Bien, entonces lavaría los platos, luego una cerveza, y se acostaría a leer un libro.

Con una intrigada mirada a la radio, entró a la cocina y comenzó con los platos. Y ese fue el momento que eligió el teléfono del hall para comenzar a sonar. Kerry se secó las manos en una toalla, y se dirigió a atenderlo.

El que llamaba era Mike Fitzgerald, profesor de psicología en su misma Universidad.

—Hola Fitz.

—Hola, ¿Martha se fue?

—Sí. Recién llego de acompañarla a la estación.

—¿Te sientes con ánimo como para conversar, entonces? Conseguí un escocés bastante pasable. ¿Por qué no te vienes y charlamos un rato?

—Me gustaría —contestó Kerry, bostezando nuevamente— pero estoy muerto. Mañana es un día pesado. ¿Quedamos comprometidos para mañana?

—Perfecto. Es que recién acababa de terminar de corregir mis papeles, y sentí la necesidad de aguzar mi mente. ¿Qué sucede?

—Nada; espera un momento —Kerry dejó el receptor, y miró por sobre su hombro frunciendo el ceño. Se oían extraños ruidos, procedentes de la cocina. ¡Qué demonios!...

Cruzó rápidamente el hall, y se detuvo en la puerta de la cocina, inmóvil y estupefacto. El aparato de radio estaba lavando los platos.

Al cabo de un momento, retornó al teléfono, donde le oyó preguntar a Fitzgerald:

—¿Sucede algo?

—Es mi nuevo combinado —contestó Kerry cautelosamente—. Está lavando los platos.

Fitz permaneció silencioso por unos instantes. Cuando contestó lo hizo con una risita indecisa:

—¿Cómo?

—Te llamaré más tarde —dijo Kerry, colgando el receptor. Permaneció allí parado, inmóvil por un momento, mordisqueando su labio inferior. Luego se encaminó de vuelta a la cocina, y se detuvo a observar.

El aparato estaba parado frente a la pileta, volviéndole la espalda. Varios miembros similares a tentáculos manipulaban los platos, sumergiéndolos expertamente en agua

jabonosa caliente, frotándolos con la pequeña esponja, enjuagándolos concienzudamente y colocándolos luego prolijamente en el escurridor de alambre. Aquellos miembros semejantes a látigos eran su único signo de actividad fuera de lo común. Las piernas eran aparentemente sólidas.

—¡En! —exclamó Kerry.

No obtuvo respuesta alguna.

Se deslizó entonces furtivamente dentro de la cocina, hasta que pudo examinar el combinado desde más cerca. Los tentáculos surgían desde un hueco debajo de uno de los diales, mientras que el cable del enchufe se balanceaba libremente. Entonces carecía de energía. Pero que...

Kerry dio unos pasos hacia atrás, y extrajo un cigarrillo. Instantáneamente, el tocadiscos giró, tomó un fósforo de la caja colocada sobre la cocina, y se acercó a él. Kerry parpadeó, estudiando sus patas. Aquello no podía ser madera. Se doblaban mientras la... cosa se movía, elásticas y flexibles, como si fueran de goma. El aparato tenía un singular movimiento furtivo, que no se parecía a ninguna otra cosa sobre la Tierra.

Encendió el cigarrillo de Kerry, e inmediatamente regresó a la pileta, donde recommenzó el interrumpido lavado.

Kerry telefoneó nuevamente a Fitzgerald:

—No estaba bromeando. Tengo alucinaciones, o algo así. Ese maldito combinado acaba de encenderme un cigarrillo.

—Espera un momento —la voz de Fitzgerald sonaba indecisa—. Esto es una broma, ¿verdad?

—¡No! Y no creo que sea una alucinación, tampoco. Está dentro de tu campo. Puedes venir ahora, y ver cómo andan mis reflejos.

—Está bien —dijo Fitz—. Dame diez minutos. Y ten un trago preparado.

Cortó la comunicación, y Kerry, dejando el receptor de vuelta en la horquilla, pudo volverse a tiempo para ver a la radio salir caminando de la cocina, dirigiéndose a la sala de estar. Su perfil cuadrado, similar a una caja, resultaba sutilmente horripilante, como alguna versión bizarra de algún extraño espantapájaros.

Kerry se estremeció, pero al fin siguió al combinado, encontrándolo en su lugar original, inmóvil e impenetrable. Se acercó a él y abrió las puertecillas del frente, observando cuidadosamente el plato, el brazo del pickup, y todos los otros botones y dispositivos. Aparentemente, no había nada fuera de lo normal. Tocó las patas una vez más; no eran de madera, después de todo. Era algún tipo de plástico, y parecía bastante duro. O... quizás fuera madera al fin y al cabo. Era muy difícil estar seguro, especialmente sin dañar la terminación del mueble. Y Kerry sentía repulsión ante la idea de utilizar un cuchillo contra su propio tocadiscos.

Probó la radio, sintonizando sin ninguna dificultad varias de las emisoras locales. El tono era bueno... quizás desusadamente bueno, pensó. Y el tocadiscos...

Tomó al azar el disco de Hasvorsen, *La entrada de los Boyardos*, y lo deslizó en su lugar, cerrando la cubierta. No pudo escuchar ningún sonido proveniente del aparato. Una investigación mas cuidadosa demostró, sin embargo, que la púa estaba moviéndose rítmicamente a lo largo del surco, pero sin ningún resultado audible. ¿Y entonces?

Kerry retiró el disco al escuchar la campanilla de la puerta de entrada. Era Fitzgerald, un hombre de apariencia taciturna, extremadamente delgado, con un rostro apergaminado, coronado por un enmarañado matorral de opacos cabellos grises.

Al llegar, extendió hacia Kerry una larga y huesuda mano.

—¿Dónde está mi trago?

—Hola Fitz. Ven a la cocina. Lo prepararé. ¿Tomarás un Highball?

—Un Highball estará bien.

—Enseguida lo preparo —dijo Kerry, iniciando el camino hacia la cocina—. Sin embargo, no lo bebas demasiado pronto. Quiero mostrarte mi nuevo combinado.

—¿El que lava platos? —preguntó Fitzgerald—. ¿Qué otra cosa sabe hacer?

Kerry entregó al otro su copa:

—No toca discos.

—Bueno, ese es un problema menor, si va a hacer las tareas de la casa. Vamos a echarle una mirada —agregó, dirigiéndose hacia el salón. Allí seleccionó *La siesta de un fauno* y se acercó al combinado—. No está enchufado.

—Eso no hace ninguna diferencia —contestó Kerry violentamente.

—¿Tiene baterías? —preguntó Fitzgerald, mientras deslizaba el disco en su posición, y operaba los interruptores—. Veinticinco centímetros... ya está. Ahora veremos. —Se volvió triunfante hacia Kerry: —¿Y bien? Está sonando ahora.

Y lo estaba.

—Inténtalo con aquella pieza de Halvorsen. Tómala —al decir esto, alargó el disco hacia Fitzgerald, quien pulsó el interruptor de expulsión, y se quedó contemplando la elevación del brazo del pickup.

Pero esta vez el tocadiscos rehusó funcionar. Evidentemente no le agradaba *La entrada de los Boyardos*.

—Es curioso —gruñó Fitzgerald—. Probablemente el problema reside en el disco. Probemos otro.

No tuvieron problemas con *Daphnis y Cloe*, pero el aparato rechazó silenciosamente el *Bolero*, del mismo compositor.

Kerry se sentó e invitó a Fitz con un ademán, a hacerlo en una silla vecina, comentando:

—Eso no prueba nada. Ven aquí y observa. No tomes nada aún. ¿Te sientes perfectamente, este... normal?

—Seguro. ¿Y bien?

Kerry sacó un cigarrillo. El combinado caminó a través del cuarto, recogiendo una caja de fósforos a su paso, y sostuvo gentilmente la llama. Una vez encendido el cigarrillo, regresó a su lugar junto a la puerta.

Fitzgerald no efectuó comentario alguno. Al cabo de unos instantes, extrajo a su vez un cigarrillo de su bolsillo, y esperó. Nada sucedió esta vez.

—¿Entonces...? —preguntó Kerry.

—Un robot. Esa es la única respuesta posible. Por los huesos de Petrarca ¿dónde lo conseguiste?

—No pareces muy sorprendido.

—Sin embargo, lo estoy. Pero ya he visto robots anteriormente: La Westinghouse los probó, y tú lo sabes. Solo que este... —Fitzgerald comenzó a golpear suavemente sus dientes con la uña de su dedo índice—. ¿Quién lo hizo?

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa? —preguntó Kerry, airado—. La gente de la fábrica de tocadiscos, supongo.

—Espera un minuto —interrumpió Fitzgerald, con los párpados entornados—. No entiendo muy bien...

—Es que no hay nada que entender. Compré este combinado hace pocos días. Entregué el viejo como parte de pago. Me lo enviaron esta misma tarde, y... —Kerry explicó todo lo que había sucedido.

—¿Quiere decir que no sabías que era un robot?

—Exactamente. Lo compré como una radio. ¡Y ahora esa... esa maldita cosa parece estar viva!

—No —Fitzgerald se levantó, sacudiendo la cabeza, e inspeccionó cuidadosamente la consola—. Es un nuevo tipo de robot. Al menos... ¿qué otra cosa queda por pensar? Sugiero que te pongas al habla con la gente de la Medioeste mañana mismo, y los consultes.

—Abramos el gabinete, y echemos una mirada al interior —sugirió Kerry.

Fitzgerald aceptó gustosamente, pero el experimento demostró ser imposible de llevar a cabo. Los paneles exteriores, presumiblemente de madera, no estaban, como era de prever, atornillados en su lugar, y no había aparentemente ninguna manera de abrir la caja del aparato. Kerry buscó un destornillador, y comenzó a utilizarlo, delicadamente al principio, y luego con reprimida furia. Aun así, sus esfuerzos fueron inútiles, no solo para abrir alguno de los paneles, sino que tampoco fueron capaces de rayar la oscura y pulida terminación del gabinete.

—¡Maldita sea! —dijo finalmente—. Bueno, tus suposiciones son tan buenas como las mías. Es un robot. Sólo que no estaba enterado de que pudieran construirlos tan avanzados. ¿Y por qué con forma de combinado?

—No me preguntes a mí —dijo Fitzgerald, encogiéndose de hombros—. Consúltalo mañana. Este es el primer paso. Naturalmente, estoy un poco desconcertado. Si han conseguido inventar una nueva clase de robot especializado, ¿por qué ponerlo en un gabinete de tocadiscos? ¿Y qué es lo que hace que esas patas se muevan? No hay ningún tipo de ruedas en ellas.

—Yo también me estuve preguntando lo mismo.

—Cuando se mueve, las patas parecen... de goma; solo que no lo son. Son duras como... madera. O plástico.

—Estoy asustado de la cosa ésa —comentó Kerry.

—¿Quieres quedarte en casa esta noche?

—N-no, creo que no será necesario. El... robot no puede hacerme daño.

—No creo que lo desee. Hasta ahora te ha estado ayudando, ¿no es así?

—Sí —contestó Kerry, y salió para preparar otros tragos.

El resto de la conversación transcurrió en forma intrascendente. Varias horas más tarde, Fitzgerald partió para su casa, algo preocupado. En realidad, no había estado tan indiferente, sino que solo lo había aparentado, en consideración a los nervios de Kerry. El impacto de algo tan absolutamente inesperado dentro de la vida normal, era sutilmente aterrador. Y a pesar de todo, como él mismo había dicho, el robot no parecía amenazante.

Kerry subió a su cuarto, llevando consigo una novela policial que aún no había comenzado a leer. El tocadiscos lo siguió al dormitorio, y delicadamente le quitó el libro de las manos. Kerry se aferró instintivamente a él.

—¡Eh! —exclamó—. Qué demonios...

El combinado salió nuevamente del dormitorio en dirección a la sala de estar, y Kerry lo siguió, justo a tiempo para verlo reponer el libro en su estante correspondiente. Al cabo de un momento, se retiró silenciosamente, cerrando su puerta con llave y durmió desasosegadamente hasta la mañana siguiente.

Aún con sus pijamas y en pantuflas, bajó tambaleante para observar nuevamente el tocadiscos. Estaba de nuevo en su lugar original, y parecía como si jamás se hubiera movido: bastante pálido, comenzó a preparar su desayuno. Sin embargo, cuando fue a tomarlo, sólo le fue permitido una única taza de café. El tocadiscos apareció, retirándole reprobadoramente la segunda taza de la mano, y la vació en la piletta.

Aquello fue más que suficiente para Kerry Westerfield. Buscó apresuradamente su sombrero y su sobretodo, y abandonó la casa casi corriendo. Había tenido el horrible presentimiento que el combinado podría seguirlo, pero éste se abstuvo de hacerlo,

afortunadamente para su salud mental. Estaba comenzando a preocuparse seriamente por ella.

Durante la mañana encontró algo de tiempo para telefonar a la Electrónica del Medioeste, pero el vendedor no sabía nada al respecto. El equipo era un combinado de modelo estándar, el más moderno de ellos. Si no funcionaba satisfactoriamente, por supuesto estaría muy contento de...

—¡Oh, no! Está perfectamente —contestó Kerry—. ¿Pero quién lo construyó? Eso es lo que me interesaría saber.

—Un momento, por favor —y luego de una demora, la voz informó—. Proviene del Departamento del señor Lloyd. Uno de nuestros capataces.

—Comuníqueme con él, por favor.

Pero Lloyd no fue de mucha ayuda. Luego de mucho pensarlo, recordó que el combinado había sido colocado en el depósito sin número de serie y que hubo que agregárselo posteriormente.

—¿Pero ¿quién lo fabricó?

—En este momento no pudo decírselo con seguridad. Pero creo que puedo averiguárselo. ¿Qué le parece si lo llamo más tarde?

—No se olvide —pidió Kerry, y retornó a sus clases. La conferencia sobre el Venerable Beda no resultó demasiado exitosa ese año.

Durante el descanso del mediodía pudo ver a Fitzgerald, quien pareció aliviado cuando Kerry se acercó a su mesa.

—¿Encontraste algo más acerca de tu robot-mascota? —preguntó el profesor de psicología.

No había nadie dentro del radio de alcance de sus voces. Con un suspiro de cansancio, Kerry se dejó caer en una silla, y encendió un cigarrillo.

—Absolutamente nada. ¡Oh, es un placer poder hacer esto por mí mismo! —exclamó, expulsando el aire de sus pulmones—. Telefoné a la Compañía.

—¿Y?

—No saben nada. Excepto que el combinado no tenía número de serie.

—Eso puede ser significativo —comentó Fitzgerald.

Kerry comentó con su amigo acerca de los incidentes con el libro y el café, y Fitzgerald desvió la mirada hacia su vaso de leche.

—Yo te he efectuado varios psicotests, y te dije que demasiada excitación era perjudicial para ti.

—¡Pero una novela de detectives! —Bueno, admito que es demasiado exagerado; pero puedo entender las razones por las que el robot actuó de esa manera. Aunque confieso que no sé cómo se las arregló para hacerlo. —Aquí dudó un instante—. Sin inteligencia quiero decir.

—¿Inteligencia? —Kerry pasó la lengua por sus labios—. Y o no estoy muy seguro que sea simplemente una máquina. Y yo no estoy loco.

—No, no lo estás. Pero tú dijiste que el robot estaba en la habitación del frente. ¿Cómo pudo saber qué era lo que estabas leyendo? —A menos que cuente con algún tipo de visión de rayos-X, escudriñadores superveloces y poderes asimilativos, no puedo siquiera imaginármelo. Quizás no quisiera que leyera nada.

—Eso tiene sentido —gruñó Fitzgerald—. ¿Sabes algo acerca de máquinas teóricas de ese tipo?

—¿Robots?

—Puramente teóricos. Tu cerebro es un coloide, tú lo sabes. Compacto, complicado... pero lento. Supón que llegas a desarrollar un dispositivo con varios trillones de unidades radioatómicas, alojadas en un material aislante. El resultado es un cerebro, Kerry. Un

cerebro con una tremenda cantidad de unidades, interactuando a velocidades lumínicas. Una lámpara de radio ajusta el flujo de corriente cuando el dispositivo está operando a cuarenta millones de señales diferenciadas por segundo. Y, teóricamente al menos, un cerebro radioatómico del tipo que te he mencionado, puede incluir capacidades de percepción, reconocimiento, evaluación, reacción y ajuste, a razón de cien mil por segundo.

—Pero eso es pura teoría.

—Sí, yo también lo creía. Sin embargo, me gustaría saber de dónde proviene tu combinado.

Uno de los mozos comenzó a llamar en voz alta:

—¡Teléfono para el Sr. Westerfield!

Kerry se excusó y salió. Cuando regresó, podía apreciarse en su rostro una mirada preocupada, que unía las pobladas cejas. Fitzgerald se quedó mirándolo interrogativamente.

—Era un tipo llamado Lloyd, de la planta de la Medioeste. Había estado hablando con él acerca del tocadiscos.

—¿Tuviste suerte?

—No... Bueno, no mucha —contestó Kerry, sacudiendo la cabeza—. No pude averiguar quién pudo haber construido la cosa.

—Pero ¿fue construida en la planta?

—Sí. Hace más o menos dos semanas atrás... pero no existen registros sobre quién la hizo. Lloyd parece pensar que es muy, muy extraño. Si el combinado fue construido en la planta, ellos tendrían que saber quién lo hizo.

—¿Y entonces?

—Entonces, nada. Y cuando le pregunté como se abre el gabinete, me dijo que era muy sencillo: simplemente desatornillando el panel posterior.

—Es que no hay ningún tornillo allí —dijo Fitzgerald.

—Ya lo sé.

Se miraron mutuamente, hasta que Fitzgerald rompió el silencio:

—Daría cincuenta dólares por saber si ese robot fue construido realmente hace sólo dos semanas atrás.

—¿Por qué?

—Porque un cerebro radioatómico necesita cierto entrenamiento. Incluso para ciertas cosas simples cómo encender un cigarrillo.

—Es que me vio encender uno.

—Y siguió el ejemplo. Y en cuanto al lavado de platos... hm-m-m. Inducción, supongo. Si ese dispositivo ha sido entrenado previamente, es un robot. De lo contrario... —Fitzgerald hizo una pausa.

Kerry parpadeó, y luego lo instó:

—¿De lo contrario qué?

—Entonces no sé qué demonios puede ser. En ese caso tendría la misma relación con un robot, que nosotros con el Eohippus... Sólo sé una cosa, Kerry: es muy probable que ningún científico de nuestros días posea los conocimientos necesarios como para diseñar una... una cosa como ésa.

—Estás argumentando en círculos —dijo Kerry—. Alguien tiene que haberlo hecho.

—Es verdad. Pero ¿Cómo... cuándo... y quién? Eso es lo que me tiene preocupado.

—Bueno, tengo una clase en cinco minutos. ¿Por qué no vienes a casa esta noche?

—No puedo. Tengo una conferencia en el Salón. Pero te llamaré cuando termine.

Kerry se despidió con un gesto, tratando de desechar los pensamientos sobre el tema, y consiguiéndolo regularmente bien. Sin embargo, aquella noche, mientras cenaba solo en un

restaurant, comenzó a sentir una general falta de deseos de regresar a su casa. Sabía que había un espantapájaros esperándolo.

—Cognac —ordenó el camarero—. Que sea doble.

Dos horas más tarde, un taxi dejaba a Kerry en la puerta de su casa. Se encontraba notablemente borracho; los objetos se movían en forma imprecisa delante de sus ojos. Caminó inestablemente hacia la puerta, subiendo los escalones con exagerado cuidado, y entró en la casa.

Encendió la luz. El combinado se acercó inmediatamente a él y unos delgados tentáculos, resistentes como el acero se arrollaron alrededor de su cuerpo, manteniéndolo inmóvil. Un aguda punzada de violento terror azotó a Kerry; luchó desesperadamente por liberarse, mientras trataba infructuosamente de gritar, pues su garganta estaba completamente seca.

Del panel frontal de la radio surgió un relámpago de luz amarilla, que engeguició momentáneamente al hombre. Luego se deslizó en dirección a su pecho, deteniéndose allí por un instante. Repentinamente, un sabor insólito inundó la boca de Kerry. Al cabo de un minuto aproximadamente, el rayo se apagó, los tentáculos desaparecieron de la vista, y el combinado regresó a su rincón acostumbrado. Kerry se tambaleó débilmente hasta una silla, y se dejó caer en ella, tragando saliva espasmódicamente.

Estaba completamente sobrio. Lo que era absolutamente imposible. Catorce cognacs debían haber infiltrado una considerable cantidad de alcohol dentro de su sistema circulatorio. Y uno no puede agitar una varita mágica y alcanzar instantáneamente un estado de completa sobriedad. Sin embargo, eso era exactamente lo que había pasado.

El... robot tratando de ser útil. Sólo que Kerry hubiera preferido permanecer borracho.

Se levantó cautelosamente y se deslizó más allá del tocadiscos en dirección a la biblioteca. Con un ojo fijo en el combinado, tomó nuevamente la novela policial que había tratado de leer la noche precedente. Como había esperado, los tentáculos del aparato la retiraron de su mano, para reponerlo en su estante correspondiente. Kerry, recordando las palabras de Fitzgerald, echó una mirada a su reloj. Tiempo de reacción, cuatro segundos.

Retiró de un estante contiguo un tomo de Chaucer, y la radio permaneció inmóvil. Sin embargo, cuando Kerry buscó un volumen de historia, este le fue quitado suavemente de sus manos. Tiempo de reacción, seis segundos.

Kerry localizó un libro de historia dos veces más grueso que el anterior.

Tiempo de reacción, diez segundos.

Oh, oh. Así que el robot realmente leía los libros. Aquello significaba algún tipo especial de rayos X y reacciones superveloces. ¡Por las barbas de Josafat!

Kerry comenzó a intentar con nuevos títulos, preguntándose cuál era el criterio de juicio del combinado. *Alicia en el País de las Maravillas* fue arrebatado de sus manos; los poemas de Millay fueron aprobados. Kerry confeccionó una lista, a dos columnas, para futuras referencias.

De acuerdo con todo lo que había sucedido, el robot no era un simple sirviente. Era un censor. Pero, ¿cuál era su patrón de comparación?

Al cabo de un momento, recordó su conferencia del día siguiente, y comenzó a repasar sus apuntes; varios párrafos entre ellos necesitaban ser verificados. Con cierta indecisión localizó el libro que necesitaba como referencia... y el robot lo arrebató de su mano.

—Espera un momento —dijo Kerry—, ¡necesito ese libro!

Trató de arrancar el volumen del apretón de los tentáculos, pero infructuosamente; el aparato no le prestó atención, y reemplazó calmamente el libro en su correspondiente estante.

Kerry permaneció donde estaba, mordisqueando su labio inferior. Esto era ya demasiado. El maldito robot era un monitor. Se deslizó furtivamente hacia el libro, lo atrapó rápidamente, y salió de la habitación antes que el robot pudiera moverse.

La cosa lo estaba persiguiendo. Podía oír el suave roce de sus... sus pies. Kerry se escabulló dentro del dormitorio, y cerró la puerta con llave. Allí esperó, con su corazón palpitando aceleradamente, contemplando como el tocadiscos probaba suavemente el picaporte.

Un tentáculo delgado como un cabello se deslizó a través de la juntura de la puerta, y comenzó a tantear torpemente la llave. Kerry saltó repentinamente hacia adelante, y corrió el cerrojo auxiliar. Sin embargo, eso tampoco ayudó. Las herramientas de precisión del robot —las antenas especializadas— lo descorrieron nuevamente; y entonces el combinado abrió la puerta, entrando al dormitorio, para dirigirse directamente hacia Kerry.

Este se sintió dominado por el pánico. Con un respingo arrojó el libro en dirección a la cosa, y ésta lo atrapó hábilmente en el aire. Aparentemente, eso había sido todo lo que deseaba, pues inmediatamente giró sobre sí misma y salió de la habitación, hamacándose torpemente sobre sus patas flexibles, llevándose el volumen requisado. Kerry maldijo suavemente.

En ese momento, llamó el teléfono. Era Fitzgerald.

—Y bien... ¿Cómo van las cosas?

—¿Tienes un ejemplar de la *Literatura social de las edades*, de Cassens?

—No, no creo que lo tenga, ¿por qué?

—No importa: ya lo conseguiré mañana en la biblioteca de la Universidad —Kerry explicó lo que había sucedido, y Fitzgerald silbó suavemente.

—Con que interfiriendo, ¿eh? Hm-m-m... Me pregunto...

—Estoy asustado de esa cosa.

—No creo que intente hacerte ningún daño. ¿Dices que te puso sobrio?

—Sí. Con un rayo amarillo. Eso no es muy lógico.

—Podría serlo. El equivalente vibratorio del cloruro de tiamina.

—¿Luminoso?

—Existe una vitamina contenida en la luz del sol, tú sabes. Pero ese no es el punto más importante. Está censurando tus lecturas... y aparentemente puede leer los libros, con unas reacciones superrápidas. Ese dispositivo, sea lo que fuere, no es un robot.

—Y tú me lo dices a mí —observó Kerry—. ¡Es un Hitler!

Fitzgerald no rió ante la broma. En lugar de ello, sugirió sobriamente:

—¿Y si pasaras la noche en mi casa?

—No —contestó Kerry, con voz obcecada—. Ningún tocadiscos de tal-por-cual va a conseguir echarme de mi propia casa. Antes que eso, lo destrozo con un hacha.

—Bueno, supongo que sabes lo que estás haciendo. Llámame si... si sucede algo.

—Lo haré —afirmó Kerry, colgando el receptor. Se dirigió a la sala de estar, y contempló fríamente al combinado. ¿Qué demonios era aquello... y qué estaba tratando de hacer? Por supuesto que no era un simple robot. Asimismo, era igualmente cierto que no estaba vivo, al menos en el sentido en que está vivo un cerebro coloidal.

Con sus labios apretados, fue hacia el aparato, y comenzó a manipular sus diales e interruptores. Desde la consola llegó a sus oídos el ritmo palpitante y errático de una oscilación de banda, como respuesta a sus operaciones. Intentó la frecuencia correspondiente a la onda corta... nada inusual en ella. ¿Y entonces?

Entonces nada. No había respuesta para todo aquello.

Luego de unos momentos más de meditación, se fue a dormir.

Durante el almuerzo del día siguiente, llevó el tomo de *La literatura social* de Cassens, para mostrárselo a Fitzgerald.

—¿Qué pasa con él? —preguntó su amigo.

—Mira aquí —dijo Kerry, pasando las páginas rápidamente, para indicarle un párrafo—. ¿Esto significa algo para ti?

—Sí —contestó Fitzgerald, luego de leerlo—. Sí. El punto central parece residir en que el individualismo es necesario para la producción literaria. ¿Estás de acuerdo?

—No lo sé —contestó Kerry, mirándolo.

—¿Cómo?

—Mi mente divaga.

Fitzgerald despeinó aún más su cabello gris, entrecerrando sus ojos, y observando intensamente al otro hombre:

—Empecemos otra vez. En realidad yo no quise...

Kerry lo interrumpió con mal reprimida impaciencia.

—Esta mañana fui a la biblioteca y consulté esta referencia. La leí cuidadosamente, pero no significa nada para mí. Solo un montón, de palabras. Tú sabes lo que sucede cuando estás fatigado por haber estado leyendo mucho. Llegas a una oración con demasiadas cláusulas subordinadas, y no llegas a captar su significado. Bueno, fue algo parecido a eso.

—Léela ahora —ordenó calmamente Fitzgerald, empujando el libro a través de la mesa.

Kerry obedeció, levantando luego la vista con una sonrisa irónica:

—Nada.

—Léela en voz alta. Yo la seguiré contigo, paso por paso.

El intento fue en vano. Kerry parecía absolutamente incapaz de asimilar el sentido del párrafo.

—Puede ser un bloqueo semántico —manifestó Fitzgerald, rascándose una oreja—. ¿Es la primera vez que te sucede?

—Sí... estee... no. Bueno, no lo sé...

—¿Tienes alguna clase esta tarde? Bueno, entonces corramos a tu casa.

—Está bien —dijo Kerry, apartando su plato—. Después de todo, no tengo hambre. Cuando quieras...

Media hora más tarde, estaban observando el combinado. Parecía bastante inofensivo. Fitzgerald perdió algún tiempo tratando de quitar alguno de los paneles, pero al fin lo descartó como un esfuerzo inútil. En lugar de ello, buscó lápiz y papel, se sentó frente a frente con Kerry, y comenzó a hacerle preguntas.

En una de ellas se detuvo y comentó:

—No me habías mencionado eso anteriormente.

—Supongo que me habré olvidado.

Fitzgerald se golpeó suavemente los dientes con el cabo de su lápiz:

—Hm-m-m. La primera vez que el combinado actuó...

—Me enfocó en los ojos con un rayo azul.

—No, eso no. Quiero saber lo que dijo.

—¿Qué dijo? —Kerry parpadeó, dudando—. «Esquema psicológico probado y registrado», o algo parecido. Yo pensé que había sintonizado alguna estación de radio, y que la frase formaba parte de algún programa de preguntas y respuestas, o algo así. ¿Quieres decir...?

—¿Las palabras eran fáciles de entender? ¿En un inglés correcto?

—Ahora que lo recuerdo, no —dijo Kerry, ceñudo—. Estaban bastante mal pronunciadas. Como si las vocales estuvieran acentuadas en exceso.

—Aja. Bueno, continuemos. —Y comenzaron un test de asociación de palabras.

Finalmente, Fitzgerald se echó hacia atrás, frunciendo el ceño:

—Quiero cotejar todo este material con los últimos tests que te tomé hace algunos meses. Me parece curioso... muy curioso. Me sentiría mucho mejor si supiera exactamente de qué tipo de memoria se trata. Hemos hecho un considerable trabajo acerca de la mnemotecnia... la memoria artificial. Sin embargo, podría no ser nada de eso en absoluto.

—¿Eh?

—Esa... máquina. O bien la han provisto de una memoria artificial, o la han entrenado minuciosamente, o ha sido ajustada para un medio ambiente y una cultura diferentes. Te ha afectado... bastante.

—¿De qué manera? —preguntó Kerry, pasándose la lengua por los labios resecos.

—Implantando bloqueos en tu mente. No los he correlacionado todavía. Cuando lo haga, quizás podamos imaginarnos algún tipo de respuesta para todo esto. No, esa cosa no es un robot. Es mucho más que eso.

Kerry tomó un cigarrillo, y el combinado se dirigió rápidamente a encendérselo. Los dos hombres lo contemplaron con un débil estremecimiento de horror.

—Es mejor que te quedes en mi casa esta noche —sugirió Fitzgerald.

—No, gracias —contestó Kerry, estremeciéndose.

Al día siguiente, Fitzgerald buscó a Kerry durante el almuerzo, pero el joven no apareció. Al no encontrarlo, telefoneó a su casa, y Martha atendió el teléfono.

—¡Hola! ¿Cuándo regresaste?

—Hola, Fitz. Hace sólo una hora. Mi hermana se me adelantó y tuvo su bebé sin mí... así que decidí volverme. —Ella se detuvo, y Fitzgerald se sintió súbitamente alarmado por su tono.

—¿Dónde está Kerry?

—Está aquí. ¿Puedes venir enseguida, Fitz? Estoy muy preocupada.

—¿Qué le sucede?

—No... no lo sé. Ven inmediatamente, por favor.

—Está bien —contestó Fitzgerald, y colgó el receptor, mordiéndose nerviosamente los labios. Cuando llamó a la puerta de los Westerfield, pocos minutos más tarde, descubrió que sus nervios estaban peligrosamente fuera de control. Sin embargo, la aparición de Martha consiguió tranquilizarlo.

La siguió rápidamente hasta el living, donde la mirada de Fitzgerald se dirigió automáticamente hacia el tocadiscos, que permanecía exactamente igual, y luego a Kerry, sentado inmóvil junto a una de las ventanas. El rostro de este último mostraba una expresión vacía, desconcertada. Sus pupilas estaban ampliamente dilatadas, y apenas dio señales de reconocerlo, aunque muy lentamente.

—Hola, Fitz —saludó.

—¿Cómo te sientes?

—Fitz, ¿qué sucede? —interrumpió Martha—. ¿Está enfermo? ¿Llamo al médico?

Fitzgerald se sentó, mientras preguntaba:

—¿Has notado algo extraño acerca de esa radio?

—No, ¿por qué?

—Entonces, escucha. —Le relató toda la historia, viendo como la incredulidad luchaba contra una recelosa aceptación de los hechos, reflejada nítidamente en el rostro de Martha. A pesar de todo, intentó objetar.

—Pero no puedo creer...

—Si Kerry saca un cigarrillo, esa cosa tratará de encendérselo. ¿Quieres ver cómo lo hace?

—N-no. Es decir, sí; creo que sí —dudó Martha, con los ojos muy abiertos.

Fitzgerald ofreció un cigarrillo, y sucedió lo esperado. Martha permaneció silenciosa. Cuando el combinado hubo regresado a su sitio acostumbrado, se estremeció, dirigiéndose hacia Kerry. El la contempló vagamente.

—Necesita un médico, Fitz.

—Sí —comentó Fitz, sin mencionar que un doctor resultaría totalmente inútil.

—¿Qué es esa... cosa?

—Es algo más que un robot. Y ha estado tratando de «reajustar» a Kerry. Ya te he dicho lo que ha pasado. Cuando controlé los esquemas psicológicos de Kerry, encontré que habían sido alterados. Ha perdido la mayor parte de su iniciativa.

—Nadie en la Tierra podría haber hecho esa...

—Ya he pensado en eso —la interrumpió Fitzgerald, con el ceño fruncido—. Parece ser producto de una cultura bien desarrollada, bastante diferente de la nuestra. Quizás marciana. Es algo tan especializado, que sólo encajaría naturalmente dentro de una cultura sumamente sofisticada. Pero no puedo entender por qué tiene la apariencia exacta de uno de los tocadiscos que produce la Electrónica del Medioeste.

Martha posó su mano sobre la de Kerry.

—¿Quizás se trate de un camouflage?

—Pero..., ¿por qué? Tú fuiste una de mis mejores alumnas de Psicología, Martha. Contéplalo desde el punto de vista lógico. Imagina una civilización donde un dispositivo como éste tenga un lugar apropiado. Y entonces usa el método de razonamiento inductivo.

—Estoy tratando de hacerlo, pero no puedo pensar muy lógicamente. Fitz, estoy muy preocupada por Kerry.

—Yo estoy perfectamente bien —intervino Kerry.

Fitzgerald unió las yemas de sus dedos:

—No se trata tanto de un combinado como de un monitor. En la otra civilización de la cual proviene, quizás cada ser humano tiene uno, o tal vez sólo algunos pocos... los que los necesitan. Y el aparato los mantiene adaptados al medio ambiente.

—¿Destruyendo sus iniciativas?

—¡No lo sé! —contestó Fitzgerald, con un gesto de impotencia—. Funcionó así en el caso de Kerry. En otros casos... ¡no puedo saberlo!

Martha se levantó decididamente.

—No creo que sea necesario hablar más. Kerry necesita un doctor. Después de eso, podremos conversar con respecto a eso —dijo, señalando el combinado.

—Sería una lástima destruirlo —dijo Fitzgerald—, pero... —su mirada era significativa.

En ese momento, el tocadiscos se movió. Se desprendió de su rincón acostumbrado, con un paso furtivo y bamboleante, y se dirigió en dirección a Fitzgerald. Cuando éste intentó saltar fuera de su trayectoria, los tentáculos, similares a látigos, se dispararon para inmovilizarlo. Un pálido rayo iluminó por un instante los ojos del psicólogo.

El resplandor se apagó casi al instante; los tentáculos aflojaron su tensión, y el aparato se retiró a su lugar de origen. Fitzgerald permaneció donde estaba, inmóvil. Martha había saltado sobre sus pies, llevando una mano a su boca.

—¡Fitz! —llamó, con voz estremecida.

—¿Sí? —contestó él, dudando—. ¿Qué sucede?

—¿Estás herido? ¿Qué te hizo?

—¿Eh? —preguntó él, frunciendo ligeramente el entrecejo—. ¿Herido? ¿Por qué habría de estarlo?

—El tocadiscos. ¿Qué te hizo?

La mirada de él se dirigió hacia la consola.

—¿Qué pasa con ella? Me temo que no entiendo mucho de electrónica, Martha.

—Fitz —ella se adelantó, aferrándose a su brazo—. Escúchame. —Las palabras se atropellaban para salir de su boca. El combinado. Kerry. La discusión que habían tenido.

Fitzgerald la miró sin expresión, como si no entendiera sus palabras.

—Creo que estoy un poco estúpido hoy, pero no puedo entender de qué estás hablando.

—El tocadiscos... ¡Tú sabes! Tú mismo dijiste que había alterado a Kerry... —Al llegar aquí, Martha hizo una pausa, observando atentamente al hombre.

Fitzgerald se sentía realmente intrigado. Martha estaba actuando de una forma extraña. Peculiar. El la había considerado siempre como una muchacha bastante inteligente, pero ahora se estaba comportando como si no lo fuera. Al menos, él no podía ni imaginar qué quería decirle. Simplemente, sus palabras no tenían sentido.

¿Y qué estaba diciendo con respecto al combinado? ¿Acaso no funcionaba bien? Kerry había dicho que se trataba de una buena adquisición, con un sonido magnífico, y los últimos adelantos de la electrónica. Por un fugaz instante, se preguntó si Martha habría enloquecido repentinamente.

De cualquier forma, ya se había hecho tarde para su próxima clase. Cuando lo mencionó, Martha no trató de detenerlo, y él partió rumbo a la Universidad. El rostro de Martha estaba pálido como la tiza.

Kerry extrajo un cigarrillo. El combinado se apresuró a alcanzarle un fósforo encendido.

—¡Kerry!

—¿Sí, Martha? —preguntó él, con voz átona.

Ella contempló fijamente al... combinado. ¿Marte? ¿Quizás otro mundo... otra civilización? ¿Qué era aquello? ¿Qué quería? ¿Qué estaba tratando de hacer?

Martha salió de la casa, dirigiéndose rápidamente hacia el garaje. Cuando regresó, llevaba una pequeña hachuela firmemente apretada en su mano.

Kerry observaba sus movimientos. Vio a Martha dirigirse directamente hacia el tocadiscos y levantar el hacha... y entonces un cegador relámpago surgió de la consola, y Martha se desvaneció en el aire. Unas pocas motas de polvo flotaron suavemente en la luz del crepúsculo.

—Destrucción de un ataque amenazante, proveniente de una forma de vida —comunicó el combinado, exagerando la pronunciación de las palabras.

El cerebro de Kerry se trastornó. Repentinamente se sintió enfermo... aturdido y absolutamente vacío.

—¡Martha...!

Su mente se rebeló. El instinto y las emociones lucharon contra algo que trataba de someterlos. Repentinamente, todas las represas cedieron, los bloqueos desaparecieron, y las barreras fueron bajadas. Kerry gritó ronca, inarticuladamente, y saltó sobre sus pies.

—¡Martha! —aulló nuevamente.

Ella había desaparecido. Kerry miró desesperadamente a su alrededor. ¿Dónde...?

¿Qué era lo que había pasado? No podía recordar...

Se dejó caer nuevamente sobre la silla, frotándose la frente. Su mano libre extrajo un cigarrillo, en una reacción instintiva que le procurara un instante de reposo. Instantáneamente, el tocadiscos avanzó hacia él, sosteniendo un fósforo encendido.

Kerry emitió un sonido enfermizo, jadeante, y saltó de la silla. Ahora recordaba. Recogió el hacha del suelo, y se arrojó hacia la consola, los dientes desnudos en un rictus de desesperación.

Una vez más brilló aquel relámpago cegador.

Y Kerry se desvaneció. La hachuela golpeó con ruido sordo sobre la alfombra.

El combinado se dirigió de vuelta a su lugar, y se detuvo allí una vez más, inmóvil. Un débil chasquido surgió de su cerebro radioatómico.

—Sujeto básicamente inapropiado —comunicó, luego de un momento—. La eliminación se consideró imprescindible. ¡Click! Preparación para nuevo sujeto completada!

Click.

—Bueno, la tomaremos —dijo el muchacho.

—Puede estar seguro de no cometer un error —sonrió el agente inmobiliario—. Es una casa tranquila, aislada, y el precio es muy razonable.

—Bueno, no tan razonable —agregó la chica—. Pero es justo lo que estábamos buscando.

El agente se encogió de hombros:

—Por supuesto, una casa sin amueblar les saldría más barata, pero...

—No hemos estado casados el tiempo suficiente como para tener muebles —sonrió el muchacho, pasando un brazo sobre los hombros de ella—, ¿Te gusta, querida?

—Hm-m-m. ¿Quién vivió aquí anteriormente?

El vendedor se rascó una mejilla.

—A ver... déjenme ver. Fue un matrimonio llamado Westerfield, creo. Me la habían dado para alquilar hacía sólo una semana. Es un lugar agradable. Si no tuviera mi propia casa, me precipitaría yo mismo sobre ella.

—Hermoso tocadiscos —comentó el muchacho—. Último modelo, ¿no es verdad? —agregó, adelantándose para examinar la consola.

—Ven acá —exigió la muchacha—. Vamos a ver nuevamente la cocina.

—Bueno, amor.

Salieron todos juntos de la habitación. Desde la sala llegó el sonido de la suave voz del agente, debilitándose a medida que se alejaban. La cálida luz del verano se filtraba a través de los grandes ventanales.

Por unos momentos, todo fue silencio en la habitación, y entonces... ¡Click!

Nancy Kress - ENTRE TANTAS ESTRELLAS BRILLANTES

Nancy Kress ha publicado cuentos cortos en Omni, Isaac Asimovs Science Fiction Magazine y The Magazine of Fantasy & Science Fiction. Entre sus libros se cuentan The Prince of morning Bells, The Golden Grove, The White Pipes y Trinity and Other Stories, cuento que fue nominado para el Nebula en 1984. Vive en el centro de Nueva York.

De este relato corto premiado, Kress ha escrito:

«Es una historia acerca de gente que no se encuentra en el centro de la acción. La ciencia ficción tiende a centrarse en serios promotores y activistas. Capitanes de astronaves, genios científicos o militares, espías políticos o al servicio de sociedades, hombres que descubren razas alienígenas. Pero eso no guarda ninguna relación con quienes probablemente seremos contactados cuando estemos en casa del dentista. Ésta es, por ello, la historia de una persona cuya vida tiene que circunscribirse a sus límites históricos, y no causarles, como la mayor parte de la Humanidad.»

Así que estoy llenando las botellas de salsa de tomate en plena noche y oyendo la radio que Charlie ha instalado en el techo encima del tabique móvil, cuando entra uno de ellos. Comprendo al punto que se trata de uno de ellos —no hay manera de equivocarse acerca de *eso*—, aunque lleve un traje de corte impecable y un sombrero como el que lucía Humphrey Bogart en *Casablanca*. Pero no lo acompaña nadie, ni un catedrático de universidad ni un empleado del Gobierno, como en el espectáculo televisivo que organiza la universidad, ni tan siquiera un estudiante. Está completamente solo. Y estamos a muchos kilómetros de la autopista de la universidad.

Se queda en la puerta, parpadeando levemente, mientras le caen gotas de lluvia del sombrero. Kathy, que debería estar limpiando la cafetera detrás del contador, se queda helada, mirándolo fijamente, con el filtro de café levantado en la mano, como si no tuviera que volver a utilizarlo jamás. En ese momento Charlie da una voz desde la cocina:

—Oye, Kathy, ¿le quieres preguntar a alguien quién ha ganado las carreras, para mis apuestas triples?

Ella no le contesta. Se limita a seguir observándolo con la boca abierta, como si fuera a chillar y hubiera olvidado cómo se hace. Y la pareja de viejos del reservado de la esquina, los únicos que quedan del gentío que salió del cine, dejan de masticar su pastel de chocolate y también se quedan mirándolo. Kathy cierra la boca y la vuelve a abrir, haciendo un ruido parecido a «ah-errg...»

Bueno, eso me molestó. A lo mejor intentaba decir «¡uf!» y a lo mejor no, pero ahí está «aquello», de pie en la entrada, con la lluvia goteándole por todas partes, mientras nosotros lo miramos como si fuera un maniquí y no un cliente. Así que se me ocurre que eso no está bien y que quizá le estemos haciéndole sentir incómodo. A *mí* no me gustaría que Kathy me observara de esa manera; me seco las manos en el delantal y me acerco a él.

—¿En qué puedo servirle, señor?

—Una mesa para uno —dice «aquello», como si «Charlie» fuera un bonito restaurante de la ciudad. Pero supongo que así son los lugares a los que suelen llevarlos los empleados del Gobierno. Y, además, tiene un tono de voz educado y fácil de comprender, con algo de acento, pero no tan malo como algunos de la universidad. Comprendo lo que me dice. Lo llevo a un reservado, en la esquina opuesta a la de la pareja de viejos que vienen todos los viernes por la noche y todavía no han dejado propina.

Se sienta despacio. Reparo en que no saca las manos del regazo, pero no sé si es porque no sabe qué hacer con ellas o porque cree que no quiero verlas. Pero ya he visto sus primeros planos en la televisión: a mí no me resultan tan desagradables como a otros. Charlie dice que le revuelven el estómago, pero no comprendo por qué. Pensaba que el había visto cosas peores en Vietnam. Bastante habla del asunto, habla y habla sin parar, y a veces hasta le creemos.

—¿Café, señor? —le digo.

Hace un extraño movimiento con los ojos. No sé interpretarlo, pero me dice con su voz amable:

—No, gracias. Soy incapaz de beber café —y pienso que menos mal, porque me acuerdo de repente de que Kathy ha sacado el filtro.

Pero entonces dice:

—¿Puede traerme una ensalada, por favor? Sin aderezar, por favor.

Todavía te caen gotas de lluvia del sombrero. Me imagino que los empleados del Gobierno no le habrán dicho que en un restaurante hay que quitarse el sombrero, y la idea me divierte y me hace sentirme muy valiente. Este educado hombre de azul no va a molestar a nadie; el tonto de Charlie estaba fanfarroneando, como de costumbre.

—La ensalada no está demasiado fresca, señor —le digo a modo de prueba, sólo para ver qué me dirá luego,

Y es la pura verdad; la ensalada que queda es de ayer. Pero el tipo me contesta como si le hubiera preguntado otra cosa.

—¿Cómo se llama? —inquire, con tanta educación que comprendo que es mera curiosidad y que no va a liarla. Además, ¿cómo podría liarla, tan azul y con esas manos? A pesar de todo, nunca se sabe...

—Sally —contestó—, Sally Gourley.

—Yo soy John —dice, y vuelve a hacer el mismo movimiento de ojos.

De repente me hace gracia que ese tipo de azul se llame John. Así que me echo a reír, aunque me arrepiento en seguida. A lo mejor he herido sus sentimientos o algo parecido, ¿cómo voy a saberlo?

—Oiga, lo siento —digo, y se saca el sombrero.

Lo hace con toda la parsimonia del mundo, como si sacarse el sombrero fuera algo importante y significara algo, pero debajo no hay más que una cabeza calva y azul. Nada desagradable, como ocurre con las manos.

—No hace falta que se excuse —dice John—. Tengo otro nombre, por supuesto, pero en mi lengua.

—¿Cómo es? —le pregunto, más valiente que una leona, porque de repente me veo contándoselo todo a mi hermana Mary Ellen, que me escucha atentamente.

John hace un ruido con la boca y siento que mi propia boca se abre, porque lo que dice no tiene nada que ver con una palabra; es un sonido maravilloso, como la llamada de un pájaro, sólo que más triste. Lo que pasa es que no me esperaba un sonido tan hermoso en un lugar como el comedor «Charlie». Me ha sorprendido que saliera de esa cabeza azul y calva. Tan sólo fue eso: sorpresa.

Yo no digo nada. John me mira y dice:

—Tiene un significado traducible. Quiere decir... —pero, antes de que me pueda decir qué significa, Charlie sale impetuosamente de la cocina con Kathy detrás.

Aún lleva el programa de las carreras de caballos en la mano, como si hubiera estado estudiando las apuestas triples. Llega rápidamente al reservado, con la cara roja de furia. Entonces veo a la pareja de viejos salir precipitadamente por la puerta, con las chaquetas por delante y la mitad del pastel de chocolate en el plato. Veo que se van a ir sin pagar,

pero, antes de que pueda detenerlos, Charlie me coge por el brazo y aprieta tan fuerte que sus unas se me clavan en la piel.

—¿Que puñeta crees que estás haciendo? —me espeta. No es que le eche una mirada; Kathy, con el puño contra la boca, no puede dejar de mirar a John.

Libero mi brazo y me lo froto. Una vez vi a Charlie pegarle un empujón tan fuerte a su mujer que ésta se cayó, se dio contra la cabeza y tuvieron que coserle cuatro puntos. Fui yo precisamente quien la llevó a la casa de socorro.

Charlie vuelve a decir:

—¿Qué puñeta crees que estás haciendo?

—Atendiendo mi mesa. Quiere una ensalada. Grande.

No recuerdo si John la ha pedido grande o pequeña, pero me imagino que cuanto mayor sea el pedido más tranquilo se quedará Charlie. Pero Charlie no quiere tranquilizarse.

—Sácalo de aquí —sisea. Sigue sin mirar a John—. ¿Me oyes, Sally? Échalo *fuera*. El Gobierno me obliga a servir a vagabundos y a negros, ¡pero no me ordena que le sirva a *él!*

Miro a John: se está poniendo el sombrero, calándose en la calva, medio levantado en el reservado. No puede salir porque Charlie y yo le estorbamos. Esperaba que John pusiera cara de loco o de molesto, pero si no fuera porque tiene tensos los músculos de la cara, su expresión no habría cambiado. Supongo que tiene que sentirse mal, y bruscamente siento odio contra Charlie, que es un fanfarrón y tiene tanta caridad como una bolsa de basura. Abro la boca para decírselo, junto con un par de cosillas que me he ido callando, cuando la puerta se abre de sopetón e irrumpen cuatro hombres, y que me muera si no llevan *los cuatro* el sombrero de Humphrey Bogart en *Casablanca*. En cuanto el primer tipo ve a John, su andar cambia, y se acerca más despacio pero con más determinación, y se pone a hablar con Charlie y con John con el mismo tono de sinceridad de un jefe de redacción al leer las noticias en la televisión.

Veo que se ha hecho con la situación, así que vuelvo a las botellas de salsa de tomate. Todavía me quemán, sin embargo, los malos tratos de Charlie y el que Kathy fuera volando a la cocina a avisarle. Es una miedica y siempre lo ha sido.

Charlie asiente frunciendo el ceño. Cuanto más lo frunce, más agradable se hace la voz del empleado del Gobierno. Al poco rato, el empleado está sonriendo, dulce como un pastel. Charlie se escurre en la cocina y los cuatro hombres echan a andar hacia la puerta, con John en medio, como una *mêlée* de rugby colegial. Al lado de los verdaderos hombres parece más extraño que antes, y advierto cuán plana tiene la cara. Pero cuando la *mêlée* llega a la mesa que hay enfrente de mis botellas de salsa de tomate, John se escapa y se me acerca.

—Lo siento, Sally Gourley —dice. Y luego—: Se me han presentado pocas oportunidades de demostrarle nuestra simpatía a una persona ordinaria de la Tierra. ¡Distingo tan mal!

Bueno, pues eso me choca. Su voz suena muy triste y, además, yo nunca me había considerado una persona ordinaria. ¿Quién se considera ordinario? Así que me limito a encogerme de hombros y a enjugar una botella de salsa con el delantal. Pero entonces John hace algo raro. Me toca el brazo en el mismo lugar en que me lo apretó Charlie, lo toca con la palma de esa mano. Y no tiene la palma nada viscosa: seca y como fresca, y yo no doy un bote ni nada por el estilo. En lugar de eso, recuerdo el hermoso sonido que emitió al pronunciar su nombre. Luego sale a la calle con tres de los hombres, y la puerta se cierra detrás de ellos con un golpetazo, dejando entrar una ráfaga de lluvia, porque Charlie no ha reparado la cerradura de aire comprimido desde que unos chavales, bromeando, la rompieron la primavera pasada.

El cuarto hombre se queda para interrogarme. Qué dijo el alienígena, qué dije yo. Yo le contesto y él vuelve a comenzar desde el principio, como si no me hubiera creído la

primera vez; me está haciendo enloquecer. Además tiene una voz irritante, y veo que se le mueven las cejas cuando me equivoco y digo accidentalmente: «él no lo dijo». Puede que yo no sepa interpretar los movimientos musculares de John, pero como hay Dios que sé leer esas cejas. Por eso me disgusto y en seguida se va dando un portazo.

Termino las botellas de salsa de tomate y de mostaza, y Kathy acaba con la cafetera. La radio del techo toca un tema instrumental, sin palabras, verdaderamente triste. Kathy y yo empezamos a lavar los reservados con desinfectantes y, como hacemos lo mismo juntas y no entra nadie, acabo por decirle:

—Es divertido.

—¿Qué es divertido? —replica ella.

—Charlie trató a ese tipo de «él» en seguida. «Nadie me manda que le sirva a 'él', dijo. Y yo al principio pensé en él como «ello», al menos hasta que tuve un nombre con que llamarle. Pero fue Charlie quien lo echó.

Kathy restriega la parte posterior de su reservado.

—Y Charlie ha hecho bien. Esa cosa me ha pegado un susto de muerte entrando de esa manera tan extraña y misteriosa. En un lugar donde se sirve comida, además. —Resopla y echa un poco más de desinfectante.

Y es que es una miedica. Siempre lo ha sido.

—El *National Enquirer* —continúa— ha contado que tienen una enorme potencia de fuego en la nave esa, la que todavía no ha aterrizado. Mi marido dice que podrían reducirnos a añicos, que son muy poderosos. No sé por que vienen aquí. *Nosotros* no los queremos. Ni siquiera sé por qué han venido desde tan lejos.

—Quieren distinguir —digo, pero Kathy sigue bufando y no me escucha.

—El Pentágono los mantendrá a raya; por muchas armas que tengan o por mucho que insistan en calibrar nuestras posibilidades defensivas, el Pentágono no les dejará poner sus garras sobre la Tierra. Eso es lo que dice mi marido. Bastardos de azul.

—¿Puedes cerrar el pico? —le pido.

Me lanza una sucia mirada y se aleja contoneándose. No me importa. Nada de todo esto me afecta lo más mínimo. Tan sólo recuerdo, de pie con el desinfectante en la mano, mirando las ventanas oscuras y escuchando el tema lento y sin palabras de la radio, ese contacto sobre mi mano, tan ligero y tan fresco. Y pienso que no han venido con una potencia de fuego para reducirnos a todos a añicos. No me lo creo, así de sencillo. Pero, ¿cuando vinieron? ¿Para qué han hecho un viaje desde otra estrella, para entrar en el comedor de Charlie y pedirle a una persona ordinaria de la Tierra una ensalada sin aderezar?

Charlie sale con las llaves para abrir la caja registradora y repasar las facturas. Me acuerdo de la pareja de viejos que se me escapó sin pagar y me maldigo. No fue más que pastel y café, pero me lo descontará igualmente del salario. La radio del techo empieza a tocar otra cosa; ya no es la canción triste, pero tampoco es nada movido. Es una canción de amor, de un tipo que no hace más que dar y a cambio sólo lo tratan como si fuese basura. No me gusta.

—¿Charlie —pregunto—, qué te dijeron los empleados del Gobierno?

Levanta la vista de las facturas con el ceño fruncido:

—¿Y a ti qué te importa?

—Sólo quiero saberlo.

—Pues yo, a lo mejor, no quiero que lo sepas —dice con una sonrisa aviesa.

Mi pregunta le ha puesto de buen humor al muy guarro. De repente me acuerdo de lo que dijo su mujer cuando le ponían los puntos: «La única forma de conseguir algo de Charlie es dejarle que me dé unas cuantas bofetadas y luego pedirselo desde el suelo. Si cree que soy feliz, no me da más que mierda».

Limpio el resto del restaurante sin decir nada. Charlie me que lanza improperios al ver los ingresos de la noche: sé que es poca cosa por mis propinas. Kathy se arregla el pelo frente al espejo que hay detrás de los donuts y los pasteles, mientras yo coloco los menús de desayuno. Pero no dejo de pensar entretanto, y no me gustan mis pensamientos.

Charlie echa el cerrojo y salimos todos. En la calle ha dejado de llover, aunque sigue flotando una delicada bruma, preciosa pero fría. Me arrebujó en el jersey y, en el aparcamiento, después de marcharse Kathy, digo:

—Charlie.

Deja de andar hacia su camioneta.

—¿Sí?

Me paso la lengua por los labios. Se me han quedado secos de repente. Lo que voy a decir es como un experimento. Es un experimento.

—Charlie, ¿y si los empleados del Gobierno no hubieran llegado justo entonces y el... hombre de azul no se hubiera querido ir? ¿Qué habrías hecho?

—¿A ti qué te importa?

Me encojo de hombros.

—Nada. Simple curiosidad. Es *tu* negocio.

—¡Pues claro que es mi negocio! —Veo entre la neblina cómo frunce el ceño—. ¡Lo habría machacado!

—¿Y luego? ¿Y si hubieran llegado los empleados del Gobierno y hubieran armado un escándalo?

—Horrible. Ya sería demasiado tarde, ¿no?

Se echa a reír y me doy cuenta de lo que piensa: el hombre de azul sangrando sobre el linóleo con Charlie de pie, junto a él, frotándose las manos.

Charlie vuelve a reír y se va hasta su camioneta silbando. Anda con algo de chulería. Sigue imaginándose todo, casi como si *hubiera* ocurrido realmente. Me grita por encima del hombro:

—Son como mariquitas. O chicas. Todo hueso, sin músculos. Hasta *tú* te habrás dado cuenta.

El tono de su voz es alegre. No hay enfado ni odio ni nada parecido, sino una especie de simpatía en sus palabras. Le oigo silbar un rato más, hasta que el motor de la camioneta arranca y sale disparado del aparcamiento, quemando rueda como un chaval.

Abro la cerradura de mi Chevrolet. Pero antes de entrar levanto la vista al cielo, algo estúpido porque, por supuesto, no puedo ver nada por culpa de la bruma y las nubes. Ninguna estrella.

A lo mejor, el marido de Kathy tiene razón. A lo mejor quieren reducirnos a todos a añicos. No lo creo, ¿pero qué caray puede importar lo que yo crea? Y de sopetón siento furia contra John, una furia incontenible, me siento más furiosa que nunca en mi vida.

¿Por qué ha tenido que venir aquí, con todas sus llamadas de pájaro y su educación? ¿Por qué no se pueden ir todos a otra parte? Debe de haber un montón de lugares a los que ir entre tantas estrellas brillantes como hay ahí arriba, detrás de las nubes. No tienen por qué venir aquí, a este lugar en el que yo necesito trabajar, y eso significa que necesito a Charlie. Es un fanfarrón, pero quiero mirarlo y no ver en él más que a un fanfarrón. Nada más que eso. Eso es todo lo que quiero ver en Charlie, en los empleados del Gobierno; tan sólo insignificantes fanfarrones, nada especial, ni el espejo de algo ni el futuro de algo. Sólo Charlie. Eso es todo. No quiero ver nada más.

No veré nada más.

—Distingo tan mal —me dice.

Sí. Naturalmente.

Dean Koontz - ALUCINOGENIA

Se despertó antes que ella y continuó tumbado, escuchando su áspera respiración; parecía el sonido del mar contra las rocas. Empeoraría antes de despertar. Se inclinó hacia la mesilla, tomó un cigarrillo del paquete casi vacío, lo encendió y se sentó en la cama. Trató de no pensar en las fuerzas que envolverían su cabeza, en los siniestros y dolorosos poderes que estarían rugiendo allí. En la oscuridad, intentó pensar en otra cosa.

La vista que se observaba desde la ventana era magnífica. Había estado nevando toda la noche y el campo quedó completamente cubierto; las nubes se entreabrían de vez en cuando permitiendo ver la luna, que iluminaba el blanco manto. Tras la vieja encina, se extendía la carretera, que semejava un tajo negro sobre la blanqueada tierra. Indudablemente, los calefactores de la carretera se habían estropeado de nuevo, ya que algunas capas de hielo iban avanzando desde el margen. Antiguadas palas quitanieves trataban de despejarla.

*Sueños cenicientos esparciéndose en copos
descienden flotando pacíficamente;
mientras monstruos relampagueantes, armados con espadas
golpean cruelmente el cerebro
y extienden sus uñas,
sobre el hielo...*

No estaba seguro de si el poema tenía sentido o no. Posiblemente era el efecto de su estado de ánimo. Lo repitió en voz baja. Tendría que recordarlo, pulirlo y, quién sabe, quizá lo incluyese en su próximo libro.

Al cabo de un rato volvió a mirar a Laurie. Tenía la cara pálida, y los ojos cerrados y rodeados de pequeñas arrugas. Le pasó la mano por el suave pelo negro que se extendía sobre la almohada. Ella lanzó un gemido y oyó cómo se precipitaba el aire fuera de su pecho.

Respiraba cada vez con más dificultad. El, decidido a empezar esta vez sin titubeos, se levantó y se puso los pantalones y la camisa.

—¡Frank! —dijo ella.

—Lo sé.

Abandonó la cama y se puso la bata que tanto le gustaba a él.

—Sacaré el coche del garaje —dijo Frank.

—¿Y la nieve?

—Parecen tenerla bajo su control. No te preocupes; te recogeré en la puerta, dentro de cinco minutos.

—Te quiero —exclamó Laurie, mientras él desaparecía en la sala.

Su voz y su cara siempre le producían escalofríos, en momentos como aquél. Cogió una linterna y el revólver, que estaban en el cajón de las herramientas. Al salir de la casa, se guardó el arma en el bolsillo y aspiró el aire frío; parecía cortarle los pulmones, pero lo acabó de despejar. La senda que conducía desde la casa al garaje estaba sin limpiar y la nieve alcanzaba allí de treinta a treinta y cinco centímetros de espesor. La cruzó; escuchaba los ligeros silbidos del viento y el lejano gemido de las máquinas que batallaban contra las fuerzas de la naturaleza. La puerta del garaje se abrió al influjo de su huella digital sobre la cerradura. Se metió en el coche, lo puso en marcha y empezó a salir, en tanto empujaba la nieve con el parachoques trasero. Luego hizo funcionar los calefactores de ambos parachoques. Con el problema de Laurie, tenía que estar a punto para salir en cualquier

momento, sin importarle el tiempo ni la temperatura, y aunque los calefactores para derretir la nieve fueran un suplemento caro, eran necesarios.

Cuando apareció, frente a la puerta de la casa, ella ya estaba esperándole. Subió y se acurrucó junto a él.

—¿Adonde?

—A cualquier sitio deshabitado —murmuró su vocecita—. Date prisa, por favor. Esta vez, el ataque va a ser realmente malo.

Se derretía la nieve a medida que avanzaban; cuando llegaron a la autopista el coche tomó el desvío que salía de la ciudad. Entonces él dejó el control del auto al piloto automático, mientras besaba y acariciaba las mejillas de Laurie.

Diez minutos más tarde, mientras el coche bajaba una rampa, una de las luces del piloto empezó a bizquear para avisarle de que tenía que tomar el control manual. En algún lugar del coche, comenzó a sonar un zumbador por la misma razón. Dobló a la izquierda, por una carretera secundaria bastante menos despejada de nieve que la superautopista. El hielo avanzaba sobre sus bordes y la dejaba reducida, en muchos sitios, a la mitad de su anchura. Mantuvo el acelerador a fondo, casi peligrosamente.

Ella estaba quejándose...

Tenía mal aspecto; estaba llegando rápidamente al punto crítico, al momento en que los poderes psíquicos alcanzaban el punto máximo de tolerancia y luego estallaban violentamente. Laurie era una *esper*; pero esto era todo lo contrario que una ventaja, pues no podía gobernar su propia energía psíquica. No podía liberarla hasta llegar al punto crítico; y una vez alcanzado éste, tenía pocos segundos para desprenderse de ella.

Se alegraba de haber instalado en el coche los descongeladores. Algún día, pensó, todo el mundo los tendría. Entonces, las máquinas quitanieves y los calefactores de las carreteras serían innecesarios; los descongeladores evaporaban los cristales de nieve e iban dejando tras de sí una estela de vapor que el frío viento de la noche reconvertía rápidamente en hielo.

—Nos alejaremos un poco más —dijo él.

Laurie murmuró algo...

Se arriesgó a desviar la vista de la carretera y dirigirla hacia ella. Quedó asustado, como siempre, por el tono blanco verdoso que iba adquiriendo su atractivo rostro. Le recordaba a los muertos. Le hacía sentir escalofríos.

—Aguanta un poco más —dijo Frank.

De pronto, el coche empezó a patinar. Sujetó desesperadamente el volante. Quedaron atascados en un montón de nieve y los descongeladores tardaron unos minutos en poderles liberar. Continuó unos dos kilómetros más, sin ver ninguna casa; así que giró y se metió en lo que parecía ser un campo de trigo, liso ahora y cubierto de nieve. Los descongeladores estaban funcionando a toda potencia. Avanzó, despacio, por el camino que éstos le abrían hacia el borde del bosque que empezaba en uno de los extremos del campo y se perdía en la distancia. Cuando llegaron al bosque, frenó y apagó las luces. No se les podía ver desde la carretera, a causa del fondo oscuro que ofrecían los árboles.

Se sentó con ella sobre la nieve, junto a un árbol. Ella había alcanzado el punto crítico.

—Vale —exclamó—; no hay nadie aquí.

Ella gimió otra vez... Su respiración se convirtió en un angustioso jadeo. La nieve empezó a derretirse a su alrededor y a los dos minutos, ya había desaparecido en un círculo de más de dos metros de diámetro. La tierra se convirtió en barro hirviente...

*Recuerdo salas empapeladas
y con un gran reloj de pared
que tocaba las horas*

*como una voz que dijese:
«Te daré un dólar por diez centavos.»
Recuerdo cocinas soleadas
al empezar la tarde;
cien mil fragancias
del cucharón de mi madre...*

Desconectó el magnetófono y quitó la cinta para devolverla a su estuche. Era la emisión del sábado, que sería retransmitida por ciento dos emisoras de frecuencia modulada. Quince minutos de poesía, crítica y música. Se sentía un poco amargado por la emisión y se preguntaba cuántos la escuchaban con atención y cuántos reían. Pensaba que muchas de las artes no estaban hechas para los medios de comunicación de masas.

—¡Frank! —Laurie entró en la habitación esparciendo un suave perfume y con un vestido estampado de vivos colores; llevaba recogido su pelo oscuro con una cinta roja—. ¿Has visto el periódico de esta mañana?

Sí, había visto los titulares: «Un alucinógeno en la vecindad». Y debajo: «La policía comienza la búsqueda». Hablaba del campo Crockerton, donde se había evaporado la nieve; la tierra aparecía revuelta, como si hubiese hervido, y los árboles rotos y quemados. También decía que sólo una cosa podía haber provocado todo aquello y que se estaba buscando a una persona alucinógena.

—No te preocupes —contestó él.

—Pero dicen que la policía está investigando en un radio de veinte kilómetros.

La sentó sobre sus rodillas y la besó.

—¿Y qué pueden encontrar? Soy un poeta contribuyente al partido; el partido es *antiesper*. Hacemos vida normal. Nunca hemos manifestado desaprobación ante el castigo de personas alucinógenas.

—Es igual —dijo ella—. Yo estaría preocupada.

También lo estaba Frank.

Fue al mediodía cuando llegó la policía. La estuvieron observando por la mirilla de la puerta principal, mientras se aproximaba a la casa.

—Será sólo para preguntar cosas de rutina, alguna inspección sin importancia —comentó él.

No importaba. Ella estaba temblando y se retiró a la cocina. Pero él esperó, aunque dejó que llamasen dos veces antes de abrir la puerta. No quería aparecer preocupado y necesitaba esos pocos segundos para conseguir simular una sonrisa.

—¿Quién es?

—Inspector de policía Jameson; y su asistente, androide «T» —dijo el detective, señalando aquella parodia de hombre que tenía junto a él.

—¡Oh!, es a propósito de la persona alucinógena de la que se habla en los periódicos, ¿verdad? Entre usted, inspector... y también su autómeta...

Les condujo a la sala. El inspector y él se sentaron, pero el robot «T» permaneció de pie. Los copos de nieve que habían caído sobre su piel metálica estaban derritiéndose y mojaban la alfombra, tras dejar una marca húmeda hasta la altura de la barbilla.

—Tiene usted un bonita casa, señor Cauvell.

—Gracias.

—¿Es aquí donde escribe sus poemas?

Frank miró la mesa, afirmando. Allí solía escribirlos.

—Soy un gran admirador suyo. Aunque debo confesarle que no siempre me gustan sus composiciones en verso libre.

Respiró con más facilidad. Ciertamente, aquél no era un policía duro, brutal. En realidad, parecía más bien tímido. «Ni siquiera puede mirarme directamente a los ojos», pensó Cauvell.

—¿Está su esposa en casa?

Su corazón pegó un salto, pero no dudó ni un momento sobre lo que tenía que hacer.

—Sí, está aquí. ¡Laurie! —gritó, quizá demasiado fuerte.

Ella vino de la cocina y se quedó de pie, junto a la silla donde él estaba sentado, mirando desconfiadamente al androide. ¿Se estaría dando cuenta «T» de sus sospechas?

—Síntese, por favor, señora Cauvell —dijo Jameson.

Entonces se dirigió a los dos.

—Estamos realizando una investigación en la vecindad y nos gustaría hacerles unas cuantas preguntas.

Ambos asintieron.

—«T» —dijo Jameson.

La garganta del androide pareció vibrar por un momento y se escuchó una profunda voz, emitida por un pequeño altavoz que se encontraba escondido en su duro cuello.

—«Esta entrevista está siendo grabada. ¿Son ustedes conscientes de ello, señor y señora Cauvell?»

—Sí —respondieron los dos.

—«Toda la información que aquí se grabe puede ser usada ante un tribunal. ¿Son ustedes conscientes de ello, señor y señora Cauvell?»

—Sí.

—«Habla el androide "T", de la división de la policía ciudadana, cooperando con el inspector Harold Jameson. Señor Cauvell, un alucinógeno es una persona nacida de padres cuyos genes fueron alterados por el uso de la LSD 25. Estas personas se deforman física o mentalmente. ¿Comprende usted el término "persona alucinógena"?»

—Sí.

—«¿Y usted, señora Cauvell?»

—Sí.

—«Las personas deformadas físicamente son cuidadas por el Estado. Las personas alucinógenas que nacieron con el defecto congénito de sensibilidad ESP, son un peligro para el Estado y no pueden ser ciudadanos con plenitud de derechos. A causa de la naturaleza de su poder, que puede ser estudiado tan sólo en su punto crítico, y en el cual dicho estudio es demasiado peligroso para ser llevado a cabo, muchos de estos mutantes deben ser dados al sueño humanamente. ¿Entienden esto, señor y señora Cauvell?»

Ellos dijeron que lo entendían. Las formalidades se habían acabado.

—«Tenemos razones para creer en la existencia de una persona alucinógena en esta zona. ¿Tiene alguno de ustedes conocimiento de dicha persona?»

Dijeron que no.

—«¿Alguno de ustedes abandonó su casa la pasada noche?»

—No.

—«¿Cómo es que la entrada a su garaje y la salida a la autopista se encuentran limpias de nieve?»

—Vimos al venir —dijo Jameson— que la entrada de su garaje aparecía como limpiada por descongeladores de nieve.

—Salí esta mañana a realizar unas compras —contestó Cauvell, quizá con demasiada rapidez.

—¿Hace usted sus propias compras? —preguntó Jameson, levantando las cejas.

—Sí.

Cauvell se sintió súbitamente contento de no haberse convertido nunca en una persona completamente moderna. Menos de la quinta parte de la población compraba personalmente sus propios comestibles. Las secciones de empleados-robots, que tomaban los encargos por teléfono, habían deshumanizado las compras casi por completo. A Cauvell, sin embargo, siempre le había gustado ver la carne antes de comprarla. Quizá por su paladar exigente.

—«El padre de la señora Cauvell era un catedrático de Universidad —dijo “T” con voz chirriante—. Los profesores universitarios de los años setenta eran a menudo bastante liberales y tan ansiosos como sus alumnos por experimentar nuevos productos. Señora Cauvell, ¿tomó su padre LSD 25?»

Se habían preparado, hacía ya mucho tiempo, ante la posibilidad de preguntas de este tipo. Habían convenido que decir una verdad parcial era mejor que una mentira completa.

—Creo que la probó dos veces, ambas con malas experiencias —dijo Laurie.

Cauvell empezó a tranquilizarse ante las respuestas firmes y serenas de su esposa.

—«¿Era un consumidor habitual de la droga?»

—No.

—«¿Cómo puede usted tener esa seguridad?» —preguntó amablemente Jameson.

Cauvell se dio cuenta de que Jameson podía ser cualquier cosa, pero no tonto, ni tímido. El era el jefe de «T», y algunas veces sus preguntas tocaban muy cerca de la diana.

—Mi madre me habló de ello —respondió Laurie—. Mi padre murió cuando yo tenía siete años y mi madre se pasó el resto de su vida contándome todas las cosas que él solía hacer. Escuché todas esas historias miles de veces. No pude olvidarlas. El tomó LSD en dos ocasiones y tuvo desagradables experiencias en los «viajes» respectivos.

—«¿A qué partido pertenecen?» —preguntó «T».

—Al que ha permanecido en el Gobierno los últimos trece años, al Partido Constitucional Moderado.

Cauvell trató de aparentar orgullo, mientras tragaba su angustia.

—«¿Y por qué se unieron al partido?»

—Porque temíamos a los países comunistas y nos dimos cuenta de que las tendencias subversivas en nuestro país debían hacerse abortar.

—«¿Y ustedes no han visto ni tenido noticias de la existencia de alguna persona alucinógena?»

—No, ninguna.

—«¿Fue grabada esta entrevista con su consentimiento, señor y señora Cauvell?»

Contestaron que lo había sido. La voz del androide desapareció tras hacer su cuello un murmullo extraño y, por fin, quedó absolutamente silencioso. El inspector Jameson se levantó.

—Siento haberles molestado. Muchas gracias por su cooperación; han sido ustedes muy amables.

—Ha sido un placer —contestó Frank.

—Espero que encuentre al mutante —dijo Laurie.

Estuvieron observando por la mirilla cómo el inspector y el androide se metían en el coche de policía, que salió a la carretera y se fue haciendo más y más pequeño, hasta que desapareció a lo lejos.

El aspecto del cielo indicaba que pronto comenzaría a nevar de nuevo.

En algún sitio se escondió un joven mutante, temblando.

No pudo aguantar más, perdió los nervios; corrió.

Corrió hacia los brazos del androide. Los ojos del hombre de metal eran joyas, mientras las lágrimas de los suyos se le helaban en las mejillas. Dio la vuelta, pero

encontró a otros detrás de él. No había sitio por donde escapar. Desató sus fuerzas psíquicas contra ellos. Los vio elevarse en llamas, vio derretirse sus caras y humear sus entrañas.

Pero aún quedaban más. Y no esperaron. Aparecieron cañones en sus caderas. Surgió el fuego; las llamas lo envolvieron, lo tragaron, lo digirieron.

Todo mientras caía la nieve... pequeñas balas blancas...

—Han cogido a un pobre diablo —dijo Laurie y le mostró el diario.

Frank lo miró; «Un alucinógeno lucha con la policía». No «lucha con robots», pues eso sería demasiado crudo. Haría parecer la noticia como a favor de los mutantes. Cauvell estaba seguro de que ni un solo policía de carne y hueso había estado a menos de cien metros del muchacho.

—Fue por mi culpa —dijo Laurie.

—Es absurdo que digas eso. ¿Cómo ha podido ser por tu culpa?

—No nos ocultamos lo suficiente. Dejamos una enormidad de pistas que les facilitó empezar la búsqueda.

—Pero era una emergencia. Nos habrías matado a todos si hubieses tratado de aguantar un momento más esa fuerza.

—Es igual; es posible que ellos no hubiesen cogido al perseguido si nosotros...

—Olvídate de eso. ¿Qué hay para cenar? —preguntó él con naturalidad.

—Spaghetti...

A la noche siguiente hubo lomo de cerdo, y a la otra cenaron carne asada. Pero a la tercera noche, Frank despertó al oír la áspera respiración de ella.

—Laurie...

Estaba despierta y contestó:

—Sí...

—¿Por qué no me has despertado? —Se levantó de la cama y empezó a vestirse.

—¿Frank?

—¿Qué? Date prisa y vístete.

—Frank, quizá fuese mucho mejor si dejaras que esto acabara conmigo.

Paró de abrocharse la camisa y se volvió para quedar frente a ella. Sólo podía ver el vago perfil de su pequeña, pero femenina figura, realzada por las sábanas. Su cabellera extendida como hilos de seda destacaba sobre la almohada. Avanzó hacia ella y le cogió la cara.

—¿Qué quieres decir con eso?

Entonces ella empezó a llorar.

—¿Acaso no me amas? —preguntó él.

Laurie trató de contestar, pero sus palabras eran sólo suspiros.

—Ten calma y vístete de una vez —dijo él cariñosamente.

Frank salió. Ya en la cocina, cogió el revólver del cajón. Fuera, el cielo estaba claro y el viento, fuerte, azotaba la nieve. Cuando acercó el coche a la puerta, ella ya estaba esperando.

—¿Adonde iremos? —preguntó Laurie.

—Más lejos que la otra vez, pero ésta nos cubriremos bien.

La Navidad se acercaba. Pensaba en ella mientras conducía: en las fiestas y en las velas que se encenderían en altares y ventanas. Pensó también en Cristo, descendiendo de su cruz, y en lo que hubiese podido escribir Ferlinghetti de haber estado casado con una persona alucinógena.

Ya hacía bastante rato que habían salido de la ciudad y luego echaron por un camino para avanzar unos cuantos kilómetros más. Salió de él, cruzando un arroyo seco que se

introducía entre los árboles y llegaron a un claro en el centro del bosque. Se encontraban a unos cinco kilómetros de la carretera y ocultos a la vista por todos lados, excepto por la parte de arriba. Cuando salieron del coche, oyeron el motor de un helicóptero, que trepidaba en algún lugar del cielo, sobre sus cabezas. De pronto, pareció hacerse de día: el helicóptero, con sus luces como los ojos de un insecto monstruoso, aterrizó en el claro.

—¡Frank!

La empujó hacia el coche y se puso al volante.

—«Por favor, no traten de escapar...» —Era la voz de «T».

Sólo tenían dos posibilidades: dar marcha atrás —que sería desastroso en un terreno tan desigual— o bien pasar por en medio de ellos. Jameson, «T» y otro androide que llevaba pintadas las letras JJK estaban cruzando el campo con la nieve a la altura de las rodillas y las armas dispuestas a disparar.

Frank bajó la ventanilla.

—¿Qué quieren? —les preguntó.

—Si usted fue de compras esa mañana, ¿cómo es que ningún tendero, en varios kilómetros a la redonda, tenía factura de su compra?

«T» se encontraba a veinte metros, justo enfrente del coche.

Apretó a fondo el acelerador, puso las barras descongeladoras al máximo y percibió el golpe en el momento en que «T» caía bajo las ruedas; cuando atropelló al segundo androide, pudo comprobar de un vistazo que el atropello le había arrancado un brazo. No podía escapar rápidamente, a través de la nieve, puesto que las barras descongeladoras no serían capaces de trabajar con la velocidad suficiente. Giró en redondo y aceleró hacia el sendero que las barras habían abierto a su llegada. Pasó velozmente junto a Jameson, quien tuvo que saltar para evitar al vehículo. Los dos androides yacían, averiados, en el suelo.

—¡Somos libres! —exclamó Frank.

En aquel momento el vibro-láser disparado por Jameson dibujó un limpio orificio en la ventanilla trasera y golpeó a Laurie en la sien. Cayó sobre Frank, mientras su oído comenzaba a sangrar.

Frank podía personificar poéticamente a la luna: *La luna se esparcía majestuosamente*; podía convertir a una chica en rosa: *Ella era una rosa, gentil y dulce*. Podía hacer metáforas, conseguir sonrisas, planear tantas aliteraciones para tantas líneas, pero no podía conseguir que el oído de Laurie dejase de sangrar. Podía, sí, elevarse en la mañana como un dragón que surgiera del mar, pero impedir que la sangre de Laurie siguiera fluyendo estaba más allá de sus poderes. Ella estaba estirada en el asiento de atrás, boca arriba, pálida y fantasmal, bajo los rayos de la luna que se filtraban a través de la ventanilla. Cauvell se apretó más el cinturón de seguridad y cogió el volante con furia. ¿Adonde? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que todas las carreteras estuviesen bloqueadas? Se encontraban ya a más de veinte kilómetros del bosque, pero el mundo se había reducido muchísimo en pocos años y esa distancia no era nada. La solución consistía en encontrar un pueblo pequeño; con el revólver obligaría a cualquier doctor a cuidarla, y escondería el coche en su garaje. Salió de la carretera principal y se introdujo en otra, estrecha y zigzagueante, en la que las ruedas volvieron a morder la nieve.

La sangre seguía goteando de un oído de Laurie.

Caldwell, cuarenta y siete kilómetros...

Caldwell, solamente treinta y cuatro...

Estaban a dieciocho kilómetros de Caldwell, cuando el helicóptero volvió a aparecer sobre las copas de los árboles, que cubrían gran parte de la carretera. Inmediatamente el coche quedó bañado por una luz amarilla. Dobló a la derecha y luego a la izquierda, tratando de desprenderse del foco, pero aumentaron su ángulo y éste abarcaba ahora ambos lados de la carretera; las balas empezaron a marcarse en el asfalto, frente al coche. Una de

ellas rebotó en el techo; unos cuantos disparos de vibro-láser hicieron hervir trozos de asfalto alrededor del vehículo fugitivo. Entonces, cesó la luz súbitamente y no se oyó el batir de los rotores del helicóptero.

Quitó el pie del acelerador, bajó el cristal y escuchó. No se volvía a oír el «blap-blap» de las palas del helicóptero batiendo el aire. Se había ido; sí, había desaparecido por completo. Sin embargo, no parecía como si simplemente se hubiese alejado. «Quizá se habrá estrellado», pensó Frank, si bien no había habido explosión ni ningún sonido que indicase un golpe contra el suelo. Subió el cristal y siguió avanzando. La policía ya lo tenía localizado cerca de Caldwell y ahora ya no podría parar en el pueblo. A unos setenta kilómetros más lejos, se encontraba Steepleton.

Miró hacia atrás y su estómago se encogió al ver el estado de Laurie, agonizante, y el rostro de un color amarillo oscuro. Apretó a fondo el acelerador.

Steepleton, cincuenta y siete kilómetros...

Steepleton, ahora solamente cuarenta y tres...

En los arrabales de esa ciudad había un bloqueo de carretera. Siete hombres, siete androides. Y ellos comprendían perfectamente de quién era el coche que se acercaba y tenían las armas dispuestas.

La muerte no es nadie, envuelta en vestiduras negras, baboseante. La muerte no puede verse...

¡No se puede!

Y sin embargo, su mundo era un cementerio. La luna se desliza en lo alto, sobre nubes como mortajas rasgadas que baten fieramente al son de los vientos de los árboles muertos. Llegó a la cumbre de la montaña, donde el aire frío y la nieve lo obligaron a bizquear.

—Buenas noches —le saludó el director de pompas fúnebres.

Dio las buenas noches...

—Polvo al polvo —dijo el embalsamador, sentado en una aguja de iglesia.

—Cenizas sobre cenizas —dijo él sepulturero.

El pasó sin hacerles caso. Continuó adelante, hacia la cumbre, donde se encontraba el sepulturero mordiéndose el cielo como si fuese un diente roto. En algún sitio sonaba un tambor, en otro una campanilla que pasaba... Empujó la pesada puerta con el hombro; las oxidadas bisagras se estremecieron, las oyó rechinar y las ratas corrieron en el interior.

Pisó la entrada, iluminada por la luna, y avanzó hacia el sarcófago. La habían enterrado en un ataúd de piedra caliza, para facilitar la descomposición del cadáver.

Esto le llenó de rabia. Abrió el inmenso cerrojo y vio su cara pálida. Tiernamente, la sacó y la colocó sobre la tabla de mármol que se encontraba a su lado.

En algún sitio sonaron las campanadas, al revés; en algún sitio se cantaba, al revés.

Y él cantaría un responso que haría de panegírico...

*«Porque la luna nunca alumbra
sin traerme ensueños
de la hermosa Annabel Lee.
Y las estrellas nunca aparecen
excepto en los ojos
de la bella Annabel Lee,*

*Y así por siempre descanso
al lado de mi amada,
de mi amada, mi vida y mi esposa,
en su sepulcro allí junto al mar.*

En su tumba allí junto...»

Steepleton había quedado atrás y continuaba sin haber huellas de una persecución de la policía...

Apartó el coche de la carretera. ¿Acaso estaba perdiendo la razón? Había policías en la carretera, ¿no? ¿Dónde se hallaba en realidad, en la policía o en el cementerio? En la policía, sin duda alguna; él no era Edgar Allan Poe, que dormía con su amante muerta. Además, su mujer no estaba muerta. Se volvió a mirarla. Su cara estaba contraída, como si estuviera sufriendo. La llamó. Por unos segundos, le pareció que había contestado, pero ella no había movido los labios. Miró de nuevo hacia adelante. Quedaban dieciocho kilómetros hasta Kingsmir. ¿Qué sucedería allí? ¿Volvería de nuevo la pesadilla del cementerio? ¿Habría más cosas extrañas? De pronto, se acordó de la desaparición del helicóptero y se estremeció. Volvió a entrar en la carretera.

...Despertó y la besó en el cuello.

El negro pelo se deslizaba sobre sus desnudos hombros y senos y se rizaba en sus orejas rosadas...

Ella le devolvió el beso...

Yacía en un ataúd..., a veces templada y viva, otras fría y putrefacta.

...Se volvió a oír el sonido de un helicóptero... De pronto, desapareció en un mundo donde los hombres jamás habían aprendido a volar...

Entonces, volvió persiguiendo una cantera desaparecida cuando el mundo había sido diferente durante unos minutos...

Tumbas...

¡Click!

Una cama caliente y cuerpos templados...

¡Click!

¡Click! ¡Click!

Frank despertó a la realidad, unos dos kilómetros más cerca de Kingsmir. ¡De pronto, comprendió! Aparcó el coche en la cuneta y pasó por entre los asientos delanteros hasta donde ella estaba tumbada. Le pasó una mano por la cara; y luego la colocó bajo la barbilla y le tomó el pulso. ¡Laurie estaba cambiando la realidad! En el estado de coma en que se encontraba, sus poderes psíquicos se estaban disipando gradualmente, en lugar de estallar con violencia. ¡Estaba bajo control! Y no eran simples poderes de teleportación y lectura del pensamiento; eran poderes que podían variar las más esenciales bases de la vida. Un rato antes había creído que imaginaba escucharla; ahora sabía que le había contestado. ¡No tenía necesidad para ello de usar los labios!

—Laurie, ¿puedes oírme?

Hubo una respuesta lejana y tuvo que concentrarse para comprenderla.

—Laurie, tú escuchaste el helicóptero y sentiste la presencia de los guardias en el bosque y en la carretera, así es que cambiaste la realidad de las cosas durante un rato, hasta que el coche, moviéndose independientemente de ambos mundos, pasó de largo. ¿Es esto lo que hiciste, verdad?

Oyó un «sí» lejano.

—Escucha, Laurie; el cementerio es un sueño disparatado. Muy poético, pero disparatado. El otro. Ese en el que estamos en la cama, Laurie.

Le acarició la barbilla y le rogó que se concentrara. Oyó sirenas en la carretera y empezó a hablar más de prisa...

Le habló de un mundo en el que jamás habían existido mutantes alucinógenos. Sí, de un mundo en el que todos eran normales.

Despertó antes de que ella lo hiciese y continuó tumbado, escuchando su áspera respiración; parecía el sonido del mar contra las rocas. Empeoraría antes de despertar.

La vista que se observaba desde la ventana era magnífica. Había estado nevando toda la noche y el campo quedó completamente cubierto; las nubes se entreabrían de vez en cuando permitiendo ver la luna, que iluminaba el blanco manto. Tras la vieja encina, se extendía la carretera que semejava un tajo negro sobre la blanqueada tierra. Indudablemente los calefactores de la carretera se habían estropeado de nuevo, ya que algunas capas de hielo iban avanzando desde el margen. Anticuidas palas quitanieves, trataban de despejarla.

Por alguna razón, le parecía revivir esta escena. Era como si todo fuese un eco extendido.

*Sueños cenicientos esparciéndose en copos
descienden flotando pacíficamente;
mientras monstruos relampagueantes, armados con espadas
golpean cruelmente el cerebro
y extienden sus uñas,
sobre el hielo...*

No estaba seguro de si el poema tenía sentido o no. Incluso, éste le sonaba vagamente familiar. Lo repitió suavemente.

—¡Frank! —dijo ella.

—Lo sé.

Abandonó la cama y se puso la bata que tanto le gustaba a él.

—Sacaré el coche del garaje —dijo Frank.

—¿Y la nieve?

—Parecen tenerla bajo su control —dijo, y parecía como si esto también se repitiese.

—Te quiero —exclamó Laurie, mientras él desaparecía de la sala.

Su voz y su cara siempre le producían escalofríos, en momentos como éste. Sin embargo, esta vez se prolongó y subiendo por la espina dorsal hasta llegarle a la cabeza, pareció esparcirse por cada uno de sus nervios.

¿De qué estaba asustado? ¿A qué se debía este sentimiento de familiaridad? Temía por Laurie más de lo corriente. Después de todo, estar encinta era una cosa normal. Deseaba con toda su alma que fuese una niña. Entonces, mientras iba en busca del coche, dejó de sentir los escalofríos. Se encontraba bien; el mundo era estupendo y había desaparecido ese sentido de familiaridad. De pronto, todo se había hecho diferente y las cosas parecían como nuevas...

Damon Knight - HOMBRE DE NINGÚN TIEMPO

Todo el mundo lo sabía; todo el mundo quería ayudar a Rossi el viajero del tiempo. Se acercaron corriendo por la playa escarlata, desnudos y rubios como niños, riendo felices.

—La leyenda es cierta —gritaron—. ¡Está aquí, como dicen nuestros bisabuelos!

—¿Qué año es éste? —preguntó Rossi, inapropiadamente en mangas de camisa, solo, a la luz del sol, sin grandes máquinas alrededor, ni aparatos, nada más que su cuerpo largo y delgado.

—¡Tras mil quinientos veintisais, señor Rossi! —corearon.

—Gracias. Adiós.

—¡Adiósos!

Flick. Flick. Flick. Esos eran días. *Flicketaflicketaflick*, semanas, meses, años. UIRRR... ¡Siglos, milenios que pasaban como copos de nieve en un ventarrón!

Ahora la playa estaba fría, y la gente llevaba ropas negras y tiesas, abrochadas hasta el pescuezo. Moviéndose envaradamente, como hombres de palo articulados, desplegaron una enorme bandera: SINTIMOS NO HABLAR SU LINGUA. ISTE ES IL AÑO 5199 DE VUESTRO CALINDARIO. HOLA SEÑOR ROSI.

Se inclinaron, como marionetas, y el señor Rossi les respondió con otra inclinación. *Flick, flick. Flicketaflicketa-UIRRR...*

La playa desapareció. Estaba dentro de un edificio enorme, una cúpula alta como el cielo, como el Empire State convertido en una habitación. Dos huevos flotantes se precipitaron hacia él y se quedaron allí en el aire, alertas, observándolo con ojos escalfados. Detrás de esos seres se alzaba un ladeado cartel de neón donde resplandecían ideogramas y símbolos que no pudo reconocer, y *flicketeta-UIRR...*

Esta vez fue una llanura húmeda y pedregosa, que concluía en unas marismas. Rossi no tenía interés, y pasó todo el tiempo mirando los números que había garabateado en la libreta. 1956, 1958, 1965, etcétera; los intervalos eran cada vez más largos, y la curva subía hasta que era casi vertical. Si hubiera prestado más atención a las matemáticas de la escuela... *flikRRR...*

Ahora un desierto blanco de noche; un desierto frío y amargo, donde tendrían que haber estado las torres de Manhattan. Una cosa tristemente delgada pasó aleteando por encima *fikRRRR...*

Oscuridad y niebla era todo lo que *fkRRRR...*

Los parpadeos claros y oscuros, dentro del gris, se derritieron y se fundieron, cada vez más rápidos, hasta que Rossi estuvo mirando un paisaje desnudo y saltante como a través de unos lentes enjabonados: continentes que se expandían y se contraían, casquetes polares que se deslizaban bajando y subiendo, el planeta apuntando hacia su propia muerte fría mientras sólo Rossi estaba allí para mirar, delgado y rígido, con un viso de desaprobación y ansia en los ojos.

Se llamaba Albert Eustace Rossi. Era de Seattle, un joven huesudo e impetuoso con un mechón poético de pelo en la frente y la mirada fija de un animal. En doce años de colegio no había aprendido nada más que a pasar al año siguiente, y tenía mucha avidez pero ninguna aptitud.

Se había ido a Nueva York porque pensó que allí podría pasar algo maravilloso.

Resistía un promedio de dos meses en cada empleo. Trabajó como cocinero de un bar de paso (los huevos eran grasientos y las hamburguesas se le quemaban), ayudante de grabador en un taller de offset, postor falso en una galería de remates. Pasó tres semanas

como crítico de un agente literario, escribiendo cartas que firmaba su patrón para decir a desventurados clientes que pagaban por la lectura de su material que esos cuentos apestaban. Escribió malos versos durante un tiempo y los envió esperanzadamente a todas las mejores revistas, pero llegó a la conclusión de que había una camarilla que le impedía publicar sus cosas.

No hizo amigos. La gente que conocía parecía que no estaba interesada en otras cosas más que en el béisbol, o en sus empleos increíblemente aburridos, o en hacer dinero. Trató de rondar por el Village con pantalones vaqueros y una camisa floreada, pero descubrió que nadie lo miraba.

No era un siglo adecuado. Lo que quería era una villa en Atenas; o una isla donde los nativos fuesen infantiles y amistosos, y no asomase nunca un mástil en el horizonte azul; o un apartamento amplio e higiénico en una futura utopía subterránea.

Compraba revistas de ciencia ficción y las leía desafiadamente, exhibiendo las cubiertas en las cafeterías. Después las llevaba a casa y las marcaba con enormes signos de exclamación azules y rojos y verdes, y las archivaba bajo la cama.

La idea de construir una máquina del tiempo le había estado creciendo en la cabeza desde hacía mucho. A veces, por la mañana, mientras iba hacia el trabajo, al mirar el azul infinito del cielo punteado por nubes, o al examinar la figura de sus líneas y sus huellas digitales únicas, o al observar las cavernosas e inexploradas profundidades en un ladrillo de una pared, o al acostarse en la estrecha cama por la noche, consciente de todas las asombrosas imágenes y sonidos y olores que le habían pasado por delante en veintitantos años, se decía: ¿Por qué no?

¿Por qué no? Encontró un ejemplar usado de *Un experimento con el tiempo* de J. W. Dunne, y perdió el sueño durante una semana. Copió todos los cuadros y los pegó a la pared con cinta adhesiva; escribió sus sorprendentes sueños todas las mañanas al despertar. Había un tiempo fuera del tiempo, decía Dunne, desde el cual se podía medir el tiempo; y un tiempo fuera de ese tiempo, desde donde era posible medir el tiempo que medía el tiempo, y un tiempo fuera de ese... ¿Por qué no?

Un artículo sobre Einstein que encontró en una peluquería lo excitó, y fue a la biblioteca y leyó los artículos de las enciclopedias acerca de la relatividad y el espaciotiempo, arrugando furiosamente el ceño, releendo una y otra vez los párrafos que nunca entendía, pero colmándose igual de una sensación de comienzo, de expectativa.

Lo que para él parecía tiempo para otra persona podía parecer espacio, decía Einstein. Un reloj, cuanto más rápido funcionaba, más lentamente andaba. Bien, magnífico. ¿Por qué no? Pero no fue Einstein, ni Minkowski, ni Wehl, quien le dio la pista: fue un astrónomo llamado Milne.

Había dos maneras de mirar el tiempo, decía Milne. Si uno lo medía por cosas que se movían, como las agujas de un reloj y la Tierra rotando y girando alrededor del sol, esa era una forma; Milne lo llamaba tiempo dinámico y lo representaba con el símbolo r . Pero si uno lo medía por cosas que sucedían en el átomo, como la radiactividad y la emisión de luz, esa era otra forma; Milne lo llamaba tiempo cinemático, o t . Y la fórmula que conectaba los dos mostraba que, según cuál se usase, el universo había tenido o no un principio y tendría o no un final: si en tiempo r , no en tiempo t .

Luego todo se sumaba: Dunne diciendo que uno no tenía que viajar de veras por la vía del tiempo como un ferrocarril; uno simplemente pensaba que lo hacía, pero cuando uno se dormía lo olvidaba, y por eso podía tener sueños proféticos. Y Eddington: que todas las grandes leyes de la física que habíamos conseguido descubrir no eran más que una especie de telaraña, y que había espacio entre los hilos para una inimaginable complejidad de cosas.

Rossi lo creyó instantáneamente; lo había sabido toda la vida, pero no había tenido nunca palabras para pensarlo: que esta realidad era más de lo que aparentaba. Cheques de pago, sucios antepechos de ventanas, grasa rancia, clavos en el zapato... ¿cómo podía existir eso?

Todo estaba en la manera en que uno lo miraba. Eso era lo que decían todos los científicos a coro: Einstein, Eddington, Milne, Dunne. Era por lo tanto algo que cualquiera podía hacer si lo quería con suficientes ganas y tenía suerte. Rossi siempre había sentido un oscuro resentimiento porque hubiese pasado ya la época en que uno podía descubrir algo mirando una tetera o tirando un poco de grasa en una cocina caliente; pero aquí había, increíblemente, otro camino fácil a la fama que nadie había visto.

Entre la punta de su dedo y el borde del sucio forro plástico que tapizaba horriblemente la horrible mesa, la distancia más corta era una línea recta que contenía un número infinito de puntos. Su propio cuerpo, lo sabía, era principalmente espacio vacío. Allí dentro, en las oscuras regiones del átomo, en el tiempo t , uno podía describir a qué velocidad se movía un electrón, o dónde estaba, pero nunca ambas cosas; nunca era posible decidir si se trataba de una onda o de una partícula; ni siquiera se podía probar que existía, excepto como fantasma del reflejo visible.

¿Por qué no?

Era verano, y toda la ciudad respiraba entrecortadamente. Rossi tenía dos semanas libres y ningún sitio a donde ir; las calles estaban vacías: faltaban los que se habían ido de vacaciones a Colorado, los que habían alquilado cabañas en los montes, los que habían volado a Irlanda, a las Montañas Rocosas del Canadá, a Dinamarca, a Nueva Escocia. Durante todo el día los sudorosos trenes suburbanos habían transportado sus cargas de sufrientes hasta Coney Island y Far Rockaway, y luego de vuelta, bien salados, despellejados por el calor, aletargados como peces.

Ahora la isla estaba inmóvil; chata y humeante, como un lenguado en una parrilla; todas las ventanas abiertas para recoger un inimaginable soplo de aire; silenciosa como si la ciudad estuviese bajo un vidrio. En cuartos oscuros, los cuerpos se desparramaban en una fiesta de caníbales, todos alertas, todos inmóviles, esperando el tictac del Tiempo.

Rossi había ayunado todo el día, pensando en los impresionantes resultados de que hablaban los yoguis, los primeros santos cristianos y los indígenas americanos; no había bebido más que un vaso de agua por la mañana y otro al ardiente mediodía. De pie ahora en la cerrada oscuridad de su cuarto, sintió que el océano del Tiempo, pesado y estancado, se extendía eternamente. Las galaxias pendían sobre ese océano como algas marinas, y en el fondo los hombres muertos formaban un sedimento insondablemente profundo. (Murmullo de caracol marino: existo).

Allí estaba todo, lo temporal y lo eterno, t y τ , todo lo que era y sería. El electrón danzando en su órbita imaginaria, el momento de la efímera, la larga modorra de las secuoyas, la dilatación de los continentes, el solitario vagar de las estrellas; equilibraba unas cosas con las otras, y el resultado era la inmovilidad.

La verdad de la secuoya no hacía falta a la efímera. Si un hombre pudiese ver aunque sólo fuese algún otro aspecto de esa totalidad, sentirlo, crearlo... otra relación del tiempo τ con t ...

Había dibujado con tiza un diagrama en el suelo; no un pentágulo, pero sí lo más aproximado que encontró, la cuadratura del círculo del aparato de Michelson. Alrededor de la figura había garabateado « $e = mc^2$ », « Z^2/n^2 », « $M = M_0 + 3K + 2V$ ». Asegurado con alfileres, tapando la única lámpara, había un trozo de papel con unas anotaciones:

t, r, t, r, t, r
 $C/R\sqrt{3}$

Coordenadas cartesianas x, y, z
 $-c^2t^2 = me$

Era su cabeza, repitiendo hipnóticamente: *t, tau, t, tau, t, tau, t...*

Mientras estaba allí, los bordes del papel comenzaron a hincharse y volverse borrosos, rítmicamente. Sintió como si todo el universo estuviese respirando, lento y gigantesco, todo uno, el átomo más pequeño y la estrella más distante.

C sobre R por la raíz cuadrada de tres...

Tenía una curiosa y ebria sensación de que estaba fuera, de que podía darse un empujón, o un tirón... no, tampoco era ésa la palabra... Pero algo pasaba; lo sentía, un poco aterrorizado y un poco contento.

menos c cuadrado, t cuadrado, es igual a...

Una tensión intolerable estrujó a Rossi. En el otro extremo del cuarto el papel que estaba junto a la lámpara se arrugó y ardió. Y (mientras la tensión lo retorció de algún modo, buscando una nueva dirección para la descarga) eso fue lo último que vio Rossi antes de que entrase la luz del día, y el cuarto se llenase de carbones húmedos, *flick*, y alguien lo atravesase demasiado rápido para *flick*. *Flick, flick, flick, flick, flick, flicketa-flicketa...*

Y allí estaba. Lo más increíble era que lo que había parecido tan cierto era cierto: con aquel esfuerzo de hipnótica voluntad se había trasladado a otra clase de tiempo, a otra relación de la t con r, una relación variable, como un enorme carrusel que giraba y se detenía y volvía a girar.

Se había subido al carrusel; ¿cómo haría para bajar?

Y —la pregunta más aterradora— ¿a dónde iba el carrusel? ¿Iba directamente hacia la extinción y la muerte fría, donde acababa el universo, o volvía girar una vuelta completa, para darle una segunda oportunidad?

El borrón estalló transformándose en luz blanca. Aturdido pero seguro dentro de su anomalía portátil, Rossi vio cómo la Tierra en llamas se enfriaba, vio cómo surgían los continentes y se cubrían de verde, vio un remolino de tormentas caleidoscópicas y furia volcánica, capas de hielo, maremotos, ¡fuego!

Luego estaba en un bosque, mirando cómo las ramas se mecían y curvaban al paso de una enorme figura.

Estaba en un claro, mirando cómo un hombre vestido con pantalones de cuero mataba a un hombre de piel cobriza con un hacha.

Estaba en una habitación de paredes de troncos, mirando como un hombre de camisa de cuello muy ancho se levantaba volcando la mesa y la loza, los ojos como cebollas.

Estaba en una iglesia, y un viejo detrás del pulpito le arrojó un libro.

La iglesia otra vez, por la noche, y dos mujeres solitarias lo vieron y gritaron.

Estaba en una habitación vacía y estrecha que apestaba a betún. Afuera, en algún sitio, un perro empezó a ladrar frenéticamente. Se abrió una puerta y asomó una cara feroz, barbuda; una mano lanzó un palo ardiendo, y las llamas saltaron...

Estaba en un prado ancho y verde, con un niño pequeño y un frenético pato blanco.

—Buenos días, señor. ¿Me ayudaría a cazar a este animal insoportable...?

Estaba en un pequeño pabellón. En un pupitre, un hombre de barba canosa se giró, arrebatando una cruz de plata, susurrándole ferozmente al joven que tenía al lado:

—*¡No te dije!* —Señaló la cruz, temblando—. *¡Rápido, entonces! ¡Nueva York seguirá creciendo?*

Rossi estaba desprevenido.

—Claro que sí. Esta va a ser la ciudad más grande...

El pabellón desapareció; estaba en un pequeño rincón perfumado, mirando hacia una larga habitación al otro lado de una baranda. Un joven pelirrojo, que dormitaba ante el fuego, se levantó con un sobresalto de culpa. Tragó saliva.

—¿Quién... quién va a ganar las elecciones?

—¿Qué elecciones? —dijo Rossi—. No sé...

—¿Quién va a ganar? —El joven se acercó, pálido—. ¿Hoover o Roosevelt? ¿Quién?

—Oh, esas elecciones. Roosevelt.

—Ah, ¿y el país...?

El mismo cuarto. Sonaba un timbre; unas luces blancas le cegaban los ojos. El timbre dejó de sonar. Una voz amplificadora dijo:

—¿Cuándo se rendirá Alemania?

—En... en mil novecientos cuarenta y cinco —dijo Rossi, mirando de soslayo—. Mayo de mil novecientos cuarenta y cinco. Mire, quienquiera que sea usted...

—¿Se rendirá el Japón?

—En el mismo año. En setiembre. Mire, quienquiera que sea usted...

Del resplandor salió un hombre de pelo alborotado, pestañeando, atándose una bata alrededor de la abultada cintura. Miró a Rossi mientras la voz mecánica hablaba detrás.

—Por favor, nombre la mayor nueva industria de los próximos diez años.

—Este, la televisión, creo. Oiga, ¿no puede usted...?

La misma habitación, el mismo timbre. Rossi comprendió con rabia que se había equivocado del todo. Mil novecientos treinta y dos, mil novecientos cuarenta y cuatro (?)... la próxima tendría que ser por lo menos cerca de donde había empezado. Se suponía que tenía que haber una hilera de casas de huéspedes baratas... su cuarto, *aquí*.

—...elecciones, ¿Stevenson o Eisenhower?

—Stevenson. Quiero decir, Eisenhower. Ahora mire, ¿*nadie*...?

—¿Cuándo habrá armisticio en Corea?

—El año pasado. El año *próximo*. Me está confundiendo. ¿Por qué no apaga ese...?

—¿Cuándo y dónde se usarán las próximas bombas atómicas en...?

—¡Oiga! —gritó Rossi—. ¡Estoy enloqueciendo! ¡Si quiere que yo conteste a sus preguntas, déjeme a mí hacer algunas! ¡Ayúdeme un poco! ¡Ayúdeme...!

—¿Cuál será el sitio más seguro en los Estados Unidos cuando...?

—¡*Einstein*! —gritó Rossi.

Pero el hombrecito gris de ojos de sabueso no lo podía ayudar, ni tampoco el calvo de bigotes que estaba allí la próxima vez. Las paredes tenían ahora incrustadas unas intrincadas figuras de metal blanco. La voz le empezó a hacer preguntas que él no podía responder.

La segunda vez que sucedió eso se oyó un chasquido, y un hedor potente penetró en su nariz. Rossi sintió que se ahogaba.

—¡Pare eso!

—¡Conteste! —bramó la voz—. ¿Qué significan esas señales del espacio?

—¡No lo sé! —Otro chasquido. Furiosamente—. ¡Pero no existe Nueva York más allá de este momento! Todo ha desaparecido, no quedó nada más que...

Un chasquido.

Luego estaba de pie en el lago de obsidiana vítrea, exactamente igual que la primera vez.

Y luego en la jungla, y dijo automáticamente:

—Me llamo Rossi. ¿Qué año...?

Pero no era en realidad la jungla. La habían limpiado, y se veían hileras geométricas de casas de cemento, como una enorme trampa para tanques, en vez de balcones cubiertos de plantas entre los árboles.

Luego vino la sabana, y eso también era diferente: a un kilómetro de distancia se erguía la amontonada fealdad de una metrópoli. ¿Dónde estaban los nómadas, los jinetes?

Y después...

La playa: pero era de un gris sucio, no escarlata. Una figura oscura y solitaria miraba hacia el mar, volviendo la encorvada espalda al resplandor del sol; la gente rubia había desaparecido.

Rossi se sintió perdido. Lo que le había sucedido a Nueva York, allá atrás en el tiempo... —a todo el mundo, quizá—, alguna cosa que él había dicho o hecho, había alterado las cosas. De algún modo habían salvado algo de la vieja, sucia e impetuosa civilización, que había durado lo suficiente como para marchitar las esperanzas de todas las cosas frescas y nuevas que deberían haber venido después.

Los hombres de palo no esperaban en su playa fría.

Rossi contuvo la respiración. Estaba otra vez en el enorme edificio, el mismo tablero inclinado y resplandeciente, los mismos huevos flotantes que lo miraban con ojos saltones. Eso no había cambiado, y quizá nada que él hiciese lograría cambiarlo, porque sabía muy bien que ése no era un edificio humano.

Pero luego vino el desierto blanco, y después la niebla, y los parpadeos de la noche comenzaron a acercarse y a confundirse, cada vez más rápidos...

Eso era todo. Ahora no quedaba nada más que la vertiginosa vuelta al fin-y-principio, y luego la rueda que giraba más despacio, pasando por el mismo sitio.

Rossi comenzó a inquietarse. Esto era peor que lavar platos, su pesadilla, el peor trabajo que conocía. Estar allí de pie, como una segunda aguja que giraba en la cara del Tiempo, mientras hombres que parpadeaban y desaparecían lo cosían a preguntas: ¡un objeto, una herramienta, una mesa giratoria de información!

¡Alto!, pensó, y empujó —una leve presión en el cerebro—, pero nada ocurrió. Era un niño olvidado en un carrusel, un insecto atrapado entre la ventana y el postigo, una polilla que daba vueltas alrededor de una lámpara...

Comprendió cuál era el problema. Tenía que estar el anhelo, ese foco único, ese cono de luz del espíritu: ahí estaba la fuerza motriz, y todo lo demás —el ayuno, la quietud, los versos— eran solamente para encauzar y guiar.

Tendría que bajarse en el único sitio de toda la interminable extensión del tiempo donde quería estar. Y ese sitio, lo sabía ahora sin sorpresas, era la playa escarlata.

Que ya no existía, en ninguna parte del universo.

Mientras estaba suspendido en ese pensamiento, el parpadeo se detuvo en la jungla prehistórica; y el claro con el hombre cobrizo muerto; y la habitación de troncos, vacía; y la iglesia, también vacía.

Y en el cuarto en llamas, que ahora ardía tan furiosamente: el pelo de los antebrazos le humeó y se le rizó.

Y en el prado fresco, donde estaba el niño con la boca abierta.

Y en el pabellón: el hombre de barba canosa y el joven inclinados juntos como árboles marchitos, los labios amoratados.

Ahí estaba el problema: le habían creído la primera vuelta, y actuando según lo que él les había dicho, habían cambiado el mundo.

Sólo quedaba una solución: ¡destruir esa creencia, confundirlos, decir disparates como el alma convocada en una sesión de espiritismo!

—Entonces me sugieres que invierta todo en tierras —dijo el hombre de la barba canosa, apretando el crucifijo— y que espere el cambio favorable.

—¡Naturalmente! —respondió Rossi con inmediata astucia—. ¡Nueva York va a ser la ciudad más grande... de todo el estado de Maine!

El pabellón desapareció. Rossi vio con placer que el cuarto que lo sustituía era de techo alto y sucio, evidentemente el precursor de su propio cuchitril plagado de cucarachas del año mil novecientos cincuenta y chico. La larga habitación artesonada, con su chimenea y el joven dormitando, no estaban, eran simplemente algo que podría haber sido.

Cuando una mujer de aspecto maternal se levantó tambaleándose de una mecedora, mirando, Rossi supo lo que tenía que hacer.

Se llevó un dedo a los labios.

—¡El candelero perdido está debajo de las escaleras del sótano! —siseó, y desapareció.

El cuarto era un poco más viejo, un poco más descuidado. Le habían agregado un nuevo tabique, reduciéndole las dimensiones. Ahora era del tamaño del cuarto que Rossi conocía, y había una cama, y una palangana de hojalata en el rincón. Espatarrada en la cama estaba una mujer joven, gorda, la boca abierta, roncando; Rossi apartó la mirada con leve disgusto y esperó.

El mismo cuarto: su cuarto, casi: un hombre musculoso, de barba cerdosa, fumando en el sillón con los pies en un cuenco con agua. La pipa se le cayó de la mandíbula súbitamente torcida.

—Soy el espíritu de la familia —señaló Rossi—. Ten cuidado, porque un hombre de baja estatura, con un cuchillo largo, te sigue los pasos.

Miró bizco y mostró los colmillos; el hombre se levantó apresuradamente, volcó el cuenco, y tropezó en mitad de la habitación; luego recuperó el equilibrio y giró hacia la puerta, gritando, dejando huellas gordas y húmedas, y silencio.

Ahora; *ahora*... Era de noche, y lo envolvía el calor sudoroso e inmóvil de la ciudad. Estaba de pie en medio de las marcas de tiza que había garabateado hacia cien billones de años. La lámpara desnuda estaba todavía encendida; alrededor, las llamas lamían tentativamente los bordes de la mesa, cocinando la cubierta plástica, que se transformaba en una masa oscura y humeante.

Rossi el dependiente de muelle; Rossi el ascensorista; ¡Rossi el *lavaplatos*!

Dejó pasar eso. La habitación hizo un parpadeo caleidoscópico del castaño al verde; junto a la palangana, un joven echaba en un vaso un líquido ambarino que gorgoteaba y tintineaba.

—¡Buu! —dijo Rossi, agitando los brazos.

El joven giró con un espasmo de piernas y brazos, y en el aire quedó un largo arco de gotas pardas. Salió golpeando la puerta y Rossi se quedó solo, mirando cómo rodaba el vaso, contando los segundos hasta...

Las paredes eran pardas otra vez: en la de enfrente, un calendario decía: 1965, MAYO, 1965. En el borde de la cama, un viejo alto y flaco trataba torpemente de ponerse unos lentes sobre las orejas delgadas y altas.

—Eres real —dijo.

—No —respondió Rossi, indignado. Agregó—: Rábanos. Limones. Uvas. ¡Blahhh!

—No trates de evitarme —dijo el viejo. Era un hombre andrajoso, de sienas hundidas como la calavera de un pájaro, del color de la tierra, y la boca era un parche sobre porcelana, pero en sus ojos de ostra había un brillo ardiente—. Lo supe desde el instante en

que te vi... Tú eres Rossi, el que desapareció. Si puedes hacer eso —los dientes castañetearon—, tienes que saberlo, tienes que decirme. Esas naves que aterrizaron en La Luna... ¿Qué están construyendo allí? ¿Qué quieren?

—No lo sé. Nada.

—Por favor —dijo el viejo, con humildad—. No puedes ser tan cruel. He tratado de advertir a la gente, pero han olvidado quién soy. Si lo sabes, si puedes decirme..

Rossi sintió un remordimiento al pensar en el intolerable golpe de calor que caería sobre la ciudad como un relámpago, aplastándola, transformándola en algo tan delgado y brillante como la membrana de un insecto. Pero al recordar que después de todo el hombre no era real, dijo:

—No hay nada. Usted lo inventó. Está soñando.

Y luego, mientras la tensión pura se le acumulaba y hacía un esfuerzo interior, vino el lago de obsidiana.

Y la jungla, como debía de ser: la gente parda, cantando:

—¡Hola, señor Rossi, hola otra vez, hola!

Y la sabana, la gente alta de pelo negro acercándose a caballo, traída por la brisa, los dientes brillantes:

—¡Hola, señor Rossi!

Y la *playa*.

La playa escarlata con la gente rubia y alegre:

—¡Señó Rossi, señó Rossi!

Gloria heráldica bajo el cielo claro, y más allá de las rompientes el excitante brillo del sol en el mar: y la tensión del anhelo que se libera (¡alto!), y ya no hacen falta símbolos (¡alto!), y el *quiero* destilado de toda una vida... brota, encauzado, satisfecho.

Ahí está, donde quería, con la misma expresión de alegría, atrapado para siempre en el comienzo de un hola: Rossi, el primer hombre que viajó en el Tiempo, y Rossi, el primer hombre que se Detuvo.

No hay que burlarse de él, ni llorarlo. Rossi fue un extraño desde que nació; hay miles de Rossi, olvidadas partículas arenosas en los engranajes de la historia: los nunca satisfechos, la gente superflua, formada para algún mundo que todavía no ha sido inventado. En las utopías de aire acondicionado no hay sitio para ellos; habrían sido malos esclavos y peores amos en Atenas. Y en las islas tropicales —las Marquesas del 1800, o el Manhattan del 3526—, ¿Rossi podría nadar una milla, bucear seis brazas, trepar a una palmera de dieciocho metros? Si hubiera salido con vida a la playa escarlata, ¿los jóvenes lo aceptarían en sus canoas, o las damas en sus glorietas? Pero véanlo ahora, pétreamente inmortal, símbolo de una cosa hermosa que sucedió. La gente aniñada y rubia lo visita todos los días, excepto cuando se olvidan. Le cuelgan guirnaldas en la carne dura como piedra, y le colocan pequeñas ofrendas a los pies; y cuando él permite que llueva, lo aporrean.

Kit Reed - EN LA COLONIA DE HUÉRFANOS

Todas las noches en el stito olvidado de Dios que era la colonia de huérfanos, algo venía al pie de la ventana. Los vientos purpúreos que barrían el lugar amenazaban tormentas y cataclismos, amontonando un polvo gris que sepultaba todos los días a diez o doce de los muchachos en las minas. Había peligro en el cielo azul y liso, y había peligro en el aire metálico que respiraban, de modo que casi todos los huérfanos eran rápidos y cautelosos, y atacaban rápidamente a cualquier cosa que no reconociesen en seguida.

Pero algo esperaba hasta que los otros se durmieran y luego cantaba al pie de la ventana de Nathan, tan dulcemente que el muchacho deseaba quitar las barras y dispositivos protectores, o abrir un agujero en el muro y dejar que la criatura entrase, pues se sentía cada vez más solo.

Nathan apretaba entonces la cara contra el vidrio, tratando de ver a la criatura, escuchando toda la noche, sin preguntarse cómo aquel sonido atravesaba las capas de cemento, hierro, acero y vidrio. Un día creyó distinguir una forma indistinta del otro lado, y en su soledad imaginó una sombra materna, y que aquellos sonidos deseaban consolarlo.

Pues había tenido una madre al principio, y luego ella había muerto y él había vivido atornillado a la soledad, apretándose primero contra esa primera madre adoptiva y luego contra esa otra, con la esperanza de recuperar algo de aquel calor, y sintiéndose helado al fin, pues todo lo que hacía parecía inútil. Ahora, pensaba en ella mientras se alineaba con los otros para el baño y el desayuno, y se llevaba el recuerdo de ella a las minas, acariciándolo en la oscuridad como si fuese una fotografía muy querida.

En su primera noche en la colonia lo descubrieron llorando.

—No está permitido —dijo Curtin, su celador, que había venido corriendo. directamente hacia él, entre la doble hilera de camas.

—Mmm.

Nathan buscó en la oscuridad la mano de Curtin, asomándose a la cresta de un gemido ahogado.

—Piensa en los otros —dijo Curtin, calmándolo.

Nathan moqueó.

—No... no puedo.

—Dime entonces qué ocurre.

—Nadie.

—¿Nadie qué?

—Nadie —dijo Nathan con un sollozo desesperado.

Curtin entendió.

—¿Estás solo? ¿Con otros dos mil muchachos?

—Mu-muchachos.

Los muchachos de la colonia eran fríos, hirsutos, e inescrutables, y porque Curtin no era como ellos Nathan lo miró con una fe creciente.

—Si pudieras ayudarme.

—Para eso estoy —dijo Curtin.

Y Nathan se permitió pensar que así era.

—¿Puedes sacarme de aquí? —dijo dominándose.

Curtin carraspeó.

—No puedo permitir que los otros te vean llorando, ¿entiendes? —dijo, y Nathan entendió que a pesar de toda su buena voluntad Curtin era también impotente.

—Quiero ir a casa.

—Hijo, no tienes más casa —dijo Curtin con una voz dominada por la fatiga. Y añadió sin convicción—: Esta es tu casa.

—Quiero ir con mamá.

—No tienes más mamá.

Nathan inclinó la cabeza, pues era cierto.

Cuando Curtin comprobó que Nathan no podía dejar de llorar, llevó la cama rodante a un cuarto privado. Si lograban sobrevivir a un año o dos, si Curtin y sus compañeros querían conservar la posibilidad de que los librarán de sus obligaciones y les permitieran volver a sus casas, tenían que mantener cierto nivel de disciplina.

De modo que Nathan durmió solo desde entonces, sin ni siquiera el consuelo de las respiraciones de los otros que dormían en un mismo cuarto, y todos los días alguno de los muchachos pensaba que Nathan no era digno de confianza, y por eso lo habían apartado. Lo importunaban, y Nathan lloraba todas las noches.

Hasta que la criatura de afuera llegó y empezó a llamarlo, cantando. El sonido consolaba de algún modo a Nathan, quien se apretaba contra la ventana, como si así estuviese más cerca de esa criatura a la que podía ver ahora, cálida y amable en el patio. Al principio el sonido mismo era suficiente, pues la criatura le hablaba de brazos cálidos y cuartos cómodos, de una infancia quizá mejor que la suya, de todas las cosas que Nathan extrañaba vagamente, pero que era incapaz de nombrar. Trató de decírselo a Curtin una noche, no tanto para contarle qué ocurría sino y sobre todo para oír el sonido de su propia voz en un diálogo. Excepto cuando pasaban lista nadie hablaba con él durante días.

—Oí cantar a alguien.

—No es posible —Curtin arreglaba en ese momento una mesa de noche—. Todos los edificios son a prueba de ruidos.

—Cantaba.

—Creíste oír a alguien —Curtin se volvió hacia Nathan, atento de pronto—. Escucha —dijo—, si alguna vez oyes algo o ves algo, dímelo. Tenemos que informar.

—¿Para qué?

—Detección. Destrucción —Curtin frunció el ceño—. Apenas hemos arañado la superficie de este sitio. Nos sostenemos apenas con las uñas.

—Destrucción —Nathan se sentía mejor porque estaba con Curtin y Curtin le hablaba, y como estaban allí, y casi tenían una charla, continuó en una agonía de confianza—. Tengo la sensación... no sé. Es una cosa como amor. Me siento tan solo...

—Solo —Curtin no escuchaba, ocupado con la mesa de noche. Cuando alzó los ojos ni siquiera miró al muchacho, y pensaba sólo en su casa—. ¿Qué decías?

—No tiene importancia.

Lastimado, pues había dicho tanto y había recibido tan poco, Nathan se apartó.

—No te olvides de informar —dijo Curtin distraídamente—. Hay que tener los ojos siempre abiertos —Murmuraba ahora, entre dientes—. Esto no es exactamente el paraíso.

Muy cierto. Había peligros en el aire: gases que podían diezmar todo un pelotón de muchachos en un instante, criaturas que cantaban en las arenas, insectos venenosos en las plantas, deslizamientos y pozos en las minas. Dos de los muchachos habían recogido una piedra cerca del horno de la fundición y la habían llevado al dormitorio. Al cabo de unas pocas horas habían muerto veinte muchachos. Un polvo extraño había sido descubierto en un extractor de aire defectuoso, y el celador que había quitado el polvo tuvo que ser llevado de vuelta a la Tierra donde pasaría el resto de sus días en un hospital del gobierno.

Y ahora una criatura cantaba al pie de la ventana de Nathan, cantaba canciones de amor, y Nathan sabía que le pedía así que la dejara entrar, pues quería estar cerca de él, y que si él bajaba a la esclusa de aire la encontraría esperando, y que él no tardaría más de un minuto o dos en abrir la doble puerta.

Como, al fin y al cabo, no tenía nada mejor que hacer, Nathan bajó una noche. La criatura lo esperaba del otro lado.

Sintió repulsión al principio. La criatura entró encorvándose en la esclusa, toda ojos húmedos y piel suelta, amorfa y velluda. Pero tan pronto como Nathan cerró la puerta exterior, la criatura se puso a cantar, y si Nathan cerraba los ojos, un calor penetrante le acariciaba la conciencia, un calor que no había conocido ni siquiera entre los brazos de su madre.

La criatura cantaba en silencio, pero aun así Nathan le pidió que fuera prudente, inclinándose hacia adelante y llevándose un dedo a los labios. Seguido por la criatura, enorme y silenciosa, atravesó los pasillos y subió las escaleras, asombrado, pues aunque los otros muchachos eran mayores, más fuertes, más inteligentes, la criatura lo había elegido a él, y estaba con él, e iban juntos al dormitorio.

La criatura se arrastraba detrás cariñosamente, en olas de piel móvil, cantando siempre, de modo que cuando llegaron al cuarto iluminado, Nathan se sintió sorprendido de veras al descubrir qué horrible era ella realmente, y que entre aquellas cuatro paredes se sentía rechazado también por el olor. Miró el anillo de dientes en la boca circular, los pliegues sueltos de la piel, y hubiera corrido a la seguridad del dormitorio común si la criatura no lo hubiera envuelto de pronto con aquella piel, si no lo hubiera acunado, cantando.

Al principio, Nathan tuvo que combatir un miedo repentino y paralizante, pero cuando cerró los ojos olvidó todo excepto el calor y las olas de la canción que barrían su acumulada soledad, y mientras la criatura cantaba sintió amistad, y amor, y al fin alegría, abrumado casi por aquella plenitud luego de la sequedad que había sido su vida.

Más tarde fue capaz de mirar aquellos ojos húmedos, de bordes hinchados y rojizos, y hasta de tocar cariñosamente aquel vello espeso, con ojos nublados por el amor. La criatura lo guardó así envuelto toda la noche, cantándole, y cuando llegó el alba Nathan quería más a la criatura que a su propia vida. El abrazo terminó poco antes de la salida del sol, y la criatura se deslizó entonces en el ropero, y cuando Curtin oyó a Nathan, que lloraba como un niño abandonado, no quedaba ninguna huella de ella en el cuarto.

—Vamos, vamos —dijo Curtin—. ¿Qué pasa?

Pero Nathan, alimentado aun con fragmentos de la recordada canción, abrumado por una enorme sensación de pérdida, sollozaba entrecortadamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Curtin otra vez.

Y como el secreto era importante, Nathan se dominó.

—Sólo una pesadilla —dijo, y salió a lavarse los dientes.

Desde entonces todos sus días fueron un largo vacío. Él mismo era un vacío pequeño, que esperaba ser colmado por la canción nocturna, tan pronto como se apagaran las luces y los otros se durmieran. Ya no importaba tanto que el desierto pedregoso donde vivía fuera frío y remoto, o que nadie hablara con él excepto cuando lo llamaban para los trabajos de la fundición, o para ir a las minas a la mañana. Su vida con la criatura cantora era tan plena, tan consumidora, que ni siquiera advirtió los cambios en la colonia, la intranquilidad de todos, hasta que la historia fue evidente, hasta que Curtin entró una mañana en el cuarto privado.

—Hablaste de que habías escuchado algo raro —dijo Curtin.

Nathan lo miró parpadeando, tomándose las rodillas.

—Hace mucho tiempo. —En seguida, y porque Curtin parecía tan perturbado, añadió:

—¿Ocurre algo?

Curtin se acarició el pelo.

—Ya sabes, las desapariciones. Tres este mes.

—¿Desapariciones?

—¿No estás enterado? Claro que no —Curtin meneó la cabeza, recordando—. No hablas con los otros. Tres de los muchachos han... desaparecido.

Nathan dijo distraídamente:

—Quizá se escaparon.

—No —Triste, indulgentemente, Curtin le acarició la cabeza a Nathan—. Me hubiese gustado, pero... —Se encogió de hombros—. Mira, hijo, si oyes algo...

Nathan esperó.

—O si ves algo... Si ves algo, cualquier cosa, por favor, dímelo.

Como Curtin realmente le gustaba, y quería complacerlo, Nathan dijo:

—Lo prometo.

Aquella noche le contó la conversación a la criatura, y la criatura le tejió una canción.

Nathan sabía, sin tener que pensarlo, que aquellos días eran los más felices de su vida, y que el número de muchachos en el dormitorio seguía disminuyendo. Aunque en la colonia se respiraba un aire ácido de miedo, Nathan no se preocupaba, pues ahí estaba la criatura, todas las noches, con amor y calor. Ahí estaba la canción todas las noches.

Y luego una mañana Curtin mismo desapareció, y un celador desconocido, alto, ceñudo y asustado, entró en el cuarto de Nathan con un guardia que traía un látigo y un garrote. Desparramaron todas las cosas de Nathan, vaciando la mesa de noche y abrieron de par en par las puertas del armario.

Nathan se encogió pensando que habían descubierto su amor. Pero el armario estaba vacío. No había allí piel velluda, ni baba, y Nathan rió aliviado.

—¿Qué buscan? —preguntó conteniendo la risa.

—No sé —El celador hablaba con los labios apretados—. Pero tenemos que descubrirlo pronto. Han desaparecido cuarenta, y sin dejar huellas.

—¿Cuarenta?

La cifra no tenía realidad para Nathan.

—Cuarenta muchachos y ahora un celador.

Nathan sintió un asomo de inquietud.

—¿Curtin?

—Curtin.

—Pobre Curtin.

—Escucha, muchacho. Todos tienen que ayudar si queremos detener esto —El celador hizo una pesada pausa—. ¿Entiendes?

Nathan asintió con un movimiento de cabeza.

—Si has notado algo raro, algo poco común...

—Lo siento —Nathan pensaba ya en la noche, oía ya la canción dentro de él—. No he visto nada.

Aquella noche la criatura cantó una canción de alegría, de alegría interminable, y Nathan se acurrucó en los pliegues de la piel, en éxtasis.

Cuando despertó a la mañana siguiente la criatura había desaparecido, y recordando la búsqueda del día anterior, Nathan pensó que era mejor así. Esperaba que la criatura se hubiera escondido bien, aunque todas las fibras de su ser reclamaban aquella presencia, y sabía que le costaría mucho aguardar la noche.

No encontró a nadie en los pasillos de los baños, y en el dormitorio mismo había un raro silencio, con todas las camas hechas, en hileras, pero sin muchachos al lado que se metiesen en los trajes de faena o que se pusiesen las botas. La luz misma tenía una curiosa y tranquila cualidad: iluminaba las ventanas cerradas sin interrupciones ni limitaciones.

Era como si no hubiese nadie en el edificio y el edificio mismo estuviese deshabitado desde hacía años.

Luego de lavarse la cara, Nathan fue hacia el comedor vestido sólo con la camiseta y los calzoncillos blancos con que había dormido, y sintiéndose realmente solo en el silencio del pasillo. Caminó entre las filas de camas, perturbado ahora por la quietud del aire, la ausencia de sonidos.

Titubeó un momento ante las dobles puertas del salón comedor, bombardeado por la luz solar, absorbiendo el último y moroso silencio del pasillo. Luego abrió las puertas de par en par, y oyó el sonido.

Miró un momento las mesas pulidas, observando la tranquilidad, el orden, la marcha de la luz del sol, y al fin el movimiento en el otro extremo de la sala, sabiendo aun antes de adelantarse entre las mesas que la criatura estaba ocupada allí.

La criatura terminó con el muchacho que apretaba entre sus pliegues, y luego alzó hacia Nathan los ojos húmedos de bordes rojizos, y Nathan advirtió sin sorpresa, sin sentirse traicionado, que para la criatura él no significaba más que los otros, aun después de todas aquellas noches, todas aquellas veces que ella había cantado para él, y vio también que ella lo esperaba.

Titubeó sólo un segundo.

Fue hacia ella conscientemente. Fue hacia ella con su amor y su soledad. La criatura lo abrazó abriendo el círculo de dientes.

Henry Hasse - EL HOMBRE QUE ENCOGIÓ

1

Años, siglos, eras han pasado volando ante mí en interminable desfile, dejándome incólume: pues yo soy inmortal y el único de mi especie en todo el universo. ¿Universo? Es extraño cómo esa palabra usual se presenta en seguida a mi mente, con la fuerza de la vieja costumbre. ¿Universo? La mera expresión de una idea minúscula en las mentes de quienes no saben lo que dicen. Esa palabra es una burla. Pero ¡cuán volublemente la pronuncian los hombres! ¡Qué poco comprenden lo artificioso de esa noción!

Aquella noche, cuando me llamó el profesor, le hallé junto a la pared curva y transparente del observatorio, mirando la oscuridad. Me oyó entrar pero no levantó la vista mientras hablaba. No supe si se dirigía a mí o no.

—Me llaman el mayor científico que el mundo haya tenido en todos los tiempos.

Desde hacía varios años yo era su único ayudante y estaba acostumbrado a sus humores, conque no respondí. Él también guardó silencio durante varios minutos y luego prosiguió:

—Hace medio año descubrí un principio que servirá para destruir totalmente los gérmenes de enfermedades. Recientemente he comunicado los principios de una nueva toxina que estimula las células vitales protoplasmáticas desgastadas, provocando un rejuvenecimiento casi completo. Los resultados de ambos descubrimientos prácticamente duplicarán el plazo de vida común. Pero estos dos no son sino una fracción de la larga lista de descubrimientos que ha realizado para beneficio de la especie.

En ese momento se volvió mirándome fijamente, y me sobresalté al advertir el resplandor nuevo y peculiar que había en sus ojos.

—¡Por eso me llaman grande! Por estos míseros descubrimientos me llenan de honores y me llaman el benefactor de la humanidad. ¡Los muy imbéciles! ¡Me repugnan! ¿Creen acaso que lo hice por ellos? ¿Creen que me importa la especie, lo que haga, lo que ocurra con ella o cuánto tiempo viva? No saben que todo lo que les he brindado fueron descubrimientos accidentales de mi parte... a los que apenas había dedicado un pensamiento. ¡Ah! Pareces sorprendido. Pero ni siquiera tú, que hace diez años que me ayudas aquí, has sospechado jamás que todos mis esfuerzos y experimentos se dirigían hacia un fin, un único fin.

Se acercó a un armario cerrado. En años anteriores me había preguntado qué contenía, pero luego dejé de pensarlo, a medida que me consagraba a mi trabajo. El profesor lo abrió ahora; parecía no contener sino los habituales frascos, probetas y redomas. Sacó cuidadosamente una redoma de un estante.

—Y por fin he alcanzado mi objetivo —murmuró, alzando el frasco. Un líquido pálido centelleó extrañamente bajo la luz artificial del techo—. ¡Treinta años, largos años de experimentación incesante, y ahora, en mi mano... el éxito!

La actitud del profesor, el brillo de sus ojos oscuros, el entusiasmo contenido que parecía desbordar me impresionaron profundamente. Quedé convencido de que había logrado algo inmenso, y así se lo dije.

—¡Inmenso! —exclamó—. ¡Inmenso! Lo es tanto que... ¡Espera! Lo verás con tus propios ojos.

En aquel momento no sospeché el significado de sus palabras. En efecto, iba a verlo con mis propios ojos.

Dejó cuidadosamente la redoma en su sitio y luego se volvió hacia la pared transparente.

—¡Mira! —señaló el cielo nocturno—. ¡Lo desconocido! ¿No te fascina? Esos tontos sueñan con viajar algún día hacia allí, hacia las estrellas. Creen que así descubrirán el secreto del universo. Pero hasta ahora no han sabido resolver el problema de un combustible o energía suficientemente poderosos para sus naves. Están ciegos. Yo podría, pero no quiero. Que investiguen, que experimenten, que desperdicien sus vidas. ¡A mí qué me importa!

Me pregunté a dónde quería ir a parar, pero comprendí que valía más dejarle seguir el hilo de sus pensamientos. Prosiguió:

—Y suponiendo que resolvieran el problema, suponiendo que despegaran de este planeta y fueran a otros mundos en sus naves huecas, ¿qué ganarían con eso? Supongamos que viajasen a la velocidad de la luz durante toda la vida y luego aterrizaran en una estrella, lo más lejos de aquí que fuese posible. Sin duda dirían: «Ahora podemos comprender mejor que nunca la inmensidad del universo. En verdad el universo es una magna estructura. Hemos recorrido una gran distancia; debemos hallarnos en el límite». Eso creerían. Sólo yo sé lo equivocados que estarían, pues sin moverme de aquí, mirando a través de este telescopio, veo estrellas cincuenta y sesenta veces más lejanas que lo alcanzado por ellos. En comparación, su estrella se hallaría infinitamente cerca de nosotros. ¡Pobres tontos engañados por sus fantasías de viaje espacial!

—Pero, profesor, piense simplemente... —intervine.

—¡Silencio! Escucha ahora. También yo, durante mucho tiempo, quise desentrañar los secretos del universo, conocer el cómo, el cuándo y el porqué de su creación. ¿Alguna vez te has parado a pensar *qué* es el universo? Desde hace treinta años he trabajado sobre este problema. Sin saberlo, con tu eficacia me has ayudado en los experimentos desconocidos para ti que realizaste por mi cuenta en varias ocasiones. Ahora tengo la solución en esa redoma y serás el único que comparta el secreto conmigo.

Incrédulo, quise interrumpirle de nuevo.

—¡Espera! —dijo—. Déjame terminar. Hubo una época en que yo también miraba a las estrellas en busca de la respuesta. Construí este telescopio basado en un nuevo principio que me pertenece. Investigué las profundidades del vacío. Realicé extensos cálculos. Y demostré concluyentemente lo que hasta el momento sólo era una teoría. Ahora sé, sin lugar a dudas, que nuestro planeta y los demás que giran alrededor del Sol no son sino electrones de un átomo cuyo núcleo es el Sol. Nuestro astro no es más que uno entre millones, cada uno de los cuales tiene un número definido de planetas. Cada sistema es un átomo lo mismo que el nuestro. Y esos millones de sistemas solares, o átomos, forman reunidos una galaxia. Como sabes, en el espacio hay un número enorme de galaxias, separadas por tremendas extensiones de espacio. ¿Y qué son estas galaxias? ¡Moléculas que se extienden por el espacio incluso más allá del alcance máximo de mi telescopio! Y al haber llegado tan lejos, no resulta difícil dar el paso final. Todas estas vastas galaxias, o moléculas, tomadas en conjunto, ¿qué forman? ¡Algún elemento o sustancia desconocida de un gran mundo ultramacrocósmico! ¡Quizás una minúscula gota de agua, un grano de arena, una bocanada de humo, o quién sabe si una pestaña de algún ser que vive en ese mundo!

No pude replicar. Sentí que me aturdí la idea que acababa de exponer. Quise afirmar que no era posible pero, ¿qué sabía yo, o cualquier otra persona, acerca de extensiones infinitas de espacio que debían hallarse más allá del alcance de nuestro telescopio más poderoso.

—¡No puede ser! —balbucí—. ¡Es increíble..., monstruoso!

—¿Monstruoso? Piensa un paso más adelante. Ese ultramundo, ¿no podría ser *también* un electrón que girase alrededor de un núcleo atómico? ¿Y ese átomo nada más que uno de

los millones que forman una molécula? ¿Y esa molécula nada más que una de los millones que forman...?

—¡Por Dios, deténgase! —grité—. ¡Me niego a creer que semejante cosa sea posible! ¿A dónde nos conduciría todo esto? ¿Dónde concluiría? ¿Podría continuar... siempre! Y además —objeté débilmente—, ¿qué tiene esto que ver con... su descubrimiento, con el líquido que me ha mostrado?

—Exactamente esto: muy pronto descubrí que era inútil estudiar lo infinitamente grande, de modo que me volqué hacia lo infinitamente pequeño. ¿Acaso no es lógico que, si tal organización impera en las estrellas por encima de nosotros, exista la misma en los átomos, debajo de nosotros?

Comprendí su razonamiento, pero aún no entendía su propósito. Lo que dijo a continuación lo aclaró por completo, aunque me hizo sospechar que sus especulaciones le habían hecho perder la razón. Prosiguió febrilmente, con voz de fanático:

—Si no puedo alcanzar las estrellas de arriba, que están tan lejos, entonces alcanzaré los átomos de abajo, que se hallan bien cerca. Están en todas partes. En todos los objetos que toco y en el aire que respiro. Pero son diminutos, y para alcanzarlos debo hallar el modo de volverme tan diminuto como ellos o más. Eso es lo que he conseguido. ¡La solución que te mostré hará que cada átomo individual de mi cuerpo se *contraiga*, y cada electrón y protón también disminuirá de tamaño o diámetro proporcionalmente a mi propia reducción! ¡De este modo, no sólo adquiriré el tamaño de un átomo, sino que seguiré reduciéndome hasta la pequeñez infinitesimal.

2

Cuando terminó de hablar, dije fríamente:

—Usted está loco.

Permaneció imperturbable.

—Esperaba que dijeras eso —respondió—. Es natural esa reacción ante lo que he dicho. Pero no; no estoy loco. Lo que ocurre es que desconoces las maravillosas propiedades de mi «Encogix». Pero te he prometido que lo verías con tus propios ojos, y así será. Serás el primero en bajar al universo atómico.

—Profesor, no dudo de que sus intenciones son buenas —dije—, pero debo declinar su oferta.

Él continuó, como si no me hubiera oído:

—Varios motivos justifican el que quiera enviarte a ti antes de emprender yo mismo el viaje. En primer lugar, se tratará de un viaje sin retorno, y antes debo dilucidar algunas cuestiones. Serás como un explorador avanzado para mí, por así decirlo.

—Oiga, profesor. No niego que la solución que usted llama «Encogix» tenga propiedades excepcionales. Incluso admito que sirva para lo que usted dice. Pero durante el último mes usted ha trabajado día y noche, robando tiempo a las comidas e incluso al sueño. Le conviene descansar. Salir de este laboratorio.

—Estaré en contacto con tu mente —dijo— mediante un ingenioso dispositivo que he perfeccionado. Luego te lo explicaré. El «Encogix» se inyecta directamente en el torrente sanguíneo. Poco después comenzará tu encogimiento, que se mantendrá a velocidad moderada pero constante mientras la sangre fluya por tu cuerpo. Al menos, espero que así ocurra; de lo contrario tendría que introducir los cambios necesarios en la fórmula. Naturalmente, todo esto es teórico, pero estoy seguro de que todo saldrá de acuerdo con lo previsto y no te perjudicará en absoluto. Ya había perdido toda mi paciencia.

—Oiga, profesor —dije, iracundo—. Me niego a ser el cobaya de este experimento absurdo. Comprenda que es científicamente imposible lo que se propone. Váyase a casa y descanse... o tómese unas vacaciones...

Sin previo aviso se abalanzó sobre mí, al tiempo que tomaba un objeto de la mesa. Antes de que pudiera esquivarle, noté que una aguja se clavaba profundamente en mi brazo y grité de dolor. Los objetos se volvieron borrosos, deformes. Sufrí una oleada de vértigo; luego cesó y recobré la vista. El profesor se hallaba ante mí, socarrón.

—Sí, he trabajado mucho y estoy cansado. ¡He trabajado durante treinta años, pero no estoy demasiado cansado ni soy tan imbécil como para retirarme ahora, en el momento culminante!

Su mueca de triunfo dio paso a una expresión vagamente compasiva.

—Lamento haber tenido que proceder así —explicó—, pero comprendí que tú nunca cederías. Realmente, me avergüenzo de ti. No creí que fueses a dudar de la veracidad de mis afirmaciones, hasta el punto de suponerme loco. Pero, para mayor seguridad, tenía preparada la dosis de «Encogix» para ti; ahora recorre tus venas y dentro de poco tiempo observaremos sus efectos. Lo que has visto en la redoma es la dosis que me administraré cuando esté preparado para comenzar el viaje. Perdóname por habértela dado de un modo tan incorrecto.

Estaba tan furioso por la total desconsideración que había mostrado hacia mis sentimientos personales, que apenas oí lo que decía. El brazo me dolía en el lugar donde se me había clavado la aguja. Intenté dar un paso hacia él, pero no pude mover un solo músculo. Hice un esfuerzo por vencer la parálisis que me dominaba, pero no logré desplazarme del lugar donde me hallaba ni una fracción de centímetro.

El profesor también parecía sorprendido y alarmado.

—¿Qué? ¿Parálisis? ¡Esto no estaba previsto! Como ves, se confirma lo que dije: las propiedades del «Encogix» son maravillosas y múltiples.

Se acercó, examinó atentamente mis pupilas y pareció tranquilizarse.

—No obstante, el efecto será pasajero —me aseguró, y luego agregó—: Pero, sin duda, serás un poco más pequeño cuando recobres el uso de tus miembros, pues tu encogimiento debe comenzar casi en seguida. Debo darme prisa y emprender el último paso.

Se alejó y le oí abrir de nuevo su armario privado. No podía hablar ni moverme; desde luego era una situación sumamente incómoda, por no decir indigna. No podía hacer otra cosa sino mirarlo con indignación cuando volviera a pasar por delante de mí. Llevaba un extraño casco con auriculares y gafas, conectado a un haz de cables. Lo dejó sobre la mesa y enchufó los cables en una cajita plana que allí tenía.

Le miré con atención todo el rato. No tenía ni la menor idea de lo que pensaba hacer conmigo, pero ni por asomo creí que fuese a encogerme hasta dimensiones subatómicas. La idea me parecía demasiado fantástica.

Como si leyera mis pensamientos, el profesor se volvió y puso frente a mí. Me miró con indiferencia y dijo:

—Creo que ya ha comenzado. Sí, estoy seguro. Dime, ¿no lo notas? ¿Los objetos no te parecen un poco más grandes, más altos? ¡Ah! Olvidaba que el efecto paralizador te impide contestar. Pero, ¡mírame! ¿No te parezco más alto?

Le miré. ¿Era mi imaginación o algún tipo de hipnosis lo que me hizo creer que él crecía un poco hacia arriba mientras yo miraba?

—¡Ah! —exclamó en tono de triunfo—. Lo has notado. Lo veo en tus ojos. No obstante, no soy yo quien crece, sino tú el que encoges.

Me tomó entre sus brazos y me dio la vuelta, de cara a la pared.

—Como veo que dudas, ¡mira! —dijo—. El friso de la pared. Recordarás que solía estar al nivel de tus ojos. Ahora queda siete centímetros más arriba.

¡Era verdad! Y en ese momento sentí un hormigueo en las piernas y un poco de vértigo.

—Tu encogimiento todavía no ha alcanzado la velocidad máxima —prosiguió—. Cuando ocurra, continuará a ritmo constante. No podría detenerlo aunque quisiera, pues no tengo ningún antídoto. Ahora escúchame con atención, pues debo decirte varias cosas. Cuando hayas llegado a ser bastante pequeño te levantaré y te colocaré sobre el bloque de Rehillio-X que tengo sobre la mesa. Cada vez serás más pequeño y luego entrarás en un universo extraño formado por billones de billones de grupos estelares o galaxias, que no serán sino las moléculas de este Rehillio-X. Llegado a ese límite, tu tamaño, en comparación con el nuevo universo, será gigantesco. No obstante, seguirás disminuyendo y podrás visitar cualquiera de las esferas que elijas. ¡Y... después de descender... siempre seguirás... reduciéndote!

Al oír esto creí que me volvía loco. Ya había encogido treinta centímetros y aún estaba paralizado. Si hubiera podido moverme, habría despedazado al profesor miembro tras miembro para vengarme... pero si lo que decía era verdad, yo ya estaba condenado.

Una vez más pareció leer mis pensamientos.

—No te enfades demasiado conmigo —pidió—. Deberías agradecerme esta oportunidad de vivir aventuras maravillosas en un reino maravilloso. Por cierto, te envidio un poco por ser el primero. Pero con esto —indicó el casco y la caja que tenía sobre la mesa— podré comunicarme dondequiera que te halles. ¡Ah! En tus ojos veo que te preguntas cómo se puede lograr semejante cosa. Pues bien, el principio de este dispositivo es muy sencillo en realidad. El pensamiento, como la luz, es una forma de energía. Y el pensamiento, lo mismo que la luz, viaja a través de un «éter» en forma de ondas. Pero las ondas de pensamiento son mucho más sutiles. No obstante, existen y las bobinas de esta caja están sintonizadas para detectarlas y amplificarlas un millón de veces, a modo de ondas hertzianas. A través de este casco recibiré sólo dos de tus seis sensaciones: las de la vista y el oído. Son las principales y me bastarán. Todo sonido y visión que encuentres, por ínfimos que sean, llegarán a tu cerebro, desplazando allí minúsculas moléculas que emitirán ondas de pensamiento. Éstas serán captadas y amplificadas aquí. De este modo mi cerebro recibirá todas las impresiones visuales y auditivas que el tuyo emita.

Ya no dudaba de que su maravilloso «Encogix» ejercía los efectos predichos por él. En aquel momento mi tamaño se había reducido a un tercio del original. Pero la parálisis no me abandonaba y esperé que el profesor no se hubiera equivocado cuando aseguró que el efecto sería pasajero. Mi indignación empezaba a enfriarse, e incluso me pregunté qué iba a encontrar en el otro universo.

Luego me asaltó una idea terrorífica, que me heló de aprensión. Si, como el profesor había dicho, el universo atómico era sólo una réplica minúscula del que conocíamos, ¿no me hallaría *sin aire que respirar* en los vastos espacios vacíos entre galaxias? En los grandes cálculos que el profesor había realizado, ¿podía olvidársele algo tan obvio?

Me hallaba muy cerca del suelo, pues apenas medía treinta centímetros. Cuanto me rodeaba —el profesor, las mesas, las paredes— me parecía gigantesco.

El profesor se agachó y me colocó sobre la mesa, entre sus cables y aparatos. Cuando quiso hablarme otra vez, su voz retumbó en mis minúsculos oídos.

—Aquí está el bloque de Rehillio-X, conteniendo el universo que pronto vas a explorar —dijo, mientras colocaba a mi lado el bloque de metal que me llegaba casi a la cintura—. Como sabes, el Rehillio-X es el más denso de los metales conocidos, de modo que visitarás un universo relativamente poblado... aunque a ti no te lo parecerá, a causa de los miles de años-luz de espacio que hallarás entre sus astros. Naturalmente, sé tanto como tú acerca de ese universo, pero te aconsejaría que evitaras los astros muy brillantes y sólo te acercaras a los más pálidos. Bien, aquí nos despedimos. No volveremos a vernos. Cuando yo te siga, lo que haré sin duda después de perfeccionar la fórmula gracias a tu colaboración, será

improbable que consiga seguir tus huellas a través de todas las esferas que habrás recorrido. Ya he aprendido una cosa: la velocidad de encogimiento es ahora demasiado rápida; sólo podrás permanecer algunas horas en cada mundo. Pero, al fin y al cabo, quizá sea lo mejor. Adiós para siempre.

Me levantó y me colocó sobre la superficie pulida de Rehillio-X. Calculé que ahora debía medir unos diez centímetros de estatura. Noté con alivio indescriptible que la parálisis desaparecía al fin. Primero recuperé la voz y, forzando los pulmones, grité con todas mis fuerzas:

—¡Profesor! ¡Profesor!

Se inclinó sobre mí. Mi voz debió sonarle ridículamente aguda.

—¿Qué me dice de las regiones vacías del espacio que atravesaré? —pregunté espantado, con la boca muy cerca de su oreja—. No vivire sino escasos minutos. Sin duda voy a morir asfixiado.

—No, eso no ocurrirá —respondió. Su voz hirió mis tímpanos como un trueno y me cubrí las orejas con las manos.

Comprendió y habló más bajo.

—No tendrás ningún problema en el espacio sin aire —explicó—. En mis treinta años de investigación he resuelto el problema, pues no podía pasarme desapercibido, aunque admito que supuso muchas dificultades. Pero, como he dicho, «Encogix» es tan maravilloso porque sus propiedades son múltiples. Después de muchas dificultades y fracasos, logré incorporarle cierta potencia que suministra el oxígeno necesario distribuyéndolo a través del torrente sanguíneo. También irradia cierta cantidad de calor; y, como creo que la supuesta temperatura cero del espacio es una hipótesis exagerada, no debes temer nada del espacio abierto.

3

En aquel momento apenas medía dos centímetros y medio. Ya podía caminar, aunque los miembros me hormigueaban terriblemente a medida que la parálisis desaparecía. Me golpeé los costados e hice molinetes con los brazos para acelerar la circulación. El profesor debió pensar que me despedía. Alargó la mano y me levantó. Aunque intentó alzarme con suavidad, la presión de sus dedos lastimaba. Me sostuvo en la palma de la mano y me levantó a la altura de sus ojos. Me miró largo rato y luego vi que sus labios formaban la palabra «Adiós». Tenía un terrible miedo de que me dejara caer al suelo, que estaba a una distancia vertiginosa, y me tranquilicé cuando me bajó hasta el bloque de Rehillio-X.

Ahora el profesor parecía un gigante que se encumbraba cientos de metros en el aire. Más allá, a lo que me parecían varios kilómetros de distancia, las paredes de la sala se elevaban hasta alturas inconcebibles. El techo parecía tan lejano y vasto como la cúpula celeste que yo conocía anteriormente. Corrí hasta el canto del bloque y miré abajo. Era como estar al borde de un enorme acantilado. La pared era negra y lisa, absolutamente perpendicular. Retrocedí temiendo perder pie y matarme en la caída. Muy abajo se extendía la vasta y brillante planicie que era el tablero de la mesa. Regresé al centro del bloque, pues no me veía seguro al borde; podía caerme si el profesor, en un descuido, empujaba la mesa. Ya no tenía la menor idea de mi tamaño, pues me faltaba con qué compararlo. Pensé que tal vez resultaba ya invisible para el profesor. Él era un borrón informe como una montaña distante vista a través de la niebla.

Entonces observé que la superficie del bloque de Rehillio-X no era tan lisa como antes. Hasta donde abarcaba, veía hondonadas superficiales que se extendían en todas direcciones. Comprendí que debían ser huellas del rectificado de la superficie, que antes resultaban invisibles.

Viéndome al borde de una de las hondonadas, bajé a gatas una ladera y eché a andar por el fondo. Era rectilínea, como hecha a regla. De vez en cuando encontraba una bifurcación y torcía a derecha e izquierda. Poco después, y como mi encogimiento no cesaba, las paredes de las hondonadas sobrepasaron mi estatura y me vi en una especie de desfiladero.

Fue entonces cuando recibí la mayor sorpresa de mi vida, y mi aventura estuvo a punto de terminar allí mismo. Al llegar a una encrucijada, doblé a la derecha y me hallé cara a cara con el Cómo Describirlo.

Era de un color enfermizo, blanco azulado. Tenía forma de disco con una larga hilera doble de apéndices o patas en la parte inferior. Centenares de espigones de aspecto desagradable circundaban el cuerpo en forma de disco por la parte exterior y superior. No tenía cabeza ni, evidentemente, órganos visuales, aunque agitó frente a mi cara docenas de protuberancias como serpientes cuando estuve a punto de chocar con él. Una de ellas me tocó y el bicho retrocedió rápidamente, mientras los espigones se erguían en una formidable formación.

La visión de aquel ser pasó por mi cabeza en una brevísima fracción de tiempo, pues os aseguro que no me quedé allí para analizar su «pedigree». ¡Claro que no! El corazón me ahogaba de terror, me volví y escapé en sentido contrario. Al sentirme perseguido puse alas a mis pies y corrí como nunca. Subí a toda carrera por una hondonada y bajé por otra, doblando a derecha e izquierda, en un esfuerzo por despistar a mi perseguidor. Me parecía ridículo huir de un microbio, pero la situación era demasiado seria como para considerar su lado humorístico. Corrí hasta perder el aliento pero, por más quiebros y rodeos que daba, el germen siempre me seguía a cien pasos detrás de mí. Su órgano auditivo debía ser muy sensible. Por último ya no pude más, doblé el recodo siguiente y me detuve, sin resuello.

El bacilo pasó a poca distancia de mí y titubeó, pues había perdido el sonido de mis pasos. Sus docenas de órganos auditivos tentaculares se orientaron en todas direcciones. Luego se vino derecho hacia mí, y volví a correr, por lo visto había captado el sonido de mi jadeo espantado. Volví a doblar en el recodo siguiente y, cuando vi que el germen se acercaba, contuve la respiración hasta que creí que mis pulmones iban a estallar. Volvió a detenerse, removió sus tentáculos en el aire y luego se alejó poco a poco por la hondonada. Realicé en silencio una apresurada retirada.

Ahora las paredes de las hondonadas (¡marcas invisibles en una pieza de metal!) se cernían muy alto sobre mí mientras seguía encogiéndome. También percibí grietas estrechas y hoyos, tanto en las paredes como en la superficie sobre la cual caminaba. Todos parecían muy profundos y algunos eran tan anchos que me obligaban a saltar para cruzarlos.

Al principio no logré comprender estos espacios que se abrían a mi alrededor pero luego descubrí, con cierto asombro, que el Rehillio-X me resultaba *poroso* a causa de mi pequeño tamaño. Aun siendo el más denso de los metales conocidos, ninguna sustancia lo es tanto que resulte del todo sólida.

Cada vez me resultaba más difícil avanzar; tenía que tomar carrerilla para saltar los abismos. Por último me senté y reí al comprender la inutilidad y estupidez de mis esfuerzos. Para qué arriesgar mi vida saltando aquellas oquedades que se agrandaban a medida que yo me reducía si, de todos modos, no tenía un destino determinado... salvo bajar. Por consiguiente, podía quedarme donde estaba.

Pero apenas acababa de tomar esta decisión, algo me obligó a cambiar de idea.

El bacilo se acercaba otra vez.

Lo vi a lo lejos en la hondonada, avanzando directamente hacia mí. Podía ser el mismo que había encontrado antes, o un congénere. Para entonces yo era tan pequeño que él parecía quince veces más grande que yo. El espectáculo de la inmensa bestia que me perseguía me inspiró terror. Corrí una vez más, esperando que gracias a mi pequeñez no oyera el ruido de mis pasos.

No había recorrido cien metros, cuando me detuve acongojado.

Ante mí se abría un espacio tan inmenso, que no habría saltado ni siquiera la mitad. No tenía escapatoria, pues el abismo se extendía hasta ambas laderas. Miré hacia atrás. El bicho se había detenido, palpando el suelo con los tentáculos.

Luego avanzó a gran velocidad, No sé si me oyó o advirtió mi presencia de otro modo, pero una cosa resultaba evidente: me quedaban escasos segundos para actuar. Me eché al suelo, me descolgué por el abismo y allí quedé, suspendido de las manos.

Justo a tiempo. Una inmensa forma pasó por encima de mí cuando levanté la mirada. El germen era tan grande, que el abismo inmenso para mí le pasaba desapercibido; cruzó el espacio como si éste no existiera. Vi la doble hilera de patas de aquel ser a medida que pasaba por lo alto. Cada una era dos veces más gruesa que mi cuerpo.

Luego ocurrió lo que temía. Uno de los enormes miembros terminados en garras me pisó la mano y un afilado espolón la arañó. Sentí el dolor en todo el brazo. La angustia era insostenible. Intenté sujetarme mejor pero no pude. Empecé a resbalar... a resbalar...

4

«Esto es el fin.»

Eso pensé en el último y terrible segundo, mientras caía hacia el espacio. Cerré involuntariamente los ojos esperando hundirme en el olvido de un instante a otro.

Pero no ocurrió nada.

Ni siquiera noté el vértigo angustioso que suele acompañar a una caída. Abrí los ojos en una oscuridad estigia y extendí una mano exploradora. Hallé una pared áspera que se elevaba cerca de mi rostro. Por tanto, estaba cayendo, pero no a la velocidad que habría alcanzado bajo circunstancias normales. Me parecía flotar hacia abajo. ¿Era hacia abajo? Había perdido orientación. Tomé impulso y pateé con toda fuerza contra la pared, para alejarme de ella.

Imposible saber cuánto tiempo seguí cayendo o moviéndome, en aquella oscuridad. Pero debieron transcurrir varios minutos y a cada momento yo, incesantemente, me reducía.

Hacia rato que adivinaba unas inmensas masas a mi alrededor. Me rodeaban por todas partes, emitiendo un resplandor muy débil. Eran de todos los tamaños, algunas como yo y otras grandes como montañas. Procuré alejarme de las grandes, pues no deseaba morir aplastado entre dos de ellas. Pero era poco probable que esto sucediera. Aunque todo se movía lentamente a través del espacio, pronto advertí que ninguna de las masas se acercaba a otra ni se desviaba en lo más mínimo de su curso.

Como seguía encogiéndome, las masas parecieron alejarse de mí; al mismo tiempo, la luz que irradiaban se volvió más brillante. Dejaron de ser masas y se convirtieron en conglomerados individuales de niebla blanca, animados de lento movimiento giratorio.

¡Eran nebulosas! ¡Entre ellas debían existir millones de kilómetros de vacío! La masa gigantesca a la que me había aferrado, atraído por su gravedad, también pasó al estado nebuloso y luego me hallé flotando en medio de ella, que creció a medida que yo me hacía más pequeño. Al perder densidad y dilatarse, lo que había parecido niebla manifestaba ahora trillones de trillones de minúsculas esferas en complicadas disposiciones.

¡Me hallaba en medio de esas esferas! ¡Estaban alrededor de mis pies, mis brazos, mi cabeza! Se extendían mucho más allá de mi alcance, más allá de mi visión. Me habría bastado alargar la mano para tomarlas a millares. Pude agitarme y patear para esparcirlas en caótica confusión a mi alrededor. Pero no me dediqué a una destrucción tan atolondrada e innecesaria de mundos. Sin duda, mi mera presencia había producido ya bastantes cataclismos, al desplazar millones de ellos.

Apenas me atrevía a mover ni un músculo temiendo desbarajustar las órbitas de algunas esferas o hacer estragos entre sistemas solares y constelaciones. Parecía colgar inmóvil entre ellos o, si me movía en alguna dirección, el movimiento era demasiado leve para percibirlo. Ni siquiera sabía si me hallaba en posición vertical u horizontal, ya que estas palabras habían perdido su significado.

A medida que mi tamaño se reducía las esferas se agrandaban y el espacio entre ellas se dilataba, hasta que el desconcertante laberinto me dejó más libertad de movimiento.

Ello me permitió prestar más atención a la belleza que me rodeaba. Recordé lo que había dicho el profesor acerca de la recepción de mis ondas de pensamiento, y abrigué la esperanza de que lo estuviera haciendo, pues por nada del mundo quería que él se perdiera aquello.

Todos los colores conocidos estaban representados allí, entre los soles y planetas circundantes: blancos resplandecientes, rojos, amarillos, azules, verdes, violetas y todos los matices intermedios. También vi la yerma negrura de los soles apagados, aunque eran poco frecuentes, pues aquel parecía un universo muy joven.

Distinguí soles aislados, cuyo número de planetas orbitales iba de dos a veinte. Había soles dobles que giraban lentamente alrededor de un eje invisible, e incluso astros triples en perfecta simetría triedra. Vi una estrella cuádruple: una asombrosamente blanca, una azul, una verde y una de color naranja intenso. La blanca y la azul giraban una alrededor de la otra en el plano horizontal, mientras la verde y la anaranjada lo hacían en sentido vertical, entrelazándose de modo perfecto. Alrededor de estos cuatro soles se movían en órbitas circulares dieciséis planetas de distintos tamaños.

Los más pequeños en las órbitas interiores y los más grandes en las exteriores. El conjunto parecía un anillo giratorio en cuyo centro se hallaba el sistema blanco, azul, amarillo y anaranjado. Los rayos de aquellos cuatro soles, a medida que iluminaban los planetas y se reflejaban en el espacio con una magnificencia multicolor, presentaban un espectáculo pavoroso y a la vez bello.

Decidí visitar uno de los planetas de aquel sol cuádruple tan pronto como mi tamaño me lo permitiera. Hasta cierto punto, me desplazaba con facilidad; luego, cuando me hice bastante más pequeño, me tendí a lo largo de aquel sistema solar comprobando que mi estatura equivalía al diámetro de la órbita del planeta más alejado. Pero no me atreví a acercarme demasiado, pues temí que mi volumen provocase alguna catástrofe gravitatoria.

Logré contemplar la superficie del más externo, o decimosexto planeta, cuando pasó cerca de mí. Por entre los claros de las grandes nubes vi una extensión ilimitada de agua y nada de tierra. Luego el planeta se alejó de mí en su largo viaje al extremo opuesto de su órbita. Estaba seguro de que cuando regresara yo sería mucho más pequeño, conque decidí acercarme un poco y tratar de ver el decimoquinto planeta, que en aquel momento se hallaba al lado opuesto pero avanzando en mi dirección.

Descubrí que si encogía los miembros y empujaba violentamente en sentido opuesto a donde deseaba dirigirme, podía avanzar bastante bien, aunque el esfuerzo resultaba agotador. Así me acerqué al cúmulo solar y cuando llegué cerca de la órbita del decimoquinto planeta ya era mucho más pequeño: ¡apenas un tercio del diámetro de su órbita! Según las viejas leyes que yo conocía, la distancia entre las órbitas del decimosexto y el decimoquinto planeta debía ser de unos tres millones setecientos cincuenta mil kilómetros, aunque a mí me pareció de algunos centenares de metros.

Esperé y por último el planeta destacó sobre gloriosa aurora de los soles. Su trayectoria le traía cada vez más cerca, y a medida que se aproximaba vi que su atmósfera era de un intenso color azafrán. Pasó a pocos metros de mí, girando perezosamente sobre su eje en sentido contrario al de su órbita. Allí, como en el planeta decimosexto, también vi un extenso mundo acuático. Sólo había un continente bastante grande y muchas islas

dispersas, pero calculé que las nueve décimas partes de la superficie estaban cubiertas por el océano.

Continué hacia el planeta decimocuarto que, según había visto, era de un hermoso color verde dorado.

Cuando me las ingenié para situarme más o menos en la órbita del decimocuarto, mi tamaño había disminuido tanto que la luz de los soles centrales me dañaba los ojos. Al acercarse el planeta observé fácilmente varios continentes grandes en el hemisferio iluminado y, a medida que el lado oscuro se volvía hacia los soles, aparecieron otros continentes. Cuando pasó a mi lado hice comparaciones y vi que en aquel momento yo era como unas cinco veces más grande que el planeta. Intentaría posarme en él cuando pasara de nuevo. Intentar un contacto en seguida, sin duda, sería desastroso para ambos.

Mientras esperaba y seguía reduciéndome, recordé al profesor. Si era cierta su sorprendente teoría de un número infinito de sub-universos, mi aventura apenas había comenzado, o mejor dicho, comenzaría cuando pusiera pie en el planeta. ¿Qué iba a encontrar? Estaba seguro de que el profesor, al recibir mis ondas de pensamiento, sentía tanta curiosidad como yo. ¿Y si hubiese vida en ese mundo... vida hostil? Yo tendría que enfrentarme a los peligros mientras el profesor estaba sentado en su laboratorio, muy lejos. Era la primera vez que se me ocurría pensar en tal aspecto de la cuestión. Al profesor no se le habría ocurrido nunca. También resultaba curioso pensar en él como en alguien situado «muy lejos». ¡Porque a él le bastaría alargar la mano para moverme, con mi universo y todo, sobre la mesa de su laboratorio!

Se me ocurrió otra idea curiosa: yo estaba esperando que un planeta completara su órbita alrededor de los soles. Para los seres que pudieran existir allí, el tiempo transcurrido sería de un año, pero para mí sólo eran unos minutos.

Regresó más pronto de lo que lo esperaba, trazando una curva hacia mí. Su órbita, naturalmente, era mucho menor que la de los otros dos planetas externos. En pocos minutos lo vi acercarse y aumentar de tamaño. Calculé que en aquel momento yo tenía aproximadamente un quinto de su tamaño. Pasó a mi lado, tan cerca que de haberlo deseado podía acariciar su atmósfera. Y a medida que se alejaba sentía una atracción, como si yo fuera un trozo de metal atraído por un imán. Ello no redujo su velocidad, pero ahora yo me movía cerca de él. Me había «capturado», como esperaba que hiciera. Tomé impulso para acercarme, y la gravedad aumentó. Estaba «cayendo» hacia él. Maniobré para caer de pie y entré en la atmósfera, donde el verde dorado se fundía con la negrura del espacio. Mis pies describieron un arco y tocaron algo sólido. Mi «caída» había terminado. Estaba en uno de los continentes de aquel mundo.

5

Todavía era tan alto que sacaba el pecho y la cabeza hacia la negrura del espacio. Aunque los cuatro soles se hallaban a una distancia de trece órbitas, ahora su resplandor era tan intenso que no podía mirarlos de frente sin quedar deslumbrado. Bajé los ojos para contemplar el continente sobre el cual me hallaba. Incluso la luz multicolor reflejada en la superficie resultaba deslumbrante. Demasiado tarde, recordé que el profesor me había aconsejado evitar los soles más brillantes. Cerca del suelo, algunas nubes se metían por entre mis piernas.

Naturalmente, a medida que el planeta giraba sobre su eje yo me movía con él, y poco después me hallé en el hemisferio nocturno, a la sombra del planeta. Agradecí aquel alivio, aunque sólo fuese pasajero. Poco después me vi de nuevo bajo la luz cegadora, y otra vez en sombras, y de nuevo bajo la luz. No sé cuántas veces ocurrió esto, pero al final quedé

totalmente sumergido en la atmósfera del planeta, donde los rayos del sol eran difusos y la luz menos intensa.

Kilómetros más abajo veía una enorme extensión de suelo amarillo, que se extendía en todas direcciones. Fijándome bien me pareció distinguir las torres altas y plateadas de alguna ciudad lejana; pero no estaba seguro y, cuando volví a mirar, había desaparecido.

Mantuve la vista fija en el horizonte, poco después, dos minúsculos puntitos rojos se destacaron sobre la llanura amarilla. Por lo visto se acercaban a gran velocidad hacia mí pues incluso mientras miraba se agrandaron y luego semejaron dos esferas color púrpura. Al instante supuse que eran terribles armas de guerra o destrucción.

Pero a medida que se acercaban hacia donde yo me encubría en la atmósfera, vi que no eran sólidas, como había creído, sino gaseosas y medio transparentes. Además, se comportaban de un modo que sugería inteligencia. Sin medios visibles de propulsión, se remontaban y trazaron círculos alrededor de mi cabeza, con gran desconcierto por mi parte. Cuando se acercaron demasiado a mis ojos, levanté las manos para apartarlas, pero se colocaron en seguida fuera de mi alcance.

En vez de aproximarse de nuevo, permanecieron juntas allí, vibrando en mitad del aire. Aquella extraña pulsación de la tenue sustancia que las constituía me sugirió que estaban hablando; naturalmente, el tema de la conversación debía ser yo. Luego se alejaron por donde habían venido.

Mi curiosidad era tan grande como parecía ser la de ellas y, sin dudarlo, las seguí. Cada paso mío debía abarcar por lo menos, un kilómetro y medio, pero las entidades gaseosas me sacaron ventaja con facilidad y desaparecieron pronto de mi vista. Estaba persuadido de que se dirigían a la ciudad, si era eso lo que yo había visto. Ahora el horizonte estaba más cerca y parecía menos curvado, debido a la disminución de mi estatura: calculé que en ese momento no debía medir más de ciento ochenta metros.

Sólo había dado un centenar de pasos hacia donde habían desaparecido las dos esferas cuando, sorprendido, vi que se acercaban de nuevo a mí, seguidas de una veintena de... compañeras. Me detuve y en seguida se acercaron para trazar círculos alrededor de mi cabeza. Todas eran como de un metro y medio de diámetro y del mismo color rojo oscuro. Durante un minuto revolotearon como si me estudiaran desde todos los ángulos y luego formaron a mi alrededor en círculo perfecto. Lanzaron delgadas serpentinas con las que se unieron, cerrando el círculo. Otras serpentinas avanzaron poco a poco hacia mí, temblorosas y precavidas.

Su modo de investigarme no me hizo ninguna gracia, y sacudí los brazos con energía. Esto sembró una terrible confusión. El círculo se quebró y se dispersó, las serpentinas desaparecieron y las esferas volvieron a su ser primitivo. Se reunieron a cierta distancia y parecieron deliberar.

Una de ellas, cuyo color había pasado al naranja brillante, se apartó y vibró con frenesí. La entendí tan claramente como si se hubiera expresado en palabras. El anaranjado brillante significaba ira, y estaba reprendiendo a las demás por su cobardía.

Bajo el mando de la esfera anaranjada se acercaron de nuevo a mí; esta vez me preparaban una sorpresa. Una veintena de serpentinas relampaguearon, y chisporrotearon frías llamas azules allí donde me tocaban. Las descargas eléctricas recorrieron mis brazos, paralizándolos. Volvieron a volar en círculo a mi alrededor. Las serpentinas cerraron la formación como antes, y otras se alargaron como al descuido. Durante un rato revolotearon alrededor de mi cabeza y luego la ciñeron, envolviéndola en un frío resplandor rojo. Aquel contacto, no me produjo sensación alguna, salvo frío.

Las esferas volvieron a vibrar como antes y, tan pronto como comenzaron sus pulsaciones, sentí como si atravesaran mi cerebro minúsculas agujas de hielo. Una

pregunta se representó a mi conciencia con más claridad que si hubiera oído una palabra hablada.

—¿De dónde vienes?

Yo conocía la transmisión del pensamiento, la había practicado algunas veces y a menudo con éxitos sorprendentes. Cuando oí o capté aquella pregunta, procuré concentrar toda mi mente en las circunstancias por las cuales había llegado allí. Cuando terminé mi narración mental y pude descansar de la tensión a la que había sometido mi cerebro, recibí las impresiones siguientes:

—No obtenemos respuesta; tu mente sigue en blanco. Eres un ser extraño; nunca hemos encontrado un organismo como el tuyo aquí. Es tan raro, que además se hace cada vez más pequeño sin motivo visible, ¿Por qué estás aquí y de dónde vienes?

Era como si unos dedos helados registrasen los pliegues de mi cerebro, arrancando un tejido tras otro.

Volví a intentarlo y enfoqué con la mente todos los detalles, como si describiera mi camino desde que entré al laboratorio del profesor hasta el momento actual. Terminé agotado por el esfuerzo.

Volví a recibir la misma impresión:

—No has conseguido centrar tu mente; sólo recibimos sombras fugaces.

Una de las esferas volvió a brillar con intensidad y se apartó del círculo. Casi me parecía ver un furioso encogimiento de hombros. Las serpentinas relajaron la tensión sobre mi cerebro y empezaron a retirarse, aunque antes capté un pensamiento fugaz de la esfera anaranjada, que sin duda se dirigía a las demás:

—...mentalidad muy baja.

—¡Vosotras no valéis mucho más! —grité.

Naturalmente, no se sintieron aludidas por tan tosco método de comunicación. Me intrigaba mi incapacidad para establecer comunicación mental con aquellos seres. Mi cerebro era de tal tamaño que les impedía recibir la impresión (por aquel entonces yo era un gigante de ciento veinte o ciento cincuenta metros), o bien el nivel mental de ellos era muy superior al mío, a tal punto que para ellos, yo era inferior al más primitivo de los salvajes. O ambas cosas a la vez, más probablemente la segunda.

Estaban decididas a resolver el misterio de mi presencia antes de que yo desapareciera de su mundo, lo cual iba a suceder al cabo de pocas horas debido a la velocidad de mi encogimiento. Decidieron formar a ambos lados de mí, en dos filas verticales que iban del suelo hasta mis hombros. Las serpentinas luminosas volvieron a tocarme en diversos puntos. ¡Luego, como a una señal convenida, se elevaron en el aire, levantándose como si fuera una pluma! ¡Enfilaron en vuelo perfecto hacia la ciudad situada más allá del horizonte, transportándose en posición perpendicular! Era asombroso que aquellas entidades gaseosas pudieran levantar y empujar a un gigante material como yo. Su velocidad debía ser muy superior a la del sonido, aunque en aquel planeta no había escuchado aún ruido alguno, salvo el de mi cuerpo cortando el aire.

Al cabo de pocos minutos divisé la ciudad, que debía cubrir una zona de doscientos sesenta kilómetros cuadrados a orillas de un océano verde ondulante. Me dejaron suavemente de pie en las afueras de la ciudad. El círculo de esferas formó una vez más alrededor de mi cabeza y los fríos zarcillos de luz registraron una vez más mi cerebro.

—Puedes pasear libremente por la ciudad —recibí el pensamiento—, acompañado por algunos de nosotros. Si tocas algo, recibirás el castigo máximo; tu tremendo tamaño hace muy peligrosa tu presencia entre nosotros. Cuando hayas empequeñecido bastante, volveremos a explorar tu mente con métodos algo distintos para averiguar tu origen y móviles. Creemos que, en el primer intento, el gran tamaño de tu cerebro fue una especie de desventaja. Ahora debemos prepararnos. Hace años que esperábamos tu llegada.

Mientras algunas me servían de escolta —o de guardia— las demás esferas se dirigieron a un gran edificio rematado por una cúpula, que se alzaba en una espaciosa plaza del centro de la ciudad.

La última observación me desconcertó sobremanera. ¿Qué podía significar lo de «hace años que esperábamos tu llegada»? Confiando en que ésta y otras cuestiones serían dilucidadas a su debido tiempo, entré en la ciudad.

No era una ciudad extraña, sino muy al contrario, de hermosa arquitectura. Parecía maravilloso que hubiera sido concebida y construida por aquellos globos de gas en los que, a primera vista, nadie habría visto seres inteligentes y sensibles. A pesar de mi estatura los edificios me sobrepasaban cuatro y cinco veces e invariablemente terminaban en cúpulas. No se veían formas en espiral ni en ángulos; al parecer resultaban desagradables para los sentidos de aquellos seres. El plano de la ciudad se disponía en amplias curvas audaces y formas circulares, de efecto sorprendente. No había calles ni carreteras, ni espacios de comunicación en los edificios, pues no eran necesarios. El aire era el elemento habitable natural de aquella especie; nunca vi que tocaran el suelo ni superficie alguna.

Incluso descansaban flotando en el aire con lento movimiento giratorio. Cuando yo pasaba entre ellas se detenían girando para observarme con manifiesta curiosidad y luego seguían con sus asuntos, cualesquiera que fuesen. Ninguna se acercó a mí, salvo los guardianes.

Paseé varias horas de este modo y por último, cuando ya era mucho más pequeño, se me permitió ir andando hasta la plaza central.

Las demás esperaban mi llegada en el edificio circular terminado en cúpula. Estaban reunidas alrededor de un estrado coronado por una inmensa pantalla ovalada y transparente de vidrio u otra sustancia parecida. Una sola esfera se puso esta vez en contacto con mi cerebro y recibí el siguiente pensamiento:

—Presta atención.

La pantalla se volvió opaca y apareció un extenso campo blanco.

—La gran nebulosa, de la cual este planeta sólo es un punto infinitesimal —explicó el pensamiento. La masa blanca se movió casi imperceptiblemente sobre la pantalla y la esfera prosiguió—: Tal como la ves ahora apareció en nuestros telescopios hace varios siglos. Naturalmente, el movimiento de la nebulosa en conjunto es imperceptible; ahora vemos un registro químico, acelerado para que el movimiento sea visible en la pantalla. Fíjate bien ahora.

La gran masa de la nebulosa, tranquila en apariencia, comenzó a agitarse mientras miraba y a girar en, un inmenso movimiento espiral. Una gran sombra oscura cubrió toda la escena. La sombra pareció retroceder, o mejor dicho, se hizo más pequeña, y comprendí que no era una sombra sino un cuerpo inmenso. Aquella masa entraba en la nebulosa, haciéndola girar y aventándola mientras millones de estrellas eran desalojadas y lanzadas hacia fuera.

El pensamiento me llegó de nuevo:

—La escena está acelerada un millón de veces. Lo que aquí ves, en realidad abarca un periodo de muchísimos años; nuestros científicos observaron el fenómeno con enorme sorpresa, y muchas fueron las teorías formuladas para explicarlo. Te estás viendo a ti mismo en el momento en que ingresabas en nuestra nebulosa.

En pocos minutos vi desarrollarse la escena como aquellos seres esféricos la habían seguido durante varios años; me vi a mí mismo empequeñeciéndome, acercándome poco a poco al sistema de los cuatro soles y por último al planeta verde dorado. La imagen desapareció de súbito.

—Por eso observamos y esperamos tu llegada durante años, sin saber qué eras ni de dónde venías. Aún estamos bastante desconcertados. Te haces cada vez más pequeño y eso

no podemos entenderlo. Hemos de darnos prisa. Relájate. No quieras intervenir en nuestra exploración tratando de recordar el comienzo, como hacías antes; nosotros sabremos encontrarlo en los huecos de tu mente. Relájate, no pienses en nada y mira la pantalla.

Intenté obedecer y volví a sentir los fríos zarcillos que tanteaban en mi cerebro. El letargo se apoderó de mi mente. Relampaguearon sombras en la pantalla, y de improvviso apareció una escena conocida: el laboratorio del profesor, como lo vi por última vez la noche de mi partida. La escena daba principio al entrar yo en la sala, exactamente como ocurrió aquella noche. Me vi acercándome a la mesa, y al profesor de pie como había estado, observando el cielo nocturno; sus labios se movían en silencio.

Las esferas que me rodeaban se apiñaron junto a la pantalla; parecían observar cada movimiento y advertí una gran excitación entre ellas. Llegué a la conclusión de que la que exploraba mi mente —si no eran todas— comprendía, no sólo las palabras que el profesor y yo pronunciamos en aquellas escenas, sino también su significado.

Pude leer en los labios del profesor a medida que hablaba. Vi mi expresión de total desconcierto, luego la incredulidad y por último mi escepticismo mientras él planteaba su teoría de los mundos macrocósmicos y de otros mundos macrocósmicos aún mayores. Presenció nuestra discusión, el subsiguiente ataque, y volví a sentir el pinchazo de la aguja en mi brazo.

Mientras esto sucedía, las esferas que me rodeaban se agitaban, muy excitadas.

Vi cómo me hacía más pequeño, hasta ser colocado sobre el bloque de Rehillio-X, donde empequeñecía aún más y desaparecía. Presenció mi combate con el bacilo y mi huida loca; mi salto al abismo y mi caída por la oscuridad en cuyo momento la pantalla se oscureció.

Después volvió a iluminarse, mientras yo viajaba con las grandes masas que me rodeaban. Al fin apareció la inmensa nebulosa, la misma que aquellos seres esféricos habían observado durante siglos a través de sus telescopios. La pantalla volvió a aclararse y quedó transparente.

—Conocemos el resto —afirmó el pensamiento de la esfera que indagaba en mi cerebro—. La pantalla ha exhibido el resto. El que inventó eso que llama «Encogix», es un gran hombre. Su experimento ha sido maravilloso y apenas acaba de empezar. Te envidiamos, ser afortunado y, al mismo tiempo, te compadecemos. De todos modos, es una suerte que hayas elegido nuestro planeta, pero pronto te irás como viniste y no podemos ni queremos impedirlo. Dentro de pocos minutos tu tamaño volverá a ser infinitesimal y pasarás a un universo más pequeño. Poseemos microscopios bastante poderosos como para observar un poco de ese universo atómico más pequeño, y te veremos avanzar hacia lo desconocido hasta que hayas desaparecido para siempre de nuestra vista.

Había estado tan pendiente de las escenas revividas a través de la pantalla que no me acordaba de mi encogimiento constante. Ahora era mucho más pequeño que las esferas que me rodeaban.

Ellas me interesaban tanto como yo a ellas e intenté transmitir el siguiente pensamiento:

—Decís que me envidiáis y que me compadecéis. ¿Por qué?

El pensamiento respondió en seguida:

—No podemos responderte a esto. Pero es verdad; aunque serán maravillosas tus aventuras en los reinos que te esperan, hay que sentir lástima por ti. Ahora no puedes comprenderlo, pero algún día lo entenderás.

Transmití otro pensamiento:

—Vuestro organismo, que a mi entender es gaseoso, me parece tan extraño como el mío, sólido, os debe parecer. Habláis de telescopios y microscopios, y no concibo que seres como vosotros, desprovistos de órganos visuales, contéis con la astronomía y la microscopía entre vuestras ciencias.

—Tus órganos de visión —fue la respuesta—, a los que llamas «ojos», no sólo son superfluos sino que los consideramos fuentes muy burdas de percepción. Aunque para ti, su pérdida sería una desventaja terrible e irreparable. Nuestra visión no depende de órganos tan localizados, sino que abarca toda la superficie exterior de nuestros cuerpos. No necesitamos órganos ni apéndices como los que tú posees en tanta abundancia, pues somos de una sustancia diferente. Nos limitamos a extender cualquier parte de nuestros cuerpos hacia la dirección que deseamos. Basándonos en un estudio profundo de su estructura, llegamos a la conclusión de que tus órganos y apéndices son muy rudimentarios. Predigo que mediante la lenta evolución de tu raza, estos inconvenientes desaparecerán por completo.

—Explicame más cosas sobre tu raza —supliqué con ansiedad.

—Relatar todo lo que podríamos decir —fue la respuesta— llevaría mucho tiempo, y nos queda muy poco. Poseemos un sistema social muy complejo, pero, naturalmente, no carece de defectos. Hemos profundizado en las ciencias y avanzado mucho en las bellas artes pero, sin duda, nuestros logros en estos dominios te resultarían incomprensibles. Ya has visto nuestra ciudad. No es la más grande ni la más importante del planeta. Cuando llegaste, relativamente cerca de aquí, enviamos mensajes. Han venido todos nuestros científicos importantes. No temíamos tu presencia, pero adoptamos precauciones puesto que desconocíamos qué clase de ser eras. Los dos de los nuestros que viste la primera vez fueron enviados para observarte. Ambos habían sido condenados por un delito contra la comunidad, y se les dio a elegir entre el castigo merecido o salir a investigar la criatura gigante caída del cielo. Aceptaron esta segunda posibilidad y por su valentía, pues lo fue, han sido indultados.

6

Me habría gustado preguntar más cosas, pues había muchos aspectos que me intrigaban, pero estaba volviéndome tan pequeño que la comunicación ya era imposible. Fui trasladado a un laboratorio y colocado sobre el portaobjetos de un microscopio de construcción extraña y complicada. Mi viaje continuó sin descanso hacia un universo atómico aún más pequeño.

Se repitieron los fenómenos de antes. La materia se abría y se hacía porosa, hasta convertirse en un espacio abierto poblado de masas enormes que, a su vez, se disolvían en extensas nebulosas.

Entré en una de ellas y, una vez más, las constelaciones giraron a mi alrededor. Esta vez me acerqué a un sol único, de color amarillo brillante alrededor del cual orbitaban ocho planetas. Me dirigí al más alejado y, cuando mi tamaño me lo permitió, entré en contacto con él.

¡Me hallaba en un electrón, uno entre los billones que formaban un portaobjetos del microscopio perteneciente a un mundo que, a su vez, era sólo un electrón del bloque de metal colocado sobre cierta mesa de laboratorio!

Pronto entré en la atmósfera y, a varios kilómetros por debajo de mí, divisé grandes manchas amarillas y verdes. A medida que me aproximaba a la superficie fui descubriendo más detalles. Casi a mis pies serpenteaba un ancho río, cruzando una extensa llanura abruptamente limitada por una larga línea de escarpados precipicios. Al fondo de estos precipicios se abría una gran extensión verde de selva envuelta en la niebla y, más allá, un gran océano, liso como un cristal verde, se extendía hasta el horizonte curvo. Era un mundo prehistórico de selvas, grandes plantas semejantes a helechos, ciénagas y acantilados vertiginosos. No soplabla ninguna brisa y no se veía ser viviente alguno.

Pisé la selva, cerca de los acantilados, y en ochocientos metros a la redonda los árboles y la vegetación quedaron aplastados allí donde pisaban mis pies.

Observé una larga fila de cavernas en un saliente, en medio del acantilado. Me pareció que desde cada caverna me observaba furtivamente algún ser. Mientras miraba vi una minúscula figura que salía y se acercaba al saliente. Era un individuo muy precavido, dispuesto a regresar a la caverna si advertía hostilidad de mi parte; en ningún momento dejó de mirarme. Al ver que no sucedía nada, otros se animaron a salir y poco después el saliente quedó cubierto de minúsculas figuras que hablaban excitadas y gesticulaban, señalándome entre gritos estentóreos. Mi llegada debió despertar, sin duda, todos sus temores supersticiosos: un gigante que descendía de los cielos para detenerse ante sus propios hogares.

Debía hallarme a un kilómetro y medio del acantilado, pero de todos modos observé que las figuras eran salvajes de músculos voluminosos y cubiertos de pelo; tenían cuatro miembros, andaban en posición erguida, y todos portaban armas rudimentarias.

Uno de ellos alzó un arco tan alto como él mismo y me lanzó una flecha, evidentemente como expresión de desdén o bravata, pues no podía ignorar que la flecha no cubriría ni siquiera la mitad de la distancia. En seguida, uno que parecía el jefe derribó al malandrín de un flechazo. Esto me divirtió. Por lo visto, sus creencias les ordenaban actuar en son de paz.

A modo de prueba di un paso hacia ellos. En seguida se levantó una larga fila de arcos, y docenas de minúsculas flechas volaron hacia mí, para caer en la selva sin llegar a alcanzarme. Me sirvió de advertencia para mantener las distancias.

Pude adelantarme y barrerlos a todos del saliente, como deseaba demostrarles que mis intenciones eran pacíficas, levanté las manos y retrocedí varios pasos. Nuevo lanzamiento inútil de flechas. Esto me desconcertó y permanecí inmóvil. Si yo no me movía, ellos tampoco lo harían.

El que parecía jefe se echó al suelo y, haciendo pantalla con la mano sobre los ojos, escudriñó la selva al pie del precipicio. Luego discutieron otra vez, pero no me señalaban a mí, sino a la selva. Entonces comprendí. Por lo visto había una partida de caza en algún lugar de aquella selva; sin duda, estaría a punto de regresar a las cavernas, pues anocheecía ya y el crepúsculo alargaba pavorosamente las sombras. Los trogloditas temían que al moverme pisoteara la partida que regresaba.

Permanecí inmóvil en medio del yermo que había aplastado, y traté de mirar por entre la húmeda vegetación que tenía a mis pies. Era prácticamente imposible, pues la niebla cubría hasta las copas de los árboles.

Poco después mis oídos captaron un sonido débil por debajo de mí, como un grito, y luego vi una fila de cazadores salvajes que corrían a toda velocidad a lo largo de un sendero de caza que parecía muy frecuentado. Salieron al mismo claro donde yo me encontraba y se detuvieron sorprendidos, pues evidentemente reparaban por primera vez en mi gigantesca presencia en su mundo. Soltaron las estacas en donde transportaban la caza del día y, después de alzar una temerosa mirada hacia donde yo me erguía, se echaron todos al suelo, presas de abyecto terror.

Todos menos uno. Ignoro si éste, que fue el último en salir de la maraña de árboles, me vio, pues estaba muy distraído observando la oscuridad de donde salía. Luego azuzó a sus compañeros con algunas sílabas enojadas y guturales y, señaló el sendero.

En ese momento llegó hasta mí un rugido que resonó en mis oídos con fuerza estremecedora. A una rápida voz del jefe, los cazadores cogieron sus armas y formaron un amplio semicírculo frente al sendero del cual acababan de salir. En aquel lugar colgaba sobre el sendero la rama de un árbol enorme. El jefe trepó por unos bejucos y poco después se agazapó sobre la rama. Uno de los guerreros ató a otro bejuco un arma grande de toscos

aspecto, y el del árbol la izó hasta cogerla. Era una larga estaca puntiaguda de alrededor de unos dos metros y medio, a la que habían atado dos piedras pesadas. El del árbol equilibró cuidadosamente el dispositivo sobre la rama, colgando sobre el sendero y con la punta hacia abajo. El semicírculo de cazadores se agazapó tras una hilera de sólidas lanzas hincadas en ángulo sobre el terreno.

Oí otro rugido estremecedor, y luego apareció la fiera. Al verla me maravilló el valor de aquellos diminutos salvajes. La bestia no mediría menos de dos metros de alzada y seis de largo. Sus seis patas estaban armadas de anchas garras callosas capaces de destrozar por completo a cualquiera de los cazadores. Su larga cola ahusada estaba cubierta de placas, y me pareció que la fiera debía ser una especie de reptil; no obstante, los curvados colmillos de sesenta centímetros en una cabeza de mamífero contradecían esa impresión.

El monstruo permaneció largo rato inmóvil, azotando incesantemente con la cola y observando desconcertado el círculo de seres minúsculos que se atrevían a desafiarlo. Luego, cuando dejó de agitar el rabo y se arqueó para el salto, el guerrero de la rama lanzó su arma... ¡y se dejó caer con ella, apoyando los pies sobre el par de pesadas piedras!

La bestia oyó un ruido o se alarmó por sexto sentido, pues saltó a un lado justo a tiempo, con una agilidad que parecía incompatible con su gran volumen, la estaca puntiaguda se hundió en tierra, mientras el cazador rodaba aturdido por el suelo.

La bestia lanzó un gruñido de ira, abrió sus seis patas y su gran panza tocó la tierra. Luego se abalanzó sobre el círculo de cazadores agazapados. Las lanzas se quebraron al choque, el círculo se dispersó y los cazadores huyeron hacia los árboles. Pero dos de ellos jamás volvieron a levantarse, y la cola flageladora aplastó a otro a los cuatro pasos.

La escena duró unos segundos mientras yo miraba fascinado desde arriba. La bestia persiguió a los que huían; un instante después, la destrucción habría sido terrible, pues no tenían oportunidad de ponerse a salvo.

Rompí el hechizo que me dominaba e hice un amplio gesto con la mano cuando la fiera ya saltaba por segunda vez. La alcancé en el aire y la aplasté en el suelo como habría aplastado un insecto molesto. Quedó caída, inmóvil, en un charco de color rojo oscuro.

Los nativos dejaron de huir, pues mi acción contra el enorme animal había producido un ruido tremendo. Discutían aguadamente, pero se alejaron atemorizados cuando vieron que me inclinaba sobre el enemigo aplastado que había estado a punto de sembrar la muerte entre ellos.

Sólo uno de ellos había visto toda la escena. El que se había dejado caer del árbol sólo quedó momentáneamente aturdido, poniéndose en pie con rapidez cuando el animal embistió a sus compañeros. Así pudo verlo todo.

Entonces se acercó a mí, mirando con cierto desdén a los demás. Debió reunir mucho valor pues, aunque yo estaba agachado, sobrepasaba los árboles más altos. Miró un instante a la fiera muerta y luego me contempló con respetuoso temor. Se arrodilló, tocó varias veces el suelo con la frente y los otros imitaron su ejemplo.

Todos se acercaron para observar el enorme animal.

A juzgar por su conversación y sus gestos, comprendí que deseaban trasladarlo a las cavernas, pero habrían sido necesarios diez salvajes de los más fuertes para levantarla, y entre ellos y las rocas mediaba más de un kilómetro de selva.

Decidí ayudarles; me incliné y tomé con grandes precauciones al valiente jefe. Poniéndolo en la palma ahuecada de mi mano, lo levanté hasta el nivel de mis ojos. Señalé el animal muerto y luego apunté hacia los acantilados. Pero él cerraba los ojos con fuerza, sin duda creyendo llegada su última hora, y temblaba mucho. Era un cazador valiente, pero aquella experiencia habría hecho temblar a cualquiera. Lo bajé ileso al suelo, y los otros le rodearon, excitados. Pronto se recobraría y, sin duda, alguna noche alrededor de la fogata podría contar aquella maravillosa experiencia ante un grupo de nietos incrédulos.

Cogí el animal por la ahusada cola y lo transporté a través de la selva, aplastando árboles a cada paso y dejando un ancho sendero tras de mí. En pocos pasos estuve cerca de los acantilados, y los que estaban en el saliente huyeron hacia las cavernas. Dejé la inmensa pieza sobre el borde del precipicio, que apenas me llegaba a los hombros. Luego me volví para alejarme, dispuesto a explorar aquel mundo nuevo.

Anduve durante una hora y hallé otras tribus de trogloditas que huían tan pronto como me acercaba. La selva terminaba junto al mar, en una costa escarpada.

Estaba muy oscuro, no había lunas y las estrellas parecían opacas y muy lejanas. En la selva se alzaban extraños gritos nocturnos y a mi izquierda se extendían enormes ciénagas donde flotaban vagas formas fosforescentes. A mi espalda se divisaban pequeñas fogatas en la cima de los acantilados. Tomándolo como una bienvenida, me dirigí hacia ellas. Mi tamaño se había reducido tanto que me sentía inseguro al hallarme solo y desarmado, de noche en un planeta desconocido y poblado por monstruos.

Apenas había dado unos pasos cuando adiviné, antes de oírlo, un rumor de alas sobre mí y a mi espalda. Me arrojé al suelo en el momento justo, pues la gran sombra de alguna inmensa criatura nocturna se cernía sobre mí, y afiladas garras arañaron mi espalda. Luego me levanté con aprensión y vi que la criatura se alejaba en vuelo hacia las ciénagas. Su envergadura debía ser de unos doce metros. Me refugié en las rocas, sin atreverme a salir más aquella noche.

Cuando llegué al saliente donde ardían las fogatas, éstas ya quedaban muy por encima de mí, yo era un ser minúsculo agazapado al pie del desfiladero. Yo, un extraño en este mundo, pero adelantado un millón de años a aquellos salvajes en cuanto a evolución respecta, me ocultaba atemorizado por los ojos brillantes y las formas entrevistas en la oscuridad, que rondaban los linderos de la selva circundante. A salvo en sus cavernas, muy por encima de mí, se hallaban aquellos individuos tan inferiores en la escala de la evolución que sólo poseían los rudimentos de una lengua hablada y apenas acababan de descubrir el fuego. Transcurrido otro millón de años, una gran civilización dominaría quizás aquel globo: una civilización elevada poco a poco desde el barro, los errores y los mitos primordiales. Y sin duda, uno de tales mitos mencionaría a un gigante deiforme que había bajado de los cielos, tronchando grandes árboles a su paso, para salvar de la destrucción a una famosa tribu mediante una matanza de enormes fieras hostiles; y luego habría desaparecido para siempre durante la noche. Y los grandes hombres, los grandes pensadores de aquella civilización futura dirían: «¡Uf! ¡Absurdo! Un mito estúpido».

Pero ahora, el gigante deiforme que aplastaba fieras hostiles con un solo gesto de su mano tenía sólo treinta centímetros de estatura y buscaba un lugar donde poder ocultarse de esas mismas fieras. Por último hallé una pequeña grieta donde me escondí, sintiéndome mucho más seguro que al aire libre.

Poco después era tan pequeño, que habría pasado inadvertido a cualquiera de las grandes fieras que podrían pasar por mi camino.

7

Me encaramé sobre un grano de arena; otros granos se alzaban a mi alrededor como peñascos, durante los minutos siguientes experimenté el cambio por tercera vez: el cambio de ser microscópico en un mundo gigantesco a ser gigantesco flotando en medio de un universo infinito de galaxias. Me hice más pequeño, la distancia entre las galaxias aumentó, los sistemas solares se acercaron y aproximaron a la órbita del planeta más externo. Recibí una sorpresa inesperada, aunque muy agradable. ¡En lugar de posarme en uno de los planetas cuando todavía era demasiado grande para hacerlo, los habitantes de aquel sistema se acercaban para posarse sobre mí!

Era indudable; de un planeta interior despegó un proyectil plateado en forma de huso, acercándose a la velocidad de la luz. Aquello prometía ser interesante, y permanecía a la expectativa de nuevos acontecimientos.

Minutos después, el cohete espacial se hallaba muy cerca. Manióbró a mi alrededor una vez y luego, con un gran fogonazo de llamas y gases por la proa para frenar, describió una amplia curva y se posó suavemente sobre mi pecho. Fue como si se posara sobre mí una mosca. Mientras miraba, una sección cuadrada del casco se abrió hacia afuera y salió un grupo de seres. Digo «seres» porque no tenían forma humana, aunque eran tan minúsculos que apenas lograba distinguirlos como motilas de oro. Doce de dichos seres se reunieron a poca distancia de la nave espacial.

Poco después, para mi sorpresa, abrieron inmensas alas doradas y proferí una exclamación ante su belleza esplendorosa. Tomaron diversas direcciones, sobrevolando mi cuerpo. De esto deduje que yo debía estar rodeado de una atmósfera, como los planetas. Aquellas criaturas aladas formaban un grupo explorador enviado desde uno de los planetas interiores para investigar el nuevo y gran mundo que había entrado en su sistema y se aproximaba peligrosamente al suyo.

Pero, al pensarlo mejor, debieron comprender —o pronto lo comprenderían— que yo no era un mundo sino un ser vivo y consciente. Mi forma longitudinal debía bastarles para ello, además de los movimientos de mis miembros. Sea como fuere, mostraron un arrojo sin precedentes al salir para posarse sobre mí. Yo podía aplastar la frágil nave con un gesto o lanzarla al vacío, sin posibilidad de retorno.

Quise ver de más cerca una de las criaturas aladas, pero ninguna volvió a posarse sobre mí; después de haber paseado sobre mí explorándome en todas direcciones, regresaron a la nave espacial. La compuerta se cerró, los gases rugieron en los tubos de popa, y la nave se remontó de nuevo en el espacio y regresó hacia el sol.

¿Qué noticias llegarían a su planeta? Sin duda, me describirían como un monstruo inenarrable inmenso del espacio exterior. Sus científicos se preguntarían de dónde venía, o tal vez vislumbraron incluso la verdad. Me observarían sin cesar a través de sus telescopios. Probablemente, temerían que yo invadiera o hiciera estragos en su mundo, y lo dispondrían todo para rechazarme si me acercaba demasiado.

Pese a estas probabilidades, continué mi lento avance hacia los planetas interiores decidido a ver y, si era posible, a posarme en el planeta de los seres alados. Una civilización capaz de emprender viajes espaciales debía ser, por cierto, maravillosa.

A medida que avanzaba por el espacio entre los planetas con mis grotescos movimientos, medité otra cuestión. Cuando llegara a los planetas interiores, sería ya tan pequeño que no podría dilucidar cuál era el que yo buscaba, a menos que viera otras naves espaciales para seguir las. Además, los planetas interiores habrían girado innumerables veces alrededor del sol verde, transcurriendo así muchos años antes que llegara allí. Les sobraría tiempo para anticipar mi llegada y podrían recibirme con violencia, si tenían muchas más naves espaciales como la que había visto.

Y las tenían en efecto, como descubrí después de un lapso que me pareció interminable, durante el cual me acerqué cada vez más al sol. Un planeta rojizo describía una amplia órbita por detrás del sol verde cegador, y esperé a que se acercara. Pocos minutos después estaba tan cerca, que divisé una luna circundando el planeta y, cuando se aproximó aún más, vi los cohetes.

Por tanto, era éste el planeta que buscaba. Pero una cosa me desconcertó. Sin duda, no podían dejar de notar que me acercaba, y yo esperaba encontrarme con una multitud de naves formidablemente alineadas. Vi muchas, cientos de naves, pero no formadas en mi dirección; en realidad, no parecían hacerme mucho caso, aunque yo debí parecer grande a

medida que el planeta se aproximaba. Después de todo, tal vez habían llegado a la conclusión de que yo era inofensivo.

Pero era más probable que estuvieran enfrentándose a un problema mucho más importante que mi proximidad. Pues vi que las naves espaciales abandonaban la atmósfera de su planeta y se dirigían hacia el único satélite. Cientos, miles de ellas, una tras otra y formación tras formación, abandonaban su planeta. ¡Parecía que toda la población emigraba *en masse* hacia el satélite!

Esto despertó en seguida mi curiosidad. ¿Qué circunstancias o condiciones podían hacer que una raza altamente civilizada abandonara su planeta y huyera hacia el satélite? Quizá, si lo averiguaba, no desearía ya aterrizar en aquel planeta...

Aguardé con impaciencia su regreso mientras se alejaba de mí para continuar su trayectoria alrededor del sol. Los minutos me parecieron largos, pero al fin volvió a acercarse por el lado opuesto, y me maravilló la relatividad del tamaño, el espacio y el tiempo.

Había transcurrido un año en aquel planeta y su satélite; tal vez hubieran sucedido muchas cosas desde que lo vi por última vez.

El satélite pasó entre el planeta y yo y, a pesar de mi posición desventajosa, incluso pude ver que en efecto habían acontecido muchas cosas. ¡El pueblo alado estaba construyendo una cubierta protectora alrededor del satélite! ¿Para protegerse... de qué? La cubierta parecía de metal gris mate, y ya cubría la mitad del globo. En la parte descubierta vi tierras y mares. Seguramente, pensé, debían conocer la luz artificial pero, de algún modo, parecía absurdo privar para siempre a la superficie de la luz fresca y pura del sol verde. En cierto sentido, lamenté las tribulaciones que por lo visto padecían. Pero tenían las naves espaciales y, a su tiempo, podrían emigrar hacia las vastas regiones inexploradas del espacio.

La curiosidad me consumía más que nunca, pero aún era demasiado grande como para tratar de entrar en contacto con el planeta, de modo que lo dejé pasar por segunda vez, calculé que cuando volviera a aparecer yo sería bastante pequeño para que su gravedad me «capturara», y bastante grande para que la «caída» sobre la superficie no resultara peligrosa para mí. Estaba decidido a aterrizar.

Otra espera, esta vez más larga porque yo era más pequeño y en consecuencia mi tiempo relativo se dilataba. Cuando las dos esferas volvieron a aparecer, vi que la más pequeña estaba totalmente envuelta en su coraza de metal y la rígida superficie brillaba bajo el resplandor del sol. Bajo aquella estéril cubierta de metal se hallaba el pueblo de los seres alados, con sus gloriosos cuerpos dorados, sus naves espaciales, su luz artificial, su atmósfera y su civilización. Sin embargo, sólo eché una ojeada al satélite, pues me atraía más el planeta ya cercano.

Todo sucedió fácilmente y sin contratiempos. Empezaba a convertirme en un experto «saltador entre planetas». Su gravedad me atrapó y dejé que mis piernas fueran las primeras en describir la caída hasta aterrizar con una ligera sacudida en tierra firme.

Me agaché y quise escudriñar la oscura atmósfera para descubrir algo acerca de aquel mundo. De momento mi vista no pudo penetrar la semipenumbra, pero al poco pude distinguir la superficie. Al principio seguí la dirección de mis miembros para ver dónde había posado los pies. ¡Por lo que pude ver desde mi altura, estaba en medio de lo que parecía una enorme masa de metal aplastado y retorcido!

La he armado, pensé. Ahora me he metido en un lío. He roto algo, una gran maquinaria a lo que parece, y los habitantes no tomarán el asunto a la ligera. Luego pensé: ¿Los habitantes? ¿Quiénes? No el pueblo alado, pues ellos han huido y se han atrincherado en el satélite.

Quise escudriñar de nuevo la penumbra de la atmósfera y, poco a poco, otros detalles se hicieron visibles, al principio mi mirada sólo abarcaba unos pocos kilómetros y luego cada vez más, basta que por último mi visión se extendió de un horizonte a otro y abarqué casi un hemisferio completo.

Mi visión se aclaraba y empecé a comprender. Cuando comprendí con toda claridad, me sentí presa del pánico. Enloquecido, quise saltar de nuevo hacia el espacio, alejarme del planeta, vencer la gravedad que me contenía; pero la fuerza de mi salto seguramente habría arrojado al planeta fuera de su órbita, y tanto éste como los demás planetas y yo mismo podíamos vernos precipitados hacia el sol. No, había puesto los pies en aquel planeta y allí debía quedarme.

Pero después de lo que había visto, no tenía ganas de quedarme. Lo que mis ojos abarcaban en todas direcciones eran estructuras mecánicas inmensas y grotescas, y extraños artefactos mecánicos. Me espantaron aquellas máquinas que ocupaban toda la superficie en aparente confusión. Parecían cubrir todo el globo y poseer una civilización propia. No se veía el menor indicio de ocupación humana, ni de una inteligencia rectora: nada sino máquinas. ¡Y no podía creer que ellas poseyeran inteligencia!

Pero cuando me encogí más cerca de la superficie vi que no había confusión como antes creía, sino un orden sencillo, eficaz y sistemático. Mientras miraba, dos extraños mecanismos avanzaron hacia mí sobre grandes trípodes articulados y se detuvieron a mis pies. Largos brazos articulados de metal, con una especie de garras en los extremos, se alargaron con pavorosa exactitud y precisión y comenzaron a apartar la chatarra retorcida que rodeaba mis pies. Los contemplé y admiré la eficacia de su construcción. Ni complejidades innecesarias ni partes superfluas, sólo los trípodes para moverse y los brazos para limpiar. Cuando terminaron se alejaron y llegaron otras máquinas avanzando sobre ruedas, que levantaron la chatarra y se la llevaron.

Observé estupefacto las pavorosas actividades que estaban teniendo lugar debajo y alrededor de mí. No había prisa ni nerviosismo; las máquinas, de la más pequeña a la más grande, de la más sencilla a la más complicada, tenían un quehacer asignado y lo cumplían sin rodeos, con absoluta precisión. Había máquinas sobre ruedas, sobre cadenas, sobre carriles, sobre inmensos trípodes articulados, máquinas aladas que volaban torpemente por el aire y otras de mil tipos y modelos distintos.

Interminables filas de máquinas perforaban la tierra, salían con cargas de mineral que depositaban y volvían a descender.

Enormes máquinas transportadoras se acercaban y llevaban el mineral a las factorías rugientes.

Dentro de los talleres, otras máquinas fundían el mineral, laminaban, cortaban y trabajaban el acero.

Otras máquinas construían, montaban y adaptaban piezas complicadas, y al término de este largo proceso, el resultado era... ¡más máquinas! Rodaban, escalaban, volaban, caminaban o giraban, según los casos, con total autonomía.

Algunas construían inmensos puentes que atravesaban ríos y hondonadas.

Las excavadoras talaban bosques y allanaban colinas, o excavaban galerías.

Otras construían talleres y fábricas, o erigían torres extrañas y complicadas de varios kilómetros de altura, cuya utilidad no pude adivinar. Mientras miraba, la base de una de ellas falló y el inmenso edificio se ladeó en un ángulo peligroso. Un gran número de minúsculas máquinas se presentó rápidamente en escena. En pocos segundos, poderosas llamas blancas cortaron el metal y la torre cayó con estrépito ensordecedor. Las máquinas-soplete volvieron a trabajar y cortaron el metal en sectores separables; grúas y transportadoras se los llevaron. Quince minutos después, otro edificio se alzaba exactamente en el mismo lugar.

A veces, algo andaba mal: alguna pieza desgastada dejaba de funcionar, y una máquina se detenía en medio de la tarea. En tales casos era conducida a un taller de reparaciones, de donde luego salía como nueva.

Vi dos de las máquinas aladas chocar en el aire, y llovieron pedazos de metal. Media docena de máquinas limpiadoras con trípode llegaron de seis direcciones diferentes y apilaron los restos; luego llegaron las grúas y las máquinas de transporte. Una gran sierra vertical giraba rápidamente sobre un eje accionado por cadenas. La sierra cortaba los árboles y las rocas en incontenible avance hacia las montañas cercanas. Redujo su velocidad, pero sin detenerse, y al fin quedó abierto un ancho camino en línea recta, que comunicaba dos valles. La sierra iba seguida de trípodes que quitaban los escombros y de otras máquinas que colocaban grandes planchas de metal, completando una carretera perfecta.

Pequeñas máquinas lubricantes pululaban por todas partes, suministrando periódicamente a las otras el aceite que aseguraba su funcionamiento.

La región era aplanada y despejada poco a poco y comenzaba a elevarse una enorme ciudad... una ciudad de metal, vacía y horrorosa, una ciudad que ocupaba cientos de kilómetros entre las montañas y el mar, una ciudad de máquinas sin vida, pero animadas de propósitos... ¿cuáles? ¿cuáles?

En la bahía, una línea de torres surgían del agua como dedos señalando el cielo. En aquel momento, las máquinas enlazaban las torres con cables y tirantes. ¡Un puente! Estaban atravesando el océano, poniendo en comunicación continentes enteros: una hazaña prodigiosa de la ingeniería. Si aún no había máquinas al otro lado, pronto estarían allí. No, pronto no. La tarea era gigantesca, llena de dificultades, casi imposible. ¿Casi? Un mundo de máquinas no podía conocer el significado de esa palabra. Quizás otras máquinas ocupadas al otro lado empezaban a construir el puente desde allí hasta juntarse en medio. ¿Con qué propósito?

Un gran río nacido en las montañas serpenteaba hacia el mar. Por algún motivo construyeron un dique en diagonal a través del río para modificar su curso, Por alguna razón... o sinrazón.

¡Sinrazón! ¡Eso era! «¿Por qué, por qué, por qué?», grité verdaderamente angustiado. ¿Con qué propósito o significado, a beneficio de quién? ¡Una ciudad, un continente, un mundo, una civilización de máquinas! En algún lugar de aquel mundo debía morar el autor de todo aquello, la inteligencia, humana o inhumana, que lo controlaba! ¡Mi estancia allí sería limitada, pero tendría tiempo de buscarlo y, si lo encontraba, iba a arrastrarlo, a convertirlo en alimento de sus propias máquinas, poniendo fin para siempre a tal iniquidad!

Anduve por la orilla del mar unos ochocientos kilómetros y, al rodear un promontorio montañoso, me detuve de repente. Ante mí se alzaba una ciudad, una ciudad descollante de piedra blanca lisa y de gran belleza arquitectónica. Parques espaciosos, decorados con columnatas y figuras aladas. Los edificios estaban contruidos de modo tal que todo apuntaba hacia arriba, parecía dispuesto a volar.

Esa era una mitad de la ciudad.

La otra estaba hecha un montón ruinoso de piedra blanca destruida, de edificios derribados por las máquinas, en aquel mismo momento empeñadas en reducir toda la ciudad al mismo estado.

Mientras miraba vi veintenas de máquinas-soplete cortando la base de piedra y acero de uno de los edificios más altos. Dos pesadas máquinas aéreas, portando una ancha malla metálica, despegaron pesadamente de las afueras de la ciudad. Volaron hacia el edificio y se colocaron una a cada lado. La malla metálica hizo retroceder a las máquinas y las derribó. Pero el edificio, cuya base ya estaba debilitada, se tambaleó hacia delante, se

sostuvo durante un prolongado y estremecedor instante y luego cayó con un estrépito ensordecedor entre una nube de polvo, escombros y armazón retorcida.

Las máquinas-soplete avanzaron hacia otro edificio mientras, en una pendiente cercana a las afueras, aguardaban otras dos máquinas aéreas...

Enfermo por el vandalismo sin propósitos de todo esto, me volví hacia el interior; pero en todas partes había máquinas, destruyendo o construyendo, derribando las ciudades abandonadas del pueblo alado y erigiendo su insensata civilización de metal.

Por último llegué a una larga cordillera, más alta que yo. En dos pasos la escalé y divisé una gran planicie llena de las grotescas ciudades construidas por las máquinas, Habían adelantado bastante. A unos trescientos kilómetros a la izquierda se alzaba una gran cúpula de metal. Hacia ella me dirigí sin hacer caso de las máquinas que se movían alrededor de mis pies.

Cuando me acerqué a la cúpula, una hilera de mecanismos de aspecto formidable, provistos de largos clavos, se alzó para cortarme el paso. Los pisoteé con furia y pocos minutos después quedaron reducidos a chatarra, aunque también yo recibí algunos rasguños durante la escaramuza. Más ejércitos de máquinas con clavos se alzaban a cada paso que daba, pero avancé entre ellas, apartándolas a patadas, y por fin llegué a una entrada lateral de la inmensa cúpula. Me agaché, entré y, una vez dentro, hallé que mi cabeza casi tocaba el techo.

Esperaba encontrar allí lo que buscaba, y así fue. Allí, en medio de aquel espacioso recinto, estaba La Máquina de todas las Máquinas; la Causa de Todo; la Fuerza Central, la Potencia Gobernante de toda aquella iniquidad que sembraba el desorden sobre la faz del planeta. Era de forma más o menos circular, grande y pesada. También resultaba asombrosamente complicada: un laberinto de motores, ruedas, conmutadores, luces, palancas, botones, tubos y rarezas, incomprensibles para mí. En filas circulares se alineaban otras máquinas más pequeñas que ejecutaban distintas tareas, accionaban los conmutadores, apretaban botones y accionaban palancas. El resultado era una unidad latiente, rítmica y autónoma. Me parecía adivinar las ondas invisibles saliendo en todas direcciones.

Me pregunté qué parte de aquella gran máquina sería vulnerable. Idea estúpida. Ninguna. Sólo ella... toda ella. Era El Cerebro.

El Cerebro, la Inteligencia. Lo había buscado y encontrado. Lo tenía ante mí. Ahora iba a aplastarlo. Miré a mi alrededor en busca de algún arma y, al no encontrar ninguna, avancé con las manos vacías.

Un panel cuadrado se iluminó en seguida con un resplandor verde y supe que El Cerebro conocía mis intenciones. Me detuve. Una extraña sensación se apoderó de mí, un sentimiento de odio, de amenaza. Procedía de la máquina, sin duda, e invadía el aire en ondas invisibles.

«Tonterías —pensé—, al fin y al cabo no es más que una máquina. Sí, muy complicada, quizás inteligente; pero sólo domina otras máquinas, no puede hacerme daño.» Volví a dar un decidido paso adelante.

La sensación de amenaza se hizo más intensa, pero luché contra mi aprensión y avancé osadamente, Casi había llegado hasta la máquina cuando una cortina de crepitantes llamas azules saltó del suelo al techo. Un paso más y me habría atrapado.

Se me antojó que la máquina irradiaba amenaza, odio e ira en ondas densas, casi tangibles, que fuesen a envolverme, y retrocedí con rapidez. Regresé a las montañas. Después de todo, aquél no era mi mundo... mi universo. Pronto sería tan pequeño que mi estancia entre las máquinas resultaría sumamente peligrosa; las cimas de las montañas eran el único refugio seguro. Me habría gustado aplastar a El Cerebro y poner fin a todo aquello

pero, en todo caso, pensé, puesto que el pueblo alado estaba a salvo en el satélite, ¿por qué no abandonar a las máquinas aquel mundo sin vida?

Anocheceía cuando llegué a las montañas. Contemplé la llanura desde una ladera cubierta de césped, que me pareció el único lugar pacífico de todo el planeta. Se divisaban pequeñas luces que indicaban actividad de las máquinas, prosiguiendo sus trabajos sin descansar jamás. El repiqueteo y los ruidos estrepitosos llegaron débilmente hacia mí, y me alegré de estar a una distancia prudencial de todo aquello.

Mientras contemplaba la cúpula que albergaba a *El Cerebro*, vi algo nuevo: sobre un armazón había un gran globo y a su alrededor parecía bullir una actividad extraordinaria.

Un temor indefinible atenazó mi cerebro cuando vi que las máquinas ocupaban el globo; adiviné lo que iba a ocurrir después. El globo se elevó rápido como una pluma, salió de la atmósfera y entró en el espacio donde, como un puntito minúsculo, maniobraba con suma facilidad. Poco después volvió a aparecer, bajó flotando suavemente hasta posarse de nuevo en su armazón, y las máquinas que habían dirigido el vuelo desembarcaron.

¡Las máquinas habían logrado el viaje espacial! Se me encogió el corazón al comprender lo que esto significaba. Construirían más naves... ya las estaban construyendo. Visitarían otros mundos, y el más cercano era el satélite... encerrado en su caparazón metálico protector...

Luego pensé en las máquinas-soplete que había visto, capaces de cortar piedra y metal en pocos segundos...

Sin duda, el pueblo alado lucharía con denuedo. Pero cuando comparé sus cohetes con la eficacia del globo que acababa de ver, tuve muy pocas dudas en cuanto al resultado. Serían arrojados de nuevo al espacio en busca de un mundo nuevo y las máquinas se apoderarían del satélite para sembrar el desorden también allí. Permanecerían allí el tiempo que *El Cerebro* deseara, o hasta que ya no quedaran más tierras por conquistar. Como el planeta originario ya estaba saqueado, se disponían a partir.

El Cerebro. Un cerebro mecánico completo e inteligente, orgulloso de su poder, envanecido por sus conquistas. ¿Quién lo habría creado? El pueblo alado debió ser el autor indirecto pero, sin duda, ahora comprendían el terrible peligro que habían lanzado al universo.

Quise imaginar su civilización como debió ser mucho antes de que aquello ocurriese. Imaginé una civilización donde la maquinaria desempeñara un papel muy importante. Imaginé el desarrollo de esta maquinaria, que los liberaba de muchas tareas. Supuse que debieron crear máquinas de complejidad cada vez mayor, de creciente perfección, hasta que no se necesitaron sino pocas personas para manejarlas. Luego debió llegar el gran día, el día supremo en que los elementos mecánicos reemplazarían incluso a estas pocas personas.

Sin duda fue un día triunfal. Máquinas que satisfacían todas sus necesidades, atendían a todos sus deseos, seguían todos sus caprichos mediante el sencillo acto de apretar un botón. ¡Debió ser la «utopía» hecha realidad!

Pero resultó ser una utopía amarga. En su ceguera e imprudencia, habían ido demasiado lejos para lograrla. En un momento dado, entre las máquinas que creían tener bajo su control, cayó una chispa de inteligencia. Una de las máquinas la recibió quizá secretamente; se formó y evolucionó hasta convenirse en una unidad de inteligencia inspirada, terriblemente eficaz. Y, guiadas por aquella inteligencia, fueron construidas otras máquinas sometidas a la misma. Lo demás debió ser sencillo: la rebelión y la victoria fácil.

Así imaginé la evolución del cerebro mecánico, que incluso en aquel momento lo dirigía todo desde su cúpula metálica.

Y el caparazón metálico del satélite... ¿no significaba que el pueblo alado esperaba una invasión? Incluso era posible que aquél no fuese el planeta originario del pueblo alado; quizás el viaje espacial no era una innovación entre las máquinas. Tal vez fue en uno de los lejanos planetas interiores donde el pueblo alado alcanzó la utopía que resultó ser una terrible Némesis; se habrían trasladado al planeta siguiente, sin imaginar que las máquinas iban a seguirlos; pero, unos años después, las máquinas lo hicieron. El pueblo alado seguiría huyendo y las máquinas tras ellos, en busca de nuevas esferas que conquistar. Por último, el pueblo alado llegó a aquel planeta y luego a su satélite; comprendiendo que pocos años después las máquinas volverían con toda su prepotencia, se habían protegido bajo la cubierta metálica.

Sin embargo, no huyeron a un lugar lejano y seguro del universo, como pudieron hacer fácilmente. Se quedaron; siempre a una esfera de distancia, sin duda planeaban el modo de barrer el mal que se extendía y que ellos habían desencadenado.

¡Tal vez la cubierta que rodeaba el satélite era una especie de trampa! Al pensar esto, recordé otra vez las máquinas-soplete y la eficacia mortal del globo que había visto, y mis esperanzas se desvanecieron.

Quizás algún día averiguasen cómo contener la extensión del peligro. Pero, por otra parte, las máquinas podían extenderse a otros sistemas solares, a otras galaxias, y algún día, dentro de un billón de años, llegar a ocupar todas las esferas de aquel universo...

Eso pensaba mientras yacía sobre el césped y observaba la llanura, el repiqueteo incesante y el continuo ir y venir de las luces en la oscuridad. Ya era muy pequeño; pronto, muy pronto, abandonaría aquel mundo.

Lo último que vi fue un grupo de globos espaciales, apenas perceptibles en la oscuridad. Entre ellos, uno más alto y voluminoso que los demás, no era difícil suponer cuál de las máquinas ocupaba ese globo.

Lamenté no haber hecho un intento más decidido por destruir aquel mecanismo malicioso, El Cerebro.

Así me alejé del mundo de máquinas, el mundo que era un electrón de un grano de arena, que era parte de un mundo prehistórico, que no era sino un electrón del portaobjetos de un microscopio, que existía en un mundo correspondiente, a un electrón de un lingote de Rehillio-X en la mesa del laboratorio del profesor.

Es inútil continuar. No tengo ni tiempo ni ganas de seguir relatando las aventuras que he vivido, los universos que he atravesado, las cosas que he visto, experimentado y aprendido en todos los mundos desde que dejé el planeta de las máquinas.

Ciclos cada vez más pequeños..., universos infinitos..., interminables..., cada uno de los cuales presenta algo nuevo..., una extraña variación de vida o inteligencia... ¿Vida? ¿Inteligencia? Términos que antaño asociaba con seres animados, seres protoplasmáticos e inteligibles. No creo que puedan abarcar a todas las divergencias de forma, figura y construcción que he encontrado...

Mundos Jóvenes..., cálidos..., volcánicos y humeantes..., la célula única emergiendo del cieno oceánico para propagarse por los continentes primitivos..., otros mundos, innumerables..., vida diferente en inacabables avalares..., glóbulos amorfos..., anfibios..., crustáceos..., reptiles..., vegetales..., insectos..., pájaros..., mamíferos..., todas las variaciones posibles, todas las combinaciones..., monstruos biológicos indescriptibles...

Formas que desafían todo intento de clasificación..., más allá de la razón o la comprensión de mi mente diminuta..., esencias de llama pura..., seres gaseosos, incandescentes e inmóviles..., formas vegetales invadiendo un globo completo..., seres cristalinos conscientes y pensantes..., grandes columnas resplandecientes, líquidas en apariencia, desafiando la gravedad mediante un extraño poder de cohesión..., un mundo de vibraciones sonoras, palpitante, en expansión, retumbando en ecos continuos que

estuvieron a punto de enloquecerme..., cerebros privados de organismo material..., seres intradimensionales amorfos o de todas las formas posibles..., entidades que escapaban a todos mis sentidos excepto el sexto, la intuición...

Soles agonizantes..., planetas fríos, oscuros y sin atmósfera..., últimos vestigios de razas antaño prósperas luchando por un plazo más de subsistencia..., grandes cavidades..., lechos de mares volatilizados..., pequeños animales peludos escabullándose para ocultarse cuando me acercaba..., desolación..., ruinas deshaciéndose bajo las arenas de desiertos yermos, mudos testigos de civilizaciones desaparecidas...

Otros mundos... florecientes de vida... pictóricos de luz y calor..., ciudades deslumbrantes..., grandes poblaciones..., unas naves surcando los océanos y otras el aire..., observatorios gigantescos..., tremendos progresos científicos.

Exploraciones espaciales..., luchas entre mundos por la supremacía..., rayos abrasadores..., choques de planetas..., destrucción de sistemas solares..., aniquilación cósmica...

Luz espacial..., un universo envuelto en algo tenue y membranoso cuando pasé... a mi alrededor veía, no la oscuridad de costumbre, sino luz... llena de minúsculos puntitos que eran globos de oscuridad..., soles apagados y planetas sin vida..., sin ningún planeta vivo, sin ningún sol resplandeciente... Sólo remotos puntos negros en un vacío estéril...

No sé cuántos ciclos atómicos infinitamente más pequeños habré atravesado. Al principio quise llevar la cuenta, pero entre el vigésimo y el trigésimo renuncié a ello; esto sucedió hace mucho.

Siempre pensaba: «Esto no puede durar siempre. Sin duda, la próxima vez llegaré al fin.»

Pero no he llegado todavía.

¡Señor! ¿Cómo puede existir un fin? Mundos compuestos de átomos... siempre análogos... El fin tendría que ser un sólido indivisible, y eso es absurdo; toda materia es divisible en partículas inferiores...

¿Qué me impide enloquecer? ¡Quiero enloquecer!

Estoy cansado..., un cansancio extraño que no es mental ni físico. La muerte sería una grata liberación de ese sino eterno que es el mío.

Pero incluso la muerte se me niega. La he buscado..., he rogado que viniera... Pero no es posible.

En los innumerables mundos con los que he entrado en contacto hay dos tipos de habitantes: aquellos cuya inteligencia era tan baja que huían y se escondían de mí, presas del horror supersticioso, o aquellos de un nivel intelectual tan alto que comprendían quién era yo y me acogían con satisfacción. Estos últimos sólo están en muy pocos mundos, y allí es donde moro brevemente.

Estos seres —o formas, monstruos o esencias— siempre eran mental y científicamente muy superiores a mí. Casi siempre me observaban durante años como una sombra oscura que se cernía más allá de las estrellas más lejanas, eclipsando algunos campos estelares y nebulosas..., y siempre que llegaba a sus mundos me daban la bienvenida con entusiasmo científico.

Invariablemente les desconcertaba mi encogimiento constante, y cuando se enteraban de mi origen y de cómo había llegado allí, se mostraban sorprendidos y excitados.

En la mayoría de los casos se alegraban al saber de cierto que existían grandes universos ultramacrocósmicos, al parecer todos habían postulado durante mucho tiempo tal teoría.

A menudo, aquellos seres o entidades —o lo que fueran— se sorprendían de que el profesor, uno de mis compañeros humanos, hubiera inventado un principio activo tan maravilloso como «Encogix».

«Casi increíble», era la opinión general; «si hemos de juzgar a los miembros de esa raza por el individuo que vemos —se referían a mí—, el profesor debe estar adelantado varios siglos sobre el resto de su planeta».

Aunque en casi todos los planetas me consideraban mentalmente inferior, no desdeñaban conversar conmigo y yo con ellos mediante muy variados métodos, que en su mayoría eran variantes de la telepatía, querían saber hasta los menores detalles y escuchaban con sumo interés todas mis explicaciones acerca de los demás universos. Respondían a todas mis preguntas y también me explicaban cosas sobre su universo, su mundo, su civilización y sus logros científicos, la mayoría de los cuales eran incomprendibles para mí, dado lo extraño de su naturaleza.

De todos los seres intrauniversales con los que conversé, los más raros fueron aquellas esencias que moraban en el espacio exterior lo mismo que en los planetas; no podía verlos sino como manchas vagas de vacío, faltas de luz, color y corporeidad, dejándome convencido de que eran Inteligencias Puras, muy superiores a cualquier plano material. No obstante, mostraron un interés hacia mí, acompañándome por varios planetas, revelándome muchas cosas y tratándome con suma amabilidad. Durante mi permanencia con ellas aprendí por la experiencia la absoluta subordinación de la materia a los poderes de la mente. En un mundo gigantesco y montañoso, monté sobre un delgado rayo de luz que abarcaba dos cumbres y deseé con toda mi voluntad no caer. Y no caí.

He aprendido mucho. Mi mente es mucho más lúcida, más penetrante, más comprensiva que antes. Y me esperan en los universos venideros enormes campos de asombro y conocimiento.

A pesar de ello, preferiría que todo terminase. El extraño cansancio que experimento... no logro comprenderlo. Quizás alguna radiación invisible del espacio vacío sea la causa de este cansancio.

O quizá se deba a que me siento muy solo. ¡Cuan lejos me hallo de mi propia esfera! Millones de millones..., trillones de trillones... de años-luz... ¡Años-luz! La luz no puede medir esa distancia, que no es distancia en realidad: estoy en un bloque de metal sobre la mesa del laboratorio del profesor...

¡Qué lejos he ido en el espacio y el tiempo, sin embargo! Han pasado años, muchos más de los que cubre un plazo normal de vida. Soy eterno.

Sí, la vida eterna... que los hombres han soñado... por la cual han rogado... y buscado... yo la poseo... ¡y sueño, ruego y busco la muerte!

La muerte. Todos los seres extraños que he conocido y con quienes he conversado me la han negado. A muchos he implorado que me liberaran sin dolor y para siempre, pero sin éxito. Muchos poseían medios científicos para detener mi encogimiento constante, pero no estaban dispuestos a hacerlo. Nadie quiso intervenir. ¿Por qué? Siempre les hice esa pregunta, pero no me contestaron.

Pero no necesito respuesta. Creo comprender. Estos seres dotados de sabiduría comprendieron que un ente como yo nunca debió ser... que soy una blasfemia contra natura... comprendieron que la vida eterna es algo terrible..., algo indeseable..., y como castigo por ahondar en secretos que nunca debían ser revelados, nadie me liberará de mi destino...

Quizá tengan razón pero... ¡es cruel! ¡Cruel! La culpa no es mía y estoy aquí contra mi voluntad.

Y por eso continúo siempre hacia abajo, solitario, añorando a otros de mi especie. Siempre esperanzado... y siempre decepcionado.

Así me alejé de un mundo de seres gaseosos altamente inteligentes; un mundo hecho de una materia muy enrarecida que lindaba con la nebulosidad. Cada vez más pequeño, fui alzado por un torbellino de la atmósfera y entré en un nuevo universo.

No sé por qué me sentí atraído por aquella minúscula y lejana mancha amarilla. Estaba cerca del centro de la nebulosa donde había entrado. No faltaban soles mucho más brillantes, más atractivos, mas cercanos. Aquel sol amarillo y minúsculo era insignificante, comparado con otros soles y cúmulos estelares que lo rodeaban, parecía insignificante y se perdía entre ellos. No puedo explicar por qué, estando tan lejos, me sentí empujado hacia él.

Pero la mera distancia, incluso a escala interestelar, ya no significaba nada para mí. Había aprendido de la Inteligencia Pura el secreto de la propulsión mediante la energía mental, y de este modo avanzaba por el espacio a cualquier velocidad que no excediera a la de la luz; dado que mi mente era incapaz de imaginar una velocidad más rápida que la de la luz yo, naturalmente, no podía superarla con mi cuerpo material.

En pocos minutos me acerqué al astro amarillo y vi que tenía doce planetas. Como aún era demasiado grande como para aterrizar en cualquier esfera, paseé por entre los otros soles, observando el curioso aspecto de aquel universo, pero sin perder de vista el pequeño sol amarillo que tanto me había intrigado. Y por último, mucho más pequeño, regresé hacia él.

De los doce planetas, uno me atrajo especialmente. Era pequeño y azul. No tenía demasiado importancia dónde aterrizara de modo que, ¿por qué escogí aquel entre los demás? Quizá sólo fuera un capricho, pero creo que la verdadera razón fue su resplandor azul claro; era como si me llamara, invitándome a acercarme. Era un fenómeno inexplicable; nunca me había pasado. Así que me acerqué a la órbita del planeta azul y bajé.

Como de costumbre, me quedé quieto unos momentos hasta ver dónde estaba. Entonces observé que había aterrizado en un gran lago o conjunto de lagos. A poca distancia, a mi izquierda, vi una ciudad de varios kilómetros de anchura, gran parte de la cual estaba anegada por la inundación que yo había provocado.

Con sumo cuidado, para no levantar más olas gigantescas, salí a tierra firme y el nivel del agua bajó un poco.

Poco después vi un grupo de cinco máquinas volando hacia mí; todas tenían dos alas perpendiculares a la estructura. Miré a mi alrededor y vi otras máquinas semejantes acercándose desde otras direcciones, siempre en grupos de cinco, formadas en V. Cuando estuvieron cerca empezaron a lanzarse y a precipitarse de un modo muy raro. Hacían un ruido agudo, y sentí en mi piel unos impactos como de minúsculos perdigones. Pensé que aquellos seres eran muy belicosos o quizá muy excitables.

El bombardeo continuó durante cierto tiempo y comenzó a parecerme bastante molesto. Aquellos minúsculos perdigones no podían hacerme ningún daño, ni siquiera lograban atravesar mi piel, pero el impacto me daba picazón. No me explicaba aquel ataque, a menos que estuvieran enojados por la inundación que había causado al aterrizar. En tal caso eran muy poco razonables, pensé; cualquier daño producido era totalmente involuntario, y ellos debían comprenderlo.

Iba a saber pronto que aquellas criaturas eran muy absurdas en muchas de sus actitudes y acciones; resultaron sorprendentes en más de un sentido,

Agité los brazos y entonces abandonaron su inútil bombardeo, aunque siguieron volando a mi alrededor.

Quise ver qué clase de seres manejaban tales máquinas. Aterrizaban y despegaban sin cesar de un ancho llano que tenían allí abajo.

Durante varias horas zumbaron a mi alrededor, mientras yo me hacía cada vez más pequeño. A mis pies vi largas cintas blancas que supuse eran caminos. Por ellos corrían diminutos vehículos; poco después éstos llegaron a ser tan numerosos que todos quedaron atascados. Una gran multitud se aglomeraba en los campos y no dejaba de aumentar.

Por fin mi tamaño me permitió distinguir mejor y observar detenidamente a los seres que habitaban aquel mundo. Entonces mi corazón dio un salto, pues se parecían un poco a mí en su estructura. Tenían cuatro miembros y se mantenían en posición erguida, aunque su método de locomoción consistía en saltitos espasmódicos, muy distintos del suave deslizamiento de los de mi especie. Sus rasgos también eran algo diferentes (me parecieron grotescos), pero la única diferencia fundamental entre ellos y yo era que sus cuerpos parecían más espigados, de sección aproximadamente ovalada y muy delgados, yo diría frágiles.

Entre los miles reunidos allí, había quizás una veintena que parecían ostentar autoridad. Viajaban a lomos de animales de cuatro patas y aspecto ridículo, y parecían tener dificultades en dominar a la excitada multitud. Yo, por supuesto, era el motivo de su excitación; mi presencia parecía haber provocado allí más consternación que en otros mundos.

Luego se abrió un corredor entre la multitud, y uno de los pesados vehículos de cuatro ruedas se acercó por el camino hasta donde yo estaba. Supuse que pretendían hacerme entrar en aquel recipiente parecido a una caja, con que lo hice y fui transportado con mucho baqueteo y sacudidas hacia la ciudad que había visto. Pude oponerme a aquel trato desconsiderado, pero comprendí que aún era muy grande y que probablemente no tenían otro modo de transportarme.

Estaba muy oscuro y en la ciudad resplandecían miles de luces. Me condujeron a un edificio y, en seguida, muchos individuos importantes se acercaron a observarme.

Ya he dicho que mi mente era mucho más aguda que antes, de modo que no me sorprendió notar que podía leer sin mucha dificultad los pensamientos de aquellos seres. Supe que eran científicos venidos de otras ciudades cercanas —la mayoría en máquinas aladas, a las que llamaban «aeroplanos»— cuando se enteraron de mi llegada. Hacía muchos meses que estaban seguros de que yo aterrizaría. Me habían observado a través de sus telescopios y discutieron acerca de mí durante la espera, comprendí que estaban muy desconcertados, y que sabían de mí tan poco como al principio.

Aunque aún era muy grande, estaba empequeñeciendo, y esto era lo que más los desconcertaba, lo mismo que había ocurrido en los demás mundos. La segunda cuestión que les preocupaba era de dónde provenía.

Las hipótesis variaban. Estaban seguros de que venía de muy lejos. ¿Urano? ¿Neptuno? ¿Plutón? Supe que éstos eran los nombres de los planetas externos de su sistema. No, dedujeron; yo debía venir de mucho más lejos. ¡Quizá de una galaxia remota de su universo! Sus mentes vacilaban ante esta idea. Pero ¡qué lejos se hallaban de la verdad!

Me hablaron en su idioma y parecieron comprender que era inútil. Aunque yo comprendía cuanto decían y todo lo que pasaba por sus mentes, ellos no podían saberlo, pues no sabía cómo responderles. En vista de que sus mentes parecían totalmente cerradas a todos mis intentos de comunicación mental, renuncié a ello.

Luego conversaron entre ellos y leí impotencia en sus mentes. También comprendí, mientras discutían, que me consideraban un ser aborrecible, un monstruo. Y, cuando indagué en sus cerebros, descubrí otras muchas cosas.

Averigüé que el instinto más fuerte de aquella raza le inducía a considerar todos los hechos y fenómenos no naturales con suspicacia, incredulidad y prejuicios.

Descubrí que estaban muy orgullosos de sus éxitos en cuanto a los avances científicos e inventos. Sus astrónomos no habían profundizado mucho en el espacio exterior, pero a ellos les parecía que abarcaban una gran distancia; como no habían encontrado indicios de vida inteligente en ninguna de las esferas inmediatas, se precipitaban a deducir que su especie de vida era la dominante de aquel sistema solar y, quizás —era un quizá dudoso—, en todo el universo.

El concepto que tenían de un universo era extraño. Ciertamente que habían llegado a la teoría de un universo en expansión y, al menos en esto, no se equivocaban, como supe al recordar el mundo anterior que había abandonado: la bocanada giratoria de atmósfera gaseosa en dilatación, de la cual aquella minúscula esfera azul era una partícula. Sí, en efecto, su teoría de un «universo en expansión» era correcta. Pero muy pocos de sus pensadores iban más allá del universo inmediato, lo bastante lejos para vislumbrar, siquiera remotamente, la vasta verdad.

Sí, tenían extensas ciudades. Había visto muchas desde mi altura, mientras me cernía sobre su mundo. Entonces pensé que se trataba de una gran civilización. Pero ahora sé que las grandes ciudades no son sinónimo de grandes civilizaciones. Me decepcionó lo que hallé, y ni siquiera puedo explicar esa decepción, pues aquella esfera azul no significa nada para mí y pronto habré desaparecido en mi viaje eterno hacia abajo...

Leí muchas cosas en las mentes de sus científicos: preguntas claras y concisas, preguntas confusas y remotas, pero ellos jamás podrán saberlo.

Leí una idea en la mente de uno de los seres, que se alejó y regresó poco después con un aparato compuesto por cables, unos auriculares y un disco plano giratorio. Habló a través de un instrumento, una especie de amplificador. Poco después llevó un instrumento puntiagudo sobre el disco giratorio y oí reproducidos sonidos idénticos a los que había emitido. Un método muy burdo, pero eficaz a su modo. Deseaban registrar mi discurso, para tener al menos algo que estudiar cuando yo me hubiera ido.

Traté de pronunciar algunas palabras de mi antiguo idioma a través del instrumento. Creía que nada podía ya sorprenderme, pero entonces vi que estaba en un error. No ocurrió nada, sino que no podía hablar. Ni en el viejo y cotidiano idioma que conocía desde siempre, ni en otro. Me había comunicado por transferencia mental en tantos mundos que había perdido mi poder de articulación.

Quedaron decepcionados. No lo lamenté, pues ellos jamás habrían podido descifrar un idioma tan absolutamente extraño como el mío.

Entonces recurrieron a las matemáticas, que rigen lo mismo para éste como para los demás universos. El molde matemático en que fue vertido el Todo eterno al comienzo, y al que ha seguido ajustándose desde entonces. Sacaron un gran diagrama que mostraba aquella y otras galaxias. Luego trazaron un círculo —algo comprensible en cualquier universo— sobre un panel negro adosado a la pared, y a su alrededor diez círculos más pequeños. Evidentemente, era su sistema solar, aunque no pude comprender por qué dibujaron sólo diez círculos si, desde el espacio exterior, yo había visto doce planetas. Luego dibujaron un punto minúsculo en el gráfico, que equivalía a la posición de aquel sistema en su galaxia. Luego me dieron el gráfico.

Era inútil. Totalmente imposible. ¿Cómo podría señalar mi universo, para no hablar de mi galaxia y mi sistema solar, mediante métodos tan insignificantes? ¿Cómo decirles que mi universo y mi planeta eran tan infinitamente grandes, que los *suyos* resultaban prácticamente inexistentes? ¿Cómo explicarles que su universo no estaba *fuera* del mío sino en *mi planeta*? Era parte de un bloque de metal en una mesa de laboratorio, en un grano de arena, en los átomos del cristal del portaobjetos de un microscopio, en una gota de agua, en una brizna de césped, en un poquito de fuego apagado, en un millar de variaciones de elementos y sustancias que yo había atravesado y, por último, en una bocanada de gas que era la causa de su «universo en expansión». ¡Aunque hubiera podido conversar con ellos en su propio idioma, no habría logrado hacerles comprender la enormidad del esquema de los mundos, cuando ellos eran sólo un electrón de un átomo en uno de los trillones de trillones de moléculas de un mundo infinitamente mayor! Esta noción habría hecho estallar sus mentes.

Resultaba evidente que jamás lograrían entrar en comunicación conmigo, ni yo con ellos; empecé a perder la paciencia. Deseaba salir de aquel edificio sofocante, hallarme bajo el cielo nocturno, libre y sin estorbos, en el vasto espacio que era mi morada.

Al ver que no hacía intención de señalar en el gráfico de qué parte de su insignificante universo provenía, los científicos volvieron a discutir entre sí, y me sorprendió el rumbo de sus pensamientos.

¡Habían llegado a la conclusión de que yo era un monstruo del espacio exterior, que de algún modo había llegado allí, y que mi lugar en la escala de la evolución era demasiado inferior al suyo para intercambiar ideas conmigo mediante el lenguaje oral (pensaron que yo no lo poseía) o por señales (que aparentemente yo no podía comprender, por salvaje)! ¡Llegaron unánimemente a esta conclusión! ¡Y sólo porque yo no había pronunciado sonido alguno que ellos pudieran registrar, y porque el diagrama de su universo era para mí totalmente insignificante! ¡En ningún momento se les ocurrió pensar que podía ser cierto lo contrario, que yo podría conversar con ellos si sus mentes no fueran demasiado débiles para captar mis pensamientos!

Reaccioné con disgusto ante aquellas conclusiones apresuradas de sus mentes primitivas, disgusto que dejó paso a una antigua emoción: la ira.

Y cuando aquel estallido impulsivo y creciente de ira inundó mi mente, ocurrió algo extraño: todos los científicos que estaban ante mí cayeron al suelo en estado de inconsciencia.

En efecto, mi mente era mucho más penetrante que antes. Sin duda, mi acceso de ira había originado ondas inmatrimales golpeando los centros de sus conciencias con fuerza suficiente para dejarlos insensibles.

Me alegré de haber terminado con ellos. Abandoné el edificio, salí a la noche espléndida, bajo las estrellas, y eché a andar por la calle con intención de alejarme de la ciudad. Quería abandonarla, abandonar aquel mundo y el pueblo que lo habitaba.

Mientras avanzaba por las calles, todos los que me vieron me reconocían de inmediato y casi todos huyeron irracionalmente para ponerse a salvo. Un grupo montado en uno de los vehículos trató de cortarme el paso, pero ejercí contra ellos el poder de mi ira; cayeron sin sentido y el vehículo se estrelló contra un edificio, quedando destruido.

Pocos minutos después dejé atrás la ciudad y enfilé una de las carreteras, sin rumbo determinado; pero nada me importaba, salvo estar libre y solo, como debía ser. Sólo me quedaban unas pocas horas en este mundo.

Y luego el sentimiento volvió a apoderarse de mí; aquel extraño sentimiento que ya había experimentado dos veces: cuando escogí el minúsculo sol anaranjado entre millones y cuando me dirigí a aquel pequeño planeta azul. Ahora lo experimentaba por tercera vez, más intenso que nunca, y supe que tenía algún propósito muy definido. Era como si algo, algún poder desconocido, me atrajera irresistiblemente hacia él; no podía rechazarlo, ni deseaba hacerlo. Esta vez lo noté muy fuerte y muy próximo.

Entre la oscuridad del camino, vi una luz a cierta distancia y a la izquierda y supe que debía dirigirme hacia ella.

Al acercarme vi que procedía de una casa medio oculta en el fondo de una arboleda y me acerqué sin dudar. La noche era cálida, y un par de ventanas dobles dejaban ver una sala bien iluminada, donde estaba un hombre.

Entré y permanecí inmóvil, ignorando por qué me había sentido atraído hasta allí.

El hombre me daba la espalda. Estaba sentado ante un instrumento cuadrado y con botones y parecía escuchar con atención alguna noticia que salía de él. Los sonidos de la caja eran ininteligibles para mí, por lo que concentré mi atención en leer la mente del hombre mientras escuchaba, y no me sorprendió averiguar que las noticias se referían a mí:

—...se han exagerado algo las bajas, aunque los daños materiales ascienden a millones de dólares —decían las noticias emitidas por la caja—. Cleveland sufrió el golpe más duro, aunque no inesperado, ya que las calculadoras astronómicas habían calculado con bastante exactitud el radio de peligro. El ser extraterrestre se posó en el lago Erie, a pocos kilómetros de la ciudad. Las aguas se desbordaron e inundaron cerca de una tercera parte de la zona urbana antes de retroceder; por fortuna, la mayoría de la población obedeció a las advertencias evacuando la región... todas las ciudades lacustres de la vecindad han comunicado grandes daños materiales, por el este hasta Erie y por el oeste hasta Toledo, habiéndose producido grandes inundaciones... Todos los aparatos de las Fuerzas Aéreas que estaban disponibles acudieron por si el extraterrestre daba muestras de hostilidad... Los científicos que hace meses predijeron el aterrizaje del ser contrataron inmediatamente aviones para trasladarse a Cleveland... A pesar de los cordones policiales y de milicianos, la muchedumbre se abrió paso penetrando en la zona. Una hora después del aterrizaje, todas las carreteras estaban atascadas... Durante varias horas, los científicos rodearon y examinaron a la criatura desde aviones, mientras proseguía su increíble, encogimiento... Según las indicaciones que poseemos, a excepción de su gran torso acampanado, la anatomía de la criatura es sorprendentemente perfecta... Una declaración oficiosa del doctor Hilton U. Cogsworthy, de la Sociedad de Biología Alleghany, afirma que semejante ser *no es tal*. Que no puede existir. Que todo el asunto es el resultado de algún tipo de hipnosis colectiva a escala gigantesca. Naturalmente, no podemos aceptar esa explicación... Muchas personas desearán creer en la teoría de la «hipnosis, colectiva» y es posible que lo hagan; pero quienes hayan visto y fotografiado desde todos los ángulos al extraterrestre saben que existe y que su encogimiento constante continúa... El profesor James L. Harvey, de la Universidad de Miami, ha sufrido un acceso de enajenación mental transitoria y está recibiendo tratamiento médico. En cambio, los curiosos habituales que fueron testigos del aterrizaje parecen más resistentes... Las últimas noticias aseguran que el extraterrestre, que todavía es muy grande, ha sido trasladado con una fuerte guardia al Instituto de Investigaciones Científicas de Cleveland, donde se han reunido los sabios más famosos al este del Mississippi... Esperamos nuevas informaciones...

La voz de la caja calló y, mientras yo seguía leyendo la mente del hombre que me daba la espalda, noté que meditaba profundamente sobre lo que acababa de oír. Y en la mente de aquella persona había algo enigmático para mí. Su inteligencia era superior a la de sus semejantes, y poseía ciertos conocimientos científicos básicos, aunque comprendí que no era un sabio, sino un escritor profesional, alguien que consignaba «acontecimientos» ficticios por escrito para que otros pudieran comprenderlos y disfrutarlos.

Cuando tanteé en su mente quedé sorprendido por la poderosa imaginación que poseía, cualidad de la que carecían por completo aquellos otros, los científicos. Y supe que por fin había hallado a alguien con cuya mente podía establecer comunicación... alguien distinto de los demás... capaz de calar más hondo... que ya estaba muy cerca de la verdad. Alguien que pensaba: «...esta rara criatura que ha aterrizado aquí... extraña a todo lo que hemos conocido... ¿no podría ser extraña incluso a nuestro universo? Ese raro encogimiento... a partir de tal fenómeno podríamos llegar a la conclusión de que ha recorrido una distancia inconcebible... Su encogimiento pudo comenzar hace cientos, miles de años... y si lográramos comunicarnos con ella antes de que abandone para siempre la Tierra... ¡cuántas cosas insólitas podría decirnos!»

La voz volvió a salir de la caja, interrumpiendo estas meditaciones:

—¡Atención! ¡Últimas noticias! El extraño ser espacial trasladado al instituto de Investigaciones Científicas para ser sometido a observación ha escapado después de emitir una especie de fuerza mental invisible que dejó inconscientes a cuantos se hallaban dentro de su alcance. El extraterrestre fue visto por algunas personas después de abandonar el

edificio. Un coche patrulla de la policía se estrelló a consecuencia de la «fuerza mental» de dicho ser, y tres policías sufren lesiones, aunque no de gravedad. Se le ha visto abandonando la ciudad hacia el oeste; se ordena a todos los habitantes de la región que estén atentos y denuncien inmediatamente su eventual aparición.

La caja calló de nuevo y volví a sondear la mente del hombre, con más profundidad, deseando establecer un contacto que permitiera la comunicación mental.

Por último debí despertar algún instinto mental oculto, pues se volvió sobresaltado, derribando la silla. En su rostro se leía sorpresa y en sus ojos algo que me pareció temor.

—No se asuste —transmití—. Siéntese.

Noté que su mente no había captado mi pensamiento. Pero por mi actitud debí comprender que no le haría daño, ya que volvió a sentarse. Entré en la sala y me detuve frente a él. El miedo había desaparecido de sus ojos y me miraba con atención, apretando con las manos los brazos del sillón.

—Sé que le gustaría saber algo más de mí —transmití por telepatía—, cosas que otros, sus científicos, han intentado averiguar..

Leí su mente y comprendí que no había recibido mi mensaje, por lo que tanteé más a fondo y volví a emitir la misma idea. Esta vez me entendió y en sus ojos apareció una expresión de inteligencia.

Dijo en voz alta:

—Sí.

—Sus científicos —proseguí— jamás habrían creído ni comprendido mi historia, aunque sus mentes pudieran recibir mis pensamientos, pero esto es imposible.

También recibió y comprendió este pensamiento, pero noté que en su mente había una gran tensión y no podría soportarla mucho rato.

—Su mente es la única con la cual puedo intercambiar pensamientos, pero flaquea bajo esta tensión desacostumbrada —continué—. Me gustaría dejarle mi historia, pero así es imposible. Puedo someter su mente a una influencia hipnótica e imprimir mis pensamientos sobre su subconsciente; creo que podrá registrarlos. Pero debe darse prisa; sólo me quedan pocas horas de estancia, y su plazo de vida no le alcanzarla para registrar todo lo que puedo contar.

Leí una duda en su mente. Pero sólo vaciló un instante. Luego se levantó y anduvo hasta una mesa donde había un rintero de hojas blancas y lisas, así como un instrumento afilado y con punta —una pluma—, con lo que por lo visto se disponía a reflejar mis pensamientos en las palabras de su idioma.

—Estoy listo —fue el pensamiento de su mente.

Así he narrado mi historia. ¿Por qué? No lo sé, sino que deseaba hacerlo. De todos los universos por donde he pasado, sólo en esta esfera azul hallé criaturas que se parecieran remotamente a mí. Y me defraudaron; ahora sé que nunca encontraré otros de mi especie. Nunca, a menos que...

Tengo una teoría. ¿Dónde está el comienzo o el fin del Todo eterno que he recorrido? ¿Y si no existieran? Supongamos que, después de recorrer otros ciclos atómicos, entrase en un universo que me pareciera relativamente conocido, que hallase cierta galaxia conocida y me acercara a cierto sol, cierto planeta... para descubrir que me hallaba de nuevo donde comencé hace tanto tiempo: ¡en mi planeta, donde encontraría al profesor en el laboratorio, recibiendo aún mis impresiones auditivas y visuales! Una teoría delirante, absurda. Jamás ocurrirá.

O supongamos que después de dejar esta esfera —después de descender a otro universo atómico— decidiera no posarme en ningún planeta. ¿Y si permaneciera en el espacio vacío, mientras mi tamaño sigue disminuyendo sin cesar? Supongo que sería un modo de

terminar con todo. ¿O no? ¿Acaso mi cuerpo no es materia, y acaso la materia no es infinita, ilimitada y eterna? Entonces ¿cómo alcanzaría una «nada»? Es inútil. Soy eterno. Mi mente también debe ser eterna pues, de lo contrario, habría claudicado hace mucho tiempo ante estas nociones.

Soy tan pequeño que mi mente pierde contacto con la mente del que está sentado ante mí, escribiendo estas ideas en las palabras de su idioma, aunque su mente se halla bajo los efectos hipnóticos de la mía y ni siquiera sabe lo que escribe. He subido a la mesa y me he colocado junto al montón de páginas que ha escrito, a fin de acercar mi mente a la suya. ¿Por qué deseaba yo prolongar el contacto mental durante otro instante? Mi historia ha terminado, no hay nada más que decir.

Nunca encontraré a otros de mi especie... estoy solo... creo que muy pronto, de algún modo, intentaré poner fin a esto...

Ahora soy muy pequeño... La hipnosis ha comenzado a perder su poder... ya no puedo dominarlo... el contacto mental se va rompiendo...

Epílogo

Servicio Nacional de Prensa por Radio, 29 septiembre de 1937 (del «Daily Clarion» de Cleveland): Hoy se cumple exactamente un año del día que nunca será olvidado en la historia de este planeta. Ese día llegó un extraño visitante... y partió.

El 29 de septiembre de 1936, a las 3.31 de la tarde, el ser del espacio exterior llamado en adelante «El Forastero» aterrizó en el lago Erie, cerca de Cleveland, provocando menos destrucción y terror que desconcierto y asombro, ya que los científicos han fracasado en sus intentos por explicar su procedencia y desvelar el secreto de su extraño encogimiento.

Ahora, en el aniversario de ese día memorable, presentamos al público un documento muy extraño e interesante, que pretende ser un relato verdadero y una historia de ese fenómeno extraño, El Forastero. Hace pocas fechas, Stanton Cobb Lentz, famoso autor de *La respuesta a las épocas* y otros libros serios, además de muchos cuentos y obras de ese tipo de literatura ampliamente popular llamada ciencia-ficción, nos presentó dicho documento.

Ya han leído el mencionado documento. Aunque somos muy escépticos en cuanto a su autenticidad, publicamos la obra del señor Lentz y dejamos que usted, lector, juzgue si la historia le fue narrada del modo expuesto por El Forastero, o si se trata sólo de un producto de la fértil imaginación del señor Lentz.

«La tarde del 29 de septiembre del año pasado —declara el señor Lentz— salí de la ciudad como muchas otras personas, advertido de una probable ola gigantesca que podía alzarse si El Forastero aterrizaba en el lago. Miles de personas estaban reunidas a siete u ocho kilómetros al sur, y desde allí observamos la enorme forma en lo alto, tan gigantesca que eclipsó la luz del Sol y produjo en esa parte del país un eclipse parcial. Pareció acercarse lentamente hasta que, aproximadamente a las 3, comenzó su descenso. El choque al sumergirse en las aguas del lago se oyó en varios kilómetros a la redonda, pero hasta después no supimos la magnitud de la inundación. Después del aterrizaje se produjo una gran confusión y excitación cuando llegaron los aviones de combate y comenzaron a bombardear estúpidamente al extraterrestre. Toda la región estaba tan agitada que me costó varias horas difíciles regresar a mi casa. Allí escuché los partes de lo acontecido durante las últimas horas.

»No tengo inconveniente en admitir que me asusté cuando tuve la extraña sensación de que alguien se hallaba a mi espalda, y al volverme vi a El Forastero en mi sala. Por supuesto que me asusté. Había visto a El Forastero cuando medía entre ciento cincuenta y ciento ochenta metros de estatura, aunque desde lejos. Pero ahora medía cerca de tres

metros y estaba delante de mí. Pero mi temor sólo fue momentáneo, pues algo pareció embargar mi mente y serenarla.

»Luego, aunque no oí sonido alguno, tuve conciencia de este pensamiento: "Sé que le gustaría saber algo más de mí, cosas que otros, sus científicos, han intentado averiguar".

»¡Eso era telepatía! A menudo había empleado este recurso en mis relatos, pero jamás pensé conocer este medio de comunicación en la realidad. Pero así era.

»"Sus científicos jamás habrían creído ni comprendido mi historia, aunque sus mentes pudieran recibir mis pensamientos, pero esto es imposible", fue el pensamiento siguiente. Entonces empecé a sentir una gran tensión en mi mente y supe que no podría soportarla mucho más.

»En seguida me comunicó que relataría su historia a través de mi subconsciente, y que suponía ser éste un medio para registrarla en mi propio idioma. Dudé un instante y comprendí que el tiempo volaba y jamás tendría una oportunidad semejante. Me acerqué a mi escritorio, donde aquella mañana había estado trabajando en un manuscrito. Había papel y tinta en cantidad suficiente.

»Lo último que recuerdo es que alguna fuerza parecía apoderarse de mi mente; luego sufrí un mareo terrible y el cielo pareció caer sobre mí.

»No parecía haber transcurrido tiempo alguno cuando mi mente recuperó sus facultades normales; pero ante mí, sobre el escritorio, quedaba un rintero de papel para manuscritos escrito de mi puño y letra. Y esto es algo que a muchas personas les parecerá increíble: sobre esos papeles escritos se hallaba El Forastero, cuya altura apenas alcanzaba los cinco centímetros, y que evidentemente seguía disminuyendo. Fascinado por completo, observé la transformación que se desarrollaba ante mis ojos, hasta que El Forastero fue totalmente invisible. Había bajado desde la hoja de papel más alta de mi escritorio...

»Ahora comprendo que el documento precedente y mi explicación serán acogidas de muy diversas maneras. He esperado un año entero antes de publicarlo. Si lo prefieren, acéptenlo como una obra de ficción. Quizás algunos comprendan su verdad o al menos su verosimilitud, aunque la gran mayoría decidirá, sin duda, que todo es una maquinación de mi fantasía; se dirá que, aprovechando el aterrizaje de El Forastero escribí el relato adaptado a la ocasión, tomando a El Forastero como tema principal. Esto pensarán muchos, teniendo en cuenta que la mayoría de mis relatos de ciencia-ficción satirizan a la humanidad y su ciencia, su civilización y sus logros tan cacareados, siempre con ironía, como corresponde. ¡Entonces habría aparecido El Forastero, para echarnos una ojeada y llegar a la conclusión de que se siente muy decepcionado, por no decir que le repugnamos!

»No obstante, deseo aducir algunos hechos que contribuyen a demostrar la autenticidad del manuscrito.

»Primero: durante cierto tiempo después de despertar de la hipnosis, padecí un extraño vértigo, aunque mi mente se hallaba muy clara. Después de que El Forastero desapareciera llamé a mi médico, el doctor C.M. Rollins. Después de hacerme un reconocimiento y algunas pruebas mentales, se mostró muy desconcertado. No lograba diagnosticar mi caso; mi mareo era secuela de un tipo de hipnosis desconocido para él. No le expliqué nada, limitándome a contarle que durante los últimos días no me había sentido bien.

»Segundo: tenía los músculos de la mano derecha tan agarrotados por escribir largas horas sin descanso, que no podía abrir los dedos. Le dije que había trabajado durante horas en los capítulos finales de mi última obra, y el doctor Rollins dijo: "Hombre, estás loco." El proceso de relajar mis músculos fue doloroso.

»El doctor Rollins confirmará estas aseveraciones.

»Tercero: al releer el manuscrito constaté que mi letra se hace vacilante e irregular hacia los últimos párrafos, hasta terminar en garabatos casi indescifrables, pues el contacto de El Forastero con mi mente se debilitaba.

Antología de Ciencia Ficción 2003

»Cuarto: ofrecí el manuscrito al señor Howard A. Byerson, editor de obras de ficción del Servicio Sindical de Periódicos Nacionales. Esto puede ser fuente de equívoco. Algunos días después me dijo: "Señor Lentz, he leído su relato y, por cierto, llega en un momento adecuado, en el aniversario del aterrizaje de El Forastero. Ha tenido una buena idea sobre el origen de El Forastero, aunque demasiado fantástica. Hablemos del precio, de todos modos; naturalmente, colocaremos su relato en nuestra cadena de Periódicos Nacionales y..."

»"Se equivoca", repliqué. " No es un relato sino la auténtica historia de El Forastero, tal como él me la contó y deseo que esto quede claro; si es necesario redactaré una nota explicativa para que sea publicada con el manuscrito. Además, no le vendo los derechos de publicación, sino que me limito a entregarle el original, como medio más rápido y seguro de divulgarlo entre el público."

»"¿Habla en serio? Un oportuno relato de Stanton Cobb Lentz, en la víspera del aniversario del aterrizaje de El Forastero, es una gran ocasión y usted..."

»"Ni pido ni aceptaré un centavo por el documento", aseguré; "ahora lo tiene usted. Es suyo, haga con él lo que considere más adecuado."

»Un recuerdo que siempre me acompañará es mi última visión de El Forastero, la última vez que fue visto en esta tierra, mientras desaparecía en pequeñez infinita sobre mi escritorio, levantando los brazos y agitándolos como en señal de despedida...

»Y aunque el relato verídico y la historia de El Forastero arriba expuestos sean acogidos como ficticios, yo estoy convencido de que un septiembre no tan lejano, un ser de alguna esfera infinita de arriba aterrizó en esta Tierra... y se fue.»

Ron Goulart - EL ROMANCE DEL DOCTOR TANNER

—Tal como lo suponía —dijo el hombre-lagarto de guardapolvo blanco.

Dio una pitada a su pipa y añadió:

—Bien; éste es mi consejo...

—¿Qué le dirá el doctor Tanner a Jenny? ¿Y en qué medida afectará eso su ya embrollado idilio con Nana? No se pierda mañana este dramático episodio de *El romance del doctor Tanner*, que llega a ustedes por gentileza del gobierno del Territorio Fenómeno. Buenas tardes.

El locutor humano sonrió y señaló la bandera territorial que estaba sobre la pared, a sus espaldas.

Ted Gonzalves, un hombre delgado y moreno de treintinueve años, desvió sus ojos de la segunda pantalla de televisión que había sobre su escritorio forrado de tweed hacia una tercera pantalla. Allí estaba su rubia y esbelta esposa.

Ted apagó el sonido del espectáculo y se volvió hacia su mujer.

—Hola, Nancy —dijo—. ¿Viste el programa de hoy?

Nancy movió negativamente la cabeza.

—Tuve mis propios problemas hoy, Ted.

Cambió de postura en la silla de lana de la sala.

—Primero prométeme que no vas a dar alaridos ni vas a perder la calma —dijo.

La pantalla de televisión número uno se encendió y apareció un hombre-lagarto enfundado en un traje de golf de poliéster esbozando una sonrisa forzada y nerviosa.

—Lazlo Woolson está en el otro pixófono, Nan. Espera un momento —le dijo Ted a su esposa.

Bajó el sonido de la tercera pantalla y dio paso a la voz de su superior inmediato.

—Creí que te había dicho que eliminaras todo ese asunto del trasplante de órganos —dijo el ejecutivo de la red territorial.

—Queda eliminado a partir de hoy —dijo Ted—. Al finalizar el episodio de ayer dejamos al doctor Tanner con una mano en el estómago del tipo. Lleva algún tiempo sacarlo de ciertas situaciones, Lazlo.

—Estuve jugando al golf con el vicepresidente McKinney y está muy...

—¿Quién es el vicepresidente McKinney?

—El vicepresidente de la Red del Territorio Fenómeno —replicó el ejecutivo lagarto—. Nuestro patrón.

—¿Y qué pasó con el vicepresidente Reisberson?

—Se fue hace aproximadamente dos semanas, Ted —dijo Woolson—. ¡Ustedes los escritores! Ninguno de ustedes está al tanto de nada. Eso es precisamente lo que estuve tratando de explicarle a Baixo ayer por la noche.

—A él sí que lo conozco. Baixo es el presidente de Territorio Fenómeno.

—El primer ministro —lo corrigió el hombre-lagarto—. Hubo una redistribución de funciones la semana pasada, Ted. ¿No lees ninguno de mis memorandos?

—Mira, Lazlo, nos pasamos tanto tiempo revisando al doctor Tanner últimamente que bien pude retrasarme un poco en la lectura de los memos.

—Baixo quiere que nuestro teleteatro tenga más mensaje antibienestar —dijo el ejecutivo de la emisora—. McKinney quiere más sexo.

—¿En quiénes? ¿En los actores lagartos o en los humanos?

—En ambos —dijo Woolson—. Según McKinney (y reconozco que tiene razón), te perdiste la oportunidad de desarrollar una estupenda escena de sexo cuando el doctor Tanner tenía a Rosemarie en la cama.

—Pero ahí era donde Baixo quería meter el aviso sobre el nuevo impuesto adicional.

—El doctor Tanner bien podía acariciarle la rodilla a Rosemarie mientras exponía los nuevos planes impositivos del gobierno.

—¡Qué! ¿Y dejar caer los gráficos?

—Tengo que ir al club ahora, Ted —dijo Woolson—. Piensa en lo que te dije; te enviaré un memorando.

Ted miró de nuevo a su esposa: tenía las manos, largas y delgadas, apoyadas sobre la falda, con los dedos entrelazados.

—¿Prometido? —repitió ella en cuanto volvió el sonido.

Ted asintió.

—Estoy demasiado cansado para ponerme a gritar. ¿Qué pasa?

—El coche.

—¿Qué coche?

—El terrestre, el que uso para hacer las compras y otras diligencias.

—¿Qué ocurrió? ¿Un accidente?

—Se lo llevaron los nergos.

—¿Se lo llevaron los nergos?

—Estás dando alaridos ¿no?

—Estoy gritando, nada más —replicó Ted—. ¿Los nergos? ¿Esas criaturas peludas y enormes, parecidas a los monos, que habitan las tierras vírgenes de los confines del territorio? ¿Te refieres a *esos* nergos?

—¿Acaso hay alguna otra clase de nergos? —dijo su linda y pálida esposa—. Sí, me refiero a éstos; una media docena de ellos cayó en la playa de estacionamiento de la embajada y se llevaron nuestro coche al páramo.

—¿Qué estabas haciendo en la embajada de Barnum, Nancy?

Su mujer bajó la vista y la clavó en sus rodillas.

—Me gusta mirar los murales con fotografías de Barnum; es nuestro planeta nativo, después de todo.

—¿No te estarás viendo con alguien allí?

Nancy empezó a sollozar en silencio.

—No me importa que des alaridos por lo que hago, pero no me acuses por lo que no hago.

Ted suspiró profundamente, mirando con desaprobación el nuevo teleteatro que se estaba desarrollando en esos momentos en la pantalla de su monitor.

—¿Seis nergos?

—Según testigos oculares —dijo su bella esposa—. Los nergos no saben manejar, ya lo sabes.

—Sí, eso es casi todo lo que sé de este planeta, y ya hace casi un año que estamos aquí.

—Si no me equivoco, a los nergos les gusta usar los coches terrestres para hacer sus nidos en el interior, y a veces para celebrar sus rituales religiosos, elementales y bastante primitivos —continuó Nancy— Bryson me explicó algunas de sus costumbres.

—¿Bryson Jiggs? ¿Quieres decir que el embajador asociado de Barnum en Murdstone estaba, por casualidad, paseando por la playa de estacionamiento de la embajada, dando cátedra sobre las costumbres y hábitos de los nergos?

—No. Salió cuando escuchó las sirenas.

—¿Qué sirenas?

—Cuando me dijeron lo que había sucedido, me desmayé, y una señora lagarta muy amable, que venía con seis nietitos amorosos para mostrarles las fotos, llamó una ambulancia.

—¿Estás segura de que no fuiste allí para encontrarte con Bryson Jiggs?

—Sí, lo estoy —respondió su rubia esposa—. Nuestra compañía de seguros dice que la póliza no cubre el riesgo de los nergos, debido a sutilezas religiosas. De modo que tenemos que alquilar un servicio de rescate que vaya al páramo y nos traiga de vuelta el coche o bien olvidarnos del asunto.

—¿Olvidarnos de un coche de 2.500 dólares?

Ted golpeó la mesa del escritorio con la suficiente fuerza como para que le quedara la trama del tweed marcada en el puño.

—O pagar un servicio de rescate de 400. Estuve averiguando y es lo más barato que se puede conseguir, y no incluye descontaminación, lavado y lustre.

—Voy a pensarlo —dijo Ted—. Lo charlamos esta noche.

—¿Vas a trabajar hasta tarde?

—No más de las ocho probablemente —dijo Ted a su esposa—. Tengo que incluir la posición del gobierno sobre el bombardeo de Territorio Túmulo en los próximos tres libretos, lo que significa cortar o reescribir todas las escenas de relleno. Te veré después de las ocho. Y no vayas más a rondar por la embajada.

—No sé cómo. Los nergos tienen mi medio de transporte fundamental.

Ella apagó el pixófono.

Ted se levantó para ir a hablar con el doctor Tanner.

Andy Bock, el hombre-lagarto verde, de hombros redondeados que desempeñaba el papel protagónico en el teleteatro que escribía Ted, tenía un pequeño camarín en el subsuelo de la planta transmisora. Ted lo encontró en su mecedora escocesa, comiendo encurtidos de la Tierra.

—Hoy hiciste la escena en el departamento de Neva exactamente como correspondía, Bock —dijo Ted mientras atravesaba el vano de la puerta entreabierta.

—Dejé caer unas gotas de champagne —dijo el actor lagarto.

—Era de suponer que pasase eso, considerando que tenías que llevar esas maquetas de los nuevos asientos para misiles del gobierno bajo un brazo.

—Lo que yo digo —replicó Bock.

Ted se sentó en una silla giratoria príncipe de Gales.

—Este es el primer teleteatro de propaganda que hago en mi vida —dijo—. A veces es difícil conjugar los elementos.

—Sí —asintió Bock, chupando un encurtido.

Ted se aclaró la garganta y palpó durante un momento la trama de su silla.

—Mira, Bock, me fuiste muy útil en los meses que llevo trabajando aquí, eres una de las pocas personas con las que puedo hablar. Tengo otro problemita.

El corpulento hombre-lagarto de formas redondeadas dejó su encurtido en una mesita ratona de tweed y dijo:

—Estoy siempre dispuesto a escucharte, Ted, y a ayudarte, si es que puedo. Algunas personas me dicen que no hay mucha diferencia entre el doctor Tanner y yo. Dios es testigo de que ambos damos más consejos gratis de lo que corresponde. Creo que la única diferencia radica en que yo no fumo en pipa en la vida real y que no me desvivo por la propaganda.

—Murdstone es un planeta bastante salvaje e indómito —empezó Ted—. Quiero decir, comparado con Barnum.

—Es un planeta fronterizo —asintió Bock—. Y ésa es una de las razones por las cuales nuestro gobierno es un poco más duro que otros.

—A veces tengo la sensación de que nunca me voy a acostumbrar a él.

—¿Es ése tu problema de hoy?

—No —dijo Ted—. Los nergos se llevaron nuestro auto.

—Y sí, lo hacen muy a menudo —asintió Bock.

—El hecho es que no tenemos 2.500 dólares para comprarnos un coche nuevo —dijo Ted—. Aunque me pagan más por *El romance del doctor Tanner* que por *Esquinas temerarias*, no podemos ahorrar mucho.

—*Esquinas temerarias* era el teleteatro que escribías cuando volviste a Barnum ¿no?

—Sí, duró tres años y medio. Bueno, mira: Nancy me dice que nos cobrarán por lo menos 400 dólares por tratar de recuperar el maldito auto. Eso es lo que cobra un servicio de rescate, y nunca se sabe cuánto van a tardar. No quiero pagar los 400 dólares además de haber perdido el coche. Nancy me dice que me olvide del coche entonces, pero yo no quiero.

—Lógico —dijo Bock, asintiendo. Volvió a tomar el encurtido y lo frotó sobre su hocico escamoso—. Lo que yo digo es que no tiene sentido prestar atención a tu mujer. Las mujeres no entienden de artefactos, y mucho menos de autos; simplemente no tienen ningún talento para la mecánica ¿no te parece? Además, tu mujer no parece entender cómo te enfurece este tipo de incidentes; tienes que desahogarte. Bueno, viejo, mi consejo es que vayas tú mismo a buscarlo a los bosques y te lleses una escopeta, una de esas escopetas grandes que se usan para cazar. Sigue el rastro de los nergos hasta descubrir dónde están y tráete de vuelta el auto. Ese es mi consejo.

Ted meditaba con la boca ligeramente fruncida.

—Tienes razón, Bock. No hay por qué quedarse quieto y aceptar cualquier cosa que pase; tal vez aquí no tenga más remedio que hacer lo que me dicen, pero no hay ninguna razón para dejar que una banda de nergos se lleve lo que se le ocurra.

—Lo que yo digo —concluyó Bock, tragándose el encurtido.

La madre de Ted apareció a la mañana siguiente en la tercera pantalla de su escritorio tan pronto acababa de sentarse en su silla de fieltro.

—Se te ve todo machucado y apaleado —observó ella.

Ted hizo un cauteloso gesto de asentimiento a su madre, rechoncha y de espaldas anchas.

—Unos nergos me pegaron, mamá.

La señora Gonzalves se encontraba en su oficina en el otro canal de televisión de Territorio Fenómeno. Sobre su escritorio de zaraza había réplicas de todos los planetas que componían el Sistema Barnum colgados de alambrecitos de cobre.

—Llamé a tu casa ayer por la noche después de mi noticiero de las once, y Nancy me dijo que todavía no habías llegado a casa. Me quedé preocupada; acababa de cerrar mi programa con la fórmula de siempre: «Éstas son las noticias de esta noche, mis amigos. Buenas noches a todos y que Dios bendiga al difunto señor Gonzalves. Y aquí va un beso para Teddy». Ni siquiera se me ocurrió que tú no estuvieras del otro lado del receptor.

—Es el primer beso de las once que pierdo este mes, mamá.

—Pero te pierdes todos los del noticiero de las seis.

—Mira, mamá, me ayudaste a obtener este puesto de libretista en este planeta salvaje e indómito; así que deberías saber que escribir un teleteatro de propaganda da muchísimo trabajo.

—¿Acaso no tengo yo que repasar mis nuevos guiones todas las noches? También eso da trabajo, y mucho, pero siempre tengo tiempo para enviarte un beso —dijo su enorme madre—. ¿Por qué te hicieron eso los nergos?

Ted frunció el ceño.

—Oh, es culpa mía, mamá. Fui al páramo.

—¿Para qué?

—Buscaba.

—¿Qué buscabas?

—Nuestro coche; a los nergos les gusta llevarse los coches a los bosques.

—Una vez hice un documental sobre los nergos ¿te acuerdas? Ganó dos medallas y una mención—. Hizo un gesto en dirección a algo que estaba fuera de la pantalla. —Allí, en mi estante. ¿Que pasó? ¿Tu mujer dejó que se llevaran el auto?

—Algo así, mamá —dijo Ted—. Llegué tarde al trabajo hoy y tengo que ponerme a escribir enseguida.

—¿Conseguiste traerte el coche, Teddy?

—No exactamente.

—¿Qué fue lo que conseguiste, entonces?

—Que me atacaran siete enormes nergos peludos con aspecto de monos, y que me aporrearan, me castigaran y me apalearan con garrotes duros. Que me arrancaran toda la ropa y me ataran con lianas selváticas y luego me llevaran a mi casa de los suburbios y me tiraran en el jardín de adelante a las doce y diez de la noche.

—No me asombra que no hayas respondido a mi llamado.

—Adiós, mamá.

—Acuérdate de mirar el programa de las once, Teddy.

Su madre le arrojó un beso y desapareció de la pantalla del pixófono.

Dos semanas después, un jueves por la tarde, Ted fue a ver a Andy Bock con un nuevo problema.

Bock estaba descansando en una hamaca de rayón y chupando un cabo de zanahoria con su lengua larga y delgada.

—¿Qué tal, Ted? Me parece que el cierre sobre el asunto de los impuestos al bienestar nos salió redondo hoy. Un visual de primera ¿no? Fue una pegada eso de ejemplificar los gastos del gobierno con un pastel.

—Sí, parece que salió bien —dijo Ted, sentándose en una otomana de seda.

—Por supuesto, no fue mi intención que ese pedazo de pastel que representaba la proporción considerable de los fondos del gobierno destinados al bienestar social se cayera en el bolsillo de mi pijama, como sucedió —dijo el lagarto-actor—. Con todo, si me permites, salvé la escena con bastante soltura. A pesar del tiempo que llevo haciendo *El romance del doctor Tanner*, todavía me pongo un poco nervioso cuando tengo que ponerme a explicar algunas medidas de gobierno en medio de una escena de seducción.

—Lo hiciste muy bien, Bock. Me llamó Lazlo Woolson y me dijo que ése es exactamente el tipo de escena de sexo discreta que le encanta al presidente McKinney.

—¿Está otra vez como presidente de la red?

—¿Ya lo fue antes?

—En una de esas era otro McKinney —dijo el hombre-lagarto—. Pero, carajo, Ted, parece como si tuvieras algún problema y necesitaras un consejo.

—Bueno, algo así —admitió Ted—. En realidad yo estaba a punto de abandonar los teleteatros cuando venció mi contrato para *Esquinas temerarias* allá en Barnum. Estaba pensando en volver a la enseñanza primaria; me gradué en Acontecer Cotidiano y aprobé un cursillo sobre Mostrar y Narrar. Bock, este planeta es muy extraño.

—Lleva tiempo acostumbrarse —aceptó Bock.

—Vivir en los suburbios de Territorio Fenómeno es aún más extraño que vivir en las afueras de Barnum —dijo Ted—. Unos animalitos invisibles se comieron todas las ropas de Nancy.

—¿Sobre su propio cuerpo?

—No, en los roperos. Se trata de una especie de bichos migratorios, que se alimentan de tejidos sintéticos. Yo uso tejidos naturales desde que llegamos, así que a mi guardarropa lo dejaron en paz.

—Sí, algo oí acerca de esos bichos. La gente de aquí los llama cibelinas. Sin embargo, si mal no recuerdo, las cibelinas no suelen atacar las casas habitadas; prefieren los lugares donde no hay gente —dijo Bock.

—Nancy había salido; había ido otra vez a mirar los murales de la embajada de Barnum cuando dieron el golpe —explicó Ted—. Pero el verdadero problema es que la compañía que aseguró nuestra casa dice que esa clase de daños no está prevista en nuestra póliza. Como te imaginarás, a mí jamás se me habría ocurrido pedir que se incluyera una cláusula sobre animalitos invisibles que comen tejidos sintéticos; ya son bastante caras las primas.

—¿Estás tratando de ver cómo vas a hacer para comprarle ropa nueva a tu mujer?

—Sí. Necesito por lo menos 1.500 dólares, y no tenemos tanta plata. El servicio de rescate nos cobró 500 por traer de vuelta el auto.

—¿Al final te decidiste a que lo hicieran, eh? —Bock se encogió de hombros—. Bueno, viejo, encaremos tu situación actual: quizá podrías dejar pasar un tiempo e ir comprándole a Nancy de a poco el nuevo guardarropa.

Ted sacudió la cabeza y dijo:

—No, eso llevaría demasiado tiempo. No sé en qué anda ni me importa, pero siento que le debo esto: no lo pasa muy bien en Murdstone. Ella habría preferido que estuviésemos viviendo en alguna zona rural y pacífica de Barnum, en estos momentos, y que yo me dedicara a la docencia. Territorio Fenómeno no es para nada lo que ella se imaginaba y le está llevando mucho tiempo orientarse con ese asunto de los nergos, de las cibelinas y demás. Tengo que conseguirle un ajuar completo, ahora mismo.

—Yo lo veo así —dijo el hombre-lagarto—: pides prestados 1.500 dólares a alguien que conozcas y que tenga mucho dinero. ¿Quién podría ser? Veamos. Ya lo tengo: tu madre, la del noticiero. Eso es lo que tienes que hacer, no hay vuelta que darle. Te vas derecho al canal y la agarras entre los dos noticieros.

—¿Te parece?

—¿No fue ella la que te persuadió para que aceptaras este puesto?

—Bueno, en cierto modo, aunque yo mismo no estaba muy convencido de dedicarme a la enseñanza.

—Te envía un beso dos o tres veces por noche, yo mismo la vi hacerlo una y otra vez. Oí decir que el gobierno de Territorio Fenómeno le paga un sueldo excelente. Pídele un préstamo.

—Creo que tienes razón —dijo Ted.

Cuando Lazlo Woolson apareció en su oficina, Ted se sobresaltó.

—¿Todavía estás alterado por el accidente? —preguntó el escamoso ejecutivo.

Ted giró en redondo su nueva silla de gabardina, que favorecía su pierna rota.

—No, es sólo que estoy acostumbrado a verte en la pantalla del pixófono. Eres gigantesco en persona.

—Supongo que estoy un poco excedido de peso —admitió el hombre-lagarto—. Demasiados almuerzos oficiales.

Se frotó los dedos escamosos haciendo crujir las copias de las circulares que llevaba en la mano.

—El presidente Hummerford tiene algunas ideas para levantar un poco el teleteatro, Ted.

—¿Presidente de qué? ¿De la red o de Territorio Fenómeno?

—De Territorio Fenómeno —replicó el lagarto ejecutivo—. Te vi en el programa de noticias de tu madre la otra noche y llegué a la conclusión de que respetabas la objetividad de los hechos.

—Yo era parte de los hechos.

—¿Cómo marcha tu pierna? ¿Te gustaría que algunas estrellas de la emisora te autografiaran el yeso?

—No.

—Fuiste muy valiente al acompañar a tu madre a la revuelta por la comida —dijo Woolson, sentándose sobre la alfombra de piel de tiburón y dejando caer las circulares sobre el escritorio—. ¿Piensas ayudarla en forma permanente? No es que me oponga; como el gobierno tiene el control de las comunicaciones no tenemos ese tipo de rivalidades entre emisoras que suele haber en Barnum.

—Tenía que hablar con mi madre de un asunto personal —dijo Ted—. Ella no tenía mucho tiempo libre y si no la llevaba en coche a la revuelta no habría podido hablarle en absoluto.

—Fue una suerte que primero dispararan contra los neumáticos y después dirigieran sus lanzallamas contra tí —dijo el hombre-lagarto, así te dieron tiempo de saltar y de arrastrar a tu madre del coche. ¿Qué fue eso que te vi rescatar antes de que ayudaras a nuestra querida señora a zafarse?

—Su bolso —Ted tomó la primera circular de la nueva pila—. ¿Qué significa esto? «Trabajadores golondrina atacan y violan a Alice en el sembrado de tomates».

—El presidente Hummerford piensa que los trabajadores golondrina de nuestro territorio no necesitan un aumento salarial inmediato, ni tampoco instalaciones sanitarias en sus chozas.

—Eso era de imaginar —dijo Ted—. Pero Alice murió hace dos semanas, mientras el doctor Tanner la estaba operando después que la violaron los changadores del monocarril.

—El presidente Hummerford debe haberse perdido algunos episodios mientras estaba ocupado con su golpe —dijo el lagarto ejecutivo—. Está bien. Entonces los trabajadores golondrina deberán violar a alguna otra en el sembrado de tomates. ¿Qué te parece la enfermera Jane?

Ted frunció el ceño.

—No sé, Lazlo. La enfermera Jane todavía está ciega después de la manifestación de estudiantes de la escuela de medicina.

—Perfecto. Así tenemos sexo, una buena dosis de antipatía hacia los trabajadores golondrina y una oleada de simpatía por los inválidos.

Ted dobló en dos la circular y preguntó:

—¿Es la época de los tomates todavía?

—Voy a confirmar. Pero, para el caso, da lo mismo la lechuga.

Se encendió la tercera pantalla de Ted y apareció un amigo del barrio.

—Tengo un llamado, Lazlo. Déjame pensarlo y después lo volvemos a charlar.

—Claro, Ted. El problema de los trabajadores golondrina es lo que realmente importa.

El lagarto ejecutivo se encaminó hacia la puerta.

—El resto de las circulares no es tan urgente —agregó—. En cuanto a la idea de que el doctor Tanner seduzca a la enfermera Jane en el desván que hay arriba del depósito de la obra social que están sitiando, tal vez sea mejor postergarla, ya que los trabajadores golondrina la van a partir en dos.

Woolson salió y Ted se volvió hacia la pantalla del pixófono.

Ted rechazó el tronquito de apio que le ofrecía Bock.

—Pasó algo más —dijo.

El lagarto actor empezó a sacarse su bata de doctor.

—Bueno, viejo, tengo la sensación de que mis dos últimos consejos no te dieron muy buenos resultados.

Ted vaciló y después se dejó caer lentamente sobre una silla de terciopelo.

—Nadie puede atajarlas todas.

—¿Qué?

—Es la jerga del béisbol. El béisbol es un deporte que se juega allá en Barnum.

—¿Y lo perfecto es atajarlas todas?

Bock puso sus grandes manos verdes en la espalda y empezó a caminar lentamente por el camarín trazando semicírculos.

—¿Qué es lo que te preocupa ahora?

—¿Alguna vez oíste hablar de unas aves migratorias que reciben el nombre de pájaros sujo?

—Sí, son animales con grandes plumas verdes.

—¿Verdes? Mi vecino creyó que eran azul marino —dijo Ted—, aunque sólo los vio durante unos pocos minutos, mientras devoraban las ventanas de nuestra casa.

—Son unos bichos bastante raros estos sujo. Se desesperan, sobre todo durante sus vuelos migratorios, por el vidrio y todo lo que está cerca de él. Cuando tienen hambre de veras se quedan todo el tiempo que les haga falta para engullir persianas, visillos, cortinas y hasta la pantalla de un lámpara que esté muy cerca de la ventana.

—Eso es lo que hicieron esta mañana; se comieron todas nuestras ventanas y todos los cortinados del lado de la casa que recibe el sol.

—Supongo que el seguro tampoco cubre eso, ¿no es así? Y supongo también que, debiendo reemplazar tu coche hecho pedazos por la explosión, pagar las cuentas del médico y comprar esas dichas ropas para Nancy, no te debe quedar mucho de los 1.500 dólares que te prestó tu madre. Una verdadera lástima.

—Los sujo devoraron las ventanas y los cortinados del dormitorio principal.

—No veo por qué tenían que perdonar el dormitorio.

—Así fue cómo mi vecino descubrió a Nancy en la cama con un diplomático llamado Bryson Jiggs.

Bock infló sus carrillos verdes y escamosos y después lanzó un silbido de admiración.

—Un tipo bajito, moreno y chueco, ¿no es cierto? Siempre aparece en nuestros cócteles del canal.

—Tú lo encontraste en uno, yo en otro y Nancy en otro.

—Bueno, bueno, viejo, así que el chuequito Bryson Jiggs —dijo el lagarto—. Muy de buen vecino la actitud del tuyo de pasarte el dato.

—Los sujetos se comieron hasta los calzoncillos a rayas de Bryson Jiggs —dijo Ted—. Aparentemente los había dejado colgados en una silla, cerca de la ventana.

—Tu vecino tiene buen ojo para los detalles.

—Es muralista y trabaja por cuenta propia.

Bock guiñó uno de sus ojitos:

—Sí, los artistas siempre ven más que el común de la gente. Bueno, te voy a decir lo que tienes que hacer con ese chuequito.

—Creo que simplemente le diré a Nancy que lo sé —dijo Ted—. Va a tener que llamar en cualquier momento para contarme el asunto de los pájaros.

Bock sacudió una enorme mano verde en señal de negación.

—No y no, Ted. Déjala fuera del asunto. No tiene sentido tratar de ser razonable con una mujer. No, señor. Lo que tienes que hacer, a mi modo de ver, es ir derechito a la embajada a ver a ese Bryson Jiggs. Te vas hasta donde esté y le das una buena trompada en la nariz o una veloz patada en el culo, de acuerdo con la posición en que lo encuentres. Después, con aspecto de muy enojado, le dices: «¡Y no vuelvas a hacerte el vivo con mi mujer, enanito chueco!». Ese es mi consejo.

—No estoy tan convencido como antes de que lo mejor sea entrar en acción —dijo Ted.

—¿Así que esas tenemos? —dijo Bock y se golpeó el mentón con un cabo de apio.

El día antes de dejar el planeta, Ted fue a despedirse de Bock.

—Hace tiempo que no vengo a buscar consejo —le dijo al hombre-lagarto.

—Lo noté —replicó Bock, meciéndose suavemente en su hamaca escocesa.

—Fue muy interesante —dijo Ted—. En vez de salir corriendo el mes pasado para trompear a Bryson Jiggs como me insinuaste, me tomé el día libre y fui a casa a hablar con Nancy. Acabó por admitir que Murdstone le gustaba tan poco como a mí y que tampoco le gustaba lo que yo había estado haciendo para ganarme la vida. No le gustaba que permitiera que mi madre, Lazlo y tú me dijieran a cada momento qué era lo que tenía que hacer. No quería ser como ustedes, de modo que prefirió no intervenir en nada. Después se fue poniendo cada vez más triste y finalmente se fijó en Jiggs. No sé si esto tiene algún sentido para tí.

—Sí, las mujeres son así.

—Ahora estamos charlando más nuestras cosas —dijo Ted—. Estoy abandonando la costumbre de escuchar a todos menos a mí.

—Bueno, viejo, lo mejor que podrías hacer es volver a la docencia en Barnum.

—Sí, eso es lo que espero.

Se quedó mirando al hombre-lagarto.

—Estuve pensando en todos los consejos que me diste durante el año. En la mayor parte de los casos me aconsejabas hacer lo contrario de lo que tendría que haber hecho. Me llevó un poco de tiempo darme cuenta, pero finalmente lo logré.

El hombre-lagarto permaneció en silencio durante un interminable segundo y después agregó:

—Lo que yo digo.

Howard Fast - LA VISIÓN DEL EDÉN

Estaban en órbita; el viaje había terminado. Habían cruzado el vacío, habían salvado todos los abismos del tiempo y la imaginación, habían sondeado lo insondable, y habían pasado por los siete círculos del infierno. Estaban cuerdos, aunque habían rozado las fronteras mismas de la locura. Sonreían, aunque habían conocido las simas de la aflicción y las tentaciones del suicidio; y estaban vivos, aunque habían enfrentado las distintas muertes que esperan en el espacio ilimitado.

Habían tenido un miedo y un terror indescriptibles, y ahora podían hablar de ese miedo y de ese terror. Eran siete, tres mujeres y cuatro hombres, y habían vivido cinco años interminables, encerrados en aquella nave estelar. Estaban a muchos años luz de la Tierra; la nave había atravesado las curvas y las trampas extrañas del espacio, alterando y deformando los cálculos y la geometría conocidos por los hombres, y había llegado a la otra orilla del espacio, donde las estrellas se arracimaban como uvas en las vides de otoño. Los siete tripulantes habían cumplido su tarea, habían hecho lo que nadie en la Tierra había hecho hasta entonces. Y ahora estaban en una órbita silenciosa y ondulante, sobre un planeta tan azul, tan verde y tan hermoso como el que habían dejado atrás.

Ahora podían recordar y podían jactarse. Se sentían muy seguros de sí mismos, como era de esperar. Ahora, en el cuarto de oficiales se miraban mutuamente de un cierto modo. Lo habían hecho.

Todas las palabras que podían decirse ahora eran en verdad inútiles. En cinco años se habían dicho todas las palabras, se habían puesto a prueba todas las reacciones, se habían derramado todas las lágrimas. Ahora sólo importaba la realidad actual, el planeta que tenían debajo, bañado por la luz del sol, lavado por el aire, y adornado con ríos, lagos y lagunas. Era la prueba del universo lo habían arriesgado todo para demostrar que la vida no se limitaba al planeta Tierra y el sistema solar, sino que era parte de la lógica del universo. La realidad actual era un planeta poco mayor que la Tierra, quizá de menor densidad, con una atmósfera de nitrógeno y oxígeno respirable, y con agua y vida vegetal en abundancia. Su día era de treinta y dos horas; su año de unos cuatrocientos quince días. Su sol, semejante al que alumbraba la Tierra, y de casi un millón y medio de kilómetros de diámetro, se encontraba en aquel momento a 179.000.921 kilómetros del planeta. Había once planetas en el sistema; pero primeramente tenían que examinar aquel; los otros diez podían esperar.

La nave recorría su órbita en cinco horas y dieciséis minutos, y ya había cumplido ocho revoluciones. Aquella era una reunión final en el cuarto de oficiales donde se discutirían los distintos puntos de vista. Sería una reunión breve y luego descenderían.

2

Briggs, el piloto y tan capitán como cualquier otro en la nave, miró a todos y dijo:

—Ya no queda mucho de que hablar, a menos que alguien pueda alegar algún motivo para no descender.

—Hay toda clase de motivos —contestó la doctora Frances Rhodes—. Microbios, gérmenes, virus, radiaciones; y ninguno es suficiente. —La doctora sonrió, y en aquel momento pareció hermosa, con el rostro iluminado, como los demás, por el resplandor de la hazaña—. Descenderíamos aunque fuese una colonia de leprosos, ¿no es así?

Hubieran descendido aunque hubiese lava hirviendo allá abajo, pues habían soportado todo el confinamiento que es posible soportar, y habían sentido la desnudez vertiginosa del espacio vacío.

—No me preocupan los microbios —dijo Carrington, el agrónomo—. No es miedo a la enfermedad. Ni a la radiaciones. Es otra cosa.

Gene Ling, la segunda piloto, y Premio Nobel, movió la cabeza afirmativamente. Era una china delgada y cortés de San Francisco.

—Sí, otra cosa —dijo—. No hay océanos.

—Ni desiertos —añadió Carrington.

—Ni luces en las ciudades por la noche —dijo Gluckman, el ingeniero.

—Si hay ciudades —dijo McCaffery.

—Las noches son claras con la luz de las estrellas —reflexionó Briggs—. Quizá duerman de noche. Esto tiene que ser diferente. No lo olvidemos.

—Acaso ellos nos vean —dijo Laura Shawn, la bióloga—. ¿Por qué no nos llaman, no nos hacen señales, no suben hasta nosotros?

—¿Ellos?

—Con el telescopio parece el país de las hadas —observó con afectación Phillips, el segundo ingeniero—. No me gusta.

—¿Qué fue de su infancia, Phillips?

—No me gusta.

—¿Armas? —preguntó Gluckman.

—Supongo que sí —dijo Briggs, inquieto—. Armas blancas en todo caso.

—¿En el país de las hadas? —sonrió Laura Shawn.

La conversación no era fácil ni agradable, y Briggs comprendió que si seguía así podía concluir con una nota de histeria. Se asían a la realidad muy débilmente y la reunión era inútil y se hacía demasiado larga.

—Descenderemos —dijo—. Todos a sus puestos.

Los otros sintieron alivio, pues no deseaban seguir hablando. Fueron a sus puestos, y la nave del espacio descendió por su trayectoria electromagnética hasta que los tensores antigravitatorios flotaron a treinta centímetros sobre la superficie del planeta. Los tripulantes abrieron luego las cámaras de aire, y salieron.

3

El aire era dulce como la miel. Al sol la temperatura era cálida y agradable, y a la sombra había veintidós grados. Habían descendido en una ancha pradera de unos quinientos acres, con un césped verde de dos centímetros y medio de altura, que parecía cuidadosamente recortado. Pero cuando examinaron las briznas, descubrieron que el césped crecía naturalmente. Un arroyo cruzaba la pradera, zigzagueando perezosamente, y a lo largo de sus orillas había un millón de flores rojas, azules, amarillas. Las abejas zumbaban, y en el aire flotaba la fragancia de las flores, y aquí y allá crecía un árbol cargado con frutos dorados o azules. Aguas abajo, a un kilómetro, se alzaba un puente afiligranado.

Habían estado cinco años en la nave, y al principio se contentaron con mirar y respirar. Luego algunos se sentaron en el césped. Todos lloraron un poco, como podía esperarse. Si hubiesen tenido que enfrentar algo peligroso, horroroso, o increíble, hubieran reaccionado de otro modo. Pero aquella belleza y aquella paz eran casi insoportables. Lloraron, y se sintieron un poco mejor.

Pasearon un poco, pero la mayor parte del tiempo estuvieron tendidos en el césped, escuchando el soplo de la suave brisa. Nadie decía nada y nadie quería decir nada. Pasó media hora y al fin Briggs dijo:

—No podemos quedarnos aquí.

—¿Por qué no? —preguntó Laura Shawn.

Todos pensaban, como Briggs, que ese mundo era un sueño o una ilusión, o que estaban muertos. Pensaban que ese mundo era como una burbuja que estallaría de pronto, y Briggs dijo:

—Gluckman y Phillips, suban a la nave y sigannos.

Los otros cinco echaron a caminar, seguidos por la nave espacial que flotaba en una red magnética. Fueron hacia el puenteafiligranado de encaje de cristal, y cruzaron el río. Una senda de luz danzante y color llevaba a una colina. Del otro lado había un jardín, y en el centro del jardín un edificio, un castillo de sueño o de país de hadas, parecido a risas de niños. Pero si el edificio se parecía a risas de niños, el jardín era como los sueños de los niños de las ciudades, cuando sueñan con jardines. Mientras Briggs llevaba a los tripulantes por un sendero sinuoso, el jardín —de casi dos kilómetros cuadrados— parecía abrirse en innumerables brazos de encantamiento y maravilla. Era un jardín de fuentes; de una salía agua dorada, de otra agua roja, de una tercera agua verde, de una cuarta un arco iris de colores; y había centenares de fuentes, adornadas con niños que bailaban y reían, tallados en una piedra del color de las aguas. Era un jardín de escondrijos y rincones de secreta delicia, con bancos hermosos y cómodos. Era un jardín de setos verdes, amarillos y azules, de macizos de flores y maravillosos pájaros, y era un jardín de surtidores.

Gene Ling se inclinó para beber de un surtidor. La observaron, pero no trataron de impedir que bebiera.

—Es agua —dijo Gene Ling—, agua límpida y fría.

Bebieron todos. Ya no se cuidaban. Las defensas se derrumbaban con demasiada rapidez.

Gluckman detuvo la nave estelar y los siete tripulantes entraron en la casa. En seguida se oyó una música y todos se pararon, nerviosos.

—Es automática —insinuó McCaffery—. Una célula fotoeléctrica, quizá.

Aquella nerviosidad momentánea no podía resistirse a la música; un río sonoro y vibrante de bienvenida y seguridad, y de encantamiento, y de inocencia. Recorrieron el edificio acompañados por la música. Entraron en una vasta sala de espectáculos con una pantalla de plata en un extremo. Atravesaron corredores desiertos, y en las paredes había unas pinturas con niños que jugaban. Encontraron habitaciones con divanes y la música los invitó entonces al sueño; y reconocieron comedores, salas de juego, y aulas. Le parecía siempre que todo era allí como debía ser, y los recuerdos terrestres parecían toscos y absurdos. Salieron del edificio y volvieron a la nave estelar.

4

Con las miras abiertas, la nave del espacio recorrió la superficie del planeta a treinta metros de altura. Vieron jardines tan hermosos como el primero, y todavía más hermosos. Vieron bosques de árboles viejos y magníficos, y sendas de color entre los árboles. Vieron grandes anfiteatros para cien mil personas y otros más pequeños. Vieron edificios de vidrio y alabastro, de piedra rosada y piedra violeta, de cristal verde. Vieron grupos de edificios parecidos a la Acrópolis de la antigua Atenas; pero era como si los atenienses hubiesen trabajado mil años más en busca de una belleza última. Vieron lagos con barcas amarradas a los muelles, barcas pequeñas, para excursiones de recreo. Vieron pabellones, campos de juego, glorietas, enramadas...

Pero en ninguna parte vieron un hombre, una mujer o un niño vivientes.

5

Por la noche, después de comer, se reunieron y conversaron. Fue una conversación que se arrastró en circunloquios, dudas, y especulaciones. Habían viajado demasiado; el espacio los había envuelto, y aunque la nave estaba ahora a trescientos metros de altura, sobre un planeta tan grande como la Tierra, tenían la impresión de haber cruzado las fronteras de la nada.

—Supongamos —dijo Carrington— que han tomado forma todos nuestros sueños.

—Todos los recuerdos y deseos de nuestra infancia —dijo Frances Rhodes.

—Han tomado forma —repitió Carrington—. ¿Quién sabe qué es o qué hace la fábrica del espacio?

—Hace cosas raras —dijo Gene Ling, la física.

—¿Qué es el pensamiento? —insistió Carrington—. Un planeta así es un país de hadas, está hecho de la materia de los sueños, de todos los sueños que hemos traído de la Tierra; de todos los anhelos y deseos... es una creación del pensamiento.

—¿Quién dijo «haremos de la Tierra un jardín»?

—Yo no lo creo —declaró Briggs, quizá con demasiada aspereza, pues advertía que estaba aceptando las absurdas teorías de los otros—. ¡No lo creo en absoluto! Están ustedes cayendo en un galimatías metafísico. La imaginación no crea planetas.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Laura Shawn soñadoramente.

—¿Cómo lo sé? Lo sé. Conozco la realidad y la sustancia de los sueños y la realidad y la sustancia de la materia, y son dos mundos diferentes.

—¿Y si nos hubiésemos salido de una curva del espacio pasando del mañana al ayer, eso sería real? —preguntó Gene Ling.

—Este planeta es real —insistió Briggs.

—¿Sin habitantes?

—¿Ni ciudades?

—¿Ni industria? Los palacios no nacen del aire. ¿O cree usted que sí, Briggs? ¿Dónde está la industria?

—¿Quién cultiva la tierra? —preguntó Carrington, el agrónomo—. ¿Quién cuida un millón de macizos de flores? ¿Quién abona el terreno? ¿Quién planta? ¿Quién poda los setos?

—¿Y quién pinta esos murales con niños terrestres? ¿Quién talla esas estatuas de niños?

—¿Por qué han de ser niños terrestres? —preguntó Briggs lenta y tenazmente—. ¿Por qué ha de ser el hombre una rareza de la Tierra, un accidente en un planeta, entre miles de millones de planetas? ¿Es el sol un accidente?

—Yo juraría —dijo Carrington— que esos macizos de flores fueron atendidos ayer. ¿Dónde está esa gente?

—Si es que existe...

—Bueno, basta —interrumpió Briggs—. Sólo hemos visto un rincón de este mundo. Mañana veremos más. Ocho horas de sueño no nos vendrán mal, y quizá disipen estas telarañas metafísicas.

Llegó el día siguiente, y a una velocidad de mil kilómetros por hora, la nave del espacio recorrió el planeta, a trescientos metros de altura. Los tripulantes miraron y vieron jardines, lagos, ríos dorados y serpeantes, palacios, y todos los lugares hermosos que el nombre había imaginado alguna vez, y otros que nunca había imaginado. Los observaron hasta que ya no soportaron más aquella resplandeciente abundancia. Al fin el sol se puso. Pero no vieron a ningún ser viviente. Era un mundo desierto.

Esa noche volvieron a conversar, y la conversación los llevó al borde de la locura, y Briggs les dijo que se callaran y se fueran a dormir. Briggs sabía que él mismo no estaba muy lejos del borde de la locura.

El tercer día, la nave del espacio se posó a orillas de un lago rodeado de casas de recreo y lugares de ensueño. No se les ocurrían otros nombres para aquellos edificios. Phillips y Gluckman se quedaron en la nave: Briggs llevó a los otros a un muelle que parecía de alabastro, y todos se subieron a una barca amarrada allí. Mientras se sentaban, la barca se animó con la música rara y encantada del planeta, una música que disipó temores y preocupaciones. Briggs vio que los otros sonreían.

—Podríamos quedarnos aquí —dijo Laura Shawn perezosamente.

Briggs sabía lo que ella quería decir. Luego de cinco años en la nave estelar todos conocían los secretos de todos. Laura Shawn era fruto de la pobreza, la desdicha, y finalmente el divorcio. Sus triunfos científicos habían dejado atrás una serie de derrotas sentimentales. Nunca había sido feliz hasta entonces, y Briggs se preguntaba si alguno de ellos lo había sido. Pero eran felices ahora, y él también, aunque hubiese querido conservar su escepticismo y su desconfianza. La desconfianza no era posible en aquel lugar.

Briggs se sentó al timón y movió una palanca. La barca no tenía hélice; se deslizó sobre el agua como si se moviera a sí misma, pero eso no los asombró, pues la nave del espacio era llevada por las olas y corrientes de magnetismo y de fuerza del universo. Briggs pensó que lo mismo sucedía con todos los misterios y maravillas que había enfrentado alguna vez el hombre. Eran milagros que no tenían explicación hasta que se descubría la causa, sencilla y evidente. El hombre se reía entonces de su temor y su superstición anteriores. ¿Era aquel planeta más maravilloso o enigmático que la trama de fuerza que sostenía y ordenaba el universo?

Briggs llevó la embarcación a través del lago, y luego a lo largo de la costa, y los edificios, uno tras otro, los saludaron con una música distinta. Al fin la barca entró en un canal bordeado de árboles florecidos, y llegaron a otro lago de agua clara con un fondo de rocas doradas, rojas y purpúreas, y peces dorados y plateados. Luego entraron en un río zigzagueante, de aguas serenas, y cuando habían viajado dos kilómetros por ese río, vieron al hombre.

Estaba de pie en un desembarcadero de piedra rosada y translúcida, en medio de un círculo de bancos tallados, y los saludó casi con indiferencia.

—¿Será también una creación del pensamiento? —preguntó Briggs cáusticamente mientras acercaba la barca al muelle.

Llegaron al embarcadero y el hombre los ayudó a salir de la barca. Era un hombre alto y fornido, sonriente, de cabellos castaños, peinado como los pajes de otro tiempo en la Tierra. Tenía una edad madura indeterminada, y vestía una túnica azul liviana ceñida en la cintura.

—Acompañenme por favor, y pónganse cómodos —dijo con voz afectuosa y sonora y en un inglés impecable—. Lamento esos tres días de perplejidad que han pasado ustedes, pero yo tenía algo que hacer. Siéntense; podemos descansar un rato, y hablar sobre algunos problemas que tenemos en común.

Los cinco terrestres se habían quedado sin habla. Al fin Briggs pudo decir:

—¡Bueno! ¿Que diablos es esto?

—Llámenme Smith —dijo el hombre—. No tengo nombre realmente, pero Smith les facilitará las cosas. No, no están soñando. Soy real. Ustedes son reales. Este sitio es real. No hay motivo para temer, créanme. Y hagan el favor de sentarse.

Se sentaron en los bancos translúcidos, y el hombre respondió a lo que ellos pensaban:

—No, no soy un hombre de la Tierra, sólo un hombre.

—Entonces usted lee el pensamiento —dijo Frances Rhodes en voz baja.

—Leo el pensamiento, sí. Por esa razón, entre otras, hablo con tanta facilidad el idioma de ustedes.

—¿Y las otras razones? —pensó McCaffery.

—Hemos escuchado sus señales de radio durante muchos, muchísimos años. Yo estudio inglés.

—Y este planeta... —murmuró Briggs—. ¿Vive usted aquí solo?

—Nadie vive aquí —dijo Smith sonriendo—, excepto los custodios. Y cuando supimos que ustedes iban a descender, les pedimos que se fueran durante un tiempo.

—¡En nombre de Dios! —exclamó Carrington—. ¿Qué lugar es este?

—Sólo lo que parece ser —Smith sonrió y sacudió la cabeza—. No hay misterio alguno. ¿Qué parece ser?

—Un jardín —contestó Laura Shawn—. El jardín de todos mis sueños.

—Entonces sueña usted bien, señorita Shawn. En su planeta tienen ustedes lugares como este, parques, campos de deportes. Esto es un parque, un campo de recreo para niños. Por eso no vive nadie aquí. Es un lugar para que los niños jueguen y aprendan un poco acerca de la vida y la belleza... En nuestra cultura, la belleza no está separada de la vida.

—¿Qué niños?

—Los niños de la Galaxia —y Smith movió una mano hacia el firmamento—, hay muchos niños, y muchos campos de recreo y parques parecidos. Hoy no hay nadie aquí; mañana habrá cinco millones de niños, pues vienen y se van, como en los parques de ustedes.

—Nuestros parques —pensó Briggs amargamente.

—No, no me burlo, piloto Briggs. Trato de responder a sus preguntas y a sus pensamientos, y de relacionar estas cosas con las que ustedes conocen y comprenden.

—¿Quiere usted decirnos que la Galaxia está habitada... por hombres?

—¿Por qué no? ¿Pueden creer de veras que el hombre sea un accidente? Dondequiera que hay vida, aparece con el tiempo el hombre. Y ahora vive en más de medio millón de planetas, y eso sólo en nuestra Galaxia. Y crea lugares como este para los niños.

—¿Y quién es usted? —preguntó Carrington—. ¿Y por qué está aquí, solo?

—¿Qué seré yo para ustedes? —se preguntó Smith—. Nosotros no tenemos gobiernos, no tenemos naciones. Yo podría ser un administrador. Y me han enviado aquí para que los reciba y hable con ustedes. Los hemos observado mucho tiempo. Si observamos la Tierra desde hace mucho tiempo.

—¿Para que hable con nosotros? —preguntó Frances Rhodes en voz baja.

—Sí.

—¿Acerca de qué? —preguntó a su vez Briggs.

—Acerca de la enfermedad de ustedes —contestó Smith con tristeza.

8

Había pasado una hora. Estaban sentados en silencio, mirándose y al fin Briggs dijo:

—Por favor, no nos compadezca. No pedimos compasión, ni de usted ni de ninguno de sus superhombres.

—No es compasión —replicó Smith—. Nosotros no sentimos compasión. Pena es una palabra más exacta.

—Evítenos también eso —dijo Gene Ling.

Carrington se resistía a que la ira o la impaciencia perturbasen sus razonamientos. Quería demostrarle a Smith que podía razonar desapasionadamente, y dijo con calma y firmeza:

—Usted, Smith, nos pide que confesemos nuestra locura, y pide mucho. Usted ha indicado, muy correctamente en mi opinión, que éramos ególatras y anticientíficos. Creíamos que la naturaleza limitaba al hombre a un oscuro planeta del borde de la Galaxia. Y yo le digo: es igualmente anticientífico pretender que entre todas las razas humanas de todos los planetas sólo los habitantes de la Tierra son mentalmente enfermos, sentimentalmente inestables, sí, dementes, aunque esta ha sido la única palabra que usted ha tenido la amabilidad de no emplear.

—Carrington, es inútil —dijo Briggs acremente—. Smith lee el pensamiento.

—Lo que no cambia mis razones —le dijo Carrington a Smith—. Usted menciona nuestras guerras, nuestras matanzas en gran escala, nuestras armas atómicas, nuestra crónica de asesinatos y destrucciones. Pero esos son los errores particulares y despilfarradores de nuestra evolución.

—Son peculiares de su evolución —dijo Smith de mala gana—. Me desagrada repetir que ninguna otra raza humana en todo el universo tiene como principal ocupación el homicidio. Sin embargo, así es. Solo en la Tierra.

—Pero no todos somos asesinos —protestó Frances Rhodes—. Yo practico la medicina. Si usted conoce tan bien la Tierra, conocerá la historia de la medicina...

—Practica la medicina y lleva un arma de fuego —dijo Smith encogiéndose de hombros.

—Para protegerme únicamente.

—¿Para protegerse? ¿De quién señorita Rhodes?

—Nosotros no sabíamos...

—Lo siento —suspiró Smith—. Lo siento.

—Ya dije que era inútil —dijo Briggs— Lee el pensamiento. Lo sabe. ¡Que Dios nos ayude, lo sabe!

—Sí, lo sé —convino Smith.

—Entonces, debe usted saber que nosotros no somos asesinos —insistió Carrington con la voz todavía tranquila—. Somos hombres de ciencia, somos personas civilizadas. Dice usted que somos supersticiosos, mentirosos, aficionados a los monstruos y lo obscuro. Habla usted de quinientos millones de seres humanos que profesan el cristianismo, pero que no lo practican. Habla de los millones de personas que hemos matado en nombre de la libertad, de la fraternidad y de Dios. Habla de nuestra codicia, nuestra mezquindad, del modo como hemos pervertido el amor, el sexo y la belleza. ¿No comprende que somos seres conscientes, que los mejores y más valientes de nosotros han luchado contra eso durante siglos?

—Lo comprendo —contestó Smith.

—Lee el pensamiento —repitió Briggs tercamente.

—Somos hombres de ciencia —continuó Carrington— Construimos la nave estelar que nos trajo aquí. Hemos vivido encerrados cinco años interminables para conquistar las fronteras del espacio. Y ahora, cuando descubrimos un universo de hombres, y de hombres extraordinariamente capaces y admirables, usted nos dice que esto no es para nosotros, que hemos de vivir y morir en nuestra propia motita de polvo.

—Sí, me temo que sea así.

—Todo menos compasión —dijo Laura Shawn.

Smith se puso de pie, abrió la túnica, dejó que se le deslizara del cuerpo al suelo, y quedó desnudo ante ellos. Las mujeres, instintivamente, apartaron los ojos. Los hombres mostraron una incredulidad escandalizada. Smith recogió la túnica y se la puso.

—Ya ven ustedes —dijo.

Los cinco terrestres se quedaron mirándolo, comprendiendo quizá por primera vez.

—En todo el universo —dijo Smith— sólo hay una raza de hombres que se avergüence de su propio cuerpo, y lo desprecie. Todos los demás andan desnudos, con orgullo y sin avergonzarse. Sólo la Tierra ha hecho de la imagen del hombre una maldición y una ignominia. ¿Qué más puedo decir?

—¿Se proponen ustedes destruirnos? —preguntó Briggs.

Smith lo miró tristemente.

—Nosotros no destruimos, Briggs. No matamos.

—¿Entonces?

—Ustedes tienen una cosa que nosotros no tenemos —dijo Smith lenta y amablemente—. Nosotros no la necesitamos, pero ustedes han tenido que inventarla. pues de otro modo la enfermedad hubiera acabado con ustedes.

—La conciencia —murmuró Gene Ling.

—Sí, la conciencia. Ella los ayudara. Vuelvan a la nave del espacio y regresen a la Tierra. Y luego decidan olvidar, cuando lo hayan decidido, nosotros los ayudaremos.

—Si decidimos olvidar —dijo Briggs.

—Si deciden olvidar —convino Smith.

—Denos alguna esperanza —suplicó Laura Shawn— No nos despida así, por favor. Somos los primeros viajeros.

—No son los primeros —replicó Smith, con una tristeza insoportable en la voz—. Han venido otros de la Tierra, pero se destruyeron mutuamente, destruyendo también lo que habían aprendido. No son ustedes los primeros, ni serán los últimos.

—¿Podemos esperar? —preguntó Laura Shawn.

—Todos los hombres esperan —dijo Smith—. Más que eso... no sé.

9

La nave del espacio circundó el hermoso planeta, y los siete tripulantes se reunieron en la sala de oficiales. Gluckman y Phillips habían sido informados, y ahora todos discutían interminablemente el asunto. Sólo Briggs callaba, hasta que al fin preguntó:

—¿Por qué no podemos recordar que Smith lee el pensamiento? Smith sabía.

—Yo soy egoísta —murmuró Laura Shawn entre lágrimas—. Es más fácil renunciar a un futuro mejor para la humanidad que a mis propios recuerdos.

—¿Recuerdos de tres días de infancia? —dijo Briggs agriamente—. ¡Que se vaya al diablo! ¡Que se vaya al diablo esa maldita utopía! ¡Que se vayan al diablo las estrellas! ¡Crearemos una atmósfera en Marte y le sacaremos el gas tóxico a Venus! ¡Que se vayan al diablo Smith y sus jardines! ¡Tenemos mucho que hacer! ¡En rumbo hediondo hacia la Tierra, McCaffery, y los demás a la cama! ¡Mañana será otro día!

Briggs, más que cualquiera de los otros, sabía cuánta razón tenía Smith, y durante horas humedeció la almohada con sus lágrimas antes de dormirse. Por la mañana se sintió mejor. La nave del espacio ya había recorrido cien millones de kilómetros, en dirección a la Tierra, y Briggs se sentía más animado.

Como los otros, sólo recordaba un desierto de soles ardientes, y ningún otro planeta, en toda la Galaxia, que los del sistema solar. Como los otros, sabía que regresaba a un lugar raro y de una inestimable singularidad: la Tierra, única morada del hombre.

Harlan Ellison - SOBRE LA PENDIENTE

*En el amor, siempre hay uno que besa y otro que ofrece la mejilla.
(Proverbio francés)*

Supe que era virgen porque pudo despeinar la crin plateada de mi unicornio. Se llama Lizette y era un templo griego en el que jamás se había celebrado un sacrificio. Virgen vestal de Nueva Orleans, hallada mientras paseaba sin sombra en la divina frescura de la noche que se arrastraba como una cucaracha sobre Louisiana. Mi unicornio relinchó e inclinó la cabeza, y ella le palmeó la espiral de marfil de su cuerno.

Esto sucedió, en su mayor parte, en lo que se denomina el Canal Irlandés, una callecita en la parte vieja de Nueva Orleans donde se instalaron décadas atrás los irlandeses con sus cortinitas de encaje. Pero para entonces los irlandeses ya se habían ido y el canal había quedado en manos de los cubanos. En esos momentos los cubanos dormían recuperándose del sofocante hoy, que incluía en sus horas el *déja vu* del sofocante ayer y el *déja revé* del intolerable mañana. En esos momentos los desvencijados adoquines de las callecitas laterales de Magazine ya habían dejado salir sus espectros nocturnos, y uno de esos fantasmas se me había acercado, llamando a mi unicornio (era, pues, una virgen), y yo me había quedado esperando.

Si hubiésemos estado en Sutton Place, si hubiésemos estado en un atardecer de Manhattan y nos hubiésemos encontrado, ella se habría arrodillado para acariciar a mi perro. Y yo habría esperado. Si hubiésemos estado en Puerto Vallarta, a 20° 36" de latitud norte y a 105° 18" de longitud oeste, y nos hubiésemos encontrado, ella se habría agachado para pasar las yemas de sus dedos por la untuosa piel de mi iguana. Y yo habría esperado. El encuentro callejero tiene sus rituales. Uno debe esperar y tratar de respirar sin hacer demasiado ruido para disfrutar del trato con los espectros de la noche.

Me miró por encima de la esbelta cabeza de mi unicornio y me sonrió. Los ojos tenían una tonalidad gris entre ónix y un error de cálculo.

—¿Hace demasiado frío para usted? —le pregunté.

—Cuando tenía trece años —empezó a decir, tomándose del brazo y tanteando un par de pasitos que nos llevaban calle arriba—, o tal vez doce, bueno, no importa, cuando tenía aproximadamente esa edad, tenía una hermosa mantilla de encaje belga. Podía mirar a través de ella y ver los misterios del sol y de las demás estrellas desplegadas ante mí. Estoy segura de que alguien muy importante y muy agradable compró esa mantilla en casa de algún anticuario y pagó mucho por ella.

No parecía una respuesta muy adecuada a una pregunta sencilla.

—Una reina del Baile de Carnaval no tiene frío —agregó, sin que yo preguntara nada.

Caminaba junto a ella, ligados por la fresca evasividad de su brazo, y barajaba en mi mente mil respuestas, todas insatisfactorias.

Mi unicornio nos seguía en silencio. Bueno, no exactamente: sus cascos de platino golpeteaban contra los adoquines. Temo que sentí el aguijón de los celos. La perfección me provoca eso.

—¿Cuándo fue usted reina del baile?

La fecha que me dio se remontaba a ciento trece años atrás.

Debió haber sentido un frío atroz bajo la losa.

Hay un librito que se vende, una guía sobre las costumbres y la comida en Nueva Orleans. Me fijé. En ningún lugar del libro indican cuáles son las respuestas adecuadas para un espectro. En realidad no dice nada acerca de los maravillosos cementerios que hay

en la margen occidental de Nueva Orleans o en Metairie. Tampoco habla de la exquisita comida que puede consumirse en esos distritos. Uno busca en vano entre el universo mutable y efímero de esa guía total. Una guía para cualquier cosa. Y al no encontrar nada uno hace lo mejor que puede. Y soporta la frustración, soporta el *ennui*.

La perfección me provoca esa sensación.

Caminamos un poco y acabamos por conocernos tanto como admitimos que se nos conociera. Los que siguen son algunos de los momentos cumbre. No hay continuidad. No pido disculpas por eso. Simplemente lo señalo, y agrego, sin faltar a la verdad, según creo, que en la mayor parte de las *liaisons* hay una falta de continuidad. Nos encontramos en lugares extraños en oportunidades diversas y durante un breve lapso ligamos nuestra vida con la de otros —del mismo modo en que Lizette había ligado su brazo con el mío— y después, una vez agotado el tiempo que teníamos reservado, volvemos a apartarnos. A veces a través de una neblina de dolor; por lo general a través del velo de recuerdos que se adhiere por un momento y después pasa; en ocasiones como si nunca hubiésemos tenido contacto.

—Mi nombre es Paul Ordahl —le dije—. Y lo más horrible que me pasó nunca fue mi primer mujer, Bernice. No sé de qué otro modo decirlo, aunque suene melodramático, eso fue lo que pasó, sencillamente; resulta que ella se volvió loca, y yo me divorcié y la madre la internó en un manicomio privado.

—Cuando tenía dieciocho años —dijo Lizette—, mi familia dio una fiesta para presentarme en sociedad. En aquel tiempo vivíamos en Garden District, en la calle Prytania. La casa era una preciosa hacienda blanca, de esas que ahora llaman de antes de la guerra, con columnas griegas. Teníamos una hermosa pérgola de nísperos en el jardín del fondo, justo debajo de un sauce llorón. Tenía seis lados. Era octogonal. ¿O era hexagonal? Fue la fiesta más linda del mundo. Y durante esa fiesta yo me escapé con un muchacho... no recuerdo como se llamaba... y fuimos a la pérgola y le dejé que me tocara los pechos. No me acuerdo cómo se llamaba.

Estábamos en la calle Decatur y caminábamos hacia el Barrio Francés. A nuestra derecha corría el Mississippi, oscuro pero haciendo notar su presencia.

—Fue su madre la que la internó ¿me comprende? Yo sólo supe algo de ella en dos oportunidades antes del divorcio. Habían sido cuatro años espantosos y yo no quería saber nada más. Una vez, cuando yo ya había empezado a hacer un poco de plata, llamó la madre y me dijo que Bernice tenía que pasar al manicomio estatal. No tenía más dinero para pagar el asilo privado. Mandé algo de plata; no mucho. Supongo que podría haber mandado más, pero me había vuelto a casar y mi mujer tenía un chico de su matrimonio anterior. No quise mandar más. Le dije a la madre que no volviese a llamarme. Hubo otra oportunidad, la última... fue lo más horrible que me pasó nunca.

Caminábamos por la plaza Jackson, escudriñando el pasto negrísimo, leyendo las placas clavadas en la valla de puntas aguzadas, placas en las que se contaba que Nueva Orleans había pertenecido una vez a los franceses. Nos sentamos en uno de los bancos de la calle. Era una calle que había quedado cerrada al tránsito, y nos sentamos en uno de los bancos.

—Nuestro apellido era Charbonnet. ¿Puede pronunciarlo?

Lo pronuncié, con buen acento.

—Me casé con un hombre muy rico. Era un potentado de verdad. Hubo un tiempo en que fue propietario de toda la manzana donde se levanta ahora el Vieux Carré, en la calle Bourbon. Me admiraba mucho. Vino a casa y pidió mi mano, y mi mamá tuvo que aceptar el negocio porque mi padre era demasiado débil, bebía. Recién ahora puedo entenderlo. Pero no tenía demasiada importancia. Yo ya había averiguado cuál era la situación financiera de mi pretendiente. No era un tipo del montón, aunque tampoco tenía clase. Pero era rico y me casé con él. Me hacía regalos. Hice lo que me correspondía. Pero me negué a

que me hiciese el amor después de que se hizo amigo de ese espantoso judío que construyó el cementerio de Metairie sobre la pista de carreras de caballos porque no le dejaban correr sus caballos judíos. Mi esposo se llamaba Dunbar. Claude Dunbar, tal vez lo oyó nombrar. Nuestras fiestas eran de *rigueur*.

—¿Le gustaría tomar un café con *beignets* en Du Monde?

Se quedó mirándome fijo un momento, como si quisiese decirme algo más, después me hizo señal de que sí y sonrió.

Dimos la vuelta a la plaza. Mi unicornio esperaba en el recodo. Le rasqué el flanco color arco iris y él arrancó algunos guijarros con su casco delantero.

—Ya sé —le dije—, pronto vamos a entrar en la pendiente. Pero todavía no. Sé paciente. No voy a olvidarte.

Lizette y yo entramos al café Du Monde y ordené dos cafés con leche tibia y dos porciones de *beignets*. El mozo había nacido en Nueva Jersey, pero había vivido casi toda su vida a unos pocos kilómetros de College Station, Texas.

Del lado del muelle llegaba un airecito fresco.

—Yo estaba en Nueva York —le dije—, para recibir un premio en una convención de arquitectos (no sé si mencioné que soy arquitecto), porque en ese tiempo yo era arquitecto... bueno, y aparecí en un reportaje de televisión. La madre me vio en ese programa y buscó en los periódicos para ver en qué hotel se celebraba la convención. Averiguó el número de mi habitación y me llamó por teléfono. Era bastante tarde, esa noche me habían entregado el premio, era tarde, bastante tarde. Yo estaba sentado en el borde de la cama, sacándome los zapatos, con la corbata del smoking colgando del cuello, preparándome para tirar la ropa al piso y meterme en la cama cuanto antes. Sonó el teléfono. Era la madre. Era una persona espantosa, una de las peores personas que conocí jamás, un buitro, una persona horrible, espantosa. Empezó a hablarme de Bernice que estaba en el asilo. De cómo la tenían encerrada en esa piecita y cómo ella se pasaba la mayor parte del tiempo mirando por la ventana. Había hecho una regresión completa a la infancia, y casi nunca reconocía a su madre, pero cuando la reconoció le decía algo como «No dejes que me lastimen, mamita, no dejes que me lastimen».

»Así que le pregunté qué quería que hiciese, si quería dinero para Bernice o qué... si quería que fuese a verla ya que estaba en Nueva York... y ella me contestó que de ningún modo, Dios la librara. Y después me hizo algo horrible. Me dijo que la última vez que había ido a ver a Bernice, mi ex mujer se había dado vuelta y había acercado el índice a los labios diciendo "Shh, no hagamos ruido. Paul está trabajando".

»Y, puedo jurarlo, sentí que se me desenroscaba una víbora en el estómago. Fue lo más horrible que oí en mi vida. Por muy seguro que uno esté de encontrarse en paz con Dios y de no haber mandado a nadie al manicomio, siempre queda ese resto de duda y, diciéndome lo que me dijo, me mató. No podía pensar en eso, no podía siquiera oírlo porque me destruía. Así que me escondí detrás de una coraza de metal y seguí hablando como si nada. Después de un rato colgó.

»Pasaron dos años antes de que me atreviese a pensar en eso, y cuando lo hice lloré. Hacía muchísimo que no lloraba. No porque estuviese convencido de esa estupidez de que los hombres no deben llorar, claro está, simplemente porque no había habido nada realmente importante para hacerme llorar, supongo. Pero cuando recordé lo que ella había dicho, empecé a llorar y no pude parar y al final fui al baño y me miré en el espejo y me pregunté cara a cara si yo había hecho eso, si yo alguna vez le había dicho que se callara para poder trabajar con mis croquis y mis dibujos...

»Y después de un rato me vi sacudiendo la cabeza, no. Después todo fue más fácil. Eso sucedió unos tres años antes de que yo muriera.

Ella lamía el azúcar impalpable de las *beignets* que se le había quedado pegado en los dedos y se sumergió en una larga historia acerca de un amante que había tenido. No recordaba su nombre.

Era algo pasada la medianoche. Yo había pensado que la medianoche iba a ser la señal del comienzo de la pendiente, pero habían pasado las doce y ella no parecía estar por desvanecerse. Salimos del café Du Monde y caminamos hacia el Barrio Francés.

Tengo un profundo desprecio por la calle Bourbon. Los puchos tirados, esos bultos carnosos en lugar de tetas, el olor a la miseria, las empequeñecidas almas de los hombres preocupados sólo por la carne. El ruido.

Caminamos por ella como *connaisseurs* por una exposición de cuadros baratos. Ella siguió hablando acerca de su vida, de los hombres que había conocido, de cómo la habían amado, de cómo ella los había despreciado, de las cosas triviales de su pasado. Yo seguí hablando acerca de mis amores, de todas las mujeres que habían estado cerca de mi corazón durante el tiempo, más o menos largo, que habían durado nuestras relaciones. Nos intercambiábamos charlas, las frases se cortaban en ángulo recto, los únicos puntos de encuentro eran los silencios que seguían al fin de cada historia.

Ella quiso un *julep* y la llevé al hotel Royal Orleans. Nos quedamos sentados en silencio mientras ella bebía. Yo la contemplaba, estudiaba ese rostro de fantasma en busca del menor destello de luz en el hielo de sus ojos, con la esperanza de encontrar un indicio de que se acercaba el deshielo. Pero no había nada de eso y yo me quemaba tratando de decir las palabras adecuadas que provocasen calor. Ella bebía y recordaba otras veladas con jóvenes, en hoteles similares, cien años atrás.

Fuimos a un club nocturno donde un bailarín de flamenco y sus dos *partenaires* actuaban sobre un tablado de madera rústica. Sus zapatos negros, refulgentes como estrellas, despertaban en mí resonancias que preferí ignorar.

Después me di cuenta de que había sólo tres parejas en el club y que el extremadamente lindo bailarín de flamenco actuaba para Lizette. Se agarraba las solapas de su bolero y golpeteaba los talones contra el escenario como si estuviese clavando clavos. Ella lo miraba y recorrió con la punta de la lengua el borde de su vaso de licor, en un gesto manifiestamente provocativo. Había una consumición mínima de dos tragos y como a mí jamás me gustó el alcohol ella estaba más que dispuesta a evitar que se malgastase el dinero, de modo que bebió mi trago además del suyo. No sé si se estaba emborrachando o simplemente se entregaba al juego. Eso no tenía importancia. Me puse ciego de celos y los dragones se apoderaron de mis ojos.

Cuando el bailarín terminó, al concluir su actuación de media hora, vino a nuestra mesa. El traje era ajustadísimo y del color de los lagos del Ártico. Tenía un pelo rizado, húmedo por el ejercicio, y su cara linda me ponía furioso. Hubo una escena. Él le preguntó cómo se llamaba. Yo acoté algo. Él trató de mostrarse amable al darse cuenta de mi pésimo humor. Ella pasó por alto lo que yo había dicho. Él intentó una vez más, en castellano, ceceando. Ella, respondió. Yo me levanté y le di un empujón. Hubo un forcejeo. Nos pidieron que nos retiráramos.

Una vez afuera, ella se separó de mí.

Mi unicornio estaba junto al cordón, comiendo flan de una fuente sopera de porcelana de Sévres. Yo la miré alejarse un poco tambaleante por la calle rumbo a la plaza Jackson. Rasqué el cuello de mi unicornio y él dejó de comer su flan. Me miró un rato largo. Tenía cristales de hielo brillando en la crin. Estábamos en la pendiente.

—Ya falta poco, viejo amigo —le dije.

Él bajó su esbelta cabeza hacia la fuente.

—Veo que estuviste en Las Américas. Cuando devuelvas la fuente dale mis saludos al señor Pena.

La seguí calle arriba. Caminaba rápidamente en dirección a la plaza. La llamé pero no quiso detenerse. Empezó a arrastrar la mano izquierda por los barrotes de acero de la valla de la plaza. Las yemas de los dedos hacían un ruido sordo al pasar de un barrote al otro y en una oportunidad pude oír el clac de una uña muy cuidada.

—¡Lizette! ¡Maldición!

No me sentía dispuesto a correr detrás de ella; no sé por qué pero me resultaba degradante. Pero ella se alejaba cada vez más. En el parque había vagos recostados sobre los bancos, con los brazos en la nuca. Trabajadores errantes, muchachos con barba y mochila. De pronto tuve miedo por ella. Imposible. Hacía cien años que estaba muerta. No había ninguna razón para temer. ¡Y tenía miedo por ella!

Empecé a correr, mis pisadas resonaban por todo el parque. La alcancé en la esquina y la arrastré conmigo. Ella trató de abofetearme y le agarré la mano. Siguió intentando pegarme, arañarme con sus uñas cuidadas. La sostuve y la aparté de mí con un empujón, la hice girar alocadamente, tratando de impedirle tomar impulso. Ella se bamboleaba enloquecidamente, gritando y diciendo palabras desarticuladas. Finalmente se tropezó y yo la atraje hacia mí y la apreté contra mi cuerpo.

—¡Basta! ¡Basta, Lizette! Yo... ¡Basta!

Ella se apretó contra mí sosteniendo en el aire el pie lastimado y sentí que lloraba contra mi pecho. La llevé hacia la sombra y mi unicornio bajó por la calle Decatur y se quedó de pie junto a un farol callejero, esperando.

Se levantaron los vientos de la quimera. Los oí y me di cuenta de que ya estábamos en la pendiente, que nos quedaba poco tiempo. La abracé y sentí la fragancia selvática que despedía su cabello.

—Escúchame —dije suavemente, muy cerca de ella—. Escúchame, Lizette. Casi no nos queda más tiempo. Es nuestra última oportunidad. Has vivido en la piedra durante cien años; te he escuchado llorar. Fui a visitarte a ese lugar noche tras noche y te oí llorar. Ya has saldado tu deuda, Dios sabe que la has saldado. Yo también. Podemos hacerlo. Tenemos una oportunidad más y podemos hacerlo, si lo intentas. Eso es todo lo que te pido, que lo intentes.

Se apartó de mí bruscamente, sacudiendo la cabeza para apartarse el cabello cobrizo del rostro. Tenía los ojos secos. Los espectros pueden hacer eso, llorar sin lágrimas. Las lágrimas nos están negadas. También otras cosas, de las que no voy a hablar aquí.

—Te mentí —dijo.

Le toqué el rostro, el pómulos, cerca del nacimiento del cabello.

—Ya lo sé. Mi unicornio jamás habría dejado que lo tocaras si no fueses pura. Yo no lo soy, pero no tiene más remedio conmigo. Me fue asignado. Es mi espíritu familiar, y me soporta. Somos amigos.

—No. Otras mentiras. Mi vida fue una mentira. Te dije todas mentiras. No podemos hacerlo. Tienes que dejarme ir.

No sabía exactamente dónde pero sabía cómo iba a suceder. Discutí con ella, tratando de convencerla de que había una salida. Ella no quería creerlo, no tenía la fuerza o la voluntad o la fe para creerlo. Finalmente la solté. Me echó los brazos al cuello, puso mi cara junto a la de ella y me tuvo así abrazado un rato. Después se levantaron los vientos y hubo sonidos en la noche, llamados, y ella me dejó abandonado en las sombras.

Me senté en el cordón de la vereda y pensé en los años pasados desde mi muerte. Años sin mucha música. La luz se desangraba. Vagaba. Sólo los recuerdos y el paso del unicornio guiaban mi marcha. Estaba muy triste por él; me había sido asignado hasta que se me presentase la oportunidad. Y la oportunidad había llegado y yo había hecho mi mejor intento y había fallado.

Lizette y yo éramos las dos caras de una misma moneda, una moneda sin valor y caduca. Prenda legal ofrecida por naciones desaparecidas desde hacía mucho, que ya ni siquiera conservaban sus nombres en el arrugado papiro de las cartografías. Nos habían arrancado de nuestro sueño final y se nos había mandado a vagar por nuestros crímenes; no tendríamos más que una única oportunidad entre la muerte y la eternidad. Esta noche... esta noche sin nada especial... esta había sido nuestra oportunidad.

Entonces mi unicornio se me acercó y frotó su hocico contra mi hombro. Yo levanté el brazo y le rasqué la base de su cuerno en espiral, su lugar predilecto. Emitió un suspiro largo y plateado, y en ese sonido creí escuchar la sentencia que también le haría cumplir a él. Nos habíamos sentido muy unidos, además. El que había dispuesto la oportunidad de esta noche nos había asignado uno al otro. Pero, si yo había perdido, también había perdido mi unicornio, que había vagado conmigo todos esos años sin luz y silenciosos.

Me puse de pie. No estaba de ningún modo preparado como para presentar batalla, pero al menos podía aguantar a completar el viaje... hasta el pie de la pendiente.

—¿Sabes dónde están?

Mi unicornio empezó a caminar calle abajo y yo lo seguí, entre la desesperanza y la frustración. Entre el crepúsculo y el amanecer se desarrolla la cabalgata final, la última oportunidad. Después de la medianoche comienza la pendiente. Quedaba poco tiempo y en cuanto el tiempo se acabase ya no habría más que tiempo para Lizette, para mí y para mi unicornio. Para siempre.

Cuando pasamos por el hotel Royal Orleans me di cuenta hacia dónde íbamos. Ya se había desvanecido el rumor del barrio. Se acercaba el amanecer. Los piojos humanos se habían arrastrado por fin hasta sus montoncitos de carne para dormir la noche de jarana. Aunque yo jamás había tenido una experiencia directa de la Nueva Orleans en la que había crecido Lizette, ansiaba tener el poder de borrar el cáncer inmundo en que se habían convertido la calle Bourbon y el Barrio, con la roña turística y las chillonas luces de neón, el poder de restaurar el colorido pero saludable aspecto de la época de su esplendor, cien años atrás. Pero yo no era más que un espectro, no uno de esos dioses con poderes, y en ese preciso momento estaba casi sobre el final de la cuerda que sostenía uno de esos dioses.

Mi unicornio dobló por calles oscuras, manteniendo siempre la misma dirección, y cuando vi las primeras sombras negras de las tumbas contra el cielo nocturno, contra el relampagueante cielo nocturno, me di cuenta de que no me había equivocado con respecto a nuestro destino.

El cementerio de Saint Louis.

¡Oh, cuanto lamento por el que no haya visto nunca el mundialmente famoso cementerio de Saint Louis en Nueva Orleans! Es el camposanto más perfecto, el más completo, el más hermoso del universo. (Hay cierta perfección en determinados detalles que invade por completo lo demás. Hay sillas danesas que no podrían ser ninguna otra cosa más que sillas, que son tan absoluta y definitivamente sillas que si el mundo, tal como lo conocemos, llegase a su fin y en un billón de años más las cucarachas tamaño caballo de Nueva Orleans se convirtiesen en la especie dominante, y cavaran el suelo hasta llegar a las capas aluvionales profundas y encontrasen una de esas sillas, aun cuando ellas mismas no las usasen, aun cuando no estuviesen diseñadas, estructuralmente, como para usarlas, aun cuando jamás hubiesen visto una silla, aun así sabrían cuál es el uso que hay que darle a ese objeto, sabrían que fue creado para ser eso: una silla. Porque sería un ejemplo de sillidad. Y, a partir de ella, serían capaces de reconstruir una réplica de la raza humana. Ese es el tipo de camposanto al que uno se refiere cuando habla del mundialmente famoso cementerio de Saint Louis.)

El cementerio de Saint Louis es muy antiguo. Está impregnado de sombras y de huesos que se sienten cómodos y de imágenes *post mortem* de personajes que se hicieron famosos

por el solo hecho de estar enterrados en el cementerio de Saint Louis. La napa de agua yace a escasos centímetros del suelo de Nueva Orleans. Es por eso que no hay tumbas en tierra. Los cuerpos son colocados en criptas, sepulcros, bóvedas y mausoleos construidos sobre la superficie. Las lápidas son todas distintas, no hay dos que sean iguales, y cada uno de ellas es testimonio del arte de algún lapidario. Y sólo en segunda instancia testimonio de los que yacen debajo de la piedra.

Habíamos llegado al cénit de la noche. Ese punto extremo que precede al amanecer. El alba no había empezado aún a cubrir el horizonte del este, pero el tono de la noche se había tornado más cálido; era el último tramo de la pendiente de mi última oportunidad. También de la de Lizette.

Nos acercamos al cementerio, mi unicornio y yo. Desde el profundo centro del horizonte de tumbas que se levantaban más allá del cerco pude ver el resplandor gélido de una luz azul vibrante. El tipo de luz que encuentra uno en la heladera, fría, chata, vidriosa.

Me monté en mi unicornio y me incliné contra su cuello, aferrándome a su crin con ambas manos y apretando las rodillas contra sus flancos de seda, que ahora ondulaban con luz y con color, y emití un ligero silbido de aceptación, una leve señal de partida.

Mi unicornio voló por encima de la cerca, penetrando en el mundo del famoso cementerio de Saint Louis.

Desmonté y le di las gracias. Empezamos a abrirnos camino entre las tumbas, los sepulcros, las criptas.

El resplandor se hizo más evidente. Ya podía oír a los vientos de quimera que se levantaban, se arremolinaban, soplaban desde mares remotos. La luz que vibraba, los vientos que gemían, la noche que agonizaba. Mi unicornio se quedó cerca. Incluso nosotros, los habitantes del mundo espectral, sabemos cuándo tener miedo.

Al fin de cuentas había perdido la última apuesta; no tenía la protección de ningún dios. Estaba más desnudo aún en la muerte.

No hay niebla en Nueva Orleans. A nuestro alrededor empezó a levantarse la bruma. Salvo escasas oportunidades en el invierno no hay niebla en Nueva Orleans.

Recuerdo el amanecer de la noche en que morí. Había bruma. El mío había sido un suicidio.

Me había abandonado mi tercera mujer. Se había ido durante la noche, mientras yo estaba en una reunión de negocios con un cliente. Me habían contratado para construir una iglesia en Baton Rouge. Me había pasado el día despegando con vapor el empapelado viejo del departamento que habíamos alquilado. Iba a ser nuestro primer hogar y lo íbamos a pagar con la comisión. Me había ocupado personalmente de despegarlo, con una escalera alta y un condensador de vapor. Cerca del cielorraso el calor había sido tan intenso que casi me desmayo. Ella me había traído limonada recién exprimida. Después me había bañado, me había vestido y había ido a la reunión. Al volver, ella ya se había ido. Sin dejar ni una nota.

Lizette y yo éramos las dos caras de una misma moneda, arrojada después de la muerte en castigo por los extremos opuestos de un mismo crimen. Ella no había amado jamás. Yo había amado demasiado. El abuso en algo tan delicado como el amor es monstruosamente pecaminoso a los ojos del Dios del Amor. Y algunos de nosotros —los que nunca comprendimos que la salvación estaba en la Dorada Medianía— somos arrojados a la deriva con una última oportunidad. Puede darse.

Se levantó la bruma a nuestro alrededor, y mi unicornio se deslizó hasta quedar pegado a mí, parecía mas pequeño, casi tímido. Estábamos penetrando en reinos que él no comprendía, donde su limitada magia resultaba inútil. Eran reinos de potencia tan remotos incluso de los seres del limbo, como mi unicornio, tan ajenos incluso para los que deambulábamos por la zona intermedia —como Lizette y yo—, que nos sentíamos tan

inermes y desconcertados como los seres vivos. Teníamos una única ventaja sobre los humanos vivos, palpitantes, sobre los que aún no han muerto: estábamos muy seguros de que los reinos del más allá existían.

Más arriba, más allá, más abajo, donde habitan los dioses. Donde vivía Él, el que me había dado mi oportunidad y se la había dado a Lizette. Y, sin lugar a dudas, estaba observando.

La bruma se arremolinaba alrededor de nosotros, tan fría y definitiva como el polvo de las tumbas de los faraones.

La atravesamos rumbo al corazón vibrante de la luz azul. Y al llegar al penúltimo círculo nos detuvimos. Estábamos en el anillo externo de la potencia y vimos las cosas que habían venido a reclamar a Lizette. Ella yacía sobre un altar de cristal, desnuda y temblorosa. Las cosas estaban de pie alrededor de ella, enormemente altas y transparentes. Siluetas de hombres sin cara. Dentro de las formas transparentes se arremolinaba una niebla extraña, plateada, como el humo de los incensarios sagrados. En el lugar en que tendrían que haber estado los ojos del hombre o del espectro sólo había resplandores opacos, titilantes como luciérnagas; bailoteaban allí adentro, colgados del humo, cambiando de forma y de ubicación. No tenían ojos. Y eran altas, muy altas, mucho más altas que Lizette y que el altar.

Para mí, que había abusado del amor, al llegar el amanecer sin salvación, sólo quedaba el vagabundeo eterno con mi unicornio como única compañía. Un espectro para siempre jamás. Una quimera de incienso que sólo parecería polvo del diablo sobre el horizonte, produciendo escalofríos al pasar por las calles de la ciudad, ido para siempre, invisible, perdido, vacío, inerme, vagabundo.

Pero para ella, receptáculo vacío, el destino era totalmente diferente. El Dios del Amor le había concedido su tiempo de vagabundeo y, atrapada durante el día bajo la lápida podía errar durante la noche. Le había dado su última oportunidad. Y como ella la había perdido, su destino eran esas criaturas que la requerían, dioses también ellos... dioses de otro orden... no sé si superiores o inferiores. Pero terribles.

—*¡Lagniappe!*—grité.

Era un viejo vocablo francés usado en Nueva Orleans cuando se pide un poco más, una medialuna de obsequio, algunas zanahorias extra agregadas a la bolsa de las compras, una porción más generosa de almejas, o de cangrejos, o de camarones.

—*¡Lagniappe!* ¡Un poco más, Lizette! Inténtalo una vez más. Trata... pídelo... hay tiempo... se te da la oportunidad... ya has pagado... yo también pagué... es nuestra oportunidad... ¡inténtalo!

Se incorporó con el cuerpo desnudo iluminado por los brillantes resplandores de escalofriante azul gélido que venían del otro lado. Se incorporó y miró hacia mí a través del círculo interior. Yo me quedé allí parado, con los brazos abiertos, tratando desesperadamente de abrirme paso hasta donde estaba ella a través del círculo externo. Pero era sólido y no pude pasar. Sólo las vírgenes podían atravesarlo.

Ellos no estaban dispuestos a dejarla ir. Se les había prometido un festín y estaban allí para reclamarlo. Empecé a llorar, como había llorado cuando por fin escuché lo que había dicho la madre, cuando volví por fin a mi departamento vacío y me di cuenta de que había malgastado mi vida amando demasiado, exigiendo demasiado, yo mismo un cebador junto a una mesa que podía vaciarse y agotarse y que ya no me permitiría volver a servir. Ella quería venir hacia mí, se veía que quería venir hacia mí. Pero ellos estaban decididos a comerse su plato.

Entonces sentí el hocico de mi unicornio junto a mi cuello. Con un solo paso había atravesado esa barrera impenetrable para mí, había llegado del otro lado del círculo y se había quedado esperando. Lizette saltó del altar y corrió hacia mí.

Todo sucedió al mismo tiempo. Sentí que el cuerpo de Lizette anclaba en el mío y *los dos* vimos a mi unicornio de pie del otro lado y por un instante no pudimos responder con las reacciones esperadas, ni pronunciar los sonidos correctos. Supimos por primera vez en nuestras vidas y en nuestras muertes lo que significaba estar paralizado. Después las reacciones me fueron llegando, nos fueron llegando, por oleadas, una detrás de la otra: una cascada de alegría porque Lizette había venido hasta... nosotros; un amor decidido por esta criatura espectral, por Paul; la certeza de que, instintivamente, parte de nosotros estaba retornando a un mismo molde; miedo de que esa parte amara demasiado en esa unión mística; decisión de atemperar nuestro amor, y después angustia al ver a nuestro unicornio allí parado, esperando los reclamos...

Lo llamamos... usando su nombre secreto, uno que nunca habíamos pronunciado en voz alta. Apenas podía hablar. Tenía un nudo en la garganta, también nosotros.

—Viejo amigo...

Dimos un paso en dirección a él, pero no pudimos atravesar la barrera. Lizette se aferró a mí, Paul me abrazó fuerte mientras temblaba con terror y mientras el frío de ese círculo interior seguía helándome la carne.

Los grandes reclamadores transparentes estaban en silencio, observaban, esperaban, como si estuviesen satisfechos de permitirnos unos instantes para la decisión final. Pero se olía su impaciencia en el aire, un leve ronroneo, como el estertor de muerte permanente en la garganta de un gato.

—¡Vuelve! No lo hagas por mí... por mí no... no es justo.

El unicornio de Paul volvió la cabeza y nos miró.

Mi amigo de noches sin estrellas, en las que nos habíamos deslizado juntos y a oscuras. Mi amigo, que había recorrido conmigo inacabables paseos por lugares vacíos. Mi amigo de naturaleza amable y compañerismo constante. Hasta que apareció Lizette, mi amigo, mi único amigo, mi espíritu familiar, al que se le había asignado una tarea pesada, que había acabado por quererme y al que yo había pertenecido del mismo modo en que él me había pertenecido a mí.

No podía soportar el dolor que se me agrandaba en el pecho, en el estómago; tenía la cabeza ardiendo y los ojos se me quemaban con lágrimas, primero por Paul, y ahora por la criatura más dulce que jamás hubiese enviado un Dios para calmar la angustia de un hombre... y por mí. No podía soportar el dolor de no poder conocer jamás, como Paul, la compañía silenciosa de esa bestia dulce y mágica.

Pero él volvió la cabeza y avanzó hacia ellos, y ellos tomaron ese gesto como la decisión final, y esos grandes reclamadores transparentes se le acercaron y extendieron sus manos de cristal para tocarlo. Por un momento parecieron titubear y yo grité:

—¡No tengas miedo...!

Y mi unicornio volvió la cabeza para mirar a través de la bruma de potencia por última vez, y yo vi que sí tenía miedo, pero no tanto como habría tenido si yo no hubiese estado allí.

Entonces el primero de ellos tocó su flanco suave y plateado y él emitió un trémulo suspiro de dolor. Un temblor le recorrió el cuerpo. No el movimiento veloz de la carne cuando se espantaba una mosca, sino un temblor totalmente nuevo, no natural, que contenía en su viveza toda la energía y la pérdida de eternidades. Del unicornio de Paul salió un gemido, aunque él no lo había emitido.

Podíamos sentir el dolor, la soledad. Mi unicornio ya no tenía más tiempo. Terminaba. Era todo un terminar definitivo; se había quedado conmigo, había caminado conmigo y

había llegado a preocuparse por mí hasta que llegase el momento en que ese Dios particular lo relevase de su obligación; pero ahora se le negaba la libertad; terminaba.

Los grandes reclamadores transparentes lo tocaban y le acariciaban el cuero tibio con sus dedos de hielo, mientras nosotros observábamos, inermes, y Lizette hundía su cara en el pecho de Paul. Los colores ondulaban por el cuerpo de mi unicornio, como si al hacerse más intensos pudiesen combatir el contacto gélido de los reclamadores. Olas vibrantes de arco iris que se avivaban por un instantes en su pelaje, se opacaban luego, volvían a encenderse y se agotaban. Después los colores se fueron escurriendo uno tras otro, los tonos languidecían; azul púrpura, violeta manganoso, discordia, azul cobalto, duda, afecto, verde cromo, cromo amarillento, siena crudo, contemplación, bermellón alizarina, ironía, plateado, severidad, compasión, rojo cadmio, blanco.

Lo vaciaron... él no les dio batalla... se fue enfriando de a poco... resplandores de amarillo, un toque de azul, pálido como el blanco... los estremecimientos se fundieron en un temblor constante... los maravillosos ojos dorados giraban atormentados, se apagaron, perdieron su brillo, metal opaco... los cascos de platino tenían costras de herrumbre... y él se quedó allí, no trató de huir, se entregó por nosotros... y lo vaciaron. De todo. Después, como pasaba con los reclamadores, pudimos ver a través de él. Los vapores se arremolinaban dentro de la cáscara transparente, un vidrio neblinoso, trémulo... después nada. Y después absorbieron hasta la cáscara.

La fría luz azul se desvaneció y ya no pudimos distinguir a los reclamadores. El humo que había dentro de ellos se hizo más espeso, empezó a moverse con más lentitud, horriblemente, como si se hubiesen hartado y se sintiesen pesados y pudiesen irse, de vuelta a ese lugar que había del otro lado de la cuerda, donde esperaban, siempre esperaban, hasta que volvían a sentir hambre. Y mi unicornio había desaparecido. Estaba solo con Lizette. Estaba sola con Paul. La bruma se esfumó, y los reclamadores se habían ido, y una vez más no era más que un cementerio, mientras los primeros rayos del día empezaban a deslizarse por entre el desorden y el caos de las lápidas.

Estábamos juntos y de pie, un único cuerpo desnudo, blanco y virginal en mis brazos cansados; y en cuanto la luz del sol nos alcanzó empezamos a desvanecernos, a fundirnos, a mezclar nuestros cuerpos y nuestros espíritus errantes, formando un único espíritu que no amaría excesivamente ni demasiado poco, ya que habíamos aprovechado nuestra oportunidad en la pendiente.

Nos desvanecemos y fuimos levantados invisiblemente por el hálito perfumado de ese buen Dios que nos había poseído, y llevado lejos de allí. Para nacer nuevamente como un único espíritu en alguna otra forma humana, no sabíamos si de hombre o de mujer. Tampoco habríamos podido recordarlo. Y no tenía importancia.

Esta vez no nos destruiría el amor. Esta vez tendríamos suerte en el viaje.

La suerte de crines de seda, de colores de arco iris, de cascos de platino y de cuerno en espiral.

Gardner R. Dozois - EL HOMBRE QUE SALUDABA CON LA MANO

El mundo se solidificaba.

Él era Harry Bradley, caucásico, treinta y siete años, se podía dar fe de su buen carácter. Un joven ejecutivo —grado GS 8, 10.000 dólares anuales, según el Nuevo Escalafón— que había sido un joven ejecutivo desde los treinta y seguiría siendo un joven ejecutivo hasta que muriese en servicio activo o hasta que lo obligaran al retiro en el Asilo de Ciudadanos Ancianos (adonde uno podía entrar pero de donde no podía salir). Su departamento medía diez metros por diez metros y tenía una altura de cuatro metros, y estaba decorado con el estilo seudocolonial que se usaba ese año, todo de plástico y a escala reducida. Tenía cortinados de similpana roja en una videoventana que en realidad no daba sino a otros kilómetros de videoventanas que miraban hacia allí. La ventana medía exactamente cuarenta centímetros por sesenta centímetros, ni más ni menos que cualquier otra videoventana de cualquier otro ejecutivo de su grado y antigüedad. Era lo justo; eso era la democracia. Tenía una cocinita de energía solar que podía cocinarle casi cualquier cosa en cinco minutos, pero era raro que tuviese hambre. Tenía una *boiserie* artificial en las paredes. Tenía un hogar con un falso fuego que era en realidad una serpentina eléctrica (segura, económica); se lo encendía y apagaba con una llave y podía enchufárselo en la pared. Tenía una araña de caireles «colonial» (a escala reducida), hecha de un plástico que realmente parecía vidrio y que se movía y tintineaba de manera muy convincente si uno ponía al máximo el aire acondicionado. Tenía, aunque no lo sabía con tanta precisión, la copia número 152.673 de un Cézanne, impresa ese año, y la copia número 93.435 de un Van Gogh. Ambos cuadros colgaban magnéticamente para que ningún clavo estropease el brillo parejo color crema de las paredes. En realidad, no estaba autorizado a dañar las paredes, y si llegase a hacerlo debería explicarse por escrito y por triplicado hasta el menor de los detalles. También había un gran Rembrandt (una copia más de los muchos millones de copias) que no le gustaba pero que era propiedad del gobierno y venía con el departamento, y del que no podía librarse, según se especificaba en el contrato. Tenía un reloj eléctrico silencioso, con un tic-tac opcional incorporado. Tenía una combinación de videófono y holovisión color (aunque no quería pensar en él ahora; más tarde) que le permitía tanto hablar con otra gente —otros ejecutivos— o mirar programas comerciales (del gobierno). Tenía una mesa en forma de timón de velero antiguo en la que podían ponerse los cócteles y hacerla girar. Tenía una imitación de farol colonial antiguo en un rincón íntimo. Tenía un estéreo automático con una selección de veintitrés sinfonías clásicas y seis horas continuadas de música popular que jamás escuchaba. Si quería podía usar su videófono para hablar con la gente de la luna por la cadena de satélites de comunicación. Pero no había nadie en la luna con quien él quisiese hablar. Y nadie en la luna quería hablar con él.

Era Harry Bradley. No tenía forma de evitarlo.

Yacía completamente quieto en el medio de la habitación, con una erección.

Estaba desnudo.

Se le estaba secando el sudor sobre el cuerpo y roncaba al respirar.

Tenía un nudo en el estómago. Bradley se debatió sin mucha fuerza y logró darse vuelta y pegar el estómago contra el piso. Los mosaicos estaban increíblemente fríos contra su piel mojada, y duros como una roca; la carne se le estremeció con el rechazo al contacto. Se las arregló para incorporarse apoyándose sobre un codo antes de empezar a sentir vahídos. Se detuvo, con la cabeza inclinada, jadeando, examinando sin querer la suciedad que se juntaba en las ranuras que había entre los mosaicos. Por un momento había habido

dos personas viviendo dos existencias distintas, en dos ámbitos distintos, y había sido duro. Todavía tenía ciertas dificultades en separar realidades... se le confundían recuerdos contradictorios, emociones opuestas, imágenes persistentes se mezclaban con la visión hasta producirle náuseas: todavía había un universo superpuesto al otro como un negativo expuesto dos veces. Pero uno de ellos se desvanecía poco a poco. Y era el universo preferido, aquel en el que no estaba condenado a ser Harry Bradley, joven ejecutivo, grado GS 8, 10.000 dólares anuales. Pero por mucho que luchase para aferrarse a él, a *algo*, se escapaba irremisiblemente. Ese universo de los sueños se disolvió finalmente en la nada y reflujo hacia la fuente de donde había emanado, detrás de sus ojos, y fue reemplazado por las escenas grises y familiares de la realidad que bullían como paisajes con burbujas.

La opulencia rocó de aquel otro lugar había desaparecido, reemplazada por una esterilidad de plástico que era peor que la pobreza.

Sacudió la cabeza con pesadez, haciendo un gesto de rechazo al sentir un arañazo de dolor. Hasta el recuerdo había desaparecido ya. Todo lo que retenía de aquel otro lugar era la vaga impresión de una belleza y una riqueza abstractas, y la sensación de que allí él era importante, una parte integrante de la totalidad. Que era un lugar mejor que éste en el que estaba.

El reloj eléctrico de la cocina hacía un ruidoso tic-tac, y cada sonido era un clavo que lo sujetaba con más fuerza a su mundo.

En un piso más abajo una caldera echó a andar con un rugido.

Sentía la garganta obstruida con papel de lija. Había tomado la droga egomórfica dos horas atrás: diez mil años de existencia subjetiva.

Empezó a estremecerse y a temblar incontrolablemente. El frío empezaba a hacerse sentir en el departamento, atravesándolo como un cuchillo. Los dientes le castañeteaban dolorosamente. Los labios se le estaban poniendo azules.

Haciendo un gran esfuerzo se incorporó. El suelo parecía bambolearse hasta la náusea, primero hacia un lado, después hacia el otro, como un columpio. Colocó la cabeza entre las rodillas por un rato. La habitación pareció aquietarse. Oyó el zumbido del ascensor del otro lado de la pared: un sonido entre furtivo y mecánico.

No hay que pensar. El asunto es no pensar en nada.

Lentamente se arrodilló y después apoyó los pies en el piso. Era más fácil de lo que había pensado si se detenía a descansar después de cada etapa. No le llevó más que unos cinco minutos.

Por fin logró ponerse de pie. El brusco cambio de perspectiva era sorprendente, y aterrador. Súbitamente se sintió hamacándose en una cuerda floja por encima de un abismo, como si fuese el hombre elástico y lo hubiesen estirado kilómetros y ahora corriese el peligro de desmoronarse porque era demasiado delgado para su altura. Las rodillas seguían doblándosele y él se empecinaba en enderezarlas. El hombre elástico se bamboleó peligrosamente, como si soplase un viento muy fuerte.

Resultaba incongruente, pero seguía con su erección. El miembro chocaba torpe y dolorosamente contra los muslos cuando se movía. Lo tocó con cautela, tocó la cabeza descolorida. Una sensación de náusea le recorrió el cuerpo.

Bradley trastabilló hasta llegar al baño, con los dientes apretados para aguantar el vómito que le había brotado de pronto del fondo del estómago. No sentía sus pies, aunque podía ver cómo los dedos gordos se tropezaban grotescamente contra los muebles, sabiendo que eso le tenía que doler. Flotaba —o se deslizaba, tal vez— por un suelo en leve pendiente hacia el baño, utilizando su cabeza como giróscopo.

Un pie primero y después el otro, obedeciendo al único impulso que podía evitar que uno se cayese al abismo.

La puerta del baño se dilató para dejarlo pasar. Bradley cayó de rodillas frente al vaciador sin sentir el impacto. Se inclinó y vomitó violentamente, lo único que salió fue una bilis aceitosa y verde. El baño respondió al estímulo de su presencia tocando un suavizante trozo de Muzak —maderas y cuerdas— y llenando el cubículo con un incienso de perfume sutil: madera de sándalo. Todo muy moderno.

Bradley se abrió paso a través de arcadas secas hasta alcanzar el estremecimiento final, preludio de la calma.

Tuvo un último y desgarrante acceso de náusea y después se arrodilló lentamente, apoyando la cabeza en la tapa del vaciador. El artefacto cloqueaba alegremente y vigorosamente para sus adentros, dirigiendo diligentemente su vómito. El estómago seguía sufriendo espasmos retroactivos. Los músculos se agitaban y se reunían a lo largo de su espalda arqueada. El sudor se había condensado prolijamente en gotitas iguales sobre su labio superior.

El vomitar le había despejado la cabeza y lo había hecho consciente de su cuerpo nuevamente, pero no le había servido de mucho más. Seguía sintiéndose pésimamente mal.

No hay que pensar por qué, no hay que meterse en eso. La cuestión es seguir moviéndose, hacer circular un poco la sangre. O, si no, morir, de una vez, carajo. Morirse y asarse para siempre en el infierno.

¡Dios mío!

Volvió al vestíbulo, echándole una maldición como al pasar a la puerta del baño que se dilató y volvió a cerrarse a sus espaldas. Como si lo vomitara. El departamento estaba más tibio... el termostato, que reaccionaba con toda exactitud a la temperatura de su propio cuerpo y que se había apagado cuando su temperatura había ascendido durante el momento de éxtasis producido por el Egodrex, se reavivaba ahora a medida que él regresaba de mala gana a la vida. Muy ingeniosos esos mecanismos de relojería. Siempre funcionaban, pasase lo que pasase. Recogió automáticamente la ropa que había ido desparramando por el piso a medida que la droga había comenzado a anular los centros de razonamiento de su cerebro y trasladado su inconsciente a la experiencia directa. Arrojó las prendas en el cesto que desembocaba en los sistemas de reconstitución del edificio. Allí los reducirían nuevamente a una pulpa, los tratarían y los harían utilizables una vez más. Lo mismo sucedería con su vómito. Ahora que ya era casi demasiado tarde, el gobierno estaba muy adelantado en cuestiones de ecología. Se aprovechaba hasta la última gota de todo.

Había un espejo de cuerpo entero (que podía convertirse en falso espejo, para poder espiar el corredor de afuera) cerca del cesto. Examinó su desnudez con desagrado: vientre blanco y prominente, peludo como el de un perro. La erección había cedido finalmente, pero ahora el miembro parecía una babosa obscena y arrugada saliendo de un nido de pelo sucio y enmarañado. Tuvo una nueva y leve sensación de náusea. Ropa nueva. Había que vestirse. La ropa limpia se sentía más oprimente aún contra su piel sucia, pero no importaba. Había que cubrirlo todo. Antes de que empezase a pudrirse.

Ya vestido, caminó con pasos errantes hacia la cocina, pasando junto al timón de velero. La gran placa cromada parpadeó implacablemente desde la pared: la hora, el día, el mes, el año. Estaba calibrada con la precisión de un décimo de segundo. Jamás permitía que uno lo olvidase. ¿Para qué necesitaba nadie saber con tamaña precisión la hora? ¿Para qué necesitaba el tiempo la gente? A pesar suyo leyó los cuadrantes de la placa, repasándolos de izquierda a derecha con un movimiento reflejo. ¡Dios mío! ¿Las cinco de la tarde recién? Habría que ir al trabajo al día siguiente. De vuelta a la oficina, a las cintas magnéticas, a los papeles, a las hileras de números sin sentido, a elegir tarjetas perforadas. La rutina. Y a Martino lo ascendían pasando por encima de él, a pesar de que lo superaba en antigüedad. Por segunda vez. Otra vez. El tiempo. Todas las horas que le quedaban en el

día, todas las horas que quedaban por delante. El tiempo libre colgaba sobre él como una roca que amenazaba con caer.

La cosa se iba a poner fea. Se iba a poner muy fea.

De pronto Bradley empezó a respirar con dificultad. Trató de no pensar en los segundos que se volvían minutos, horas, días, semanas, meses, años, todos agolpados en su futuro, y en que debería pasar por ellos de un modo u otro. Pero no pudo dejar de pensar en ellos, contándolos uno a uno en su cerebro. La cosa se iba a poner insoportable. No iba a tener más remedio que hacerlo. No podía conseguir más Egodrex hasta el viernes. Esa había sido su dosis durante tres años. Tampoco podía permitírselo... ya gastaba en ella hasta el último centavo del estrecho margen de crédito que le estaba permitido para invertir en accesorios, crédito que transfería, ilegalmente, para comprar su dosis semanal del egomórfico. Pero la cosa se ponía fea. Sintió que nacía en él poco a poco ese otro impulso familiar, que lo impulsaba hacia lo otro. No, esta vez no. No hay que pensar en lo otro. No hay que pensar.

Se hizo un balance del cuerpo, para distraerse. Se encontró con que tenía hambre, por mucho que le desagradara la idea. Su cuerpo tenía hambre. No es que necesitase nutriente en realidad, y sentía asco de sólo pensar en comer, pero la comida lo mantenía vivo — como la mayor parte de los productos del gobierno— era levemente enviciante (formaba hábito, de acuerdo con la terminología oficial) y su cuerpo quería comer. Quería masticar y tragar, era una especie de tranquilizante. Resignadamente perforó una combinación cualquiera en la cocinita, sin cuidarse por saber qué iba a comer. La cocina masculló, el horno de energía solar zumbó unos instantes, y por la ranura salió una bandeja envuelta en papel metálico. Bradley desprendió el papel y comió. La comida estaba dividida en pequeñas secciones geométricas sobre la bandeja, una cucharada de una cosa allí, un puñado de otra cosa acá. Todo tenía básicamente el mismo sabor: a plástico. Bradley comió sin darse cuenta de que comía, tratando de interesarse en lo que hacía para distraer su mente de lo otro, y fracasando.

No era suficiente. Nada era suficiente.

Dejó el tenedor sobre la mesa. Se cubrió los ojos con las manos, los estrujó. Había que tragárselo.

Quizás esta vez estés liquidado. ¿Vas a volver a hacerlo, no es verdad? No. Sí, lo harás, sabes que sí. (Sacudió la cabeza, discutiendo consigo mismo.) Puede ser que esta vez te agarren. Puede ser que te encierren. Que te dejen pudrir en la oscuridad, sin luz. Puede ser que te echen. ¿No es cierto? Que te degraden. Que te denigren. Tuviste suerte todos estos años, pensándolo bien. Nadie supo nunca nada de la droga egomórfica —creaba vicio psicológico solamente, no dejaba marcas de agujas, ni efectos metabólicos permanentes—, la perfecta droga del intelectual. Pero algún día te van a pescar. Esta vez, quizá. Hoy.

Bradley se puso de pie y caminó con pasos envarados por el departamento, dando vueltas y vueltas alrededor de sus muebles. *Sus* cosas. Eso decía él. No eran suyas en realidad. El departamento y todo lo que había en él eran propiedad del gobierno. El intercambio era automático. Él nunca veía dinero, en realidad no existía ningún tipo de dinero. Las computadoras de los bancos hacían un balance entre el haber que ganaba con su trabajo y el debe con que debía compensar el alquiler de las cosas. Todos jugaban el mismo juego en la ciudad, no había GS 8. Ni más ni menos. La comida, la ropa, las lámparas antiguas... eran todas cosas que el gobierno aceptaba alquilarle como recompensa y satisfacción por sus servicios. No había ningún otro lugar donde conseguirlas. Todos jugaban el mismo juego en la ciudad, no había otro. Si llegaba a ascender al grado superior se le permitía alquilar otros objetos del gobierno, objetos de mejor calidad. Y cuando él muriese el gobierno volvería a alquilarle sus comodidades a algún otro que acabase de superar el grado 7 del escalafón, incluyendo la misma comida, vuelta a procesar, y la

misma ropa... aunque en la práctica siempre había un grado mínimo de deterioro, siempre algo se perdía en el sistema, y algo debía agregarse.

Mis cosas, Dios me proteja de mis cosas.

Miró por la ventana: Baltimore desembocaba en Washington, en Nueva York, en Boston.

No había adonde ir. Más allá de esa puerta, después de atravesar el corredor, de descender por los ascensores y las escaleras mecánicas, más allá de las arcadas de concreto y de las fuentes de agua reciclada, más allá de las colmenas de vidrio y de acero donde vivían otros GS, más allá de los sectores llenos de escoria, más sucios, donde vivían los del montón, más allá de las guarderías y los orfanatos, de las granjas de algas y de los tanques, más allá de los sistemas de oxigenación, del barrio industrial, de las áreas de recreación, de la faja de mantenimiento, estaba el borde de la megalópolis. Y más allá sólo la anarquía y la muerte. Y las patrullas armadas, las paredes, los campos minados y los alambres de púa que protegían a la ciudad del caos. No había ninguna salida por ese lado. Ninguna en absoluto.

Y no había nadie más allí. En los novecientos kilómetros cuadrados de esa ciudad no había nadie más, nadie más en las tierras desiertas y saqueadas que la rodeaban. Sólo él, nadie más.

Sollozó y aspiró el aire entrecortadamente. La soledad se le metió en los pulmones como si fuese un jarabe.

Iba a hacerlo, ya era demasiado tarde para detenerse. ¿Suicidarse? Pensó brevemente en el suicidio, en arrojarlo por la ventana; y caer para siempre, hasta que el suelo lo acogiese. No, tenía demasiado miedo. Demasiado miedo de estar solo. Prefería hacer la otra, como siempre.

Bradley avanzó hacia el videófono. Era muy elegante, fabricado con acero y similmadera lustrada, con una gran pantalla. Se sentó temblando.

El representante de la compañía ni siquiera se había preocupado por dar la impresión de no estar repitiendo la misma cantinela de siempre, de no estar repitiendo frases de memoria. Explicaba las ventajas de la red videofónica como quien recita una lección. Bradley escuchaba con aire ausente. Los dos estaban aburridos. De todas formas, era una simple formalidad. Bradley había recibido un bono en pago por su antigüedad y tenía que alquilar algo cuyo costo correspondiese al valor del bono. Tenía que hacerlo, no había posibilidad de acumular crédito. La única iniciativa que le quedaba a él era la selección del objeto. Podía elegir entre cinco artículos de igual valor. El representante de la compañía parecía querer imponerle el videófono, tal vez estaban sobresaturados.

Bradley encendió el aparato y esperó que se calentara. Abrió un cajón, sacó una libreta de teléfonos y buscó un número garabateado. Le había llevado tres días encontrar a la chica apropiada esta vez, seguirla hasta su casa para descubrir en qué departamento de la colmena vivía y poder así buscar su número en la guía. Se había sentido aterrorizado durante cada minuto de vigilia en esos tres días y por poco lo detiene y lo interroga un guardia de seguridad. Cada vez se hacía más difícil, cada vez era más posible que lo atrapasen. El videófono zumbó. Aparecía la señal de emisión en la pantalla.

La principal ventaja del videófono, le había dicho el representante de la compañía como un autómatas, es su intimidad. Puede ahorrarle muchos viajes inútiles, es exactamente igual que estar en la habitación de la persona con la que quiere hablar. Le permite desarrollar sus actividades sociales y de negocios...

Bradley marcó el código. Hundió seis veces el dedo con precisión y ferocidad. Contó cada clic para sus adentros. La señal desapareció; la estática se arremolinó en la pantalla. Con una mano se desprendió el pantalón, despegando la solapa magnética de la bragueta.

Se había excitado de sólo pensar en lo que estaba por hacer. Tomó su miembro erecto con una mano, lo estrujó, sintiendo que la sangre bullía bajo sus dedos. Tenía la boca dolorosamente seca y temblaba por la tensión. La estática se condensó y se transformó en la cara de una mujer. Linda, de cabellos oscuros y largos, y grandes ojos dorados.

—¿Sí? —dijo ella, sin reconocerlo.

Bradley se puso de pie dejando que los pantalones cayesen. Ella abrió más los ojos. Lo miraba fijamente, sorprendida, pero también con un breve destello de fascinación detrás de sus ojos, también algo más. ¿Reconocimiento? ¿Deseo? ¿Amor? Es amor, quería decirle él, somos tú y yo, nosotros. Aquí nos estamos tocando. Pero lo único que hizo fue adelantar un poco más la pelvis en dirección a la pantalla. Ella miraba fascinada, con los labios entreabiertos y la lengua contra los dientes. Después de un momento, como cumpliendo con su deber, casi a desgano, abrió la boca para gritar. Bradley apagó el aparato. Quedaban ecos en el silencio. Y habría también ecos de su grito en su departamento, en su colmena. Poco a poco se agachó hasta sentarse en la silla. Y se quedó allí con los pantalones arrugados alrededor de los tobillos, escuchando el tic-tac del reloj en la cocina.

...en la intimidad de su propio hogar...

Entonces empezó a llorar.

Gene Wolfe - EL HOMBRE SIN CABEZA

Sin duda es muy amable de su parte leer la historia de alguien tan grotesco como yo... aunque tal vez a usted le guste lo grotesco. Cualquiera otro se apartaría de mí. O se asustaría. O sentiría náuseas. No tengo cabeza.

No. No estoy bromeando, y tampoco se trata de una tonta historia de ejecuciones. Yo nací así.

No lo recuerdo, por supuesto, pero Plinio (Plinio el Viejo, creo; en todo caso puede verificarlo) contó toda nuestra historia. Dijo que vivíamos en la India. (Yo, por mi parte, vivo en Indiana, que no debería ser lo mismo pero que de algún modo lo es.) También aparecemos en las ilustraciones del antiguo manuscrito de Marco Polo. (Digo aparecemos porque me siento emparentado con ellos. Es un cuadrito precioso, una miniatura, y hay un hombre —también aparece en Plinio— haciéndose visera con el pie, y otro que tiene un solo ojo.) Aunque Marco Polo no dice que él los haya visto, se entiende que es así. Supongo que para ese entonces ya habíamos desaparecido; todos, excepto yo, y yo no había nacido.

Por si acaso todavía no conoce usted mi aspecto, déjeme describirme. Los datos me los proporcionan las manos, que me palpan por debajo de la camisa (y también la vieja miniatura); nunca me miro en los espejos. Mis ojos son muy grandes —dos o tres veces más grandes que los de ustedes—, con párpados de curva armoniosa, que se abren de par en par. Son ojos enormes y brillantes y se ubican en el preciso lugar en el que están los inútiles pezones de la mayor parte de los hombres. Los ojos son, probablemente, mi mejor rasgo.

Tengo una boca amplia, que me atraviesa el vientre de lado a lado, y grandes dientes. Los labios (puedo verlos al doblar la cintura cuando estoy desnudo) son más rojos que los de la mayor parte de la gente, de modo que parece que usara lápiz labial, lo cual no deja de ser ridículo. Y la mía no es una boca de labios rectos. De ningún modo. Supongo que si fuese la de una mujer se llamaría boquita de rosa, y tal vez ni aun así sería tan redondeada como la mía. La nariz es ancha y más bien chata; por suerte, así no abulta demasiado debajo del saco... aunque bien podría ser que se hubiese ido achatando por la presión de la ropa a lo largo de todos estos años. Como no tengo cabeza tampoco tengo cuello, naturalmente. (Al fin de cuentas un muñón solitario sobre los hombros resultaría bastante grotesco. Me imagino que fue la talidomida o algo por el estilo.) Estoy seguro de que usted se estará preguntado cómo se distribuyen mis órganos internos y demás. La verdad es que no tengo la menor idea. Es decir, ¿sabría usted cómo es por dentro si no pudiese asumir que es como todos los demás? Supongo que mi boca se abre directamente sobre mi estómago, y que mi cerebro está situado en algún lugar cercano al corazón, lo que sin lugar a dudas le asegura una buena provisión de sangre bien oxigenada. Pero son sólo conjeturas.

Como dije antes, nací así. Debió haber sido un golpe atroz para mi pobre madre. En todo caso fue ella (al menos pienso que fue ella, tal vez obedeciendo instrucciones de mi padre) la que tomó una cabeza, una cabeza falsa, se entiende, en este caso la de una muñeca (las cabezas de algunas muñecas se parecen muchísimo a las cabezas de los bebés humanos, y son fáciles de conseguir) y me la ató con correas a los hombros.

Afortunadamente las caras de los bebés no son muy expresivas, mientras las de las muñecas —me refiero a las muñecas de primera calidad— son asombrosamente sugestivas. Me atrevería a decir que, con la nariz, la boca y los ojos cubiertos por la túnica que mi madre me obligaba a usar en público, yo lloraba casi sin cesar y que el engaño fue todo un éxito.

Mi primer recuerdo se remonta a esa cabeza de muñeca. Estaba jugando con cubos, cubos de madera en los que no sólo estaban pintadas las letras del alfabeto y los números sino también contornos de diversos animales (casi todos animales de granja). Levanté uno de esos cubos y se me ocurrió pensar que se asemejaba muchísimo al objeto que tenía sobre los hombros. (No se sonría. Todavía hoy me es grato este recuerdo.) Era un cubo amarillo, con olor a recién pintado, y creo que después me lo puse en la boca. Fue una suerte que no me lo tragara. (¿Por qué será que evocamos con tanta nitidez ciertos instantes y olvidamos los acontecimientos —a veces más destacables— que los precedieron o los siguieron inmediatamente?)

Yo era un chico enfermizo y esta circunstancia —unida a mi peculiaridad— me impedía tomar parte en excursiones, deportes y demás actividades propias de muchachos. Salvo durante unas pocas semanas hacia fines de la primavera, justo antes de las vacaciones, mi madre me llevaba al colegio y me buscaba a la salida. Una carta del médico de la familia me eximía de los inconvenientes del programa atlético. Aunque se me ocurre —creo que por ese entonces ingresé al colegio secundario— que de haber tenido una contextura más robusta y permiso para desatarme la cabeza (la que usaba en esa época la había fabricado un artesano de esos que les hacen los muñecos a los ventrílocuos y tenía una larga cuerda pegada a la piel entre el labio inferior y el ombligo que bastaba para que se moviese la mandíbula cuando yo hablaba) me habría destacado en fútbol.

Mis clases planteaban ciertos problemas. Habían descubierto —o, mejor dicho, mis padres habían descubierto, a instancias mías— una marca muy barata de camisas de muchachos, de una tela transparente que prácticamente no me entorpecía en absoluto la visión; pero era imprescindible que me sentase en la primera fila en todas las clases y que me echase contra el respaldo de la silla llevando las caderas hacia adelante y apoyando el peso del cuerpo en la columna para poder ver el pizarrón. Dado que no pienso revelar mi nombre, este es un dato de primer orden para que usted pueda determinar —si es que tiene interés en ello— si estuve o no en alguna de sus clases. Si recuerda a un muchacho de rostro más bien pálido e inexpresivo, que se sentaba como acabo de explicar en la primera fila, es probable que usted haya sido mi compañero de curso. Tal vez se le ocurra buscar mi retrato en el álbum del colegio para confirmar la sospecha pero allí no podrá notar mi palidez. Por entonces, si mal no recuerdo, mi cabeza tenía ojos de esos que llaman picaros, pecas y una nariz respingada.

Las cabezas debían renovarse cada año, poco más o menos, naturalmente, a medida que yo crecía, y no las conservo. La que uso actualmente es bastante agradable y tiene un parlante en la boca que reproduce las palabras que murmuro junto a un micrófono; pero agradable y todo no puedo soportarla puesta un minuto más de lo necesario y me la quito en cuanto la puerta de mi departamento me separa definitivamente de ese mundo cabezudo, cabezadura y cabezahueca.

Fue por eso que le insistí a la chica que apagáramos las luces y bajásemos las persianas. Quería sacármela ¿me explico?; así como estaba me sentía tenso y sabía que nada podía andar bien si no lograba quitarme esa cosa. Pensé que iba a aceptar porque me había parecido, digamos, no profesional. Pero dijo que hacía calor; y era cierto, hacía mucho calor. En un lugar como ése tenía que haber aire acondicionado pero no había. Dijo que los inquilinos debían instalar su propio aire acondicionado y que ella había tenido la intención de ahorrar como para comprarse uno en cuanto hiciese menos calor, pero había habido tantas otras cosas que comprar. Le adiviné la intención. Una chica como ésa, de las que se encuentran en un parque de diversiones, espera algo de uno. No quiero decir que sea una profesional en todo el sentido de la palabra, pero probablemente observa a todos con cuidado y, aunque tal vez sólo acepte salir con hombres que la atraen de un modo u otro, es

seguro que cree poder sacar algún beneficio. Le pregunté si tenía ventilador y me dijo que no.

—Por diez dólares más o menos se consigue un buen ventilador —dije.

—Veinticinco —dijo ella, pero sonreía y estaba de buen humor. Habíamos apagado las luces pero con las persianas levantadas nos llegaba suficiente claridad de la calle como para que yo pudiese verle la sonrisa en la oscuridad—. Estuve preguntando precios y uno bueno sale por lo menos veinticinco.

—Quince —repliqué, y mencioné el nombre de un negocio donde hacían buenos descuentos; ella había ido a preguntar a las casas de artículos del hogar—. Estuviste preguntando en las casas de artículos del hogar. Allí siempre sale el doble.

—¿Por qué no hacemos una cosa? —dijo—. Nos encontramos allí mañana a eso de las seis. Los vemos y si encuentro uno que me gusta por el precio que dices lo compro.

Dije que estaba de acuerdo y pensé que no dejaba de ser extraño conseguir una chica como ésa por un ventilador, y rebajado. Por otra parte, la podía dejar plantada, aunque ella debía saber que no lo haría porque probablemente tuviese ganas de volver a verla dentro de poco. Además, sería bastante interesante eso de pasearse con ella por el negocio pensando en lo que había venido a comprar y porqué, y mirando —desde mucho más abajo de lo que podía imaginarse nadie, a través de mi camisa— a toda la gente, que no podía saber. Sin contar con que tal vez tuviésemos ganas de hacer algo después. Así que le dije que estaba de acuerdo. Seguía ansioso por bajar la persiana, pero estaba del otro lado de la cama y en ese momento no había forma de pasar por encima de ella.

—¿Por qué quieres tanta oscuridad? Con la persiana levantada al menos corre un poco de aire.

—Supongo que porque no estoy acostumbrado a desnudarme delante de nadie.

—Ya sé. No tienes pelos en el pecho. —Soltó una risita y metió la mano por debajo de la camisa. Afortunadamente tocó una ceja y retiró los dedos.

—No, no es eso. Adolezco de una deformidad grotesca.

—Supongo que todo el mundo tiene alguna. ¿De qué se trata? ¿Es una marca de nacimiento?

Iba a decir que no pero lo pensé mejor y sí, en cierto modo podía decirse que quedé marcado al nacer. De modo que estaba por responder afirmativamente cuando de pronto se hizo mucho más oscuro.

—¿Bajaste la persiana? —pregunté.

—No. Apagaron las luces de la farmacia; a esta hora cierran. Casi toda la claridad venía de allí.

Oí el ruido de un cierre relámpago y por un momento pensé estúpidamente: «¿Y ahora? ¿qué diablos significa eso?» Se había desprendido el vestido, por supuesto. Yo me saqué la camisa y traté de quitarme la cabeza, pero no pude. El broche de la correa estaba trabado o algo así, pero no me molestaba tanto como había creído. Simplemente me la dejaría puesta, me dije, así me evitaría problemas y estaría seguro de no ponérmela al revés cuando volviese a vestirme en la oscuridad. De todos modos mis ojos se estaban acostumbrando y podía ver algo. Me preguntaba si ella podría verme.

—¿Puedes verme? —pregunté. Me estaba quitando los pantalones. Podía dejarme la cabeza puesta pero no el calzoncillo ni los zapatos.

—En absoluto —dijo, pero se reía un poco de modo que supongo que algo veía.

—Creo que soy demasiado susceptible.

—No hay porqué mostrarse susceptible. Eres buen mozo. Espaldas anchas, pecho grande.

—Tengo cara de piedra —dije.

—Bueno, no sonríes demasiado, es verdad. ¿Dónde está la marca? ¿En el estómago?

Sentí su mano en la oscuridad pero no me palpó la cara —mi verdadera cara— en la forma en que suponía.

—Sí —dije—. En mi estómago.

—Escucha —Podía ver su cuerpo blanco ahora, pero era como si su cabeza hubiese desaparecido, hundida en un cono de sombra—. Todo el mundo se preocupa por algo. ¿Sabes lo que solía pensar cuando era niña? Que tenía una cara en mi ombligo.

Me reí. Sonaba tan ridículo, tan cómico en ese momento, que literalmente bramé a carcajadas. Sin duda desperté a los vecinos. Tengo una risa profunda, que sale de las entrañas supongo que soy el único al que la risa le sale realmente de las entrañas.

—Eso es lo que pensaba, créeme. Y no te rías —También ella se reía.

—Tengo que verla.

—No puedes ver nada. Está demasiado oscuro. Es sólo un agujerito en la oscuridad y, por otra parte, no hay ninguna cara.

—Quiero ver —Me acordé de que había fósforos junto a los cigarrillos sobre la mesita de luz. Los encontré.

—Según la historia que yo misma me inventé, éramos en realidad mellizas, pero la otra nunca había crecido y era sólo una carita diminuta en mi vientre. Eh ¿qué estás haciendo?

—Ya te lo dije, quiero ver. —Había encendido un fósforo y sostenía la llama en el hueco de mi mano.

—No puedes hacer eso ¿qué te has pensado? —Trató de darse vuelta riéndose más que nunca, pero la trabé con la pierna—. ¡No me quemes!

—No voy a quemarte. —Me incliné sobre ella mirándole el ombligo a la halagadora luz del fósforo. Al principio no pude verla, sólo los remolinos y pliegues habituales, después sí, poco antes de que se consumiese la llama.

—Dame aquí —dijo—. Déjame ver el tuyo. —Trató de quitarme los fósforos. Me quedé con ellos.

—Voy a mirar mi propio ombligo.

Encendí otro fósforo.

—Vas a quemarte el pelo —dijo.

—No, no me voy a quemar. —Era difícil verlo, pero doblando bien la cintura lo logré. También allí había una cara y, en cuanto la vi, apague el fósforo de un soplo.

—¿Y bien? —dijo con una risita—. ¿Encontraste alguna pelusa?

Su cuerpo también era una cara, pero con ojos saltones. La boca estaba sobre el pliegue de la cintura, porque estaba incorporada a medias sobre el montón de almohadas; la nariz chata se ubicaba entre las costillas. Todos somos así, pensé y el pensamiento me recorrió todo el cuerpo: Todos somos así.

Las caritas de nuestros ombligos se besaron.

Catherine L. Moore - SUEÑO ESCARLATA

Catherine L. Moore, esposa del también escritor de ciencia ficción Henry Kuttner, fallecido en 1958, se dio a conocer en el mundo de la ciencia ficción norteamericana a través de un héroe que, como Flash Gordon o Buck Rogers, recibió inmediatamente la aclamación del público: Northwest Smith. Las aventuras de Northwest Smith reúnen todas las exigencias del más puro space-opera: aventuras, fantasía, misterio, acción, un ambiente colorista y exótico... Las aventuras de Northwest Smith reúnen media docena larga de relatos, a los que se le unieron poco después las aventuras de una compañera, esta vez femenina: Jirel de Joiry, en las que el space-opera se mezclaba con la fantasía más pura. He aquí una de las más clásicas aventuras de Northwest Smith, en la que están presentes todas las características del subgénero: un ambiente exótico, aventuras al cien por cien, un sofisticado erotismo, y una intriga que mantiene prendido al lector desde la primera hasta la última página...

Northwest Smith compró el mantón en el Mercado de Lakkmanda de Marte. Uno de sus mayores placeres consistía en vagar sin rumbo entre los puestos y barracones de aquel gigantesco mercado, cuyas mercancías procedían de todos los planetas del sistema solar, y de aún más lejos. Han sido cantadas tantas canciones y narrados tantos relatos sobre ese fascinante caos llamado Mercado de Lakkmanda, que se hace innecesario describirlo de nuevo.

Smith caminaba entre una multitud cosmopolita y variopinta, con las lenguas de mil razas zumbándole en los oídos y los olores de perfumes, sudor, especias y comidas y otros mil aromas sin nombre asaltando su olfato. Los vendedores voceaban sus mercancías en los idiomas de una veintena de mundos.

Mientras paseaba entre la apretada multitud, saboreando la confusión, los aromas y las imágenes correspondientes a un sinfín de países, captó su atención un ramalazo de un peculiar rojo escarlata que parecía sobresalir corpóreamente de su fondo y asaltaba la vista con una violencia casi física. Correspondía a un mantón descuidadamente extendido sobre un baúl tallado; el baúl era un típico trabajo de las tierras secas de Marte como se apreciaba por la exquisita minuciosidad de la talla, tan extrañamente cambiante como las características de la ruda raza de las tierras secas. Smith reconoció también el origen venusiano de la bandeja de bronce que había sobre el mantón, e identificó los pequeños objetos de marfil labrado que contenía la bandeja como obra de una de las más recientemente descubiertas razas de la mayor luna de Júpiter. Pero a pesar de su vasta experiencia no lograba recordar ningún trabajo similar a aquel mantón. Intrigado, se detuvo ante el puesto y preguntó a su encargado:

—¿Cuánto vale el mantón?

El hombre, un marciano de los canales, se alzó de hombros y dijo indolentemente:

—Ah, eso. Se lo doy por medio cris. Me produce dolor de cabeza mirarlo.

Smith hizo una mueca y dijo:

—Le doy cinco dólares.

—Diez.

—Seis y medio, y es mi última oferta.

—De acuerdo, lléveselo. —El marciano sonrió y apartó la bandeja llena de objetos de marfil que había sobre el baúl.

Smith cogió el mantón. Se adhirió a sus manos como una cosa viva, más suave y ligero que la lana marciana. Pensó que debía de estar hecho con el pelo de algún animal más que con una fibra vegetal, dada su peculiar adherencia, como de cosa viva. Y el loco dibujo lo turbaba con su indescriptible rareza. Distinto de cualquier dibujo que hubiera visto en todos los años de sus correrías, aquel violento escarlata enredaba su indescriptible arabesco en una línea continua y enmarañada sobre el oscuro azul del fondo. El fondo azul estaba exquisitamente matizado de verde y violeta, suaves colores vespertinos en contraste con los cuales el violento escarlata llameaba como algo más vivo y siniestro que un simple color. Casi le pareció que podía meter la mano entre el color y la tela, tan vividamente se destacaba sobre el fondo.

—¿De dónde procede esto? —le preguntó al vendedor.

El hombre se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Estaba en un lote de ropa procedente de Nueva York. A mí también me inspiró curiosidad, y pregunté sobre su procedencia. Me dijeron que había sido vendido por un vagabundo venusiano que aseguraba haberlo hallado en una nave abandonada que flotaba alrededor de un asteroide. No sabía de qué nacionalidad era la nave: dijo que parecía un modelo muy antiguo, probablemente una de las primeras naves espaciales, construidas antes de que se adoptaran los emblemas de identificación. Me extrañó que lo vendiera en un lote de ropa vieja; hubiera podido conseguir por él mucho más en cualquier sitio.

—Qué curioso —dijo Smith, mirando el extraño dibujo—. Bueno, es bastante cálido y ligero. Si no me vuelvo loco mirando el dibujo, dormiré caliente por las noches.

Apelotonó el mantón en una mano; cabía holgadamente en su palma todo entero. Se metió el sedoso paquete en un bolsillo y se olvidó de él hasta su regreso a su alojamiento, aquella noche.

Había alquilado uno de los cubículos de acero en el gran edificio metálico en que el gobierno marciano alojaba a los viajeros por una módica cantidad. El objetivo de aquel edificio era alojar esa abigarrada horda de hombres del espacio que pululan por todas las ciudades portuarias de los planetas civilizados, ofreciéndoles un acomodo lo suficientemente satisfactorio y barato como para que no fueran a parar a los bajos fondos de la ciudad y se mezclaran con los malhechores.

El gran edificio de acero en el que se alojaba Smith y un sinnúmero de otras personas no estaba del todo libre de la influencia de los bajos fondos marcianos, y si la policía hubiera hecho allí una redada un buen porcentaje de sus inquilinos hubieran sido transferidos a las prisiones del Emperador... Smith entre ellos, pues sus actividades rara vez estaban de acuerdo con la ley, y aunque en aquel momento no podía recordar ninguna falta concreta cometida en Lakkdarol, cualquier investigador hubiera podido seguramente formular algún cargo contra él. De todos modos, la probabilidad de una redada policial era muy remota, aunque Smith sabía que el lugar estaba lleno de piratas del espacio, fugitivos y delincuentes de todas las calañas.

Una vez en su pequeño cubículo, encendió la luz y vio una docena de borrosas réplicas de sí mismo reflejadas en las paredes de acero. En aquella curiosa compañía, se sentó en una silla y sacó el mantón. Al reflejarse en las bruñidas paredes y en el suelo y el techo del cubículo, produjo un súbito serpenteo de dibujos escarlata que por un momento convirtieron la habitación en un extraño caleidoscopio, como si las paredes se abrieran a una nueva dimensión donde aquel dibujo escarlata parecía agitarse como una cosa viva.

Luego los reflejos se aquietaron, y solo quedó la imagen de un hombre alto y bronceado de pálidos ojos con un curioso mantón en las manos. Había un extraño y sensual placer en la forma en que aquella especie de lana sedosa se adhería a sus dedos, en su calidez y ligereza. Extendió el mantón sobre la mesa, intentando seguir con el dedo las líneas de

aquel intrincado diseño, y cuanto más lo miraba más se convencía de que debía de haber un propósito en aquel trazado, y que si lo examinaba lo suficientemente a fondo daría con su significado...

Aquella noche, al acostarse, extendió el mantón sobre su cama, y su brillo coloreó sus sueños fantásticamente...

El retorcido dibujo escarlata era un laberinto por el que deambulaba ciegamente, y a cada vuelta se volvía y veía miles de réplicas de sí mismo vagando sin rumbo por el laberinto. A veces el camino se agitaba bajo sus pies, y cada vez que creía haber llegado al final se retorció en nuevos recovecos...

El cielo era un gran mantón con un recamado escarlata que fluctuaba ante sus ojos, hasta convertirse en una fantástica Palabra de un idioma sin nombre, cuyo significado estuvo a punto de captar, despertando aterrorizado justo en el instante en que la comprensión iba a abrirse paso en su mente...

Se durmió de nuevo y vio el mantón colgando en una azul oscuridad... Ahora era una puerta y el dibujo escarlata estaba grabado en ella... una extraña puerta en un alto muro, apenas perceptible a través de una neblinosa penumbra exquisitamente matizada de verde y violeta, de modo que no parecía una penumbra de este mundo, sino el extraño y dulce crepúsculo de un lugar donde el aire estaba impregnado de vetas coloreadas y el viento no existía. Avanzó hacia la puerta sin realizar esfuerzo alguno, y ésta se abrió ante él...

Subía por una larga escalera. La coloreada penumbra aún velaba el aire, por lo que solo podía ver vagamente los escalones que se alzaban ante él y penetraban en la niebla.

Entonces, súbitamente, percibió un movimiento en la oscuridad, y apareció una joven corriendo escaleras abajo. En su rostro se leía el terror, y estaba cubierta de sangre de la cabeza a los pies. En su ciega huida no había visto a Smith, pues chocó bruscamente con él. El impacto estuvo a punto de hacerle caer, pero sus brazos se cerraron instintivamente alrededor de ella, y por un momento la mujer permaneció inmóvil, profundamente agotada, sollozando contra su pecho y demasiado exhausta para preguntarse siquiera quién había interceptado su fuga. El olor de sangre fresca procedente de sus horriblemente impregnadas ropas asaltó el olfato de Smith.

Por fin ella alzó la cabeza, mostrando un rostro bronceado y unos labios color fresa. Su cabello salpicado de sangre era tan increíblemente dorado que casi parecía naranja. Sus ojos eran castaños con un toque rojizo, y la fantástica belleza de su rostro tenía un salvaje matiz distinto a cuanto hubiera visto anteriormente. Debía de ser la mirada de aquellos ojos...

—Oh... —sollozó ella—. Eso... Eso la está... ¡Suéltame! Déjame ir...

Smith la sacudió suavemente.

—¿De qué hablas? ¿De qué tienes miedo? —le preguntó—. Estás cubierta de sangre... ¿Estás herida?

Ella sacudió la cabeza violentamente.

—No... no... Déjame ir... Tengo que... No es mi sangre... es de ella...

Un violento sollozo cortó su frase, y acto seguido se desmayó en brazos de Smith, que alzó su cuerpo exánime y prosiguió escaleras arriba, a través de la niebla violeta.

Transcurrieron unos cinco minutos antes de que la penumbra se aclarara un poco y pudiera ver que la escalera terminaba en un largo corredor abovedado. A un lado del corredor había una hilera de puertas bajas, y Smith entró en la más próxima. Daba a una galería cuyos arcos se abrían a un espacio azul. Había un banco bajo las ventanas de la galería; Smith fue hacia él y depositó suavemente a la joven.

—Mi hermana —sollozó ella—. Eso tiene a mi hermana... ¡Oh, mi hermana!

—No llores —dijo Smith, sorprendiéndose al oír su propia voz—. Es solo un sueño. No llores... no hay ninguna hermana... tú tampoco existes... no llores de ese modo.

La mujer alzó la cabeza y por un momento dejó de sollozar, contemplándole con sus ojos castaños bañados en lágrimas. Miró con ojos inquisitivos su tez bronceada, su traje de hombre del espacio, su rostro surcado de cicatrices, sus ojos pálidos como acero. Y entonces una mirada de infinita piedad suavizó aquel extraño rostro, y la joven dijo dulcemente:

—Oh... vienes de... de... ¡Todavía crees que estás soñando!

—*Sé* que estoy soñando —insistió Smith con infantil obstinación—. Estoy durmiendo en Lakkdarol y sueño contigo y con todo esto, y cuando despierte...

Ella sacudió la cabeza tristemente.

—Nunca despertarás. Has venido a parar a un sueño mucho más terrible de lo que nunca podrías imaginar. No se regresa de este país.

—¿Qué dices? ¿Por qué no?

Un pánico absurdo se iba insinuando poco a poco en la mente de Smith al oír el tono de infinita piedad de su voz y la convicción de sus palabras. Sin embargo aquél era uno de esos sueños durante los cuales uno sabe perfectamente que está soñando. No podía equivocarse...

—Hay muchos países del sueño —dijo ella—, muchos nebulosos e irreales lugares donde vagan las almas de los durmientes, lugares que solo poseen una momentánea y leve existencia... Pero aquí (ha ocurrido otras veces, ¿sabes?) uno no puede llegar sin traspasar una puerta que solo se abre en una dirección. Y quien tiene la llave adecuada para abrirla puede entrar, pero nunca podrá encontrar el camino de vuelta a su propio mundo. Dime, ¿qué llave te abrió la puerta a ti?

—¡El mantón! —susurró Smith—. Claro... El maldito dibujo rojo...

—¿Cómo era? —preguntó ella sin aliento—. ¿Puedes recordarlo?

—Un dibujo rojo —dijo él lentamente—. Un bordado escarlata en un mantón azul... Un dibujo de pesadilla... grabado sobre la puerta por la que entré... Pero solo es un sueño, por supuesto. En unos minutos despertaré...

—¿Puedes recordar? —insistió ella excitada—. El dibujo, el dibujo rojo... ¿No había una palabra?

—¿Una palabra? —murmuró como atontado—. ¿Una palabra... en el cielo? No... no, no puedo recordar. Era un dibujo enloquecedor. No puedo borrarlo de la mente, pero tampoco podría describirlo, ni reproducirlo. Nunca vi nada igual... afortunadamente. Estaba sobre el mantón...

—Bordado sobre un mantón —susurró ella para sí—. Sí, por supuesto. Pero no entiendo cómo pudiste venir a través de él... cuando eso... cuando *eso*... ¡Oh!

El recuerdo de la tragedia que la había empujado escaleras abajo volvió bruscamente, y de nuevo estalló en lágrimas.

—¡Mi hermana!

—Cuéntame lo que ha pasado —la apremió Smith, saliendo de su atontamiento al oír sus sollozos—. ¿Puedo ayudarte? Por favor, déjame intentarlo... Cuéntame lo que pasa.

—Mi hermana —dijo ella desmayadamente—. Eso la agarró... La agarró ante mis ojos y me salpicó con su sangre...

—¿Eso? ¿Qué es *eso*? —preguntó mientras su mano se movía instintivamente hacia su pistola.

Ella captó el gesto y sonrió tristemente.

—Eso —dijo—. La... la Cosa. Ninguna pistola puede herirlo, ningún hombre puede combatirlo... Apareció y eso es todo.

—Pero, ¿qué es *eso*? ¿Cómo es? ¿Está cerca?

—*Está en cualquier lugar. Nunca se sabe... hasta que la niebla empieza a espesar y se ve a través de ella la pulsación roja... pero entonces es demasiado tarde. Nosotros no lo combatimos, ni pensamos en ello demasiado... de lo contrario la vida sería insostenible. Pues eso tiene hambre y debe ser alimentado, y nosotros le servimos de alimento...*

—¿De dónde vino *eso*? ¿Qué es?

—Nadie lo sabe... Siempre ha estado aquí... Siempre estará... Es demasiado nebuloso para morir o ser muerto... Es algo que procede de algún extraño lugar que no podemos ni imaginar... Algún lugar tan lejano en alguna dimensión tan inconcebible que nunca tendremos el menor conocimiento de su origen...

—Si come carne —dijo Smith— debe de ser vulnerable... Y yo tengo mi pistola.

—Inténtalo, si quieres —susurró ella—. Otros lo han intentado y *eso* siempre vuelve. Creemos que habita aquí, si es que habita en algún lugar. Nos... coge... más a menudo... en esos corredores que en ningún otro lugar. Si quieres puedes esperararlo con tu pistola bajo estas bóvedas. No tendrás que esperar mucho.

—Todavía no estoy preparado para intentarlo —dijo Smith—. Si la Cosa vive aquí, ¿por qué venís?

Ella se estremeció penosamente.

—Si no venimos, *eso* viene tras nosotros cuando está hambriento. Y nosotros venimos aquí para... para alimentarnos... No podrías entenderlo; pero, como has dicho, es un lugar peligroso. Deberíamos irnos ahora. Vendrás conmigo, ¿verdad? Ahora estoy sola.

—Por supuesto. Lo siento. Haré lo que pueda por ti... hasta que despierte.

—No despertarás —dijo ella serenamente—. Es mejor que no te hagas ilusiones. Estás atrapado aquí con todos nosotros, y aquí permanecerás hasta que mueras.

El se levantó y le tendió su mano.

—Vamos, entonces —dijo—. Tal vez tengas razón, pero... Bueno, vámonos.

Ella tomó su mano y se levantó. Su cabello anaranjado, de un color demasiado fantástico para algo que no fuera un sueño, ondeó tras ella, luminoso. Smith observó que llevaba una sencilla vestidura blanca, corta y ceñida, sobre su cuerpo bronceado. La mujer constituía una imagen de extraño y vivido encanto, toda blanca, dorada y cubierta de sangre en la luminosa penumbra de la galería.

—¿Dónde vamos? ¿Fuera? —preguntó Smith señalando hacia el espacio azul que se veía al otro lado de las ventanas.

Ella tuvo un ligero estremecimiento de disgusto.

—¡Oh, no! —exclamó.

—¿Qué es eso?

—Escucha —dijo ella cogiéndole por los brazos y mirándole seriamente—. Si te quedas aquí, y tendrás que quedarte, pues solo hay un camino para salir, aparte de la muerte, y ese camino es incluso peor que morir, has de aprender a no hacer preguntas sobre el... el Templo. Esto es el Templo. La Cosa mora aquí. Y aquí no-nosotros nos... alimentamos.

»Conocemos ciertos corredores y nos limitamos a ellos. Es más sensato. Tú me has salvado la vida cuando me detuviste en las escaleras. Nadie ha bajado nunca en medio de esa niebla y ha vuelto. Debería haberme dado cuenta al verte subir que no eras uno de los nuestros... Sea lo que fuere lo que hay más allá, adonde quiera que lleven estas escaleras... es mejor no saberlo. Es mejor no mirar por las ventanas de este lugar. Pues desde fuera el Templo parece bastante extraño, pero, mirando al exterior desde dentro, se pueden ver cosas que es mejor no ver... Qué es este espacio azul o adonde da esta galería, no lo sé y no tengo deseos de saberlo. Hay aquí ventanas que se abren a cosas extrañas, pero nosotros apartamos la vista cuando pasamos frente a ellas. Tú aprenderás a hacer lo mismo.

Ella tomó su mano, sonriendo levemente.

—Ahora ven conmigo.

En silencio, dejaron la galería que daba al espacio y regresaron al corredor donde la niebla azul flotaba con sus bellos matices de verde y violeta confundiendo la vista, rodeados de una gran quietud.

El corredor conducía en línea recta hacia los grandes portales del Templo, que en forma de un fabuloso triple arco se abrían al exterior, a un extraño día como nunca había visto en ningún planeta. La luz no procedía de una fuente visible, y tenía una extraña calidad, como si uno estuviera mirando a través de un cristal o a través de un agua clara que temblara levemente de vez en cuando. Sobre ellos había un cielo tan insólito como todo en aquel maravilloso país de ensueño.

Permanecieron bajo el gran arco del Templo, mirando al exterior. Posteriormente, Smith nunca pudo recordar exactamente qué era lo que hacía aquel paisaje tan profundamente extraño, tan vagamente terrible. Había árboles, masas de verde y bronce sobre la brillante hierba, y a través de las hojas pudo ver el brillo del agua no muy lejos. A primera vista parecía una escena totalmente normal... Sin embargo, ciertos pequeños detalles captaron su atención y le hicieron sentir escalofríos. La hierba, por ejemplo... Cuando bajaron y empezaron a cruzar el prado hacia los árboles tras los cuales resplandecía el agua, se dio cuenta de que las briznas eran cortas y suaves como el pelaje de un animal, y parecían adherirse a los pies descalzos de su compañera. Además se dio cuenta de que grandes extensiones de hierba ondeaban desde todas direcciones hacia ellos, como si el viento soplara de todas partes a la vez hacia el lugar que ellos ocupaban. Sin embargo, no había ni un soplo de viento.

—Está... está viva —susurró—. ¡La hierba!

—Claro —dijo ella con indiferencia.

Entonces se dio cuenta de que las copas de los árboles también se agitaban de vez en cuando, a pesar de que no había viento. Se movían en todas direcciones, animados por una vida propia.

Cuando llegaron a la franja boscosa miró intrigado hacia arriba y oyó el susurro de las hojas sobre él, inclinándose hacia abajo como si sintieran curiosidad a su paso. Las hojas nunca se inclinaron lo suficiente como para tocarlo, pero un siniestro aire de expectación, de vitalidad, flotaba en todo aquel paisaje viviente, y el estremecimiento de la hierba les seguía a donde quiera que fuesen.

El lago, como la penumbra del Templo, era de un profundo azul matizado de violeta y verde, y no parecía agua de verdad, ya que las manchas coloreadas no se extendían ni cambiaban al moverse.

En la orilla, un poco más arriba de la línea del agua, había un edificio pequeño, parecido a un sepulcro o templete, construido con una especie de piedra cremosa, cuyas paredes se reducían a una serie de arcos abiertos a aquel día azul y translúcido. La joven le condujo a la entrada con negligentes ademanes.

—Yo vivo aquí —dijo sencillamente.

Smith contempló aquello. Estaba prácticamente vacío, a excepción de dos pequeñas camas, cubiertas cada una de ellas por dos cobertores azules. Tenía un aspecto muy clásico, por su blancura y austeridad y con aquellos arcos abiertos a un paisaje boscoso y verde.

—¿No tienes frío aquí? —le preguntó Smith—. ¿Dónde comes? ¿Y dónde tienes tus libros, tu ropa, tu comida?

—Tengo algunas túnicas bajo mi cama —dijo ella—. Eso es todo. Aquí no hay libros, ni más ropa ni comida. Nosotros comemos en el Templo. Y nunca hace más frío ni más calor que ahora.

—Pero, ¿qué es lo que hacéis?

—¿Hacer? Oh, nadar en el lago, dormir y pasear por los bosques. El tiempo pasa rápidamente.

—Idílico —murmuró Smith—, pero, en mi opinión, un poco aburrido.

—Cuando uno sabe —respondió ella—, que el instante siguiente puede ser el último, la vida se saborea profundamente. Se goza lo más que se puede cada una de las horas. A nosotros no nos resulta aburrido.

—¿Pero no tenéis ciudades? ¿Dónde es tan los demás?

—Lo mejor es no formar grupos numerosos. Parece que atraen más a... la Cosa. Vivimos en grupos de dos o tres... a veces solos. No tenemos ciudades. Y no hacemos nada... ¿Para qué emprender algo si sabemos que no veremos su fin? ¿Para qué preocuparnos demasiado por nada? Ven, vamos al lago.

Le tomó de la mano y le condujo a través de la hierba viviente hacia la orilla arenosa del agua. Smith contemplaba la superficie del lago donde vagos colores se mezclaban con el azul, tratando de no pensar en las fantásticas cosas que le estaban pasando. Además, le resultaba difícil pensar allí, en medio de aquel azul y del silencio, en medio de aquel aire de ensueño que le rodeaba... El agua difusa golpeaba la orilla produciendo sonidos débiles, sofocados, como la respiración de alguien que duerme. Aquel lugar parecía soñoliento, con aquella calma y aquellos colores de ensueño, así que Smith, después de todo, no estaba seguro de si en su sueño se había dormido por unos momentos. Porque ahora oyó que algo se movía y vio que la joven se sentaba de nuevo a su lado, cubierta por una túnica; se había lavado las manchas de sangre. No pudo recordar en qué momento ella se había separado de él, pero, en todo caso, tampoco le preocupó. Durante un momento, la luz había disminuido, haciéndose borrosa, e, imperceptiblemente, una luz azul de atardecer los envolvió, una luz que parecía salir del lago, porque parecía participar de la misma difusa tonalidad azul, realmente onírica, mezclada con vagos colores. Smith pensó que le agradaría no abandonar nunca aquella fría arena, quedarse allí para siempre, en medio de aquella penumbra difusa y del silencio de su sueño. No hubiera sabido decir cuánto tiempo había permanecido allí sentado. La paz azul le envolvía profundamente, hasta que quedó impregnado de aquellos suaves colores del atardecer y transido por aquella calma.

La luz se fue oscureciendo hasta que no pudo percibir nada más que las olitas más cercanas, lamiendo la arena. En torno a él, aquel mundo onírico se mezcló con la penumbra azul-violeta. No recordaba haber vuelto la cabeza, pero ahora se encontraba mirando a la joven que tenía junto a él. Estaba tumbada sobre la pálida arena, y su cabello era una mancha oscura que enmarcaba la palidez de su cara. En la penumbra su boca era también oscura, y desde la oscuridad que se formaba bajo sus pestañas, Smith se fue dando cuenta poco a poco de que ella le miraba sin parpadear.

Permaneció allí sentado en silencio, durante un largo tiempo, con sus ojos fijos en los de la chica. Y entonces, con ese movimiento propio de los sueños, se dirigió hacia ella tendiéndole los brazos. La arena era fría y suave y la boca de la mujer sabía a sangre.

En aquella tierra no salía el sol. Se hacía lentamente de día sobre el palpitante país, mientras la hierba y los árboles se agitaban en su despertar, movimiento terrorífico en la belleza de la mañana. Cuando Smith se despertó, vio que la chica salía del lago, con el agua azul desprendiéndose de sus cabellos naranja. Gotitas azules se deslizaban por su piel cremosa, y ella reía, chorreando de pies a cabeza en el ardiente amanecer.

Smith se incorporó en la cama y apartó el cobertor azul.

—Tengo hambre —dijo—. ¿Cuándo y cómo vamos a comer?

La sonrisa se desvaneció del rostro de la mujer en un suspiro. Agitó violentamente sus cabellos y dijo extrañada:

—¿Hambre?

—¡Un hambre mortal! ¿No me habías dicho que encuentras tu comida en el Templo? Vayamos, pues.

La mujer le lanzó una mirada enigmática bajo sus largas pestañas y se dio la vuelta.

—Muy bien —dijo.

—¿Algo anda mal? —La tomó mientras pasaba y la sentó sobre sus rodillas, depositando un beso fugaz en su boca. De nuevo notó aquel sabor a sangre.

—Oh, no —ella agitó sus cabellos y se levantó—. Estaré lista en un momento, y enseguida vamos.

Volvieron a pasar por aquel lugar donde los árboles se inclinaban expectantes, y atravesaron la extensión de hierba, palpitante. Desde todas direcciones llegaban a ellos olas de aquella hierba como había sucedido antes. Smith se esforzó por ignorarlo. Contemplaba la escena matutina mientras una corriente indefiniblemente desagradable recorría la superficie de aquella maravillosa tierra.

Mientras atravesaban la hierba viviente, de repente recordó algo y dijo:

—¿Qué quisiste decir ayer cuando hablaste de que no había otra salida que la muerte?

Al responderle, ella no le miró a los ojos, pero su voz denotaba turbación.

—Peor que la muerte, fue lo que dije. Una salida de la que no voy a hablarte aquí.

—Si no existe ninguna salida, yo debo saberlo —insistió Smith—. Dímelo.

Sus cabellos de color naranja caían como una cortina que les separase. Bajando la cabeza, ella dijo con una voz sin matices:

—No podrías salir. Es una salida muy difícil. Y... y yo no deseo que te vayas ahora...

—Debo conocerla —dijo Smith impaciente.

Entonces ella se detuvo y le miró con sus ojos avellana alterados.

—Está bien —dijo finalmente—. Es en virtud de la Palabra. Pero esa puerta no se puede atravesar.

—¿Por qué?

—Pronunciar la Palabra significa la muerte. Literalmente. Yo no la conozco ahora, no podría decírtela aunque quisiera. Pero en el Templo existe una habitación donde esta Palabra se encuentra grabada en rojo sobre la pared, y su poder es tan inmenso que su eco resuena eternamente en la habitación. Si uno se sitúa ante la inscripción y permite que su fuerza le golpee el cerebro, la escuchará y la conocerá... y gritará las pavorosas sílabas en voz alta... y eso mata. Se trata de una palabra tan ajena a nuestro ser que, al pronunciarla, el eco que produce en la garganta de un ser humano es lo suficientemente disgregador como para rasgar cada una de las fibras del cuerpo y desintegrarlas, atomizarlas, para destruir el cuerpo y la mente de forma tan drástica como si nunca hubieran existido. Y como el sonido es tan violento, consigue abrir durante un instante la puerta que existe entre tu mundo y el mío. Pero el peligro es aterrador, porque puede abrir también las puertas de otros mundos por las que podrían introducir cosas más terribles que las que jamás podríamos soñar. Algunos dicen que fue así como la Cosa llegó a nuestro mundo hace millones de años. Además, si uno no se coloca exactamente en el lugar donde se abre la puerta, en el preciso rincón de la habitación que está protegido (al igual que el centro de un ciclón está en calma), y si no pasas en el preciso instante en que suena la Palabra, te romperá en pedazos. Ya ves que resulta impos...

En ese instante ella guardó silencio y miró hacia abajo con una cierta expresión de fastidio, después dio dos o tres pequeños pasos corriendo y se volvió.

—La hierba —explicó tristemente, señalando a sus pies. En sus bronceados pies podían verse leves señales de sangre—. Si uno se detiene demasiado en un lugar sin mover los pies, la hierba puede perforar la piel y beber; qué tonta he sido al olvidarlo. Pero ven.

Smith fue junto a ella, mirando a su alrededor con recelo aquella adorable y hermosa tierra, demasiado bella y aterradora para no formar parte de un sueño. A su alrededor, la hierba hambrienta se deslizaba formando olas mientras ellos avanzaban. ¿Comerían también carne los árboles? Árboles caníbales y hierba vampira; Smith sintió un estremecimiento.

El Templo se alzaba ante ellos, un edificio construido con un extraño material del mismo tono azul difuso que adquieren las montañas de la Tierra cuando se las contempla de lejos. Esa calidad difusa no disminuyó ni aumentó a medida que se aproximaban. También los contornos del lugar resultaban misteriosamente difíciles de precisar en la mente. Smith nunca pudo entender por qué. Cuando intentaba concentrarse en un punto particular, en una torre o en una ventana, aquello permanecía borroso, como si aquel extraño y difuso edificio estuviera situado justo en el borde de otra dimensión.

Desde el inmenso triple arco de la entrada, un arco que no se parecía en nada a lo que había visto antes, pero que resultaba tan difícil de apreciar con claridad que no podría haber dicho en qué consistía la diferencia, apareció, mientras se aproximaban, un hilo de humo azul pálido. Cuando penetraron dentro comenzaron a caminar a través de una penumbra que Smith acabaría conociendo muy bien. El inmenso corredor aparecía borroso ante ellos, pero después de algunos pasos la mujer le atrajo junto a ella, haciéndole penetrar por otra entrada que daba a una larga galería, a través de cuya neblina pudo distinguir filas de hombres y mujeres, arrodillados cara a la pared, con la cabeza baja, en actitud de oración. Ella le llevó hasta el final, y entonces vio que estaban arrodillados delante de pequeños caños insertos en el muro a intervalos regulares. Ella se arrodilló ante uno de ellos e hizo que él la imitara; luego inclinó la cabeza y puso sus labios sobre la pequeña espita. Vacilante, Smith siguió su ejemplo. En el preciso instante en que su boca tocó aquello, brotó una extraña y cálida sustancia que penetró en su boca, a la vez dulce y salada. Tenía un extraño sabor acre, y cuanto más bebía más deseos le entraban de hacerlo. Resultaba endiabladamente delicioso, y sentía al beberlo que una sensación cálida recorría todo su cuerpo. Sin embargo, algo oculto en las profundidades de su memoria hacía brotar en él una sensación de desagrado... En algún lugar, de alguna manera, él había conocido aquel sabor cálido, acre y salado y... una repentina sospecha le sacudió como un latigazo y apartó sus labios de aquello como si quemara. Un fino reguero escarlata salía del muro. Se pasó el dorso de la mano por los labios y al retirarlo vio que estaba teñido de rojo. Entonces reconoció aquel olor.

La mujer continuaba arrodillada junto a él con los ojos cerrados, con una extraordinaria avidez marcada en cada uno de sus rasgos. Cuando Smith la miró, ella se volvió y abrió unos ojos en los que se marcaba una expresión de protesta, pero no apartó los labios del caño. Smith se agitó violentamente, y tras una última y prolongada succión, ella se levantó mirándole con irritación, poniendo un dedo sobre sus enrojecidos labios.

Echó a andar y él la siguió en silencio, a través de las hileras que formaban los arrodillados. Cuando alcanzaron la salida, él se dirigió hacia la mujer y la sacudió irritado por los hombros.

—¿Qué era eso? —le preguntó.

Ella apartó la vista y dijo con acritud:

—¿Qué esperabas? Aquí nos alimentamos como podemos. Tendrás que aprender a beberlo sin repugnancia, si antes no has muerto.

Por un momento, él miró inquisitivamente su evasivo y extrañamente bello rostro. Después, sin pronunciar una palabra, se dirigió a la puerta de la salida. Escucho sus pasos

tras él, pero no se volvió para mirarla. Y hasta que no hubieron salido a la luz del día y atravesado un buen trecho de aquella tierra cubierta de hierba, no tuvo la calma suficiente para mirar a su alrededor. Ella se detuvo junto a él, sin levantar la cabeza, mientras su cabello color naranja se agitaba a cada movimiento de su rostro, con elocuente tristeza. La sumisión de la joven le afectó, y se dirigió hacia ella con una ligera sonrisa, contemplando aquella luminosa cabeza.

Ella le mostró una cara en la que se reflejaba una expresión trágica. En sus ojos color avellana había lágrimas. Así que no tuvo más remedio que sonreírle y besarla para devolverle la sonrisa. En ese momento Smith comprendió el extraño sabor amargo de sus besos.

—Ha de haber otro tipo de alimento que no sea... éste —dijo Smith cuando hubieron llegado junto al templete—. ¿No hay trigo por aquí? ¿No viven animalillos en el bosque? Y los árboles, ¿no dan frutos?

Ella le dedicó otra larga mirada bajo las espesas pestañas.

—No —respondió—. No hay nada sino la hierba que crece aquí. En esta tierra no habita más ser viviente que el hombre y la Cosa. Y en cuanto a la fruta de los árboles, da gracias a que no florece más que una vez en sus vidas.

—¿Por qué?

—Es mejor... no hablar de eso —respondió ella.

Las constantes evasivas en sus frases comenzaron a atacar los nervios de Smith. No dijo nada más; le dio la espalda y caminó hacia la playa, esperando que la arena le volvería a proporcionar la tranquilidad y la paz de la noche anterior. Su hambre había quedado curiosamente satisfecha, pese a lo poco que había tomado de aquello, y, gradualmente, aquel sosiego que sintiera el día anterior volvió a renacer en él en profundas oleadas. Después de todo, era una tierra encantadora...

El día llegó oníricamente a su fin, y la oscuridad volvió a surgir del lago, y volvió a encontrar en los besos aquel sabor a sangre que, sin embargo, le sumergía en una profunda dulzura. Por la mañana se despertó con la primera luz del día, nadó junto a la joven en las azules y misteriosas aguas del lago, e, inexplicablemente, volvió a atravesar el bosque y aquella extensión de hierba viva en dirección al Templo, impulsado por un hambre mayor que su repugnancia. No podía evitar la náusea, pero tampoco aquella avidez...

Una vez más, el Templo apareció ante él difuso e indefinido bajo el resplandeciente cielo, y una vez más se adentró en la penumbra de sus corredores, caminando con el paso seguro de quien conoce su camino, y se arrodilló por su propia voluntad en aquella fila de bebedores que se extendía a lo largo del muro...

Al primer sorbo, la náusea brotó violentamente de lo más profundo de su ser; pero cuando el calor de la bebida se extendió por todo su cuerpo la náusea se apagó y solo sintió hambre y avidez, y bebió ciegamente hasta que la mano de la joven que se apoyó sobre su hombro le volvió a la realidad.

Se había desencadenado en él una especie de intoxicación cuando el líquido ardiente y salado penetró en sus venas, y caminó tambaleándose sobre la hierba viviente. Transcurrió otro día y de nuevo la oscuridad surgió del lago.

Y así transcurría la vida en aquella tierra. Pasaban con una simpleza extraordinaria los días y las noches, entre los viajes al Templo para beber de aquellas fuentes, y los amargos besos de la joven de los cabellos color naranja. El tiempo había cesado para él. Los días transcurrían lentos e iguales, desarrollándose eternamente el mismo círculo vital, y el único cambio, que quizás él no percibía, se hallaba en la profunda mirada de los ojos de la joven cuando permanecían juntos, sus cada vez más prolongados silencios.

Una noche, en el mismo instante en que la oscuridad envolvía el aire y la bruma surgía del lago, se le ocurrió mirar a su superficie y creyó ver a través de la niebla las siluetas de unas montañas muy lejanas. Le preguntó con curiosidad a la joven:

—¿Qué es lo que hay detrás del lago? Me parece que veo unas montañas.

La joven volvió rápidamente la cabeza y sus ojos color avellana se oscurecieron con una expresión que parecía de temor.

—No lo sé —dijo—. Nosotros pensamos que es mejor no averiguar qué es lo que hay más allá del lago.

Súbitamente, la irritación de Smith ante las nuevas evasivas hizo explosión violentamente.

—¡Al diablo con vuestras creencias! Estoy harto de recibir la misma respuesta a cualquiera de las preguntas que hago. ¿Tú nunca te has preocupado por averiguar nada de nada? Estáis tan paralizados por el terror de algo desconocido que cada idea de vuestro espíritu os parece mortal.

Los ojos de la mujer le dirigieron una triste mirada.

—Aprendemos con la experiencia —dijo—. Aquellos que se hacen preguntas, aquéllos que investigan... mueren. Vivimos en medio del peligro en una tierra que está viva, un peligro incomprensible, intangible, terrible. La vida se hace soportable si no investigamos demasiado, solo si aceptamos ciertas condiciones, condiciones que aceptan la mayoría. No debes hacer preguntas si deseas continuar vivo.

»Tanto las montañas como todas las cosas que desconocemos y que se hallan más allá del horizonte son algo tan inalcanzable como un milagro. Porque en una tierra que no ofrece ningún tipo de alimento, en la que nos es preciso visitar el Templo diariamente, ¿qué tipo de provisiones podría llevar cualquier explorador para su viaje? No, estamos sujetos a este lugar por lazos irrompibles, y debemos vivir aquí hasta que nos llegue la muerte.

Smith no respondió. Comenzaba a apoderarse de él el relax de la noche, y el breve estallido de irritación había muerto tan rápidamente como había nacido.

Sin embargo, fue entonces cuando comenzó su descontento. De alguna forma, a pesar de la adorable quietud del lugar, a pesar de la dulce amargura de las fuentes del Templo y la amargura aún más dulce de los besos que obtuvo como respuesta, no pudo apartar de la mente la visión de aquellas montañas difusas. La inquietud se había despertado en él, y como el hombre que sale de su sueño, sentía cada vez más el deseo de la acción, de la aventura, de darle otra utilidad a su cuerpo que no fueran simplemente las exigencias del sueño, la comida y el amor.

Por todas partes se alzaban inquietos bosques. La hierba ondeaba, y en el oscuro horizonte las montañas le atraían. Incluso el misterio del Templo y de su eterna penumbra comenzaron a atormentar sus momentos de lucidez. Le zumbaba en la mente la idea de explorar los corredores que evitaban los habitantes de aquellas tierras, de mirar a través de aquellas extrañas ventanas que se abrían a un azul inexplicable. La vida, incluso allí, debía tener un significado diferente del que él le confería. ¿Que había tras aquellos bosques y praderas? ¿Qué misterioso país encerraban aquellas montañas?

Comenzó a acosar a sus compañeros con preguntas que provocaron cada vez con más frecuencia la aparición de una mirada de terror en sus ojos, pero con ello obtenía una pequeña satisfacción. Aquél era un pueblo sin historia, sin ambición, cuyas vidas se inclinaban a atormentarse en los momentos de mayor tranquilidad como si anticiparan el terror que habría de sobrevenirles después. La evasión era la llave de su existencia, quizás con razón. Quizá todos los espíritus aventureros que habían existido entre ellos, se habían internado, curiosos, en el peligro y habían perecido, de forma que los que quedaban eran

los espíritus sumisos, llevando unas vidas bucólicas y voluptuosas en aquel Elíseo sombreado por el horror.

En aquel colorístico país, el recuerdo del mundo que habían perdido se hizo para Smith cada vez más vivido: recordaba la abigarrada multitud de las capitales de los planetas, con las luces, el ruido, las risas. Se imaginó naves espaciales atravesando el cielo de la noche con sus llamas, atravesando el espacio de un planeta a otro. Recordó los alborotos que se formaban en las tabernas, los pilotos de las naves, los tumultos, el rayo azul de las pistolas y el olor a carne quemada. Aquella vida pasaba como una película ante sus ojos, violenta, vívida, hombro con hombro, con la muerte. Y sintió nostalgia de aquellos mundos maravillosos, aunque también terribles, que había dejado tras él.

Por el día, la intranquilidad le aumentó. La joven hizo patéticos intentos para encontrar algún tipo de entretenimiento que ocupara su mente ausente. Le acompañó en tímidas incursiones por los bosques vivientes, e incluso superó su horror por el Templo siguiéndole mientras exploraba algunos corredores que hicieron nacer en ella un angustiado terror. Pero debió darse cuenta de que no había esperanza.

Un día, mientras estaban tumbados sobre la arena mirando ondear el lago azul bajo un cielo cristalino, los ojos de Smith, que no se apartaban de las extrañas sombras de las montañas, se entornaron súbitamente, intensificando su palidez de acero. Se puso en pie bruscamente, apartándose de la joven que había permanecido apoyada contra sus espaldas.

—Estoy harto —dijo ásperamente, y se levantó.

—¿Qué... qué... quieres decir? —la mujer se tambaleaba sobre sus pies.

—Me voy... a cualquier lugar. Creo que hacia las montañas. ¡Y me voy ahora mismo!

—Pero, entonces ¿es que deseas morir?

—Es mejor un peligro real que una vida abúlica como ésta —dijo—. Al menos encontraré algo más de animación.

—Pero ¿qué llevarás como alimento? No hay nada que te permita mantenerte vivo, aun en el caso de que escaparas de peligros mayores. Si te quedas sobre la hierba por la noche... te comerá vivo. No tienes ninguna posibilidad de sobrevivir si abandonas este lugar... y a mí.

—Si he de morir, moriré —dijo—. Lo he estado pensando y he decidido que sea así. Podría explorar el Templo y llegar ante Eso y morir. Pero, desde luego, debo hacer algo, y me parece que mi oportunidad está en intentar llegar a algún lugar donde la tierra dé alimentos. Y voy a intentarlo. No puedo seguir así.

Ella le miró con una inmensa tristeza, mientras las lágrimas afluían a sus ojos de color avellana. El abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiera decir una sola palabra ella se echó a reír con una risa aterrizadora.

—Tú no irás —le dijo—. La muerte viene ahora por nosotros dos.

Lo dijo de una forma tan serena, tan carente de todo miedo, que Smith no la entendió hasta que ella le señaló algo con el dedo y se volvió hacia allí.

El aire que había entre ellos y el templete estaba curiosamente agitado. En el momento en que Smith se volvió a mirar, comenzó a convertirse en una nebulosa azul que se iba haciendo cada vez más espesa y oscura... Borrosos tonos verdes y violeta penetraron a través de aquello de forma difusa, y después, imperceptiblemente, un color rosado apareció en el centro, que cada vez se iba haciendo más intenso hasta adquirir un tono escarlata que hirió sus ojos; entonces Smith se dio cuenta de que *Aquello* había llegado.

Un aura de amenaza parecía irradiar de *Aquello*, penetrando en su mente. Lo sintió de forma tan tangible como lo había visto... Un peligro difuso que se dirigía inexorablemente hacia ellos.

La mujer no estaba asustada. Smith se dio cuenta de ello aunque no se volvió para mirarla, pues no podía apartar sus ojos de aquella Cosa escarlata hipnóticamente palpitante... Ella le susurró muy suavemente:

—Yo tenía razón, estoy contenta —y el sonido de su voz le liberó de la trampa en que le tenía preso aquella masa palpitante.

Smith soltó una carcajada de lobo, abrupta, como dando la bienvenida a aquella diversión que le sacaba del idilio eterno en el que estaba viviendo, y la pistola apareció en su mano y de su cañón brotó la llama azul de forma tan repentina que dejó sin respiración a la mujer, que estaba tras él. Aquel resplandor de un azul acerado iluminó la envolvente neblina, pasó a través de ella sin encontrar ningún obstáculo y fue a estrellarse en la tierra unos metros más allá. Smith apretó los dientes y disparó repetidas veces contra aquella niebla, tiñéndola de azul. Y cuando aquel chorro de fuego cruzó aquella Cosa escarlata, el impacto sacudió violentamente aquella nebulosa de tal forma que sus contornos ondularon y la masa escarlata chisporroteó vivamente, comenzando a debilitarse con gran rapidez. Smith siguió barriendo con su rayo toda aquella nebulosa. Un instante después palidecía y se desintegraba, desvaneciéndose en un último destello rosa mientras la llama de su pistola seguía incidiendo en la niebla hasta quemar el suelo tras ella. Sacudió la cabeza y jadeó mientras aquella nube de muerte se hacía cada vez más tenue, hasta desvanecerse ante sus ojos, hasta que no quedó ni rastro de ella y el aire se volvió de nuevo luminoso y transparente.

El inconfundible olor de carne quemada llegó a su nariz y se preguntó por un momento si la Cosa se habría materializado en un núcleo corpóreo; pero después vio que aquel olor procedía de la hierba quemada por su llama. Las delgadas briznas semejantes al pelaje de un animal se retorcían en torno al círculo quemado, tumbándose a ras de suelo como si un fuerte viento soplara sobre ellas, y del área ennegrecida surgió una tenue columna de humo que esparcía el olor de carne quemada. Smith, recordando sus hábitos vampirescos, volvió la cabeza con náuseas. La chica había corrido hacia la arena que había tras él temblando violentamente ahora que el peligro había pasado.

—¿Era... esto la muerte? —preguntó ella respirando entrecortadamente cuando por fin pudo dominarse.

—No lo sé. Probablemente no.

—¿Qué vas... a hacer ahora?

Smith volvió a enfundar su pistola.

—Lo que había pensado hacer.

La joven gritó con desesperación:

—¡Espera! ¡Espera! —y se agarró a su brazo. Y él esperó hasta que el temblor que la sacudía hubo cesado. Entonces ella insistió—: Vuelve al templo otra vez antes de irte.

—Está bien, no es una mala idea. Puede que transcurra bastante tiempo antes de mi próxima... comida.

Así pues volvieron a atravesar la hierba viviente que se agitaba en torno a ellos en forma de amplias olas procedentes de todas partes.

El Templo apareció oscuro e irreal ante ellos, y cuando entraron la penumbra azul volvió a envolverlos. Smith iba a ir como de costumbre hacia la galería de los bebedores, pero la mujer sujetó su brazo con una mano y murmuró:

—Ven por aquí.

El la siguió, cada vez más sorprendido, por el corredor a través de las extrañas neblinas, lejos de la galería que tan bien conocía. Le pareció que la bruma se hacía más espesa a medida que avanzaban, y en medio de aquella luz incierta creyó ver, aunque no podía estar seguro de ello, que los muros ondeaban de una forma tan nebulosa como el propio aire. Sintió un curioso impulso de atravesar sus intangibles barreras y salir del pasillo hacia...

¿hacia qué? Entonces notó bajo sus pies unos peldaños y tras un instante la presión sobre su brazo se hizo más fuerte. Pasaron por un bajo y grueso arco de piedra y penetraron en la habitación más extraña que jamás había visto. Parecía ser heptagonal y, cosa curiosa, en el suelo había profundamente grabadas líneas convergentes.

Creyó sentir que ciertas fuerzas que escapaban a su comprensión se debatían violentamente contra los siete muros, girando huracanadamente en la oscuridad hasta que la habitación quedó sumida en un invisible tumulto.

Cuando levantó sus ojos hacia el muro, supo dónde se encontraba. Grabado sobre la oscura piedra, brillando a través de aquella penumbra como si fuera un fuego procedente de otra dimensión, la figura escarlata se retorció sobre el muro.

No sabía cómo, pero la simple visión de aquello provocó una conmoción en su cerebro y sintió que la cabeza le daba vueltas y las piernas se le doblaban cuando finalmente respondió a la presión de su brazo. Vagamente, se dio cuenta de que se encontraba justo en el centro de aquellas líneas convergentes y sintió fuerzas inexplicables recorriéndole y despertando en su interior un conocimiento que poseía. Luego sintió unos brazos que se cerraban en torno a su cuello y un cálido cuerpo que se estrechaba contra el suyo, mientras una voz susurraba en su oído:

—Si tienes que dejarme, retrocede hacia la puerta, querido... La vida sin ti... es más terrorífica que una muerte como ésta.

Depositó en sus labios un beso que sabía a sangre. Después aquel contacto desapareció y se encontró solo.

A través de la penumbra pudo percibirla vagamente recortada contra la Palabra, y pensó, mientras estaba allí, que era como si las corrientes invisibles la estuvieran golpeando de forma que su cuerpo se bamboleaba ante él y sus rasgos se hacían borrosos para formarse después de nuevo, como si las fuerzas de las que él estaba tan misteriosamente protegido la tuvieran a su merced.

Y vio que un cierto conocimiento se reflejaba de forma terrible sobre su rostro, como si el significado de la Palabra estuviera penetrando lentamente en la mente de la mujer. El dulce y bronceado rostro de la joven se deformó horriblemente, sus sangrientos labios se movieron para pronunciar una Palabra. En un momento de claridad vio realmente cómo su lengua se movía de forma increíble para formar las sílabas de la indefinible Palabra que nunca labios humanos habían pronunciado.

Su boca se abrió en una forma imposible... Emitió sonidos en medio de aquella niebla y gritó...

Smith caminaba por un sendero serpenteante de un color escarlata tan vivo que resultaba insoportable a la vista, un sendero que se hundía, se alzaba y temblaba bajo sus pies de forma que le hacía trastabillar a cada paso. Andaba a tientas a través de una neblina violeta y verde mientras en sus oídos zumbaba un susurro aterrador, la primera sílaba de una impronunciable Palabra... Siempre que se acercaba al final del sendero, éste se agitaba y se duplicaba, mientras una debilidad como la producida por una droga penetraba en su cerebro y los colores de la onírica penumbra le arrullaban, y...

—¡Se está despertando! —sonó una voz exaltante junto a su oído.

Smith abrió pesadamente los ojos y vio una habitación sin paredes, una habitación en la que múltiples figuras se extendían hasta el infinito...

—¡Smith! ¡Northwest Smith! ¡Despierta! —urgía una voz familiar que llegaba de alguna parte.

Smith parpadeó. Aquella miríada de figuras desperdigadas se concentraron en las de dos hombres dentro de una habitación de especulares paredes metálicas.

El rostro amistoso de su compañero, el venusiano Yarol, apareció sobre él.

—Por Pharon, Northwest Smith —dijo aquella bien conocida voz—, has estado durmiendo durante toda una semana. Creíamos que nunca despertarías; debió de ser una borrachera terrible.

Smith hizo una débil mueca que decía bien a las claras lo débil que se sentía y dirigió una interrogante mirada hacia la otra persona.

—Soy médico —dijo el individuo cuando captó su inquisitiva mirada—. Su amigo me llamó hace tres días y desde entonces estoy ocupándome de usted. Debe de hacer cinco o seis días que entró en coma. ¿Tiene alguna idea de qué es lo que pudo causárselo?

Los pálidos ojos de Smith recorrieron la habitación. No pudo encontrar lo que buscaba, y aunque su débil murmullo contestó la pregunta del doctor, el hombre no llegó nunca a entenderlo.

—¿Un mantón?

—He sido yo quien te ha quitado aquella cosa peligrosa de encima —confesó Yarol—. Estuvo sobre ti durante tres días y después te la quité. Ese dibujo rojo me ha dado el peor dolor de cabeza que he tenido desde que encontré la botella de vino negro sobre aquel asteroide, ¿te acuerdas?

—¿Dónde...?

—Se lo di a un tipo que iba hacia Venus. Lo siento. ¿Realmente lo querías? Te compraré otro.

Smith no respondió. La debilidad se apoderaba de él intermitentemente. Cerró los ojos escuchando el eco de aquella primera y terrorífica sílaba susurrada en su cabeza... Un susurro que procedía de un sueño... Yarol le oyó murmurar suavemente:

—Y... nunca logré saber... su nombre...

Jack Williamson - EL PARAJE MUERTO

El *paraje muerto* apareció el 8 de mayo de 1940. El día anterior la tierra estaba dorada por el trigo que esperaba ser cosechado. Al siguiente, en una zona que cubría dos millones y medio de hectáreas de Kansas a Nebraska, no había más que desolación y muerte.

Sucedió al anochecer. Un breve resplandor purpúreo encendió el firmamento. Todos quienes lo vieron experimentaron una quemazón en la piel, un dolor quebrantador en los huesos, una sed torturadora. Y murieron... Fue una muerte espantosa.

Los conocimientos de la medicina resultaron inútiles; los médicos perecieron con los demás. Los cadáveres se convirtieron en densas cenizas grises, que ningún viento podía remover. Las moradas, los graneros y el trigo se consumieron bajo la increíble putrefacción que atacaba toda la materia orgánica, convertidos en montones de polvo. De noche adquirirían una extraña luminosidad, y el sol se levantó sobre un desierto uniformemente gris de ruinas leprosas.

Sus límites quedaron curiosamente marcados. Todos los que se aventuraban más allá de la barrera, incluso los aviones que sobrevolaban la zona, caían instantáneamente. El mundo entero quedó aterrado ante aquel inexplicable cáncer que había surgido en el planeta y que los reporteros de televisión bautizaron con el nombre de Paraje Muerto. ¿Qué había sucedido? ¿Y si se repetía? Con el fin de buscar una respuesta a esos angustiosos interrogantes, el presidente convocó al Congreso en sesión de emergencia.

Ninguna ayuda podría brindarse, puesto que no habían aparecido sobrevivientes de la tierra destruida. La ciencia no lograba explicar las causas de la desolación. Los perplejos Legisladores concluyeron por crear el Servicio Secreto Especial.

Al querer nombrar un jefe para el SSE, el presidente mandó llamar a un hombre que, la noche de la catástrofe, se encontraba en el fondo del Pacífico. Ryeland Ames, que sólo tenía veinticinco años en ese entonces, ya era doblemente famoso por las arriesgadas exploraciones de los lechos marinos en la *bentosfera* de su propia invención, y por el sorprendente éxito obtenido al desintegrar el átomo con su *superciclotrón*.

Ames, un joven de tez bronceada, un metro ochenta de estatura, con enmarañados y duros cabellos rojizos, serenos ojos azules y vigorosa complexión, entró en el despacho del mandatario y escuchó con grave expresión.

—Haré cuanto pueda, señor presidente —dijo—. Pero hay otros hombres mayores que yo, más capacitados. Rathbone, por ejemplo, es el mejor físico en radiación del mundo.

—Rathbone está en el hospital —explicó el presidente—, con pocas probabilidades de recuperación. Sufrió graves heridas al fracasar un experimento. —Su mirada se posó de nuevo en el enjuto científico-explorador—. No; usted es el hombre para esta tarea, Ames. El Paraje Muerto eliminó a doscientas mil personas. Si el fenómeno se repite, pueden perecer dos millones... ¡o toda la población mundial, por todo lo que sabemos! Su misión consiste en descubrir la causa y suprimirla.

—Gracias, señor presidente —repuso Ryeland Ames—. Lo intentaré.

Y Ames lo intentó. El SSE estuvo completamente organizado en el término de una semana, con quinientos hombres reclutados entre la policía y los departamentos de investigación federales. Estableció una guardia en el Paraje Muerto, lo hizo cercar con una valla de acero de tres metros de altura para evitar que penetraran en él personas descuidadas, y reunió a un equipo de científicos a fin de que estudiase el desastre desde todos los ángulos posibles.

Incluso incorporó al doctor Gresham Rathbone. El físico se encontraba en el hospital agonizando de una afección cardíaca incurable, agravada por las heridas sufridas. ¡Ames le construyó un corazón nuevo!

El novedoso bombeador de sangre estaba basado en los principios de Lindbergh y Carrel. Consistía en un instrumento diminuto y compacto, insertado en la cavidad torácica, con los conductos de platino ingeniosamente suturados con las grandes venas y arterias. Los nervios del plexo cardíaco, lo controlaban mediante las pulsaciones de un minúsculo relé electromagnético.

Su característica más notable, sin embargo, era el proveedor de energía. Una pequeña cantidad de hidrógeno obtenida del vapor de agua, transformada en helio merced a un proceso secreto que Ames había descubierto durante sus experimentos con el superciclótron, proporcionaba la inagotable energía. Este «corazón de hierro», le prometió Ames, funcionaría durante cien años. Sólo era necesario que Rathbone se inyectara semanalmente un líquido catalítico de color verde claro que activaba la reacción atómica.

A las pocas semanas, Rathbone se levantó y pudo incorporarse al equipo de científicos de Ames. Rathbone era un hombre alto, de rostro aguileño, con recios cabellos grisáceos y hundidos ojos azules, de mirada aguda y glacial, que aún conservaban una expresión desvaída y traducían la irritación fruto de su dolencia.

—He dibujado un mapa del Paraje Muerto —le comentó Ames, cuando se presentó a la tienda de campaña donde funcionaba la oficina central de operaciones—. El centro del círculo era la ciudad de Freedom. —Su mirada serena escrutó el pálido y arrugado rostro de Rathbone—. Y hemos descubierto que fue allí donde usted sufrió el accidente. Quiero saber qué estaba usted haciendo en ese lugar, Rathbone.

Los hundidos ojos de éste ardieron con un feroz encono.

—De no haber sido por usted, yo estaría muerto —respondió Rathbone—. Y haré cuanto pueda para ayudarle. —Sus huesudos dedos se cerraron como garras—. ¡El hombre que me hirió fue el doctor Clyburn Hope! —exclamó con voz ronca—. ¡Y fue Hope el causante del Paraje Muerto!

Ames se sobresaltó.

—Cuénteme —murmuró—. ¿Qué sucedió?

—Hope era un genio extraordinario —gruñó Rathbone con su voz nasal—. Era el mejor biofísico de América. Estaba trabajando en Freedom. Provocando mutaciones y cultivando células artificiales, Hope creaba nuevas especies.

—¿Nuevas especies? —repitió Ames, la voz entrecortada.

Los ojos hundidos de Rathbone flamearon de nuevo.

—Así es... Hope no estaba satisfecho con la raza humana actual. ¡Ése era el motivo de nuestras disputas! —Sus manos se relajaron—. Se ha logrado causar mutaciones con éxito mediante la transformación de cromosomas celulares sometiéndolos a distintos tipos de radiación —explicó—. Y Hope había solicitado mi colaboración, porque soy especialista en radiaciones.

Ames se inclinó hacia delante, escuchando con atención.

—La evolución —continuó diciendo Rathbone— ha sido un progreso accidental, que se hizo posible mediante el bombardeo del plasma embrionario con rayos cósmicos y sus radiaciones secundarias. Hombres como Muller, con sus experimentos con la mosca de la fruta, han acelerado la evolución muchos miles de veces utilizando rayos X o los del radio. Pero Hope descubrió algo mejor aún: el campo *sigma*.

»Se trata de una especial curvatura del espacio análogamente relacionada con el campo magnético. Su peculiaridad más significativa reside en que a casi todos los átomos por encima del neón los torna inestables, radiactivos. ¡El campo *sigma* acelera la evolución hasta el límite impuesto por la destrucción efectiva de las células embrionarias!

»Con ello, y su técnica para elaborar células vivas artificiales mediante la combinación de las principales moléculas proteicas, Hope se dedicó a crear una nueva raza, ¡para reemplazar a la humanidad!

Sus manos se crisparon otra vez.

—Por eso nos peleamos. Porque yo sabía que esa nueva raza debería de ser enemiga de la vieja. —Contuvo un suspiro—. Luchamos en el laboratorio. Él me hirió... y, de no haber sido por su habilidad. Ames, yo ya no existiría.

»¡Y ese campo *sigma* es lo que causó el Paraje Muerto!

—¡Ah! —Ames, que le miraba fijamente, al fin asintió—. Comprendo —murmuró—. La radiactividad destruye la vida normal... ¿acaso para hacer lugar para esos nuevos seres? —Se puso en pie, prestamente—. ¿Puede usted neutralizar ese campo?

—No —repuso Rathbone, meneando la cabeza—. Hope me trataba como a un mecánico. Yo proyectaba los equipos de acuerdo con sus indicaciones, pero se mostraba muy reservado con respecto a sus teorías y descubrimientos. Ni que decir tiene que, a pesar de ello, mis conocimientos están a su servicio.

—Gracias, doctor —dijo Ames—. Le necesitamos. Si usted lograra...

Y el demacrado Gresham Rathbone se convirtió en el director del grande y nuevo laboratorio del SSE situado al margen del desolado círculo. Se invirtieron en el millones de dólares. Él y Ames, junto con centenares de científicos, trabajaban allí, desesperadamente. Hubo una docena de bajas a causa de horribles quemaduras cancerígenas producidas por radiaciones. Pero el secreto del campo *sigma* persistía a pesar de todas las investigaciones.

Y las tierras del Paraje Muerto permanecían inconquistables..., letales.

No obstante, tres años más tarde, una serie de muertes extrañas, ocurridas en unos talleres metalúrgicos, en los depósitos de la Fort Knox y en el Banco de Inglaterra, condujeron a una investigación a cargo del SSE. Todas las víctimas habían fallecido a causa de quemaduras provocadas por radiaciones. Y los hombres de Ames encontraron millones de dólares en oro, plata y platino, que denotaban una disminución de la radiactividad. La fuente no pudo ser detectada, pero Ames sugirió una teoría.

—Es posible que prosiga la transmutación en el Paraje Muerto —le dije a Rathbone—. Que elementos livianos, sometidos a radiación, se conviertan en preciosos metales pesados. Si fuese posible que los hombres entraran y saliesen...

—¡Los hombres —le interrumpió Rathbone con tono solemne— o los seres artificiales del doctor Hope!

Y transcurrieron unos años más. Ryeland Ames seguía a cargo del SSE. Su indómito rostro adquirió una expresión ceñuda.

Sus ojos azules adquirieron un brillo espectral. Todos los años se pasaba meses en un globo de observación anclado cerca del muro de la muerte, estudiando la radiación con electrómetros, espectrómetros y contadores Geiger. Terribles quemaduras le obligaron a internarse en el hospital. Su sombrío rostro tenía un oscuro tono moreno, como chamuscado.

Se tornó triste y callado, incluso con Rathbone. Pocos habían visto la fotografía que siempre llevaba en su billetera. Mostraba la extensa desolación de las Tierras Muertas y la diminuta y distante figura de una mujer, volando sobre aquella horrenda llanura... aparentemente con frágiles alas blancas. Pero Ames no daba respuesta alguna con respecto al original de la fotografía. ¡A fines de 1959, el Paraje Muerto comenzó a crecer! Al igual que un cáncer gris de la Tierra, se iba extendiendo. La valla se desintegró. La vegetación y los edificios se convertían en polvo, denso y pesado. Se perdieron pocas vidas, pues Ames supervisó la evacuación de las ciudades y granjas amenazadas antes de ser alcanzadas por el lento e inexorable avance. Pero todos los esfuerzos fueron vanos para detenerlo.

Las Tierras Muertas ya habían alcanzado el río Missouri. Ahora sus aguas absorbían más y más de aquella energía letal. Se convirtió en un río terriblemente mortífero, que de noche adquiría una luminosidad sobrenatural. Todas las ciudades abandonadas, aguas abajo, se desmoronaron convertidas en polvo de muerte: Kansas, Saint Louis, Memphis, Nueva Orleans.

Dos años más tarde, en un precario campamento, que debería ser abandonado en cualquier momento, Ames le dijo a Rathbone que estaba dispuesto a internarse en el Paraje Muerto.

—¡Pero usted no puede hacer eso! —Tensas líneas se formaron en las comisuras de la ancha boca de Rathbone, y un temor gris ensombreció sus hundidos ojos—. Sería... la muerte.

—Debo hacerlo —repuso Ames, secamente—. El Paraje Muerto debe ser detenido. Basándonos en el ritmo de su avance, podemos calcular el tiempo de vida de cualquier ciudad, o del mundo entero. Y no será mucho.

—Una docena de hombres del SSE han penetrado en él —adujo Rathbone—. Con la máxima protección que pudimos ofrecerles. Y ninguno regresó. La vida simplemente no puede perdurar, en el Paraje Muerto.

—Pero hay vida. Yo lo he visto..., y saqué una fotografía.

Y Ames le mostró la instantánea de su billetera. Con el ceño fruncido, escéptico, Rathbone la estudió en silencio.

—La saqué desde el globo, con teleobjetivo. —La dura mirada y la grave voz de Ames se habían suavizado—. La había visto antes, con los prismáticos..., media docena de veces en los últimos tres años. Y..., bueno..., he soñado con ella.

El delgado científico lanzó un áspero bufido, y un ligero rubor se extendió por el rostro moreno de Ames.

—No hago más que contarle un hecho, Rathbone —dijo tristemente—. No estoy dándole una explicación, porque no puedo. Pero tres veces distintas, en el globo, cuando estaba medio muerto de cansancio, me pareció... o soñé... que ella me hablaba. Realmente tiene alas. Se llama Arthedne. Se encuentra en una situación desesperada. Y sabe mucho con respecto a todo este misterio. Si pudiera encontrarla...

Rathbone lanzó otro bufido.

—De cualquier manera, voy a ir. —Ames alargó prestamente la mano para tomar la fotografía—. Ya he proyectado el equipo... con unos cuantos nuevos agregados de mi invención. Deseo que usted revise mis planes...

—Te digo que la vida no puede existir... —insistió Rathbone.

—¡Y yo digo que sí! —replicó Ames—. Y lo que es más, existe un tráfico regular, hacia dentro y hacia fuera. Nuestros detectores han señalado aviones cohete, volando a demasiada altitud como para poderlos seguir. ¡Y hay más metal contaminado en el mercado! Ha sido sometido a tratamiento para neutralizar la radiación, ¡pero hay el suficiente como para demostrar que proviene del Paraje Muerto!

Un mes más tarde, un avión de extraño aspecto estaba emplazado en un campo cercano al límite progresivo de las Tierras Muertas. Tenía una forma achaparrada, rechoncha, pintado de color gris con una pintura especial a base de plomo. Las líneas aerodinámicas de su fuselaje cubrían una esfera de algo más de un metro que contenía una capa de agua entre los dos paneles de una aleación de plomo.

Junto a la máquina, Ryeland Ames se movía torpemente dentro de un voluminoso traje de tela de plomo, tan pesado que hasta su fuerte contextura apenas podía soportarlo. Sus ojos azules escudriñaban a través de unos enormes lentes de cristal emplomado. Una pesada automática estaba sujeta al cinto, cuyo peso era compensado por dos brillantes cilindros de acero que colgaban en el otro lado.

—El plomo absorberá parcialmente los rayos —explicaba impaciente a los reporteros televisivos—. Las pantallas magnéticas desviarán ciertas radiaciones también. Los átomos de hidrógeno del agua atraparán algunos neutrones. La protección no es perfecta. Pero espero poder echar una ojeada al centro del Paraje Muerto, y regresar con vida.

Comenzó a introducirse con torpes movimientos en la esfera de plomo.

Un reportero inquirió:

—Esos cilindros...

—Son bombas atómicas —gruñó Ames—. Hidrógeno triatómico estable, sometido a alta presión. Mi proceso catalítico lo convertirá instantáneamente en helio... y liberará suficiente energía para hacer volar media ciudad.

La pesada portezuela fue atornillada en su lugar. Un periscopio asomaba girando hacia atrás y hacia delante. El avión se alejó rugiendo rudamente por el campo y despegó pesadamente. Los espectadores contuvieron el aliento, al ver que sobrevolaba la invisible barrera. Pero no cayó. Siguió adentrándose en línea recta hacia el corazón de las Tierras Muertas. Se fue achicando hasta convertirse en una mota y desapareció tras el gris horizonte.

Pero la grave voz de Ames resonó a través del comunicador de onda corta:

—Estoy siguiendo una tenue faja que debió de haber sido una autopista. Más allá hay una forma rectangular en el polvo. Debió de ser una ciudad...

Un nuevo silencio, alterado por el murmullo de las perturbaciones atmosféricas.

—¡La válvula de oxígeno se ha atascado! —Había transcurrido media hora y la voz de Ames era más débil—. Tuve que abrir la escotilla para respirar. No puedo comprender a qué se debe la falla..., la válvula fue controlada esta mañana...

»Me siento dolorido y acalabrado. Comienzo a sentir hormigueo en la piel. La radiación penetra en mi organismo, sin duda. Pero quizá tenga tiempo...

Otra pausa con el característico zumbido.

—Algo en la lejanía...

»¡Son edificios! Un humo verde sale de una alta chimenea. Un extenso vaciadero gris y enormes máquinas excavadoras. ¡Parece una mina...! ¡Y un campo de aviación, con largos aviones cohete! Debe de ser donde el metal transmutado...

Diez minutos de tenso silencio y crepitación estática.

—El motor se está recalentando. —La voz sonaba ronca, forzada—. Pierde gasolina..., quizá se está desintegrando... pero, ¡allí! —Siguió una exclamación admirativa e incrédula—. ¡Allí..., es una ciudad...!

»Sí, una ciudad en medio del Paraje Muerto. Torres metálicas. Chimeneas que arrojan humo verde. Y máquinas..., ¡qué máquinas! Pero debo regresar. La radiación comienza a surtir efectos en mí...

Un prolongado silencio; luego el murmullo final:

—No podré lograrlo. El motor ha dejado de funcionar. Missouri a la vista. Algo..., una extraña agitación en el farallón. Y veo algo que avanza... ¡parece un gigante metálico...! ¡Bien, Rathbone, usted me lo advirtió! ¡Pero siga adelante! ¡El SSE debe detener el avance del Paraje Muerto!

La débil voz enmudeció bruscamente. El zumbido y el restallar de las desconocidas energías de las Tierras Muertas eran los únicos sonidos que llegaban al receptor. Cayó la noche, y el círculo prohibido adquirió de nuevo su irreal luminosidad.

Oprimiéndose con ambas manos las sienas que parecían a punto de estallar, Ryeland Ames trató de incorporarse. Algo le había golpeado la cabeza. Entonces recordó. La colisión le había hecho perder el sentido. Aún se encontraba en la esfera de plomo.

Se sentía la piel ardiente, como agujoneada. Un dolor apagado le roía los huesos. Le torturaba la sed. Sintió deseos de beber el agua que brotaba a través del resquebrajado panel interior, pero sabía que las radiaciones absorbidas la habían convertido en un líquido letal...

La muerte del Paraje Muerto que lo sembraba todo de polvo y ruinas.

Con desmañados movimientos impuestos por la pesadez del traje, abrió la escotilla. Anochecía. La estéril llanura ya brillaba con su fantasmagórica y tétrica luminosidad. El farallón del otro lado del Missouri resplandecía con destellos apagados, y el río era una perezosa serpiente de mórbidos movimientos.

Allí había visto lo que parecía un gigante metálico. Ahora, en dirección al río, percibió un fugaz destello. ¿Era la misma cosa metálica, acechando cautamente por el borde de la margen seca, acercándosele furtivamente? ¿Y qué era? ¿Un hombre, o alguna horrenda criatura creada por Clyburn Hope?

Con los miembros ateridos salió de la esfera, al tiempo que palpaba con las manos enfundadas en los guantes emplomados la automática y las dos bombas atómicas. Abandonando los restos destrozados del avión, que ya empezaba a desintegrarse envuelto en aquel resplandor irreal, dirigió sus pasos río arriba.

—Debo salir de aquí, claro —musitó—. Pero primero tengo que encontrar una respuesta más.

Pues era en aquella dirección que había captado el movimiento en el farallón.

Insólita jornada. Trepaba por montones de denso polvo encendido de fríos colores violeta, verde, púrpura, amarillo. Se hundía en depresiones donde flotaba un gas luminoso que le quemaba los pulmones como si fuese fuego. Se desplomaba. Se levantaba pesadamente. Caía de nuevo.

El dolor que sentía en los huesos se hacía cada vez más intenso. Su cuerpo era una brasa. La sed le causaba una insoportable agonía... Una vez miró hacia atrás y vio un reflejo de algo en movimiento. ¿Le estaba siguiendo? Poco importaba. Ahora, él avanzaba arrastrándose.

Entonces, cuando parecían perdidas todas las esperanzas, ella fue a su encuentro.

Arthedne: el brillante ser de la fotografía y los sueños. Se elevó por encima de los oscuros farallones, planeó hacia él en alas de resplandeciente luz. Las brillantes alas no batían, sino que poseían una vibración colorida, que pasaba del dorado al rosa, del malva al azafrán.

Ames se arrastró hasta ponerse de rodillas, levantó una mano a modo de saludo. Ella se posó en el luminoso polvo ante él. ¡Sus alas habían desaparecido! Dos altas y gráciles fibras, parecidas a unas antenas, se elevaban curvadas desde sus hombros. Las alas, como dos llamas, habían latido entre ellas.

—¡Ames! —Su voz era una melodía argentina—. ¡Has venido!

Ella se le acercó prestamente. Era alta y esbelta y bella. Una túnica de hilos de plata se adhería a las curvas de su cuerpo. Una estrella de gemas fulguraba en la luciente diadema que le sujetaba los cabellos de oro.

—¡Arthedne! —exclamó con voz ahogada—. ¿Tú...?

Era real, humana. Incluso las delicadas hebras de sus vibrantes antenas de colores eran naturales, hermosas. Le eran tan necesarias como sus brazos. Sin ellas, habría parecido desfigurada.

Ames se sintió desfallecer. Rechinó los dientes transido de dolor.

—Mi amor —musitó—. Te vi... volando. ¡Eras tan bella! ¡Deseaba..., esperaba... venir!

Ames se tambaleó. Las ágiles manos de Arthedne le sostuvieron.

—¡Ames! ¡Te percibí, allende las Tierras Nuevas! —Sus fuertes brazos le aguantaban—. Sólo en ti descubrí un parentesco con los de mi raza desaparecida, asesinados por los

Tecno-hombres. Por eso te llamé. ¡Pero, Ames! —Se estremeció, alarmada—. ¡Estás enfermo!

—Me muero —murmuró él.

—Todavía no, Ames..., ¡porque te traje esto! —Extrajo un frasquito metálico y vertió en el tapón a rosca del mismo un líquido azul claro—. Eres como el doctor Hope..., de la antigua vida, que no toleraba las radiaciones de las Tierras Nuevas. ¡Bebe esto! Es la fórmula neutralizadora que le mantenía con vida.

Ames engulló el líquido, y sintió que recobraba rápidamente las fuerzas. En unos pocos minutos fue capaz de ponerse en pie. Recordó el seguidor furtivo y miró hacia atrás con aprensión.

—Vi a los Tecno-hombres. —La voz de Arthedne temblaba de miedo—. Esta noche hacen una batida. Pero quizá logremos llegar a Futuron. Ellos nunca la descubrieron, tras la pantalla de su campo *tau*.

En los ojos de Arthedne se reflejaba la pena y el temor.

—Futuron fue la última ciudad que los *neozoans*..., mi gente..., construyeron —explicó—. Cuando los rayos mortíferos de los Tecno-hombres destruyeron todo lo demás, cesaron de resistir, y no concibieron más hijos para vivir en un mundo de desesperación. Yo soy ahora el último de los *neozoans*..., y aún los Tecno-hombres andan de cacería.

»¡Pero vamos!

Ames se desplomó de nuevo a su lado. Luego llegaron al farallón donde él había visto aquel intrigante titilar. Era un pronunciado saliente que se internaba en el reluciente y emponzoñado Missouri. La excitación y el miedo enviaban una trémula luz de color a lo largo de las finas antenas de Arthedne.

—¿Dónde...? —empezó a decir Ames.

Se interrumpió, frotándose los ojos. Había percibido un leve zumbido. Y ahora las Tierras Muertas habían desaparecido. Se encontraban bajo una vasta cúpula de luz espiralada. Ante él se elevaban unas graciosas columnas y las blancas torres de una espaciosa construcción parecida a un templo.

—Esto es Futuron —dijo ella en voz baja.

—¡Pero yo no la había visto! —declaró Ames, sorprendido—. Y esta luz rosada...

—La ciudad es invisible... casi —explicó Arthedne—. Ésta es nuestra única defensa contra los Tecno-hombres. El campo *tau*, una adaptación del campo *sigma* del doctor Hope, desvía la luz en todo su entorno. La luz rosada es un afortunado efecto incidental. De otro modo, puesto que no entra luz alguna salvo a través de los atisbaderos, estaríamos en la oscuridad.

Delicadas flores, extraños capullos con brillantes matices de variedades que Ames no había visto jamás, ponían sus notas de agradables colores por todas partes, percibió un exótico perfume. Arthedne le condujo al sencillo y silencioso apartamento donde ella moraba.

—¿Toda esta ciudad —inquirió Ames, tratando de contener un estremecimiento de maravillado asombro— ha existido y expirado desde la aparición del Paraje Muerto?

—El tiempo transcurre más rápidamente en el campo *sigma* —le explicó ella—. Doce seres de mi raza partieron con el doctor Hope para fundar la primera ciudad *neozoan*. Yo pertenezco a la cuarta generación.

Se sentaron en un sofá instalado en un pabellón iluminado con luz rosada. Ames se volvió hacia ella, y clavó su mirada en su rostro.

—¿Los Tecno-hombres —preguntó—, los creó el doctor Hope?

—Y a los *neozoans* también —repuso la joven en un murmullo—. Él pretendía modelar una nueva raza, más dotada que la antigua. Cometió muchos errores, hubo varios fracasos.

Los Tecno-hombres fueron los primeros en constituir una promesa. Poseían cerebros grandes; pero sus organismos eran inadecuados y fue necesario complementarlos con intrincados mecanismos. El doctor Hope les mantuvo en observación en su complejo laboratorio.

«Mientras tanto, empero, otro experimento dio como resultado a los *neozoans*. Nosotros poseíamos un equilibrio entre las facultades mentales y las físicas, por lo cual somos más independientes de las máquinas. Estábamos dotados de nuevos sentidos, de nuevas facultades, de las que los Tecno-hombres carecían.

»El doctor Hope decidió dejarnos vivir... como una pequeña colonia, que podía existir en paz con la vieja raza. Y planeaba destruir a los Tecno-hombres, pues estaba alarmado por ciertos síntomas de crueldad atávica que había descubierto en ellos.

»Todas sus criaturas estaban adaptadas a vivir en el campo *sigma*, y por esa misma razón no estaban capacitadas para sobrevivir fuera de él. El doctor Hope meramente planeaba invertir el campo en el barrio de los Tecno-hombres.

»Sin embargo, poseían una mente muy astuta y el deseo de sobrevivir. Desconfiaron del doctor Hope. Bajo el liderazgo de un mutante con una agresiva voluntad de poder innata, se rebelaron, se adueñaron del laboratorio y ampliaron el campo *sigma* hasta cubrir un vasto espacio.

—¡Ya comprendo! —musitó Ames—. ¡Entonces fue cuando aparecieron las Tierras Muertas!

—Para nosotros, las Tierras Nuevas —murmuró la extraña muchacha sentada junto a él—. El líder rebelde, el Tecno-Zar, trató de matar al doctor Hope y a todos los *neozoans* —prosiguió—. Pero éstos lograron escapar, para fundar nuestra primera ciudad. Y los Tecno-hombres construyeron Tecnópolis...

—¡Tecnópolis! —exclamó Ames—. ¿La ciudad que vi, bajo un manto de niebla verde?

—Esa ciudad de grandes máquinas es Tecnópolis —confirmó la joven—. Desde ella, los Tecno-hombres declararon la guerra a mi pueblo perseguido. Durante largo tiempo, los *neozoans* tuvieron la esperanza de sobrevivir. Levantaron siete ciudades, ocultas bajo la pantalla tau. Pero el doctor Hope falleció, y las nuevas armas atómicas de los Tecno-hombres les destruyeron.

«Entonces el Tecno-Zar comenzó a elevar la tensión del campo *sigma*, mantenida por los grandes generadores de la torre central de Tecnópolis. Él pretende extender las Tierras Nuevas por todo el planeta. Su meta es llegar a dominar el mundo...

—¡Conque es eso! —exclamó Ames en voz baja—. Es esa máquina la que hace crecer el Paraje Muerto. ¡Entonces debe ser destruida!

Arthedne empezó a hablar, pero se contuvo. Un extraño temor oscureció sus ojos violeta. Su esbelto cuerpo se estremeció bajo la túnica de plata, y el resplandor de color de sus caídas antenas palideció. Por último, dijo con tono grave:

—Eso no sería fácil, Ames; Tecnópolis está muy lejos y los Tecno-hombres ya nos persiguen por aquí. La ciudad y la torre del Tecno-Zar están bien vigiladas y protegidas. Y los generadores del campo son demasiado grandes como para poder ser destruidos fácilmente.

—Poseo un arma —Ames acarició las bombas atómicas—, y puedo intentarlo.

La muchacha adoptó un aire extremadamente solemne.

—Cuando te hayas repuesto —murmuró lentamente—. Ahora puedes quitarte tu traje protector —le dijo—. Como has tomado la droga, no es necesario. Y ahora cenaremos.

Silenciosamente, preparó una mesa provista de manjares tan exóticos como las flores que la adornaban. Una música sobrenatural sonaba tiernamente, el lamento de una raza desaparecida. Ames trató de olvidar el horror que anidaba allende las columnas bañadas de

luz rosada y la desesperada misión que le esperaba. Atrajo hacia sí la grave y extraña belleza de Arthedne. Ella era cálida y trémula en sus brazos, sus labios, embriagadores. Durante un espacio de tiempo logró olvidar...

Súbitamente Arthedne se puso en pie de un salto, con las antenas levantadas y titilando en señal de alarma.

—Han descubierto Futuron —gritó—. La lámina-visor nos mostrará...

Corrió a un alto aparato. Ames miró por encima del hombro de Arthedne la oculta pantalla y vio a los Tecno-hombres. Un ejército de gigantes metálicos de casi cuatro metros de altura, que avanzaba desde la lúgubre llanura de Tierras Muertas. Relucientes brazos aferraban extraños mecanismos: ¡armas! Con desesperación, Ames buscaba una brecha entre las apretadas filas. Pero sólo había el río brillante y letal.

Estrechó a la joven contra su cuerpo.

—Tú puedes volar —dijo en voz baja—. Puedes huir. ¡Y yo... me enfrentaré a ellos!

Ella sacudió su dorada cabeza, con desesperanza.

—Estarán vigilando con sus rayos mortíferos. Quemarían mi cuerpo en el aire. —Se apretó más a él, murmurando—: Además, Ames, no pienso separarme de ti.

De pronto los serenos y azules ojos de Ames se estrecharon. Desprendió una de las pequeñas bombas atómicas del cinto y rápidamente conectó el fulminante de tiempo.

—¡Hay una salida! —Su voz sonó grave e inflexible—. ¡El río!

Dejó caer la bomba tras de sí. Contando mentalmente, cogió a la joven del brazo y corrió con ella hacia una torre que se alzaba en el límite de Futuron con el río. Detrás de ellos, cuatro Tecno-hombres cruzaron la pantalla rosada.

Al agacharse para enfrentarse a ellos, Ames vio unas abultadas y gigantescas cabezas dentro de los enormes cascos de vidrio y acero. Vislumbró los menudos y atrofiados miembros en los controles de los cuerpos metálicos. Entonces los ojos relucientes, profundamente hundidos, descomunales, extraordinariamente inhumanos, les descubrieron. Unos tubos brillantes les apuntaron ominosamente.

La automática atronó con repetidas sacudidas en la firme mano de Ames. Los tres gigantes más cercanos se desplomaron, con los cascos destrozados. Pero, un dedo verde, incandescente, lanzado por el cuarto, se estrelló contra las blancas columnas de Futuron. Un grácil capitel central explotó... ¡y la pantalla rosada se esfumó!

Toda la vasta desolación de las Tierras Muertas se hizo visible de nuevo, y el círculo de gigantes se estrechó rápidamente, con las extrañas armas preparadas.

—...diecinueve —musitó Ames—, ciento veinte... ¡Salta!

Lanzó el arma descargada, y arrastró a Arthedne con él al saltar del farallón. La aceitosa y reluciente superficie del río pareció subir a su encuentro, les golpeó con un frío impacto aturdidor y les engulló.

Una tremenda explosión sacudió las aguas, como si el mundo entero se hubiese estremecido bajo el choque de un martillo cósmico. Medio atontados, bregaron para ganar la superficie... y se sumergieron de nuevo para escapar de la lluvia de fragmentos de la ciudad destruida y de sus invasores que caían al río.

—¡Futuron! —El murmullo ahogado de Arthedne estaba preñado de dolor—. Donde yo nací...

Nadaron río abajo. Nada se movía a lo largo de los farallones que relucían veladamente. Salieron al fin, tendiéndose uno al lado del otro para reposar en una franja de resplandeciente arena amarilla. Ames estrechó a la muchacha entre sus brazos, musitando:

—Amor mío, sabes que te amo.

Los ojos violeta de Arthedne se humedecieron de lágrimas. Le besó, acurrucándose junto a él. Cálidos y coloridos latidos estremecían sus largas antenas.

—Abrázame fuerte, Ames —murmuró—, antes que la alegría me haga salir volando. — Pero súbitamente su esbelto cuerpo se puso rígido como si hubiera sufrido un espasmo de dolor. Se incorporó—. ¿Por qué fingir? —espetó. El tono de su voz era ronco, ahogado por la pena—. Tú eres como los de mi propia raza, Ames. Hay una nueva chispa vital en ti..., el proceso evolutivo intenta salvar la brecha entre tu raza y la mía. Y yo te amo, Ames..., te quiero. Pero no puedes vivir en las Tierras Nuevas... permanentemente. Y yo no puedo vivir fuera de aquí. —Trató de contener un sollozo—. Tu naturaleza busca a tientas la mía. Pero se abre un abismo entre nosotros que jamás podremos cruzar. Al menos...

Sus ojos violeta se clavaron en la lejanía a través del brillante río, y ella se estremeció de nuevo.

—¡Al menos hasta el día de nuestra muerte!

Se alejaron del río al amanecer. Ames examinó la bomba atómica restante, su única arma; estaba intacta.

—¿Puedes guiarme hasta Tecnópolis? —preguntó.

Ella asintió, con aire solemne.

—Pero hay muchos obstáculos.

Durante todo ese día vagaron a través de la desolada y polvorienta llanura. Vieron las grises cintas de lo que fueran carreteras, y los rectangulares cúmulos de las casas derruidas. De cuando en cuando, en un pequeño montón de cenizas, distinguían el blanco perfil de un esqueleto humano.

Ames no se quejaba, pero la piel le ardía y el dolor atacaba de nuevo sus huesos. Comenzó a sufrir una sed torturante.

Arthedne parecía sumida en un extraño estado anímico. A veces trataba de bromear, pero siempre pesaba una sombra sobre ella. En una ocasión se separó de él, elevándose en alas de espléndidos matices, que se expandían a voluntad entre sus delicadas antenas.

—Volar es grandioso —suspiró dichosa, posándose otra vez junto a él—. Quisiera poder hacerlo durante una hora más.

Las alas se esfumaron. Ella le tomó de la mano y siguieron caminando juntos. Había vuelto a caer el extraño polvo, y la yerma planicie estaba comenzando a resplandecer con aquella luz sobrenatural, tétrica, cuando ella se detuvo, señalando con el dedo.

—Allí... —murmuró—. ¡Tecnópolis!

La ciudad se levantaba en la cresta de opaca luminosidad de una colina lejana. Un muro de torres metálicas, bañadas por un halo de luz, aparecían envueltas de un humo verde. Al acercarse, oyeron el zumbido y el golpeteo de grandes máquinas, una desagradable e interminable reverberación.

—Comprendo por qué el doctor Hope se arrepintió de haber creado a los Tecno-hombres —dijo Ames en voz baja—. Pues vuestra ciudad de Futuron era un dulce paraíso. Y este ruidoso infierno es demasiado parecido a las ciudades que conozco.

Siguieron adelante, y Arthedne señaló otra vez.

—Esa aguja central más alta, la que está coronada por una fría llama púrpura, es la torre del Tecno-Zar —dijo en un suspiro—. Los generadores están ahí.

Ames cerró su mano sobre la bomba de hidrógeno.

—Si logramos llegar hasta allí...

Llegaron ante una barrera de seis metros de altura, construida con hojas metálicas dentadas de cuyas puntas surgían malignas chispas azules. Ames se detuvo, sin saber qué hacer. Pero Arthedne le tendió los brazos.

—Cógete de mis muñecas —dijo en voz baja—. Mis alas son lo suficientemente poderosas.

Él obedeció, con renuencia. Las antenas de la joven se extendieron hacia delante, y las alas de luz centellearon entre ellas de nuevo. Su rostro empalideció de dolor. Pero se elevó,

levantando a Ames, junto a ella. Pasaron por encima de la valla, para planear hacia la base de las torres del otro lado.

—¡Oh, Ames! —musitó con un hálito de voz que traducía el torturante esfuerzo que hacía—. No puedo...

Las brillantes alas se desvanecieron. Se precipitaron juntos al suelo. Ames la alzó en sus brazos. Ella estaba inconsciente, sin aliento. Al cabo de un instante, sus ojos violeta se abrieron con un aleteo de pestañas.

—Lo siento —musitó—. Quedé exhausta.

Emprendieron la marcha sigilosamente, envueltos en el resplandor luminoso, adentrándose en las calles que eran como profundos cañadones. Un grupo de gigantescos seres parecidos a robots se precipitó hacia ella; las extrañas y enormes cabezas eran visibles dentro de los cascos blindados. Ames atrajo a Arthedne hacia un muro y la miró con desaliento.

¡Pero ella había desaparecido!

De pronto un manto de absoluta negrura cayó sobre él. Sorprendido, buscó la mano de la joven; al tomarla, la sintió tensa y temblorosa. Ella le oprimió los dedos suavemente. Al cabo de un instante, la oscuridad se desvaneció. Los Tecno-hombres habían pasado.

—¿Nos volvimos... invisibles? —preguntó Ames con voz entrecortada.

La joven asintió, indicándole que tuviera cuidado.

—La aceleración evolutiva del doctor Hope otorgó nuevos poderes a los *neozoans* —dijo en un murmullo—, basados fundamentalmente en un dominio directo de la curvatura del espacio. Podemos volar mediante una adaptación de ese principio. Mediante otra se crea un campo que refleja la luz..., pero a mí me falta la habilidad suficiente para poder hacerlo bien durante mucho tiempo.

Avanzaron hacia la alta torre central. Una y otra vez Arthedne hacía que ambos se tornaran invisibles por un breve lapso, cuando había algún peligro. Ames aferraba con fuerza la bomba atómica. Al fin llegaron a una vía principal.

—Más allá está la torre —dijo ella, señalando el edificio más cercano.

Una fila interminable de gigantes metálicos desfilaba ante ellos. El pavimento temblaba bajo el avance de una hilera de enormes y extrañas máquinas. Parecían tanques, pensó Ames; cañones y coches blindados transportaban unos descomunales y deformes tubos.

—El Tecno-Zar está preparado para la guerra —murmuró Arthedne—. Si los de tu raza penetraran en las Tierras Nuevas...

Un gigante armado apareció en el callejón que se abría detrás de ellos. La joven hizo que se tornaran invisibles hasta que hubo pasado. El esfuerzo la debilitaba. Pero por fin se interrumpió el desfile. Envueltos otra vez por la oscuridad, cruzaron corriendo la calle.

Al llegar a la acera opuesta Ames tropezó con el bordillo. La joven profirió un ahogado sollozo de fatiga. El manto de negrura se desvaneció, y ella se desplomó a su lado. Ames vio a los gigantescos Tecno-hombres que se dirigían hacia ellos. Un silbido de alarma le laceró los nervios.

—Lo siento... —musitó Arthedne débilmente, y se quedó inmóvil.

Ames puso el reloj de la bomba a tres segundos, y la lanzó a través de una ventana dentro de la torre que generaba el campo *sigma*. Tomó a la joven en sus brazos y volvió a cruzar la calle tambaleándose, justo por delante de un pesado tanque.

Innumerables Tecno-hombres, lanzando silbidos, acompañados de zumbidos y golpeteos metálicos, le perseguían con grotescos movimientos. Sin aliento, Ames contó:

—¡... dos... y... tres!

Se dejó caer con la joven al suelo, tras la barrera de vehículos blindados, esperando el estallido de la suprema energía que haría volar la ciudad. Probablemente les mataría a ellos

también; pero sí lograba frenar el avance del Paraje Muerto, eso no importaba. Esperó, conteniendo el aliento.

Pero nada sucedió.

Con un estrépito fantástico, los gigantes de acero avanzaban hacia ellos. Frenéticamente, inmóvil, Ames esperaba... hasta que otro Tecno-hombre salió de la torre, llevando la bomba atómica. El fulminante de tiempo había sido arrancado. ¿Acaso los Tecno-hombres habían podido prever...?

Un contundente brazo metálico aplastó el pensamiento en su cabeza.

Al recobrar el sentido, Ames se encontró en un alto vestíbulo de acero, iluminado por la cruda luz roja de neón. Dos gigantes mecánicos le mantenían erguido, atenazándole los brazos. Ante él había un gran escritorio cubierto de botones, cuadrantes y extraños aparatos. Tras la mesa estaba sentado otro ser blindado, más grande que los demás, cuyo rostro se ocultaba detrás de una sombría faz de vidrio y acero. El soberano, debía de ser... ¡el Tecno-Zar!

Arthedne no estaba allí... ¿dónde se encontraría?

Inmenso y terrible como un dios de acero, el Tecno-Zar se volvió hacia Ames. Grandes y fríos lentes se fijaron en él. Una voz de bronce resonó en el vestíbulo iluminado con luz roja:

—Hombre de la antigua raza, ¿por qué estás aquí?

Ames rechinó los dientes, retorciéndose entre los brazos metálicos.

—Muy bien —dijo la afilada voz—. No es preciso que hables... Tú eres Ryeland Ames, el director del SSE... ¿Cuáles son los planes de tu organización para detener el avance de las Tierras Nuevas?

Mareado, tembloroso, Ames trató de dejar su mente en blanco.

—Bien —vibró la voz—. Entonces no debemos temer resistencia alguna. —El rostro de acero se volvió hacia los guardias—. Llévalde al laboratorio. Disecad a los dos prisioneros. Así obtendré nuevos datos respecto de las diferencias de las razas... y pondré fin a toda oposición.

¡Disecación... a los dos prisioneros!

Las palabras resonaban en la dolorida cabeza de Ames, como el sonido de un gong que anunciara su sentencia de muerte. Los gigantes le llevaron a la rastra. Él puso su cuerpo en tensión, y de un desesperado tirón, logró liberarse del que le sujetaba el brazo derecho. El otro trastabilló y se estrelló pesadamente contra el suelo. Estaba libre.

¡Arthedne! ¿Dónde...?

Pero los miembros de acero del primer guardián describían un arco sobre él. Una bomba roja de dolor explotó en su lastimada cabeza. Oscuramente, supo que le llevaban... al laboratorio de disección... Y de pronto se encontró tendido en la calle. Le latía la cabeza, y el cuerpo, envarado, le dolía. Se incorporó haciendo un gran esfuerzo, sin poder creer lo que veía.

¡Porque Tecnópolis era una ciudad muerta!

Los dos guardianes yacían junto a él en el pavimento. Sus diminutos cuerpos macrocéfalos estaban rígidos y lívidos en las cabinas de sus máquinas. Tecnópolis se había detenido. Todos los Tecno-hombres al alcance de su vista estaban muertos. ¿Qué había sucedido?

Y Arthedne..., ¿dónde estaba?

Cruzó con paso incierto la calle silenciosa. Más allá del fin de la calzada, vislumbró un remoto fragmento de las Tierras Muertas... extrañamente cambiadas. La horrible luminosidad había desaparecido. El fuego que consumía su cuerpo, de pronto se dio cuenta de que se había atenuado.

—¡Ames!

Una voz adormilada llamó su nombre con un sollozo. Arthedne se posó a su lado. Sus brillantes alas empalidecieron, se desvanecieron. Ella se tambaleó. Ames la tomó en sus brazos.

—Arthedne —murmuró—, mi amor... ¿qué...?

—Lo hice yo, Ames..., por ti. Habiéndome vuelto invisible, logré escapar de ellos, y volé hasta la torre. Invertí el campo *sigma*..., el doctor Hope nos enseñó el secreto para hacerlo. Ello acabó con las Nuevas Tierras... y con los Tecno-hombres... y... ¡conmigo!

Se estremeció entre los brazos de Ames.

—Adiós, Ames, querido mío. Pero trata...

Arthedne se acurrucó contra él. Ames la besó en los labios, que le parecieron fríos. De pronto sus brazos se pusieron rígidos. Un claro destello carmesí latió a lo largo de las antenas. Temblando, dijo con voz entrecortada:

—¡Corre, Ames! ¡La torre! El Tecno-Zar... aún está vivo...

Dichas estas palabras, su cuerpo quedó inerte en sus brazos.

Las antenas se aflojaron, adquiriendo un color gris carente de vida. Sus párpados cayeron pesadamente sobre las lagunas de sus ojos. Ames la depositó en el suelo con toda ternura, y corrió hacia la torre.

Después de manipular los botones de mando de un ascensor, logró ponerlo en marcha y le llevó rápidamente hacia lo alto. Al salir del ascensor, se encontró en el vasto vestíbulo iluminado con luz roja del Tecno-Zar.

La silla tras el escritorio estaba vacía, el soberano de cuerpo metálico había desaparecido. ¿Acaso el Tecno-Zar se había protegido contra la inversión del campo? Ames vio que algo brillaba encima de la mesa: una diminuta jeringa hipodérmica en medio de unas gotas de líquido verde.

Oyó un ruido de engranajes, seguido de una especie de zumbido que aumentaba de volumen. El terror se apoderó de Ames, inmovilizándole como si hubiese quedado sepultado bajo un alud de nieve. Aquello debía de ser el generador del campo *sigma*, que Arthedne había detenido. ¡El Tecno-Zar debía de estar poniéndolo en marcha de nuevo, para restablecer el Paraje Muerto!

Preso del desánimo, Ames se dio cuenta de que estaba desarmado. Regresó al ascensor y le arrancó a un Tecno-hombre muerto un pesado elemento de cristal y metal niquelado, que podría servirle de cachiporra.

Con ello en la mano, se precipitó a través de la amplia estancia hacia la parte posterior del escritorio del Tecno-Zar. Aquella zona estaba llena de imponentes mecanismos. Algunos le resultaron familiares. Convertidores atómicos, evidentemente basados en los mismos principios que él había descubierto. Generadores colosales, transformadores, autoclaves de nueve metros de altura. Enormes serpientes que se elevaban alrededor de un cilindro, el cual debía de ser la base, según dedujo, de la chimenea de brillante color púrpura.

¡Aquello producía el Paraje Muerto!

Sus asombrados y escrutadores ojos descubrieron otro aparato que reconoció: una réplica de su propio superciclótron. Su electroimán de 400 toneladas se elevaba hasta una altura de doce metros. Vio la cabina de observación antirradiaciones en el otro extremo de la sala. ¿Acaso su propio descubrimiento era utilizado contra el mundo?

Entonces descubrió al Tecno-Zar, alto como una torre, junto al tablero de mando del generador del campo *sigma*. Ames se estremeció, mientras sus dedos se tensaban alrededor de la cachiporra. ¿Qué podía hacer él, contra las toneladas de acero de aquel coloso de más de cuatro metros?

A pesar de todo, se esforzó por seguir adelante. La ascendente ola de ruido atronador ahogaba el leve rumor de sus pasos. Una ligera esperanza le animó. Tal vez con un súbito golpe...

Pero aquella alta cabeza giró bruscamente. Enormes lentes se fijaron en él, desde aquella monstruosa faz de acero. Y una poderosa voz metálica dijo:

—¡Bien, Ryeland Ames! Llegaste a tiempo de presenciar el fin de tu raza. Hasta ahora fuimos extendiendo las Tierras Nuevas con lentitud, a medida que necesitábamos terreno para la creciente Tecnópolis. ¡Pero ahora estoy incrementando el campo para abarcar todo el planeta... y borrar de él a tu degenerada y vieja especie!

El Tecno-Zar se inclinó ominosamente sobre el tablero de control. Y el cuerpo dolorido de Ames se puso tenso, presa de intenso dolor. Se apoyó en la fría masa del superciclótrón, tratando de serenar su agitada mente.

—No has destruido Tecnópolis, Ryeland Ames. —Las enormes lentes centellearon hacia él, cual las órbitas azules del mal—. ¡Porque yo soy Tecnópolis!

Un brazo gigantesco descendió hacia los conmutadores y aparatos de medición.

—¡Espere! —La voz de Ames sonó ronca y sin aliento, ahogada por una asombrosa incredulidad—. ¡Tecno-Zar!... ¡Sé quién es usted! ¡Y sé cómo detenerle a usted... y cómo acabar con Tecnópolis!

Con lentitud, sus temblorosas manos levantaron la extraña arma.

—Y sé también por qué el SSE no logró detener el avance de las Tierras Muertas — siguió lanzando sus acusaciones—. ¡Y por qué cayó mi avión en las Tierras Muertas! Y por qué mi bomba atómica no estalló...

El coloso de acero se había apartado del tablero de control. Se precipitó hacia Ames con pasos que hacían temblar el suelo. Los dedos de Ames manipularon frenéticamente el arma desconocida, como si conociera su funcionamiento.

—¡Sé por qué logró sobrevivir a los Tecno-hombres!

El resplandeciente gigante se abalanzó sobre él. Los miembros de acero descendieron con fuerza aplastante, como unos martillos colosales. Ames soltó el desconocido artefacto, apoyándose de nuevo en el superciclótrón.

—¡Muere! —gruñó el Tecno-Zar—. Junto con tu maldita especie...

Pero los dedos de Ames que buscaban a tientas sobre la superficie de la máquina encontraron una palanca que le resultó familiar. Chispas azuladas saltaron de un conmutador automático. El zumbido de los generadores se hizo más intenso, bajo una carga nueva. El arma caída salió volando hacia el colosal imán, contra el cual se estrelló y quedó adherida.

La voz de bronce del Tecno-Zar enmudeció instantáneamente. Y el gran cuerpo metálico se desplomó irremisiblemente hacia delante. Ames empujó la palanca para atrás, con el fin de detener el superciclótrón, haciéndose prestamente a un costado. El Tecno-Zar se estrelló donde él había estado.

—No, su disfraz de acero no me engañó —dijo en voz baja, dirigiéndose al inerte y colosal mecanismo—. Porque vi la aguja hipodérmica en su escritorio, y el líquido catalítico derramado. Y supe que podría detenerle, porque una vez arruiné un buen reloj al acercarme demasiado cuando el superciclótrón estaba funcionando..., y sabía que el relé magnético de su cabeza era mucho más delicado que un reloj.

Con la caída se habían hecho añicos los cristales de la cúpula. Y el rostro enjuto y cetrino que miraba fijamente a Ames, rígido y horrible bajo la intangible agonía de la muerte, jera la cara del doctor Gresham Rathbone!

—Al enterarme que el Tecno-Zar no había muerto —musitó Ames—, supe que era un ser humano. Y por lógica deduje que era usted. Porque usted trabajó junto al doctor Hope,

y estaba enterado de todo lo concerniente a los Tecno-hombres... más de lo que nunca me dijo.

»Usted envidiaba a Hope, y le odiaba...; eso es fácil de deducir de las mentiras que me contó sobre él. No debió de costarle mucho dirigir la rebelión de los Tecno-hombres. ¡Y debió de ganar muchos millones con los metales transmutados, entrando y saliendo mediante avión cohete!

Ames paró los convertidores atómicos, acallando aquel atronador flujo de energía. Cruzó, fatigado y solo, el silencioso salón del Tecno-Zar, y descendió a las mudas calles.

Bajo la fría y grisácea luz de un triste amanecer, buscó a Arthedne. Aterido, temblando, miró arriba y abajo del cañadón sumido en sombras. En su callada quietud, la muerte era una cercana realidad. Ames no se había dado cuenta de cuan cansado estaba ni del daño irreparable que las radiaciones de las Tierras Muertas habían causado a su poderoso organismo. Se tambaleó. Se le nubló la visión. Todo su ser era una llama de un lento e inextinguible fuego.

Pero siguió caminando. Al fin sus debilitados ojos distinguieron una informe mancha blanca, inmóvil en el suelo. Debía de ser Arthedne. El último ser de una maravillosa raza que hubiera podido...

Se detuvo, buscando a tientas, desconcertado.

Ligero como un hálito de viento, algo había rozado su ardiente rostro. Sus velados ojos percibieron un destello de alegre color, tenue, evanescente. Una voz, dulce y familiar, llegó débilmente a sus oídos:

—¡Espera, Ames..., amor mío! No vuelvas... allí. ¡Porque yo estoy aquí!

Él extendió las manos, buscando a ciegas.

—¿Arthedne? —inquirió incrédulo—. ¿Aún estás... viva? ¿Dónde estás, Arthedne? ¡Todo se vuelve tan oscuro! Oigo tu voz, pero no puedo verte.

—Estoy aquí, Ames —le pareció que decía ella—. ¡Aquí, a tu lado!

Sintió que algo le tocaba ligeramente el hombro. Oscilando pesadamente sobre sus pies, espoleó sus fatigados sentidos, tratando de verla de nuevo.

—Pensé... —musitó—, pensé... que habías muerto.

—Sí, Ames, mi cuerpo murió. —La vocecita parecía venir a través de una espesa niebla, desde muy lejos—. Pero había otra facultad, de la que yo sólo había sospechado su existencia, que se hizo evidente en el momento de la muerte. Mediante los mismos órganos que me permitían volar y desaparecer, se creó un nuevo campo en el espacio, que puede ser la morada eterna de mi ser.

Ames oscilaba, aturdido.

—Siento que tú posees algo de esa misma facultad, Ames..., pues en ti la evolución seguía la senda de mi raza perdida. Con la ayuda de ello..., si lo intentaras, Ames querido..., te reunirías conmigo.

Las nieblas se cerraban, densas y negras. Un entumecimiento glacial borraba todo síntoma de dolor. Ames tuvo la ligera sensación de que se desplomaba.

—Ven a mí. Ames. —Débil y extraordinariamente remota, aún. escuchaba la voz de Arthedne—. ¡Cruza la barrera!

Ames lo intentó...

El Servicio Secreto Especial descubrió ese día, que el Paraje Muerto ya no lo estaba más. Un avión aterrizó al mediodía sobre el polvo gris en un lugar cercano a Tecnópolis, y los agentes se apresuraron a explorar la silenciosa y sorprendente ciudad. Encontraron a Ryeland Ames y a Arthedne, que yacían uno junto a otro. En ambos rostros se dibujaba la sombra de una maravillada y esperanzada sonrisa.

Theodore Sturgeon - Y AHORA LAS NOTICIAS...

El sujeto se llamaba MacLyle, un nombre cuya falsedad salta a la vista, pero digamos que esto es un cuento, ¿de acuerdo? MacLyle tenía un buen empleo en —supongamos— una fábrica de jabón. Trabajó mucho e hizo dinero y se casó con una muchacha llamada Esther. Compró una casa en los suburbios y cuando terminó de pagarla la alquiló a otra gente y compró una casa un poco más lejos y un segundo auto y un refrigerador y una cortadora de césped y un libro de jardinería, y se abocó a la noble tarea de dar a sus hijos todas las cosas que a él le habían faltado.

Tenía hábitos y tenía hobbies, como todo el mundo, y los suyos (como los de todo el mundo) eran un poco diferentes de los de cualquier otro. El que más molestaba a su esposa, hasta que se acostumbró, era el hábito (o el hobby) de las noticias. MacLyle leía un matutino a las 8:14 y un vespertino a las 6:10, y el diario local que su suburbio usaba para los perros perdidos y los remates le ocupaba cuarenta minutos después de la cena. Y cuando leía un diario lo leía, no se limitaba a hojearlo. Leía primero la página 1 y después la página 2, y así hasta el final. No le interesaban mucho los libros pero les tenía una suerte de respeto místico, y decía que un diado era como un libro, y por lo tanto armaba un revuelo si una sección faltaba o estaba al revés, o si las páginas estaban mal ordenadas. También escuchaba las noticias de la radio. En la ciudad había tres emisoras que transmitían noticias a toda hora, una al dar la hora, otra al dar la media hora, y otra cinco minutos antes de la hora, y en general él podía escucharlas todas. Durante esos pantallazos de cinco minutos él miraba directamente a los ojos de su interlocutor y cualquiera habría jurado que escuchaba, pero no escuchaba. Esto sacaba de quicio a su mujer, pero sólo en los primeros cinco años. Luego desistió de intentar que la oyeran mientras la radio hablaba de inundaciones, asesinatos, escándalos y suicidios. Cinco años después volvió a hablar durante las emisiones, pero cuando dos personas han estado casadas diez años esas cosas ya no importan; de cualquier modo hablan en código, y nueve palabras de cada diez pueden pescarse en cualquier momento como en una cinta de teletipos. Él también veía las noticias de las 7:30 en el canal 2 de televisión y las noticias de las 7:45 en el canal 4.

De todo ello podría deducirse que MacLyle era un excéntrico de costumbres metódicas y neuróticamente pulcro, pero nada es menos cierto. MacLyle era ante todo un individuo razonable que amaba a su esposa e hijos, gustaba de su trabajo y disfrutaba bastante de la vida. Reía con facilidad, hablaba con soltura y pagaba sus deudas, justificaba su interés en las noticias de varias maneras. Solía citar a Donne:... la muerte de cualquier hombre me disminuye, porque formo parte de la humanidad..., un argumento bastante sólido y difícil de rebatir. Comentaba que él siempre alcanzaba sus trenes y sus trenes lo hacían puntual, pero por culpa de ellos veía las mismas caras a la misma hora día tras día, antes, durante y después del viaje en tren, de modo que su mundo inmediato era bastante limitado, y sólo una conciencia permanente de lo que ocurría en todo el planeta le recordaba que vivía en un lugar más amplio que un angosto universo con su casa en un extremo, su oficina en el otro, y una vía férrea en el medio.

Es difícil precisar cuándo empezó el derrumbe de MacLyle, o siquiera por qué, aunque es obvio que tuvo algo que ver con las noticias a las que se exponía. Empezó a reaccionar, muy levemente al principio; es decir, se notaba que estaba escuchando. Chistaba a los demás, y si uno intentaba terminar la frase él corría a apoyar la cabeza en el parlante del receptor. Su esposa e hijos aprendieron a callar cuando venían las noticias, cinco minutos antes de la hora hasta cinco minutos después (mientras MacLyle cambiaba de estación), y al dar la media hora, y de 7:30 a 8 por la televisión, y durante los cuarenta minutos que tardaba en leer el diario local. No resultaba tan obvio cuando leía el diario, porque se

limitaba a fijar los ojos en una página como un catatónico, apretando las esquinas hasta que las hojas temblaban, tensando la mandíbula y soltando un silbido estrangulado por las fosas nasales.

Desde luego todo esto era una carga para su esposa Esther, que hizo lo posible por razonar con él. Al principio él le respondía, alegando que un hombre, en fin, tiene que mantenerse en contacto; pero muy pronto dejó de contestar, dándole ese tratamiento que es la especialidad de las zonas suburbanas, el tratamiento de cuando alguien menciona una cortadora de césped a primera hora de un domingo por la mañana. Uno no dice que sí ni que no, ni siquiera gruñe, y no mueve la cabeza. Al cabo de un rato el interlocutor se va. Pronto uno oye estas molestias impertinentes tan poco como aparenta.

Debe aclararse que MacLyle era, al margen de su peculiaridad, un personaje amigable y cordial. Le gustaba la gente y la invitaba y la visitaba, y era uno de esos adultos que pueden escuchar las aventuras interminables de un niño de primer grado e interesarse de veras. Nunca olvidaba cosas como la pinchadura de la llanta de repuesto o el anticongelante o los aniversarios, y siempre cerraba los postigos a tiempo, pero nunca alardeaba de su eficacia. Lo primero en su vida que no tomó como un hecho consabido fue esa manía por las noticias, que empezó siendo tan pequeña y creció tan rápidamente.

De modo que a las pocas semanas su esposa tomó el toro por las astas y pasó la tarde desarmando todos los receptores de la casa. Había tres radios y dos televisores, y ella no entendía un rábano, pero era lista y empleó toda su voluntad y un abrelatas de bolsillo. De cada receptor extrajo una lámpara, y una por vez, para no confundirse, las llevó a la cocina y golpeó cuidadosamente las bases contra el borde de la piletta, tratando de no quebrar el vidrio ni torcer nada, hasta que vio las entrañas de cada lámpara rodando sueltas en el interior. Luego las instaló de nuevo y puso los paneles traseros de los receptores.

MacLyle volvió a casa y guardó el auto y besó a su mujer y encendió la radio del living y fue a colgar el sombrero. Cuando regresó la radio ya tenía que estar caliente pero no lo estaba. Movié un rato las perillas, golpeó el aparato y lo hamacó de aquí para allá, gruñendo, y luego vio la hora. Empezó a ponerse un poco frenético, corrió a la cocina y encendió la pequeña radio color marfil de la repisa. La radio se calentó rápida y alegremente y soltó un zumbido de 60 ciclos, pero eso fue todo. MacLyle perdió la paciencia e informó a gritos que los aparatos no funcionaban, ninguno de ellos, como si eso ya no fuera bastante evidente para entonces, y subió volando al cuarto de sus hijos, despertándolos explosivamente. Encendió la radio de ellos y recibió otra nota de 60 hercios, esta vez con un crujido ensordecedor cuando golpeaba la caja, cosa que hizo cuatro veces, hasta que el aparato quedó absolutamente mudo.

Esther había planeado las cosas hasta aquí, pero no más allá, pues su mente funcionaba así. Suponía que podría manejarlo, pero suponía mal. MacLyle bajó con una expresión fúnebre, y estuvo callado y demudado hasta las 7:30, hora de las noticias por televisión. El televisor del living no reaccionó, así que subió nuevamente al cuarto de los niños, los despertó justo cuando se estaban volviendo a dormir, y esta vez el más pequeño rompió a llorar. A MacLyle no le importó. Cuando descubrió que el televisor no tenía imagen casi rompió a llorar también, pero entonces oyó el sonido. Un televisor tiene muchas lámparas adentro y Esther no sabía diferenciar audio de video. MacLyle se sentó frente a la pantalla oscura y escuchó las noticias. *Todo parece estar bajo control en la convulsionada zona fronteriza de la India*, dijo el televisor. Ruidos de multitud y el fondo de la «Marcha turca» de Beethoven. Y luego... Música. Más ruidos de multitud: una algarabía y un alarido. Locutor: Ésta era la escena seis horas más tarde. Un silencio total que se prolongó tanto que MacLyle estiró el brazo y golpeó el televisor con la palma de la mano. Luego, creciendo lentamente, «In a Monastery Garden» de Ketelbey. *Pasando a un clima más alegre aquí están las seis finalistas del concurso Miss Continuum*. Fondo musical, «Blue

Room», interminablemente, interrumpida una sola vez, cuando el locutor dijo a través de una risita infantil *¡... y ella lo decía en serio!* MacLyle se golpeó las sienes. El hijo más pequeño seguía llorando. Esther estaba al pie de la escalera retorciéndose las manos. Así pasaron treinta minutos. Cuando MacLyle bajó, dijo simplemente que quería el diario, refiriéndose al diario local. Así que Esther enfrentó lo desconocido y le dijo con franqueza que no lo había encargado ni volvería a hacerlo, lo cual desde luego desembocó en una vehemente y plena confesión de sus actividades de la tarde.

Sólo una mujer que ha estado casada más de catorce años puede conocer a un hombre tan bien como para manejarlo tan mal. Ella sabía que se equivocaba pero saberlo no le servía de nada porque era una persona lógica. No era lógico conservar la paciencia, de modo que la paciencia se le había agotado. Si algo te ultrajara apártalo de tí, aun cuando fuere tu ojo y tu mano derecha. Ella comprendió demasiado tarde que las noticias eran una parte tan inextricable de su esposo que al apartarlas de sí también lo apartaba a él. Y allá fue MacLyle, mientras ella escuchaba consternada el crujido de la puerta del garaje, la voz aguda de la portezuela del auto, clara como la indicación *Sale de escena* en una obra de teatro; el relincho del arranque, el quejido del motor. Ella dijo que se alegraba y entró en la cocina y bajó la inútil radio color marfil de la repisa y se fue a acostar llorando.

Sin embargo, como en la vida real hay pocos cortes limpios, lo vio una vez más. A las tres menos siete minutos de la mañana oyó una música tenue que salía de alguna parte; inexplicablemente se levantó, y recorrió la casa de puntillas para buscarla. No venía de la casa, de modo que se puso el abrigo de MacLyle y bajó por la escalera del garaje. Y allí, en el extremo de la calzada donde las vigas de acero no podían interferir la recepción de radio, estaba el auto, en el mismo sitio donde había estado todo el tiempo, y MacLyle dormitaba sobre el volante. La música venía de la radio del auto. Ella se ciñó el abrigo, se acercó, abrió la portezuela y llamó a MacLyle. En ese preciso instante la radio dijo... *y ahora las noticias*, y MacLyle se irguió en el asiento y chistó ruidosamente. Ella retrocedió y se quedó quieta un momento, en una extraña transición de la rendición incondicional a la derrota total. Luego él cerró la puerta y se inclinó hacia adelante, la mano en el control del volumen, y ella volvió a la casa.

Cuando el pantallazo de noticias terminó y él se hubo recobrado de las puñaladas de un delincuente juvenil, los sufrimientos rechinantes de un tren descarrilado, los terrores del aterrizaje forzoso de un C-119, y la fascinación de un funcionario del gabinete, socio fundador del Club No Confiamos En Nadie, diciendo literalmente que hay algo de bueno en los peores de nosotros y hay algo de malo en los mejores de nosotros, todo lo cual él sentía profundamente, arrancó el auto (haciéndolo rodar cuesta abajo por la porque la batería estaba casi agotada) y condujo con suma lentitud hacia la ciudad.

En un garaje con servicio nocturno hizo lavar y engrasar el auto mientras él esperaba. Después abrieron el bar automático y pasó tres horas bebiendo café, aprétandose las mandíbulas hasta que le dolieron las muelas, y haciendo de vez en cuando ruidos guturales casi inaudibles. A las 9:00 recobró la compostura. Pasó el día entero con su perplejo abogado, enumerando todos sus bienes, vendiendo, convirtiendo, ratificando. Al terminar disponía de una módica suma en efectivo y su esposa tendría ingresos adecuados hasta que sus hijos fueran a la universidad, momento en que la casa sería vendida, los inquilinos de la otra casa desalojados, y Esther estaría en libertad de mudarse a la propiedad más pequeña con el precio de la más grande sumado al capital básico. El ahogado habría temido por MacLyle si no lo hubiera visto tan jovial y locuaz, comportándose como un hombre feliz, una forma de locura rara pero aceptable. Les costó trabajo pero terminaron en un día, después de lo cual MacLyle estrechó la mano del abogado, le agradeció profusamente y se registró en un hotel.

Cuando despertó a la mañana siguiente se levantó de un brinco, sintiéndose años más joven abrió la puerta, tomó el diario de la mañana y miró los titulares.

No podía leerlos.

Gruñó sorprendido, cerró la puerta con suavidad y se sentó en la cama con el diario en las rodillas.

No cesaba de acariciarlo, alisándolo una y otra vez hasta que las palmas se le oscurecieron y las letras se borrarían. Los símbolos gritones marchaban por la página como un desfile de extraños con el uniforme de una logia clandestina cuyo origen y destino desconocía, y cuyos propósitos ni siquiera sospechaba. Siguió las letras con el meñique, midió la longitud de una palabra con el índice y el pulgar y los alzó para sostenerlos ante sus ojos intriguados. De pronto se levantó y fue hasta el escritorio, donde los letreros, anuncios e impresos estaban atrapados como una colección de mariposas bajo el vidrio: el menú del desayuno, indicaciones sobre el servicio de camareros y sobre el libro de firmas. Los recordaba todos y tenía idea de qué significaban, pero no podía leerlos. En el cajón había papeles con membrete, con una foto del edificio sin otros edificios alrededor, lo cual no era cierto, y una inscripción que bien podía haber estado en caracteres cirílicos. Formularlos para telegramas, un horario de autobuses, un secante, todos exhibían lo que para él eran jeroglíficos y runas. Una guía telefónica llena de nombres extraños en símbolos extraños.

Se pidió a sí mismo recitar el alfabeto. «A», dijo claramente, y «¿Eh?» porque no le sonaba bien y no podía imaginar que le sonaría bien. Sonrió tontamente y meneó la cabeza ligera y rápidamente, pero con sonrisa o sin ella tenía miedo. Estaba contento, o aliviado, casi feliz, y aún así tenía un poco de miedo.

Llamó a la conserjería y pidió que le prepararan la cuenta, y se vistió y bajó. Dio al portero su tarjeta de estacionamiento y esperó a que te trajeron el auto. Subió, encendió la radio y arrancó rumbo al oeste.

Manejó durante varios días, en un estado de miedo perpetuo, un miedo frío y (pese a todo) feliz, de montaña rusa, un miedo de película de terror, recordando el significado de las señales de detención sin poder leer la palabra PARE, aminorando la velocidad cuando un letrero anunciaba un cruce ferroviario. Los restaurantes tienen aspecto de restaurantes, las estaciones de servicio de estaciones de servicio; si el retrato de Washington denota un dólar y el de Lincoln cinco, no es preciso leerlos. MacLyle se las arregló. Manejó hasta internarse en uno de esos estados cuadrados que tienen todas las montañas y viajó hasta que reconoció la zona donde, años antes de casarse, había pasado una temporada de caza. Eludiendo el refugio que había usado, tomó carreteras laterales hasta que al fin llegó a esa cabaña desierta donde había pasado una noche. Aún estaba en pie, un poco podrida pero sólo en los bordes. Entró y salió varias veces, memorizando detalles porque no podía hacer una lista, y luego volvió al auto y viajó hasta el pueblo más cercano, no muy cercano ni tan pueblo. En la tienda de ramos generales compró tejas, harina, clavos y pintura —toda clase de pintura, en latas pequeñas, así como tambores grandes de pintura para interiores— y alimentos enlatados y herramientas. Pidió un molino desarmable y un generador, cuarenta kilos de arcilla para modelar, dos sartenes y un cuenco, y una hamaca del ejército. Pagó en efectivo y prometió regresar en dos semanas por las cosas que no estaban en la tienda, y telegrafió (pues podía dictar el telegrama por teléfono) a su abogado para que le enviara los 80 dólares mensuales que habían convenido y que era lo único que necesitaba de sus bienes. Antes de irse se detuvo maravillado ante un monstruoso instrumento musical llamado oficleido, que se erguía, polvoriento y majestuoso, en un rincón. (Aunque sería más fácil para el lector que fuera un cuerno francés o una tuba —que cumpliría satisfactoriamente la misma función narrativa—, aquí terminaremos con las mentiras. Se ha ocultado el verdadero nombre de MacLyle, se ha escondido su pueblo natal, y se ha

escamoteado su profesión, y que me cuelguen si eso no era un obsoleto oficleido de bronce, con doce teclas, de 1824, y de cincuenta pulgadas.) El tendero explicó que su tatarabuelo lo había traído de la madre patria y nadie lo había tocado en dos generaciones excepto un trompetista ambulante que se había puesto verde pálido con las tres primeras notas y lo había soltado como si pudiera estallarle en la cara. MacLyle preguntó cómo sonaba y el hombre dijo terrible. Dos semanas más tarde MacLyle volvió para recoger el resto de sus cosas, cabeceando y sonriendo y sin decir una palabra. Aún no podía leer, y ahora no podía hablar. Más aún, había perdido la capacidad de comprender el lenguaje. Pagó por sus compras con un billete de cien dólares, y el tendero, pensando que se había vuelto sordo y mudo, lo estafó olímpicamente pero al mismo tiempo sintió tanta pena que le dio el oficleido. MacLyle cargó su auto de buen humor y se fue. Y ésa es la primera parte de la historia de cómo MacLyle se sintió mal.

Esther, la esposa de MacLyle, se encontró en una situación especial. Amigos y vecinos le hacían al pasar preguntas cuyas respuestas ignoraba, y la única persona que tenía alguna información —el ahogado de MacLyle— estaba comprometido a no decirle nada. No la habían abandonado, en el sentido pleno y legal, pues ella y sus hijos recibían medios de manutención. Echaba de menos a MacLyle, pero de un modo específico; echaba de menos al viejo y previsible MacLyle, y en realidad él la había abandonado mucho antes de esa noche desconcertante en que se había marchado. Ella quería de vuelta al viejo MacLyle, no a ese chiflado desconocido con esa sórdida y espástica preocupación por las noticias. De las muchas facetas desagradables de ese desconocido, sobresalía una: esa capacidad para largarse así y permanecer alejado tanto tiempo. Por lo tanto, él era esa persona indeseable en tanto no regresara, y si lo buscaba sólo conseguiría, si MacLyle regresaba contra su voluntad, tener de vuelta a una persona que no era la que ella echaba de menos.

Aun así estaba insatisfecha consigo misma, pues ella era la parte perjudicada y tenía heridas menos dolorosas que los remordimientos de conciencia. Siempre se había enorgullecido de ser una buena esposa, y en el pasado había hecho muchas cosas contrarias a su razón y sus deseos sólo porque eran consideradas propias de una buena esposa. De modo que con el tiempo se fue desplazando de la zona del «¿Qué haré?» a la gama de «¿Qué debe hacer una buena esposa?», y al cabo de muchas reflexiones fue a ver a un psiquiatra.

Era un psiquiatra muy sagaz, es decir que pescaba lo obvio más pronto que la mayoría de la gente. Por ejemplo, en sólo cuatro minutos de conversación advirtió que Esther no había acudido a él por su propia cuenta, y decidió escuchar toda la historia antes de decidirse a tratarla. Cuando ella hubo terminado y él le hubo sonsacado ciertos detalles corroborativos para completar el cuadro, se sumió en un largo silencio y reflexionó. Comparó el amplio patrón del caso MacLyle con sus lecturas y su experiencia, midió dificultades, el interés clínico del caso, el valor probable del broche de diamante que usaba la mujer. Juntó las yemas de los dedos, bajó la joven y apuesta cabeza, observó a Esther entornando los ojos, y recogió el guante. Ante la perspectiva de recobrar a su esposo sano y salvo, ella le agradeció en silencio y salió del consultorio con emociones ambiguas. El muy sagaz psiquiatra inhaló profundamente e hizo arreglos con otro médico para que se encargara del resto de sus pacientes —dos— mientras él se ausentaba, pues suponía que se ausentaría por bastante tiempo.

Le fue asombrosamente fácil encontrar a MacLyle. Ni siquiera se acercó al abogado. El sólido fundamento de todos los rastreadores y oficinas de personas desaparecidas, en su *modus operandi*, es el principio de psicología aplicada que dictamina que un hombre tal vez cambie de nombre y dirección, pero que rara vez quiere —rara vez puede— cambiar sus actividades, especialmente las actividades que le divierten. El adicto al esquí no huye a

Florida, aunque podría viajar a Banff y no al acostumbrado Mount Tremblant. Es improbable que un filatelista coleccionara mariposas. Por lo tanto, cuando el psiquiatra encontró entre los papeles de MacLyle fotos y folletos, que databan de sus días de estudiante, de las imponentes Rocosas, de osos comiendo junto al camino, y especialmente de recuerdos traídos temporada tras temporada de una región a la que nunca había llevado a su esposa y que no había visitado desde su casamiento, creyó oportuno hacer un tanteo, que cobró la forma de una solicitud de información a la policía de ese estado sobre un hombre con tales características manejando tal automóvil con placa de otro estado, más un requerimiento de que el hombre no fuera detenido ni advertido y sólo se le notificara a él, el muy sagaz psiquiatra. También arrojó otras líneas, pero fue ésta la que enganchó al pez. En cuestión de semanas un patrullero atinó a pasar por la tienda favorita de MacLyle: después de eso fue cuestión de minutos antes que la información cayera en manos del psiquiatra, que no le dijo nada a Esther excepto adiós por un tiempo, y esta cuenta debe pagarse ahora, y luego se largó, llevándose un maletín de trucos.

Alquiló un auto en el aeropuerto más cercano al escondrijo de MacLyle y realizó un largo y sediento viaje cuesta arriba hasta llegar a la tienda de ramos generales. Allí entrevistó al propietario, y se enteró de unos mil ochocientos detalles relacionados con lo mal que andaba el negocio, las dificultades que había, cuánta lluvia no había caído y cuánta se necesitaba, la tragedia de ser culpado por los precios altos cuando cualquiera con el sentido común de un ganso debía saber cuánto costaba el flete de la mercadería, especialmente en las pequeñas cantidades que se debía pedir cuando el negocio andaba tan mal y todo lo demás; y de paso se enteró de ocho o diez detalles relacionados con MacLyle: la ubicación exacta de la cabaña, el hecho de que parecía haberse vuelto sordomudo y no podía leer, y que debía de estar loco porque sólo un loco quería ochenta y cuatro latas de pintura o, llegado el caso, vivir allí cuando no lo necesitaba.

El psiquiatra se liberó al cabo de un rato y se marchó, la región se volvía cada vez más alta, polvorienta y desolada, hasta que empezó a rezar que no le pasara nada al auto y, desde luego, diez minutos más tarde pensó que algo le había pasado. Cuando un auto hacía un ruido como el que él empezaba a oír tenía el motor sobrealimentado, y frenó en el borde del camino para preocuparse. Apagó el motor y el ruido continuó, y entonces advirtió que el ruido no venía del auto ni de un lugar cercano, sino de lo alto de la colina. Aún le quedaba un tramo de dos kilómetros, y los recorrió con un asombro creciente, porque ese sonido se volvía cada vez más intenso y más insoportable. Era como música, pero no como la música que suele oírse en este planeta o en cualquier otro. Era una voz solista, bronceada y vigorosa. Las notas superiores, de las que parecía haber unas dos octavas, eran salvajes y discordantes, las intermedias eran toscas, pero los tonos bajos parecían el lenguaje de las montañas mismas, altas hasta el ciclo, calientes, y más naturales de lo que cualquier cosa debiera ser, elementales como el colmillo de un oso. Pero todas las notas eran perfectas, los intervalos eran perfectos y ese ruido espantoso sonaba como un órgano electrónico. El psiquiatra tenía buen oído, aunque por un rato se preguntó por cuánto tiempo tendría oídos siquiera. Entretanto hacía estas observaciones sobre el sonido, notó que era una versión de uno de los primitivos estudios de Czerny, Libro Uno, ese pequeño engendro zumbón que dice *do mi fa sol la sol fa mi, re fa sol la si la si mi fá, mi la* etcétera subiendo por la escala a la rastra y bajando a gatas.

Vio el cielo azul casi bajo las llantas delanteras e hizo girar bruscamente el volante, y se encontró en el patio herboso de una improvisada cabaña de explorador, pero eso no lo notó enseguida, porque sentado frente a ella estaba lo que el psiquiatra se describió así mismo, arrancado de su distanciamiento profesional, como el chiflado más llamativo que había visto jamás.

Estaba sentado bajo un abeto reseco y torcido por el viento. Estaba descalzo hasta las axilas. Usaba la parte superior de una camiseta y un sombrero con la forma de tiendas cónicas de los boy scouts cuando uno de los boy scouts se olvidó el mástil en casa. Y estaba tocando, o intentando tocar, el oficleido, y en los hombros tenía una pequeña capa de agujas de abeto, que le caían en cascada cada vez que ejecutaba el si menor o una nota inferior. Sólo un ratón atrapado en una tuba durante un ensayo de orquesta puede saber con exactitud qué significa estar tan cerca de un oficleido en funcionamiento.

Era MacLyle, por cierto, luciendo bien alimentado y metido en carnes. Cuando vio el auto del psiquiatra siguió tocando, pero, cuando sus ojos se cruzaron con los del psiquiatra, le hizo un guiño, sonrió con la pequeña comisura de los labios que se veía detrás de la enorme boquilla, y agitó tres dedos de la derecha, lo más parecido a un saludo que pudo improvisar sin interrumpirse. Y no se detuvo hasta que hubo alcanzado la octava en que estaba trabajando y hubo pasado al otro lado. Luego dejó cuidadosamente el oficleido, lo apoyó contra el abeto y se puso de pie. El psiquiatra había advertido, mientras las últimas e imponentes notas rodaban montaña abajo, su extremo aislamiento con este paciente imprevisible, y la no disimulada salud y fortaleza del sujeto, y la presencia del precipicio al que casi había saltado con su auto un momento antes. Por lo tanto había cerrado la ventanilla y trabado la portezuela y agradecido esas comodidades. Pero el cálido buen humor y la genuina cordialidad de la cara tostada de MacLyle ahuyentaron el temor, y aun la prudencia, y antes de darse cuenta el psiquiatra había abierto la portezuela para bajar del auto. Alegre, pensaba, es una palabra en desuso pero eso es él, por Dios, un hombre alegre. Lo llamó por el nombre pero MacLyle no lo oyó o no le prestó atención; sólo extendió una manaza cálida y el psiquiatra la estrechó. Notó callos duros y chatos en la mano de MacLyle, y la fuerza controlada que usa un elefante para alzar con la trompa a un niño con traje de lentejuelas; sonrió ante la imagen, porque a fin de cuentas MacLyle no era tan corpulento, sólo causaba esa sensación. Y una vez que sonrió, se dejó la sonrisa plantada en la cara.

Le dijo a MacLyle que era un escritor fascinado por esa magnífica región, que viajaba adonde lo conducían las curvas del camino, y aquí estaba; pero antes de terminar advirtió algo en los ojos de MacLyle, que estaban indescritiblemente fijos en él pero poco atentos a lo que él decía; era tal como si él se hubiera puesto a cantar una melodía. MacLyle parecía dispuesto a escuchar el sonido hasta que terminara, y aun a disfrutarlo, pero no pasaría de allí. Aun así el psiquiatra terminó y MacLyle esperó un momento como para ver si continuaba, y como no continuó mostró de nuevo su sonrisa luminosa y señaló la cabaña con la cabeza. Luego echó a andar hacia allá, mientras su visitante le seguía elogiando cortésmente el lugar. Cuando entraron, le ladró de pronto a esa espalda muda: «¿No me oye?» MacLyle, sin volverse, lo invitó a entrar con un gesto.

Adentro había tal mezcla y profusión de colores que el psiquiatra se detuvo en seco, parpadeando. Una pared había sido derribada y reemplazada con paneles de vidrio; daba sobre el precipicio y dejaba al pequeño edificio flotando en el aire brumoso. Todas las paredes estaban cubiertas con mantas blancas de felpilla, y el suelo era blanco, y parecía haber mucha más luz adentro que afuera. Frente a la amplia ventana había un caballete enorme fabricado con postes descortezados, labrados y unidos con alambre de embalaje, y encima había un cuadro grande, en general no figurativo, en los colores más puros y neutros. Una parte era indudablemente este cuarto, o al menos su aire de colorida confusión aquí y toda la infinitud allá. El oficleido estaba en el cuadro, laboriosamente reproducido, como una pieza de una gigantesca máquina infernal, y en primer plano había flores; pero la figura central rechazaba al psiquiatra. Más aún, rechazaba todo lo que estaba alrededor. No se parecía a nada familiar, y eso le produjo una turbada satisfacción.

Apiladas en el suelo a cada lado del caballete había otras pinturas; algunas eran manchas, otras estaban llenas de líneas rectas y planos superpuestos, pero todas tenían esos colores dolorosamente puros. Comprendió qué hacía MacLyle con las latas de color que tanto intrigaban al tendero.

Aquí y allá había esculturas de arcilla, la mayoría montadas sobre pedestales hechos con partes de troncos de árbol lo suficientemente grandes como para sostenerse firmemente sobre los extremos aserrados. Algunos pedestales estaban descortezados, otros pintados; en unos la textura de la corteza, los nudos o hendiduras de la madera, se introducían en el modelo, y en otros la corteza había sido tapada con arcilla hasta el suelo. Una parte de la arcilla estaba pintada, una parte no, otra tenía que haberlo estado. Había formas libres y seres grotescos, una mujer marsupial y una guitarra con piernas, y algunos, aunque no demasiados, de los símbolos que preocupan aun a los psiquiatras muy sagaces. En ninguna parte había un mueble aislado. Había estantes en todos los niveles y de longitud variable, con recipientes, telas, alimentos enlatados, herramientas y utensilios de cocina. Había una especie de mesa que era ante todo un banco de trabajo, con un tornillo de carpintero en una punta, y en la otra una rueda de alfarero a pedal a medio terminar, tosca pero muy ingeniosa.

Quiso saber dónde dormía MacLyle, así que le preguntó, y de nuevo MacLyle reaccionó como si las palabras no fueran palabras sino una secuencia de sonidos agradables, ladeando la cabeza y esperando para ver si había más. De modo que el psiquiatra recurrió a las señas, haciendo una almohada con las manos, apoyando la cabeza en ella, cerrando los ojos. Cuando los abrió MacLyle cabeceaba ávidamente, y luego se dirigió a la pared revestida de blanco. De atrás de la felpilla tomó una hamaca, que tenía un extremo atado a la pared. Llevó el otro extremo hasta la ventana grande y lo colgó de un gancho atornillado a un perno grueso entre los paneles. Tenderse en esa hamaca sería mecerse entre el paraíso y la tierra como la tumba de Mahoma, con todo ese ciclo y ese paisaje que prácticamente rodeaba al durmiente. La admiración por esta idea desapareció en cuanto MacLyle empezó a hacerle señas para que subiera a la hamaca. Retrocedió cautelosamente, protestando, tratando de comunicarle a MacLyle que él sólo preguntaba, sólo quería saber; no, no, no estaba cansado, demonios; pero MacLyle se volvió tan insistente que levantó al psiquiatra como a un niño que se niega a ir a la cama y lo llevó a la hamaca. Todo impulso para patear y forcejear fue aplacado por la naturaleza de esta y todas las demás hamacas, intolerantes con los bultos movedizos, y por la proximidad de la gran ventana, que como ahora veía estaba inclinada hacia afuera, permitiendo mirar desde la hamaca hacia una altura de no menos de ciento cincuenta metros. De acuerdo, concluyó, si tú lo dices. Tengo sueño.

De modo que pasó un par de horas tendido en la hamaca y observando los movimientos de MacLyle, y sumido en pensamientos más o menos profesionales.

No quiere o no puede hablar (diagnosticó): afasia, motriz. No quiere o no puede comprender el lenguaje: afasia, sensorial. No quiere o no puede leer y escribir: alexia. ¿Y qué más?

Miró todas esas obras de arte —si era arte, y cuando lo era, lo era por accidente— y los artefactos: el ruidoso molino de afuera, el mecanismo que cerraba la puerta. Siguió con los ojos una cuerda que colgaba anónimamente del inclinado poste central al que estaba sujeta la hamaca, y la polea y los ganchos de donde colgaba, y su prolongación visible contra el cielorraso hasta la otra pared, y al fin comprendió que tirando de ella se abrían dos aberturas angostas para ventilación. Una pequeña puerta detrás de la felpa conducía a lo que él correctamente tomó por un retrete primitivo, construido para dar sobre el precipicio, la más perfecta solución sin cañerías que él había visto para una instalación de esa clase.

Observó cómo remoloneaba MacLyle. Era la única palabra para ello, y sus actos eran el mejor ejemplo de remoloneo que había visto. MacLyle alzaba, movía y bajaba cosas, retrocedía para juzgar, volvía para apoyar una mano aprobatorio en la cosa que había movido. El efecto no era tangible, pero no podía decirse que no existiera, por la intensa satisfacción que irradiaba el hombre. Pasaba minutos de pie, la cabeza ladeada, sonriendo ligeramente, observando la rueda de alfarero inconclusa, y de pronto se lanzaba a una actividad frenética aserrando, alisando, taladrando. Añadía la pieza terminada a las manivelas y varillas de conexión ya concluidas, las palmeaba como a niños obedientes, y se alejaba, dejando el resto del trabajo para otra oportunidad. Eliminó con una escofina la nariz de una de las estatuillas de arcilla seca, y le puso meticulosamente una nueva. Siempre estaba esa absorción en sus propios productos y, procesos, y el aire de absoluta gratificación en todo. Y había tiempo, parecía haber tiempo para todo, y lo habría siempre.

He aquí un hombre en retirada, pensó el muy sagaz psiquiatra, pero en una retirada jamás descrita por su ciencia, observa: ha reaccionado ante lo primitivo en términos de atender a sus necesidades con sus propias manos y con su propio ingenio, pero las necesidades mismas no son nada primitivas. Trabaja constantemente para obtener las comodidades a las que su historia lo condicionó en el pasado: luz eléctrica, ventilación, eliminación de excrementos. Demuestra una profunda humildad en el bajo sueldo que se paga a sí mismo por su labor: aparentemente está construyendo una rueda de alfarero para fabricar sus propios artefactos de cocina, y, como la madera es barata y la arcilla gratis, su cacharro sólo puede costarle menos que el aluminio fabricado en serie, por poco que valoremos sus propios esfuerzos.

Sus habilidades son inferiores a su energía (caviló el psiquiatra). Sus trabajos de carpintería, como sus pinturas y esculturas, revelan una inteligencia considerable, pero una práctica limitada, puede construir pero no embellecer, dibujar pero no bosquejar, y alcanzar lo artísticamente placentero sólo sin borrar la pincelada fortuita, el corte accidental; de modo que la verdadera creación es en sus trabajos, como en cualquier esfuerzo azaroso, rara e imprevisible. Por lo tanto su recompensa está en el área de la satisfacción, concluyó el psiquiatra, felicitándose por haber dado con un concepto general.

¿Satisfacción en qué? No en la posesión, pues ese hombre podría haber comprado más cosas por menos dinero. No en la excelencia misma, pues obviamente se conformaba con cosas imperfectas. ¿Liberación de la rutina, tal vez, de las imposiciones del trabajo? Difícil, pues en toda la complejidad de esa casa abarrotada había orden y sistema; la presencia de un reloj despertador era significativa en ese sentido. No estaba dominado por la regularidad: la utilizaba. ¿Y su satisfacción? ¡Pues debía residir en ese círculo cerrado de aislamiento, y en el hecho mismo de la no comunicación!

Retirada... retirada. Si te retiras a la vida salvaje no adaptas la ventilación ni preparas un desagüe gravitatorio de ciento cincuenta metros para el baño, si te retiras a la infancia no diseñas ni construyes una rueda de alfarero. Si te retiras de la gente no saludas a un extraño como...

Un momento.

Quizá un extraño que tuviera algo que comunicar, o un modo de comunicarse, no fuera tan bienvenido. Qué idea inquietante. Correr el riesgo de hacer algo que a MacLyle no le gustaba quizá fuera un poco menos egoísta de lo que parecía.

MacLyle se puso a cocinar.

Observándolo, el psiquiatra reflexionó repentinamente que este individuo apartado y mudo era feliz, según sus propias pautas; más aún, había cumplido con todas sus obligaciones y responsabilidades y no molestaba a nadie. Era intolerable.

Era intolerable porque vio la directiva principal de la psiquiatría, al menos de la escuela psiquiátrica a la que él pertenecía, y no pensaba complicarse la vida con teorías diferentes

y no comprobadas. *La función de la psiquiatría es adaptar al anormal a la sociedad, y restaurar o incrementar su utilidad en ella.* Rendirse, racionalizar la conducta de este hombre como equilibrio, sería huir de la ciencia misma; pues este tipo de psiquiatría encuentra sus enfoques más exitosos en el método científico, y es superfluo debatir si es una ciencia o no. Para su practicante lo es, y punto; tiene que serlo. Operativamente hablando, si se descubre que algo es verdad, aun estadísticamente, debe ser verdad, y todas las otras cosas, aun lo posible, deben volar de la caja de herramientas. Ninguna verdad conocida permitió a una entidad social apartarse de ese modo, y el muy sagaz psiquiatra, por lo pronto, no estaba dispuesto a dar su bendición a ese... suicidio.

Por lo tanto, debía encontrar un modo de comunicarse con MacLyle, y cuando lo hubiera encontrado debía comunicarle su error. Sin dejarse arrojar al precipicio.

Notó que MacLyle lo miraba con una expresión radiante. Le devolvió la sonrisa inadvertidamente, y obedeció al llamado de MacLyle. Bajó de la hamaca y se acercó al banco de trabajo, donde había un guiso humeante servido en cuencos de arcilla. Los cuencos estaban apoyados en platos grandes y rodeados por una guarda de tomates cortados en rodajas. Los saboreó. Obviamente estaban conservados en salmuera y habían sido salpicados con una pasta verde oscuro que, luego de un atento estudio de su olfato, él identificó como albahaca con ajo y sal. El efecto era sinfónico.

Imitó a MacLyle cuando él levantó su cuenco y salieron para sentarse a comer bajo el viejo abeto. Era un momento tranquilo y agradable, y el psiquiatra contó con una buena oportunidad para evaluar al hombre y planear su campaña. Ahora estaba seguro de cómo proceder, y sólo necesitaba una oportunidad, que se presentó cuando MacLyle se levantó, se estiró, sonrió y entró en la casa. El psiquiatra lo siguió hasta la puerta y vio cómo se tendía en la hamaca y se dormía casi enseguida.

El psiquiatra fue al auto y sacó su maletín de trucos. Y así fue cómo al atardecer, cuando MacLyle salió desperezándose y bostezando después de la siesta, encontró a su visitante bajo el abeto, alzando el oficleido y tocando las teclas con aire curioso y perplejo. MacLyle se le acercó y le quitó el oficleido con una simpática sonrisa de yo-te-muestro-cómo, se acomodó el monstruoso aparato, y la lengua por el interior de la boquilla, grande como una taza de café. No acababa de fruncir los labios ante el gusto extraño cuando los ojos se le pusieron blancos y se derrumbó como un paracaídas en el suelo. El psiquiatra se apoderó del oficleido justo a tiempo para evitar que la boquilla partiera los dientes frontales de MacLyle.

Apoyó el oficleido en el árbol y estiró las piernas y los brazos de MacLyle. Se concentró por un instante en el pulso, y le ladeó la cabeza para que la saliva no bajara por la garganta flácida, y luego fue a buscar su maletín de trucos. Volvió y se arrodilló, y MacLyle ni siquiera hizo una mueca cuando le inyectaron la hipodérmica: una cuidadosa mezcla de los tranquilizantes no soporíferos Frenquel ciorpromazina y reserpina, y una juiciosa dosis de escopolamina, un hipnótico.

El psiquiatra trajo agua y le limpió cuidadosamente la boca, pues no quería que el hombre se desmayara de nuevo la próxima vez que tragara. Luego no le quedó más que esperar, y planear.

Puntualmente, según el reloj de pulsera del psiquiatra, MacLyle gruñó y carraspeó. De inmediato el psiquiatra le dijo en una voz firme y baja que no se moviera. Y que no pensara. Permaneció fuera del alcance de los ojos turbios de MacLyle y le explicó que MacLyle debía confiar en él, pues estaba allí para ayudarlo, y no debía preocuparse por su confusión o desorientación.

—Usted no sabe quién es ni cómo llegó aquí —informó a MacLyle. También le dijo a MacLyle, que tenía más de cuarenta años, que tenía treinta y siete, pero sabía lo que hacía.

MacLyle obedeció, reflexionó y esperó más información. Sabía que debía confiar en esa voz, cuyo dueño estaba allí para ayudarlo; que tenía treinta y siete años; y su nombre. Se dejó sazonar en esos condimentos, drogas lo mantuvieron consciente, dócil, sumiso y bien dispuesto. El psiquiatra observó con exultación: Oh, azacacionol, canturreó para sí mismo, hermoso piperidil, bello hidrocloreto, sutil serpasil... Confiadamente, dejó a MacLyle y entró en la cabaña donde, después de rebuscar aquí y allá, encontró ropas decentes, medias y zapatos y los llevó afuera para vestir al paciente. Ayudó a MacLyle a cruzar el claro y a entrar en el auto, tarareaba mientras lo hacía, pues nadie es tan feliz como un experto resolviendo problemas de su especialidad. MacLyle se hundió en el asiento y echó una mirada inquisitivo a la cabaña y al destello de luz crepuscular en el vientre del oficleido; pero el psiquiatra le dijo firmemente que esas cosas no tenían nada que ver con él, nada en absoluto, y MacLyle sonrió aliviado y se dedicó a mirar el paisaje. Cuando pasaron por la tienda de ramos generales MacLyle se movió, pero no hizo comentarios. En cambio preguntó al psiquiatra si la estación Ardsmere ya estaba abierta, ante lo cual el psiquiatra apenas pudo ahogar el impulso de ronronear como un gato: la estación Ardsmere, dos paradas antes del pueblo suburbano de MacLyle, se había incendiado y reconstruido casi seis años atrás; de modo que ahora tenía la certeza de que MacLyle vivía en un tiempo que precedía a sus dificultades, un tiempo en el cual, desde luego, MacLyle podía hablar. El psiquiatra no mencionó nada de esto, y respondió gravemente que sí, que la estación Ardsmere estaba de nuevo en funcionamiento. ¿Tenía alguna otra cosa en mente?

MacLyle reflexionó con detención, pero como todas las preguntas inmediatas estaban respondidas —sabía con certeza que estaba seguro en manos de ese hombre, quienquiera fuese; sabía (pensaba) su edad correcta, y que era natural que estuviera desorientado; además se le había ordenado no pensar— meneó la cabeza y siguió observando el camino que corría bajo las ruedas. «Zona de la roca caída», murmuró cuando pasaron ante un letrero. El psiquiatra manejó contento montaña abajo y por la llanura, volviendo a la ciudad donde había alquilado el auto. Lo dejó en la estación de ferrocarril («Cruce ferroviario», murmuró MacLyle) y reservó un compartimiento en el tren, pues el avión era demasiado expuesto y público para sus propósitos y demasiado rápido para la gradación horaria que de pronto decidió aplicar.

Tuvieron tiempo para una cena silenciosa y cordial antes de la partida del tren, y luego al fin lo abordaron.

El psiquiatra apagó todas las luces salvo una lámpara de lectura y se inclinó hacia adelante. Los ojos de MacLyle se dilataron en seguida ante la luz más pálida, y el psiquiatra se reclinó cómodamente y le preguntó cómo se sentía. Se sentía bien y eso dijo. El psiquiatra le preguntó qué edad tenía y MacLyle le dijo treinta y siete, aunque titubeó.

Sabiendo que la escopolamina se estaba agotando pero las otras drogas, los tranquilizantes, conservarían su efecto por un rato, el psiquiatra inhaló profundamente y eliminó la sugestión: reveló a MacLyle su verdadera edad, y lo devolvió al aquí y ahora. MacLyle pareció azorado unos minutos y luego adoptó una expresión que suele describirse como no desdichada. —Camarero— fue todo lo que dijo, mirando el botón de llamada, y anunció que ahora podía leer.

El psiquiatra cabeceó sabiamente y no hizo ningún comentario, muy dispuesto a que un paciente se cocinara en su propia salsa mientras pudiera.

MacLyle de pronto quiso saber por qué había perdido la capacidad de leer y escribir. El psiquiatra enarcó las cejas, sonrió como diciendo «¿A usted qué le parece?», se levantó y sugirió consultarlo con la almohada. Llamó al camarero para que hiciera las camas y de pronto se le ocurrió pedirle los diarios de la tarde. Nada orienta mejor a un exiliado cultural que los diarios de la tarde. El hombre los trajo, pero MacLyle no le prestó atención. Se puso pensativamente un pijama que le prestó el psiquiatra y se acostó.

El psiquiatra no supo si MacLyle lo había despertado a propósito o porque el tren había reducido la velocidad, pero lo cierto es que despertó a las tres de la mañana para encontrar a MacLyle de pie junto a su cucheta, mirándolo fijamente. También notó que la lámpara de lectura de MacLyle estaba encendida y los diarios estaban desparramados en el suelo.

—Usted es una especie de médico —dijo MacLyle con voz chata.

El psiquiatra admitió que sí.

—Bien —dijo MacLyle—, quizá tenga algún sentido para usted. Vine a esquiar aquí hace años, cuando era estudiante. Accidente. Un amigo mío se quebró una pierna.

Lo puse tan cómodo como pude y fui en busca de ayuda. Regresé, había caído montaña abajo, golpeándose más. Una grieta, cayó al fondo; tardaron dos días en encontrarlo, tres en sacarlo. Congelamiento. Gangrena.

El psiquiatra puso cara de entender.

—Lo que siempre recuerdo —dijo MacLyle— es cómo se quitaba las vendas para mirarse la pierna. Sabía que la había perdido, pero no podía contenerse y se miraba la hinchazón. No le gustaba, *tenía* que hacerlo. Traté de impedirselo, al fin tuve que atarlo para, que no se lastimara. Cada diez, quince minutos en todo el viaje de vuelta al refugio, quince horas, mirando abajo de las vendas.

El psiquiatra trató de pensar una respuesta y no encontró ninguna.

—Ese Donne —dijo MacLyle—, ese John Donne que yo solía citar. Siempre creí en eso.

El psiquiatra empezó a citar erróneamente, no mandes preguntar por quién doblan...

—Sí, eso, pero especialmente *la muerte de cualquier hombre me disminuye, porque formo parte de la humanidad*. Yo creía en eso —repitió MacLyle—. Creía más que eso. No sólo la muerte. La estupidez me disminuye porque formo parte de ella. La gente que constantemente atropella a la gente me disminuye. Que todos quieran ganar dinero fácil me disminuye. —Recogió una hoja de diario y la soltó; la hoja voló hacia el rincón del compartimiento como una polilla gigante— Me estaba muriendo de disminución y tenía que observar lo que me pasaba, como ese muchacho con gangrena. Esa fue la causa. —El tren, que ahora se arrastraba frenó con un sacudón. MacLyle miró hacia la ventanilla, donde varios letreros de neón y un semáforo quedaron torpemente enmarcados. MacLyle se acercó al psiquiatra—. Tenía que desligarme de la humanidad antes que mi disminución fuera total, todo lo que hacía la humanidad era culpa mía. Lo conseguí, y ahora estoy aquí, nuevamente formando parte de ella —MacLyle echó a andar abruptamente hacia la puerta—. Por lo cual le doy las gracias.

El psiquiatra le preguntó qué iba a hacer.

—¿Hacer? —preguntó alegremente MacLyle—. Pues bien, iré a desquitarme disminuyendo a la humanidad. —Salió al corredor y cerró la puerta aun antes que el psiquiatra atinara a sentarse. La abrió de nuevo y asomó la cabeza. Dijo en la voz más cuerda que se pueda imaginar—. No se preocupe, doctor, ésta es sólo la opinión de un hombre.— Y se fue. Mató a cuatro personas antes de que lo atraparan.

Leslie Frances Stone - LOS CACHORROS HUMANOS DE MARTE

1

Durante toda la mañana la niebla había cubierto Washington y a mediodía, cuando se disipó, la ciudad pudo ver la extraña máquina que flotaba a pocos cientos de metros en el aire, sobre el Monumento a Washington. Nunca se había visto nave más extraña. De color dorado, parecía una inmensa quesera redonda o un tambor, aunque de tamaño monstruoso, de varios kilómetros de diámetro. El presidente la vio desde la galería de la Casa Blanca. La gente se arremolinó en las ventanas de las oficinas y en las calles. La vieron incluso en Chevy Chase, y las amas de casa salieron a la calle y la contemplaron asombradas y aterrorizadas. Luego, al comprender que el visitante se disponía a aterrizar, dirigiéndose hacia el campo municipal de golf en Haines Point, en el Parque del Bajo Potomac, se desató una excitación delirante. Algunos automovilistas quisieron huir de la ciudad y se dirigieron al norte o cruzaron el río hasta la frontera de Virginia, aunque la mayoría siguió a la nave-tambor, acercándose a Point y dando mucho quehacer a la fuerza policial apresuradamente reforzada.

La Casa Blanca lanzó órdenes. Se ordenó al jefe de policía que desplegara sus fuerzas en los campos de golf; todas las bases militares cercanas a la ciudad fueron puestas en estado de alarma; se ordenó que despegaran aviones desde Bolling Field y las bases navales. Nadie conocía la procedencia de la nave dorada. ¿Venía en misión de paz o de guerra? ¿Había llegado de otro continente?

Ahora descendía, se posaba lentamente sobre el campo. Una abertura circular en el costado dejó ver su brillante interior, dorado como el exterior. Pero los espectadores gritaron cuando los seres del interior salieron a la luz del Sol. Los que se habían agolpado junto al cordón policial intentaron retroceder, contenidos por los que estaban detrás, que también gritaban y pugnaban por alejarse.

Al principio nadie daba crédito a sus ojos. Un intrépido locutor de radio describía, provisto de un micrófono portátil, los horrores que salían de la nave. Eran seis, de doce metros de altura. Al principio los llamó octópodos, pero a la segunda ojeada descubrió que tenían diez tentáculos y no ocho, sustentando un cuerpo amorfo semejante a un saco terminado en una cabeza blanda y redonda de la que salían los tentáculos. Dicha cabeza presentaba una boca redonda y gomosa desprovista de dientes y tres ojos fijos sin párpados. Cinco de los tentáculos tenían extremidades grandes y macizas, modo de pies, mientras las cinco restantes, que recogían junto a los cuerpos lampiños, semejaban anémonas y terminaban en pequeñas manos de diez dedos, con dos pulgares.

El color de aquellos seres era un negro mate recubierto de una capa dorada que atraía y reflejaba la luz. A diferencia de los verdaderos octópodos, sus tentáculos no tenían ventosas sino que eran lisos. El nombre de decápodos los describía bien, y el locutor corrigió su primera descripción empleando en adelante dicha palabra.

Después de descender de la nave, los horribles visitantes se detuvieron para contemplar a la multitud asustada, moviendo sus ojos sin párpados en todas direcciones, sin hacer ningún movimiento hostil contra la muchedumbre. Emitían silbidos agudos, semejantes a gorjeos de pájaros. En aquel momento descubrieron el Canal Washington, que lanzaba destellos al Sol entre Point y los muelles de la ciudad.

Las seis bestias avanzaron simultáneamente hacia el agua y la gente se apiñó a su paso. El general Tasse, jefe de policía, ordenó que sus hombres acordonaran el camino, pero no fue necesario, pues los monstruos se limitaron a pasar sobre la multitud teniendo buen cuidado de no pisar a nadie y se abrieron paso hasta el agua.

Vieron que una de las bestias alargaba un «brazo» para sumergirlo en el agua y luego, con un ruidoso chapuzón, se metía en el Canal. Las demás la siguieron. Allí jugaron como escolares, y sus juegos a lo Gargantúa levantaron grandes oleadas que rompieron contra los muelles, meciendo a los yates anclados y echando a pique algunos botes de pequeño tamaño. Luego salieron a los muelles para hacer un pacífico paseo por la ciudad, sin causar más daño sino birlar algunos carros de fruta en la Avenida y asustar terriblemente a los automovilistas.

Una Washington perpleja les dejó pasar mientras los científicos del Smithsonian corrían al centro de la ciudad, esperando comunicarse con ellos, averiguar de dónde venían, estudiar su ciencia; pero los monstruos, que hablaban entre sí en agudos tonos aflautados, no dieron a los científicos tiempo de alcanzarlos. De un brinco superaban todos los obstáculos que aparecían en su camino. De momento parecía imposible capturarlos, pero como por lo visto estaban desarmados y sus intenciones parecían pacíficas, no se hizo nada, aunque la policía se las veía y deseaba para arreglar los colapsos de la circulación que habían provocado en todas partes.

El general Tasse, de acuerdo con las órdenes recibidas, quiso asignarles una escolta de motociclistas para despejar el camino, pero las bestias no tuvieron en cuenta este honor, como tampoco parecían reparar en las demás cosas que les ofrecían sus desconcertados anfitriones. Daban esquinazo a la escolta cuando les llamaba la atención algo en otra calle y dejaban que los policías los alcanzaran como pudieran.

Esto continuó durante varias horas, durante las cuales los ingenieros de la Oficina de Normas trataron de estudiar la nave vacía, trasladándose a Point en autogiros. Pero, lo mismo que los decápodos habían desafiado el saber de los biólogos, los motores de su nave desafiaron el de los ingenieros. Jamás se había visto máquina semejante, que en nada se parecía a las de la Tierra.

Por ejemplo, descubrieron un aparato de seis lados, cada uno de los cuales no era sino un mosaico de pentágonos. Otra tenía ocho, una tercera era un mosaico de triángulos y todas sus piezas tenían esa forma. Eran de color dorado como la nave misma y transparentes. Al entrar en la nave cilíndrica los ingenieros tuvieron la sorpresa de comprobar que, si bien desde afuera no se veía el interior, desde dentro en cambio divisaban perfectamente todo lo de fuera. En resumen, la nave era un enigma fascinante.

El paseo de los decápodos duró más de tres horas, aunque, en realidad, no se alejaron demasiado. Se limitaron a recorrer la zona comercial y algunos de los edificios monumentales, moviéndose en círculo. Ahora parecían inquietos, deseosos de regresar a su nave y, volviendo sobre sus pasos, se encaminaron al monumento a Washington. Al llegar al pie de éste, uno de ellos comenzó a escalar el obelisco... por fuera.

Pocos minutos después bajó y se reunió con sus compañeros. Había localizado el emplazamiento de la nave y, guiados por él, sus cinco compañeros regresaron al campo municipal de golf, cruzando el terraplén del ferrocarril.

Es posible que la captura de ejemplares con vida de este mundo se les ocurriera como algo secundario. De improviso, una niña corrió espantada delante de ellos para reunirse con su madre. La multitud de espectadores que se había agolpado en el campo de golf prorrumpió en un grito, pues la niña no consiguió llegar hasta su madre, ¡Fue alzada por el aire, envuelta en el tentáculo del decápodo jefe!

Con la intención de salvar a la niña, el oficial McCarthy espoleó a su caballo Prince. Al momento, también él fue elevado como la niña, con caballo y todo. Pudo escapar, pero su primera reacción fue agarrarse a las crines del caballo, que coceaba, y cuando pudo erguirse en la silla estaba demasiado alto y no se atrevió a saltar...

Los ingenieros de la Oficina de Normas aún estaban sondeando los secretos de la nave, cuando descubrieron que se acercaban los monstruos. Salieron corriendo en desbandada para regresar a los autogiros. Todos menos Brett Rand y su compinche George Worth. En sus veintisiete años de vida, Brett nunca había encontrado una máquina cuyo funcionamiento no lograra desentrañar en menos de una hora. Decían de él que había echado dientes con una llave Stilson, y era verdad que cuando los demás niños rompían juguetes él ya montaba pequeños motores y los hacía «andar». Su trabajo no hacía sino empezar cuando otros ya se daban por vencidos.

Si hubiera encontrado algún cable o conductor, lo habría seguido hasta la alimentación, pero en aquellas máquinas de múltiples facetas de metal dorado y transparente no veía ningún componente conocido. De algún modo logró quitar la tapadera de una extraña máquina plana y tanteaba con destornillador experto la extraña disposición de sus piezas aunque, a decir verdad, no había ningún tornillo que pudiera ser atacado por su herramienta.

George tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para apartarlo de la máquina y hacer entrar en su mente tozuda que los decápodos estaban regresando a la nave. A Brett no le gustaba ser molestado; por eso George recibió un buen codazo en el pecho y cayó redondo. Pero se puso en pie y logró arrastrar a Brett hacia la puerta. Era demasiado tarde.

Los decápodos estaban allí, y uno de ellos entraba en la nave. No volvían con los tentáculos vacíos. Uno llevaba un caballo que daba coces y a cuya silla torcida se aferraba un guardia; otro tenía una niña como de seis años, que a su vez abrazaba contra su pecho una gatita que maullaba. Un negro de rostro ceniciento había sido atrapado por otro tentáculo, mientras que del cuarto era prisionera una matrona beligerante y rubicunda, muy almidonada y ataviada con un feo sombrero marinero, que aporreaba al monstruo con su paraguas. Las demás bestias que seguían a la primera también traían cautivos: mujeres, hombres, jóvenes, blancos y negros, sin distinción. Incluso habían capturado un fox-terrier de pelo duro.

Acorralados, los dos jóvenes no supieron qué hacer. A su espalda se hallaba la sala de motores, una gran cámara circular emplazada en el centro de la nave, adonde se llegaba por un pasillo. La rodeaban media docena de salas en forma de cuña, que formaban el contorno de la nave. Batiéndose en retirada ante los monstruos, pasaron a la sala central y luego corrieron hacia una de las cámaras más pequeñas, que estaba vacía, a excepción de unas cintas metálicas que colgaban del techo y un ancho colchón circular puesto en el suelo.

Fuera retumbaban armas de fuego; la policía y los soldados trataban de rescatar a los prisioneros y disparaban a los pies de los decápodos. Pero *las balas rebotaban en su carne sin hacerles el menor daño*. Los aviones sobrevolaban la nave disparando también contra ella, pero sin resultado alguno. ¡Los proyectiles *simplemente rebotaban!*

A través de la pared de su escondite, Brett y George vieron que los monstruos encerraban a los prisioneros en otra cámara y se volvían hacia sus máquinas. Cambiaron algunos gorjeos cuando descubrieron la tapadera levantada de la máquina donde Brett había hurgado.

Una de las bestias se volvió y descubrió a los culpables. En seguida avanzó hacia ellos.

Brett aún tenía el destornillador. No podía considerarlo un arma eficaz pero, cuando lo lanzó contra los decápodos, fue la reacción natural de un hombre acorralado. Pero el proyectil no alcanzó el ojo adonde había apuntado Brett, pues un tentáculo lo atrapó en plena trayectoria, sin que la bestia interrumpiera su avance.

—¡Cuidado! —gritó George—. Va a atacarnos con gas. ¡Cúbrete la cara...!

Pero no tenían defensa contra el vapor anaranjado que súbitamente emitió la boca de aquel ser. La sala quedó saturada y los dos hombres cayeron desvanecidos...

Al volver en sí les pareció que vivían una pesadilla. Despertando del coma artificial producido por el gas, Brett oyó una terrible detonación, luego retorció su estómago una horrible náusea... y volvió a sumirse en la inconsciencia.

Despertó con una sensación de aturdimiento, acompañada de terrible dolor de cabeza y fuertes náuseas. A su alrededor reinaba la oscuridad, una oscuridad negra y aterciopelada en la que brillaban grandes estrellas a diferentes distancias. Creyó escuchar gruñidos y gemidos a su alrededor, pero no pudo orientarse y cayó de nuevo en un sopor intermitente. Luego pudo recordar que durante las horas siguientes fue alimentado, aunque sólo con pensar en la comida se le revolvía el estómago. Pero no tuvo fuerzas para rechazar los cuidados de alguien que se inclinaba sobre él con una gran cuchara que semejaba una pala, viéndose obligado a ingerir la comida; cosa extraña, el primer bocado alivió su malestar. Aquel alimento desconocido fue a la vez comida y bebida que apagó su sed y alivió su estómago.

Luego, después de un tiempo que no pudo precisar, la vibración del motor que había percibido a través de su sueño cesó y, en compañía de sus compañeros cautivos, fue obligado a salir de la nave. Ya despejado, entró en un extraño edificio donde monstruos iguales a los que le habían capturado lo cachearon, inspeccionaron y pincharon. Le parecía seguir oyendo los gritos de los tres que murieron bajo el escalpelo, ya que fueron sometidos a vivisección por sus inhumanos raptos.

De allí fueron trasladados a un inmenso salón donde se celebraba una junta de miles de decápodos, Estaba presidida por un estrado ancho, de tres metros de altura, frente al cual fueron llevados los cautivos.

Brett descubrió que estaba sano y salvo y se apoyó sobre un codo para mirar a su alrededor. La cámara tenía unos mil metros de diámetro, era oblonga y en ambos extremos había dos grandes puertas por donde entraban los decápodos negros. Una vez más se estremeció al verlos y luego volvió la mirada hacia sus compañeros, que también empezaban a contemplar lo que los rodeaba.

Reconoció a la matrona severamente vestida que había visto el día que fueron capturados. Aún llevaba su sombrero y el paraguas. En seguida la apodó la Matrona Militante, pues este mote le cuadraba muy bien. Cerca de ella estaba tendido un hombre maduro, de tez purpúrea y porte muy pulcro y abotonado, que incluso en aquellas circunstancias lograba mantener su pomposidad. El «Senador» parecía título adecuado para él. Una mujer de color se hallaba a poca distancia, gimiendo y suspirando mientras alzaba los ojos al cielo y murmuraba algo acerca del «juicio de Dios». A su lado aparecía un negro en ropa azul de trabajo, al que le castañeteaban los dientes.

Había otras personas: un hombre pálido de edad indefinible, que parecía un dependiente de mercería; una joven bajita, con aspecto de ama de casa y el terror pintado en el rostro; una solterona alta, delgada y seca; un joven no demasiado bien vestido, de mirada huidiza que saltaba de un lado a otro y no perdía detalle. También estaba la niña de la gatita, a la que todavía sujetaba con fuerza entre sus brazos, que miraba con ojos desorbitados. Un niño poco mayor que ella, echado en el suelo, sollozaba desesperado. No lejos de allí estaba una muchacha de diecisiete años con tacones muy altos, un vestido de seda arrugado pero elegante, un minúsculo sombrero flexible y, abrazado contra el pecho, un bolso excesivamente grande.

Había más personas, pero la inspección de Brett terminó súbitamente pues, al volverse, se halló mirando el par de ojos más azules y fríos que hubiera visto en su vida. Ella nunca habría ganado un concurso de belleza, pues sus rasgos eran demasiado irregulares y su boca en exceso ancha, pero poseía ese algo que a menudo hace destacar de la mediocridad a la mujer de aspecto corriente, de piel clara, con una cabellera castaña enmarcando el

óvalo del rostro, su rasgo más destacado eran los brillantes e inteligentes ojos azules con su penetrante mirada.

—Parece..., parece que hemos llegado —murmuró la muchacha—. Por favor, ¿le molestaría pellizcarme para saber si estoy soñando o no?

Brett lanzó una ojeada a su alrededor.

—No creo que estemos soñando, aunque estos seres bien podrían salir de una pesadilla —señaló con un gesto a los monstruos que iban llenando el amplio recinto y formando en grandes círculos a medida que cada uno hallaba su lugar entre los compañeros.

—¡A mí que me pareció una gran idea preparar una disertación sobre ellos para la clase de biología! Estudio en la Universidad George Washington; es decir..., estudiaba... —se puso a comentar la muchacha.

—Y yo... —Brett comprendió de súbito que, a no ser por su ciego interés hacia las malditas máquinas, George y él no estarían allí. Se sintió culpable y buscó a George con la mirada. Precisamente se acercaba llevando en brazos al niño de ocho años.

—¿A alguien le molestaría cuidar a este niño? Lloro porque echa en falta a su madre...

La muchacha de ojos azules tomó al chiquillo de los brazos de George.

—Quiero irme a casa. Quiero que venga mi mamá —gimoteó.

Al oír esto, la niña de la gatita levantó la mirada y se acercó a ellos.

—Todo está bien —le dijo al niño—. Sólo es otra de mis pesadillas. Tengo muchísimas, pero siempre me despierto en mi camita, en casa.

Y como si esto solucionara la cuestión, atendió de nuevo a su gata, que maullaba. El niño miró a su interlocutora, protestó y luego cerró los ojos sin decir palabra. Brett y la muchacha cambiaron una mirada.

Pero ya no se podía conversar; el salón estaba lleno. Cientos y cientos de decápodos se habían sentado en apretadas hileras. De pronto, como a una señal, todos se levantaron y se volvieron hacia una de las entradas, por donde entraba un monstruo inmenso, tres metros más alto que sus congéneres.

—Debe ser el mandamás —murmuró George—. Además, trae séquito. Mire.

La pesada criatura avanzaba por entre sus súbditos, que le cedían paso, rodeada por diez seres de menor tamaño, incluso más pequeños que la mayoría de los decápodos. Al llegar al estrado el mandamás, como George lo había llamado, se encaramó sobre la plataforma, reclinándose a medias, mientras sus diez seguidores trazaban un círculo a su alrededor en posición de firmes. Un gran clamor surgió de las gargantas de sus súbditos y todas las bestias desplegaron y elevaron sus cinco brazos. No los dejaron caer hasta el término de la salutación.

Los cautivos se apiñaron nerviosamente. La moza negra se puso a rezar con voz aguda e histérica, una mujer sollozó y Brett oyó que el «Senador» declaraba:

—Van a enterarse de que no pueden tratar así a un ciudadano de los Estados Unidos...

Seis decápodos avanzaron hasta detenerse al lado del círculo que rodeaba el estrado. Uno de ellos comenzó a hablar en tonos agudos y aflautados, dirigiéndose al ser gigante del estrado. Peroró durante cerca de veinte minutos y, cuando terminó, otro ocupó su lugar.

—Parece una prueba de resistencia —le susurró Brett a George una hora después, cuando el tercer decápodo dio comienzo a su discurso.

—Me parece que esos seis monstruos son los que nos trajeron aquí. Están dando cuenta de su expedición...

—Sí, pero nuestros raptos tenían un matiz dorado. Éstos son del todo negros... ¡Pero claro, George! ¡Llevaban armadura! Por eso no hicieron mella en ellos nuestras balas.

—En efecto..., ese dorado transparente...

—¿Tienes idea de dónde estamos?

—Ninguna, pero estoy seguro de que esto no es la Tierra. ¿Has notado lo ligero que se siente uno? ¿No te parece como si te hubieras quitado algunos kilos de encima? Aquí hay algo distinto. ¿Has observado que todos respiramos mucho más rápido? Sea cual fuere este mundo, es mas pequeño que la Tierra. ¡Cuando pienso que yo te metí en esto!

—¡Ah! No empieces con eso, muchacho. Quizá no sea tan grave como parece. Mira, el último animal está largando su discurso. Tal vez ahora averigüemos dónde nos hallamos...

Brett levantó la mirada y vio que el sexto decápodo pronunciaba su discurso, pero no estaba preparado para lo que ocurrió después: ¡un largo tentáculo se abatió sobre los cautivos y cogió a la niña de seis años con la gatita! Unas manos le retuvieron por ambos lados cuando hizo ademán de adelantarse para defender a la niña. Eran George y la muchacha de ojos azules.

—Espera..., quizá no le hagan daño. La están exhibiendo ante su jefe.

Brett se tranquilizó al ver que no le hacían daño a la niña. La dejaron de pie sobre el estrado, ante el inmenso monstruo sentado. Le devolvió tranquilamente la mirada, pero lanzó un grito cuando el mismo tentáculo le quitó la gatita de los brazos. No obstante, fue sólo para presentársela al jefe, pues luego la devolvió a su propietaria. La niña fue colocada de nuevo en el suelo y a continuación les tocó al policía McCarthy y a su caballo el turno de ser trasladados a la plataforma.

McCarthy estaba tratando de serenar al animal con una mano sobre su hocico, pues la bestia estaba espantada y temblaba. Lanzó un agudo relincho cuando el largo brazo lo tocó, McCarthy fue izado sobre la silla de montar, sin reparar en que lo colocaron del revés; sólo agarrándose desesperadamente a la silla logró mantenerse allí mientras él y el caballo viajaban a través del aire.

Mientras el caballo coceaba, el guardia se sentó correctamente en la silla, exhibiendo así un considerable dominio de la equitación. Pero apenas había tranquilizado al caballo, el mismo tentáculo que lo había sentado en la silla lo sacó de allí. No había terminado de ponerse en pie, cuando lo colocaron de nuevo en la silla de montar. Esta maniobra se repitió varias veces para entretener al capitoste, que reía con su voz aguda y chillona ante tal fenómeno. Al parecer, el decápodo no lograba comprender por qué se separaban el caballo y el hombre. También se alzó murmullo entre las filas de la asamblea.

Cuando la pareja regresó a su lugar, le tocó el turno a la Militante. Ésta se puso roja como una remolacha, y cuando estuvo ante el jefe le manifestó sin rodeos lo que opinaba de aquellos modales y le explicó que ella era Hija de la Revolución Americana y por consiguiente exigía ser devuelta inmediatamente a su hogar de Virginia.

Para el caso que los monstruos le prestaron, fue como hablar con la pared. Uno de los negros fue colocado a su lado y, por la actitud del orador, los humanos comprendieron que el decápodo le hacía observar a su rey la diferencia de color entre ambos.

Así fueron izados a la plataforma todos los cautivos, para ser contemplados y luego devueltos a su lugar. Brett pensó con asco, en el contacto del tentáculo, pero cuando le llegó el turno descubrió que venía a ser como cuero viejo y muy gastado, y que su temperatura era ligeramente inferior a la humana.

La inspección concluyó y el jefe se dirigió a la asamblea y a los seis intrépidos exploradores. Luego pareció dar una orden. Seis tentáculos se movieron entre los cautivos y seis de éstos fueron tomados al azar. Luego los diez individuos del séquito eligieron a quien prefirieron, levantándolos del suelo. Otros dos decápodos fueron llamados del círculo interior que rodeaba el estrado para hacerse cargo de los dos cautivos que quedaban, y la asamblea tocó a su fin.

El rey descendió de la plataforma y salió de la cámara seguido de un secuaz que llevaba en vilo a McCarthy y su caballo; luego le siguieron los demás con sus cargas.

Al salir Brett descubrió que se hallaban en una gran plaza cubierta de arena roja, en cuyo centro había un lago artificial alimentado por un canal procedente de un «soto» de torres que rodeaba la plaza por todos lados. En lo alto se veía un sol rojizo flotando en un cielo color cobre.

Casi todas las torres eran uniformes en tamaño y altura; algunas tenían quince metros de diámetro, se alzaban cerca de ciento veinte metros en el aire y eran del mismo metal dorado que los decápodos parecían usar para todo. En la plaza, frente al gran edificio donde se hallaba el edificio de la asamblea había una segunda torre tan grande como éste, rompiendo la monotonía de la ciudad de los decápodos.

De súbito, Brett comprendió que los cautivos de la Tierra no iban a permanecer juntos, pues sus raptos tomaban distintas direcciones: algunos cruzaban la plaza, otros iban hacia el sur y otros hacia el norte. Asombrado, vio que el capitoste trepaba a la torre de donde acababan de salir... por fuera.

Una observación más detenida mostró que el monstruo trepaba por unas gruesas barras empotradas en la pared a intervalos de tres metros. Le seguía el individuo que transportaba a McCarthy y su caballo, sujetando a ambos con un tentáculo enroscado mientras empleaba los otros cuatro para subir por la original escalera.

En la pared del edificio vio aberturas redondas a intervalos de unos quince metros. En uno de estos huecos fueron entrados los cautivos. Su propia montura ya se alejaba de la torre en compañía de los dos que transportaban a la Matrona Militante y al negro alto de ropas azules que, según averiguaría más tarde, se llamaba Jeff.

Buscó a George con la mirada y descubrió que estaban cruzando la plaza. La muchacha de ojos azules ya había desaparecido, como la mayoría de los demás.

El captor de Brett se detuvo al pie de una torre no muy alejada del palacio donde habían desaparecido McCarthy y el rey, y comprendió que estaban a punto de trepar. El decápodo le tomó con más firmeza de la cintura y, aferrándose al peldaño más cercano, comenzó a subir, Brett tembló más de una vez al verse así colgado entre los cielos y la tierra, pero el monstruo le sujetaba bien y poco después entraban en la cámara más alta de la torre.

Esta correspondía a la forma del edificio: era circular, de unos quince metros de diámetro. Sus paredes eran transparentes lo mismo que los costados de la nave espacial. Excepto algunas tiras colgantes y un grueso colchón rojo en medio del piso, la sala estaba vacía. Le intrigaron aquellas tiras colgantes, pero pronto iba a saber su utilidad.

La bestia le dejó en el suelo liso y cruzó el recinto hasta una tira que colgaba a tres metros de altura, por la cual trepó. Para los decápodos, era como una silla. Cómodamente instalada, la extraña criatura le observó... como una araña observa a una mosca, pensó el hombre.

Se puso en pie despacio, sin apartar los ojos de la bestia. Una mirada de soslayo le indicó que él estaba más cerca de la puerta por donde habían entrado. ¿Podría llegar hasta ella antes que el monstruo? Dejó caer los hombros, abatido. No podría bajar por aquella escalera inhumana. Estaba realmente en una prisión situada a cien metros por encima del suelo. Resignado, esperó el siguiente movimiento de la bestia.

¡El monstruo extendía un largo tentáculo para cogerlo... y lo lanzó al otro lado del recinto!

Aturdido, se puso lentamente en pie preguntándose qué significaría aquel juego burlón, cuando descubrió que era arrastrado por el suelo hacia donde estaba la bestia, ¡No había terminado de ponerlo de pie, cuando lo lanzó de nuevo contra la pared más lejana! Agitó los puños ante el monstruo, encolerizado, preguntándose si pensaba romperle los huesos antes de comérselo, y furioso al encontrarse tan indefenso.

De nuevo lo atrajo hacia sí arrastrándolo por toda la habitación, para luego volver a arrojarlo lejos. Pero el cuarto lanzamiento le dejó caído, lastimado y débil, a punto de

desmayarse. Entonces comprendió a medias, dándose cuenta de que cada vez que el monstruo lo arrastraba, emitía un agudo silbido. Eso era lo que hacía también esta vez.

Se puso en pie para verificar su suposición. Esta vez el tentáculo no salió para traerlo mientras cojeaba hacia su amo... respondiendo a su silbido.

Comprendió. Le estaba enseñando el «¡ven aquí!», por el mismo procedimiento que él empleaba para enseñar a sus perros, aunque más brutalmente.

Se detuvo debajo de donde colgaba la bestia. Una minúscula mano bajó para palmearle la mejilla y luego, como para asegurarse de que había aprendido realmente la lección, volvió a lanzarlo... aunque con más suavidad. El hombre obedeció al silbido con más prontitud. Había aprendido.

La bestia bajó al suelo y luego se acercó al colchón, donde se sentó, tomando a Brett. Éste se halló tumbado en el suelo con el obsequio de suaves palmaditas y de un cacareo como el que emplea una gallina para indicar a sus polluelos que se coloquen bajo el ala.

Inmóvil, aguardó la próxima reacción del monstruo y volvió a oír el silbido agudo. Se levantó y, al acercarse a ella, recibió otra palmadita en la mejilla. Había aprendido el «échalo».

Esto fue repetido varias veces y luego, cuando se hubo convencido de que había aprendido las dos primeras lecciones, el decápodo pareció cansarse de él y lo dejó en paz. Pero Brett no quería que lo dejaran en paz. Decidió que había llegado el momento de hacerse comprender al monstruo que él también era una criatura pensante.

Registró sus bolsillos, contrariado al descubrir que no llevaba ningún lápiz. En realidad, sólo tenía un pañuelo, algunas monedas y billetes y un mechero descargado, recordó que aquel día memorable en que los decápodos invadieron Washington había despertado tarde y salió sin meterse en los bolsillos sus accesorios de costumbre. Ni siquiera tenía cigarrillos.

Pero no importaba. Lo intentaría por otro medio. Notó que el decápodo no le miraba, sino que contemplaba el sol rojo, que en aquel momento empezaba a ponerse detrás de las torres. Se acercó y tocó un tentáculo que estaba a su alcance para llamar la atención de la bestia.

Ésta volvió la cabeza lentamente para mirarle e incluso la inclinó mientras Brett hablaba, moviendo lentamente los labios para formar palabras que, como le constaba, no serían comprendidas. Recibió otra palmadita, pero después de esto la bestia mostró poco interés por su exhibición. Brett señaló el sol poniente y, agachándose hacia el suelo, trazó con el dedo un sol imaginario. Podía haberse ahorrado aquel esfuerzo. Al levantar de nuevo la mirada, descubrió que el monstruo se levantaba para dirigirse al umbral abierto.

Miró con desesperación mientras el monstruo se asomaba hacia fuera y comprendió que a los ojos del mismo él era un animal inferior y no había nada que hacer. Poseedores de una inteligencia, por completo diferente de la humana, los decápodos no concebían que un terráqueo pudiera ser una entidad pensante, sin duda el Hombre sólo era para ellos una nueva especie animal; la industria y los edificios humanos no atrajeron su atención más de lo que la vida comunitaria de las hormigas suele impresionar al hombre corriente... salvo un ligero asombro por la analogía de esa forma de vida con la suya.

Para ellos, el Hombre venía a ser como los animales que éste domestica. Probablemente la ciudad de Washington les pareció una formación de la Naturaleza, pues los edificios de la misma eran muy diferentes de sus torres.

Al ocurrírsele esto, Brett comprendió su situación y la de sus compañeros cautivos. Eran animales domésticos y nada más. Y no serían tenidos en más que los animales nativos de aquel planeta, a los cuales, como más tarde averiguaría, las bestias domaban por pasatiempo.

Era difícil de aceptar y pensó con dolor en la situación de sus compañeros, preguntándose cómo asimilarían tal descubrimiento. ¿Se someterían o intentarían luchar? Pensó en la muchacha de ojos azules y en George. ¿Comprenderían su nueva posición y sabrían adaptarse? Luego sonrió al pensar en la Matrona Militante y el pomposo Senador. Le habría gustado verlos durante el «adiestramiento».

3

Mientras reflexionaba, el hombre observó que la luz disminuía y empezaba a caer el crepúsculo, pintando el cielo de magníficos rojos, azules y verdes. Antes de que la cámara quedase a oscuras del todo, apareció un nuevo personaje.

Desde su puesto junto al umbral, el primer decápodo se puso a chirriar con fuerza, como excitado. Brett echó una ojeada a través de la pared transparente de la torre y descubrió que un segundo monstruo trepaba por ella. El cuarto se llenó en seguida de estridentes silbidos. Asombrado, vio que el recién llegado daba al otro una terrible tunda en el cuerpo y los miembros.

Retrocedió creyendo que se trataba de una pelea, pero la pareja se acomodó en la estera central, muy amigablemente. Vio que el recién llegado era más voluminoso que el primero, de tentáculos más macizos, de cuerpo más grueso y de color ébano, mientras la bestia más pequeña era casi de color chocolate. ¿Sería posible que fueran macho y hembra y aquello hubiera sido un prosaico regreso a casa?

En los días siguientes supo que así era. Todas las mañanas, el macho negro abandonaba la ciudad de las torres en una nave voladora, copia reducida de la que había trasladado a Brett y a sus compañeros hasta allí, y regresaba por las tardes al cuarto de la torre.

Después de los saludos, el decápodo más pequeño, a quien Brett llamaba Señora a falta de mejor nombre, lo arrastró para exhibirlo ante su amo. Por sus agudos silbidos, Brett adivinó que le narraba los sucesos del día y que el rey le había regalado aquel animal doméstico. El Señor no parecía muy contento con tal adición a su círculo familiar, y Brett supuso que Señora discutía con él su nueva adquisición. Poco después, ambos se echaron sobre la estera, dejando a Brett en el frío suelo.

El sueño no iba a venir pronto. En primer lugar, se sentía incómodamente helado y, con la puesta del sol, el cuarto se había enfriado mucho. Además, tenía hambre y no recordaba cuándo había comido por última vez; pero aquellas consideraciones no eran tan graves como la situación en la que se hallaba.

Comprendió que ya no estaba en la Tierra; esto era evidente al entender que en ningún punto de su planeta madre habrían logrado subsistir ni desarrollar tanto su ciencia aquellos monstruos. Podía descartar el satélite de la Tierra, la Luna, por carecer de atmósfera. Además, habría aparecido en el cielo la Tierra, Venus también quedaba descartado, pues allí los rayos solares serían más cálidos que en la Tierra. Quedaba Marte o alguna de las lunas de Júpiter... suponiendo que estuvieran dentro de los confines del sistema solar.

Al considerar la distancia entre el Sol y la estrella más cercana, aproximadamente treinta y ocho millones de kilómetros, le pareció que los decápodos no podían trasladarse tan lejos, a menos que sus máquinas recorrieran el espacio a mayor velocidad que la luz.

No; todo apuntaba directamente a Marte, el planeta rojo. El sol rojo y el cielo cobrizo, la gravedad ligeramente disminuida, la tenue atmósfera, enrarecida como el aire de alta montaña, parecían indicar que estaba en Marte.

Mientras, sentado en el suelo, miraba a través del techo transparente de la torre, tuvo pruebas categóricas de que estaba realmente en Marte. Vio una luna saliendo por el este, un pequeño globo extraordinariamente brillante, que bañaba de luz todo el paisaje y eclipsaba con su resplandor algunas estrellas. Pero eso no era todo. Luego apareció una

segunda luna; pero a diferencia de la primera salió *por el oeste*, por donde el sol acababa de ponerse; ¡y la primera luna había salido al otro lado!

El segundo satélite era aún más brillante que el primero, pero no acababan ahí sus singularidades. ¡No se comportaba como una luna que respetara a sí misma, sino que cruzaba el cielo a toda prisa, ocultando una estrella tras otra mientras corría rápidamente hacia su cénit, adonde según el reloj de pulsera de Brett llegaría antes de dos horas!

Aunque no era astrónomo, recordaba de sus estudios universitarios lo suficiente para comprender que los dos satélites eran ni más ni menos que las lunas gemelas de Marte: Phobos y Deimos, cuyo albedo se debía a su proximidad, puesto que Deimos sólo se hallaba a 18.000 kilómetros y Phobos a 3.255 kilómetros de la superficie marciana. Comprendió que la extraña carrera de Phobos se debía a que su período era de sólo unas 7 horas, mientras que el período de revolución de Deimos era de 30 horas; en consecuencia, Phobos completaba tres revoluciones por cada rotación de Marte, su movimiento aparente y el real eran el mismo, de modo que salía por el oeste y cruzaba el cielo hacia el este para ponerse, tardando sólo once horas en pasar de un meridiano a otro.

Nuestro hombre se alegró momentáneamente de su descubrimiento, pero el entusiasmo duró poco. Marte... situado a 73.500.000 kilómetros de la Tierra... setenta y tres millones quinientos mil kilómetros de Espacio vacío...

Se tumbó en una punta de la estera, temblando de frío con sus ropas de verano, y esperó la mañana a través de la prolongada vigilia de una noche que parecía interminable.

Hacia la mañana debió dormir, pero al salir el sol oyó que los monstruos se removían en su jergón. Allí no había abluciones matinales ni instalaciones sanitarias, aunque luego descubrió que los decápodos se lavaban fuera de casa. La hembra lo levantó del suelo, salió y empezó a bajar con él por la escalera de la torre, seguida por el macho. Era un éxodo general de todas las bestias, que salían de sus domicilios al mismo tiempo.

Los ojos inquisitivos de Brett divisaron a algunos de sus compañeros cautivos; el negro Jeff moraba en una torre frente a la suya, y cuando llegaron al suelo vio a la Matrona Militante que les precedía sobre el brazo de su achocolatada dueña. Notó que otras bestias poseían otros animales domésticos además de los humanos. Una acarrea un bicho de piel azul, pisciforme, con cabeza chata de lenguado y largas aletas. Otra transportaba un animal de ojos expresivos y cuerpo largo, semejante a un calamar.

Entonces pensó que la vida en aquel planeta debió salir del mar.

El lugar donde vivían probablemente era el lecho de un mar seco hacía mucho. Descubrió que se encaminaban al lago central de la gran plaza. A medida que llegaban, los decápodos se zambullían, nadando y chapoteando veleidosamente. Al llegar a la orilla el «ama» de Brett se zambulló, arrastrándole con ella, sin tener en cuenta que iba vestido y que el agua estaba helada. Sus ropas se empaparon en seguida, y se hundió. Su dueña creyó que no sabía nadar y lo sostuvo con un tentáculo para que no se hundiera. Poco después, Brett estaba morado y temblaba.

Mientras salían del agua, la pareja de decápodos contempló su estado. Creyendo ayudarle, el decápodo lo echó sobre la arena. Brett se quitó rápidamente la ropa y la retorció para escurrir el agua. Al parecer, su acción desconcertó a los monstruos: les pareció que se arrancaba la piel, a medida que él dejaba las prendas ellos las recogían para estudiarlas, entre animados silbidos.

Se volvió hacia el sol, pero sus pálidos rayos le indicaron que su ropa tardaría horas en secarse. Melancólicamente, se puso la camisa y luego los pantalones, húmedos y pegajosos, haciendo un lío con la ropa interior mientras metía los calcetines en los zapatos, para impedir que la piel encogiera, y se los colgaba del cuello por los cordones.

Señor habló impacientemente con Señora y Brett fue levantado una vez más. Descubrió que se dirigían al gran edificio de la plaza que estaba enfrente del Palacio Real. Entraron

en el primer nivel, ya lleno de decápodos que desayunaban de pie ante un largo mostrador de seis metros de altura que rodeaba el recinto, tras el cual un grupo de aquellos seres servía comida en grandes cuencos.

Colocado sobre el mostrador entre su ama y su amo, Brett contempló la comida, una papilla espesa que exhalaba un leve olor a pescado. Con grandes palas varias veces más grandes que una cuchara humana, la pareja de decápodos se dispuso a devorar los cinco kilos de alimento que contenía cada uno de sus platos, sin ofrecer nada al hombre. Los miró hambriento mientras comían. Aunque la pitanza no tenía un aspecto muy apetitoso, seguramente era mejor que nada. Su estómago reclamaba alimento.

Luego, cuando ya desesperaba y había llegado a la conclusión de que no sería alimentado, vio que Señora soltaba su pala. Tomando a Brett lo empujó hacia el plato, donde quedaba una buena cantidad de alimento. Comprendió. ¡Le tocaba comer las sobras!

Su amor propio humano quiso sublevarse, pero el hambre venció a la repugnancia. Cogió la pala y logró llevársela hasta la boca. Reconoció el alimento que le habían dado a bordo de la nave, y que calmó tanto su hambre como su sed.

Vio en el mostrador a otros de su especie aprovechando la comida, mientras un grupo de animales nativos de aquel mundo desconocido tomaban también su desayuno. Allí estaba la Matrona Militante. La rodeaba un gran charco de agua que goteaba de sus ropas; el sombrero caía flácido sobre su rostro, pero de algún modo conservaba parte de su dignidad mientras comía del cuenco con una cuchara de tamaño normal. Brett pensó que era exactamente la clase de persona capaz de llevar consigo semejante utensilio.

Después del desayuno, el programa consistía en despedir a Señor. En un gran espacio al aire libre adyacente a la plaza había un campo de aterrizaje, donde esperaban muchas naves como la que los había trasladado desde la Tierra, aunque más pequeñas, con capacidad para contener cómodamente a dos decápodos. La Señora estuvo allí con Brett hasta que despegó la nave de su esposo. No tenía hélices ni alas, sino que se elevó verticalmente sin medios visibles de propulsión. Brett habría dado lo poco que poseía por averiguar cual era el principio motor.

Todas las naves se alejaron de la ciudad en la misma dirección. Luego Señora regresó a la orilla del lago, donde docenas de decápodos se reunieron con ella, Brett se alegró de ver a algunos de sus compañeros.

Después de exhibirlo ante un grupo de sus «amigas», la criatura colocó a Brett en la arena y lo vigiló para que no escapara. Pero de momento sólo le interesaba reunirse con sus compañeros cautivos, para que le contaran cómo les había ido. Tuvo una gran alegría cuando George se acercó corriendo.

4

Todos habían vivido la misma experiencia.

—Nos tratan como si fuéramos perros —declaró George disgustado—, como si no tuviéramos la más mínima inteligencia. ¡Y ese baño! ¡Uf! Todavía estoy medio congelado.

Cerca de allí, la Matrona Militante hablaba con el hombrecito pomposo a quien Brett apodaba el Senador. La mujer se mostraba indignada por el trato que le infligían sus raptores. Con voz meticulosa, decía lo que pensaba de aquellos seres incapaces de comprender sus auténticos valores, y se quejaba de la indigestión producida por su comida artificial así como de su estado deplorable después de la mojadura forzada. El Senador carraspeó varias veces, tratando de meter baza.

Agazapados en la arena a poca distancia, se hallaban los tres negros: Jeff, la mujer Mattie y el tercero, mulato, cuyo elegante traje de moda ahora estaba arrugado por el agua. La mujer lamentaba el «castigo del Señor». Junto al lago, observando tímidamente a los

demás, se hallaba la solterona, a cuyo brazo se aferraba la estudiante de tacones absurdamente altos. Había intentado mostrarse presentable a pesar del estado de sus ropas. En las mejillas y labios llevaba carmín recién aplicado que sólo contribuía a resaltar la palidez de su rostro.

Tres hombres, un anciano corpulento que tal vez era un hombre de negocios, el indescrutable tendero y el sujeto de los ojos inquisitivos, discutían en corro y en voz baja la situación, mirando de vez en cuando a las decápodos que estaban de pie o sentadas junto al lago y vigilaban a las personas a su cargo.

No lejos de allí, sentada en la arena, estaba una joven ama de casa de rostro sonrosado en la que Brett había reparado el día anterior. Se cubría el rostro con las manos mientras los sollozos sacudían su cuerpo.

Brett nunca había visto un grupo de personas tan desalentadas. Pero lo olvidó cuando vio a la joven a quien andaba buscando. Llevaba de la mano a la niña de seis años, que abrazaba contra su pecho a la gatita mojada. Al notar su mirada, la muchacha se acercó a Brett.

—Jill está preocupada por su gata —explicó—; la pobrecita parece enferma.

La niña levantó la gata para que él la viera, y Brett tuvo que confesar que no podía hacer nada. La niña se dejó caer sentada en el suelo abrazando el animal, sin hacer caso de nada más.

Los ojos de la muchacha volvieron a encontrar la mirada de Brett. Sonrió con simpatía.

—Le ruego que disculpe mi aspecto, pero salí con prisa y no pude mandar a por mi equipaje. A propósito, me llamo Dell Wayne... —agregó.

Al principio le asombró que se tomase tan a la ligera su situación. Luego sonrió; le gustaba que una muchacha supiera reír. Comprendió que quizás allí necesitarían risas. En efecto, estaba desaseada, con una larga rotura en la falda de seda empapada de agua y un estropeado jersey de lana sobre el cual una corbata, cuyo color no era muy sólido, había dejado una mancha roja. Además, no tenía medias ni zapatos, Comprendió que él mismo, acarreado los zapatos y la ropa interior y vestido sólo con los pantalones y la camisa, no debía ser una figura demasiado atractiva.

—Está preguntándome cuándo saldrá el próximo correo para reclamar mi guardarropa, sobre todo mi traje de baño —bromeó Brett y agregó—: A propósito, mi dirección telegráfica es Brett Rand...

Ella no respondió, porque escuchaba las palabras del «Senador» y la solterona huesuda, que pasaban por allí. Oyeron que la mujer decía:

—¿No es horroroso, congresista Howell? Hará usted algo para sacarnos de aquí, ¿no es cierto? Sé que lo hará. Le decía a Cleone, una de mis alumnas, que estando el congresista Howell aquí todo acabará bien.

Él respondió:

—¡Ah, señorita Snowden! Por supuesto, por supuesto... ¡ejjem!... haré lo que pueda. Me ocuparé... ¡ejjem!... de que éstos... ¡ejjem!... monstruos sepan quién soy yo. Los Estados Unidos no permitirán que continúe... ¡ejjem!... este trato despótico. Bien, señorita... ¡ejjem!... Snowden, no se preocupe. Me ocuparé de que todos nosotros... ¡ejjem!... regresemos a casa antes de... ¡ejjem!... de que acabe el día, Estoy... ¡ejjem!... dispuesto a conferenciar con cualquier... ¡ejjem!... autoridad —y se alejó.

Dell Wayne suspiró.

—¡Pobre! Supongo que va a sufrir una terrible decepción.

Brett la observaba con disimulo.

—Parece tomarse este asunto con gran serenidad, señorita Wayne.

La muchacha irguió la cabeza.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? ¡Ah!, comprendo que estamos en una situación terrible, lejos de casa, esclavos de estos seres que no comprenden nuestra capacidad. No podremos soportar la vida que nos obligan a llevar, el frío, las zambullidas en el lago, la comida... Pero el refrán que dice «mientras hay vida hay esperanza» es acertado. Quizá logremos encontrar el modo de salir de este lío. ¿Tiene alguna idea...?

—Hay una posibilidad: conseguir una nave para regresar a casa, aunque debo admitir que, si la tuviera, no sabría qué hacer con ella.

Le relató su experiencia con las máquinas de los decápodos antes de la captura.

Siguieron hablando largo rato, haciendo proyectos imposibles, hasta que se acercó George con el niño de ocho años. Les seguía un muchacho flaco que se hacía el remolón, observando al grupo mientras esperaba con ansiedad que repararan en él y le aceptaran.

—¿No se podría hacer algo por este chico? —preguntó George—. Tiene fiebre...

Dell se hizo cargo del niño y sacó un pañuelo.

—Está ardiendo. Por favor, humedezca este pañuelo.

El adolescente, que se llamaba Forrest Adam, corrió a cumplir con lo pedido. Pero aparte de refrescar el rostro ardiente del niño, no pudieron hacer nada por él. La criatura lloraba y llamaba a su madre.

La mujer que antes estaba sentada en la arena sollozando se acercó.

—Permítame —intervino—. Tiene la edad de mi pequeño Jacky, que quedó en casa. Nos consolaremos mutuamente.

Pero mientras tomaba al niño de manos de Dell, la bestia propietaria de aquél se acercó para arrancarlo de sus brazos y llevárselo.

Las otras decápodos se llevaron a las personas a su cargo, y Brett apenas tuvo tiempo para despedirse de Dell y George antes de ser levantado y llevado «a casa».

5

Una vez en el cuarto de la torre, la Señora revisó las ropas empapadas de Brett y, sin molestarse en pedirle permiso, lo desnudó por completo. El hombre intentó rechazarla, pero la monstruo no hizo caso de su forcejeo. Cuando sus manecitas de dos pulgares lucharon con los botones, él la ayudó, prefiriendo esto a que los arrancara.

Cuando las prendas estuvieron secas le vistió de nuevo. Algunas trataba de ponérselas del revés, pero él la corrigió. Apenas había acabado de vestirlo, lo desnudó otra vez, como un niño con un juguete nuevo.

Resignado, el hombre dejó que le vistiera y desvistiera hasta que la decápoda se cansó del juego; cuando se echó sobre el jergón para dormir la siesta, Brett pensó que haría lo mismo. Pero no podía dormir. Su mente estaba demasiado llena de preocupaciones. Lo mismo que Dell, comprendía que era preciso hacer algo en seguida; de lo contrario, todos los prisioneros de los decápodos morirían. Era culpa suya que George estuviera allí pero, aunque intentó disculparse por haber metido a su cantarada en aquel lío, George le hizo callar en seguida. Aunque sólo fuera por George, tenía que hacer algo... y también estaban los demás. Su mente ya empezaba a forjar un plan, pero aún no lo tenía bastante claro.

Transcurrieron varios días, y siempre bajo la misma rutina del primero: desde la mojadura obligada en el lago, la comida, y la despedida del amo junto a su máquina voladora, pasando por la hora de reunión con los compañeros cautivos a orillas del lago, hasta regresar a las torres para aguardar el regreso nocturno del Señor.

El segundo día aparecieron McCarthy y su caballo, así como el fox-terrier de pelo duro, y Brett conoció al resto de los terráqueos: el hombre inquisitivo resultó ser periodista; el hombre de negocios se llamaba Thomas Moore; Hal Kent no era tendero sino empleado

gubernamental; Cleone era la universitaria que se había hecho inseparable de la delgada señorita Snowden.

Lo único que preocupaba de McCarthy era su caballo. Evidentemente estaba agonizando, pues no podía digerir la comida de los decápodos. El adolescente era, tal vez, la única persona feliz de todo el grupo. Le confesó a Brett que, pese a ser lector asiduo de todos los relatos pseudocientíficos que caían en sus manos, jamás había soñado con participar realmente en una aventura semejante. ¡Estaba seguro de que vendrían a rescatarlos!

Jerry Ware, el periodista, se mostraba casi alegre y sólo pensaba en el gran reportaje que iba a escribir cuando regresaran «a casa».

Brett comprendía cada vez con más claridad que el regreso debía producirse. Las condiciones en que vivían se reflejaban en la mayoría de ellos. El niño Tad estaba muy enfermo; Jill tenía fiebre y todos se quejaban de indigestión, dolor de cabeza, náuseas y resfriados.

Ninguno de ellos estaba ni medianamente cómodo, mal vestidos como se hallaban y con las ropas mojadas todos los días, mientras de noche estaban expuestos a temperaturas próximas al punto de congelación. El que la gatita y el caballo, junto con los niños más pequeños, fueran los primeros en enfermar indicaba que la comida era demasiado pesada para su constitución; pronto enfermarían también los adultos.

En vista de ello, el tercer día Brett expuso a quienes quisieron escucharle la necesidad de hacer ejercicios vigorosos, para contrarrestar el efecto nocivo de la alimentación. Los miembros más jóvenes del grupo estuvieron de acuerdo, pero los demás, dirigidos por la Matrona Militante, que en realidad era la señora de Joshua White-Smythe, tenían otros planes. Ella los explicó así:

—Seguiremos el canal hasta salir de aquí... y, si es necesario, volveremos andando a casa. El canal debe conducir a un río, y los ríos siempre conducen al mar.

Brett la escuchó y formuló sus objeciones:

—Por Dios, ¿no comprenden que no estamos sobre la Tierra? ¿Que no es posible «regresar caminando a casa»?

Hubo un momento de tensión y luego la señora White-Smythe le lanzó una mirada desdeñosa.

—Ahora querrá hacernos creer que estamos en la Luna. ¡Vaya necedad! ¡Como si alguien pudiera vivir en la Luna... o en las estrellas!

—Sospecho que nos hallamos en un lugar mucho más lejano que la Luna, Señora. La Tierra está lo bastante lejos para asemejarse a una estrella desde aquí.

Brett estaba seguro de haber distinguido la Tierra entre los cuerpos celestes, la noche anterior.

El congresista Howell se burló de sus palabras.

—¡Claro que estamos en la Tierra! Yo sé que estamos en la Tierra. ¡Nos hallamos en el desierto de *Gobi*.

—Por supuesto. ¿No es el lugar donde los sabios hallaron unos huesos grandes y los llamaron huesos de dinosaurios? —espetó la señorita Snowden.

—Pues esos bichos no tienen huesos... ¡hum!... al menos, al tacto no parece que los tengan —intervino Cleone.

—Ahora va a decirnos que estamos en Marte... —le reprendió Howell.

—¡Estamos en Marte!

—¡Marte! —cayó como una granada.

Dell, que llevaba a Jill en brazos, se acercó a Brett.

—¿Está seguro?

—¡Caramba! ¡Lo sabía! —exclamó el joven Forrest—. Esas lunas son Phobos y Deimos, ¿no es así, señor Rand?

Evidentemente, había asimilado bien sus lecturas.

Brett explicó los motivos de su afirmación, aduciendo la gravedad disminuida, el color rojo mate de la atmósfera, la escasa intensidad de los rayos solares, la presencia de las lunas gemelas incluso en el cielo diurno.

George asintió.

—Parece lógico, Brett. Yo mismo he considerado estas posibilidades, pero oye... los científicos afirman que en Marte no hay oxígeno suficiente para la vida humana. Este aire está enrarecido, pero se puede respirar...

Brett convino en ello.

—También lo he pensado, y creo que esta ciudad se halla en una hondonada de la superficie. Desde mi torre diviso en el horizonte una línea de acantilados, que podría ser, o una cadena montañosa o el límite de esa hondonada. De ser cierto esto último, estamos en algún antiguo lecho marino. Esto explicaría por qué los astrónomos no detectaron oxígeno en la atmósfera. ¡Porque se halla debajo de la superficie!

—¡Caray! Parece lógico.

—Usted sabe que los astrónomos han observado algunas «áreas pantanosas» que muestran cambios estacionales —intervino Forrest—. Por lo general, las localizan al extremo de un canal. Supongo que estamos en una de esas áreas, ¿no?

—Es probable.

—Sí, Brett, pero ¿dónde están esos cambios estacionales? Los observadores han visto zonas verdes después del derretimiento de las cumbres nevadas.

—Supongo que estamos en la estación seca. Esta mañana he tropezado con unas raíces secas. No me sorprendería enterarme de que, en determinadas estaciones, crece aquí algún tipo de vegetación...

—¡Alabado sea el Señor! Ojalá ocurra pronto; Prince y yo necesitamos verduras —dijo McCarthy.

De súbito oyeron un sollozo. Era la señora Burlón, la joven ama de casa que mecía a Tad entre sus brazos.

—Si lo que dicen es verdad —balbució entre sollozos—, entonces... nunca volveré a ver a mi John ni a mi pequeño Jacky...

Cleone exclamó con voz lacrimosa:

—¡Ay! No volveré a desobedecer a mamá. Ella dijo que no me acercara a esa nave horrorosa. ¡Ay! ¡Me gustaría estar muerta!

—¡El Señor nos ha castigado!

Nadie observó que Howell y la señora White-Smythe, seguidos por la señorita Snowden, Moore, Kent y el mulato Harris, se estaban alejando. Ni siquiera sus amas les echaron en falta mientras avanzaban lentamente por la orilla del lago hacia el lugar donde desembocaba en éste el canal.

—Tú nos salvarás, ¿no es cierto, Brett? —preguntó Dell—. ¿Conseguirás una nave y nos llevarás a casa antes de que sea demasiado tarde...?

Contempló a Jill, cobijada entre sus brazos y vio que corría una lágrima por su mejilla. Brett notó un ligero acento histérico en su voz.

Apartó a George para explicarle su plan.

—No he estado ocioso. He jugado con ese gran bruto mío; salto sobre él cuando regresa a casa por la noche, doy volteretas..., hago cuanto puedo para que repare en mí...

—Es una buena idea y, sin embargo...

—Ya sé que hay muchísimas objeciones. Pero es mejor que no tener ningún plan...

—Claro que sí, Brett, Yo haré lo mismo, y quizás uno de los dos lo consiga.

Cuando su dueño regresó a casa aquella noche, Brett, tal como había dicho, se precipitó hacia el monstruo para que éste reparara en él. Había descubierto que la tesitura de su voz se hallaba por debajo del umbral auditivo del decápodo; esto explicaba en parte el que los terráqueos no fuesen reconocidos por las bestias como seres inteligentes. Por mucho que gritase, ellas no le oían, como tampoco oían sus movimientos durante la noche. Al mismo tiempo las voces de los monstruos alcanzaban la banda de los ultrasonidos, pues su tono más bajo equivalía a un «re» o un «mi» sobreagudos. A veces veía moverse sus bocas sin oír sus voces; la del macho era más aguda que la de la hembra.

El único medio para llamar la atención era hacer piruetas o dar un gran salto, aprovechando la menor gravedad, para aterrizar entre los tentáculos de su amo. La bestia parecía complacida con estas atenciones. El cuarto día se dignó dar a Brett una paletada de comida de su plato.

Aquella misma noche, Brett recibió un nuevo adorno. Se trataba de un grueso cinto de metal, donde se sujetaba un cable metálico de doce metros. Había visto a uno de los animales pisciformes llevando un cinto y una correa semejantes. Le desagradó el dudoso obsequio, sin saber que más adelante iba a constituir su salvación.

A medianoche se sintió espantosamente enfermo. Tenía calambres y un intenso dolor de cabeza. Como la mayoría de sus compañeros, sufría una fuerte gripe, empeorada por el baño de la mañana siguiente.

Y para empeorar las cosas, al salir del comedor la Señora utilizó la correa, atándole el cinto antes de dejarle en el suelo. Tuvo que correr a toda velocidad para seguir el paso de ella. Al llegar al «aeropuerto» inspeccionó la hebilla, pero era tan complicada que no pudo abrirla. Esto le contrarió pues había pensado seguir al amo y hacerle comprender que quería pasar el día con él. Pero la correa se lo impidió.

Por eso fue el más desalentado de los que se reunieron aquel día junto a la orilla del lago. Contempló a sus compañeros, sucios y enfermos, dándose cuenta de que iban por mal camino. Luego se sorprendió y casi se echó a reír. ¡La Matrona Militante exhibía un ojo amoratado!

Al fijarse mejor, observó que durante las pasadas veinticuatro horas debía haber recibido una soberana paliza. Su rostro mostraba otras heridas además del ojo amoratado, y tenía las ropas casi destrozadas. Además, cojeaba...

Peró no era la única que parecía haber soportado malos tratos. Aunque no tenía el ojo amoratado el congresista tenía tan mal aspecto como ella; había perdido todo su empaque y tenía el rostro magullado. La pernera de su pantalón estaba rasgada desde la rodilla hasta los bajos.

Brett miró a su alrededor y descubrió a otros en el mismo estado lamentable. La señorita Snowden, Moore, Kent y Harris también estaban harapientos y lastimados. Y todos parecían bastante avergonzados.

Le contaron lo sucedido el día anterior, cuando los seis se alejaron de sus compañeros, decididos a buscar el camino de regreso a la civilización. Por lo visto habían avanzado bastante a lo largo del canal. Llegados a una sección más ancha del mismo, después de dejar atrás las torres, se vieron cercados por unos decápodos desconocidos.

Al principio, los curiosos monstruos se contentaron con palparlos y pellizcarlos. Luego uno de ellos levantó a Kent, y se lo pasaron de uno a otro, Lo mismo les ocurrió a los demás humanos, pese a su resistencia. Después hubo una pelea entre los monstruos, cada vez más numerosos, pues los alejados protestaban por lo que tardaban sus compañeros en dejarles ver aquellas curiosidades. Se disputaron a los terráqueos y fue un milagro que

ninguno de éstos resultase despedazado. Les salvó la oportuna intervención de una patrulla de decápodos que esgrimían barras de metal a modo de cachiporras. Fueron trasladados a una torre maciza y entregados a quienes, al parecer, eran autoridades que les examinaron de cabo a rabo. Por último fueron devueltos a sus amas, muy escarmentados por la experiencia.

Así terminó la primera tentativa de evasión.

Howell se mantuvo lejos de los demás durante el resto de la mañana pero, al captar la mirada de Brett, le hizo seña de que se acercara y dijo:

—Joven, no creo en... ¡ejem!... en esa historia suya de que estamos en Marte... pero... ¡ejem!... usted me parece un hombre digno de confianza. Oí que hacía planes con su joven amigo. Escúcheme ahora. Usted... ¡ejem!... si me saca de aquí, le pagaré muy bien... dígame diez mil dólares. No... quince... veinte, lo que usted pida. Sálveme. Estoy enfermo... me moriré si no me atiende un médico... ¡Por amor de Dios, lléveme a casa!...

Brett le escucho con paciencia, aunque a cada palabra aumentaba su repugnancia, y logró dominar su voz cuando preguntó:

—¿Y los demás, congresista...?

El hombre fingió toser un instante y luego dijo:

—¿Los demás? Que se las arreglen como puedan. Al fin y al cabo, yo soy necesario en Washington, he de cumplir mi deber. Los dos solos tenemos más posibilidades... mientras que...

Si aquel hombre hubiera sido más joven, Brett le habría dado un puñetazo. Como sabía que no podía responder de sí mismo cuando se desataba, giró sobre sus talones después de lanzarle una severísima mirada, Fue la primera y la última vez que Howell se acercó a él, aunque más tarde llamó aparte a George, el joven, sin embargo, lo despidió sin contemplaciones y luego le narró la conversación a Brett.

—¡El muy marrano! Menos mal que no hay más de su calaña entre nosotros. Hombres como él son los que...

Brett desoyó sus comentarios.

—Olvídalo. Oye: hemos de hacer algo, ¿comprendes? Estamos todos enfermos, decaídos. Es preciso hacer ejercicio para contrarrestar los efectos de la alimentación y de las condiciones que existen aquí. Mira a tu alrededor, a ver si puedes hacer algo.

—Entiendo. El niño Tad no ha aparecido esta mañana. Sospechamos que está muerto. Y la pequeña Jill ha empeorado. La muerte de su gatita, que ocurrió anoche, no ha servido de ayuda que digamos.

La propuesta de Brett fue recibida con división de opiniones. Howell se negó en redondo a unirse al grupo; los negros gruñeron y se negaron a realizar ningún esfuerzo. Estos tres formaron corro alrededor de Mattie, cuya voz aguda e histérica dominaba la reunión. Cosa curiosa, fue la Matrona Militante quien mejor acogió la idea, organizó el grupo, animó a los rezagados y dirigió los ejercicios gimnásticos. Era lo que necesitaba para sentirse a sus anchas. Brett se sonrió para sus adentros. Seguro que el alcalde y las demás «fuerzas vivas» de su ciudad natal andaban muy derechos cuando ella estaba por allí.

Al día siguiente, la suerte acompañó a Brett. Saltó tirando de la correa, para que el amo comprendiera que deseaba acompañarlo ese día a la oficina. La hebilla se abrió casualmente liberándolo. En seguida comprendió su oportunidad. Sin reparar en su dueña, corrió detrás del macho, que estaba a punto de subir a la nave. Con un salto volador, cayó sobre un tentáculo de la bestia y se sujetó con firmeza.

Señor se detuvo. Señora se acercó a toda prisa e intentó coger al hombre. Brett se aferró al macho, negándose a ser arrancado de allí. La pareja discutió con agudos silbidos. La hembra no parecía dispuesta a ceder su juguete, pero el cuidadoso plan de Brett parecía a punto de dar resultado. El macho titubeó.

Luego, disgustado por una palabra de Señora, se lo entregó. Brett chilló con todas sus fuerzas y clavó sus dedos en el tentáculo correoso, que era su modo de negarse a ser sacado de allí. La Señora lo miró largo rato; parecía un reproche, pero no le importó. Luego ella le dijo a Señor algo que por lo visto le hizo gracia, ¡y se alejó sin hacer más caso de Brett!

Latiéndole el corazón, se dejó llevar por el brazo de su amo. Entraron en la máquina que esperaba. Tenía dos compartimientos: en el primero estaban los mandos y dos extraños motores; en el segundo no había nada, excepto una estera y algunas tiras colgantes. En la parte superior de la sala de mandos había una enorme placa cubierta de cuadrantes, palancas y pulsadores. Cerca de ella colgaba una serie de tiras, donde se acomodó el amo.

Sentado en un tentáculo de la bestia, el hombre observó atentamente cómo manejaba ella los mandos. Con un tentáculo bajó una palanca octagonal, y con otro, en rápida sucesión, tres perillas de formas distintas. Cuando tocó la palanca, hubo un tremendo rugido; la aceleración fue tan intensa que Brett se desmayó.

Pero en seguida se recuperó, pues cuando volvió en sí aún no se habían llevado mucho sobre el suelo arenoso. Indiferente al empuje ascensional, la bestia movió una larga barra roja que, al dejarla en libertad, se puso a oscilar espasmódicamente y así continuó durante todo el viaje.

Como la nave era de metal transparente y dorado como todo lo que construían los decápodos, Brett pudo mirar en todas direcciones. Vio que se elevaban unos trescientos metros sobre la ciudad de las torres, alejándose de ella en línea recta. La ciudad era un conjunto de torres dividido por dos canales, con varias plazas y alguna torre descomunal que descollaba de sus compañeras. Brett descubrió que se hallaba en una profunda depresión de la superficie del planeta, confirmando su hipótesis. La rodeaban grandes laderas oscuras.

Seguían uno de los canales y cuando dejaron atrás la zona urbana vio unas franjas cultivadas, de brillante color verde artificial. Algunos monstruos jardineros cuidaban de las plantas, manteniendo un caudal constante del agua en las acequias del canal.

Abandonaron el canal en un punto donde describía una gran curva y sobrevolaron los límites del valle hacia una comarca que no era sino arena, dunas silenciosas, ya quietas, ya agitadas por remolinos. Poco después vio una segunda ciudad emplazada junto a otro canal. En ella las torres tenían el doble de perímetro que las que él conocía, pero eran mucho más bajas: ninguna medía más de veinticinco metros. También aparecían otras estructuras de forma extraña. Unas eran altas y delgadas, otras bajas y chatas, o bien poligonales. Había edificios en forma de cono invertido, apuntalados con vigas entrecruzadas. Un humo verde de peligroso aspecto salía de aquellos edificios, indicando que los decápodos preferían instalar sus fábricas lejos de sus ciudades residenciales.

Entre aquellas estructuras se abrían anchas plazas donde se estacionaban o aterrizaban muchas máquinas voladoras, llegadas de la ciudad de las torres así como de otras muchas direcciones. Después de aterrizar, los pilotos entraban en una u otra de las fábricas.

Comprendiendo que iban a aterrizar, Brett se aferró con fuerza al robusto tentáculo de Señor, a fin de observar la maniobra. Un gesto detuvo la barra oscilante, las tres perillas retomaron a su posición original y la nave bajó ligera como una pluma.

Entraron en un edificio redondo que hervía de actividad. Los monstruos se movían entre máquinas extrañas que lo atestaban todo. En una larga estancia había un mostrador alto, hacia donde se dirigió el amo. Después de escalar su «silla» colgante, dejó a Brett en un rincón vacío del mostrador, empujándolo para indicarle que debía quedarse allí.

En una ancha placa que tenía delante había una serie de barras, perillas de forma extraña y teclas planas o redondas; el amo se puso a trabajar sin perder tiempo, pulsando teclas y girando perillas. Unas veces trabajaba con las cinco manos, y otras sólo con una. Brett ignoraba para qué servía aquello, pero como el decápodo se volvía, de vez en cuando, hacia las máquinas rugientes, llegó a la conclusión de que aquel cuadro de mandos guardaba alguna relación con ellas. ¡Si hubiera podido hacer preguntas!

El monótono espectáculo adormeció al hombre. Horas después despertó al notar un contacto. Les rodeaban varios maquinistas y las máquinas estaban paradas. Brett fue colocado en el suelo y el amo le ordenó a silbidos que «saltara». Esto significaba dar volteretas sobre las manos, tumbos, grandes saltos en el aire, saltos mortales y otras destrezas, Brett siempre se había envanecido de su dominio muscular, y la gravedad de Marte le permitía realizar hazañas que no habría logrado en su planeta. Luego fue levantado y pasó de tentáculo en tentáculo, que palparon su piel, su cabello y sus ropas.

Lo dejaron de nuevo en la tarima, volvieron a ponerse en marcha las máquinas y durante varias horas Señor trabajó silenciosa y eficientemente. Brett se preguntó en qué consistiría su actividad, pero no halló nada que le permitiera deducirlo. En la sala no había otra cosa sino máquinas. Por último, éstas se detuvieron y hubo un éxodo general. La jornada había concluido.

Él hombre fue blanco de todas las miradas y tuvo que exhibirse una vez más ante los compañeros de su amo. Esta vez, cuando subieron a la máquina voladora, estaba preparado para el despegue y logró no perder el sentido mientras se fijaba en todo cuanto hacía el piloto, grabando en su memoria las operaciones.

Se sintió satisfecho de lo que había logrado. Era el primer paso de la huida. Pero comprendió que no sería tan fácil como esperaba. Aún desconocía si la nave y su sistema de propulsión iban a servir en el espacio. Además, tenía una sola escotilla de solidez hermética. Desconocía también cómo podrían manejar aquellos mandos gigantes él y sus compañeros. Sin duda, se podría llegar a ellos desde las tiras colgantes pero, ¿serían suficientes los músculos terráqueos para moverlos?

La mañana siguiente, los compañeros se apiñaron a su alrededor. Habían deducido que su ausencia del día anterior guardaba relación con su plan de fuga, Narró todo lo que había visto, pero sólo confesó a George sus temores.

—No sabemos nada de la maquinaria, ni siquiera qué clase de combustible utiliza la nave. No aseguro que tenga autonomía espacial.

—¿No viste nada semejante a depósitos de combustible?

—No. Sospecho que funciona con energía acumulada, o tomada de los rayos solares o cósmicos.

—¡Uf! ¡Qué problema! Mira, salgamos esta noche y echemos un vistazo a las naves, un buen vistazo. Ya no podemos esperar mucho. Jill murió ayer en brazos de Dell. Ella está bastante mal. La señora White-Smythe se desmayó y nos costó hacer que se recobrase; hay otros enfermos...

Mientras hablaba, George se dobló víctima de un calambre que le arrancó una mueca de dolor y le obligó a apoyarse en Brett para no caer.

—Sí, veo que todos estamos bastante mal. ¿Tienes muchos espasmos, George?

—¡Bah! Estoy bien, más o menos. Sí; hay que salir de aquí...

—Me pregunto cómo saldremos de las torres. ¿Nos dejaremos caer de peldaño en peldaño? Tú y yo podríamos hacerlo pero, ¿y los demás... las mujeres...?

—Lo he resuelto, Brett. Como ves, la mayoría andamos con correa. Haremos esto... — George explicó su idea.

Se citaron para una hora después de anochecer, a la salida de Deimos.

A Brett le pareció que sus amos tardaban más que nunca en acostarse. Por último, sus respiraciones tranquilas le indicaron que todo estaba saliendo bien. Se dirigió hacia la ventana andando de puntillas, más por costumbre que por necesidad, puesto que ellos no podían oírle. Denos se alzaba en el horizonte, pero la hondonada aún estaba en sombras.

Cogió el largo cable de su correa y contempló la escalera. Por fortuna, uno de los peldaños se hallaba a un metro y medio. Era ancho y redondo, sobresana unos sesenta centímetros de la pared y terminaba en un grueso pomo.

Descolgándose de la abertura, buscó con los pies el escalón y luego se deslizó silenciosamente hasta quedar a horcadas sobre la barra. Sacó el cable que sujetaba con una mano y lo enrolló de modo que los dos extremos colgaran varios palmos por debajo del escalón siguiente. Tomó con ambas manos el cable y se descolgó a lo largo del mismo.

Animado al comprobar que era empresa fácil, continuó hasta sentir el suelo bajo sus pies. Se detuvo a escuchar unos instante, por si su descenso había despertado a algún vecino. Pero los decápodos dormían profundamente y nada turbaba la paz de la noche. Enrolló el cable y corrió al lugar de la cita.

George llegó al campo de aterrizaje antes que él, porque su torre se hallaba más cerca. Contemplaba una de las máquinas voladoras a la luz de la luna.

—Tenías razón —le dijo a Brett—; estas máquinas no llevan ninguna clase de depósitos. Pero mira, ¿qué opinas de esto?

Le indicó una red de alambre empotrada en el casco transparente de la nave dorada. A la luz del sol habría resultado invisible, pero los rayos de la luna resplandecían sobre ellos, plateándolos.

—¡Una antena! Debe servir para recibir energía del éter. No sabemos si se trata de rayos artificiales o cósmicos. Puede que no lo sepamos jamás, pero yo diría que serán rayos solares o cósmicos... pues no podrían transmitir un rayo desde aquí hasta la Tierra. Desde luego averiguaríamos más si hallásemos la gran nave que nos trajo aquí.

—¿Qué tal si probamos ésta? Así sabremos si somos capaces de manejarla.

Brett lo pensó un poco antes de responder. De súbito, advirtieron que no estaban solos. Al otro lado de la plaza se alzaba la silueta de un inmenso decápodo, que llevaba una larga barra metálica.

—Un vigilante nocturno... —murmuró George.

Por fortuna la bestia no los vio, pues miraba en dirección opuesta. Apresuradamente, se ocultaron detrás de las máquinas, conteniendo la respiración hasta que el guardia desapareció entre las torres.

—¡Caray! ¡Poco nos ha faltado! ¿A qué temen esos seres? ¡No tienen nada que se pueda robar!

—No lo sé, por lo mismo que no podemos explicarnos muchas cosas sobre ellos. Supongo que esto descarta la posibilidad de probar la nave. No es cuestión de permitir que nos descubran. Tendremos que hacer el intento *en masse* y correr con el riesgo...

Entraron en una de las naves para estudiar los mandos, pero no vieron conexiones entre éstos y los motores. Estaban tan desconcertados como al principio.

La palidez de las estrellas al este les indicó que estaba a punto de amanecer. Se separaron y corrieron a sus respectivas torres. Por el camino, Brett estuvo a punto de tropezarse con un segundo guardián que andaba por entre los edificios. La suerte volvió a favorecerle y no fue visto. Cuando llegó al pie de su torre, Brett se vio ante la tremenda tarea de trepar por la pared lisa.

Después de tomar carrerilla, logró encaramarse al primer peldaño. Desde allí, la ascensión consistió en un ejercicio agotador de ponerse en pie sobre cada barra y lanzar el cable para enlazar la siguiente. El sol despuntaba ya cuando puso pie en la cámara. Pocos minutos después, las bestias comenzaron a despertar.

Aquella misma mañana, Brett comunicó a sus compañeros los detalles del plan que él y George habían preparado cuidadosamente. Al mirar a su alrededor comprendió que no había tiempo que perder. Todos estaban pálidos, patéticamente delgados. Todos padecían tos, estornudaban y respiraban con dificultad. Algunos se apretaban el pecho cuando les asaltaban los ataques de tos. A todos les enfermaba el alimento artificial que les daban sus raptos. Hasta Dell, que nunca se quejaba, tenía el rostro enfermizo y pálido, de ojos azules demasiado grandes y brillantes. Sólo Jock, el perrito, parecía encontrarse muy bien; todos los días saludaba con júbilo a sus nuevos amigos.

—No voy a ocultarles nada —explicó Brett—. Tenemos una posibilidad entre mil de regresar a casa. En primer lugar puede que estas máquinas voladoras no cierren herméticamente y que nos asfixiemos al salir al espacio. Ni siquiera sabemos cuánto durará el aire no renovado pero, de todos modos, no será mucho. En segundo lugar, hemos de correr un riesgo en cuanto al combustible. Además, no sabemos si una vez en el espacio lograremos encontrar la Madre Tierra. Desconocemos la navegación espacial, y ninguno de nosotros es astrónomo. Quizá nos alejemos de la Tierra y caigamos hacia el Sol. De hecho, sospecho que la de una probabilidad entre mil es una previsión optimista... Pero, de todos modos, sabemos que si nos quedamos aquí más tiempo, ninguno podrá contarlo. Que cada uno lo decida por sí mismo. Quien venga, debe hacerlo voluntariamente...

No supo si fue porque «la esperanza es lo último que se pierde», o por valor fatalista, pero todos dieron su consentimiento unánime. Entre los reunidos no hubo ni una sola negativa. Incluso Mattie, que todo el tiempo había insistido en que aquello era el «juicio de Dios», halló fuerzas para lanzar un salvaje aléluya.

Cada miembro del grupo recibió instrucciones. Brett les explicó que el primer paso hacia la libertad debía darlo cada cual por sí mismo, enseñándoles cómo realizar el descenso desde las torres. Al pasar revista observaron que tres o cuatro amos habían olvidado suministrar correas a sus «cachorros»; por consiguiente, los hombres más fuertes quedaron encargados de ayudar a estos infelices. El momento fijado para la fuga fue la salida de Deimos.

Cuando Brett se asomó a la ventana, vio en la torre vecina la oscura sombra del gran negro Jeff, llegaron al suelo casi al mismo tiempo y, según lo previsto, corrieron al edificio que albergaba a la Matrona Militante. La vieron mirando afuera desde la cámara del tercer piso, esperándolos. Tenía correa, pero el peldaño más cercano estaba a tres metros de distancia.

Con gran sorpresa de Brett, el negro insistió en subir a buscarla, explicando que además de ser un «campeón» en su oficio de remachador familiarizado con los andamios, también había trabajado como vaquero en un rancho del oeste. Y, pasando a los hechos, enlazó el peldaño situado por encima de la señora White-Smythe y largó cuidadosamente el cable hasta que el otro extremo colgó al alcance de la mujer.

La fornida matrona se descolgó valientemente, haciendo subir al negro sujeto al otro extremo hasta que ella pisó el peldaño donde él estaba antes. El negro bajó a pulso hasta el soporte inferior y repitió la operación. Cuando por último llegaron al suelo, ella felicitó al hombre de color:

—Muchacho, si alguna vez está sin trabajo, venga a verme. ¡Jamás creí salir con vida de ese sitio!

Los tres recogieron a Jerry Ware el periodista, a la estudiante Cleone y a la señora Burton, impaciente por reunirse pronto con su «John» y su pequeño «Jacky». El resto de los terráneos vivían en otros puntos de la plaza y se reunirían con ellos más tarde.

Brett les condujo al comedor colectivo, que estaba desierto, sin dejar de mantener los ojos atentos a la aparición de cualquier «policia», pero ningún decápodo vino a molestarlos. La luz de la luna brillaba sobre el alto y largo mostrador donde se hallaba preparado el rancho marciano para la horda matinal. Aunque era mala comida para terráneos, el plan exigía que se llevaran algunos toneles para alimentarse durante el regreso, pues no sabían cuánto podían tardar.

Como el mostrador no tenía aberturas, tuvieron que encontrar el modo de pasar los toneles por encima del mismo. Los decápodos se limitaban a alargar un tentáculo, pero no sucedía lo mismo con los terráneos. Ware trepó sobre los hombros de Jeff, el más alto y fornido de todos. Luego trepó Brett; de pie sobre los hombros de Jerry, que parecía a punto de flaquear, alcanzó el borde del mostrador y logró encaramarse.

Desenrolló la correa que llevaba alrededor de los hombros, dejó caer un extremo en manos de Jerry y lo izó rápidamente a su lado. Juntos hicieron subir a Jeff; fue éste quien sujetó el cable mientras Jerry y Brett se descolgaban hasta el suelo por el otro lado, donde estaban los depósitos.

Estos eran grandes recipientes abiertos. A un lado había docenas de ollas de casi dos metros de altura y más de un metro de diámetro. Tumbaron seis de costado y las hicieron rodar para que sirvieran de peana a Jeff. El extremo del cable fue atado fuertemente a la primera y Brett lo lanzó para luego situarse junto a Jeff y ayudarlo a levantar el pesado recipiente hasta la tapa del mostrador. Hecho esto, lo volvieron hacia el otro lado y lo descolgaron hasta el suelo, donde las mujeres desataron el lazo corredizo. Una a una, las demás ollas pasaron así de uno al otro lado del mostrador.

Mientras trabajaban, los demás del grupo fueron apareciendo y luego ayudaron a hacer rodar las pesadas cubas hasta la máquina que los terrestres habían elegido para escapar. Cuando los recipientes estuvieron dentro, Brett pasó revista a la gente. Estaban todos... menos McCarthy.

El joven Forrest recordó que había visto a McCarthy aquella noche.

—Lo llamé, pero iba en dirección contraria —explicó—. Me saludó y respondió que estaría aquí en seguida.

—¡Hum!... Supongo que habrá ido a la tumba de su caballo a despedirse. La muerte de Prince fue un golpe terrible para él —comentó George.

—¡Ahí viene!

McCarthy se acercaba corriendo, llevando un bulto blanco bajo el brazo. Era Jock, el fox-terrier de pelo duro.

—¡Alabado sea el Señor! —dijo el hombre cuando recuperó la respiración—. No podía dejar a éste aquí, aunque no sea más que un perro...

Había trepado hasta la mitad de una torre para salvar al animal.

—Bien, en marcha. Pronto será de día. ¡Todos adentro!

Entraron en la nave de quince metros y cerraron la pesada puerta. Luego, Brett y George treparon por las tiras hasta quedar frente al cuadro de mandos.

Con el corazón en un puño, Brett tocó la palanca octogonal que había visto apretar a su amo, después de advenir a todos que estuvieran preparados para el despegue. Le sorprendió la facilidad con que se movió la palanca bajo su mano. Pero con las tres perillas fue más difícil. George y él tuvieron que unir sus fuerzas para hacerlas girar. Luego esperaron el rugido del despegue.

¡No pasó nada!

Brett y George se miraron. Notaron que una ligera vibración recorría la nave, pero eso fue todo.

—Tal vez no giramos bastante las perillas —susurró George.

Brett asintió. Descubrieron que giraban un poco más; ¡pero no sucedió nada!

Se miraron, pero nadie se atrevió a decir lo que pensaba. Los demás parecían impacientes, preocupados por el retraso. Forrest hizo una sugerencia.

—Tal vez... se debe a que el Sol no ha salido... y que si esto funciona con energía solar...

Brett le miró, pensativo. Quizá tenía razón. Era una suposición plausible. Dirigió su mirada al este y vio que el Sol saldría poco después.

Un resplandor rojo despuntaba ya en el cielo. Luego, poco a poco, tan despacio que parecía no romper jamás la niebla del horizonte, un filo rojo dispersó las sombras.

—*¡El Sol!*

Nunca los adoradores del Sol lo saludaron con más fervor, aunque la alegría duró poco.

Con un rugido semejante a una docena de truenos, la nave se puso en marcha, ascendiendo con tanta rapidez hacia el espacio que nadie vio su despegue. Aplastados contra el suelo por el tremendo empuje, todos se desvanecieron, y la máquina subió en línea recta hacia los cielos.

Brett fue el primero en volver de las tinieblas. Se halló caído en el suelo; a su lado estaba George, inmóvil. Oyó gemidos a su alrededor, y con un esfuerzo de toda su voluntad logró levantar una mano, luego la cabeza y por último el cuerpo. Era como si pesara mil kilos.

Observó que el cielo cobrizo estaba más pálido y que Marte empequeñecía y quedaba rápidamente atrás.

Exhausto, intentó subirse a las tiras para alcanzar los mandos. Era como pelear contra un monstruo de fuerzas cien veces superiores. Fue un espectáculo penoso verle moverse con tanta dificultad, como en una escena de pesadilla o una película pasada a cámara lenta.

Cuando al fin se vio frente a los mandos, no supo qué hacer. ¿Debía girar la palanca roja como había hecho su amo para rectificar el rumbo? ¿O colocar los diales en el punto de partida? Su mente entorpecida analizó la cuestión y luego decidió probar la barra oscilante.

Con los ojos empañados por el sudor del esfuerzo inhumano, buscó a tientas la barra. Un leve golpe la hacía oscilar y casi gritó de alegría cuando notó que el empuje disminuía. Poco después se sintió mejor.

Los otros empezaron a ponerse en pie; George subió al puesto de copiloto.

—¡Lo hemos logrado! ¡Lo hemos logrado! —gritaron todos, olvidando las penalidades que acababan de vivir y contemplando fascinados la bola cobriza que dejaban a la derecha, cada vez más lejos. ¡Marte quedaba detrás! ¡Estaban en el espacio!

George observó un rato la barra oscilante. Luego preguntó:

—¿Y ahora qué? ¿Cómo guiamos esto?

Brett señaló la barra.

—Mi dueño la movía a derecha o izquierda... pero lo que tú digas también vale. ¿Dónde está la Tierra?

Observaron el gran panorama del firmamento, que se extendía ante ellos como un gran manto de terciopelo negro tachonado de joyas multicolores. El Sol brillaba ante ellos como un ojo cegador y encolerizado.

—El sol está allí, enfrente. ¡Uf, qué horno! La Tierra debe quedar por allí, con Mercurio y Venus. La distinguiremos porque debe presentar sus fases a Marte, como la Luna vista desde la Tierra...

—En efecto... allí... mira esa estrella de color verde claro... como a un grado del cuarto creciente plateado... en forma de media luna. ¡Es la Tierra, George! ¡Sé que es la Tierra!

George miraba con atención y pronto estuvo dispuesto a asegurar que la media luna verdosa era la Tierra y el astro plateado que aparecía cerca, Venus.

—Si pudiéramos ver la Luna, estaríamos seguros.

Desde el suelo, donde se había sentado, Forrest oyó la discusión y gritó de súbito:

—¡Ahí está! ¿Ven ese débil resplandor sobre el hemisferio oscuro? ¡Es la Luna...! ¡La Luna!

Ellos también vieron el resplandor luminoso que decía el muchacho. Fue suficiente para convencerlos de que el planeta verde claro era la Tierra. Pero la dificultad estaba en cómo orientar la nave en aquella dirección. Parecía viajar sin rumbo a través de los cielos.

Brett tocó la barra roja oscilante con inseguridad, temiendo detener la nave, pero no pasó nada mientras movía la barra en la muesca. Aguardaron, expectantes.

—¡Funciona! —gritó George—. Aunque nos desviemos más hacia el Sol...

Brett movió un poco la barra. Les pareció que el cielo daba vueltas a su alrededor a medida que cambiaban de rumbo para enfilar directamente la media luna verde. Los que habían oído la conversación de los dos ingenieros aplaudieron, convencidos de que los pilotos les llevarían de regreso a casa, sanos y salvos.

—Brett, sospecho que por ahora no hay nada más que hacer. Podríamos bajar y dejar que la nave haga lo demás...

Pero Brett no opinaba igual.

—No; uno de nosotros debe montar guardia en todo momento para vigilar el «timón». Sabremos si la nave se desvía de su curso centrandó la Tierra en el tablero. ¿Ves esa piececita parecida a un dedo que sobresale? Nos guiaremos por ella. En este momento parece cortar a la Tierra en dos.

De cuantos estaban a bordo, sólo McCarthy tenía un reloj que funcionaba, pues era de caja hermética. Le dio cuerda. George montaría una guardia de cuatro horas para ser relevado por Brett, quien trataría de dormir hasta que le tocara el turno.

Cuando bajó de la tira, Brett se encontró con Dell, que le esperaba.

—Has estado maravilloso —declaró—. Me conformaría con salvar a los niños.

Brett declinó el halago.

—Todavía no hemos llegado —observó, arrepintiéndose en seguida de haberlo dicho; lo hizo por modestia.

Dell lo comprendió y sonrió con optimismo.

—Te aseguro... que cuando llegemos a casa, organizaré un movimiento para liberar a todos los animales domésticos de la Tierra.

—Ahora sé lo que significa para un animal el verse sometido a otro ser cuyo idioma no es el suyo y que le impone sus caprichos.

—Supongo que la incomunicación es el principal problema. Dios sabe que ha sido una experiencia horrible para todos nosotros.

Brett quiso decir algo más, pero estaba rendido de sueño. La muchacha se dio cuenta de ello y le propuso que descansara. Apenas se tendió en el suelo quedó dormido. No había descansado durante los últimos tres o cuatro días. Pero casi en seguida le despertaron. Alguien le sacudía por los hombros y le gritaba al oído:

—¡Brett, Brett..., despierte! ¡Los decápodos nos han capturado!

El sueño se disipó de inmediato. Se puso en pie, miró a través de la pared transparente de la nave y vio un espectáculo espantoso. Allí, a menos de mil metros, estaba la gran nave de los decápodos.

—¡Nos arrastran hacia Marte!

Los hombres estaban serios y las mujeres llorosas. Mattie gemía y rezaba sin cesar.

Le bastó una ojeada para saber que era verdad. La nave enemiga los arrastraba a velocidad muy superior a la que ellos podían desplegar, lejos del Sol, lejos de la Tierra, conduciéndolos a Marte... Aunque invisible, existía un lazo entre las dos naves.

George le explicó en dos palabras lo ocurrido. De improviso se había acercado la inmensa nave, inadvertida hasta que estuvo muy cerca y vieron el reflejo del Sol en su casco dorado. Al principio no comprendieron que los tenía en su poder.

Brett trepó hasta los mandos y vio que nadie los había tocado, si bien ahora la barra oscilante se movía sin rumbo. Estudió un instante los aparatos y una hilera de botones cuyo uso desconocía. Se los mostró a George.

—¿Los probamos? Quién sabe para qué sirven...

George estuvo de acuerdo.

—Lo pensé, pero no me atreví a probarlos.

—No nos hará daño intentarlo. En Marte nos espera la muerte. Primero probaré este botón verde. ¡Sujétate!

Mientras hablaba, apretó el primero de seis botones verdes que se alineaban en la parte inferior del cuadro de mandos.

Aguardaron conteniendo la respiración. ¡No ocurrió nada!

—Equivocado —murmuró Brett y apretó el segundo.

—¡Están quedándose atrás! —gritaron los de la nave.

Brett se volvió para comprobarlo. Era como si ellos estuvieran inmóviles y la nave de mayor tamaño encogiese rápidamente.

—Gracias a lo que hiciste has contrarrestado su poder... —gritó George alegremente, y luego agregó—: ¡Buen Dios!... ¡Vuelven!

Mientras gritaba, el enemigo creció, lanzándose sobre ellos.

Brett dedicó toda su atención a los mandos, giró al máximo las tres grandes perillas y luego maniobró el «timón» hasta enfilarse directamente la Tierra. Aunque era difícil calcular la velocidad, parecía como si la aproximación de la nave perseguidora fuese menos rápida que antes. Pero era evidente que la nave grande tenía más velocidad y casi en seguida anuló la escasa ventaja que le habían sacado.

—Bien —dijo, sombrío—, supongo que no nos queda sino probar los demás botones, ¡Prepárense...!

¡Dicho esto apretó el tercer botón! Un grito de asombro recorrió la nave. Fuera no se veía nada: estaban envueltos en una neblina que rodeaba toda la máquina. Un instante después la nave se balanceó, pareció capotar... y luego se estabilizó.

Esperaron y volvieron a sentir un súbito balanceo. Al tercero, Brett gritó:

—Están disparando desde la gran nave...

Para corroborar sus palabras, la de ellos recibió otro impacto. Luego transcurrieron cinco o diez minutos sin que nada ocurriese.

—¿Crees que han renunciado a seguirnos?

—Es posible, pero esta niebla que nos rodea no me gusta. ¿Para qué servirá el próximo botón?

—Pruébalo —ordenó George.

La niebla desapareció; vieron nuevamente el vacío, donde la nave enemiga aparecía como un gran ojo perverso a mil metros de distancia.

—¡Cuidado! ¡Van a disparar otra vez!

Brett vio el rayo que salía de un costado de la nave, mientras George gritaba. Al mismo tiempo pulsó el tercer botón. Al instante quedaron envueltos en aquel humo que parecía una niebla blanca. El balanceo fue mas notable que antes y la máquina fue zarandeada como un corcho en medio de la corriente.

—¡Ya veo! Esta niebla es una pantalla de energía, que nos protege de los rayos. ¿Llevará nuestra nave esas armas?

—¡El quinto botón! —declaró George.

Brett asintió.

—Sí, ¿pero cómo lo usamos?

—El rayo parece salir directamente de la proa. Tal vez, si damos media vuelta...

Brett no perdió tiempo y movió la barra oscilante. No sintieron aceleración alguna, pero cuando la barra quedó perpendicular a su posición anterior, accionó el botón que disipaba la pantalla de energía, listo para pulsar el botón de al lado si el enemigo se les adelantaba.

Estaba tan cerca como antes y el peligro era inminente, pero Brett descubrió que su nave no apuntaba bien. Volvió a mover la barra, enfilandolo derecho contra la gran nave.

Luego disparó el quinto botón del cuadro. La nave enemiga lo hizo al mismo tiempo.

Los espectadores lanzaron un grito. Algunos se cubrieron el rostro con las manos, otros observaron con el rostro contraído, inmóviles... Los dos rayos se habían encontrado casi en el punto medio entre las naves. Hubo una terrible explosión de luz rojiza y siniestra, aunque ningún sonido atravesaba el vacío insondable. Brett se apresuró a conectar la pantalla de energía.

Aguardó un tiempo razonable antes de volver a quitarla. George estaba preparado para apretar el botón del rayo, de modo que el haz de rayos atravesó la oscuridad casi simultáneamente con el levantamiento de la pantalla.

En la nave pequeña se oyó un grito cuando el rayo acertó en el casco de la nave decapodiana, pero Brett no esperó a ver el resultado, sino que conectó en seguida la nube de protección. Dejó transcurrir cinco minutos antes de mirar.

La gran nave seguía allí, algo más lejos pero intacta, envuelta en una densa nube que resplandecía como un puñado de diamantes expuestos a la luz del Sol.

La decepción invadió los corazones de los terráneos cuando Brett volvió a poner la pantalla.

—No podemos hacer otra cosa sino continuar —confesó—. Mientras tengamos la pantalla estamos a salvo y ellos también. Demos media vuelta e intentemos regresar a casa...

Devolvió la barra a su posición original, quitando la pantalla un instante para ajustar el rumbo en dirección a la media luna verde que era «casa». Al volverse vio que el enemigo seguía envuelto en su niebla.

Envió a George a dormir y sugirió a los demás que comieran. Jerry había robado media docena de palas, lo único que hallaron a mano en el comedor, y los terráneos formaron fila para recibir su ración. Después de comer frugalmente, los que se vieron en condiciones de dormir lo hicieron, acomodándose lo mejor que podían en el suelo. Las mujeres se reunieron en el cuarto contiguo por la mínima intimidad que éste les ofrecía, aunque en medio sólo había una pared transparente.

Brett se deslizó al suelo. Forrest se le acercó.

—¡Caramba, señor Rand! Ha estado usted grandioso. Es lo mismo que en los cuentos, aunque me habría gustado «cargarme» esa nave de ahí...

—A mí también, pero de momento, la situación queda estacionaria. No hemos de correr riesgos. Quizá se descuiden ellos primero.

Buscó a Dell con la mirada y la vio en el otro cuarto, inclinada sobre una de las mujeres. Se acercó a unos dispositivos del centro de la nave y los estudió, intrigado. De ellos

provenía el suave zumbido que llenaba el aire, pero no vio piezas en movimiento. Luego reparó algo que no había visto antes.

En el suelo había un disco circular de más de un metro de diámetro. En su centro se veía un disco menor algo hundido en el suelo. Titubeando, alargó una manó para tocarlo. A esto el disco mayor se descorrió mostrando una cámara circular de unos treinta centímetros de profundidad. En su base había otro pulsador semejante al de la placa superior.

—Extraño —murmuró en voz alta y buscó algo que arrojar dentro. Se arrancó un botón de la manga, lo dejó caer sobre el disco inferior, cerró el superior y aguardó, pero no ocurrió nada. A través del metal transparente veía el botón en el lugar donde lo había colocado. Añadió—: Debe existir algún tipo de mando... ¡Ah!... Aquí lo tengo...

En el pulsador había una minúscula palanca empotrada, de poco más de tres centímetros, y la alzó con la uña. A través del disco superior vio que el casco se abría, descubriendo el vacío del Espacio. El botón cayó por el orificio y el mecanismo se cerró automáticamente, con un chasquido.

—¡Una compuerta estanca! —musitó—. Si la hubiera encontrado antes, habría sabido con seguridad que la nave era hermética. ¡Buen dispositivo para eliminar sobras!...

Varias horas después regresó al cuadro de mandos. Verificó el rumbo quitando un instante la pantalla de niebla y luego volvió a ponerla. La nave de los decápodos seguía envuelta en su manto protector. Luego se fijó en el sexto y último de aquellos botones providenciales. ¿Para qué serviría?

Después de un segundo de duda, decidió arriesgarse y lo accionó. Una pequeña porción circular del cuadro se desplazó mostrando una superficie plana y lustrosa, donde brillaban puntos de luz. Se sorprendió al ver una media luna verdosa en el centro del disco. ¡Casi gritó de alegría! Ya no necesitaban quitar la pantalla de energía para navegar, pues aquello era nada menos que una pantalla vigora. ¡Ya no volaban a ciegas!

11

Transcurrieron varias horas. George y los demás despertaron, comieron de nuevo y George pasó a ocupar su puesto ante los mandos. Brett propuso mejorar el alojamiento de las mujeres. Había visto algunos ganchos en la pared y decidió que podrían fabricar una cortina si todos los hombres cedían la chaqueta o la camisa. En la nave hacía calor y no las necesitarían. La señora White-Smythe sacrificó su chaqueta y la señora Burton un pañuelo de seda, lo que les permitió colgar una buena cortina utilizando una de las «correas de perro».

—Si tuviéramos agua, podríamos adecentarnos —comentó Dell mirando sus manos sucias.

—Tenemos agua —declaró Forrest—. Una de las cubas está llena de agua. Sacúdala y oirá el chapoteo...

Se lanzaron en tropel hacia donde él había indicado. Brett reflexionó. El alimento calmaba la necesidad de beber agua pero, al verla, se sintió sediento. Notó que varias personas se pasaban la lengua por los labios. Todos apetecían un trago refrescante. Pero meneó la cabeza. Temía que si probaban el agua querrían más y el barril no duraría mucho tiempo. Pero todos se sentirían mejor si se aseaban. Explicó todo esto, y sólo uno se opuso: el congresista Howell.

—¿Desde cuándo da usted las órdenes aquí, señor Rand? —inquirió—. No recuerdo que hayamos votado...

Brett levantó sorprendido la mirada. No lo habían hecho, y en realidad parecía innecesario. Hasta entonces había asumido el mando porque le parecía natural, teniendo en cuenta que nadie se había hecho cargo.

Un largo silencio siguió a las palabras de Howell. Brett comenzó:

—En efecto, tiene usted razón. Yo...

No pudo continuar. La Matrona Militante intervino:

—Congresista, creo que hasta ahora el señor Rand ha desempeñado bien su tarea, y si hay que votar yo seré la primera que vote a su favor. De no ser por él seguiríamos allí... en Marte —conque al fin admitía la verdad—. Ha sido el único hombre con agallas... sí, he dicho agallas... para rescatarnos y considero que debe ser nuestro capitán. Compañeros, ¿qué opinan? —miró a los otros y obtuvo como respuesta un aplauso unánime. Howell le volvió la espalda, furioso.

Todos recibieron su ración de agua, turnándose las cinco palas de comida (la sexta era utilizada como cazo). Sólo pudieron humedecerse el rostro y las manos. Pero una mujer tuvo la brillante idea de verter toda el agua en la compuerta estanca de la cabina de ellas (habían encontrado otra allí), para poder lavar alguna ropa.

Brett se pasó la mano por la barba crecida mientras esperaba su ración de agua, echando en falta una navaja de afeitar. Forrest se acercó tímidamente.

—¿Quiere una maquinilla, señor Rand?

Brett levantó la mirada y sonrió.

—Tengo una —confesó el muchacho en un susurro mientras se pasaba la mano por su mentón imberbe—. Unos chicos más grandes que yo se burlaban porque todavía no me afeito... en la Tierra, se entiende. El día que llegaron los decápodos... yo salí a comprarme una maquinilla... Pensé... afeitarme para que me creciera la barba. No lo he dicho porque pensé que se reirían de mí, pero si usted les dice que la compré para mi padre...

El hombre tuvo ganas de darle un abrazo. La maquinilla, de calidad vulgar, estaba oxidada, pero no le importó. Casi gritó de júbilo cuando Forrest sacó un tubo de crema de afeitar que llevaba en el bolsillo.

Los demás acudieron para solicitar el próximo turno. Forrest insistió en que su héroe se afeitara primero. Los demás, agregó con un gesto despectivo de la mano, podían arreglárselas con las sobras... o algo así.

El reverso de las pantallas de energía podía servir de espejo, y Brett utilizó una para afeitarse. Después de algunas dificultades por lo hirsuto de la barba, y cortándose más de una vez, logró un afeitado pasable. Luego entregó la maquinilla a quien correspondía según los turnos. Por suerte, el muchacho había comprado también toda una caja de hojas. Cada hombre guardó su hoja para usos posteriores.

Dell apareció con las demás mujeres.

—Me siento una mujer nueva —rió—. Cuesta creer los milagros que puede hacer un poco de agua...

Las abluciones infundieron en los terráqueos una nueva sensación de vida, un levantamiento de la moral. Sus ojos brillaron y sus voces alegres resonaron en la nave.

Cuando le llegó el turno de ocupar los mandos, Brett volvió a quitar la pantalla de energía para comprobar si los decápodos aún les seguían. No había terminado de volver a ponerla cuando un impacto sacudió la nave. Era indudable que les seguían.

Habló con George. ¿Debían tratar de rechazar al enemigo otra vez? Decidieron consultar con los demás aquella cuestión fundamental. ¡La mayoría votó a favor de la guerra!

La nave se desvió una vez más de su rumbo para enfrentarse al enemigo. Brett procuró centrarlo en la pantalla visora. Luego apretó el botón que quitaba la pantalla de energía, pero tuvo que conectarla casi en seguida. La nave fue sacudida por un rayo de los decápodos que relampagueó a través del vacío.

Por dos veces ensayó la misma táctica, y la otra nave disparó dos veces; la tercera los decápodos le imitaron y quitaron su pantalla de protección. Brett disparó sin demora y acertó.

—¡Tocada! ¡Tocada! —gritó George. Vieron que la gran nave se tambaleaba, perdía el rumbo e intentaba enderezarse. No pudo hacerlo. Carecía locamente de un lado a otro. Pero los decápodos aún no habían terminado. Un rayo blanco atravesó la oscuridad, pero ni siquiera rozó la nave.

Los decápodos intentaron conectar su pantalla de protección. Aunque relampagueó dos veces, se apagó casi en seguida. Brett volvió a lanzar el rayo, pero el enemigo se había alejado y ahora la distancia era excesiva.

Los persiguieron varios minutos pero, aun estando averiada, la gran nave podía acelerar más y se alejaba rápidamente por donde había venido... de regreso a Marte...

El piloto lanzó un suspiro de alivio, dio media vuelta y puso una vez más proa a Tierra. Aún estaba lejos, muy lejos, y nadie sabía cuánto tiempo iba a durar el viaje.

Sin nuevas interrupciones, la monotonía del espacio comenzó a pesar en los pasajeros. Las voces bajaron, los ojos se apagaron y los cuerpos se relajaron, por no haber nada en que ocupar la mente ni el cuerpo. Comenzaron a aborrecer la comida; muchos padecían indigestiones además de los resfriados contraídos en Marte.

Brett comenzó a preguntarse si llegarían vivos a casa. Comprendió que él también estaba mal; las emociones de la huida y la lucha con los decápodos le habían impedido recordarlo, pero ahora que tenía tiempo para darse cuenta de su estado, supo que se hallaba realmente enfermo.

Pasaron horas interminables y, con ellas, las enfermedades empezaron a bordo. Clarice y la señora Burton estaban muy graves; permanecían en el otro cuarto y ni siquiera salían para comer. Mattie había vuelto a los rezos, poniendo a Dios por testigo de los pecados de todos ellos. La señora Snowden pasaba la mayor parte del tiempo tumbada en un rincón y la Matrona Militante, aunque intentaba ayudar a Dell y animar a los demás, se hallaba visiblemente enferma. Varios hombres se hallaban en el mismo estado, rechazaban los alimentos; a Forrest le brillaban demasiado los ojos.

Sentado en un asiento tejido con las tiras colgantes frente al cuadro de mandos o echado en su rincón, Brett descubrió que durante largos períodos su mente parecía alejada de su cuerpo. Los momentos de lucidez eran cada vez más escasos. A veces creía hallarse en Marte, otras en su escritorio de la Oficina de Normas. En otras ocasiones se oía hablar en voz alta, sin dirigirse a nadie en particular.

—Es la comida —oyó que Dell le decía a George—. Se está pudriendo...

Estas palabras lo despabilaron. Corrió a la cuba abierta que usaban, pues las otras tres ya estaban vacías. Probó la comida y sólo mediante un gran esfuerzo logró no vomitar. Estaba corrompida.

Llamó a George.

—Abramos el último tonel.

También se estaba pudriendo.

—No hay más comida —constató.

A la hora de la comida siguiente, sólo se repartió agua del barril semivacío. Nadie pareció reparar en el cambio ni preocuparse. Brett se arrastró hasta el cuadro de mandos para comprobar el rumbo. La Tierra de manto verde se hallaba en el punto muerto de la pantalla, pero aún parecía muy lejana. Experimentó un acceso de pánico. ¡Tal vez habían dejado de avanzar!

Contempló largo rato el globo lejano. Por un momento olvidó lo que era en realidad; se había convertido en un símbolo, un símbolo o meta, pero fuera de esto no recordaba nada más. Era como si el vacío hubiera existido siempre y fuese lo único que él conocía. Pero no podía apartar de su mente el profundo deseo que sentía por aquel hemisferio verdoso con su diminuto satélite, pues la Luna ya destacaba un poco en la oscuridad, alumbrando con su resplandor al planeta madre.

Alguien le despertó para decirle que Clarice había muerto y que Mattie desfallecía rápidamente, pero las palabras apenas significaban nada. Sabía que Kent ya había muerto y que otros se hallaban en un coma profundo del que era imposible sacarlos.

Cuando volvió en sí advirtió un olor desagradable. Le desconcertó, hasta que se dio cuenta de que provenía de la provisión alimenticia podrida. Una señal de alarma resonó en su interior, comprendió que era necesario sacar los alimentos de la nave. Al principio le había preocupado la provisión de aire, temiendo que pudieran quedarse sin él, pero luego descubrió que uno de los dos motores de la nave estaba destinado a mantener el aire limpio y puro. Pero con aquella putrefacción que salía de las cubas, el aire pronto se haría irrespirable. Tenían que vaciarlas.

Buscó ayuda a su alrededor y vio que George dormía, agitándose débilmente en sueños, lo cual era síntoma de fiebre. Moore, el comerciante, yacía boca arriba, roncando espasmódicamente; los mofletes habían desaparecido de su rostro y su piel era de un amarillo enfermizo. Howell descansaba en una posición poco natural. Al inclinarse sobre él, Brett vio que estaba muerto. El mulato Harris estaba hecho un ovillo y le corría el sudor por el rostro. El gran negro Jeff y Jerry el periodista parecían los únicos de aspecto normal. Forrest respiraba con dificultad; McCarthy yacía abrazando al perro y deliraba. Brett despertó a Jeff y a Jerry y les dijo lo que había que hacer. Estaban sin fuerzas, pero juntos lograron empujar el par de toneles hasta la compuerta estanca y verterlos. Tuvieron que repetir varias veces la operación, y los tres sufrieron con aquella horrorosa tarea, pues el repugnante olor los mareaba. Se vieron obligados a rascar los fondos, pero al fin terminaron y cerraron herméticamente los toneles.

Los muertos constituían otro problema, pero no les agradaba la idea de lanzarlos al espacio. Apilaron los cadáveres a un lado y los cubrieron con lo que había sido cortina para el cuarto de las mujeres.

La nave de la muerte siguió avanzando, acercándose poco a poco a su objetivo. Desde el suelo, Brett levantaba la mirada de vez en cuando y veía a George colgando de las tiras, con los ojos cerrados. Pero la situación apenas era captada por su cerebro, pues volvía a hundirse en el reino irreal del delirio. Intentó varias veces salir de tal letargo, pero era demasiado esfuerzo. No sabía que se había levantado varias veces como un sonámbulo para andar entre los demás, apoyando la mano en algunas frentes. Cuando volvió a despertar, encontró sus brazos rodeando un cuerpo delgado aunque cálido.

Fijó la mirada con cierta dificultad y supo que era Dell Wayne la que estaba allí. Le sorprendió su aspecto, sus mejillas hundidas, la profundidad de sus ojeras. Se asustó, temiendo que estuviera muerta, y apoyó la cabeza sobre su corazón. Latía. El movimiento despertó a la muchacha. Ella logró sonreír.

—Brett..., amigo Brett —murmuró con voz apenas audible—. Supongo que esto es el fin..., ¿no? Me alegro de haberte conocido... Brett...

El sentido de estas palabras le hizo reaccionar y supo que no quería morir.

—No..., no..., no moriremos..., no podemos morir. Hemos pasado juntas demasiadas vicisitudes para morir..., no puedo permitir que mueras..., ¿comprendes? Dell..., te quiero..., te quiero mucho. No podemos morir... todavía...

Ella no respondió, aunque le sonrió enigmáticamente. Luego ambos guardaron silencio y se hundieron en esa semi-muerte del sueño.

Ni el primero ni el segundo grito los despertaron. Fue necesario que Forrest los sacudiera enérgicamente para que despertaran.

—La Tierra... —chillaba—... la Tierra... en nuestro camino. ¿No comprenden? ¡Casi hemos llegado... a casa...! ¡A casa!

La última palabra lo consiguió, Brett despertó y miró, encendido, los ojos aún más encendidos del muchacho.

—¿A casa? —preguntó quejumbrosamente—. ¿A casa?

Luego intentó ponerse en pie y levantar a Dell. Miró por el costado de la nave (hacia mucho que habían quitado la pantalla de energía, después de comprobar que la nave decapodiana había desaparecido realmente). Era verdad. Ante ellos, ocupando casi todo el cielo, aparecía el ancho globo verde de la Tierra. A un lado brillaba un delgado cuarto del satélite. Ya se hallaban dentro de la órbita de la Luna.

Pese a su debilidad, Brett logró trepar hasta el cuadro de mandos, observando con ojos anhelantes el gran planeta que aparecía ante él, divisando los característicos contornos de los continentes, a medida que el globo giraba lentamente, una mitad a oscuras y la otra iluminada.

No supo cuánto tiempo permaneció allí. Abajo notaba los movimientos de sus compañeros, pues Forrest los despertaba casi a todos. Sabía que la aproximación aún iba a tardar horas, pero no importaba, nada importaba puesto que la fisonomía de la Tierra aparecía ante sus ojos, alternando entre la luz y la oscuridad. Poco a poco perdió su forma de globo, los horizontes se enderezaron y, con una rapidez que le sorprendió, descubrió que el cielo ya no era negro... que empezaba a tener color... celeste claro al principio y luego más oscuro, ¡Estaban dentro de la atmósfera!

Luego pareció que caían, que caían demasiado rápido a medida que el mar y la tierra corrían a su encuentro. «Frena, frena», ordenó su cerebro, «frena antes de que nos estrellemos».

Había que girar las tres perillas. Forcejeó con ambas manos, luego notó que alguien le ayudaba y vio que era George, La nave se enderezó, y con la misma velocidad que les parecía tan increíblemente lenta en el espacio, volaron por el aire a unos ocho kilómetros de la superficie. La aceleración disminuyó y Brett empuñó la barra. Habían llegado al polo sur de la Tierra, y dirigió la nave hacia el norte.

Los que estaban en mejor estado se incorporaron, apiñándose junto a las paredes para observar con avidez el hemisferio diurno. La noche cayó bruscamente sobre ellos y siguieron volando. Por las constelaciones, Brett supo que habían cruzado el ecuador y orientó el rumbo guiándose por la estrella polar. Amanecía cuando comprendió que se hallaban cerca de la costa de Virginia. Allí estaba el gran brazo de tierra que era la orilla oriental de Chesapeake Bay. Sobrevoló la bahía, siguió su contorno e intentó recordar los nombres de los ríos que desembocaban en ella.

Encontró el río que buscaba, el majestuoso Potomac y siguió su curso. Poco después vio el maravilloso emplazamiento de Washington, la minúscula aguja de piedra que era el Monumento. Poco después, la nave sobrevoló Haines Point, y Brett detuvo la barra oscilante.

La nave se lanzó hacia abajo, cayendo hacia el suelo, frenado su empuje delantero. A medida que la Tierra se acercaba a su encuentro, George y él atrasaron los tres diales hasta el cero. El viaje había terminado.

La nave se posó como una pluma sobre el césped del campo municipal de golf, no lejos del lugar donde, un fatal día de cinco semanas atrás, había aterrizado la gran nave de los decápodos.

Washington volvió a presenciar la llegada matinal, pero sólo había policías y soldados para recibir a los viajeros. Bolling Field y el Aeródromo Naval habían enviado aviones al

lugar y las ametralladoras apuntaban amenazadoramente hacia allí. Un grito de asombro saludó al primero de los demacrados pasajeros que desembarcó. Manos solícitas les ayudaron mientras los que no podían caminar eran evacuados con precaución.

Una semana después Brett Rand, rodeando con un brazo a su esposa, recibió a los periodistas en casa de su hermano. Todavía delgados y pálidos, los recién casados manifestaron su alegría por estar en «casa».

—¡Dedicaré mi vida a liberar a todos los animales domésticos de la tierra! —declaró la señora Rand cuando le preguntaron si pensaba seguir una «carrera».

—Después de la luna de miel —manifestó Brett—, George y yo nos dedicaremos a estudiar la nave de los decápodos. Podremos aprender muchas cosas de ella, mecanismos totalmente nuevos para la ciencia...

—¡Ésa, muchachos, es una gran tarea! —exclamó George, hablando desde la oscuridad.

Nat Schachner - PASADO, PRESENTE Y FUTURO

1

Desde el lindero de la selva. Kleon observó la bahía azul brillante. La gran trirreme, con sus filas de remos muy escoradas, ardía violentamente. El fuego y el humo se alzaban hacia el Sol tropical, lamían la popa, se arremolinaban con furia alrededor del dios Poseidón cuya barba de madera y tridente puntiagudo adornaban la afilada proa.

Mientras el dios se tambaleaba y caía carbonizado e irreconocible en las salobres aguas, Kleon inclinó la cabeza y murmuró la plegaria clásica de Homero. Era un presagio, la señal de que jamás volvería a ver las vides de su tierra ni sus olivos retorcidos; nunca volvería a conversar con los filósofos, ni oíría al deiforme Alejandro arengar a la falange macedónica contra las huestes persas.

Las ascuas se apagaron poco a poco y cesó el crujido de la madera al arder. A su espalda, rodeada de una maraña de árboles lujuriantes y flores exóticas, esperaba su tripulación. No eran de su raza, sino morenos marinos egipcios de Tebas, reclutados por el poderoso Alejandro para su expedición contra Arabia y los potentados indios.

Sostenían inquietos sus lanzas, teniendo la terrible ira de su joven comandante, sabiendo que eran culpables de la traición más vil pero, al mismo tiempo, nada arrepentidos de lo que habían hecho. Sus ojos miraban con avidez a las mujeres que aguardaban cerca, aborígenes de aquella tierra increíble, en cuyo firmamento brillaban estrellas desconocidas y cuyo suelo abundaba en alimentos, refugio y subsistencia para quien quisiera tomarlos. Aquellas mujeres eran altas, gráciles y erguidas, con piel cobriza y ojos sonrientes que constituían una delicia para unos marinos que no habían visto ni siquiera una sirena durante muchas lunas.

¿Por qué iban a dejar aquellas delicias recién halladas, aquella raza gentil de gente amigable, que se llamaban a sí mismos mayas en su lengua fluida, para adentrarse una vez más en el proceloso Océano y regresar hacia el Sol poniente? Eso era tentar a los dioses. Estaban seguros de que esta vez sus huesos se pudrirían en las sombrías cavernas de los mares insondables, o de que la nave rebasaría el confín del mundo para caer en las fauces del viejo Caos.

No; habían tentado demasiado a los espíritus de las aguas. Hasta entonces, sólo Isis y Osiris los habían salvado ya que el gran viento que alborotó el Océano Indico los había separado de la armada de Niarchos, el almirante de Alejandro, mientras ésta contorneaba las costas hostiles. Se quedarían allí con el pueblo que, por lo visto, los consideraba tanto a ellos como a su rubio y joven comandante, dioses venidos del otro lado del mar, ¿Acaso no se arrodillaron y adoraron a Kleon cuando la trirreme echó el ancla en la fantástica bahía? ¿Acaso no le aclamaron llamándole por un nombre exótico, como si fuera esperado desde hacía mucho tiempo? Quetzal, eso era.

Pero Kleon, con su tozudez griega, después de un mes de agradable descanso bajo los aires reparadores y de cargar toneles de alimento y agua, les ordenó que se pusieran de nuevo a los remos para arrostrar una vez más los peligros de que habían escapado milagrosamente. Había opuesto una mueca cerril y dura a todas sus protestas.

¡Por eso quemaron la nave! Pese a toda su sabiduría griega y a las artes mágicas que había aprendido entre los sabios de los persas, los indostanos y los antropófagos de un solo ojo que acechaban en las cuevas del Techo del Mundo, Kleon ya no podría obligarles a surcar otra vez los mares.

Pero, como él era el comandante, y ellos sólo unos esclavos egipcios; como llevaba brillante armadura y sabía esgrimir la corta espada macedónica que llevaba a un costado, se agazapaban, estaban inquietos, pese a que ellos eran cien y él sólo uno.

Mas el griego, terrible en su armadura como el joven dios del Sol, no hizo movimiento alguno. La trirreme era una pavesa ennegrecida sobre las aguas silenciosas, los mayas, altos y morenos, contemplaron al desconocido, a quien habían aclamado como Quetzal con incommovible adoración. Hasta los pájaros chillones y multicolores que parecían burlarse de ellos desde los árboles imitando voces humanas estaban callados.

El timonel Hotep se le acercó, temeroso.

—No estés enojado con nosotros, noble Kleon —suplicó—. Sólo hicimos lo que nos parecía mejor. Aquí, entre esta gente, somos como dioses. A qué afrontar las tempestades para sufrir hambre, sed y ataques de monstruos terribles y, acaso, alcanzar los límites del mundo, para regresar una vez más a... la esclavitud, las tareas agotadoras y las heridas de la guerra.

Kleon se volvió lentamente.

—Sin duda, habéis hecho lo mejor para vosotros mismos —afirmó con serenidad—. Sois esclavos, egipcios. Os mezclaréis con estos habitantes de ultramar y no os parecerá una degradación. Les enseñaréis vuestras artes y os daréis por satisfechos. Pero yo soy griego, y ellos son bárbaros. No desperdiciaré mi vida entre ellos... y vosotros. La vida es el precioso depósito del *noumena*, el pensamiento metafísico, o no es nada. En los confines del mundo, el poderoso Alejandro marcha hacia nuevas victorias, y la cultura griega le acompaña. Aquí hay estancamiento, mentes que nada saben de la ciencia ni de la noble filosofía. ¿Qué tengo que ver yo, un griego, con éstos... o con vosotros, oh, Hotep?

El egipcio se inclinó con humildad. No estaba ofendido. En otros tiempos su raza fue poderosa, pero el mundo había cambiado y los viejos dioses habían cedido ante los nuevos. Por esta razón, él y sus compañeros se contentaban con pasar el resto de sus días en aquella tierra nueva.

—Gran Kleon, ¿qué quieres de nosotros? —inquirió.

El griego le miró, pensativo y luego volvió sus ojos al océano, donde estaba el casco chamuscado de la trirreme. Luego los paseó sobre la temblorosa tripulación, los nativos de piel cobriza; oteó tierra adentro, por encima de la selva impenetrable, hasta la elevación azul que indicaba la existencia de una cordillera interior. El humo se alzaba perezosamente de una cima en forma de cono. Sus ojos azules brillaron; una extraña pasión se adueñó de su ser. Cuando habló parecía monologar, en vez de dirigirse a Hotep.

—Cuando Alejandro salió de Persépolis y marchó durante meses terribles por las extrañas tierras asiáticas y pueblos aún más extraños hasta el Indo, cruzamos el mismísimo techo del mundo. Allí encontramos una raza de sabios santones, tan viejos, tan amojamados por el tiempo que realmente parecía increíble... sobrevivientes de una era pretérita, cuando la Tierra estaba envuelta en hielo y el propio Zeus aún no había nacido. Pasé algún tiempo con ellos, oh Hotep, y me abrieron sus mentes a mí, el insaciable buscador de conocimientos. Me hablaron de días anteriores a la llegada del hielo, cuando el mundo era joven y las colinas desérticas estaban cubiertas de verdor extraño y de poderosas ciudades. Hablaban como si hubieran conocido grandes civilizaciones ya sepultadas. A decir verdad, sus conocimientos eran superiores a los del mismo Aristóteles. Aseguraban que su civilización murió cuando los hielos avanzaron inexorablemente hacia el sur, pero era tal la ciencia secreta de sus sacerdotes que algunos pudieron emparedarse en cavernas, para reposar allí durante largos siglos de letargo inmortal y despertar en un momento predeterminado en que según su ciencia les indicaba que los hielos habían retrocedido de nuevo a las frías regiones boreales, Me mostré escéptico, conforme a las

enseñanzas de los sofistas, pero me llevaron a las cavernas cerradas, donde pude mirar a través de un instrumento que hacía transparente la roca, y allí vi a algunos de sus durmientes. Afirmaron que éstos habían dispuesto su despertar para una época posterior a la de los demás, deseando conocer el futuro más lejano. Han de pasar mil años para que éstos despierten y vuelvan a respirar.

—Es increíble —murmuró Hotep, oficioso.

El rostro de Kleon era una máscara contemplativa.

—Me desvelaron el secreto —susurró—. Al ver esa montaña, en cuyo seno rumorean los titanes y los cíclopes forjan su rayo, recordé aquel relato.

De súbito irguió los hombros. Su voz resonó como solía hacer cuando conducía una falange a la batalla.

—¡Hotep, esclavos! ¡Escuchadme!

Ellos se sobresaltaron al oír el clamor estentóreo, olvidando que él era uno y ellos cien.

—Sí, noble señor —respondieron a coro.

—Habéis cometido una acción vil. Sois como animales; esta tierra ociosa y su pueblo aún más ocioso satisfarán vuestros limitados deseos. Pero yo soy griego y debo andar siempre con una llama brillante y límpida; de lo contrario la vida no tiene valor para mí. No pienso desperdiciar entre bárbaros los días que me quedan. En consecuencia, si deseáis mi perdón, debéis cumplir exactamente mi voluntad.

Hotep se acercó con cautela al grupo de sus compañeros y aferró la empuñadura de su lanza. ¿Acaso el griego tenía la delirante idea de construir una nueva trirreme con los gruesos árboles del bosque y poner rumbo al oeste? En tal caso, él preferiría...

Kleon no pareció reparar en los gestos y miradas hostiles de sus hombres.

—Yo también haré frente a mi destino —declaró—. El presente es un ánfora vacía para mi espíritu; deseo llenarme con el vino transparente de días que aún no han visto la luz. Me emparedaré en una caverna, lo mismo que aquellos sacerdotes que habitaban el Techo del Mundo, y lo haré como ellos me enseñaron. Fijaré la fecha para mi despertar. Veamos... sí, diez mil años. ¡Quién sabe qué visiones extrañas y maravillosas se presentarán a mis ojos después de ese tremendo número de años!

Las lanzas cayeron de los dedos sin fuerza, produciendo un golpe seco; las barbas negras se agitaron con ridículo asombro y voces confusas invocaron a Horus y Amón Ra. El pueblo cobrizo, inconsciente, ignorante del significado de las palabras del dios Quetzal, se postró atemorizado ante su mirada relampagueante y el sonido de su discurso, espantoso como la mar encrespada.

Hotep balbució algunas palabras.

—Señor, ¿te has vuelto loco? ¡Estos relatos de magia han perturbado tu cerebro! Ellos se burlaron de ti. Es imposible...

—Es suficiente que yo lo ordene —le interrumpió bruscamente Kleon, tocando su espada con significativo gesto.

Una ola de apresurados asentimientos se elevó como incienso de entre la tripulación. ¿Por qué no habían de cumplir la voluntad del griego loco? Si lo hacían, quedarían liberados del constante remordimiento por su traición y del temor a la venganza meditada. Vivirían con aquel pueblo afable, tomarían a sus mujeres como esposas y descansarían tranquilos y seguros después de tantas penurias. Que el griego fuera emparedado, si lo deseaba, en las entrañas de la tierra, para esperar ese futuro fantástico que describía.

Se necesitó casi un año para realizar la tarea. Pero Kleon dirigió implacablemente a su tripulación y a aquella gente dócil que se llamaban a sí mismos mayas. Ahora que la suerte estaba echada, después de meditarlo durante noches y días, estaba impaciente por conocer el futuro que los gimnosofistas del Techo del Mundo le habían prometido; en verdad estaba muy impaciente.

Necesitaba un volcán, pues los gases generados en las forjas de los cíclopes eran necesarios para su conservación. Localizó el cono azul del que brotaba eternamente humo a unos cincuenta estadios tierra adentro. Dispuso que su base fuera limpiada, y allí los egipcios le construyeron una pequeña pirámide, imitando la de Keops, donde los mayas cobrizos trabajaron voluntariamente como sumisas bestias de carga. Bajo la piedra labraron una sencilla cámara, a prueba de siglos y hermética a toda contaminación exterior. De la cámara partían unos conductos de piedra hacia las entrañas de la montaña que lanzaba fuego. Mediante ingeniosos dispositivos de aspiración, los gases arremolinados de azufre y el vaho sulfuroso podían entrar en las proporciones adecuadas.

Luego se retiraron y Kleon trabajó en secreto. Del justillo de piel que llevaba bajo la armadura, sacó una esfera de plomo, que le habían entregado los gimnosofistas con las instrucciones pertinentes. Dentro de la bola hueca había una sustancia brillante que siempre ardía, una sustancia que ardía pero que no se consumía sino al cabo de miles y miles de años.

Kleon la manipuló con mucho cuidado y preparó el mecanismo de modo que, a determinada presión, aparecieran las minúsculas aberturas que darían salida a las radiaciones del elemento interior en cantidades determinadas, hasta cesar por completo transcurridos diez mil años. Él, un griego, naturalmente ignoraba que tenía en la mano una onza de radio puro; el secreto de su metalurgia era conocido en aquella civilización preglaciaria, y se había perdido en el mundo recién nacido.

Luego, como le habían enseñado, preparó un cómodo nicho donde acostarse, comprobó que ciertas piedras con goznes preparadas por Hotep encajaban perfectamente en su alvéolo para condenar toda entrada y salida, e instaló sobre un resorte secreto que controlaba los resortes un minúsculo disco de una sustancia laminada y fluorescente, también suministrado por los ancianos del Techo del Mundo. A él apuntaban los orificios de la bola de radio.

Le habían dicho que las potentes radiaciones del sagrado elemento desintegrarían cada lámina del disco exactamente en mil años. Por tanto, Kleon quitó las capas sobrantes y sólo dejó diez para exponerlas a la inclemencia constante del radio. Cuando el bombardeo llegase a la última capa fluorescente, los rayos incidirían sobre el resorte que haría girar los goznes de piedra. Los sillares girarían suavemente en sus alojamientos; el aire del exterior podría entrar, barriendo los gases adormecedores, y Kleon despertaría como si hubiera dormido una siesta corta y tranquila, diez mil años en el futuro.

Habían querido explicarle exactamente la acción del radio puro y de la mezcla de óxidos de azufre, de ácido clorhídrico, de sulfocianuros e hidrocarburos presentes en los gases volcánicos. Pero la química no era una ciencia en que los griegos estuvieran muy fuertes. A Kleon le bastaba saber que dichos cuerpos ejercían determinados efectos sobre sus tejidos y órganos corporales. Actuaban como un freno de los procesos vitales, una solución en que toda vida quedaba indefinidamente suspendida, sin que se helara la sangre y con la carne fresca y firme.

Al fin llegó el día. Le pareció a Kleon que su corazón latía con demasiada rapidez. ¿Y si los gimnosofistas se habían burlado de su fe griega; y si eran magos cuyas hazañas no fuesen sino trucos? En tal supuesto, moriría dentro de su tumba y no volvería a salir. Rió, y su risa resonó huecamente en sus oídos. No temía a la muerte pero...

Sólo Hotep y él estaban dentro de la pirámide, en la cámara sagrada. Fuera, su tripulación guardaba la entrada, rindiendo honores con sus armas según sus instrucciones estrictas. Más allá, en el claro que rodeaba la pirámide, yacían los mayas, postrados en señal de adoración. Se les había anunciado que Quetzal, el dios blanco y rubio, pensaba dormir. Estaba cansado de la iniquidad del mundo. Pero algún día resucitaría con todo su

poder para conceder a sus hijos, los mayas, la vida eterna, la paz y una prosperidad sin precedentes.

—Creo que eso bastará para protegerme de cualquier peligro —le dijo Kleon a Hotep con una astuta sonrisa. Miró socarronamente al egipcio y agregó—: También creo que te resultará ventajoso perpetuar la leyenda.

Hotep sonrió también detrás de su barba.

—Noble Kleon, tu mirada lo penetra todo. Me haré sumo sacerdote de Quetzal, y mis hijos también lo serán después de mí.

—No lo dudo —comentó Kleon, lacónico.

Luego su rostro se convirtió en una máscara pétrea. Comprobó las salidas, el funcionamiento de la losa.

—Ha llegado el momento, oh Hotep. Retírate y cuando hayas salido pon la losa en su lugar. Luego, si aprecias en algo tu vida y tu inminente sacerdocio, no intentes entrar en mi morada.

El egipcio iba a murmurar algo a través de la barba negra, pero optó por hacer una reverencia y retirarse. La inmensa piedra labrada se acomodó suavemente en su alvéolo. La cámara estaba cerrada.

Kleon, como si se considerase ya muerto, hizo sus preparativos. Toda la iluminación se reducía a una antorcha humeante. El disco quedó en posición sobre el resorte. La bola de plomo se adaptó con precisión en su nicho. Tocó el mecanismo y los orificios imperceptibles del plomo apuntaron al disco. Un extraño resplandor inundó la cámara. El material fluorescente de las diez láminas brilló al recibir el enérgico bombardeo. Kleon sintió un extraño hormigueo en la piel, como si innumerables átomos estallaran hacia el olvido. Le habían advertido de los letales efectos de la exposición directa al radio.

Algo espantado por lo que se disponía a hacer, completó los preparativos. Se echó con cuidado en el jergón preparado en una hornacina de la pared sólida y se acomodó. A su lado tenía la espada y una afilada jabalina. Él era un guerrero, caudillo de una falange. No sabía qué clase de hombres iba a encontrar en ese futuro lejano e inimaginable. En un rincón de la cámara había unas ánforas selladas, llenas de cecina y agua para saciar su hambre y su sed al despertar.

Hizo una mueca. ¿Despertaría? Sus dedos vigorosos tomaron la pequeña palanca de metal que tenía a un lado, una pequeña presión hacia abajo y las piedras exactamente talladas que cerraban los pasos del volcán se abrieron. Después...

La antorcha empezó a humear. No tardaría en apagarse. El aire del recinto se agotaba con rapidez. La respiración se hacía difícil. El resplandor espectral a través de la penumbra parecía eterno; el disco despedía minúsculas chispas. La sensación de hormigueo en su piel aumentó. Apretó los dientes y bajó la palanca.

Tres grandes piedras giraron silenciosamente sobre sí mismas, descubriendo tres agujeros en la pared. Hubo un débil rumor, un sonido de succión y entró el gas amarillo y espeso.

Recorrió la cámara subterránea, semejando unos tentáculos viscosos y ensortijados. Rodeó su cabeza de vapores acres y sofocantes. La antorcha parpadeó y todo quedó en la oscuridad. Sufrió convulsiones y sus pulmones trataron de aspirar aire, llenándose de gas irritante.

Pero una débil luminosidad brillaba en el seno de la oleada amarilla y densa. Vio chispas y oyó crujidos. Respiró nuevos olores acres. Empezaban a producirse transformaciones químicas desconocidas para él.

Kleon sintió que el escozor cesaba de súbito. Quiso respirar pero no pudo. Intentó mover los miembros. Éstos se negaron a obedecerle. El latido de su corazón se hizo más lento hasta pararse por completo. Le invadía una gran somnolencia.

Así pues, esto era la muerte. La cámara parecía dar vueltas a su alrededor. Su pensamiento tropezaba con una indefinible obstrucción. No volvería a ver las vides de su tierra, los nudosos olivos... Atenas... Alejandro... los compañeros...

La cámara emplazada debajo de la pirámide quedó en absoluto silencio. Los conductos que comunicaban con el volcán se cerraron automáticamente. Los gases transformados bañaron el cuerpo inmóvil, paralizado. El radio despedía su resplandor incesante. El disco laminado resplandecía bajo los rayos. Todo era silencio. El tiempo se había detenido...

2

Sam Ward se secó el sudor de las manos en la gruesa tela caqui de sus pantalones y miró. Estaba cansado, sudoroso, atosigado por los molestos insectos, asado por el ardiente sol guatemalteco y bastante decepcionado. Le habían inducido a esperar más.

—Allí está —el mestizo hizo un gesto, medio de triunfo y medio de temor, con su dedo mugriento—. Juan nunca miente, Ahora el señor le pagará los cincuenta dólares mexicanos que prometió. Juan no quiere quedarse. Hay peligro.

Sam no respondió. Recorrió el escenario con una ojeada de experto. Ciertamente era un hallazgo, pero había muchas ruinas más altas y más interesantes en la península de Yucatán. Aquéllas no parecían demasiado importantes.

Sam había vivido mucho durante los pocos años transcurridos desde que terminó sus estudios. China y los Señores de la guerra, excavaciones en Mesopotamia con acompañamiento de escaramuzas con los beduinos —a las que no se dio publicidad— así como una visita, ni legal ni autorizada, a las excavaciones practicadas por los de Harvard en Chichén Itzá, Yucatán. Por último, aquel trabajo relativamente soso, pero bien remunerado, para averiguar si las selvas interiores de Guatemala tenían posibilidades para establecer plantaciones de bananas por cuenta de un sindicato de Nueva York.

Había conocido a Juan en San Felipe, cerca de la costa del Pacífico. No existía mestizo más mugriento, maloliente y empapado en alcohol. Pero era prácticamente la única fuente de información que Sam pudo localizar.

Los blancos se mostraban amables pero imprecisos. Se encogían expresivamente de hombros. Las húmedas e interminables selvas que se extendían hasta las estribaciones de Sierra Madre eran lugares que, sin duda, no convenía visitar. Eran impenetrables, palúdicas, plagadas de garrapatas y fiebre amarilla, llenas de pantanos sin fondo, habitadas sólo por fieras y serpientes venenosas. Además, agregaban expresivamente sus informantes, a los indios no les gustaría.

Sam Ward se sonrió al oír esta última información. Se consideraba muy competente para cuidar de sí mismo. Era alto, de hombros anchos y músculos ágiles y poderosos que se le marcaban a cada movimiento. Conocía las selvas y se había enfrentado a hombres más salvajes que cualquier fiera o serpiente. Llevaba descuidadamente una cartuchera a un costado, y en la funda un revólver de seis tiros. Estaba cargado, y Sam lo había usado con eficaz y mortífera puntería siempre que fue necesario. No; a Sam no le preocupaba demasiado si gustaba a los indios o no. Tenía un trabajo por el cual sus patronos le pagaban con largueza.

—¿Por qué no gustaría a los indios? —preguntó con prudencia.

Su informante volvió a encogerse de hombros. Era el alcalde de San Felipe, un hombre bajo, fornido y algo asmático.

—Ellos no hablan, señor —admitió—. Son mayas, descendientes de una raza obstinada. Para ellos esas selvas son sagradas. Algunos extranjeros han entrado allí, pero no regresaron. De modo que...

Sam preguntó a los indios. Eran altos, erguidos, bien parecidos y de piel cobriza. ¡No, señor! Ellos no iban a guiarle a través de la selva, ni siquiera por veinte dólares mexicanos. ¿Por qué? Al dios Quetzal, que duerme mientras llega su hora, no le gustaría.

Entonces fue cuando conoció a Juan, el hombre rechazado tanto por los blancos como por los pieles rojas, mientras mendigaba en vano otro trago de ardiente *tequila* a un tabernero duro de corazón. Sam le abordó y le prometió más, mucho más, si se avenía a guiarle a través del territorio prohibido. Juan balbuceó algunas exclamaciones de terror, pero cedió después de varios tragos.

Luego vinieron las jornadas de abrirse paso con el machete a través de la selva espinosa, las horas de vadear pantanos y de luchar contra garrapatas y mosquitos. Era un infierno. Pero había ciertas zonas que servirían para el cultivo, si se lograba engatusar a los nativos para que trabajaran. En todo caso, sería duro, pensó Sam mientras se disponía a emprender el regreso.

Juan observó su gesto de decepción. Pensó con rapidez. Sabía que los tontos norteamericanos pagaban generosamente por ver las ruinas de la selva. Su cerebro embotado por el alcohol había olvidado todo temor.

—¿Y si le muestro al amable señor dónde duerme Quetzal? ¿No valdría eso cincuenta dólares mexicanos? —preguntó esperanzado.

Sam se rascó el cuero cabelludo.

—¿Quetzal? ¡Tonterías! Todos los golfillos de Centroamérica te muestran dónde duerme ese dios fabuloso a cambio de una propina.

Ya he visto bastantes piedras inútiles en Yucatán. Además, los antiguos mayas no construyeron ciudades en la zona del Pacífico.

—Esto es diferente —insistió Juan. Había notado con alegría que la objeción no era por los cincuenta dólares, y su codicia le hizo olvidar por completo sus supersticiones—. Es lo que ustedes llaman lo auténtico. Una vez oí a los sacerdotes durante las ceremonias de la Luna llena.

Sam lo pensó. La Sierra Madre se alzaba, empinada y escabrosa, a poco menos de nueve kilómetros hacia el este. Un cono de forma regular humeaba perezosamente, como si viniera haciendo lo mismo desde tiempos remotos.

—¡Trato hecho! —decidió Sam de improviso. Lo de las bananas no había salido muy bien. Quizá tuviera más suerte con la arqueología. ¿Otra Chichén Itzá?—. Pero recuerda... si no hay Quetzal, no hay dinero.

Y ahora estaba allí, decepcionado, contemplando las laderas del volcán y la pirámide cubierta de hierba, muy baja y sencilla, que casi pasaba desapercibida entre la espesura. Ruinas mayas, sin duda, y en territorio virgen. Había visto cientos de ruinas semejantes que no contenían nada digno de mención.

—Quetzal está allí —insistió Juan—. Por favor, señor, déme los cincuenta dólares mexicanos y deje que Juan se vaya. Quetzal puede enfadarse.

Sam meneó la cabeza.

—No es ése el trato —gruñó—. Enséñame a Quetzal y pago doble.

Hablaba solo, pues el mestizo había girado sobre sus talones descalzos, con un grito de sorpresa, arrojándose de cabeza hacia los enmarañados matorrales que les rodeaban.

—¡Diablos! —gritó Sam y sacó el revólver.

Luego se detuvo, con una mueca burlona. Había visto algunas siluetas huidizas que se alejaban y desaparecían sin el menor ruido. ¡Mayas! Le habían vigilado durante horas, siguiendo su lento avance a través de la selva. Pensó que Juan ya no regresaría a San Felipe. Pero también era improbable el regreso de Sam Ward, pensó con indiferencia.

Retrocedió poco a poco hacia la pirámide cubierta de hierba, con el arma preparada y atento a cualquier movimiento que se produjera en la selva circundante. Si lograba trepar por los costados ruinosos y cubiertos de vegetación de la ruina, tal vez podría orientarse y hallar un cambio a través de los bosques sin senderos.

Su pie tropezó con un agujero y trastabilló. Se rehizo, alarmado. En la base de la pirámide, prácticamente oculto por unas enredaderas, había una abertura negra, que su pie acababa de descubrir.

Atento, esperando oír en cualquier instante el silbido del dardo lanzado por una cerbatana, se inclinó para ver mejor. Por suerte llevaba una linterna. La enfocó hacia abajo, iluminando un pasadizo muy inclinado, que descendía en línea recta hacia una profundidad insondable.

Sam apartó con impaciencia el resto de las enredaderas. Olvidó incluso los mayas que le acechaban, tal vez para matar a aquel profanador de sus antiguos secretos. Después de todo, quizás el mestizo borracho tenía razón. Pues aquel pasadizo, aunque construido por manos humanas, era diferente de los que solían hallarse en las pirámides de Yucatán. Un vago parecido le inquietaba, hasta que se hizo la luz en su cerebro. Había visto pasadizos así en Egipto, en la Gran Pirámide de Keops.

Se inclinó y olfateó el aire. Era frío y húmedo, como de caverna, pero resultaba respirable. Lanzó una rápida ojeada hacia atrás. No se oía nada en la selva, ni siquiera el grito de un pájaro. Sonrió torvamente. Los mayas esperaban. Para ellos, el tiempo no tenía un valor especial. Pues bien, que siguieran esperando. Él no tenía prisa en morir.

De momento, era la pirámide lo que le atraía e intrigaba. La construcción, aunque cubierta de hierba, presentaba influencias egipcias. Si lograba demostrar tal tesis, quizás habría resuelto el problema de los mayas. Pero, ¡bah! Lanzó una carcajada ronca. Más valía no hacerse ilusiones. Las posibilidades de regresar a San Felipe eran ínfimas. Luego se encogió de hombros como se había encogido el alcalde, y como un tal Kleon se había encogido de hombros, más de dos milenios atrás. Su vida estaba en manos de los dioses. Mientras tanto...

Entró poco a poco en el pasadizo. A su paso se desprendían pedruscos y tierra suelta. Los ecos parecían truenos lejanos. Se abrió paso con precaución, bajando siempre, alumbrando ante sí con la linterna. Las paredes estaban bien unidas, aunque no pulidas ni decoradas. Hacía frío y el aire era algo fétido. Lo que significaba que el túnel carecía de otra salida que produjera una corriente de aire.

Siguió bajando con cuidado, A sus espaldas esperarían los mayas, enfurecidos por la profanación de sus secretos; delante esperaba... ¿qué?

Pronto iba a descubrirlo. Contempló, asombrado, una pared maciza que le cerraba el paso. El túnel terminaba de improviso. Paseó sobre ella el rayo de la linterna, y su corazón dio un vuelco. Casi imperceptibles, como borradas por el tiempo que todo lo olvida, percibió unas grietas rectilíneas y muy finas. Hacía un tiempo incalculable que habían levantado aquella losa para encajarla allí. Lo cual significaba que al otro lado había una cámara, cerrada por hombres ya olvidados.

Juan había hablado de Quetzal. Lo mismo decían los ceñudos mayas. Pero, naturalmente, eso era ridículo. Quetzal era una leyenda como..., como... Zeus, Poseidón y todo el Panteón de los griegos.

Tenía que entrar, aunque no viviera para revelar al mundo lo que encontrase. Pero, ¿cómo hacerlo? La losa debía pesar más de una tonelada, y no dejaba resquicio para meter ni la punta de un dedo. Se necesitaría una paciente excavación o una excavadora muy potente. Rió al pensarlo. Era como pedir la Luna.

Luego frunció el ceño. Los relatos acerca de Egipto hablaban de sagaces artificios o resortes secretos que movían sin esfuerzo las piedras. Jamás había visto ninguno, y las personas con quienes había hablado tampoco. De estos misterios siempre se hablaba como cosa averiguada de segunda o tercera mano, nunca por el mismo narrador.

No obstante, sus dedos hábiles tocaron, palparon y apretaron. Con el índice tocó una queidad minúscula perceptible sólo al tacto y ahogó una exclamación de alegría.

La pared pareció ceder suavemente ante él. Ni siquiera pudo ver cómo giraba la gran piedra. Al otro lado se divisaba claridad.

Se coló por la abertura y paseó con impaciencia la linterna. Una exclamación brotó de su garganta y murió una vez más en sus labios. Se hallaba en una primitiva cámara, hecha con gruesos sillares. Un tenue resplandor salía de un minúsculo nicho de la pared del fondo, y aquel rayo de luz apuntaba al umbral por donde él había entrado. Esto ya era bastante excitante. Pero en el rincón más alejado, apenas visible bajo el resplandor extraño y chispeante, una figura yacía inmóvil dentro de una hornacina tallada en la roca.

Era un cadáver, por supuesto, aunque muy bien conservado, de aspecto extrañamente intacto debido a los incontables años de enmurallamiento. Parecía dormir, esperando la llamada de alguna trompeta.

Sam dio un paso adelante. Sentía una extraña pesadez y dificultad al respirar. En la cámara había un humo amarillo que resplandecía con luz propia y parecía una masa viscosa y movediza, Sam no le prestó atención, creyendo que el lento ritmo de su pulso se debía a la excitación por el hallazgo.

El yacente en aquel lecho de rocas era blanco y de cabello rubio. Sus rasgos embalsamados eran regulares y clásicos, como cincelados en un camafeo. Una armadura todavía brillante y en buen estado protegía sus miembros.

Sam recordó teorías delirantes, fantásticas. Aquél no era un moreno jefe maya. ¿Sería... Quetzal? La leyenda hablaba de un dios brillante, rubio y de ojos azules que llegó a través del Pacífico, aportando la civilización a los mayas. ¿Era posible que...?

Entonces, y sólo entonces, Sam Ward notó una sensación de ahogo, un peso mortal en los miembros, un cosquilleo eléctrico en la piel. ¡El gas! Un gas embalsamador cuyo secreto debió perderse en las tinieblas del tiempo, cuyas propiedades de conservación explicaban, sin duda, el increíble estado en que se hallaba la momia rubia. Tenía que salir en seguida... airear aquel ambiente...

El grito que exhalaban sus labios apenas fue audible... La losa había desaparecido; en su lugar se veía una pared maciza y lisa. No la había oído cuando se cerró a sus espaldas. Pero habría jurado que oyó una carcajada gutural, y cautelosas pisadas de pies descalzos. ¡Los mayas le habían seguido con sigilo y le habían sepultado por toda la eternidad!

Observó el disco fluorescente que resplandecía pavorosamente sobre la piedra. Su cerebro estaba obnubilado. Quiso reír. El sonido fue seco, forzado. ¡Qué ironía! Después de lograr el mayor descubrimiento de la época moderna, no podía proclamarlo a los cuatro vientos. Era la venganza de Quetzal. En algún remoto futuro, los arqueólogos entrarían tal vez en la cámara y hallarían un espectáculo increíble: un dios rubio de brillante armadura... y otra momia, vestida de uniforme caquí, que sin duda pertenecía al siglo veinte. Imaginó su desconcierto, sus laboriosas explicaciones.

La linterna cayó de sus dedos paralizados y osciló como un péndulo. Intentó respirar, pero no pudo. Su corazón ya no latía. Flotaba en un inmenso mar amarillo. Su cerebro luchó un instante y cedió. Cayó de espaldas, cuan largo era.

La linterna caída siguió alumbrando sin necesidad hasta que se agotaron las pilas. Pero el resplandor de la bola de plomo continuó como venía haciendo durante más de dos mil

años. Fuera, la vida seguía su curso. Florecieron y decayeron civilizaciones; las guerras diezmaron la Tierra y se produjeron hechos increíbles.

Dentro de la cámara reinaba el silencio y el reloj de radio ardía con incesante energía. Dos figuras yacían, la una al lado de la otra, inmóviles, intactas. Fuera, las tormentas, el Sol y las semillas arrastradas por el aire depositaron sobre la pirámide una capa de tierra tras otra. Los mayas fueron olvidados. El último sacerdote descendiente de un cierto Hotep oró por última vez con ojos legañosos y desesperados. Juan se pudrió sobre la madre tierra, con una pequeña flecha envenenada entre los omóplatos. Sam Ward también fue olvidado. Durante algunas semanas hubo revuelo en San Felipe. Pero no se puso demasiado interés en la búsqueda, y nadie supo si se había perdido en la selva.

¡El griego Kleon y el norteamericano Sam Ward, hijos de distintas épocas, quedaron eternamente hermanados por la muerte en el subterráneo, mientras el mundo avanzaba hacia un futuro fantástico!

3

Tomson estaba asombrosamente cerca de una emoción tan vulgar como la ira cuando subió al tubo conductor que le trasladaría al nivel subterráneo más bajo de Hispan. No le gustaba dejar su cubículo del nivel medio, donde estaba su hogar, su laboratorio, su equipo, su cámara de cálculos. La presión atmosférica estaba perfectamente adaptada a su delicado cuerpo; la temperatura no variaba ni en una centésima de un grado del valor más conveniente al funcionamiento eficaz de su inteligencia. En sus cincuenta años de vida no había salido de su nivel más de seis veces y nunca había llegado tan abajo, hasta las viviendas inferiores de la casta de los Trabajadores.

¿Qué motivo lo habría justificado? Vivía en el nicho del sistema Hispan que le había sido asignado desde su nacimiento y que era cómodo e inalterable. Cualquier otra existencia resultaba inconcebible. Siempre habían existido Olgarcas; los de su clase, los Técnicos, siempre serían necesarios; en cuanto a los Trabajadores, nadie hacía mucho caso de ellos. Quemaban sus vidas en las entrañas de la tierra, cuidaban de las poderosas máquinas que hacían posible la subsistencia de Hispan, se afanaban, engendrabán descendientes y morían en humilde anonimato.

Tomson descendió a velocidad uniforme por el tubo conductor que recorría a Hispan en sentido vertical. Un campo de fuerzas zumbaba constantemente en el tubo. Los viajeros regulaban la velocidad de ascenso o descenso mediante las resistencias portátiles de sus cinturones. Un ligero movimiento de la palanca del reóstato a la derecha o a la izquierda, y la resistencia positiva o negativa al campo de fuerza actuaba en seguida para determinar la velocidad y el sentido del viaje.

Tomson pasó los niveles secundarios de los Técnicos inferiores y arrugó su frente calva y redondeada. Había sido Harri el que solicitó con respetuosa obstinación su presencia en las viviendas subterráneas. ¡Maldito individuo, con su rostro gesticulante y excitados ademanes! ¿Por qué no resolvía él aquella situación supuestamente nueva, sin turbar las elevadas meditaciones de Tomson? ¿Acaso ignoraba cuan delicados y vulnerables eran el organismo y el cerebro de un jefe Técnico? Abajo, en los niveles de los trabajadores, reinaban terribles presiones, soportables sólo por seres toscos, y las temperaturas llegaban a fluctuar hasta un grado en más o en menos.

Se estremeció mientras bajaba, sintiéndose tentado de regresar a su cuarto para dejar que Harri se hiciera cargo del problema. Era evidente que Harri escurría el bulto porque estaba espantado; ahora, si algo salía mal, los Olgarcas considerarían responsable a Tomson. Suspiró y aumentó la velocidad de bajada.

Los niveles pasaron, uno tras otro, señalados por el indicador acústico. Cada uno correspondía a una categoría en la sociedad de Hispan. Después de las diez secciones de Técnicos inferiores se pasaba por los niveles de almacenamiento, las filas de incubadoras, los generadores auxiliares de energía. Luego se pasaba por los atestados barrios de trabajadores, las fábricas donde se sintetizaban las pastillas alimenticias, los niveles de las máquinas pesadas y las llamas eternas de las trituradoras atómicas.

Había otros que subían y bajaban en el campo de fuerza del tubo conductor. Todos le saludaron cuando pasó, algunos con la breve inclinación de cabeza de los iguales, otros con respetuosos saludos de diversos grados de humildad, según el nivel correspondiente. Contestó mediante gestos adecuados a cada caso... y de repente casi se dobló en dos.

Un joven acababa de salir a la plataforma del nivel del comedor de los Trabajadores y accionaba su resistencia para subir por el tubo conductor. Era alto y bien formado, no esmirriado y de frente prominente como Tomson, ni torpe y pesado como los trabajadores. Se movía con tranquila soltura, y su cabello leonado parecía casi radiante. Sus rasgos eran aristocráticos y finos; habrían parecido arrogantes, a no ser por la sonrisa franca y despreocupada que dirigía tanto a Trabajadores y Técnicos como a sus iguales, para escándalo de sus compañeros Olgarcas.

Correspondió a la respetuosa genuflexión de Tomson con la misma mueca y desapareció, como una visión leonada, para subir hasta el más alto plano olgárquico. Tomson se irguió, tan confuso que olvidó el correspondiente y meticuloso movimiento de cabeza para con el siguiente Trabajador que le saludó con humildad.

¿Qué hacía Beltan, un Olgarca, en los niveles de los trabajadores? Naturalmente, no incumbía a un Técnico, aunque fuese jefe, ocuparse de las idas y venidas de los Olgarcas; pero era poco frecuente y exigía razones muy graves, que algún miembro de la casta gobernante se dignase dejar sus parques y palacios. Tomson comprendía que Beltan era diferente de sus compañeros. En presencia de otros, como por ejemplo Gano, el sombrío y melancólico jefe, se ponía en su lugar y se sentía seguro. No le ocurría lo mismo con Beltan.

El joven Olgarca rubio siempre metía las narices en los rincones y escondrijos de todos los niveles. Por ejemplo, había pedido a Tomson algunas informaciones técnicas y científicas que jamás interesaron a sus pares. Incluso, en algunas ocasiones, hablaba con un Trabajador. Esto era algo inaudito, y Tomson lo desaprobaba con todas sus fuerzas. Todos debían ajustar sus actividades a las costumbres y al rango, incluso los Olgarcas.

El suelo del gran pozo pareció subir al encuentro del Técnico. Era tal su confusión, que apenas tuvo tiempo de accionar la palanca y frenar con suavidad. Había llegado al término de su caída de novecientos metros.

Tembló y recogió sus delgadas prendas alrededor de sus huesudos hombros, Tosió ligeramente. Su piel sensible padecía la insoportable diferencia de temperatura de aquella profundidad. Estaba seguro de que hacía un frío de un grado y medio por debajo de la temperatura corporal, la única que proporcionaba a su organismo una sensación de confortable bienestar.

Harri le esperaba al fondo del tubo conductor. Sus afilados rasgos traicionaban su angustia, así como su alivio cuando apareció el jefe Técnico. Ahora la responsabilidad ya no pesaba sobre sus hombros. Como todos los Técnicos inferiores, Harri sólo podía soportar lo mínimo de una actividad tan pesada como el pensamiento y la iniciativa independientes. Pertenecía a la casta que trataba directamente con los Trabajadores, ordenaba sus operaciones, dirigía sus actividades. Eran la rama administrativa, mientras que los jefes Técnicos sólo realizaban tareas ejecutivas: proyectaban, experimentaban, realizaban descubrimientos científicos.

—¿Qué significa esto? —preguntó Tomson con severidad—. ¿Ha de ser alejado un jefe de sus importantes meditaciones sólo porque usted es demasiado perezoso para resolver el problema?

Harri tenía un tic nervioso. Casi todos los técnicos de ambas clases sufrían de lo mismo. El sistema nervioso presentaba un desarrollo excesivo en comparación con sus centros musculares y vasculares. Sus ojos miopes parpadearon rápidamente, y sus brazos y piernas se agitaron de un modo incontrolado.

—Lamento haber interrumpido sus meditaciones, Tomson —se disculpó con humildad—. Es que se ha presentado una dificultad. Usted mandó que una brigada barrenara nuevas zonas de roca subyacente. Yo estaba a cargo.

—¡Lo sé..., lo sé! —gruñó Tomson con impaciencia—. Necesitamos más combustible para las trituradoras atómicas. Continúe.

—En seguida, Tomson —se apresuró Harri—. Siguiendo el procedimiento correcto, encendí el rayo penetrante antes de dar la orden de barrenar. A veces ocurre que los estratos de roca tienen inclusiones de materiales a los que podemos dar otro uso. Le aseguro que mi corazón casi cesó en sus funciones primordiales ante lo que reveló el rayo. Interrumpí la obra y acto seguido me puse en contacto con usted. Se trata de un problema que sobrepasa mi esfera de acción.

—¿Qué ha podido asustarle al punto de hacerle perder todas sus facultades? —preguntó Tomson, despectivo.

—Usted mismo ha de comprobarlo. ¡Mire!

Se hallaban debajo del nivel más bajo. Durante el curso de miles de años, a medida que Hispan necesitaba cada vez más energía para llevar a cabo sus proyectos, la roca que servía de fundamento a la ciudad fue horadada gradualmente, a profundidades cada vez mayores. La roca era barrenada mediante electro-disonancias desintegradoras; el polvo resultante iba a las trituradoras atómicas. Allí, en hornos acorazados, los electrones eran separados de las cortezas atómicas, y su destrucción proporcionaba energía a las poderosas máquinas que daban vida a la ciudad.

Dentro de la caverna recién empezada, abierta en la cuarcita resplandeciente, estaban unos cuarenta Trabajadores. Eran hombres poderosos y fornidos, más altos que los Técnicos intelectualizados, y sus cuerpos eran nervudos y de voluminosa musculatura. Esperaban inmóviles junto a las taladradoras y las máquinas de barrenar, aguardando pacientemente a que sus jefes acabasen de discutir. Si tenían que esperar varias horas, no importaba. Nada importaba. Todo era rutinario. Cumplían su turno y regresaban al nivel del comedor; comían en silencio sus pastillas, en largas barracas comunitarias; se trasladaban a los cuartos de apareamiento, realizaban los actos necesarios; subían luego al nivel de recreo donde, durante breves y preciosas horas, conversaban, discutían, bromeaban, contemplaban selecciones de audiovisuales, comedias inocuas que les hacían reír sin pensar. A una señal se encaminaban a la unidad de descanso, para ser despertados por otra señal y reanudar el ciclo infinito. El dedo de Harris se dirigió al mecanismo de mando del rayo penetrante y lo puso en marcha. La máquina vibró y emitió una luz azul. La roca pareció desaparecer ante ella, o hacerse transparente como el cristal más puro. Tomson miró y, contra su voluntad, experimentó una violenta sorpresa. No era correcto que un jefe Técnico se mostrase asombrado en presencia de sus inferiores.

El vago contorno de una pirámide perfecta apareció por entre los estratos sedimentarios. En ella aparecía un pasadizo obstruido por material de aluvión y piedra desmenuzada. El extremo del mismo daba a una cámara, Avanzó con rapidez, calibrando el enfoque del rayo para ver con claridad lo que aquélla contenía.

Se trataba de dos cuerpos yacentes, uno tendido en un nicho, envuelto en metal brillante, y el otro doblado sobre sí mismo en el suelo de piedra como si hubiera caído sin darse cuenta. A juzgar por su fisonomía y sus ropas, ninguno de los dos era un hombre de Hispan. Parecían extraños de otro mundo, preservados hasta el más nimio detalle, a tal punto que parecían dormidos, pero evidentemente, estaban muertos. Un gas amarillento y ligeramente iridiscente llenaba la cámara.

Tomson arrugó su nariz atrofiada. El delicado instrumento situado junto al aparato de rayos fluctuaba de un modo atroz. Poderosas radiaciones se filtraban a través de las capas de roca. Se le escapó una exclamación de desconcierto, sumamente impropia. En un rincón de la cámara amurallada vio la sombra de una bolita, por cuyas aberturas salían minúsculos haces resplandecientes. ¡Radio metálico, cuyos átomos se descomponían a lo largo de incontables siglos, emitiendo sin cesar haces de rayos alfa, beta y gamma!

—¿Qué haremos? —preguntó Harri, preocupado.

A esto, Tomson dejó caer los hombros. Le habría gustado no tener la responsabilidad de la decisión. ¿Debía llamar a Gano, el jefe de los Olgarcas, para pedirle instrucciones ante este imprevisto? Irguió su frágil cuerpo. ¡No! Aquello era de su incumbencia; él mismo debía solucionarlo.

Intentó que su voz sonara firme al dar lo que consideró unas órdenes enérgicas.

—Taladre las capas externas de roca, Harri, y luego la pared interior de la cámara. Pero tenga cuidado de no dañar nada del interior. Tendremos que estudiar los cuerpos de estos seres extraños, que han permanecido enterrados quién sabe cuánto tiempo bajo los cimientos de Hispan.

Harri dio órdenes. Los Trabajadores pusieron manos a la obra, obedientes. Las taladradoras zumbaron y trituraron la dura piedra como mantequilla derretida; las máquinas de barrenar convirtieron las capas circundantes en polvo impalpable, que fue absorbido en seguida por bombas de vacío y conducido a las trituradoras atómicas para convertirlo en energía.

—¡Basta! —gesticuló Harri.

Las taladradoras retrocedieron, las máquinas de barrenar se detuvieron y cedió la última capa. La cámara quedó expuesta ante sus ojos.

Los restos de gas amarillo salieron en remolinos y se dispersaron en partículas aisladas. El aire entró y bañó las figuras inertes. A una orden, un Trabajador se acercó pesadamente al globo de radio, lo echó en un recipiente de plomo y colocó la tapa. No importaba que durante esta operación su mano fuese quemada por las radiaciones letales.

Harri quedó boquiabierto. Los ojos casi se le salieron de las órbitas; los tics nerviosos agitaban sus facciones.

—Mire, Tomson —jadeó débilmente—. ¡Están vivos!

Tomson notó que la transpiración empezaba a cubrir su frente calva, pese a ser la temperatura inferior en más de un grado a la que estaba acostumbrado. Los Trabajadores daban muestras de inquietud; se leía alarma en sus rostros ceñudos. El jefe Técnico supo conservar su presencia de ánimo y les ordenó que se retirasen a sus cuarteles, sin esperar a que terminase el turno. Era una orden sin precedentes, pero el mismo calificativo merecía aquella situación.

Los Trabajadores se retiraron a toda prisa, se arrastraron hasta el tubo conductor y subieron rápidamente a sus comedores comentando lo que habían visto.

Tomson y Harri se quedaron solos para vérselas con aquellos resucitados de entre los muertos.

Sam Ward fue el primero en quien se reanudaron los procesos vitales interrumpidos. Había estado sometido a las influencias narcóticas menos tiempo que Kleon. A medida que se disipaban los gases conservadores, y el aire fresco y puro ocupaba su lugar, abrió los ojos. Bostezó. Aún inconsciente, se desperezó. Ignoraba lo ocurrido. Durante los primeros segundos pensó, sencillamente, que había despertado de un descanso muy profundo y saludable.

Luego parpadeó. ¿Estaba soñando? ¿Dónde diablos estaba? ¿Quiénes eran aquellos seres extraños que le miraban como a un insecto de especie desconocida? Se fijó en el hombre tendido de la armadura. ¡Se movía! ¡Estaba sentándose!

A Sam se le escapó una exclamación al recordarlo todo: San Felipe, Juan, la selva, la pirámide, los mayas, su entrada en aquella cueva, la trampa, luego... la oscuridad...

Se puso en pie con rapidez. Sacó el revólver de la funda y apuntó.

—Muy bien —dijo ásperamente—. ¿Qué es este baile de máscaras?

La pregunta iba dirigida a las dos figuras extrañas que tenía delante. Esa selva no paraba de arrojar gente rara. No eran mayas ni de ninguna de las razas humanas que conocía. Sin mencionar las complicadas máquinas que veía al fondo de la caverna. Sabía lo suficiente de física y técnica para comprender que eran muy adelantadas en comparación con los conocimientos del año 1937.

Tomson meneó la cabeza, pensativo. Aquello era asunto de Gano. Su cerebro razonaba con agudeza. Al fin y al cabo, él era jefe Técnico. Conocía un poco la historia del mundo en los oscuros días antes de la catástrofe y el aislamiento de Hispan bajo una película protectora. Aquellos individuos eran primitivos, emparedados de algún modo en la cámara subterránea recubierta por los estratos de siglos. La esfera de radio y el gas recién disipado habían conservado intacta, aunque estática, la vida.

Tampoco le sorprendió que el desconocido hablase una variante arcaica de la lengua de Hispan. Antes de su muerte, la Tierra poseía un idioma universal. En cuanto a la pieza metálica que tenía en la mano, evidentemente, era un arma. Sin duda, su orificio proyectaría balas macizas. No tenía miedo. La clase técnica no conocía el miedo. Además, le habría bastado tocar la palanca de la máquina de barrenar que tenía al lado para que el extranjero, su arma y todo lo demás fuesen pasto de los generadores de energía.

—¿Baile de máscaras? —repitió lentamente—. No entiendo esa palabra. Pero usted nos va a dar muchas explicaciones..., usted, su compañero y este lugar donde reposaban como muertos. Dejaré el interrogatorio en manos de Gano.

Sam Ward bajó el arma. Le sorprendió el acento chapurreado y extraño del hombrecillo de frente alta y calva. La prenda de material brillante que vestía le dejó boquiabierto. Hablaba un inglés bastante comprensible, pero...

En ese momento, Kleon se puso ágilmente en pie y requirió su corta espada macedónica. Parecía un dios entre los mortales, con su rubia cabellera y sus serenos ojos azules que lo abarcaban todo de una sola mirada. Así pues, esto era el futuro, diez mil años después. Los gimnosofistas del Techo del Mundo no habían mentido. Se sintió decepcionado, algo desdeñoso. ¿Así eran los seres del futuro? ¿Podía un griego de la época de Alejandro, empapado de Aristóteles y Esquilo, encontrar compañía adecuada entre aquellos seres delgados y débiles que estaban ante él?

Luego su mirada se cruzó con la de Sam Ward. ¡Ah!, éste era un hombre diferente. Observó con agrado su estatura y anchos hombros, las muestras de fuerza y desarrollo muscular, la firme mirada gris de sus ojos, la frente ancha. Éste era un hombre capaz de luchar con alegría y de juzgar sabiamente, una mente sana en un cuerpo sano.

Sam estaba confuso. Quetzal había resucitado. Los demás... Aquello era como una pesadilla. Se volvió hacia Kleon.

—¿Quién diablos es usted... Quetzal, maya o qué?

Kleon le contempló serenamente. Aquel idioma le sonaba extraño, a decir verdad un poco bárbaro, con sus consonantes ásperas y la ausencia de vocales claras. Pero entendió dos palabras... Quetzal, maya. Aquellos cimerios cobrizos en cuyas remotas playas había naufragado su trirreme se llamaban a sí mismos mayas, le habían llamado Quetzal y se habían postrado para adorarlo.

—Desconozco tu idioma, amigo de un futuro que es presente —dijo con ecuanimidad—. Pero entiendo las palabras Quetzal y maya. Los bárbaros me llamaban Quetzal, aunque no sé por qué. Pero yo soy Kleon de Atenas, compañero del poderoso Alejandro, cuya nave fue arrastrada hasta una costa extraña. No hubo retorno; Hotep y los esclavos egipcios quemaron la nave. No procedía que un griego se pudriera el resto de sus días entre los bárbaros. Por tanto, practiqué cierta magia que aprendí de los gimnosofistas y dormí hacia el futuro, esperando hallar en él seres más adecuados para tratar con un ateniense. Han debido pasar diez mil años. Extranjero, confieso que tu presencia me desconcierta, mientras que esos dos me parecen indignos de mi atención, ¿Son acaso tus esclavos?

Sam Ward ni siquiera se dio cuenta de que había guardado el revólver en la cartuchera. Aquello estaba resultando demasiado increíble. Primero, dos alfeñiques que hablaban un inglés deformado pero que, evidentemente, pertenecían a una civilización avanzada. Y ahora el dios de la armadura brillante, resucitado de entre los muertos, hablando en griego antiguo de cosas totalmente imposibles. Sam había estudiado griego en la universidad y reconoció los largos períodos, el poderoso ritmo del más noble de los idiomas.

Sacudió la cabeza para despejar su desconcertado cerebro. ¡Diez mil años después! Eso representaba ocho mil años para él. ¡Santo cielo! ¿Había dormido tanto? ¿Estaban ante los representantes de tan lejano futuro? Abrió la boca para hablar, apelando a su griego casi olvidado.

Pero Tomson opinaba que ya habían perdido demasiado tiempo. Había comprendido la lengua del hombre de las ropas de fibra áspera, pero no la del que vestía brillante metal.

—¡Basta! —interrumpió, perentorio—. Este asunto debe resolverlo Gano, el jefe de los Olgarcas. Acompáñenme.

Sam recobraba su presencia de ánimo. Las sienas le latían ante la increíble aventura que se le presentaba.

—Bien —dijo—. Llévenos adonde está Gano.

Pero Kleon no se movió. Aunque no había comprendido las palabras de Tomson, el gesto era inequívoco: no recibía órdenes de un esclavo.

Sam adivinó su pensamiento y sonrió.

—Todo va bien, amigo Kleon, alias Quetzal —tradujo lentamente al griego—. Estos hombres pertenecen al futuro de que me hablaste. No son mis esclavos. Yo mismo soy de otro tiempo, unos dos mil años después de ti. Me llamo Sam Ward y mi país, los Estados Unidos, no existía en tu época. Caí en tu pirámide y quedé dormido a tu lado. Creo que ellos no quieren hacernos daño.

El rostro de Kleon se iluminó de júbilo, aunque expresaba al mismo tiempo algo de desconcierto.

—Hablas griego, Sam Ward, aunque al modo bárbaro. Tu pronunciación es defectuosa, y equivocas las declinaciones.

Sam sonrió irónicamente al oír esto. Sus profesores de la universidad habían puesto sumo cuidado en inculcarle tal pronunciación y tales declinaciones. Le aseguraron que representaban el auténtico griego de Ática en toda su pureza.

—En cuanto a que puedan hacernos daño —se irguió con orgullo Kleon, señalando su espada y su jabalina—, estas excelentes armas mías serán protección suficiente contra seres tan nimios como estos hombres del futuro.

Sam era más consciente. Sospechaba que incluso su revólver de seis tiros, con su reducida potencia de fuego, no podría hacer frente a las inconcebibles armas existentes en el año 10000 de nuestra era. El acero pavonado de poco podía servir en tal situación. Pero, naturalmente, Kleon no conocía sino la espada, la lanza y el arco.

Siguieron a la pareja. Tomson y Harri, a pesar de su aspecto enclenque, daban cierta sensación de poder y comprendieron que no sería inteligente oponerse. Llegaron al gran tubo conductor. Sam contempló el orificio circular y el pozo de casi mil quinientos metros y reflexionó. ¿Cómo pensaban trepar por aquellas paredes lisas y fríamente resplandecientes?

Tomson sacó unos cinturones de reserva e indicó a los dos forasteros que se los pusieran.

—Hagan lo que yo y no teman —dijo.

Sam accionó obedientemente la palanca, Kleon comprendió e hizo lo mismo. Sam Ward no pudo contener un grito de sorpresa; Kleon invocó a Hermes, dios de la rapidez. Fueron catapultados hacia arriba a una velocidad estremecedora.

Mientras subían, Sam entrevió una poderosa civilización: plataformas que conducían a pisos atestados de apiñada humanidad; enormes máquinas que resplandecían y vibraban y giraban; salas enormes; hectáreas de visiones extrañas; laboratorios; inmensos sectores de tumultuosa actividad, un piso tras otro, hasta que se mareó.

Luego, otros niveles, un mundo distinto. Abajo había visto una agitación febril, máquinas, técnica. Aquí había suaves prados verdes y brillantes de rocío bajo la luz artificial; flores extrañas y fragancia aún más raras; un lago interior suave y acariciante, azul cobalto, cálido y perfumado; edificios multicolores muy espaciados, de curvas elegantes y contornos armoniosos; personajes de noble aspecto que les contemplaban a través de pantallas transparentes con indiferencia, para volver luego a sus diversiones.

De súbito, el terrible viaje concluyó. Tomson gesticuló y puso la palanca en posición neutral. Sam y Kleon hicieron lo mismo. Harri los había dejado al llegar al nivel de los Técnicos inferiores. Sólo los jefes Técnicos podían conversar con los Olgarcas.

Frenaron hasta detenerse y salieron a una plataforma de aterrizaje. Por un instante espantoso, Sam creyó que caía, que descendería otra vez los mil quinientos metros que había recorrido. Sus músculos se relajaron al pisar suelo firme.

Tomson les hizo señas de que le siguieran. Se abrió un panel decorado al fresco y entraron.

Una exclamación se escapó simultáneamente de labios del griego antiguo y del norteamericano de época intermedia. Sam parpadeó. Al principio creyeron hallarse bajo un cielo de radiante color. Sobre ellos se extendía una bóveda parecida al firmamento, con estrellas brillantes y una luna de plata que seguía su lenta órbita de un lado a otro. Luego comprendió lo que era. Se trataba de un simulacro astuto y magnífico del antiguo cielo, sobre una cúpula movida por mecanismos invisibles a semejanza de los planetarios del siglo XX. Ello significaba que aquel edificio, ciudad, mundo o lo que fuera, se hallaba totalmente aislado del resto de la Tierra... era un cosmos autárquico y cerrado.

Sam no tuvo más tiempo para pensarlo. Tomson les indicó que subieran a un vehículo de metal blanco y de forma aerodinámica. Así lo hicieron. A un contacto sobre una palanca despegaron, elevándose lentamente en el aire, para seguir luego en vuelo rasante a una velocidad que Sam calculó en unos ochocientos kilómetros por hora. Pero no vio motor, mecanismos ni hélices. Tampoco el viento los azotaba como sería de esperar. Sam supuso que, de algún modo, el extraño vehículo acarreaba un colchón de aire.

Kleon se acercó con la mano fuertemente apretada sobre la espada. Aquella magia excedía de sus conocimientos. Sam le dedicó una sonrisa de aliento.

—En mi época tuvimos algo parecido —explico—. Es mejor que los caballos y los carros.

Entre ambos se habla establecido una comprensión. Se sentían más semejantes entre sí que con respecto a Tomson, representante del futuro. Y Sam podía hablar griego aunque imperfectamente.

El norteamericano se asomó, maravillado. Sobrevolaban un paraíso. En todas partes, hasta el confín de la cúpula, había mansiones blancas, espléndidos parques, lagos artificiales límpidos y diáfanos; vehículos rasantes como el de ellos transportaban a jefes de elevada estatura, de porte digno, muy distintos del Técnico que les acompañaba. No se veía ni rastro de máquinas o generadores, ni tampoco grupos de obreros como en los niveles inferiores.

—Adivino que esto no me gustará —murmuró Sam entre dientes.

Pero no hubo tiempo para más comentarios. El vehículo conductor perdió altura y planeó hasta posarse frente a un edificio suntuoso, azul y oro. Estaban en un gran parque. Las fuentes murmuraban y se oía música suave; árboles de flores anaranjadas se mecían a impulsos de una suave brisa.

Bajaron serenamente. Tomson subió a una plataforma oblonga de metal rojo y se volvió hacia la fachada del edificio haciendo una genuflexión. Sam le miró, ceñudo.

Kleon asintió con una sonrisa satisfecha.

—Sabía que era un esclavo —se dirigió al extraño compañero con quien había llegado a aquel futuro—. Sólo un esclavo se inclinaría tan humildemente. Pronto conoceremos a su amo. Yo, un griego libre, soy igual a él.

Una voz salió del edificio.

—Entre, Tomson. Ha procedido con acierto.

La pared pareció girar sobre sí misma. Entraron y se cerró tras ellos.

5

Tomson dijo con aprensión:

—Disculpe esta intromisión, jefe de los Olgarcas. Pero éste era un problema que sólo usted podía resolver.

Sam y Kleon se mantenían algo alejados y orgullosamente erguidos. De la misma estatura que Sam, el griego era rubio y de ojos azules, de rasgos enérgicos, mientras el americano era más moreno, bronceado por el Sol, de mirada sagaz y mentón firme. Los separaban dos mil años de civilización, pero ambos eran hombres y en cierto sentido Tomson, a pesar de todos sus conocimientos y su intelectualidad, no lo era.

La mirada azul y la gris contemplaron serenamente a Gano, jefe de los Olgarcas, soberano de la ciudad de Hispan. Gano no se parecía a los demás Olgarcas que habían entrevisto durante la travesía. Era rechoncho, de cuerpo y miembros fuertes, cabeza maciza y rasgos irregulares. Su pelo era negro como la medianoche y su nariz saliente y aguileña. Pero su mirada era decidida y penetrante a la vez que impenetrable. Ocupaba un diván bajo, y sus dedos largos y delgados reposaban sobre un panel donde unos cuadrados de diferentes colores se encendían y oscurecían irregularmente. Un cuadro de mandos, intuyó Sam correctamente.

Gano asintió.

—Lo sé, Tomson —respondió con brusquedad, como persona demasiado ocupada para perder el tiempo en minucias—. He seguido su hallazgo y su llegada por el visor —se volvió para observar con atención a los dos hombres de una época pretérita. Arqueó sus pobladas cejas y agregó—: Uno de ellos habla una variante del idioma de Hispan. El otro no. Debemos solucionar esto.

Se volvió alzando un poco la voz.

—Beltan, acompaña a estos seres hallados en los cimientos de nuestra ciudad y enséñales el idioma para que podamos hablar cómodamente.

En un rincón de la larga y sencillamente amueblada estancia apareció otro personaje. Sam no había reparado en él. Era un joven, que se acercó a ellos con indiferencia. Sonrió, y todo su rostro se iluminó con el brillo de su sonrisa. Sam simpatizó en seguida con él. «Este joven me cae bien», pensó,

Beltan era un Olgarca, miembro de la clase gobernante, pero no parecía tomarse en serio su posición. Incluso le sonrió a Tomson. Esto confundió al Técnico. No era correcto. Conocía su lugar en el esquema de la sociedad, y Beltan debía hacer lo mismo. Kleon aflojó la mano que empuñaba la espada. Él también reconoció a un hombre en aquel Olgarca del futuro, un hombre conforme a sus ideas.

«¿Qué parecidos son! Es extraño», pensó Sam. «El porte orgulloso de la cabeza, el cabello brillante y leonado, los rasgos clásicos bien definidos, la arrogancia de los que nunca han estado sometidos. Se entenderán bastante bien, aunque los separen diez mil años. En cuanto a mi —se encogió de hombros—, este Beltan me cae simpático. Pero Gano y los demás, toda esa gente, sospecho que...»

Con leve ironía, Beltan dijo:

—Acompáñenme, sobrevivientes de algún pasado remoto. Permítanme que les enseñe las complejidades de nuestro idioma. Entonces podrán juzgar si obraron con acierto al abandonar su época para conocer la noble jerarquía que es Hispan.

—A veces, Beltan, me aburren tus payasadas —cortó Gano.

El joven Olgarca hizo una reverencia. Sus ojos chispeaban.

—Noble Gano, a veces también me aburren a mí. Ése es uno de los castigos por haber nacido Olgarca.

Gano frunció el ceño y se volvió con rudeza al Técnico:

—Regrese a sus tareas, Tomson.

El jefe Técnico murmuró una excusa y huyó de la sala. En su rostro se leía el desconcierto. Sam sonrió. Pensó que el carácter de Tomson tenía buena parte de reaccionario de la época victoriana.

Kleon llevó aparte al norteamericano.

—¿Qué dicen? —murmuró.

—Dicen que nos enseñarán su lengua —le respondió Sam—. Yo ya la conozco un poco. Pero a ti quizá te resulte difícil.

Beltan los hizo salir de la cámara del consejo y los condujo a una sala lateral, en cuyas paredes se veían figuras abstractas estampadas en oro.

—¿Cómo piensa enseñar a mi reciente amigo Kleon? —inquirió Sam—. Es un griego de antes de mi época y no sabe nada de inglés.

—¿Inglés? —repitió Beltan alzando las cejas—. ¡Ah! Quiere decir hispana. Aprenderá tan pronto como usted, que tiene conocimientos elementales. Es posible que no conozca el inducto-enseñante.

Señaló un casco de metal que colgaba al extremo de un largo tubo transparente, cuyo extremo opuesto desaparecía en el techo.

Sam meneó la cabeza.

—Jamás oí hablar de él —confesó—. En mi época nos pasábamos la mitad de la vida aprendiendo cosas y la otra mitad olvidándolas.

Beltan se echó a reír.

—Nosotros, los Olgarcas, no perdemos el tiempo adquiriendo conocimientos. Los recibimos ya preparados. Los Técnicos trabajan y nosotros cosechamos los frutos. Es muy sencillo. El Olgarca hereditario, o usted en este caso, coloca su cabeza dentro de la cámara

receptora. Unas ondas cortas de muy alta frecuencia, automáticamente sintonizadas con las ondas específicas de su cerebro, son emitidas a través del tubo. Éste llega hasta los cubículos de los jefes Técnicos. A una señal, el Técnico correspondiente conecta la unidad emisora a su propio cerebro. Se concentra en el tema que se desea estudiar. Sus pensamientos, convertidos en impulsos eléctricos, se transmiten al cerebro de usted y dejan las huellas convenientes en sus caminos neuronales. Ya está, usted ha aprendido bien y sin dolor.

Sam estaba impresionado.

—¿Los Técnicos aprenden igual?

Beltan se mostró sorprendido.

—¡Claro que no! Esto es sólo para Olgarcas. Entre, Sam Ward.

Sam vaciló, sonrió y metió audazmente la cabeza bajo el casco. Beltan realizó los ajustes necesarios. Luego pulsó los botones de un cuadro de instrumentos.

Al principio, Sam notó un suave cosquilleo, una especie de masaje en el cráneo. Luego las palabras empezaron a penetrar en su conciencia, pensamientos ajenos al suyo. Su mente ya no le pertenecía; la dominaba un idioma extraño... palabras semejantes a las que conocía, pero extrañamente distorsionadas, chapurreadas, despojadas de sílabas innecesarias. Le invadió la convicción de que así era más correcto y adecuado, de que el idioma antiguo era un anacronismo inservible para el uso moderno.

Cuando Beltan le indicó que se quitara el casco, Sam hablaba hispana, el inglés del siglo XCVIII.

—Ya está —afirmó el Olgarca—. Todo es muy sencillo. Y ahora Kleon, llamado el griego, hará lo mismo.

Kleon era muy valiente pues, de lo contrario, no habría metido la cabeza sin vacilar dentro del casco. Estaba seguro de que aquello era una magia poderosa, más poderosa que los sortilegios de los gimnosofistas. Aristóteles y Zenón jamás habrían aprobado tales prácticas bárbaras. Pero entró...

6

Los cuatro hombres, Gano, Beltan, Sam Ward y Kleon regresaron a la cámara del consejo y se sentaron. Ahora se entendían, hablaban el mismo idioma. Pero sus procesos mentales eran distintos por completo. Esto no podía evitarse. La herencia, el medio ambiente, las costumbres, la educación y la lenta formación de toda una vida no podían modificarse en un instante, ni siquiera mediante las maravillosas ciencias de Hispan.

Gano se mostró condescendiente. Primero escuchó con paciencia el relato del griego y luego la historia del norteamericano. Para él eran salvajes primitivos de una época pretérita, interesantes en tal sentido pero totalmente inferiores a los Olgarcas y Técnicos de Hispan. Pero de todos modos escuchó la prolija crónica de las civilizaciones anteriores, de las glorias de Grecia y la marcha de Alejandro a través de Asia, de la literatura y el teatro en aquella antigua confederación de ciudades-estado. Le hicieron sonreír las ingenuas concepciones científicas que Kleon expuso; en cambio los conceptos de los filósofos griegos le impresionaron sobremanera.

Escuchó con más escepticismo y cierto disgusto impaciente el relato de Sam sobre el mundo del siglo XX. Quitó importancia a la gloria específica de aquella época —el progreso de la ciencia— como simple paso vacilante hacia el futuro. Pero las narraciones de guerras, codicias y conflictos humanos, del desperdicio y la increíble frivolidad, de los bosques y los recursos minerales despilfarrados, de la guerra mundial y la Sociedad de Naciones, de los campos de concentración y la locura de España, le arrancaron una mueca de repugnancia.

—No es extraño que el mundo muriera poco después de su época —dijo lentamente—. Su siglo veinte fue una regresión, una recaída en el barbarismo inútil, comparado con la era más noble de Kleon.

Sam se molestó al oír esto. A ningún hombre le gusta que su propio siglo sea criticado y otro alabado en su lugar, especialmente si quien lo hace no es oriundo de ninguno de ambos.

—Quizás he sido más exacto que Kleon en mis descripciones —se defendió, acalorado—. Por ejemplo, él no ha mencionado la esclavitud que existía en su época, y que era el fundamento en que se basaba la civilización.

—No veo nada malo en ello —declaró Kleon con dignidad—. Es justo que aquellos cuyos cerebros son opacos y tienen espaldas fuertes sustenten a quienes pueden crear grandes pensamientos y meditaciones. ¿Acaso Hispan no tiene sus esclavos, sus Técnicos y Trabajadores, para que viva la flor de los Olgarcas, como Gano y Beltan?

Gano no movió un solo músculo de su rostro, pero Beltan echó atrás la cabeza y rió.

—¡Por los cien niveles de Hispan! En esa época remota los griegos ya conocían el arte de la adulación. Pero se equivoca, amigo Kleon. No son esclavos; son castas de la sociedad, cada una de las cuales tiene sus deberes estipulados con exactitud. Hispan no habría subsistido mucho tiempo sin esa distribución estricta y eficaz. Tanto los Trabajadores como los Técnicos están contentos con su suerte —sonrió con amargura—. La insatisfacción es el último privilegio de los Olgarcas.

—Más bien es tu privilegio particular, Beltan —intervino Gano fríamente—. En nuestra clase, nadie más experimenta necesidad de una emoción tan primitiva. A veces pienso que eres anormal; un mulante, no un auténtico Olgarca.

Sam se dirigió al jefe de los Olgarcas.

—¿Cuál es la verdadera función de los Olgarcas en la sociedad de Hispan? —preguntó con cierta ironía—. Por lo que entiendo, los Técnicos supervisan y crean los sistemas científicos gracias a los cuales vive la ciudad; los Trabajadores prestan su energía y sus músculos para que aquéllos funcionen. ¿Y los Olgarcas?

Gano frunció el ceño.

—Vivimos —respondió, lacónico—. Somos la justificación de las creaciones de los Técnicos y los esfuerzos de los Trabajadores. Somos la flor, mientras ellos representan las raíces, los tallos y las hojas. Ellos trabajan para que nosotros podamos disfrutar.

Kleon asintió:

—Hispan no está tan lejos de Atenas —dijo—. Su sistema tiene muchas cosas buenas.

Sam apretó los dientes:

—Ésa siempre ha sido la justificación de la esclavitud, incluso en esta época futura. ¿Alguna vez se le ha ocurrido pensar que a los esclavos, se llamen Técnicos, Trabajadores, ilotas o lo que sea, también les gustaría vivir?

—Están contentos, son felices —respondió Gano suavemente—. Si quiere, pregúntele a Tomson si éste no es el mejor de todos los mundos posibles.

Beltan se inclinó hacia delante.

—Sam Ward, ¿ha olvidado lo que nos contó acerca de su mundo? —preguntó burlonamente—. ¿Qué eran los Trabajadores, sino esclavos? Esclavos que trabajaban a disposición de otros, que sudaban muchas más horas que los Trabajadores de Hispan, que morían de hambre en épocas de depresión y también morían de hambre, aunque más lentamente, cuando estaban empleados. Que iban a la guerra para luchar y matar en beneficio de otros. ¿Acaso no existía su clase técnica, que estudiaba en los laboratorios y creaba inventos nuevos a beneficio de sus ricos, sus Olgarcas?

—Sí, supongo que sí —reconoció Sam de mala gana—. Pero al menos eran libres para trabajar o negarse a hacerlo.

—Querrá decir, para morir de hambre —la ironía desapareció de la voz de Beltan y una impetuosa sinceridad se dejó entrever entonces—. No es la situación de los Trabajadores y Técnicos lo que importa. En Hispan están bien cuidados, desempeñan su trabajo y están felices y contentos. No, es la situación de los Olgarcas, los señores de Hispan, lo que me preocupa. Gano prefiere creer que está realizando una función necesaria. Los jefes Técnicos escuchan con respeto sus órdenes, le obedecen. Pero la ciudad prosperaría igual aunque Gano no ordenase nada. En cuanto a los demás, ni siquiera podemos aumentar esa pobre ilusión. Nos sentamos, perdemos el tiempo, nos envolvemos en prendas finas, escuchamos buena música, comemos alimentos exquisitos, nos divertimos y discutimos con frases sonoras, nobles y vacías. Somos parásitos, seres sin utilidad, innecesarios. Somos excrescencias del cuerpo político. La ciudad podría prescindir de nosotros y seguiría su camino sin el menor contratiempo.

Gano se había puesto en pie y frunció sus espesas cejas.

—Hasta un Olgarca puede ir demasiado lejos, Beltan —dijo, amenazador.

Las aletas nasales de Beltan vibraron. Su mirada era desafiante. Luego se tranquilizó, con enigmática sonrisa.

—Tiene razón, Gano —murmuró—. Hasta un Olgarca puede ir demasiado lejos.

Kleon estaba desconcertado. Simpatizaba con Beltan, pero no comprendía su insatisfacción.

—Cuando los consuelos de la filosofía no sirven —intervino—, como ocurre algunas veces, siempre queda la búsqueda audaz de la guerra contra el bárbaro, el forastero.

El joven Olgarca replicó con tristeza:

—Excepto ustedes dos, no quedan bárbaros ni forasteros. La ciudad de Hispan es todo lo que queda del mundo.

Sam lanzó una exclamación.

—¿Quiere decir que Nueva York, Londres, París, los grandes países han desaparecido? ¿Cómo? ¿Por qué?

Beltan pareció no ver el ceño de Gano, y si lo vio, no le hizo caso.

—La historia no suele contarse y cuando se hace sólo es para los Olgarcas —respondió—. Pero como ustedes ya saben algo acerca del antiguo mundo exterior, no hay peligro en decírselo. Poco después de su tiempo, Sam Ward, aproximadamente hacia el siglo veintisiete, las naciones que entonces existían se hicieron cada vez más fuertes dentro de sus fronteras. Fue el resultado lógico, aunque delirante, de las tendencias de la era de usted. Creo que sus temas fueron el nacionalismo y la autarquía. Según nuestros archivos, el proceso se aceleró —prosiguió Beltan—. Poco después las fronteras nacionales llegaron a ser demasiado rígidas. Las tendencias nacionalistas, los patriotismos, se hicieron más impetuosos, más localistas. Cada nación, interrumpido su comercio con otras, limitada por fronteras inexpugnablemente fortificadas, dependiente sólo de sí misma para su economía, descubrió que surgían disputas dentro de sus confines. Los fuegos del localismo, del odio a los extranjeros, del fervor patriótico, al no encontrar nada externo con que alimentarse, se volvieron contra sus propios elementos vitales. Los hombres de cada comunidad, circunscripción, estado o ciudad, vituperaron a los hombres de otras comunidades, se jactaron de su superioridad. Comenzó una guerra sanguinaria. Surgieron nuevos nacionalismos, nacionalismos y odios establecidos sobre unidades más pequeñas. Los campos quedaron abandonados, al ser devastadas las granjas y aldeas indefensas por los ejércitos de las ciudades enemigas. La gente se refugió en éstas, donde existían ciertas medidas de protección. Poco después surgió el grito: ¡Nueva York para los neoyorquinos! ¡Londres para los londinenses! ¡París para los parisinos!

Le tocaba a Kleon el turno de asentir. La historia, pensó era sólo una eterna repetición. Pues ¿qué estaba describiendo aquel Olgarca del futuro, sino la Grecia de Pericles y la guerra del Peloponeso?

—Poco después —prosiguió Beltan—, la guerra continuó a escala de ciudades independientes y poderosamente fortificadas. Las antiguas fronteras nacionales habían desaparecido; otras nuevas y más estrechas las sustituyeron. Con el progreso de la ciencia, el alimento podía ser obtenido a partir de elementos inorgánicos. Se descubrió el secreto de la energía atómica. Las unidades políticas se hicieron cada vez más pequeñas y hostiles. Lucharon, pero las defensas eran inexpugnables. El campo no fortificado quedó totalmente abandonado, se hizo innecesario. Al correr de los años se convirtió en selvas o en extensiones desérticas. Todo comercio cesó. Las ciudades crecían en sentido vertical, en lugar de horizontal, encerradas como estaban en barreras insalvables. Generación tras generación se reforzaron esas barreras, dotándolas de los nuevos métodos científicos. Una de éstas encierra a Hispan, otrora una colonia de sus Estados Unidos, y hoy única superviviente de todas las ciudades abarrotadas que en otro tiempo proliferaron sobre la Tierra. Una coraza de metal neutrónico, indestructible por los medios conocidos de nuestra ciencia, fue construida poco a poco alrededor de la ciudad. Nadie sabe cuán inenarrablemente gruesa puede ser. Nadie ha intentado penetrarla jamás.

Sam estaba aturdido. Intentó comprender toda la historia. Tuvo que admitir que hasta cierto punto era lógica. Aquellas condiciones ya existían en su época. ¡Pero pensar que todo el mundo había muerto, salvo la oculta ciudad de Hispan!

—¿Qué pasó con las demás? —insistió.

Vio la rápida mirada de advertencia que Gano le dirigía a Beltan, y notó que el joven vacilaba.

—Los archivos están algo mutilados en la parte que corresponde a esta época —admitió Beltan de mala gana—. Parece que, en algún momento del siglo cuarenta y uno, hubo un cataclismo. Un cuerpo del espacio ultraterrestre, que viajaba a gran velocidad, chocó contra la Tierra y destruyó buena parte de ella, asolando todas las ciudades, salvo Hispan.

—¿Por qué salvo Hispan?

—Porque nuestra ciudad era la única que poseía el escudo neutrónico. Ni siquiera el impacto de millones de toneladas podría penetrar su solidez.

—¿Y no se ha intentado explorar el exterior, investigar sus condiciones?

Gano se puso en pie de súbito.

—No hay salida —dijo con énfasis— y ustedes ya han preguntado bastante. Hemos sido muy pacientes con su primitiva ignorancia, pero esto debe terminar. Lo que Beltan les ha contado imprudentemente no debe salir de aquí —les amenazó—. Sólo los Olgarcas lo conocen. Ni Tomson, el jefe Técnico, ni los Trabajadores o los demás Técnicos tienen la menor idea de que exista un mundo, un universo fuera de la ciudad de Hispan. Para ellos nunca hubo Sol, Luna, estrellas ni la Tierra con otras ciudades y gentes. Éste es todo su mundo, todo el horizonte de sus vidas. Será mejor para ustedes que ellos no se enteren.

—Comprendo —respondió Sam, sombrío. Empezaba a comprender. Mediante un esfuerzo terrible logró contener la creciente ira que se apoderaba de él.

Pero Kleon, hijo de una época anterior y más sincera, no tenía inhibiciones.

—Yo soy griego —declaró con orgullo— y no me doblego ante hombre alguno. Mi palabra me pertenece y no está sometida a imposiciones.

Sam le dio un fuerte codazo. Aquel tonto valiente iba a crear problemas para ambos.

Gano los contempló con atención y luego se volvió hacia Beltan, como si no hubiera oído.

—Cuando se reúna el consejo decidiremos las medidas a tomar —afirmó—. Mientras tanto, que estos dos se alojen en tus habitaciones. Tú serás responsable de ellos.

Kleon llevó la mano a su espada. Sam apretó los labios. Con indiferencia por lo que pudiera ocurrir, sus dedos tocaron la culata del revólver. Sabía lo que significaban las palabras de Gano. Eran prisioneros. El griego había provocado tal situación con su desafío. Pero el tozudo guerrero le gustó aún más por su desatino. ¡Era un hombre!

Beltan dijo en tono extraño:

—Por favor, acompáñeme ahora mismo.

Sam se tranquilizó. En la voz del Olgarca había advertido el consejo de no resistirse. El delgado índice de Gano reposaba sobre un sector verde del cuadro de mandos. Sam adivinó que la menor presión desencadenarla sobre ellos una muerte abrasadora.

—O.K. —dijo, sirviéndose de una expresión antigua—. Vamos, Kleon.

7

Los tres subieron en silencio al coche que esperaba, recorrieron en silencio los bellos jardines del parque hasta un edificio pequeño y blanco cercano al centro de aquel nivel. Beltan los condujo en silencio hasta el interior y el panel móvil se cerró silenciosamente tras ellos.

Sam lanzó una rápida ojeada a su alrededor. Las paredes estaban desprovistas de adornos y los muebles eran sencillos. No había ventanas ni puertas, salvo la de entrada.

—Somos prisioneros, ¿no? —inquirió.

Beltan los miró con cierta compasión.

—Sospecho que algo peor —reconoció—. Su presencia en Hispan provocará conversaciones, preguntas. Más adelante podrían entrar en contacto con las demás castas. Ustedes saben cosas que ellos ignoran. Podrían sembrar descontento, insatisfacción. La paz y seguridad obligatorias de Hispan podrían quebrarse. Sobre todo usted, Sam Ward, tiene ideas subversivas. ¿No le gusta nuestra división del trabajo?

—No —respondió Sam sin rodeos.

Beltan suspiró.

—Me lo temía. En cuanto a usted, Kleon, es más comprensivo. Pero lo estropeó todo al desafiar a Gano. Sin embargo —meditó—, si admitiese que se precipitó al hablar, quizás harían una excepción a su favor.

Kleon le miró con sus sinceros ojos azules.

—¿Significaría eso tener que abandonar a Sam Ward?

—Sospecho que sí.

El griego se irguió como un joven dios.

—Entonces, nos enfrentamos juntos a nuestro sino.

—¿Aunque eso signifique la muerte?

—Aun así.

Beltan se volvió hacia el norteamericano:

—Y usted —preguntó—, ¿estaría dispuesto a jurar que su lengua quedará sometida a los Olgarcas? Recuerde que una respuesta negativa equivaldrá a una liquidación indolora. Yo no soy más que uno contra muchos. De cualquier modo defenderé su causa en el consejo, pero mis compañeros Olgarcas votarán en el mismo sentido que Gano.

Sam tragó saliva con dificultad, pero su voz no tembló:

—Kleon tenía razón —respondió con seguridad—. No somos esclavos. No podemos hacer semejantes promesas.

Beltan volvió a suspirar. Había una dolorosa admiración en aquel suspiro.

—Ambos son valientes —dijo—. Parece que esas épocas primitivas producían estructuras más resistentes que la actual. Pero morirán. No veo salvación.

Sam tocó su revólver. Miró significativamente a Kleon.

—Al menos moriremos luchando —afirmó.

Kleon hizo sonar su espada.

—Por Zeus y Ares —juro—, dices la verdad, amigo Sam. Nos llevaremos un buen número de esos Olgarcas al reino de los muertos.

—No podrán hacerlo —les aseguró Beltan—. Gano controla sus vidas con las puntas de los dedos. Una presión sobre el mando que tiene delante, y los rayos letales destruirán este edificio.

El revólver de Sam estaba en su mano y el frío cañón se apoyó en las costillas del Olgarca.

—Lamento tener que hacer esto —dijo rápidamente—, pero nosotros no nos rendimos así como así. Va a mostrarnos una vía de escape, Beltan, o morirá con nosotros.

El Olgarca miró a los dos hombres desesperados. Kleon había desenvainado la espada y la afilada punta se apretaba contra el otro costado de Beltan. Meneó lentamente la cabeza.

—No temo a la muerte —respondió con sencilla dignidad—. Estoy harto de diversiones sin sentido. Mátenme si quieren.

Sam retrocedió y guardó el arma. Kleon levantó la espada en un saludo.

—Usted también es un hombre —afirmó el norteamericano—. Creo que nosotros tres, si tuviéramos oportunidad, podríamos conquistar el universo.

Un rubor lento y desacostumbrado encendió los rasgos aristocráticos del Olgarca.

—Créanme cuando les digo que soy su amigo —dijo con sinceridad, añadiendo con un gesto de desesperación—: Pero no hay escapatoria. No puedo ayudarles, Ningún rincón o escondrijo de Hispan permanece oculto a las pantallas investigadoras del consejo de Olgarcas.

—Si yo pudiera, no me quedaría aquí —declaró Sam con aspereza—. Su ciudad de Hispan me repugna, con su terrible sistema de castas y su horizonte limitado. Yo... prefiero la libertad y el aire libre, e incluso un poco de anarquía, donde los hombres sean seres humanos en lugar de ficciones sin alma en una sociedad jerárquica, por eficiente que sea. Debe haber un modo de salir.

—No lo hay —respondió Beltan, sombrío—. Los muros neutrónicos son insalvables. En el exterior, además de la desolación salvaje donde no vive hombre alguno, existen gases letales. Cianhídrico, monóxido de carbono, fosgeno, productos de la contaminación. La atmósfera ha sido destruida. Ni siquiera sabemos si queda algo de la Tierra o del Sol.

—Eso no es más que propaganda —afirmó Sam con una mueca—. Sus antepasados Olgarcas debían ser muy versados en ella. Algo me dice que ellos mismos forjaron ese cuento para conservar su posición. Si los Trabajadores, los Técnicos o incluso los Olgarcas mutantes como usted entrasen en contacto con otras formas de civilización, con otros sistemas, podrían hacer comparaciones nada favorables a Hispan.

El tono de Beltan fue rápido y cortante.

—¿Tiene pruebas de lo que dice?

—Ninguna —admitió Sam—. Llámeme intuición, si quiere, o simplemente el recuerdo de métodos propagandísticos semejantes de mi siglo veinte.

La llama encendida en los ojos de Beltan se apagó.

—Sea como fuere —dijo con desánimo—, no hay forma de averiguarlo. No es posible atravesar los muros neutrónicos.

Kleon permanecía extrañamente silencioso, arrugando su despejada frente. De súbito levantó la cabeza.

—¿Existe en los confines de Hispan una montaña donde los titanes solían gemir inquietos? —preguntó, imperioso.

Beltan le miró.

—No comprendo.

—Se refiere a un volcán —explicó Sam.

—No, no existe.

—¡Por los Cíclopes! —gritó Kleon—. Hay un modo de escapar.

—¿Qué diablos...? —comenzó a decir Sam.

—Presten atención —prosiguió el griego con ímpetu—. La pirámide que Hotep construyó para que yo durmiera hasta este futuro estúpido se hallaba cerca de los flancos de un volcán.

—Es verdad —aseguró Sam—. Lo recuerdo. Pero ¿qué importa eso?

—Según la fórmula de los gimnosofistas, necesitaba los gases de una montaña humeante para mi sueño en la cámara. Los conduje mediante complicados pasos que llegaban hasta los fuegos centrales. Éstos afloraban a la cima de la montaña. Unas piedras abisagradas cerraron los pasos cuando la cámara quedó llena de gases. Sólo yo conozco su existencia y la de los resortes que permiten abrir una vez más. La pirámide ha quedado dentro de la ciudad y la montaña ardiente fuera. Escaparemos por esos pasos subterráneos que comunicaban la una con la otra.

Sam palmeó el hombro del griego.

—Kleon, eres un genio.

Luego le estremeció una idea que disipó su alegría.

—Vamos de la sartén al fuego —dijo con una mueca—. Ha dicho que los pasos conducen a los fuegos centrales. Eso significa el interior del cráter. Allí nos sofocaríamos o arderíamos hasta morir.

—Quizás hace mucho tiempo que la montaña calló sus quejas —respondió Kleon—. Y los hombres valientes sólo mueren una vez.

—¡Exacto! —sonrió Sam—. Vámonos ahora mismo. Aún tenemos los aparatos que nos dio Tomson. Con ellos podremos bajar por el pozo.

Tendió su mano a Beltan y agregó:

—Adiós, y ¡muchas gracias! Es usted el único hombre inteligente de Hispan.

La expresión del Olgarca era inescrutable.

—Todos los niveles comunicarán a Gano que ustedes bajan por el tubo conductor —dijo—. No podrán llegar a la pirámide enterrada.

—Nos arriesgaremos —repuso Sam.

—No lo permitiré.

Sam le miró con incredulidad.

—¿Quiere decir que nos traiciona? Creí que era amigo nuestro.

—Quiero decir —aclaró Beltan serenamente— que me voy con ustedes. Nuestros súbditos respetarán mi presencia.

—Es usted un buen amigo —dijo Sam con afecto—. Pero no debe hacerlo. Se metería en dificultades al regreso.

—No voy a regresar —explicó pacientemente el Olgarca.

—¡Uf! ¿Cómo es eso?

—Quiero decir que les acompañaré hasta el desconocido y nuevo mundo —sonrió, enigmático—. ¿No dijo usted hace un rato que nosotros tres, si tuviéramos oportunidad, podríamos conquistar el universo?

—Pero..., pero... —balbució Sam—. ¡Diablos! No puede hacer eso. Tenemos una probabilidad entre mil de pasar o sobrevivir si logramos hacerlo. ¿Por qué renunciar a todo...?

—Porque estoy harto de esta vida; porque al aire libre y en medio del caos quizás encuentre ese alma de la que hablaron; porque... soy su amigo.

Los tres hombres de tres épocas distintas se miraron con emoción. Sam sintió un extraño nudo en la garganta y habló roncamente:

—Entonces, será mejor que emprendamos la marcha... antes de que Gano nos siga el rastro.

Fue más fácil de lo que suponían. Siguiendo instrucciones de Beltan, subieron al vehículo aéreo y viajaron hasta el tubo; luego bajaron por el gran pozo con rapidez y precisión. A lo largo de los mil quinientos metros, se cruzaron con muchos Técnicos y Trabajadores a su paso, recibiendo humildes saludos y miradas curiosas, todo ello debido a la presencia del Olgarca.

Llegaron a la excavación, a la caverna abierta por las máquinas de barrenar. Harri, que ocupaba otra vez su puesto, observó con alarma aquella invasión sin precedentes por parte de un Olgarca. Pero Beltan se molestó en tranquilizarle con algunas explicaciones. Le dijo que los durmientes habían prometido enseñarle el método por el cual permanecieron intactos durante tantos siglos. Mientras tanto, no hacía falta que Harri y sus brigadas de Trabajadores permanecieran allí. Agregó con autoridad que debían guardar el secreto.

Pocos segundos después, aquel nivel estaba desierto.

—Ahora, oh Kleon —Sam sonrió—, busque su pasadizo.

Sam había notado las angustiosas ojeadas de Beltan a la pantalla visera instalada en el pozo.

Pasó un rato aún más angustioso, hasta que el griego halló lo que buscaba. Un hueco minúsculo y casi imperceptible en la pared. La respiración contenida brotó simultáneamente de labios de los tres cuando una parte de la pared giró sobre sí misma, revelando un agujero. Recordando su experiencia anterior, Sam habría preferido averiguar si salían gases volcánicos calientes. Pero el Olgarca gritó de improviso:

—¡Pronto! ¡Corramos! ¡Nos han descubierto!

Se arrojaron de cabeza al siniestro túnel. Kleon se volvió y apoyó el hombro contra la piedra maciza. Ésta regresó silenciosa y suavemente a su posición anterior. Se agazaparon, jadeantes, en completa oscuridad.

¡Lo hicieron en el momento exacto! Empezó a oírse un zumbido grave que pronto se convirtió en un aullido insoportable.

—Gano ha conectado las máquinas de barrenar —gimió Beltan—. Destruirán el espesor de esta roca en pocos segundos.

Pero el estrépito de la energía destructiva cedió a un rugido más poderoso. Se oyó un terrible estampido, una conmoción demoledora. La roca tembló bajo sus pies. Luego reinó el silencio.

—La pirámide se ha derrumbado —les comunicó Kleon, eufórico—. Detrás de nosotros debe haber treinta metros de tierra y piedras. El regreso está bloqueado.

—Entonces, hay que ir hacia delante —respondió Sam procurando aparentar entusiasmo. Si el volcán todavía era activo, o si al paso de los siglos el cráter había quedado obstruido por la lava...

Fue una escalada larga, empinada y ardua en medio de una oscuridad total; nada se oía sino los gruñidos y maldiciones que lanzaban al tropezar a ciegas contra los bordes escabrosos. Arriba, siempre arriba, en una atmósfera fétida y sofocante.

El túnel se ensanchó de súbito y se vieron en el fondo de un inmenso cuenco. Sam levantó temeroso la mirada y lanzó un gran grito que retumbó en incontables ecos:

—¡Las estrellas! ¡Veo las estrellas!

En lo alto, enmarcadas en un firmamento limitado, aparecían minúsculos puntitos de luz, fríos e indiferentes. Hubo una explosión de júbilo delirante y bajaron a fuerza de uñas por los erosionados torrentes de lava de una era ya olvidada. El volcán estaba apagado. El aire era fétido pero respirable.

Luego contemplaron con ojos ávidos el escenario que les rodeaba. Era de noche y la brisa fresca agitaba sus cabelleras, desordenaba sus ropas. ¡Tres hombres de distintas civilizaciones, vestidos de diferentes maneras, unidos sólo por el lazo común de la evasión, salieron a un mundo increíble!

A un lado, ceñida por las cumbres de la Sierra Madre, se extendía una gran cúpula oscura. Abarcaba un kilómetro y medio, maciza, sombría, dominando hasta donde alcanzaba la mirada. ¡La ciudad de murallas neutrónicas de Hispan!

Allá lejos, a lo largo de las montañas, se extendía, al parecer sin principio ni fin, un inmenso yermo. No había rastro de vida, de habitación humana; nada sino una enmarañada vegetación que crecía salvajemente. No había una sola luz, un aeroplano, ni siquiera un bote en la oscuridad sin mareas del océano entrevisto a lo lejos. Hasta las estrellas eran extrañas, pues hablan desaparecido las viejas constelaciones.

Sam se estremeció. Hacía frío, pero no fue eso lo que le puso carne de gallina, ¿Y si la propaganda de Hispan fuese verdad? ¿Y si no hubiera otras ciudades ni otros seres humanos en esa jungla Ilimitada ¿Y si...?

Se volvió hacia sus compañeros y sonrió.

—Al menos una cosa es segura: el aire es respirable —dijo alegremente—. Si en otra época hubo gases letales, hace mucho que se han evaporado o se han vuelto químicamente inofensivos —levantó la voz—: ¡Adelante, compañeros! ¡El destino nos aguarda!

—¡Adelante! —gritó el griego Kleon.

—¡Adelante! —exclamó el Olgarca Beltan.

Los tres hombres se volvieron decididamente hacia el este, cara al Sol naciente, y bajaron poco a poco de la montaña.

Pamela Sargent - UNA NUEVA PERCEPCIÓN

El espécimen llegó por la mañana temprano, por encomienda certificada, embalado en una caja de cartón. Rumborough firmó el recibo y entró el paquete. Bajó al subsuelo y se dirigió a un gabinete de vidrio que había detrás del bar.

Sobre el bar, frente al gabinete de vidrio, había dos botellas de Johnny Walker etiqueta negra, una botella del licor Cherry Bestle que hacía sonar *Jingle Bells* cuando uno la levantaba, y una botella vacía de Canadian Mist, además de algunos vasos sucios y un balde de hielo lleno de agua. El gabinete tenía unas doscientas botellitas que contenían una sustancia marrón de tonos diversos. Cada botella tenía una etiqueta con un nombre y un número. Rumborough desató el paquete, sacó una nueva botellita, la etiquetó *Karen Kilpatrick - número 203* con el lápiz de fieltro que llevaba en el bolsillo de la camisa, y la colocó junto a la botella de Cherry Bestle que tocaba *Jingle Bells*.

Rumborough se sentía cansado porque no le gustaba nada levantarse temprano. También estaba cansado porque tendría que ir arriba a buscar a Oscar y a decirle que el excremento había llegado y que esperaba que ahora estuviese contento y no le trajese nuevos motivos de preocupación.

Rumborough llamaba «Oscar» a la criatura porque no podía pronunciar su nombre y porque una vez había tenido una tortuga llamada Oscar cuando era chico. La criatura llamada Oscar se parecía un poco a una tortuga, excepto que los ojos estaban montados sobre una especie de tallos y que tenía cuatro en lugar de dos. También tenía seis estructuras semejantes a dedos en los pies. A Oscar le encantaba leer y pasarse el tiempo acostado sobre su caparazón, con los pies en el aire sosteniendo un libro y dirigiendo sus cuatro ojos, a las páginas. Podía quedarse horas y horas así, sin cansarse.

Rumborough estaba de pie junto al bar con la botella etiquetada *Karen Kilpatrick - número 203* y se preguntó si Oscar estaría despierto y si convendría o no subir a decirle que había llegado la mierda de Karen Kilpatrick o si no sería mejor sentarse junto al bar para tomarse un par de tragos de Johnny Walker. Rumborough no recordaba con exactitud cuándo se había instalado Oscar allí. Pensaba que ojalá se hubiese acordado de poner fechas en las botellas que había en el gabinete, pero no se había ocupado de eso de modo que ahora no podía recordar cuándo había llegado Oscar. Rumborough no podía recordar qué había estado haciendo en su vida antes de la llegada de Oscar, salvo que cuando era chico había tenido una mascota, una tortuga llamada Oscar y que había tenido algo que ver con una chica llamada Edie que tenía un buen par de tetas. No se acordaba ninguna otra cosa de ella. También sabía que alguien que se suponía que era su tío seguía depositando dinero en su cuenta bancaria.

Finalmente, Rumborough decidió ir arriba, porque sabía que, si se quedaba en el bar, tomaría demasiados tragos y después iría hacia el videófono y empezaría a llamar a su tío. El tío no figuraba en la guía, así que Rumborough pasaría cinco o diez minutos tratando de comunicarse con el operador para pedirle su número de teléfono. Después sacaría su guía telefónica de Manhattan y empezaría a llamar a todas las Edies que figuraran en él. Y, para estar bien seguro, también llamaría a todas las que tuviesen un nombre que empezara con E. Estaba casi seguro de que se había encontrado con Edie en Nueva York. También tenía ejemplares de las guías de Brooklyn y de Bronx para cuando terminara con Manhattan. Cuando estaba borracho, Rumborough solía empezar a preocuparse acerca de cuánto hacía que Oscar andaba por allí, y a preguntarse qué hacía él antes de encontrarlo. Discaría el número de una Edie o de una E de Manhattan y le preguntaría si había salido alguna vez con Bob Rumborough y si tenía tetas grandes, mientras espiaba cuidadosamente por la

pantalla del videofono. Por lo general las Edies y las E colgaban. Rumborough quería averiguar quién era.

Rumborough volvió arriba, pero no fue directamente a buscar a Oscar porque primero tenía que orinar. Fue al baño y la balanza homeostática empezó a silbarle. Estaba sobre el piso, debajo de una pileta, una especie de panqueque rosado de diez centímetros de alto con un dial que brillaba en la oscuridad. Rumborough no se explicaba por qué el fabricante había pensado en un dial que brillase en la oscuridad. Se preguntó si realmente habría gente que se pesaba sin prender la luz. Tal vez pensaban que así podían esconder su gordura. Rumborough levantó la tapa del inodoro, orinó, el inodoro hizo correr el agua y después empezó a gorgotear:

—Contrrrrrrole su urrrrrrea.

—Cállate la boca de una vez —dijo.

—Por lo menos no estuvo bebiendo —respondió el inodoro.

Cuando Rumborough se dirigió al lavabo para mirarse al espejo, el silbido de la balanza se hizo más agudo.

Se quedó mirando el espejo y encendió su magnificador electrónico hasta que su ojo derecho cubrió toda la superficie. Observó las zonas de derrame. Parpadeó y se quedó mirando cómo se juntaban las pestañas gigantes. Le repugnaron los poros de la piel del párpado.

—Sabe muy bien que debería subírseme encima para hacer un control —dijo el panqueque rosado que había debajo de la pileta.

—Cállate la boca —contestó Rumborough— te estás poniendo demasiado confianzuda últimamente.

Estaba empezando a enojarse con los objetos del baño, que se suponía que estaban allí para proteger la salud y no para comportarse como compañeros. Volvió a ajustar el espejo y fue a buscar a Oscar.

Oscar estaba leyendo. Acostado sobre su caparazón, con los pies en el aire, leyendo los *Principios* de Berkeley, Rumborough entró en la habitación, dijo «La mierda de Karen Kilpatrick llegó esta mañana» y se sentó. Oscar dejó el libro a un lado y empezó a hamacarse hasta que pudo aferrarse al piso y enderezarse.

—¿Estudiaste a Berkeley alguna vez? —le preguntó a Rumborough.

A Rumborough se le cruzó de pronto la imagen de él sentado en una gran aula, con la mente en babia mientras algún tipo en el frente mascullaba algo acerca de las percepciones.

—*Esse est percipi* —dijo Rumborough.

La imagen se borró. Rumborough se rascó el cráneo y lo miró a Oscar.

—No —dijo—, no sé nada.

—Voy a tener que revisar todo —dijo Oscar—. Me mandó mis teorías al diablo.

Atravesó la habitación y se instaló cerca de Rumborough.

—Tanaka pensó que era un pervertido —dijo Rumborough—. No creo que pueda seguir haciendo esto, Oscar.

—No te preocupes —respondió Oscar—. Tengo suficiente trabajo como para un feriado de un mes.

El domingo, pensó Rumborough, el último domingo estaba en Makapuu, había volado a Honolulu, tenía que escaparse un poco de todo y estaba en el camino, caminando nada más...

—Tú estás enfermo, realmente enfermo —le había dicho Tanaka. Estaban sentados junto a una mesa bebiendo mientras una bailarina nativa, que parecía medio china, meneaba su culo cubierto con una pollerita de hierbas frente a los clientes.

—Escucha —dijo Rumborough—. Son diez mil dólares, Tanaka. Lo único que tienes que hacer es colocar este artefacto en la lata y cuando ella haga correr el agua, puedes sacarlo...

—No quiero oírlo —dijo la chica.

—Escucha, no puedes echarte atrás —siguió diciendo Rumborough—. ¿Quieres seguir siendo una mucama el resto de tu vida?

—Tengo mis principios —respondió ella—. Yo no entro en asuntos sucios como el que me propones.

—Escucha, Tanaka —dijo Rumborough aferrándole las manos—. Esto es parte de una investigación, y tú estarás colaborando. Puedes ayudar a erradicar la enfermedad. Necesitamos cierto tipo de excremento y Karen Kilpatrick nos puede servir. Pero no puedo pedirselo a ella. Tú puedes entrar en su habitación.

—¿Y cómo es que nunca leí nada acerca de esa investigación en los diarios? —preguntó Tanaka.

—Porque... —dijo Rumborough—. Lo que sucede es que la nación no está preparada para ella aún, pero en cuanto encontremos lo que buscamos...

—Vete al carajo —dijo la hawaiana.

Trató de ponerse de pie, pero Rumborough se aferró a sus muñecas. Volvió a sentarse.

—Veinte mil —dijo Rumborough.

Tanaka no se movió.

—Te quiero —dijo él en un arranque.

—Me mandé una encomienda a mi propio nombre —le dijo Rumborough a Oscar—. No podía imaginarme trayéndolo conmigo, ya sabes lo torpe que soy. Habría dejado caer mi valija en medio del aeropuerto o algo así, o habrían detectado el contenido en la puerta que tiene rayos X y habrían pensado que llevaba un rifle o algo por el estilo. —Suspiró—. No quiere volver a verme nunca más, Oscar.

Oscar empezó a encaminarse hacia la otra habitación.

—Mejor hago mi número en la carretera —dijo la criatura—. Tengo tanto trabajo que voy a terminar el día en que el huevo críe pelos. —Se detuvo y se volvió a mirar a Rumborough—. Necesitas unas vacaciones. Lo mejor que puedes hacer es descansar. ¿Por qué no lees algo? Y no te preocupes más por Tanaka.

Rumborough se rascó la cabeza nuevamente, intrigado.

—¿Quién es Tanaka? —preguntó.

Rumborough estaba tomándose un descanso. Sentado con su botella de Johnny Walker etiqueta negra, con los ojos fijos en la ventana de su dormitorio. A veces, si observaba con suficiente atención, podía ver la ciudad. Miró con todas sus fuerzas. Todo lo que pudo ver fueron las colinas verdes, los pinos. Tomó otro trago de la botella y trató de enfocar mejor. No apareció ninguna ciudad. Se preguntó si debería intentar comunicarse con Edie; una vez más.

—¿En serio? —preguntó Edie. Las tetas subían cuando inspiraba y bajaban cuando espiraba—. Conocía alguna gente de allí. ¿Conociste a Mary Weinroth?

—No.

—Puede ser que estuviese un curso más adelantada que tú. ¿Estabas cuando los estudiantes negros tomaron el edificio con armas?

Rumborough miró la botella de Johnny Walker etiqueta negra y trató de recordar a qué colegio había ido. Recordaba un montón de colinas y un departamento muy chico. Compartía la habitación con otros dos muchachos. Uno de ellos se llamaba Herbie y se estaba licenciando en arquitectura. El otro se llamaba Rich. Rich no era estudiante. Era traficante. Cuando se levantaba los lunes a la mañana decía «Hoy es un mal día, porque es lunes»

Cuando era martes, decía «Hoy es un mal día, porque es martes». Los viernes y los sábados por la noche decía «Día de joda». Rich no hablaba mucho. Solía estar fuera una semana entera y volver con paquetitos de hashish y de marihuana envueltos en papel metálico.

—Creo que fue un colegio muy grande, en el Este —le dijo Rumborough a la botella.

Se preguntó si debería, empezar a llamar por teléfono a los colegios del Este para preguntar si alguna vez lo habían tenido como alumno, en lugar de llamar a más Edies para preguntarles si tenían tetas grandes. Tomó otro trago y miró por la ventana en busca de la ciudad. Por un momento creyó ver la débil bruma del smog, y después la bruma se desvaneció y vio sólo árboles. Había un instructor que vivía en la calle South Albany y Rich andaba con la mujer. Rumborough recordaba un puente que había cerca de la casa, un puente chico, sobre un riacho. Se preguntó quién sería Rich.

Rumborough se puso de pie y avanzó hacia el videoteléfono. Se quedó de pie junto a él, tratando de recordar a quién iba a llamar.

—Hey, Bob —dijo Oscar.

Se dio vuelta y vio a la criatura de pie junto a la puerta.

—Pareces agotado —dijo Oscar—. Mejor te acuestas.

—¿Qué es? —preguntó Rumborough.

Estaba observando el aparato que había traído Oscar e instalado en el vestíbulo que había junto a la puerta de entrada. Parecía una cámara montada sobre bloquecitos curvos de carbón con tentáculos colgando de los costados. Oscar estaba atando con correas todo ese incómodo bulto a su caparazón, manteniéndolo en equilibrio mientras ajustaba las sogas.

Oscar agarró uno de los tentáculos y dijo con excitación:

—¿Qué es esto? Esto, mi querido amigo, es el producto final de mis investigaciones. Con él puedo transformar la Tierra en un paraíso.

Y agregó, volviéndose hacia Rumborough:

—No podría haberlo hecho sin tu ayuda.

—¿Ya no hace falta más mierda?

—No, señor —contestó Oscar—. Esto merece una celebración. ¿Por qué no llamas a la pizzería y les dices que nos manden una pizza gigante?

—Claro —dijo Rumborough.

Fue a la sala a hacer la llamada, ordenó una pizza gigante y después se sentó. Oscar entró bamboleándose lentamente con su aparato y se instaló cerca de los pies de Rumborough.

—Fui increíblemente tonto —dijo Oscar— al pensar que debía descomponerlo todo hasta llegar al sustrato antes de iniciar la reconstrucción. Y perdí todo ese tiempo con el excremento pensando que encontraría la clave si lograba reunir un número suficiente de tipos diferentes, los analizaba buscando una pista. Realmente pensaba que eso me llevaría hacia la materia elemental de que están hechas todas las cosas. Y, perdóname por la franqueza, fue una pérdida de tiempo —dijo Oscar, ahogando una risita.

—Entonces yo no serví de nada —dijo Rumborough, pensando en todas esas botellitas con materia marrón que había cerca del bar en el subsuelo y recordando cómo las había obtenido. Sintió un escalofrío y trató de borrar el pensamiento.

—Sí que me ayudaste —dijo Oscar—. Tu biblioteca, y fundamentalmente los *Principios* de Berkeley, me dieron la clave. Entonces utilicé el análisis de las muestras de excremento que me habías conseguido para construir la máquina. Tu especie ha desarrollado el pensamiento filosófico hasta un grado mucho más alto de lo que creí que fuese posible; nosotros nunca nos ocupamos demasiado de él. Eso no quiere decir que no haya inconsistencias en el pensamiento de Berkeley, pero, a pesar de todo, una vez que fui capaz de excluir una búsqueda del sustrato sin las cualidades que percibimos, me di cuenta de cuál era mi error y hasta qué punto resultaba ridícula una concepción de ese tipo. La esencia de las cosas es perceptual, por supuesto, y entonces la reconstrucción de nuestro mundo está ligada con el cambio de las percepciones que recibimos. Pero no por ello dejan de ser reales.

—Sí, claro —dijo Rumborough.

Pensó en alterar la esencia de sus percepciones para dar cabida a una playa con algunas chicas de grandes tetas. Se preguntó cuánto tiempo les llevaría a Oscar y a su máquina reconstruir sus percepciones.

—La encargué con salsa italiana. ¿Te parece bien? —siguió diciendo.

—Una cosa existe si se la percibe o se la puede percibir —dijo Oscar—. Un dios omnividente podría percibirla aun cuando no pudiésemos percibirla nosotros, y de ese modo fundamentaría su realidad. Mi aparato puede convertir este mundo en un paraíso porque puede alterar nuestras percepciones y de ese modo la realidad del mundo. Será un paraíso para nuestra especie. ¿No te parece bárbaro? —Oscar lo miró a Rumborough—. Disculpa, me refiero a mi propia especie, claro. —Sacudió la cabeza con alegría. —Y esas heces van a servir perfectamente. ¿No es estupendo? Anduve paveando un rato con el aparato por la cocina, espero que no te importe.

Rumborough se puso de pie y salió de la sala rumbo a la cocina. Oscar empezaba a deprimirlo. Se acercó a la heladera y la abrió. La manija de la puerta parecía algo viscosa. Del interior salía un hedor inmundito. La comida parecía estar en perfecto estado. Cerró la puerta y se tapó la boca con la mano, con la esperanza de atajar lo que parecía estar por brotar en cualquier momento.

Se volvió lentamente para salir y notó que los mosaicos que estaba pisando parecían pegajosos. Volvió a la sala. La alfombra se había vuelto verde y olía a estiércol. Rumborough trató de recordar si había fertilizado el césped aquella mañana.

—Oscar —le preguntó a la tortuga— ¿estuve fertilizando el césped esta mañana?

Oscar se movía pesadamente por la habitación en lo que era para él un estado de agitación.

—Fenomenal —contestó la criatura.

Rumborough miró por la ventana de la sala. Su jardín, los árboles y las colinas parecían vistos a través de una lupa.

Sonó el timbre.

—Supongo que es la pizza —dijo Rumborough.

Fue hacia la puerta y la abrió. Había un chico petiso y pecoso junto a ella.

—Una pizza gigante, tres con setenta y cinco —dijo.

Rumborough sacó la billetera. Mientras contaba el dinero notó que podía ver con toda claridad la ciudad ese día, a sólo tres kilómetros de distancia, pensó, y se preguntó porqué tendría el aspecto de un pinar tan a menudo. Rumborough oyó ruidos a sus espaldas, se dio vuelta y lo vio a Oscar moviéndose hacia la puerta.

Rumborough retrocedió y dijo:

—Es sólo Oscar. No te preocupes por él, está ensayando su nuevo aparato.

El muchacho se quedó allí parado con los ojos fijos en la criatura y después empezó a retroceder. Dejó caer la pizza y salió por la puerta. Oscar apuntó con su invento. No hubo

ningún ruido, ningún destello, ninguna luz, pero donde había estado parado el muchacho había un montón de excrementos.

—¡Estupendo! —aulló Oscar, saliendo por la puerta y pisando las heces, dispuesto a bajar por la ladera de la colina—. ¡Lo logré!

Rumborough estaba sentado al lado de la ventana de la sala, junto al videófono. Atisbo hacia el exterior y vio tortugas de cuatro ojos de diversos tamaños que se movían por el césped de su jardín y pensó que ojalá no le estropeasen los rosales. No podía ver la ciudad ahora y se preguntaba si podría verla con algunos tragos de Johnny Walker encima.

Todo olía a fertilizante. Rumborough se puso de pie y fue a la cocina a buscar un poco de hielo y una botella. Al caminar hacia la cocina sintió que el piso era blando. Entró y abrió la heladera. Vio grandes porciones de materia fecal sobre los estantes.

—¡Qué olor! —masculló Rumborough.

Abrió el congelador y después se acordó de que hacía tiempo que no llenaba las cubeteras. Se preguntó si no debería intentar llamar a Edie. Cerró la puerta del congelador, miró nuevamente los estantes de la heladera. Vio pickles y botellas de Michelob, lechuga y latas de pescado. Agarró una de las botellas de cerveza y cerró la heladera.

Rumborough emprendió el regreso al comedor hundiendo los pies en su suelo blando y volvió a sentarse. Destapó la cerveza. Volvió a mirar por la ventana. Filas enteras de tortugas avanzaban sobre la ciudad. Rumborough miró el excremento que tenía en la mano; lo apoyó y tomó el videófono, ajustando simultáneamente la imagen de la pantalla. Marcó operadora, pero no escuchó nada.

—Operadora —le dijo al teléfono muerto—. Tengo que comunicarme con Edie Kudatsky, quiero... —Rumborough se interrumpió y sonrió para sus adentros—. Sí, Kudatsky, eso es —dijo suavemente—. Vivía en Queens.

El teléfono parecía blando y lo soltó. Después recogió la botella de cerveza. Se levantó de la silla blanda color marrón, atravesó la alfombra roja, creyendo ver soretes en el piso. Fue al vestíbulo, abrió la puerta de entrada y se quedó mirando a las criaturas que se arrastraban por el paisaje. Tomó un trago de la botella y escupió la cerveza violentamente.

—¡Dios mío! Esta cerveza tiene un gusto asqueroso —dijo en voz baja.

Caminó de vuelta hacia la sala y miró la alfombra marrón y las paredes marrones. Mientras miraba la casa parecía brotar como pasta dentífrica. Caminó hacia la ventana, salpicando la materia del piso, y vio una llanura marrón; hacía burbujas en algunos sitios. Parecía haber miles de tortugas por los alrededores. Rumborough se trepó a la ventana y saltó cayendo sobre el estómago. Pudo ver cómo su casa se hundía rápidamente, y se convertía en materia marrón.

—¿Qué les parece? —dijo Rumborough.

Cuando la casa desapareció del todo, él se quedó con los brazos abiertos en medio de la sustancia blanda y fangosa. Después trató de arrastrarse y empezó a hundirse. Primero los pies; quiso aferrarse a algo con las manos, pero no había nada a que aferrarse. Una gran tortuga se le acercaba lentamente; podía ver sus ojos saltones que lo miraban con curiosidad, pero no quedaba tiempo.

Al final gritó y se sumergió. Su mente, todavía consciente, lidiaba con las sensaciones. La masa de sustancia que lo rodeaba pareció espesarse y después aligerarse. Rumborough movió los brazos como si nadara... y se abrió paso hasta la superficie. Se arrastró unos pocos centímetros caminando con cuatro patas y sacudiendo un poco el cuerpo para quitar algunos restos de materia que le habían quedado sobre la caparazón. Miró a su alrededor con sus cuatro ojos saltones, y vio a una chica de grandes tetas, acostada boca arriba, hundiéndose en la sustancia marrón. La miró con curiosidad.

—¡Auxilio! —gritaba la chica.

Antología de Ciencia Ficción 2003

Rumborough escondió sus patas en el caparazón y se dispuso a descansar y a admirar el paisaje marrón. Se sentía muy bien.

—No cabe duda de que sabías lo que hacías Oscar —pensó Rumborough mientras se deleitaba en el estiércol.

Los cuadrúpedos queloides se movían lentamente sobre la superficie marrón de toda la Tierra.

Joanna Russ - UN POBRE HOMBRE, UN MENDIGO

Un hombre extraño, envuelto en un manto negro, uno de cuyos pliegues le caía sobre la cabeza para ocultarle la cara, con el paso elástico y suave de quien ya no tiene que preocuparse de si el suelo está o no desnivelado; un hombre que podía percibir el aroma que provenía de la cocina, en un recodo del sendero angosto y pedregoso, sin que eso fuera para él más que el indicio de lo que otro hacía y nada más... Este individuo —que tenía un aspecto bastante vulgar y nada temible (aunque tal vez algo misterioso)— se deslizaba por el tortuoso sendero que bordeaba el campamento de Alejandro cerca del Indo como si supiera adonde estaba yendo. Pero no tenía nada que hacer allí, no, y menos bajo el calor bochornoso de la tarde, pese a que la vegetación a su alrededor envolvía el sendero con una cierta oscuridad tenebrosa. Estaba manchado de luz y sombra. Era el principio del verano en la India y sobre el sendero y el manto de hojas que lo bordeaba caían pétalos y polvo amarillo. Se los sacudió de encima, llegó a un claro y siguió adelante sin mirar alrededor.

A trescientos cincuenta metros de la tienda del general el camino subía, se hacía más rocoso y más despejado; había un centinela recostado contra una roca, absorto en la contemplación de un moscón que sostenía entre el pulgar y el índice. No vio al extranjero cuando pasó ni contestó a su saludo. Embozado hasta el mentón, el extranjero pasó junto a esclavos que recogían fuentes de una mesa de tabloncillos tendida al sol (porque desde la tienda del general se dominaba todo el valle, una atalaya sin obstáculos, pero por eso mismo un poco inhospitalaria). Penetró en la tienda, agachándose para pasar por debajo de la lona y arrastrando su manto negro. Encontró al hombre que buscaba sentado ante una mesa baja, pidiendo que le llevaran un mapa; le puso una mano sobre el hombro y entonces dijo, con bastante timidez:

—Vamos, todavía soy una persona civilizada.

—¡Que Apolo me proteja! —exclamó el conquistador con voz ahogada, poniéndose pálido.

El extraño rió y sacudió su cabeza, sin perder esos modales inofensivos y amistosos que lo habían tornado tan popular y que habían hecho que se lo llorara tanto cuando Alejandro lo matara a la edad de veintiocho años.

—Aristóteles, tu maestro, no aprobaría eso —dijo, sacudiendo alegremente la cabeza, y se sentó en el borde de la mesa rodeando con su mano una copa de vino.

—¡Saca tus manos de allí! —dijo automáticamente Alejandro, y después añadió, recobrando su color habitual—: Tómala.

—Oh, no; gracias —dijo su amigo muerto, sonriendo para disculparse—. Ahora no podría. No tienes idea del inconveniente que significa esto de estar muerto...

—¡Tómala! —dijo el conquistador.

—Ah, pero... —y su amigo asesinado apoyó la copa de vino.

—¿Y bien? —dijo Alejandro.

El muerto sonrió, con la tierna sonrisa de los que provocan y aguantan el insulto. Sonrió, retrocediendo.

—Creí —dijo— que la novedad de mi aparición...

—No dura.

—Ah, pero tú me debes...

—¿Qué?

El espectro dio unos pasos atrás, atravesando el brillante rayo de luz que entraba en la tienda a través de la abertura, y rozó la pared de lona con su hombro sin dejar una sola marca.

—Lo recuerdo —dijo—. Lo recuerdo.

Alejandro lo miró fijamente en la penumbra, una luz que transformaba al conquistador, con sus hermosas facciones y su figura de bronce, en una estatua.

—¡Ah, qué cosas recuerdo! —prorrumpió el espectro, con una carcajada genuina—. Recuerdo tu asombrosa violencia cuando te emborrachabas.

El hombre sentado ante la mesa lo observó.

—Y recuerdo —añadió el espectro, recorriendo silenciosamente la habitación— que me sentaba levantando los pies y apoyando las rodillas en el mentón sobre una especie de banco de mármol, como un escolar, y observaba cómo desvariabas...

—Yo nunca desvarío.

—Decías disparates, si prefieres. Pero no debería entretenerme con tonterías. Estoy seguro de que trataron de detenerte ¿no es cierto? Además mi hermana había sido tu vieja nodriza... ¡qué escándalo! Supe que te quedaste tres días encerrado.

Aquí hizo una pausa, mientras se hallaba en el rincón más oscuro de la tienda.

—Ya sabes —dijo, saliendo a la luz, dejando que su manto arrastrase descuidadamente desde un hombro—. Ya sabes —repitió mientras se le iluminaba toda la cara, se le enarcaban las cejas y los ojos se abrían como sólo se abren en los momentos de emoción intensa, cuando el rostro está a punto de convertirse en una máscara—. Ya sabes (con una expresión casi de asombro). Lo recuerdo bastante bien. Lo analicé ciento de veces. No tuve la menor idea de qué fue lo que me golpeó; creí que la habitación se había dado vuelta y que el piso había levantado vuelo y se me había tirado encima, y entonces algo me pegó en el pecho y me mordí la lengua ¿sabías? y vi tu cara...

En este punto Alejandro estalló en carcajadas tan estrepitosas que podían haberse oído incluso fuera de la tienda, pero la lona no se movió; los pliegues colgaban tiesos.

—Mi querido amigo —dijo afectuosamente—, lo siento por ti, de veras, pero me temo que el tiempo ya borró prácticamente todo ese asunto. Como verás... —y señaló el desorden de papeles que había sobre su escritorio.

—Ah —dijo sabiamente el espectro—. Pero yo no envejezco, ya ves.

—Eso es una verdadera lástima —dijo el emperador, apoyando los codos sobre la mesa y hundiendo el mentón en las manos— pero ahora...

—¿Ahora? —dijo el espectro, en actitud expectante.

—Ahora sé bueno y márchate.

—No.

—Entonces me iré yo.

Pero cuando el emperador retiró su silla y se levantó, vio que el amigo que había matado, de algún modo había logrado sentarse en ella y hurgaba en sus papeles, y la cosa no le gustó.

—¡Caramba, vean esto! —dijo su amigo.

—¡Deja eso en su lugar!

—Proyectos ir a la India. ¡Qué bien!

—¡Vas a...! —y agarró la mano del extranjero, pero la impresión de encontrarla de carne y hueso fue demasiado para él y retrocedió bruscamente gritando—: ¡Guardias!

Nadie apareció.

—Bah, pavadas —dijo con calma su amigo.

Estaba sentado frente a la mesa como un secretario o un filósofo acompañante cuando anota las palabras de un gran hombre; el manto negro se le había deslizado desde los hombros y yacía en parte sobre el asiento y en parte sobre la suciedad del piso, como un charco de tinta. Levantaba un documento tras otro con cuidado y respeto. Siempre había llamado la atención el modo en que este hombre levantaba las cosas; su mano se cerraba alrededor de una copa, de un jarrón, de otra mano de mujer, con tanta delicadeza y una

curiosidad tan galante que uno hasta podía imaginar que los objetos inanimados sentían verdadero placer cuando él los tocaba. Las mujeres habían gustado de él y él las había evitado.

—Proyectas ir a la India —dijo— mirando unas marcas en un mapa.

Alejandro se encaminó decididamente hacia la cortina de la tienda para buscar amigos o sirvientes que lo liberaran de esa molestia, pero la cortina de la tienda colgaba rígida como una piedra. No logró moverla.

—¿Qué quieres de mí? —dijo entre dientes.

—Bueno —dijo pausadamente el extranjero.

—¿Qué? —gritó el rey, perdiendo la paciencia.

—Te estás asustando.

—¿Asustarme yo?

—Tú, sí, y vas a hacerlo.

—¿Voy hacer *qué*?

—Calma—. Estudió el mapa. —Mira esto —dijo—. Vas a cruzar el Indo, vas a pasar otros siete años lejos de tu tierra, tu ejército se amotinará y para el momento en que logres establecer otra Alejandría —¿cuántas Alejandrías hay ya en estos momentos?— en el hemisferio oriental, tu gobierno del oeste habrá caído y tendrás que empezar todo de nuevo. ¡Mi Dios, qué proyectos!

—Deja de jugar conmigo —dijo el rey y se sentó, con considerable dignidad, en un taburete bajo, cerca de la entrada de la tienda.

—¿Por qué? Tú acostumbrabas a jugar conmigo —dijo razonablemente el espectro.

—Es cierto; lo hacía.

—Precisamente: lo hacías.

—La muerte no te ha pulido el carácter —dijo Alejandro.

—¡Ni ha suavizado el tuyo!

—Los que quieren patadas van a recibir patadas —dijo el rey.

—Sí, eso es —dijo su amigo, parpadeando—. Bien, lo que quiero es lo siguiente: quiero que regreses, que vayas a pasar el próximo invierno a Heliópolis, el nuevo nombre de Babilonia (¡qué cambio!) y que retires tus fronteras hasta los confines de Persia. Eres un idiota: no puedes conservar lo que has obtenido. Tal como está, el imperio se desmembrará tres días después de tu muerte. Piensas que un lugar es tuyo con sólo erigir unas cuantas columnas grabadas y nombrar un sátrapa. ¡Qué tontería!

—Y... —dijo Alejandro.

—Y... —repitió el espectro, un tanto perplejo— y, bueno, eso es lo que quiero.

Alejandro se puso de pie.

—No estoy acostumbrado a... —pero una brisa repentina levantó la cortina de la tienda, como si alguien en un arranque de violento entusiasmo la hubiera arrojado hacia el cielo. Riendo alegremente, aunque en forma algo embarazosa tal vez, Alejandro se dirigió hacia su amigo y lo abrazó.

—¿Me creerías —le dijo— si te dijera que me arrepentí, que me arrepentí sinceramente? Hombre, si no quise ver a nadie durante tres días; hasta pensaron que los iba a abandonar en el medio del desierto. ¡Tanta era mi pena! Pero tendrías que haberme conocido lo suficiente como para mantenerme lejos de mí.

Sin estremecerse, palmeó la espalda de su amigo, de una consistencia poco natural.

—Y lo que cuentan sobre tu hermana es cierto, aunque un poco adornado —dijo—. La quería de veras y me disgustó profundamente tener que causarle un dolor. Y en cuanto a tí... —su voz se enturbió—. Bueno, tú sabes...

—Ay —dijo el espectro, parpadeando sin poder evitarlo.

—Tú sabes —dijo Alejandro con ternura—. Tú sabes.

Y entonces, sin decir una sola palabra más, pero volviéndose para mirarlo con una sonrisa compasiva y llena de pesar, salió de la tienda.

Al quedarse solo, el extranjero lo siguió pensativamente con la mirada durante un minuto. Después, con extraordinaria rapidez, arrebató su manto de la silla próxima a la mesa baja, hizo con él un pequeño paquete y lo arrojó al aire. Al observarlo mientras permanecía suspendido entre el techo y el piso se rió para sus adentros, en un ataque de risa silencioso que lo hizo doblarse en dos. Tan pronto como desvió su mirada del manto, éste cayó como cualquier otro objeto, desplegándose sin ninguna elegancia en un desparrame de tela, como un ganso herido. Lo levantó y se lo puso.

Ahora, nos toca la otra, pensó, y se sentó en el banco cerca de la pared de lona, muy formal. Su nombre era Clito, y en vida se lo conocía como Clito el Negro.

Para consolidar su posición política en Persia, Alejandro se había casado (y obligado a hacer otro tanto a doscientos de sus nobles, sin considerar sus sentimientos) con una dama persa de linaje aristocrático. Roxana —así se llamaba su mujer— había pasado la mayor parte de su niñez en un patio con piso de mármol y mosaico, aprendiendo a leer y a escribir (algo por lo que sentía el mayor desprecio) o corriendo detrás de una pelota a rayas junto con varias otras niñas que le besaban la mano a la mañana y a la noche y le decían «señora». Cuando cumplió los diecisiete años la casaron repentina y sorpresivamente con un hombre famoso, atractivo, joven y formidable. Tres semanas lejos de su hogar bastaron para despertarle una desesperada nostalgia por su patio, al que hasta entonces había considerado una prisión, y en el que había deseado estar parada sobre una silla, montada sobre otra, montada a su vez sobre una mesa, para poder ver que era lo que había afuera y atisbar el ancho mundo.

Entró a la tienda cuando hacía cinco minutos que la había dejado Alejandro y dos que el extranjero se había sentado en un banco.

—¡Oh! —dijo, sorprendida.

Antes de que pudiera asustarse y huir, él ya estaba de rodillas, con la cabeza inclinada en señal de homenaje; después le besó la mano, cosa que la reconfortó, tan familiar le resultaba ese gesto.

—¿Quién es usted? —dijo con tono sensato.

Él sólo le sonrió tan imprecisa y pensativamente como sonríe el hombre que no ha sido ninguna otra cosa que el juguete favorito de una mujer, y le volvió a besar la mano.

—Señora —le dijo— mi nombre es Teofrasto.

—¡Qué nombre estúpido! —dijo Roxana, riéndose, porque nunca había aprendido a mentir ni a ser cortés.

—Señora —dijo él, simulando una súbita alarma—, tal vez usted no debería estar aquí a solas conmigo. Esto es... quiero decir... me parece...

Roxana sacudió la cabeza.

—Nadie me sigue hasta *aquí* —dijo— y nadie se atrevería a hacerme daño, supongo —agregó.

—Nadie con corazón podría hacerlo —dijo él.

Ella se sonrojó.

—Señora —dijo él rápidamente— tengo que encontrar al Emperador.

—No se dónde está —contestó ella, dejándose caer sobre el banco.

Parecía interesada y ansiosa. El espectro empezó a caminar de una punta a la otra de la habitación, como un hombre cuyo espíritu está atormentado por alguna urgencia.

—Pero, señora... —dijo, y luego sacudió unas cuantas veces la cabeza como hablando consigo mismo y repitió—: Señora...

—Bueno ¿qué pasa? —gritó Roxana, que era totalmente ignorante y por lo tanto no

sentía ningún temor.

El espectro vino a sentarse a su lado, arrastrando su manto negro en un gesto un poco ridículo.

—Usted sabe, señora —dijo con seriedad— que su marido, Su Majestad Imperial, *pai dios*...

—Sí, sí —dijo con impaciencia Roxana, entrelazando las manos.

—Su marido —dijo el espectro mirando a su alrededor como si temiera que pudieran escucharlos— le habrá contado, seguramente, señora, que piensa cruzar el río dentro de pocos días, y para eso necesitará exploradores nativos, guías, señora, que lo pongan al tanto de cuáles son las ciudades y los pueblos que hay del otro lado.

Roxana asintió, prestando mucha atención.

—Bien, ahora resulta que... —prosiguió el espectro— y créame, señora, créame que estoy medio enloquecido... resulta que esos guías que su marido contrató no quieren ir a ninguna parte y se dispersaron en todas direcciones, señora.

La miró pidiendo disculpas, como si lo que estaba por decir fuera demasiado idiota para que se lo creyeran o, por lo menos, muy alejado de la conciencia de Roxana, y luego dijo:

—Tienen miedo de los espíritus, señora.

—¡Espíritus! —gritó Roxana, irguiéndose como un resorte.

—Oh, sí, pero no es nada, estupideces de los nativos, como eso de que hay gente caminando con los pies dados vuelta...

Roxana se puso de pie de un salto y empezó a caminar nerviosamente por la tienda.

—Si allí hay espíritus —dijo— no lo dejaré ir.

—Pero Su Majestad Imperial —replicó el espectro, con una leve tosecita.

—Usted no se preocupe —dijo ella—. Conozco muy bien esas cosas que...

Se volvió hacia él con aire de sospecha:

—¿Qué clase de espíritus?

—¿Qué clase? —repitió el espectro, confundido.

—Sí —dijo ella—. Acaso son... son... —y con un susurro— ¿sorbedores de sangre?

—Oh, no —dijo el espectro, desconcertado.

—Ah, entonces está bien —dijo ella con alivio—. Uno puede mantener a raya a los demás, pero a *esos*... —De repente, lo miró fijamente—. ¿Usted no está al tanto, no es cierto? —preguntó.

—Por supuesto que sí —replicó él.

Ella frunció el ceño.

—No, usted no sabe —dijo con énfasis. Su cara se oscureció—. ¡Usted es griego!

Él lo admitió.

—¡Ja! —dijo ella—. Probablemente ni siquiera cree en ellos.

Él protestó: sí que creía.

—No, no cree —dijo ella—. Lo podría jurar. Usted le va a decir a mi marido que se trata de una sarta de estupideces, ya sé.

—¡Señora! —protestó él—. Por mi honor...

—¡El honor de un griego! —gritó ella—. Usted le va a decir a mi marido que se trata de una pavada asiática. —Se precipitó sobre él, tomándolo de los hombros y sacudiéndolo frenéticamente—. ¡Sí, eso es lo que va a hacer! —gritó—. Le va a decir que no es más que una estupidez y entonces él va a ir y entonces... —y se apartó, con las facciones alteradas. Empezó a llorar.

—Vamos, vamos —dijo él.

—¡Lo va a matar! —se lamentó la pequeña Roxana—. ¡Lo va a matar!

—No, no —dijo el extranjero, acariciándole el cabello.

Ella se reclinó sollozando sobre él; después se separó bruscamente.

—Siento nostalgia —dijo en forma abrupta, tratando de explicar su conducta.

—Por supuesto, por supuesto —dijo el espectro con ese tono que tanto agradaba a las mujeres cuando vivía—. Es muy natural.

—No debería acariciarme la cabeza —dijo Roxana lloriqueando.

—Claro, por supuesto —dijo él con suavidad—. Por supuesto. Pero eso la calma, ¿no es cierto? Y a mí me da tanta pena verla triste.

—Se me enrojecen los ojos —dijo Roxana, sonándose la nariz con su larga manga persa.

—Se siente desdichada —dijo él— y a mí no me gusta que la gente se sienta desdichada, ¿sabe usted?, aunque yo personalmente tenga muy pocos sentimientos.

Sonrió.

—Tuve una vez una esposa como usted; era mucho más inteligente que yo y odiaba la corte: una verdadera intelectual.

—Yo soy muy burra —dijo Roxana despectivamente—. Creo en los espíritus.

—Ah, pero... —dijo el hombre, como si hubiera hecho un descubrimiento asombroso— ¡yo también!

—¿De veras? —dijo ella.

—Sí. He visto demasiados como para no creer en ellos; pero la clase de espíritus en la que yo creo no es la de esos espectros hindúes, con sus pies dados vuelta o la de los demonios y genios del mal de ustedes, los persas, que chupan la sangre, sino en una clase... bueno, una clase...

—¿Una clase griega? —preguntó Roxana, fascinada.

—No, pienso en una clase universal —dijo él con una risita culpable, acariciándole el cabello—. Es la clase, fijese... Cuando un miserable, un pobre idiota, muere, a veces muere con una pasión insatisfecha, con algo que lo atormentó toda su vida pero que nunca pudo dominar o manejar. Y este pobre imbécil descubre después de morir que no es uno de esos muertos afortunados que yacen en la tierra o se consumen en el fuego y desaparecen, es decir un muerto con suerte. La mayoría de estos hombres —y también mujeres, como usted comprenderá—, no son gran cosa, se podría decir que carecen de un temperamento fuerte, y que simplemente vuelan arrastrados por el viento como trapos viejos, vagando de aquí para allá.

—Oooh... sí... sí... —susurró Roxana.

—Eso es lo que sucede con la mayoría de nosotros —prosiguió él, tomándole la cara con ambas manos—, para casi todos, como se imaginará, salvo para unos pocos... —Sonrió de un modo encantador—. Unos pocos tienen demasiada sensibilidad para poder resistir eso; quieren demasiado, y éstos son los muertos de los que se habla en canciones y cuentos, los que vuelven para saldar deudas pendientes o tomar venganza, como usted sabe, o para cuidar a sus hijos. Y algunos... ¡ah, algunos! tienen una pasión devoradora, una fuerza que no los deja en paz; tienen cuerpos consistentes como usted y como yo. Uno puede verlos, incluso, y encontrarlos... bueno, ¡en cualquier parte!, en el ágora a mediodía, en los templos, en los teatros...

—¡No proyectan sombra! —lo interrumpió Roxana ansiosamente.

—Pero sí —dijo él— sí que lo hacen y a veces —con la misma risita culpable, levantando su manto y acunándolo en sus brazos—, a veces hasta llevan sus sombras de paseo con ellos. Hacen toda clase de cosas raras, pero son pobre gente después de todo, ¿sabe usted?

—¿Por qué? —susurró ella.

—¿Por qué? —respondió él vivamente—. Bueno, porque sólo viven mientras su pasión permanece insatisfecha, ¿comprende? Y tan pronto como obtienen lo que han venido a buscar mueren definitivamente. Pero *tienen* que venir, ¿sabe usted?; no pueden evitarlo ¡lo

desean tanto! Usted misma sabe bien —aquí ella se estremeció— qué es lo que se siente cuando se vive deseando algo con desesperación.

—¡Sí que lo sé! —dijo con tristeza.

—Bueno, ahí tiene.

Dejó de hablar, la miró con ternura y después, como si fuera la consecuencia lógica de su discurso, la besó atrayéndola hacia él por los hombros.

—¡Pero eso está mal! —se quejó ella, rompiendo a llorar, porque tenía un marido y nunca nadie, de veras... y él sonreía porque ella le traía (tal vez) tres o cuatro recuerdos seleccionados entre todos sus recuerdos de mujeres, o quizá todos a la vez, porque había amado y se había compadecido de todo ser viviente cuando aún estaba vivo.

—La pequeña quiere volver a casa, ¿no es cierto? —susurró, estrechándola contra su cuerpo—. La pequeña se siente sola, ¿no? —y le besaba el cabello.

—Sí, sí —sollozó ella, apartándolo.

Como si despertara de un encantamiento lo miró llena de dudas, lista para escapar.

—Señora —dijo él rápidamente— si usted me permite... Esto no significa una traición a Su Majestad Imperial, pero un hombre de acción, un hombre preocupado con problemas de estado... un hombre ocupado, en resumen, un hombre así puede descuidar a los que están más cerca de él y le son más queridos sin la menor intención de hacerlo; incluso puede no darse cuenta de que lo está haciendo, con todas las preocupaciones que tiene en su mente.

—¿Eh? —dijo Roxana, aturdida pero segura de que venía algo que valía la pena.

—En tales casos —dijo el extranjero con una sonrisa dulzona— una breve ausencia puede ser la mejor... Ah, caramba, señora, permíteme por darle consejos, pero como viejo amigo de la familia que soy, siento...

—Bien... —dijo Roxana, tratando de adoptar aires de gran dama.

—Siento —continuó él— que si fuera posible enfrentar a su marido con la perspectiva (ficticia, por supuesto) de perderla, si fuese posible lograr que imaginemos eso, por decirlo así, se daría cuenta inmediatamente del vacío, del hueco (si me permite hablar así), de la ausencia en su vida y con un arranque de sentimiento o de arrepentimiento, no es mi intención suponer que... el.. él se lamentaría de que sus ocupaciones lo hubiesen apartado de usted tan a menudo.

—Bueno, ss... sí —dijo Roxana.

—Muchos hombres —continuó con unción el extranjero— muchos hombres sólo se dan cuenta de sus verdaderos sentimientos cuando esos sentimientos se ven amenazados, por así decirlo. Ellos...

—Sí, pero ¿cómo? —lo interrumpió con impaciencia Roxana.

—¿Cómo? —dijo él.

—¿Cómo puedo hacerlo?

Hizo una reverencia (lo mejor que pudo desde su posición sentada).

—¿Cómo? —repitió ella con ansiedad—. Vamos, dígamelo y déjese de rodeos.

—La señora ha captado la idea en el acto —dijo admirativamente el extranjero.

—Siempre lo hago —dijo ella—. Soy muy lista, pero si usted realmente no...

—Un momento, un momento —Se aclaró la garganta— ¿No podría usted...? —dijo, y luego agregó—: hay una aldea india a unos pocos kilómetros del campamento.

—Sí, es cierto —se apresuró a responder Roxana.

—Usted no ha estado nunca en ella —dijo él— pero puede llegar fácilmente; por supuesto, mientras haya luz. El sendero es ancho y no se puede equivocar. Si no le importa tener que alojarse en la casa de uno de los campesinos... casa relativamente rica y hasta lujosa, en comparación con otras, por supuesto.

—Claro que no me importa —dijo ella.

—Bueno, entonces, ¡todo listo! Quédese allí una noche y él enloquecerá por su

ausencia. Y no me sorprendería sí, de paso, abandona su proyecto indio. De ahora en adelante usted va a recibir más atención de parte de él. —Abrió las manos—. Todo listo.

—¡Oh! —exclamó Roxana—. ¡Oh! —repitió con deleite. Se puso de pie de un salto.

—Lo haré —dijo para sus adentros— esta misma noche. Gracias. —Se precipitó fuera de la tienda, exclamando—: Sí... Debo...— y después se volvió abruptamente, diciéndole—: ¡No le diga nada a nadie!

Él le tomó la mano y ella exclamó:

—¡Por favor, señor!... —de una manera bastante espontánea, y la retiró con un gesto de disgusto.

Él hizo una reverencia hasta el piso —una verdadera reverencia, esta vez— y la princesa salió corriendo.

Una vez solo, el muerto se apoderó de dos objetos, propiedad de su antiguo amo: una pluma y una hoja de papel. Con una expresión grave adecuada a las circunstancias, empezó a escribir una carta, una de esas cartas que escriben a sus maridos las esposas aventureras y fugitivas, que encuentran sumo placer en escapar con alguien que les interesa, pero que escriben sobre el asunto como si se tratara de la más profunda y horrible compulsión. Al terminar, se reía silenciosamente para sus adentros, ¡Ay, qué dulce había sido ese beso! «Pero sólo en homenaje a los viejos tiempos», pensó. Las cualidades estáticas de la muerte lo oprimían; sentía que la mutabilidad era la única esperanza de la humanidad, aun cuando se llevara las flores y los placeres de la vida. Lo más terrible de los muertos era que no cambiaban, que no podían cambiar, pues jamás podrían, jamás podrían siquiera tener la más leve esperanza de cambiar. «Cambiar», pensaba con angustia indecible. Fuera de la tienda, tan transparente a su mirada como el cielo, el sol estaba empezando a ponerse. La pequeña Roxana estaría en su aldea india al anochecer, muy intrigada, encantada de poder ver cómo vivían los paisanos y jugando alternativamente a la lechera y la gran señora. La envidiaba. Envidiaba a Alejandro, envidiaba a cada soldado raso, envidiaba a cada perro, a cada rata, a cada piojo de ese promontorio pedregoso e inhospitalario. Podían tener hambre, podían sentir dolor. No podían atravesar la peor de las batallas de Alejandro sin más peligro que el que corría la lluvia que pudría los cuerpos de los muertos. ¿Se conformaban los hombres con poco... u obtenían demasiado? No podía decirlo. Con la cara mansa e ingenua y el aire tímido que lo habían hecho tan popular en la corte de Alejandro, daba vueltas por la tienda, sosteniendo la carta en la mano.

Se estaba preparando la cena para todo el campamento, casi cinco kilómetros de comida. Le costaba un esfuerzo considerable imaginar tanto ajetreo humano. Se movió ciegamente, vacilando hacia la mesa de campaña de Alejandro y entonces, cuando los inocentes mapas y memorandos lo miraron fijamente en la oscuridad, su semblante se aclaró. Dejó caer la carta en el medio del montón. Alejandro buscaría a su dama en el bosque, no en la aldea, engañado por las caprichosas instrucciones de un muerto, y una vez en el bosque... Su cara inexpresiva se conmovió con un gesto de furia dolorosa. ¡*Ese maldito estúpido!* El centinela que encontrara el mensaje correría hacia él —ni un minuto antes de lo necesario, de eso se ocuparía él— y Alejandro, que sabía perfectamente bien que su mujer detestaba escribir y tenía pésima ortografía, iría...! El espectro se dobló en dos con un silencioso ataque de risa. ¡Oh, el Emperador se sentiría como un idiota, pero iría! ¡Despreciaba a su mujer, sin duda, pero iría! ¡Sabría que era una trampa, pero iría! ¿Qué era lo que había dicho el filósofo ateniense? ¿Que los espectros detestan las multitudes? Sí, era eso. *En silencio, en reducida compañía y, sobre todo, de noche...* ¡El muy imbécil! Lo que pasaba era que resultaba más fácil manejar a los hombres en soledad, en silencio, en la oscuridad; eso era todo. Incluso ese grandísimo idiota, ese rey de los idiotas, ese rey de reyes... Riéndose todavía para sus adentros, el amigo del emperador caminó hacia la pared de la tienda con el manto doblado sobre el brazo. Podía haber

elegido cualquier camino para salir, pero decidió disolverse como niebla a través de la pared, asombrando a cualquiera que lo hubiera visto. Pero nadie lo vio.

Cuando Alejandro recibió la carta de su mujer, estaba reclinado en un diván; acababa de cenar y escuchaba a uno de sus filósofos amaestrados que le leía un discurso sobre la inmortalidad del alma. No le gustaba. Había bebido moderadamente durante la cena.

Recibió la carta lacónicamente, la leyó con brusquedad y dio curso libre a sus sentimientos con un rugido de rabia.

—¡Señor! —exclamó el filósofo domesticado.

—¡Maldita sea! —gritó el rey.

—La inmortalidad del alma... —aventuró el filósofo, temblando.

—¡Al infierno la inmortalidad del alma! —aulló el conquistador, con el cuello hinchado.

Empezó a ponerse la armadura. Se precipitó hacia la pared, se apoderó del escudo y salió como un rayo, volviéndose sólo para arrebatar su espada del lugar en que estaba, junto a la entrada de la tienda. Tenía la cara encarnada y los rasgos alterados, parecía un demonio.

—¡Y al infierno *contigo!* —aulló.

Buscaron en la zona norte del campamento, sin confiarse a la suerte; se gritaban unos a otros; alguien encontró huellas, pero no tenían el tamaño apropiado. Pronto, debido a su propia impetuosidad y al miedo que tenían sus soldados de separarse, el emperador y uno de sus filósofos, un historiador, un tal Aristóforo, se encontraron a la cabeza de la partida; estaban en un pequeño claro.

—Descansa, descansa —dijo Alejandro.

Y el anciano, tambaleando hasta un tronco caído, respondió:

—Sí, mi señor.

Llevaba una antorcha; se sacó las sandalias y se sentó con la espalda encorvada y la barba apuntando a las rodillas.

—¿Porqué no gritan? —dijo repentinamente Alejandro—. Les ordené que gritaran.

—Nos alcanzarán, señor —dijo el filósofo frotándose los pies—. Sin duda.

—Sin duda —repitió Alejandro, y fue hacia el otro lado del claro, donde comenzaba a filtrarse la débil luz de la luna que se levantaba.

—No consigo ver ninguna luz —dijo.

—Según Aristóteles —dijo el filósofo con toda calma—, el ojo emite rayos que son reflejados por los objetos que se hallan en su camino, produciéndose de este modo la visión. Pero cuando estos rayos son reflejados poderosamente por un objeto cualquiera —y los objetos compuestos por el elemento fuego son vigorosísimos en el ejercicio de esta propiedad—, entonces los demás objetos parecen débiles y tenues en comparación.

—¡Acabemos! —dijo el joven, y como el viejo se quedó mirándolo sin entender, Alejandro se apoderó él mismo de la antorcha y la arrojó, apagándola contra el suelo. Inmediatamente la oscuridad que los rodeaba se precipitó sobre el lugar, como si el círculo de luz se hubiera cerrado de golpe. Alejandro se inclinó entre los árboles, en el borde del pequeño claro.

—No puedo... —dijo, y luego, conciente de haber hablado en un tono más bajo que antes— no puedo ver nada.

—Nos alcanzarán, señor —dijo el anciano.

Algo muy peculiar estaba ocurriendo en el pequeño claro al levantarse la luna y apagarse la antorcha: los objetos se deshacían y cambiaban de forma, precipitándose uno sobre otro como si nada en el universo fuera estable. El claro se parecía al fondo del mar.

Alejandro caminó rápidamente ida y vuelta durante unos minutos; luego se dio vuelta (como si el lugar le afectara los nervios) y miró fijamente al anciano.

—Tengo miedo de hablar en voz alta —dijo, como si constatará un hecho y luego agregó de modo cortante—: ¿Quién eres?

—¿Cómo, señor? —dijo el anciano, alarmado, pero su imperial amo no le respondió; sólo sacudió la cabeza como hace un hombre cuando le entra tierra en un ojo. Dio vueltas otra vez y luego se detuvo como si la vaga luz y las masas de sombra lo confundieran; dijo:

—No escucho a nadie.

—Claro que no, señor —dijo plácidamente el anciano, acariciándose los dedos del pie—. Supongo que pasaron de largo y que debemos esperar hasta mañana.

—¡Imbécil! —dijo Alejandro.

Se paró en la mitad del claro, sin saber qué partido tomar; después dijo:

—Vete de aquí, viejo.

—¿Señor? —dijo mansamente el filósofo.

—¡Fuera de aquí!

—¡Pero señor...!

—¡Fuera! ¡Es una orden! Enseguida encontrarás a los otros.

—¿Su Majestad va a... —empezó el filósofo, pero Alejandro (que había sacado la espada) le indicó imperiosamente que se fuera.

—¡Vete! —aulló.

—Pero, mi amado señor... —(con sorpresa), y entonces el rey lo apremió con tal furia que el anciano escapó del claro con las sandalias todavía en las manos. Enseguida vio las luces de las antorchas de los soldados, como le había dicho Alejandro. Los hombres pasaron el resto de la noche buscando al emperador, pero no lo encontraron.

Al quedarse solo, y doblemente inseguro de sí mismo, Alejandro retornó al claro, sólo para ver a su amigo que descansaba bajo un árbol a la luz de la luna, en el otro extremo. La luna se había levantado y bañaba el pequeño claro con una lívida luz amarilla. El rey sintió que sus nervios cedían; tuvo un impulso de amor o de desesperación y sintió deseos de sepultar su cabeza en las rodillas de su amigo y pedirle...

—Me gusta una luz en la que puedo juzgar las distancias —dijo hoscamente.

—Aquí no hay distancias —dijo el muerto—. Aquí las cosas están muy juntas.

—Y mi esposa —preguntó el conquistador.

—Sana y salva.

Se miraron por unos instantes, uno erguido y tieso como un perro, el otro con su cuerpo amoldado a la forma del árbol como en su corta y fácil vida se había amoldado a cada superficie, a cada orden, a cada necesidad.

—¡Tu hermoso mundo! —dijo Alejandro con desprecio, indicando el claro con un gesto que era casi —pero no del todo— un chasquido de los dedos.

—No —dijo el muerto, sonriendo cortésmente—. El tuyo. El mundo verdadero; como el fondo del mar. Mis facciones parecen vibrar y desvanecerse cuando las miras; podrían ser las de cualquiera.

—¡Pura fantasía! —con desdén.

—Ah, la fantasía... la fantasía, que, según los filósofos da color a todo.

El muerto se apartó del árbol y se encaminó sin ruido hacia el claro, sobre la hierba plateada.

—Querido amigo —dijo con suavidad— querido, querido amigo, debes recordar que estoy muerto y por lo tanto miro las cosas desde un punto de vista muy especial. Conozco, ya ves, los tormentos del deseo que trasciende la muerte, un deseo demasiado tardío para ser satisfecho, y quiero evitarte un destino igual al mío. No debes perder la eternidad deseando a tu esposa, a tu cocinero y a tu colchonero, porque los descuidas; porque sabes

que los descuidas.

—¡Bah! No los quiero —dijo Alejandro.

—¿No? —Con la misma sonrisa estereotipada el muerto avanzó hacia él, como un cadáver que camina o como un hombre en un sueño.

—¡Apártate! —gritó el rey, horrorizado.

—¿Por qué? —dijo su amigo, con amabilidad— ¿Porque tengo una cara blanca? ¿Porque parezco un leproso? Mi cara está blanca, querido amigo, debido a un exceso de pasión; mis movimientos son lentos porque estoy muerto.

—Maldito seas, ¿qué quieres? —gritó Alejandro, jadeante.

—¿Qué quiero? Al hombre que me mató.

—¡Yo nunca... nunca...! —gritó el rey apasionadamente.

—¿Nunca? ¿Nunca?

El color inundó, en oleadas, la cara del muerto e hizo que pareciera negra a la luz de la luna.

—¿Nunca tuviste la intención? ¿Nunca lo pensaste? ¡Claro que no, me imagino! ¡Nadie tiene la intención de matar a una mascota! Uno retuerce el pescuezo del pobre pajarito en un momento de ciega e irreflexiva irritación, ¿no es cierto? Uno pateo al payaso y ¡caramba! el pobre idiota cae escaleras abajo y se rompe el pescuezo ¡Bah! Es casi lo mismo que romper un florero.

Se miraron por espacio de un minuto, y después... como si la explosión hubiera quebrantado su estado de ánimo y lo hubiera tranquilizado...

—Nunca te tuve antipatía —dijo Alejandro, de mal humor.

—¡Oh, no! —su tono era algo intermedio entre la risa y el sollozo—. ¡Oh, no! —más calmo.

—No, nunca —dijo el rey impasiblemente y fue a sentarse en el tronco caído.

—No he terminado —dijo su amigo suavemente—. ¿Sabes lo que te has perdido? —Se inclinó sobre el hombre sentado—. Para empezar, la dulce lengüita de tu esposa que yo saboreo hace unas cuatro horas.

Alejandro no dijo nada.

—Ah, ¿no te importa? ¿Tienes la gloria?

—Eso es —dijo el monarca.

—Sí, como el crepúsculo, supongo: todo el color y la luz que no pertenecen a nadie, te pertenecen a tí. ¡Palabras! ¿Qué más tienes? ¿Amor?

—No trabajamos esa mercadería —dijo Alejandro con una breve sonrisa.

—¡Ah! Estás hablando como tu padre. Tu padre, al que tu madre envenenó con el veneno que se usa para enloquecer a las ratas, y que murió gimoteando en los brazos de una sirvienta que fue la única lo bastante tonta y arriesgada en todo el palacio como para alcanzarle un vaso de agua.

—Uno puede evitar que lo envenenen —dijo Alejandro, sonriendo otra vez con esfuerzo.

—Efectivamente, uno puede evitarlo —dijo su amigo—, y me imagino que si evitas que te envenenen o te asesinen o te apuñalen en un motín —y hasta ahora has tenido éxito—, llegarás a viejo.

—Me cansas —dijo Alejandro levantándose.

—¡Ah! Pero espera... ¿Piensas que puedes arreglarte, al final?

—¡Ya disparaste tu flecha!

—No, espera... escucha... Se trata de mi esposa: pienso en ella todo el tiempo, en el color de su cara y su cabello, en la lejanía de su trato conmigo, en cómo la quería más por eso, creo. ¡Oh! ¡Ojalá no tengas que ir errando después de muerto, recordando cosas como ésas!

—Puedo recordar lo que hice —dijo Alejandro, riendo— que es más de lo que tú puedes hacer, supongo. ¡Y ahora déjame ir! No dispongo de más tiempo.

—No, no —dijo su amigo, en voz baja.

—¡Oh, sí! —respondió el rey en el mismo tono.

—Inténtalo —dijo el muerto.

El rey sacó su espada.

—Inténtalo. —Su amigo estaba sonriendo de modo encantador; extendió el cuello como ofreciéndolo a la hoja del cuchillo.

—Puedo retenerte aquí —dijo—. Al menos eso lo puedo hacer.

—¿Para qué? —con brusquedad.

—Ya lo verás.

El rey empezó a reírse; dio vueltas por el claro aullando de júbilo. La luz de la luna hacía centellear la empuñadura de su espada y una línea de plata llameaba a lo largo de la hoja. Hizo girar la espada en círculos por encima de su cabeza, como un muchacho que va a luchar por primera vez, golpeó los troncos de los árboles con ella y rió.

—Tengo algo que mostrarte —dijo el muerto con calma.

—¿Qué? —dijo el rey—. ¿Qué? —casi sin aliento.

—Una cosa, querido muchacho.

Alejandro no podía dejar de reír. Se sentó en el tronco y aulló a carcajadas, balanceándose hacia atrás y hacia adelante. La luna se debió ocultar detrás de una nube porque el pequeño claro se puso más y más denso; en la oscuridad, en medio de una masa informe de sombras confusas, estaba sentado Alejandro, riendo. Levantó la vista y para su sorpresa se encontró con que su amigo muerto estaba detrás de él y lo tenía sujeto por los hombros con una presión tan fuerte y sin embargo tan delicada que no podía quebrarla. Se vio forzado a volverse a un lado: trató de darse vuelta y no pudo; se debatió estérilmente bajo la presión del muerto mientras la cara de su amigo, tan cerca de la suya, no cedía un milímetro ni demostraba con una mínima alteración en la expresión, que controlar al guerrero del siglo significara el menor esfuerzo para él, un blando, que siempre había vivido blandamente.

—Mira —dijo—. Mira hacia delante. —El tono de su voz era casi de amor y, cambiando la posición de sus manos para sostener la cara del rey (ese rey cuyos brazos colgaban ahora inútiles a ambos lados de su cuerpo), lo forzó a volver la vista.

Alejandro lanzó un grito como el de los condenados, como el alarido de un animal herido al que nada detiene, ni la discreción, ni la prudencia, ni el miedo. Habría caído al suelo si el muerto no lo hubiera sostenido.

—¡Allí, allí, allí! —dijo el muerto en un susurro suave, entusiasta, acuciante, mientras le brillaban los ojos— ¡Allí, mira! ¡Mira! —Aferró los hombros del rey con tal vehemencia que le dejó las marcas; lo sacudió—. ¡Allí está tu gloria! —susurró y finalmente lo soltó, retrocedió por el claro sin sacarle los ojos de encima, sin mover las manos rígidamente extendidas, mezclándose con la espesa sombra y la luz incierta, a tal punto que nadie que lo buscara con la mirada hubiera podido saber que allí había estado una persona.

Alejandro estaba sentado, exhausto, sobre el tronco caído, como antes el anciano filósofo. La luna empezaba a esconderse; la mañana estaba próxima. Sus soldados, horriblemente asustados ante la idea de perderlo en la mitad de la noche lo encontrarían por fin, aunque él no les iba a hablar: levantaría su hermoso rostro y no diría nada. Le traerían a su esposa (ella se había preocupado y había enviado un mensajero al campamento a medianoche) y él la miraría, diría su nombre con un tono de sorpresa... y se desmayaría. Dos días más tarde, el ejército, las doncellas de la reina de Persia, el cortejo de filósofos del rey y la real pareja en persona empacarían todo su equipaje y emprenderían la marcha de regreso a Babilonia, llamada ahora Heliópolis.

Un profesor egipcio cuyo sistema de clasificación para la biblioteca de Alejandría, en Egipto, había sido rechazado sumariamente por el emperador, fue quien inició los rumores. Según él, Alejandro estaba loco y lo habían encerrado. Se pasaba el día borracho. Alternaba baños invernales a medianoche con ataques de fiebre. Su mujer lo había dejado.

—No, no —decía acaloradamente Aristóforo—. La verdad se que... —y salía apresuradamente para atender alguna otra cosa.

Alejandría de Egipto, la de Babilonia, Alejandría... en una habitación del palacio de Heliópolis había una réplica (de unos dos metros y medio de alto) de un monumento que Alejandro había hecho construir en memoria de su amigo muerto tan pronto como él (Alejandro) había vuelto a esta última ciudad. El monumento era una torre de bronce de veinticinco metros de altura con una plataforma en lo alto... «para saltar», había dicho Alejandro con toda intención, observando cómo se crispaba Aristóforo. Bebía durante horas al pie de la estatua de modo desordenado; de vez en cuando le hablaba.

Una tarde, en esa época del final del invierno en que una casa de piedra —incluso en el clima de Babilonia— se convierte en un lugar para helar a los vivos y preservar a los muertos, Aristóforo encontró a su amo dormido al pie del monumento.

—Estáis borracho, mi señor —dijo con tristeza y desaprobación.

—Y tú eres un burgués —dijo Alejandro.

—Hay que destruir ese monumento —dijo Aristóforo llorando.

—Tiene su encanto —dijo Alejandro.

—¡Es grotesco! —llorando más fuerte.

—Es necesario. —Alejandro rodó y se detuvo en un escalón, parpadeando como un búho—. Queremos honrar a nuestro amigo muerto, Aristóforo. —Descubrió un odre de vino bajo un montón de prendas de vestir—. ¡Bravo!

—¡Señor! ¡Mi señor! —lloraba el anciano filósofo.

—¡Señor! ¡Mi señor! —lo imitaba Alejandro, burlándose. Yacía perezosamente sobre el montón de ropa—. Piensas que estoy borracho pero no es así. —Suspiró—. Hace años que no me emborracho como es debido; estoy demasiado acostumbrado.

—¡Oh, señor!

—¡Bah! ¡Fuera de mi vista! —y cuando quedó solo su cara se tornó perfectamente inexpressiva. El salón de piedra estaba cubierto de cortinados imponentes, que daban a las paredes una dignidad espuria, ligeramente ridícula. Una de las ventanas no estaba cubierta; Alejandro se arrastró cansadamente hacia ella; daba sobre un pequeño patio y un jardín, donde alguien estaba trabajando con la azada. Al mirar, el rey cerró ambas manos inconscientemente; la vista de una persona trabajando lo afectaba, el esclavo se doblaba en dos, limpiando y arrancando maleza; después se enderezó y se frotó la espalda. Un sonido débil, inarticulado, que él no podía oír, salió de la garganta del rey, que levantó el odre para tomar y se detuvo a mitad de camino. Recordó, con satisfacción, la vez en que le había arrancado una copa de vino al anciano filósofo, cuando el hombre quiso bebería en una dramática y desesperada demostración de que él también caería tan bajo como el rey. Alejandro rió.

—Me siento mal —dijo—. Se apoyó en el antepecho de piedra de la ventana, contemplando el cielo y tiritando.

Las palabras que usan para la borrachera, pensó: Aplastado. Atontado. Ciego. Como sufriendo el impacto de una roca. ¡Ah!... Caer... Sus temblores aumentaron. Pensó otra vez, con placer, que estaba enfermo.

—Aniquílalo—, pensó.

Se tomó la cabeza entre las manos. Lo molestaban con su mujer: ¿quién la protegería?, decían. Sí, eso era cierto... Resbalando hasta apoyar las rodillas en el piso, acomodó su

espalda contra la pegajosa pared de piedra con cierta sensación de bienestar. El muerto había dicho una vez... ¿qué había dicho? «La comodidad ante todo». Pero eso había sido cuando vivía.

—Amado señor —dijo alguien.

Alejandro abrió los ojos.

—Vete —dijo.

—Señor, mi señor —dijo el anciano filósofo.

Cuando abrió de nuevo los ojos vio que Aristóforo se había ido. Sabía que estaba enfermo y eso lo alarmaba. Se puso de pie con gran esfuerzo y se encaminó hacia el monumento.

—Oh, amor, amor mío —dijo apasionadamente pero a nadie en particular—. Amor, amor mío. Amor mío...

La luz del final de la tarde, invernada y descolorida, entraba por la ventana descubierta y formaba un rectángulo en el piso. Allí yacía Alejandro. Abrió sus ojos por tercera vez (como cuando el hombre que se ahoga se hunde) y vio la cara que había esperado ver.

—Te estás muriendo —dijo su amigo y tenía lágrimas en los ojos.

Alejandro no dijo nada; solamente yacía sobre el piso de piedra con la boca ligeramente abierta y los ojos extraviados. Su respiración era rápida y superficial.

—Payaso —se arregló para decir—. Chacal. Pero bien que te hice rondar.

—Eres tú el que ha estado rondando, sin hacer nada, durante los últimos cuatro años.

—¡Ah! ¡Ah! —gritó Alejandro, porque el piso se hundía y se abría debajo de él—. ¡Auxilio! —gritó.

Agachado a su lado, el hijo de su nodriza, su arpa, su viejo amigo, lo observaba con atención.

—¡Coraje! —gritó—. ¡Coraje! ¡Sólo dura un momento! Mantén la cabeza despejada.

—Llama a mi esposa —dijo el rey con esfuerzo.

El muerto sacudió la cabeza.

—Oh, sí —dijo Alejandro torvamente—. Oh, sí.

—Nunca —dijo el otro—. No te comparto.

—¡Roxana! —gritó Alejandro. Y después, antes de que su amigo pudiera impedirselo— : ¡Roxana! —de modo que el nombre retumbó en las paredes.

Se escuchó el ruido de unos leves pasos en el corredor.

—¡Malvado idiota! —susurró el muerto airadamente y se levantó y se abalanzó sobre ella para impedirle el acceso.

Roxana llevaba el peso de su preñez de ocho meses como una cesta, corriendo por la sala con pasitos jadeantes.

—Querida —dijo él— querida, no es nada. Nada. Vuélvete, vuélvete, por favor.

—Cielos, es usted —dijo ella con naturalidad.

—Sí, mi amor, vuélvete —dijo él—. Vuélvete. Ve a descansar.

La detenía con las manos, sonriendo con ternura.

—Oh, no —dijo la reina con astucia—. Hay algo que yo sé.

Lo empujó y pasó. Empezó a decirle a su marido que ahora tenía que ir a la cama. Luego se detuvo, confundida, y luego una corta inspiración indicó que había visto la cara agonizante de! hombre. E! muerto temblaba; se paró junto a la ventana donde había estado el rey, pero no vio nada. Detrás de él la princesa dio un grito.

—Querida —dijo el muerto volviéndose (ella estaba arrodillada a! lado de Alejandro)— querida, se va a mejorar, te lo aseguro —(pero ella no parecía oírlo)— te lo aseguro, querida...— pero ella salió corriendo y gritando diferentes nombres a voz en cuello. Se detuvo en la entrada, mirando lo que había del otro lado del muerto, como si viera a través de él. Su cara sólo denotaba sorpresa, aunque se retorció las manos.

—Querida —dijo él con calma—, lo que ves es una ilusión. No sufre. La fiebre no es desagradable, al final: el cuerpo se hunde pero la mente flota como la ceniza, y solamente conseguirás amargar sin necesidad los últimos momentos de tu marido si lloras y te retuerces las manos y te comportas de un modo desconsiderado y azaroso.

—¡Aristóforo! —gritó la princesa—. ¡Aristóforo! —y salió corriendo de la habitación.

«Empiezo a desvanecerme» pensó el muerto mientras regresaba al lado de Alejandro, que sufría de nuevo un ataque de temblor. Se arrodilló junto al moribundo, tomando entre sus manos su cara inconsciente.

—Rey —susurró imperiosamente—. Rey —Alejandro abrió sus ojos—. Escúchame.

—No —dijo el moribundo.

Su amigo, acunando la cabeza del conquistador en sus manos, sonrió con una alegría radiante y serena.

—Vive —susurró—. Vive. Vive.

—No puedo —dijo bruscamente Alejandro, intentando encogerse de hombros.

Cerró los ojos. El muerto apoyó suavemente la cabeza de su amigo sobre el piso; se puso de pie; se apartó. Roxana había vuelto con amigos, filósofos, doctores; se amontonaron alrededor del Emperador mientras su amigo (a quien nadie vio) salía de la habitación, entraba por un corredor y bajaba por ese corredor a otro. En el jardín (miró desde una ventana) el jardinero todavía trabajaba con la azada y arrancaba las hierbas secas del año anterior. El muerto había llevado consigo el odre de Alejandro y una copa que había encontrado ahí cerca; se sirvió un trago y se sentó en el piso, al lado de la ventana por donde entraba la pálida luz del sol. Después se puso de pie.

—¡Carnicero! —gritó—. ¡Fanfarrón, egoísta, asesino enamorado de tu propia grandeza! —Y después agregó—: ¡Cómo te amaba, cómo te admiraba! —levantando la copa en una mano y llevando su otra mano vacía hacia el techo en actitud de pesar extremado y teatral.

«Ahora muero yo también», pensó.

Recordó, bastante divertido, aquella noche en la foresta india cerca del río y lo que le había mostrado al gran Alejandro. Como los demonios de los viejos cuentos le había mostrado todo el mundo, se lo había mostrado lleno de Alejandrías y Alejandretas, tan numerosas como las estrellas, con columnas talladas levantadas en el Este, en lugares tan remotos como los reinos de Ch'in y Ch'u, más allá del Han, con sátrapas gobernando los continentes aún no descubiertos del otro lado del globo, con esquelas que recordaban a Alejandro en las tierras de los finlandeses y lapones, en las manos de los esquimales de Alaska: un Imperio que se extendía desde el círculo polar ártico hasta el Cabo de África, y se proyectaba al otro lado, con Alejandros aquí y allí; un imperio realizado, un imperio seguro, un sueño materializado. Y luego dos palabras: *¿Y después, qué?*

La leyenda dice que el gran Alejandro lloró porque no había más mundos por conquistar; en realidad, bramó como un toro.

Nadie, pensó el muerto, *siente más desesperación que un hombre privado de su profesión. Yo por suerte, nunca tuve ninguna.*

Un ruido proveniente de la habitación que acababa de dejar llegó hasta él y le hizo contener la respiración.

«¡Qué terrible morir!», pensó, «¡qué terrible!»

Tomó un trago de vino de la copa y vio que su mano temblaba. De la habitación de al lado surgió un grito agudo: la pequeña Roxana lloraba a su hombre. El muerto, cuyo corazón parecía haberse detenido, estaba sentado sin moverse, mientras su cara perdía toda expresividad, y adquiría la hermosa y grave melancolía de todas las caras cuyos dueños se encuentran ausentes, temporaria o definitivamente. Delicada y cuidadosamente apoyó la copa de vino en el húmedo piso de piedra, con la delicadeza concentrada de todas las veces que había levantado objetos en su vida sólo para volver a depositarlos en su lugar: copas,

flores, joyas, pinturas y manos de mujeres. Pensó en todas las cosas que había tocado y no había poseído jamás, en todas las mujeres que le habían gustado y a las que había evitado. El único hombre que había admirado tan apasionadamente y que tan apasionadamente había envidiado estaba muerto. No le quedaba nada. Pensó, como si se tratara de un cuadro, en su mujer... una Safo insatisfecha que escribía versos y había dejado la corte para irse a vivir con un comerciante. Se dobló en dos, no por la risa esta vez, sino como si la espada de Alejandro, que había atravesado sus órganos vitales tanto tiempo atrás, volviera a herirlo una vez más. Los muertos no olvidan nada. La espada había roto las intrincadas hebras que lo mantenían vivo, lo había sobresaltado y lo había herido, le había destrozado el corazón. Se inclinó en silencio y cayó sobre el piso. Estiró el cuerpo con una especie de suspiro, como si fuera a dormir, y en el mismo momento en que cerró los ojos, desapareció. La copa de vino quedó sola en el piso.

Un sirviente que había oído la noticia de la muerte del rey atravesó la habitación corriendo y excitado y salió al jardín.

—¡Algo ha sucedido! —le gritó al jardinero.

El jardinero arrojó lejos de sí la azada y los dos se pusieron a conversar en voz baja, susurrando.

—La cosa se va a poner fea para nosotros —dijo el jardinero, sacudiendo su cabeza.

El sirviente le palmeó la espalda.

—No te olvides —dijo— que estuvimos juntos —y añadió generosamente—: No olvido a mis allegados.

El jardinero asintió solemnemente; recogió sus herramientas con la ayuda del sirviente. Desaparecieron juntos en dirección al otro extremo del patio. El sol (porque ya estaba avanzada la tarde) hizo un pequeño movimiento: el rectángulo de luz sobre el piso alteró un poco su posición e iluminó con un centelleo dorado la copa de vino que había quedado allí. Cerca de ella había un odre, volcado pero cerrado por alguna mano considerada, o al menos eso parecía, porque el piso estaba limpio. Nada se movía; todo permanecía en su sitio. Exactamente como si nada hubiera ocurrido.

NOTA

La obra tiene inexactitudes que plantean acertijos. Clito el Negro fue uno de los generales de Alejandro, y efectivamente fue muerto por el conquistador en el 328 a.C., en ocasión en que Clito se indignó por la *proskynesis* (la costumbre asiática de arrastrarse de rodillas), que Alejandro exigía a sus asociados. En ese momento Alejandro estaba borracho, la hermana de Clito había sido realmente su vieja nodriza y desde ese día en adelante Alejandro exceptuó a los macedonios de la etiqueta de la *proskynesis* utilizada en la corte persa.

Sin embargo, Alejandro cruzó el Indo en el 326 a.C.; el río que su ejército se negó a atravesar fue el Beas o Ifasis. Después de tres días probablemente bastante desagradables Alejandro consintió en retroceder a una zona más occidental del mundo.

Una inexactitud más en mi relato: Alejandro no estaba casado con Roxana en el 326 a.C. Ella era una sogdiana, para ser precisos, y se casaron en -el 324 a.C. en Susa, de modo que no tuvo ninguna posibilidad de estar con él en el momento decisiva para la historia, en que resolvió no proseguir su avance sobre la India. En realidad, Alejandro también se casó en 324 a.C. con la hija de Darío, Barsina. En el 324 a.C. volvió a Babilonia; murió de fiebre el 13 de junio del 323 a.C. Tenía 33 años.

Su carácter estuvo muy lejos de ser el de un fanfarrón de mente embotada, como lo sugiere mi narración; de acuerdo con los datos históricos, mi Alejandro y mi Clito juntos habrían constituido un facsímil mucho más fiel del Alejandro histórico.

Tal vez esa sea toda la clave del relato.

Ross Rocklynne - LOS HOMBRES Y EL ESPEJO

Los hombres patinaban sobre la suave curva de la superficie del espejo.

Por encima de ellos lucían las estrellas del universo, cuya luz era capturada y devuelta por la superficie cóncava, intacta, despedida de nuevo hacia el espacio como un resplandor infinito.

Los hombres eran dos. El uno, Edward Deverel, un gigante audaz y con muchas horas de vuelo, cuya profesión hasta hacía muy poco, era la de pirata en los canales de Marte. El otro, un hombre aguerrido y poderoso, era el teniente John Colbie, cuya misión consistía en apresar a aquel corsario de los canales.

Estaban en un verdadero apuro, pues de momento no podían escapar de la trampa que representaba aquel espejo cóncavo, brillante y de perfecto pulimento.

En cuanto a cómo ocurrió todo...

Cuando Colbie, después de su caminata de doce horas a lo largo del río de amoníaco por donde vertía la Fuente sus líquidos nocivos, llegó por fin a Ciudad Júpiter, se hallaba en tal estado de fatiga que sus músculos parecían protestar a gritos. Pulsó el zumbador para que los vigilantes de la compuerta estanca le abrieran y se sintió muy aliviado al ver que empezaba a funcionar la enorme esclusa, proyectando un resplandor luminoso sobre los torbellinos de gases que azotaban la superficie del inmenso y venenoso Júpiter. Dos hombres se acercaron, le encañonaron con armas ligeras y le indicaron que entrase. El oficial de guardia deseaba conocer la profesión de Colbie, y éste exigió ser conducido a presencia del comandante de la guarnición —que también era el alcalde de la ciudad—, pues el asunto que le traía debía ser tratado por la jurisdicción militar.

Mientras cruzaban las calles de la ciudad después de su torturante odisea por los yermos de Júpiter, sintió admiración y al mismo tiempo temor ante el genio de la raza humana, que frente a tantas dificultades y peligros había sido capaz de construir aquella ciudad bajo un domo y equiparla con todos los lujos de la vida terrestre. Pues en el exterior reinaba una presión de cuarenta y cinco toneladas por centímetro cuadrado. La gravedad era como dos veces y media la de la Tierra. En la atmósfera no había ni gota de oxígeno respirable, y ningún rayo de luz penetraba la gruesa capa de nubes que cubría la superficie del planeta. Pero el hombre supo construir su ciudad con tanta solidez que perduraría para siempre.

Cuando Colbie estuvo en presencia del comandante de la cúpula, éste oyó su relato sin dejar de contemplarle con expresión astuta.

—Así que usted es el teniente John Colbie, del Cuerpo de Seguridad Interplanetaria —murmuró—. Hace menos de treinta y seis horas estuvo aquí otro hombre, quien certificó ser John Colbie. No creo equivocarme si digo que uno de los dos es un embustero.

—Ya se lo he explicado; el otro hombre es un delincuente llamado Edward Deverel, cuya pista estoy siguiendo. Lo alcancé en Vulcano, cerca del Sol, y descubrimos que aquél era hueco mediante el sencillo procedimiento de caemos en un agujero. Allí pude capturar a Deverel, pero demostró ser demasiado listo. Quedamos atrapados en el centro de gravedad. Pero él calculó que los gases que llenaban el interior del planeta se dilatarían a medida que éste alcanzara el perihelio, formando así corrientes de convección que Deverel aprovechó para escapar de la trampa y al mismo tiempo de mí. Volví a encontrarle, pero naufragamos en Júpiter, cayendo en un pozo cuyo fondo era un lago de amoníaco líquido. Y Deverel, en quien admito haber hallado una excepcional astucia y capacidad de deducción, imaginó que el lago se vaciaba mediante un sifón de bastante altura. Así consiguió engañarme y yo me quedé en el pozo. Por último deduje dónde estaba, gracias a algunos indicios que él dejó deliberadamente, y le seguí a través del sifón. Pero me

esperaba a la salida, me quitó mis credenciales y me arrancó la promesa de darle veinticuatro horas de tiempo —Colbie sonrió sin alegría—. Al continuar veinticuatro horas después, él había desaparecido.

—En efecto —admitió el otro—. No tenía razones para sospechar que fuese un impostor, por lo que le entregué una nave. Ahora que lo pienso, parecía tener mucha prisa. ¡Hum!... ¿Cómo podría identificarle a usted como el teniente John Colbie?

—Es fácil —repuso Colbie—. No soy desconocido. Habrá algunos hombres del Cuerpo en la ciudad. Que me identifiquen.

—Buena idea —sonrió el hombre—. Debí hacer lo mismo con su rival. En fin, es cosa pasada. No sirve de nada volver a calcular una órbita que uno ya ha recorrido. Llamaré a uno o dos hombres de seguridad.

Pocas horas después, el comandante ya no dudaba de que el segundo hombre fuese el teniente John Colbie, nativo de la Tierra, al servicio del Cuerpo de Seguridad Interplanetaria.

—Se le proveerá de lo necesario, teniente —le prometió a Colbie—. ¿Qué va a hacer ahora?

Colbie, que descansaba en un cómodo sillón, recién bañado, resplandeciente con su indumentaria prestada y su cabello bien peinado, y de cuyos labios colgaba un cigarrillo, dijo:

—Mi misión consiste en capturar a un delincuente; ésas son mis órdenes. Debo seguir intentándolo.

—No, si continúa como hasta ahora —agregó el otro, sonriendo para quitar hierro a la burla, pero en seguida comprendió que había dicho demasiado, pues Colbie frunció el ceño con rabia.

—Lo siento —se apresuró a añadir, y luego dijo a modo de disculpa—: No le hago responsable. Debe ser irritante. ¿Cómo es que no parece tener mucha prisa? —cambió hábilmente de conversación.

—¡Yo no diría eso! —replicó vivamente Colbie—. Hace varios meses que viajo por el espacio, y de vez en cuando he de amenizar mi vida con algunos beneficios de la civilización. En todo caso, no necesito darme prisa. La única manera de encontrar a Deverel es deduciendo su paradero para trasladarme luego donde sea.

—¿A dónde supone que fue? —inquirió el otro con interés.

—Al planeta nuevo. Los periódicos hablan mucho de él. Según creo, entró en el sistema solar hace unos cinco o seis meses. Es un verdadero astro errante... probablemente lleva muchos milenios zumbando como una bala a través del espacio interestelar. Es muy posible que sea ése el paradero de Deverel. Es un hombre curioso, anormalmente curioso hacia todo lo fantástico y no podrá contenerse... espero —agregó.

—Parece una buena pista. Y también será una experiencia valiosa. Ninguna expedición ha puesto sus pies en ese planeta todavía. Ustedes dos, si Deverel está allí, serán los primeros en hacerlo. Espero que esta vez tenga suerte —agregó con toda sinceridad.

Colbie llenó de humo sus pulmones, que no habían conocido un cigarrillo desde hacía medio año.

—Si aún lo duda, comandante, permítame asegurarle que Deverel está listo para ser juzgado, como que esta vez voy a cogerle. Sí, me lo dicen mis huesos. Esta vez regresará conmigo.

Mas tarde los dos hombres se dedicaron a analizar los datos sobre el nuevo planeta. Era una gran esfera, un pecio flotante de unos ocho mil kilómetros de diámetro, y de densidad extraordinariamente baja en comparación con su masa. Viajaba hacia el Sol a la considerable velocidad de ciento treinta kilómetros por segundo, pero ésta se reduciría a la

mitad al pasar cerca de Júpiter. Finalmente describiría una órbita intermedia entre las de Júpiter y Neptuno.

Lanzado a través del espacio a la tremenda velocidad de su nuevo crucero, Colbie tenía los labios apretados y los nervios de punta. Su cerebro ardía. A decir verdad, le tenían tan furioso las repetidas fugas de Deverel que, cuando más lo pensaba, más le costaba mantener la calma.

Vio el nuevo planeta como un puntito gris contra el ubicuo telón de estrellas. Aún no tenía nombre, pero estaba destinado a ser llamado Cíclope por la razón que luego se verá. Al correr de las horas su tamaño aumentaba hasta que, a los siete días del viaje de Colbie por el espacio, luchando contra la fuerte gravedad de Júpiter, se convirtió en una gran esfera situada a menos de quince mil kilómetros de distancia. Colbie se apresuró hacia ella. Aún avanzaba a una velocidad terrible, por lo que frenó con la máxima desaceleración soportable. Cuando estuvo cerca del planeta cambió el rumbo para situarse en órbita, y entonces fue cuando vio el «ojo» del Cíclope que le observaba.

Era un espejo..., mejor dicho, un reflector cóncavo. Pero parecía el ojo del planeta, un ojo que reflejaba la luz de las estrellas. La luz de las estrellas, sí, que recogía para devolverla luego al espacio. Por cierto que, cuando Colbie lo observó con espanto, no logró distinguir la menor diferencia entre el resplandor de las estrellas y el brillo de aquel espejo colosal.

«¡Señor!», susurró para sus adentros, sintiéndose algo intimidado. De súbito experimentó una sensación de pequeñez, y en ese instante comprendió hasta qué punto era él una fracción infinitesimal del universo. Su vida era una fracción de segundo y su tamaño poco más que el de un subelectrón. Pues aquel espejo era artificial, había sido fabricado por las poderosas herramientas y la inteligencia de una raza que sin duda debió existir hacía miles, o quizá millones de años. ¿Quién sabría decir cuánto había viajado Cíclope, atravesando a velocidad constante el vacío entre nuestro sistema solar y la estrella más próxima? ¿Cómo averiguar quiénes fueron sus constructores? Uno sólo podía decir que debieron ser ingenieros de una capacidad inconcebible para los seres humanos, al menos según el estado actual de su ciencia.

El espejo era perfecto. Colbie tomó varias mediciones cuando se hubo recobrado de la primera impresión. Calculó el diámetro que era de casi mil quinientos kilómetros; la profundidad, de unos cuatrocientos cincuenta, y la curvatura, perfecta. ¡Su albedo era tan próximo a la unidad que los instrumentos humanos no lograban apreciar la infinitesimal diferencia!

Colbie se sentó y lanzó un largo silbido de admiración. El hombre no conocía ningún reflector perfecto; de hecho, se consideraba algo inalcanzable. Todos los materiales reflejan la luz más o menos, pero lo normal es que absorban buena parte de ella. En cambio, el material de aquel coloso entre los reflectores reflejaba toda la luz recibida, salvo una fracción insignificante. Pues Colbie sabía que, necesariamente, *algo* era absorbido; no creía en imposibles. No podía ser que el espejo no absorbiera ninguna luz. Sus instrumentos no lograban detectarlo, pero, naturalmente, en la Tierra había otros más precisos que, cuando llegara el momento, medirían la absorción. Pero tendrían que ser muy precisos. En todo caso, el albedo de aquel espejo era algo casi increíble y, desde luego, incomprensible. El espejo se ocultó al otro lado del planeta cuando la nave de Colbie inició la aproximación, reduciendo velocidad. Colbie recordó una vez más el principal problema que ocupaba su mente: localizar a Deverel. Pero el excitante descubrimiento del espejo le inquietaba todavía y decidió averiguar más cosas. Y lo hizo más a fondo de lo que pensaba en aquel momento.

Reguló su velocidad. Confiando en que Deverel no hubiera detectado su presencia cerca del nuevo planeta, se concentró ante la dificultad que se le planteaba: ¿dónde habría aterrizado Deverel? Cerca del espejo; de ello estaba seguro. En algún lugar próximo al borde del reflector gigante... pero eso representaba una circunferencia de cinco mil quinientos kilómetros.

Por último decidió explorar la zona donde Deverel pudo aterrizar. Enfocó su único telescopio hacia abajo de modo que cubriera toda la zona, aplicó los fotoamplificadores a la luz recibida y luego, manteniéndose a unos ochenta kilómetros de la superficie, para que Deverel no pudiera distinguirlo a simple vista, registró ese círculo poco a poco, sin quitar la vista del ocular. Confiaba en descubrir así la nave del rebelde.

La vio. Estaba junto a una de las montañas de Cíclope, una cumbre escarpada de gran altitud. Las estribaciones de dicha montaña terminaban en una llanura situada a unos diez o doce kilómetros del borde del gran espejo.

Colbie suspiró con alivio, satisfecho de que su hipótesis en cuanto al paradero de Deverel hubiera resultado correcta.

Lanzó la nave hacia arriba y luego, sin perder de vista su punto de referencia —la montaña—, se colocó tras ella y, a fuerza de motores delanteros, de popa e inferiores, maniobró hábilmente para situar el crucero detrás de la elevación, con objeto de que el rebelde no advirtiese su llegada.

Sacó un frasco para tomar una muestra de la atmósfera del planeta pero, como suponía con buenos motivos, éste no tenía ninguna. El brillo no disminuido de las estrellas le había permitido adivinarlo. Se puso el traje espacial, preparó las armas, conectó el tanque de oxígeno, se caló el casco, abrió la escotilla y saltó al suelo del planeta. Era duro. Lo observó y descubrió que estaba compuesto de minerales metálicos en estado congelado y terroso. Se preguntó si todo el planeta sería igual.

Empezó a rodear la montaña. Al cabo de un kilómetro había descubierto que andar sobre la superficie de Cíclope era una tarea ímproba. El planeta estaba rajado y hendido en muchos lugares; las grandes grietas dificultaban el avance por el camino más corto. Tenía que andar con cuidado y desviarse a menudo para hallar grietas que se pudieran saltar sin peligro. Preocupado al ver que tardaba en adelantar, se dio cuenta de que quizá no tendría tanto tiempo como le había dicho al comandante del domo en Júpiter.

Tardó muchas horas en rodear la montaña y echar una mirada al negro casco de la nave ilegalmente conseguida por Deverel.

Pero no vio a Deverel.

Se sentó en el suelo. Tuvo una desagradable impresión, al notar que el corazón le latía con violencia. Pero no era el miedo al peligro lo que le producía aquel estado: sencillamente, temía que Deverel escapara una vez más poniendo en funcionamiento su astuto cerebro. La rivalidad entre ambos —el orden y el desorden personificados— se había convertido en una cuestión de amor propio. A decir verdad, el policía admiraba más la prodigiosa habilidad de Deverel que el hecho mismo de la fuga. Colbie tenía que cogerle, pero respetaba el genio extraordinario de Deverel para salir de las situaciones difíciles. Pero... tenía que cogerle o admitir que el rebelde valía más que él.

Aguardó allí, intranquilo, con el proyector preparado. Éste disparaba proyectiles explosivos a una velocidad de miles de metros por segundo; era lo último en materia de armas ofensivas ligeras del siglo veintitrés.

Mientras esperaba allí, fijos los ojos en la nave y sus alrededores, dirigió sus pensamientos en una nueva dirección. ¿Por qué diablos habría ido allí Deverel? ¿Acaso no comprendió que sería el primer lugar donde Colbie le buscaría? Sin duda debía saberlo. Pero entonces, ¿por qué fue?

Colbie creyó adivinar la respuesta. Deverel pensaba abandonar el planeta mucho antes de que llegara el policía espacial. Disponía de una ventaja de treinta y seis horas sobre Colbie y supuso que tenía tiempo de sobra para hacer lo que tanto deseaba: visitar el nuevo planeta y decidir, para su propia satisfacción, si en éste había algo que justificase su amor por lo extravagante.

Tuvo tiempo sobrado, incluso para curiosear la naturaleza del espejo, volver a despegar y perderse en el desierto sin caminos del espacio.

Pero no se había ido. ¿Por qué?

Entonces Colbie empezó a sentir una fuerte desazón mental. Cuanto más esperaba allí, más le acuciaba. La conciencia le remordía. Y ¿por qué? Pues porque pensó que quizá Deverel hubiese enfermado; pero Colbie no podía arriesgarse a descubrir su presencia sin conocer exactamente el paradero de su enemigo. La enfermedad del espacio es un mal conocido y frecuente. Se debe a diversas causas, entre las cuales destacan las deceleraciones positivas y negativas, la carencia de cierto elemento vital en el aire sintético y la falta de gravedad. Su único remedio consiste en un reposo absoluto bajo una gravedad decente. Y... este remedio no estaba al alcance de un hombre acosado.

Colbie se removió, inquieto.

—El muy idiota puede estar agonizando mientras yo espero aquí —murmuró enojado—. Pero no puedo descubrirme.

La tensión nerviosa se hizo cada vez mayor. No podía pensar en Deverel allí enfermo, estando él para socorrerlo. Por último se puso de pie de un salto, decidido a poner fin a la incertidumbre que le consumía.

De pronto, su receptor de radio volvió a la vida y oyó una voz serena, aunque algo temblorosa.

—Está ahí, Colbie. Sabía que iba a venir. Escuche...

La voz murió y luego volvió con más fuerza.

—Estoy enfermo, Colbie, muy enfermo. Creo que voy a morirme. Me duele el estómago y también los oídos. Me duelen y envían al cerebro unos vahídos que me dejan ciego. Estoy sudando... Le importaría... acercarse y echarme una mano... ¿lo hará? Luego podrá llevarme consigo... —gimió la voz y a través del receptor llegó un ruido como de caída.

Pero Colbie ya estaba en pie, corriendo hacia la nave, inundado de compasión por el hombre indefenso.

La escotilla exterior estaba abierta. Colbie subió, la cerró, accionó los mandos de la compuerta estanca y entró.

Se halló en medio de la nave, frente al pañol. A proa estaba la cabina de mandos y la máquina principal; a popa el camarote.

Colbie se dirigió a popa, abrió y contempló un espectáculo realmente lamentable. El camarote estaba atestado de ropa sucia y platos con sobras de comida. En medio del cuarto había una mesa y, sobre ella, un ventilador eléctrico funcionaba a toda velocidad, lanzando aire sobre un hombre que yacía desnudo en una litera. Ésta parecía el colmo de la mugre humana.

Deverel yacía allí retorciéndose, jadeando, gimiendo, con los ojos desorbitados. Ríos de sudor recorrían su piel extrañamente amarilla y goteaban sobre un colchón aplastado y pringoso.

La primera acción de Colbie fue apagar aquel ventilador fatal. En realidad, lo tumbó de un revés con la mano. Luego tomó el pulso a Deverel. Lo tenía peligrosamente rápido, pero no anunciaba una muerte inminente. Tal vez se normalizase antes de veinticuatro horas, pero de momento el pronóstico era grave.

Los ojos de Deverel se volvieron hacia Colbie, y sus labios crispados dejaron ver sus hermosos dientes blancos.

—Celebro que haya venido —susurró; en seguida su cabeza cayó hacia atrás y cerró los ojos. No dormía; había resistido hasta tener la seguridad de hallarse en manos de una persona competente.

Colbie sabía cómo actuar en tales casos. Se dirigió a la cabina de mandos y abrió más las válvulas de los depósitos para aumentar la proporción de oxígeno en el aire. Cambió la ropa de cama con lo que pudo encontrar y bañó a Deverel de pies a cabeza en agua tibia. Luego lo acostó como si fuese un niño. Luego metió el termómetro en la boca de su enemigo.

Limpió el cuarto e invirtió una hora lavando los platos con una mínima cantidad de agua, tan valiosa. Luego sacó carne y verduras del refrigerador, donde podían conservarse durante meses perfectamente congelados, y empezó a preparar una sopa.

Era cuanto podía hacer de momento.

Se sentó y esperó, tomando varias veces la temperatura del enfermo.

La fiebre de Deverel bajó. Su respiración se hizo regular y se quedó dormido. Despertó trece horas más tarde.

—Hola, teniente —dijo.

—¡Hola!

Colbie dejó la revista, la primera que leía desde hacía meses, y agregó:

—¿Cómo va la fiebre?

—No tengo, gracias —agregó fingiendo indiferencia, pero hablaba en serio—. Se las doy de verdad.

—Seguro —le quitó importancia Colbie—. Ha sido un placer... ya se figurará que me alegro de haberlo hecho. ¿Cómo supo que yo estaba fuera? —continuó, hojeando distraídamente la revista.

—No lo sabía —Deverel se echó a reír—. Pero es evidente que si no hubiera estado, no me habría oído.

—Exacto —Colbie también se echó a reír y los ojos azules y grises se encontraron, risueños—. ¿Quiere un plato de sopa?

Deverel aceptó entusiasmado. Aquellos dos hombres, enemigos que se respetaban, tomaron asiento y comieron como amigos de toda la vida.

Durante muchos días, la vida fue fácil. Ni jornadas abrumadoras a través del inhóspito espacio, ni angustias, ni terrores mortales. No tenían que temer a los meteoritos. Era un placer vivir en Cíclope, el planeta del gran espejo.

Deverel mejoró; llegó el día en que pudo levantarse de la cama y caminar. Faltaba poco para que se le pudiera considerar sanado. La vida normal reclamaba sus derechos, después de la tregua tácita establecida entre los dos hombres. Durante algún tiempo, sus cuestiones personales no habían contado. Eso era justo.

Pero esa tregua tenía que terminar, y Deverel no postergó el momento. Tan pronto como se sintió fuerte, anunció:

—Bien, esto ha sido divertido, pero ya es hora de volver a nuestros antagonismos. Conque póngame los grilletes... ahora mismo. De lo contrario, tendré que darle un puñetazo en la mandíbula.

Colbie le miró con admiración.

—Es justo —reconoció—. ¿Le molestaría traerme un par para los tobillos y otro para las muñecas, de los más pesados que encuentre en el pañol? —preguntó burlonamente.

—Cómo no —murmuró Deverel con amabilidad.

—¡Espere! —dijo Colbie. inquieto, deteniéndole con un gesto—. Oiga, ¿se ha fijado en el espejo?

—Claro. Y me tiene muy intrigado.

—A mí también, ¿Qué le parecería prorrogar un poco este armisticio, el tiempo suficiente para explorarlo? Ya sabe que no tengo prisa...

—¡Bah! —Deverel hizo un gesto de desdén—. Yo tampoco. Tengamos paz un ratito más, ¿eh? —agregó con la expresión pueril de un niño excitado ante la promesa de un juguete nuevo—. Tiene mi palabra, Colbie. No intentaré fugarme.

Se saludaron con una sonrisa, y en seguida se prepararon para la aventura exploratoria.

El primer preparativo consistió en dormir. Después de muchas horas, emprendieron la marcha a través de la aborrecible y accidentada llanura. Las estrellas les contemplaban, inmutables, mientras cubrían la distancia que les separaba del espejo. A sus espaldas quedaba la destacada cumbre cerca de la cual había apostado Deverel su crucero robado.

Prepararon la expedición tan exhaustivamente como les pareció aconsejable. Tenían oxígeno, agua y alimento para un día por lo menos. Colbie decidió no llevar su proyector. Era un arma engorrosa y estaba seguro de que no iba a necesitarla. Unidos por una cuerda de sesenta metros —de composición especial, resistente al frío y al vacío del espacio—, emprendieron la marcha a través de Cíclope bajo la luz de las estrellas. Cuando no empleaban la cuerda para cruzar peligrosos abismos, se la enrollaban al cuerpo. Así se acercaron al borde del reflector, con toda probabilidad construido mucho antes de que la humanidad diera su primer paso hacia la convivencia organizada.

En dos ocasiones, Colbie resbaló al dar un salto que exigía toda su agilidad. Se habría precipitado en las quebradas, que parecían sin fondo; pero las dos veces Deverel logró apoyarse en los salientes e izar a su compañero. Decidieron buscar caminos más practicables.

Poco a poco se alejaron de las estribaciones montañosas y llegaron a terreno llano. El último kilómetro y medio era una verdadera llanura, tan perfecta que sin duda habría sido explanada artificialmente en épocas remotas. Colbie se preguntó por qué no posó allí su nave Deverel. Al decírselo, éste explicó que el primer acceso de su enfermedad le había impedido fijarse dónde aterrizaba.

Llegaron al borde del espejo.

Observaron con admiración la pared negra. Parecía hecha de un metal mate. Se alzaba en extensa curva, que se perdía a muchos kilómetros a ambos lados de los hombres. Era perfecta, sin la menor irregularidad, y su altura venía a ser el doble de la de un hombre.

Deverel se puso en jarras y dijo con voz vibrante:

—¡El espejo! —pero se veía que estaba emocionado ante aquel reflector de ignoto origen.

Colbie comentó, maravillado:

—Hay cosas increíbles. ¡Me pregunto cuántos años tiene esto... me pregunto quién lo creó... cómo lo hicieron! ¡Qué ingenieros debieron ser! ¡Qué obra!

—¡Qué mina de oro para la empresa que ganó la licitación! —comentó Deverel sonriente—. ¿Quiere subir? Tengo ganas de ser el primero en verlo... y tocarlo.

Colbie asintió y Deverel se apoyó contra la pared, haciendo estribo con sus manos protegidas por gruesos guantes.

—¡Suba! Pero cuando esté arriba —aconsejó—, procure no caerse. Eso nos traería muchas dificultades.

—No se preocupe por eso —respondió Colbie con sarcasmo—. Si alguno se cae será usted, no yo.

Apoyó el pie y Deverel empujó. Colbie se estiró y aferró el borde con ambas manos. Después se alzó a pulso hasta quedar sentado sobre el borde, mirando a Deverel.

Con no poca dificultad, izó a Deverel hasta su lado. Luego, como de común acuerdo, volvieron la cabeza y fijaron los ojos en la superficie del gran espejo.

Al instante, perdieron toda noción de perspectiva y equilibrio. La luz que venía de todas direcciones los aturdió, los cegó, abrumó sus mentes. Abajo, en todos los costados y arriba había luz. De hecho no pudieron distinguir la luz de las estrellas y la del espejo en la fracción de segundo que duró aquella sensación desconcertante de vértigo. Colbie, aterrizado, pensó fugazmente que se hallaba boca abajo en la posición más insegura del universo. Durante aquella fracción de segundo no supo dónde estaba el verdadero cielo.

Así que... se guió por el cielo equivocado y cayó de bruces hacia el interior del espejo.

Deverel, que experimentaba exactamente las mismas sensaciones, se habría recuperado a tiempo si la cuerda que le unía a Colbie no le hubiera dado un fuerte tirón, un segundo antes de averiguar claramente dónde estaba arriba y dónde abajo. Ambos cayeron dentro del espejo y, en un segundo, se vieron cruzando a toda velocidad una niebla interminable y atosigante de luz y nada más que luz.

Caían tan de prisa y al mismo tiempo con tanta suavidad que era como si les transportase un haz de energía inmaterial. No sentían nada. Ni la menor sensación de *deslizamiento*... sólo de aceleración *hacia abajo*.

Después del primer instante de pánico paralizador, cuando pasó el vértigo inenarrable, Colbie fue presa de un intenso temblor nervioso. Se calmó con un esfuerzo, cerrando los ojos y apretando los puños. Luego abrió lo uno y lo otro y buscó a Deverel a su alrededor. Éste venía como a un metro y medio detrás de él.

Deverel le miró con expresión muy preocupada.

—¡Le dije que tuviera cuidado! —comentó, airado. Colbie abrió la boca para replicar violentamente, pero Deverel te contuvo con un gesto—. Lo sé, lo sé. También fue culpa mía.

Suspiró y procuró darse vuelta para no seguir resbalando de cabeza.

Colbie hizo lo mismo y luego, con mucho cuidado, intentó detener la caída frenando con las manos y los pies sobre la superficie del espejo. Ninguno de ambos logró cambiar de postura ni de velocidad. Descubrió que resultaba muy difícil girar el cuerpo sin apoyarse en algo, y que el espejo no le servía para esto. Sus manos no rozaban la superficie, o mejor dicho no experimentó ninguna sensación de estar tocando una superficie con las manos. ¡Era como si pasara un dedo por una cuba de barro viscoso que no emitiera calor ni frío, que no se pegase al dedo y no ofreciese ninguna resistencia al movimiento, como si lo guiase a lo largo de un cambio determinado por su propia superficie!

Cerró los ojos, acongojado. Debía estar volviéndose loco. Intentó analizar sus sensaciones. Estaba cayendo. Cayendo directamente hacia abajo, con la aceleración que la gravedad de aquel planeta imprimía a su cuerpo. Pero sabía que en realidad resbalaba sobre una superficie inclinada. Lo hacía sobre una sustancia que no se oponía a la acción de la gravedad. Eso debía significar que...

¡No había rozamiento!

Las palabras estallaron en su cerebro... y brotaron alocadamente de su boca:

—*¡No hay rozamiento!*

Deverel le contempló y luego llevó a cabo algunas frenéticas pruebas. Intentó rozar la superficie. No sintió nada; nada retenía su mano... como si resbalase sobre una capa de hielo infinitamente suave.

—Tiene razón —dijo, mirando estúpidamente—. Debe ser eso. ¡Demonios..., carece de rozamiento!

En seguida gritó, mordiéndose los labios:

—¡Pero eso es imposible! No existe ninguna sustancia de rozamiento nulo. Usted lo sabe. ¡No es posible!

Colbie meneó la cabeza como quien habla con un niño.

—No, Deverel —le dijo con voz afectuosa, insistente y lastimera—, no tiene rozamiento. Apoye la mano con todas sus fuerzas. ¿Acaso retiene su mano? No; ellos inventaron ese material que carece de rozamiento.

Mientras seguían resbalando hacia abajo en medio de un mar de luz, se miraron con ojos de asombro.

El rebelde sacudió la cabeza con vigor.

—Estamos haciendo los tontos. Enfrentémonos a la situación. No hay rozamiento. Ahora..., ahora ya sabemos cuál es nuestro problema.

—En efecto.

Con gestos que parecían de borracho, Colbie consiguió sentarse con las piernas cruzadas y fijó hipnóticamente la mirada en la distancia que se extendía hacia abajo. ¿Acaso había distancia? No se distinguía el horizonte. Las estrellas y su reflejo se fundían sin solución de continuidad.

—Hemos de serenarnos —afirmó, terco—. Solucionemos esto. Debemos acostumbrarnos.

—De acuerdo.

Deverel hizo la primera cosa razonable: volverse para mirar atrás. Habían caído por el borde del espejo hacia dos minutos y, aunque su movimiento era uniformemente acelerado, atrás se divisaba un horizonte. La única referencia que lo indicaba era la cumbre de la montaña, que asomaba sobre el borde del espejo. Le pareció que era un buen lugar... De algún modo, les marcaba a dónde debían regresar.

—Preste atención ahora —le dijo a Colbie; su voz llegaba un poco metálica a los auriculares de éste—. Antes de aterrizar en este planeta, lo mismo que usted, hice algunas observaciones de este espejo y sospecho que llegamos a las mismas conclusiones. Hace mucho, quizás un millón de años, hubo una raza de hombres o de seres que vivieron en un planeta, el cual orbitaba alrededor de un sol, tal vez semejante al nuestro. Tenían un satélite: el planeta en el que nos hallamos. Eran ingenieros de capacidad monstruosa. No dudo de que habrían sabido modificar su planeta e incluso el sistema solar entero, en cualquier sentido que les conviniera... Quizá lo hicieron. Pero lo seguro es que reformaron el satélite. No sé cómo, vaciaron un casquete del planeta y dieron al fondo una curvatura cuyo radio viene a ser de unos dos mil cuatrocientos kilómetros. Luego, tampoco sé cómo, revistieron esa superficie cóncava con alguna sustancia que, al fraguar, formó un revestimiento absolutamente liso. Usted dedujo lo mismo que yo, ¿verdad? Que era un reflector tan perfecto, que no podía medir la luz absorbida por el mismo.

Colbie, que le escuchaba con interés, asintió.

—Y debimos comprender que un reflector perfectamente pulido carecería de rozamiento. Es lógico. ¡Fíjese bien! —exclamó—. Este material no puede carecer de rozamiento. Sabemos que no refleja toda la luz. ¡Es preciso que haya una diferencia, aunque sea insignificante, y también ha de tener un rozamiento, aunque inapreciable!

—¡Exacto! —Deverel se sintió auténticamente aliviado—. La falta de rozamiento me volvía loco. Claro que no... no puede existir ninguna superficie de esas propiedades. La estructura molecular de la materia lo impide. No importa lo apretadas que se apiñen las moléculas, siempre constituyen una superficie con irregularidades. ¿Por qué se construyó este espejo? Sólo veo un motivo: la obtención de energía. Debían poseer una máquina térmica. Sin duda, generaba grandes cantidades de energía, y quizás utilizaban este sistema para transmitirla a su planeta. Tal vez era un arma... con otro espejo, plano y giratorio, se podría dirigir un haz abrasador sobre una nave enemiga. ¡Cómo se ampollaría esa nave! O

quizá fueron capaces de maniobrar con este satélite a voluntad... Luego sucedió algo. Aquel pueblo perdió su satélite. Tal vez su planeta estalló, o quizá fue el sol, y este satélite salió disparado hasta que, por último, nuestro Sol lo atrapó. Ésta es una buena explicación... a mi entender, la única. A menos, naturalmente, que fuese parte de un proyecto que se hallaba en fase experimental y no llegó a ser terminado.

—Un espejo mágico —comentó Colbie en voz baja.

Todavía no sabían exactamente cuáles eran las características mágicas que poseía.

Guardaron silencio un momento.

—¡En fin! —dijo Deverel con despreocupación—, ahora no podemos hacer nada, ¿no? ¿Y si comemos?

—¿Por qué no?

Comieron al modo extraño impuesto por los trajes espaciales. Mediante unos pulsadores externos de sus trajes, activaron palancas que sacaban píldoras alimenticias pero insípidas, de un complicado mecanismo, así como agua que bebían a través de un tubo. Después de relamerse como si hubiera saboreado un verdadero banquete, Deverel prosiguió:

—Ahora se nos presenta otro problema, que no es cosa de niños. ¿A dónde vamos?

—Hacia el fondo...

—¡Qué va! Ya estamos casi en el fondo... ¿No ha notado que nuestra trayectoria es casi horizontal? Veamos, ¡Caramba! —consultó su cronómetro—. Hemos bajado cuatrocientos cincuenta kilómetros en unos ocho o nueve minutos.

Colbie quiso protestar, pero el rebelde le atajó:

—En efecto, hemos caído cuatrocientos cincuenta kilómetros: la profundidad del espejo. Recuerde que no hay rozamiento que nos retenga y la superficie inclinada por la que bajamos sólo nos guió. Esto significa que subiremos exactamente hasta el borde opuesto..., ¿comprende?

—¡Santo Dios, sí! —gritó Colbie, y luego frunció el ceño—. Pero no llegaremos. La proporción condenadamente pequeña de rozamiento nos atrasará quince metros, o los que sean. Si el rozamiento fuese igual a cero, sería bastante sencillo... llegaríamos exactamente al otro borde.

—Seguro, y lo atraparíamos al vuelo. La gravedad nos dio aceleración al bajar, pero se ocupará de frenarnos al subir.

Evidentemente habían cruzado por el fondo mientras conversaban. Subían, pues la inclinación aumentaba poco a poco pero con seguridad.

—No lo conseguiremos —se lamentó Colbie, desconsolado—. Hay que tener en cuenta el rozamiento.

Con voz melancólica de príncipe danés, Deverel murmuró:

—¡Ah, sí! Hay que tener en cuenta el roce; pues en el sueño de la muerte, los sueños que puedan llegar cuando nos hayamos librado de esta atadura mortal han de darnos un respiro.

—¡Muy oportuno! —se burló Colbie.

—Una vez interpreté a Hamlet. Hace mucho tiempo, por supuesto, pero era bastante bueno. ¿Recuerda aquella escena del segundo acto en la que él...?

—¡Pásela por alto! Olvídela..., no quiero oíría. Continuemos. Existe rozamiento... infinitesimal. No nos sirve para controlar o retardar nuestro movimiento pero, a la larga, la resistencia será suficiente para alejarnos del borde.

—Refrenar, refrenar y refrenar —admitió el rebelde, tocando los dedos de su mano izquierda con el índice derecho.

—Ésa es nuestra situación. Parece desesperada.

—Tal vez —convino Deverel—. Permítame agregar algunos datos. Hemos caído con una aceleración de tres metros sesenta por segundo cada segundo. Al pasar por el fondo,

cuatrocientos cincuenta kilómetros abajo, nuestra velocidad debía ser terrible. No sé cuál exactamente, pero hay una fórmula para calcularla. Al ascender, la gravedad nos frenará, disminuyendo la velocidad a razón de tres metros sesenta por segundo cada segundo. Repare en que digo hacia arriba y hacia abajo. Hablo en serio. Nuestra velocidad en relación con la superficie es otra cosa y, ciertamente, muy superior.

Se interrumpió, pero al ver la mirada impaciente de Colbie, agregó:

—No sé cómo saldremos de ésta. Normalmente, cuando uno entra en algún sitio, sale del mismo modo... pero nos han cerrado la puerta. Y, naturalmente, no veo qué podemos hacer para cambiar de dirección.

Para variar, el policía descruzó y volvió a cruzar las piernas. Bizqueó mirando arriba.

—Nos acercamos otra vez al borde. ¡Maldita sea la luz! Voy a quedarme ciego.

—Cierre los ojos —le aconsejó Deverel sin rodeos. Su mirada cínica chispeaba, humorística—. Colbie, me alegro de conocerle. Usted ha de perseguirme, y yo siempre me veo obligado a huir. Así hemos conocido las experiencias más interesantes. Lo pasaba muy bien saqueando los canales de Marte... ¿Alguna vez le he contado lo que me costó sacar los anillos de los dedos de la Emperatriz? Tuve que gastar muchísimo jabón y agua... Ella se horrorizó porque yo desperdiciaba el agua... En cierto modo, celebro que sea usted mi perseguidor. Y usted también —agregó como en defensa propia.

—Seguro —afirmó Colbie—. Pero según como se mire no me alegro. Usted me cae simpático, lo admito. Pero ignora lo que es formar parte útil de la sociedad... Naturalmente, hay otros como usted... pero es a usted a quien yo debo apresar. Y creo que lo conseguiré.

—¿Olvida el lío en que estamos metidos?

—No. Sólo intento ponerme a su altura, en cuanto a despreocupación ante dificultades como ésta.

—Touché —sonrió el rebelde—. ¿Alguna idea que justifique esa despreocupación?

—Ni la más mínima.

—Yo tampoco... todavía. A propósito... —Deverel contempló a Colbie con expresión pensativa—, me estoy guardando todo lo que descubro... Me refiero a cosas que podrían ayudarnos a salir.

—¿Qué quiere decir? —Colbie endureció la mirada.

—Mis conocimientos tienen un precio.

—¡Bah! ¡Supongo que será la libertad! —exclamó Colbie con sarcasmo.

—Bien..., no es exactamente eso. Se lo diré cuando haya trato.

Colbie lo pensó y se encogió descuidadamente de hombros. Se volvió para mirar, pero no vio el borde que se acercaba.

—Nuestra trayectoria es mucho más empinada —Deverel adivinaba el hilo de sus pensamientos—. El borde no está lejos. Falta un par de minutos.

—En todo caso, no llegaremos hasta él —agregó Colbie, quejumbroso—, a menos que ocurra algo insospechado.

Poco después vieron el borde recortado contra las laderas negras de una cordillera que debía estar a una distancia de quince a treinta kilómetros del borde. Observaron angustiados su acercamiento.

Se aproximaba tan poco a poco hacia ellos... y su velocidad se redujo tan pronto a cero... Nervios tensos, puños cerrados, miradas ceñudas. Pero la intuición, mejor que el cálculo mental, les dijo que no llegarían hasta el borde. Sencillamente, la velocidad no era suficiente.

Y no lo fue. Lentamente —en comparación con sus terribles velocidades anteriores— se acercaron al borde, que estaba tan dolorosamente cerca, pero tan infinitamente difícil de alcanzar. Un instante y subían; otro más y cayeron. No parecía existir solución de

continuidad y, si la hubo, fue esa fracción infinitesimal de tiempo que el hombre nunca medirá. Empezaron a caer.

Con una terrible decepción en la voz —fiel a la naturaleza humana, no había renunciado a la esperanza—, Colbie dijo:

—Le fallamos... por unos tres metros de desnivel, en buena aproximación. La próxima vez que hayamos recorrido este maldito espejo nos faltarán seis metros.

—Algo así —admitió Deverel, distraído.

Cuando cayeron acababa de consultar la hora con exactitud de un segundo. Y lo recordó. De momento no sabía para qué iba a servirle, pero le pareció que sería bueno recordarlo. «Veamos —se dijo a sí mismo, y empleando una palabra de Colbie—, el tiempo de recorrido a través...»

No terminó la frase. Una idea, un concepto seductor y sublime se abrió paso en su mente y le hizo aspirar aire al tiempo que apretaba las mandíbulas.

—¡Señor! —susurró, como si estuviera aturdido, se tumbó cuan largo era, apoyando la nuca sobre las manos entrelazadas, y contempló las estrellas.

Los dos hombres avanzaban a velocidad uniformemente acelerada, guiados por el material sin rozamiento del espejo y sometidos por la fuerza de la gravedad.

Arriba estaban las estrellas. Tan frías, tan lejanas, tan melancólicamente hermosas. Deverel las miró con atención. Era fascinante. No cambiaban de posición. Estaban en la misma posición que cuando ellos, los hombres, cayeron en la concavidad del espejo.

Mientras Deverel le volvía la espalda, Colbie le observó frunciendo el ceño durante bastantes minutos, mientras caían hacia el fondo del cuenco brillante. Llegaron en un lapso increíblemente corto... y Colbie se hartó de intentar leer los pensamientos del rebelde. Quiso ponerse en pie. Después de una serie de contorsiones, se vio boca abajo, contemplando su propio reflejo.

Deverel había salido de su profunda meditación y le observaba, divertido.

—Compañero, si las plantas de sus pies fuesen lo bastante grandes, podría sostenerse de pie. Pero al sentarse, el centro de gravedad de su cuerpo baja bastante y no resulta fácil incorporarse. Conque no conseguirá ponerse en pie, a menos que sea capaz de realizar un milagro de equilibrio.

La sabiduría de esta frase resultaba evidente. Colbie se sentó, llevó el tubo del agua a su boca y chupó, armándose de paciencia. Luego le dirigió a Deverel una mirada penetrante.

—Ha estado pensando, ¿eh? ¿De qué se trata?

—Del espejo —respondió Deverel con solemnidad—. ¡Lo siento..., pero he de reservármelo para mí mismo!

—¡Lo imaginaba! —la voz de Colbie encerraba amenaza.

Los ojos fatigados de Deverel asumieron una expresión irónica.

—Así es..., he hecho cálculos y he descubierto muchas cosas. Interesantes, inusitadas. Pero falta algo, Colbie..., algo que no acabo de captar. Si lo consiguiera, que ya lo conseguiré, podría hacer que saliéramos de aquí. ¿Alguna sugerencia? —concluyó, mirando de soslayo a Colbie con mueca burlona.

—Si lo supiera —respondió categóricamente—, me lo reservaría. A propósito, ¿le parece que es correcto retener información? Me refiero a su promesa... de que no intentaría fugarse.

—Como usted dice..., no he intentado fugarme, ni lo haré si usted no me dice que es justo intentarlo. ¿Comprende? —apuntó a Colbie con un índice rígidamente extendido y silabeó con dureza—: ¡Volvamos a ser nosotros mismos de ahora en adelante, Colbie..., el guardia y el ladrón! Hasta ahora éramos compañeros de aventura. Pero usted, con una palabra, puede hacer que volvamos a ser lo que realmente somos... y yo sería su prisionero. ¿Comprende? ¡Renuncie, Colbie, y lograré que salgamos de aquí!

Colbie notó que se le encendía la cara. Se sintió profundamente humillado, como si hubiera sido insultada su inteligencia. La voz de Colbie estalló con ira abrasadora.

—¡No! óigame bien —agregó en voz baja y amenazadora—. He dicho que no. De ahora en adelante, me importa un bledo. Me da lo mismo quedarme aquí resbalando toda la eternidad... Eso ocurrirá si cree que voy a ceder ante usted y su maldita exigencia insultante. Tiene la desfachatez...

Se interrumpió, ahogándose de indignación, gesticuló con los brazos y miró con rabia al otro hombre. Luego continuó con voz serena:

—Usted insinúa que me falta inteligencia o los recursos para encontrar mi... nuestra... salida de aquí. Tal vez sea así. Tal vez soy un endemoniado estúpido. Pero voy a decirle algo que le hará retorcerse: ¡verá cómo yo puedo más que usted! ¡Y usted se rendirá ante mí! Recuérdelo —furibundo, se tumbó de espaldas.

Deverel parecía a punto de estallar.

—¡Esta sí que es buena! —exclamo con asombro—. Celebro que se haya quitado ese peso de encima... ¡Qué arranque!

Muchos pensamientos pasaron bajo el casco de Deverel. En cierto sentido estaba divirtiéndose. Todas sus ideas se encaminaban a un fin: la fuga. ¡Aquél era un nuevo Colbie, un Colbie desconocido, y sería un hueso duro de roer! Por último, Deverel comentó:

—Ha dicho que me va a poder.

—Desde luego. Ahora y siempre. Y otra cosa, señor genio: será usted quien tendrá que devanarse los sesos —su voz era desdeñosa—. Bien, empiece a utilizar esa materia gris tan privilegiada que dice tener.

Deverel se mordió los labios y respondió, encogiéndose de hombros:

—Como quiera, pero está loco.

Colbie se negó a responder.

—Bien —el rebelde rió quedamente—. Ahora nuestra enemistad es declarada. No nos dirigiremos la palabra durante dos o tres horas. Como es natural, nos aburrirémos mortalmente. Ni siquiera estaremos satisfechos de nosotros mismos. Es lo que pasa cuando la gente se enfada. Si yo fuese un niño, o si fuéramos parientes más o menos cercanos, no me parecería mal... pero somos dos adultos.

—Comprendo —Colbie sonrió.

—¡Bravo! —exclamó Deverel—. ¿Dónde estamos ahora, Colbie? De nuevo cerca del final. ¡Allí está el borde!

Era cierto. El borde estaba allí... pero no era el mismo punto por donde habían caído, como observó Deverel, la montaña, su punto de referencia, no apareció. Habían recorrido el espejo dos veces. De acuerdo con el sentido común, debían regresar al punto de partida. Pero Deverel se habría sorprendido mucho si hubiera ocurrido tal cosa.

Concluyó el ciclo de ida y vuelta y cayeron, perdiendo otros tres metros en sentido vertical; de nuevo regresaban a las profundidades del cuenco brillante.

Mientras resbalaban hacia abajo, Colbie guardó silencio. Como no podía ayudarse a sí mismo, empezó a dar vueltas a sus pensamientos. ¿Cómo salir? Pero sus cavilaciones fueron inútiles. No conseguía analizar con objetividad el problema. Si lo hubiera resuelto como acertijo con papel y lápiz, la respuesta habría surgido bien pronto. Conocía las leyes del movimiento lo suficiente para resolverlo. Pero, como que él mismo formaba parte del rompecabezas, no lograba adelantar.

Sin duda debió reparar en que no cambiaba la posición de las estrellas en el firmamento.

Pasaron por el fondo y volvieron a subir con una monotonía que, al menos para Colbie, resultaba enloquecedora.

Deverel no guardó silencio. Se distraía hablando volublemente, riendo, haciendo bromas. Parecía sentirse a sus anchas en cualquier lugar y en las más extrañas circunstancias. Era una de sus admirables cualidades.

Por último, dijo:

—¿Qué me dice, teniente? ¿Ha hecho algún progreso?

Colbie respondió:

—Sé menos que antes —reconoció con tristeza. La luz de las estrellas y la luz que el espejo devolvía tan fielmente empezaban a irritarle.

—Es una vergüenza —Deverel parecía pesaroso—. He averiguado muchas cosas sobre este extraño valle del paraíso, pero no consigo encontrar el eslabón perdido por medio del cual me servirían de algo aquéllas. A decir verdad, la ocasión para ello se presentará antes de una hora. Me refiero a un momento crucial —observó a Colbie con significativos ademanes.

—¡Maldito sea el momento crucial! —replicó fríamente Colbie.

—Pues habrá varios momentos cruciales —agregó Deverel riendo con suavidad—. Son los momentos oportunos para salir... aunque no sé cómo saldremos. ¿Dice que debo ser yo quien piense? No sería malo que discutiéramos un poco el asunto, ¿verdad?

Colbie se mostró de acuerdo. Al fin y al cabo, en adelante la cuestión dependía de Deverel. Ninguna solución iba a servir si Deverel no cedía.

Discutieron el color de la extraña sustancia. ¿Acaso tenía color? Desde luego que no. No absorbía luz, y por tanto su color era el de cualquier luz que reflejase, ¿Podían ellos, como sistema simple de dos cuerpos, modificar la dirección de su movimiento? No. Eran un sistema cerrado y, como tal, tenían un único centro de gravedad cuyo movimiento se conservaría para siempre, si no intervenía ninguna fuerza externa. Podían saltar y hacer aspavientos, pero cada acción sería neutralizada por una reacción contraria. ¿Era aquella sustancia caliente o fría de un modo apreciable por los sentidos humanos? No. Puesto que no podía absorber calor, tampoco podía transmitirlo. Lo primero habría dado sensación de frío, lo segundo de calor... Era un tema entretenido e inagotable. Pero Deverel no recogió ningún fruto de sus muchas ramas. Aún seguían atrapados en el cuenco del increíble espejo.

Alcanzaron la cúspide de la tercera oscilación a través del gran espejo... y volvieron a caer. Cruzaron el fondo, fueron lanzados hacia arriba a través del mar de luminosidad, cayeron y volvieron por quinta vez al punto de partida.

Deverel dijo:

—Ya se acerca. Está aquí. El primer Momento Crucial. Pero tendremos que dejarlo pasar.

El sexto semiperíodo empezó y Deverel miró con anhelo la prominente montaña a la que mentalmente consideraba como «el lugar adonde debían regresar».

—Sé cuándo tenemos que salir —le explicó a Colbie con ansiedad—, pero no veo claro el modo de hacerlo. Cada oscilación que hacemos nos deja tres metros más cerca del fondo. Ahora llegaremos a unos dieciocho metros por debajo del nivel del borde. ¿Cómo superaremos esos dieciocho metros?

—A mí qué me cuenta —respondió Colbie, impasible.

Deverel le contempló, muy serio. Colbie era un idiota suicida. Parecía importarle un bledo salir o no. Pero Deverel comenzaba a sentir un respeto hacia el hombre del CSI. Desde luego, valía más de lo que hasta el momento había sospechado. Sonrió.

—¿Aún se abstiene?

Colbie respondió que así era.

—Ya sabe que yo no cederé —puntualizó ásperamente Deverel—. No me creará tan estúpido como para volver con usted a la Tierra, y que me metan en la cárcel. Colbie, he

vencido a hombres mejores que usted y también saldré de ésta. ¿Nos comportaremos como tontos? Le digo que, si no fuese por este problema, me dedicaría a lo único que me importa.

Colbie respondió que lo sentía mucho y que no podía ayudarlo a fugarse. Deverel rechinó los dientes. Colbie, espiando sus rasgos duros y burlones, se preguntó vagamente, tal vez con un ligero estremecimiento interior, cómo acabaría todo aquello.

Luego llegó el aburrimiento total. Durante un tiempo que parecía interminable, subieron y bajaron vertiginosamente a través del resplandor deslumbrante que torturaba sus ojos, encendía sus cerebros, agarrotaba sus músculos y alteraba sus nervios. Se volvieron irritables y susceptibles. La monotonía era mortal, sobre todo teniendo en cuenta que la salvación aparecía lejana... o quizás inalcanzable.

Deverel se veía entre la espada y la pared, pero sus palabras fueron burlonas:

—Debe haber algún modo de salir —insistió mientras resbalaban por décima vez a través del gran espejo. Y debo averiguarlo pronto. Ahora llegamos a treinta metros por debajo del borde. Podría ayudarme, Colbie..., usted tiene cabeza para hacerlo, sé que la tiene. Pero no le da la gana, maldita sea. Insiste en permanecer sentado dejando que yo piense. Diga algo, hombre.

Colbie respondió muy serio:

—Deverel, he estado pensando. Pero no adelanto nada. ¿Qué ha averiguado usted? ¿Qué características extrañas posee el espejo que ambos ignoramos todavía? —se interrumpió y meneó la cabeza—. Debo admitir... que los árboles no me dejan ver el bosque.

Lamentaba sinceramente no poder ayudar, y le intrigaba y conmovía la frenética actividad mental del rebelde, buscando el eslabón que faltaba en la cadena de deducciones.

—¿Por qué no me dice lo que sabe? —propuso—. Quizá pueda avanzar a partir de lo que usted haya averiguado.

—¡No hay trato! —repuso Deverel, enojado—. Lo que sé es mi última carta... Usted sabría tanto como yo y eso no me conviene.

—De todos modos, no adelantará nada..., a menos que ceda —Colbie sonrió, complacido.

—¡Pues puede apostarse las pestañas a que no lo haré! —respondió Deverel.

Luego espió a Colbie.

—¿Seguro que no cambiará de opinión? —inquirió, y se encogió de hombros, malhumorado—. Parece decidido, pero tengo absoluta confianza, en que cederá. No es usted el tipo de persona capaz de aguantar hasta el final.

Colbie se encogió de hombros con indiferencia y luego cambió de postura. Pensó que estaría más cómodo si se tumbaba de espaldas. Haciendo molinetes con los brazos a un lado y agitando las piernas al otro, empezó a volverse. En cualquier otro lugar, esta maniobra habría parecido ridícula, pero allí el número de distracciones era trágicamente limitado.

Aunque al principio aquel giro sin sentido, que una vez comenzado costaba mucho detener, pudo divertir a Colbie, poco después ejerció un efecto muy distinto. Incorporándose de pronto, mientras seguía girando lentamente sobre sí mismo, miró a Deverel y empezó a sonreír. Le volvió momentáneamente la espalda al girar y volvieron a quedar enfrentados cuando la cuerda que los unía, quedó enrollada a su cintura.

—¿Su dificultad reside en que no puede recuperar esos treinta metros que hemos perdido a causa del rozamiento?

Deverel le lanzó una aguda ojeada y asintió.

Colbie sonreía ahora sin disimulo.

—Aún no lo tengo muy claro. Quise que lo pensara. Pero sé cómo recuperar esa diferencia. Exige que colaboremos y, si sabe cómo hacerlo, yo tengo el detalle que a usted le faltaba. Pero no colaboraré si no lo hace usted antes. Piense en lo que yo estaba haciendo y lo comprenderá.

Deverel puso cara de estúpido y luego exclamó:

—¡Ya está! ¡Sabía que era posible... y es fácil! —siguió hablando de prisa, excitado—, Ahora tengo la solución completa. ¡Todo lo que necesito! Sólo se trata de esperar. Dos o tres oscilaciones más a través del espejo... ¡Ahora, escuche! Usted tendrá que decirme cuándo empezamos. Así conseguiremos salir ambos. Lo hará, ¿no? —preguntó con angustia.

Entonces vio el rostro de Colbie convertido en una máscara y gritó, furioso:

—¡No sea idiota, Colbie! Usted no quiere morir, ¿verdad? ¡Sabe que no podrá evitar la muerte cuando se agote el agua y la comida! Lo sabe, Ha llegado la hora decisiva — insistió febrilmente.

—He tomado mi decisión hace rato —puntualizó Colbie—. De lo contrario, no le habría ayudado a encontrar el eslabón que le faltaba.

Deverel rió con sarcasmo.

—Persistirá en ello —se burló—. ¡Se dejará morir por principio! Pues bien, yo también los tengo... y temo menos a la muerte que usted. De hecho, sería mejor que yo muriera; de cualquier modo, me espera el infierno. Así que no me importa en realidad. ¿Qué le parece eso? —le desafió.

—Me parece bien... Deverel, siempre supe que a usted nada le importaba mucho —sonrió.

Deverel estaba desconcertado; el asombro se convirtió pronto en una admiración incondicional. Hasta ese momento, Deverel no había creído que Colbie estuviera seguro de sus intenciones, Ahora lo sabía, y ello le hizo cambiar de opinión con respecto a Colbie.

Colbie bostezó; eso fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de Deverel. Insultó a Colbie con todos los insultos conocidos bajo el Sol, le prodigó toda la escoria verbal irreproducible de los puertos espaciales... y se interrumpió en seco.

—¡Diablos! No he querido decir eso —murmuró, con un gesto de la mano. Logró esbozar una sonrisa y continuó—: Lo siento... de veras. Lo que ocurre es que ha pasado el segundo Momento Crucial. Mejor dicho, pasará cuando caigamos de la decimoprimera cúspide. Falta un minuto. Ahora llegaremos, en realidad, a treinta y tres metros debajo del borde.

—¿Cuáles son los momentos cruciales? —inquirió Colbie, sinceramente desconcertado.

Deverel rió con divertido desdén.

—Supongo... que hay varios, Y cuantos más perdemos, más crucial es el siguiente. ¿Comprende? ¡Por último llegaremos al Momento Crucial de verdad! Y si perdemos ése... —Deverel meneó la cabeza—, después ya no habrá esperanza. Ni más Momentos Cruciales.

Poco después agregó distraídamente:

—Le avisaré cuando se produzcan.

Bajaron y subieron, y ellos lo advirtieron porque la pendiente disminuía o aumentaba. El borde se destacaba sobre el horizonte oscuro del planeta y luego se alejaba. Aceleración constante, seguida de una desaceleración igualmente constante. Luz y más luz. y nada sino luz.

¡Dos hombres contra el espejo mágico!

Diecisiete veces se aproximaron al borde, pero cada vez se acercaban menos..., tres metros menos. Luego Deverel comentó en tono cansino:

—El tercer Momento Crucial... Cincuenta y un metros por debajo del borde —guiñó un ojo legañoso a Colbie. Éste, agotado y cegado por el incesante deslumbramiento del espejo, se mostraba apático—. ¿En qué piensa?

—Sencillamente, espero a que usted diga la palabra —respondió Colbie cansadamente. Deverel rió con aspereza.

—Pues no la diré. Oiga: antes de una hora se producirá el...

—El cuarto Momento Crucial —concluyó Colbie con acritud.

—Se equivoca. El último. —Aguardó a que esto hiciera efecto, pero no ocurrió nada. Luego estalló—: ¡Santo Dios..., usted no quiere ayudar!

Guardó silencio un rato, mirando con furia al otro hombre. De pronto se echó a reír.

—Somos iguales..., dos tontos testarudos. No sabía que usted fuese así —comentó sinceramente—. Realmente creo que va a...

—¿Que voy a abstenerme hasta que pase el momento en que dejará de tener importancia? —preguntó Colbie, enigmático, y respondió a su propia pregunta asintiendo con la cabeza.

Deverel se echó atrás, disgustado.

Superaron la decimoctava, la decimonovena, la vigésima cúspide. Deverel estaba nervioso, irritado.

—Falta como media hora —dijo con impaciencia—. Es todo el tiempo de que disponemos. Hablo en serio. Cuando pase el momento, podremos despedimos de la vida. Colbie, me gustaría que entrase en razón. O moriremos ambos... o yo quedo libre y usted también se salva, y será como si nunca hubiéramos venido a este planeta. Piénselo... Vivir otra vez...

Deverel le espío con atención pero el policía no se inmutó. El rebelde había esperado contra toda esperanza que Colbie cediera en los últimos momentos cruciales. Pero ahora ya no cabía duda de que Deverel tendría que descubrir su última carta. Podía ganar... o perder. Por eso, durante un rato —apelando a su talento histriónico natural, pues era verdad que había interpretado a Hamlet en su juventud—, exageró el nerviosismo, la desesperación de su actitud, la mofa de su voz.

—Veinticinco minutos, Colbie. Aún está a tiempo. —Colbie se mantenía empecinado. Recorrian la vigésimo segunda oscilación. Luego la voz jadeante de Deverel agregó—: Veinte minutos. Ahí está el borde.

Se acercaron, cada vez más despacio, y luego el borde empezó a alejarse mientras ellos emprendían el vigésimo tercer viaje.

—Quince minutos, Colbie —la voz de Deverel era tan áspera como un serrucho. Estaba realmente nervioso. El plazo era realmente breve. De súbito dijo en tono afónico—: ¡Colbie!

Colbie le miró fijamente, y el rebelde se sintió lleno de pánico.

—Usted gana, Colbie. Estoy acabado. He cedido. ¡Buen Dios! —exclamó—. ¡A usted le importa un bledo! Eso es lo que me enerva..., no puedo comprenderlo. Escuche, usted creará que estoy terriblemente asustado, que no soy tan valiente como parecía, pero no es así. Mi vida no me importa. No temblaré cuando me llegue la hora. ¡Lo que no puedo soportar es que aún no ha llegado el momento! Hay salvación. Y sólo su terquedad bloquea el camino. Pero supongo que desde su punto de vista es mi...

—Soy yo... —le corrigió Colbie suavemente.

—Soy yo quien bloquea el camino. Conque me rindo. Usted gana. Es el campeón de la resistencia, el príncipe de los suicidas. Colbie, me ha hundido. Tengo ganas de sollozar como un niño. No logro comprenderlo... sentado allí... —calló.

El policía contempló con atención a Deverel.

—Es gracioso —murmuró—. Por eso supe que cedería. Usted tiene arrojo..., fantasía..., ama la vida. Yo sólo soy un aburrido policía espacial.

Deverel apretó los dientes, enojado.

—Ya he cedido, ¿no? No crea que no pienso volverme atrás. Soy capaz de hacerlo —sus ojos desafiaron al otro.

Colbie dijo lentamente:

—No. No lo haga..., olvídelo. Hemos sido tontos... y usted decidió no serlo. Eso es todo.

Una vez más sostuvo la mirada del otro hombre, ahora pensativo y luego asintió con lenta decisión. Levantó la cabeza y una chispa brilló en sus ojos.

—¿Qué hacemos? —exigió—. Dígalo... Salgamos de este condenado lugar, ¡El paisaje no me gusta! ¡Vámonos!

Deverel se puso en acción.

—Arróllese esta cuerda —ladró ahora con la energía de la desesperación verdadera—. ¡Más cerca..., vamos! Así está bien.

Apoyó los pies en el cuerpo de Colbie y empujó, Colbie se alejó girando vertiginosamente, y la cuerda se desenrolló por completo. Deverel tiró luego de ella para aprovechar el movimiento rotativo de Colbie. Éste regresó girando sobre sí mismo, enrollando cuerda. Deverel le empujó con los pies, Colbie volvió a desenrollarse, esta vez en sentido contrario, Deverel repitió la maniobra una y otra vez, como si fuese un niño jugando con un yo-yo.

Empezaron a girar el uno alrededor del otro, describiendo una elipse de eje variable.

—¿Comprende? —jadeó Deverel—. Hemos originado un movimiento circular. Aunque no afecta en lo más mínimo nuestra caída. Somos un sistema cerrado, a cada acción, una reacción. Yo también giro a su alrededor. Ahora dejará de girar... no es necesario que lo haga. Colbie abrió los brazos y, en el curso de dos revoluciones, describió un auténtico círculo alrededor de Deverel. Subían por la pendiente del espejo a la deceleración correspondiente al poder frotador de la gravedad.

Deverel jadeaba.

—Ahora... tire de la cuerda. Disminuyamos el diámetro del círculo que estamos trazando, e iremos más rápido... Nuestra velocidad angular aumenta. ¡Ahora!

Y así fue. A costa de esfuerzos prodigiosos, lograron aumentar su velocidad angular a tal punto que la fuerza centrífuga originaba una terrible tensión en sus abrasados pulmones. Por último, el rebelde dijo con voz entrecortada:

—¡Basta! Vamos bastante rápido. Si fuéramos a más velocidad podría escapárenos la cuerda y seguiríamos girando cada uno por su lado hasta ser frenados... El borde aparecerá dentro de... dos minutos, diecisiete segundos. ¡Ah, sí!, lo he calculado con exactitud. De pronto gritó con todas sus fuerzas:

—¡Allí está... el borde! Fijese bien. Con sinceridad, no sé cuál de los dos pasará antes.

Sus ojos observaban febrilmente la aproximación del borde, destacado sobre la línea oscura de las montañas. Los segundos palpitantes se hundieron en el pasado, a Colbie le martilleaban las sienas. Toda la vida recordaría la espantosa tensión. Aquel espejo era como un monstruo misterioso y brutal. Volvió a oír la voz de Deverel:

—Creo que será usted. ¡Tiene que ser usted! ¡Sí! Recuerde que somos un sistema cerrado. Digamos que ahora ocurriese una explosión. Usted vuela hacia allí, yo hacia el lado contrario. Pero ambos conservamos la energía cinética acumulada por la fuerza centrífuga.

Observó con ojos enrojecidos y desorbitados el borde que se acercaba y cobró sesenta centímetros de la cuerda que le unía a Colbie. Giraron con más rapidez. Colbie protestó. Deverel respondió:

—Lo siento. La cuerda debe quedar paralela al borde cuando alcancemos la cúspide.

Pestañeó para quitarse el sudor de los ojos y miró el cronómetro. Faltaban siete segundos.

Deverel se estremeció... Tenía muchas cosas que hacer a la vez. Debía regular su velocidad angular; su sentido del tiempo —el sentido que nos indica cuántos pasos hemos de dar hasta llegar exactamente a la esquina— le indicaba cuantas vueltas les faltaban para llegar, en una fracción de tiempo infinitesimal, paralelos al borde. Con una mano tenía que sacar un cuchillo afilado como una navaja que llevaba en un bolsillo exterior del traje espacial. Y debía vigilar el cronómetro, para saber exactamente cuándo llegarían a la cúspide de su vigésimo tercer viaje a través del gran espejo.

Y quizás el mayor milagro de aquella delirante aventura fue que todo saliera exactamente como Deverel pensaba. La cuerda, de cuyos extremos colgaba vertiginosamente el lastre humano, quedó paralela al borde del espejo en el instante exacto y brevísimo en que alcanzaron la cúspide de la ascensión. Y en ese preciso momento, Deverel cortó la cuerda cerca del punto donde estaba atada a él.

Colbie no advirtió la operación... simplemente se sintió repentinamente libre. Las cosas le salieron a Deverel perfectas. En el momento preciso en que ellos, considerados como sistema aislado, no tenían movimiento ascendente ni descendente, Deverel cortó la cuerda. Colbie salió disparado transversalmente hacia el borde a la misma velocidad con que habían girado hasta ese instante.

Resbaló hacia arriba por la pendiente del espejo, mientras la gravedad tiraba de él. Perdía tres metros sesenta centímetros de velocidad ascendente por segundo. ¿Sería suficiente la energía cinética que su masa tenía en ese momento para vencer la desaceleración fatal? ¿Se anularía su velocidad antes de llegar al borde?

«¡Colbie, si nunca rezaste, inténtalo ahora!», se dijo.

Quizá fue efecto de las plegarias o tal vez fueron los cálculos realizados por el agudo cerebro de Deverel. Conociendo los respectivos pesos aproximados en aquel planeta, la cuerda de sesenta metros de longitud y el tiempo de una revolución, supo calcular aproximadamente la energía cinética que cada uno desarrollaría, y que a Colbie le sobraría impulso para pasar por encima del borde.

Colbie salió disparado, por encima del borde... y hacia el espacio. Después de volar quince metros. Cayó. La velocidad de caída era aterradora. Su traje espacial era resistente pero... ¿soportaría el batacazo? No tuvo mucho tiempo para teorizar. Cayó y le pareció que todos los huesos de su cuerpo se quebraban un segundo antes de desmayarse.

Al volver en sí notó un dolor agudo y lancinante en la pierna derecha. «Rota», pensó furioso, ahogando un grito cuando, involuntariamente, intentó mover el miembro lastimado. No logró moverlo.

Luego pensó en Deverel, ¡Santo Dios! ¡Aún estaba en el espejo!

—¡Deverel! —gritó a través del intercomunicador.

Una voz alegre le respondió:

—¡Estoy bien! —luego la voz se llenó de angustia—. ¿Qué ocurre? No contestaba a mis llamadas.

—Me parece que tengo una pierna rota.

—¿Duele?

—¡Mucho! —Colbie apretó los dientes.

—Supuse que ocurriría algo así —respondió el rebelde, compadecido—. Lamento que le sucediera a usted... yo habría recibido el golpe si hubiéramos girado en sentido contrario. Pero no fue así. Ésa fue mi apuesta a favor de la fuga.

—¿Cómo despegará? —inquirió Colbie. Luego, presa de pánico—: ¿Y qué sucederá si usted se rompe una pierna?

—¡Bah! Yo saldré y no me romperé una pierna. He de viajar a través del espejo, ya sabe, y perderé tres metros en sentido vertical. ¿A qué distancia cayó? —preguntó, inquieto. Colbie se lo dijo—. ¡Excelente! No está mal para un cálculo aproximado.

—Ha hecho un buen trabajo —admitió Colbie—. En efecto, usted también pasará por encima del borde. La fuerza de gravedad y la centrifuga actúan a su favor.

—Escuche ahora, Colbie, ¿sabe que ha salido por un lado poco conveniente?

Colbie no lo sabía. Así, ¿las naves se hallaban al lado opuesto?

—No, no están al otro lado. Se hallan como a una sexta parte del círculo desde donde está usted.

—Y usted, ¿hacia dónde se dirige?

—Hacia las naves.

Colbie exclamó:

—¡Está loco! Se dirige al lado opuesto de donde yo estoy.

—¡Ah, no! ¡Se equivoca! —replicó Deverel, triunfante—. Me dirijo a un punto del espejo situado a una sexta parte de circunferencia del punto donde está usted, según el sentido de rotación del planeta. Ahora deje de boquear como un pez y oiga la parte más magnífica e increíble de esta aventura. ¿Cree que nos movíamos diametralmente a través del espejo?

—¡Sin duda!

—¡Error! Oiga el notición... —hizo una pausa y luego agregó—: ¡Éramos el disco de un péndulo!

—¿Qué? —gritó Colbie, acongojado—, ¡Por Dios, Deverel, está loco, terriblemente loco! ¡Un péndulo! ¡No colgábamos de nada, de ninguna cuerda, cable ni... Dios!

—¿Se da cuenta? —la voz era benévola—. ¿No lo comprende? Nosotros éramos un péndulo. Lo estupendo es que no hacía falta estar colgados de nada para poder oscilar. Una cuerda o algo por el estilo habría estropeado por completo el efecto. ¡Constituíamos un péndulo simple perfecto, que hasta la fecha sólo ha existido en teoría! Como sabe, no había rozamiento y además nos movíamos en un vacío perfecto. La acción de la gravedad nos hacía bajar y subir y bajar y subir y bajar y subir. ¡Y no podíamos desviarnos de ningún modo, sino que trazábamos una curva perfecta, la senda que describe el péndulo! ¿Qué es lo más característico del péndulo? ¡Que el período de oscilación es constante! ¿Cree que el saberlo no me fue útil cuando quise calcular con absoluta exactitud el momento en que llegaríamos a la cúspide? ¡Puede apostar a que sí! Hay algo más acerca de los péndulos... y me sorprende que usted no lo recordara. En el polo terrestre, el plano de oscilación de un péndulo gira una vez cada veinticuatro horas, en sentido contrario al de rotación de la Tierra. Mejor dicho, tal es su movimiento aparente. ¡En realidad es la Tierra quien gira bajo el péndulo! Eso fue lo que ocurrió con nosotros. ¿No se fijó en que las estrellas no cambiaron de posición mientras resbalábamos a través del espejo? Pues no lo hicieron. Nosotros éramos un péndulo. El plano de nuestra oscilación era constante en relación con el espacio. ¡Este planeta delirante giraba debajo de nosotros, porque no había rozamiento alguno que dijera «no»! ¡De modo que dibujé un diagrama... correctamente!. ¡En mi cabeza! ¡Y si cree que no fue difícil! Cronometré las dos o tres primeras oscilaciones después de que se me ocurriera lo del péndulo. Averigüé que cada viaje duraba diecisiete minutos, cuarenta y cinco segundos y cuatro décimas. Y conocía el período de rotación de este planeta: cincuenta y dos minutos, veinticinco segundos y una fracción. ¿Observa alguna relación entre estos números?

—Comprendo —respondió Colbie. Estaba sudando. Tenía la pierna adormecida desde la cadera—. En cada oscilación tardábamos aproximadamente un tercio del tiempo que el planeta empleaba en una revolución.

—¡Exacto! Seguiré hablando, Colbie; eso le ayudará a olvidarse de su pierna. ¡Por si eso fuera poco, el fondo del espejo está en un polo del planeta! Así pues, éramos un péndulo simple que oscilaba en un polo del planeta. ¡Y la longitud de nuestra «cuerda», o sea el radio de curvatura del espejo es una parte, era de unos dos mil cuatrocientos kilómetros. Ahora bien, en nuestras oscilaciones siempre cruzábamos el centro del espejo, pero no diametralmente. Es decir, que cada oscilación siempre comenzaba y concluía en la misma mitad del espejo. En relación con el espacio, nuestro plano de oscilación era siempre el mismo; en relación con el espejo, era una curva que lo recorría, tocando seis veces el borde. ¡Me costó un trabajo endemoniado! —exclamó Deverel—. Hube de calcular la ley que me indicara exactamente en qué lugar del espejo concluiría cada oscilación, y saber así cuantas veces tendríamos que atravesarlo para regresar a nuestro punto de partida..., al lugar por donde caímos. Finalmente obtuve que una oscilación de un borde a otro termina en el punto opuesto al de partida al finalizar la oscilación. ¿Comprende? Si no entiende, dibuje un círculo dividido en seis arcos de sesenta grados... y descubrirá la ley —en efecto, más tarde Colbie trazó el diagrama—. En resumen, se necesitaban seis oscilaciones de un borde a otro para regresar a nuestro punto de partida. Ésos eran los Momentos Cruciales. Si hubiéramos salido en otro punto, nos habríamos muerto de hambre antes de llegar a las naves... Suponiendo que pudiéramos localizarlas. ¡También existía la posibilidad de que uno de nosotros quedara maltrecho! Y así ha ocurrido. Usted cayó mucho más lejos de lo que yo tendré que caer, y esto es todo. Le solté a usted al finalizar el vigésimo tercer viaje de un borde a otro, y yo saltaré al terminar el vigésimo cuarto... que en efecto habría sido el Último Momento Crucial. No habríamos podido desarrollar suficiente fuerza centrífuga para superar el borde si hubiéramos recorrido el espejo otras seis veces, quedando por consiguiente otros dieciocho metros debajo del borde. ¿Cómo está su pierna? —preguntó.

—¡Estropeada! —Colbie ahogó un gemido.

—¡No se desanime! —le alentó Deverel—. Dentro de siete minutos habré pasado por encima del borde e iré rápidamente a las naves. Quizá tarde varias horas en regresar —agregó con angustia.

—No se preocupe por mí —murmuró Colbie.

Durante las horas siguientes permanecieron en contacto. Deverel pasó por encima del borde y aterrizó ileso. Cruzó la llanura aprisa, pero tomando sus precauciones. Llegó ileso a las naves; menos de quince minutos después, Colbie experimentó la maravillosa sensación de ver llegar su elegante y negro crucero de policía que sobrevolaba Cíclope en línea recta hacia él.

Aterrizó y Deverel desembarcó. Tomando a Colbie entre sus fuertes brazos, lo llevó a la nave, le quitó el traje espacial y desnudó su pierna rota. Era una fractura sin complicaciones y se hallaba en buen estado. Deverel la entablilló después de dar a la pierna un tirón que logró un doble propósito: hacer que Colbie se desmayara, y reducir la fractura. Después de atarle las tablillas, Deverel arrojó al policía.

Seis semanas después Colbie empezaba a pasearse con una rudimentaria muleta. Deverel no se había ido.

—Es un buen enfermero —le dijo un día Colbie, mientras comían—. Gracias, muchísimas gracias.

—¡Olvidelo! —el rebelde sonrió—. Usted tampoco fue mal enfermero. Yo estaría muerto si no me hubiera seguido.

Apuró la taza de café de un solo trago.

—Supongo que ya se encuentra bien —agregó inquieto—. ¿Le parece que despeguemos?

Pensativo, inquieto, Colbie respondió:

—¿Cómo?... Supongo que sí.

Al día siguiente, Deverel ocupó los mandos y puso en marcha la nave, que salió disparada entre la noche eterna de Cíclope. Ligera como una pluma, sobrevoló el espejo más extraño y mágico que haya existido. Al mirarlo, Colbie supo que siempre lo recordaría con más afecto que temor. No dejaría de parecerle un colosal juguete infantil. Tenía tantas características sorprendentes, que casi daban ganas de patinar otra vez sobre su superficie infinitamente lisa.

«Un mundo de sueños —pensó— si alguna vez lo hubo.»

Después de aterrizar al lado de la nave de Colbie, el rebelde dijo irónicamente:

—¿Y si nos pasamos de esta nave a la suya?

Colbie le miró muy serio; luego se puso en pie y cojeó de un lado a otro de la cabina, Tenía los dientes apretados, el ceño fruncido, y le temblaban las manos. Se sentó y en seguida volvió a ponerse en pie. La expresión de su rostro era casi salvaje.

De pronto se agitó con violencia, y una mueca deformó sus facciones. Volviéndose, clavó en el rebelde su mirada gris y ardiente.

—¡No puedo hacerlo! —gritó, irguiendo la cabeza—. ¡Después de todo lo que hemos pasado! ¡Maldita sea, Deverel! Mi trabajo ha dejado de gustarme. Siento demasiada amistad hacia usted. Me cae endiabladamente bien. Es un buen muchacho, de verdad. ¡Diablos! Ha tenido ocasión de fugarse en cualquier momento de las pasadas seis semanas. No, no puedo hacerlo. Sería como... aprovecharse injustamente. Conque está libre. Escribiré en el informe algo así: «Rebelde capturado, pero me engañó y huyó» —concluyó con forzada sonrisa.

—De acuerdo —accedió Deverel serenamente.

—Debo irme. Sólo estaré aquí, digamos, otras veinticuatro horas. ¿Piensa dirigirse a algún lugar en especial? —preguntó con amabilidad.

—No —respondió Deverel, pensativo—. Aún no he elegido ningún destino—. ¿Quiere que le envíe una postal? Lo haré, si cree que me necesita.

—No se moleste. Nunca me fue difícil localizarle —respondió Colbie burlonamente.

Llegada la hora, se puso un traje espacial. Deverel abrió la escotilla y Colbie se detuvo un momento antes de salir. Ambos hombres se quedaron allí, despidiéndose con la mirada. Luego se abrió la compuerta.

Siguió con la mirada a Colbie hasta que éste entró en su nave.

En seguida tomó los mandos y, mientras los motores de popa arrojaban gases incandescentes, el rápido crucero aceleró hasta desaparecer en yermos ilimitados y sin caminos del espacio.

Kit Reed - SHAN

Cuando Ella Demper dijo que iba a dar otra fiesta en su casa, yo pensé: ¡Oh, no! No después de la fiesta de modas de Billie Burke, donde terminamos por comprar todo nuestro guardarropa de invierno para los próximos diez años, porque Ella no nos dejaba marchar hasta que lo hiciéramos, o como la fiesta de los cosméticos Marvalon, desde la que tengo suficientes pestañas postizas en mi tocador como para suministrar a diez estrellas de cine durante cien años. Ella da unas fiestas maravillosas, pero son la clase de fiestas a las que siempre acuden las amigas y vecinas y donde todo el mundo tiene que comprar algo, ya se sabe, combinando el placer con el beneficio, como se dice en el folleto. Y como si eso no fuera suficiente, no le deja a una salir por la puerta hasta que no haya firmado una tarjeta comprometiéndose a organizar una fiesta, y como las ropas o los cosméticos o lo que sea siempre parecen tan bonitos y tan fáciles de vender, termino por firmar sobre un compromiso de este o aquel otro tipo, porque estoy convencida de que si Ella puede hacerlo, yo también. Sólo hay que intentarlo e invitar a alguien a la propia fiesta de Tupperware cuando Ella ya ha celebrado la suya; ellos siempre saben que la fiesta organizada por una no será tan buena como la anterior, a pesar de que una se pase días enteros con la decoración y a pesar de que ellos tengan para vender sus propios artículos Tupperware.

A estas alturas, se podría pensar que yo debería saber mejor lo que me hago, pero la cuestión es que las fiestas de Ella son siempre encantadoras, que ella trabaja durante días en la comida y en la decoración y que el lugar siempre parece como un cuento de hadas, con ángeles hechos de pastel y mazorcas de maíz entrelazadas y, en las Navidades, hace guirnaldas con flores las ventanas; Ella coge las tapas de todas sus vasijas de zumo de naranja y las cuelga de todos los árboles que hay fuera y eso resulta de lo más lindo cuando todas empiezan a girar, impulsadas por el viento. Pero a veces, me pregunto, ¿realmente quieres que todas ellas pinten animalitos domésticos al pastel, o hagan las torres de helado o escuchen la música de violín como hizo Ella en su última fiesta de Faberware, cuando cada vez que muerdes un trocito de pastel sabes que al final vas a tener que pagar por ello?

Debería admitir que siempre me lo pienso dos veces y que después siempre termino por ir, porque no me invitan tanto, siendo una mujer sola como soy, y porque es un cambio agradable alejarse de la televisión por la mañana y de la televisión por la tarde y de todas esas ocasiones en que llamo a mi médico de cabecera sólo para escuchar una voz humana. Mi hermana Cynthia solía hacernos salir de casa y hasta invitaba a gente a venir, pero hace cinco años que no está, y debo admitir que si comparo lo que me pierdo, como su compañía, con todo lo demás, podría decir que me alegra poder disponer ahora del periódico matinal todo para mí, y que ahora, cuando tengo que ir al cuarto de baño, ya no tengo que esperar nunca, y me alegra no tener que observarla cuando coge las tostadas del centro, una y otra vez. Siempre se come el centro más blando y siempre me deja a mí las partes con las que tengo más problemas para partir las dichas costras.

Así es que cuando Ella me llamó, ya pueden suponérselo, sentí emociones encontradas. Realmente, me encantan sus fiestas, pero allí estaba yo con mi negligee Billie Burke y con las madejas de hilo Glamorware con plumas de avestruz, con la caja de Tupperware donde tengo metidas las medias porque era lo último que me quedaba y ya no se me ocurría otra cosa que hacer con aquello. Estaba allí mirando las placas y la papelera que me hice con la caja de instrumentos que compramos en aquella fiesta, y estaba sopesando su invitación, pensando: ¿puedo permitírmelo?

—Me encantaría ir —le dije—. ¿Pero puedo permitírmelo, Ella?

Bueno, Ella se enojó un poco y me dijo:

—Celia, no siempre tengo cosas para vender.

—Entonces muy bien. ¿De qué se trata?

—Se trata de él.

—¿Un hombre?

Ella balbució algo y finalmente dijo:

—Algo así. Quiero decir, Celia, que sólo puedo comunicarte que se trata de una oportunidad única en la vida. Quiero que conozcas a este político.

—Y todas vamos a tener que hacer campaña electoral y cerrar sobres con propaganda.

—No es exactamente eso —dijo, arreglándose las pestañas para que su voz sonara importante—. El está... bueno, está en el exilio.

—*Exilio*.

Estaba pensando en los húngaros para quienes nos había hecho encontrar hogares durante todos aquellos años, y los cubanos y los vietnamitas.

—Ya lo verás —dijo Ella.

—*No estarás tratando de que nos quedemos con huérfanos de guerra o algo...*

—El es realmente insólito —me dijo, sin querer contestar ninguna otra pregunta—. Ya lo verás.

Bueno, no habla salido de casa desde el funeral de Alva Edgar y aún me quedaba por estrenar mi vestido de cóctel Billie Burke. Así es que le dije que estaría allí, pero al mismo tiempo sabía que tenía que comprobar el saldo que me quedaba en la cuenta corriente, por si acaso.

La casa tenía el aspecto de un lugar de cuento de hadas; había cogido latas de pasteles Saralee con bandas rojas y las había colocado alrededor del marco de la puerta, de modo que en cuanto una entraba allí se daba cuenta inmediatamente de estar en un sitio diferente; y, lo que es más, había puesto un gran globo naranja en el techo de la sala, con gallardetes amarillos que salían de todos lados, y todos los cartelitos y muñequitos estaban cubiertos de rojo y amarillo y naranja, y hasta había puesto celofán amarillo alrededor de todas las lámparas, de modo que daban un brillo bastante misterioso, y cuando estuvimos todas reunidas y se produjo un poco de silencio, Ella dijo:

—Chicas, bien venidas al planeta Torg.

Creo que yo habría pasado por cualquier cosa. Sentía un leve estremecimiento, como todas las demás, pero al mismo tiempo tenía una curiosa sensación, ¿saben lo que quiero decir?, preguntándome si Ella estaría hablando en serio o no. En aquel momento, no sucedió nada más; Ella había preparado bonitas bebidas de zumo de arándano, con rodajas de limón flotando en él. Se me ocurrió la idea de que a las bebidas se les podía haber echado licor, así es que me lo tomé con calma, aunque la mía estaba muy buena. Cuando le pregunté por el gusto que tenía aquello, me hizo mirar atentamente el hielo y ¿podrán creer que había puesto zumo de naranja en moldes, colocándolos después en el congelador y echándolos en los vasos? Le dije que era la cosa más encantadora que había visto en mucho tiempo, y ella se sintió muy contenta. Binnie Osterwald tiene un nieto que toca uno de esos instrumentos indios, ya saben, un sitar, y él estaba allí, tocando en un rincón, mientras nosotras estábamos sentadas, bebiendo aquella sorpresa de arándano debajo de aquel globo naranja. ¿Saben una cosa? Recuerdo que pensé: esto es realmente otro planeta; parece como si no estuviéramos en modo alguno en Plainville.

Para entonces, ya habíamos pasado la media tarde y Ella no había sacado todavía ninguna mercancía, puesto que las copas y salseras con delicados adornos de tréboles de la marca Ginny Simms, y la montura plateada de las gafas que llevaba desde hacía años, y las ropas que tenía puestas, todo eso procedía de otras fiestas: el Faith Domergue sin tirantes y las medias Pantone con las ligas Glintone; hasta las cejas postizas eran de una de sus

antiguas fiestas de compromiso. Así es que, al margen de lo que fuera a vendernos en esta fiesta, no era nada de lo que yo podía ver por allí, al menos en aquellos momentos, y cuando le pregunté por qué aquella era una fiesta del planeta Torg, Ella me contestó: «¡Oh!, sólo ha sido una vieja idea que he sacado del número de fiestas especiales del *Día de la mujer*.»

Bueno, tendría que haberme dado cuenta pero empezaba a estar achispado con la sorpresa de arándano. Me sentía cada vez más achispado y, en cuanto a Ella, hasta nos dijo cómo hacía su cacerola: se pone este lecho de Fritos y se lo cubre con atún Bumble Bee y con trozos de mandarina y se vierten sobre todo ello trocitos de pollo Campbell y entonces se pone en el horno. Claro que Ella lo hizo un poco diferente al gratinar queso rayado por encima, y también le puso un huevo porque, como siempre decía cuando una le pedía una receta: «Yo siempre pongo un huevo.» Lo que significa que está demostrando ser mejor que las instrucciones de cualquier paquete antiguo, vamos, que es una verdadera cocinera. Y, desde luego, los pastelillos eran los mejores. Más tarde, Ella dijo que había mezclado pudín instantáneo Jello de chocolate con bollo de Duncan Hines y con un par de otras cosas, y lo que llevaba por encima sólo era una ligera capa espolvoreada de polvos Jello; ya pueden imaginarse lo bueno que estaba aquello. Para entonces, yo ya me sentía realmente bien, feliz e importante, porque Ella nunca había revelado en una misma noche dos de sus recetas especiales, y yo era la única a quien se lo había dicho. Así es que cuando Ella le sacó, pensé que él era alguien especial que iba a cantar o bailar para que la fiesta fuese mejor, como el nieto de Binnie, y pensé: «La buena de Ella... bueno, nos lo merecemos después de tantos años de comprar cosas.»

De haber sabido entonces lo que sé ahora...

Era joven, casi tanto como el nieto de Binnie, quien para entonces ya había desaparecido, supongo que para dar algún concierto de rock and roll. Pero éste no era realmente ningún muchacho; era más elegante que nadie de los que yo había conocido, incluso más que Eben Ringer, con quien casi me casé cuando los dos teníamos diecisiete años. Pero éste parecía hallarse rodeado por algo especial; su piel parecía un poco descolorida, como si lo que corriera bajo ella no fuese sangre ordinaria, y tenía la cabeza un poco más alargada que la media de las personas quizá para hacer sitio a un tipo especial de cerebro. El nos miró a todas con ojos que eran como lámparas eléctricas, y cuando sus ojos se posaron sobre mí, pensé que, iba a morirme allí mismo, porque hubiera hecho lo que me hubiese pedido.

—Chicas —dijo Ella cuando él nos hubo mirado a todas en completo silencio, inspeccionando también la habitación—. Esta es una persona de otro planeta.

Y, se lo puedo asegurar, pensamos que Ella había ido quizá un poco demasiado lejos con su diversión, pero no hubo allí ninguna de nosotras que se atreviera a negar que eso era exactamente lo que era.

Entonces, él habló, y todo lo que dijo fue:

—Buenas tardes.

Pero nosotras lo sabíamos.

Después de eso, encendió el globo que había en el techo y del que les hablé antes, ¿recuerdan? Bueno, pues no era un globo, sino más bien una especie de proyector especial, a excepción de que las imágenes estaban todas dentro de él, ¿saben? Era como una loca bola de cristal y todas nos sentamos allí con nuestros vasos de zumo de arándano con los cubitos de zumo de naranja helado tintineando contra el cristal del vaso, mientras él nos contaba una historia que ustedes jamás creerían. Una historia como de cuento de hadas, excepto que en la bola se podían ver las imágenes para demostrar que era cierto.

Resultó que eran imágenes del lugar de donde él procedía, con aquella gente fiera y atractiva deambulando arriba y abajo por aquellos edificios que, según nos dijo, estaban

todos hechos de marfil, aunque por Dios que nunca oí hablar de elefantes que fuesen tan grandes como para tener aquellos colmillos.

El cielo también tenía un color extraño, pero no importa; si las luces se encendían y aquello no resultaba ser más que una sesión de dibujos animados, no por ello dejaba de ser un buen espectáculo.

Era una cosa extraña, porque no se trataba de muñecos animados. El estaba produciendo aquellas imágenes con una cosa que se sacó del bolsillo; era como si las disparara hacia el aire y el globo o lo que fuera las recogiera y las hiciera más grandes para que nosotras pudiéramos verlas. Contemplamos un buen montón de casas de marfil y después vimos su casa, y a él con su madre y su padre, sólo que él los llamaba Mentores, y yo pensé en tenerle en casa para cuidarle y enviarle a la escuela por las mañanas con la bolsa del almuerzo y el pelo todo abrigado y entonces pensé: «¡Aaaahhh!»

La siguiente cosa fue aquella imagen de un buen grupo de ellos sentados alrededor de aquel jardín rojo, y entonces todo el mundo puso cara de asustado, porque aquel elefante apareció sobre la colina; al menos yo creo que era un elefante, pero en cualquier caso era tan grande que lo único que podía verse en la imagen era una gran pata con enormes pezuñas amarillas, y el extremo puntiagudo de aquella enormidad, y él no hizo nada, ni dijo nada, pero se las arregló para dejar bien claro que aquellas cosas estaban arrasando su mundo, y que nadie podía disponer de ningún sitio donde instalarse o construir una casa, debido a todos aquellos gigantes elefantes, que alguien tenía que dar su brazo a torcer, o ellos, o los elefantes. Cuando vimos las imágenes de la guerra fue algo terrible, y para cuando todo hubo terminado, todos ellos vomitaban y se tambaleaban porque el aire estaba envenenado y todas las plantas también estaban envenenadas, y todos ellos tenían que tomar cosas enlatadas bajo protecciones subterráneas, y sólo les quedaban unos años, no sé cuántos, de alimentos y de oxígeno.

El nos contempló de nuevo con aquellos ojos suyos que la hacían a una sentirse muy débil sólo de mirarlos, y entonces dijo:

—Así es que, como verán, necesito su ayuda. Ustedes, buenas señoras, pueden ser mis misioneras, y serán recompensadas por ello en la nueva civilización.

Así es que, después de todo, me imaginé que aquello también era un poco como la fiesta de Tupperware. Se suponía que debíamos organizar fiestas así para todos nuestros amigos y todas nosotras recibiríamos un globo de imágenes como aquél, y cuando tuviéramos listo a un grupo de gente, Shan vendría y hablaría personalmente con ellos, sin obligación ninguna y sin nada que comprar, y así nos ganaríamos su gratitud eterna. Así es que eso sonaba bien, pero entonces se produjo aquel largo silencio mientras todas nos lo pensábamos, ya saben, tratando de descubrir lo que él quería que hiciéramos.

Entonces, habló Ella, porque después de todo era su fiesta y dijo:

—Shan, querido. Será mejor que les digas a las chicas cuál es tu necesidad.

El se la quedó mirando, como pensando que Ella era una condenada tonta, y yo misma pensaba que era un poco lenta de mollera y dijo:

—Querida, necesitamos un sitio nuevo.

—¿Qué clase de sitio?

—Este sitio —contestó, y extendió sus manos todo lo que pudo, lo bastante como para abarcar mundo entero.

Yo pensé que, después de todo, no era una idea tan mala, porque si habíamos abierto nuestros corazones a los húngaros y a los cubanos y a los vietnamitas... Pero entonces la Binnie, porque fue a ella a que se le ocurrió, preguntó:

—¿Cuántos son ustedes allá?

Bueno, la cifra fue, si me permiten la expresión, astronómica, y todas nosotras nos quedamos con la boca abierta y murmuramos algo, y fue entonces cuando Ella dijo:

—Shan, querido, ¿qué tendríamos que hacer?

Bueno, era todo bastante simple; daríamos estas fiestas y conseguiríamos que acudieran a cada una de ellas un total de cincuenta personas, y cada una de esas cincuenta daría otra fiesta a la que acudirían otras cincuenta, y al final de cada fiesta a todo el mundo se le daría aquel maravilloso broche de colmillo de mastodonte Torg, adornado con esmeraldas de verdad, y todo lo que teníamos que hacer era llevar el broche, y había una piedra que salía del centro, que no estropearía nada, y todo lo que una tenía que hacer era introducirla sigilosamente en el depósito de agua.

Ya pueden imaginarse el lío que se armó entre las chicas, porque todas querían saber lo que aquello haría con el agua y Shan no lo dijo con toda exactitud, sino que sólo dijo que aquello hacía que el agua también fuese buena para los torganos y que, además, mientras una llevara su hermoso broche, no le haría daño, y les puedo asegurar que eso hizo sospechar a algunas personas. Y Binnie dijo que por qué no acudían a las Naciones Unidas y conseguían allí un permiso regular de entrada, y todo lo que dijo Shan fue que, a veces, el camino más largo resulta ser el más corto para regresar a casa. Entonces, Ella recalzó que no nos había dicho lo que iba a suceder con el agua, pero Shan se limitó a sonreír con aquella alegre risa suya y dijo que todos los habitantes de Torg nos estallan agradecidos.

Yo ya empezaba a comprender por dónde iban las cosas. Ella y Binnie estaban cuchicheando algo en un rincón y todas las demás estaban siseando y susurrando y charlando, ya pueden imaginarse, todas ellas muy agitadas, y yo pensé, pobre Shan, ha recorrido todo ese camino para llegar hasta aquí y las chicas no van a ayudarlo. Entonces escuché lo que estaba diciendo una de ellas y me deslicé hacia Shan y toqué el broche y susurré:

—Es mejor que tengas cuidado, querido. Creo que las chicas están pensando en entregarte.

Bueno, tendrían que haber visto ustedes la mirada que me lanzó; habría sido capaz de fundir un ladrillo. Se llevó la mano al broche y preguntó con un susurro:

—¿Está usted conmigo?

Así es que le miré a los ojos y le contesté:

—Sí, Shan. Lo estoy.

Sólo fue cosa de un segundo. El broche que sostenía, fue todo lo que necesitó para hacer el truco y el rayo salió justo de la parte central. Yo me sentí un poco mal por ello, pero no por mucho tiempo, porque ahora soy la mejor amiga de Shan, y cuando miré a mi alrededor y ví a las demás chicas, me di cuenta de que no tendría competencia alguna, ni bocas melosas que acudieran para llevárselo, ni caras remilgadas trayéndole platos cubiertos o dulces o pastelillos de cabello de ángel que hacían con una mezcla preparada que trataban de ir pasando como si se tratara de una vieja receta de familia.

Lo que hizo aquel broche fue lanzar un rayo de una forma muy extraña que algún científico tendría que explicarles a ustedes, y todas aquellas chicas con las que yo había crecido hasta envejecer no quedaron heridas en lo más mínimo, pero ya no podían hacerle daño a nadie más. Ella ya no organizaría más fiestas que le cuestan a una cien dólares sólo para poder salir de la casa y en las que una tenía que llevarse a casa un montón de cosas inútiles que una no necesitaba. Binnie ya no iría por ahí a los conciertos de rock and roll para molestar a su nieto, y ninguna de las otras regañaría a nadie, ni escribirían cartas enojadas ni la tendrían a una pegada al teléfono mientras se quemaba la cena que una se estaba preparando para ver la televisión. Por otro lado, si una quería ver o hablar con cualquiera de ellas, era posible hacerlo; podía una acudir a casa de Ella y verlas en cualquier momento, porque lo que hizo aquel rayo fue dejarlas congeladas a todas, rígidas; estaban tan frías como carámbanos y perfectamente quietas en la misma posición en que él

las sorprendió. Parecía como si aquello no les doliera nada y debo decir que todo parecía real y natural. Parecían, ¿cómo podría expresarle?... tranquilas.

Shan me estuvo mirando a mí mientras yo las contemplaba a todas ellas: ¿iba a gritar, o me iba a portar bien? Bueno, me limité a volverme hacia él y dije, más fría que un carámbano:

—Está bien, Shan. Nunca fueron verdaderas amigas mías.

Después le ayudé a transportar su caja de Broches Parasiempre y también la caja de los globos, sacándolo todo de la casa de Ella y poniéndolo en mi coche.

Se sintió realmente contento con mi casa cuando llegamos allí, porque se encuentra justamente cerca del depósito de agua de la ciudad, le gustó mucho su habitación, que antes fue la habitación de mi hermana Cynthia, porque me dijo que desde allí podía disfrutar de una vista excelente de la ciudad. Entonces pusimos en un rincón la caja de globos y la caja de broches y él me dijo que cómo podría agradecerme alguna vez lo que había hecho por él, y yo me sonrojé y señalé hacia los broches y le dije que me gustaría llevar uno de ellos. Tenía la forma de un colmillo de elefante, todo incrustado de esmeraldas y diamantes, y me estremecí cuando me lo prendió en los pliegues delanteros de mi vestido de cóctel Billie Burke. Después me dio un globo para que lo pusiera en mi salita de estar y se sintió tan agradecido conmigo por haberle ayudado a escapar que me dijo que me lo iba a decir todo sobre su misión, sólo que él la llamaba Nuestra Misión, inmediatamente después de que comiéramos, y yo le dije, Shan, querido, eso es maravilloso.

Pues bien, después de la cena no todo salió tal y como él lo había pensado y estuvo pensándose, aunque yo me quedé tan contenta. Lo que hizo fue pedirme una lista de mis amigos —ya saben, para la fiesta—, y habría preferido morirme antes que admitir ante él que no tenía ningún amigo. Quiero decir que todos mis conocidos mortales quedaron congelados y rígidos allí, en casa de Ella Dempster y, además, realmente no creía que aquel asunto de envenenar el agua fuera una idea tan buena. Quiero decir que no era muy bonita y que yo me sentiría terriblemente mal, pero no había forma de decirle eso, así es que mientras estaba haciendo sus planes y terminando de comer su pastel de queso helado marca Royal con fresas fui a una parte de la casa en la que él no podía verme y encontré cuál era la piedra correcta que debía apretar y dirigí el rayo hacia él con el broche.

Resulta verdaderamente agradable tener aquí a alguien con quien tomar las comidas y con quien hablar cuando tengo ganas de hacerlo. El tiene un aspecto muy real y natural sentado allí, en la silla, y tengo la impresión de que aun cuando está rígido como uno de los gigantescos colmillos de elefante, todavía puede escuchar. Tiene una expresión verdaderamente agradable, quizá un poco sorprendida, y sostenemos conversaciones muy agradables porque él nunca se muestra en desacuerdo conmigo. La otra cosa bonita es que no produce ningún lío en la casa, ni ensucia nada, ni tiene ropa para lavar y, lo que es más importante, nunca se queja de las cosas que cocino, como solía hacer Cynthia. De haber sabido cómo descongelarse y si le hubiese hecho tostadas, estoy segura de que se las hubiera comido como se supone que debe comérselas una persona normal, en lugar de picar el centro. Y, lo que es aún más importante, él nunca, nunca jamás habría dejado costras.

Kit Reed - LOS DÍAS DEL PERRO

La especialidad de la excelente autora estadounidense Kit Reed, de quien nuestros lectores ya conocen varios relatos (La parra, Tengo un tigre en casa, Cinosura) consiste en poner en evidencia las contradicciones de nuestra sociedad planteando situaciones límite y aparentemente absurdas, pero que resultan altamente desazonadoras por su indudable conexión con la realidad actual. He aquí una irónica alegoría sobre nuestras cada vez más inhóspitas «junglas de asfalto», al final de la cual el lector no sabrá si echarse a reír o a temblar.

Aquella tarde, cuando Norton Enfield volvía a casa por el parque, estaba contento y pesaroso por no tener consigo a «Dirk». Mientras lo tuviese escondido en su casa, «Dirk» estaba a salvo, igual que todo lo del apartamento. Además, Enfield nunca se sentía cómodo con él; «Dirk» se movía con gracia aterciopelada, sin que apenas bastase la mano de Enfield para sujetar su correa. El joven tenía que reconocer que se sentía más a gusto enfrentado a fotógrafos, desviados y otros diversos peligros, que bajo la vigilante mirada amarillenta del perro. Siempre se había sentido inquieto ante el aura de poder comprimido del Doberman, sus colmillos rutilantes, y los músculos tensos y acerados bajo el reluciente pelaje. «Dirk» cuando él y Myrna hablaban, les contemplaba paseando la mirada del uno al otro, y Enfield, más de una vez, había llevado a su esposa a la cocina, a fin de poder conversar con ella a solas. No podía ahuyentar la sensación de que el perro comprendía y desaprobaba cuanto él decía. Sin embargo, con «Dirk» a su lado, Enfield no habría perdido su cartera, ningún canalla se habría atrevido a atacarle y, ciertamente, nadie le habría vapuleado; al contrario, Enfield habría experimentado el placer de ver cómo «Dirk» desgarraba las gargantas de sus agresores antes de que pudieran gritar pidiendo auxilio.

Había dejado a «Dirk» en casa porque Myrna insistió en ello: las brigadas de contaminación empezaban a ampliar sus búsquedas y sus misiones de destrucción, y emboscados detrás de cada arbusto había vigilantes civiles con redes y automáticas bien cargadas. Al salir del apartamento, le pasó por la mente que, si perdía a «Dirk», él y Myrna estarían ya completamente solos, pero Myrna había dicho simplemente:

—No te llevarás a «Dirk», no; al menos, tal como están las cosas.

Y el perro enseñó los dientes, empezando a gruñir.

«Dirk» era el perro de Myrna, realmente; lo había llevado a casa después de que la habían atracado en el ascensor por cuarta vez en una semana. Enfield volvió del trabajo, y la encontró en la salita con un cachorro de patas delgadas que no correteó ni saltó como suelen hacer los cachorros, sino que levantó la cabeza como un caballo de carreras y le miró con un ojo bordeado de blanco.

—¿Qué es esto?

—Mi protección.

Myrna estaba acurrucada en el suelo, junto al perro, mirándole a través de una mata de pelo oscuro, muy brillante.

—¿Verdad que es adorable?.

La cabeza del perro tenía forma de diamante, como la de una serpiente, y dirigió a Enfield una mirada madura, de cálculo.

—¿Cómo se llama? —inquirió Enfield.

Myrna, que siempre había llamado Norty a Enfield, y se burlaba de él por no tener un nombre cortante como una daga, repuso:

—«Dirk». Es muy cariñoso, y es tan hermoso como un chiquillo. «Dirk Storm».

—Bien, supongo que vas a posponerlo al bebé.

—Por algún tiempo.

Graciosamente, la joven ladeó la cabeza, que era tan sedosa como la del cachorro.

—Bien, habrá que adiestrarlo.

De modo que el perro, desde el principio, fue de Myrna y vigilaba todos los movimientos de Enfield con gran celo, tensándose sobre sus patas traseras cuando éste pretendía abrazar a su esposa, y gruñendo roncamente cuando Enfield levantaba la voz.

Más de una vez, el joven se despertó sobresaltado, casi seguro de haber escuchado una respiración dentro de la habitación, y no había podido abrazar a su esposa en la cama sin pensar en el perro. Aunque «Dirk» estaba encerrado en la cocina, Enfield no lograba librarse de la vívida imagen del perro erguido en el tocador, dispuesto a abalanzarse al más ligero movimiento de Enfield hacia Myrna. Aunque «Dirk» le había salvado de que le robaran más de una vez y había atacado a un ladrón en el vestíbulo, salvándole de esta manera la vida, Enfield siempre lo consideraba con emociones encontradas. Precisamente con estas mismas emociones, había visto a los celosos vigilantes entrar en acción, por lo que pudo compartir el pesar de Myrna cuando el alcalde eligió su espectáculo nocturno musical del domingo para anunciar la creación de lo que, eufemísticamente, llamó la brigada anticontaminación.

—¡Es un asesino! —gimió Myrna, echándose a llorar—. Es como en los campos de concentración.

—Los perros ensucian las aceras, Myrna. Nos hundimos hasta las rodillas en sus excrementos y, además, ellos despedazan a los chiquillos en las calles.

—Sus madres deberían tener más cuidado.

—Temo que este asunto haya ido ya demasiado lejos —replicó Enfield, y añadió—: Y ha escapado a nuestro control.

Así, cuando aquella tarde llegó a su casa por el parque, pudo oír el distante sonido de unos disparos y unos gritos de dolor, alaridos y gruñidos, y, más cerca, un búho que dejó oír su ulular en medio de los otros rumores, entremezclándose a los demás en su incalculable dolor. Cuando dobló la última esquina, Enfield tropezó con el origen de todo eso: una vieja dama con la nariz levantada y la garganta hinchada por la angustia, inclinada sobre el cadáver de un pequinés.

—Nunca ladraba —gimió cuando él trató de calmarla—. Nunca mordió a nadie ni apenas molestó, al menos que yo sepa, y siempre tuve mucho cuidado de él. Y cuando se ensuciaba, yo lo recogía con mi palita de plata, me lo llevaba a casa y lo tiraba por el retrete... y... oh, oh, oh... —sollozó, acabando por articular un gemido ronco.

—Estoy seguro de que significaba mucho para usted, señora —manifestó Enfield, que habría hecho cualquier cosa para que aquella dama dejara de sollozar—. Tal vez hubiera usted podido disecarlo.

—¡Disecarlo! —chilló la dama—. ¡Disecarlo!

Enfield se marchó precipitadamente, ya que la mujer se había vuelto hacia él con la sana intención de destrozarle.

En la avenida, otro dueño de un perro, muy alterado, luchaba por salvar su vida; la brigada de anticontaminación había atrapado a su animal y una manada de perros salvajes se había precipitado sobre su cadáver. Ahora ya habían terminado con él y estaban atacando al dueño, sedientos aún de sangre. Enfield miró a su alrededor en busca de un bastón u otro objeto contundente, pero no había nada.

—¡Póngase a salvo! —le gritó el otro, desapareciendo entre un torbellino de colmillos y garras.

Enfield miró otra vez en busca de la brigada anticontaminación, pensando que quizá ellos podrían hacer algo, pero debían de haberse metido ya en su camioneta tan pronto

como concluyeron su trabajo. Al fin y al cabo, era más seguro perseguir a los perros sujetos por correas que correr tras los perros salvajes que se ocultaban en el parque. Era más fácil seguir la ley al pie de la letra y caer sobre el chuchito bien educado de una casa de postín o sobre el grueso perro de aguas que sigue sumisamente la correa. Casi todos los dueños de perros los tenían dentro de sus casas, o los sacaban sólo de noche, intentando esquivar la brigada que patrullaba las veinticuatro horas del día. Cuando la brigada se abatía sobre un animal para cumplir su deber, el propietario de aquél contemplaba ensimismado el collar vacío, y la correa colgante, murmurando:

—¡Si el pobrecito gimió y suplicó hasta que no tuve más remedio que sacarlo!

Los que poseían más fuerza de carácter habían ya liberado a sus perros, esperando que sobreviviesen en el parque. Podían acudir a una cita nocturna ocasional y, con suerte, los dueños conseguían cruzar algunas palabras amables con el amado perrito, antes de que volviese a huir, perseguido por la manada de colegas salvajes. Enfield se preguntó si a «Dirk» le gustaría citarse con Myrna en el parque, pero ya tenía la respuesta: a veces, parecía como si ellos estuviesen al servicio del perro, y no éste al suyo.

A sus espaldas oyó gruñidos y ruidos más siniestros aún. Era la época en que un perro se zampaba a otro, era verdad, y Enfield huyó por la avenida.

La marcha le resultó pesada; el tráfico no avanzaba desde varias semanas antes, lo que significaba tener que saltar por encima de los «Volkswagen» mohosos, y de los taxis arrimados uno al otro. Los autos abandonados ocupaban tanto espacio que los perros estaban como aprisionados en las aceras, y por entonces éstas se hallaban llenas de basura, desperdicios y excrementos, con alguna carcasa que mostraba huellas de galantería o carnicería, según. Desde el anuncio del alcalde, sanidad se había dedicado al exterminio, y no parecía poder solucionar el problema. El programa se hallaba en su quinta semana y el maldito asunto no había mejorado, sino empeorado. Los perros vagabundos habían aumentado y, además, varios seres humanos habían tomado las aceras como lavabos, formando parte de un movimiento radical destinado a demostrar algo ignorado.

Tal vez debido a la falta de éxito, las brigadas de anticontaminación se tornaban cada vez más rudas y crueles; habían empezado ya a trabajar en los portales de los edificios, sobornando a los porteros para que les dijeran cuántos perros habitaban en ellos y cuándo solían sus dueños sacarlos fuera.

Ante la insistencia de Myrna, Enfield mantuvo a «Dirk» dentro del apartamento desde el principio. Myrna creía, por lo visto, que fuera de vista significaba también fuera de pensamiento, y había hecho cuanto pudo para ejercitar al perro dentro del apartamento, enseñándole a saltar sobre la mesita del café a rebotar contra la puerta y luego a dar otro salto. Cuando Enfield contemplaba a «Dirk» con expresión de duda la joven se ponía a la defensiva, y determinó enseñarle a «Dirk» a ir al lavabo. Enfield supuso que esta crisis terminaría como habían terminado otras, pero no le gustaba la expresión que ofrecía el perro, como si estuviese enterado de la amenaza exterior, ni le gustaba su aguzado nerviosismo ni la forma inquieta en que se paseaba, al no poder bajar al parque. El perro, decidió Enfield, estaba a punto de estallar, y a su regreso al hogar aquella tarde, el joven decidió también que aprovecharía el momento adecuado y pondría un poco de veneno en el plato del chuchito; el veneno lo llevaba ya en el bolsillo. Myrna nada sabría, y a pesar de su subsiguiente vulnerabilidad a los ladrones y atacadores, estaba convencido de que todo saldría bien.

Myrna le recibió en la puerta..

—¿Te has enterado?

—¿De qué?

—Ya no atrapan a los perros en las calles. Los buscan de puerta en puerta.

Enfield miró hacia «Dirk»; el perro se hallaba encaramado a su silla favorita, contemplándole con una mirada tan salvaje, que Enfield balbució:

—Bien vamos a...

Su mujer le colocó un dedo en los labios.

—Chist..., lo entiende.

Enfield dedicó al perro una aguda mirada; «Dirk» se lamía las costillas. Enfield empezó a deletrear:

—TENDREMOS QUE DEJAR QUE LO ATRAPEN.

Myrna le dirigió una mirada cargada de desesperación.

—¡Nunca nos dejará que...!

El perro volvió la cabeza a su alrededor.

—Chist... —pidió Enfield.

—No podemos permitir que lo cojan —exclamó Myrna, en tono demasiado alto—. ¿Lo has oído, «Dirk»? Nunca permitiremos que te atrapen... —su voz se convirtió en un susurro—. Ahora están en el edificio.

—Entonces, lo cojerán más pronto o más tarde —murmuró Enfield. Tenía la extraña sensación de que el perro sabía que él llevaba veneno en el bolsillo—. Y si vienen, NOSOTROS LES DEJAREMOS...

—¡No! —ella sacudió la cabeza—. He pensado algo mejor.

El perro saltó de la silla y se situó al lado de su cama.

Los tres pegaron un brinco cuando oyeron una fuerte llamada a la puerta.

—Son ellos —susurró Enfield. Luego—: ¿Qué es esto?

Myrna había cogido un objeto peludo de una silla.

—Tu disfraz.

—Estás bromeando...

La llamada a la puerta se había convertido en empujones. Otro minuto, y derribarían el obstáculo.

Myrna trasladó la mirada desde su marido al perro, y éste gruñó.

—No, no bromeo, Norty. Se trata de elegir entre él o tú.

—¡Pero yo soy tu esposo!

Enfield vio, alarmado, que había un batín suyo encima del diván, junto con un pañuelo y una toalla para envolver la cabeza.

—Cariño, tú no puedes...

El perro se dispuso asaltar.

—Lo siento, «Dirk» no me deja otra elección.

La puerta estaba cediendo. Myrna cogió el disfraz de perro, con decisión inexorable.

—Será mejor que te lo pongas sin rechistar.

Kit Reed - LA ESPERA

A través de un parabrisas lleno de calcomanías de todas las atracciones turísticas, desde Luray Caverns a Silver Springs, Miriam leyó el nombre que figuraba en el poste indicador.

—Estamos en Babilonia, Georgia, mamá. ¿Podemos parar?

—Desde luego, cariño. Lo que tú quieras —la menuda y obesa mujer se quitó las gafas de sol—. Después de todo, es tu viaje.

—Lo sé, mamá, lo sé. Lo único que quiero es un refresco, no la Torre Eiffel.

—No seas descarada.

Regresaban a casa, después del viaje de graduación de Miriam a través del Sur.

(Mamá lo había planeado durante años enteros, y se había tomado dos meses de vacaciones, también, en pleno verano, y habían salido inmediatamente después de la ceremonia de fin de curso. «Mr. Margulies dice que puedo tomarme todo el verano, después de haber estado con Mr. Kent y con él tanto tiempo —había dicho—. ¿No es maravilloso poder ir a alguna parte juntas, querida?» Miriam había suspirado, pensando en el largo verano que se extendía delante de ella. «Sí», había dicho.)

Hoy se habían salido de la 301, en alguna parte, y habían recorrido millas y millas de la polvorienta Georgia, sin ver otro automóvil ni otra persona, excepto a un negro que conducía un tractor por la ablandada carretera de asfalto, y a dos niños paseando por una campiña aparentemente desierta. Ahora entraban lentamente en un pueblo vacío porque eran las dos de la tarde y el sol caía a plomo sobre las calles. Tenían que detenerse, pensó Miriam, con el pretexto de beber algo fresco. Tenían que convencerse a sí mismas de que había otras personas en el pueblo, en Georgia, en el mundo.

En la plaza soñolienta había un hombre tumbado en el suelo. Se incorporó sobre sus codos cuando vio el automóvil e hizo señas a Miriam, con una mueca que quería ser una sonrisa.

—Mamá, ¿ves *ese* establecimiento? ¿Te importaría que trabajara en un lugar como *ése*?

Pasaron por delante del *drugstore*, un palacio cromado con unos grandes escaparates.

—¡Oh, Miriam! No empecemos de nuevo con eso. ¿Cuántas veces he de decirte que no quiero que trabajes en un *drugstore* cuando regresemos? —su madre pasó de largo ante un lugar de estacionamiento y dio otra vez la vuelta a la plaza—. ¿Para qué crees que te he enviado a la Escuela Superior? Quiero que obtengas un buen empleo. ¿Qué clase de amigos podrías hacer vendiendo refrescos? No quiero que tengas que trabajar durante toda tu vida. Lo único que tienes que hacer es conseguir un buen empleo, y conocer a un buen partido, tal vez en tu misma oficina, y casarte, y no tener que volver a trabajar.

Estacionó el automóvil y se apeó, abanicándose. Se quedaron de pie bajo los árboles, discutiendo.

—Mamá, aunque deseara conocer a tus buenos partidos, no tendría nada que ponerme. Necesito comprarme unos cuantos vestidos bonitos y un automóvil. Conozco un lugar donde sólo hay que pagar cuarenta dólares al mes. En el *drugstore* ganaría treinta y cinco dólares a la semana...

—Y te los gastarías todos en caprichos, supongo. ¿Cuántas veces he de decirte que los buenos partidos no trabajan en lugares como *ése*? Desde que murió tu padre te he criado, te he alimentado, te he vestido, y ahora, cuando quiero que tengas un buen porvenir, pretendes echarlo todo por la ventana por un par de vestidos de fantasía... —Sus labios temblaron—. Aquí me tienes sin poder sostenerme prácticamente en pie, para que goces de un hermoso viaje, y de una oportunidad de aprender mecanografía y taquigrafía y tener un buen porvenir...

—¡Oh, mamá! —La muchacha golpeó la acera con la punta del zapato y suspiró. Dijo lo que interrumpiría la discusión—. Lo siento. Supongo que me gustará, cuando haya empezado.

Obesa y decidida, su madre echó a andar delante de ella, trotando sobre sus tacones demasiado altos.

—Lo principal, cariño, es ser una *buena* chica. Si los muchachos te ven detrás de un mostrador de refrescos, pueden suponer lo peor. Pueden pensar que estás dispuesta a salir con el primero que se presente, y tratar de aprovecharse...

En una esquina de la plaza, tendido sobre un jergón a pleno sol, un joven las miró. Dijo algo, llamándolas.

—No le prestes atención —dijo la madre—. Y si los muchachos saben que eres una *buena* chica, algún día conocerás a uno que querrá casarse contigo. Tal vez un hombre de negocios, o un banquero, si tienes un buen empleo de taquimecanógrafa. Pero si él cree que puede aprovecharse, nunca se casará contigo. Tienes que andar con pies de plomo y no permitir que los muchachos se aprovechen de ti...

—¡Oh, mamá! —exclamó Miriam, dolida.

—Lo siento, cariño, pero deseo tanto que seas una buena chica... ¿Me estás escuchando, Miriam?

—Mamá, parece que aquella señora me está llamando. La que está allí, tendida sobre el colchón. ¿Qué puede querer de mí?

—No lo sé. Bueno, no te quedes parada. Parece una buena mujer. Acércate a ver lo que desea. Supongo que estará tomando baños de sol, pero tiene un aspecto raro, como si estuviera acostada. Vamos, Mirry.

—¿Quiere trasladarme a la sombra, joven?

La mujer, evidentemente una de las matronas principales del pueblo, estaba tendida sobre un delgado colchón. La sombra del árbol debajo del cual se encontraba se había movido con el sol, dejándola bajo sus rayos.

Poniendo en juego todas sus fuerzas, Miriam tiró de los extremos del delgado colchón, arrastrándolo hasta la sombra.

—¿Quiere acercarme mi agua y mi frasco de medicina, por favor?

—Sí, señora. ¿Está usted enferma, señora?

—Desde luego. La cosa empezó con calambres y desarreglos íntimos, ¿entiende? Y ahora me arde continuamente la cabeza tengo un dolor en el costado izquierdo que no me deja vivir.

—¡Cuánto lo siento!

—¿Ha tenido su madre alguna vez esa clase de molestias? ¿Qué le recetó el médico? ¿Conoce usted a alguien que haya tenido algo parecido? Ese dolor empieza en la parte baja de las costillas, y sube hacia arriba, en una especie de zigzag...

Miriam echó a correr.

—Mamá, he cambiado de idea. No quiero un refresco. Vámonos de aquí, por favor. ¿Mamá?

—Si no te importa, cariño, quiero tomar algo fresco —Su madre se dejó caer sobre un banco—. No me encuentro bien. La cabeza...

Entraron en el *drugstore*. Más allá de los cromados de la fachada, era como todos los *drugstores* que habían visto en todos los pueblos de la costa oriental, fresco, oscuro y un poco sucio en la parte trasera. Se sentaron ante una de las pequeñas y redondas mesas de madera, y una melancólica camarera les sirvió lo que pidieron.

—¿Qué dijeron Stanny y Bernice cuando las hablaste de nuestro viaje de vacaciones?

La madre de Miriam sorbió su refresco, respirando con dificultad.

—¡Oh! Les pareció muy bien.

—Bueno, espero que les cuentes todos los detalles cuando regresemos. No son muchas las jóvenes que tienen la oportunidad de ver todos los monumentos históricos. Apuesto a que Bernice no ha estado nunca en Manassas.

—Supongo que no, mamá.

—Supongo que Stanny y esa Mrs. Fyle quedarán muy impresionados cuando regresemos y les cuentes dónde hemos estado. Apuesto a que Mrs. Fyle nunca pudo llevar a ninguna parte a Toby con ella.

—Supongo que no, mamá.

En la parte trasera de la tienda, una joven que llevaba unos *shorts* blancos bastante sucios sostenía de la mano a su hijito y hablaba con la camarera. El niño, que tendría unos dos años, se sentó en el suelo.

—Pronto será tu cumpleaños, ¿verdad? —dijo la mujer, soltando la mano del niño.

—Sí. ¡Oh! Tendrías que ver mi vestido blanco. Es divino, Anne. Confío en que no tendré que esperar demasiado. Anne, ¿qué es lo que se siente?

La joven apartó la mirada de la camarera, y en su rostro apareció la misteriosa expresión de las casadas, que no hablan de ciertas cosas.

—Myla fue la semana pasada, y sólo tuvo que esperar un par de días. No se lo digas a nadie, porque va a casarse con Harry la semana próxima, pero a Myla le gustaría poder verle otra vez...

La joven movió un pie y golpeó accidentalmente al niño.

Este se echó a llorar, y su madre lo cogió en brazos, consolándole.

Miriam se puso en pie de un salto.

—Vamos, mamá. No llegaremos a Richmond esta noche. ¡Ya nos hemos salido del camino dos veces!

Su madre se levantó. Dejaron caer dos monedas de cinco centavos sobre el mostrador y salieron del establecimiento. Cruzaron la plaza de nuevo, ignorando a las tres personas que yacían sobre el césped haciéndoles señas y llamándolas con repentina urgencia. Miriam subió al automóvil.

—¡Mamá, vamos! ¡Mamá!

Su madre estaba de pie junto a la portezuela del lado del volante, apoyada en la manecilla. Miriam se deslizó a través del asiento delantero para abrir la portezuela. Hizo girar impacientemente la manecilla, y se sobresaltó al ver que la cara y la parte superior del cuerpo de su madre se deslizaban hacia abajo a lo largo de la ventanilla en una lenta caída hacia el pavimento.

—¡Oh, *sabía* que nunca debimos venir! —exclamó Miriam.

Con el rostro enrojecido, furiosa, se apeó del automóvil y dio la vuelta al vehículo para ayudar a su madre.

Los enfermos tumbados sobre el césped se incorporaron en sus jergones. Acudían hombres y mujeres de todas partes. Aparecieron unos automóviles, se detuvieron y se acercaron más personas. Arrodillada en el suelo, Miriam consiguió poner a su madre boca arriba. Le frotó las manos, le hizo viento con un pañuelo, sin dejar de decirle cosas, y cuando vio que no recobraba el sentido ni se movía, Miriam levantó la mirada hacia los rostros que la rodeaban, presa de un súbito terror.

—¡Ayúdenme, por favor! Estamos solas aquí. Avisen a un médico, por favor. Mamá no se había desmayado nunca —los rostros parecían interesados, pero nadie se movió. Casi llorando, Miriam añadió—: No importa. Ayúdenme solamente a subirla al automóvil. Si cuando hayamos recorrido unas cuantas millas no está mejor, la llevaré a un médico. —Y luego, frenéticamente—: ¡Sólo quiero llevármela de aquí!

—No tiene ninguna necesidad de hacer eso, querida. No se preocupe —un hombre calvo, de rostro simpático, que debía rondar la cincuentena, se arrodilló al lado de la

muchacha y apoyó una mano en su hombro—. Dentro de nada tendremos el diagnóstico y empezaremos la cura. ¿Puede usted decirnos cómo ha sucedido esto?

—Lo ignoro, doctor.

—No soy médico, querida.

—Lo ignoro —repitió Miriam—. Lo único que sé es que estaba muy caliente —dos de las mujeres del grupo intercambiaron una mirada y un gesto de asentimiento—. Creí que era debido al calor, pero supongo que era la fiebre —la multitud estaba esperando—. Y tiene una herida sin cerrar en el pie: se la produjo en una excursión que hicimos a Tallahassee.

—Bueno, querida, tal vez sea mejor que le echemos una mirada.

Cuando le quitó el zapato, los hombres y las mujeres se acercaron todavía más, cuchicheando acerca de la húmeda y descarnada llaga.

—Si por lo menos pudiésemos llegar a Queens —dijo Miriam—. Si pudiésemos llegar a casa, sé que todo iría bien.

—Sabremos lo que tiene en un santiamén —el hombre calvo se incorporó—. ¿Alguien de vosotros ha tenido algo parecido recientemente?

Los hombres y las mujeres conferenciaron en voz baja.

—Bueno —dijo un hombre—. La hija de Harry Perkins tuvo una fiebre como ésa; resultó ser pulmonía, pero ella no tenía nada como eso en el pie. Creo que le aplicaron antibióticos para la fiebre.

—Yo tuve algo parecido a eso en el brazo —dijo una mujer que tenía un brazo amputado a la altura del codo—. No había modo de curarlo, hasta que me dijeron que me moriría si no me hacían esto.

La mujer agitó el puño.

—No queremos recurrir aún a medidas tan extremas. Podría tratarse de algo distinto —dijo el hombre calvo—. ¿Alguien más?

—Podría ser tétanos.

—Podría ser tifus, pero no lo creo.

—Apuesto a que se trata de una infección de estafilococos.

—Bueno —dijo el hombre calvo, en vista de que no parece haber nadie capaz de recetar algo en este momento, supongo que será mejor que la instalemos en la plaza. Cuando lleguéis a casa, llamad a vuestros amigos y preguntadles si saben algo de esto. Si no hay ninguno que lo sepa, tendremos que confiar en los turistas.

—De acuerdo, Herman.

—Adiós, Herman.

—Hasta luego, Herman.

—Adiós.

La madre, que había recobrado el sentido durante el diálogo y lo había escuchado con aterrada fascinación, tragó una pírcima y un vaso de agua que el farmacéutico había traído del otro lado de la calle. De la tienda de muebles llegó el aprendiz con un delgado colchón. Alguien trajo un par de sábanas, y cuatro hombres instalaron a la madre sobre el colchón y la trasportaron a un lugar de la plaza que quedaba muy cerca de la mujer que tenía el dolor en el costado.

Cuando Miriam se separó de su madre, ésta hablaba con la mujer en tono soñoliento, casi dispuesta a aceptar que la droga la durmiera del todo.

Asustada, pero satisfecha de alejarse del olor de la enfermedad, Miriam siguió a Herman Clark hacia una calle transversal.

—Usted puede venir a casa conmigo, querida —dijo Herman—. Tengo una hija de su edad, aproximadamente, y cuidaremos de usted hasta que su madre se cure.

Miriam sonrió, tranquilizada, acostumbrada a seguir a sus mayores.

—Supongo que se estará preguntando en qué consiste nuestro sistema —añadió Clark, ayudando a Miriam a subir a su automóvil—. Con tanta especialización, hemos llegado a un extremo en que los médicos saben muy poco, hacen muchas preguntas y cobran demasiado. Aquí, en Babilonia, hemos descubierto que en realidad no les necesitamos. Prácticamente todos los habitantes de este pueblo han padecido alguna enfermedad, y con lo que a las mujeres les gusta hablar de sus dolencias, hemos aprendido mucho acerca de los tratamientos. Ya no necesitamos a los médicos. Nos limitamos a aprovecharnos de la experiencia de los demás.

—¿Experiencia?

Miriam estaba convencida de que nada de aquello era real, pero Clark tenía el aire autoritario de un padre veterano, y ella sabía que los padres siempre tienen razón.

—Naturalmente —dijo Herman Clark—. Si usted tuviera varicela, por ejemplo, y se colocara en un sitio donde todo el pueblo pudiera verla, no tardaría en presentarse alguien que hubiera padecido la misma enfermedad. Esa persona le diría a usted qué dolencia padecía y lo que ella hizo para curarse. Y usted se ahorraría la visita del médico. Cuando mi esposa sufrió un serio arrechucho, utilicé el tónico nervioso de Silas Lapham. Ahora, mi esposa se encuentra perfectamente; no nos costó ni un centavo, aparte del tónico, claro está. De modo que si alguien está enfermo le dejamos en la plaza y permanece allí hasta que se presenta alguien que reconoce los síntomas de la enfermedad. Desde luego, no permitimos que ninguno de los enfermos abandone la plaza hasta que se ha curado; no queremos que contagie a los demás.

—¿Cuánto tiempo tendrá que pasar allí mi madre?

—Bueno, probaremos algunas de las medicinas que utilizó Maysie Campbell... y la penicilina de Gilyard Pinckney. Si no dan resultado, tendremos que esperar hasta que pase un turista. No se preocupe, querida. Usted se viene a casa conmigo, y nosotros cuidaremos de su madre.

Miriam conoció a la esposa de Clark y a la familia de Clark. Durante la primera semana, no deshizo sus maletas. Estaba segura de que se marcharían pronto.

Suministraron a su madre el tónico de Asa Whitleat, y le untaron la herida del pie con la pomada que curó los forúnculos de Harmon Johnson. Le inyectaron la penicilina de Gilyard Pinckney.

—No parece haber mejorado —le dijo un día Miriam a Clark—. Tal vez si pudiera llevarla al hospital de Richmond o de Atlanta...

—No podemos dejarla salir de Babilonia hasta que esté curada, querida. Es la ley. Podría llevar su enfermedad a otras ciudades. Además, si la curamos no nos enviarán enfermeras del departamento de sanidad del condado, tratando de cambiar nuestros métodos. Y el viajar podría resultar perjudicial para ella. El pueblo acabará por gustarle a usted, querida.

Aquella noche, Miriam deshizo las maletas. El lunes empezó a trabajar como dependienta en un bazar.

—Tú eres la nueva, ¿eh? —La muchacha que estaba detrás del mostrador de bisutería se acercó a ella, amigable, interesada—. ¿Has esperado ya? No, supongo que no. Pareces demasiado joven.

—No, nunca he esperado a los clientes. Este es mi primer empleo —dijo Miriam confidencialmente.

—No me refiero a esa *clase* de espera —dijo la muchacha en tono burlón. Luego, sin que viniera a cuento—: He oído decir que eres de una gran ciudad. Probablemente ya te has acostado con chicos y todo eso. No tendrás que esperar.

—¿Qué quieres decir? Nunca he hecho eso. ¡Nunca! ¡Soy una buena chica!

Casi llorando, Miriam echó a correr hacia la oficina del encargado. La pusieron en el departamento de bombonería, varios mostradores más allá. Aquella noche permaneció despierta hasta muy tarde con un mapa de carreteras y una linterna, pensando, pensando...

Al día siguiente quitaron el cartel de PROHIBIDAS LAS VISITAS del árbol del parque, y Miriam fue a ver a su madre.

—No sabes cuánto lamento que tengas que trabajar en ese bazar, mientras yo estoy aquí, bajo estos árboles encantadores. Recuerda lo que siempre te he dicho, y no permitas que ninguno de los muchachos del pueblo se propase contigo. El hecho de que tengas que trabajar en un bazar no significa que no seas una joven respetable, y en cuanto pueda levantarme te sacaré de ese empleo. ¡Oh! ¡Qué ganas tengo de que termine todo esto!

—¡Pobre mamá! —Miriam alisó las sábanas y puso unas cuantas revistas cinematográficas junto a la almohada de su madre—. ¿Cómo puedes soportar el estar tendida aquí todo el día?

—No se está tan mal, en realidad. Y, ¿sabes?, esa mujer Whitleaf parece haber dado en el quid de mi enfermedad. Lo cierto es que no me he encontrado bien desde que tú tenías nueve años.

—Mamá, creo que deberíamos salir de aquí. Hay cosas que no me gustan...

—Yo lo encuentro todo admirable. Mira, dos de las señoras me han traído un poco de caldo esta mañana.

Miriam sintió deseos de agarrar a su madre y sacudirla hasta que se mostrara de acuerdo en levantarse del colchón y marcharse con ella. Dándole un beso de despedida regresó al bazar.

A la hora del almuerzo oyó conversar a dos de las dependientas.

—Iré la semana próxima. Quiero casarme pronto con Harry Phibbs, de modo que espero que no tendré que estar allí demasiado tiempo. A veces pasan tres años...

—¡Oh! Tú eres muy guapa, Donna. No tendrás que Esperar mucho.

—Estoy un poco asustada, ¿sabes? Me pregunto qué se sentirá.

—Sí, Yo también me pregunto qué se sentirá. Te envidio, Donna.

Asustada sin saber por qué, Miriam se dirigió precipitadamente a su mostrador.

Aquella noche dio un paseo hasta las afueras del pueblo, siguiendo la carretera por la que habían llegado su madre y ella. Cerca del polvoriento letrero que señalaba los límites del pueblo vio a dos hombres muy delgados. Miriam no se atrevió a aproximarse a ellos y dio media vuelta, atemorizada, pensando. Se paró unos instantes en la estación de autobuses, preguntándose cuánto costaría un billete para salir de allí. Pero no podía abandonar a su madre, desde luego. Estaba examinando el automóvil familiar, todavía estacionado junto a la plaza, cuando Tommy Clark se acercó a ella.

—Ya es hora de volver a casa, ¿no? —dijo, y echaron a andar juntos.

—Mamá, ¿sabes que resulta casi imposible salir de este pueblo? —le dijo Miriam a su madre una semana más tarde.

—No te preocupes, cariño. Sé que es duro para ti tener que trabajar en ese bazar, pero eso no durará siempre. ¿Por qué no tratas de encontrar un empleo más agradable, querida?

—Mamá, no me refiero a eso. ¡Quiero volver a casa! Mira, se me ha ocurrido una idea. Puedo coger las llaves del coche de tu bolso, y esta noche, antes de que te trasladen al ayuntamiento para dormir, podemos montar en el automóvil y marcharnos.

—Querida —suspiró su madre—, sabes perfectamente que no puedo moverme.

—¡Oh, mamá! ¿No puedes intentarlo?

—Cuando esté un poco más fuerte, querida, tal vez lo intentemos. La Pinckney me traerá mañana unas hierbas que le sentaron muy bien a su hija... Escucha, ¿por qué no

tratas de quedarte aquí? Los Pinckney tienen un hijo muy guapo... ¡Miriam! ¡Vuelve aquí inmediatamente y dame un beso!

Tommy Clark había invitado a Miriam al cine, y habían regresado a casa cogidos de la mano. En la segunda cita, Tommy había tratado de besarla, pero ella dijo: «¡Oh, Tommy! No conozco las normas de Babilonia», porque sabía que no estaba bien besar a un muchacho al que no conocía a fondo. Ofreciendo a Tommy la mitad de su bocadillo, Miriam dijo:

—¿Podemos ir al partido de rugby, esta noche? Juega la Legión Americana.

—Esta noche no, pequeña. A Margy le ha llegado el turno.

—¿Qué turno?

—¡Oh! —Tommy enrojeció—. Ya sabes.

Aquella tarde, a la hora de salir del trabajo, Tommy pasó a recogerla y fueron a la fiesta organizada en honor de la hija mayor de Herman Clark. Radiante, Margy iba vestida de blanco. Era su decimotavo cumpleaños. Cuando terminó la fiesta, a punto ya de oscurecer, Margy y su madre salieron de la casa.

—Mañana por la mañana te llevaré un poco de comida, querida —dijo Clark.

—Cuidate mucho.

—Adiós.

—¡Feliz Espera, Margy!

—Tommy, ¿a dónde va Margy? —preguntó Miriam.

En la fiesta y en los ojos de Margy había visto algo que la había asustado.

—¡Oh! Ya sabes. Donde van todas. Pero no te preocupes. —Tommy le cogió la mano—. Regresará pronto. Es muy bonita.

Al día siguiente, en el parque, Miriam susurró al oído de su madre:

—Mamá, ha pasado casi un mes. ¡Por favor, por favor, tenemos que marcharnos! ¿No quieres intentarlo por mí? —Se arrodilló junto a su madre, hablando muy aprisa—: Se han llevado el automóvil. Anoche fui a echarle una mirada, y había desaparecido. Pero he estado pensando que si conseguimos llegar a la autopista, podemos encontrar a alguien que nos lleve. Mamá, tenemos que salir de aquí —su madre suspiró—. Siempre me has dicho que no querías que fuera una mala chica, ¿no es cierto, mamá?

Su madre frunció el ceño.

—No estarás dejando que ese Tommy Clark se aproveche...

—No, mamá. No. No se trata de eso. Pero me he enterado de algo horrible. Ni siquiera quiero hablar de ello. Es una especie de ley. ¡Oh, mamá, por favor! Estoy asustada.

—Vamos, cariñito, no tienes por qué preocuparse. Dame un poco de agua, ¿quieres? ¿Sabes una cosa? Creo que por fin van a curarme. Helvia Smythe y Margaret Box han venido a verme todos los días y me han traído unas píldoras de penicilina con leche caliente que me han sentado muy bien.

—Estoy asustada, mamá.

—Te he visto pasar con el chico de los Clark, ¿sabes? Los Clark son una buena familia y tú has tenido mucha suerte al ir a parar a su casa. Helva Smythe dice que el chico va a heredar el negocio de su padre. Lo único que tienes que hacer es jugar tus cartas correctamente y, acuérdate: tienes que ser una buena chica.

—¡Mamá!

—He decidido que nos quedemos aquí hasta que me encuentre completamente restablecida. La gente se ha portado muy bien conmigo. En una gran ciudad nadie le presta atención a una, pero en un pueblo las cosas son muy distintas.

Alisó sus mantas con aire satisfecho y se instaló cómodamente para dormir.

Aquella noche, Miriam se sentó en la mecedora del porche con Tommy Clark. Hablaron mucho y de muchas cosas. de modo que supongo que tendré que ayudar a papá en el

negocio —estaba diciendo Tommy—. A mí me gustaría marcharme a Wesleyan, o a Clamson, o a otra ciudad importante, pero papá dice que mi porvenir está aquí. ¿Por qué no dejan nunca que hagamos lo que queremos?

No lo sé, Tommy. Mi madre quiere que vaya a una academia de Secretariado en Nueva York, y que el próximo otoño busque un empleo de taquimecanógrafa.

—Y a ti no parece gustarte demasiado la idea, ¿eh? —No me gusta nada. Aunque ahora mismo estoy deseando regresar allí, marcharme de este pueblo.

El rostro de Tommy se nubló.

—¿No te gusta nuestro pueblo? ¿No te soy simpático?

—¡Oh, Tommy! Me eres *muy* simpático. Pero me estoy haciendo mayor, y quiero volver a Nueva York y empezar a trabajar.

—No tan mayor. No representas más de quince años.

—¡Uy! Cumpliré dieciocho la semana próxima... ¡Oh! No debí decírtelo. No quiero que tus padres se crean obligados a celebrar mi cumpleaños. Prométeme que no les dirás nada.

—De modo que vas a cumplir los dieciocho, ¿eh? ¡Dios mío! ¡Ojalá no te hubiese conocido!

—¡Tommy! ¿Qué quieres decir? ¿Acaso no te gusto?

—Eso es lo malo, que me gustas. Mucho. Si fuera un forastero, podría romper tu Espera.

—¿Espera? ¿Qué clase de espera?

—¡Oh! —Tommy se ruborizó—. Ya sabes...

Una semana más tarde, después de una desalentadora visita a su madre en el parque, Miriam llegó a la casa de los Clark y se dirigió directamente a su cuarto. Incluso su madre se había olvidado de que era su cumpleaños. Deseaba hundir su cabeza en la almohada y buscar alivio a su congoja en las lágrimas, hasta la hora de la cena. Se dejó caer sobre la cama, para incorporarse inmediatamente. Un vestido blanco, vaporoso, de felpa larga, colgaba de la puerta del armario. Miriam se asustó. Herman Clark y su esposa entraron ruidosamente en la habitación, deseándole un feliz cumpleaños.

—El vestido es para ti.

—Son ustedes muy amables, pero...

La esposa de Clark echó a su marido del cuarto y ayudó a Miriam a vestirse. La muchacha descendió a la planta baja, con los metros de gasa blanca susurrando y ondeando alrededor de sus caderas.

Nadie más se había vestido de un modo especial para la fiesta de cumpleaños. Algunas de las mujeres de la vecindad contemplaron con los ojos húmedos cómo Tommy ayudaba a Miriam a cortar el pastel.

—No parece tener la edad...

—No creo que tenga que Esperar mucho.

—Es muy bonita. Me pregunto si Tommy estará enamorado de ella...

—Apuesto a que el hijo de Herman Clark desearía no, haberla conocido.

Miriam habló con todo el mundo, tratando de disimular el temor que llenaba su corazón.

—Adiós, pequeña —dijo Tommy, apretando su mano.

Fuera empezaba a oscurecer.

—¿A dónde vas, Tommy?

—A ninguna parte, tonta. Te veré dentro de un par de semanas. Es posible que quiera hablarte de algo, si las cosas salen bien.

Los hombres se habían marchado, uno a uno. Las sombras eran cada vez más intensas, pero a nadie se le había ocurrido encender las luces. Las mujeres se reunieron alrededor de Miriam. Mrs. Clark, con los ojos brillantes, se acercó a ella.

—Y aquí está el mejor de los regalos de cumpleaños —dijo, mostrándole un gran ovillo de cordón azul.

Miriam la miró, sin comprender. Tartamudeó unas palabras de gratitud.

—Ahora, querida, ven conmigo —dijo la esposa de Clark.

Asustada, Miriam trató de salir corriendo de la habitación. La esposa de Clark y Helva Smythe la cogieron por los brazos y la condujeron cariñosamente fuera de la casa.

—Vamos a ver si conseguimos colocarte cerca de Margy —dijo la madre de Tommy.

Echaron a andar, a la incierta claridad del crepúsculo de agosto.

Cuando llegaron al campo, Miriam pensó que las mujeres estaban atareadas recolectando algo, pero luego vio que las jóvenes solteras, en gran número, estaban sentadas sobre pequeñas banquetas a intervalos en el campo aparentemente interminable. Había gente entre los arbustos que se erguían a orillas del campo. De cuando en cuando, uno de los hombres echaba a andar, siguiendo uno de los cordeles de colores brillantes, hacia la mujer sentada al final del cordel, vestida de blanco, esperando. Asustada, Miriam se volvió hacia Mrs. Clark.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué? ¡Explíquese, Mrs. Clark! —La pobre niña está un poco nerviosa. Supongo que todas nosotras lo estuvimos, cuando pasamos por el trance —le dijo la esposa de Clark a Helva Smythe—. Tranquilízate, querida. Quédate aquí y espera un poco, hasta que te acostumbres a la idea. Recuerda que el hombre tiene que ser un forastero. Nosotros vendremos a traeros comida a Margy y a ti el domingo, a la hora de visita. Ahora, tranquilízate. Y cuando vayas allí, procura colocarte cerca de Margy. De este modo la Espera se os hará menos pesada.

—¿Qué espera?

—La Espera de las Vírgenes, querida. Adiós.

Aturdida, Miriam se quedó de pie a orillas del inmenso campo, contemplando el pequeño mundo entrecruzado por docenas de cordeles de colores. Se acercó un poco más, tratando de ocultar su cordel debajo de su falda, tratando de no mirar a nadie en particular. Pero vio a dos hombres que echaban a andar hacia ella, uno guapo, el otro sin afeitar y espantoso; pero cuando se dieron cuenta de que Miriam no había penetrado aún en el campo, se detuvieron, esperando.

Sentada cerca de ella, Miriam vio a una de las dependientas del bazar que había dejado su empleo hacía dos semanas y había desaparecido repentinamente. Parecía estar muy nerviosa, y dirigía encendidas miradas a un joven que a su vez la miraba con evidente interés. Mientras Miriam miraba, el joven tiró del cordel de la ex dependienta, sin pronunciar una sola palabra, y dejó caer unas monedas en el regazo de la muchacha. Sonriendo, la joven se puso en pie y la pareja se alejó en dirección a los arbustos. La muchacha que se encontraba ahora más cerca de Miriam, una joven increíblemente fea, alzó la mirada del jersey a medio terminar que estaba confeccionando.

—Bueno, ahí va otra —le dijo a Miriam—. Las guapas tienen más salida. Pero algún día no habrá ninguna guapa a mano, y entonces llegará mi oportunidad. —Contempló melancólicamente su labor—. Este es mi jersey número catorce... Vaya, ya tenemos aquí al viejo Fats. —Señaló a un viejo de ojos legañosos que merodeaba por allí—. Lo malo es que incluso el viejo Fats prefiere a las guapas. Tendrías que ver cuando se acerca a una de esas reinas de final de curso... ¡La ley estipula que no pueden decir que no!

Llena de curiosidad, temblando de pies a cabeza, Miriam se acercó un poco más a la muchacha.

—¿Adónde... adónde van?

La fea la miró suspicazmente. Su vestido blanco estaba lleno de manchas.

—¿De veras no lo sabes? —Señaló hacia un lugar próximo donde los arbustos se espesaban—. A acostarse con ellos. Es la ley.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!

Con la falda de su vestido enredándosele entre las piernas, Miriam penetró en la plaza, corriendo. Faltaba muy Poco para que se llevaran a los enfermos a dormir al vestíbulo del ayuntamiento.

—¡Qué guapa estás, querida! —dijo la madre. Y añadió—: Siempre he oído decir que el color blanco atrae a los hombres.

—Mamá, tenemos que marcharnos de aquí —dijo Miriam, respirando con dificultad.

—Creí que ya habíamos arreglado eso...

—Mamá, siempre has dicho que querías que fuera una *buena* chica.

—Desde luego, querida.

—Mamá, ¿te das cuenta? Tienes que ayudarme... Tenemos que marcharnos de aquí, o alguien *a quien ni siquiera conozco*... ¡Oh, mamá! ¡Por favor! Yo te ayudaré a andar. Te vi el otro día dando unos pasos con la ayuda de Mrs. Pinckney...

—Bueno, querida, siéntate aquí y cuéntamelo todo. Tranquilízate.

—¡Escucha, mamá! Hay algo que todas las muchachas de aquí tienen que hacer cuando cumplen dieciocho años. Ya sabes que no utilizan a los médicos para nada... —Miriam vaciló, sin saber cómo continuar—. ¿Recuerdas cuando Violeta se casó y se hizo visitar por el doctor Dix para una revisión?

—Sí, querida... Ahora, tranquilízate y cuéntaselo todo a mamá.

—Bueno, se trata de una especie de revisión, ¿comprendes? Sólo que esta revisión es más... práctica.

—¿Qué diablos estás tratando de decirme?

—Mamá, las muchachas tienen que ir a ese campo, y sentarse allí, y sentarse allí hasta que un hombre deje caer dinero en su regazo. *¡Entonces tienen que ir a los arbustos Y acostarse con un desconocido!*

Miriam se puso en pie y empezó a tirar del colchón, histéricamente.

—Tranquilízate. ¡Tranquilízate!

—Pero, mamá, yo quiero portarme tal como tú me has dicho siempre que debía portarme. ¡Quiero ser *buena*!

Vagamente, su madre empezó a hablar.

—¿Dijiste que estabas saliendo con aquel chico de los Clark? Su padre es administrador de fincas. Un *buen* negocio, querida. Es posible que no tuvieras que trabajar...

—¡Oh, mamá!

—Y cuando yo me haya curado, podría quedarme a vivir contigo. Aquí, todo el mundo ha sido muy bueno para mí: es la primera vez que encuentro personas que se han preocupado de veras por mi estado de salud. Y si tú te casaras con ese simpático muchacho, que algún día heredará el negocio de su padre, un buen negocio, podríamos tener una casa encantadora, para los tres.

—Mamá, tenemos que marcharnos de aquí. No puedo hacerlo. *No puedo*.

La muchacha se había dejado caer de nuevo sobre el césped.

Furiosa, su madre acabó por estallar.

—¡Miriam! ¡Miriam Elsie Holland! Desde que tu padre murió, te he alimentado, te he vestido y te he cuidado. Y tú has sido siempre egoísta, egoísta, egoísta. ¿No puedes hacer algo por mí? Primero deseaba que fueses a la academia de Secretariado, para que pudieras obtener un buen empleo y conocer a personas interesantes, y dijiste que no. Luego se te presenta la oportunidad de instalarte en un hermoso pueblo, con una *buena* familia, y sigues diciendo que no. Sólo piensas en ti misma.

—¡Mamá, no *quieres* comprender!

—Sabía lo de la Espera desde la Primera semana que llegamos aquí. Ahora, dame un vaso de agua, y cumple con tu obligación de buena hija. Haz lo que Mrs. Clark te ha dicho.

—¡Madre!

Sollozando, tropezando, Miriam se marchó corriendo de la plaza. Se dirigió hacia las afueras del pueblo. Llegó al borde de la autopista, y vio a dos hombres de aspecto desastrado que conversaban tranquilamente junto al poste indicador. La muchacha dio media vuelta y se adentró en un campo recién labrado. Detrás de ella vio a los jóvenes Pinckney. Delante de ella, los Campbell y los Dodge cruzaban el campo en sentido contrario al que ella seguía.

Las sombras nocturnas empezaban a espesarse.

Miriam errabundó por los campos durante la mayor parte de la noche. Cada uno de ellos estaba bloqueado por un Campbell, o un Smythe, o un Pinckney; los hombres, de aspecto impresionante, llevaban rifles y linternas, y se saludaban alegremente cuando se encontraban, y hablaban de una cacería del zorro. Miriam se dirigió a la casa de los Clark y se encerró en su cuarto. Nadie de la familia prestó atención a su llanto mientras paseaba como una fiera enjaulada de un lado a otro de la habitación.

Aquella noche, llevando aún el sucio y desgarrado vestido blanco, Miriam salió de su cuarto y descendió a la planta baja. Se detuvo delante del espejo del vestíbulo para aplicarse un poco de carmín a los labios y peinar sus revueltos cabellos. Alisó los arrugados pliegues de su vestido de raso.

Y echó a andar hacia el lugar donde Esperaban las vírgenes. Antes de llegar al campo, Miriam se paró, estremeciéndose al ver al hombre al que llamaban viejo Fats que la estaba observando. Unos metros más allá vio a otro hombre, joven, esbelto, de cabellos ondulados, esperando.

Suspiró mientras contemplaba a una mujer, acompañada de un muchacho alto con pantalones tejanos, alejándose del campo en dirección a los arbustos.

Suspirando de nuevo, ató su cordel a una estaca en la orilla del inmenso campo. Deslizándose por debajo de los numerosos cordeles de brillantes colores, pasando por delante de las muchachas vestidas de blanco, Miriam buscó un lugar bien visible y se sentó.

Alexei Panshin - UN DOMINGO EN NEPTUNO

En la Convención Mundial de Ciencia-Ficción celebrada en 1969, Alexei Panshin discutió con Larry Niven si la literatura de anticipación debe tener como tema fundamental la ciencia, o el hombre. El siguiente relato, que abunda a la vez en ciencia y en humanismo, fue escrito antes de aquella discusión, pero se enfrenta con los mismos problemas.

Ben Wiseman y yo fuimos los primeros seres humanos que aterrizamos en Neptuno, pero Ben no ha vuelto a dirigirme la palabra. Piensa que yo le traicioné.

El traslado a la Base Tritón, una oportunidad para mí, fue simplemente una etapa final para él. Yo no podía ver aún los límites de mi vida, pero él podía ver los límites de la suya. Y estaba hambriento de popularidad.

Era un hombre de entusiasmos repentinos, despertados por casualidad. No sabía casi nada de biología, pero disponiendo de mucho tiempo libre para contemplar la verde mole de Neptuno en nuestro cielo, concibió la idea de que había vida en el planeta, y quedó convencido de que si lo demostraba se aseguraría automáticamente un puesto de honor en los libros de consulta. Su teoría adquiría cierta fuerza por el hecho de que ya habíamos descubierto la existencia de vida en nuestra propia Luna, en Venus y Marte, en Júpiter, Saturno y Urano, e incluso en Ganimedes. No en Mercurio: demasiado pequeño, demasiado cercano, demasiado cálido. Ni en Plutón: demasiado pequeño, demasiado lejano, demasiado frío. Pero las posibilidades le parecían bastante favorables, y la lista de nombres a la que se uniría el suyo suficientemente corta como para inspirarle la sensación de que se le distinguía.

—La vida es insistente —decía Ben—. La vida es persistente.

Se acercó a mí debido a que no tenía a nadie más. Era un hombre sumamente difícil. A la edad de treinta y cinco años, no había descubierto aún los principios básicos del trato social. Al ser presentado a alguien, se tomaba un exceso de confianza con demasiada rapidez. Y si la reciprocidad no era absoluta, lo consideraba una traición. Cuanto más favorable fuera la respuesta inicial, más dolorosa resultaba la herida cuando era inevitablemente traicionado. No tenía amigos, desde luego.

También yo le traicioné, aunque no me di cuenta de ello hasta que él me lo dijo. Después de aquello se mostró siempre rígido y reservado, pero dado que no me consideraba peor que el resto de la humanidad, y dado que en Tritón sólo había veinte personas, solía hablar conmigo. Yo estaba dispuesto a hablar con él, y en este caso yo estaba dispuesto a escuchar.

Tritón, el satélite mayor de Neptuno, es una buena base substancial. Es una de las mayores lunas del sistema solar, dos dedos más ancha que Mercurio. Es el último asiento cómodo para los hombres en el sistema solar, y el emplazamiento evidente para una gran base.

Terminada la Operación Springboard y con nuestra primera nave estelar de camino hacia una nueva tierra verde y agradable, la actividad en la Base Tritón había quedado reducida a las tareas de mantenimiento e instrucción. Algunos de nosotros, como yo, estábamos allí porque éramos jóvenes brillantes con un futuro. Otros, como Ben Wiseman, estaban allí porque nadie más les hubiese querido tener con ellos.

Pero, en términos generales, la vida era aburrida. El mantenimiento es aburrido. La instrucción es aburrida. Incluso los cielos son oscuros. Neptuno está allí, grande y verde.

Urano puede ser encontrado, si se le busca. Pero el Sol no es más que una lejana llanita parpadeando pálidamente en la noche, y los planetas interiores no pueden verse.

Uno se siente muy solo allí.

Yo estaba interesado en la sugerencia de Ben. Mike Marshall, nuestro jefe, había delegado en mí el problema de la moral de nuestro pequeño grupo, y dado que yo mismo me aburría estaba a favor de cualquier proyecto que pudiera significar algo con que entretenernos los domingos.

—Es una buena idea, Ben —dije—. Pero hay un problema. No disponemos del equipo necesario para un asalto como ese. Y ya sabes lo apretado que es el presupuesto. Puedo pedirselo a Mike.

—¡No le pidas nada a Mike!

—Bueno, tengo que pedirselo a Mike. Y él podrá pedirlo a su vez. Pero no creo que consigamos lo que nos haría falta.

—La cosa es mucho más sencilla que todo eso —dijo Ben—. El batiscafo de Urano se encuentra aún en Titanio. Es un modelo antiguo, desde luego, pero no hay ningún motivo por el que no pueda ser utilizado aquí. Los dos planetas son prácticamente gemelos. La oposición está próxima. El batiscafo podría ser traído aquí con muy poco esfuerzo. Pensé que podrías tramitar la solicitud a través de tu departamento.

Este era Ben. Un hombre muy raro. Creo que suponía que yo lograría traer el batiscafo que había sido utilizado para explorar la atmósfera-océano de Urano sin que Mike se enterase. Luego, él y yo nos trasladaríamos tranquilamente a Neptuno los finales de semana. Si hubiese podido obtener y manejar la máquina por sí mismo, seguro que lo hubiera preferido.

—Si el equipo está aún en Titanio, es posible que podamos conseguirlo —dije—. Se lo preguntaré a Mike mañana.

—No le digas nada a Mike.

—Mira, Ben, si quieres obtener todo eso, tiene que ser a través de Mike. No hay otro camino. Lo sabes perfectamente.

—Olvida lo que te he dicho —dijo Ben—. Siento haber hablado del asunto.

Ben estaba celoso de sus ideas. Si pasaban a través de muchas manos, perdían todo sabor para él. Esta era una buena idea, o al menos yo la encontraba buena, pero Ben preferiría renunciar a ella a permitir que quedara involucrado el resto de nuestra pequeña colonia.

Al día siguiente hablé con Mike. Era otro tipo raro. Había perdido todo su entusiasmo. Procuraba delegar en los demás sus responsabilidades y trabajaba de un modo rutinario. Acogió mi proposición con escaso interés.

—¿A quién le importará que encontremos vida en Neptuno? Sabemos ya que los mundos con atmósfera de amoníaco-metano pueden sustentar la vida, y pasada la novedad nadie se interesa por esta cuestión.

—Es cierto —dije—. Pero, ¿cree usted que a mí me importa demasiado descubrir otra especie rara de foxino? Lo importante es que el proyecto contribuiría a que la mayoría de nosotros nos interesásemos por algo constructivo. Por mi parte, disfrutaría con él.

—¿Y cree que alguien más disfrutará? —preguntó Mike—. ¿Cuántos primeros aterrizajes se han producido? De cincuenta a sesenta. ¿Quién se acuerda de todos ellos? ¿A quién le importan?

—El caso no es que otros puedan interesarse —dije—. Prescindamos de los otros. Esta mañana, Mike, me levanté de mi butaca y descubrí que mi trasero se había quedado dormido. Necesito hacer algo.

Tuve que discutir largo rato, pero finalmente Mike prometió averiguar si el batiscafo estaba disponible. Resultó estarlo, y llegó a la Base Tritón a bordo de una nave siete meses después. No era mucho tiempo. No teníamos otra cosa que hacer. No teníamos ninguna otra parte a donde ir.

Ben, desde luego, estaba furioso, sobre todo conmigo. Yo había robado su idea. Yo había arruinado su idea. Había traicionado su confianza. Había estropeado las cosas.

—Es la última vez que te dirijo la palabra —dijo. Como había dicho más de una vez antes de entonces.

Sin embargo, después de la llegada del batiscafo la cosa empezó a funcionar. El personal dejó de preocuparse por nimiedades y empezó a cumplir mejor sus obligaciones. Había menos polvo en los rincones y menos suciedad en las personas. Mi trasero dejó de dormirse. Incluso Mike empezaba a mostrarse interesado.

Era algo parecido al bote que se construye en el sótano cuando se tienen catorce años. Era lo que nosotros hacíamos en nuestro tiempo libre. Era el Proyecto.

Ben estaba dentro, y Ben estaba fuera. Ben trabajaba a veces, y a veces no trabajaba. No consideraba ya la aventura como completamente suya, pero no podía decidirse a permanecer completamente al margen de ella. De modo que incluso él quedaría involucrado.

Todos los demás se interesaron muchísimo. Tenían algo que hacer. En primer lugar, el batiscafo tuvo que ser revisado pulgada a pulgada. Esta tarea ocupó mucho tiempo libre. Y quedaba la perspectiva de consumir mucho más tiempo libre en meses y meses de exploración.

Al igual que todos los otros planetas —a excepción de Plutón, que es una luna desplazada—, Neptuno es un gigante gaseoso. En otra época se creyó que tenía una capa de hielo y un núcleo de roca debajo de su atmósfera. En realidad, no tiene ninguna superficie sólida. Es todo atmósfera, un verde mar de hidrógeno, helio, metano y amoníaco. Hay nubes y tormentas de nieve, pero ningún lugar donde apoyar los pies. Más que cualquier otra cosa, es como los océanos de la Tierra, y el vehículo que pretendíamos utilizar para explorar sus desconocidas profundidades era una fantástica combinación de dirigible y de los batiscafos de Piccard y sus sucesores. Neptuno no era un jardín bien cuidado, seguro y cómodo, pero de hecho era más accesible que las hostiles profundidades de los mares terrestres, con sus increíbles presiones.

El planeta se encontraba a un paso de distancia de nosotros en Tritón, más cerca que la Luna de la Tierra. El batiscafo podía llegar a Neptuno por sus propios medios, pero su regreso no estaba garantizado, ya que no podía cargar el suficiente combustible para desarrollar la energía que le permitiera vencer el peso de la gravedad. En consecuencia, decidimos utilizar una nave-nodriza, que dejaría caer el batiscafo y luego lo recuperaría. Hasta cierto punto quedé decepcionado, porque la idea de un globo lleno de hidrógeno abriéndose camino a través del espacio me parecía divertida.

A su debido tiempo, estuvimos preparados para efectuar nuestro primer ensayo. Entonces se planteó el problema de escoger a los dos primeros tripulantes. Un problema peliagudo. ¿Había que escogerlos por su categoría? ¿Por la cantidad de trabajo que habían aportado? ¿Por sorteo? A medida que se acercaba la fecha prevista para el despegue, el problema se agudizaba. Cada uno de los métodos de elección tenía sus partidarios. La cosa se agravó todavía más cuando Arlo Harlow, que había trabajado más que nadie, y Sperry Donner, que era el segundo comandante, se enzarzaron en una pelea a puñetazos.

Finalmente, Mike zanjó el asunto: el primer viaje lo haríamos Ben y yo, puesto que éramos los responsables de la idea. En los viajes sucesivos, las parejas se acoplarían por orden alfabético. Más tarde, Mike me dijo que había pensado en la solución alfabética

desde el primer momento, pero que renunció a ella porque hubiera significado relegar a Ben a la última pareja, lo cual hubiera constituido un problema, y le habría acoplado con Roy Wilimczyk, lo cual hubiera constituido otro problema.

—Esta parece la mejor solución —dijo—. Si alguien puede formar pareja con él, es usted.

—Gracias —dije.

Y Mike comprendió que le daba las gracias por pura fórmula.

Aquella semana, Ben se mostró francamente suave... tratándose de Ben. Esto significa que casi el cuarenta por ciento del tiempo se lo pasaba sin maldecir a alguien. Incluso me perdonó.

Finalmente, un domingo lo más brillante y soleado que cabía esperar en Tritón, cuatro de nosotros nos dirigimos hacia la gran masa de algodón verde que llenaba diez grados de cielo. Ben y yo no esperamos a verla crecer. Mucho antes de que la nave se hallara en órbita de estacionamiento, Ben y yo nos encontrábamos en la cabina del batiscafo, y el conjunto quedó encerrado en una cápsula de lanzamiento.

Yo pilotaba nuestra máquina. Ben se dedicaría a supervisar el equipo que registraría nuestros encuentros con el planeta.

No fuimos arriados por encima de la borda, como era tradicional con los batiscafos en los mares de la Tierra. Fuimos escupidos como una pepita de sandía. Estábamos atados y ciegos. Yo apoyaba mi dedo sobre el interruptor manual, pero no tuve necesidad de pulsarlo. La cápsula se desprendió automáticamente.

Luego nuestras luces se encendieron y nos encontramos hundidos en una verde lobreguez. No tenía consistencia. Nuestras luces palparon delante de nosotros. A veces podíamos ver durante distancias considerables: metros. A menudo sólo podíamos ver por espacio de unos pies. Disponíamos de los ojos adicionales de radar que miraban en círculos alrededor de nosotros sin ver nada, salvo en una ocasión que localizaron lo que me pareció un torbellino de amoniaco, eludiéndolo. Otros aparatos auscultaban el planeta, tomaban su temperatura y su pulso. Su temperatura era fría, muy fría. Su pulso era lento y regular.

Puse casi horizontales mis elevadores y comprobé que el batiscafo funcionaba tal como yo había asegurado que lo haría. Los turbopropulsores emitían un zumbido uniforme y tranquilizador.

—Recuerda por qué estamos aquí —dijo Ben.

—No lo olvido —repliqué—. Sin embargo, hasta que conozcamos mejor el planeta, creo que un lugar será tan bueno al menos como el siguiente. Todavía no he visto ninguna manada de ballenas.

—No —dijo Ben—, pero eso no significa que no estén ahí. Pueden ser tímidas, sencillamente. Después de todo, la existencia de la Gran Serpiente de Mar no fue establecida definitivamente hasta los últimos diez años. Aunque yo busco algo más pequeño.

Teníamos recipientes adecuados en el exterior, los cuales podían demostrar la presencia del mismo tipo de vida que se encontró en Urano.

Yo me había embarcado en esta aventura porque estaba aburrido, mortalmente cansado de no hacer nada en particular. Había llegado a Neptuno con un interés muy leve en demostrar que Ben estaba en lo cierto. Ahora, sin embargo, empezaba a sentirme complacido por encontrarme aquí. El paisaje, mientras nos deslizábamos a través de las corrientes de este mar gaseoso, era monótono, monocromático, pero fantasmagóricamente bello. Este era un mundo muy distinto de todos los que conocía. Y me gustaba. Puede parecer raro, pero yo lo respetaba por su fidelidad a sus propias características, del mismo modo que se respeta a una muchacha absolutamente fea que se ha reconciliado con su fealdad y se comporta con naturalidad y sin complejos de ninguna clase.

Estaba complacido por el hecho de que unos hombres hubieran llegado a este último rincón oscuro del Sistema Solar, y me alegraba de ser uno de los hombres. Hay un lugar para esto en los libros de consulta, también, aunque sólo sea en una nota de pie de página con los centenares de nombres de aquellos que realizaron primeros contactos.

Transcurrieron cinco horas largas antes de que volviéramos a encontrarnos a bordo de nuestra nave-nodriza. Arlo Harlow nos ayudó a salir del batiscafo.

—¿Cómo ha ido la cosa? —inquirió.

—No podremos saberlo hasta que hayamos revisado los datos —dijo Ben—. No hemos visto nada identificable. Al menos, en la zona que hemos recorrido.

—Tendrás que verlo por ti mismo —dije—. Yo sería incapaz de describirlo.

Arlo dijo:

—Mike desea hablar con vosotros. Tiene noticias.

Ben y yo nos adelantamos para hablar con Mike en la Base Tritón. El satélite era invisible delante de nosotros: con Neptuno lleno, Tritón era necesariamente una luna nueva, y oscura.

—Hola, Mike —dije—. Arlo dice que tiene usted noticias. ¿Algo acerca de la nave estelar?

—No —dijo Mike—. La noticia son ustedes. Una historia de interés humano. Aterrizaje en el último planeta del Sistema Solar. Ya se ha publicado el primer artículo. Los titulares son: NEPTUNO ALCANZADO. Y empieza: «En esta época de grupos y organismos e instituciones, en esta época en que está a punto de producirse el despegue de la primera nave estelar con una tripulación de diez mil miembros, las hazañas humanas individuales parecen cosa del lejano pasado». Y termina: «Mientras contemos con hombres como esos, la raza humana prevalecerá».

—Me gusta eso —dijo Ben—. Es muy bueno.

Mike dijo:

—Hay también un artículo interesándose por el dinero que se ha invertido en esa inútil aventura.

—Dícales que el batiscafo estaba fuera de servicio, en Urano, y que nosotros mismos lo pusimos en condiciones.

—Ya lo he hecho —dijo Mike—. Volviendo al primer artículo, el autor aplaude el valor que han demostrado al arriesgar su vida en un vehículo exploratorio tan primitivo y anticuado.

—¡Diablo! —dije.

—Escuche. Hay algunas preguntas que desean ver contestadas. Quieren saber por qué fueron allá. ¿Por qué fue usted, Bob?

—Dícales que la idea me pareció buena —dije.

—No se conformarán con eso.

—Queríamos comprobar si había vida en Neptuno —dijo Ben.

—¿Encontraron algo?

—Por lo que sabemos hasta ahora, no —dije.

—Entonces, no puedo decirles eso. Piense otra cosa.

Medité. Al cabo de unos instantes, dije:

—Dícales que no nos parecía justo que los hombres viajaran a las estrellas sin antes haberse posado en todas las bases del Sistema Solar.

La frase «posarse en todas las bases» ha sido incluida en todos los libros de citas.

Ben y yo estamos también en los libros de historia: en las notas de pie de página, con los centenares de nombres de aquellos que realizaron primeros contactos.

Antología de Ciencia Ficción 2003

Ben no se siente feliz enterrado en las notas de pie de página, y no me dirige la palabra. Está furioso conmigo. No descubrió vida en Neptuno, ni es probable que nadie la descubra. Por otra parte, una de mis frases figura en los libros de citas. A Ben le parece una monstruosidad.

No es una gran distinción, lo admito, pero en el curso de mi vida ha habido noches oscuras durante las cuales he permanecido despierto y preguntándome si dejaría alguna estela detrás de mí. Y, por pequeña que sea, me conformo con la estela de esa línea.

Edgar Pangborn - JOVEN TIGRE

Bruno oía, pero no tenía cuerdas vocales o, si las tenía, eran defectuosas. No podía gemir ni murmurar, cuando era un bebé derramaba lágrimas sin emitir sonidos. El cura párroco, el Padre Clark, había declarado que Bruno no era un *mue* (mutante) sino un niño humano, lo cual implicaba que cualquiera que quisiese quitarlo del medio debería enfrentarse con la desaprobación de la Iglesia.

Bruno podía escuchar, y se le permitía hacerlo incluso en las reuniones de los Ancianos. ¿Acaso podía Bruno contar las tonterías que dijese los viejos? Se sentaba en cuclillas fuera del círculo del consejo, con sus dulces y lúcidos ojos bien abiertos, y de tanto en tanto sonreía.

El Barón Ashoka, algunos Ancianos, los monjes del cerro Orlook, el Padre Clark, el escribiente Jaspá, todos ellos poseían el arte de la escritura, pero jamás intentaron enseñárselo a Bruno... ¿cómo enseñarle algo a un niño sin habla? Por otra parte ¿no era evidente, dada su mudez y su origen bastardo, que Dios lo había predestinado a la ignorancia y a los servicios más humildes? En una oportunidad, cuando Bruno tenía siete años, se soltó de la mano de Mam Sever, que era la encargada de cuidarlo, corrió hacia el pulpito e hizo ademán de arrebatarse el Libro de Abraham de las manos del Padre Clark. Había que azotarlo por eso y en cuanto el Padre Clark hizo una señal de asentimiento con la cabeza, Mam Sever se encargó de ejecutar el castigo con la suela de su zapato.

La madre de Bruno había sido la mujer de Yan Topson. Yan la había repudiado porque el niño no era suyo. Cuando Bruno nació, el 10 de marzo del Año de Abraham 472, hacía por lo menos nueve meses que Yan estaba en el sur y ya se lo daba por perdido. Volvió lleno de cicatrices, enjuto, y se pasó cinco días en la Choza Karteen para cumplir con el ritual de purificación; cuando salió de la choza, su mujer Marget lo puso frente a su hijo. Estaban presentes el escribiente Jaspá, el anciano Jones, Marta, la Curadora, y el herrero Hurley. Yan tomó al bebé en sus brazos —era moreno como Marget y Yan era muy rubio y de penetrantes ojos azules— y se lo entregó al anciano Jones. Después abofeteó el rostro de Marget. El gesto significaba que no reconocía al niño como propio sino como carga pública, y que Marget dejaba del ser su mujer.

Como el niño tenía el cabello oscuro como la tierra, la piel tostada como un camino polvoriento y los ojos marrones como un estanque de truchas, el Padre Clark lo llamó Bruno. Creció viviendo un poco aquí y un poco allá, donde hubiese un poco de comida y un sitio junto al fuego. Mam Sever, una mujer generosa cuyo hijo había muerto al nacer, fue la que crió a Bruno después de que Marget se arrojó al lago Ashoka. Se cuenta que el Padre Clark pidió una dispensa de la Santa Sede de Nuber para enterrarla en camposanto a pesar del suicidio, pero que se la negaron. Y también Marta, la Curadora, que era hermanastra de Marget, supo ofrecerle comida y alojamiento a Bruno durante su infancia, y es posible que el muchacho recogiese entonces fragmentos de su sabiduría.

Así fue como Bruno, que era ya un adolescente de dieciséis años, grande y vigoroso, y trabajaba como aprendiz en la herrería de Hurley, pudo escuchar lo que dijeron los Ancianos cuando se reunieron para discutir la mentada aproximación del Joven Tigre, cuya música de flauta resonaba en los bosques y en las praderas muchos días y muchas noches antes de que apareciese su aterradora imagen.

Llegaría el día (al menos eso decían) en que Joven Tigre haría su aparición en algún claro cercano al pueblo y tocaría su flauta, tal vez incluso cantaría canciones incomprensibles hechas con palabras de verdad, pero que nadie había logrado transcribir jamás. De acuerdo con las historias que circulaban, se trataba de un joven de cabellos muy

largos, que le caían sobre los hombros. Debido a la presencia del gigantesco tigre pardo que caminaba a su lado y yacía a sus pies mientras él tocaba la flauta o cantaba, ninguna persona en su sano juicio se atrevía a acercársele, y se lo consideraba vulgarmente una manifestación del Demonio.

En efecto, ninguna persona en su sano juicio se le acercaba, pero cuando Joven Tigre dejaba de tocar y se volvía caminando hacia el bosque —al atardecer, según contaban, cuando el sol proyectaba largas sombras sobre el pasto—, siempre había una o dos personas tontas o desdichadas que corrían detrás de él y no regresaban jamás. Eran, por lo general, enfermos o viejos, o gente un poco rara en algún aspecto, a la que se consideraba afectada por algún padecimiento mental. Cuando empezaron las apariciones —unos cuantos años atrás, diez, veinte, las opiniones divergen— los chicos solían salir corriendo atrás de Joven Tigre antes de que pudiesen impedirselo, y regresaban luego contando mil historias extrañas; que el amable muchacho les había narrado cuentos divertidos (que no podían recordar), que les había dejado palmeaar el pelaje del tigre (pero no tirar de él), que les había mostrado dónde crecían las fresas silvestres, que había tocado la flauta sólo para ellos y que luego los había acompañado hasta la orilla del bosque para asegurarse de que encontrarían el camino de regreso. A partir de entonces, a la menor sospecha de la presencia de Joven Tigre en los alrededores, los pobladores encerraban a sus hijos en casa y no los dejaban salir.

—Hay mucha fantasía en todo esto —dijo el anciano Jones en la tienda cuando Bruno estaba presente—. Mentiras, puras mentiras, la gente no tiene idea de lo que repite. Como esa historia de que violó a doce mujeres en Abeltown.

—Eran sólo seis —dijo el anciano Bascom—, pero aun así, es algo sobrenatural, por joven y brioso que sea.

—Digan lo que digan —insistió el anciano Jones—, hay algo raro en todo eso, algo que no entiendo muy bien.

—Puras habladurías —dijo el anciano Bascom—. Alguien soñó todo eso y lo contó para no tener que rascarse solo y ahora el cuento corre de boca en boca.

—No —dijo el Barón Ashoka—. Estoy de acuerdo con el anciano Jones. Este asunto es antinatural.

Había llegado al paso y atado él mismo su caballo a la baranda, según su estilo democrático, ya que, como bien sabía el tendero Jo Bodwin, no admitía ningún revuelo de sirvientes a su alrededor. Era un viejo elegante, con su camisa amarilla de seda de Penn y su capa naranja y marrón, los colores de su estirpe. Había apoyado su bien calzado pie sobre una silla. Realmente simpático el anciano caballero de cara cuadrada y cabellos blancos, propietario de la mayor parte de la tierra del valle, del molino, de la alfarería y de los campos de lino. Como presidente de la Corporación de Maplestock también era, en cierto sentido, propietario de las majadas de ovejas y del batán, y en nombre de ese cuerpo ejercía el derecho de exigir cuatro días de trabajo mensual a todo aldeano capacitado. Era el representante del burgo de Maplestock ante la Asamblea Imperial de Kingstone, en la que solía perorar contra la esclavitud en las provincias del oeste. Su familia se remontaba a la época del reinado del emperador Brian I, hacía más de dos siglos. Brian I había nombrado al caballero Ian Shore primer Barón de Ashoka, en retribución por los servicios prestados en la Guerra de Penn, que había culminado con el establecimiento del límite sudoeste desde las ruinas de Binton al sur de Delaware hasta el Atlántico. Durante la gloriosa Guerra de 435-439 la familia había crecido en riqueza y en importancia, al absorber a la vieja república de Moha, y quedar, con excepción de la faja de

tierra que limita con Penn, desde las ruinas de Binton al norte del mar de Ontara, totalmente rodeados por aguas (el gran Ontara, los mares Lorenta y Hudson, y el inconmensurable Atlántico, en el que nadie se aventura, aunque se cuenta que por él llegaron hombres en los Viejos Tiempos). Y ahí estaba el Barón Ashoka, uno más entre los ancianos, charlando.

—Si esa cosa llega a aparecerse por este pueblo —dijo—... Dios no lo quiera, pero si llegara a aparecerse, nosotros sabemos cómo tenemos que actuar, ¿no es cierto, Jo?

—Señor —dijo el tendero, asintiendo calurosamente aunque sin tener idea de lo que tenía en mente el Barón—. Claro que sí.

Jo era una prolongación del brazo del Barón. El impuesto laboral solía tomar la forma de una orden dada a Jo: quiero tantos hombres en tal fecha, como quien le dijese al verdulero: «Quiero un kilo de papas».

—Un pelotón de vigilancia. Lo que necesitamos es un pelotón de vigilancia —dijo el Barón—. Por eso vine a hablar con ustedes. No es un impuesto laboral, muchachos, no pongan cara de susto.

El grupo se rió, como correspondía, y Bruno sonrió, tal vez como respuesta a la resonancia de las risas. El Barón continuó:

—Formaremos una guardia especial con turnos de cuatro horas, tipo Cruzada Santa. Transmítale la orden al Guía Lester, Jo. Cinco hombres, tres turnos de cuatro horas, dispuestos a salir a cazarlo.

El Barón se detuvo, como si se hubiese tropezado con algo, y después continuó:

—Mmmm... quiero que el primer turno esté listo para esta noche, dígaselo, Jo.

Jo Bodwin asintió, guardando un silencio cauteloso. En cambio el anciano Bascom no había aprendido a ser cauteloso ni en setenta años.

—Señor —dijo—, acuérdesse de la viruela del año pasado, si quince hombres dejan su trabajo la cosa se va a poner fea para todos.

—Sí, ya sé, Anciano. Bueno... Mira, Jo, dile entonces al Guía Lester que busque sólo nueve hombres, tres por turno, y yo voy a mandar tres arqueros de mi casa. Deberá tener lista la primera guardia frente a la Tienda para cuando el reloj de la iglesia dé las ocho. Y no tienen que salir sólo porque hayan oído algún rumor acerca de alguien que toca la flauta en el bosque. Lo único a lo que deben dar crédito es a la aparición que, según cuentan se produce después. Vamos a vérnosla con él de una vez por todas, caballeros.

Otro desliz: los Ancianos no eran la Asamblea Imperial de Kingstone, y por lo tanto no eran caballeros. Los charlatanes podrían decir que el Barón empezaba a sentir los años. Saludó a todos con la cabeza, montó su yegua con gesto un poco tieso y partió.

A veces Bruno se despertaba susurrando. En los primeros años de su niñez, cuando intentaba modular palabras sin sonido, fabricadas sólo con aliento, no sucedía nada bueno. Los pocos que se daban cuenta no reconocían ninguna palabra en esos sonidos sibilantes que les resultaban molestos. Mam Sever, que era más amable, también era más sorda; se daba cuenta de que Bruno movía los labios pero creía que expresaba hambre, así que lo llenaba de comida y de frustración, le palmeaba la cabeza y recomenzaba su atareada rutina. A los dieciséis años Bruno ya había aprendido a tener la boca cerrada, salvo una que otra sonrisa que surcaba la cara como un aleteo inconsciente. Pero a menudo, en la casucha medio desmoronada que había junto a la herrería y donde vivía solo en ese entonces —era un excelente sereno e incapaz de robar—, Bruno se despertaba susurrando. Y a menudo, cuando ya estaba bien despierto, si se sentía seguro de estar solo, se permitía incurrir en ese doloroso semiplacer.

Y es que su cabeza estaba llena de palabras vivientes. Bruno se sentía transportado por las palabras, por su ágil intensidad, por palabras que trepaban por el aire y caían en picada

y se proyectaban a su alrededor hasta que él se sentía en los abismos o atravesando las colinas sobre las alas de un gavián, hacia la eternidad. Las palabras de Bruno podían atropellarse y repiquetear amorosamente por una larga y vibrante mañana dorada. Y respondían a sus deseos... hasta cierto punto. Podía exhortar, enseñar, acicatearlas hasta que saltaban de pensamiento en pensamiento con tal limpieza que podía encontrar un puente de arcoiris entre dos cimas. Podían jugar con él... todo era un juego, pensaba Bruno, nada más que un juego, algo que uno hacía cuando no dormía y no comía, o andaba deambulando por allí escuchando las charlas o trabajando para el bondadoso Hurley en la inofensiva y tintineante faena de la forja. Nada más que un Juego...

*Zorzal, zorzal del bosque, te persigo hasta tu ciudad
por el camino solitario
por donde dices que corre cantarina el agua de las fuentes.
Tengo hambre, estoy cansado...
¿por qué dejas de llamar cuando me acerco?
¿Cómo podré encontrar ahora tu ciudad,
en el camino solitario?*

Era un juego de pura inventiva, con una pizca de placer nunca experimentado hasta entonces...

*De vuelta en la maleza sonriente, con miedo y desnudo,
como vuelve una trucha a su refugio en la piedra;
pero era la trucha que yo acechaba.
Se han ido.
La línea de mi caña cuelga ridícula e inútil sobre el arroyo.
Las muchachas se han ido.
¿Qué estoy, pues, acechando?*

Y era cierto que en una oportunidad había encontrado a unas muchachas bañándose en un estanque en el bosque, deliciosas muchachas de voz de gorrión, pero había sido Bruno el que se ocultara. No importa: las palabras pueden llevar de una idea a otra, pueden flotar por encima de todo, pueden penetrar todos los misterios por lo menos una vez. A menudo Bruno no era desdichado.

Al menos tenía una chica. Su fértil soledad la había creado a partir de la imagen de Janet Bascom, la hija del panadero, la biznieta del Anciano Bascom. Janet era, según se pensaba en la aldea, un tímido ratoncito al que pronto cazarían con Jed Homer, un granjero cuya propiedad limitaba con el monasterio del cerro Orlook. La segunda esposa de Jed había muerto y Jed quería recibir a Janet y a su jugosa dote antes de que tanto él como ella estuviesen demasiado viejos para la unión.

Ella le había sonreído amablemente a Bruno en una oportunidad, tal vez sin ninguna otra razón que la de haber sentido deseos de sonreír, y diez minutos después lo había olvidado. Pero a partir de ese momento Janet se había transformado para Bruno en un espíritu femenino hecho de aire y de fuego. Su pelo iluminado por la luz del sol se había convertido en el halo que rodeaba a la Santa Jacqueline del vitral que había en la pared sur de la iglesia. Su voz repicaba en su cerebro dulcemente, como solían repicar las campanas de la iglesia que le llegaban a través de tres kilómetros de campos cuando trabajaba en la forja. Sus manos... sus manos eran bondadosas, aunque más no fuera por la belleza que las habitaba cuando se movían o cuando se quedaban quietas. Hubo ocasiones, incluso, en que Janet volvió a mirarlo fugazmente. ¿Era consciente Bruno de que no lo deseaba más cerca

de lo que estaba?

A veces, cuando se despertaba susurrando en la oscuridad, cuando la luna cabalgaba clara y luminosa por el cielo, especialmente a los dieciséis años, cuando lo asaltaban los conflictos y las ansiedades que conoce todo adolescente (sobre todo si debe guardar silencio), Bruno salía a deambular.

Cerraba suavemente la puerta de su cabaña. No había ninguna otra casa cerca, pero él sentía que una noche como ésta era un estado de perfección en sí misma, y que no se la debía perturbar con ruidos torpes e inoportunos. Se deslizaba a través de los campos de pastura de Hurley por senderos que sus pies memorizaban sin que mediara el pensamiento. A veces hacia la aldea, donde todos los perros lo reconocían y no hacían más que gruñir un saludo mientras Bruno se deslizaba a través de las calles llenas de sueño, maravillado por los anchurosos ríos de luz lunar que se derramaban por los techos en pendiente. Otras veces hacia los bosques, bajo los abetos, los arces y los pinos. Veía un poco mejor que la mayoría de los hombres normales en la noche y le gustaba seguir el azaroso recorrido de la luz de la luna cuando formaba arabescos sobre el terreno. De tanto en tanto, cuando el aire tibio lo impulsaba, caminaba silenciosamente un kilómetro más o menos por una especie de sendero en el bosque, una travesía que le recordaba la nave de la iglesia que llevaba hacia el Padre Clark, al que temía y amaba. Sobre el primer recodo del sendero había una gran roca. Allí Bruno abandonaba el sendero y se internaba por el túnel que habían abierto los ciervos y que llevaba hasta un claro al pie de un cerro cubierto de hierbas. No crecían árboles en esa loma. El lugar suscitaba antiguas leyendas acerca de la gran roca plana que había en la cima y que no sería otra cosa que un hueso de la Tierra que se había abierto camino desgarrando la piel. Pero persistía la sensación de una presencia humana.

Hasta allí llegó Bruno, ebrio de luna, en la noche siguiente a la aparición del Barón Ashoka en la Tienda. La luz blanquecina que iluminaba el sendero del bosque creaba legiones de pensamientos nocturnos que llevaban... ¿adonde?

Incluso a través de la densa espesura que rodeaba el túnel de los ciervos pudo oír la música.

Entretanto, el Barón Ashoka había cabalgado desde la Tienda siguiendo el tortuoso sendero que conducía hacia el cerro Orlook para cenar con el Abad de San Benjamín. Una deliciosa cena para ambos hombres, servida por uno de los muchos discretos sirvientes, que se desvaneció tan pronto como el Abad y su invitado hubieron acabado con el ganso asado y las exquisiteces provenientes de la huerta del monasterio... las chauchas, por ejemplo, y las frutillas con crema Jersey bien espesa. El vino era un suave sauterne de la provincia de Cayuga, pero el Barón fue prudente y bebió con más moderación que el Abad. La comida concluyó con un té dorado muy liviano. El prelado confesó al Barón que lo habían traído unos mercaderes de Penn en una caravana que venía de Albania, dondequiera que estuviese ese lugar... otro monopolio de Penn.

—Pero le agradezco al buen Dios —dijo con un dejo de picardía en su voz venerable— el estar consagrado exclusivamente a las cuestiones del espíritu. Mis pequeñas ovejas del cerro me bastan.

Hizo serpentear una sonrisa por encima del vino en dirección al Barón, que parecía sombrío más allá de su rostro rubicundo y agraciado y de su ostentosa cabellera blanca. El Abad de St. Benjamín era enteramente calvo y muy consciente de su calvicie, y además lo acosaba una legión de males y achaques debidos a la vejez... acidez estomacal, respiración dificultosa, tobillos hinchados, una próstata vengativa. A veces pensaba que si su dignidad le permitiese consultar a Marta, la Curadora, en lugar de seguir las indicaciones del testarudo Hermano Walter, se sentiría mejor; pero por lo general simplemente admitía que la vejez es así, una última prueba imprescindible antes de disfrutar de los pacíficos goces

celestiales.

—Entre paréntesis, querido Barón, hago todo lo *posible* por que mi bodeguero sólo compre vino a los establecimientos que no tienen esclavos. El Barón Ashoka se inclinó.

—Esa es una cuestión que me toca muy de cerca, Padre.

—Sí, sí.

El Abad reflexionó acerca de la soledad de la gente importante. Suponía que el Barón creía en Dios y en la Iglesia de un modo algo cínico, si es que creía en algo, pero creía firmemente en la liberación de los esclavos, en tanto que él, por su parte, tenía una fe ciega en la incuestionable infalibilidad de su Iglesia y le agradecía a Dios que no hubiese ninguna otra, pero creía muy poco en lo que algunos visionarios bien intencionados llamaban una Sociedad Libre. ¿Cómo podía darse algo así? Cualquier sociedad incluía y por lo tanto rodeaba al individuo, coartando sus libertades por todos lados. Los hombres no deseaban realmente la libertad, pensaba el Abad... ¡hay que ver cómo se aterrorizan cuando se les da nada más que un poco! Todo lo que quieren es soñar acerca de ella, y hablar. Como apreciaba al Barón, y como tenían que mantenerse los buenos términos para no estropear el manejo de los asuntos de Maplestock... después de la del Barón la hacienda del monasterio era la más importante de la región... esas diferencias en puntos de vista exigían un solícito intercambio de palabras, lleno de tacto, frente a sendas tazas de té.

—Sí, sí, esperamos que los... ejem... goces de la libertad se extiendan felizmente... ejem... año a año. ¡Y ahora cuénteme un poco! —Con sus anteojos brillantes, con su naricita que se crispaba como la de un conejo, inclinó su robusta eminencia hacia el Barón a través de la mesa—. Tenemos tan pocas noticias del mundo —mintió—, tendrá que perdonar mi curiosidad digna de una vieja chismosa. ¿Qué se sabe de... ejem... de esa ridiculez, de esa tontería llamada Joven Tigre?

—Padre McAllister, mucho me temo que esa persona existe.

—¡No me diga eso! Yo esperaba que... suponía... que no era más que una fantasía de los campesinos o una broma.

—Ya dispuse un pelotón de vigilancia en la aldea y envié algunos de mis hombres en su ayuda. Podemos detenerlo. Siempre tuvimos buenos cazadores aquí... tanto legítimos como furtivos.

—¿Tan grave es la situación?

—Vea, Padre, tengo información que no se conoce aún en la aldea. Me llegó a través de un conocido que vive en Grayval, un hombre que me merece toda confianza. Joven Tigre apareció por allí el mes pasado. Grayval está a menos de treinta kilómetros de aquí pero, como usted bien sabe, es un lugar bastante aislado y no suelen llegarnos noticias. Bueno, se apareció... creo que en época de luna llena y de cuarto menguante, como siempre. Se oyó su música en los bosques; hubo matanza de ganado, tal como se cuenta que sucedió en otras partes. Después se mostró en un campo abierto cerca de la aldea... tocaba la flauta y cantaba, aunque, según mi amigo, más que cantar parecía recitar poesías de otras tierras, aunque él creyó entender algo. Y el tigre estaba a su lado como... ¿le cuento cómo me lo describieron?

—¡Amigo mío! ¿Su informante es un... este... un tipo muy imaginativo?

—En absoluto. Mi amigo dice que el tigre estaba allí junto al joven como un río de fuego hecho carne. Y cuando rugió, una sola vez, los aldeanos cayeron de bruces, y mi amigo no los escuchó rezarle a Abraham precisamente. Cuando el joven había terminado de cantar y se había vuelto al bosque, una vieja salió rengueando tras de él, cuando todavía mi amigo podía distinguir los reflejos oro y castaño del tigre deslizándose bajo el follaje.

—¡Cómo se repite la historia! Una vieja. Siempre los viejos o los defectuosos o los enfermos. Dígame, amigo, supongo que habían encerrado a los chicos.

—Sí. Sólo hubo un detalle distinto, Padre... o, por lo menos yo no lo había oído en otros relatos de apariciones. Parece ser que la vieja de Grayval no sólo quería ir sino que su propia familia la había incitado a irse... varios días antes, cuando empezó a escucharse la música en el bosque. A mi amigo no le pareció que tuviesen algún encono contra ella; por el contrario, parecía ser una persona muy estimada. Y mi amigo cuenta, Padre... que llevaba una guirnalda de lirios.

—¿Cómo dice? ¿Una guirnalda?

—Una guirnalda de lirios, y mientras se alejaba cojeando hacia el bosque la vieron sonreír como una muchacha que va al encuentro de su prometido... Padre McAllister, mucho me temo que esto está en vías de convertirse en un culto.

—¡Dios mío! Sí, ya veo que sí. Y bien, Barón, esto no puede ser. Tenemos que cortarlo de raíz.

—Parecería que incluso en los Viejos Tiempos resultaba difícil eliminar un culto... cualquier culto —murmuró el Barón Ashoka.

—¿En los Viejos Tiempos? No me venga con historias antiguas... ya bastante tenemos con esto. Hay que detenerlo. ¡Qué desgracia! Justo cuando todo estaba tan pacífico... pero, sinceramente, Barón, ¿quién había oído hablar antes de un hombre que anda por ahí con un tigre?. No es natural.

—Mi yegua se espantó dos veces mientras subíamos por el camino esta noche. Y es un animalito muy manso... creo que es la primera vez que hace una cosa así.

—Por Dios, Barón, ¿no estará usted sugiriendo que el monstruo se atreviera a incursionar en terreno consagrado!

—Bueno, lo cierto es que la yegua se tranquilizó en cuanto cruzamos los muros del monasterio. Noté la diferencia de inmediato.

—¿Y qué hizo el Padre Clark al respecto? Se trata de su parroquia. Espero que esto no implique, Barón, que seamos *nosotros* los que debemos tomar... ejem... medidas. Somos una orden contemplativa. —El viejo iba y venía por la habitación haciéndose la señal de la Rueda sobre el pecho—. Usted estará al tanto, Barón, de que hicimos voto de mantenernos retirados del mundo para poder alabar mejor a Dios y a los trabajos de su hijo Abraham, y de vivir según lo que prescribe la Antigua Regla, que nos viene desde épocas más remotas que los Viejos Tiempos y que es muy sagrada. ¿Y bien? ¿Qué es lo que hizo hasta ahora el Padre Clark?

—Una sola vez hablé con él del asunto, Padre. Parecía resignado, diría yo.

—¡Era de esperar! —gritó el Abad—. Es un inútil. Va a dejar que ese monstruo del tigre les caiga encima a todos ustedes. Debería estar preparado para avanzar contra él, para exorcizarlo en nombre de la Santa Rueda en la que murió Abraham por nuestros pecados. Pero no se le puede pedir eso al Padre Clark. No es que tenga nada en su contra, por supuesto... es muy fiel a su grey, claro está... —El Abad se sentó torpemente, casi sin aliento, y estiró la mano para alcanzar el vino—. Nosotros somos por tradición, por propia ley y por el deseo de la Iglesia, una orden contemplativa.

—Tenía pensado pedirle una sola cosa, Padre MacAllister. Tengo la intención de estar junto al pelotón cuando llegue el momento del enfrentamiento. Se estuvieron diciendo estupideces acerca de que la bestia desviaba las flechas y que las que atravesaban al joven no lograban dañarlo. Dentro de poco empezarán a contar otros... ejem... otros milagros. No tengo paciencia para soportar ese tipo de cosas. Son una traición a la inteligencia humana.

—¿Tan poderosa es la inteligencia humana, Barón?

—No digo que lo sea. Pero creo que es una oportunidad para defenderla.

—Mas me habría gustado, hijo mío, que hubieses dicho que ese entusiasmo por milagros perversos, fraguados o demoníacos, es una traición a Dios.

—Claro, también eso, Padre, claro que sí.

—Se me acaba de ocurrir que el prior de San Enrique en Nupal, con el que tengo cierta amistad, aunque no termino de aprobar sus amplias actividades seculares, suele salir de caza con la nobleza del lugar... supongo que eso le ayuda a mantener buenas relaciones entre los dos estados del reino. Sea como sea, resulta que cría una pequeña jauría de perros de caza, y me atrevo a decir que, si yo se lo sugiriera, estaría encantado de prestarme algunos de esos animales, con adiestrador y todo, por una buena causa. No aconsejo esta conducta, tampoco la apruebo totalmente, pero... pero...

—Nos vendrían muy pero muy bien, Padre. Pero lo que yo quería pedirle era otra cosa. Creo que voy a ser el que dirija al pelotón contra esa... monstruosidad, armado con lanza, espada y arco, y también, eso al menos espero, con la bendición de la Iglesia y la ayuda de sus oraciones, Padre Abad.

—Pero claro, hijo mío.

—Hace mucho que no me confieso. Mis pecados son muchos y me pesan enormemente. Limpie mi alma, Padre Abad, y déme su bendición antes de la partida.

Bruno avanzaba en dirección a la música con la confianza que nace cuando es el corazón el que guía sin que la mente interfiera. Era una música como Bruno no había escuchado antes, de una tonalidad pura pero con un dejo de caña silvestre que la ligaba a esa tierra de hierbas, de bosque y de arroyos. Los compases no eran muy distintos de los de la música que había escuchado en su aldea, y en la iglesia, donde la voz de Janet era la más diáfana y la más pura de todo el coro... Sí, si esa música podía compararse a alguna otra, era la de la voz de soprano de Janet cuando se elevaba como una alondra por encima del insulso canto de los demás. Pero Bruno no pensaba, no comparaba. Se movía en dirección a la música, hacia la cima del cerro, hacia la roca plana donde estaba sentado Joven Tigre, tocando la flauta, con el felino a sus pies, oro castaño que la luna volvía negro y plata, un río de fuego hecho carne.

Después de haber llegado tan lejos, allí, de pie bajo la mirada del otro y con los ojos fijos en la cabeza enhiesta del tigre, Bruno comprendió que debía sentir miedo. Pero Joven Tigre terminó de tocar la melodía (que no había titubeado con la llegada de Bruno), y cuando terminó palmeó la roca que había a su lado ¿quién podía sentir miedo por eso? Las flautas que yacían ociosas en sus manos eran de un diseño desconocido para Bruno, tubos delgados alineados según su altura, cañas huecas, pensó Bruno, atadas con sarmientos. El joven de largos rizos y manos sabias no le estaba preguntando cosas indeseables como «¿Quién eres?» o «¿De dónde vienes?» o «¿Qué quieres?» sino simplemente:

—¿Te gusta mi música?

Bruno dijo que sí con la cabeza. Después lenta y cuidadosamente, deseoso sólo de que lo comprendieran y no lo obligaran a irse, susurró:

—No tengo voz. Este es el único modo en que puedo hablar.

El tigre inclinó su enorme cabeza para estudiarlo con más atención, molesto tal vez por ese sonido inusual y casi imperceptible.

—Pero a veces imagino poesías —siguió Bruno.

—Dime una —dijo Joven Tigre, y apoyó un brazo silencioso sobre los hombros de Bruno.

Joven Tigre estaba desnudo y era moreno, oscuro como Bruno, pero con cabellos más claros que la piel, y olía a mantillo de hojas y a tomillo silvestre.

*Bajo la luz de esta luna es blanco como la arena
de las playas que barren
las olas del mar.
Bajo la luz de esta luna es negro como la tierra*

*que me llenó de gozo bajo las agujas de los pinos
Sobre las que yací aspirando el aroma
del bosque al mediodía
pensando en el amigo que aún
no acertaba a llegar.
Sus rayas han de ser sombras de los lirios del pantano
cuando sonrío el sol con toda su luz;
hijo del sol ha de ser durante el día,
cuando al pie del arcoiris juega feliz.*

—Me gusta —dijo Joven Tigre—, y me resulta fácil entenderte. La voz no es todo. Dime otra más, Poeta, sólo una más hasta, mañana, porque quiero meditar las primeras poesías tuyas que escucho, quiero volver a gustarlas, dejar que sigan hablando dentro de mí mientras duermo y mientras toco mis flautas.

—¿Te veré mañana? —susurró Bruno.

—Si lo deseas —dijo Joven Tigre, y sonrió—. Espero que sí.

*Soy un arroyo desbordante
cargado de hojas secas, que son mis pensamientos
y que se atropellan en confusión cuando la piedra de tu ausencia,
como ahora, fustiga la corriente.
¡Mira cómo corre libre el río!
Y cómo mis pensamientos se han vuelto multicolores,
cambiantes, sólo porque has vuelto tu rostro
hacia el torrente y aceptado mi presencia,
contemplándote en mí una vez más.*

—¿Hay algo de la aldea que no quieras abandonar, Poeta?

La pregunta preocupó a Bruno, porque exigía una respuesta sincera. Había muchas cosas que amaba en la aldea: la voz de Janet que se escapaba del coro como una brisa hacia las nubes; el Padre Clark, quien tal vez (solía soñar Bruno) lo había engendrado en uno de esos raptos de pasión violenta, pasión que la gente casada parecía haber perdido o no conocido jamás. También estaban las huertas aldeanas protegidas del polvo del camino por setos de lilas; y los perros y los gatos y las cabras y los pollos, que nunca parecían asustarse de su presencia cuando acertaba a pasar por allí (tal vez porque no encontraran tanto deleite en la voz humana como solía suponerse), y los senderos y los cálidos refugios del bosque y de las praderas. También pensó en el macizo rojo y dorado y púrpura del cerro Orlook bajo los últimos rayos del sol otoñal. También estaban las playitas blancas junto al mar de Hudson, a menos de una hora de camino de la aldea, adonde se había aventurado solitario cierta noche, cuando era más joven y arriesgado e inconsciente de los peligros, para contemplar la luz de la luna sobre el agua. Estaban todas esas cosas y muchos otros placeres entrañables. Pero Bruno reconsideró la pregunta de Joven Tigre como sólo puede hacerlo alguien que ama las palabras y venera la vida que hay en ellas, alguien a quien las palabras se abren, y comprendió: estaba muy dispuesto a abandonar cualquier lugar, por familiar y querido que fuera, si no podía gozar en él de la compañía de Joven Tigre. Así que Bruno sacudió la cabeza en señal de negación, y una sonrisa fugaz apareció en su rostro y se posó en él mucho más tiempo que alguna otra vez.

—Entonces mi búsqueda ha concluido —dijo Joven Tigre—. ¿Quieres venir conmigo y ser mi amigo para siempre?

—¿Es verdad —susurró Bruno— que algunos te siguieron y murieron?

—Es verdad —dijo el otro con una tristeza dulce y lejana—. Me siguieron por amor a la muerte y no por amor a mí... salvo los chicos, y ellos no volvieron a acercarse. Los demás estaban enamorados de la muerte, pero eran un poco tímidos para hablar con ella y yo les allané el camino. Tú en cambio compartirás mi jornada por amor a mí. ¿Se te ocurrió pensar, Poeta, que es posible que esta aldea, esta nación sea parte de un mundo tanto más vasto que si hubiese algún mapa del Imperio de Katskil parecería una partícula de polvo sobre un papel?

Bruno asintió, feliz. Pero luego los odios del mundo se cruzaron por su alegría y susurró:

—Están formando un pelotón en Maplestock para destruirte. Lo escuché en la Tienda, donde siempre parlotean. A partir de esta noche habrá hombres esperando para cazarte en cuanto aparezcas.

Joven Tigre sonrió.

—Ya no tengo necesidad de aparecerme por allí —dijo, y, recogiendo sus flautas, tocó un aire divertido, una melodía descarada, briosa, desafiante.

El tigre inclinó la cabeza y frotó suavemente el pescuezo contra el flanco del muchacho.

—Nos iremos lejos, Poeta. Conozco lugares con bosques que no se atraviesan sino en varios días. Conozco zonas abiertas repletas de ciervos y de alces y de búfalos y de jabalíes en las que nuestro tigre puede alimentarse naturalmente, sin temor a las flechas del cazador. Oí hablar de un río tan ancho como el mar, del otro lado del cual hay praderas aún más extensas... dicen que allí se levantan, rígidas y solitarias, las ruinas de la labor de otros hombres... y que más allá hay montañas tan enormes, tan apretadas unas contra otras, que es seguro que ningún hombre las ha escalado nunca. Oí decir que siempre hay nieve en sus picos, aunque haya llegado el verano. Vamos a ir a verlas. Y también sé que a sólo diez días de viaje de aquí hay un laguito, de aguas profundas, tan azules como el cielo al mediodía, rodeado de colinas. Rara vez llegan ahora hasta allí los hombres, tienen miedo del tigre, del oso pardo, del lobo... en lugar de eso se amontonan en pueblos, en pueblos con empalizadas. Los pueblos más grandes, que llaman ciudades, tienen muros de piedra muy altos para defender a los pobladores del ataque de otros miembros de su propia raza. ¿No es asombroso, Poeta, lo tontos que son los hombres? Pero nosotros si podemos ir a ese lago. Eres fuerte. Te construiré un arco como el mío. Nos quedaremos tanto como queríamos, y también te haré un juego de flautas y te enseñaré a tocar.

Bruno se sorprendió de no sentir ningún deseo de preguntarle a Joven Tigre quién era o cómo había sido que el tigre pardo había llegado a ser su amigo o qué pensaba hacer con su vida en los próximos años.

Bruno se dio cuenta de que en realidad no sentía ninguna necesidad de responder a esas preguntas y pensó que si alguna vez Joven Tigre quería contarle, bien y, si no, no importaba. Bruno se quedó esperando rodeado de una multitud de palabras que se le ofrecían, hasta estar bien seguro de haber encontrado la combinación más hermosa de la lengua, y susurró:

—Iré contigo.

Maplesiock amaneció junto con la desdicha de Hurley el Herrero, que cabalgó hacia la ciudad, a los tumbos sobre su jaca gris, con sus cabellos canos al viento, a una hora demasiado temprana para la mayor parte de la gente (la excitación que produce el miedo se hace más soportable después de un buen desayuno). Bruno se había ido.

Si hubiese sido un muchacho como todos, proclive a la holgazanería y a las aventuras amorosas... pero no. Siempre fiel a su trabajo, que incluso parecía disfrutar, puntual y de buen carácter. Todo el mundo sabía cómo deambulaba inocentemente durante la noche y se acercaba a la Tienda cuando tenía alguna hora libre durante el día. No había nada malo en

eso. Hurley no recordaba que jamás hubiese llegado tarde o se hubiese mostrado desganado. Ahora se había ido; la puerta de la casucha estaba cerrada y nadie había dormido sobre el jergón.

Hurley le gritaba la novedad a todo el mundo, sin detenerse a aguardar una respuesta, y seguía cabalgando rumbo al pelotón, que estaban dando cuenta de los pancitos de maíz y del té que les había traído Mam Bodwin, sentados en los escalones de la Tienda.

—Bruno se fue.

—¿Quién es Bruno? —preguntó un arquero enjuto, de camisa marrón y túnica naranja.

Hurley se le quedó mirando, sorprendido, soplándose el bigote gris.

—¿Usted hace poco que llegó a la aldea? —preguntó, y después se dio cuenta de que sería uno de los hombres que había enviado el Barón Ashoka.

Miró a los demás, que no estaban en su mejor momento a las siete de la mañana, después de tres horas de vigilancia y con la perspectiva de otra hora más. Dan Short, Barton Linz, Tom Denario... un grupo no del todo incompetente pero extenuado y tirando a viejo. Fue entonces que salió Jo Bodwin y Hurley le dijo con un gruñido seco que dejaba traslucir su amor por el muchacho:

—Bruno se fue.

—Bueno... los hombres no pueden salir a buscarlo ahora mismo, Wilbur... ya ves, están de guardia. Hace falta la autorización del Barón. ¿No es normal que un muchacho llegue tarde al trabajo?

—Maldito sea, Jo, ya sabes bien cómo es la cosa... Bruno duerme allí mismo, junto a la fragua. Y *nunca* llegó tarde. Siempre estaba allí cuando yo lo necesitaba.

—Pero, Wilbur, tú sabes bien que él suele deambular durante la noche.

—Lo más probable —dijo el extranjero— es que lo encuentren palmado en la cama de alguna mocita. —Y como Wilbur Hurley se quedó mirándolo, con su mano de herrero aferrada a las riendas y crispando un párpado, agregó—. Bueno, por Cristo y por Abraham, parece que no pego una.

Hurley asintió con su silencio.

—Lamento no poder ayudarte —dijo Jo Bodwin—, pero como ves no puedo abandonar la Tienda mientras esté aquí este pelotón de vigilancia. Se supone que tengo que mantenerlo organizado y todo lo demás.

—Mierda —dijo el Herrero.

—No, en serio, Wilbur, quiero de verdad a ese muchacho, sabes bien que siempre pudo llegarse a la Tienda a comer un bocado y todo eso. —Sin que Jo lo notara, su voz había empezado a sonar a alegría, como si Bruno estuviese dos metros bajo tierra en el patio de la iglesia—. Y lo mismo te dirá Mam Bodwin si le preguntas... Apuesto a que no había *nadie* que no apreciase al muchacho.

—Ya va a aparecer —dijo Tom Denario—, verás que sí.

—En una de esas ya está en casa— dijo Barton Linz.

—¡Por las entrañas de Abraham! —exclamó Hurley el Herrero—. Ustedes no son capaces de mover el culo si el Barón no les dice que lo hagan. Voy a buscar al Barón.

Y espoleó la mula, que emprendió un galope vacilante.

El extranjero dijo, mirando alejarse la polvareda:

—Que me desuelen si no es verdad que recién ahora me acuerdo que el Barón se fue a Nupal al amanecer, o eso fue lo que dijo que haría cuando me mandó para aquí.

—¡No me diga! —dijo Jo—. Me pregunto si...

—No cabe duda de que la vieja mula de Hurley necesita un poco de ejercicio —dijo Dan Short, cuyo tío había tenido una disputa de límites con el padre de Hurley unos cuarenta años atrás.

—Me pregunto qué habría ido a hacer a Nupal.

El hombre de la túnica naranja empezó a mascar y a escupir en el suelo.

—Cuando me vino a despertar esta mañana, Tendero, estaba más que achispado con vino del monasterio, claro que tampoco yo estaba muy despierto mientras me hablaba, pero creo que era algo sobre unos perros de caza.

El Padre Elias Clark, cura párroco de Maplestock y egresado mucho tiempo atrás del Seminario de San Benjamín en Kingstone, autorizado para leer (bajo supervisión de la Iglesia) los libros de los Viejos Tiempos y para escribir a continuación de su nombre la sigla, rara vez concedida, de F. L., *Frater Literatus*, trepaba por el largo y fatigoso camino que llevaba hacia el señorío, bajo el sol de la tarde. Su sombrero negro, de alas anchas, lo protegía de la fuerte luz pero hacía que el propio sudor se le adhiriera dolorosamente a la cabeza. La aldea que dejaba atrás zumbaba y repicaba, dirigiéndole palabras agudas y previsibles, que le atravesaban el cráneo como clavos.

¿No recuerdas, siempre dispensándole favores especiales, diciendo que Marget era incapaz de hacer mal? Como aquella vez que...

Bueno, no sé... pobre Bruno, siempre pensé que podía ser un... bueno, ya sabes... no me gusta decir esa palabra. Y en ese caso no sería el Padre Clark el que...

Sí, sí, pero acuérdate de lo rápido y tajante que fue el Padre para decir que Bruno no era un...

Al fin de cuentas resultó ser un chico muy agradable, salvo que no habla. Deberíamos tratarlo como a todos, nunca le hizo mal a nadie...

Lo que indigna es el pecado. Me revuelve el estómago pensar en esa Marget de..., bueno, ya sabes, con el cura que me dio la comunión con sus propias manos. Me repugna la idea de que ella y él... milagro que no los fulminara el rayo...

Bueno, tal vez Dios tuvo razones para esperar el momento del juicio... Sus designios son secretos, amén...

Al fin de cuentas ella está muerta hace dieciséis años...

¡En serio! ¿Tanto tiempo hace ya?

Escucha...

Nunca me imaginé que tendría uno él también ¿y tú?

Escucho...

«Dieciséis años». La frase resonaba en la mente del Padre Clark. Se detuvo sin aliento sobre un montecito que no estaba muy lejos del feudo, y miró por entre los abetos hacia el valle, hacia su valle, Maplestock, su aldea, su deber, su parroquia, su obra de toda una vida, una joya de factura humana en ese hueco entre cerros que una vez había considerado como símbolo de la mano de Dios. ¿Y acaso Dios no protegía y amparaba también, junto con la aldea, esa iglesita blanca que se veía desde allí, con su limpio chapitel elevándose desde el centro mismo de la Santa Rueda?

Si, hace dieciséis años que está muerta (y no en camposanto) y es posible que ahora yo haya perdido al hijo que nunca tuve en manos de... de una bestia, de un engendro demoníaco y desenfrenado, o lo que sea esa criatura que ha venido hostigándonos todos estos años. ¡Ay, Bruno! Te engendré en un rapto de amor salvaje y desdichado y te privé de un padre y una madre, y no te di nada a cambio. (¿No son nada la vigilancia y la protección de un párroco, acaso?) Te salvé la vida... no quería una tumba en un cruce de caminos con una estaca en el corazón infantil... no quería eso para mi hijo... Y te salvé ¿para qué?

Se tiró a un costado del camino y se tapó la cara con las manos.

¡Cómo temían tu silencio, Bruno, aun antes de que tuvieras edad para hablar! Era natural, claro, porque no cabe duda de que un bebé debe entrar al mundo llorando fuerte, aunque más no sea para quebrar el silencio con una exigencia y una protesta. Pero tienen

miedo del silencio, porque sabe qué puede salir de él. Yo, al menos, no lo sé.

En medio del silencio que lo rodeaba y que absorbía todos los sonidos leves de su preocupación como el océano traga una gota de sangre, oyó un ruido de cascos a la distancia... Esperaba que fuese el Barón Ashoka. Wilbur Hurley había galopado de vuelta hacia la aldea, resoplando porque el Barón se había ido a Nupal y no se esperaba su regreso hasta después del mediodía. El Padre Clark había hablado con él y con muchos otros en la aldea murmurante y alborotada. Todos pensaban que sería una buena idea que alguien (pero no ellos) formase una partida de rescate. Mam Sever, pensó el cura, habría avergonzado a los hombres para impulsarlos a la acción. Pero Mam Sever había muerto de viruela el año anterior.

¿Y por qué no yo? ¿Qué pasó con mi lengua de pinta? ¿Con mis iras premeditadas? Me prestaron atención una vez, me creyeron el verdadero receptáculo de la voluntad de Dios y una guía para sus asuntos. También yo lo creí alguna que otra vez (¡perdóname por ello, Señor!). Tuve la visión de una vasta obra de purificación moral que comenzaría en este pequeño lugar (y que yo mismo era el evangelista ¡qué vanidad!) y que se extendería hasta vaya uno a saber dónde... ¿No es verdad? ¿Y qué pasó con esos sueños? ¿Tan grande fue mi pecado que Dios me quitó toda virtud? ¿No sería eso castigar a toda la aldea por algo que sólo fue culpa mía y de Marget? ¡Ilumíname, Señor!

¡Oh, Dios de Cristo y de Abraham y de los profetas! Al damos la vida ¿no podrías habernos iluminado un poco, como para lidiar con ella?

Eran cascos de caballos los que se oían, pero algo confusos, como si hubiese otros pies arrastrándose por el polvo junto a ellos. En el recodo del camino apareció el Barón Ashoka sobre su hermosa yegua ruana, y detrás de él un hombre de rostro deforme, con cabellos enredados, una mata que jamás había peinado y que seguramente estaba llena de piojos. Este hombre parecía arrastrarse a desgano sobre sus excelentes mocasines de piel de ante, inmensamente sucios, pero era sólo la sensación que despertaba esa masa enorme de músculos que tenía en los hombros y en los brazos; de ningún modo se arrastraba, sino que se movía a un paso rápido y brioso que se equiparaba al de la yegua sin esfuerzo. Con la mano izquierda sostenía dos correas muy gruesas, cada una enganchada en un dedo; con la derecha empuñaba un látigo pesado y cruel, cómoda, suavemente, como si fuese una extensión de su propio brazo, siempre dispuesta a entrar en acción. Sus brazos y sus piernas, ásperos y nudosos, tenían marcas que hacían pensar en la viruela, pero al mirar con más detenimiento se veía que eran las cicatrices de cientos de viejas mordeduras. El Padre Clark recordaba sus tiempos en Kingstone, y a los feroces adiestradores de animales, criaturas salvajes también ellos, que traían lobos y osos negros (¡nunca al oso pardo!) para hacerlos desfilar por las calles de la ciudad antes de librarlos a la Arena.

Las hostigadas bestias que seguían a este hombre, si es que puede llamárselo así, no lo hacían mansamente, sino con esa resignación salvaje que no es más que la espera de la oportunidad que no llega. Eran lobos sabuesos del norte, probablemente del país de Saranac, de hocico alargado, peludos, grises como nubes de tormenta y veloces como el propio tigre pardo. El Barón se detuvo y cuando los perros levantaron las cabezas para clavar los ojos de férrea crueldad en el Padre Clark, vio que los hocicos alcanzaban la cintura del entrenador.

El Barón desmontó cortésmente.

—¿Iba camino al feudo, Padre?

—Sí, así es. Es una verdadera suerte... ahora podré regresar de inmediato a la aldea. Vine a decirle, Barón, que desapareció ese muchacho Bruno. Anteanoche se escuchó una música extraña en el bosque. La mayor parte de nuestra gente piensa que el tigre se lo llevó.

—Malo, malo.

—Algunos piensan que hay que salir a buscarlo, Barón —dijo el Padre Clark tratando de que la voz sonara neutral—. Otros, en cambio, ya dicen que el tigre aceptó el... el sacrificio, y que ahora se va a ir y nos va a dejar en paz... Debo saber a quiénes apoya usted, Barón Ashoka.

Mientras hablaba el Padre Clark recordaba y lamentaba en parte los muchos años en los que había detestado a ese hombre, cuya imagen tendía a absorberse en la imagen del poder abstracto, ese hombre con el que rara vez se encontraba, a no ser durante las formalidades de los viernes por la mañana, cuando el Barón, ubicado en su banco, hacía los movimientos correctos y, después de finalizado el servicio, le estrechaba la mano correctamente y decía las palabras apropiadas y jamás ofrecía nada más. Al ver ahora al Barón, abatido por el cansancio, con su cara angulosa cubierta por el polvo del camino (y a ese adiestrador demoníaco con sus perros, esperando como una avanzada del Infierno), el Padre Clark pensó que incluso podría llegar a apreciar a ese hombre... si es que quedase tiempo para esas nimiedades.

—La aldea se va a guiar por lo que usted diga, Barón no por lo que diga yo.

—¡Por favor, Padre! No menosprecie su influencia... no creo que sea como usted dice. Y no puedo dejar que se vuelva sin tomar algo... vino, té, lo que prefiera, y sin descansar un poco. Supongo que estará tan cansado como yo. Por favor, acepte mi caballo para el resto del camino... A mí me encantaría estirar un poco las piernas.

—Gracias, Barón, pero debo volver enseguida. ¿Habrá una búsqueda o debemos dar por perdido al muchacho?

—Claro que no vamos a dejar la cosa así, mi querido señor. —El Barón *se* había sentido ofendido y no se preocupó por ocultarlo—. Vamos a buscar. Pero el día ya se acaba. Y este hombre con sus perros han caminado más de veinte kilómetros.

—Se trata de una vida humana —dijo el Padre Clark, y bajó la mirada, por miedo a ver el destello de una negativa, una sugerencia muda de que Bruno era algo menos que humano—. Todavía quedan casi seis horas de luz.

—¡Se lo ruego, Padre! Hombres y perros exhaustos no pueden acometer ninguna empresa, y menos tratándose del tigre pardo. Si el tigre se lo ha llevado ya es demasiado tarde para que podamos hacer nada por Bruno. Lo único que podemos hacer es cazar a esa bestia y a esa... esa persona legendaria que lo acompaña. Eso es lo que propongo que hagamos. Con hombres y perros descansados, a primera hora de la mañana y con todo el día por delante.

—No sabemos si el tigre se lo llevó. Sólo sabemos que se ha ido, tal vez esté perdido en algún lugar del bosque. ¿Estos perros pueden seguir el rastro, no?

—Sí, Padre. Siguen el rastro como si fuesen cazadores. No se les suele utilizar en trabajos piadosos, según tengo entendido... son demasiado peligrosos, difíciles de contener. Y también tengo entendido que cuando husmean el rastro del tigre no hay quien pueda apartarlos de la huella, se ponen frenéticos, nadie puede manejarlos. Una vez que iniciemos la persecución de esta bestia debemos proseguir la caza hasta el fin. Y seis horas pueden ser sólo una parte de la jornada si la presa está alejándose. ¿No tengo razón, Horrow?

—Ellos siguen, siguen. No paran. Siguen hasta que dejan las entrañas tiradas sobre el pasto.

—¿Has oído? Ya cobró su presa, Poeta... me parece que fue un búfalo del bosque. Ahora va a comer y a echarse un rato, pero nosotros podemos seguir nuestro camino si quieres, él sabrá encontrarnos.

—Querría poder cantar acerca de tu viaje, de los viajes que vendrán.

—No hace falta. Yo siempre te escucho y voy a cantar por ti. ¡Mira qué orquídeas pequeñas! Flor mocasín... escarpín de dama, las llaman algunos. Suelen crecer donde hay

un árbol caído y moribundo.

*En este lago de sombras
fabrica su propia luz.
Si el amor puede nacer y brillar,
puede crearse su propia luz,
no hay noche tan densa que no permita viajar.*

Hurley el Herrero siguió una pista falsa aquel día, cuando regresaba del feudo lleno de ira y de frustración. Había entrado nuevamente a esa casucha destartada que había junto a la fragua, se había quedado de pie en la habitación desierta preguntándose cómo había podido vivir allí un muchacho sin reunir casi pertenencias... apenas unas pocas ropas usadas, un segundo par de sandalias, todo prolijo como en la celda de un monje, el jergón con la manta bien doblada, nada de desorden, nada de polvo. Como si Bruno jamás hubiese estado allí. Tampoco estaba el cuchillo (el muchacho tenía uno muy bueno), de modo que debió llevarlo consigo. ¿Acaso resultaba reconfortante esa idea? Hurley no se dio cuenta de que su mujer se le acercaba hasta que ella le deslizó un brazo por la cintura; lloraba.

—¿Por qué nunca supimos nada de él?

—Bueno, Ann...

—¿Por qué nunca *sabemos* nada de los demás? ¿Por qué?

—El Barón se fue a Nupal, Ann. El pelotón no piensa moverse si él no da la orden. Tengo que ir yo sólo.

—¿Sólo? ¿Adonde está el tigre? Te voy a perder a ti también y entonces...

—Tengo que ir, Ann.

—Ya lo sé.

Pequeña y gris, Ann frotó su cabeza contra el pecho de Hurley y hundió las puntas de los dedos contra sus costillas.

—Ya sé, ya sé. *Encuétralo*, Will —agregó.

Así fue como Wilbur Hurley salió a media mañana con su arco, un largo cuchillo de caza y flechas de punta de acero que él mismo se había fabricado. Buscaba a Bruno, a quien (sólo ahora lo comprendía) había amado bastante más que un poco. Él y Ann no habían tenido hijos, pero era más que eso, el amor es siempre más que la suma de sus inútiles justificaciones.

Aunque no tenía ningún indicio que lo guiara, entró al bosque por la misma senda que había seguido Bruno. Conocía esa loma con la roca plana en la cima tan bien como Bruno... mejor que Bruno, y conocía un camino hacia ella más directo que el abierto por los ciervos: era cuestión de atravesar la espesura junto a ese roble, una espesura que ningún leñador de Maplestock se atrevería a perturbar jamás, y uno salía a un sendero muy estrecho pero evidente que conducía a la loma y a la roca plana, donde todavía hoy se ofrecen sacrificios cada tanto... libaciones de vino, pollos recién muertos sin desplumar, la ofrenda de un conejo o un faisán que hace el cazador, tal vez un huevo con una forma fálica dibujada con carbón de leña, que significa que alguna mujer quiere quedar preñada de un hijo varón. Y es cierto (incluso hoy en día) que los aquelarres son más activos allí arriba en vísperas del 1º de mayo, en la Noche de San Juan y en vísperas del Día de Todos los Santos de lo que la Iglesia está dispuesta a admitir. Hurley conocía ese lugar de sus años de juventud, que son el tema de otra historia.

Conocía la loma y podría haber ido hasta ella, pero como avanzaba por ese sendero oscuro, con pasos silenciosos porque llevaba mocasines, con ojos y oídos alertas, oyó el canto de un pájaro pardo que conocía muy bien y que le era muy querido, y el canto venía de la derecha y no parecía muy lejano (según le pareció a Hurley), pero de un lugar donde

los abetos eran tan espesos y tan oscuros que siempre había un poco de noche y un poco de los sueños de la noche en el lugar. Hurley sabía bien que el tordo pardo cantaba a veces así en plena luz del día, aunque su momento glorioso es el atardecer, cuando se le suele acoplar la música crepuscular del petirrojo, y a veces completa el trío el gorrión de pecho blanco. Los humanos podrán acaso tener la dicha de oírlos si acallan voluntariamente sus ruidos por un rato. Pero poder oír el canto vespertino del tordo pardo en plena mañana no es algo muy común y Hurley sintió la atracción de lo extraño. Quebró algunas ramas de abeto y avanzó lentamente en pos del canto, aunque se daba cuenta de que la distancia era siempre la misma y de que por mucho se apurara nunca lo alcanzaría, si no era ese el deseo del autor de esa música. Pero eso era algo que podía hacer un simple pájaro (Hurley lo sabía bien), bastaba con que se mantuviese oculto, tal vez así lograba mantener al torpe humano alejado de su nido. No era necesaria una causa sobrenatural. Siguió andando, alejándose, sin saberlo, por el camino opuesto al que habían tomado unas pocas horas atrás Bruno y sus amigos, aunque en este bosque no siempre van hacia donde parecen ir los senderos y, como dijo algún sabio, hace miles de años, el camino más largo es el que lleva antes a casa.

Hurley no estaba familiarizado con esa parte del bosque, pero (inexplicablemente) no sentía miedo de perderse, y apenas si se le ocurrió preguntarse cuánto tiempo hacía que iba en pos de la música, a través del verde oscuro de los abetos y de pequeños claros donde el sol es un oro verde que se derrama por los troncos para calmar la sed de los espíritus del bosque que a gente como usted y como yo nos parecen simples mariposas evanescentes. Siguió andando, recordando cosas viejas, como si el descubrimiento de que Bruno era una persona, alguien que podía ser amado, lo obligara a remontarse al pasado para recorrer las llanuras y las colinas de la infancia, esa época en la que uno cree en los espíritus del bosque sin el prurito de una sonrisa propiciatoria. Recordó la grandeza de su padre, trabajando pacientemente en la fragua, y a un perro llamado Bock que siempre andaba pidiéndole caricias; recordó el país de los años posteriores, ciertos viajes en busca de lo inalcanzable, el cortejo a Ann en su refulgente adolescencia, el sueño de casada de ella que el hijo de ambos (que no nacería jamás), recibiera una educación superior a la posición de los padres y alcanzase la instrucción, la gloria, tal vez incluso el sacerdocio... aunque el propio Will Hurley se habría sentido muy satisfecho con que un hijo suyo llegase a ser simplemente un herrero paciente y bueno, porque sentía, en lo más hondo de su corazón, que había cierta virtud en la continuidad. (¿Será posible que generaciones enteras de hombres hayan olvidado esto para su desgracia?).

Siguió andando en pos de la música. A veces tenía la sensación de que el pájaro cantaba «¿Por qué no sigues? El amor sigue... ¿Por qué no sigues? El amor sigue...» Y Hurley siguió, deleitándose con la luminosidad y la ternura del canto, pero rodeado de una niebla de tristeza por la pérdida de Bruno y tratando de luchar contra una sensación creciente de dolor, que tenía su centro en su enorme pecho y enviaba chorros y ondas de angustia por su brazo izquierdo. ¿Por qué no quiso acompañarme nadie?.

«¿Por qué no sigues? El amor sigue.»

Siguió al tordo pardo, si es que era un tordo, hasta el fin del bosque, donde los árboles crecían hasta el borde de un abismo, del que no podía verse el fondo. Agarrándose de la última barrera de ramas Will pudo mirar hacia afuera para ver un espacio enorme que derramaba sobre él su luz de sol y para ver por fin el vuelo del pájaro cantor, una mancha dorada que se desvanecía y enseguida desaparecía en la maravillosa soledad de ese vapor blanco. Y gritó:

—Iré contigo.

Tuvo aún un instante de duda, la prudencia le aconsejaba: *Debo encontrar a Bruno. Tal vez me necesite.* Después le estalló el corazón; no respiraba; incluso el dolor desapareció;

el deseo de vivir lo obligaba a seguir aferrándose a las ramas, pero no pudo. Cayó, y las rocas allá abajo lo acogieron con piedad.

Así murió, sin hijos, Wilbur Hurley, nuestro Herrero, un hombre bueno y generoso, de espíritu tranquilo, en el curso de un peregrinaje de amor y, como bien se sabe, esos peregrinajes son siempre peligrosos.

Cuando el alba empezaba a mostrar su palidez, el Barón Ashoka llegó montado en su caballo, atravesando la bruma, para unirse con los hombres sin guía que esperaban en la escalera de la Tienda. Lo seguían Horrow y sus sabuesos del norte, que se desprendieron de la niebla dando tanta sensación de ser parte de ella que Tom Denario se estremeció y se hizo la señal de la Rueda en el pecho.

—Buen día, Padre —dijo el Barón.

El Padre Clark se inclinó apenas. En medio de ese frío húmedo (pequeñas gotas de rocío brillaban sobre el capote de caza del Barón, marrón y anaranjado, y la cara, iluminada por el farol de la Tienda, brillaba como si estuviese cubierta de sudor) el Barón examinó a los demás, los saludó y preguntó:

—¿Dónde está Hurley, el Herrero? Estaba seguro de que estaría aquí.

—Wilbur Hurley —dijo el Padre Clark— fue al bosque ayer por la mañana a buscar a Bruno y no regresó. La esposa todavía tiene la lámpara encendida en la ventana. Estuve rezando con ella hasta hace una hora. Debí haber ido con él, Barón, pero no sabía nada de su propósito y, además, no soy muy valiente.

—Lamento mucho su ausencia —dijo el Barón.

Golpeó el sombrero contra la rodilla para sacudir el rocío y el movimiento sobresaltó un poco a la yegua. El cabello, largo, lacio y húmedo, le caía sobre las orejas.

—Padre Clark, se lo ruego, si hay algún rencor entre nosotros, depongámoslo mientras dure esta empresa.

—No le guardo rencor, Barón. Mientras no encontremos a Bruno y, si Dios quiere, a Will Hurley, soy sólo un cazador más, dispuesto a recibir sus órdenes. Bodwin me prestó un arco... solía ser bastante diestro cuando joven.

Elias Clark estaba tratando de penetrar las sombras formidables y la bruma ondulante para divisar algo más allá de la escuálida malignidad de Horrow y sus sabuesos, para olvidarse de ellos y sonreír.

—No siento rencor hacia nadie esta mañana, Barón —repitió el Padre— ni siquiera por la Madre Muerte.

—Entonces, vamos.

En la casa de Hurley, Ann había hecho paquetes de comida y no comprendía por qué los hombres no podían cargar ninguna otra cosa más que las armas. Tenía un aire un poco ridículo en medio de su dolor, revoloteaba y lloraba, se mostraba demasiado deferente hacia el Barón y divagaba un poco al hablar. El Padre Clark la llevó a un aparte.

—Lo van a encontrar ¿no es cierto?

El Padre no estaba seguro a quién se refería, tal vez ni siquiera ella lo sabía.

—Claro, hija. Espera y reza. Si no estamos de vuelta antes del atardecer vuelve a poner la lámpara en la ventana. Ten confianza en Abraham y la paz de Dios sea contigo.

En la casucha junto a la fragua les dieron a los sabuesos la muda de Bruno para que la oliesen y aunque el rastro tenía más de dos días no se confundieron ni por un momento. Husmearon por un camino que los llevó al sendero del bosque y después al túnel abierto por los ciervos... los perros se movían con indiferencia al parecer, eran bestias aburridas que repetían un truco cuando se lo solicitaban, aburridas sin duda porque el olor no era otro que el familiar de los humanos que no les despertaba el deseo de matar. Pero Horrow aferraba las correas con firmeza en una mano y con la otra mantenía en alto el látigo,

mientras las cabezas huesudas atravesaban la niebla.

El Barón había dejado su yegua al cuidado de Bodwin; una cacería de tigres no es un lugar adecuado para los caballos si uno los aprecia. Pero a pie, llevando, como Denario y Short, un cuchillo largo en el cinto y una lanza de dos metros, era más que nunca el Barón Ashoka de Maplestock, tribuno de la Asamblea Imperial, y estaba allí en esa mañana gris y peligrosa por propia decisión. Caminaba ocupando el lugar natural del comandante, bastante detrás de Horrow, que seguía a sus perros con paso vacilante, para dejarles espacio. Detrás de él estaban los arqueros, Barton Linz y el Padre Clark y ese hombre desgarrado de la casa del Barón, al que Ashoka llamaba Kemp, aunque ningún otro se preocupó por usar el nombre: así intentamos a veces excluir de la humanidad a los hombres deformes y amargos, como si tuviésemos autoridad para ello. Detrás venían los que portaban lanzas, Tom Denario y Dan Short. Eran esos siete, y los perros; nadie más.

Al trepar por la antigua colina, los perros perdieron su aire de tedio y se electrizaron de furor.

—¡Aahh! —gritó Horrow y respondió a la actitud de los sabuesos con un movimiento amplio del brazo izquierdo cuando las bestias tironearon alocadamente de las correas y con un estallido del látigo en el aire, una especie de diálogo. Pero también se dirigió a los animales con palabras, mientras ellos rodeaban la roca de la cima husmeando y aullando— : ¡Jad! ¡Jedda! ¿Qué hay? ¡Busca! ¡Busca!

La perra levantó su larga trompa y aulló, con el hocico dirigido hacia el grupo de colinas que había hacia el oeste, apenas visibles desde la loma, del otro lado de un mar de copas de árboles, como una mancha más oscura en el cielo. Empezaba a salir el sol a las espaldas de los cazadores; la niebla se retiraba en jirones, espectros desgastados que morían con la noche.

—¡El tigre! —dijo Horrow—. Es el tigre ¿no? Sabemos que es el tigre. ¡Jedda! ¡Jad! ¡Busca!

Y empezó a bajar la loma hacia el oeste y en dirección a los profundos senderos del bosque. Siguieron al mismo ritmo toda la mañana, incluso cuando parte de la humedad cálida del día se filtró por el techo de hojas; no se detendrían hasta que el final estuviese a la vista. Los mosquitos se convirtieron en un tormento; las mariposas pasaron en sus viajes secretos y siempre verdes. Después dejó de destellar la luz sobre los árboles, el aire se volvió gris y un ruido que no era demasiado distinto del rugido extraño y breve del tigre pardo fue tal vez el primer anuncio de que una tormenta plomiza avanzaba hacia ellos desde el oeste y a través de las colinas.

—Fue el aullido de un sabueso, Poeta, pero creo que están muy lejos. Nos persiguieron una vez, en el norte... el Tigre mató a tres; tiene en el flanco la cicatriz de su encuentro con uno de ellos. ¡Mira!... Él también oyó y sabe bien. Creo que cerca de aquí hay un arroyito. Podríamos caminar por él un trecho. El Tigre no nos va a entender... va a cruzar el arroyo y nos va a seguir por la otra orilla. ¿Estás asustado, Poeta?

Bruno sacudió la cabeza.

Llegaron al arroyo y lo vadearon a favor de la corriente. La espesura se extendía sobre las dos orillas. Como bien sabía Joven Tigre, el amigo no caminó por el agua como ellos sino que cruzó el arroyo de un salto. Notaban su presencia en la espesura. Cuando llegaron a un claro, el animal se unió a ellos haciéndoles demostraciones de cariño como un gato, acariciándolos y arqueando el lomo de oro.

—Puede significar nuestra muerte —dijo Joven Tigre—, porque no le tiene miedo a nada y no es prudente. Veo que tampoco tú tienes miedo. Pero debemos apurar el paso. Podemos agotarlos. No viajarán de noche, pero nosotros podemos hacerlo, Poeta, porque también los sueños pueden.

Avanzaban a gran velocidad, comieron rápidamente algo de una bolsa con carne seca, raíces y hongos que llevaba Joven Tigre colgada del hombro, y se pasó la mañana sin que percibieran ningún otro indicio de persecución. Joven Tigre no se sentía demasiado tranquilo, porque sabía que los sabuesos, si no los separan y los hacen husmear para buscar, siguen el rastro silenciosamente. Pero después, cuando la mañana había pasado, y también el mediodía, y oyeron los truenos y vieron que el cielo se tornaba gris, Joven Tigre sonrió y le dijo a Bruno:

—Eso es bueno. Puede ayudarnos. La lluvia mata el olor. Pero debemos seguir adelante. ¿Estás cansado, Amigo?

Bruno dijo que sí con la cabeza.

—Tal vez podamos descansar pronto. ¡Mira!

Frente a ellos los árboles raleaban y dejaban ver una pendiente de roca, escabrosa, demasiado pronunciada y dura para que pudiese crecer otra vegetación que un montecito bajo, pero no demasiado empinada como para no poder trepar por ella. Y detrás de su cresta el cielo se agitaba y se volvía gris oscuro y negro. Ya empezaban a caer las primeras gotas y una serpiente de fuego cayó en la tierra a lo lejos.

—Vamos a treparla, Poeta, para que la lluvia borre nuestro rastro sobre la roca.

Aferró la mano de Bruno. El tigre trepó a grandes saltos la pendiente en una única carrera grácil y los esperó; era una silueta dorada que miraba hacia la tierra que habían recorrido. Cuando terminaron de escalar Bruno estaba sin aliento, a pesar de que su juventud y el trabajo en la fragua lo habían hecho vigoroso. Joven Tigre lo ayudó en el último trecho, cuando la lluvia ya se había convertido en un torrente súbito y la superficie inclinada de la roca espumaba y rugía como una cascada.

—Estás cansado. Vamos hasta ese matorral que hay junto a esa roca grande para descansar. ¡Oh! ¿Te lastimaste el pie?

Bruno asintió. No era un dolor muy agudo, tal vez sólo una torcedura, pero Joven Tigre lo levantó en brazos y lo llevó hacia la espesura, bajo el techo natural que ofrecía una saliente rocosa que los protegía de la lluvia, que se precipitaba como una cortina delante de sus ojos. En pocos minutos la tormenta mermó hasta convertirse en una lluvia tranquila. Les llegaba la dulce fragancia de la tierra y de las hojas mojadas y a través de la cortina, ahora delgada y perezosa, podían ver el aire y la vida verde y un tímido regreso del sol. El tigre estaba echado a sus pies, lamiéndose el pelaje para peinarlo; la espesura se llenó de su olor almizclado.

Bruno, soñoliento, susurró:

—¿Está lejos de aquí ese lago?

—Tal vez a sólo ocho días de viaje.

—¿Y el gran río?

—¡Oh! El río está mucho más lejos. Pero vamos a llegar a él antes de que muden las hojas, y en el sur, donde fluye, nunca es invierno.

*En ese río inmenso como el mar
nos haremos una balsa de madera.
Con el lino de un campo de alegría
le haremos una sola vela blanca.
Y navegaremos por el borde del mundo
hasta un país que inventé de chico
donde la gente no puede llorar.*

—Duerme un rato, Poeta. Yo voy a vigilar.

Pero las palabras quedaron avasalladas por el rugido del Tigre, que se lanzó fuera de la

espesura y se abalanzó sobre el pie de la pendiente rocosa, para recibir allí la flecha del Padre Clark en el cuello y la lanza del Barón en el corazón y morir de inmediato. Joven Tigre corrió hacia ellos, tal vez para gritarles algo, quizá decirles que era humano, pero una cosa fría vestida de marrón y anaranjado le clavó una flecha debajo del corazón y gritó:

—¡Le di, Barón! ¡Le di! Maté al bastardo.

Entre tanto Horrow, ansioso por preservar una valiosa piel, que sería su paga por el trabajo, golpeaba con el látigo a los sabuesos para que se alejaran del cadáver del Tigre. Todavía atontados y enfurecidos por el olor de ese Tigre, que estaba en todas partes, en la espesura, en el aire húmedo, en las ropas de Bruno, los sabuesos se lanzaron contra Bruno, que iba a los tropiezos hacia su amigo, y lo tiraron al suelo. Pasaron algunos momentos antes de que el Padre Clark, repartiendo tajos con su cuchillo, a pesar de los gestos y los gritos que daba Horrow para impedirse, pudiera destruir a los sabuesos y recoger el cuerpo de su hijo, sólo para darse cuenta de que ya no había vida en él.

A Joven Tigre le quedaba aún un hálito de vida, y el Barón se arrodilló junto a él, aturdido.

—¿Por qué viniste hasta nosotros? ¿Por qué? ¿Por qué nos obligaste a destruirte?

—Tan sólo buscaba un amigo.

Después el Barón sintió la mano pesada del Padre Clark sobre su hombro.

—Están muertos los dos, Barón. Debemos llevarlos de vuelta a la aldea para enterrarlos.

El Barón asintió, atontado y confuso.

—Debemos buscar a Will Hurley. Supongo que habrá otras tareas, Barón, y algunos años más de vida por delante.

Iban a regresar juntos, el Padre Clark lo sabía bien, no amigos porque así son las cosas de este mundo, las exigencias cotidianas, los compromisos entre el bien y el mal, el error y los instantes de lucidez, las buenas intenciones y el cansancio de la vejez. Iban a consultarse amablemente como siempre en las cuestiones de la parroquia, cenarían cada tanto con el Abad de San Benjamín y recordarían... con poca exactitud, cada vez con menos exactitud. Y, por supuesto, habría que recompensar al prior de San Enrique en Nupal por la pérdida de sus valiosos sabuesos.

Así pereció en el verano del Año de Abraham 488 un desconocido al que los hombres llamaban Joven Tigre. Y así murió Bruno, como muchos otros de nuestros poetas, con su obra inconclusa.

Edgar Pangborn - CERRO CARIDAD

Mi nombre es Peregrino; tengo dos amigos.

No me toque. Sienta cómo se agita el aire con mi aleteo y trate de entender: soy de carne.

Uno de mis amigos se esconde más allá, donde empiezan los pinos; es Lykos. Piense en un lobo europeo, más grande y más peludo que los lobos grises que tienen en Estados Unidos. Hace tres mil años su pelaje era negro azabache; ahora se le puso canoso, como mi plumaje. Mi otro amigo lleva a cabo su tarea muy lejos de aquí, en una cueva en uno de los picos más bajos de la cordillera de la Cascada. Los lejanos antepasados de los indios pies negros llamaron a ese pico Cerro Caridad debido a los buenos refugios, las fuentes, las zonas de pasto dulce y los vientos templados. Si usted viera a mi amigo, lo tomaría por un mono sin cola, un simio africano. Para divertirnos, él y nosotros, después de descubrir la India, lo llamamos Hanuman. También él ha encanecido; fue el primero de nosotros en comprender que estábamos envejeciendo. Ya sabíamos que podíamos morir: una vez fuimos cuatro.

No me voy a parar en su muñeca; encontraría fría nuestra carne. Me gusta este brazo de su silla y me agrada observar los últimos rayos de sol sobre su cara, doctor, aunque me doy cuenta de que usted necesita desviar la mirada de él como nunca me ha pasado a mí.

Me resalta difícil hablar. Conozco bien su lenguaje pero mi garganta tiene que esforzarse para emitir sonidos humanos. Sea paciente conmigo.

Lo hemos observado durante cinco veranos: nos gustan estas colinas que usted llama Vermont; nos gustan los jóvenes que vienen en el verano con sus carpas, y también la forma en que usted utiliza su propia versión del método socrático para despertar sus mentes. ¿Es una escuela socrática, no es cierto?

En cierto modo: los persigo con la lógica. Quiero que conozcan la fantasía y la verdad objetiva, para que valoren las dos y entiendan sus diferencias. Usted me llama «doctor», pero ya hace quince años que me retiré de la profesión. Será difícil, Peregrino, convencerme de que no eres el sueño de un viejo que se quedó dormido al sol.

Tal vez se sienta más convencido cuando Lykos venga a descansar a sus pies y le hable con una voz mejor que la mía.

No podemos conocer nuestro origen. Mientras la ciencia de ustedes se iba conformando, nosotros escuchábamos, a nuestro modo. Ustedes pudieron explorar —con microscopios, telescopios, matemáticas, métodos ingeniosos— como nunca pudimos nosotros. Lo que pensamos acerca de nuestro origen es una imitación de la forma de especular que tienen ustedes. Puesto que, por lo que sabemos, no existe nada semejante a nosotros en ningún lugar de la Tierra, salvo en lo que hace a nuestros tres cuerpos, y puesto que nuestra carne tiene muy poco en común con la de cualquier ser nacido en la Tierra, pensamos que es posible que hayamos surgido de... supongamos que de gérmenes traídos por un meteorito que cayó en la península Ibérica hace tres mil años: este polvo viviente desconocido logró (suponemos) hospedarse en un cuerpo terrestre y crecer hasta que cada parte, al mismo tiempo que retenía el plan originario, se transformó en nuestra sustancia, cualquiera que sea, con su larga vida, impropia de la Tierra, su excelente memoria y sus poderes parcialmente idénticos a los humanos: razonamiento, imaginación y afectividad. (Aunque es cierto que, a veces, pensamos de una forma que no le puedo explicar.) Y suponemos que ese polvo penetró en los cuerpos ya desarrollados de un halcón peregrino, un lobo, un mono y una serpiente. Adoptamos esta hipótesis porque no tenemos otra mejor. Tal vez cuando muramos y los expertos de ustedes nos examinen, podrán dar otra explicación muy

distinta, pero esperamos vivir un poco más todavía; y además, nos parece que los sabios de ustedes, enfrentados con su propia tecnología desbocada, con la decadencia de la responsabilidad política y social y, sobre todo, con los horrores de la superpoblación humana, tienen bastante en que aplicar sus energías durante mucho tiempo —si es posible todavía hablar de mucho tiempo para cualquier ser de este planeta—, como para molestarse por tres criaturas extrañas, «imposibles», que sólo pueden observar, reflexionar y concluir (si tenemos tiempo) cierta tarea.

Ni siquiera estamos seguros de si el trato con nosotros carecerá de peligros para su especie. Esta es una nueva inquietud que nos transmitió la ciencia que ustedes desarrollaron. Nunca mantuvimos mucho contacto físico con la vida animal de la Tierra: nos perturba; nuestros sentidos se estremecen. Podemos amarlos, pero preferimos no tocarlos. (No se preocupe si no entiende esto: nos afecta más a nosotros que a usted.) Nuestro único alimento son las hojas de algunas plantas. El contacto que mantuvimos con la vida animal, casi siempre accidental, no dañó, que nosotros sepamos, a ninguna de las partes, pero nunca estamos del todo seguros; por eso prefiero que no me toque. Es muy probable que se trate de una precaución innecesaria, pero es mejor eso que causarle algún daño.

El cuarto de los nuestros fue asesinado por paisanos aterrorizados. Lo aplastaron con piedras y palos: habrán sentido una mezcla de ira sagrada y de temor frente a su forma serpentina. Sucedió en el siglo XII del calendario cristiano. Sin embargo, vimos a hombres de la época actual impulsados ciegamente a destruir las formas que encuentran demasiado ajenas a su estrecho esquema humano y por lo tanto odiosas.

Ofis había almacenado en su memoria el conocimiento del gran mundo que se agitaba bajo los pastos. Durante siglos había escuchado también las cosas humanas, debajo de los pisos, detrás de las paredes, en los setos de los jardines, más allá de las fogatas de los campamentos. Todo lo que nos transmitió está a salvo en la memoria infalible de Hanuman y en el registro escrito que está elaborando en Cerro Caridad, pero Ofis murió antes de que diéramos comienzo a ese registro, de modo que el resto de lo que sabía es irrecuperable.

Si usted llegara a sentir el deseo de convencer a los otros de nuestra existencia, incluso a esos eruditos que hay entre ustedes, llenos de buenas intenciones e incapaces de hacernos daño de propia mano, le pido que no lo haga. No nos atrevemos a mostrarnos. Vine a verlo asustado, y lo estoy todavía pese a lo que sabemos de usted. Me disculparé, pero estamos demasiado acostumbrados al hábito de los hombres de disparar primero y después ir a ver qué fue lo que cayó bajo la bala.

En cada generación de hombres buscamos a esos pocos a quienes podríamos aproximarnos en caso de necesidad. Hace mucho que empezamos a hablar. Trescientos cincuenta años atrás Lykos quiso socorrer a una mujer que se había perdido en el bosque y la única manera que encontró para aplacar su temor fue la de hablar con su dulce voz humana. ¡Ay, su bondad! La pobre volvió a su casa tambaleándose, asombrada por la maravilla sagrada, creyéndola una experiencia cierta de la presencia de Dios. Pero cometió el error de comentarlo y terminó quemada por bruja, de acuerdo con la urgente recomendación del entonces Arzobispo de Colonia. Más de una vez he visto cómo la bondad humana se extiende para salvar a una mariposa nocturna de la llama y la mano asusta al hermoso y atolondrado insecto, que se precipita directamente hacia su muerte.

Ahora recurrimos a usted porque estamos realmente necesitados de ayuda. Lo que nos amenaza les parecería trivial a la mayoría de los de su raza, suponiendo incluso que logran aceptar el hecho de nuestra existencia. Sabemos que usted no pensará así, pero podría muy bien vacilar por otros motivos. Tiene, pues, derecho a saber más sobre nosotros, ya que venimos a pedirle ayuda. Permítame que continúe hablando de nosotros.

En su momento, exploramos todas las regiones que se extienden entre los polos, salvo los mares. Yo volé a las islas más lejanas; conozco las capas superiores de la atmósfera (¡qué limpia fue en un tiempo!). Lykos y Hanuman recorrieron durante siglos las junglas, las praderas, las estepas, la tundra y los campos y las pasturas que están bajo el dominio del hombre. Viajaban a todas partes con Ofis, mientras vivió. Nunca encontramos a otros de nuestra especie. ¿En el mar? Es posible: no podemos ir allí. Una parte del polvo que (tal vez) nos dio origen pudo haber caído en él. Yo desperté a la vida conciente en un pedazo de terreno cerca de la desembocadura de lo que hoy recibe el nombre de Guadalquivir, y la primera cosa hermosa que vi, y me maravilló, fue el juego de la luz de la tarde sobre las aguas del Atlántico; la primera música de la que tuve conocimiento fue el contrapunto entre el viento y el mar. Creo que fue después de mí... —¿debería decir nacimiento?— que al sur de ese lugar creció una ciudad que los romanos conocían con el nombre de Gades (la Cádiz actual). Sí, puede ser que algunos de los nuestros estén en el mar. Pero pienso que es sumamente improbable que hayan descubierto la comunicación como lo hicimos nosotros. Para ellos, la humanidad no puede ser más que una fracción de la lluvia mortal que cae lentamente a través de los espacios verdes hasta el fango. Si la contaminación del mar que lleva a cabo su raza amenaza con destruirlos, no tendrán defensa ni salvación.

Sin embargo, no hemos encontrado otros. La esperanza de hallarlos no se ha desvanecido del todo, pero es muy débil: el de ustedes es un mundo enorme. Sólo los hombres embrutecidos por la impaciencia o la indiferencia pueden creer que es pequeño; sólo un ignorante digno de lástima puede creer que ya fue explorado.

Le diré algo más acerca de aquel primer momento de lucidez. Me encontré como una mente sin lenguaje, conocimiento ni memoria, en posesión de un cuerpo alado que podía volar sin tener que aprender a hacerlo, una vista y un oído agudos, y descubriendo el placer de jugar carreras con el viento. Con el olfato nació el hambre (en nada semejante al de un halcón) y picoteé algunas hojas, atraído por uno y otro aroma, hasta que aprendí la manera de aplacarlo. Pero aunque mi mente estaba vacía y expectante, tenía una carga de curiosidad como la de ningún otro animal salvo, lo comprendo ahora, el hombre. Sin lenguaje, tradición ni guía, sin concepto de comunicación, observaba el maravilloso y continuo fluir de la vida a mi alrededor, y era capaz de establecer comparaciones y deducciones elementales, partir de pequeñas observaciones para llegar a otras más amplias, combinarlas, y no olvidarme de nada. No sé cuánto tiempo viví en esta especie de infancia, pero supongo que sólo unos pocos años. La estaba enseñando a mi mente a hacer lo que mi cuerpo había podido hacer sin enseñanza: volar.

Aunque vi la redondez de la tierra y sentí la invitación de las distancias, no volé más allá de los Pirineos durante ese primer tiempo, ni me adentré en los océanos. Distancias cortas, sobre África del Norte, eso sí —¡qué verde era entonces!— pero siempre volvía. Creo que sabía que me iba a marchar, pero primero necesitaba comprender mejor esa región en la que había comenzado mi existencia conciente.

Fui muchas veces testigo de cómo la vida mata la vida. Eso me hizo tímido, ya que me mostraba la imagen de la muerte como algo siempre en movimiento, seguido generalmente por la desaparición en una boca hambrienta o la putrefacción. Descubrí que la mayoría de los seres de mi propio tamaño o más pequeños se apartaba de mí. Los halcones tan asustados como cualquiera de los otros. Mi olor, supongo, o alguna otra cosa que sienten por percepciones que han escapado hasta ahora a los estudios de ustedes, doctor. ¿Mi olor le molesta?

No. Es almizclado y extraño, pero me resulta agradable.

Bien. Los mosquitos lo estaban molestando hace un rato; no los volverá a sentir mientras yo esté aquí.

Un día —yo era todavía muy joven, si puedo emplear esa palabra— estaba volando

sobre aquellas colinas del norte y vi a Lykos atravesando un cerro sobre el que se había depositado una delgada capa de nieve. A su lado iba Hanuman. Eso me dio la pauta de que eran algo fuera de lo común. Había visto lobos, feroces animales predatorios, pero los monos eran animales de las zonas cálidas del sur, nunca vistos en esas colinas y mucho menos en compañía de un enorme lobo negro. Cuando bajé en vuelo rasante y volví asombrado, los dorados ojos de Lykos se movieron para seguir mi vuelo y Hanuman se agachó y le puso afectuosamente el brazo sobre el lomo. Después, el mono se puso de pie y me hizo señas con el brazo, como había visto que hacían los seres humanos para llamar a otros. Yo descendí más aún, sobreponiéndome al miedo. ¡No había olor a lobo o a mono, sino mi propio olor!: el olor a hoja y a humus que sentía cuando limpiaba mis plumas o deslizaba mi cabeza bajo el ala. Me posé junto a ellos sin miedo, y la pequeña Ofis se deslizó de su cómoda montura en el denso pelaje del cuello de Lykos. Éramos cuatro.

Los tres estaban ya muy adelantados en el uso del lenguaje privado que todavía empleamos para comunicarnos entre nosotros. Adquirimos los lenguajes humanos más tarde, cuando los necesitamos. (La historia de su desarrollo desde lo que fueron hace tres mil años es uno de los tesoros que salvaguardó para ustedes ese registro que está elaborando Hanuman.) Yo me puse al día en poco tiempo con ese idioma privado que tenemos, ya había aprendido el amor en el momento en que Hanuman me había tocado.

No tenemos sexo. Los cuerpos de Lykos y de Hanuman tienen una conformación masculina pero carecen de deseo sexual, un sentimiento que sólo podemos entender como observadores; Ofis tenía forma femenina. Pero fue sólo una cuestión de azar: suponemos que en su vagabundeo el polvo entró en cualquier cuerpo cercano dispuesto a hospedarlo. Yo no sé qué sexo tenía mi cuerpo antes de transformarse, y no tiene importancia. Si es cierto que nos reproducimos por esporos, ¿sería posible (sólo estoy soñando en voz alta en este momento) si es que morimos de viejos, que nuestros cuerpos se sequen y esparzan los gérmenes de nuestra sustancia en el aire? ¿Lo asusta la idea?

No, Peregrino.

Conocemos el amor en términos de devoción o experiencia compartida y de ternura (en este sentido nos es posible amar a la raza humana, y lo hacemos), y el placer de la cercanía, de la acción de tocarnos uno a otro a veces sin palabras. Nuestros cuerpos podrían parecerle fríos, pero nosotros nos comunicamos calidez recíproca... ¿Puede usted imaginar a un ser humano parado en la habitación donde mi cuerpo se convierte en polvo viviente?

Puedo imaginarlo sin angustiarme.

¿Puede imaginarse a usted mismo en el lugar de esa persona?

Eso es más difícil.

Yo mismo no lo desearía. Los seres humanos deberían vivir. Pienso que mi ciclo vital está todavía lejos de agotarse. Cuando llegue la muerte, tal vez haya algún humano inválido, alguien condenado a morir... pero dejemos esto. Si nuestra sustancia llegara a penetrar, sólo el marco, la imagen externa sería humana; y los seres humanos deben vivir como seres humanos.

Este es el mundo de ustedes. Ustedes no pueden ser como nosotros, ni nosotros tan variados, adaptables, arrojados, hermosos, incluso felices como podrían ser muchos de ustedes si aprendieran a vivir; si solo empezaran a pensar mejor y en menos cosas y no en más y cada vez con más ansiedad. Pienso que también nosotros deberíamos vivir, unos pocos, si fuera posible, si estuviéramos seguros de que nuestra sustancia no resulta pernicioso para la vida natural en la Tierra. Pero del mismo modo en que no tenemos el potencial de ustedes para el mal, tampoco tenemos totalmente desarrollado el potencial que tienen ustedes para hacer el bien. Son ustedes los que deben convertirse en el pueblo de la Tierra, si es que pueden... los buenos agricultores, los músicos y los guardianes de la viña.

Nuestros grandes viajes empezaron inmediatamente después de aquel encuentro en la

ladera de la montaña. Cruzamos los Pirineos en la primavera de un año que ustedes llaman el siglo IX antes de Cristo. Viajamos a nuestras anchas a través de los bosques que más tarde se convertirían en la Galia, a lo largo de la costa norte de Europa, de las riberas del Báltico y llegamos al enorme continente asiático. Pasaron años y llegamos al Pacífico. Recorrí las costas volando en todas direcciones, viví los techos, el humo, los campos de una civilización estupenda ya en esa época. Pero entonces no nos entretuvimos en informarnos en detalle sobre ella, porque queríamos conocer el mundo en una visión de conjunto. Descubrí la región de la niebla en donde el mayor de los océanos se reduce a las dimensiones de un estrecho que separa los continentes, y guíé a mis amigos en esa larga travesía. Hanuman, con la ayuda de Lykos, construyó una balsa. Esperamos hasta que el invierno redujo el estrecho a unos pocos kilómetros y cruzamos, ayudados y amenazados a la vez por la furiosa corriente y los témpanos flotantes. Durante una parte del trayecto Lykos nadó, arrastrando la balsa.

Lykos no corría peligro de hundirse: podemos soportar el frío a una temperatura que sería mortal para ustedes, y nuestra carne es mucho más liviana que la de ustedes y flota mejor. Pero le tenemos mucho miedo al océano, ya que no tuvimos modo de informarnos suficientemente sobre él. Ese día se nos presentaba como una amenaza y una oscuridad completas. Mientras volaba, yo esperaba poder advertirlos de la proximidad de cualquier cetáceo horrible o de cualquier forma que se recortara en aquel caos gris... ¡pero esa niebla, esa niebla eterna! Nos ayudaba ocultándonos, es cierto, pero hacía inútil el poder de mi vista. Bueno, el hecho es que logramos nuestro propósito y que regresamos más tarde sin problemas. Para mí, por supuesto, las barreras de los océanos significan menos que las divisiones de un tablero de ajedrez. En ese viaje —estábamos en el siglo VIII antes de Cristo, según los cálculos de ustedes— exploramos toda la costa de América del Norte, desde Terranova hasta lo que ustedes convirtieron en la Zona del Canal, y llegamos hasta el Cabo de Hornos, con muchos años de aprendizaje sobre una selva nueva, después volvimos a subir por los Andes, y finalmente tocamos nuevamente Alaska. Décadas después volvimos cerca de nuestro lugar de origen.

Estudiamos la mayoría de las agrupaciones y culturas humanas que encontramos, evitando el contacto porque conocíamos los riesgos. En esos siglos en que llevamos a cabo nuestra exploración sólo aparecimos como rápidas sombras captadas con el rabllo del ojo de un hombre, puntos alados entrando y saliendo de las nubes.

Recuerde, doctor: tres mil años no es mucho tiempo. Antes de que nuestras mentes despertaran, Mohenjo-Daro había sido sepultado y olvidado bajo el fango de una construcción posterior. El Gran Ziggurat de Babilonia se había construido más de mil años antes de nuestro despertar, pero nosotros conocimos esa ciudad en nuestra época: Ofis en sus sótanos, Hanuman como una sombra huidiza sobre los techos, a medianoche, Lykos paseó por sus malolientes callejuelas, escuchando voces humanas mientras los perros retrocedían temblando, sin sufrir daño.

Conocimos Grecia y sus pocos siglos ilustrados: volé sobre Creta, sobre todas las islas griegas. Podemos decirle que Helena era de veras hermosa, que el corazón de Aquiles se partió cuando murió su amigo. Yo presencié el incendio de Troya, que tiñó de negro el cielo... sólo una de las innumerables guerras que presenciamos, todas ellas sucias, vanas e innecesarias. Esa sólo importa porque un poeta le puso música. Y efectivamente, Odiseo, fecundo en ardidés, partió de allí en su viaje de retorno al hogar... pero de eso sólo conozco, como usted, lo que narró una voz mejor que la mía.

En un viaje muy posterior pasamos por Antioquia y por Tiro y proseguimos hasta llegar a una impresionante marea humana —Alejandría—, donde oímos los dialectos ya familiares de Grecia y Roma. Seguimos por la costa hacia el oeste y llegamos a las legiones que sitiaban Cartago. Según el calendario de ustedes, eso ocurría en el 146 a. C.

Esa noche, Lykos y Hanuman fueron a rondar por los campamentos y escucharon las maldiciones, los lamentos, la conversación de los soldados, a veces profunda, la charla de los acompañantes y los esclavos, los rezongos de los jugadores de dados, el chirrido de las ruedas, las escupidas, los resoplidos, los vómitos, el gemido de los látigos. Sonidos nocturnos no muy diferentes de lo que volvimos a escuchar en 1346 en el sitio de Calais; ni muy diferentes, anciano, de lo que escuchamos en el verano de 1863, en las afueras de Vicksburg. Si hubiéramos estado presentes, creo que habríamos escuchado la misma mezcla de humor negro, obscenidades ingenuas, paciencia, desesperación inútil y fatiga en las trincheras de Verdun o antes del comienzo de la batalla de Monte Cassino. Eso mismo oíríamos, tal vez con tonos más histéricos, allí donde estén los soldados de la guerra venenosa, ciega e inacabable que el gobierno de ustedes lleva a cabo en Vietnam.

Tratamos de entenderlo.

Volé sobre Cartago. Nos habíamos vuelto bastante sofisticados por entonces con respecto a los hechos humanos. Supe lo que iba a ocurrir. Adivinamos que el predominio de Roma era inevitable, aunque más no fuera por la pesada obstinación romana, y esta ciudad era el centro vital del enemigo. Habíamos escuchado murmuraciones y verdades sobre el atrabiliario Catón de ochenta años; el viejo predicador del odio estaba ya muerto —también odiaba a los griegos— pero su odio todavía se hacía sentir donde las legiones pudieran oírlo. En seis días Cartago fue reducida a cenizas y humo. Antes de buscar un aire más puro escuché los gritos, y di un vistazo a las acostumbradas diversiones humanas. Sin embargo, se dijo que no hubo mucha risa entre los oficiales romanos, y, si es que le interesa saberlo, es muy probable que Escipión Emiliano haya llorado, para la crónica, por este resultado de su excelente estrategia.

Hartos de los hombres, hartos sobre todo de sus desilusiones personales, seguimos vagabundeando hasta llegar a la jungla africana —nuestro tercer largo viaje allí— y observamos de nuevo, en la vida de las tribus salvajes, los intentos de organización de los hombres. Eran junglas vírgenes, como lo son todavía hoy algunas de ellas. Una vez Lykos (que está viniendo hacia nosotros desde el bosque de pinos) cayó en una trampa preparada por los pigmeos y nos fue imposible terminar de rescatarlo antes de que llegaran; yo me precipité entre ellos y les desgarré las caras hasta que huyeron, balbuceando algo sobre brujería. Nunca recuerdo haberte visto más hermoso, Peregrino.

¡Deja que te cure esa pata, Lykos!

Puedo caminar en tres, doctor. Nuestras heridas cicatrizan; nuestra carne de sangre verde no se ha infectado nunca. Pero es cierto que nos curamos mucho más lentamente que cuando éramos jóvenes. La bala hace doler, y allí, en la articulación, supongo que puede obstaculizar el acomodamiento del hueso. Sin embargo, señor... el contacto con nuestra carne...

¡Oh! Tú no crees en eso, ¿verdad? Después de todo el tiempo que han pasado en la Tierra sin hacer daño. Permíteme al menos extraer la bala y entablillar la pata; para mí es algo muy simple.

Pero tenga cuidado, doctor... por el contacto...

¿Después de tres mil años sin haber hecho nunca daño? Déjame seguir las indicaciones de mi sentido común. Además, yo soy... bastante viejo. En realidad, no tiene importancia. Descansa aquí, iré a buscar lo que necesito...

¿No irá a llamar por teléfono a otros?

No, Lykos; estoy seguro. Es honesto.

¿Todavía no le has hecho el pedido?

No, pero le dije que vinimos a hacerlo.

Todavía estamos a tiempo, Peregrino. Podríamos dejarle creer que lo que vinimos a solicitar era esta ayuda quirúrgica.

Eres demasiado tímido, Lykos. Tenemos que hacer el pedido.

Hay algo en su cara... Me parece que debe de tener cáncer. Es posible... Quédate quieto. Haz todo lo que te ordena...

¿Dolió mucho?

No, usted es muy eficiente y muy rápido. Pero le sugiero, doctor, que evite el contacto con la sangre verde que está saliendo en el lugar donde se alojaba la bala. Déjala que se seque; enseguida se coagula. Trate de no tocarla cuando ponga las tablillas.

Esto es una asquerosa bala calibre 22. ¿Qué sucedió?

Algún cazador. Estaba seguro de estar escondido pero debo de haberme descuidado, y me desvié. No sé qué habrá pensado.

Si es que es capaz de pensar. Ahora las tablillas. Le va a doler, ya sabe...

Me he sentido peor... Ahora cicatrizará. Su bondad es como la primavera en medio del invierno. Peregrino, continúa con lo que le estabas diciendo. ¡Hmm, esos pigmeos! Realmente me enojé.

Sí, expresaste tus pensamientos con bastante atrevimiento. Bien, doctor, fue después de haber presenciado la decadencia y prácticamente la muerte de la sabiduría en lo que ustedes llaman la temprana Edad Media que Hanuman empezó a trabajar en su registro. Ese terrible colapso, desde el siglo cuarto en adelante, ese oscurecimiento total de la cultura occidental durante algo así como mil años, nos reveló con toda claridad qué fácil resulta para una sociedad tan imperfectamente desarrollada, en un equilibrio tan precario como la de ustedes, permitir que su luz desaparezca. Tal vez existe una fatiga mental recurrente en las culturas humanas, consecuencia de los breves periodos de actividad y esfuerzo. Ustedes se mueven con gran impulso por un tiempo, y después... se abandonan; la abdicación de la inteligencia como fuerza rectora, si es lo bastante abarcadora desemboca, naturalmente, en la ruina de casi todo.

Dentro de nuestras limitaciones, nos pareció que podíamos funcionar como conservadores de la historia. Pensamos que un registro detallado, escrupulosamente objetivo, de todo lo que sabíamos, de todo lo que habíamos observado desde afuera como espectadores, podía ser algún día de valor para ustedes, una guía de conducta. No cabe duda de que, si es verdad que una cultura que olvida la historia está condenada a repetirla, la proposición inversa también debería ser cierta.

Limita esa afirmación, Peregrino... Imagino que el doctor estará de acuerdo. Ninguna cultura hasta ahora olvidó su historia porque ninguna poseyó realmente más que fragmentos de ella. Con esa aclaración, supongo que el viejo adagio puede ser bastante cierto. Me imagino que un adecuado conocimiento de la historia que sirva como una guía confiable nunca fue patrimonio más que de un puñado de sabios. Algunos hicieron todo lo que podía por transmitirlo, pero, ¿quién lee? La inmensa mayoría de los hombres simplemente ignoran hasta su propio pasado. Retacitos tragados a los apurones en la escuela —si es que pueden ir a la escuela—; generalizaciones simples y populares, en su mayor parte falsas y dañosas.

Debo admitir que es cierto, Lykos.

Lykos es más pesimista que yo, quizá por el mismo hecho de que su amor por la humanidad es más profundo.

Tal vez. Ni se le ocurra pensar que dude del valor de nuestro registro. Sólo me pregunto si estos volubles seres de corta vida encontrarán alguna vez la inteligencia suficiente para usarlo.

Él y yo hablamos en forma parecida, doctor; también pensamos en forma muy parecida. Pero Lykos piensa en la intimidad, como todos los seres concientes. Debería habernos conocido hace más o menos cien años para descubrir en cuántos aspectos somos... personas. Ofis era la humorista del grupo: tenía en su forma de hablar un algo dulce y

punzante que hasta lograba hacer sonreír a Hanuman. Él, en cambio, es todo pensamiento, meditación, lógica, filosofía... y ternura. Sus manos han cambiado visiblemente con esa interminable escritura: las dos se han agrandado un tanto —escribe con ambas— y tiene profundos surcos negros en el dedo mayor y en el pulgar.

Empezamos nuestro registro en el siglo que ustedes conocen como el noveno de la era cristiana. Teníamos la esperanza de entregarlo en el momento en que ustedes hubieran empezado a dar muestras, como sociedad de seres inteligentes, de un comportamiento más acorde con esa inteligencia. En las circunstancias actuales ya no podemos esperar más, incluso tal vez hayamos esperado demasiado, y contado demasiado con el poder de los individuos y las minorías humanas, a menudo brillantes. El registro no está acabado. Hanuman sólo pudo abarcar una pequeña parte de este siglo veinte de ustedes... Lykos, tengo la garganta cansada.

Continuaré yo, en mi tono rezongón. ¿Está usted seguro, doctor, de que estamos a salvo de interrupciones? No estoy preparado para encontrarme con nadie que no sea usted.

Todos los muchachos se fueron al pueblo a ver una película y no regresarán hasta después del anochecer. Escucharán los dos coches. Nadie viene a visitarme aquí, y si alguien lo hace, esa puerta tiene un pestillo suelto que cerré: pueden abrir con sólo empujar y meterse después en un armario o debajo de mi cama.

Yo también estoy domesticado. (Peregrino, no siento el rechazo cuando me acaricia la cabeza).

(Me parece bien. Siempre fuiste un cachorrito sentimental.)

Ese era el lenguaje privado de ustedes, ¿no?

Sí; le estaba diciendo al viejo Bollo de Plumas que me agrada su tacto. De repente concebimos la idea de ese registro, pero nos llevó años encontrar un lugar resguardado para trabajar. Por fin encontramos una gruta en las estribaciones de los Alpes Dináricos: la entrada era más amplia de lo que hubiéramos deseado, pero hicimos lo que pudimos con barricadas de haces de leña. Parecía lo suficientemente alejada: el hervidero de Italia estaba a más de cien kilómetros de distancia cruzando el Adriático Alrededor de nuestra gruta había una desolación total; aquí y allá, senderos de cabras, a seis kilómetros de distancia, un camino de montaña utilizado, pero muy poco, por carros y jinetes. Désele nuestro acantilado veíamos los techos lejanos de una aldea de campesinos, pero nos protegía de ella no sólo nuestra altura sino también horribles desfiladeros, densos bosques, rocas derrumbadas. Colaboraban los osos, las bestias que tienen mi misma forma y, además, la tontería del lugar, con su creencia en vampiros, brujas y toda clase de fantasmas. Nadie se aventuraba solo muy lejos, incluso de día, y es imposible que más de dos hombres juntos no hagan ruido. Nuestro sendero secreto resultó fácil para Hanuman; yo tuve bastante dificultad en algunos puntos de la escalada, de modo que estaba seguro que ningún otro lobo lo intentaría y que los hombres se acobardarían a menos que algo muy urgente los impulsara. Ofis conocía muchos accesos laterales pero prefería montar en mi cuello... aquel peso insignificante...

Vuelve a lo que estabas contando, Lykos. Sí. Esa gruta nos sirvió durante quinientos años. Hanuman desarrolló el plan completo de su obra; no nos apremiaba ningún sentimiento de urgencia inmediata en esos siglos, sólo, en su sentido amplio, la conciencia de la precariedad de todas las cosas vivas. No podíamos estar seguros de que la civilización europea recuperaría sus fuerzas o su virtud, pero en esa época teníamos nuestra propia perspectiva. Estábamos en contacto con el resto del mundo, con los continuos fracasos de los seres humanos, con sus restablecimientos, con sus avances a ciegas. Por supuesto, Peregrino era el mejor informante de Hanuman, ya que viajaba a todos los lugares a los que podían llevarlo sus alas. Teníamos noticias de los aztecas, los mayas, los incas, los

pueblos primitivos, los grupos tribales y las civilizaciones jóvenes de la zona norte de este continente, China, los mongoles, la India, la población aislada de Australia, la experiencia humana en la jungla, la sabana y la costa del África. En nuestro registro hay más de lo que se puede aprender en cualquier otra parte sobre los maravillosos viajes que llevaron a los hombres a las islas del Pacífico. No hay lugar del mundo desde el Ártico hasta la Patagonia donde Peregrino no haya escuchado en la oscuridad la conversación de los hombres. Yo mismo hice muchos viajes, primero con Ofis, y luego solo.

A menudo Hanuman dejaba su obra para venir conmigo, porque era el mejor ladrón de todos nosotros. En esos siglos, los monasterios eran casi nuestra única fuente de pergamino, vitela y otros materiales para escribir. Hanuman hacía tinta con goma y hollín, y fabricaba plumas de bambú mucho antes de que Europa tuviera algo mejor que la pluma de ave. Teníamos que robar los papeles: robar los escritorios de los pobres monjes era a menudo más fácil que obtener lo que necesitábamos de sótanos u otros lugares de almacenamiento y resultaba más divertido. En los anales de los monasterios de Europa oriental entre los siglos IX y XIV se encuentran ocasionalmente confusas referencias a robo de material de escritura por obra del Demonio: si es así, hay que tomar al Demonio en el sentido de Pickwick. Después, teníamos la dura tarea de llevar nuestro botín hasta la gruta, por caminos secretos. Hanuman escribía en ese entonces en el compacto y casi rígido latín del siglo de Augusto, y lo hacía casi sin dejar márgenes, con una escritura apenas más gruesa que las patas de un ciempiés. Sin embargo, nuestra voracidad por ese material precioso era insaciable, porque Hanuman —siempre la inteligencia rectora de nuestro grupo, en comparación con quien los demás somos sólo torpes aficionados— no quería dejar fuera un solo dato que pudiera ser de importancia para los hombres y se obligaba a transcribirlos todo en un orden perfecto, como para que el registro pudiera ser usado por cualquier erudito humano con habilidad para leer y coraje para soportar la verdad.

El producto de nuestro saqueo debía ser transportado casi siempre sobre mi lomo. Hubo veces en que me escapé por un pelo. Otras en que me quedé resentido una pata, pero bien valía la pena. Y pensar que esa parte, el producto de quinientos años de afanes, fue totalmente destruida.

Fue en el mes de mayo de 1348; en el mes de mayo. Ofis había muerto doscientos años atrás. Yo estaba viajando por Francia, en dirección al sur, donde la guerra de los cien años ya había levantado un verdadero monumento a las querellas de los príncipes: ruina y desolación. Y al bajar por el valle del Rodano oí que los hombres hablaban de aquella otra plaga, la Peste, que, como bien sabíamos, estaba asolando Avignon en aquel momento. Mi mente estaba habitada por la idea de muerte cuando Peregrino me encontró y me dio la noticia de nuestro propio desastre.

Un joven que había salido muy valientemente a cazar solo, había sufrido una caída e ido a parar a un lugar desde el que podía ver la entrada de nuestra gruta. Absorto como estaba en su tarea, Hanuman no se había dado cuenta de su presencia hasta que el joven cayó y comenzó a proferir gritos de dolor. Entonces, desde atrás de la barricada de arbustos, Hanuman lo observó mientras, no muy maltrecho, se acercaba trepando y cojeando: había salvado su arco y su cuchillo de caza pero había perdido las flechas en la caída. Sangraba, estaba rengo y lastimado, y buscaba un refugio, porque el cielo se agitaba, amenazando tormenta. Hanuman se quedó inmóvil en la barricada hasta que el joven apartó parte de la misma y entró en la gruta; entonces se ocultó mejor y le gritó con voz humana:

—¡Vete! ¡Vete!

Tenía la secreta esperanza que si lograba asustar al muchacho tendría la oportunidad de poner fuera de peligro el registro antes de que vinieran otros a inspeccionar el lugar.

El joven cazador se asustó, como era de suponer, y se precipitó fuera de la gruta —con la pluma de Hanuman y la tira de pergamino en la que había estado trabajando— y trató de establecer de dónde venía la voz. Fue entonces que su vista aguda descubrió la cara de Hanuman, al apartar algunas matas el viento de la tormenta. Escapó aullando, tropezando y agitándose, loco de terror, por la pendiente. Y mientras Hanuman oía como se esfumaba el alarido de su retirada, el viento desencadenó una tremenda lluvia, un demoledor aguacero que iba durar toda la noche hasta la mañana siguiente. Pero incluso si hubiera tenido un lugar seco adonde llevarlo, Hanuman piensa que nunca habría podido poner a salvo el registro: era demasiado grande, y por otra parte, esa gente era más animosa de lo que suponía.

Volvieron por la mañana, sin esperar que terminara la lluvia; llegaron con un sacerdote, aceite, antorchas y una docena de hombres con lanzas, flechas y hachas. A cincuenta metros de distancia, en una espesa excrescencia en la parte más elevada, Hanuman escuchó el monótono zumbido de un exorcismo en latín macarrónico, plegarias en dialecto, aullidos y golpes de metal para expulsar a Satanás. Escuchó cómo lo describía, dos o tres veces, el asustado (y muy orgulloso) joven, como alguien de dos veces el tamaño de dos hombres altos, con una nariz llameante que echaba fuera todo el hedor del infierno, y una voz que convertía en leche la sangre de un hombre.

Después se produjo un verdadero incendio y el humo espeso y los pedazos ennegrecidos de inestimable pergamino flotaron en el viento húmedo y se dispersaron por la ladera de la colina.

Hanuman salió a un claro donde acostumbraba a encontrarnos; fue allí donde encontró a Peregrino, que me vino a contar. Cuando los tres estuvimos otra vez juntos...

No lloramos, doctor. Nos reunimos y... descansamos. Como habíamos hecho después de la muerte de Ofís, nos fuimos a los bosques más espesos, y yo me tendí donde Hanuman pudiera reclinarsse sobre mí, con Peregrino en sus brazos. Descansamos. Dejamos a un lado pensamiento, memoria, pena, todo menos nuestra mutua confianza y nuestra consoladora cercanía: porque esto, junto con nuestro conocimiento precario pero perfectible de la ley natural, constituye el único aspecto de la vida que nunca nos engañará ni nos traicionará. Después de esa época de retiro, recobramos ánimos para considerar cómo recomenzar el registro desde el principio.

Volvimos a este continente. Otra balsa de cañas y ramas sólidamente entrelazados por Hanuman con la torpe ayuda que yo podía proporcionar; un nuevo cruce de ese canal dominado por la niebla: el último. No creo que pudiera nadar en él ahora, arrastrando una balsa. Antes del cruce, Peregrino había pasado revista a toda la extensión que va de Alaska hasta las sierras del sur. De los muchos lugares apropiados, Cerro Caridad nos pareció el mejor para nuestras necesidades.

Ubicado en su cumbre plana, uno se halla en el centro de una vasta concavidad, en cuyo fondo se encuentra el jade verde de las cimas de los árboles. Éstos pueblan un valle con tantos ángulos, tan quebrado e interrumpido por elevaciones menores y estribaciones de los picos más altos, que apenas si se lo puede llamar valle. Hay pequeños lagos y arroyos. Un río corre bajo la tierra y nunca pude cerciorarme del lugar en que emerge, si es que lo hace. Y alrededor de la cumbre, donde los vientos nunca son violentos, se alzan los gigantes cubiertos de nieve: parecería que un grito puede alcanzarlos, aunque el más próximo, dice Peregrino, está a una distancia de treintiséis kilómetros. En los últimos diez o quince años, por supuesto, el aire no estuvo todo lo límpido que antes era, pero nosotros nos acordamos.

Sabíamos que los hombres nunca irían allí para llevar a pastar al ganado, y mucho menos para desbrozar la tierra o cultivarla: poco era lo que había, incluso para las cabras. Pero para nosotros había muchísimo: las agujas del pino del oeste y el alerce son nuestro alimento. Trajimos con nosotros las semillas de hierbas europeas a las que nos habíamos

acostumbrado y se aclimataron bien. También crece el mirto, que nos encanta, en las zonas descampadas cerca de nuestra gruta. En particular, hay un pequeño prado justo debajo de donde estamos: en realidad, se trata de una ancha excrescencia de roca, ligeramente inclinada, de modo que durante siglos se ha acumulado sobre ella tierra suficiente para sostener plantas pequeñas y pastos salvajes, aunque no árboles. Para nosotros es el prado más hermoso del mundo. Nos hemos preocupado por él y lo hemos cuidado como nuestro jardín desde 1377. Probablemente recuerde que fue el año en que murió Eduardo VI de Inglaterra, uno de los grandes príncipes cuya obra maestra fue la guerra de los Cien Años. Y un hombre que lo sirvió como soldado, valet, enviado, encargado de tareas políticas varias, y en comparación con el cual (en mi opinión) Eduardo y casi todos los otros monarcas de la historia europea no fueron mucho más que escuerzos disfrazados, estaba entonces llegando a los cuarenta... un amigo suyo, creo, Geoffrey Chaucer. (Espero que me disculpará por haberme deslizado a inspeccionar sus libros un par de meses atrás, cuando no había nadie y usted había dejado sin cerrar la puerta, como ahora.) Sí, ese pequeño prado ha sido nuestro jardín por cerca de seiscientos años.

Los indios pasaban cerca muy de tanto en tanto, usando un claro más abajo en la ladera de la montaña para campamentos nocturnos en sus viajes a través de la zona. Serían viajes importantes porque no les gustaban y temían la oscura foresta de la parte inferior y los terribles pasos de las alturas. Oyéndolos, nos enteramos de que cuando llegaban a este lugar que llamaban Cerro Caridad se sentían seguros. «Caridad» es la traducción más cercana que se nos ocurre, pero el término original tenía algunas connotaciones sobrenaturales, porque se creían en presencia de un espíritu bien dispuesto que garantizaba a los viajeros protección mientras se cuidaran bien de no aprovecharse de la buena acogida para quedarse más tiempo. Más tarde, lamento decirlo, esta leyenda benigna se contaminó con el extraño mito del Espíritu del Lobo. Si, como espero, pasamos juntos las próximas horas, doctor, puede usted preguntarme acerca de esa época.

La entrada de nuestra gruta es oscura. Contribuimos a completar la obra de la naturaleza. La gruta en sí es una inmensa fisura ubicada justo debajo de la montaña. Hay una galería principal, que corre hacia el interior unos cien metros y galerías laterales. Al final de una de ellas se halla una piscina que recibe agua dulce de la lluvia y que alimentó nuestra contemplación durante siglos. En otra, la luz del día entra a través de una grieta que hay en el flanco oeste de la colina, a unos diez metros por encima del piso de la gruta: allí está nuestra biblioteca y también nuestro registro; allí trabaja Hanuman, con sol durante un rato a la tarde. En las horas de oscuridad usa velas que él mismo fabrica con bayas de laurel y otros materiales. En algunas estaciones del año tiene la compañía de la luna.

Un desprendimiento de rocas —creemos hace unos mil años, por lo menos— cerró la parte inferior de la entrada a la gruta; la superior puede clausurarse, si queremos, con una roca artificial que fabricamos, muy bien disimulada para el que tuviese el arrojo de trepar por un peñasco abrupto que hay debajo de la saliente de la colina para contemplarla, aunque no demasiado resistente. Por lo que sabemos, los indios nunca subieron a examinarla. Tal vez hayan sentido que era una invasión del lugar en que moraba el espíritu. Un buen espeleólogo, o incluso un boy-scout emprendedor, la descubriría en el acto.

El papel volvió a ser un problema. Nos costó unos cuantos años de experimentos y complicaciones inventar un método para fabricarlo nosotros mismos con avena. En el siglo XIV podíamos sentir todavía que teníamos mucho tiempo. Hoy en día, en Cerro Caridad, se pueden encontrar pequeños claros donde crece espontáneamente un extraño tipo de avena; claro que la hemos ayudado un poquito, por razones sentimentales. Naturalmente, cuando las colonias españolas de California fueron lo suficientemente estables como para proveernos de papel, enseguida pusimos manos a la obra, con los rápidos dedos de Hanuman y mis silenciosos pies, y disfrutamos del juego casi tanto como en los viejos

tiempos. Pero los anticuarios y posiblemente los químicos pueden interesarse algún día en el estudio del papel que fabricamos: todavía ahora es flexible y, si se tiene cuidado, se lo puede tomar en la mano con toda tranquilidad. Y la tinta de Hanuman, en la mayoría de los casos, se destaca con tanta precisión como antes.

Hay grandes cantidades, doctor, porque Hanuman estaba decidido a extraer de su memoria cada página del relato perdido, mientras trabajaba con la constante afluencia de nuevos hechos de los cuales le informaba Peregrino después de sus vuelos por otros continentes. Yo, por mi parte, volvía con más noticias del mundo indígena de América del Norte y del Sur. Usted comprende la importancia de esto, doctor, considerando el poco interés que los pioneros blancos tuvieron por la historia de otro pueblo que no fuera el de ellos.

Los siglos XIX y XX están profusamente documentados, y me atrevo a decir que todos los hechos importantes pueden encontrarse en los registros humanos. Sin embargo, Hanuman desea continuar su relato hasta el presente, aunque más no sea porque tenemos la esperanza de que haya cierto valor en un punto de vista de hace tres mil años.

Doctor, creo que lo estamos fatigando demasiado. Parecería como si usted...

¡Adelante, por favor!

Déjame seguir a mí, Lykos. No nos preocupamos mucho, doctor, cuando la Unión del Pacífico llegó a Portland... fue hace mucho tiempo. El camino que unió Eugene con Boise nos asustó, pero...

Quieren llegar al Cerro Caridad.

Si, doctor. Hubiéramos tenido que aprestarnos para escapar hace unos setenta años, cuando el vehículo sin caballos empezó a sacar de circulación los establos. Pero nuestra previsión es sólo un poco mejor que la humana; y como ustedes, tenemos esa manera, esa manera humana, de imaginar que el mal momento va a pasar.

Hace varios años, un sendero que atravesaba la parte sur de nuestra concavidad en las montañas fue ensanchado y cubierto de alquitrán. Ahora asfaltarán una prolongación, una autopista panorámica, hasta la cumbre plena de Cerro Caridad. La cima va a ser convertida, como dicen, en una playa de estacionamiento con una capacidad estimada en ochocientos coches. En nuestro jardín habrá un hotel, que los planificadores han denominado ya, en sus copias heliográficas, Posada de la Atalaya, el Hogar de la Visión Creativa.

¡Cristo! Déjenme pensar... Tengo algo de dinero.

Lo suficiente para lo que está pensando, doctor. Quédese sentado, por favor: calma, tranquilo. Permítame que le explique qué es lo que esperamos. Algo mucho más modesto. Los trabajos de esa inmundicia no comenzarán hasta el próximo verano, y tal vez ni siquiera entonces. Algunos ecólogos ya están en plan de lucha. No pueden ganar — demasiadas cosas más urgentes requieren sus esfuerzos y sus fondos, y las sumas del hotel son grandes— pero lo demorarán y eso nos dará tiempo. ¿Usted no podría remodelar un poco esta casa?... Tal vez hacer un sótano más grande, algunas otras cosas... para tener un lugar en que ocultarnos y guardar nuestros registros por diez o quince años...

Si, sí, lo que sea, todo lo que tenga. Por Dios, debo escribir un testamento para que los muchachos queden dueños del lugar. ¡Qué estúpido fui en descuidar este asunto por tanto tiempo!, pero me canso con facilidad, me desanimo...

Por favor, doctor, descanse mientras termino. Claro que debemos darle participación a los jóvenes en esto, claro que sí. Vamos a necesitar su ayuda, pero... ¿Usted comprende, no? Si el secreto de nuestra existencia se conoce demasiado pronto, el esfuerzo de Hanuman por completar la historia resultará inútil. Incluso en el mejor de los casos, suponiendo que nadie deseara destruirnos en forma inmediata, ser aplastados por las buenas intenciones de la gente sería tan mortal como... como que el Pentágono intentara

que les contara todas las buenas noticias de la estrategia militar rusa y china...

Un momento, Peregrino. Eso me enferma.

Perdón, doctor. Fue un ejemplo idiota... ¿Puedo proseguir?

Sí.

Nos dirigimos a usted, y sólo a usted, en primer término, porque no teníamos a nadie más. Usted comprende: sus estudiantes... siempre hay cambios en los grupos, cada verano, y no podemos seguirlos, estudiarlos. Ya se lo he dicho, a usted lo hemos estudiado mucho tiempo antes de atrevernos a acercarnos. De modo que, ahora, ¿podría usted decirnos en cuáles de esos jóvenes podemos confiar, quiénes guardarían el secreto? Usted los conoce, nosotros, no.

Confíen en todos ellos.

Pero...

Esta es la única parte de mi conocimiento humano que ustedes deben aceptar. Confíen en todos ellos, Peregrino. ¡Oh... maravilloso, incluso si lo he soñado! ¡Conocer el pasado, hacer de él una guía más veraz! Poder hacer algo... y no sólo rezar mientras el tiempo pasa...

Peregrino...

Está muerto. Su corazón no pudo soportar la alegría.

Sí, eso era alegría... Oigo los coches.

No escribió el testamento, Lykos: no se quedarán con este lugar.

Encontrarán algún modo de ayudarnos.

Pero... y si...

Entonces, ya sabes lo que sucederá. Pero debemos dejar de esperar la perfección, Peregrino, y creo que esta generación es algo nuevo sobre la Tierra: son los primeros en comprender que pueden perder su mundo —su mundo, Peregrino— y el corazón me dice que son demasiado buenos para dejar que desaparezca. Ven conmigo. Vamos a ir ahora a su encuentro y confiaremos en todos.

Andrew J. Offutt - LA PLAGA

I

Durante mucho tiempo nadie lo mencionó. En gran escala, quiero decir. Transcurrieron un par de años, en realidad, antes de que fuera considerado como una tendencia definida. Yo lo había oído comentar a otros doctores, desde luego; al parecer, estaban perdiendo súbitamente un montón de pacientes viejos, sin ningún motivo especial. Pero los médicos estamos tan acostumbrados a la muerte que no nos preocupamos. El que vio la cosa en su verdadera perspectiva fue un actuario de seguros. La gente se estaba... muriendo. Gente anciana. Médicos y *coroners* trabajaban más que de costumbre.

Certificaban «ataque cardíaco», o «fallo cardíaco», o «paro cardíaco», o algo por el estilo. Principalmente «paro cardíaco». Lo cual significaba que el corazón del paciente había dejado de latir. ¡Algo de risa! ¿Han oído hablar ustedes de alguien que estuviera muerto y cuyo corazón siguiera latiendo? Eso es un *efecto*, no una causa. Cuando uno está muerto, su corazón deja de funcionar. Pero algo ha sido la causa de *eso*.

Un proyectil. Una caída. Una enfermedad: cáncer, o hemorragia cerebral. O una plaga. Eso es, una Plaga. El actuario de seguros señaló que el número de muertes seguía una progresión creciente entre los ancianos. Todo lo demás continuaba igual, desde luego: hombres asesinandose unos a otros con automóviles, y resbalones en el cuarto de baño y todo eso. Pero los viejos estaban muñéndose. Los más viejos.

Bueno, no había nada anormal en eso, y recuerdo que incluso sonreí burlescamente. Ciertamente, sabíamos que la vejez era una enfermedad. Decíamos que era producida por un virus, lo cual significaba que no sabíamos lo que era. Un virus *filtrable*... lo cual significa que el organismo *no era filtrable*. No lo habíamos *encontrado*. Y puesto que no habíamos encontrado la causa, no podíamos combatir el efecto. Habíamos aumentado el promedio de los años de vida. Podíamos conservar vivo a un hombre y estábamos orgullosos de ello. Tal vez le convertíamos en un vegetal, pero el caso es que le manteníamos con vida.

Pero el actuario observó que el número de muertes entre las personas más viejas era muy elevado, e iba en aumento. Hoy treinta, mañana treinta y uno, el mismo día del mes próximo cuarenta, el mismo día del año próximo sesenta y dos. Estoy utilizando cifras relativas, naturalmente. No es necesario que empiece citando las cifras exactas. Observen únicamente que en la Ciudad A, el 1 de mayo de 1979 murieron veinte personas. En 1985 murieron veintiséis personas aquel mismo día. En 1992, treinta y tres. Todo de acuerdo con el aumento de la población. No había ningún motivo para alarmarse. Uno tiene diez personas, muere una. Uno tiene cien, mueren diez. Etcétera.

Pero entonces empezó a subir la curva.

El actuario estaba alarmado, de veras. Y alarmó al presidente de la compañía y al consejo de directores. Y aquí es donde yo entro en escena. Yo acababa de ser nombrado director. Ya saben cómo suceden estas cosas: a uno le gusta trabajar, y esto le sitúa en una categoría determinada. Hace dinero, se convierte en una persona conocida y hace más dinero aún, y súbitamente empieza a tener éxito. La gente cree que uno es muy listo. Y quiere que uno sea director de la *United Fund*, y de un banco, y de un club, y de Kiwanis, y de esto y de lo otro. No importa que uno sea directivo de una compañía aeronáutica, o contratista de obras, o fabricante de licores, o incluso licenciado en Medicina. De modo que yo me convertí en uno de los directores de la Compañía de Seguros de Vida *Great Coastal*.

No, no asisto a las reuniones. Sé tanto del negocio de seguros de vida como de la mecánica de los quanta. Puedo definir los quanta, y puedo definir lo que es mecánica... supongo. De todos modos, el informe del actuario fue mencionado en las actas que yo recibía por correo y yo las leí y sonreí irónicamente. ¡De manera que habían descubierto que los viejos se estaban muriendo! Sólo faltaba que me dijeran si empezaban a morir de escarlatina, de intoxicación botúlica o de viruelas locas, pensé. O de fiebre puerperal.

Luego apareció aquel artículo en el *Newsweek*, cinco meses más tarde. Muchas personas pensaron que no tenía sentido, pero era la segunda vez que me topaba con el asunto, y yo era un profesional, y... bueno, llamé a Roger Calkin a la *Great Coastal* y le pedí que me enviara a aquel actuario chalado.

Me lo envió. Se llamaba Ike Hill y por entonces había empezado a coleccionar cifras de todas las partes del mundo. Lo único que había que hacer era examinarlas. El número de muertes iba en progresión creciente, como es lógico. Pero... el aumento que llamaba la atención y ponía un nudo en el estómago era el que se refería al grupo de personas mayores de 75 años. A nadie le había sorprendido de un modo especial el hecho de que el Primer Ministro ruso, el Canciller de la Alemania Occidental y el Presidente de la Cámara de los Comunes hubieran muerto con unos meses de intervalo. Pero habían tenido numerosa compañía. Aquellos tres hombres tenían más de ochenta años, y los miembros de su grupo estaban muriendo a millares, a decenas de millares. Nosotros habíamos prolongado sus vidas; y ahora estaban falleciendo uno detrás de otro, como si estuvieran cansados de vivir o como si trataran de hacernos quedar mal.

Recuerdo que dije: «Caramba, Ike Hill, a este paso no va a quedar vivo en ninguna parte nadie que haya cumplido los setenta y cinco años...»

Y tuve razón. La cosa tardó menos de un año en ser cierta. Entretanto, el mundo perdió setenta u ochenta distinguidos senadores, miembros de la Cámara de Representantes, parlamentarios y jurisperitos. Un rey. Diez presidentes y un dictador. Varios generales. Un montón de jueces. El Papa. Dos terceras partes de la Curia Romana. Y todos los Cardenales Arzobispos del mundo, menos once.

La gente ya había empezado a darse cuenta, desde luego. Alguien utilizó la palabra «plaga» en un artículo de un periódico, y a partir de entonces fue La Plaga. Se elaboraron numerosas teorías. De tipo religioso, ateo, médico y político. Más de una docena de hombres distintos anunciaron más de una docena de causas distintas. Uno incluso anunció un remedio.

Todos estaban equivocados.

Entonces yo lo descubrí, y la única persona a la cual se me ocurrió llamar fue Ike Hill.

II

Juntamos nuestras cabezas y nuestras cifras. Apenas tuvimos que mirarlas. Desde luego, no eran completamente exactas. Resulta imposible saber exactamente cuantas personas murieron o nacieron el año pasado en el mundo, o incluso hace veinte años, si viene al caso. Las damas de África, de la India y de China no visitan el Registro civil cada vez que tienen un hijo, ni se hacen extender certificados de defunción.

Llevamos las cifras a la oficina de Ike, encendimos algunas luces y alimentamos con las cifras el Cerebro de Hierro, el cual nos dijo lo que ya sabíamos, que es casi para lo único que sirven los Cerebros de Hierro.

El promedio de muertes igualaba al promedio de nacimientos.

En los Estados Unidos lo superaba.

Cada vez que alguien golpeaba a un niño en el trasero para hacerle derramar el primer llanto de su vida, alguien, en alguna parte, daba las últimas boqueadas. Y, fuera cual fuese

la causa, no sabía nada acerca del juego limpio ni de las fronteras nacionales. La natalidad era más elevada en Asia. ¿Sabían ustedes qué país tiene un promedio más alto de años de vida? ¿El porcentaje más elevado de ancianos? Exacto. Los Estados Unidos de América. Pero, ahora, alguien o algo estaba resolviendo el problema de la Seguridad Social. Dentro de unos años, tal vez de unos meses, yo no tendría que llenar tantos de aquellos formularios del gobierno para pacientes ancianos.

Ike Hill y este su seguro servidor no sabían qué diablos hacer, sinceramente. Nos miramos el uno al otro, miramos la máquina y luego salimos y buscamos un lugar tranquilo para hablar. Por primera vez en quince años me emborraché, cosa que no había hecho desde la fiesta con que celebramos el final de carrera.

¿A quién decírselo? Durante tres años una plaga había estado asolando al mundo, una plaga que pasaba de largo junto a las personas que tenían una vida que vivir, y llamaba a las puertas de aquellas que ya habían vivido una buena porción de años. ¿A quién decírselo? Nadie más sabía que no había ni una sola persona, en ninguna parte del mundo, mayor de setenta y cinco años... tal vez de setenta y cuatro, en aquel momento. Nadie sabía que cada vez que nacía un niño, fallecía un anciano. Y, si las cosas continuaban por el mismo camino, al año siguiente no habría nadie de más de setenta y tres años, o de setenta y dos, según el número de nacimientos que se produjeran y el número de personas incluidas en aquellos grupos de vejez. O tal vez setenta y uno, o setenta. Y al año siguiente... ¿a quién decírselo? ¿Llamar a Washington y decir: «Señor Presidente, soy Thomas Jefferson McCabe, doctor en Medicina, de Atlanta, y nuestro país no tardará en quedarse sin personas sesudas... y, a propósito, tiene usted sesenta y nueve años, ¿no es cierto? ¿Ha hecho ya testamento?»

Ike y yo no sabíamos qué hacer. De modo que bebimos demasiados whiskies, y tuvieron que meternos en un par de taxis y enviarnos a casa, donde nos recibieron unas esposas incomprensivas.

A la mañana siguiente me receté a mí mismo las habituales e ineficaces pócimas, y sostuve cuidadosamente mi cabeza mientras llamaba a A. T. Griffin, doctor en Medicina, Jefe del Hospital del Buen Samaritano. Y llamé a Michel Rosen, doctor en Medicina, director de la Facultad de Medicina, y conseguí reunirlos en el despacho del doctor Griffin en el Buen Samaritano. Y llevé conmigo al pobre Ike Hill. Y se lo contamos todo. Les afectó mucho más a ellos que nosotros, puedo asegurarlo... El doctor Griff tenía sesenta y cuatro años, y el doctor Mike confesaba sesenta y siete. Y lo admitieron. Tuvieron que admitirlo. ¡Oh! Pensamos, hicimos cabalal, opinamos, teorizamos y discutimos. Pero obtuvimos la respuesta.

Me sentí aliviado. Ahora lo compartía con alguien. Había traspasado el peso y la responsabilidad del conocimiento a los hombros de dos de los mejores médicos del país. ¡Me había librado de aquella carga!

Bueno, tomé el primer avión con destino a Washington. El médico del doctor Mike dijo que éste no debía viajar —¿creen ustedes que *nosotros* no tenemos médicos? ¡Doctor, cúrate a ti mismo!—. Y el doctor Griff no podía desplazarse. De modo que Mr. Ike Hill, actuario de seguros, y T. J. McCabe, doctor en Medicina, volaron hacia la gran ciudad con cartas de presentación de aquellos dos Importantes Personajes —el doctor Griff era también presidente de la Sociedad Médica de Georgia y uno de los directores de la AMA—, y documentos y gráficos y análisis e informes y unas cuantas pulgadas de cinta de computadora.

Nos introducimos con sorprendente rapidez. Mis amigos médicos habían hecho un buen trabajo, poniendo en movimiento senadores y otros personajes. Nos atendió el secretario

del Presidente; era natural de Georgia. Para el pueblo llano resulta muy difícil obtener una audiencia con el Presidente de, por y para el pueblo.

Lo siento. Tal como van las cosas, me estoy haciendo viejo. El mes próximo cumpliré cuarenta y cinco años.

Naturalmente, tuvimos que tratar con el Director General de Sanidad (era la primera vez en muchos años que tenía algo que hacer), y con algunos individuos de Bethesda, y con un par de guardaespaldas de John H., y con alguien que más tarde descubrimos que era un psiquiatra. ¡Examinándonos a nosotros! ¡A Ike y a mí!

Tuvieron que admitirlo, también. Resulta muy duro admitir una verdad que no nos gusta. Pero resulta más duro cerrar los oídos a ella, y poco inteligente, también; como demostró Galileo, entre otros.

Pueden ustedes imaginar cómo se quedaron. ¿Qué podían hacer? Tenían la prueba. Ahora se encontraban enfrentados con el mismo dilema que me había atormentado a mí durante los últimos días. ¿Qué podían hacer... y cómo? Yo me había sacado las pulgas de encima, desde luego. Había soltado la carga. La había dejado caer suavemente a los pies de los jefes, de las Autoridades tradicionales, y ahora estaba fuera del asunto.

Bueno, es un decir. Porque Ike Hill y yo fuimos puestos al frente del Proyecto Matusalén.

Es curioso lo que sucede con la Mente Gubernamental. Uno les dice que sabe dónde hay un problema, e inmediatamente le tratan a uno con la mayor deferencia... especialmente si pertenece a la Asociación de Magos Norteamericanos y ostenta unas iniciales detrás de su nombre: MD. Los entendidos las traducen como Doctor en Medicina. Pero la mayoría de la gente les asigna automáticamente la equivalencia de Dispensador de Magia.

Volviendo a lo de la mente gubernamental. Se supone que si uno ha sido lo bastante listo para descubrir un problema, no cabe duda de que es la persona más indicada para resolverlo. Se les dice a los Federales que se ha descubierto algo que funciona mal y contestan: «Muy bien. Trabaje usted para encontrar el remedio, no se preocupe por el dinero (tenemos montones y montones), y llévese estos impresos que deberá llenar por triplicado cada tres semanas, informando de sus progresos». Yo tuve, al menos, el suficiente sentido común para obtener una orden del Presidente, y por escrito.

Luego... algo curioso acerca de la mente humana, en contraste con la que acabo de mencionar. Alguien le da a uno un problema, e inmediatamente hace una de estas tres cosas: apretar el botón del pánico más próximo; desfigurarlo; o descubrir que su mente trabaja en diez direcciones hacia la Solución. Esto último es lo que me ocurrió a mí. ¡Oh! Yo no tenía ninguna solución, evidentemente. Pero había pensado en la Primera Etapa: cómo estudiar el problema.

Conseguimos diez voluntarios. Siete hombres y tres mujeres de setenta y cuatro años de edad. Los llevamos al tercer piso del Hospital del Buen Samaritano. Desde luego, había muchas más mujeres que hombres de aquella edad. Pero tuve que decidirme por siete hombres, porque los hombres que entrevistamos no se mostraron tan reticentes como las mujeres a la hora de mencionar el año en que habían nacido. Hice una lista. Me sentí como un monstruo, espantoso y vampírico, mientras anotaba sus nombres, uno debajo de otro, en orden: los que habían nacido antes encima.

Luego llevé cabo todas las pruebas imaginables. Rayos X. Electrocardiogramas. Electroencefalogramas. Tomas de sangre. Metabolismos básicos. Aquellas diez personas estaban *encantadas*. Alojamiento y manutención gratuitos, multitud de atenciones y cuidados, y pudiendo *disfrutarlo* todo, ya que no estaban enfermas. Escogí deliberadamente a los que gozaban de una salud excelente (todo lo excelente que permitía su edad, claro está). Supervisé sus dietas como si fueran los primeros decuplillizos (perdón

por la palabreja) de la historia y yo estuviera encargado por una productora cinematográfica de mantenerlos en forma. Vivían en condiciones casi abstergentes. Revisiones diarias. Presión sanguínea. Reacciones. Saque-la-lengua-y-diga-ah. Todo eso.

Murieron. Por riguroso orden de nacimiento. Y me sentí espantoso y vampírico al tachar sus nombres, uno a uno, de la lista, con la desagradable satisfacción de que estuvieran demostrando que yo tenía razón. Causa de la muerte: paro cardíaco.

Confieso que volví a pensar en la religión que había dejado de lado en la facultad de medicina. En el apartado: Causa del fallecimiento no escribí paro cardíaco, ni causas naturales, ni nada por el estilo. Puse «PLAGA» en letras mayúsculas. Y era una plaga, La Plaga. La que no podíamos curar, porque no enfermaba a nadie ni presentaba ningún síntoma. Y no habíamos encontrado aún el remedio para la muerte.

Ninguno de aquellos ancianos había presentado ningún síntoma. Se limitaron a morir, apacible y silenciosamente. Obtuvimos los correspondientes permisos, y efectuamos unas autopsias que dejaron en mantillas a todas las autopsias anteriores. Examinamos aquellos cadáveres con más atención de la que Leonardo había prestado a los suyos. Nada.

Y entonces se me ocurrió una idea descabellada. La respuesta. La única posible.

III

Como dijo Shakespeare, «hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, etc., etc.». De modo que empezaremos por hablar de algo que sabemos. Al principio de la Era Cristiana había unos 250.000.000 de personas en el mundo. A mediados del siglo XVII había 500 millones. Se había tardado 1650 años en doblar la población mundial. En el siglo XIX se llegó a los mil millones. En 1960 la población mundial había vuelto a doblarse, alcanzando los dos mil millones, y todas las previsiones señalaban que en el año 2.000 se llegaría a los seis mil millones. El efecto de la bola de nieve. Progresión geométrica. Como el interés compuesto.

La gente no tenía el suficiente sentido común para dejar de procrear en vista de la superpoblación. No se sentía afectada por ella de un modo personal. ¿Julián Huxley? ¿Quién es ese individuo?

Pero, ahora, cada vez que nace un niño, alguien muere.

Ni explosión demográfica, ni problema de alimentos y de agua, ni *lebensraum* ni *liebensraum*. Podíamos habernos ahorrado un montón de preocupaciones y de palabrería: Alguien había decidido que el mundo ya estaba bastante lleno. De modo que tenía que reducir las entradas o aumentar las salidas. Había escogido lo segundo. Tuve que admitirlo: era la primera vez que encontraba justicia en la naturaleza: Implosión demográfica.

¡Dios mío! El aviso. Lo recuerdan ustedes, ¿verdad? Era... era terrible. Tío Charlie murió ayer... ¡Dios mío, el responsable soy yo! El niño... El abuelo empezaba a mirar a su hija embarazada como si fuera una especie de monstruo. Ella no era un monstruo, desde luego. Pero le *estaba* matando. Le mataría en cuanto entrara en la sala de partos.

Eso es *personal*. Era horrible.

Sucedía en otras partes, también. Todo el mundo lo confirmaba, en todo el globo. Era bastante sencillo. Todas las pruebas estaban allí, era lo que Ike y yo habíamos deducido desde el primer momento. Publiqué los resultados del Grupo I de Control y me aseguré de que se enviaran copias a la URSS y a todos los demás países. Por entonces me encontraba a cargo del Grupo 3 de Control: setenta y tres años de edad. Y estaba planeando una observación a largo plazo: setenta años. Trataba de anticiparme a los acontecimientos.

¿Qué pasa con China? Los cabecillas estaban encantados (hasta que recordaron lo viejos que eran). No tenían que preocuparse más por lo que a nosotros respecta. La Plaga resolvería sus problemas. Una simple cuestión de cifras. Matemáticas. Pero, comunistas o

no, los chinos no habían dejado del todo de venerar a los ancianos. Por primera vez en la historia, las mujeres chinas tenían un poderoso motivo para practicar un pequeño control de la *concepción*, evitando el quedar embarazadas, con preferencia a utilizar el antiguo sistema de control de la natalidad, exponiendo a los niños a la muerte. Quedar embarazada equivalía a asesinar al venerable abuelo de la culpable.

Y lo mismo puede decirse del Japón, de Thainambodia y de todo el resto.

Pero nosotros teníamos el peor problema. El País de las Oportunidades. Nosotros éramos fuertes... pero nos superaban en número toda clase de países. Principalmente enemigos. Rusia (que en realidad no había sido un enemigo activo desde los años cincuenta, pero... que siempre estaba a punto) y China. Chou dijo a mediados del siglo que después de la III Guerra Mundial quedarían diez millones de norteamericanos, quince millones de rusos y 300 millones de chinos. ¡Hermosa perspectiva! Pero ahora no necesitaba la III Guerra Mundial. Lo único que tenía que hacer era fomentar la reproducción. Disponía de más jóvenes para engendrar más niños, y del A Largo Plazo asiático (no me refiero a Chou, que estaba muerto desde hacía mucho tiempo, sino a Huing, desde luego).

Se convirtió en patriótico no tener hijos. Debbie y Jeff —todos los que habían nacido en los años cincuenta y sesenta se llamaban Debbie y Kevin y Jeffeey— se casaban, se mordían los labios y no tenían hijos, por el bien del pobre abuelo. El negocio de la píldora conoció un auge fabuloso, en tanto que las sales de Geritol caían en barrena. Pero el pobre abuelo alcanzó la edad mágica y su corazón se paró a pesar de todo. Debbie y Jeff enloquecieron. Bien estaba que tuviéramos que aguantar el paso del mundo; enviar trigo a Rusia mientras ellos continuaban insultándonos, como antes; cargar con la mayor parte de los gastos de la ONU; robar el dinero de Jeff para ponerlo en el bolsillo del abuelo... mejor dicho, en el bolsillo de su médico. Pero no tener hijos era *personal*. Y cuando ello no favorecía a nadie... Bueno, yo había creído que tendríamos una revolución alrededor de 1970, hasta que me hice mayor y me di cuenta de que la gente lo pasaba tan ricamente sin socialismo. Pero ahora, en el Año Primero de la Plaga, estábamos a punto de tener una, y no a cuenta del socialismo.

¡A cuenta de tener niños!

No había modo de ocultarlo. Alguien, en alguna parte, estaba haciendo trampa: cuando los más viejos continuaron muriendo, cuando la barrera fueron los setenta y dos años, todo el mundo supo estábamos siendo engañados. *Nosotros* no teníamos hijos. Pero alguien los tenía. Y en cuanto moría el abuelo... al diablo la píldora. A Debbie y a Jeffrey les tenía sin cuidado el abuelo de la puerta de al lado. Hubo una especie de toque a rebato. Se armó mucho ruido. ¡Oh, los ruidos en la ONU! ¡Las acusaciones! Mr. Krishnapur juró que su país estaba cooperando. Mr. Vorlonishev dijo tranquila y cortésmente que su país no estaba engañando a nadie. Pero Mr. Li, por su parte, dijo lo mismo.

Alguien estaba mintiendo. Unas cuantas damas esparcidas por el continente africano que no se habían enterado de nada no podían afectar a las cosas del modo que estaban siendo afectadas.

La noche que Henry Clark cumplía setenta y dos años celebramos una pequeña fiesta en el hospital. Té y pasteles en su habitación. Licor en abundancia, más tarde, en el pabellón de los residentes. A la mañana siguiente, Henry Clark no se despertó.

La historia llegó a conocerse más tarde, pero he aquí cómo sucedió, en orden cronológico. Los rusos quedaron muy preocupados. Realmente preocupados. Les asustaba el hecho de que no les creyéramos. De modo que por primera vez en Dios sabe cuántos años, nos invitaron —en secreto— a que fuéramos allí y echáramos una mirada. Afirmaban que su nivel era el correcto. Nuestros observadores confirmaron que el gobierno soviético había declarado la procreación un crimen contra un camarada humano y, *ergo*, contra el

Estado. Y, lo que es más importante, nuestros espías confirmaron las declaraciones de nuestros observadores...

Entretanto, Stephen Leeve había salido de China de algún modo y se había traído fotografías e historias. También conocimos la cosa con detalle.

Los chinos procreaban como locos. Decían que los norteamericanos estaban haciendo lo mismo. Patriotismo: procread, para que China pueda realizar su destino en el mundo. Se utilizaban toda clase de argucias y de amenazas para conseguir eliminar la veneración a los ancianos.

Ni siquiera lo anunciamos a la ONU.

Por primera vez desde la II Guerra Mundial, Washington y Moscú unieron las manos y decidieron actuar juntos. Secretamente, China había sido una amenaza común durante años; ahora era mucho peor. Por primera vez desde... 1941, creo, los Estados Unidos anunciaron sinceramente que estaban embarcándose en una guerra de agresión. ¡Oh! Era en defensa propia, desde luego, y en consecuencia una Guerra Santa. Todas las guerras son Guerras Santas, para alguien. Esta era por el abuelo, la abuela y el tío Elmer. Salvo que ni siquiera fue una guerra.

Stephen Leeve salió de China el 11 de abril. El 16, el Presidente anunció que el 1 de mayo pronunciaría un importante discurso, y todos los Lipman y Huntley-Brinkleys se preguntaron en voz alta y en letra impresa qué iba a decir el Presidente. Desde luego, subrayaron que había escogido para hablar la festividad más importante del Mundo Comunista. Lo que hizo fue revisar el problema, las declaraciones, los acuerdos. Los alborotos en la ONU. Luego proyectó las películas de Stephen Leeve y leyó sus informes, palabra por palabra, y presentó a Leeve y a Mr. Vorlonishev, y habló largamente, y luego anunció que los gobiernos de los Estados Unidos y de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas había declarado la guerra al gobierno de la China Popular.

Retroactivamente: los botones habían sido apretados y los aviones habían sobrevolado China antes de que empezara su discurso.

IV

Los chinos celebraban el Primero de Mayo. Pekín estaba lleno de aeronaves y misiles y tropas y tanques, desfilando ante los ojos de Huing y de centenares de miles de personas, todas las cuales se habían reunido espontáneamente; se suponía que los Guardias Rojos estaban dirigiendo el tráfico. Con la misma espontaneidad fueron a reunirse con sus venerables antepasados, antes de que Huing se enterase siquiera del discurso del Presidente. Pekín no fue alcanzado por *una* bomba. Las bases china de misiles no fueron alcanzadas por una bomba cada una.

Los misiles llegaron de media docena de direcciones distintas, y las bombas cayeron de unos aviones cuyas estrellas blancas y estrellas rojas habían sido substituidas con grandes emblemas de la ONU. La operación alcanzó un éxito increíble, principalmente porque China siempre había sabido que nosotros no seríamos capaces de hacer una cosa semejante.

Un proyectil dirigido arrancó de nuestro mapa Colorado Springs y un enorme trozo de montaña. Dos submarinos enviaron cuatro proyectiles dirigidos hacia Washington y Nueva York y, milagro de milagros, toda aquella propaganda de Denver resultó cierta: *podimos* detenerlos.

Rand-McNally empezó a confeccionar unos nuevos mapas; los antiguos, que incluían a China, habían quedado anticuados. Norad empezó a reorganizar. A rearmar. Los rusos lamentaban terriblemente que un error de cálculo les hubiera hecho enviar Formosa a

reunirse con la Atlántida, pero esos pequeños errores suelen ocurrir, como decíamos nosotros cuando bombardeábamos a nuestras propias tropas con napalm. En la ONU se produjo un gran revuelo. Protestas, acusaciones... Luego, Mr. Vorlonishev, Mr. Davis y el Presidente se levantaron a hablar y dijeron que sí, que habían atacado y destruido China. ¿Qué pensaba hacer la ONU? Habían sobrado muchos aviones, proyectiles dirigidos y otras armas definitivas, y las naciones aliadas USA-URSS estaban dispuestas a utilizarlas si se veían obligadas a ello.

No se vieron obligadas. El representante australiano fue el primero en ponerse en pie de un salto y declarar que iba a llamar a su país y a recomendar a su gobierno que ampliara la alianza a tres miembros. Cuando terminó su breve discurso había tantos delegados pidiendo a gritos su integración en la alianza, que el Secretario General decidió poner a votación una moción para ahorrar tiempo. La moción quedó aprobada por todos los votos a favor y ninguno en contra. Ni siquiera una abstención.

Un mes más tarde celebramos el septuagésimo primer aniversario de William Michael. A la mañana siguiente se despertó con toda normalidad.

Pero todo el mundo parecía haber celebrado la «guerra» del mismo modo. Nueve meses más tarde, aproximadamente el 1 de febrero, los abuelos empezaron de nuevo a morir.

Y al cabo de unos meses todo había vuelto a quedar como antes, y al cabo de unos años el promedio de vida estaba por debajo de los sesenta y cinco años, y el Senador Martin — que tenía sesenta y tres— presentó una enmienda para reducir en dos terceras partes los impuestos de la Seguridad Social.

De acuerdo con nuestros cálculos, la población del Planeta Tierra debía permanecer continuamente por debajo de los cinco mil millones de habitantes. Lo más cerca que habíamos llegado en nuestras cifras era 4.998.987.834, y habíamos alcanzado aquella cifra tres veces. Al parecer, el Impulso Motriz no compartía nuestra preocupación por los números, o contaba de un modo distinto. Tal vez opinaba que nosotros teníamos seis dedos.

Posiblemente por primera vez en la historia, los jóvenes imponían su voluntad. Por dos veces, los viejos consiguieron preparar una guerra, y por dos veces los jóvenes se pusieron de acuerdo y dijeron que no. Tuvimos ocasión de aprender rápidamente que no hay guerra si los senadores son invitados a ir, o si unos cuantos millones de jóvenes, en las naciones implicadas, dicen que no.

Entretanto, muchos de nosotros estábamos buscando respuestas. ¿Por qué?

De acuerdo. Existía una norma: otra Ley Natural; en realidad una reafirmación de la antigua: supervivencia, después de todo, de los más aptos. Esta ley estipulaba que no podían existir sobre el Planeta Tierra más de 5×10^9 personas al mismo tiempo. Muy bien. ¿Por qué? Calculé una vez más que teníamos un efecto, no una causa. Efecto: La Plaga. Efecto causal: haber alcanzado una determinada cifra de población. Efecto causal: no podían existir más que un número determinado de personas. Pero se trataba de un efecto, no de una causa.

De acuerdo. ¿Por qué?

Bueno, aquí va una teoría. Si no está de acuerdo con su religión, lo siento: elaboren ustedes su propia teoría. Muchas personas se han elaborado su propia religión. Esta representa el ideario de muchas personas durante muchos siglos. Ha sido la base de un montón de religiones, antes y después del cristianismo. Y se encuentra, en parte, en el Cristianismo, en el Judaísmo, en el Budismo y en el Islamismo. Particularmente en el Budismo, creo.

Me refiero a la reencarnación. El anillo del retorno. Uno muere, pero su aliento vital, o su alma, o como quiera llamársele, vuelve. ¡Oh! No en forma de bichos o de animales; el

aliento vital de una mente, y sólo penetra en seres humanos. Sin recuerdos, habitualmente. Excepto en aquellas personas que tienen divertidos sueños en tecnicolor.

Pensemos en las palabras de Hamlet de que hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que ha soñado nuestra filosofía... Y tratemos de recordar que una mente cerrada es algo muy parecido a una puerta cerrada: no puede haber en ella mucho tránsito, en ninguno de los sentidos.

La idea es que hemos de intentar, una y otra vez, por mucho tiempo y muchas vidas incorporadas que nos cueste, ser, «lo suficientemente buenos para retirarnos». Estoy simplificando, naturalmente.

Si uno, por ejemplo, ha cometido seis crímenes en su vida, mientras era ciudadano de Memphis en el año 6.000 A. de J., tiene que compensarlos en alguna otra parte, dentro de alguna otra persona. Como ciudadano de Memphis, dejó de existir y su aliento vital (pueden ustedes utilizar la palabra alma, si lo prefieren) estuvo dando vueltas por ahí sin poder entrar en un nuevo cuerpo hasta el año 1.000 A. de J. Recuerden que entonces no había demasiados cuerpos. Había que esperar mucho tiempo para obtener una plaza. Uno se convertía en un campesino helénico. Compensaba por tres de los crímenes, pero cometía otros dos antes de morir. Había borrado una mancha. Pero aún le quedaban cinco. Sin embargo, no le faltaría la ocasión de borrarlas, puesto que el hombre vuelve a nacer, ¿no es cierto?

Bueno, ese es el sistema, a grandes rasgos. Al principio, se fabricaron todos los alientos vitales. Todas las almas, si lo prefieren. Todas ellas. Ninguna ha sido creada desde entonces.

Sí, eso es. No hay seis mil millones en el año 2.000 de nuestra Era. Y no habrá seis mil millones de personas en el mundo en el año 2.500, ni en el año 5.000. Nunca las habrá.

Todas las almas han sido utilizadas.

No me llamen místico. Traten de abrir un poco su mente, dejen que brille la luz sobre las telarañas de las ideas preconcebidas. Y recuerden que yo no tengo ninguna religión, excepto la de *Ad majorem hominis gloriam*, desde que cumplí los veintitrés años. Y, si no les gusta esa teoría, inventen otra.

De modo que aquí estamos. No más entrevistas con ancianas centenarias. Dentro de cincuenta años, posiblemente, la Administración de la Seguridad Social se quedará sin trabajo. Ahora mismo están enviando la cuarta parte de los cheques que enviaban hace trece años.

¿Hacer? Nada. No creo que se pueda hacer nada. ¡Oh! Tal vez esté equivocado, pero hay muchos que están de acuerdo conmigo. Sí, tal vez si un millón de personas abandonasen la Tierra para colonizar otro planeta, podríamos añadir un millón de seres humanos al registro y dejar de escribir PLAGA en los certificados de defunción por una temporada... mientras preparábamos más naves espaciales. Pero no creo en esa solución. Creo que somos cinco mil millones, docena más docena menos, para siempre. Desde luego, habrá un patrón. Temporal, claro está. Cuando llegue el momento en que el padre y la madre mueran en el momento en que nazcan mellizos, la situación se estabilizará. Aunque no para siempre. Llegará un momento en que el promedio de vida será de veinte años, y luego de quince, y luego sólo Dios lo sabe...

Entretanto, procuro jugar mucho al golf y leer todo lo que puedo. El mes próximo cumpliré cuarenta y cinco años, y esta semana el promedio de vida descendió a cincuenta y siete años.

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>